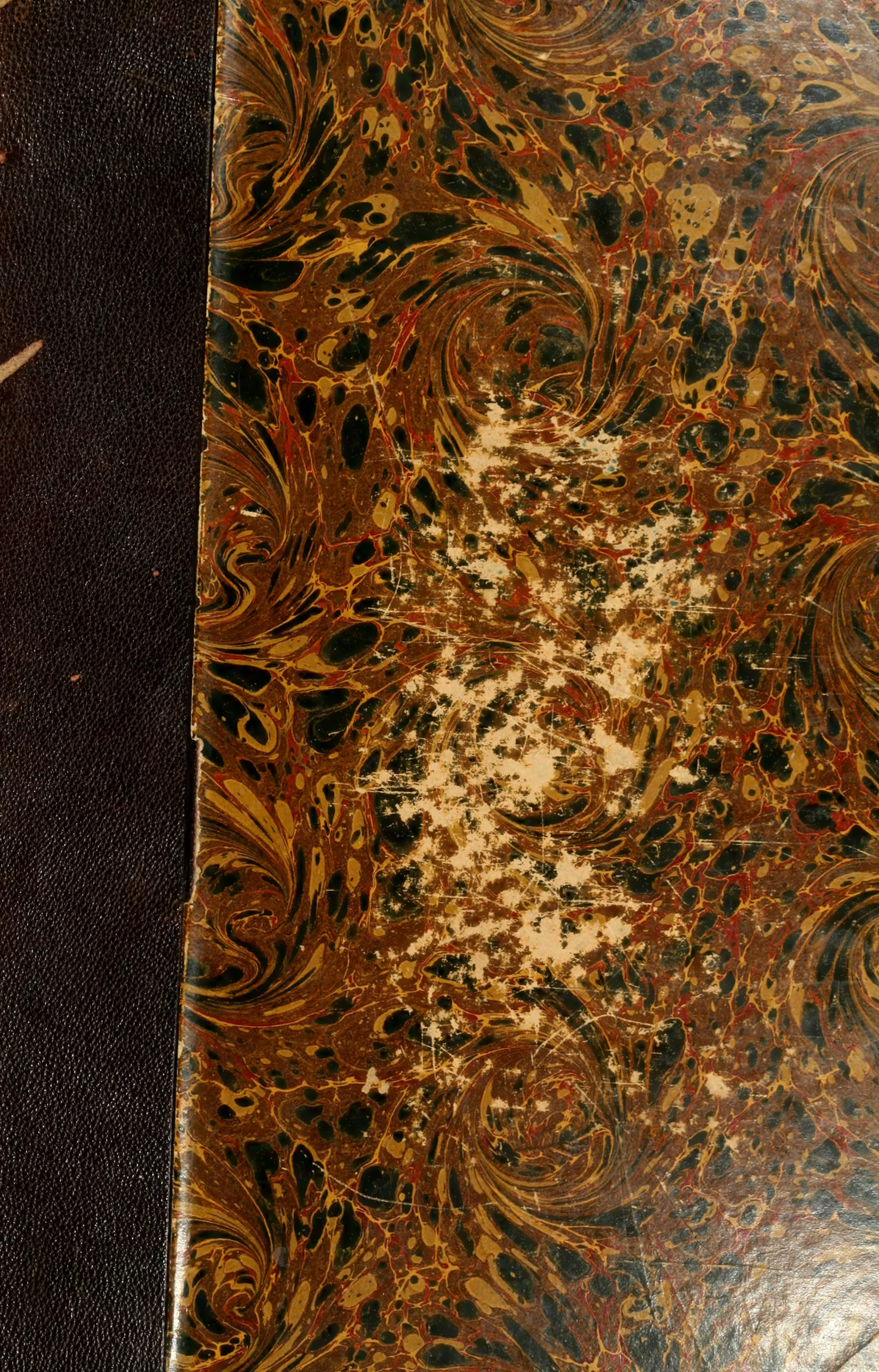
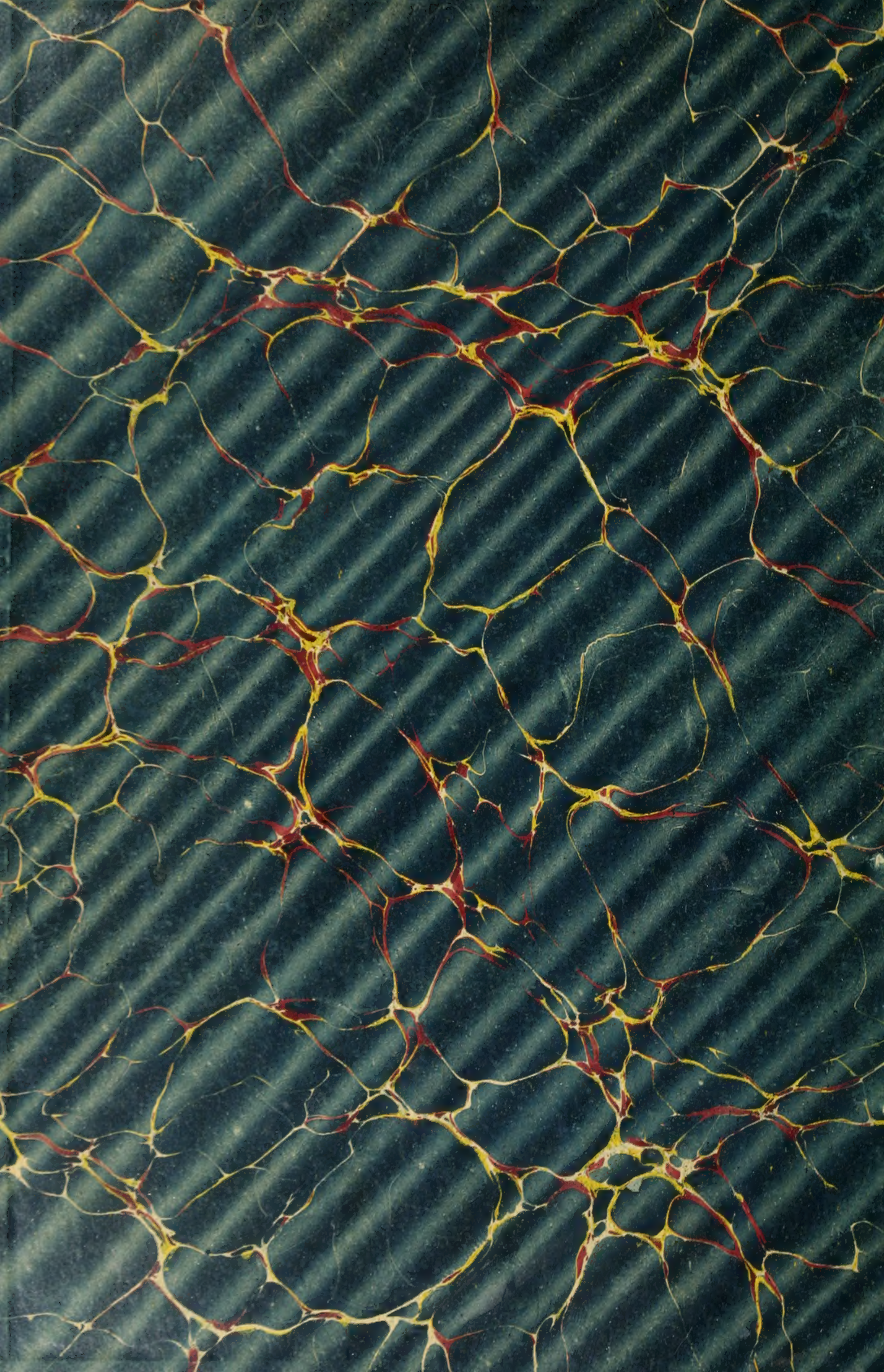
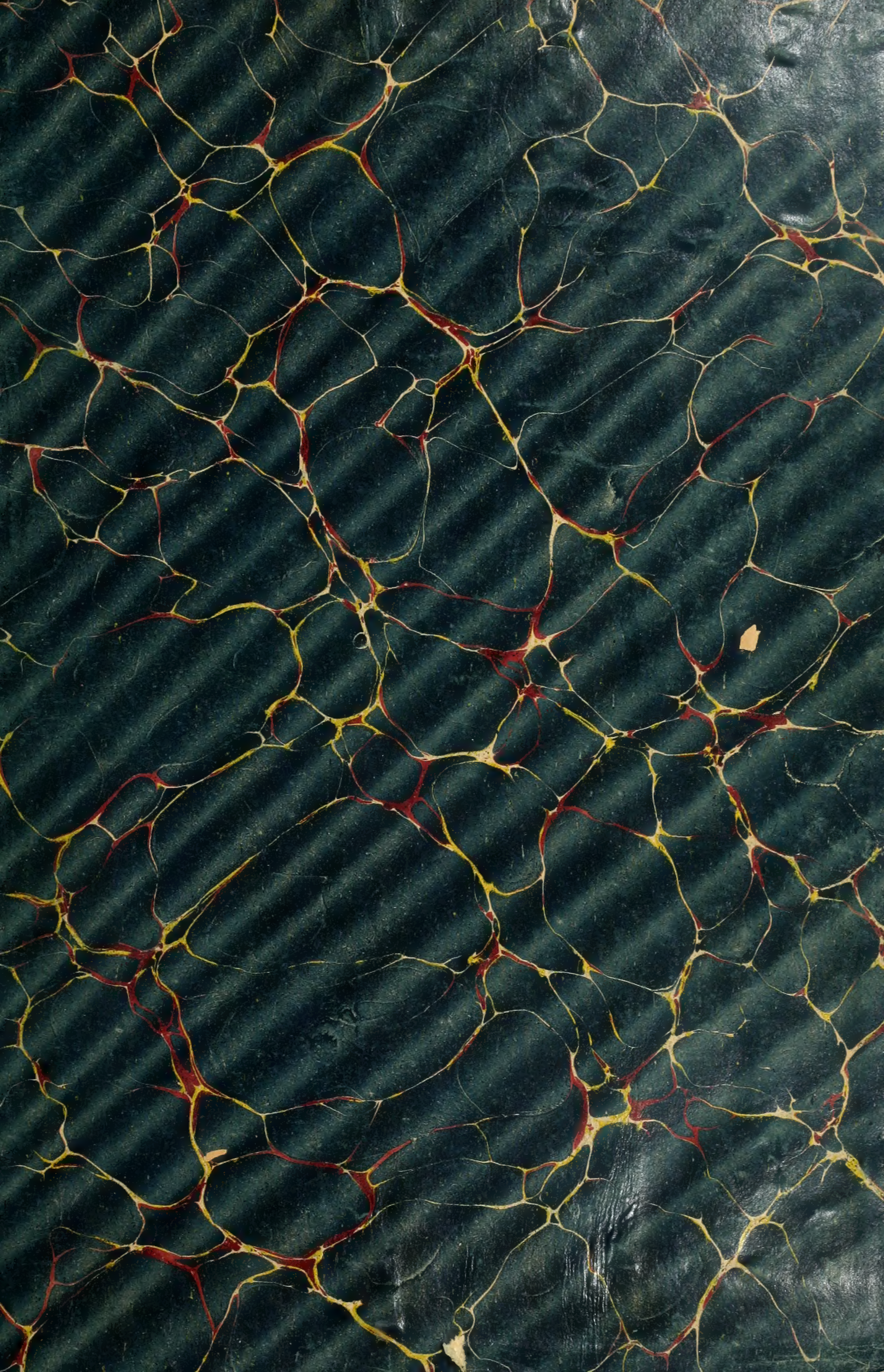






OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

IX

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo IX

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

TERCERA SECCIÓN



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20

1899

EJEMPLAR NUM.

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

TERCERA SECCION

OBSERVACIONES PRELIMINARES

OBSERVACIONES PRELIMINARES.

Las comedias históricas de Lope de Vega que este tomo comprende, abrazan desde el reinado de San Fernando hasta la muerte del rey D. Pedro.

I.—LAS DOS BANDOLERAS

Y FUNDACIÓN DE LA SANTA HERMANDAD DE TOLEDO.

Dícese al principio de ella que la representó Avendaño. Fué impresa en una de las partes llamadas *extravagantes* ó de fuera de Madrid; rarísimo volumen, cuyo título dice así: «*Doce comedias nuevas de Lope de Vega Carpio y otros autores. Segunda parte. En Barcelona, por Gerónimo Margarit,* 1630.» Es la segunda de las piezas incluídas en ese tomo. El texto es bastante incorrecto, como en todas las publicaciones de su clase.

Puede ser invención de Lope la fábula de esta pieza, pero en ella ha mezclado, según su costumbre, gran número de elementos históricos. La acción se supone en 1234, poco antes de la conquista de Córdoba, en cuyo campamento se verifica el desenlace, cuando el santo Rey acude en socorro de los adalides que se habían introducido por sorpresa en el arrabal de la ciudad. En una larga relación del acto primero se recuerdan los principales hechos del reinado de Alfonso VIII, para establecer así el necesario vínculo cronológico entre esta comedia y la de las *Paces de los Reyes*. Mas, prescindiendo de este aparato de historia general, lo que principalmente da valor é interés á la pieza, lo que constituye su fondo, son las tradiciones de la Hermandad Vieja de Toledo, recogidas por el poeta con notable escrúpulo de exactitud, con fidelidad casi diplomática. Lope no podía dejar olvidado en su españolísimo Teatro aquel elemento tan popular y sano de la vida nacional, que estaba ya muy decaído en su tiempo, pero que en la Edad Media había sido poderoso dique contra las tiranías y arbitrariedades, desafueros y rapiñas de salteadores grandes ó pequeños. Creyó que los anales de las Her-

mandades eran dignos de ser dramatizados, y en especial los de la primitiva, los de la Hermandad llamada *vieja* para distinguirla de la establecida en tiempo de los Reyes Católicos, que fué más regimentada y menos anárquica, pero también menos democrática, y, en suma, menos poética. Con su instinto, que era casi infalible en estas materias, Lope se atuvo á la añeja y venerable Hermandad de los colmeneros de los montes de Toledo, cuyo origen describe muy exactamente en estos versos:

En los montes toledanos
Y en Sierra Morena hicieron
Mil escuadras de ladrones
Los Golfines bandoleros:
Asolaban los ganados,
Mataban los pasajeros,
Destruían las colmenas
Y saqueaban los pueblos;
Forzaban á las mujeres
Como tiranos soberbios;
Y viendo que no podía
Poner al daño remedio
Nuestro Rey, los ciudadanos,
Colmeneros y hombres buenos,
Levantaron una escuadra
De mil robustos mancebos;
Y por guardar nuestra hacienda,
Repartiendo en cinco puestos,
Por escuadras, nuestra gente,
Llevé á mi cargo doscientos.
Fuimos corriendo los montes,
Y en lo más áspero dellos
Hallábamos los ladrones,
Grande resistencia haciendo.
Aquí se prendían veinte,
Allí treinta, acullá ciento,
Y sin pasar adelante
Se hacía justicia dellos;
Que en los árboles colgados,
Para mayor escarmiento,
Por blanco de nuestras flechas
Asaetados se vieron.
Con este mismo castigo
Murieron mil y quinientos;
Limpiamos toda la tierra
Y los montes de Toledo;
Hermandados á este fin,
Los hermanos colmeneros
Propusimos ser hermanos;

Y porque tuviese efecto
Nuestra hermandad levantada,
Fuimos al Rey, que sabiendo
La causa de esta justicia,
La hermandad confirmó luego,
Dándonos para seguro
Aqueste Real privilegio,
Cuyas libertades justas
Confirmó su mismo sello
Para su mayor abono;
Y pues es santo el intento,
Y tú lo eres, confirma
De la Hermandad el derecho.

REY.

Leed el privilegio: quiero
Confirmar cosa tan justa.

Y aquí Lope, con el más candoroso realismo, como quien estaba hondamente penetrado de la misión de su Teatro, que era una cátedra de historia patria abierta á todas horas para su pueblo, transcribe á la letra y con rigor cancilleresco el privilegio atribuído á Alfonso VIII, permitiéndose versificar sólo la confirmación de San Fernando. ¡Ah! No es fácil que ahora podamos formarnos idea del noble é ingenuo regocijo que inundaría el alma de aquellos honrados cuadrilleros cuando oyeran resonar sobre las tablas las cláusulas de su venerado pergamino, mezcladas en el torrente de los versos del mayor poeta nacional. Pareceríales que la sombra augusta del bienaventurado conquistador de Córdoba y Sevilla volvía á levantarse entre ellos para cubrir con el manto de su santidad los rigores de la justicia patriarcal que ellos ejercían.

«Visto por el Rey y el reino la utilidad que se sigue de que los colmeneros de los montes de Toledo continúen en su hermandad, yo el rey D. Alonso, llamado *el Noble*, permito y mando que prosigan adelante en la forma susodicha. Y para que mejor puedan sustentar la dicha hermandad, les den las partes interesadas, cada uno lo que pueda, conforme el estado, concediéndoles que tengan su jurisdicción y puedan castigar á los delincuentes, y seguirlos y castigarlos con la dicha pena. Por lo cual se les concede que puedan sacarlos dondequiera que estuvieren, y aunque estén por otros delitos, los jueces competentes los entreguen á los alcaldes y cuadrilleros de la dicha hermandad para que hagan justicia.

»Item más: que el Prelado les hace gracia de que el fruto de sus colmenas sea libre de diezmo de miel y cera.

»Item más: que los señores de los ganados del reino les den de su voluntad, para ayuda de sustentar la hermandad, una asadura de cada cabeza de ganado de cada hato que pasare por las tierras y distritos de los hermanos de la dicha hermandad, como hoy lo tienen, y cobran de todos los estados de gentes, sin exceptuar cléri-

gos, ni hidalgos, ni otro ningún estado de gente, y que sean los cuadrilleros los mismos colmeneros de Toledo.»

REY.

Yo digo que lo confirmo,
Y al privilegio pretendo
Añadir más libertades
Y así, de nuevo concedo
Á los colmeneros dichos,
Presentes y venideros,
Que puedan cazar sin pena
Por los lugares y puestos
Por donde en tiempo cazaban
Del rey Alfonso mi abuelo;
Y que les sean guardados
Sus costumbres y sus fueros,
Y que puedan desmontar
Los montes, no conociendo
Las dehesas, en perjuicio
De los colmenares hechos.
Y para confirmación
De mi justo mandamiento,
Con mis dos sellos de cera
Abonaré el privilegio,
Cuya fecha se publica
Año de mil y doscientos
Y veinte, á los tres de Marzo,
En las Cortes de Toledo;
Y por la santa justicia
Que en esta hermandad contemplo,
Nombre de Santa hermandad
Desde ahora le concedo.

¿Quiénes eran los Golfines? ¿Qué cosa fué la Hermandad Vieja de Toledo? ¿Qué fe merecen los privilegios alegados por Lope de Vega? A estas tres preguntas procuraremos responder sucintamente.

Y en cuanto á la primera, ningún testimonio más autorizado que el del cronista catalán Bernardo Desclot, que habla de ellos refiriéndose al año 1282: «*E aquelles altres gents que hom apella* golfins *son castelans e salagons* (en otros textos *gallegos*) *de dins de la profunda Spanya, e son la major partida de paratge. E per ço com no han vianda ne han de [illegible], ó per alguna malafeta exien de llur terra ab llurs armes. E axi com a homens que no saben altre fer, vehent se en la frontera dels ports de Muradal qui son grans montanyes e forts e grands boscatges, e marquen ab la terra dels sarrahins e dels chrestians, e quens passa lo camí que va de Castella a Cordova e a Sibilia, e axi aquelles gents prenen crestians e*

serrayns e stan en aquells boscatges e aqui viuen, e son molt grans gents e bones d'armas, tant quel Rey de Castella no'n pot venir a fi» (1).

Estos *Golfines*, á quienes el cronista de D. Pedro III nombra en la buena compañía de los Almogávares, aunque distinguiéndolos de ellos, no eran, pues, unos merodeadores vulgares, como los que en tiempos más recientes han infestado aquel mismo territorio, sino muy buenos hombres de armas, aunque por la mayor parte aventureros desalmados y de obscuro origen; hombres de *paratge* y sin patrimonio alguno, ó bien disipadores de sus rentas, arruinados por el juego ó prófugos por alguna fechoría, los cuales, *no sabiendo otra cosa que hacer*, según la ingenua expresión del cronista, se emboscaban en las fragosidades de Sierra Morena, y ponían á rescate á moros y cristianos, infestando el camino de Castilla á Andalucía, y especialmente el puerto de Muradal.

Contra estos bandidos, pues, se formó la Hermandad Vieja, de cuyos principios parece haber logrado Lope más puntuales noticias que los mismos historiadores de Toledo. Véase, por ejemplo, lo poco que dice el Dr. Francisco de Pisa, á quien citamos con preferencia por haber sido coetáneo y amigo suyo y haber publicado su libro por los mismos años en que Lope hubo de componer esta comedia (2):

«Demás de esta justicia y orden de gobernacion que habemos dicho, hay en esta ciudad otra muy util y necesaria justicia que llaman la Hermandad vieja, de que son hermanos todos los que tienen hazienda de colmenas en los montes de la ciudad con ciertos límites. Hay dos Alcaldes en esta Hermandad para remedio de los daños y delitos que se cometen en despoblado: estos son elegidos y nombrados por los Alcaldes del año presente y del año antes, y han de ser del número de los hermanos, y vezinos de Toledo. Mas hay otros dos Alcaldes de la Hermandad nueva, nombrados por el Ayuntamiento, un año del número de los Regidores, y otro año un Jurado, con otro Alcalde que es ciudadano.

»Tiene la Hermandad vieja su cárcel propria, juncto á la plaza mayor, á la parrochia de San Pedro, donde se ponen en prision los malhechores que hazen daño en los despoblados. Dentro en la cárcel hay una Sala principal, donde se congregan los hermanos. De suerte que hay una Hermandad vieja y otra nueva.

»La Hermandad vieja, de su primer principio, no fué ordenada ó fundada por los Reyes, sino por los mismos pueblos de los montes; aunque despues fué confirmada por los Reyes y previlegiada. Y esta solamente la hay en tres pueblos, es á saber, en esta ciudad, y en Ciudad Real, y en la villa de Talavera. Fué confirmada por el rey don Fernando el Santo, cerca de los años del Señor de mil y dozientos y se-

(1) *Cronica del Rey En Pere, per B. d'Esclot*, cap. LXXIX (edición Buchon, 1842, *Panthéon Littéraire*), pág. 627.

(2) *Descripcion de la imperial ciudad de Toledo y historia de sus antigüedades y grandeza y cosas memorables que en ella han acontecido..... Primera parte, repartida en cinco libros......, compuesto por el Dr. Francisco de Pisa, catedrático jubilado de Sagrada Escritura y Doctor en Cánones de la Universidad de Toledo. Toledo, por Pedro Rodriguez, 1605.* Folio 33 vto.

senta y cinco; y para perpetuarla la dotó de cierto derecho, que es assadura mayor y menor, esto es una cabeza de cada hato que passa por los montes. El nombre de assadura por ventura fué tomado de la parte por el todo; ó segun parecer de algunos, corrupto el vocablo se dize assadura, por decir passadura, esto es, por los ganados que passan. Fué esta santa Hermandad instituyda por escusar las muertes y robos que ciertos ladrones llamados *Golfines* (que eran muchos en número) hazian en toda esta comarca, acogiéndose á los montes, donde por su espesura y grande aspereza se hazian fuertes, sin que nadie los pudiesse entrar. Tiene esta Hermandad su Cabildo, y se rigen los hermanos por antiguas costumbres y fueros: reside el juzgado en la misma cárcel, donde como se ha dicho, hay una sala: eligen entre sí Alcaldes y un cuadrillero mayor y otros oficiales.»

Dudamos que Pisa hubiese alcanzado á ver el privilegio de San Fernando, que no es ni podia ser de 1265, tiempo en que reinaba ya Alfonso *el Sabio*. Quien había visto tan precioso documento, no sabemos dónde ni cuándo, era nuestro poeta, que da su fecha exacta, que es, en efecto, el 3 de Marzo de la era de 1258, correspondiente al año 1220. Yo tengo la satisfacción de imprimirle al pie de estas páginas, fielmente copiado de la colección del P. Burriel, para que se vea hasta dónde llegaba la rara erudición de Lope de Vega en cosas de historia de España, y el respeto con que solía tratar sus documentos, aun en medio de la genial precipitación con que escribía (1). Se verá que á veces no ha hecho más que romancear casi literalmente el texto latino cancilleresco:

---

(1) Dd. 49 de la colección manuscrita del P. Burriel (Biblioteca Nacional):

«Índice de los Privilegios de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, hecho año de 1556:

Hay *otro* Privilegio del Rey Don Fernando et de la Reyna Doña Beatriz su mujer, en latin, confirmado de todos los grandes et Perlados del Reyno con su rueda et letra segun el estilo viejo en pergamino con dos sellos de cera con sus trenzas, et está dado por los dichos Rey et Reyna con su hijo el Infante Don Alonso, et consentimiento et placenteria de Doña Berenguela Reyna su Madre. Fecha en Toledo a tres de Marzo, era de mill e dosientos et cinquenta et ocho años, por el qual face donacion et concesion et confirmacion a los colmeneros de la cibdad de Toledo pasados et por venir perpetuamente, para que cacen sin pena ninguna por todos los lugares donde moraren et cazaban en tiempo del Rey Don Alonso su agüelo, et que les sean guardados sus fueros et costumbres que tenian, et ninguno sin su mandado faga deffessas nin otra defension alguna, nin defienda cosa alguna sin su querer et mandado salvo las que ficieron el tiempo de su agüelo et que las que en aquel tiempo se ficieron no las ensanchen so ciertas penas, et que puedan desmontar.....», etc.

Al margen dice el P. Burriel: «Falta ya este privilegio. (Se entiende en el Archivo de la Hermandad.) En San Pedro Martyr tienen copia autorizada, de donde saqué una.»

Dd. 114 de la colección del P. Burriel, fol. 7:

«Copia fiel de un Privilegio concedido por el señor Rey Don Fernando, á los Colmeneros de Toledo, que hoy es la Hermandad que dizen Vieja. Su fecha en Toledo, en 3 de Marzo, era de 1258, que es año de 1220:

«Præsentibus et futuris notum sit ac manifestum, quod ego Ferrandus Dei gratia Rex Castel-

«Dono itaque vobis et concedo quod absolute montetis sive cazetis cuniculos et alia more solito per omnia illa loca per quæ montabatis sive cazabatis tempore avi mei Regis Domini Aldephonsi, et habeatis illos foros et illas consuetudines quas pro tempore habebatis.....», etc.

Que puedan cazar sin pena
Por los lugares y puestos
Por donde en tiempo cazaban
Del rey Alfonso mi abuelo;
Y que les sean guardados
Sus costumbres y sus fueros.....

Lo más singular es que á fines del siglo XVII la Hermandad Vieja de Toledo no conservaba ya en su Archivo ni original ni copia del privilegio de San Fernando, ni podía remontar sus memorias documentadas más allá de 1315, fecha de un diploma de Alfonso XI, confirmando otro de su padre Fernando IV. Así resulta de una representación impresa que dicha Hermandad dirigió al rey Carlos II pidiendo que no se ejecutase un decreto del Consejo Real, que prescribía la asistencia del Corregidor de Toledo á todas sus juntas.

«Tiene tantos siglos de antigüedad (decían) esta Santa Hermandad Vieja de To-

læ et Toleti una cum uxore mea Domina Beatrice, et cum fratre meo Domino Alfonso, ex asensu et beneplacito Dominæ Berengariæ Reginæ Genitricis meæ, facio chartam Donationis, Absolutionis, Concessionis, confirmationis et stabilitatis vobis Montanariis cunicolorum de Toleto, præsentibus et futuris perpetuo valituram: dono itaque vobis et concedo quod absolute montetis sive cazetis cuniculos et alia more solito per omnia illa loca per quæ montabatis sive cazabatis tempore avi mei Regis Domini Aldephonsi, et habeatis illos foros et illas consuetudines quas pro tempore habebatis; statuens et prohibens firmiter quod nullus sine mandato meo defensas sive alias defensiones facere præsumat, præter illas quas fecit avus meus superius memoratus, nec illas quas idem fecit largius ampliare. Siquis vero hanc chartam infringere, seu diminuere in aliquo præsumpserit, iram Dei omnipotentis plenarie incurrat, et cum Juda Domini proditore penas sustineat infernales, et regis parti mille aureos in cota persolvat, et damnum super hoc vobis illatum restituat duplicatum. Facta charta apud Toletum tertia die Martii, era Millessima ducentessima, quinquagesima octava, anno tertio regni mei, eo videlicet tempore quo Rex in monasterio Sanctæ Mariæ Regalis de Burgos cingulo militari manu propria se accinxit, et Dominam Reginam Philippi quondam Regis Romanorum filiam uxorem duxit solemniter. Et ego prædictus Rex regnans in Castella et Toleto, hanc chartam quam fieri iussi, manu propria roboro et confirmo. Rodericus Toletanæ Sedis Archiepiscopus, Hispaniarum Primas, confirmat. Mauritius Episcopus Burgensis confirmat. Tellus Palentinus Episcopus confirmat. Geraldus Segoviensis Episcopus confirmat. Rodericus Seguntinus Episcopus confirmat. Garsias Conchensis Episcopus confirmat. Melendus Oxomensis Episcopus confirmat. Joannes Domini Regis Chancellarius, Abbas Valisoletanus confirmat. Rodericus Didaci confirmat. (Siguen los confirmantes.)

»Esta copia se sacó del testimonio de dicho Privilegio que se halla en los autos del pleito con Burgos, dado en Toledo en 4 de Abril de 1595 años por Francisco Sanchez de Canales, notario apostólico y de la audiencia episcopal.»

ledo, Ciudad-Real y Talavera, que no se sabe el año fixo de su creacion. Por tradicion se sabe la forma con que se fundó; y fué que con las alteraciones de los Reynos, guerras que habia entre unos y otros, y con los Moros que infestaban parte de España; y reconociendo los caballeros (1) de aquellos tiempos, que vivian en Toledo y Villa-Real (que entonces no era ciudad) y en Talavera, que los caminos los tenian cogidos y embargados los *Golfines* (que así llamaban en aquellos tiempos á los salteadores), y que ninguno podia ir seguro, ni en vida ni hazienda, ni los ganados tenian seguranza de no ser robados por este género de gente, hizieron entre sí, celosos del bien comun, los de Toledo, Villa-Real y Talavera Junta y Hermandad, ofreciendo y jurando de seguir y perseguir, castigar y matar á estos golfines malhechores, que embargaban las carreras y caminos, robaban los pasajeros y destruian los ganados y hazienda de los campos.

»Como lo ofrecieron y juraron, así cumplieron, con tanta aceptacion de los señores Reyes de aquel tiempo, que viendo la gran conveniencia que se seguia á todo el Reyno, confirmaron esta Junta y Hermandad; y tambien la confirmó Su Santidad, llamándola Santa Hermandad y canonizándola con este título, por cuya causa tiene el de Santa Hermandad, y llamase *Vieja*, á distincion de la *Nueva*, que á su semejanza instituyeron los señores Reyes Cathólicos en todos sus Reynos y Señorios.

»*Ignorándose por la antigüedad el año en que se formó y instituyó esta Santa Hermandad Vieja de Toledo, Ciudad-Real y Talavera; lo que consta de sus Privilegios*, que los siglos no han lazerado, es que en la Era de mil y trecientos y cinquenta y tres, que corresponde al año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesu Christo de mil y trecientos y quinze, ya estaba fundada esta Hermandad, y con Privilegios, porque dicho año el señor rey D. Alonso, por uno que despachó en Burgos el 18 de Octubre, confirma los dados por el señor rey D. Fernando.....

»La mayor grandeza de esta Santa Hermandad, es no saberse tiempo cierto de su origen, y hallarse con privilegios y franquezas, y honrada de los señores Reyes desde el año del Señor de mil y trezientos y quinze, con que su antigüedad pasa de cuatro siglos.....»

Este privilegio de Fernando IV, confirmado por Alfonso XI, es tan curioso, que tampoco quiero dejar de ponerle por nota, puesto que completa la historia del primer período de la Hermandad, y no puede menos de ser grato á los amantes de estas castizas antiguallas (2). Pero es indudable que no era el primitivo, y que en

(1) *Sic*. La vanidad aristocrática del siglo XVII convertía en *caballeros* á los *colmeneros* de los montes de Toledo.

(2) [illegible] Colección del P. Burriel. Privilegios de la Hermandad Vieja de Toledo:

[illegible]o XI.

»Sepan cuantos esta carta vieren, como yo D. Alfonso, por la gracia de Dios Rey de Castiella, de Toledo, &....., vi carta del rey D. Fernando, mio padre, que Dios perdone, escripta en cuero é seellada con el sello de cera colgado, que dice en esta guisa:

»Sepan cuantos esta carta vieren, como yo D. Fernando, por la gracia de Dios Rey de Cas-

esto Lope de Vega anduvo mucho mejor informado que los mismos cuadrilleros y que el Dr. Pisa; como lo comprobó en el siglo pasado el P. Burriel exhumando del Archivo de San Pedro Mártir una copia legalizada del genuino diploma de San Fernando, que aparece conforme en todo lo sustancial, según queda dicho, con el que se pone en la comedia.

---

tilla....., vi una carta que yo ove dado á los Colmeneros é á los Ballesteros, fecha en esta manera. Don Ferrando..... Á todos los Maestres de las Ordenes é á todos los Conceios, Alcalles, Merinos, Jueces, Justicias, Alguaciles, Comendadores, é á todos los otros aportellados, é á todos los baquerizos de las Ordenes, et de esotros omes de mio señorio á quien esta mi carta fuere mostrada, salud et gracia. Sepades que los Colmeneros et los Ballesteros me dixeron: que ellos veyendo el muy grand mal, et el muy grand daño que los *Golfines* facien é cometien en la Xara en matar é en robar, et en otros muchos males en que vosotros los de la tierra tomábades muy grand daño, et yo muy grand deservicio, que ovieron de faser hermandat los de Toledo, et de Talavera, et de Villa-Real para correrlos et matarlos et echarlos de la Xara, et que por razon del perdonamiento que les yo fago, et vosotros los maestres et los Conceios, que se atreven tanto los Golfines, et estos perdones que han, que los non pueden matar, nin echar de la Xara. Et otrosí que andando ellos en pos los Golfines, que en algunos logares non los quieren dar vianda por sus dineros, nin los quieren ayudar á prenderlos nin á matarlos, et otrosí que piden á vos los pastores et baquerizos que les den de cada hato una assadura para ayudar de mantener la muy grand costa que fasen andando en pos los Golfines, et que gelo non queredes dar, et por esto que los non pueden matar, nin correr asi como debien. É pidiéronme merced que mandase y lo que toviese por bien. Porque vos mando á cada uno de vos á quien esta mi carta fuere mostrada, que cada que los Colmeneros vos llamaren que los vayades ayudar et acorrer, et á matar los Golfines, que vayades y é que los ayudedes. Otrosí vos mando que les dedes vianda por sus dineros, cada que vos la demandaren. Otrosí mando á vos los baquerizos et á los pastores que les dedes de cada hato una assadura cada año para mantener la muy gran costa que facen en esta razon, et non se escusen ningunos de lo dar por carta nin por privilegio que tengan: la mi voluntad es que lo hayan, pues es mio servicio et muy gran pro de toda la tierra et qualesquier baquerizos ó pastores, que non quisieren dar á los dichos colmeneros de cada hato una assadura segund dicho es, et mando que los emplacen que parezcan ante mi ó quien quier que yo sea, del dia que lo emplazaren á nueve dias, so pena de cient maravedis de la moneda nueva, á decir por qué non cumplen mio servicio. Et otrosí mando á todos aquellos á quien esta mi carta fuere mostrada ó el traslado della signado de Escribano público ó firmado, que non los *emparedes*, nin les encubrades ningun Golfin por perdonamiento, nin por otra razon ninguna. É si alguno ó algunos encubrieren ó *empararen* los Golfines, ó los encobridores dellos por ninguna razon que sea, mándovos que prendades al ome ó á los omes que los empararen é los encubrieren, é les tomedes todo quanto les fallardes, é que lo dedes todo á tan bien las personas dellos como lo que les mandardes á los dichos colmeneros. Et mando por esta mi carta á los colmeneros, que esa misma justicia fagan en aquel ó en aquellos que los Golfines encubrieren, segund dicho es como farien en los Golfines mismos.....»

»Dada en Toledo xxv dias de Setiembre, era de mil e trecientos e quarenta e un años.»

Ha sido impreso totalmente este privilegio en la *Colección Diplomática de D. Fernando IV* (número 243), unida á las *Memorias* de aquel Monarca, publicadas por la Academia de la Historia en 1860, bajo la dirección de D. Antonio Benavides.

No hay rastro en esta obra de Lope de las tradiciones, probablemente modernas, que se consignan en el preámbulo de las ordenanzas de la Hermandad aprobadas en 1792 por el Consejo de Castilla, y en que suenan los nombres del bandido Carchena, del ricohombre D. Gil, de sus hijos Pascual Ballestero y Miguel Turro, tenidos por los primeros cuadrilleros, y de su compañero el piadoso Sancho Valdivielso. Todo esto, no sólo parece fabuloso, sino inventado *à posteriori* con la mira de enaltecer ciertos apellidos ó de explicar los orígenes de algunos nombres de pueblos (*Miguel Turra—El Pozuelo de D. Gil*).

No creemos tampoco que tenga valor histórico el nombre de Luis Gutiérrez Triviño, que hace oficio de Cuadrillero mayor en la comedia de Lope. El argumento parece de pura fantasía; pero como nuestro poeta gusta siempre de dar á sus ficciones más caprichosas una sólida base histórica y geográfica, y ponerlas en relación con objetos familiares á sus espectadores, desenlaza la fábula en el sitio donde luego se fundó la venta de Dos Hermanas, una de las más conocidas de Sierra Morena, dando así ingeniosamente la etimología de aquel paraje nada menos que por boca de San Fernando:

Y pues aquí me perdí
Y vino á ser mi posada
La cabaña de las dos,
Aquí una casa se haga
Que se llame desde hoy
Venta de las Dos Hermanas,
De aquesta Sierra Morena,
Que será eterna su fama.

Las dos Bandoleras es una pieza interesante, de corte melodramático y acción rápida y viva, pero tiene el defecto de repetir situaciones que están presentadas con más acierto en otras comedias de Lope, anteriores ó posteriores á ésta. Las dos hijas del cuadrillero, burladas por los dos capitanes D. Alvaro y D. Lope, corresponden por punto á las dos hijas de *El Alcalde de Zalamea*, que luego Calderón, con muy buen acuerdo, redujo á una sola en su maravillosa refundición de aquel drama. La desesperada resolución que las violadas doncellas toman de echarse á bandoleras, para vengar, asesinando á los hombres, la quiebra de su honra, se repite en otros dramas del inagotable repertorio de nuestro autor, y quizá mejor que en ninguno en *La Serrana de la Vera*.

Pero tampoco es indigna de leerse la obra que examinamos. Tiene felices rasgos cómicos en el cínico carácter del soldado Orgaz. Tiene, sobre todo, mucha nobleza y ternura, con mezcla de austeridad patriarcal, en el papel del viejo Triviño, que es de aquellos en que Lope triunfaba siempre, y cuya más alta expresión es Tello de Meneses. Léase en el primer acto de *Las dos Bandoleras* el monólogo en que el engañado padre se regocija con la supuesta virtud de sus hijas y con la promesa que el Rey le ha hecho de casarlas honradamente. Nótese con qué habilidad escénica

está traída en la jornada segunda la visita del Rey, precisamente en el momento en que Triviño acaba de enterarse de su catástrofe doméstica y exhala su desesperación en rabiosos acentos; y cómo el honrado viejo llega á sobreponerse á aquel acceso de furia, y aparece compuesto, mesurado y sereno en presencia del Monarca, y cumple con él los deberes de la hospitalidad, sin darle indicio siquiera de la tormenta que en su interior brama. En la escena de bandolerismo con que termina este acto son de notar los siguientes versos, en particular los dos últimos, que son de súbito y terrible efecto trágico:

Soy una humilde serrana
Que por estos montes ando,
Donde, las fieras cazando,
Busco la más inhumana.
En esta sierra presente
Tengo una pequeña choza,
Y allí mi vida se goza
Apartada de la gente.
En lo alto de su cumbre
Está mi choza pajiza,
Á cuya corona enriza
Del sol la primera lumbre.
—Que sois ángel yo recelo;
Que en vuestra luz lo mostráis,
Y es cierto, pues habitáis
Tan cerca del sol del cielo.
Si yo mereciera ser
Huésped de aquesa posada,
¿Qué fortuna más preciada
Se pudiera pretender?
—Vuestro trato cortesano
Me ha obligado, caballero,
Y así, mi posada quiero
Daros, pues en ello gano.
No os faltará allí el conejo,
La perdiz, ni la paloma,
Pues antes que el sol asoma,
Sin caza ese monte dejo.
. . . .
—Dichoso el que mereció
Vuestro favor, gloria mía.
—Esto me dijo algún día
El traidor que me engañó.

El tercer acto está más débilmente escrito que los otros; pero debió de parecer muy bien á los espectadores, que serían en parte cuadrilleros de Toledo (puesto que conjeturamos que en aquella imperial ciudad fué escrita y representada por pri-

mera vez esta comedia), la aparición de Triviño en las fragosidades de Sierra Morena con el estandarte verde y el escudo de saetas de la Hermandad, dispuesto á clavar á flechazos á sus propias hijas, si el Rey no llegara muy á tiempo para impedir tan sangrienta justicia, casándolas con los dos capitanes burladores: fin menos lastimero, pero también menos ejemplar y menos poético, que el de *El Alcalde* [illegible] y el de *La Niña de Gómez Arias*.

Aunque esta comedia no está mencionada en ninguna de las dos listas de *El Pe-* [illegible] u estilo y por el desorden de la traza, á la primera manera de Lope, y con verosimilitud podemos conjeturar que hubo de escribirla por los años de 1604 ó 1605, que fué cuando hizo más larga residencia en Toledo; lo cual explica las alusiones locales que hay en esta comedia; por ejemplo, el siguiente [illegible] á los bandos y competencias de las monjas bautistas y evangelistas:

Reñían los dos galanes
Sobre haceros mil lisonjas,
Como por los dos San Juanes
Suelen pelear las monjas
Á costa de mazapanes.

Hay una comedia de *dos ingenios* (D. Juan de Matos Fragoso y D. Sebastián de Villaciosa), *Á lo que obliga un agravio, y las hermanas bandoleras*, que es refundición de ésta de Lope.

II.—EL SOL PARADO.

Comedia citada en la primera lista de *El Peregrino*, y, por consiguiente, anterior á 1604. Lope no la publicó hasta 1621, en la *Décimaséptima parte* de sus comedias, donde ocupa el noveno lugar, precedida de una corta dedicatoria á D. Andrés de Pozas, arcediano de Segovia y secretario del arzobispo de Burgos D. Fernando de Acevedo, á la sazón Presidente del Consejo de Castilla.

El judaizante Antonio Enríquez Gómez, en el prólogo de su poema *Samsón Nazareno*, impreso en 1656, cita como una de las veintidós comedias que en su mocedad habia compuesto, una con el título de *El Sol Parado*. Es de presumir, dado el origen hebreo del poeta y la religión que ocultamente profesaba, que esta pieza tuviese por asunto el milagro de Josué, siendo, por tanto, independiente de la de Lope, cuyo protagonista es el maestre D. Pelayo Pérez Correa, la cual también suele designarse con el segundo título de *Ascendencia de los Maestres de Santiago*.

Con esta comedia empezó Lope de Vega á explotar los ricos anales de las órdenes militares, y no ciertamente para adularlas, puesto que cabalmente tres de las piezas más admirables de su repertorio trágico, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, *Los Comendadores de Córdoba* y *Fuente Ovejuna*, versan sobre grandes desafueros é iniquidades cometidos por caballeros y comendadores de las órdenes.

Aun en la presente, escrita para glorificar á la Caballería de Santiago en sus diez y seis primeros maestres, no sale del todo bien librada la honestidad de D. Payo Correa; y eso que el poeta, conformándose con la tradición, le atribuye nada menos que el portento de haber detenido al sol en su carrera para completar su victoria sobre los sarracenos, renovando la prodigiosa hazaña del caudillo de Israel.

Para resumir en breves líneas los datos históricos concernientes al Maestre, nos valdremos del autorizado testimonio de Rades y Andrade en su *Chronica de las tres Órdenes* (Toledo, 1572), libro que era muy familiar á Lope de Vega, y del cual probablemente se valió en esta ocasión como en otras.

Capítulo XXIV. *Del maestre D. Pelay Pérez Correa.*

«El XVI Maestre de Sanctiago fué don Pelay Perez Correa, que en nuestras escrituras se llama don Pay Perez, conforme al lenguaje de Portogal, donde á Pelayo dizen Payo. Fué Portogués, hijo de Pedro Pay Correa, y de doña Dorotea Perez de Aguiar su mujer, y nieto de Payo Correa y de doña María Mendez de Silva su mujer. Eligiéronle por Maestre en Mérida, siendo Comendador de Portogal, en la era de 1280, que es el año del Señor de 1242.»

. . . .

Prosigue contando la parte que tuvo en recibir la entrega del reino de Murcia, en ganar la villa de Mula, en la conquista de la ciudad de Jaén, en el sacomano de Carmona, y principalmente en el cerco de Sevilla, para cuya narración sigue el texto de la *Crónica general* impresa. Pero en ésta no hay rastro del famoso *Miraglo de Tudia*, que relata en estos términos el crédulo analista de las órdenes:

«En antiguos memoriales de cosas desta órden se halla escripto que el Maestre don Pelay Perez Correa, haziendo guerra á los Moros por la parte de Llerena, huvo con ellos vna batalla al pie de Sierra Morena, cerca de donde agora es Sancta María de Tudia. Dizen mas que peleando con ellos muchas horas, sin conoscerse victoria de una parte á otra, como viesse que havia muy poco tiempo de sol, con desseo de vencer aquella batalla y seguir el alcance, suplicó á Dios fuesse servido de hazer que el sol se detuviesse milagrosamente, como en otro tiempo lo havia hecho con Josué, caudillo y capitan de su pueblo de Israel. Y porque era dia de Nuestra Señora, poniéndola por intercessora, dixo estas palabras: «Sancta María, deten tu »dia.» Dizese en los dichos memoriales que milagrosamente se detuvo el Sol por espacio de tiempo muy notable, fasta que acabó el Maestre su victoria, y prosiguió el alcance.»

«En memoria deste milagro dizen haverse edificado una yglesia por mandado del Maestre, y á costa suya, á la cual puso nombre: «Sancta María de Ten tu dia», y agora corrupto el vocablo, se dize *Sancta María de Tu dia.*»

Continúa refiriendo la asistencia del Maestre á la conquista de Jerez en tiempo de Alfonso X, y la parte que tomó en la confederación de los Grandes contra aquel Monarca: empresa esta última que no parece muy digna de la santidad ó á lo me-

nos de la justificación que parece que ha de atribuirse á quien se supone con virtud y gracia suficiente para hacer parar el sol:

«Era de 1313, año del Señor de 1275, murió el Maestre don Pelay Perez Correa: haviendo governado la Orden treynta y tres años..... Fué su cuerpo sepultado en la Iglesia de Sancta María de Tudia, que él avia fundado» (1).

No satisfizo á la severidad crítica del P. Mariana (lib. XIII, cap. XXII) la piadosa creencia de los santiaguistas, ni aquellos *memoriales antiguos* que alegaban. Son dignas de notarse sus palabras, por la gravedad y entereza que respiran: «El mismo año (de 1275) pasó desta vida don Pelayo Perez Correa, maestre de Santiago, de mucha edad, muy esclarecido por las grandes cosas que hizo en guerra y en paz. Su cuerpo enterraron en Talavera, en la iglesia de Santiago, que está en el arrabal; así lo tienen y afirman comunmente los moradores de aquella villa; otros dicen que en Santa María de Tudia, templo que él edificó desde sus cimientos, á las haldas de Sierramorena, en memoria de una batalla que los años pasados ganó de los moros de aquel lugar, muy señalada, tanto que vulgarmente se dijo y entendió que el sol paró y detuvo su carrera para que el dia fuese más largo y mayor el destrozo de los enemigos y mejor se ejecutase el alcance. Dicen otrosí que aquella iglesia se llamó al principio de *Tentudia*, por las palabras que el Maestre dijo vuelto á la Madre de Dios: «Señora, ten tu dia.» *Á la verdad, alterados los sentidos con el peligro de la batalla, y entre el miedo y la esperanza, ¿quién pudo medir el tiempo? Una hora parece muchas por el deseo, aprieto y cuidado. Demás desto, muchas cosas fácilmente se creen en el tiempo del peligro y se fingen con libertad.*»

A pesar de los reparos del sabio y profundo jesuita, la leyenda continuó su camino, llegó á penetrar hasta en los procesos de la canonización de San Fernando, obtuvo la aquiescencia del P. Juan de Pineda, y, como sucede en tales casos, fué engrosandose con nuevas invenciones, hasta llegar al punto en que la vemos en los *Anales de Sevilla*, de Ortiz de Zúñiga (1677), que con su moderación habitual procura mantenerse equidistante de lo que llama la *nimia credulidad* y de la *nimia duda*. «Duró la luz sobrenaturalmente hasta que el Maestre acabó de triunfar, en tanto que *én oracion San Fernando lo auxiliaba mejor con clamores al cielo que pudiera con las más bizarras tropas*: milagro que acredita fundado despues por el mismo Maestre el templo de *Nuestra Señora de Tentudia*; y á que añaden otro de *haber al impulso de su voz dado una seca peña fuente de agua que satisfizo la sed de su gente, que perecía abrasada*» (2). A la verdad, que sólo una devoción indiscreta y

(1) *Chronica de las tres Ordenes y Cavallerias de Sanctiago, Calatrava y Alcántara: en la qual se trata de su origen y sucesso, y notables hechos en armas, de los Maestres y Cavalleros de ellas: y de muchos Señores de Título y otros Nobles que descienden de los Maestres: y de muchos otros Linages de España. Compuesta por el Licenciado Frey Francisco de Rades y Andrada. Toledo*, 1572. Folios 31, 32 vto. y 34.

(2) *Anales eclesiásticos y seculares de la ciudad de Sevilla*..... Madrid, 1795; t. I, pág. 12.

afeminada, como era la de las postrimerías del siglo XVII, pudo imaginar que tal héroe como San Fernando, en quien nunca la piedad estorbó el fiero ímpetu bélico, pudiera estar en sosegada oración, como un pacífico anacoreta, mientras su gente se batía desesperadamente contra los moros.

Dos partes hay que distinguir en esta irregular y desconcertada comedia de Lope: una puramente histórica, que no tiene mérito particular, y un idilio amoroso que vale mucho. De la primera podemos prescindir, conocidas ya sus fuentes: empieza con una escena de grande espectáculo, la elección y juramento del Maestre, y termina con el milagro de *Ten tu día*, representado materialmente en las tablas del modo más rudo y primitivo, apareciendo por escotillón un ángel que pára al sol con la mano.

Pero en un rincón de esta obra informe hay perdida una florecilla silvestre, de las que el genio popular de Lope no dejaba nunca de recoger cuando las encontraba á su paso. Parece una serranilla del Marqués de Santillana puesta en acción. Perdido el Maestre de Santiago por sierra fragosa, al caer la noche encuentra albergue más que hospitalario en la choza de una serrana, que le abre sus brazos y su lecho. Toda la escena es de perlas, y aunque la situación sea de las más atrevidas que pueden presentarse á un público como final de acto, todo lo salva la candorosa y picante malicia de la musa popular:

MAESTRE.

¿Quién está en la choza?
Si hay alguien en ella.....
Mas ya sale della
Una buena moza.
Cierta es mi ventura,
Que aunque me perdí,
En mi vida vi
Tan grande hermosura.
Ya quedo obligado
Á mi suerte avara,
Porque no acertara
Si no hubiera errado.
Si osare llegarme.....
Dígame, serrana,
Si hasta la mañana
Podrás albergarme,
Porque voy perdido
Sin camino cierto,
Por este desierto
Que aquí me ha traído.....

FILENA.

Bien seáis venido,
Noble caballero:
Novedad es grande

Ver un hombre noble
Que entre el olmo y roble
Tan perdido ande.....
¿Qué os ha sucedido
Que os lleva tan triste,
Cuando ya se viste
La noche de olvido?

MAESTRE

¡Que aún tiene el sayal
Alma cortesana!
Yo me iba, serrana,
Á Ciudad Real.
Vengo de Toledo,
Y aunque acompañado,
Más solo he quedado
Que perdido quedo.
Por tan varios casos,
Por tales destierros,
Azores y perros
Conducen mis pasos;
Que en ese encinar
Del monte vecino,
Errara el camino
En fuerte lugar.
Seis veces vi ausente
El rostro del sol,
Y seis su arrebol
Otra vez presente;
Que con este afán
Que el monte se sube,
Siete días anduve
Que no comí pan,
Dándome campiñas,
Por sustentos leves,
Derretidas nieves
Y silvestres piñas;
No el pavo ó faisán
Que inventó la gula,
Cebada á mi mula,
Carne al gavilán.
Como es intrincada
La sierra que os pinto,
Como en laberinto
Va el alma enredada.
Sospechas le dan,
Y que estoy recela
Entre la Zarzuela

Y Darazután.
Hoy (que siempre vale
Decir los enojos),
Alzara los ojos
Hacia do el sol sale,
Pidiendo remedio
Al cielo ofendido,
Viéndome perdido
Y del monte en medio.
Y antes que se iguale
Con esta montaña,
Viera una cabaña;
Della el humo sale.
Que viendo que ya
Hambre me estimula,
Picara mi mula;
Fuíme para allá.
Mas luego á llegar,
Cual ves que he llegado,
Perros del ganado
Sálenme á ladrar.
Mas trayendo el aire
Voz que cerca suena,
Víos á vos, sirena
Del bello donaire.
De mis soledades
Fuisteis el lucero.

FILENA.

Llegaos, caballero,
Vergüenza no hayades;
Que aquí habéis de hallar
Cuanto al gusto os cuadre.
Mi padre y mi madre
Han ido al lugar;
Mirad si me dan
Lugar de decillo.
Mi caro Minguillo
Es ido por pan.
Bien podéis entrar,
Que aunque más trasnoche,
Ni vendrá esta noche
Ni esotra á yantar.
Y si no os desplace
Que así la aproveche,
Comeréis la leche
Mientras queso se hace.
Si no os halláis mal

Con que no sea dama,
Haremos la cama
Junto al retamal;
Que aun gracias á Dios,
Hay ropa lavada,
Mejor empleada
Que en mi esposo, en vos.
Si es al alma igual
Nuestro regocijo,
Haremos un hijo;
Llamarse ha Pascual.
Que según me pago
De vuestro querer,
Bien podría ser
Maestre de Santiago
Ó algún hombre tal;
Si estudiare, obispo,
Ó será arzobispo,
Papa ó cardenal;
Ó si de armas guía
Los altos decoros,
Algún matamoros
Del Andalucía;
Ó vendrá á ser tal
Como el que lo hizo;
Será porquerizo
De Ciudad Real.

[illegible]

Á tu acogimiento,
Hermosa serrana,
Mi alma se allana
Con igual contento.
Y por si parieres,
Come he sospechado,
El hijo, ya criado,
Me darás si quieres.
Váyame á buscar
Al Andalucía.

FILENA.

Bien, por vida mía!
¡Debéis de burlar!
¿Cómo es vuestro nombre?

[illegible]

Pelayo me llamo.

FILENA.

El mismo le llamo
Si viene á ser hombre.

MAESTRE.

Pues en cas del Rey
Pregunte por mí.

FILENA.

Si es hija, esté aquí,
Que es razón y ley.

MAESTRE.

Daríame pena:
Dalde esta sortija
Si es hijo.

FILENA.

¿Y si es hija?

MAESTRE.

Dalde esta cadena.
No he visto mujer (Aparte.)
Tan necia y hermosa.

FILENA.

Si es posible cosa,
¿Por qué no ha de ser?

MAESTRE.

Ya de mi suceso
Voy sin pesadumbre.

FILENA.

Sentaos á la lumbre
Mientras hago el queso.

El hijo de ganancia habido por el maestre Correa en aquella aventura va efectivamente á buscar á su padre en Andalucía, y le encuentra y es reconocido por él, precisamente cuando el Cielo hace el prodigio de parar el sol en su obsequio. ¡Extraña y absurda mezcolanza de lo más sagrado y de lo más profano!

Tiene la linda escena transcrita reminiscencias evidentes de la poesía popular, ó más bien semipopular, no sólo en el metro y estilo general de ella, sino también en algunos versos. Ya con ocasión del auto sacramental *La Venta de la Zarzuela*, inserto en el tomo III de esta colección, tuvimos ocasión de mencionar un romancillo villanesco, que debió de ser muy popular, pero que no conocemos ya en su primitiva forma, sino á través de las *glosas á lo divino* que de él hicieron varios ingenios del siglo XVI, por ejemplo, Juan López de Úbeda en su *Cancionero y Vergel de plantas divinas* (Alcalá, 1588):

Yo me iba ¡ay, Dios mío!
Á Ciudad Reale;
Errara el camino
En fuerte lugare.....

El mismo Lope le glosó dos veces en el *Auto* ya citado, compuesto en 1615. Pro-

curaré entresacar los versos que parecen primitivos, para que se comparen con los de la comedia:

Yo me iba, pastor,
Á Ciudad Real.....
Errara el camino
En [illegible] lugar.....
Cogióme la noche
Y en obscuridad.....
Siete días anduve
Que no comí pan.....
No estaba muy lejos
Un negro jaral
Donde el sexto día
Hube de pasar.....
Donde sale el sol
Comencé á mirar.....
Junto á la Zarzuela
Y Darazután.
Donde en vez de rosas
Tales zarzas hay.
Vi de una cabaña
Salir humo tal,
Que cegó mis ojos,
¡Ay, Dios! si verán.....
De ella una serrana
Me salió á buscar,
Fingida de rostro,
De alma mucho más.....
«Apeaos, caballero,
Vergüenza no hayáis»,
Me dijo engañosa.
¡Qué facilidad!.....

Es evidente que una misma canción, no precisamente vulgar (salvo, acaso, los cuatro primeros versos), sino artística popularizada, sirvió de base al auto y á la comedia.

III.—EL GALÁN DE LA MEMBRILLA.

El original autógrafo de esta comedia, fechado por Lope en 20 de Abril de 1615, y acompañado de la aprobación de Tomás Gracián Dantisco, dada en 18 de Mayo del mismo año, existe en el Museo Británico de Londres, y de él procede la fidelísima copia que ha servido para nuestra edición. Lope de Vega publicó esta come-

dia en la *Décima parte* de las suyas, de que hay por lo menos cuatro ediciones: Madrid, 1618, 1620, 1621; Barcelona, 1618. Modernamente, varios aficionados de los pueblos de Manzanares y la Membrilla, deseosos de perpetuar el recuerdo de esta obra, que además de su intrínseca belleza tiene para ellos notable interés local, la han impreso de nuevo, pero con el mal acuerdo de no respetar el texto original, so pretexto de querer adaptarla á la escena moderna (1).

Esta preciosa comedia no puede calificarse de histórica más que por la intervención del rey San Fernando y del príncipe D. Alfonso, á quienes anacrónicamente acompaña el Marqués de Cádiz, título que no existía aún. Pero el argumento tiene, sin duda, un fondo tradicional, aunque no hayamos podido encontrar rastro de él en parte alguna, ni siquiera en las *Relaciones topográficas* del tiempo de Felipe II, que son una mina inagotable de noticias sobre los pueblos de la Mancha y de la Alcarria. Lope indica esta derivación popular por medio de un cantarcillo, que seguramente habría oído en Manzanares cuando en su juventud le llevaron por aquella tierra los amores de su hermosa *Lucinda:*

Que de Manzanares era la niña,
Y el galán que la lleva, de la Membrilla.....

De esta copla ha salido toda la comedia, que es de las buenas de su autor en el género realista. Acción interesante y sencilla, sin recursos novelescos ni melodramáticos; personajes de mediana condición, más próximos á lo vulgar que á lo heroico; afectos muy humanos sin mezcla de sutilezas caballerescas, ni quintas esencias de honor; un poderoso sentido común moviéndose en una atmósfera que no por ser familiar deja de ser constantemente poética: tal es este drama doméstico, entre hidalguillos y labradores, muy nutrido de la savia del terruño; ardiente y espeso como el mosto de los lagares manchegos.

El color local está aplicado con tanto arte, que nadie confundirá este cuadro, que rebosa un bienestar algo epicúreo, una holgada y poco romántica abundancia, con aquellos otros imponentes dramas de Lope que, como *Los Tellos de Meneses* ó *El mejor alcalde el Rey*, tienen por escenario las montañas de León y los valles de Galicia, ó con aquellas otras deliciosas fantasías que, como *La Niña de plata* y *Lo cierto por lo dudoso*, se desenvuelven bajo el cielo encantado de Sevilla. Lope de Vega, que tenía profundo sentido de la geografía de España, suele acomodar diestramente la de sus dramas al género de pasiones que en ellos juegan, y en esto, como en tantas otras cosas, es gran maestro, no sólo de la comedia nacional, sino de la comedia regional. En *El Galán de la Membrilla* todo es manchego: la tierra, seca é inamena, pero de pingüe esquilmo; los hombres,

(1) *El Galán de la Membrilla. Comedia en tres actos y en verso, de El Fénix de los Ingenios Frey Lope de Vega Carpio, arreglada por D. Florentino Molina. Manzanares, imprenta de Máximo González Nicolás, Plaza de la Constitución, núm.* 2. 1896. 4.°

recios, avalentonados, algo sentenciosos, positivos y nada soñadores. De las bodegas, principal riqueza del país, se trata á cada momento, y aun puede decirse que figuran como *máquina* en más de una escena. Los principales tipos del lugar se reducen á tres, admirablemente dibujados. Tello es la personificación del labrador viejo y prudente, sin pensamientos superiores á su condición, pero con el legítimo orgullo de su honradez y de su fortuna; D. Félix de Trillo, el soldado galán, el hidalgo arruinado, pero de nobles pensamientos, heroico aventurero y fino enamorado; Ramiro, personaje equívoco y de índole aviesa, ricachón necio, grosero y vicioso, con tacha de linaje judaico y palabras y actos de mal caballero. La llaneza habitual de la expresión, exigida por el arte naturalista, no excluye á veces elegantes descripciones y rasgos líricos de mucho precio. Pueden servir de muestra los tercetos en que Tello convida á su hija á la recreación de las huertas:

En verdes campos, espesuras grandes
Te convidan con sitios que parecen
Pintados lienzos del ameno Flandes.
La variedad de flores que te ofrecen,
Nacieron en tu nombre, porque es mía
La tierra en que sus árboles florecen.
Baja entre peñas una fuente fría,
Á nuestra verde huerta, por canales
De corcho, en que suspende su armonía;
Mas diremos que baja entre corales
Si á su blando cristal llegas la boca,
Y con claveles pagarás cristales.

. . . .

Coge el membrillo pálido, y bañado
En sangre el fruto del moral discreto,
Pues que se burla del almendro helado;
Coge el melocotón, pues ya el perfeto
Color le adorna, que al vencer la calma
Del tiempo el aire manso é inquïeto,
Más gusto te dará quitarle el alma,
Que al dulce dátil, de temor del moro
Subido en el alcázar de la palma;
La manzana, que ya púrpura y oro
Baña también; y á tu placer sentada
Junto á un arroyo en murmurar sonoro,
Divide en cuatro partes la granada,
Porque puedas en él lavar las manos
Si de sus granos el licor te enfada.....

La misma gala y suavidad de dicción, pero con un fondo de penetrante melancolía, realza el bello monólogo de la segunda jornada, en que Tello, hon-

rado en su casa con la visita del Rey, del Príncipe y del Maestre de Santiago, recuerda en amargo contraste el abandono y soledad en que le ha dejado su hija:

No quieren mis congojas
Que asista á ver las púrpuras reales:
Salgo de entre los reyes
Á ver los surcos de los juntos bueyes.
Las mesas con manteles
De tan varias labores,
Dorada plata y vidrios venecianos,
Los bordados doseles
De escudos vencedores,
La corona de nobles cortesanos,
Dos reyes castellanos
Sentados á la mesa,
No alegran mis sentidos;
Que en mis bienes perdidos
Todo el placer para los ojos cesa;
Que no es el oro ajeno
Para remedio de los ojos bueno.
¡Con cuánta diferencia
Aquí miré colgarse
Los racimos azules y dorados;
Con verde diligencia
Fértiles dilatarse
En brazos de los olmos acopados,
Asidos y enlazados
En rúbricas torcidas
De pámpanos hojosos,
Y otras veces gozosos
De verse entre las varas guarnecidas
De membrillos enanos,
Tomar su olor los moscateles granos!.....
Ya, campos, no la veo:
Dejóme Leonor, prados;
Bien os podéis secar, vides hermosas;
Que ya tengo deseos
De veros agostados,
Y vueltas en espinas vuestras rosas.
¡Oh, tú, que ya reposas
En brazos de un extraño,
No mates atrevida
Á quien te dió la vida!
Tu viejo padre soy, que al fin engaño,
Con deseos de verte,
La vida, que trocara por la muerte.

Como una prueba más del singular talento que varias veces hemos reconocido en Lope de Vega para la poesía musical, es imposible omitir un lindísimo baile, al cual sirve de tema un conocido romance anacreóntico del mismo Lope de Vega, que se insertó anónimo en el *Romancero general* de 1604:

Por los jardines de Chipre
Andaba el niño Cupido,
Entre las flores y rosas
Jugando con otros niños.....

La letra del *baile*, inserto en el acto segundo de esta comedia, dice así:

Íbase el Amor
Por entre unos mirtos
En la verde margen
De un arroyo limpio.
Los niños con él
Tras los pajarillos
Que de rama en rama
Saltan fugitivos.
En un verde valle
De álamos ceñido,
Vieron dos colmenas
En guardado sitio.
Los niños temieron,
Y Amor, atrevido,
Probar de la miel
Codicioso quiso.
Picóle una abeja,
Y dando mil gritos,
Mostrando la mano
Á su madre dijo:
«Abejitas me pican, madre;
¿Qué haré, que el dolor es grande?»
Madre, la mi madre,
Picóme la abeja,
Que no hay miel tan dulce
Que después lo sea,
Porque no hay colmena
Que después no amargue:
«Abejitas me pican, madre;
¿Qué haré, que el dolor es grande?»
Riéndose Venus
Tomóle la mano,
Rompió de su velo
Un listón morado,
Atóle la herida,

Y dijo al muchacho:
«Sientes que una abeja
Por tan breve rato
Te pique en un dedo
Costándote tanto,
Y no miras, niño,
Del mundo tirano,
Á cuántos has muerto
Disparando el arco.»
Desengáñese quien ama
Y á hacer pesares se aplica,
Que le han de picar, si pica.

Danza.

No penséis, tirano Amor,
Que habéis de picar con celos,
Que os darán fuego por hielos
Y desdenes por favor;
Y sepa quien al rigor
De hacer pesares se aplica,
Que le han de picar, si pica.
Luego bajaron de los altos montes
Las ninfas á bailar al verde prado;
Viendo que Amor lloraba de picado,
Celebraron con ellas los pastores,
Que con celos y amores las adoran,
Que Amor llorase por quien tantos lloran.

Baile.

No temáis del Amor el arco,
Que el Amor anda picado:
Ya no puede Amor
Disparar las flechas;
Que del interés
Le picó una abeja;
Si la aljaba deja
Colgada de un árbol,
No temáis del Amor el arco,
Que el Amor anda picado.

Hay en esta pieza situaciones y escenas, como la visita del Rey y el alojamiento del capitán, que recuerdan remotamente otras de *El Villano en su rincón*, de *El Alcalde de Zalamea*, de *Las dos Bandoleras* y de otras comedias de Lope; pero la semejanza no es tanta que pueda decirse que en este caso el autor se plagia á sí mismo. Los principales incidentes de la fábula son diversos, lo son también los caracteres, y si á algún alcalde vengador se parece Tello, no es al que pintó Lope, sino al que luego mejoró Calderón. Véase algún ejemplo:

DON FÉLIX.

Debe un rico labrador
Alojar un pobre hidalgo.
  Quedará la casa honrada
De aquello que le faltó;
Que bien puedo honrarla yo,
Aunque es tan limpia y preciada.

TELLO.

  Tan limpia ya la tenéis,
Que ni aun honra habéis dejado,
Pues más os habéis llevado
Que darme ahora podéis.
  Ya no tenéis qué llevar:
¿Para qué venís aquí?
Debéis de venir por mí
Para acabarme de honrar.
  Vencisteis la fortaleza,
Escalasteis la muralla,
Si fué mucho conquistalla
Por almenas de flaqueza.
  Y agora metéis soldados
Para saquear mi hacienda;
Pero tras aquella prenda
Todos venís engañados;
  Que en mi casa no hallaréis,
Capitán, más plata y oro;
Que era Leonor mi tesoro,
Y ha días que la tenéis.....
  Tomad, señor capitán,
La casa, que el cuerpo es
De un alma; pero después,
Si tengo honor os dirán
  Estas manos, aunque ancianas;
Que no caduca el valor,
Porque suele arder mejor
En la nieve de las canas.

Aunque toda la comedia está muy bien escrita, merecen particular mención las escenas de la ronda nocturna y el encierro de Tomé en la bodega, siendo digno de repararse que ni siquiera al pintar la embriaguez de éste, degenera en grosería la fuerza cómica de Lope, que siempre se conserva poeta, aun en los mayores extremos de su nativo realismo.

IV.—LA ESTRELLA DE SEVILLA.

Fatal y extraño destino ha cabido al texto de esta admirable y famosa tragedia, que debe de ser posterior á 1614, puesto que no se halla en ninguna de las dos listas de *El Peregrino*, á no ser que esté disimulada bajo otro título. Lope no la incluyó en ninguna de las *Partes* de su Teatro, y sólo ha llegado á nosotros en una rarísima edición del siglo XVII, que aunque hoy figure como suelta, fué seguramente desglosada de algún tomo de comedias varias, como lo prueba la paginación, que comienza en el folio 99 y termina en el 120. De este ejemplar se valió Trigueros para su refundición, y de él proceden también las cuatro únicas ediciones modernas dignas de citarse: es á saber, las dos de Boston, 1828 y 1840, procuradas por el profesor de lengua española D. Francisco Sales (1); la de Hartzenbusch (1853), en la Biblioteca de Rivadeneyra; y la de Luis Lemcke, en su *Manual de literatura española*, que es la mejor crestomatía que tenemos (2).

Pero basta pasar los ojos por ese texto para convencerse de que no puede ser el primitivo y genuino de Lope. Ya lo notó con su habitual y discreta parsimonia D. Juan Eugenio Harzenbusch: «*La Estrella de Sevilla*, esa tragedia célebre, donde se admiran situaciones tan bellas y tan felices rasgos, carece de sentido en varios pasajes, mutilados oprobiosamente: supresiones ó añadiduras mal hechas embrollan su desenlace de tal manera, que apenas se entiende la intención del autor.»

La edición, con efecto, es pésima aun entre las de su clase; pero no sólo debe de estar horriblemente mutilada, sobre todo en el tercer acto, sino que contiene evidentes interpolaciones de mano ajena y torpe, que ni siquiera ha intentado disimularse. Para mí, es claro como la luz del día que *La Estrella de Sevilla* que leemos hoy está refundida por Andrés de Claramonte, quien cometió en ella iguales ó mayores profanaciones que en la de *El Rey D. Pedro en Madrid*. Todas las escenas en que interviene el gracioso *Clarindo* (nombre poético de Claramonte), por ejemplo, la del delirio de Sancho Ortiz, tan insulsa, tan fría, tan desatinadamente escrita, tienen que ser de aquel adocenado plagiario, que aun para ellas necesitó ayuda de

(1) *Selección de obras maestras dramáticas por Calderón, Lope de Vega y Moreto. Con notas, índice y reglas esenciales. Boston, Munroe y Francis*, 1828; 12.º (Contiene, además de *La Estrella de Sevilla*, *El Príncipe Constante* y *El desdén con el desdén*.) Sales hizo su edición por una copia que Ticknor había obtenido en Madrid.

Selección, etc..... Segunda edición americana. Boston, J. Munroe y Compañía, 1840. (Con algunas enmiendas propuestas por D. Agustín Durán.)

(2) *Handbuch der Spanischen Literatur*..... Leipzig, Friedrick Fleischer, 1856. Tomo III, páginas 191 á 232.

vecino; por ejemplo, la de Tirso de Molina en su comedia *Cómo han de ser los amigos* (escena trasplantada luego por otro refundidor, Ramírez de Arellano, á *Lo cierto por lo dudoso*, del mismo Lope).

Con tales antecedentes, y teniendo en cuenta la forma estragadísima en que ha llegado á nosotros esta comedia, tiene que parecer mucho menos irreverente la nueva refundición, que con otro gusto y otro criterio trabajó á fines del siglo pasado D. Cándido María Trigueros, á quien no todos han hecho en esto la debida justicia. Las refundiciones son malas en sí, pero en algunos casos son un mal inevitable. Trigueros, que poco ó nada tenía de poeta, y que además estaba dominado, como todos sus contemporáneos, por algunas de las preocupaciones seudo-clásicas, era, no obstante, en cuestiones de teatro un aficionado muy inteligente, un hombre de fino tacto, incapaz de producir por sí mismo la belleza dramática, pero muy capaz de comprenderla y de mostrársela á los demás por medio de una adaptación feliz. Hay pocos escritores de quienes pueda decirse á un tiempo tanto bien y tanto mal. Cuanto inventó de propia Minerva, lo mismo en el teatro que en la poesía lírica y didáctica, y en la que en su tiempo se llamaba épica, es inferior á la más vulgar medianía: *El Poeta filósofo*, *La Riada*, *La Ciane*, *Los Menestrales* y otros innumerables frutos de su pedestre vena, son abortos del más desconsolador prosaísmo. Los sólidos conocimientos que tenía en humanidades, el estudio continuo de los mejores modelos latinos y aun griegos, que diariamente imitaba y traducía, nada pudieron contra esta radical impotencia poética suya. *Grafómano* impenitente y arqueólogo sin conciencia, dejó en las letras la reputación de un poeta ridículo, y en los estudios de erudición la de un epigrafista falsario, digno émulo de los Medina Conde y los Román de la Higuera. Y, sin embargo, Trigueros vale más que su fama, á despecho de sus versos, y de sus travesuras y embolismos de anticuario, dignos de ser ásperamente condenados, como lo han sido por Hübner y Berlanga. El talento crítico de Trigueros, sin ser de primer orden, aventajaba mucho, sobre todo en cuestiones de literatura dramática y de arte escénico, á lo que era usual y corriente en su tiempo: propendía á una mayor libertad literaria, amaba la poesía nacional, se recreaba con ella y la entendía bien; profesaba un clasicismo tolerante y sensato, y en algunas cosas no hay duda que fué un precursor. Lope de Vega le debe muy buenos servicios, como se los debe Tirso á D. Dionisio Solís. El Teatro español del siglo XVII no estaba olvidado, ni mucho menos, en la segunda mitad del siglo pasado; al contrario, se le representaba mucho más que hoy, y el público le entendía y saboreaba mejor; pero ese Teatro era el de Calderón, Moreto y sus contemporáneos; no el de Lope y Tirso, que yacían enteramente olvidados, y cuyas ediciones originales eran ya tan raras como lo son hoy, y mucho más desconocidas, porque ni siquiera había eruditos que las estudiasen. Trigueros hizo, pues, un positivo favor á la memoria de Lope desenterrando sucesivamente varias comedias suyas, tales como *La Moza de cántaro*, *Los Melindres de Belisa*, *El Anzuelo de Fenisa*, y refundiéndolas con verdadera inteligencia de las condiciones del Teatro moderno, y con loable respeto al genio del poeta, de quien era sinceramente devoto, aunque no com-

prendiese toda su grandeza. Trigueros fué el más antiguo de nuestros *lopianos* (como se dice en Alemania), y lo fué por instinto propio y contra toda la corriente de su tiempo. Con *Sancho Ortiz de las Roelas*, refundición que tiene muchas cosas originales y nada despreciables, dió y ganó la primera batalla romántica treinta años antes del romanticismo. Ya veremos la hostil acogida que tuvo en los humanistas y en los críticos. Pero el aplauso popular se sobrepuso á todo, y Lope volvió á reinar sobre la escena española tan grande y tan glorioso como el primer día.

Todo estudio acerca de *La Estrella de Sevilla* debe empezar, por consiguiente, con un buen recuerdo al pobre Trigueros, que salvó del olvido, y quizá de la destrucción, una de las obras maestras de Lope; que supo admirarla sin que se lo enseñase nadie, y que la restituyó á la escena, si no con toda la integridad que hoy desearíamos, á lo menos conservando todas las bellezas que podían encajar dentro del molde de la tragedia de su tiempo; llenando, además, algunos vacíos del estragado original con innegable destreza. Así arreglada la comedia, se representó con grandísimo éxito, el miércoles 22 de Enero de 1800, en el teatro de la Cruz por la compañía de Luis Navarro, continuando sin interrupción las representaciones hasta fin de mes. Pero parece que Trigueros no pudo disfrutar de los honores del triunfo por haber fallecido en los primeros días de aquel año ó á fines del anterior.

Al frente de *Sancho Ortiz de las Roelas* (que tal fué el nuevo título dado por el refundidor á la obra) aparece una curiosísima *Advertencia*, que malamente fué suprimida en las ediciones posteriores, y que es digna de conservarse, no sólo porque en ella Trigueros expone con loable modestia las alteraciones que introdujo, sino por ser el más antiguo juicio acerca de este drama de Lope, y no el menos atinado, como iremos viendo al compararle con otros.

«Cuando Lope de Vega compuso el presente drama con el nombre de *comedia* y título de *La Estrella de Sevilla*, sabía muy bien que componía una verdadera tragedia, y así lo expresó él mismo, poniéndola fin por boca de Clarindo, con estas palabras:

Y aquí
Esta tragedia os consagra
Lope, dando á *La Estrella
De Sevilla* eterna fama,
Cuyo prodigioso caso
Inmortales bronces guardan.

»Donde debe notarse que la palabra Tragedia está puesta en todo su rigor, significando un drama que presenta una acción grande y sublime; y no está tomada en la acepción más lata y vulgar, que significa una acción que acaba con desgracia, cuya observación se demuestra advirtiendo su feliz catástrofe, en el drama original. Verdad es que su autor la sobrecargó alguna cosa: comenzó la acción antes de lo necesario, y la dirigió con el mismo desorden que ha sido tan común desde aquellos

tiempos; pero no debemos atribuir estos defectos ni á ignorancia suya, ni á falta de talento y aptitud para el coturno. Este inagotable ingenio, que por confesión propia no tuvo reparo en sacrificar su fama al deseo de agradar al vulgo actual que pagaba sus tareas, no puede causarnos maravilla si en esta tragedia se dexó ir hacia el mismo sacrificio; pero si observamos bien su obra, si la analizamos con inteligencia y desinterés, hallaremos en ella las mayores pruebas del verdadero dramático y Trágico. La acción, bien escogida y bien manejada; caracteres sublimes, bien sostenidos; situaciones excelentes y magníficamente patéticas, ya expresadas, ya indicadas; expresión digna, y una versificación como suya, son prendas de que abundan tanto pocos ingenios de ninguna nación; y aunque acaso pudiera notarse un no sé qué de familiaridad en el drama de Lope, de la cual suelen huir aun los menos elevados trágicos modernos, no sé yo si esta acusación se fundará en un verdadero defecto. En las tragedias que nos quedan de los Latinos, y mucho más en las de los Griegos, se hallan más á menudo ejemplos de esta digna familiaridad que de la afectada majestad moderna. Si la tragedia representa las acciones de los hombres grandes, y si los hombres no dexan de ser hombres, por grandes que sean, no puede ser defecto pintar con dignidad esta familiaridad, que es una de las más esenciales consecuencias de la humanidad sociable: ni por esta pintura se podrá decir que una tragedia degenera en comedia, y es por lo mismo esencialmente monstruosa. Sea como fuere, no creo que se pueda dudar que si es lícito imitar el modo de pintar que hizo tan grandes á Corneille y á Racine, también lo es seguir las pinceladas que hicieron inmortales á sus maestros Eurípides y Sófocles. La acción de este drama es una y sencilla, pero llena de aquel no sé qué maravilloso, que entretiene, encanta y embelesa, al mismo tiempo que mueve é instruye. ¿Executará Sancho Ortiz su encargo? ¿Descubrirá al Rey? ¿Cuál será su suerte? Ved aquí el problema en que se funda toda la acción: en el acto primero queda establecido el problema; los siguientes contienen los auxilios y obstáculos que, constituyendo la acción continua, atraen, maravillan, entretienen y embelesan al espectador: la última declaración del Rey es la última y verdadera solución de todas las dudas, y en ella estriba la catástrofe. La naturaleza de la presente acción es tal, que el primer exemplo que Aristóteles pone de las acciones que son mejores para excitar la compasión y terror [illegible] precisamente que sea de esta naturaleza. «*Pero las perturbaciones* (dice) *se han de sacar de las cosas que suceden entre amigos, como si matare ó procurare matar un hermano á otro.*» No puede, pues, quedar duda en que la acción que Lope eligió para este drama, sobre ser una, grande y completa, es también de la mejor calidad y de las más propias para el género trágico. Como yo no he tenido que hacer mutación alguna en la acción ni en su progreso, es manifiesto que la misma unidad de tiempo, lugar é interés, que hay en la presente, había en la antigua. Un solo día no completo, y un corto distrito que hay entre el Real Alcázar, el castillo de Triana y la casa de Bustos Tavera, son en una y otra el tiempo y lugar de la escena. La única diferencia consiste en que yo he hecho más sensibles estas unidades, y no he dexado ver las distancias, sino entre acto y acto. Esta diferencia,

no obstante, me ha obligado á varias mutaciones en la disposición y serie de las escenas; pero las mutaciones más notables han nacido de otro principio. Parecióme que debía omitir todo lo que precede á la verdadera acción del drama; y aunque en la antigua comedia estaba puesto en acción, era más á propósito para narración y para constituir el prólogo oculto. Con esta sola mutación quedó fuera toda una jornada y gran parte de otra, que quizá pueden dar materia para otro drama. Aunque la comedia de Lope era muy larga, reducida á poco más de la mitad, quedaría muy corta, y los actos, que por la disposición del lugar debían ser cinco, quedarían muy breves, y sobre todo muy desiguales: para evitar estos inconvenientes, no sólo ha sido forzoso interpolar gran número de versos nuevos con los de Lope, sino también añadir escenas y desenvolver (digámoslo así) algunas excelentes situaciones que en el original no estaban sino apuntadas. Sin embargo de tantas mutaciones, como todo el fondo de la invención real y la mayor parte de la disposición es de Lope, igualmente que el mayor número de versos, algunos de los cuales se han tocado ligeramente, es preciso que confiesen que es suyo el mérito principal de esta tragedia; y el demérito que pueda quedarla por los defectos de la nueva disposición y versificación, sólo debe atribuirse al corrector. Para mejor aprovechar los versos de Lope, no se han mezclado los géneros de verso que él usa, sino cuando se ha querido evitar la precisión de hacerlo dentro de una misma escena, ó huir de interpolar versos endecasílabos. Se han evitado éstos, no obstante que constantemente afectan los modernos escribir en ellos las tragedias; lo primero, porque en toda clase de versos puede haber dignidad en la expresión. Es verdad que los versos de ocho sílabas ayudan menos que los endecasílabos para hacer la expresión pomposa; pero ¿es necesario, por ventura, que la expresión sea pomposa para que sea digna y grandiosa? El verso endecasílabo es, sin duda, el más armonioso y numeroso de nuestro idioma; pero á vueltas de su buen sonido, ¿cuántas superfluidades, cuánto verdadero ripio hay, aun en los más exactos escritores de endecasílabos? Por otra parte: la escogida armonía es una prenda excelente y loable para la versificación de los dramas; pero no es tan esencial en ellos, que sea lo que más se deba atender: estoy por decir más: esa afectada armonía es en algún modo opuesta á la naturalidad de una conversación, y ya se sabe que cualquier drama es una conversación correspondiente á los interlocutores y á la materia que tratan. Quizá por esta razón el verso hexámetro, que es el más armonioso de cuantos usaron los Griegos y Latinos, se halla rarísima vez en sus dramas; y el verso iámbico, que es el que corresponde al nuestro familiar de ocho sílabas, se halla casi solo y combinado de mil modos en el teatro Griego y Latino. Estas razones me hacen creer que no es este género de verso tan ajeno del coturno como piensan algunos: no impide su estructura el buen uso de todas las figuras que constituyen poética la locución; ni es necesario que haya afectación en el verso para que tenga todas las gracias de la mejor elocución, ni es permitido exceptuar la tragedia de estas licencias que hacen poético el estilo.....

»Es sin duda que una tragedia muy larga se hace más molesta cuanto más conmueve, que es decir cuanto sea mejor: porque el continuo ejercicio de los órganos interiores, forzosamente ha de cansar si es fuerte y de mucha duración: por esto he procurado que ésta no sea larga y lo procuraré con todas. Un acto de 350 versos es mas bien corto que largo, y representado con la pausa, dignidad y detenciones que corresponden, puede durar de quince á diez y ocho minutos; de manera que cinco actos iguales de esta naturaleza, cuya representación exija entre hora y cuarto ú hora y media, deberá tener como 1.750 versos endecasílabos. Á esta duración se acerca la presente tragedia, pues consta de 2.400 versos de ocho sílabas, con corta diferencia; no me parece que tengo más que advertir sobre esta tragedia» (1).

Se convendrá en que para un crítico del siglo pasado nada tienen de vulgares algunas de las ideas de este trozo, especialmente cuando recomienda el empleo de los metros cortos y la noble familiaridad en el diálogo del teatro. Tampoco puede negarse que Trigueros comprendió perfectamente la fuerza del conflicto trágico creado por Lope. Viniendo ya á tratar de su refundición, es claro que no se le puede perdonar el haber sacrificado toda la primera jornada y buena parte de la segunda, poniendo en narración, y en narración hecha con su estilo generalmente pobre y lánguido, lo que en Lope es acción vivísima y avasalladora. Pero hay que ponerse en su punto de vista, que era no romper de frente con la convención clásica, que entendía la unidad de acción en su sentido más estrecho. En cuanto á los versos del refundidor, claro está que no son como los de Lope, y aun á veces son rematadamente malos: véanse, sin ir más lejos, éstos del principio:

¡Oh, si pudiera vencer,
Don Arias, esta pasión
Que avasalla mi razón!
Yo no sé ya qué he de hacer....

Pero otras veces el estilo se anima, y conforme adelanta la fábula, el imitador va cobrando fuerzas, y á veces remeda de un modo nada infeliz la locución de nuestros antiguos dramáticos. Versos hay en *Sancho Ortiz* aplaudidos siempre y tenidos por de Lope, que en vano se buscarían en *La Estrella de Sevilla*, aunque es posible, dados los hábitos de plagiario que tenía Trigueros, que los transportase de alguna otra comedia antigua. De todos modos, conste

(1) *Sancho Ortiz de las Roelas. Tragedia arreglada por D. Cándido María Trigueros. Madrid, en la imprenta de Sancha. Año de* 1804. 8.°

Aunque esta edición no se dice segunda, hay otra anterior, de 1800, en casa de Quiroga, 8.°, que se diferencia de la presente en tener una lámina bastante tosca. Anuncióse su venta en el *Diario de Madrid* de 25 de Febrero de 1800.

En las varias reimpresiones de teatro ó de cordel que luego se hicieron del *Sancho Ortiz*, se suprimió constantemente el prólogo.

que no está en la tragedia de Lope, y sí en la de Trigueros, aquella célebre respuesta:

Soy (dijo á mi furor loco)
Para esposa vuestra, poco,
Para dama vuestra, mucho.

Aun en los diálogos en que más á la letra sigue á Lope, suele Trigueros intercalar pensamientos suyos, expresados con una facilidad y elegancia, que no los hace indignos de andar en tan alta compañía:

En la corte, gran señor,
El soldado se amancilla;
Se ve mejor y más brilla
Junto al moro lidiador.

. . . .

Vos decís que está culpado,
Y porque ése es su destino,
Y vos me lo habéis mandado,
Le mataré como honrado,
Pero no como asesino.....

Y á veces llega á dar mayor energía á la expresión. Dice Sancho Ortiz al Rey en el texto de Lope:

Dándome aquí la palabra,
Señor, los papeles sobran.....

Y Trigueros corrige así:

Todos los papeles sobran
Donde está vuestra palabra.

Del monólogo de Sancho Ortiz, que está horriblemente mutilado en la edición original, saca Trigueros todo el partido posible, y añade un rasgo de mucha fuerza dramática, que no es de Lope, pero que lo parece, hasta el punto de haber engañado á todo el mundo:

¡La espada sacastes vos,
Y al Rey quisistes herir!.....
¿El Rey no puede mentir?
No, que es imagen de Dios.....

Esta inocente superchería de Trigueros ha sido parte á que muchos achaquen á Lope de Vega un exceso de devoción monárquica, que ciertamente hay, pero no en tanto grado, en su comedia. De todos modos, refundir de esta suerte tiene su mérito, y no está al alcance de cualquiera.

En el segundo acto, que es el capital de la tragedia de *Sancho Ortiz* (dividida, al

modo clásico, en cinco), también hay felices adiciones de Trigueros. No apruebo que amplificase retóricamente el llanto de Estrella sobre el cadáver; pero tuvo un arranque de inspiración, haciendo que ella sea quien primero nombre á Sancho Ortiz, y le invoque como vengador, antes de saber que es el homicida:

Llamadme, amigos, llamadme
Á Sancho Ortiz: venga aprisa;
Consuéleme con vengarme.

Preparada de este modo, cobra doble valor la exclamación que Lope puso en labios de Estrella:

¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortiz!.....

Trigueros ha desarrollado algunas situaciones apenas indicadas en el original. Le pertenece por completo la viva y rápida escena del primer interrogatorio de los alcaldes á Sancho Ortiz:

FARFÁN.

¿Sabéis quién muerte le diera?

SANCHO.

Mi mano y mi obligación.

FARFÁN.

¿Cuerpo á cuerpo, ó á traición?

SANCHO.

Si otro me lo preguntara,
¡Vive Dios, que le matara!
Cuerpo á cuerpo y con razón

FARFÁN.

¿Con qué razón?

SANCHO.

Yo la sé.

FARFÁN.

Pues ¿en qué os ofendió?

SANCHO.

En nada.

FARFÁN.

Pero la causa, ¿cuál fué?

SANCHO.

Una palabra empeñada.

FARFÁN.

¿Á quién?

SANCHO.

Jamás la diré.

FARFÁN.

Si la palabra empeñaste,
Viniste á ser asesino.

SANCHO.

Farfán, en eso lo erraste.

FARFÁN.

¿Á él te fuiste con *destino*
De matarle?

SANCHO.

Lo acertaste.

. . . .

FARFÁN.

¿Le heriste por defenderte?

SANCHO.

No, que tiraba á matalle.

. . . .

FARFÁN.

Así gran culpa tenéis.

SANCHO.

No tengo culpa ninguna.

TARFÁN.

Pues ¿confesado no habéis?

SANCHO.

Ese es golpe de fortuna,
Farfán, que vos no entendéis.....

Pero, en general, las escenas añadidas de nueva planta por Trigueros, aunque estén poéticamente imaginadas, flaquean casi siempre por el poco nervio de la expresión. Su enclenque musa no podía andar más que con muletas. Por eso se desgració en sus manos el primer diálogo, que pudo ser muy patético, entre Sancho y Estrella, y el monólogo de Ortiz en la prisión, aunque menos malo es que el grotesco diálogo de Clarindo. Pero cuando se calentaba á la hoguera de Lope, siempre le alcanzaban algunas chispas. Convirtiendo en redondillas el romance con que Estrella entabla ante el Rey su demanda, le mejoró en parte:

Como hermano me amparó,
Y fué mi padre en efeto,
Que honor, virtud y respeto
Con su ejemplo me inspiró.

. . . .

Un tirano cazador,
Vibrando el arco cruel,
Disparó el golpe, y dió en él,
Pero en mí cayó el dolor.....

En cambio, el servilismo de su tiempo le obligó á estropear la magnífica escena de los alcaldes, atenuando aquel valiente arranque:

Lo prometido,
Con las vidas, con las almas,
Cumplirá el menor de todos

Como vos, como arrimada
La vara tenga; con ella,
Por las potencias humanas,
Por la tierra, por el cielo,
Que ninguno dellos haga
Cosa mal hecha ó mal dicha.

. . . .

Como á vasallos nos manda;
Mas como alcaldes mayores,
No pidas injustas causas;
Que aquello es estar sin ellas,
Y aquesto es estar con varas.....

Hemos dicho que el éxito popular de esta refundición fué unánime, pero no carece de curiosa enseñanza saber cómo la recibió la crítica de entonces. El juicio más extenso é importante que hemos visto es el que insertó en el *Mercurio de España*, de Junio de 1800 (1), su habitual redactor D. Nicasio Álvarez de Cienfuegos, poeta nebuloso, y apasionado adepto de la filantropía sentimental del siglo pasado, neologista acérrimo, innovador de talento en muchas cosas, y precursor de una de las maneras del romanticismo lírico. Hay en su artículo una mezcla extraña de errores y aciertos; comprende la grandeza trágica de algunas situaciones del drama de Lope, pero juzga los móviles y actos de los personajes con absoluta falta de criterio histórico y conforme á los dictados de la moral abstracta y filosófica.

Empieza por declarar que no conocía la obra original de Lope: «Yo no he visto *La Estrella de Sevilla*, pero por relación de algunos que la han leído, y por las otras comedias de Lope que he visto, creo que lo bueno que hay en esta tragedia es del Sr. Trigueros, y no de Lope de Vega, en cuyo tiempo no se conocían ni sabían manejar las pasiones trágicas tan bien como lo están en el segundo acto de ella. Pero sea lo que fuere de esto, lo que hay de cierto es que esta tragedia se representó en esta corte el año pasado, y fué muy aplaudida. Unos la subieron á los cielos, igualándola y aun aventajándola á los grandes modelos griegos y franceses; otros la despreciaron eminentemente, y éstos y aquéllos juzgaron con precipitación y con injusticia. La tragedia tiene grandes defectos, vicios capitales; pero tiene también grandes bellezas.»

Precisamente, á causa de no conocer el drama de Lope, (que no se titula *Sancho Ortiz*, sino *La Estrella de Sevilla*, porque en él es episódica la muerte dada por Sancho á Bustos Tavera, y es capital la honesta resistencia de Estrella á los deseos del Rey, único argumento de toda la primera jornada y parte de la segunda), falla

(1) [illegible] Páginas 157 (numerada por error 571) á 191 inclusive.—*Examen de la tragedia titulada «Sancho Ortiz de las Roelas», arreglada por D. Cándido Maria Trigueros, la qual se vende en Madrid, en casa de Castillo.* El artículo no está firmado, pero consta que es de Cienfuegos por testimonio de D. Antonio Alcalá Galiano en sus *Recuerdos de un anciano.*

el primer reparo de Cienfuegos: «La acción se reduce á este problema: Roelas, executando la comisión de matar á Bustos, ¿se salvará, ó será víctima de su obediencia y de su secreto? Roelas es, sin disputa, el héroe de esta acción, y como tal, debe de acto en acto, de escena en escena, inspirar mayor compasión y mayor terror; sus infelicidades deben ir creciendo hasta el desenlace..... para que la obra tenga *unidad de interés*, que es la ley suprema en esta materia. El defecto capital de esta obra es el doble interés que hay en ella. Es Roelas el héroe de la acción, pero Estrella es la heroína de pasión, la más infeliz y la más inocente, la que interesa sobre todos.» Y la que Lope quiso que interesase en primer término, hubiera podido añadir Cienfuegos.

Este dualismo, que es innegable, pero que cabe perfectamente dentro del amplio cuadro romántico ideado por Lope, desentona en la tragedia de Trigueros por su carácter híbrido y sus aspiraciones á la regularidad clásica, que, llevándole á suprimir más de la mitad de la obra antigua, le forzaron á dejar sin explicación muchas cosas y á torturar la concepción primitiva encajándola en un molde demasiado estrecho.

Por supuesto, Cienfuegos se indigna y declama largamente contra el matador de Bustos Tavera. Roelas no debía haber aceptado el encargo del Rey, sino huir ó dejarse matar. «El amor, los celos, la amistad, el deudo, el agradecimiento, la esperanza, *la opinión pública*, *toda*, *toda la naturaleza*, ordenaba á Roelas que tomase cualquiera de estos partidos, y jamás el de la muerte; su acción es contraria á la naturaleza, es inverosímil, es prácticamente imposible, y, por consiguiente, falsa. A los que me digan que es verdadera porque es histórica, les responderé que el teatro no es la historia, ni la verdad real es la verdad poética, y que todas las verdades del mundo, mientras no se hagan verosímiles, serán dramáticamente falsas..... Al teatro deben llevarse las acciones, quitándolas lo que tengan de odioso y de mal ejemplo. Roelas es un vil asesino, porque sólo echan mano de tales gentes para executar asesinatos; es un asesino en la opinión pública, porque, si no, no le dixera don Sancho, cuando le da la comisión, que matase á Bustos dondequiera que le encontrase; es un asesino, porque toma á bulto la comisión de matar, sin saber á quién; es un asesino, porque después que sabe esto no experimenta casi ningún contraste de pasiones, y al instante resuelve y executa la muerte; es un asesino, porque después de esta hazaña no tiene remordimiento ninguno, y en lugar de arrepentirse dice que volvería otra vez á hacer lo hecho; es un asesino y asesino consumado, porque se gloría de lo que debiera avergonzarse, y se mira como un héroe, cuando es más baxo, más ruin, más despreciable..... (1).

---

(1) Estos reparos son una sarta de dislates, y pueden contestarse con el texto mismo de la comedia de Lope. La *opinión pública*, (para usar de la ridícula frase de Cienfuegos), lejos de tener á Sancho Ortiz por un asesino de profesión, le tenía por un héroe; le llamaba *el Cid andaluz*, y decía de él por boca de D. Arias:

Pues yo darte un hombre quiero,
Valeroso y gran soldado,

Si interesa por algún respecto, es por la parte que en su desgracia le cabe á Estrella. ¡Ésta sí que interesa altamente; como que es noble, honrada, generosa, amable, inocente; como que padece por la virtud y pierde un hermano que era su amparo; le pierde por la mano de lo que más amaba, pierde con él todas sus espe-

---

Como insigne caballero
De quien el Moro ha temblado
De Gibraltar, donde ha sido
Muchas veces capitán
Victorioso, y no vencido,
Y hoy en Sevilla le dan,
Por gallardo y atrevido,
El lugar primero; que es
De militares escuelas
El sol

Es enteramente falso que tome á bulto la comisión de matar sin saber á quién. Es cierto que desconoce la persona, pero sabe, nada menos que de boca del Rey (*imagen de Dios* para él), que esa persona ha cometido crimen de lesa majestad. Y si entonces acepta la comisión de matarle, no es á traición, sino cuerpo á cuerpo; no como asesino, sino como servidor leal. Todo ello está magistralmente explicado en el diálogo de Lope:

REY.

Á mí me importa matar
En secreto á un hombre, y quiero
Este caso confiar
Sólo de vos; que os prefiero
Á todos los del lugar.

SANCHO.

¿Está culpado?

REY.

[illegible]

SANCHO.

Pues *¿cómo muerte en secreto*
Á un culpado se le da?
Poner su muerte en efeto
Públicamente podrá
Vuestra justicia, sin dalle
Muerte en secreto; que así
Vos os culpáis en culpalle,
Pues dais á entender que aquí
Sin culpa mandáis matalle.
Si ese hombre os ha ofendido
En leve culpa, señor,
Que le perdonéis os pido.

REY.

Para su procurador,
Sancho Ortiz, no habéis venido,
Sino para dalle muerte;
[illegible]
Escondiendo el brazo fuerte,
Debe á mi honor importar.

ranzas, lo pierde todo, y lo pierde en el instante en que se imaginaba la más feliz de la tierra! Su inocencia y sus infelicidades cautivan la atención y arrastran los ánimos de los espectadores, que, desentendiéndose de la acción de Roelas, sólo anhelan por saber cuál será la suerte de Estrella..... Esta acción, que debia estar subordinada á

¿Merece el que ha cometido
«Crimen læsæ», muerte?

SANCHO.

En fuego.

REY.

¿Y si «*crimen læsæ*» ha sido
El déste?

SANCHO.

Que muera luego,
Á voces, señor, os pido;
Y si es así, la daré,
Señor, á mi mismo hermano,
Y en nada repararé.

. . . .

REY.

Hallándole descuidado
Puedes matarle.

SANCHO.

¡Señor!
¡Siendo Roela y soldado,
Me quieres hacer traidor!
¡Yo muerte en caso pensado!
Cuerpo á cuerpo he de matalle,
Donde Sevilla lo vea,
En la plaza ó en la calle;
Que al que mata y no pelea,
Nadie puede disculpalle;
Y gana más el que muere
Á traición, que el que le mata;
Y el vivo, con cuantos trata,
Su alevosía refiere.

Tampoco es cierto que consume su acción sin fiera lucha de pasiones, y que después de ella no sienta atroces remordimientos, llamándose á sí mismo «*Caín sevillano*». La consuma porque le liga su palabra, y porque cree de buena fe que Bustos es reo de lesa majestad y que merece la muerte:

Mas soy caballero,
Y no he de hacer lo que quiero,
Sino lo que debo hacer.....

. . . .

Que tanto en los hombres labra
Una cumplida palabra
Y un acrisolado honor.....

Es muy natural que un hombre del siglo XVIII, como Cienfuegos, no participase de estos sentimientos de Sancho Ortiz; pero en este personaje trágico son tan propios y verosímiles, como inoportunos y anacrónicos serían los de su crítico.

la principal y ser parte de ella, se hace principal por la mala disposición del plan, y resultan dos héroes, dos acciones, dos intereses, de los cuales el dominante es el de Estrella.»

Califica de admirable el acto segundo, y hace de él un delicado análisis escena por escena. Y cuando llega á la de la presentación del cadáver de Bustos, el alma impetuosa de Cienfuegos se sobrepone al convencionalismo de escuela y le hace exclamar con valentía, dentro de su enfático estilo:

«Declamen cuanto quieran los insensatos reglistas que, prohibiendo el ensangrentamiento del teatro, quieren prohibir la verdad y la naturaleza; declamen los que, poseídos de una sensibilidad que no tienen, se horrorizan de ver un cadáver en el teatro, y corren á las plazas á ver matar á sus semejantes; declamen los charlatanes que á fuerza de lengua quieren suplir la falta de instrucción y de entendimiento; declamen en hora buena, pero sálganse del teatro, y no profanen con su presencia unas escenas tan sublimes. Las almas *tiernas* se quedan, quieren quedarse, quieren contemplar el cadáver de Bustos, quieren afligirse, y deshacerse en lágrimas á su vista, y pagar el tributo debido á la *humanidad doliente*.....» Cita las palabras de Estrella cuando manda llamar á Sancho, y la increpa diciéndola que ese amigo á quien llama es su mayor enemigo, es un monstruo. «El que entonces no diga esto en su corazón, el que no aborrezca, el que no odie con toda su alma á Roelas, el que no sienta á par de muerte que le haya amado un instante siquiera la *amable* Estrella, el que no se vuelva loco de dolor y de rabia, no tiene entrañas, es de bronce, *debía prohibírsele el trato y comunicación con hombres*.» ¡No llevaba poco lejos el crítico su *sensibilidad!* Pero tal era el estilo que había puesto de moda el autor de la *Nueva Heloísa*, y que naturalmente exageraron sus imitadores.

«En los tres actos últimos Estrella interesa siempre, porque como infeliz es un objeto de compasión, y un objeto de admiración y de amor por sus procederes nobles y generosos. Pero esta compasión que inspira proviene de sus infelicidades pasadas y no de las venideras, de aquellas que, estando amenazándola continuamente, aterran á los espectadores; en una palabra: la compasión no nace del terror, y, por consiguiente, el interés en estos actos no es trágico. No puede serlo de ningún modo, porque, tómese la cosa como se quiera, Estrella no puede ser más infeliz de lo que es en el acto segundo: ¿qué infelicidad puede temer que se iguale á la de haber perdido un hermano querido por mano de un amante y un [illegible]

»Por lo que hace á Roelas, de cuya suerte se trata en dichos actos, no interesa nada, como hemos probado. Todas las idas y venidas de los alcaldes y de Arias á la prisión, y las continuas declaraciones que le toman, que nada añaden á la primera, son monótonas, pobres; son ripios para llenar actos (1). Los medios de que se vale

(1) Esta repetición de declaraciones, realmente superflua, pertenece á Trigueros, pero no todo lo que puso de su cosecha en este proceso jurídico es despreciable, ni mucho menos. Léase la escena que hemos transcrito anteriormente.

D. Sancho para salvar á Roelas son miserables, y el de procurar corromper indirectamente á los jueces, es ruin, indecentísimo, de mal exemplo; valiera más que usara de su poder absoluto para salvarle, que no que se envileciera con unas raterías indignas de la grandeza y majestad trágica. Y ¿qué diré de aquello de suplicar á Estrella que interceda por Roelas, y de absolverle á consecuencia de esta satisfacción, sin acordarse de la vindicta pública? Es menester confesar que este D. Sancho no dice ni hace cosa en toda la tragedia que no sea una tontería; y cierto, las tragedias no son para tontos. El buen hombre, viéndose cogido por todos lados, de modo que es menester que opte entre decir lo que ha pasado ó dexar que Roelas muera en un suplicio, ¿qué hace para salir de apuros?, coge y se mete á héroe:

También yo ser quiero, hablando,
Tan héroe como el que calla:
Matadme á mí, sevillanos,
Que yo solo fuí la causa
De esta muerte; yo mandé
Á Ortiz que á Bustos matara.

»¡Vaya, que el tal D. Sancho tenía ideas muy particulares del heroísmo! ¿Conque cumplir una obligación de justicia y de conciencia es heroísmo? ¡Medrados estamos si Dios no nos depara héroes de otra especie! ¡No faltaba sino que mandase ahorcar á Roelas y que luego se calificase también de héroe por haber vencido la repugnancia que le había costado el cometer tan grande atentado! Yo no lo extrañaría, porque esto mismo es lo que hace Roelas con Bustos, y luego nos le quieren hacer tragar por héroe. ¡Qué ideas tan trocadas de los héroes tenían en aquellos tiempos! La prueba es que todos los actores de esta tragedia la concluyen clamando á voz en grito:

La heroicidad da principio
Donde la flaqueza acaba (1).

»Es lo mismo que si dixeran que donde se acaba el llano empieza la cima de una montaña, ó que uno empieza á ser extremadamente gordo cuando dexa de ser flaco. En estos tiempos se han mudado mucho las cosas, y creemos que donde acaba la flaqueza, empieza, no la heroycidad, sino la fortaleza. Ahora gustamos mucho de la verdad, y por esta razón nos disgustan altamente estos dos versos, que contienen una máxima muy falsa. También nos disgusta el que la declamen todos á una voz, porque nos parece imposible que á todos se les ocurra de repente una misma máxima al mismo tiempo y que la expresen con las mismas palabras.....

»Al autor de esta tragedia le sucedió con los caracteres lo que con la acción: quiso hacer una cosa, y le salió otra. Trató de hacer á D. Sancho bueno en el fondo,

(1) Estos versos son de Trigueros, y bien lo denuncian ellos mismos.

pero *arrebatado*, y D. Sancho salió malo esencialmente, y el más helado y flemático de todos los hombres. Crió á Roelas para héroe de magnanimidad, de generosidad, de valor y de ternura, y el maldito del mozo se dió tan buena maña, que vino á ser duro, inhumano, ingrato, ruin, un asesino á pedir de boca. Por lo que hace á los alcaldes mayores de Sevilla, son un alma en dos cuerpos, tan parecidos en todo, que no dice Guzmán palabra ninguna que no pudiera venirle bien á Farfán de Ribera, y al contrario. Estrella es la única que tiene un carácter constante, bien explicado, muy interesante, muy trágico; en suma, Estrella es toda la tragedia..... (1).

»Si no temiera alargarme demasiado, examinaría cada escena en particular, demostrando que algunas están mal trazadas; otras, que tienen buen plan, están mal desempeñadas, y hay muchas que son enteramente superfluas, como son todos los monólogos, á excepción del primero de Roelas, que no peca de superfluo, sino de mal desempeñado (2). Que esto deba ser así lo conocerán, sin que yo lo diga, todos los que sepan que los vicios capitales del plan de la acción y de los caracteres influyen necesariamente en las escenas. Tampoco me detendré en el estilo, contentándome con decir que cuando es bueno tiene una familiaridad noble que me gusta; pero á veces decae y dexa de ser trágico..... Quisiera también no hallar algunos equivoquillos y conceptos falsos, y pensamientos obscuros, y algunas otras expresiones insulsas y de malísimo gusto. ¿No es ridículo lo que en la escena quinta del acto segundo dice Roelas:

Arias, al Rey mi señor
Decid que los sevillanos
Las palabras en las manos
Saben tener, pues por ellas
Atropellan las Estrellas,
Y no hacen caso de hermanos.

»¿Qué tiene que ver Estrella con las estrellas, ni las palabras con las manos? Y ¿qué quiere decir el mismo Roelas en estos versos? (3):

Cual si soñando estuviera,
Veo agradables espectros,
Que ahuyentan las negras sombras
Del humano sentimiento.

»Por lo que hace á la versificación, es en general bastante fluída; pero como está en cuartetas, en quintillas, en décimas y en romance, distrae el oído, le cansa, y da

(1) Por eso Lope de Vega dió á su tragedia el título de *La Estrella de Sevilla*, y Trigueros hizo mal en cambiarle.

(2) Casi todos los monólogos son de Trigueros.

(3) Son de Trigueros.

ocasión, por la fuerza del consonante, á muchos ripios y á muchos errores de cantidad.» Todos los ejemplos que cita son de Trigueros, y no de Lope.

«Dice el Sr. Trigueros en su prólogo, que «la escogida armonía es una prenda »excelente y loable para la versificación de los dramas; pero no es tan esencial en »ellos, que sea lo que más se deba atender». Convengo en ello, y tanto, que creo que puede haber tragedias en prosa; pero estas tragedias, comparadas con las que están en verso, á igualdad de las demás circunstancias, serán inferiores, porque tendrán un mérito menos, y por razón de esta falta producirán menor efecto. Suponiendo que estén versificadas como la de que se trata, es esencial que estén bien versificadas, y lo que principalmente constituye una buena versificación es la armonía imitativa.

«Estoy por decir más (continúa el Sr. Trigueros): esta afectada armonía es »opuesta en algún modo á la naturalidad de una conversación, y ya se sabe que »cualquier drama es una conversación correspondiente á los interlocutores y á la »materia que tratan.» Si la armonía es *afectada*, no será *escogida*, que es de la que tratamos; y si es *escogida*, no será *afectada*. Que ésta sea opuesta á la naturalidad de una conversación común, es muy cierto; pero inferir de aquí que se opone á la conversación poética, es muy mala lógica. El Teatro no es la realidad, ni un drama es una historia, sino un poema; y ¿por ventura se opone á la naturalidad de éste la armonía imitativa? ¡Eh! ¿Por qué confundir lo verdadero con lo verosímil, las obras de la naturaleza con las producciones de las artes de imitación, los sucesos reales con los inventados, la naturaleza común y ordinaria con la naturaleza poética, con la bella naturaleza? En el instante en que las artes de imitación representan de un modo común cosas comunes, que todos los días y á cada paso estamos viendo, en ese instante dexarán de ser mentiras sublimes, perderán la verdadera ilusión que producen como tales, y dexando de ocasionar placeres, vendrán a ser insípidas ó dolorosas y eternamente insoportables.»

Puede decirse que en este juicio están calcados todos los que de la tragedia *Sancho Ortiz de las Roelas* hicieron los contemporáneos de Trigueros, y si en algo se apartan de él, es precisamente en lo que tiene de favorable y de atinado. Así, el traductor castellano de las *Lecciones de Retórica* de Blair (D. José Luis Munárriz), hace suyo el examen de Cienfuegos, á cuya pandilla literaria pertenecía, y del cual había obtenido colaboración en sus trabajos críticos; pero no quiere tolerar, por razones que llama de *decencia*, la conducción del cadáver de Bustos al cuarto de su hermana. No hay que decir si el abate Marchena, en aquella especie de manifiesto antirreligioso y antimonárquico, que disfrazó con el nombre de *Discurso preliminar á las Lecciones de Filosofía moral y Elocuencia* (1820), tendría censuras para la parte moral de esta pieza. «En *La Estrella de Sevilla*, Sancho Ortiz de las Roelas quita la vida á su mejor amigo, que iba á ser su cuñado, sólo porque se lo manda el Rey, y luego se deja condenar á muerte por no querer descubrir que éste le había mandado tan culpada acción. Ni el más leve remordimiento embate el alma de Sancho; siente á par de muerte el habérsela dado á su amigo, al hermano de su

amada: se lamenta, sí, mas no se arrepiente. Tan incomprensible conducta procede de la fatal máxima, ya entonces universalmente acreditada, de que es el rey dueño absoluto de la hacienda y vida de sus vasallos, y que honran sus preceptos á aquel á quien da el cargo de que se las quite á otro. Esta opinión, tan diametralmente opuesta á las primeras nociones de moral, parecía tan inconcusa en la nación, que el célebre secretario de Felipe II, Antonio Pérez, hizo asesinar á Escovedo por mandado del monarca, y confiesa en sus cartas este abominable delito como la cosa más natural y menos digna de vituperio.»

Prescindiendo del asesinato de Escovedo, sobre el cual todavía no ha hecho bastante luz la historia, ni puede admitirse sin cautela el sospechoso é interesado testimonio de Antonio Pérez; y prescindiendo también de que fuera general una doctrina servil y absurda que, por el contrario, fué objeto de censuras inquisitoriales cuando algún predicador ó teólogo se atrevió á sostenerla; hay que notar que Marchena fué el primer crítico que apuntó la semejanza grande que hay entre el conflicto trágico de *La Estrella de Sevilla* y el de *El Cid*; semejanza, por otra parte, tan obvia, que movió al poeta francés Pedro Lebrun á dar á su imitación del *Sancho Ortiz* el título de *El Cid de Andalucía*. Pero nuestro abate, sacando las cosas de quicio según su costumbre, cae en el dislate de suponer que Corneille se inspiró en la obra de Lope de Vega y no en Guillén de Castro, su único é indisputable modelo. «La dama de Sancho Ortiz, forzada á demandar justicia al Rey contra el matador de su hermano, á quien adora, y desempeñando esta tremenda obligación, cohechando luego al alcaide de la cárcel que encierra á su amante, y ofreciéndole medios para la fuga, que éste desecha, es visiblemente el modelo que imitó Corneille en su Ximena; y si los franceses sus contemporáneos hubieran sido más versados en nuestra literatura, con más razón le hubieran achacado ser plagiario de Lope de Vega que de Guillén de Castro.»

Sin sacar tal consecuencia, notó también la semejanza Martínez de la Rosa en las notas á su *Poética* (1827), pero observó, con su discreción habitual, que la índole del argumento de *Sancho Ortiz* no era tan interesante como la de *El Cid*. «Sancho Ortiz mata al hermano de su querida sin motivo, sin provocación ni ofensa, sólo por obedecer ciegamente una orden injusta del Rey; el público recuerda á cada instante la verdad con que el mismo Sancho exclama:

¡Palabra por mi mal dada,
Y para mi mal cumplida!... (1).

y, por consiguiente, aunque disculpen en parte su acción las preocupaciones de aquel siglo, la lucha de su corazón no es tan noble ni puede excitar el mismo interés que la de Rodrigo, el cual, si mata al padre de Jimena, es porque éste había antes agraviado al suyo. La diferencia que media entre uno y otro caso es tan gran-

(1) Estos dos notables versos son de los añadidos por Trigueros.

de, que refleja, por decirlo así, hasta sobre las dos queridas: la pasión de Estrella excita menos interés en nosotros, porque la acción de Sancho Ortiz es de tal naturaleza que debe hallar poca disculpa ante los ojos de su amante; pero el motivo mismo que lucha contra el amor en el alma de Jimena, aboga indirectamente en favor de Rodrigo: si ella debe vengar la muerte de su padre, Rodrigo no debió dejar impune la afrenta del suyo. ¡Qué manantial de bellezas no ha debido nacer de la lucha de tales pasiones, diestramente manejada!»

Poco de original tenían estas observaciones de Martínez de la Rosa. Seis años antes las había formulado, sustancialmente iguales, otro humanista de su propia escuela, aunque de más talento crítico que él. Don Alberto Lista (que por cierto no volvió á hablar de *La Estrella de Sevilla*, ni en las *Lecciones sobre el Teatro español* que dió en el Ateneo en 1836, ni en sus posteriores estudios de literatura dramática) había publicado en *El Censor* (1) un artículo muy curioso, en que, á la vez que se apunta el parentesco entre ambos dramas, se glosan y refuerzan hasta el último punto de exageración los reparos morales y políticos de Cienfuegos y el abate Marchena, traduciéndolos al estilo tribunicio del período constitucional del 20 al 23, cuando Lista, como los demás afrancesados, quería pasar todavía por liberal acérrimo.

«La situación dramática (dice) no puede ser más tierna y dolorosa. Estrella, obligada á perseguir en justicia á su adorado amante; Sancho Ortiz, separado para siempre de Estrella por un asesinato que se creyó obligado á cometer, presentan uno de los cuadros más trágicos é interesantes. Es, en el fondo, la misma situación del Cid, y esto precisamente es lo que disminuye el mérito de la combinación de *La Estrella de Sevilla;* porque cuando se copia la situación (2), es necesario que los medios sean nuevos y de mucho interés para que la nueva pieza no pierda en la comparación. Ni Otelo puede luchar con Orosmán, ni Montcasín con Tancredo, ni Sancho Ortiz con Rodrigo de Vibar.

»El enlace de Sancho Ortiz no puede pasar en una nación civilizada. Toda la sangre sube á la cabeza, y el espectador murmura de indignación cuando ve al amante de Estrella, fanático por lo que él llama el *servicio* de su Rey, insultar á su amigo, á su hermano, con el objeto de incitarle á una lid en que muera ó mate. No hay escena más odiosa ni más inmoral. Se detesta á Sancho Ortiz, y no vuelve á inspirar interés. Las lágrimas de los espectadores son para la desgraciada Estrella, carácter perfectísimo; pues basta que sea *carácter de mujer dibujado por Lope.*

»Para hacer interesante á Ortiz sería necesario que su manera de sentir fuese conforme á la razón ó á los afectos comunes de los hombres, ó, por lo menos, una preocupación propia de la época á que se refiere la acción del drama. Se ve,

(1) Tomo XII, núm. 67, 10 de Noviembre de 1821, páginas 30-38.

(2) Faltaba probar que hay tal copia, lo cual es imposible por ignorarse de todo punto la fecha en que fué escrita y representada *La Estrella de Sevilla.*

pues, que la cuestión dramática está ligada con cuestiones históricas, morales y políticas.

»Examinemos, en primer lugar, si en tiempo del rey D. Sancho *el Bravo* había en España la preocupación de que «era lícito asesinar cuando el rey lo mandaba» (1).

»Tan lejos estaban los españoles de aquel siglo de pensar de esta manera, que antes bien las ideas y máximas comunes entre los nobles y personas de distinción se dirigían más bien á exagerar el poder y las prerrogativas de la nobleza que los del rey. El mismo D. Sancho *el Bravo* tuvo que matar por su mano, casi en el mismo regazo de su esposa, á D. Lope de Haro, señor faccioso y atrevido. Este hecho prueba la barbarie del siglo; mas no prueba que los nobles corrían, como Sancho Ortiz, á degollarse por dar gusto al Rey. Nadie ignora los desórdenes de la menor edad de D. Fernando IV, hijo de Sancho, y de Alonso XI, nieto del mismo: de modo que aquel siglo fué en el que Castilla se vió más expuesta á los desórdenes de la anarquía feudal. Por consiguiente, estaban muy lejos de los ánimos las máximas serviles de la obediencia pasiva.....

»Las expresiones fastidiosas é inmorales del lenguaje servil de que abunda la comedia de Sancho Ortiz, no son propias del siglo de Sancho *el Bravo*, sino del de Felipe III, cuando la nación, domesticada por Fernando V, enfrenada por la Inquisición, llena de cadenas y laureles por Carlos I, y envilecida bajo Felipe II, había perdido con su antigua altivez el sentimiento de su dignidad y adoptado un lenguaje correspondiente á su nueva fortuna. Entonces se podía decir:

Vuestra voluntad es ley
Que no exceptúa á ninguno;
Y si ha de ceder alguno,
No ha de ser quien ceda el Rey.

. . . .

Vale tu quietud más
Que el vasallo que más vale.

. . . .

¿El Rey no pudo mentir?
No; que es imagen de Dios.

. . . .

(1) Ni en aquel tiempo ni en otro alguno ha existido tan bárbara preocupación. Lo que hubiera debido indagar Lista, es si las ideas y las costumbres de la Edad Media toleraban y autorizaban las ejecuciones sumarias, y sin forma de juicio, de los reos de lesa majestad, culpables de traición y alevosía. Y de esto hay innumerables ejemplos en las crónicas de los siglos XIII y XIV, aun sin acudir á los reyes tildados de crueles, como don Pedro. Su heroico padre, Alfonso XI, debió su renombre de *justiciero* á suplicios tales como el de D. Juan *el Tuerto* y el de D. Alvar Núñez Osorio, perpetrados con verdadera alevosía, que no hay en el caso de Sancho Ortiz. Y sin embargo, nadie en su tiempo los llamó *asesinatos*.

No sé si es injusto el Rey:
El obedecerle es ley.....

. . . .

Pues mandó el Rey matarle,
Sin duda que daría causa..... (1).

»Que se fuesen con estas horribles máximas á los castellanos valerosos y turbulentos del tiempo de Alonso *el Sabio* y de su hijo D. Sancho, á aquellos castellanos que se desnaturalizaban de su patria por el agravio que recibían ó creían haber recibido de su rey, y que cuando volvían á ella sabían, como el ilustre Alonso de Guzmán, dar el cuchillo para la muerte de sus hijos por conservar la plaza que se les había confiado. Hombres de este temple no asesinaban para favorecer los amores de un monarca. *Estos horrores estaban reservados á Felipe II* y á Antonio Pérez; y quizá la segunda intención de Lope de Vega, al escribir la comedia de *La Estrella de Sevilla*, fué censurar la conducta atroz y baja *del Tiberio español*, que mandó asesinar á Luis (*sic*) de Escovedo, engañó al despreciable asesino, y le hubiera dejado perecer en un cadalso si no le hubiera valido su diligencia. Muévenos á creer esto ver que la acción de la pieza es inventada; que no hubo semejante hecho, ni en tiempo de Sancho *el Bravo*, ni de otro rey antiguo de Castilla, y que el único suceso que se le parece fué el de la traición de Antonio Pérez. La historia no justifica, pues, el carácter de Sancho Ortiz.

»La moral tampoco. Felizmente, vivimos en un *siglo de luces y humanidad*, en que ninguna especie de fanatismo puede disculpar el asesinato ni atenuar el horror que excita tan odioso crimen..... Todo delincuente debe perecer á manos de la ley, y no á manos del hombre..... ¿Por qué, pues, *en un siglo ilustrado* se presenta á la conmiseración de los espectadores un asesino que, cuando más, sólo debe excitar el terror? ¿Tiene su crimen alguna disculpa en la máxima política que le hizo obrar? No: aquella preocupación no existía en su tiempo, ni ha existido en otro ninguno, sino bajo el despotismo de la dinastía austriaca: entonces se decía en los teatros y se escribía en los libros que «los reyes son dueños de vidas y haciendas» (2), pero no del honor: excepción decorosa para la nación española, que, aun en el estado de la más abyecta esclavitud, puso fuera del alcance del despotismo la más preciosa prenda del hombre social.

---

(1) La mayor parte de estos versos son de Trigueros, pero es cierto que hay otros de análogo sentido en la comedia de Lope. Debe advertirse, sin embargo, que los más graves están puestos en boca del vil cortesano D. Arias, á quien el autor por ningún concepto ha querido hacer simpático, y que habla dentro de su carácter. Y los otros están pronunciados en situaciones tales, que templan ó modifican mucho el aparente valor que pueden tener como máximas aisladas.

(2) Lo decían y escribían los poetas, que no tienen obligación de ser muy precisos en su lenguaje. No lo decían ni escribían (como no fuese por excepción) los teólogos, los moralistas, ni los autores de libros de política.

»Pero en nuestro siglo, en que ya se sabe que el rey no es amo, sino magistrado; ni es propietario, sino jefe; *bajo un gobierno constitucional* que demarca con toda exactitud los deberes y derechos de los súbditos, *¿qué interés puede inspirar Sancho Ortiz?* Los versos que se han añadido últimamente en la representación, y que sirven de correctivo al servilismo que mancha toda la pieza, acaban de destruir el efecto teatral que los desgraciados amores de Sancho y Estrella hayan podido inspirar á los espectadores (1).

»Lloremos, pues, la desgraciada situación de Rodrigo de Vibar: su historia, cantada en España desde tiempo inmemorial; las máximas del pundonor, omnipotentes en su siglo, y no abrogadas todavía en el nuestro; la terrible ofensa que recibió su padre; los insultos que él mismo sufre en su diálogo con el Conde Lozano, todo disculpa su desafío, todo contribuye á lastimarnos de su desgraciado amor, y la compasión que excita Jimena se extiende también á su desventurado amante. En su tragedia se pintan costumbres antiguas, ideas y preocupaciones propias de la época á que se refiere, que es la de la barbarie feudal: el contraste entre el amor y el honor es allí perfectamente dramático, porque los medios son proporcionados á las situaciones (2). Dejemos, pues, á Sancho Ortiz entregado en la prisión á sus reflexiones, que se crea *héroe* cuando no es más que un asesino, y escuchemos los lamentos del Cid, que sin creerse héroe lo es, y que ha cumplido el más triste de todos los deberes. *Sancho Ortiz de las Roelas* no puede ya vivir en nuestro Teatro, porque es una pieza contraria á los sentimientos morales de la actual generación.»

Á pesar de los anatemas de críticos y moralistas, *Sancho Ortiz* continuó viviendo, y eso que se esgrimieron contra él todo género de armas, no sólo las de la censura docta, severa y aun elocuente, sino las del gracejo de buena ley. Sea muestra de ello una chistosa carta satírica, firmada en Chiclana, á 14 de Julio de 1800, por el canónigo penitenciario de la catedral de Cádiz, D. Cayetano María de Huarte, buen humanista y versificador mediano, conocido principalmente por el poema jocoso de la *Dulciada.* Esta carta ha estado inédita hasta ahora, aunque su autor la remitió al *Memorial Literario* y á otros periódicos de su tiempo, sin conseguir que la insertasen. Hoy se publica por primera vez, gracias á la bizarría del ilustre historiador de la poesía castellana en el siglo XVIII, nuestro venerable compañero D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, que la recogió con tantos otros documentos útiles para ilustrar la historia literaria de dicha centuria, y ha tenido la bondad de franqueármelos generosa-

---

(1) ¡Qué curioso sería conocer estos versos patrióticos añadidos en 1821! Pero no hemos podido encontrar rastro de ellos. La frase subrayada no tiene precio.

(2) La verdad es todo lo contrario. Precisamente lo que falta en el Cid trágico (y todavía más en el de Corneille que en el de Guillén de Castro) son las costumbres é ideas de la verdadera Edad Media. Sancho Ortiz es mucho menos anacrónico. Pero dramáticamente no hay duda que vale más *el Cid*, excepto en el desenlace.

mente (1). Suprimo sólo las primeras líneas de la carta, que no se refieren á la tragedia de Trigueros, sino á la comedia de Kotzebue, *Misantropía y Arrepentimiento*, de la cual por entonces se hicieron dos traducciones castellanas:

«Bendito sea mil veces el Sr. Trigueros, aun más que por *Los Menestrales* y *La Riada*, por haber mejorado la tragedia de Lope *La Estrella de Sevilla*, á la que yo, después de ponerle aquel hermosísimo epígrafe, *Miserum est tacere cum prodesset loqui*, hubiera añadido para los meros romancistas el antiguo refrán *Al buen callar llaman Sancho;* pues tengo mis ciertas presunciones que se hizo por *Sancho Ortiz de las Roelas*. Sea de esto lo que fuere, puedo asegurar á Vmd. que al leer la tragedia me acordaba de nuestros predicadores que declaman tanto contra *el moral* de nuestro teatro. ¡Ah! Si leyeran ellos, decía yo, la tragedia de *Sancho Ortiz*, corregida por el Sr. Trigueros, otra cosa dirían. Léanla, y léanla con la crítica y reflexión que yo, y no con el ánimo de buscar *nodum in scirpo*, y verán qué moral tan puro, y tan necesario de presentarlo sobre el teatro en nuestros días.

»Así es, y dispuesto tan sabiamente, que desde las primeras palabras ya ve vuestra merced toda la enseñanza y todo cuanto ha de suceder. Dice el rey don Sancho:

Sé que es vana mi porfía:
Mientras que Bustos Tabera
Cele á su hermana, ó no muera,
Estrella no será mía.

Ya ve Vmd. aquí un Rey ostentando todo su poder tal cual Dios se lo da. Y ¿por qué ha de ser tan mentecato D. Bustos que cele á su hermana de un tal modo que se oponga á los favores que el Rey quería hacerle? Bien empleado está el que lo maten, por tonto. Yo apuesto cualquiera cosa que en el día no han de matar á ningún hermano, á ningún padre, ni á ningún marido, por esto (2). De los escarmentados se hacen los avisados; y si alguno fuese tan tonto que no escarmentase con lo que le sucedió á Tabera, que lo pague. ¡Ah! Buen D. Arias, aténgome á su doctrina, que viendo al pobrecito Rey tan afligido, le decía:

¡Qué! Señor, romper por todo.
Antes que todos sois vos,
Y es cosa dura, ¡por Dios!
Que padezcáis de ese modo.
Vuestra voluntad es ley
Que no exceptúa á ninguno;
Y si ha de ceder alguno,
No ha de ser quien ceda el Rey.

---

(1) Copió el Sr. Cueto esta carta de un voluminoso códice autógrafo de prosas y versos del canónigo Huarte, que perteneció al difunto erudito gaditano D. Adolfo de Castro.

(2) Escribíase esto en los tiempos de Godoy y de Carlos IV, por lo cual tiene más malicia el chiste.

»Y así es. ¡Qué cosa más dura que ver padecer al pobrecito Rey por querer disfrutar á Estrella, y que su hermano, sólo porque lo es, se lo impida, sin mirar que es un vasallo, y que el Rey no debe ceder ni aun en esto! ¿A Vmd. le parece que yo me burlo? Nada menos. Si cree demasiado lisonjeros los consejos de D. Arias, oiga á Sancho Ortiz, hombre de pro, que no sabía adular, y que supo *facer la fazaña* que el Rey le mandó. Óigalo Vmd. en la escena v del primer acto, y oirá que le dice á Su Alteza que en él

Una imagen sacra veo
De Dios, que es su copia el Rey,
Y después dél, en vos creo,
Y en servir á vuestra ley,
Después de su ley, me empleo.

¿Lo ha oído Vmd.? Pues reflexionemos un poco. No sólo es imagen de Dios el Rey, eso ya lo sabíamos, sino que después de Dios debemos creer en el Rey: de modo que en el símbolo, después de decir *creo en Jesucristo*, debemos decir: *y en el Rey*. Hombre, ¡qué hallazgo! Una regla más de fe por su orden: *Dios*, *el Rey*, *la Escritura*, *la Iglesia*. De aquí es que el amigo, que lo tenía bien estudiado, no sólo dijo que después de Dios creía en el Rey, sino que miraba cualquiera palabra suya como ley. Esto lo confirma en la escena VII, donde dice: «Que el Rey no puede »mentir, porque es imagen de Dios.» No faltaba más sino que pudiese mentir quien es regla de fe que no puede ni engañarse ni engañar. Hizo muy bien el amigo Roelas en matar á Bustos, y en mi dictamen, pues se lo mandó el Rey, ni agua bendita debió tomar por el asesinato. Bien lo conocía él, y así dijo tantas veces que no había cometido delito.

»Ni crea Vmd. que él lo dijese por excusarse ó por encubrir quién se lo mandó, sino muy firmemente persuadido á que no había obrado mal, á lo menos en materia grave. El Rey, que conocía muy bien hasta dónde llegaba su autoridad y la razón tan grande que le había asistido, no calificó esta acción, aun antes de descubirse, como cosa mayor; y así, cuando mandó á Arias á que dijese Ortiz quién le había ordenado que hiciese el asesinato, lo califica de un mero desliz:

Mas si callar es su intento,
Hoy mismo de su desliz
Será público escarmiento:
¡Hombre extraño será Ortiz! (1).

»Estrella, cuando intenta luego libertar á Sancho, como ya ella había sospechado que el Rey había sido quien mandó matar á su hermano, no califica el asesinato más que de un desliz, y así le dice á Sancho:

(1) La ridícula frase *desliz* pertenece á Trigueros, lo mismo que toda la redondilla.

Vete, y sé de hoy más feliz.
Yo, haciendo lo que debía,
Estrella soy que te guía,
Clara antorcha en su desliz (1).

»El mismo Sancho, el mismísimo Sancho, en la propia escena, que es la sexta del tercer acto, no califica de otro modo su atentado. Óigaselo Vmd. decir por su propia boca, que ya se habrá comido la tierra. Óigalo Vmd. en aquella despedida tan tierna y tan propia de la situación en que estaban Estrella y él, capaz de enternecer á un bronce:

SANCHO.
¡La ofendí siendo tan bella!
ESTRELLA.
¡Tan héroe, y es infeliz!
SANCHO.
¡Triste y forzoso desliz!
ESTRELLA.
Adiós, y olvidad á Estrella.
SANCHO.
No os acordéis más de Ortiz (2).

»Ya ve Vmd. que lo llama desliz, y desliz forzoso, esto es, preciso, que no pudo dejar de cometerlo. No señor, no. ¿No ve Vmd. que se lo mandó el Rey, que no puede ni engañarse ni engañar? Y eso que D. Sancho estaba con una pesadumbre la más grande, por haber muerto á su amigo; y esta pesadumbre se la aumentó hasta lo sumo la cristiana y juiciosa reflexión que hizo y acaba Vmd. de oirle: reflexión por la que da á entender que se agravó el delito ó desliz hasta el grado de sacrilegio, que lo reviste de unas circunstancias, en mi juicio, ó *mutantes speciem*, ó *notabiliter* agravantes: su misma pena le hace producir la reflexión que ha hecho, para enseñanza y escarmiento de todos los que maten hermanos: *¡La ofendí siendo tan bella!* Ya ve V. que matar al hermano de una mujer hermosa es un delito muchísimo más grave que matar á cien hermanos que tuviesen una mujer fea; y sin embargo, Sancho, Estrella, el Rey, lo califican de un desliz; esto es, de haber caído en una flaqueza ó miseria; y si V. me apura, no haber acabado de caer, ó haber caído inadvertidamente ó por descuido. Yo, si hubiera tenido la honra de ser el reformador de esta tragedia, me parece que la hubiera intitulado *El Desliz de Sancho Ortiz*. Algún malicioso dirá que el haber repetido desliz tantas veces, hablando del asesinato, ha sido por buscar consonante á Ortiz

---

(1) También aquí el *desliz* es un ripio de Trigueros. Lope había escrito:

Estrella soy que te guía,
De tu vida precursora.

(2) Todo esto es de la cosecha de Trigueros.

y á [illegible], y que si se hubiera llamado Sancho Hernando, habría dicho el Rey á D. Arias:

Mas si callar es su intento,
De su pecado nefando
Será público escarmiento:
¡Hombre extraño es Sancho Hernando!

»Y ¿lo creeré yo? Buenos son Lope de Vega y el Sr. Trigueros para andarse en busca de ripios: estábamos bien.

»¿Conque también tendrá Vmd. por ripio aquella palabra *afán* de la escena VI del segundo acto, cuando dice Farfán:

Llevad á Bustos Tabera,

y responde éste:

Sí, que vuelve ya su hermana,
Y fuera pena inhumana
Que renovara su afán? (1).

»Vuestra merced la tendrá por ripio, porque le parecerá algo más que afán un accidente causado por la inesperada vista del cadáver de su hermano, que vió Estrella acabado de asesinar, y vertiendo sangre por las heridas; á mí me parece también algo más que afán; pero ¿cómo he de creer que sea ripio después de haber leído la advertencia ó prólogo, en el que se dice se encuentra en esta tragedia «acción escogida y bien manejada, caracteres sublimes bien sostenidos....., expre»siones dignas, y una versificación como suya (esto es, de Lope), son prendas »en que abundan tanto pocos ingenios de ninguna nación»? Confieso á Vmd. que esta última expresión, «son prendas en que abundan tanto pocos ingenios de ninguna nación», no la entiendo bien ni sé lo que dice, aunque sí comprendo lo que quiere decir; pero todo lo demás de «acción bien escogida y bien manejada, ca»racteres sublimes bien sostenidos, expresiones dignas y una versificación como suya», lo entiendo, y muy que lo entiendo, y si no, vamos discurriendo por todas ellas.

«Acción bien escogida y bien manejada.» Y ¿le parece á V. que pudo escoger entre todas las acciones, no digo ya del rey D. Sancho *el Bravo*, sino de todos nuestros reyes, acción más digna que la de mandar matar á Bustos, magüer que fuese un vasallo honrado, porque no consentía que el Rey folgase con su hermana?

»¿No es ésta una acción propia del que es imagen de Dios? ¿Una acción que manifiesta hasta dónde llega el poder de los soberanos? ¿No le da honor al carácter de D. Sancho?

«Acción bien escogida y bien manejada.» Si Vmd. lo toma por lo material de la

(1) De Trigueros.

acción, ¿pudo manejarla mejor Santo Ortiz? Dígalo el muerto. ¿Pudo Roelas haber demostrado mejor que creía en su Rey después de Dios, que dejándose bajo la mano, muerto al golpe, como se dice ahora, á Tabera? ¿Puede darse en un vasallo acción más digna que servir á las pasiones de su Rey, cerrar los ojos si se le ocurre alguna duda ó escrúpulo, y decir como buen católico: El Rey no puede mentir; no, que es imagen de Dios?

«*Caracteres sublimes bien sostenidos.*» Ahí no es nada. Mire Vmd. si los hay en la tragedia: un Rey que sabe dónde le aprieta el zapato de su carácter; sabe que ha de sostener sus pasiones, y caiga el que cayere. Quiere prostituir á una doncella honrada. Ha de sostener el carácter sublime de irse de noche disfrazado á la casa de ella; ha de sobornar á una esclava; ha de tirar la espada contra un hermano que quiere defender su honor. Si éste le pide licencia para casarla, se la ha de conceder porque no puede negársela; pero ha de tener el carácter sublime de decir: Hasta aquí pudo llegar; su muerte al fin resolví.

»Para esto ha de elegir el noble y sublime medio de buscar un asesino, y el aun más noble y más sublime de decirle que lo mate á traición; lo ha de engañar, encubriéndole el todo de la verdad, y diciéndole que aquel hombre lo quiso matar á él. Ya que quiere castigarlo por esto, no ha de andarse con formalidades judiciales, acusaciones, procesos, jueces, sentencias; eso, mi abuela haría lo mismo. El carácter sublime y bien sostenido de un rey no ha de sujetarse á las leyes, sino ha de ser *præter legem et contra legem.* Si á ese asesino lo pilla la justicia, hay medios propios de un carácter sublime para defenderlo y librarlo: primero, ligarlo de antemano con el sigilo para que no diga quién le mandó hacer el asesinato; segundo, empeñar toda la autoridad real para que los jueces falten á su deber y no le impongan la pena de la ley. Si ellos son tan mentecatos, tan sin carácter sublime, que se empeñan en imponer al reo la pena que merece, hay el medio dignísimo de enfadarse contra ellos y tratarlos con la mayor aspereza y severidad. Yo no sé cómo no le ocurrió al señor Trigueros el medio más fácil de quitarles el empleo y desterrarlos. Por último, cuando ya no quede recurso, cuando vayan á apretarle el pescuezo al asesino, entonces decir la verdad. Esto sí que se llama carácter sublime y bien sostenido: sostenido hasta que no quedó arbitrio. Bien lo conocieron luego los jueces, pues al oir decir al Rey que él había mandado á Sancho Ortiz que matase á Bustos, exclamaron:

. . . . Así
Sevilla se desagravia;
Que pues mandó el Rey matarlo,
Sin duda daría causa.

»¡Y cómo si la dió! ¿Qué hombre de buen juicio se niega á los favores de su rey como se negó Bustos? Yo le aseguro que si él hubiera nacido en Marruecos, habría ido á ofrecer al Rey á su misma hermana Estrella.

»De aquí es, vea Vmd. si yo soy ingenuo, que el carácter de D. Bustos Ta-

bera no me parece sublime, sino un carácter brusco, poco sociable y demasiado quijotesco. Es innegable que en el día hay más ilustración, mejores ideas, más filosofía que en aquellos tiempos; pues Vmd. no encontrará, aunque lo pague á peso de plata, un hermano tan grosero y poco complaciente como Bustos. ¿Qué digo hermano? No hallará Vmd. un padre, una madre, un marido que haga lo que este feroz Tabera. Pues, hombre de Dios, ¿no es una locura que vengan á presentarnos al teatro un ejemplar tan contrario á las ideas y costumbres en que vivimos? ¡Qué consecuencias tan funestas se pueden seguir! Ahora nadie riñe, no digo con los reyes, que no hacen esas travesuras, pero ni con mucho menos que el rey, por defender á su hermana, á su hija ni á su mujer. Con este ejemplo, ¿qué sabemos si querrán algunos hacer del D. Bustos y sucederán mil desgracias?

»El carácter de D. Arias, si he de decir verdad, no me parecía sublime al principio, sino bajo y de un vil adulador; pero luego que reflexioné un poco conocí que era sublime y bien sostenido. Arias, como hombre cristiano y de juicio y buen vasallo, hace ver que es cosa muy dura que un rey esté padeciendo de aquel modo, porque Bustos no le consiente que prostituya á su hermana Estrella; hace ver que la voluntad del Rey de prostituirla, es una ley que á nadie exceptúa, ni á Estrella, ni á todas las estrellas del firmamento; y así, Bustos es el que debe ceder de su majadería y su capricho, y entregar á su hermana. Bien mirado, ya ve Vmd. que le sobra razón. ¡Bueno fuera que lo que hace un rey moro en su reino no lo pueda hacer un rey cristiano en el suyo!

»¿Y mi buen Sancho Ortiz de las Roelas? Este sí que es carácter sublime, sublimísimo, y más que sublimísimo, el más digno de un héroe y de un héroe cristiano. La lástima es que, aun presentado en el teatro para ejemplo, temo que sean muy pocos los que lo imiten. ¡Qué obediencia tan ciega á su Rey! Ya se ve, como que creía en él después de Dios, y sabía que el Rey no podía ni engañarse ni engañarlo. Así hubiérale mandado matar cuñados, hermanos, padres, mujer é hijos, él los hubiera muerto á todos con la misma serenidad que quien mata conejos. Pues que vayan luego á sacarle que diga quién le mandó matar á Bustos; primero sacarán un judío de la Inquisición. ¡Qué heroicidad! ¡Qué carácter tan sublime! ¡Haberse comido el papel que le dió el Rey para su resguardo, y que podía salvarlo! ¡Y no habérsélo comido poco á poco, para que le costara menos trabajo, sino todo de una vez! Y en verdad que en todo el día no quiso tomar otro alimento. Nuestra desgracia ha sido que el Rey al fin descubrió la verdad; que si no, hubiera tenido la Iglesia de España un mártir del sigilo real, antes que la Iglesia de Praga un mártir del sigilo de la confesión; pues mi buen Sancho se hubiera dejado ahorcar mil veces antes que descubrir al Rey.

»En punto á la versificación, que es como de Lope de Vega, confieso que algunas escenas no me gustaron, porque están en aquel verso de romance asonantado, tan extremadamente fluido y natural, que parece prosa. Esto se me figura compota de versos; aquélla, almíbar clara y líquida como el agua, que apenas sabe á dulce; y así como éste lo quiero yo muy subido de punto y muy espeso, los versos los quiero

muy atestados de consonantes; con sus retruecanillos, que dan una cierta armonía á la dicción, y hieren los oídos bien organizados de un modo el más grato. Entre otros ejemplos que puedo citar de esta hermosísima tragedia, me contentaré con proponer dos escenas, que dudo las haya mejores ni tan buenas entre cuantas piezas componen nuestro Teatro. La una es cuando Sancho Ortiz sale del alcázar ya con la orden de matar á un hombre, pero aún no sabe quién es, y dice:

Camino á buscar á Busto.....
Mas sabré quién es el muerto;
Que servir al Rey es justo
Aun primero que á mi gusto (1).

»No nos paremos en que dice: «Mas veré quién es el muerto», en lugar de: «Veré á quién he de matar», pues ésta es una figura retórica, en que toma el pretérito por el futuro, porque, de lo contrario, sería decir: «Mas veré quién es el »muerto á quien debo matar», y parémonos sólo en el deleite y armonía que causan aquellos tres consonantes, *Busto*, *gusto* y *justo*. Pues aún hay otra escena más mejor, como dicen los muchachos. Lee Sancho el papel que le dió el Rey, y ve que es á Bustos á quien debe matar, y luchando entre el amor grande que tiene á Tabera y el precepto del Rey, dice:

Viva Busto..... ¿Busto, injusto
Contra su Rey, por mi gusto
Ha de vivir? Busto muera:
¡Á qué batalla tan fiera
Me entrega tu nombre, Busto!

»Prescindiendo que no comprendo qué quiera decir que el nombre *Busto* es el que entrega á Sancho á una batalla tan fiera, á no ser que hable de la dura lucha de no encontrar más consonante que justo, injusto y Busto, aseguro á V. que más quisiera ser autor de esta escena que de las poesías de Meléndez Valdés y de las de Fr. Diego González. Yo no encuentro con qué comparar esta escena, sino con la última estrofa del himno del oficio de San Frutos, patrono de Segovia:

Gloria tibi, Domine,
Fæcunde fructus virginis
Qui ligni vitæ fructibus
Beatum Fructum reficis;

y aun me parece que está mejor la escena; y si no, que lo diga cualquiera.

»¡Bendito sea el Sr. Trigueros, que nos ha proporcionado ver en nuestro Teatro una tragedia tan excelente! ¡Qué modelo se presenta á los reyes, para que sepan que en negándose un vasallo, aunque sea el mayor infanzón, á que prostituya á su

---

(1) Estos malos versos pertenecen á Trigueros.

hermana, ha de mandar que lo asesinen! ¡Qué ejemplo á los vasallos, para que entiendan que la voluntad del rey, sea la que fuere, es ley que no exceptúa á ninguno; que han de entregar á sus hermanas cuando se las pidan, y si no, estocada y á ellos! ¡Qué ejemplo á los que el rey mande hacer un asesinato, aunque sea á traición, para que lo ejecuten, y para que, si les da un papel de resguardo, se lo coman todo entero, y en aquel día no prueben otro alimento! ¡Qué tragedia, qué caracteres tan sublimes, qué moral tan pura!

»Yo me entusiasmé tanto con la lectura de esta tragedia, que me tentó patillas de ver si podía hacer otra sobre asunto muy parecido, pero que le excediera en algo: ¡qué vanidad! Me ocurrió un asunto, el más semejante en lo principal de los amores, pero que excede en mucho en las circunstancias al argumento de la tragedia de don Sancho. Tal es el de los amores de D. Juan V de Portugal con una monja; asunto más público y mucho más inmediato á nuestros tiempos que el de los amores de don Sancho *el Bravo;* ya ve Vmd. cuánto es la acción de mi tragedia más grande y más heroica. Me propuse formar el plan, arreglado en un todo al del Sr. Trigueros, uniformarme con él enteramente, copiar sus escenas, y mas que me llamen plagiario. Me pareció poner un D. Nuño de Almeyda que aconsejase al rey D. Juan como D. Arias á D. Sancho; un cura y vicario de monjas que celase á éstas como Bustos á su hermana, al que llamé Valera por si me convenía para el consonante. Introduje un sacristán de monjas, al que despide el vicario porque averigua se vale de él el Rey para entrar en el convento; y no me acomodó que el vicario lo matara, como Bustos á la esclava que introducía al rey D. Sancho, por el grande inconveniente de que me hallaría con el cura irregular desde la primer escena, y me haría falta luego. Fingí un donado demandante del convento, hermano de sor Clara, querida del Rey, porque vi no podía ser su novio, como Sancho Ortiz de Estrella; y de este donado se habrá de valer después el Rey para que le dé una buena paliza al vicario, pues no tuve por conveniente ensangrentar la escena. Ya ve V. que un huevo no es más parecido á otro huevo, que mi tragedia á la del Sr. Trigueros; pero huevo más grande éste; quiero decir, un asunto de la misma, mismísima idea, pero más heroica, cuanto va de una seglar, que era Estrella, á una monja, que era sor Clara.

»Formado el plan, empecé á trabajar tal cual escena por vía de ensayo, y la primera dice así:

REY D. JUAN.

¡Qué en vano mi amor porfía!
Mientras que el cura Valera
Cele á su hermana ó no muera,
Sor Clara no será mía.

NUÑO DE ALMEYDA.

Señor, me parece mal
Que un vicario, sin razón
De un Rey, y de Portugal,
Contradiga la pasión.
Á vuestro amor lo primero

Debéis dar contentamiento:
Entraos en el convento,
Muera ese vicario fiero;
Y de esa pasión fogosa,
Que cual ley debe mirarse,
Sor Clara no ha de excusarse
So color de religiosa.

»Ya ve V. que esto no va malo. Luego en la escena II se presenta el cura Valera al rey D. Juan, y le dice que ha determinado esté siempre cerrada la portería de las monjas. Conoce el Rey la intención del cura, que era para estorbarle que entrase en el convento, y así que se retira Valera dice enfurecido á Nuño de Almeyda:

Su castigo he decretado:
Haced, Nuño, que al instante
Traigan aquí aquel donado
De las monjas demandante.

»Viene el donado, y el Rey le dice que conviene á su servicio que le dé una buena paliza á un sujeto cuyo nombre le pondrá en un papel cerrado, y que le dará otro que le sirva de resguardo. Le ofrece el donado que dará los palos aunque sea al lucero del alba. Sale del Palacio, le dan en la puerta un papel de la abadesa en que le ordena vaya al instante á dar un recado de la comunidad, que parece era á saber si estaba mejor de un constipado la priora de otro convento. Quiere enterarse de lo que le manda su prelada, é imitando en todo á Sancho Ortiz, dice:

. . . . Pero antes
Veré á quién he apaleado;
Que pues al Rey lo ofrecí,
Aunque los palos no dí,
Supongo que los he dado.

»Así, imitando la expresión «mas sabré quién es el muerto», salvo la objeción de que aún no se había hecho lo que el verso supone ejecutado ya. Lee el papel del Rey, que dice:

Al que habéis de apalear
Es al vicario Valera.

»Llénase de horror y sentimiento mi buen donado al ver que va á hacer un vicaricidio; conoce que esta inhumana resolución del Rey era efecto del desordenado amor á sor Clara, y exclama:

Triste Clara, Clara cara:
¡Así á su Rey se ultrajara!
¡Viva Valera!..... No, ¡muera!
¡Á qué batalla tan fiera
Me entrega tu cara, Clara!

»Ya V. ve que en esta escena (no es vanidad) he excedido á Lope, ó al Sr. Trigueros, quienquiera que fué el autor de la que imito. Ya V. ve que á la imitación añado el agudo equívoco de cara por semblante ó rostro, y cara por amada, y porque le cuesta mucho. Pocas imitaciones salen tan felizmente como ésta. Sigo con mi ensayo: estando el donado en esta consternación se encuentra con el vicario, que le reconviene porque no ha ido á la diligencia que le mandó la abadesa; el donado responde que porque no ha querido; le amenaza el vicario que lo echará del convento, y ¡zas! el donado alza el garrote que llevaba, apalea al vicario y lo deja medio muerto. Como esto era en medio de la calle, la gente que lo vió prende al donado; recogen al herido y lo llevan á la portería del convento; sale la abadesa, y hasta treinta y cinco monjas que no son más que comparsa; todas habrán de gritar á la par, que será un gusto ver esta escena, como la hagan bien las actrices y no me la echen á perder. Desmáyase nuestra madre abadesa; la retiran á su celda, y como yo me propuse imitar en un todo á mi modelo, sentí no haber puesto á alguno de los personajes el nombre de Guzmán, Farfán, Tristán ó Tamorlán, que me hubiera hecho mucho al caso para consonante de afán, que tenía que decir; pero salí muy bien del apuro diciendo, con alusión al vicario, que estaba privado de sentido:

Retiradlo á ese desván:
Ya ha vuelto en sí la prelada,
Y fuera pena extremada
Que renovara su afán.

»En fin, el Arzobispo declara por excomulgado al donado, por el capítulo *Si quis suadente diabolo*, y lo prende; reclámalo el juez secular; ríñese una competencia de jurisdicción; se decide por el seglar; quiere éste sentenciar al donado á pena capital; lo llama el Rey, y dice que bastará vaya el donado á un convento de frailes de demandante. Los jueces insisten en que ha de morir. Lo sentencian á que sufra la pena de horca. Pregúntanle si alguno le ha mandado que diera de palos al vicario. Él había quemado el papel que le dió el Rey, porque sabía que el comer papel le haría mucho daño, y creyó que era lo mismo quemarlo, y como no se lo comió, fué preciso que tomase otro alimento. Llámalos el Rey; manda al donado que descubra á los cómplices; él dice que no los hay, y que un papel que podía libertarlo lo ha empleado en hacer cigarrillos. Ya yo iba á terminar mi tragedia haciendo que el rey D. Juan exclamase como D. Sancho:

Todos menos yo son héroes
En esta dichosa patria;

pero me pareció que debía omitirlo, porque ruin es quien por ruin se tiene, y esto contradice el carácter sublime y bien sostenido que había yo pintado en el Rey. Por fin confiesa éste que él mandó dar los palos, y así que lo oye el Arzobispo, dice:

. . . . Así
La Iglesia se desagravia
Y los cánones sagrados:
Palos del Rey decretados,
Sin duda fueron con causa.

»En lo que me parece he sido más feliz es en la aplicación de la última sentencia, «la heroicidad da principio donde la flaqueza acaba», pues el rey D. Juan de Portugal, después de este suceso, se entregó todo á la virtud, labró el famosísimo convento de Mafra, é hizo otras mil acciones de piedad heroica propias de un Rey. Esto es lo que parece se anuncia en aquella sentencia. Usted dirá que en ella confieso, sin decirlo claramente: hasta aquí nada ha habido de heroicidad, nada digno; todo ha sido miseria y flaqueza: lo que Vmds. no han visto, ni yo he presenciado; lo que sucedió después, es lo heroico, y lo que, si yo hago de ello otro drama, verán Vmds..... Ahora conténtense con saber que, concluída esta flaqueza, único asunto de mi drama, dará principio la heroicidad. Vuestra merced dirá esto, y es verdad; pero ni el Sr. Trigueros ni yo tenemos la culpa que ello pasase así; pero no me negará que en la tragedia de D. Sancho, y aun en la mia, hay acción bien escogida y bien manejada, caracteres sublimes bien sostenidos, expresiones dignas, y una versificación como de Lope de Vega. Avíseme V. si le parece bien esto, y compondré la otra pieza á que debo dar principio en la conclusión de ésta.

»Chiclana, Julio 14 de 1800.—De V. afmo. amigo, N. N.»

De propósito hemos trasladado íntegro (venciendo el fastidio que tan prosaica vulgaridad nos causa) todo el proceso, más bien ético que estético, que la antigua crítica, llamada clásica, instruyó contra Sancho Ortiz, no sólo porque forma parte integrante de la historia de la comedia de Lope, sino por la útil enseñanza que siempre nace de ver juzgadas las ideas y los sentimientos de una generación por otra totalmente diversa de ella en su orientación moral. Aunque, á decir verdad, no era el público espectador quien había cambiado, sino los maestros y dictadores del gusto; y aun así, las bellezas puramente dramáticas de la obra son tales, que el mismo Cienfuegos, que á su modo era poeta, no dejó de sentirlas y de encarecerlas en su campanudo estilo. Mucho había perdido *La Estrella de Sevilla* al pasar por las manos de Trigueros, aunque nada tuviesen de inhábiles en esta ocasión; pero algo habían ganado en concentración y efecto ciertas situaciones; y, de todos modos, era de tal valía lo que quedaba, que bastó, no sólo para sostener triunfante el refundido texto en las tablas del Teatro español, sino para que penetrase en las literaturas extrañas, sirviendo de original á las más antiguas imitaciones alemanas y francesas. De la tragedia de Trigueros, reimpresa en Inglaterra hacia 1820 (1), proceden la traducción alemana *(Der Stern von Sevilla)* que Malsburg dedicó á Gœthe en 1824, y en parte *Le Cid d'Andalousie*, tragedia de Pedro Lebrun, repre-

(1) *Sancho Ortiz de las Roelas, ó La Estrella de Sevilla*, tragedia *con anotaciones*. Hackney J. Smallfield.

sentada en 1.° de Marzo de 1825 (1). La censura política del tiempo de la Restauración, más severa, por lo visto, que la nuestra, había puesto obstáculos á la repre-

---

(1) Esta tragedia, que cayó muy pronto en olvido, fué impresa muy tardíamente, y sólo en la colección de las obras de su autor (1853-1863, *chez Perrotin*).

En esta edición aparece la tragedia tal como la escribió Lebrun á principios de 1823, y no tal como se representó, mutilada por la censura, en 1.° de Marzo de 1825. El autor se queja amargamente de esta arbitrariedad, que le contrarió en el momento más decisivo de su carrera literaria. Véase alguna muestra de los versos suprimidos, que tanto escandalizaron á los realistas franceses de la época de la Restauración:

Se garder un serment, même trop téméraire,
Est un devoir sacré pour un homme ordinaire,
Ce devoir dans un prince est la première loi,
Jamais ne doit faillir la parole du roi.

«Los censores de 1823 (dice Lebrun) tuvieron la increíble audacia de tachar este pasaje. Les pareció imprudente que ante el pueblo se dijese que un rey debe ser fiel á su palabra.

»Sancho Ortiz de las Roelas, en un arranque caballeresco, se arrojaba á los pies de su amada exclamando:

Que ne puis-je, à Rodrigue empruntant ses exploits,
Vous gagner des cités, des royaumes, des rois,
Des rois! et devant vous jetant leurs diadèmes,
A vos pieds avec moi les voir tomber eux-mêmes.

»Este deseo, aunque bien poco peligroso para la seguridad del Estado, pareció en 1823 contrario al respeto debido á la Monarquía. Los censores no permitieron á Sancho Ortiz humillar á los reyes hasta el punto de traerlos vencidos á los pies de su dama.

»Así me suprimieron más de trescientos versos, que por lo general eran los que tenían algún vigor y alguna significación..... Desapareció la parte más fuerte, y por decirlo así, la más viril de la obra, todo lo que era el cuerpo y el nervio de ella. La gran escena del primer acto, que es la base de todo el drama, la exposición, en fin, quedó totalmente suprimida, lo mismo que todos los pasajes de la misma índole que se encuentran en la obra. De este modo la pieza pudo conservar acaso lo que tenía de interés tierno y novelesco, pero perdió casi del todo su carácter grave y serio, y sólo espíritus muy ejercitados hubieran podido comprender lo que el autor había querido decir; porque el nudo de la pieza no había sido menos maltratado que la exposición.

»Sólo á costa de sacrificios que no podían menos de comprometer todo éxito, pude arrancar *El Cid de Andalucía* de manos de los censores, después de una lucha de más de un año, y [illegible] merced á una intervención poderosa, la de Mr. de Chateaubriand, que era entonces Ministro de Negocios extranjeros.....»

El drama fué puesto en escena por Talma y Mlle. Mars, que entonces por primera vez aparecieron juntos en las tablas. El éxito fué bastante favorable, pero el autor tuvo ciertos disgustos con los cómicos, y retiró su pieza después de la cuarta representación, absteniéndose de imprimirla durante muchos años. «El público de 1825 (dice Lebrun) sentía vagamente la necesidad de algo nuevo, pero al mismo tiempo era desconfiado y receloso respecto de todas las novedades: había que contar con sus escrúpulos, con sus incertidumbres y aun con sus preocupaciones. La expresión más sencilla le hacía fruncir el entrecejo: apenas podía tolerar las expresiones

sentación de esta obra, porque en ella hacía mal papel un rey, y «ya era hora de dejar á los reyes tranquilos», según expresión del entonces ministro Chateau-

---

familiares, y difícilmente le agradaba nada que no estuviese en estilo *noble*..... No siempre era lícito desarrollar una situación en toda su naturalidad, un carácter en toda su verdad..... Después de una tentativa afortunada (*María Stuart*), quise adelantar un paso más en el camino en que otros han venido después á imprimir huellas más profundas. La mayor innovación de mi tragedia consistía en el estilo, que yo había procurado en esta ocasión que descendiese al tono más sencillo y familiar que puede soportar el drama serio.....: en una palabra, mi propósito había sido hacer entrar la comedia noble en el dominio trágico.....

»Vencido por tantas dificultades, enervado por tantas luchas, después de algunos nuevos esfuerzos sin vigor y sin voluntad, caí en tal desaliento y tal disgusto que me alejé para siempre de los cómicos y del teatro, llevándome el manuscrito de mi tragedia y jurando no escribir otra: juramento que no me fué difícil cumplir por haber fallecido á poco tiempo Talma, que era mi actor, mi consejero y mi amigo..... Muerto él, el arte no tenía, á lo menos para mí, apoyo ni intérprete. Renuncié, pues, completamente á la escena..... Ni siquiera hice imprimir *El Cid de Andalucía*.... Se ha dicho que esta obra era prematura. Quizá hoy se diga que llega demasiado tarde.....

»El principal cargo que se me hizo, como si hubiera cometido un acto temerario y casi un crimen de lesa majestad dramática, consistía en la elección del asunto. Se me acusó de haber faltado al respeto al gran Corneille, de haber concebido la loca idea de luchar con tan grande hombre y de rehacer *El Cid*. Tal intención hubiera sido tan insolente como absurda, y aun el excusarse de ella puede parecer una irreverencia.

»Si el argumento de *El Cid de Andalucía* fuese de pura invención, si los personajes no hubiesen sido tan conocidos en España como en Francia lo son hoy los de *El Cid*, se me hubiera podido decir: «¿Por qué habéis inventado una acción que desde luego suscita el recuerdo de la »de Corneille?» Pero si la tradición presenta un asunto con circunstancias análogas á las de *El Cid*, ¿por qué se me ha de prohibir el tratarle?

»Leyendo la obra que lord Holland ha publicado en Inglaterra sobre Lope de Vega y Guillén de Castro, tuve la primera noticia de este argumento, que me ofrecía el desarrollo de una idea de gran moralidad, al mismo tiempo que efectos profundamente patéticos. La impresión que me hizo fué tan profunda que inmediatamente puse mano á la obra, sin pensar siquiera en las relaciones que este tema dramático podía tener con el que había tratado Corneille. Experimenté, sin embargo, alguna duda, no por recelo de que se me achacase el haber querido rehacer una obra maestra, sino por el temor, mucho más razonable y natural, de tocar muy de cerca las situaciones de *El Cid*, haciendo visible mi pequeñez por la doble ventaja del genio y de la prioridad que me llevaba Corneille.

»Considerado en masa y de lejos el argumento de *El Cid de Andalucía*, no cabe duda que tiene semejanza con la tragedia de Corneille. La escena de ambas obras pasa en Sevilla (*a*) En una y otra hay un matrimonio interrumpido por un duelo, y una joven obligada por el punto de honor á pedir la muerte del hombre que ama. Pero aquí se puede repetir aquella observación del abate Saint-Réal: «Lo que las cosas tienen de diferente, cambia lo que tienen »de semejante.» Pues prescindiendo del fin de mi tragedia, de sus caracteres, de la mayor

---

(*a*) En *El Cid* pasa sólo por un insoportable anacronismo de Corneille. En España saben hasta los niños de la doctrina que Sevilla estuvo en poder de los moros hasta que la reconquistó San Fernando.

briand, que, sin embargo, contribuyó mucho á allanar las dificultades y á que se diese el pase á la obra del novel poeta. La primera representación fué tempestuosa,

parte de las situaciones, que son tan diferentes del objeto, de los caracteres y de las situaciones de Corneille, basta la intervención en mi obra de un rey joven y enamorado, que ata y desata toda la acción, para que el argumento de *El Cid de Andalucía* resulte verdaderamente nuevo.

»Quizá no anduve acertado al titular esta obra *El Cid de Andalucía*, sobrenombre que los sevillanos de su tiempo daban á Sancho Ortiz. La semejanza del nombre hacía pensar inmediatamente en la que podía haber en el asunto. Quizá hubiera sido mejor apartar de la mente del espectador esta idea, usando de un título menos significativo. Pero me pareció más franco, y por tanto más hábil, adelantarme á la crítica y colocarme desde luego bajo la invocación y los auspicios de *El Cid* de Corneille.....

»Existen en España dos piezas sobre este asunto, *tomado de las antiguas crónicas castellanas* (*a*). Una muy antigua, muy rara y casi desconocida de los españoles mismos, atribuída á Lope de Vega; otra más moderna y que todavía se representa alguna vez en los teatros de Madrid bajo el nombre de D. Cándido María Trigueros, pero que no es en realidad más que la antigua pieza acomodada al gusto moderno. Las escenas, los pasajes, los versos que tienen más valor en esta obra, están textualmente transportados de la otra.....; de suerte que se puede decir que esta segunda pieza es también de Lope de Vega. Hasta suele imprimirse con su nombre, y con el título de *Sancho Ortiz de las Roelas ó La Estrella de Sevilla.*

»Al tratar por primera vez este asunto, parece que Lope de Vega quiso dejar intacta la flor de él para los poetas que viniesen después. Parece que no atendió ni al interés político ni al interés moral que pueden encontrarse en él. No era ésta la tendencia de su tiempo; pero lo que puede sorprender es que un tema que abría una fuente tan copiosa de emoción no haya hablado más que á su ingenio, sin conmover ni por un momento su alma, y sin inspirarle nunca una palabra empapada en lágrimas (*b*). Me atrevería á decir que no vió en él más que una intriga interesante. Y todavía este interés se detiene en el segundo acto de su pieza, pues todo lo demás es poco digno de atención (*c*). No es más que un esbozo, pero en el cual se encuentran muchas intenciones profundamente dramáticas, de las cuales me he aprovechado. La segunda parte del segundo acto (*d*) me ha parecido muy notable, y la he copiado casi entera. Por lo demás, no hay caracteres, á excepción del del hermano, que está bien indicado (*e*). Hay más brillo en los pensamientos que verdad en los sentimientos; más movi-

(*a*) Nada dicen de él las tales crónicas.

(*b*) No hay, ciertamente, en la obra de Lope de Vega el *sentimentalismo* que echa de menos Lebrun, y que no es propio del poeta, ni de su tiempo, ni de su raza; pero hay mucho de sensibilidad verdadera en todo lo que hace y dice D.ª Estrella.

(*c*) *Todo lo demás* son los tres actos, ciertamente muy difusos y, por tanto, lánguidos, en que Trigueros dilató las escenas del proceso de Sancho Ortiz. En Lope todo ello ocupa un acto solo, que tiene, por cierto, bellezas de primer orden, lo mismo que los anteriores, aunque quizá de un género que Lebrun no podía comprender bien. La sola escena de los alcaldes de Sevilla con el Rey vale más que muchas tragedias clásicas; pero es preciso sentir la castiza poesía del municipio español para hacerse cargo de todo lo que significa.

(*d*) Se refiere á la muerte de Bustos y á la conducción del cadáver á casa de su hermana.

(*e*) Si el carácter del hermano está bien indicado, también lo están los de Sancho Ortiz y Estrella, y con mucho más vigor, por cierto.

y en cierto modo preludió á la de *Hernani*. *El Cid de Andalucía* no era todavía una pieza romántica, en cuanto á la forma, pero en el asunto y en el modo de tra-

miento en la acción que vida en los personajes; poco gusto, poco estilo (*a*), ni profundidad ni emoción.»

Prosigue Lebrun repitiendo los gastados lugares comunes acerca de Lope: «Era un hombre dotado de mucho ingenio; se le debe admirar como un prodigio de invención, de facilidad, de ingenio, de abundancia; pero su genio era más bien de improvisador que de poeta..... Poeta muy inferior á Shakespeare, con el cual marchaba paralelamente en el siglo XVII, y á quien se parece por la forma, sin parecérsele en nada por el fondo, que toca al corazón humano. Todo esto sea dicho sin disminuir en un ápice la admiración á que tiene derecho este sorprendente genio; sin menoscabar en nada las obligaciones que le debe esta tragedia mía, *cuyas más dramáticas situaciones le pertenecen;* sin desconocer, en fin, la prodigiosa influencia que ha ejercido en todos los teatros del Continente, en Inglaterra misma, y acaso sobre Shakespeare (*b*), porque Lope de Vega, aunque fuese de la misma edad que este gran poeta, había ya inundado el teatro con sus comedias cuando Shakespeare daba su primera obra, y las relaciones de los Países Bajos y de la Gran Bretaña habían debido de difundir en Inglaterra el estudio del español. Shakespeare ha podido, pues, conocer á Lope, cuya fama era tan popular y tan extensa que había penetrado hasta en Asia y se le representaba en el serrallo de Constantinopla. Es incontestable, por lo menos, que su influencia entre nosotros ha sido muy grande. Nuestro Teatro fué español por largo tiempo. Esta influencia pudo habernos sido más saludable y ayudarnos á fundar en Francia un Teatro nacional como el suyo; porque Lope de Vega es enteramente moderno, enteramente histórico, y está totalmente impregnado de las costumbres, de la religión, de las creencias, del espíritu de su tiempo y de su país, y en esto es en lo que debía haber sido imitado, y no en las complicaciones y en los embrollos de sus intrigas; en esto es en lo que podría servir aún de modelo á los poetas de nuestros días, y no en las formas de su drama, que, careciendo de proporción y medida, no pueden convenir al nuestro..... porque hay un gusto francés diferente del de los demás países, un gusto de orden, de regla, de límites, de leyes, aun en medio de la mayor libertad.»

Los personajes de *El Cid de Andalucía* son el rey D. Sancho IV, Sancho Ortiz de las Roelas, Bustos Tavera, D.ª Estrella, D. Juan de Lara, favorito del Rey; D. Elías de Mendoza, camarero mayor; *D. Pérez de Guzmán* (¡*sic*!), caballero de la comitiva del Rey; D.ª Berenguela, amiga y prima de Estrella; Inés, criada suya; Zoraida, esclava mora; Dávila, halconero de la casa de Roelas; Enrique, criado de D. Bustos; alcaldes, regidores, damas y nobles de Sevilla, etc.

Los actos primero, tercero y quinto pasan en el alcázar de Sevilla; el segundo y el cuarto en casa de Bustos y D.ª Estrella.

Debo á mi docto amigo A. Morel-Fatio noticia y extractos de esta pieza, no conocida en España.

(*a*) Prescindiendo de la especie de ingratitud que envuelve el decir tales cosas de un autor cuya obra se desvalija, no sé qué competencia en materia de estilo castellano podía tener Lebrun, que probablemente no leyó *La Estrella de Sevilla* más que en el análisis de lord Holland. Ya he dicho que el texto de esta obra de Lope ha llegado á nosotros en una edición infeliz, mutilada y estragadísima. Por otra parte, no hay inconveniente en confesar que está mejor pensada que escrita, al revés de lo que sucede con otras muchas de Lope. Pero tal como está, tiene relámpagos de sublime poesía que para nuestro gusto valen más que las campanudas tiradas de alejandrinos que se llaman *estilo* en las tragedias francesas.

(*b*) Nada hay menos probado ni menos probable que esta influencia de Lope sobre Shakespeare.

tarle no podía menos de acercarse mucho al romanticismo, dando testimonio de su origen español. Lebrun era un innovador á medias; poeta de talento, pero tímido, un poeta de transición, semejante á Casimiro Delavigne. Así como éste hacía colaborar en su dramaturgia á Shakespeare, á Walter Scott y á Byron, aunque á pequeñas dosis, así aquél hizo incursiones en el campo de Schiller, adaptando clásicamente la *María Stuart;* en el de la poesía homérica *(Ulises)*, y en el del Teatro español con este *Cid de Andalucía*, visto, como queda dicho, no en Lope, sino en Trigueros, aunque también tuvo presente un análisis de que voy á hablar ahora.

El mérito de haber desenterrado la obra original, dando por primera vez de ella un fiel y copioso extracto, con traducción en verso inglés de los principales pasajes, pertenece á lord Holland, grande amigo de Jove-Llanos y Quintana, y benemérito iniciador en su país de los estudios relativos á Lope y á nuestra literatura dramática. Del libro de lord Holland, publicado en 1817 (1), tomó el poeta alemán Zedlitz el argumento de su drama *Der Stern von Sevilla*, representado con éxito en 1829 (2).

Después de lord Holland, que más bien extracta que juzga, el primer crítico que basó sus observaciones en el texto de la pieza original y no en la refundición, fué Luis de Vieil-Castel, cuyos estudios sobre el Teatro español se remontan á 1840, aunque fueron coleccionados muy tardiamente, en 1882 (3). Adoptó Vieil-Castel la extraña ocurrencia de Lista, que en el caso de Sancho Ortiz veía una alusión al de Antonio Pérez; pero en todo lo demás su análisis es excelente, y uno de los mejores que se han hecho de esta obra de Lope, calificada por él de la más bella y fuerte de las comedias heroicas del grande ingenio. Si en este punto no podemos ser hoy tan resueltos y decididos como en aquellos tiempos, en que sólo se conocía ó se tenía en cuenta una mínima parte de la inmensa labor dramática de nuestro autor, no podemos menos de aplaudir el caluroso y razonado entusiasmo del académico francés por bellezas que siempre serán de primer orden, prescindiendo de comparaciones y categorías difíciles de establecer aun para los más expertos y más versados en la lección de tan inmenso poeta. Las magníficas escenas del primer acto, sacrificadas, quizá de mala gana, por Trigueros, en quien el buen instinto luchaba con la timidez ó aun la preocupación doctrinal; la entrada nocturna del Rey en casa de Estrella; el diálogo con Bustos Tavera, fueron dignamente estimados por Vieil-Castel, no menos que la singular belleza moral del desenlace, que indudablemente es superior al de *El Cid* de Corneille. Las siguientes conclusiones resumen el espíritu general de tan notable estudio:

---

(1) *Some account of the lives and writings of Lope Felix de Vega Carpio and Guillen de Castro*, dos volúmenes. *London, printed by Thomas Davidson, Whitefriars*, 1817. (Tomo I, páginas 1-3 á [illegible])

(2) Reimpreso en el segundo tomo de las obras dramáticas de su autor, edición de Cotta (Stuttgart, 1860).

(3) *Essai sur le Théâtre espagnol*, I, 43-74.

«La concepción de *La Estrella de Sevilla* es profundamente trágica; el interés, sostenido y progresivo; las situaciones dramáticas, con ser tan abundantes, están casi todas diestramente encadenadas las unas á las otras, con un arte que suele faltar en otras muchas obras de Lope. No es esto negar que también aquí dejen de sentirse los efectos de aquella negligencia y rapidez de ejecución, que no dejaban al poeta tiempo para madurar y perfeccionar sus planes. La marcha de esta pieza adolece con frecuencia de inverosimilitudes, de inconveniencias y hasta de contradicciones, que con un poco más de cuidado hubiese sido fácil evitar. Lo más endeble es el carácter del Rey: entraba ciertamente en el pensamiento general del drama el conservarle alguna dignidad, aun en medio de sus extravíos, y, sin embargo, por falta de algunos artificios de composición, que el más mediano dramaturgo un poco dotado del hábito del teatro hubiese podido sugerir á Lope, le presenta casi desde el principio hasta el fin con rasgos odiosos y despreciables. Tal como es, sin embargo, este papel ofrece grandes bellezas: las irresoluciones de Sancho *el Bravo*, los remordimientos que experimenta por haber hecho matar á un inocente, la vergüenza, los peligros que teme, y que inútilmente se esfuerza por conjurar, dan á este carácter una verdad eminentemente moral, propia para impresionar vivamente el espíritu. En los otros personajes nada hay que tachar. Pertenecen al heroísmo *corneliano*, á ese bello ideal, cuya noble sencillez parece á primera vista tan fácil de expresar, y que, sin embargo, sólo los espíritus poderosos aciertan á reproducir. Reina en el papel de Ortiz, en los de Tavera y su hermana, una elevación generosa, y al mismo tiempo una sensibilidad, que cautivan la imaginación. El diálogo es vivo, apasionado, y se encuentran muy pocas huellas de aquel gusto afectado y declamatorio, tan común en la escena castellana. Salvo un pasaje (1), está igualmente exento de las grotescas bufonadas que desfiguran muchas veces las situaciones más patéticas de los dramas españoles.

»Por grande que sea la admiración que experimentamos leyendo *La Estrella de Sevilla*, hay, sin duda, en el asunto algo que repugna. No podemos acostumbrarnos á estas ideas de venganza y de sangre. Un Rey que ordena el homicidio, un súbdito que le ejecuta sin saber siquiera el motivo, y únicamente porque el Rey le ha ordenado, están muy fuera de nuestras ideas sobre el honor; y si Lope llega á interesarnos con tal acción, nos sentimos tentados á ver en tal éxito la audacia feliz de un talento superior, que, haciendo alarde de todos sus recursos, consigue producir en nosotros una ilusión momentánea mediante combinaciones contrarias á la naturaleza y desprovistas de toda realidad. Reflexionando bien, sin embargo, comprenderemos que el interés que en nosotros se despierta no es ficticio, que depende en gran parte de la verdad de esos sentimientos, tan extraños en apariencia; verdad relativa, sin duda, verdad de tiempo y lugar, pero que se revela por la fuerza de los colores que Lope ha empleado; y comprenderemos, por fin, que la manera de pensar de sus

(1) Ya he indicado antes que este pasaje parece ser una intercalación de Andres de Claramonte.

personajes no le hubiese dictado tan enérgicas, tan felices inspiraciones, si no hubiese participado de ellas en mayor ó menor grado, como participaban todos sus contemporáneos.

»En aquellos tiempos, en efecto, la efusión de sangre no excitaba tanto horror como ahora, la venganza era un deber, la voluntad del rey se consideraba poco menos que la de Dios: absoluta, irresistible, imponía ciega obediencia, y tenía, en cierto modo, la facultad de cambiar el bien en mal, y el mal en bien, por lo mismo que despojaba á los súbditos del derecho de usar de su libre albedrío para apreciar la moralidad de las órdenes emanadas del Trono..... Fácil es comprender que á fines del siglo XIII el homicidio repugnaba todavía menos que en tiempo de Felipe II: para convencerse de ello, basta leer las crónicas de aquella época. Pero por otra parte, ese sentimiento de adoración por la autoridad real que Lope nos pinta con tanta fuerza, estaba lejos de existir cuando Sancho *el Bravo* destronaba á su padre y disputaba la corona á sus sobrinos. Sólo con la Casa de Austria se introdujo en España el despotismo. Prestando tales ideas á sus personajes, Lope faltó, por consiguiente, á lo que se ha convenido en llamar verdad histórica y color local. Esta falta, dado que lo sea, á cada momento se encuentra en los dramas españoles, y aun parece que sus autores apenas se cuidaban de evitarla. Querían pintar las costumbres nacionales, pero no ponían empeño en darles escrupulosamente el matiz propio de las opiniones y costumbres de los diferentes siglos. Parecían comprender que un trabajo tan minucioso sólo sirve para extinguir la inspiración, y que, por otro lado, con formas vivas, con los detalles extensos que toleran y exigen las composiciones dramáticas, las únicas ideas que se pueden reproducir con éxito son aquellas que en cierto modo envuelven y penetran al autor lo mismo que al espectador, y le inspiran aversión ó entusiasmo..... Estos cuadros son exactos, pero lo son en un sentido que vamos á explicar. Estas costumbres han existido, pero no en el tiempo en que los poetas colocan la acción de sus dramas, sino en aquel en que los escribían. Si ellos mismos no hubiesen vivido en esa atmósfera moral, no hubieran acertado á reproducirla con la fuerza, la sencillez y el carácter de realidad profunda que nos subyugan. Les hubiera acontecido lo que á ciertos dramaturgos modernos cuando, creyendo seguir las huellas de los grandes maestros, se esfuerzan, llenos como están de las ideas del siglo XIX, en representarnos las ideas y los hábitos de la Edad Media.....»

Posteriormente á Vieil-Castel, la crítica francesa ha formulado idénticas alabanzas por boca de A. de Latour, que en su *Viaje á Andalucía* (1855) analiza discretamente la pieza (1) y traduce las principales escenas, encareciendo sobremanera el mérito de la primera jornada, que mira como modelo de exposiciones, en la cual ya está contenido el drama entero, que no tiene más que escaparse de la mano poderosa del poeta; la fuerza del diálogo entre el Rey y Bustos Tavera cuando le

(1) No hay más descuido que el de convertir á Lope de Vega en *canónigo*. La erudición biográfica no era el fuerte de este simpático vulgarizador de las cosas españolas.

encuentra embozado en su casa; y el vigor patético de la expresión en todos los pasajes donde es sincera y humana. «Nunca, en mi sentir (añade), abrió Lope de Vega una perspectiva más profunda en el corazón de la vieja España.»

Además de estas traducciones parciales, á las cuales puede añadirse el estudio de Ernesto Lafond (1857), existe en francés una completa y bastante apreciable, de Eugenio Baret (segunda edición, Didier, 1874), y otra polaca de Julián Adolfo Swiecicki (1882) (1). El texto castellano que actualmente se representa, y siempre con el favor del público, no es ya la tragedia de Trigueros, sino una nueva refundición que hizo D. Juan Eugenio Hartzenbusch, conservando del drama primitivo todo lo que sin violencia podía adaptarse á la escena moderna (2).

Nada hemos dicho de los elementos tradicionales que puede haber en esta pieza, porque nada puede decirse con seguridad. Salvo el nombre del rey D. Sancho y su estancia en Sevilla en 1284, nada pertenece á la historia documentada.

Lista, que era sevillano, pero que no se picaba de erudito ni aun en las cosas de su tierra, dice que *el hecho es inventado*, y bien pudiera serlo, puesto que no se ha encontrado rastro de él en los anales y crónicas de aquella insigne ciudad. Pero el drama tiene tal sabor de realidad, que no parece de los que totalmente se inventan; y, por otro lado, una tradición constante señala en la calle llamada antes *de la Inquisición Vieja*, y ahora de Bustos Tavera, la casa del hermano de Estrella. Se dirá que esta tradición ha podido ser inventada *à posteriori*, naciendo de la misma boga y popularidad de la comedia. No negaremos la posibilidad del hecho, pero si se trata de la comedia de Lope de Vega, lejos de haber sido popular nunca, parece que estuvo enteramente ignorada hasta que la exhumó Trigueros. Á lo menos no se la encuentra citada en ninguna parte y sus ejemplares son rarísimos. En cuanto á la refundición, es cierto que fué muy leída y representada, y que á los sevillanos debió de ser doblemente grata por su asunto, y por los elogios que en ella se hacen de su ciudad y del carácter de sus moradores; pero es demasiado moderna para que de ella pudiera nacer una tradición local tan concreta y precisa. Pesándolo bien todo, nos inclinamos á creer que la tradición es positivamente antigua, y que Lope la recogió en Sevilla, pero que esa tradición no contenía más que el germen de su drama. Porque, en efecto, lo único de que la tradición relativa á la casa da

(1) Es muy singular que Grillparzer no dé muestras de conocer *La Estrella de Sevilla*. A lo menos, nada dejó escrito sobre ella. Inútil parece advertir que, más ó menos extensamente, la examinan todos los historiadores de nuestro Teatro (Schack, Klein, Schaëffer.....) y todos nuestros autores de Manuales de Literatura, desde Gil y Zárate en adelante.

(2) Con el título de *La Estrella de Madrid* compuso una zarzuela D. Adelardo López de Ayala. Además del título, que ya recuerda la obra de Lope, hay en ella una dama enamorada del matador de su hermano, y un rey que persigue de amores á la dama, el cual rey no es aquí D. Sancho *el Bravo*, sino Felipe IV, monarca predilecto de los autores de zarzuelas. En los lances no hay semejanza ninguna, y aunque ésta y otras producciones de Ayala pueden considerarse como felices ensayos de imitación del Teatro antiguo, lo son de la manera de Calderón, más bien que de la de Lope.

testimonio, es que allí vivió Bustos Tavera, que el Rey se enamoró de Estrella, que penetró una noche en su aposento, que fué honestamente rechazado y que Bustos ahorcó á la esclava que había querido ser tercera en su deshonor. Lope añadiría el personaje de Sancho Ortiz y todo lo que nace de él: es decir, el verdadero conflicto trágico. De este modo se salva también el anacronismo de ideas que se ha notado en la pieza; anacronismo que sería inexplicable si todo el fondo de ella fuese tradicional. Lope era muy capaz de haber retratado con su propio y adecuado colorido las costumbres del siglo XIII, como lo hizo con las de otras épocas más remotas; pero en el caso presente lo que añadió tiene el sello del siglo XVII, tanto en la exageración de la lealtad monárquica, como en la sutil casuística del honor. Sería insigne candidez discutir en forma estos móviles dramáticos, como hacían nuestros críticos de principios de siglo, de los cuales ya hemos presentado algunas muestras. Claro es que tales ideas y sentimientos pertenecen no á la moral absoluta y eterna, sino á la moral relativa y de convención, que es la que casi siempre ha imperado en el teatro. Bástales con tener el grado de verdad necesario para justificar las situaciones que de ellos nacen, dentro del libre juego de la fantasía.

El Teatro español no fué inmoral porque nunca fué dogmatizante, pero fué muchas veces *a-moral*, es decir, que procedió como si la rígida moral no existiera. Quizá las condiciones mismas del drama, á lo menos tal como históricamente se ha desarrollado, implican esto en parte. El drama es obra de pasión; y técnicamente, los motivos más puros y elevados no siempre son los más dramáticos, así como el tipo del héroe trágico sólo por excepción puede ser un santo. Pero en esa misma moral del teatro, tantas veces desquiciada por los extravíos de la pasión ó por las preocupaciones mundanas, hay que reconocer casi siempre la huella de sentimientos nobles, sin los cuales ella misma no tendría razón de ser, ni menos virtud suficiente para informar una obra duradera. Así, en el caso de Sancho Ortiz, lo que determina su cruenta acción es, por una parte, la fidelidad del vasallo á su rey y señor, á quien considera como personificación de la justicia, y por otra, la fidelidad á la palabra empeñada: sentimientos loables uno y otro, aunque puedan estar viciados y torcidos en su aplicación. Por consiguiente, la falsedad intrínseca no es tanta como superficialmente parece; y además de eso, el arte del poeta y su instintiva psicología han conseguido templar ó disimular lo que en la acción podía haber de violento y de repugnante, ya con la enérgica pintura de los remordimientos del Rey, ya con la inmaculada figura de Estrella, ya con los heroicos arrestos de Bustos, que, sin faltar al decoro debido á la Majestad, hace sentir á D. Sancho toda la fealdad de su acción; ya con la apoteosis de la inflexible justicia en las varas de los alcaldes de Sevilla; ya con el patético y sublime desenlace, en que el imperio de la ley moral queda triunfante no sólo de toda sugestión de orden inferior, sino del amor mismo, más poderoso que la muerte. La emoción que el drama produce es, por tanto, sana, y nos transporta á la esfera más ideal, mostrándonos verdaderos ejemplos de grandeza de alma, sin declamación y sin énfasis.

V.—LA INOCENTE SANGRE.

Su autor la tituló *Tragedia* por lo funesto del desenlace, y la publicó en la *Parte* 19 de sus *Comedias* (1623), dedicándola al alcalde de casa y corte D. Sebastián de Carvajal, como descendiente de la ilustre familia de los caballeros despeñados en Martos. Modernamente, esta obra de Lope ha sido reimpresa en el tomo IV de la colección selecta que formó Hartzenbusch para la *Biblioteca* de Rivadeneyra.

Célebre es en nuestras historias el emplazamiento del rey D. Fernando IV, y puede decirse que había corrido sin objección ni reparo hasta que D. Antonio Benavides publicó, doctamente ilustradas, las *Memorias de Fernando IV* (1), y en una de las *Ilustraciones* sometió á severa crítica los fundamentos de esta tradición, rechazándola como fabulosa y acaso forjada á imitación del emplazamiento hecho por los templarios al papa Clemente V y al Rey de Francia Felipe *el Hermoso*.

Trátase, sin embargo, de un rumor popular que ya estaba arraigado y crecido cuando se compuso la Crónica de aquel Monarca (á mediados del siglo XIV), á no ser que gratuitamente se quiera suponer que fué añadida esta especie en copias posteriores. Léese, pues, en el capítulo XVIII, que es el último de esta *Crónica:*

(Era 1350, año de Cristo 1312.) «É el rey salió de Jaen, é fuese á Martos, é estando y mandó matar dos cavalleros que andavan en su casa, que vinieran y á riepto que les fasian por la muerte de un cavallero que desian que mataron quando el rey era en Palencia, saliendo de casa del rey una noche, al qual desian Juan Alonso de Benavides. É estos cavalleros, quando los el rey mandó matar, veyendo que los matavan en tuerto, dixeron que emplasavan al rey que paresciese ante Dios con ellos á juisio sobre esta muerte que él les mandava dar con tuerto, de aquel dia en que ellos morian á treynta dias. É ellos muertos, otro dia fuese el rey para la hueste de Alcaudete, é cada dia esperava al infante D. Juan, segund lo avia puesto con él..... É el rey estando en esta cerca de Alcaudete, tomóle una dolencia muy grande, é affincóle en tal manera, que non pudo y estar é vínose para Jaen con la dolencia, é no se queriendo guardar, comia carne cada dia, é bevia vino..... É otro dia jueves, siete dias de setiembre, víspera de Sancta Maria, echóse el rey á dormir, é un poco despues de medio dia falláronle muerto [en la cama, en guisa que ninguno lo vieron morir. É este jueves se cumplieron los treynta dias del emplazamiento de los cavalleros que mandó matar en Martos.»

(1) *Memorias de D. Fernando IV de Castilla. Tomo I. Contiene la Crónica de dicho Rey, copiada de un códice existente en la Biblioteca Nacional, anotada y ampliamente ilustrada por D. Antonio Benavides, individuo de número de la Real Academia de la Historia, por cuyo acuerdo se publica.* (Madrid, 1860.) Páginas 686-696.

La *Crónica de Fernando IV*, como se ve, nombra á Benavides, pero no á los Carvajales. Tampoco aparecen los nombres de éstos en la *Crónica de Alfonso Onceno* (cap. III), que repite la misma narración con leves variantes: «Et el Rey salió de Jaen, et fuese para Martos: et estando en Martos mandó matar dos caballeros que andaban en su casa que venieron y á riepto que les facian por muerte de un caballero que decian que mataran, quando el Rey era en Palencia, saliendo de casa del Rey una noche, al qual caballero decian Joan Alfonso de Benavides: et estos caballeros quando los el Rey mandó matar con tuerto, dixieron que emplazaban al Rey que pareciese con ellos ante Dios á juicio sobre esta muerte que les mandaba dar con tuerto, de aquel dia que ellos morian á treinta dias: et ellos muertos, otro dia fuese el Rey para la hueste de Alcaudete..... Et el Rey estando en esta cerca de Alcaudete tomóle una dolencia muy grande, et afincóle en tal manera que non pudo y estar; et vínose para Jaen, et con la dolencia non se quiso guardar, et comia cada dia carne et bebia vino..... Et en ese dia jueves siete dias de Setiembre víspera de Sancta Maria echóse el Rey á dormir un poco despues de medio dia, et falláronlo muerto en la cama, en guisa que ninguno non lo vió morir» (1).

(1) Una variante muy singular y muy antigua de la leyenda del emplazamiento, en que para nada se nombra á los Carvajales, trae la *Crónica* catalana que lleva el nombre de D. Pedro IV *el Ceremonioso*, aunque realmente no la escribiese él, sino Bernat Descoll por su mandado. En esta *Crónica*, pues, se atribuye al rey Fernando el dicho blasfemo que más tarde, y con grande injusticia, se achacó á Alfonso *el Sabio*, de que el mundo hubiera salido algo mejor si él hubiese asistido á su creación, y se añade que, en castigo de tal impiedad, le anunció en sueños una voz de lo alto que moriría dentro de veinte días, y que en la cuarta generación acabaría su línea real.

«*E aço fo per ordinació de Deu, car segons que havem oyt recomptar a persones dignes de fe, en Castella hac un rey appellat Ferrando qui fó rey vituperós, e mal nodrit y desestruch y parlá moltes vegades reprenént y dient que si ell fos com Deu creá lo mon, en fos cregut, Deu no haguera creades ne fetes moltes coses que feu y creá y quen haguera creades y fetes moltes que no haguera fetes. E aço tenia éll en son enteniment en parlava sovént, perque, nostre senyor Deu, veent la sua mala y folla opinió, tramesli una veu en la nit, la qual dix aytals paraules:—Per tal com tú has represa la saviesa de Deu, dací a XX dies morrás y en la quarta generació finirá ton regne. E semblants paraules tremés Deu a dir en aquella mateixa nit y hora a un home sant del orde dels frares preycadors que era en lo monestir de Burgos, lo cual frare preycador les denunciá al germá del dit rey de Castella que ladonchs era en Burgos. Y haut acort entre élls, anaren al dit rey per dirli ço quel dit frare havía oyt de part de Deu. Y axi com Deu ho havía manat e dit, lo dit rey finá sos dies y en la quarta generació ques seguí finá lo seu regne; car lo dit rey En Pére, mentre regná, no féu sino mal.....*» Y sigue una invectiva contra el rey D. Pedro de Castilla, capital enemigo del de Aragón.

Crónica del Rey de Aragón D. Pedro IV el Ceremonioso ó del Punyalet, escrita en lemosín (sic) por el mismo monarca, traducida al castellano y anotada por Antonio de Bofarull. Barcelona, imprenta de Alberto Frexas, 1850. Páginas 323-24.

No carece de curiosidad saber que también el rey D. Pedro IV, que mandó escribir esta his-

Donde por primera vez encuentro la mención del nombre de los Carvajales y el detalle del género de espantoso suplicio que se les impuso, es en un libro de fines del siglo xv, que Lope de Vega tenía muy leído, y del cual sacó muchos argumentos, el *Valerio de las Historias escolásticas*, del Arcipreste de Santibáñez Diego Rodríguez de Almela (lib. VI, tít. III, cap. V). Su narración es como sigue:

«Estando el rey don Fernando IV de Castilla, que tomó á Gibraltar, en Mártos, acussaron ante él á dos *escuderos* llamados el uno Pedro Carabajal, y el otro Juan Alfonso de Carabajal su hermano, que ambos andaban en su corte, oponiéndoles que una noche, estando el Rey en Palencia, mataron á un caballero llamado Gomez de Benavides, que queria mucho el Rey, dando muchos indicios y presunciones porque parescia que ellos le avian muerto. El rey don Fernando ussando de rigurossa justicia fizo prender á ambos hermanos, y *despeñar* de la peña de Mártos; antes que los despeñasen dixeron que Dios era testigo y sabia la verdad que no eran culpantes en aquella muerte que les oponian, y que pues el Rey los mandaba despeñar y matar á sin razon, que lo emplazaban de aquel dia que ellos morian en treinta dias que paresciesse con ellos á juicio ante Dios. Los escuderos fueron despeñados y muertos, y el rey don Fernando vino á Jaen. Acaesció que dos dias antes que se compliesse el plazo se sintió un poco enojado, comió carne y bebió vino. Como el dia del plazo de los treinta dias que los escuderos que mató le emplazaron se compliesse, queriendo partir para Alcaudete, que su hermano el infante don Pedro avia á los Moros tomado, comió temprano, y acostósse á dormir en la siesta, que era en verano; acaesció assi que quando fueron para le despertar, halláronlo muerto en la cama, que ninguno no le vido morir. Mucho se deben atentar los Jueces antes que procedan á executar justicia, mayormente de sangre, hasta saber verdaderamente el fecho porque la justicia se deba executar. Ca como en el *Génesis* se lee: «Quien sacare sangre sin peccado, Dios lo demandará.» Este Rey no tuvo la manera que convenia á execucion de justicia, y por tanto acabó como dicho es» (1).

Al testimonio de Almela puede añadirse el de su contemporáneo mosén Diego de Valera, que en su *Crónica abreviada* nombra también á los Carvajales con el

toria, murió emplazado (según cuentan graves analistas) por el Arzobispo de Tarragona, á consecuencia del pleito que ambos traían sobre los vasallos del campo de aquella ciudad. Don Pedro quiso llevar su pretensión por fuerza de armas, y el arzobispo D. Pedro Clasquert, que andaba inferior en éstas, se vengó apelando para el Tribunal de Dios dentro de sesenta días, en el último de los cuales recibió el Rey un bofetón del brazo de Santa Tecla, que le sirvió para prepararse á la muerte. Se ve que los emplazamientos eran un lugar común de la crítica popular, tratándose de soberanos del siglo XIV, máxime de los que, como el Rey *Ceremonioso*, habían hollado toda ley divina y humana, viendo coronados por la más insolente fortuna hasta los atropellos contra su propia sangre.

(1) *Valerio de las Historias.....* (edición de 1793), páginas 230-231.

aditamento de *escuderos*. A nada conduciría alegar textos de autores más modernos, así porque esta tarea ya la realizó con su minuciosidad y diligencia acostumbradas D. Luis de Salazar y Castro, en el libro de sus *Reparos históricos contra Ferreras* (1), cuanto por el poco ó ningún valor que pueden tener autoridades tan recientes y que, en sustancia, son copia unas de otras. Sólo hay que advertir que en graves autores del siglo XVI, tales como Jerónimo Zurita y Gonzalo Argote de Molina (el cual, para su libro *De la Nobleza de Andalucía*, pudo apoyarse en tradiciones del reino de Jaén), se dan nombres propios á los Carvajales, pero con alguna diversidad, llamándolos Zurita *Pedro* y *Alonso*, y Argote *Juan* y *Pedro* (2). Tampoco se mostraron todos nimiamente crédulos en cuanto á suponer intervención sobrenatural en la muerte del Rey. Zurita se contenta con decir que «*el vulgo* atribuyó la muerte á gran misterio y juicio de Dios». Y el P. Mariana, yendo más adelante con su habitual libertad de ánimo, escribe: «Entendióse que su poco orden en el comer y beber le acarrearon (al Rey) la muerte: otros decian que era castigo de Dios: porque desde el dia que fué citado hasta la hora de su muerte (¡cosa maravillosa y extraña!), se contaban precisamente treinta dias. Por esto, entre los reyes de Castilla fué llamado D. Fernando *el Emplazado*. Acrecentóse la fama y opinion susodicha, concebida en los ánimos del vulgo, por la muerte de dos grandes Príncipes, que por semejante razon fallecieron en los dos años próximos siguientes. Estos fueron Felipo, Rey de Francia, y el papa Clemente, ambos citados por los Templarios para delante del divino Tribunal, á tiempo que con fuego y todo género de tormentos los mandaba castigar y perseguian toda aquella religion. Tal era la fama que corria: si verdadera, si falsa, no se sabe, mas es de creer que fuese falsa.»

Hay sobre la muerte de los Carvajales un romance verdaderamente viejo, puesto que ya se le citaba como tradicional en 1526, y aparece impreso en el *Cancionero de Romances*, sin año, en el de Amberes de 1550, en el tomo I de la *Silva* de Zaragoza, y en un pliego suelto también del siglo XVI. Este romance, que probablemente sirvió de tipo al famoso del Duque de Arjona (si es que no fué imitado de él), no fué utilizado por Lope, que no le conocía ó no le recordó á tiempo, y por eso no debe contarse entre las fuentes inmediatas de su comedia, que mucho hubiera ganado con fundarse en él, adquiriendo la virtud épica y popular que la falta; pero

---

(1) *Reparos históricos sobre los doce primeros años del tomo VII de la Historia de España del Dr. D. Juan de Ferreras..... Alcalá. Año de 1723.* Páginas 386-390.

(2) Quiere concordar ambas versiones la siguiente inscripción que á fines del siglo XVI fué colocada en una de las iglesias de Martos:

«*Año de 1310 por mandado de el rey D. Fernando IV de Castilla el Emplazado, fueron despeñados de esta peña Pedro y Juan Alonso de Caravajal, hermanos comendadores de Calatrava, y los sepultaron en este entierro. D. Luis de Godoy y el licenciado Quintanilla, caballeros del hábito, visitadores generales de este partido, mandaron renovarles esta memoria año de 1595 años.*»

debe transcribirse aquí como fundamental documento en el proceso de esta leyenda. Sigo el texto de Wolf en la *Primavera* (núm. 64), prescindiendo de las variantes:

Válasme, nuestra Señora,—cual dicen, de la Ribera,
Donde el buen rey don Fernando—tuvo la su cuarentena.
Desde el miércoles corvillo—hasta el jueves de la Cena,
Que el rey no hizo la barba—ni peinó la su cabeza.
Una silla era su cama,—un canto por cabecera,
Los cuarenta pobres comen—cada dia á la su mesa;
De lo que á los pobres sobra,—el rey hace la su cena,
Con vara de oro en su mano,—bien hace servir la mesa.
Dícenle sus caballeros:—¿Dónde irás tener la fiesta?
—Á Jaen, dice, señores,—con mi señora la reina.
En Jaen tuvo la Pascua,—y en Martos el cabodaño (1):
Pártese para Alcaudete,—ese castillo nombrado;
El pie tiene en el estribo,—que aun no se habia apeado,
Cuando le daban querella—de dos hombres hijosdalgo,
Y la querella le daban—dos hombres como villanos:
Abarcas traen calzadas,—y aguijadas en las manos.
—«Justicia, justicia, rey,—pues que somos tus vasallos,
De don Pedro Carvajal—y don Alonso su hermano,
Que nos corren nuestras tierras—y nos robaban el campo,
Y nos fuerzan las mujeres—á tuerto y desaguisado;
Comiannos la cebada—sin despues querer pagallo,
Hacen otras desvergüenzas—que vergüenza era contallo.»
—Yo haré de ellos justicias:—tornaos á vuestro ganado.
Manda á pregonar el rey—y por todo su reinado,
Que cualquier que lo hallase—le daria buen hallazgo.
Hallólos el almirante—allá en Medina del Campo,
Comprando muy ricas armas,—jaeces para caballos.
—Presos, presos, caballeros,—presos, presos, hijosdalgo.
—No por vos, el almirante,—si de otro no traeis mandado.
—Estad presos, caballeros,—que del rey traigo recaudo.
—Plácenos, el almirante,—por complir el su mandado.
Por las sus jornadas ciertas,—en Jaen habian entrado.
—«Manténgate Dios, el rey.»—«Mal vengades, hijosdalgo.»
Mándales cortar los pies,—mándales cortar las manos,
Y mándalos despeñar—de aquella peña de Mártos.
Allí hablara el uno de ellos,—el menor y más osado:
—¿Por qué lo haces, el rey,—por qué haces tal mandado?
Querellámonos, el rey,—para ante el soberano,
Que dentro de treinta dias—vais con nosotros á plazo;

(1) Aquí, por excepción, prefiero la variante del pliego suelto á la del *Cancionero* de Amberes, generalmente aceptada por Wolf.

Y ponemos por testigos—á San Pedro y á San Pablo.
Ponemos por escribano—al apóstol Santïago.
El rey, no mirando en ello,—hizo complir su mandado,
Por la falsa informacion—que los villanos le han dado;
Y muertos los Carvajales,—que lo habian emplazado,
Antes de los treinta dias—él se fallara muy malo:
Y desque fueron cumplidos,—en el postrer dia del plazo
Fué muerto dentro en Jaen,—do la sentencia hubo dado.

Este romance, como se ve, es independiente de la *Crónica* en todo y por todo. No habla de la muerte de Benavides; nombra á los Carvajales *Pedro* y *Alfonso*, lo mismo que Zurita; los cargos que se les hacen nos transportan al verdadero siglo XIV, en que los reyes *justicieros*, cuyo tipo popular fué D. Pedro (aunque lo mismo hubiera podido serlo su heroico padre), solían dar satisfacción, por rapidisimos y eficaces procedimientos, á las quejas de los villanos contra los ricoshombres tiranos y robadores. Este romance no puede ser anterior al siglo XV: lo prueba la mención del título de *Almirante*, que no tuvo carácter estable ni verdadera importancia política hasta el tiempo de la Casa de Trastamara; y la de la feria de Medina del Campo, cuya prosperidad comercial no empieza sino muy entrado dicho siglo, llegando á su apogeo en la primera mitad del siguiente. Pero es cierto que el romance conserva el eco de tradiciones más antiguas y tiene un acento de sincera poesía popular que no engaña á los que están acostumbrados á distinguirla de sus falsificaciones. El mismo cambio de asonante es prueba indirecta de su antigüedad relativa (1).

No entraremos en la discusión histórica, que casi puede decirse agotada por el docto editor de las *Memorias de Fernando IV*, y que en cierto modo es estéril, puesto que no hay razón valedera para negar, contra el testimonio de la *Crónica*, ni la muerte de Juan Alonso de Benavides, ni el suplicio de los Carvajales, ni siquiera el hecho del emplazamiento; y en cuanto á creer ó no creer en el cumplimiento de éste, depende de la particular manera que cada uno tenga de entender la acción de lo sobrenatural en la historia, siendo lo más cristiano y prudente decir como Fr. Francisco Brandam, en su *Monarquía Lusitana*, tratando de este caso mismo: «En la creencia de semejantes emplazamientos no sé que pueda haber firmeza, ni que quiera Dios ligar su poder al desempeño de deprecaciones tan nocivas.»

Aquí lo único que nos atañe es la leyenda, y principalmente la manera cómo hubo de desenvolverla Lope en esta comedia, que no es ciertamente de las mejores suyas, ni podía serlo, dadas las condiciones del argumento, porque el caso de los hermanos Carvajales, si bien muy lastimoso, nada tiene de dramático, reduciéndose á una situación sola, que por lo patibularia puede producir horror, pero no terror trágico. El cumplimiento de la justicia divina tampoco puede mostrarse eficazmente

(1) Prescindo de un prosaico romance de Lorenzo de Sepúlveda (núm. 961 de Durán), que es, como casi todos los suyos, mera transcripción del texto de las Crónicas.

en la escena, á no ser acudiendo, como lo hace Lope, al medio muy primitivo de hacer sonar en los aires una voz sobrenatural que entona el siguiente canto, que produciría más efecto si estuviese mejor preparado:

Los que en la tierra juzgáis,
Mirad que los inocentes
Están á cargo de Dios,
Que siempre por ellos vuelve.
No os ciegue pasión ni amor:
Juzgad jurídicamente;
Que quien castiga sin culpa,
Á Dios la piedad ofende.....

Para dar cuerpo á esta fábula introdujo Lope algunos acontecimientos del reinado de D. Fernando IV, formando una especie de crónica dramática, que puede considerarse como la segunda parte de *La prudencia en la mujer*, del maestro Tirso, aunque ésta fué escrita, ó por lo menos impresa, bastantes años después, en 1634. Además, la misma perfección del soberano drama de Tirso es prueba indirecta de composición más tardía y reflexiva, puesto que en él se desarrolla el gran carácter de D.ª María de Molina, que en Lope está sólo en germen, si bien ya con sus capitales rasgos históricos; y se ahonda el motivo dramático de la rivalidad de Carvajales y Benavides, que en nuestro poeta puede decirse que no existe, puesto que Benavides sucumbe en un tumulto, víctima de mano desconocida, y el que perpetra la ruina de los Carvajales con su acusación calumniosa es un cierto D. Ramiro, que en competencia con uno de los hermanos galanteaba á una dama, la cual tampoco tenía ningún género de parentesco con el muerto. En *La prudencia en la mujer*, por el contrario, D.ª Teresa es hermana del Benavides, y precisamente la oposición de éste á su enlace con un vástago de una familia enemistada de antiguo con la suya, es lo que en el plan de Tirso debía traer la catástrofe, reservada para una segunda comedia, que anuncia al fin en términos expresos, pero que probablemente no llegó á escribir, ó, por lo menos, no publicó:

De los dos *Caravajales*
Con la segunda comedia
Tirso, senado, os convida,
Si ha sido á vuestro gusto ésta.

Tirso, por consiguiente, pensó tratar á su manera el asunto de D. Fernando *el Emplazado*, y la combinación que había imaginado era mucho más ingeniosa y hábil que la de Lope; siendo, por consiguiente, inverosímil que Lope, si conocía *La prudencia en la mujer*, donde ya están echados los cimientos de la comedia de *Los Carvajales*, volviese á tomar el mismo asunto para echarle á perder. Esta razón intrínseca viene á fortalecer el argumento sacado de la comparación de las fechas, que por sí sólo no sería decisivo, y á confirmar que Lope tuvo aquí, como en la ma-

yor parte de los casos, el mérito de la prioridad, aunque no siempre tuviese el de la madurez y del total acierto.

Ya he dicho que esta comedia es muy endeble. Sus defectos son de los más obvios y de aquellos en que hay que dar la razón á los críticos del siglo pasado, que en los detalles solían acertar cuando prescindían de la monserga de las tres *unidades* y otras recetas ridículas. Oigamos á Montiano y Luyando juzgando *La inocente sangre* en el primero de sus famosos *Discursos sobre las tragedias españolas* (página 53): «El asistir el Rey en la Universidad de Salamanca á ver laurear un poeta y oir un vexamen ridículo, es totalmente extraño de la materia. La glosa del lacayo Morata, leída a D.ª Ana de Guzmán en su más grave aflicción y tristeza, es despreciable desatino en tal coyuntura. Y el condenar á este bufón á ser despeñado con los dos hermanos Carvajales, una torpe extravagancia, tan fuera de sazón como interrumpir con gracejos y frialdades la lástima común, y llegarle el indulto del Rey acabada de executar la otra injustísima sentencia.»

Lo que no vió Montiano es lo que nunca deja de haber en cualquier comedia de Lope, por imperfecta que sea: el movimiento y la vida, el interés de la acción que *crescit eundo*, la franqueza del diálogo y la noble ejecución poética de algunos trozos, por ejemplo, el romance puesto en boca de la reina D.ª María, que anuncia dignamente otro muy hermoso del maestro Tirso.

El romanticismo renovó la leyenda de los Carvajales, como casi todas las de nuestra antigua historia. Probablemente fué el montañés Trueba y Cosío (1830) el primero que volvió á tratarla en prosa inglesa, según su costumbre (1). Más adelante, D. Manuel Bretón de los Herreros compuso un drama en cinco actos, *Don Fernando el Emplazado*, que se estrenó en el teatro del Príncipe el día 30 de Noviembre de 1837, pocos meses después de haber obtenido triunfo muy justo *Doña María de Molina*, obra notable del futuro Marqués de Molíns, en que la alusión política del momento se combinó hábilmente con la poesía arqueológica. Bretón tuvo menos fortuna, lo cual no quiere decir que la mereciese menos, sino que se empeñó en un género que no era el suyo. Aquel grande ingenio había recibido de la Naturaleza todas las dotes del poeta cómico, y no de un solo género de comedia, como vulgarmente se cree, puesto que recorrió toda la amplia escala que va desde *Dios los cría y ellos se juntan*, hasta *La escuela del matrimonio*, y aun sobresalió en cierto género de comedia elevada y poética que confina con el drama romántico, y de la que son bellos dechados *Muérete y verás*, *La Batelera de Pasages* y *¿Quién es ella?* Pero sus esfuerzos de más ambiciosa dramaturgia, tales como *Elena*, *Mérope* y *Vellido Dolfos*, fueron otras tantas caídas *trágicas*; y poco menos puede decirse de *Don Fernando el Emplazado*, aunque no naufragase en las tablas. Aprovechó la combinación de Tirso, suponiendo enamorado á uno de los Carvajales de la hermana de Benavides, y procuró acercarse á la historia en algu-

(1) *The Brothers Carbajal.* (Es la quinta de las leyendas incluídas en el segundo tomo de *The Romance of History. Spain. London, 1830.*)

nos rasgos; pero realmente la falseó recargándola de odiosos colores. El joven Rey, de quien poco bueno ni malo puede decirse porque apenas tuvo tiempo para hacer cosa alguna, resulta un tirano brutal y sanguinario; el infante D. Juan, que ciertamente no tenía mucho crédito que perder, todavía aparece en el drama más abominable que en la historia. Las situaciones son terroríficas y espeluznantes: el Rey, por un refinamiento de crueldad, asiste al suplicio; no se nos perdona ninguno de los detalles de su enfermedad y agonía, y aun en ella viene á atormentarle un tercer hermano Carvajal, en hábito de fraile, que cumple en él una venganza poco menos espantosa que la del monje del Císter en la novela de Alejandro Herculano. Lo que hay que aplaudir en este drama es la versificación, que es siempre buena, y en algunas escenas robusta y magnífica, digna, en suma, del egregio traductor de *María Stuard* y de *Los Hijos de Eduardo* (1).

VI.—EL GUANTE DE D.ª BLANCA.

Esta deliciosa comedia debió de ser una de las postreras de Lope; pertenece, por lo menos, á su última y más perfecta manera. Fué impresa póstuma en el tomo que colecionó su yerno Luis de Usátegui con el título de *La Vega del Parnaso* (1637). Ya antes había sido publicada, aunque con menos corrección, en la *Parte veinte y nueve de comedias de diferentes autores*, y en la *Parte treinta de comedias famosas de varios autores*, impresas, la una en Valencia y la otra en Zaragoza, en 1636. A estas ediciones antiguas todavía hay que añadir la de Zaragoza (1652), en la *Parte cuarenta y cuatro de diferentes autores*. Como *La Vega del Parnaso* fué totalmente reimpresa en la colección de las *Obras sueltas de Lope* que dió á luz D. Antonio de Sancha á fines del siglo pasado, allí entró también *El Guante de doña Blanca* (tomo IX), y modernamente figura en el tomo III de la colección selecta de comedias de Lope que formó D. Juan Eugenio Hartzenbusch para la *Biblioteca* de Rivadeneyra. Tantas ediciones manifiestan el aprecio que siempre se ha hecho de esta obra de Lope (2), que es, sin duda, de las mejor escritas, aunque no ostente las cualidades de orden superior que realzan otros muchos dramas suyos.

Quizá hayamos procedido con alguna laxitud calificando de histórica ésta, que en rigor es una comedia palaciana, de amor y celos, semejante á muchas otras de pura invención. Pero nos ha movido á ello, primero, el localizarse la acción en la corte del rey D. Dionís de Portugal: presentada ciertamente de un modo convencional, en que se ve á las claras que el autor tenía presente, no la humilde monarquía

(1) El asunto de los Carvajales ha pasado también al drama lírico. Recordamos una ópera española en tres actos, *Don Fernando el Emplazado*, letra de D. José de Cárdenas, música del maestro Zubiaurre, cantada en el teatro Real en 5 de Abril de 1874.

(2) Todavía se representaba en 1757, puesto que de esa fecha hay un manuscrito con la censura para el teatro en el Archivo municipal de Madrid.

portuguesa de fines del siglo XIII, sino el poderoso imperio colonial de los primeros años del XVI; así vemos que se atribuyen á D. Dionís fabulosas victorias en África, y hasta se le hace la siguiente profecía, que ha de entenderse de sus sucesores:

El cielo señor te haga
Del imperio del Oriente,
Y en el mar de Trapobana
Carguen tus naves tributos,
Conducidos á sus playas,
De elefantes de Etiopía,
Adonde lleguen tus armas.

Pero algunos rasgos del carácter del Rey son históricos, tales como su versátil y licenciosa galantería y su talento poético. Lope de Vega no ignoraba que D. Dionís había sido uno de los más excelentes trovadores de la escuela galaico-portuguesa, aunque erraba en tenerle por el más antiguo:

Que es, Blanca, si no lo sabes,
El rey Dionís el primero
Que en España en lengua propia
Hizo versos, cuya copia
Mostrarte esta noche quiero.

Incluye además en esta comedia (y de él toma nombre) un tema ó motivo tradicional: la leyenda del guante de la dama arrojado entre dos leones. Pertenece esta anécdota caballeresca al *folk-lore* universal (1), y no al particular de España; pero entre nosotros tomó carta de naturaleza desde antiguo, suponiéndose héroe de ella á un personaje del tiempo de los Reyes Católicos, realmente histórico, si bien deba su principal celebridad á los romances fronterizos y á las *Guerras de Gravada*, de Ginés Pérez de Hita, donde se relatan sus inauditas proezas.

Ya en unos versos de un contemporáneo suyo (Garci-Sánchez de Badajoz, en su *Infierno de amor*, poema inserto en el *Cancionero general* de 1511) parece que se alude á la hazaña de los leones, aunque sin mencionar el guante:

Y vi más: *á don Manuel*
De León, armado en blanco,
Y el Amor la historia dél,
De muy esforzado, franco,
Pintado con un pincel.
Entre las cuales pinturas

---

(1) Como fuentes para el estudio de esta leyenda cita Fernando Wolf el *Taschenbuch deustcher Romanzen*, de Fr. G. V. Schmidt (Berlín, 1827, págs. 376-382), y un artículo de F. B. Mikoweck en el núm. 39 de los *Blatter für Lit. und Kunst. Beilage zur Wienerzeitung* (págs. 225 y 226).

Vide las siete figuras
De los moros que mató,
Los leones que domó,
Y otras dos mil aventuras
Que de vencido venció.

Recuérdese que Cervantes, en la aventura del carro de los leones, llama á Don Quijote «segundo y nuevo D. Manuel de León, que fué gloria y honra de los españoles caballeros». Más explícitas son las menciones del capitán Jerónimo de Urrea en una de las octavas que interpoló en su traducción del *Orlando Furioso* (canto XXXIV):

Mira aquel obediente enamorado
Don Manuel de León, tan escogido,
Qu'entre *leones fieros* rodeado,
Cobra un guante á su dama allí caído.....

Y de Ginés Pérez de Hita en sus *Guerras civiles de Granada*, parte primera, capítulo XVII:

Ó el bravo don Manüel
Ponce de León llamado,
Aquel que sacara el guante
Que por industria fué echado
Donde estaban los leones,
Y él lo sacó muy osado.

Claro está que los genealogistas no pusieron reparo alguno en tan estupenda proeza, sino que la admitieron en sus nobiliarios como cosa corriente. Véase cómo la cuenta Alonso López de Haro:

«Entre los caballeros de grande ánimo y valor y extremada valentia, que hallo en tiempo de Don Fernando Quinto y Doña Isabel, fué uno dellos D. Manuel de Leon: del cual escriben que estando en la corte deste Católico Príncipe, habiendo llegado de Africa un presente de leones muy bravos, con quien las Damas de la Reina se entretenian, mirando de un corredor que salia á la parte donde estaban los leones, en cuyo sitio se hallaba D. Manuel, á este tiempo sucedió que la dama á quien servia dexó caer un guante en la leonera, dando muestras de quexa de habérsele caydo, y como D. Manuel lo oyesse abrió la puerta de la leonera, y entró dentro con grande ánimo y valor, donde los leones estaban, sacando el guante, y llevándole á la dama» (1).

Pero no acaba aquí la historia del guante. En un romance, no muy popular, pero sí bastante viejo, que Timoneda trae en su *Rosa gentil* (1573), y que Durán encontró además en un códice del siglo XVI, se completa esta leyenda con otro lance que pasa por histórico, el del bofetón dado por D. Alonso Enríquez á su esquiva

(1) *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España. Compuesto por Alonso López de Haro.* Madrid, *Luis Sánchez*, 1622. Tomo II, página 118.

dama D.ª Juana de Mendoza, para triunfar de su altivez y reducirla al casamiento (asunto del hermoso drama de Tamayo y Fernández-Guerra, *La Ricahembra*).

Dice así este romance (núm. 134 de la *Primavera*, de Wolf):

Ese conde don Manuel,—que de Leon es nombrado,
Hizo un hecho en la corte—que jamás será olvidado,
Con doña Ana de Mendoza,—dama de valor y estado:
Y es que, despues de comer,—andándose paseando
Por el palacio del Rey,—y otras damas á su lado,
Y caballeros con ellas,—que las iban requebrando,
Á unos altos miradores,—por descanso se han parado,
Y encima la leonera,—la doña Ana ha asomado,
Y con ella casi todos,—cuatro leones mirando,
Cuyos rostros y figuras—ponian temor y espanto.
Y la dama, por probar—cuál era más esforzado,
Dejóse caer el guante,—al parecer, descuidado:
Dice que se le ha caido—muy á pesar de su grado.
Con una voz melindrosa,—de esta suerte ha *proposado:*
—¿Cuál será aquel caballero—de esfuerzo tan señalado,
Que saque de entre leones—el mi guante tan preciado?
Que yo le doy mi palabra—que será mi requebrado;
Será entre todos querido,—entre todos más amado.—
Oido lo ha don Manuel,—caballero muy honrado,
Que de la afrenta de todos,—tambien su parte ha alcanzado.
Sacó la espada de cinta,—revolvió su manto al brazo,
Entró dentro la leonera,—al parecer, demudado.
Los leones se lo miran,—ninguno se ha meneado:
Salióse libre y exento—por la puerta do habia entrado.
Volvió la escalera arriba,—el guante en la izquierda mano,
Y antes que el guante á la dama,—un bofeton le hubo dado,
Diciendo y mostrando bien—su esfuerzo y valor sobrado:
—Tomad, tomad, y otro dia,—por un guante desastrado
No porneis en riesgo de honra—á tanto buen fijo-dalgo;
Y á quien no le pareciere—bien hecho lo ejecutado,
A ley de buen caballero,—salga en campo á demandallo.—
La dama le respondiera—sin mostrar rostro turbado:
—No quiero que nadie salga,—basta que tengo probado
Que sedes vos, don Manuel,—entre todos más osado;
Y si de ello sois servido,—á vos quiero por velado:
Marido quiero valiente,—que ose castigar lo malo.....

A esta misma version de la leyenda alude incidentalmente el Dr. Mira de Mescua en estos versos de su linda comedia *Galán, valiente y discreto:*

En Castilla sucedió
Que una dama arrojó un guante,
En presencia de su amante,
Á unos leones. Entró

El galán y lo sacó,
Y luego á su dama infiel
Le dió en el rostro con él.....

Y es también (salvo el desenlace) la que autorizó Schiller en su célebre balada *Der Handschuh* (El Guante), compuesta en 1797. Para los pocos que no la conozcan, va aquí elegantemente traducida en versos castellanos por D. Teodoro Llorente:

En los estrados del circo,
Do luchan monstruos deformes,
Sentado el Monarca augusto
Está con toda su corte.
Los magnates le rodean,
Y en los más altos balcones
Forman doncellas y damas
Fresca guirnalda de flores.
La diestra extiende el Monarca:
Ábrese puerta de bronce,
Y rojo león avanza
Con paso tranquilo y noble.
En los henchidos estrados
Clava los ojos feroces,
Abre las sangrientas fauces,
Sacude la crin indócil,
Y en la polvorosa arena
Tiende su pesada mole.
La diestra extiende el Monarca;
Rechinan los férreos goznes
De otra puerta: y ágil tigre
Salta al palenque veloce.
Ruge al ver la noble fiera
Que en el circo precedióle,
Muestra la roja garganta,
Agita la cola móvil,
Gira del rival en torno,
Todo el redondel recorre,
Y aproximándose lento,
Con rugido desacorde,
Hace lecho de la arena
Do yace el rey de los bosques.
La diestra extiende el Monarca:
Se abre al paso puerta doble,
Y aparecen dos panteras
Tintas en rubios colores.
Ven tendido al regio tigre,
Y en su contra raudas corren;
Mas el león da un rugido,

Y, medrosos ó traidores,
Los pintados brutos páranse
Y á sus pies tiéndense inmóviles.
  Desde el alta galería,
Blanco guante al sitio donde
Las terribles fieras yacen,
Revolando cayó entonces;
Y la bella Cunigunda,
La más bella de la corte,
Á un gallardo caballero
Le decía estas razones:
«Si vuestro amor es tan grande
Cual me juráis día y noche,
Recoged el blanco guante
Como á un galán corresponde.»
  Silencioso el caballero,
Con altivo y audaz porte,
Desciende á la ardiente arena,
Teatro de mil horrores;
Avanza con firme paso
Hacia los monstruos feroces,
Y con temeraria mano
El blanco guante recoge.
  Voz de júbilo y asombro
Los callados aires rompe,
Y damas y caballeros
Aplauden al audaz joven.
Ya sube al lucido estrado,
Ya está en los altos balcones,
Ya se dirige á la bella,
Ya con ojos seductores
Cunigunda le promete
De amor los supremos goces;
Mas el altivo mancebo
Grita: «Guarda tus favores.»
El guante al rostro le arroja,
Y huye de ella y de la corte (1).

---

(1) Según leo en un estudio, todavía inédito, sobre traductores castellanos de Schiller, por D. Juan Luis Estelrich, han sido intérpretes de *El Guante*, además de Llorente, D. José Almirante, en la *Revista Literaria del Español*; el P. Ramón García, en *La Ilustración Católica*, y D. Angel Lasso de la Vega y Argüelles.

El preclaro autor montañés D. Amós de Escalante, que con el seudónimo de *Juan García* ha escrito páginas dignas del siglo de oro de nuestras letras, introduce la leyenda del guante, contada como él sabe hacerlo, en la más culminante y dramática situación de *Un cuento viejo* (cuento, en gran parte, histórico y que muchos recuerdan en Santander). Vid. *En la playa* (*Acuarelas*), *por Juan García*, Madrid, 1873. Páginas 101-104.

Lope comprendió, con su inmenso talento dramático (el cual en las obras de su vejez aparece ya disciplinado por muy cuerda y madura reflexión), que la aventura de los leones no era teatral y que podía producir hasta un efecto ridículo. La dama deja caer, aunque no de propósito, su guante en la jaula, y por rescatarle compiten y llegan á sacar las espadas, amenazándose de muerte, los dos caballeros que son rivales en su amor; pero ni los leones aparecen en escena, ni el temerario lance llega á consumarse, porque el Rey se interpone, reduciéndose todo á un recuerdo de la sabida anécdota que anacrónicamente se supone anterior á D. Dionís:

REY.

Sacar quisiera este guante
Para que de mí dijesen
Las historias esta hazaña,
Que los castellanos suelen
Alabar de un caballero
Que, como aquí nos sucede,
Sacó un guante que su dama
Dejó cautelosamente
Caer entre dos leones
Por probarle.

DON PEDRO.

No conviene,
Señor, imitar su hazaña;
Que ese fidalgo valiente
Le dió un bofetón después,
Y mi hija no merece
Que alguna mano en el mundo
Mi honor y su rostro afrente;
Porque de su honestidad
Ninguno presumir puede
Que con cautela dejase
Caer el guante; y si quiere,
Invictísimo señor,
Vuestra Alteza que yo éntre,
No me estorbarán las canas
Que los filos ensangriente
En las africanas fieras.....

El guante es rescatado por fin, aunque no se dice por quién, y como llevaba dentro un papel de amores, continúa sirviendo de *máquina.*

Hay en esta comedia caracteres y situaciones ya empleados por Lope en otras obras. Así, D. Juan de Mendoza es un nuevo ejemplar del protagonista de *Servir con mala estrella:*

Sólo digo que me agravio
De que el Rey, prudente y sabio,
Tanto se pueda ofender

De mi fortuna ó de mí,
Que con servirle del modo
Que veis, se canse de todo,
Y todo lo pague así.....
 ¿Cuándo de cosa que hiciese,
Su Alteza gusto mostró?
¿Cuándo mi amor le sirvió
Que premio alguno tuviese?.....
 ¿Cuándo merecí tener,
Como otros tienen, lugar
Cuando se humana á tratar
Cosas de gusto y placer?
 ¿Cuándo en guerra ó paz mi voto
Fué importante ni discreto?
¿Cuándo de ningún secreto
Fué conmigo manirroto?
 Pero si disculpa alguna
Puede mi agravio tener,
Su virtud no puede ser,
Sino mi adversa fortuna.

La rivalidad amorosa de las dos damas es también recurso muy común en las comedias palaciegas de Lope y de Tirso, y no lo es menos el hacer el rey confidente de su pasión al propio amante de la dama á quien sirve. En suma: los incidentes de esta pieza no salen de lo que es vulgar en las de amor y celos, sin que falten las obligadas escenas producidas por la confusión de una cita nocturna en el jardín; pero la locución es tan pura y tersa, el diálogo tan rico de bizarrías y discreciones, los versos tienen tan argentino són y tan suave cadencia, los afectos se expresan con tan pulido decoro, y hay tan delicados matices en el carácter dulce y apasionado de la heroína, trazado por Lope con el acariciador pincel que solía emplear en sus retratos de mujeres, que muy pocas son las obras de su género á las cuales daríamos preferencia, puestas en cotejo con ésta, á lo menos por lo agradable de la impresión general.

VII.—LA FORTUNA MERECIDA.

Publicada por Lope de Vega en la *Onzena Parte* de sus comedias (1618).

Al fin de esta comedia se promete una segunda parte, que no sabemos si llegó á escribirse, y entre las dos debían comprender toda la historia de la privanza y caída de D. Alvar Núñez de Osorio, mayordomo y favorito de D. Alfonso XI, formando un drama político del mismo género que la *Próspera y adversa fortuna del condestable Ruy López de Ávalos*, que compuso el poeta murciano Damián Salucio del Poyo, y que sirvió de modelo á otros muchos de la propia clase.

No sabemos qué memorias, acaso familiares ó genealógicas, tuvo presentes Lope de Vega para la composición de esta comedia, en la cual se trasluce cierta intención apologética, puesto que acaba quejándose de la fuerza de la envidia y de la pasión, que habían desfigurado la historia de Alvar Núñez. Pero no hay duda que se conforma muy poco con la *Crónica de Alfonso XI*, y que en gran parte á lo menos parece de pura invención.

Conviene presentar juntas las principales referencias de la *Crónica* acerca de este personaje (1).

Puede decirse que su importancia política comienza en la era de 1360 (año de Cristo 1322), en que D. Alfonso XI, de edad de catorce años, comenzó propiamente su oficio de rey, del modo que la *Crónica* expresa (cap. XLIII): «Et en quanto él estido en Valledolit asentábase tres dias en la semana á oir las querellas et los pleytos que ante él venian, et era bien enviso en entender los fechos, et era de gran poridad, et amaba los que le servian, cada uno en su manera, et fiaba bien et complidamente de los que avia de fiar..... Et en todas las otras sus costumbres avia buenas condiciones: ca *la palabra dél era bien castellana*, et non dubdaba en lo que avia de decir..... Et luego comenzó de ser mucho encavalgante, et pagóse mucho de las armas; et placiale mucho de aver en su casa omes de grand fuerza, et que fuesen ardites, et de buenas condiciones. Et amaba mucho todos los suyos, et sentiase del gran daño et grand mal que era en la tierra por mengua de justicia, et avia muy mal talante contra los mal fechores. Et pues que fué complida la edat de los catorce años, et seyendo entrado en la edat de los quince, envió mandar á los del Concejo de Valledolit que lo avian tenido en guarda fasta entonce, que veniesen ante él, et díxoles que pues él avia complida edat de catorce años, que queria salir de aquella villa, et andar por sus regnos: ca pues los sus tutores andaban desavenidos, et por la su desavenencia eran destroidas et hermadas muchas villas et logares en los sus regnos, et la justicia non se complia, que si él tardase más la estada allí, que todos sus regnos serian en grand perdicion.....»

Narra el capítulo siguiente cómo el Rey ordenó su casa, y qué hombres tomó para su Consejo:

«En el regno avia dos caballeros..... Et era el uno de Castiella, et decianle Garcilaso de la Vega, et el otro del reino de Leon, et decianle Alvar Nuñez de Osorio: et eran amos á dos bien entendidos, et bien apercebidos en todos sus fechos. Et desde ante que el Rey compliese la edat de los catorce años, et saliese de Valledolit, estos dos caballeros ovieron algunos omes que fablaron con el Rey de su parte, et ellos otrosí cataron manera para aver fabla con el Rey, que quando él de allí saliese, que ellos fuesen de la su casa, de los más cercanos de la su merced. *Et como*

(1) *Crónica de D. Alfonso el Onceno de este nombre, de los reyes que reynaron en Castilla y en Leon. Segunda edicion conforme á un antiguo Ms. de la Real Biblioteca del Escorial, y otro de la Mayansiana: é ilustrada con apéndices y varios documentos, por D. Francisco Cerdá y Rico..... Parte 1.ª En Madrid: En la imprenta de D. Antonio Sancha. Año de* 1787.

quier que sabia el Rey que ellos et sus compañas oviesen seido malfetriosos en la tierra; pero por el su saber dellos, et por el su apercibimiento que ovieron, tomólos para en su Consejo..... Et dióles oficios en su casa, et con estos avia sus fablas et consejos en cómo ordenarian et farian los fechos del regno.....»

Capítulo XLIV:

«Estando el Rey en esta villa de Valledolit avia consejo en todos sus fechos con los que habemos dicho que tomó por Consejeros, et señaladamente fiaba más sus consejos de Garcilaso et de Alvar Nuñez et de don Juzaf (1) que de los otros (2): et *de estos tres facia más fianza el Rey en Alvar Nuñez que de los otros dos.* Et porque estos tres privados del Rey vivian en el tiempo de la tutoría con el Infante D. Felipe, tio del Rey, et non tomó para su Consejo algunos de los que andaban con los otros que avian seido tutores: D. Joan (el Tuerto) et D. Joan (hijo del infante D. Manuel) ovieron sospecha que aquellos caballeros que eran en la privanza del Rey, et el Judio con ellos, pornian al Rey que les mandase facer algun mal; ca aquellos caballeros siempre fueron en su contrario dellos en el tiempo de las tutorías..... Et un dia salieron de la villa de Valledolit estos D. Joan, et D. Joan, et todas sus compañas, sin lo decir al Rey, et sin ge lo facer saber, et fueronse para Cigales, que era de D. Joan, fijo del infante D. Joan, deciendo á los suyos que el Rey los mandaba matar et que iban desavenidos dél: et fincó con el Rey el infante don Felipe su tio..... Et desque fueron en el logar de Cigales..... ovo entre ellos posturas que se ayudasen con villas et con castiellos et vasallos contra el Rey, et contra todos los otros que quisiesen ser contra ellos. Et algunos dixieron, que partieran el cuerpo de Dios, et fecieran jura sobre la Cruz et los sanctos Evangelios de guardar aquellas posturas que allí ponian; mas la estoria non lo afirma.»

Alfonso XI tuvo habilidad, á pesar de sus pocos años, para deshacer aquella conjura, y aún no habían pasado dos (1324) cuando se vengó alevosamente de D. Juan *el Tuerto*, haciéndole matar en Toro por medio de uno de aquellos abreviados procedimientos que en el siglo XIV se llamaban *justicias*, y que solían hacer muy populares y bienquistos á los reyes, sobre todo cuando acertaban á aplicarlos á tan prepotentes malvados y facinerosos como lo era aquel Infante. La parte que tomó Alvar Núñez en esta emboscada y el premio que recibió por ello, lo relata la *Crónica* en el cap. 11: «De como el Rey envió decir á Don Juan que se adereszase para ir á la guerra de los Moros con él.» D. Juan no se fiaba de Garcilaso, que era uno de los privados del Rey, y fué Alvar Núñez el encargado de hacerle caer en el lazo.

«Et luego que sopo (el Rey) que D. Joan era y venido (á su castillo y villa de Belver) envió á él á Alvar Nuñez, de quien él mucho fiaba, et traia toda su casa et facienda en poder, et era su Camarero mayor et Justicia mayor de su casa, et todos

(1) Un judío de Écija que era almojarife del rey D. Alfonso y tuvo gran valimiento con él.

(2) Los otros eran el abad de Santander, D. Nuño Pérez de Monroy, canciller y consejero de D.ª María de Molina; maestre Pero Gómez Barroso, que después fué cardenal, etc.

los oficios del Rey tenianlos aquellos que él queria. Et este Alvar Nuñez fabló con D. Joan que fuese al Rey, et que non diese de sí tan gran mengua, ca non parescia razon que ome de tan grand solar como él, que era fijo del infante D. Joan, et nieto del Conde D. Lope, señor de Vizcaya et de otras muchas villas et castiellos que él avia en el regno, dexasse de venir á casa del Rey por rescelo de Garcilaso: ca sabia D. Joan, que avia él caballeros por vasallos que eran tan buenos et tan poderosos como Garcilaso; et si Garcilaso, ó otro alguno le quisiese deservir, ó ser contra él, que este Alvar Nuñez seria en su ayuda et en su servicio. Et D. Joan dixo que á Garcilaso non avia él miedo; mas rescelaba que pornia al Rey en talante que le mandase facer algun mal; pero que queria poner la cabeza en mano de Alvar Nuñez, et que feciese de ella lo que él quisiese. *Et sobre estas palabras Alvar Nuñez besóle la mano á D. Joan*, *et tornóse su vasallo, et juró et prometió, que si alguno ó algunos quisiesen ser contra él por le facer algun mal, que ante cortasen á él la su cabeza que D. Joan rescebiese nengun enojo. Et sobre esta seguranza*, *D. Joan veno á Toro, et Alvar Nuñez con él.* Et el Rey salióle á rescebir fuera de la villa, et llegó con él á su posada, et mandó que otro dia comiese con él: et D. Joan otorgó que lo faria. Et el Rey avia muy grand voluntad de matar á D. Joan por las cosas que avia sabido..... Et otro dia que D. Joan entró en Toro, que fué dia de la fiesta de todos Sanctos, el Rey mandólo matar: et morieron y con él dos caballeros sus vasallos..... Et el Rey mandó llamar á todos los que eran allí con él, et asentóse en un estrado cubierto de paño prieto, et díxoles todas las cosas que avia sabido en que andaba D. Joan en su deservicio, lo uno por se le alzar en el regno contra él, et lo otro faciendo fablas con algunos en su deseredamiento: et otrosí en las posturas que enviara poner con los Reyes de Aragon et de Portogal contra él, et otras cosas muchas que les y contó: por las quales el Rey dixo que D. Joan era caido en caso de traicion, et juzgólo por traidor. Et partió de Toro luego otro dia, et fué entrar et tomar para la corona de los sus regnos todos los logares que este D. Joan avia, que eran más de ochenta castiellos et villas et logares fuertes.....»

«Desque el Rey D. Alfonso ovo cobrado todos los castiellos et villas que fueron de D. Joan, et *ovo fecho tan grand conquista* en pequeño tiempo et sin grand costa de sí et de su regno, fincóle el corazon más folgado, porque *el mayor contrario que avia en su regno era fuera del mundo*, et avia él cobrado todo lo suyo: *et dió á Alvar Nuñez á Belver por heredad, et dióle que toviese él así como Alcayde por omenaje todos los castiellos que fueron de D. Joan.*»

En 1325 había llegado Alvar Núñez al apogeo de su privanza, y obtuvo la dignidad y título de Conde, del modo que con singulares circunstancias se refiere en el cap. 64 de la *Crónica:* «Et el Rey, veyendo el mal et deservicio que fallara en don Joan, fijo del infante D. Joan: et otrosí lo que le facia D. Joan, fijo del infante don Manuel, avia dado á estos caballeros (Garcilaso y Alvar Núñez) todos los más de los sus vasallos del regno que los toviesen dél, porque quando los enviase á algunos logares en su servicio, que fuesen con ellos tantas gentes porque el poderío del Rey fuese

siempre mayor que el de sus contrarios. É estos Garcilaso et Alvar Nuñez partian los dineros que tenian del Rey, et los libramientos que les facia, á caballeros et escuderos Fijos-dalgo que los aguardaban, et otros caballeros et omes de las cibdades et villas del regno. Et con esto et otrosi con la fianza quel Rey facia en ellos, avian muy grandes faciendas, et *aguardábanlos* (1) muchas gentes. Et como quier que ellos toviesen sus faciendas de esta guisa, aquel Alvar Nuñez non se tovo por pagado: et como era ome de quien el Rey mucho fiaba, fabló con el Rey, que si él le diese estado et logar, segun que avian los Ricos-omes del regno, et lo ovieron en los tiempos pasados, en manera que él podiese aver pendon con que podiese tomar solar et voz, que el se le pararia en qualquier parte del regno, do el Rey quisiese, á le defender la tierra, quier contra los Moros, ó contra D. Joan. Et el Rey por esto, et otrosi veyendo la guerra que tenia comenzada con los Moros, et los males et daños que le facia D. Joan, fijo del infante D. Manuel, en el regno, otorgó que era bien lo que le avia dicho Alvar Nuñez, et púsolo luego por obra. Et estando el Rey en Sevilla, fizo á Alvar Nuñez Conde de Trastamara et de Lemos et de Sarria, et dióle el señorio de Ribera et de Cabrera. Et porque este Alvar Nuñez traia ante en las señales lobos bermejos, et el campo jalde, dióle otras señales, que eran dos cabras prietas en campo blanco; et en derredor del escudo et del pendon avia travas: et las señales de las trabas tomó por los Condados, et las señales de las cabras tomó por el señorio de Cabrera et de Ribera. Et el Rey dióle sus privilegios de todo esto, et apoderólo en todas estas tierras que son en Galicia. Et este Alvar Nuñez llamóse en sus cartas *Conde de Trastamara et de Lemos et de Sarria, et Señor de Cabrera et de Ribera, Caballero mayor del Rey, et su Mayordomo mayor, et Adelantado mayor de la frontera, et Pertiguero mayor en tierra de Sanctiago.* Et porque avia luengo tiempo que en los regnos de Castiella et de Leon non avia Conde, era dubda en quál manera lo farian: et la estoria cuenta que lo fecieron desta guisa. El Rey asentóse en un estrado, et traxieron una copa con vino, et tres sopas, et el Rey dixo: *Comed, Conde*, et el Conde dixo: *Comed, Rey.* Et fué esto dicho por amos á dos tres veces: et comieron de aquellas sopas amos á dos. Et luego todas las gentes que y estaban y dixieron: *Erad el Conde, erad el Conde.* Et de allí adelante traxo pendon et caldera, et casa, et facienda de Conde; et todos los que ante le aguardaban asi como á pariente et amigo, fincaron de allí adelante por sus vasallos, et otros muchos más.»

Tan escandalosa bienandanza no podía durar mucho, y en efecto, al año siguiente (1326) comenzó á desmoronarse por los esfuerzos combinados de D. Juan Manuel y del Prior de San Juan.

Capitulo LXIX:

«Este D. Joan fijo del Infante D. Manuel avia grand amistad con D. Fernan Rodriguez Prior de Sanct Joan, desde el tiempo que este D. Joan era tutor deste Rey D. Alfonso. Et estando el Rey en Sevilla desque veno de tomar á Olvera, el Prior

(1) Es decir, los acataban ó reverenciaban.

ovo fabla con Pero Rodriguez, un caballero de Zamora, que tenia por el Conde Alvar Nuñez el Alcazar et la villa de Zamora, et con otros algunos caballeros et cibdadanos desta cibdat, que acogiesen y al Prior, et que non acogiesen al Rey, salvo si tirase de la su casa et de la su merced al Conde Alvar Nuñez. Et el acuerdo avido en poridad, desque el Rey fué venido á cercar la villa de Escalona, el Prior dexó de venir en servicio del Rey su señor do él estaba, et fuese para Zamora. Et desque entró dentro y, aquel Pero Rodriguez acogiólo en el Alcazar; et amos á dos fablaron con los de la cibdat, et posieron muy grand guarda en las puertas et en las torres de los muros de Zamora, et eso mesmo en el Alcazar. Et desque el Rey esto sopo, envioles su carta et mandadero, con quien les envió decir que quál era la razon porque facian esto. Et el Prior et los de Zamora enviaronle responder que lo facian por su servicio. Et luego los de Zamora et el Prior enviaron fablar con los de Toro, que fuesen con ellos en aquel acuerdo: et los del Concejo de Toro dixieron que era muy bien, et que lo querian facer. Et veno y el Prior et Procuradores de Zamora, et fecieron pleytos et posturas de non acoger al Rey en aquellas villas fasta que tirase de la su casa et de la su merced al Conde Alvar Nuñez. Et en esta postura fué el Alcayde que tenia el Alcazar de Zamora. Et en cada una destas villas comenzaron luego á labrar et á endereszar los muros, et á facer otras labores nuevas con que se fortalescieron más de lo que estaban. Et por esto algunos caballeros et escuderos de los que andaban en la casa del Rey, porque querian mal al Conde, desque sopieron que el Prior habia tomado aquella voz con los Concejos de Zamora et de Toro, enviáronle á decir por sus cartas en poridad, que feciera muy bien, et que tomara buena carrera; et que le rogaban que fuese por el pleyto adelante, et que lo non dexase: ca muchos avria en su ayuda. Et el Prior desque sopo estas nuevas, et vió las cartas, esforzóse en lo que avia comenzado.»

Empero «así como placia á algunos del mal del Conde, así placia á otros del mal del Prior, et posiéronlo luego por obra. Et por esto cuenta la estoria que todos los más de los Comendadores et Freyles de la Orden de Sanct Joan, desque sopieron lo que avia fecho el Prior D. Frey Fernan Rodriguez, veniéronse para el Rey: et él mandóles dar sus cartas para el Papa et para el Maestre mayor de Sanct Joan, en que les enviaba querellar este deservicio tan grande que le avia fecho et le facia el Prior: et que les pedia que le tirasen el Prioradgo, et que lo diesen á Alvar Nuñez de Sarria, que era Freyle de la dicha Orden de Sanct Joan.»

Capítulo LXXI:

«*De cómo el Rey envió por la Infanta su hermana para enviar á Portugal, et de lo que acaesció sobre esto.*

»Por complir el Rey la postura que él avia puesto con los mandaderos del Rey de Portogal sobre razon del su casamiento, tovo por bien de enviar por la Infanta Doña Leonor su hermana que estaba en Valledolit, que veniese allí sobre el real de Escalona do él estaba, porque desde allí fuese la Infanta, et los perlados que avian de ir con ella, á traer la Infanta Doña Maria fija del Rey de Portogal, con quien el Rey avia de casar. Et porque aquel D. Juzaf de Ecija, que la estoria ha contado

que era Almojarife del Rey, traia gran facienda de muchos caballeros et escuderos que le aguardaban, et era hombre del Consejo del Rey, et en quien el Rey facia confianza, envióle el Rey á Valledolit para que veniese con la Infanta; et envió mandar que D. Garcia Obispo de Burgos, que era su Chanceller de la Infanta, que veniese con ella. Et en casa de la Infanta avia una dueña que veia facienda de la Infanta, et decianla Doña Sancha, et fué muger de Sancho Sanchez de Velasco. Et porque este Sancho Sanchez fué muy privado del Rey D. Fernando padre deste D. Alfonso, aquella Doña Sancha et sus fijos avian gran poder en el regno, señaladamente en Castiella vieja: et esta Doña Sancha era de tal condicion que siempre cobdiciaba bollicios et levantamientos en el regno: et en el tiempo de las tutorias fizo por ello todo su poder. Et desque fué llegado D. Juzaf á Valledolit, et ovo fablado con la Infanta de como se fuese para el Rey su hermano allí donde estaba, aquella Doña Sancha fabló con algunos de los de la villa de Valledolit en su poridad, et dixoles, que *queria levar la Infanta para que casase con ella el Conde Alvar Nuñez; et el casamiento fecho, que pues el Conde tenia los castiellos et los alcázares del regno, et él traia al Rey en su poder, faria de la vida del Rey lo que él quisiese, et el Conde que fincaria poderoso en el regno.* Et esta fabla fizo ella con muchos de aquella villa: et algunos entendieron que non era razon esta que fuese de creer; et otros algunos creyeron que era verdad: et acordaron todos de non dexar ir la Infanta al Rey su hermano. Et la Infanta non sabiendo desto alguna cosa, mandó endereszar lo que avia menester como se fuese para el Rey su hermano. Et aquellos de Valledolit que eran en la fabla, movieron los labradores et la gente menuda, diciendo que *levaban la Infanta á casar con el Conde.* Et estando la Infanta en la mula, et saliendo por las puertas de las casas do paosaba, para ir su camino, venieron aquellas gentes con grand alboroto, et quisieron matar á don Juzaf et á los que con él estaban. Et la Infanta tornóse para su posada, et D. Juzaf con ella: et luego cercaronle las casas, et enviaron decir á la Infanta que les diese a D. Juzaf para que lo matasen. Et aquella Doña Sancha que esto avia traido et fablado, facia muestra en plaza que le pesaba mucho deste fecho, et en poridad enviaba esforzar los de la villa, et enviábales á decir que entrasen alli, et que matasen á D. Juzaf. Et por esto los del Consejo enviaban por escaleras, et querian derribar las paredes por do entrasen á matar aquel Judio. Et la Infanta, desque lo sopo, envióles á rogar que entrasen en la casa do ella estaba quatro de los con quien ella podiese fablar algunas cosas, que eran en pro de los de la villa: et ellos fecieronlo. Et la Infanta con grand mesura rogóles mucho afincadamiente que la dexasen ir al Alcazar viejo, que era en la villa, et aquel Judio que lo asegurasen fasta que fuese llegado con ella en el Alcazar: et que les prometia que desque ella fuese en el Alcazar, que ge lo daria en su poder. Et estos quatro omes de Consejo salieron á los otros de la villa, et dixiéronles lo que la Infanta les enviaba rogar: et todos dixieron que era bien: et fuéronse de allí la mayor parte dellos á cerrar las puertas de la villa, et á poner guarda en ellas. Et la Infanta, desque vió que eran idos, et avian fincado y muy pocos, subió en su mula, et el Judio iba de pie con ella

travado á la falda de su pellote, et fuese para el Alcazar. Et en yendo algunos y ovo de los de la villa que probaron de matar al Judio. Et la Infanta desque fué llegada al Alcazar mandó cerrar las puertas, et non les quiso entregar el Judio, et los de la villa por esto cercaron luego el Alcazar. Et entendiendo algunos dellos lo que avian fecho, dieron de entre si algunos omes que entrasen á fablar con Doña Sancha, et que le dixiesen lo que rescelaban por este movimiento que fecieron en querer matar aquel Judio, que era hombre del Rey et del su Consejo, et oficial de su casa, et que veniera allí por su mandado; et que les consejase que feziesen. Et ella esforzólos, et díxoles que toviesen el Alcazar cercado segun que estaba: et que pues las villas de Zamora et de Toro estaban alzadas, enviasen por el Prior et por Pero Rodriguez de Zamora, et que feciesen con ellos pleyto de guardar la postura que ellos avian fecho, et que ansi fincarian en salvo desto que avian comenzado. Et los de Valledolit feciéronlo así, et enviaron por el Prior: et veno y con él Pero Rodriguez, et otros de los Concejos de Zamora et de Toro, et acogieron al Prior en la villa. Et quando y llegó, el Alcazar estaba aun cercado: et salió luego Doña Sancha del Alcazar á fablar con el Prior: et llamaron á esta fabla á algunos de los de la villa de Valledolit, et á los que venieron de Zamora et de Toro. Et la fabla acabada, descercaron el Alcazar, et posieron luego muy grand recabdo et grand guarda en las puertas de la villa.....

»El Rey estando en su real sobre la villa de Escalona que tenia cercada, llegáronle algunos de los omes que avian ido con D. Juzaf judio, et dixiéronle lo que avian fecho los de Valledolit, et de cómo era venido y el Prior, et todo lo al que y avia acaescido. Et el Rey, desque lo oyó, tomó ende muy grand pesar: et mandó llamar los Ricos-omes, et los Caballeros, et los cibdadanos que eran y con él, et contóles lo que avia sabido que fecieron los de Valledolit, et otrosí lo que feciera el Prior: et pidióles que le consejasen lo que faria..... Et el consejo dado..... el Rey acordó de dexar la cerca de Escalona, et movió dende para Valledolit. Et entretanto que él llegaba, envió mandar á los Concejos de Medina del Campo, et de Arévalo, et de Olmedo que se veniesen luego para él á Valledolit do él iba. Et desque llegó á esta villa, falló las puertas cerradas, et non lo quisieron acoger en la villa: et él posó fuera en sus tiendas, et mandó facer cartas para todos los Concejos de Castiella que veniesen allí á lo servir y ayudar. *Et entretanto el Conde mandaba que talasen las huertas, et que quemasen los panes de los de la villa que estaban en las eras. Et otrosí mandó que los combatiesen:* et, así como el monesterio de las Huelgas que fizo la Reyna, está muy cerca de la villa, la gente del Conde venia por cima del monesterio para entrar la villa: et por esto Pero Rodriguez de Zamora puso fuego al monesterio, et comenzó de arder primeramente en el palacio do la Reyna yacia enterrada. Et el Rey desque vió aquello, mandó sacar dende el cuerpo de la Reyna, ca el fuego era atan grande que todo el monesterio quemó, sino fué tan solamiente el Cabildo et un palacio cerca dél. Et el Rey, con saña desto, mandólos combatir aquel dia todo, como quier que él non oviese allí entonces tantas gentes que podiesen combatir la villa de toda parte.....»

Sobrevino la discordia entre los sitiados de Valladolid, y unos querían abrir las puertas al Rey, otros llamar á D. Juan Manuel, para que casase con la Infanta y los [illegible] el Prior, desque vió el desacuerdo de los de la villa, et que avia [illegible] unos que acordaban de acoger al Rey en la villa, resceló que si esto algun poco [illegible] detardase, que se non podria escusar de aver el Rey la entrada en la villa; et por esto quisiérase ir dende de noche: pero envió decir á los caballeros que estaban con el Rey, et le avian prometido ayuda, si avia en ellos algun esfuerzo para salir de aquel peligro, et sinon que se pornia en salvo lo mejor que podiese. Et ellos enviáronle decir, que atendiese, et ellos fablarian con el Rey que partiese de si al Conde Alvar Nuñez; et sinon que ellos se partirian del Rey, et que le ayudarian aquella vez. Et los que *afiuzaron* desto eran Juan Martinez de Leyva, et Fernan Ladron de Rojas, et sus hermanos, et Joan Velez de Oñate, et Pero Ruiz de Ville[illegible]s, et Ruy Diaz de Rojas que decian Cencerro, et Sancho Sanchez de Rojas. Et era en estos Garcilaso, fijo de Garcilaso, que avia grand facienda de caballero, como quier que fuese mozo de pequeña edat; et otros muchos caballeros et escuderos de Castiella que eran allí entonce con el Rey. *Et entonce Alvar Nuñez el Conde entendió algo desta fabla, et aún fué apercebido dello: et quisiera esa noche matar á Joan Martinez de Leyva: et sopo Joan Martinez como lo queria matar et non lo esperó en la tienda. Et el Conde fuélo buscar aquella noche dos veces, et non lo falló.* Et otro dia en la mañana Joan Martinez de Leyva, que avia escapado aquella noche de la muerte, ayuntó todos los caballeros et escuderos castellanos que eran allí con el Rey, et enviaron decir al Prior et á los de Valledolit que estoviesen apercebidos para los ayudar, si el Conde quisiese pelear con ellos; ca decir querian al Rey que enviase al Conde de su casa, sinon que ellos non fincarian con él. Et estos caballeros fueron al Rey todos ayuntados, et falláronlo fuera de la tienda; et pediéronle merced que quisiese que fablasen con él sin el Conde, et que le dirian cosas que eran grand su servicio..... Et el Conde dixo que non fablarian con el Rey sin él. Et entonce los caballeros tomaron el pendon del Rey, que estaba cerca de la su tienda, et apartáronse á un campo con el pendon.....»

Consiguen, por fin, que el Rey les oiga. «Et el Conde fincó con grand pesar, por quanto el Rey fué á la fabla sin él. Et el Rey, desque llegó á los caballeros, et oyó lo que le dixieron, fué en muy grand dubda: ca si él enviase de su casa al Conde que tenia dél todos los castiellos del regno, et grand poder en la tierra..... le podria ende venir dél muy grand deservicio; et si lo non feciese, vió que estaba en punto de perder aquellos caballeros: et decianle que otras villas del regno querian facer lo que avian fecho los de Zamora et de Toro et de Valledolit. Et entendiendo que le complia partir de si al Conde, envióle decir desde allí que se fuese de su casa. Et el Conde, si tenía ante grand pesar, óvolo despues mucho mayor; et mandó á los suyos armar, et su pendon tendido fuese dende. Et el Prior et los de Valledolit, desque lo vieron ir, abrieron las puertas de la villa, et salieron todos al Rey á rescebirle con grand alegría. Et el Prior et los caballeros de Castiella quisieran ir empós el Conde á lo matar ó á lo prender, mas el Rey non quiso.....»

En aquel día comenzó la ruina de Alvar Núñez, y poco tardó en consumarse (capítulo LXXIII): «Et el Prior et Joan Martinez fablaron con el Rey, et dexiéronle cómo el Conde Alvar Nuñez avia fecho mucho mal et mucho astragamiento en la tierra, de que estaban muy quexadas todas las cibdades et villas del su regno. Et otrosí que parase mientes de cómo avia tirado á todos los caballeros et ricos-omes de la su mesnada toda la mayor parte de los dineros que solian tener del Rey en tierra, et que lo tomara para si et para sus vasallos; et por esto que estaban todos muy quexados dél. Et estas cosas et otras muchas dixeron al Rey, et aquellas con que entendieron que más podian empecer al Conde Alvar Nuñez..... Et consciáronle que le enviase demandar los castiellos et alcázares que tenia dél: et otrosí, que mandase prender los sus criados que avian cogido grandes quantias de dineros en el regno que non avian pagado: et que si el Conde le entregase sus castiellos et sus alcázares, et otrosí le mandase dar cuenta de lo que los sus omes avian cogido et recabdado del regno, que toviese que era buen servidor; et si non, que entendiese que el apoderamiento que él tomaba era por mal et por daño del Rey. Et el Rey, teniendo que le decian aquello en su servicio, mandó dar las cartas para el Conde, en que le envió mandar, que entregase, ó le enviase entregar los castiellos et alcázares que dél tenia por omenage: et otrosí mandó prender los omes del Conde que avian cogido las rentas del regno, porque le diesen cuenta.»

En vano Alvar Núñez, que se había retraído en su castillo de Belver, quiso conjurar la inminente catástrofe, entrando en confederación con su antiguo enemigo Don Juan Manuel. Estos mismos tratos y conjuras no sirvieron más que para acelerar su pérdida (capítulo LXXVII): «Et el Prior, et el Almirante, et Juan Martinez de Leyva, que tenian en poder el Consejo et la casa del Rey, veyendo en cómo el Conde Alvar Nuñez estaba apoderado en el regno, et que si el Rey quisiese levar del Conde los castiellos por conquista, que seria muy grave de facer: et demás que decian que ayuntaban amistad de consuno D. Joan fijo del Infante D. Manuel et el Conde: et sobre todo esto rescelaban quel Rey por cobrar los castiellos le tornaria á la su casa et á la su merced; et si él y veniese que seria por su daño dellos: estos tres caballeros que la estoria ha contado, por desviar el deservicio del Rey, et otrosí por perder ellos rescelo del daño que ende esperaban, consejaron al Rey que mandase á Ramir Flores (fijo de Joan Ramirez de Guzman), que matase al Conde Alvar Nuñez, et por esto que le feciese el Rey mucha merced et muy granadamiente: et el Rey mandógelo. Et Ramir Flores, con cobdicia del grand prometimiento que le fecieron, otorgó que mataria al Conde, et que él cataria manera como lo feciese. Et Ramir Flores partióse del Rey en Ciudat-Rodrigo como desavenido de la su merced, et fuese para el Conde Alvar Nuñez: et díxole, que porque non fallaba bien fecho en el Rey, que se partiera dél, et que iba al Conde servirle et ayudarle: et el Conde mostró que le placia con su venida; et dióle que toviese por él con omenage la villa et castiello de Belver.....»

Las circunstancias del asesinato de Alvar Núñez no constan, porque la *Crónica*, que pasa sobre esto como sobre ascuas, únicamente dice en el capítulo siguiente:

«Et Ramir Flores de Guzman, por mandado del Rey, cató manera como feciese matar aquel Conde Alvar Nuñez; et envió luego sus cartas al Rey que era en Valledolit, en que le envió decir de como era muerto. Et luego que el Rey lo sopo en Valledolit, dexó y la Infanta, su hermana, et fué á tomar los castiellos que aquel Conde tenia del Rey por omenage: et en muy pocos dias entregárongelos todos Et porque este Conde Alvar Nuñez avia alcanzado muy grand tesoro de los tiempos que ovo de ver la facienda del Rey, et lo tenia todo ayuntado en el castiello de Oterdefumos, et en el logar de Sanct Roman que era suyo del Conde, el Rey fué á Oterdefumos, et envió a Sanct Roman, et fallaron que tenia grandes quantías de oro et de plata et de dineros, et traxiéronlo todo al Rey. Et en quanto el Rey estaba en Oterdefumos mandóle que le traxiesen y al Conde Alvar Nuñez que era muerto. Et traxiéronlo y, et el Rey asentóse en su estrado, et contó de como feciera grand fianza en aquel Conde Alvar Nuñez, et que le diera grande estado, et grand poder en el su regno, et que fiara dél toda su facienda, et los más de los castiellos del su regno: et que él le feciera muchos desconoscimientos, et grand maldad, señaladamente que le enviara pedir sus castiellos que tenia del grand omenage, et que ge los non quisiera dar, nin enviar quien ge los entregase: et por esto que cayera en caso de traycion, et que lo juzgaba por traydor. Et mandólo quemar et que todos los sus bienes fuesen del su realengo, segun que es ordenado por los derechos. Et el juicio dado, partió el Rey de Oterdefumos, et veno á Valledolit: et mandó traer todo el tesoro que tenia el Conde Alvar Nuñez, et cobró todos los logares que eran de aquel Conde Alvar Nuñez: et dió á Ramir Flores la villa et el castillo de Belver, et el lugar de Cabreros por juro de heredad.»

Tres años antes había pronunciado Alfonso XI análoga sentencia en Toro sobre el cadáver de D. Juan *el Tuerto.* Así, de un crimen nacía otro, y la sangre llamaba la sangre. Providencial pareció a todos la *justicia* del tremendo Monarca, y el castigo del insolente favorito, víctima del mismo hierro alevoso con que había inmolado al Infante (1). Pero esta negra historia, aunque muy conforme á la mora-

(1) Notó esta misteriosa coincidencia el autor coetáneo del *Poema de Alfonso XI* (coplas 320-322).

Todo el mundo fablará
De commo lo Dios conplió:
Donde tiró á don Johan
Este conde, ally morió.
En Belver, castillo fuerte,
Y lo mataron syn falla,
En commo fue la su muerte,
La estoria se lo calla.
Matáronlo sin guerra
E syn caualleria
El rey cobró su tierra
Que le forzada tenia.

En el autor de este poema, que probablemente era gallego (fuese Ruy Yáñez ó cualquier otro),

lidad política del siglo XIV, no á todos podía satisfacer en el siglo XVII, y menos á las poderosas familias de Lemos y de Astorga, que contaban entre sus ascendientes á Alvar Núñez. A esta corriente de rehabilitación genealógica pertenece la ingeniosa comedia de Lope, dócil siempre á tal género de impulsos. No es posible perdonarle los desafueros que esta vez cometió contra la historia (tan respetada por él en otras ocasiones), ni menos las inútiles calumnias que levantó á D. Juan Manuel, político egoísta, hábil y tortuoso, pero incapaz de los vulgares crímenes de que le supone fautor en esta pieza; y de todos modos, personaje de tal altura por su gloria literaria y sus condiciones de carácter, que se levanta cien codos sobre Alvar Núñez y toda su parentela presente y futura. Pero salvo este que para nosotros es muy grave pecado, Lope, que tenía mucho talento, acertó á componer una pieza no sólo entretenida y amena, sino en el fondo muy democrática. Para nada se toma el trabajo de ocultar el origen obscuro de Alvar Núñez; más bien puede decirse

---

se nota cierta inclinación favorable á Alvar Núñez, á quien procura presentar como buen consejero del Rey, que le denuncia las tramas de los Infantes y le sugiere medios para desbaratarlas (copla 168 y siguientes).

Al buen rey está fablando:
«Buen sennor, he grand mansiella,
Contra vos tomaron bando
Los mejores de Castiella.
»Ricos omnes son onrrados,
Altos de generacion,
É están muy apoderados
En Castilla é en Leon.
»Si se quisieren alzar
Faser vos han crua guerra,
Non vos dexarán rregnar,
Nin aver palmo de tierra.
»Sennor, esto comedid,
É faredes gran noblesa,
Aquestos bandos partid
Por arte de sotilesa.
»Por don Juan (Manuel) enbiat
Luego ayna syn dudanza,
É con su fija casad
Que laman donna Constanza.....
»É los bandos partirédes,
Rey sennor, por este fecho,
É de Castilla seredes
Rey é sennor con derecho.....»

Aun la traición de Toro está disimulada en todo lo posible, y el consejo de la muerte se pone vagamente en boca de *un privado*, si bien más adelante el poeta viene á confesar implícitamente la verdad, como hemos visto.

Vid. *Poema de Alfonso Onceno..... Manuscrito del siglo XIV, publicado por vez primera de orden de Su Majestad la Reina, con noticias y observaciones de Florencio Janer*. Madrid, Rivadeneyra, 1863.

que le exagera. En la historia, su fortuna no se improvisa: antes de ser mayordomo de Alfonso XI había sido uno de los principales caballeros del séquito del infante D. Felipe. En la comedia de Lope es un aventurero salido de la nada para labrarse el edificio de su propia y *merecida fortuna*: un hidalguillo gallego muy despierto y muy aprovechado, que viene á Valladolid á servir de gentilhombre á su pariente el Conde de Lemos, de quien antes había sido paje. No es preciso advertir el horrible y voluntario anacronismo que aquí comete un poeta tan versado en la lección de nuestras Crónicas. Ni existía entonces tal condado, ni siquiera había á la sazón condes en Castilla, según expresamente dice el historiador de Alfonso XI.

Lanzado ya Alvar Núñez en el laberinto de la corte, tiene la suerte de salvar la vida del Rey, sin conocerle, lidiando por él á estocadas contra D. Juan Manuel y D. Nuño de Lara, que le acometen de noche cuando salía de casa de D.ª Leonor de Guzmán (otro anacronismo igual ó mayor que el pasado: Alfonso XI tenía á la sazón catorce años y no podía pensar en semejantes devaneos, á pesar de lo mucho que la malicia madrugaba entonces). Esta nocturna defensa es el cimiento de la fortuna de Alvar Núñez, en quien Lope quiere presentar el ideal del perfecto privado. Hay aquí extrañas transmutaciones de la historia. El Prior de San Juan, que en la *Crónica* aparece como capital enemigo de Alvar Núñez, está conversando aquí con D. Tello, que pretende con malas artes dicho Priorazgo, y tropezando en la justificación de Alvar Núñez, y luego en la fuerza de su brazo, que le desarma en desafío, y finalmente, en su cortesía, todavía mayor que su denuedo, la cual llega hasta el extremo de contar el lance al Rey como si él hubiera sido el vencido, se venga de él infamándole con mil calumnias. Alvar Núñez, en vez de retener los castillos y fortalezas que había recibido del Monarca, se empeña en entregarle las llaves, y el Rey, en galardón, le hace Maestre de Santiago, aunque no lo fué jamás. Apenas tiene un movimiento de soberbia; más bien hace alarde de una excesiva humildad y de un servilismo palaciego impropios de un magnate de su tiempo, y tan poderoso como él llegó á ser:

Con tanta humildad procedo,
Procurando á todos bien,
Que estoy seguro del miedo
En que los grandes se ven,
Pues de lo que soy no excedo.....
¿Cómo, señor, no me habláis?
¿Cómo el rostro me escondéis?
¿Cómo sin luz me dejáis?
Mas no es mucho, si me hacéis,
Que también me deshagáis.
¿Cómo me tratáis así,
Estando solos los dos?
¿Qué os habrán dicho de mí
Á los que pesa que vos
Hagáis edificio en mí?

Pues no, señor soberano,
No pase así, ni Dios quiera
Que os cause enojo un villano
Que está en vos como la cera
Del artífice en la mano.....

Si este Alvar Núñez, tan comedido, puntual, sumiso y respetuoso, poco tiene que ver con el Alvar Núñez de la *Crónica*, menos histórico es todavía el Rey, que nada conserva de la fiereza, ni de la astucia cautelosa y sin escrúpulos, ni del admirable talento político que desde su primera mocedad manifestó el grande y terrible Alfonso XI, que al salir del dominio de sus tutores apareció en Castilla como una encarnación del espíritu de la venganza, antes de lanzar el rayo de la guerra contra Granada y Marruecos, y salvar por tercera vez la Península de la oleada africana. El Alfonso XI de la comedia de Lope es un cuitado, indigno del alto nombre que lleva; todo el mundo le engaña con las más burdas invenciones, y su pusilanimidad contrasta con la ficticia grandeza de alma que se atribuye á Alvar Núñez. A pesar de este sistemático alejamiento de la *Crónica*, se ve que Lope de Vega la tenía muy leída, puesto que aprovecha (con ser tan incidental) la especie del casamiento con la Infanta como uno de los rumores esparcidos por los émulos de Alvar Núñez para malquistarle con el Rey y derrocarle de la privanza.

Prescindiendo del falso color histórico que toda la comedia tiene, y del desorden novelesco de la acción, inherente á todas las de su género, hay mucho que aplaudir en ella si se atiende sólo al interés que despierta la súbita elevación de Alvar Núñez y la desesperada lucha que tiene que sostener contra sus enemigos, todo lo cual da lugar á ingeniosas y enmarañadas peripecias, muy propias de la comedia de intriga. El acto primero puede graduarse de exposición excelente, hecha en acción y no en narración, según el buen sistema de Lope. La versificación y el estilo no desdicen á veces de aquellas excelentes comedias políticas y caballerescas de D. Juan Ruiz de Alarcón, que llevan los títulos de *Los favores del mundo* y *Ganar amigos*.

VIII.—LANZA POR LANZA, LA DE LUIS DE ALMANZA.

Es pieza rarísima, inserta sólo en cierta *Parte 27 de Comedias de Lope de Vega Carpio y otros autores*, que suena impresa en Barcelona, 1633, y de la cual no se conoce ningún ejemplar completo, y sí sólo fragmentos en un tomo colecticio que perteneció á la Biblioteca de Osuna y hoy á la Nacional.

Desgraciadamente, la rareza de esta comedia no está de ningún modo en relación con su valor literario, pues aunque por el estilo no desmiente ser de Lope, debe tenerse por una de las más insignificantes de su fecunda musa. Pónese la acción en el reinado de Alfonso XI, y aun empieza con las fiestas de su casamiento, pero á esto se reduce la parte histórica. Todo lo restante es una leyenda genealógica sin

interés alguno, una vulgarísima rapsodia de moros y cristianos. No he podido ave-[illegible]uar sus fuentes, y á nada conduciría la exposición de su insulso argumento. Dí[illegible] al principio que la representó Avendaño, y al fin se anuncia una segunda parte, [illegible], ó no fué escrita, ó no ha llegado á nuestros días.

IX.—LA NIÑA DE PLATA.

El manuscrito autógrafo de esta pieza, con fecha de 1613, existe en el Museo Británico. Lope de Vega la publicó en la *Novena Parte de sus comedias, sacadas de sus originales por él mismo* (Madrid, 1617). Estos datos bastan para invalidar la sospecha que Hartzenbusch apuntó, sin razonarla, de que *La Niña de plata* «debe de ser obra de Lope y de otro», suponiendo que no es de Lope el tercer acto. La simple equivocación de los nombres de *Dorotea* y *Teodora*, único indicio que Hartzenbusch apunta, es un descuido muy propio de la genial precipitacion de Lope, y lejos de argüir entremetimiento de pluma extraña, podría ser un argumento contra las cavilaciones del ilustre editor, aunque no quedase el original de la comedia, y aunque nuestro poeta no hubiese tomado la precaución de imprimirla por sí mismo.

Hay una edición suelta del siglo pasado (*Valencia, en la imprenta de Joseph y Thomás de Orga*, 1781), que casi puede calificarse de refundición, puesto que no sólo corrige el cambio de nombres en el tercer acto, sino que contiene enmiendas y supresiones rara vez plausibles (1). El texto de la comedia primitiva ha sido reimpreso por Hartzenbusch en el tomo I de su colección selecta.

La Niña de plata ha sido traducida dos veces al francés, la primera por J. Es-

(1) Una de estas alteraciones, sin embargo, es de buen efecto dramático, y muy conforme al espíritu favorable á D. Pedro que predomina en nuestro Teatro, si es que no la exigió la censura de fines del siglo pasado por no consentir que un rey hiciese papel poco decoroso. El D. Pedro en la primitiva *Niña de plata* era confidente y cómplice en los amoríos de su hermano. Por el contrario, en la refundición del siglo pasado hace alarde de serenidad estoica y rígida justicia:

Pues cualquiera que á un exceso
Se arroje, no está seguro
Mientras viva el rey don Pedro.
Los primeros en vosotros (*a*)
Los castigaré severo,
Dando con mi propia sangre
Autoridad al ejemplo.

Es singular que todavía el docto crítico Valentín Schmidt, en su excelente libro sobre Calderón (*Die Schauspiele Calderon's*, pág. 213), cite estos versos como de Lope; pero su hijo Leopoldo Schmidt lo enmienda en el apéndice (515-516).

(*a*) Sus hermanos.

ménard en la colección titulada *Chefs-d'-œuvre des théâtres étrangers* (París, 1829) con el título de *La Perle de Séville*, y siguiendo el mal texto del siglo pasado; la segunda, por Damas-Hinard en el segundo tomo de su *Théâtre de Lope de Vega* (edición Charpentier, ¿1842?). Esta segunda versión, como podía esperarse de la reconocida competencia de su autor, es más fiel y completa, pero altera caprichosamente el título de la obra, llamándola *La Belle aux yeux d'or*. Unos ojos de oro ó de plata nada tendrían de bellos; ni Lope alude en el título á las niñas de los ojos, aunque juegue con el equívoco en alguna escena; ni el encarecimiento de la plata se aplica á los ojos, sino á todo el cuerpo de aquella niña gentilísima:

. . . .
Amas una cosa que es
Espíritu, entendimiento,
Eco, acento, pensamiento,
Serafín, donde no hay pies;
Oro sutil, si de Tíbar,
Un junco, mimbre ó taray,
Un aljófar, un cambray,
Un alfeñique, un almíbar,
Un extremo en filigrana,
Un dije, un hilo de pita.....
Finalmente, una mujer
Que llamó, por engreilla,
Niña de plata Sevilla,
Semanas debe de haber.....
. . . .

. . . .
En ella, en fin, se retrata
Una imagen del deseo.
¿Qué sirve tanto rodeo?
Esta es *la niña de plata*
Que habéis oído en Castilla;
Porque tanta perfección
Es monstruo y admiración
Y grandeza de Sevilla.
Cuando tratan de su río,
De su alcázar eminente,
De sus calles, de su puente,
De sus armas, de su brío,
De su regalo y riqueza,
Todo se acaba y remata
Con que *la niña de plata*
Es cifra de su grandeza.

Las siete comedias de Lope de Vega en que interviene el rey D. Pedro pueden dividirse en dos grupos, que son claramente distintos. En el uno aparece D. Pedro con su carácter histórico ó tenido por tal, ya de monarca cruel, ya de justiciero, ya mixto de uno y otro, pero siempre envuelto en una atmósfera trágica, y circundado de prestigios fatídicos y siniestros. Estos son los dramas propiamente históricos, en que la pasión dominante nunca es el amor, sino la ambición, la soberbia, el celo de la justicia ó la venganza. Á esta clase pertenecen *El rey D. Pedro en Madrid*, *Audiencias del rey D. Pedro*, *Los Ramírez de Arellano* y en cierto modo *El Médico de su honra* y *La Carbonera*. Por el contrario, en *La Niña de plata* y en *Lo cierto por lo dudoso* la intriga es de amor y celos, y D. Pedro hace el papel de un galán cualquiera, si bien en una y otra comedia no deja de conservar algunos rasgos de su carácter, y además se le pone en contraste con su hermano D. Enrique, reproduciendo, aun en fábulas de pura invención, la rivalidad histórica (1).

---

(1) Parece que los argumentos de una y otra comedia han de colocarse en aquel período (1353-1354) en que D. Pedro se reconcilió con sus hermanos bastardos, y *«estovieron él y los dichos sus hermanos..... fijos del rey D. Alfonso, que fueron los dichos D. Enrique,*

Lo primero que se advierte en *La Niña de plata*, es su gran semejanza con *La Estrella de Sevilla*. Esta semejanza no consiste en el carácter de la protagonista. Lope no necesitaba repetirse en sus retratos de mujeres, y el de Dorotea es uno de los más graciosos que trazó su pluma: es un primor, un *brinquiño*, como dicen nuestros vecinos los portugueses y decíamos los castellanos antiguamente. Deliciosamente afectada é ingenuamente coqueta, aguda, cuerda y donairosa en burlas y en veras, su misma presunción enamora, sus veniales ligerezas encantan, como de criatura leve y etérea. Nada tiene de la fiera pasión, ni de la grandeza trágica de Estrella, pero se encuentra colocada en situaciones muy análogas por el súbito enamoramiento de D. Enrique de Trastamara (con circunstancias análogas al del rey D. Sancho), por el apoyo que el amante busca en el hermano de la dama, y, finalmente, por la entrada nocturna del galán, heroicamente rechazada por ambas heroínas sevillanas. ¿Cuál de las dos comedias fué anterior? Sabemos la fecha de *La Niña de plata* (1613); ignoramos la de *La Estrella de Sevilla*: ni uno ni otro título constan en ninguna de las dos listas de *El Peregrino en su patria*, aunque el primero bien pudiera constar por su fecha, anterior en un año á la segunda edición de dicha novela. No puede causar maravilla que Lope olvidase los títulos de algunas de sus innumerables comedias. Si la mayor perfección de estilo se toma por indicio de trabajo más reciente, *La Niña de plata*, que está mucho mejor escrita, pero donde la fuerza dramática aparece muy atenuada, debe de haber sido la segunda de estas piezas en el orden de los tiempos, y *La Estrella de Sevilla* la primera. Pero siempre habrá que tener en cuenta que *La Niña* ha llegado á nosotros en el puro original de su autor, y *La Estrella* sólo en una copia depravada é incorrectísima. Cabe, por tanto, la hipótesis de que Lope, desde los lances más cómicos que trágicos de *La Niña de plata*, se levantase al conflicto de pasiones que hay en *La Estrella de Sevilla*, en vez de seguir el procedimiento contrario, reduciendo el cuadro trágico á las proporciones del drama urbano.

Es muy exiguo el elemento histórico en esta pieza, pero no puede decirse que esté ausente del todo. La fatalidad que va unida al nombre de D. Pedro se expresa aquí por la voz del astrólogo moro Zulema, que levanta el horóscopo de D. Enrique, y le predice que ha de hacer por Francia dos jornadas peligrosas huyendo del

e D. Fadrique, e D. Tello, e D. Juan, en mucha paz y sosiego, aviendo muchos placeres e deportes, según dice el que Zurita llamó *Compendio ó abreviación de las historias de Castilla*, y que después de las doctísimas investigaciones de D. Ramón Menéndez Pidal (*Catálogo de las Crónicas generales de España*, Madrid, 1898, págs. 91-93), conviene denominar *Cuarta Crónica general*. Es la misma que en el tomo CIV de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España* ha sido publicada con el inexacto título de *Crónica de España del arzobispo Jiménez de Rada: tradújola en castellano y la continuó hasta su tiempo, D. Gonzalo de la Finojosa, Obispo de Burgos, y despues un anónimo, hasta el año de 1454*. Llaguno la tuvo presente, aunque en mal texto, y se valió de ella para sus notas al *Sumario del Despensero* de la reina D.ª Leonor (edición de Sancha, 1781).

Rey, su hermano; y después de anunciarle la muerte de D.ª Leonor de Guzmán y la del maestre D. Fadrique, le hace entrever á lo lejos la sangrienta visión del trono, levantado sobre el fratricidio de la tienda de Montiel (1). Todos estos fúnebres presagios pasan rápidamente, pero hacen más impresión por lo mismo que contrastan con la alegría franca y sana de que está llena esta comedia, una de las más poéticas y encantadoras que brotaron de la pluma de Lope.

Grillparzer (2), Vieil-Castel (3), Schack (4), Damas-Hinard (5), Schaeffer (6) y

---

(1)

ZULEMA.

Tú has de hacer por Francia
Dos jornadas peligrosas
Huyendo del Rey tu hermano
. . . .
Á doña Leonor tu madre
Ha de matar.

ENRIQUE.

¿Estás loco?
. . . .

ZULEMA.

Tú lo verás cuando muera
Tu hermano el Maestre.

ENRIQUE.

Pára,
Pára, astrólogo cruel,
Pára esas locas mentiras.

ZULEMA.

Enrique, ¿desto te admiras?
Pues tú has de matarle á él.

ENRIQUE.

¡Yo á Pedro!

ZULEMA.

Y has de quedar
Rey pacífico en Castilla.

ENRIQUE.

¡Sueñas!

ZULEMA.

¿Qué te maravilla?
Sus hijos no han de heredar,
Que han de morir en prisión.

No es necesario advertir lo anacrónico de la profecía relativa á D.ª Leonor de Guzmán. Había sido asesinada en 1350, sin que en el crimen de la torre de Talavera tuviese parte directa D. Pedro, que en realidad todavía no gobernaba. La odiosidad de aquella venganza debe recaer sobre su madre la reina D.ª María y sobre su omnipotente ministro D. Juan Alfonso de Alburquerque.

(2) *Studiem zum spanischen Theater*, 155-157.

(3) *Essai sur le Théâtre espagnol*, I, 85-89.

(4) Tomo III de la traducción española, 73-75.

(5) Noticia que precede á su traducción francesa de esta comedia.

(6) *Geschichte des spanischen National dramas*, I, 145.

otros críticos han hablado con justo elogio de esta comedia, y quizá mejor que ninguno el delicado poeta cubano José Jacinto Milanés, que en algunas de sus mejores poesías líricas, como *La Madrugada*, y en su drama *El Conde Alarcos*, manifestó el aprovechado estudio que había hecho de las obras de Lope de Vega. Milanés escribió un artículo acerca de *La Niña de plata*, en 1842 (1). Pláceme recordarle en estos tristes días en que escribo, tanto por lo que intrínsecamente vale (considerada su fecha), cuanto por ser de las pocas cosas que en América se han escrito sobre nuestro gran poeta, tan conocido de nombre, tan ignorado de hecho.

«¿Podrá negarnos el lector (escribía Milanés) que, cuando fija los ojos en el bello título de esta comedia, pasa por su mente un pensamiento fluido y apacible, cargado de los deleitosos recuerdos de la niñez y de las sonrisas amorosas de la adolescencia?..... La índole de Lope de Vega, apacible y amiga de poetizarlo todo, inclinóse al estudio de las costumbres populares; y deseoso de utilizar en pro de la comedia patria los rasgos característicos de las escenas nacionales, de las tradiciones históricas y todo el séquito de amables reminiscencias que llevan consigo, nunca miraba con ojos indiferentes ni distraídos la particular fisonomía de su pueblo..... Yo me figuro á Lope y á muchos de los que le ayudaron á echar los cimientos del edificio escénico, vulnerables á toda impresión patriótica y casera, accesibles á todas las fiestas y regocijos del pueblo español; francos, ingenuos, populares; sin nada del pedantesco desdén que afecta el literato moderno, porque mira en la plebe una clase obscura y atrasada, y tiene á menos el examinarla para conocerla..... Comparado el drama de Lope con el de nuestros días, me parece que debemos convenir en que si el último ha ganado no poco en prendas filosóficas, ha perdido mucho en agudeza y donaire. No se contentaban nuestros antiguos poetas con hacer gala de una expresión castiza y de un verso fácil y sonoro: empeñaban su ingenio ante el público en proposiciones apuradas, para que las soluciones inesperadas y brillantes que se veían forzados á improvisar los coronasen con todo el esplendor de una victoria. De aquí el interés mágico, que nos lleva de verso en verso hasta la conclusión de una pieza dramática antigua, por más que á veces el mal tejido plan y los caprichosos pormenores parezca que tiran á descomponer la armonía de los caracteres y la marcha del argumento.»

Y después de hacer un atento y minucioso análisis de las principales escenas, ponderando lo delicado y noble del diálogo, la airosa maestría que luce Lope en los pormenores locales, el nunca desmentido y airoso despejo de la protagonista, lo picante de la idea, lo acendrado de la expresión y lo cadencioso de la rima, manifiesta con mucha razón que el acto primero excede en energía poética á los siguientes; no porque el segundo y tercero resfríen en manera alguna la atención de los espectadores, sino porque en el primero ha sembrado Lope tan bellas y robustas pinceladas, palabras tan fascinadoras, rimas tan *cantantes*, si así es dable llamarlas,

---

(1) [illegible] *York*, *Juan F. Trow y Compañía*, 1865. Páginas 249-256.

que es imposible dejar de oirlo con indecible contento..... «Tal es *La Niña de plata* (termina Milanés): para hacer un cuadro tan bello, para iluminarlo de tintas tan apacibles, y para dibujar con tanta soltura y viveza la figura riente y aérea de la niña, de nada le hubieran servido ni el estudio de los preceptistas, ni largas excursiones en la literatura griega y romana, ni un abundante acopio de máximas filosóficas; era preciso algo más: era menester ser poeta, y Lope lo era por extremo.»

Poco tengo que añadir á este juicio, que conceptúo exacto y cabal. Sólo un espíritu seco y negado al prestigio de las cosas originales y frescas podría dejar de respirar con delicia el ambiente de juventud y alegría que se disfruta en esta pieza. Hasta los versos tienen un son argentino que armoniza con el título de la obra y con la risueña visión de la *niña* de la calle de Armas, cuyo leve pie apenas toca al suelo, cuyo hechicero candor enciende y enamora al más tibio, y hace exclamar al espectador como al Infante:

¿Dónde está la prenda mía,
La hermosa *niña de plata*,
El asombro y maravilla,
Del cielo propio pintura,
El esmero de hermosura,
El sol que alumbra á Sevilla?.....

Como modelo de donaire culto puede citarse la escena del alcázar:

DON ENRIQUE.
Volved: no paséis de aquí.
DOROTEA.
Antes me quiero volver,
Porque, viniendo yo á ver,
Ya no hay más de lo que vi.
DON ENRIQUE.
Pues ¿qué es lo que á ver vinistes?
DOROTEA.
Las riquezas de allá arriba;
Y acá, el jardín que cultiva
De esmeraldas y amatistes
El cielo con mil primores;
Y en vos lució todo, en fin.
DON ENRIQUE.
¿Cómo?
DOROTEA.
En el talle el jardín,
Y en el ingenio las flores.
DON ENRIQUE.
¿Hay tal niña?..... ¿Hay tal tesoro?.....
Muy necio fué quien os trata,
Niña, por *niña de plata*.

DOROTEA.

¿Por qué?

DON ENRIQUE.

Porque sois de oro.

Pero todavía es más linda, en el mismo género, la del regocijo y alborozo de una encamisada en noche de luminarias. Llegan el Rey y sus hermanos á casa de Dorotea, piden agua, y observando la extrañeza del maestre D. Fadrique al ver que se la presentan en vasija de barro, exclama la niña, siempre aguda y donosa:

Lo poco que se contrata,
No da para más valor;
Que en esta casa, señor,
Sola yo soy *la de plata.*

Y cuando D. Pedro la pregunta cuál de los tres es el más galán, cuerda é ingeniosamente responde:

Que me place, si es forzoso:
El galán más poderoso
Para poder competir,
Es el Rey; el más valiente
Para de noche en la calle,
El Maestre; el que del talle
Se precia más justamente,
Es Enrique..... Y si yo fuera
Digna de tanto interés,
Uno que fuera los tres
Para mi gusto quisiera.

No es difícil hacer reparos técnicos á este drama. Sólo la *niña* interesa verdaderamente. El Infante parece bien cuando vuelve sobre sí, en vista de la honrada entereza de Dorotea, y renuncia á su torpe afición, y jura sobre la cruz de su espada que ha quedado ileso el honor de la perseguida doncella (1). Pero bien necesario

(1) Que entré es verdad; mas compré
Con oro y pasos la entrada,
Y sin que ella lo supiese,
Llegué anoche hasta su cama.
De sus lágrimas temblé;
Y escuchando sus palabras,
Me dijo toda la historia
Que entre ella y don Juan pasaba.
Matarse quiso; detuve
Su brazo; y viendo que tanta
Firmeza merece premio,

era este rasgo de generosidad final para compensar el mal efecto de las tercerías y brutalidades de que en el proceso de su enamoramiento se vale. Muy triste personaje es también el hijo del Veinticuatro, el D. Juan, novio de Dorotea, siempre en escondites, siempre neciamente celoso, y dispuesto á desquitarse con la primera dama que encuentra, aunque sea tan liviana como Marcela. Todo lo que se refiere á ésta, y especialmente las escenas de su rapto, pertenecen al género de la farsa; podrán ser teatrales, pero no son poéticas. Tal ingenio como Lope, hubiera debido imaginar otros recursos que un cambio de casa, una mudanza de muebles, una voz fingida (arsenal de las futuras comedias de *capa y espada*), para que campeasen los afectos de amor, de honra y celos, que así, y todo, son el nervio de la pieza y llegan á triunfar de su viciosa estructura.

Hay en el tercer acto de esta pieza un soneto famoso, que desde fines del siglo pasado viene corriendo en antologías y en manuales de Literatura, sin que nadie, que sepamos, entre los muchos que le han transcrito (á excepción de lord Holland, en su libro sobre *Lope de Vega*) (1), haya tenido la curiosidad de notar de qué obra del poeta estaba tomado. Me refiero á aquel tan sabido que principia:

Un soneto me manda hacer Violante.....,

y que contiene juntas la teoría y la práctica del soneto. No fué Lope de Vega el primer poeta nuestro que se ejercitó en tan ingenioso argumento, aunque es, seguramente, quien le desempeñó mejor, sirviendo á su vez de texto para futuras imitaciones en castellano y en otras lenguas. Anteriores al soneto de Lope hay dos, por lo menos, y es posible que éstos y el suyo procedan de algún original italiano no descubierto hasta ahora.

El que parece más antiguo es uno de Baltasar de Alcázar, no incluído en las colecciones impresas y manuscritas que hemos visto de este poeta, pero sí en el *En-*

Allí prometí casalla.
Aprovechóme el valor,
Y quise más ganar fama
De hombre que supo vencerse
(Que es el mayor lauro y palma),
Que dar rienda al apetito.
Y así, en esta cruz sagrada,
Adonde la mano pongo,
Y Dios puso las espaldas,
Juro que esto pasa ansí;
Y miente quien desta dama
Piense ó crea lo contrario.

(1) *Some account of the lives and writings of Lope Felix de Vega Carpio and Guillén de Castro.* Londres, 1817, I, 229.

[illegible] de Gallardo (I, col. 75), donde falta un verso, no sabemos si por estar ilegible en el manuscrito, ó por razones de decoro:

Yo acuerdo revelaros un secreto
En un soneto, Inés, bella enemiga;
Mas por buen orden que yo en esto siga,
No podrá ser en el primer cuarteto.
Venidos al segundo, yo os prometo
Que no se ha de pasar sin que os lo diga;
Mas estoy hecho, Inés, una hormiga
. . . .
Pues ved, Inés, que ordena el duro hado
Que teniendo el soneto ya en la boca,
Y el orden de decillo ya estudiado,
Conté los versos todos, y he hallado
Que, por los versos que á un soneto toca,
Ya este soneto, Inés, es acabado.

En las *Flores de poetas ilustres*, de Pedro de Espinosa (Valladolid, 1605), se lee este otro soneto, á nombre de un *Diego de Mendoza*, que seguramente no es el famoso D. Diego Hurtado, pero que bien puede ser un cierto capitán Diego de Mendoza Barros, natural de Antequera, que vivía en Valladolid precisamente por los mismos años en que Espinosa coleccionó sus *Flores:*

Pedís, Reina, un soneto; yo le hago;
Ya el primer verso y el segundo es hecho;
Si el tercero me sale de provecho,
Con otro verso el un cuarteto os pago.
Ya llegó el quinto: ¡España! ¡Santïago!
¡Fuera, que entro en el sexto! ¡Sus, buen pecho!
Si del séptimo salgo, gran derecho
Tengo á salir con vida deste trago.
Ya tenemos á un cabo los cuartetos.
¿Qué me decís, señora? ¿No ando bravo?
Mas sabe Dios si temo los tercetos.
Y si con bien este soneto acabo,
Nunca en toda mi vida más sonetos;
Ya déste, ¡gloria á Dios! he visto el cabo (1).

En francés ha sido varias veces imitado el soneto de Lope. Los traductores de su

(1) Entre las imitaciones modernas del soneto de Lope recuerdo una del insigne traductor de los Salmos, D. Tomás González Carvajal (*Opúsculos inéditos*. Madrid, 1847, pág. 134); otra del filósofo D. Jaime Balmes (*Poesías póstumas*. Barcelona, 1849, pág. 34), y otra del *Bachiller Francisco de Osuna* (D. Francisco Rodríguez Marín) en sus preciosas notas á las *Flores de poetas ilustres*, de Espinosa, en la reimpresión de Sevilla, 1896, pág. 369.

comedia intercalan la versión de Régnier-Desmarais, que por lo visto ha sido la más popular, y comienza:

Doris, qui sait qu'aux vers quelquefois je me plais,
Me demande un sonnet, et je m'en desespère.....

(*Poésies françoises de M. l'abbé Régnier-Desmarais, secrétaire perpetuel de l'Académie françoise*. París, 1708; pág. 91.)

Régnier confiesa que el soneto es original de Lope. No así Voiture, que en sus *Poésies* (1650; pág. 68) tiene una definición de la composición en trece versos llamada *rondeau*, análoga á ésta del soneto:

Ma foy, c'est fait de moy, car Isabeau
M'a conjuré de luy faire un rondeau.....

La última imitación, y la mejor de todas, es de Enrique Meilhac, y principia así:

Un sonnet, dites-vous? Savez-vous bien, Madame,
Qu'il me faudra trouver trois rimes à sonnet..... (1).

X.—LO CIERTO POR LO DUDOSO.

Publicada por Lope en la *Parte* 20 de sus *Comedias* (Madrid, 1625), con dedicatoria al Duque de Alcalá, D. Fernando Afán de Ribera Enríquez, egregio prócer sevillano, Adelantado mayor de Andalucía, Virrey que fué de Cataluña y de Nápoles, Embajador extraordinario en Roma ante la Santidad del Papa Urbano VIII, Ministro plenipotenciario en el Congreso de Colonia, gran Mecenas de artistas y literatos, y cultivador él mismo de la erudición sagrada y profana y aun de los estudios de lenguas orientales, como lo prueba la polémica que sostuvo con Rioja sobre el título de la Cruz. «No hay facultad (dice nuestro poeta) de que no tenga conocimiento y particular estudio, en el mejor que ha juntado príncipe en Europa: docto en la lengua sira, hebrea, caldaica y griega, cuando de sola la latina, en que es tan eminente, pudiera honrarse cualquier profesor suyo.»

Lo cierto por lo dudoso ha sido reimpresa en el primer tomo de la colección selecta de Hartzenbusch, y traducida al francés por Eugenio Baret con el título de

(1) Tomo estos datos de un artículo de A. Morel-Fatio en la *Revue d'histoire littéraire de la France* (15 de Julio de 1896).

Hay además dos imitaciones inglesas, citadas por lord Holland (I, 230, y II, 225). La primera es de Edwars:

Capricious Wray a sonnet needs must have....;

la segunda, de autor anónimo:

My dearest spouse demands of me a sonnet.....

Hay también imitaciones italianas, entre ellas una que se atribuye al caballero Marino.

Le certain pour l'incertain (1). En el Teatro español, esta linda comedia, hoy tan injustamente olvidada, se ha sostenido hasta tiempos bastante recientes, pero no en su forma original, sino en una refundición, á estilo de las de Trigueros, compuesta en 1803 por D. Vicente Rodríguez de Arellano, y representada aquel año mismo, haciendo Rita Luna el papel de la firme enamorada D.ª Juana, que fué uno de sus mayores triunfos.

Rodríguez de Arellano, que tuvo efímera notoriedad por su comedia *El Pintor fingido* y por las décimas de cierto memorial burlesco, era un adocenado poeta y dramaturgo, famélico traductor del francés y del italiano, algo más literato que Comella y Zavala, pero no de muy diverso gusto, salvo en dos ó tres ocasiones en que tuvo la fortuna de arrimarse á la buena sombra de la poesía antigua. Algún romance morisco suyo recuerda la bizarría de Góngora. Y en el teatro le honra esta refundición de *Lo cierto por lo dudoso ó la mujer firme* (2), de la cual dijo D. Juan Eugenio Hartzenbusch (3): «Arellano, dirigido por Lope, habla y versifica bastante bien; cuando traduce del francés, no sabe castellano: la Musa española, que recompensaba noblemente á los que le prestaban el debido culto, se vengaba de sus detractores.» (4).

No era tan difícil de adaptar á la regularidad clásica *Lo cierto por lo dudoso* como *La Estrella de Sevilla*, y por eso no fueron tantas las supresiones y alteraciones que hizo Arellano como las que había hecho Trigueros. El cambio más importante es, sin duda, la supresión del personaje de la cortesana Teodora, que no sólo es episódico é inútil, sino incongruente con el tono afectuoso y delicado de la pieza. Pero no es tanto lo que quitó como lo que añadió Rodríguez de Arellano. Verdad es que no todas estas intercalaciones son de su cosecha: por ejemplo, la escena del delirio de D. Enrique está tomada de la comedia de Tirso de Molina *Cómo han de ser los amigos*. Pero hay en esta refundición versos nada despreciables que son indisputablemente del pobre Arellano, aunque todo el mundo los haya estado repitiendo y celebrando como si fuesen de Lope. Tal es, por ejemplo, la descripción de la tarde de San Juan en Sevilla:

DON ENRIQUE.

¿Qué es ver el precioso alarde
Que hace de sí placentera,
Ostentando su figura,

(1) *Œuvres dramatiques de Lope de Vega.* Didier, 1874. Tomo II.

(2) La edición que tengo á la vista es de Valencia, 1825, por Ildefonso Mompié, pero hay varias anteriores.

(3) En el prólogo á las *Obras de D. Antonio García Gutiérrez.* (Madrid, 1866.)

(4) No fué éste el unico tributo que la musa dramática de Rodríguez de Arellano pagó al rey D. Pedro. Suya es también, según el testimonio de Moratín, la comedia anónima que corre con el título de *El sitio de Toro y noble Martín Abarca, de un ingenio.* El argumento de esta pieza genealógica está formado de la *Crónica* de Ayala (año VII, cap. II).

Tanta divina hermosura,
Del Betis en la ribera?
¿Qué es ver en el claro río
Tantas barcas enramadas,
De toldos entapizadas,
Formando un bosque sombrío;
Y en ellas alegremente
Bailar todos muy contentos
Al són de los instrumentos
Que acompañan la corriente?

CHICHÓN.

Y ¿qué es ver tanto matón,
Muy erguido y puesto al olio,
Con sombrerazo de á folio,
Ostentando el espadón;
Con retorcido bigote,
Y como inspirando asombro,
Mirar por cima del hombro,
Asomándose al capote;
Ir chorreando pendencia,
Y hacerse lugar, diciendo:
«Apártense: ¿no están viendo
Que aquí va la omnipotencia?
¿Qué es ver á tanta garduña,
De clase y de trato vil,
Buscar, más que un alguacil,
En dónde hincar la uña?
¿Qué es ver á tanta gitana
Decir la buenaventura,
Y hacer pontífice á un cura
Que apenas tiene sotana?.....

De Arellano es también, y no de la comedia primitiva, esta descripción de los celos:

DON ENRIQUE.

Hablas con ese reposo
Porque nunca habrás amado;
Pero no hay más triste estado
Que el de amar y estar celoso.
Son celos una pasión
Que al más cuerdo desatina,
De amor deidad peregrina,
Adúltera sucesión.
. . . .
Son celos haber creído
Una sombra, una ilusión,
Que del sol de la razón

Forma el interior sentido.
  Son celos cierto temor
Tan delicado y sutil,
Que si no fuera tan vil,
Pudiera llamarse amor.
  Son principios de mudanza
Y fin de la obligación;
Son ajena estimación
Y propia desconfianza.
  Son un desengaño *salvo*
Del pensamiento dormido;
Son relojes del olvido
Con despertador de agravio.
  Son cuerpo del pensamiento
Que no le tuvo jamás;
Pasos que amor vuelve atrás
Para correr por el viento;
  Y aunque es semejanza nueva,
De linterna es su costumbre,
Pues vemos mover la lumbre,
Y no vemos quién la lleva.
  Son, finalmente, rigores,
Que amando es fuerza tenellos,
Pues ni amor está sin ellos,
Ni ellos están sin amores......

Claro es que, leídos atentamente estos trozos, no deja de percibirse en ellos cierto sabor de modernismo y alguna expresión impropia del tiempo de Lope; pero la fluidez de su estilo no está mal imitada, aunque mejor lo hizo después D. Dionisio Solís, cuya *Niña boba* continúa suplantando en el teatro á la auténtica *Dama boba* de Lope. Todavía D. Alberto Lista, en uno de los artículos de teatros que en 1821 escribía en *El Censor* (1), confunde los versos de Arellano con los del Fénix de los Ingenios, dándonos de paso muy curiosas noticias sobre la popularidad escénica de que gozaba la obra refundida:

«Es antigua costumbre de nuestras compañías cómicas empezar el año teatral con una de aquellas comedias que llaman *de examen*, porque en ellas los principales actores pueden desplegar su habilidad. Hubo un tiempo en que la medida del verso en la declamación constituía el principal mérito de un actor. Entonces la pieza de examen era la célebre comedia de Calderón, *Afectos de odio y amor*, en la cual casi todos los personajes tienen versos muy llenos y armoniosos, con descripciones líricas y aun épicas, con lances de amor, de celos, de combates y de sorpresas, que la hacen muy difícil de ejecutar para los actores, y aun de entender para los espectadores. Cuando se empezó á dar alguna importancia á la expresión de las

(1) *El Censor, periódico literario*, tomo VII (Madrid, 1821), páginas 225-235.

pasiones, *El mayor monstruo los celos* y *Las armas de la hermosura*, del mismo autor, entraron en lugar de aquella rapsodia caballeresca. *El desdén con el desdén*, de Moreto, sirvió para mostrar el arte de desenvolver un carácter en la escena, y *El Maestro de Alejandro* ó *El Villano del Danubio*, se agregaron después para hacer lucir el papel de barba. Esta costumbre estaba en uso cuando alternaban para la elección de las piezas el galán, la dama, el barba y el gracioso. En el día, las compañías se instalan más modestamente con la comedia de *Lo cierto por lo dudoso:* á lo menos así lo hemos visto practicar varias veces en la corte y en las provincias.

»Esta comedia puede, efectivamente, servir de examen, porque el carácter de la mujer firme es muy bello, está muy bien seguido, tiene excelentes escenas y en ellas muy buenos versos, y afectos muy sentidos y perfectamente expresados. La actriz que representando á D.ª Juana de Castro no interese á los espectadores ni les arranque aplausos, ignora absolutamente su arte. Pero toda la comedia se reduce á este carácter. No tiene acción; acaba por donde empieza. El rey D. Pedro y su hermano aman á D.ª Juana; ésta corresponde al Infante; el Rey llega hasta ofrecerla su mano y su corazón; nuestra heroína no se deja deslumbrar con tan magníficas ofertas: conserva su corazón firme para su amante; y D. Pedro, obligado á hacer lo que hacen todos los reyes de comedia, corona una pasión tan tierna y constante, á pesar de que esta generosidad no es muy conforme á su carácter histórico. Observemos de paso que la misma rivalidad entre D. Pedro *el Cruel* y Enrique de Trastamara, forma el enlace de una tragedia bastante mediana de Voltaire» (1).

¿De dónde sacaría Lista que esta comedia carece de acción? La tiene, muy sencilla sin duda (lo cual, á los ojos de un crítico clásico, debía ser un mérito), pero muy interesante, muy bien graduada, conducida con un artificio técnico que no es la cualidad que más suele abundar en Lope. La acción consiste precisamente en la rivalidad de amor de los dos hermanos y en la heroica resistencia de D.ª Juana á los deseos del Rey; y se desenvuelve por medio de una serie de peripecias ingeniosas y hábilmente manejadas, que conducen á un desenlace natural y felicísimo. El acto primero, el que podemos llamar *de la noche de San Juan*, es una exposición magistral, al mismo tiempo que un cuadro de costumbres nacionales, de los más poéticos y sorprendentes que trazó la pluma de Lope. Es el *sueño de una noche de verano*, pero de una noche de verano en Sevilla: alegrada de músicas, perfumada de azahares, halagada por el tibio ambiente, estrepitosa con el rumor de danzas y serenatas, misteriosa con el prestigio de las supersticiones unidas á la vigilia del Precursor de Cristo. Ya Cervantes las había descrito en su comedia *Pedro de Urdemalas*

(1) La tragedia de Voltaire (*Don Pèdre*) á que alude Lista es la penúltima de su autor (1775). No fué representada nunca, y poéticamente nada vale; pero tiene la curiosidad de estar escrita con espíritu muy favorable á D. Pedro, á quien presenta como un monarca *filósofo* y liberal, víctima del Clero y de la Nobleza.

(jornada primera), y sus versos no son indignos de ser recordados á par de los de Lope:

Niña, la que esperas
En reja ó balcón,
Advierte que viene
Tu polido amor.
Noche de San Juan,
El gran Precursor.....
Muéstratenos clara:
Sea en ti el albor
Tal, que perlas llueva
Sobre toda flor.
Y, en tanto que esperas
Á que salga el sol,
Dirás á mi niña
En süave son:
Niña, la que esperas, etc.
Y á la que desmaya
En su pretensión,
Tenla de tu mano,
No la olvides, non.
Y dile callando,
Ó en erguida voz,
De modo que oiga
La imaginación:
Niña, la que esperas
En reja ó balcón,
Advierte que viene
Tu polido amor.
. . . .

. . . .
Á la puerta puestos
De mis amores,
Espinas y zarzas
Se vuelven flores.
El fresno escabroso
Y robusta encina,
Puestos á la puerta
Do vive mi vida,
Verán que se vuelven,
Si acaso los mira,
En matas sabeas
De sacros olores,
Y espinas y zarzas
Se vuelven flores.
Do pone la vista,
Ó la tierna planta,
La yerba marchita
Verde se levanta;
Los campos alegra,
Regocija al alma,
Enamora á siervos,
Rinde á señores,
Y espinas y zarzas
Se vuelven flores.

Por lo mismo que reina tan absurda preocupación contra las comedias de Cervantes entre muchos que ni siquiera las han saludado (y no excluyo de la cuenta á algunos cervantistas), pláceme llamar la atención sobre estas bellas escenas *folklóricas*, tan poéticas en sí mismas y tan curiosas para la historia de las supersticiones peninsulares. Con esa misma fiesta (transformación cristiana de la del solsticio de verano, que ya nuestros celtíberos celebraban encendiendo hogueras y saltando sobre ellas, según testimonio de Estrabón) se enlazaban otros usos raros, hoy casi perdidos. Todavía en el siglo XVI las muchachas casaderas, con el cabello suelto y el pie en una vasija de agua *clara y fría*, esperaban atentas la primera voz que sonase, y que debía traerles el nombre de su futuro esposo. En la misma comedia de Cervantes que acabamos de citar, dice Benita:

Tus alas ¡oh noche! extiende
Sobre cuantos te requiebran,
Y á su gusto justo atiende,

Pues dicen que te celebran
Hasta los moros de allende.
Yo, por conseguir mi intento,
Los cabellos doy al viento,
Y el pie izquierdo á una bacía
Llena de agua clara y fría,
Y el oído al aire atento.
Eres, noche, tan sagrada,
Que hasta la voz que en ti suena,
Dicen que viene preñada
De alguna ventura buena.

Lope sacó maravilloso partido de todas estas costumbres y creencias, oraciones y hechicerías, no sólo para dar intenso color local á su pieza, sino para traer un golpe teatral de primer orden: la contestación que el infante D. Enrique da desde la calle al rezo de D.ª Juana:

DOÑA JUANA.

Hice, en efecto, este altar
Á San Juan, robé las flores
Al jardín, y á los mayores
Naranjos su blanco azahar.
Trajeron de la alameda
Los olmos que ves aquí,
Con que la sala, por mí,
Transformada en selva queda.
Perfuman el aire olores,
Y entre yerbas circunstantes,
Al San Juan cubren diamantes,
Los arcos fingidas flores,
Y las que son sin violencia
Olorosa maravilla,
Porque no envidia Sevilla
Los jazmines de Valencia.....
Recé, pero nunca oí,
Por más que lo supliqué,
Si ha de ser el conde Enrique
Mi esposo.

DON ENRIQUE.

Señora, sí.

Así como es innegable el parentesco entre *La Estrella de Sevilla* y *La Niña de plata*, también lo es el de este último drama con *Lo cierto por lo dudoso*. No sólo se asemejan en tener casi los mismos personajes (el rey D. Pedro, el infante don Enrique, una dama festejada por el Infante), extendiéndose este paralelismo hasta las figuras subalternas, puesto que Teodora corresponde exactamente á Marcela; no sólo pasan una y otra comedia en Sevilla, y dentro de la particular atmósfera poética de aquella ciudad, tan bien sentida por Lope, sino que hay notable semejanza

en algunas situaciones (la encamisada y la noche de San Juan, visita del Rey y del Infante juntos en *La Niña de plata*, visita del Rey y escondite del Infante en *Lo cierto por lo dudoso*). Pero la variedad inagotable de Lope brilla más por lo mismo que de datos casi idénticos saca una combinación dramática nueva, y muy superior á la que antes había trazado. *La Niña de plata* pertenece á la que podemos llamar su *segunda manera*, menos desordenada y novelesca que la primera, pero todavía distante del grado de reflexión y madurez que tienen las producciones de sus últimos años, una de las cuales es *Lo cierto por lo dudoso*. Lope tuvo el privilegio, muy raro en todos, rarísimo en un genio improvisador, de no perder nunca la lozanía de la imaginación y de ir ganando en arte conforme envejecía. Y no me refiero sólo á la poesía de estilo, que en algunos pasajes de esta comedia, sobre todo en las endechas del primer acto, suena como arrullo de tórtola enamorada:

¿Cómo te has entrado,
Conde, de esa suerte,
Sin ver el peligro
Que tan cerca tienes?.....
Mal San Juan me diste
Con venir á verme;
No fuí yo culpada
De que el Rey te viese.
¡Mal haya el galán
Que al tiempo que viene
Á ver de secreto
La dama que quiere,
Ni aun su sombra trae,
Pues vemos que á veces
Por su sombra sola
El cuerpo se siente!.....
El galán discreto
Avisado quede
Que la misma luna
Pueda conocerle.....
Si he de verte muerto,
Más te quiero ausente;
Dichosas te gocen,
Desdichas te pierden.
Mucho se entra el día,
Ya no le detiene
La noche en su cárcel,
Sus tinieblas vence.
Vense ya los montes
De nubes y nieves
Vestidos y blancos,
Y los prados verdes;
Las flores se miran

En las claras fuentes,
Las aves les cantan
Requiebros alegres.
Ya le dice el alba
Al sol que se apreste,
Que hay medio camino
De Oriente á Poniente.
¿Qué me estás mirando?
Conde, ¿qué me quieres?
Vete, conde Enrique,
Mira que amanece.....

Tales escenas de amor y celos hubiera podido escribirlas Lope en cualquier tiempo de su vida, porque siempre fué gran maestro de ternezas; pero lo que no tenía en su juventud, y llega á conseguir en estas obras últimas, es el dominio y penetración de la psicología femenina, que ningún poeta de los nuestros, salvo Tirso, poseyó en el mismo grado. Es tal la excelencia del carácter de D.ª Juana, que no nos maravilla que algunos críticos hayan creído que el drama se reducía á él. Todo lo que tiene de ingenua coquetería *la niña de plata*, lo tiene de arrogante y generosa pasión, de inquebrantable constancia, la hija del Adelantado, la tierna y altiva D.ª Juana, que aventurando *lo cierto por lo dudoso*, rechaza la corona de Castilla que D. Pedro pone á sus plantas (1).

---

(1) El refundidor Arellano dilató mucho el monólogo de D.ª Juana contemplando la corona, y algunos de los versos que añade son realmente notables para ser de autor tan obscuro, y encajan muy bien dentro de la situación:

Mucho deslumbras, corona,
Mucho puedes, mucho alcanzas,
Muchas son tus esperanzas,
Mucho tu valor te abona;
Muchas dichas eslabonas
De tu círculo al compás;
Mucho persuadiendo estás,
Mucho es tu poder y encanto;
Pero no blasones tanto;
Que hay quien puede mucho más.
. . . .
Sí, Enrique; no un cetro sólo
Dejaré yo por amarte,
Por servirte y regalarte,
Sino cuanto alumbra Apolo:
Hasta el contrapuesto polo,
Arrestada á todo caso,
Verás que sigo tu paso
Y los peligros no temo,
Porque en tus ojos me quemo
Y en tus amores me abraso.

También estos dos últimos versos tan apasionados se los atribuye Lista á Lope. Merecían serlo, pero la verdad es que son de D. Vicente Rodríguez de Arellano. *Suum cuique.*

[illegible] comedia apenas puede llamarse histórica más que por los nombres del Rey y del Conde de Trastamara (1). Don Pedro hace en ella el papel poco lucido de amante desdeñado y burlado; pero en el desenlace nada tiene de cruel, ni siquiera de vindicativo: al contrario, se porta con magnanimidad muy loable, perdonando el engaño y hasta la burla. Sin embargo, quedan lanzadas las semillas del odio entre los dos hermanos, que en [illegible] todavía se mostraban tan bien avenidos [illegible].

XI.—EL MÉDICO DE SU HONRA.

No sé si los admiradores incondicionales de Calderón me agradecerán mucho la exhumación de esta rarísima pieza de Lope; pues aunque ya Schack (3) y Schaeffer (4) dieron noticia de ella, haciendo notar que había servido de original á uno de los más célebres dramas trágicos de aquel preclaro ingenio, tal noticia, como encerrada en libros alemanes, ha corrido muy poco en España. El hecho, sin embargo, es indudable, como se evidencia por la comparación de las dos comedias, publicada la de Lope en 1633 en una *Parte* 27, de Barcelona (de las llamadas *extrava-[illegible]tes* ó de fuera de Madrid), de la cual sólo se conoce un ejemplar incompleto, en la Biblioteca Nacional, procedente de la de Osuna; y dada á luz la de Calderón en 1637, en la *Segunda parte* de sus comedias, recogidas por su hermano D. Jo[illegible].

Presentes tendrá el lector, y fuera superfluo repetir, los justos y aun extremados loores que la crítica de nacionales y extranjeros ha tributado á *El Médico de su honra* de Calderón, llegando algunos, como Lista, á parangonarle con el *Otelo* de Shakespeare (comparación que más bien le abruma que le enaltece, porque los celos de Otelo son humanos, y los de D. Gutierre Alfonso de Solís, bárbaros y sofísticos); calificándole otros, como Schack, de «una de las creaciones más extraordinarias que pueden encontrarse en los vastos dominios de la poesía, á pesar de lo horrible

---

(1) El nombre de la dama recuerda el de D.ª Juana Manuel, que fué esposa de D. Enrique. La rivalidad de amor entre los dos hermanos es pura invención del poeta, pero la han repetido algunos autores modernos, tales como D. José Joaquín de Mora en sus *Leyendas españolas* (1838), y D. Pedro Sabater en su drama *D. Enrique el Bastardo*, representado en Valen-[illegible].

También Voltaire, que seguramente no había leído *Lo cierto por lo dudoso*, supone á don Pedro y á D. Enrique enamorados de una D.ª Leonor de la Cerda; pero el Rey es el preferido, y el Conde el desdeñado, dándose muerte D.ª Leonor por no caer en sus manos.

(2) Los principales críticos de esta comedia, además de los citados en el texto, han sido [illegible].

[illegible] En el *apéndice* á su *Historia de la Literatura dramática*, publicado en 1854 (pági-[illegible]).

[illegible] *Geschichte des Spanischen National dramas*, II, 3-7.

y repugnante del argumento». Nadie puede dudar que *El Médico de su honra*, tal como está impreso en el Teatro de Calderón, es una obra en que el terror trágico llega á su colmo, y en que la vida poética es tan intensa que llega á hacer tolerable hasta la atrocidad de la catástrofe. Añádase á esto el arte maravilloso y nunca fallido de Calderón en lo que toca al plan y combinación de la fábula, en lo que sus contemporáneos llamaban las *trazas;* y la prenda más rara en él (aunque suele encontrarse en las obras de su juventud, como lo es ésta), de un diálogo *relativamente* natural, á la vez que enérgico, y de un estilo bastante limpio de las hojarascas y del amaneramiento barroco en que cayó después.

Pero aquel gran poeta, que como artista puramente dramático, como maestro en la técnica teatral, apenas tiene rivales en el mundo, no poseyó en tan alto grado como otros dones el de la originalidad; y aunque su genio lo transforma todo, y nunca sus imitaciones pueden calificarse de serviles rapsodias, como lo son algunas de las de Moreto, es cierto, sin embargo, que no sólo aprovechó escenas aisladas y trozos de diálogo, á veces larguísimos, y por de contado situaciones y recursos ya empleados por sus predecesores, sino hasta la armazón y la estructura de piezas enteras. Tal acontece con *El Médico de su honra*, refundición admirable y sublime, pero refundición al cabo, de una imperfecta comedia de Lope, que, como otras muchas, ha llegado á nosotros en un texto mutilado y estragadísimo, cuyos groseros y evidentes yerros es imposible achacar al poeta, aunque no siempre vea la crítica modo de subsanarlos. Una breve comparación entre ambas comedias mostrará hasta qué punto la segunda va siguiendo la marcha de la primera.

Los personajes son casi los mismos, y por de contado figuran en primer término el rey D. Pedro y el infante D. Enrique; pero en Lope la mujer se llama *D.ª Mayor*, y el marido *D. Jacinto Ribera*. Calderón ha cambiado estos nombres, algo vulgares, por los más eufónicos y caballerescos de D.ª Mencía de Acuña y D. Gutierre Alfonso de Solís. Pero, como más adelante veremos, ya esta sustitución había sido hecha por Andrés de Claramonte, y quizá se funda en alguna leyenda, hoy desconocida. La escena pasa en Sevilla y sus cercanías, lo mismo en la una que en la otra comedia.

La excelente exposición del primer acto, cuando D. Enrique cae del caballo y es recogido en la quinta de D. Gutierre, es idéntica en ambas obras. Calderón ha suprimido los celos que D.ª Mayor tiene de su esposo, quizá porque no quiso empañar la perfección de su heroína ni siquiera con esta sombra. Además, la presencia de D. Gutierre desde el primer momento en que llega el herido á su casa, produce un grado de concentración dramática mayor que en la obra de Lope, donde el marido tarda en volver de Sevilla. Hay otras leves modificaciones, también de excelente efecto. En la comedia de Lope, D.ª Mayor misma es la que, hablando con su criada, nos informa de las antiguas pretensiones amorosas del Infante. En Calderón se suprime esta conversación preliminar: el encuentro de los antiguos amantes nos coge de nuevas y nos sorprende como súbito relámpago. Todas estas escenas están superiormente desempeñadas por el segundo poeta. No hay rastro en la obra del

primero del diálogo delicadísimo entre los dos esposos, después que se aleja el Infante; ni de aquella valiente exclamación de D.ª Mencía:

Tuve amor y tengo honor:
Esto es cuanto sé de mí.

La segunda parte de este acto pasa, en una y otra comedia, en el alcázar de Sevilla. La antigua novia del D. Jacinto ó D. Gutierre, que viene á querellarse al Rey por la palabra y cédula de matrimonio no cumplidas, en Lope se llama D.ª Margarita Osorio; en Calderón, *D.ª Leonor*, sin apellido. En la comedia del primero habla en romance; en la del segundo, en octavas reales; en una y otra con énfasis lírico, impropio de la situación. La respuesta de D. Pedro, en Calderón, es más grave y menos arrebatada que en Lope, y más conforme al carácter, ya cristalizado en su tiempo, del Rey justiciero (1):

Oigamos á la otra parte
Disculpas suyas; que es bien
Guardar el segundo oído
Para quien llegue después;
Y fiad, Leonor, de mí,
Que vuestra causa veré
De suerte, que no os obligue
A que digáis otra vez
Que sois pobre, él poderoso,
Siendo yo en Castilla Rey.

(1) El D. Pedro rondador de noche por amor á la justicia, aparece por primera vez (según creo) en esta comedia de Lope (acto III):

DON ÁLVARO.
¡Bizarra noche!
DON PEDRO.
Parece
Que para mi pretensión,
Álvaro, en esta ocasión
De pardas sombras se ofrece.
Siempre que salgo á rondar,
Quisiera que así estuviera,
Porque sin riesgo pudiera
Mis delitos escuchar.
El jüez más verdadero
Es, D. Álvaro, de un rey,
Sin eximir de la ley,
El vulgo terrible y fiero.
¡Qué bien delitos relata!
¡Qué sin rebozo los dice!
¡Qué á su salvo los maldice,
Y qué sin riesgo los trata!
Así, por expresa ley
Se había de disfrazar,
Para poder escuchar
Su bien ó su mal, el Rey.

Por lo demás, Calderón no deja perder nada de este acto, ni siquiera el diálogo del gracioso con el Rey. Todo vuelve á escribirlo con distintas palabras, pero siguiendo la misma pauta. Hay pocas refundiciones tan fieles como ésta al sentido del original, y al mismo tiempo tan apartadas de él en la expresión. El que quiera convencerse de que Calderón no era el genio indómito y desbocado que soñaron los románticos, sino, al contrario, un espíritu muy reflexivo, un gran conocedor de las tablas, un poeta de hábitos que pudiéramos llamar clásicos dentro del fecundo desorden de nuestra dramaturgia, no tiene más que fijarse en esta extraña pieza, calcada sobre otra con escrupulosidad casi nimia, pero mejorada siempre con una porción de toques y reparos exquisitos, que más que del arte de Calderón, según la idea que vulgarmente se tiene de él, parecen del arte lamido y refinado de Moratín y de Tamayo. Un hombre *del oficio* puede y debe entusiasmarse con el segundo *Médico de su honra*, porque quizá no se ha visto en el mundo perfeccionamiento igual de una invención totalmente ajena. Este cuidado se reconoce hasta en los pormenores más nimios: el D. Jacinto Ribera contesta al Rey en tono agrio é insolente cuando le interroga sobre las quejas de Margarita; por el contrario, las palabras de D. Gutierre son modelo de discreción y mesura, no menos que de noble dignidad y estimación de sí propio. El primero da por ocasión de su celosa sospecha haber visto á un caballero en el estrado de su dama; el segundo dice que le vió bajar por el balcón, amparado de las sombras de la noche.

Pero no hay idea, intención ni movimiento en el drama de Calderón que no esté en Lope; sólo la forma varía. Fácil es comprobarlo en los dos actos siguientes. Las escenas del jardín son, en sustancia, las mismas; pero Calderón añadió deliciosos pormenores: el sueño de D.ª Mencía, el cantar de la doncella Teodora, todo lo cual hace mayor el prestigio romántico. Tampoco en el diálogo, generalmente hablando, cabe comparación, si bien el buen gusto puede hacer algunas salvedades respecto de aquella *garza* que con remontarse tanto y ser

Rayo de pluma sin lumbre,
Ave de fuego con alma,
Con instinto alada nube,
Pardo cometa sin fuego,

nos hace echar de menos la poética espontaneidad de algunos rasgos de Lope:

¡De noche, á las rejas frías,
Mis suspiros escuchabas!

Calderón se complace en desarrollar lo que su maestro apunta. Son los monólogos la forma poética más propia de un marido celoso; los secretos de honor no se confían á nadie:

¡Ay, honor, mucho tenemos
Que hablar á solas los dos!

Calderón multiplica, pues, los monólogos, tanto en esta pieza como en *Á secreto*

[illegible] que ya había dado en *El Celoso prudente* el maestro Tirso de Molina. Tres soliloquios hay también en Lope, y á la verdad poco feli[illegible] su obra la acción camina demasiado rápidamente: *festinat ad eventum:* nada falta en su comedia de lo que material y exteriormente hay en la de Calderón, pero falta mucho de lo que es el alma poética de la pieza, su vida interior, el conflicto de pasiones, que en Lope hay que adivinar, y que Calderón interpreta [illegible] inflexible lógica dramática. El diálogo nocturno de D. Gutierre con su esposa, es el gran triunfo del segundo poeta: imitar de este modo vale tanto ó más que inventar. Cuando D. Gutierre salta por las tapias del jardín, no es menester que aparezca, como D. Jacinto, con «el sombrero y la capa caída y el pecho lleno de tierra». El valor de la situación no depende de estos accesorios de un realismo grosero, sino del torrente de elocuencia trágica que brota de sus labios.

En el tercer acto, *obra magistral y perfecta*, según dictamen de Schack, Calderón sigue todavía más de cerca el texto de Lope. A éste pertenece, por tanto, la feliz invención del fatídico puñal de D. Enrique, con que D. Pedro se corta impensadamente la mano (1); y le pertenecen totalmente las escenas de la catástrofe, en que Calderón no ha hecho más que atenuar la barbarie de algunos pormenores demasiado quirúrgicos que había en la relación del sangrador. Para no prolongar más un cotejo tan fácil como enojoso, bastará fijarnos en el desenlace, presentando juntos ambos textos.

Dice el Rey á D. Jacinto en la comedia de Lope:

[illegible]
Debes, don Jacinto, su honra,
Pues llega á serlo entre nobles
Las palabras sin las obras.
[illegible]
[illegible]
[illegible] punto le dad la mano.

DON JACINTO.

[illegible]

Dice á D. Gutierre en la de Calderón:

[illegible], menester es
Consuelo; y porque le [illegible]
En pérdida que es tan grande
Con otra tanta ganancia,
[illegible]
[illegible]
Vuestro valor lo que debe,
Y yo cumpla la palabra
[illegible]

No sé qué agüero he ten[illegible]
[illegible]
Enrique de haber así
[illegible]

En la comedia *Audiencias del rey D. Pedro* (acto III) se repite el mismo presagio:

Este es el puñal cruel
Que en sueños anoche vi:
De Enrique el g[illegible]
[illegible]

REY.

Tú me enojas
Si replicas.

DON JACINTO.

Gran señor,
Justo es que yo tema cosa
En que mil peligros veo,
Porque hay mujer que á deshora,
Teniendo el galán en casa,
Con palabras amorosas
Engaña al marido, y luego
Toda la casa alborota;
Y apagando ella la luz,
Viendo que está su persona
En peligro, por delante
De su esposo, presurosa
Saca al galán, el cual deja,
Con el temor que le acosa,
En el suelo aquesta daga.

REY.

Cuando cosa tan notoria
Suceda, pensar que ha sido
De alguna criada loca
Amante, ó que ha sido engaño.

DON JACINTO.

¿Y si después, con celosas
Pasiones, el tal marido
Viniese, entrando á deshora
Por las tapias de su casa,
Y hallando á su mujer sola,
Durmiendo sobre una silla,
Y con traza cautelosa,
Él, apagando las luces,
Con fingida voz y sorda,
Se llegase á su mujer,
Diciendo que era el que en otras
Ocasiones la venía
Á ver; y ella, temerosa,
Su nombre le declarase,
Sin que á su recato oponga
Más intervalos que el miedo,
El asalto y las congojas
De que venga su marido?

REY.

Pensar que es sólo engañosa
Ilusión del sueño vano.....

Por su valor y su fama.

DON GUTIERRE.

Señor, si de tanto fuego
Aun las cenizas se hallan
Calientes, dadme lugar
Para que llore mis ansias.
¿No queréis que escarmentado
Quede?

REY.

Esto ha de ser, y basta.

DON GUTIERRE.

Señor, ¿queréis que otra vez,
No libre de la borrasca,
Vuelva al mar? ¿Con qué disculpa?

REY.

Con que vuestro Rey lo manda.

DON GUTIERRE.

¡Señor, escuchad aparte
Disculpas!

REY.

Son excusadas.
¿Cuáles son?

DON GUTIERRE.

¿Si vuelvo á verme
En desdichas tan extrañas,
Que de noche halle embozado
Á vuestro hermano en mi casa.....

REY.

No dar crédito á sospechas.

DON GUTIERRE.

¿Y si detrás de mi cama
Hallase tal vez, señor,
De don Enrique la daga?

REY.

Presumir que hay en el mundo
Mil sobornadas criadas,
Y apelar á la cordura.

DON GUTIERRE.

Á veces, señor, no basta.
¿Si veo rondar después
De noche y día mi casa?

REY.

Quejárseme á mí.

DON GUTIERRE.

¿Y si cuando
Llego á quejarme, me aguarda
Mayor desdicha escuchando?

DON JACINTO.

Señor, y si el tal marido
Viniendo hallara á su esposa
Escribiendo este papel
Con razones amorosas
Á su galán, ¿qué remedio?

REY.

Jacinto, á tanta deshonra,
Tan pública y tan notoria,
Un remedio de los vuestros.

DON JACINTO.

¿Mío, señor? ¡Notable cosa!
Y ¿cuál es?

REY.

¿Cuál es? Sangrarla.

REY.

¿Qué importa, si él desengaña,
Que fué siempre su hermosura
Una constante muralla
De los vientos defendida?

DON GUTIERRE.

¿Y si volviendo á mi casa,
Hallo algún papel que pida
Que el Infante no se vaya?

REY.

Para todo habrá remedio.

DON GUTIERRE.

¿Posible es que á esto le haya?

REY.

Sí, Gutierre.

DON GUTIERRE.

¿Cuál, señor?

REY.

Uno vuestro.

DON GUTIERRE.

¿Qué es?

REY.

Sangrarla.

Pero aun en este caso, en que la adaptación es casi literal, observamos que Calderon ha añadido dos rasgos de sublime barbarie, uno en boca de D. Gutierre, otro de su nueva esposa Leonor:

DON GUTIERRE.

¿Qué decís?

REY.

Que hagáis borrar
Las puertas de vuestra casa;
Que hay mano sangrienta en ellas.

DON GUTIERRE.

Los que de un oficio tratan,
Ponen, señor, á las puertas
Un escudo de sus armas;
Trato en honor, y así, pongo
Mi mano en sangre bañada
Á la puerta; que el honor,
Con sangre, señor, se lava.

REY.

Dádsela, pues, á Leonor;
Que yo sé que su alabanza
La merece.

DON GUTIERRE.

Sí la doy.

Mas mira que va bañada
En sangre, Leonor.

LEONOR.

No importa;
Que no me admira ni espanta.

En suma, Calderón, que quizá no era tan gran poeta como Lope (ó que lo era de una especie muy diversa), y que seguramente hubiera quedado deslucido poniéndose á luchar con las obras suyas verdaderamente geniales é inspiradas, tuvo el buen acuerdo de elegir para sus incursiones en el inmenso repertorio de su predecesor, obras que, como *El Alcalde de Zalamea* y *El Médico de su honra*, eran de las más admirables en el pensamiento, y de las más informes y desaliñadas en la ejecución; seguramente de aquellas que *en horas veinticuatro pasaron de las musas al teatro*, y que además habían tenido la desgracia de ser abandonadas por su propio autor á la torpeza y la codicia de faranduleros y tipógrafos de mogollón, con lo cual andaban impresas de tal suerte, que ya ni de Lope parecían, y era preciso volverlas á escribir, para darles en acto la inmortalidad que sólo tenían en potencia. Claro es que, dentro de la moral literaria vigente ahora, no se conciben ni toleran tan descaradas, aunque benéficas, intrusiones en la propiedad ajena, pero en el siglo XVII eran corrientes; y el mismo candor con que tan grandes ingenios las cometían, prueba que consideraban el Teatro como un patrimonio nacional, como una especie de propiedad colectiva, no tan anónima como lo habían sido las gestas y los romances, pero todavía bastante próxima á las condiciones impersonales de la poesía épica.

Calderón mejoró, pues, extraordinariamente la comedia de *El Médico de su honra*, pero comenzando por apropiársela íntegra. Y en esta refundición no sólo tuvo presente á Lope, sino también á otro autor de vuelo mucho más bajo, al famoso representante y gran remendón literario *Andrés de Claramonte*, en su comedia *Deste agua no beberé*, inserta desde 1630 en una *Segunda parte de comedias nuevas de Lope de Vega y otros autores*, tomo de los llamados *extravagantes*, que en confuso tropel salían de las prensas de Barcelona y otras ciudades de fuera de Castilla. De Claramonte tomó Calderón los nombres de D. Gutierre Alfonso de Solís y de doña Mencía de Acuña. Su comedia es el más extraño centón que puede imaginarse: parece que Claramonte zurció retazos de las comedias más en boga, sin preocuparse de la unidad del conjunto. No sólo hay reminiscencias de *El Médico de su honra*, sino de *La Fuerza lastimosa* (1), de *El Burlador de Sevilla* (2), de *El Rey D. Pedro en Madrid* (3). La acción, extraordinariamente desordenada, llega hasta los campos de Montiel, y en toda ella se prodigan mucho las sombras y apariciones fantásticas. No interviene en esta comedia D. Enrique, y el enamorado de

(1) Don Pedro, que aquí está presentado como un tirano feroz, manda á D. Gutierre matar á su mujer.

(2) Me lo persuaden los nombres de *Tisbea* y de *D. Diego Tenorio*.

(3) Toda la parte sobrenatural de la comedia.

D.ª Mencía es el propio rey D. Pedro, que en los dos primeros actos se muestra como un tirano brutal y sanguinario, no templándose su fiera condición hasta el [illegible] desenlace, en que el arrepentido Monarca corona de laurel á D. Gutierre y da flores á su esposa.

No sabemos en qué fecha, pero probablemente después de Claramonte y antes de Calderón, hizo una notable imitación de *El Médico de su honra* el judaizante Antonio Enríquez Gómez, en su comedia *Á lo que obliga el honor*, impresa en Burdeos, 1642, formando parte de su libro *Academias morales de las Musas* (1). Aquí los esposos se llaman D. Enrique de Saldaña y D.ª Elvira de Liarte: la acción pasa en el reinado de Alfonso XI, y el servidor de la dama es el Príncipe, luego rey don Pedro, á quien anacrónicamente se supone ya en tratos amorosos con D.ª María de Padilla. Las situaciones son casi las mismas, pero el final es diverso, muriendo doña Elvira, no de una sangría suelta, sino precipitada de una roca por su marido en una cacería en Sierra Morena. La trama está bien combinada, y la locución es pulida y conceptuosa.

El Médico de su honra que actualmente se representa es el de Calderón, levemente refundido por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

XII.—AUDIENCIAS DEL REY D. PEDRO.

Tengo verdadera satisfacción en publicar por primera vez esta notable comedia, que ha llegado á nosotros en un solo manuscrito anónimo y sin fecha, perteneciente antes á la Biblioteca de Osuna, y hoy á la Nacional. Consta el manuscrito de 53 hojas sin foliatura. No es autógrafo, sino copia de teatro, con muchos versos atajados, sin duda para abreviar la representación. Schack, que fué el primer crítico que se hizo cargo de esta comedia, la declaró desde luego obra auténtica de Lope y una de las mejores. Basta leerla, en efecto, para reconocer todos los caracteres de su estilo. En lo que no seré tan afirmativo como el erudito alemán, es en el puesto que asigna á esta obra, que es, ciertamente, de las buenas, pero no de las mejores de Lope, y que, sin salir del ciclo de las concernientes al rey D. Pedro, queda grandemente eclipsada por la de *El Infanzón de Illescas*, con la cual tiene algunos puntos de contacto.

El principal defecto de esta comedia consiste en que el carácter de D. Pedro y sus *audiencias*, que debían ser lo culminante en ella, según la promesa del título, no aparecen más que episódicamente y mezcladas con una intriga amorosa que no carece de interés en sí misma, pero en la cual el Rey no tiene la menor intervención hasta el fin. Es, sin embargo, la más antigua de las comedias castellanas en

(1) Hay un buen estudio sobre ella, y en general sobre las obras de Enríquez, en el libro de Amador de los Ríos, *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España* (Madrid, [illegible]).

que este aspecto tradicional de la figura de D. Pedro, el de sus *justicias* y fallos, *ex aequo et bono*, está presentado con especial ahinco. Esta tradición, que principalmente arraigó en Sevilla, no es de origen meramente poético. Graves arqueólogos del siglo XVII, como Rodrigo Caro, la consignan con circunstancias locales dignas de atención:

«Cerca de la que ahora es puerta principal del Alcázar (dice Ortiz de Zúñiga), estaba un trono elevado sobre gradas, en que el rey D. Pedro daba públicas audiencias á su pueblo. Era todo (dice el Dr. Rodrigo Caro) fabricado de cantería, arrimado á la muralla, sobre gradas altas de buena proporción, y encima estaba una silla labrada de piedra, con su cubierta sobre cuatro columnas, y este tribunal permaneció así muchos años (1).» Todavía en el siglo pasado el viajero D. Antonio Ponz asegura haber visto en pie una de las columnas de aquel tribunal.

Entre estos juicios, que Próspero Mérimée (2) discretamente asimila con los que se atribuyen á los sultanes de Oriente en las novelas árabes, hay uno que por sus especiales circunstancias, y por haber tenido notable desarrollo poético en obras posteriores, requiere alguna más particular explanación. Es el del *zapatero* y el *prebendado*, que ciertamente Lope no inventó, pero que aparece por primera vez (que sepamos) en el acto tercero de esta comedia:

Un prebendado sacó
De mi casa á mi mujer:
Mandó el Arzobispo ayer,
Que del caso se informó,
Que en seis meses no dijera
Misa, ni á la iglesia fuese,
Que cierta limosna diese
Y que á su casa se fuera.
Mis afrentas prosiguió,
Y viendo el remedio incierto,
Junto á su casa le he muerto,
Con que mi agravio pagó.
Pude escaparme, y después
Vengo, señor poderoso,
Afligido y temeroso,
Al sagrado de tus pies.

Don Pedro, aplicando la ley del talión, condena al zapatero querellante á no hacer zapatos en seis meses, y todos se quedan absortos de la prudencia y discreción del juzgador.

El Teatro contribuyó á la difusión de esta conseja, pero no es cierto que la crease, puesto que el concienzudo analista de Sevilla, D. Diego Ortiz de Zúñiga, la re-

(1) Ortiz de Zúñiga, *Anales de Sevilla*, tomo II de la edición del siglo pasado, pág. 165.
(2) *Histoire de Don Pèdre I, roi de Castille* (edición de 1874), pág. 122.

cogió de la tradición oral á fines del mismo siglo XVII, y aun procuró dar de ella una explicación histórica bastante satisfactoria:

«Añadió el Rey este año de 1354 el ordenamiento que á esta ciudad habia dado el de 1351, de que mucha parte se lee en el volumen de las Ordenanzas impresas, y en que se refieren muchos insultos que se cometian por eclesiásticos que faltaban á la obligacion de su estado: «*con armas* (dice) *devedadas no temiendo á Dios, ni catando ni guardando su estado*», de que se ocasionaba que los seglares se provocaban á venganzas por el mismo modo; «*por cuanto* (prosigue) *los jueces de la Iglesia no les dan pena ni escarmiento por ello*»; y concluye: «*Por ende, establezco y ordeno por ley que cualquiera ome lego que de aquí adelante matare ó firiere ó deshonrare á algun clérigo, ó le ficiere algun otro mal en su persona ó en sus cosas, que aya otra tal pena qual habria el clérigo que tal maleficio ficiese al lego, y que los mis alcaldes, ante quien fuere el pleito, que tal pena le den y no otra alguna.*» Dice luego que así pensaba que se excusarían las venganzas que ocasionaban á los legos los defectos de penas en los eclesiásticos que los agraviaban, y remata por esta ley: «*No es mi intento ir contra las libertades de la Iglesia, ni quitar sacrilegio ni descomunion al lego que matare ó firiere ó ficiere mal alguno al clérigo, segun mandan los derechos.*» Lo cual he referido por otro suceso que de esta ciudad y de este mismo tiempo se cuenta entre los notables de este Rey. Que habiendo un prebendado hecho grave ofensa á un zapatero, no experimentó más pena que suspenderlo por algun tiempo de la asistencia á su iglesia y culto; mas ofendido el oficial, tomó pública satisfaccion ocurriendo al Rey, quien lo sentenció á que en un año no hiciese su oficio, que con lo expresado en la ley referida tiene bastante conexion, si acaso á ello no dió motivo» (1).

Ésta y otras anécdotas de nuestro Rey de Castilla fueron atribuídas también por la voz popular á su homónimo y coetáneo D. Pedro de Portugal, tirano á ratos benéfico y á ratos sanguinario é insensato como él, y no menos célebre por sus extravagantes y rápidas justicias, que más de una vez ejecutó por su propia mano, para lo cual solía ir armado de un formidable azote ó vergajo. No sé á punto fijo cuál fuese el primer autor que divulgó, á nombre del Monarca portugués, este cuento, no consignado en la *Crónica* de Fernán Lopes, aunque no falten en ella casos muy semejantes. Donde por primera vez le he leído es en la *Europa Portuguesa* del bueno de Manuel de Faría y Sousa, que ingenuamente compara tal juicio con los más sabios del rey Salomón. Hay algunas variantes en esta versión. El clérigo no aparece culpable de adulterio, sino de asesinato; el matador, que ejecuta su acción por orden del Rey, es un cantero ó albañil, de quien no se dice que tuviese parentesco alguno con el muerto. La sentencia arbitral es la misma (2).

---

(1) *Anales de Sevilla* (segunda edición), tomo II, pág. 137.

(2) *Europa Portuguesa. Segunda edición, correcta, ilustrada y añadida en tantos lugares y con tantas ventajas, que es labor nueva. Por su autor, Manuel Faria y Sousa. Tomo II. Lisboa*, 1679; pág. 185. Don Pedro Ascargorta, en el estimable compendio de *Historia de España*,

Pero sea lo que quiera del origen y fundamento histórico de esta anécdota (que probablemente no tendrá ninguno, á no ser el que discretamente apuntó Ortiz de Zúñiga), es lo cierto que D. Pedro de Castilla, personaje mucho más trágico y solemne que el de Portugal (cuya figura puede decirse que es una reducción de la suya), tuvo virtud de atraer á su persona todas esas historias, y se alzó, por antonomasia, entre los monarcas de su siglo, con el dictado, tan elástico entonces, de *justiciero*, que más propiamente diríamos ejecutor y cumplidor de las venganzas populares. Así aparece en una notabilísima comedia de fines del siglo XVII, *El montañés Juan Pascual y primer Asistente de Sevilla*, que lleva el nombre de D. Juan de la Hoz y Mota, y que en buena parte sirvió de modelo para *El Zapatero y el Rey*, de Zorrilla. Pero basta leer esta comedia para sospechar que, como casi todas las de Hoz y Mota y demás dramaturgos del tiempo de Carlos II, tiene que ser refundición de un original más antiguo. Las buenas cosas que en este drama hay, la penetración histórica y el nervio y la sencillez relativa de algunas situaciones (contrastando con el amaneramiento de otras, en que se reconoce la mano del refundidor), no pueden pertenecer á un autor de extrema decadencia como D. Juan de la Hoz. Esta pieza *sabe á Lope* en muchas escenas, que recuerdan (aunque, naturalmente, con desventaja) otras de *El Villano en su rincón* y de *El Infanzón de Illescas*. Hay otro indicio, que por primera vez ha notado el Sr. Lomba y Pedraja en su precioso estudio acerca de *El rey D. Pedro en el teatro*. El nombre del Asistente de Sevilla, Juan Pascual, que es de pura invención poética, está ya mencionado dos veces en las *Audiencias del rey D. Pedro*, como si se tratase de una persona familiar á los espectadores por otra comedia anterior:

> *A Juan Pascual, Asistente*,
> Dió cuenta de esta desgracia
> Funes...................
> *Juan Pascual*, vuestro Asistente,
> Hallando á Leonardo muerto,
> Y sabiendo el desafío,
> Prendió, señor, á don Diego.....

Pero sea Hoz y Mota autor original de *El montañés Juan Pascual*, sea mero refundidor (como yo firmemente creo) de una comedia de Lope, hoy perdida ó extraviada, lo que ahora nos importa es que en los actos primero y segundo de esta comedia se pone en acción el lance del zapatero y el prebendado, si bien con la atenuación (muy propia del tiempo en que Hoz escribía) de convertir á este último en organista, con lo cual queda en duda si había pasado ó no de las órdenes menores y se salvan mejor los respetos debidos al estado eclesiástico:

---

que añadió á la *Historia Universal* de Anquetil, traducida por el P. Vázquez (tomo XVII; Madrid, 1807; pág. 101), supone que el asesino del clérigo era hijo del albañil á quien aquél había dado muerte en un movimiento de cólera.

De la iglesia el organista,
Por ser más rico, ó por ser
Ordenado, á mi mujer
Solicitaba á mi vista.
Soy un pobre zapatero;
Pero no fuera razón
Que nadie de mi opinión
Juzgue que infamia tolero.
Yo, aunque el lance era cruel,
Antes que adelante pase,
Para que le castigase
Dí cuenta á su juez; mas él,
Como si así remediara
De mi deshonor el daño,
Le condena á que en un año
El órgano no tocara.
Él, que así vió despreciar
Mi queja, dió en ser molesto,
Pues para su fin, con esto
Tenía ya más lugar.
Yo, á quien el punto desvela,
Mirando tal injusticia,
Dí en ser con mucha malicia
De mi casa centinela.
Y un día que entré avisado,
Y juntos los encontré,
Á ella, señor, la maté,
Y salí tras él airado.
Por pies se llegó á escapar,
Que es un ave un delincuente,
Y aunque he andado diligente,
Hasta hoy no le pude hallar.
La vida le quité osado;
La mía aquí te presento,
Pues yo moriré contento
De ver mi agravio vengado.

La poesía romántica se apoderó de este argumento, conocido principalmente por la comedia de D. Juan de la Hoz; y ya de propósito, como Zorrilla, no sólo en el drama antes citado (que para mi gusto es el mejor de los suyos), sino en su leyenda *Justicias del rey D. Pedro*, imitada por el P. Arolas en la suya de *El Zapatero de Sevilla;* ya por incidencia en obras de diverso argumento, ora dramáticas, como *La Vieja del candilejo*, de tres autores (1); ora novelescas, como *El Príncipe ne-*

(1) Dos de ellos, D. Gregorio Romero Larrañaga y D. Francisco González Elipe. El tercero ocultó su nombre con las iniciales *J. M. M.* (¿acaso D. José María Montoto, autor de una esti-

gro en España, compuesto en inglés por el santanderino Trueba y Cosío, y *Men Rodríguez de Sanabria*, uno de los partos menos deformes de la fecunda y desenfrenada fantasía de D. Manuel Fernández y González, se procuró dar novedad al tema mezclándole con otros recuerdos históricos y otras leyendas, ó dilatándole con peregrinos y complicados embrollos, en que el zapatero, adquiriendo proporciones épicas, se convierte en el más fiel confidente y servidor de D. Pedro, y le acompaña hasta la catástrofe de Montiel.

Pero todo esto, aunque muy ingenioso, nada tiene que ver con la poesía antigua, que es de la que ahora únicamente tratamos. Lo que puede haber de legendario en la comedia de Lope *Audiencias del rey D. Pedro*, es únicamente lo que va apuntado. Lo que hay de histórico, aunque muy extrañamente adulterado, son dos relaciones, una del cautiverio del rey D. Pedro en Toro, otra de la muerte del rey Bermejo en Sevilla, fundadas no en la *Crónica* de Ayala, sino en aquella compilación manuscrita que Zurita llamó *Abreviación de las historias de Castilla*; que otros han llamado *Crónica de D. Gonzalo de la Hinojosa continuada por un anónimo*; pero cuyo nombre más propio, según recientes y doctísimas investigaciones de D. Ramón Menéndez Pidal, debe ser el de *Cuarta Crónica general*.

En la primera de estas antihistóricas narraciones se supone que por ser el Rey tan niño cuando falleció su padre, se apoderó del gobierno su hermano el conde D. Enrique, y se hace durar nada menos que *cuatro años* el cautiverio de don Pedro en Toro. En los pormenores de la evasión difiere completamente de Ayala, que la atribuye al tesorero Simuel Leví; acepta la versión, probablemente antigua y popular, que la suponía realizada mediante un concierto con D. Tello: especie nada inverosímil, dada la extraña benignidad con que luego trató D. Pedro á este bastardo, á pesar de sus continuas veleidades políticas y de las numerosas conspiraciones en que tomó parte contra él. El texto de la extraña compilación que antes mencionamos va al pie de estas páginas, y fácil es cotejarle con el de la comedia (1).

---

mable y curiosa *Historia del rey D Pedro*, publicada casi simultáneamente con la de Mérimée?). El drama es de 1838. Procede, en parte, de *El montañés Juan Pascual*, y en parte de un hermoso romance del Duque de Rivas.

(1) *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo CVI. Madrid, 1893. Página 69, cap. CCL:

«*De cómo reynó el Rey Don Pedro, é de las cosas que fizo en su tiempo.*

»Despues que así finó este rey don Alonso, fué alzado por rey el rey don Pedro, su fijo legítimo..... E estovieron él é los dichos sus hermanos bastardos que ovo este rey don Alonso de travieso en doña Leonor de Guzman, su barragana, los cuales fueron don Enrique é don Fadrique, é don Tello, é don Juan, en mucha paz é sosiego, é anduieron por los reynos de Castilla é de Leon sosegando é pacificando el reyno, é aviendo muchos placeres é deportes fasta tanto que el rey don Pedro fué á la cibdat de Leon; é á la entrada que entraba, vido en los palacios de vn caballero, que se decia Diego Fernandez de Quiñones, vn grand cavallero de la cibdat, vna doncella, su parienta deste cavallero, que se decia doña María de Padilla, la

Todavía se aleja más de la verdad, en sentido favorable á D. Pedro (y eso que se trata de uno de los actos más negros de su vida), la abreviada relación del asesinato jurídico del rey Bermejo, puesta en boca del mismo soberano de Castilla:

Rey que delitos abona,
Es indigno de ser rey,
Porque ejecutar la ley
Es conservar la corona
Con mis fuertes castellanos

---

cual era la más apuesta doncella que por estonces se fallaba en el mundo. E el rey cuando la vido, como era mancebo de edat de fasta diez é siete años, enamoróse mucho della é non pudo estar en sí fasta que la ovo, é durmió con ella. E tan grand fué el amor que con ella puso, que non presciaba á sus hermanos, nin á la reyna doña María, su madre, mujer del noble rey don Alonso, nin les facia las honras é fiestas que de antes les solia facer, de lo cual todos ovieron mucho enojo é sentimiento.....»

Prosigue refiriendo la historia del casamiento con D.ª Blanca de Borbón, la defección de don Juan Alfonso de Alburquerque, la intervención de la reina D.ª María, las vistas con su hijo en Tordesillas, la traición y el cautiverio de Toro, y el modo cómo D. Pedro llegó á evadirse.

«E el rey don Pedro partió de Tordesillas aforrado, que non levaba consigo salvo al maestre de Calatrava, é al prior de Sant Juan, é á don Simuel Leví su tesorero mayor de Castilla é su privado é otros algunos sus oficiales. E los hermanos del rey é la reyna su madre, é la reyna doña Blanca de Borbon, su mujer, como sopieron de la venida del rey don Pedro, saliéronlo á rescebir bien dos leguas de Toro, é cuando se vieron todos, descendieron de las mulas en que iban é fincaron las rodillas en el suelo, é besáronles las manos é los pies, é él besóles á todos en la boca, que así mesmo se apeó. E luego comenzó á fablar don Enrique, el conde Lozano, diciendo: «Señor: bien sabemos todos nosotros cómo sodes nuestro hermano é nuestro rey »natural, é vemos que vos avemos errado. Por ende dende aquí nos ponemos en vuestro que- »rer para que fagades de nosotros lo que la vuestra merced fuere, é pedimosvos por Dios que »nos querades perdonar.» E el rey don Pedro, desque esto vido, comenzóse á llorar, é ellos con él, é dende á poco dixo que Dios los perdonase é que él los perdonaba. E tornaron todos á cabalgar, é faciendo grandes alegrías, é corriendo caballos, é jugando cañas, así se fueron para Toro. E el rey iba en medio de las dos reynas; é como el rey don Pedro, é el maestre é prior, é don Simuel Leví fueron entrados por la puerta de la villa que dicen de Morales, luego fué echada una compuerta que no dexaron entrar más gente de la que el rey levaba, é en continente fueron cerradas todas las puertas de la villa de Toro, é se apoderaron de la persona del rey, é leváronlo á su palacio. E en su presencia le fueron dichas asaz feas palabras, é que aunque le pesase, faria vida con su mujer continuamente de noche é de dia. E así mesmo en su presencia fueron presos é muertos los dichos maestre de Calatrava é prior de Sant Juan, é otrosy fué preso é robado el dicho don Simuel Leví, é ficieron otro maestre é otro prior á quien ellos quisieron, é facianle firmar todas las cartas que ellos querian, por tal manera, que se apoderaron de todas las cibdades, é villas, é fortalezas de sus reynos, salvo de la cibdat de Segovia, que estaba alzada por la reyna, su madre. E cuantos obispados, é oficios é beneficios vacaron en tiempo de tres años que este rey don Pedro estovo en esta opresion en todos sus reynos, tantos fueron dados á los que ellos quisieron.

Al rey Bermejo amparé;
En Granada le dejé
Librándole de tiranos.
Por su Mahoma juró
Ser mi amigo; fué á Aragón,
Y como halló ocasión,
Mis fronteras abrasó.
Cercó á Martos y á Jaén,
Llevó infinitos cautivos;
Que sus bárbaros motivos

»E desque el rey don Pedro queria ir á caza, yendo en mula, iban con él mil omes de armas de guarda, é salian con él fasta obra de una legua, á caza de ribera del rio de Duero ó á raposos. E así por esta manera estovo que cuanto sus reynos rentasen en estos tiempos, tanto se tomaron para sí é repartieron sus hermanos é la reyna doña Blanca. E por dar color á estos fechos, non dieron lugar que la madre del rey don Pedro se fuese de la villa de Toro, é caia la guarda del rey á sus hermanos á cada uno su dia. E acaesció que un dia copo la guarda á don Tello su hermano. E el rey don Pedro, sintiéndose opreso é contra su voluntad segund su gran corazon, de estar tanto tiempo en Toro como avia estado, fabló á don Tello su hermano en poridat, rogándole que le diese lugar como él se fuese de allí, pues que en su mano era, é que le daria la villa de Aguilar de Campóo con todas las Asturias de Santillana, é el Señorío é condado de Vizcaya, que serian todos más de sesenta mil vasallos, é que regiria é gobernaria sus reynos é señoríos. E don Tello le respondió que non lo podia él facer, porque todos se tenian fecho pleyto é homenaje de lo non soltar sin consejo é consentimiento de todos.

»E el rey don Pedro le dixo que él como rey le alzaba el pleyto é homenaje de le non tirar los lugares en toda su vida, é que le daria cartas dello. E tanto le afincó que gelo ovo de otorgar. E amos á dos se fueron para una ermita, que es cerca del rio de Duero, adonde andaban á caza. E porque llovia por estonce, se entraron en ella, é allí escribió el rey don Pedro de su mano la merced de los dichos lugares é el pleyto é homenaje con unas escribanías en un pedazo de papel que les dió su secretario de don Tello. E luego que esto fué fecho, mandaron ir á toda la gente de armas tras unos cerros pequeños que ende estaban, é cabalgaron en sendos caballos, é pasaron el rio de Duero á nado con grand peligro, porque por estonce venia mucho crescido. E non curaron de ir á la puente por non ser descubiertos, é comenzaron de aguijar contra Castro Nuño, é allí dexaron los caballos, é tomaron otros, é corrieron cuanto pudieron fasta que llegaron á Medina del Campo, é allí tomaron otros caballos é dexaron los que levaban, é otro tanto ficieron en Arévalo. E así fueron en esta misma noche puestos en la cibdat de Segovia. E como el rey don Pedro se vido en Segovia, escribió cartas á todas las cibdades é villas de sus reynos recontándoles lo que le avia contecido en Toro..... por ende que él revocaba las cartas que le avian fecho firmar contra su voluntad durante la dicha opresion, é que doliéndose dél como de su rey é su señor natural, que le quisiesen todos ayudar, que él entendia de los punir é castigar por justicia, é que mandaba que todos los omes de veinte años arriba é de sesenta años ayuso, todos se viniesen para él luego. E como las cartas fueron llegadas, vínole mucha gente así de pie como de caballo, de unas partes é de otras de sus reynos, é el rey movió contra Toro.....

»E así este rey don Pedro andudo por sus reynos, recobrando sus cibdades, é villas, é lugares, é fortalezas, que ansí tenian dadas sus hermanos é matando é tirando bienes á los que fallaba culpantes en aquel fecho.»

Logró en mi ausencia también.
Dejé la guerra intentada,
Que tan favorable vi,
Y á la Bética volví,
Y el rey Bermejo á Granada.
Los del Consejo junté,
Y viendo su alevosía,
Sin nombre de tiranía,
Acordaron que le dé
Seguro, y venga á Sevilla
Al bautismo de don Juan.
Vino en extremo galán
Con su bárbara cuadrilla,
Donde el Consejo acordó,
Sin que mi opinión manchase,
Que al rey Bermejo matase,
Pues fe y palabra rompió.
Doy esta satisfacción
Porque ya el mundo novel
No dé nombre de cruel
Castigar esta traición.

Tampoco puede dudarse que aquí la fuente ha sido esa misma rapsodia del siglo XV, que Lope leyó manuscrita, ya en su primitivo texto, ya en la apócrifa y disparatada historia apologética de D. Pedro, que lleva el nombre de *Gracia Dei* y que se formó en gran parte con retazos de la *Cuarta Crónica*. Como el genuino texto de esta última, aunque publicado en uno de los más recientes volúmenes de la colección de *Documentos inéditos*, se ha vulgarizado todavía muy poco, y son tan pintorescos los pormenores de su relato, le reproduzco también en nota como pieza necesaria para la ilustración de esta comedia (1).

(1) *Documentos inéditos*, tomo CVI, pág. 7.

«E estando dentro en Aragon faciendo la guerra vinieron nuevas al rey don Pedro que el rey Bermejo de Granada, que avia corrido é robado toda el Andalucía, así los ganados como cativando muchas gentes, é que avia tomado algunos castillos de la frontera que estaban todos seguros, seyendo este rey Bermejo vasallo del rey don Pedro, é el rey don Pedro le avia dado favor cuando reynó, segun que más largamente está escrito en la corónica verdadera deste rey don Pedro, porque hay dos corónicas, la una fengida, por se desculpar de los yerros que contra él fueron fechos en Castilla, los cuales causaron é principiaron que este rey don Pedro se mostrase tan cruel como en su tiempo fué. E como el rey don Pedro sopo esto, acordó de no estar más en Aragon é de se venir para el Andalucía, á fin de se vengar deste rey Bermejo. E por esta cabsa ovo de facer paz con el rey de Aragon, é dióle é entrególe las cibdades, é villas, é fortalezas que le tenia tomadas, que si no fuera por lo que fizo el rey Bermejo, antes de medio año el rey don Pedro tomara todo el reyno de Aragon, segund el gran temor que le avian, é fuera cabsa que fincara para siempre en la corona real de Castilla.

»E partióse é dexó todos los pertrechos é lombardas en Soria, é fuese para Sevilla. E como

Estas *Audiencias del rey D. Pedro* tienen principalmente curiosidad histórica, ó, digámoslo mejor, tradicional y legendaria, pero no por eso carecen de valor poético, aunque éste no sea ni con mucho el que imaginó Schack, ilusionado quizá por el entusiasmo del descubrimiento. La intriga es interesante y terrorífica, de aquellas que agradaban á Montalbán, discípulo predilecto de Lope, y de que dió notables ejemplos en *No hay vida como la honra* y *De un castigo dos venganzas*. Leonardo de Maraver, *mozo arrogante y travieso*, goza por sorpresa á la bella casada Laurencia, usurpando por extraño ardid el lugar de su marido. La dama ofendida se venga de él dándole una cita, y matándole á puñaladas en su propio lecho. Don Pedro aplaude esta *cristiana acción*, y llama á la que la ejecutó *Judit hermosa y valiente*. Es un melodrama espeluznante, pero escrito con mucho talento y brío. Los versos, en general, son buenos, y la elocución rápida y nerviosa, según

---

el rey Bermejo lo sopo, ovo grande temor dél, é este rey don Pedro lo embió asegurar con dos caballeros que allá embió, diciendo que creia que de su voluntad non fué fecho aquel error..... E el rey de Granada desque oyó aquesto, aseguróse mucho, ca non pensó que le tenia otro omezillo. E dende á poco, acaesció que le nasció al rey don Pedro un fijo de doña María de Padilla en Sevilla. E embió convidar al rey Bermejo que viniese á las fiestas que avia de facer por el nascimiento de su fijo, é á ser su compadre. E el rey Bermejo dixo que le placia; pero que le embiase su seguro; é el rey don Pedro gelo embió, é luego se vino este rey Bermejo para Sevilla é troxo consigo seiscientos caballeros, los más onrrados é más ricos del reyno de Granada, los cuales é él para aquellas fiestas vinieron los más guarnidos que pudieron. E desque este rey don Pedro sopo de la venida del rey don Bermejo, mandó adereszar cuantos juegos se facian en Sevilla cuando rescebian á él é á los otros reyes, é fizo desde la puerta del alcázar por donde entró poner en el suelo alhombras, é á las paredes paños de Ras ricos, é en el cielo paramentos colorados, é saliólo á rescebir él, é toda su caballería fasta dos leguas camino de Carmona por donde él venia. E desque se vieron, abrazáronse é diéronse paz estos dos reyes; é desy todos los otros caballeros moros que con él venian, besaron las manos al rey don Pedro, é así se vinieron para Sevilla con muchas trompetas é atabales, é faciendo grandes alegrías, é entraron por la cibdat fasta el alcázar. E fué aposentado el rey Bermejo en el Alcázar nuevo que este rey don Pedro mandó facer, que es la más rica é la más onrrada labor que por estonce ovo en todo el mundo, en especial el palacio del Caracol, que en el suelo todo está de piedras grandes de labastro é de jaspes muy ricas, é en las paredes é en el cielo está todo de oro é de azul dacre, é lleno de mármoles chicos é grandes de muchos colores..... E él aposentóse en el alcázar viejo, é mandó adereszar bien de cenar para el rey de Granada de muchos manjares de diversas maneras, é mandó que los otros moros fuesen muy bien aposentados por la cibdat. E desque ovieron cenado, el rey don Pedro llamó á consejo al conde don Tello su hermano, conde de Vizcaya, é á don Simuel Leví su privado, que le decia el rey padre; é otrosy á los letrados de su consejo, é los otros grandes caballeros que con él estaban. E estando así juntos, díxoles. «Los que aquí fuestes ayuntados es que vos quiero preguntar que me digades si un... que »branta á otro cualquier juramento, é pleyto, é homenaje que le tenga fecho, no aviendo cabsa »de lo quebrantar, é el otro despues le quebranta á él, despues de aquel yerro fecho, cualquier »seguro, é pleyto, ó homenaje que le aya fecho, si por esto si yerra en cuanto á Dios é al mundo.»

»E el conde don Tello, como lo oyó, ovo rescelo, pensando que por él lo decia, por el error que le ficiera con los otros sus hermanos en su opresion, é respondiole é díxole que por quién

correspondia al argumento. Lope debió de escribir esta comedia en Sevilla, á juzgar por las alusiones locales que contiene, y especialmente por la descripción de un juego de toros y cañas que se lee al fin de la primera jornada, y en la cual figuran los apellidos más ilustres de aquella ciudad.

XIII.—EL REY D. PEDRO EN MADRID,

Ó EL INFANZÓN DE ILLESCAS.

Impresa con el segundo título en la *Parte XXVII* (extravagante) de las comedias de Lope de Vega (Barcelona, 1633), que es precisamente la misma en que aparece *El Médico de su honra*. Es uno de los libros más raros de nuestra literatura

---

lo decia. E el rey dixo que primeramente queria saber lo que sin cargo podia facer, é que gelo dixesse. E por los letrados é por todos fué acordado que non erraba en cosa alguna el que le avian quebrantado seguro é pleyto é homenaje, é le quebrantar él quebrantar despues otro, é que así lo querian los derechos é leyes antiguas. E como el rey esto oyó, dixoles que ya sabian cómo este rey Bermejo de Granada, que era su vasallo, é por su mano era recebido por rey en Granada, á pesar de la mayor parte del reyno, el cual le tenia asegurado por sí é por reynos, é aun fecho juramento en su ley de le ayudar contra todos los omes del mundo cuando lo oviese menester, é de le non facer mal nin daño á él nin á sus reynos, é que estando faciendo guerra al rey de Aragon, é teniéndole ganada grande parte de su reyno, é aquél teniendo en tanto aprieto que todo gelo queria entregar, para lo dejar consumido en la corona real de Castilla, segund que antiguamente fué en tiempo de los reyes de España, que el rey Bermejo, non mirando á cosa alguna de los beneficios pasados é al seguro, que le avia entrado por el su reyno del Andalucía, é le avia robado todo el campo é captivado muchos de sus vasallos, veyendo que en el reyno non avia algunos caballeros, que todos estaban con él en su servicio en la guerra de Aragon, é que pues lo tenia en su poder, que su voluntad era de facer justicia de él, porque á él fuese castigo, é á los otros exemplo. E por todos fué acordado que era bien, como quier que quisieran que por otra manera lo prendieran, mas non se podia facer. E luego mandó prender al rey Bermejo é á todos los otros cavalleros moros que con él venieron, é mandólos tomar todo cuanto traxeron de su tierra, é tanto fué, que fueron de piedras presciosas é perlas gordas de aljófar, que fué en número de un cafiz, sin las otras joyas é ropas é jahezes, é espadas moriscas, é caballos, é acémilas, é moneda de oro, que non ha número.

»E otro dia en la mañana mandó cavalgar al rey Bermejo en un asno, é diéronle la cola por rienda, é mandólo sacar al campo de Tablada, é mandólo atar á un madero que ende estaba fincado, é mandó que le jugasen á las cañas. E fué acordado que porque era rey, que el rey don Pedro le tirase la primera caña; pero él non le quiso tirar caña, salvo una lanza que le pasó de parte á parte. E luego le fueron dadas tantas cañaveradas que apenas le quedó cosa sana en el cuerpo al rey Bermejo, de que luego murió.

»E el rey don Pedro mandó facer pesquisa de cuáles de sus caballeros entraron con él á robar el Andalucía, é á los que falló que no vinieron, mandóles tornar todo lo suyo, é embiólos en paz á su tierra, é todos los otros fueron captivos, é algunos de ellos muertos. E luego de mano del rey don Pedro fué alzado por rey de Granada el rey Mahomad su vasallo, é fízole otro tal seguro é pleyto omenaje, é guardólo mejor que el otro, segund adelante oirédes.»

dramática, y por mi parte no conozco más ejemplar que uno incompleto que posee nuestra Biblioteca Nacional.

Juzgo que es ya hora de reintegrar á Lope de Vega en la posesión de este grandioso drama histórico-fantástico, de la cual quieta y pacíficamente había gozado hasta 1848, en que por mera cavilosidad crítica, y no por hallazgo de ningún documento, se puso en tela de juicio lo que para mí es verdad inconcusa. La gran difusión de la *Biblioteca de Autores Españoles*, donde se incluyó la comedia del *Infanzón* entre las escogidas de Fr. Gabriel Téllez; el prestigio de un erudito concienzudo que era al mismo tiempo autor dramático eminente; y por último, la pereza que sienten la mayor parte de los lectores para entrar por sí mismos en estas cuestiones de autenticidad y orígenes, en que se fían por lo común de la palabra que tienen por más autorizada, han producido una especie de hábito irreflexivo de citar esta comedia con el nombre de Tirso de Molina.

A mi entender, la atribución de este drama al fraile de la Merced, aunque aceptada con rara docilidad por la crítica, no descansa más que en un capricho del sabio y benemérito D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que con su autoridad arrastró á otros muchos, sin estar él mismo muy convencido de lo que afirmaba. Es más: Hartzenbusch rectificó, andando el tiempo, esta opinión suya, que tampoco había presentado nunca en el tono afirmativo con que otros la han repetido. En las notas que puso al catálogo de las comedias de Lope de Vega formado por Chorley, Hartzenbusch vuelve sobre sus pasos, y llega, aunque tímidamente, á la única conclusión que yo creo aceptable: *El Infanzón de Illescas* es una comedia de Lope, refundida por Andrés de Claramonte (1).

Cuatro nombres andan en este litigio: Lope, Tirso, Calderón y Claramonte. El primero que hay que descartar es el de Calderón, con cuyo nombre se publicó en una *Quinta Parte* apócrifa de sus comedias, que suena impresa en Barcelona (1677,

(1) Para que nadie pueda escudarse con la autoridad, para mí siempre respetable, de Hartzenbusch, transcribiré sus propias palabras. En el prólogo de las *Comedias de Tirso* (1848), decía: «*El Infanzón de Illescas* ha sido atribuído á Lope: *el que damos nosotros*, *ni es de Lope, ni quizá tampoco sea de Téllez*; pero es una obra casi desconocida, muy digna de ser estudiada, ***y no faltan razones*..... para atribuírsela á Téllez: por eso la incluímos entre las suyas.**»

Estas razones constan en el *Catálogo* que viene después, y pronto las discutiremos; pero en el mismo *Catálogo* reconoce Hartzenbusch que la comedia «*El Rey D. Pedro en Madrid*, tal como se lee impresa y manuscrita, ni puede pertenecer exclusivamente á Lope, ni á Téllez, ni á Claramonte». Y más adelante acentúa su indecisión, diciendo: «Sea esta comedia de Lope, sea de Téllez y de Claramonte, ó de otro, lo cierto es que era rarísima, y que es una de las creaciones **más notables del Teatro español en su época.**»

Y como arrepentido de todo lo que antes había conjeturado, escribió en 1860 en el tomo IV de las *Comedias de Lope* (pág. 550): «Eso dije años ha: hoy no me atrevería, seguramente, á estampar otro tanto. Rasgos hay en *El Infanzón* que parecen de Tirso; *pero me parece ya que son pocos*: de Lope no hay mucho. *Será tal vez una refundición*, *hecha por Claramonte sobre la comedia de Lope.*»

por Antonio La Caballería, torpe falsificación que aquel gran poeta rechazó indignado, en el prólogo del primer tomo de sus *Autos*, con estas palabras: «Pues no contenta la codicia con haber impreso tantos hurtados escritos míos, como andan sin mi permiso..... y tantos como sin ser mios, andan impresos con mi nombre, ha salido ahora un libro intitulado *Quinta Parte de Comedias de Calderon*, con tantas falsedades como haberse impreso en Madrid y tener puesta su impresion en Barcelona; no tener licencia ni remision ni del Vicario ni del Consejo, ni aprobacion de persona conocida; y finalmente, de diez comedias que contiene, no ser las cuatro mias, ni aun ninguna pudiera decir, segun están no cabales, adulteradas y defectuosas, bien como trasladadas á hurto para vendidas y compradas de quien ni pudo comprarlas ni venderlas.»

Que *El Rey D. Pedro en Madrid* no era una de las diez comedias que Calderón reconoció por suyas, aunque alteradas, en esta *Parte Quinta*, lo prueba el hecho de no haberla incluído en la lista definitiva de sus obras que envió al Duque de Veragua, y el de ponerla resueltamente Vera Tassis en el número de las piezas supuestas que corrían á nombre de aquel ingenio. Por otra parte, así como no siempre es fácil determinar si una obra pertenece á Lope ó á Tirso, poetas de un mismo tiempo y de un mismo gusto, y más afines de lo que el vulgo cree, es de todo punto imposible confundir una comedia de Calderón con una de sus predecesores. Calderón, artista grande, pero esencialmente barroco, tiene una *manera* que trasciende, no sólo al estilo, sino á la total composición y al artificio dramático. Esta *manera*, después de él fué imitada por todo el mundo, pero antes de él no existía. *El Infanzón de Illescas* pertenece á la época *libre* del Teatro español, no al convencionalismo reflexivo de su vejez.

En Andrés de Claramonte no hay que pensar como autor original. Era un dramaturgo vulgar y adocenado, que, siendo comediante de oficio y viéndose obligado á abastecer la escena con novedades propias ó ajenas, se dedicó á la piratería literaria con el candor con que ésta se practicaba en aquel tiempo, y del cual daban ejemplo grandes poetas. ¿Qué fué Moreto, en la mayor parte de sus obras, sino un Claramonte muy en grande? ¿Cuándo hizo Claramonte mayor plagio que el de Calderón en *Los Cabellos de Absalón*, copiando *ad pedem litteræ* un acto entero de *La Venganza de Tamar* del maestro Tirso? Todavía Claramonte podía alegar disculpas que no alcanzan á esos grandes poetas: su pobreza, su oficio, entonces tan abatido, su ninguna preocupación literaria. Ni se le pueden negar ciertas cualidades, inferiores sin duda, pero muy recomendables: conocimiento de la escena y cierto brío y desgarro popular, que principalmente lucen en su comedia soldadesca de *El Valiente Negro en Flandes*. Lo intolerable en Claramonte y lo que prueba la penuria de su educación literaria, es el estilo. Por raro caso en su tiempo, Claramonte escribe mal, no ya por culteranismo ó conceptismo, como muchos otros, sino por incorrección gramatical grosera, que hace enmarañados y obscuros sus conceptos. Este desaseo y torpeza de expresión es, por decirlo así, la marca de fábrica de su Teatro, y sirve de indicio casi infalible para deslindar lo que realmente

le pertenece en las obras que llevan su nombre. Así sucede en *El Rey D. Pedro en Madrid*, título que tiene *El Infanzón* en un manuscrito de la Biblioteca de Osuna (hoy de la Nacional), donde está con nombre de Claramonte. Luego hablaré detenidamente de este manuscrito, y procuraré fijar en qué consistieron las interpolaciones de Claramonte (*Clarindo*), que en lo esencial respetó el texto primitivo.

Pero este texto primitivo ¿de quién era, de Lope ó de Tirso? Con nombre de Lope está en la más antigua edición conocida hasta hoy, en una *Parte* 27 de Barcelona, 1633, de las llamadas *extravagantes;* con nombre de Lope también en una edición suelta. Se dirá que el testimonio de las partes apócrifas y de las ediciones sueltas ha de recibirse siempre con cautela; pero guardémonos de exagerar la fuerza de este argumento, porque, en resumidas cuentas, ¿en qué se funda la atribución de *El Burlador de Sevilla* á Tirso (de cuyo estilo bien puede decirse que apenas tiene un solo rasgo), sino en el testimonio de esas partes apócrifas y *extravagantes* de Barcelona y de Valencia? Si *El Burlador* hubiera llegado á nosotros anónimo, todo el mundo, sin vacilar, hubiera dicho que era una comedia de Lope, de las escritas más de prisa; y no faltan críticos extranjeros, eruditísimos por cierto, que así lo estimen.

Por poco que valga la palabra del editor de 1633, ¿valdrá menos, por ventura, que la fe de un manuscrito *moderno*, único en que se atribuye esta obra á Tirso, según declara Hartzenbusch? Manuscrito *moderno*, tratándose de Tirso, no puede ser más que una copia del siglo pasado, á lo sumo, y quizá del presente. Yo creo en la existencia de ese manuscrito sobre la honradísima palabra del venerable D. Juan Eugenio Hartzenbusch; pero al ver que el texto de *El Infanzón de Illescas* que él publicó, en nada sustancial difiere del refundido por Claramonte, me doy á pensar que ese manuscrito *moderno* no era ni más ni menos que una copia del manuscrito de Osuna, sacada para cualquier curioso, que de propio arbitrio adjudicó la comedia á Tirso de Molina.

Si atendemos á las pruebas extrínsecas, debe prevalecer, por consiguiente, la inmemorial posesión de Lope. Y llegando á razones de otro orden, debo decir que todos los elementos de *El Infanzón de Illescas*, ya en lo que toca á la idealización del carácter de D. Pedro, ya en los principales incidentes de la fábula, ya en la parte sobrenatural que da tan misterioso carácter á esta obra, se hallan esparcidos en diversos dramas de nuestro poeta, según paso á demostrar mediante una comparación brevísima.

Quien lee sucesivamente *El Infanzón de Illescas* y *Los Novios de Hornachuelos*, comedia indisputada de Lope, cree á ratos leer un mismo drama, con título y personajes diversos. La semejanza llega á ser identidad en algunas escenas, y lo sería más de continuo si las escorias del estilo de Claramonte no hubiesen enturbiado el limpio raudal de la poesía de Lope en la primera de estas obras. Lope Meléndez, el lobo de Extremadura, es un trasunto de Tello García de Fuenmayor, infanzón de Illescas, así como D. Enrique *el Doliente* lo es del rey D. Pedro, aunque más humanizado y menos vindicativo, como lo exigía el distinto carácter histórico de ambos monarcas.

«¿No temes al Rey?», pregunta á D. Lope su confidente Mendo, y él responde:

Aquí
No alcanza el poder del Rey:
Sírveme el gusto de ley;
No hay otro rey para mí.
Lope Meléndez no más,
Es rey en Extremadura....

. . . .

Mi bisabuelo decía
De ordinario, y con verdad,
Que esta que llaman lealtad,
Nació de la cobardía;
Que en el principio del mundo,
El que tuvo más valor,
De esotros se hizo señor.....

Se presenta un rey de armas, de parte del Rey, á Lope Meléndez. La escena es admirable, y tiene desarrollos que no hay en *El Infanzón de Illescas*, y sobre los cuales insistiré al tratar especialmente de *Los Novios de Hornachuelos.* Ahora me limitaré á lo que es más semejante en ambas piezas:

Respondedle al Rey, que Lope
Meléndez su carta oyó,
Y que se espanta que ignore
Su bizarra condición.....

. . . .

Sin acordarse que soy
Ricohombre en la Extremadura,
De caldera y de pendón;
Que mi padre, que Dios haya,
Más vasallos me dejó
En ella, que tiene almenas
Burgos, Toledo y León;
Y que desde este castillo,
Que mira, en naciendo, el sol,
No veo cosa de quien sea
Otro dueño, sino yo;
Golfos de ganados míos
Inundan los campos hoy;
Cuanto se ve nieve, es grana;
Oro, cuanto flor se vió.
Mis toros, con el de Europa
Tienen sola emulación;
Mis caballos, con los que
Rige el planeta mayor;
Que naciendo en mis dehesas,

Tan partos del viento son,
Que en su esfera pasan plaza
Con el neblí más veloz.....
Las diez leguas de la puente
De Guadïana, al vellón
Que sus esmeraldas pace,
Senda estrecha pareció.
Si el Rey menester hubiera
Dineros, pídamelos,
Porque de marcos de plata
Tengo lleno un torreón;
Si soldados, mis vasallos
Tienen tan grande valor,
Que faltan mundos que rindan
Los aceros que les doy;
Que para armar cuatro mil
Hidalgos en Badajoz,
Tengo una hermosa armería
De arneses tranzados hoy.
Yo estoy en Extremadura
Con gusto, gracias á Dios:
Estése Enrique en Madrid,
Que es hermosa población.....
Y no dejen de llevarle
De comer á este infanzón
Á su posada, Jimeno;
No diga el Rey que llegó
Criado suyo á mi casa
Sin sacar ningún honor.....

REY DE ARMAS

Yo no vengo á descansar
Ni á comer, sino á ser hoy,
De las órdenes del Rey,
Tan legal ejecutor,
Que he de volverme á la corte
Desde aquí.

LOPE.

Vaya con vos
El cielo.

REY DE ARMAS.

El Rey tomará
La justa satisfacción
Que piden desobediencias
Tan grandes.

LOPE.

Tomara yo
Que fuera de espada á espada,

Porque viéramos los dos
Quién ser por valor merece
Vasallo ó rey.

REY DE ARMAS.

Yo me voy,
Por no ocasionarle más
A tu libre condición
Desacatos contra el Rey.

LOPE.

Cuerdo andáis, atento sois,
Antes que por el atajo,
Desde aquese corredor,
Os ponga yo en el camino
De Madrid.....

Los mismos bríos, la misma soberbia de su riqueza y alcurnia, la misma ponderación de sus labranzas y rebaños, idéntica arrogancia y vanagloria muestra el don Tello de *El Rey D. Pedro en Madrid*; de igual modo desafía la potestad regia:

Yo, don Fernando, soy Tello García
De Fuenmayor, yo el Infanzón de Illescas:
Cuanta campiña veis, se nombra mía,
Que mías son sus cazas y sus pescas.....
Esta sierra, que en cumbres se dilata,
Con Guadarrama á competir se atreve,
Bordando en copos de viviente plata,
Rica y feliz, sus túnicas de nieve.
Torrente es si á los llanos se desata,
En que abismos de lana el campo bebe,
Dando al viento penachos cristalinos:
Tantos son mis lucientes vellocinos.
El Tajo y el Jarama, en vacas bellas
Ejércitos me dan, del sol decoro.....
Cuanto la vista en la aprensión se pierde,
Océano es de mieses que en guirnalda
Espera que la aurora al sol recuerde
Cuando entre sombras le volvió la espalda.
Cuanto de aquí se ve, diluvio es verde;
Cuanto de aquí se admira, es esmeralda.....
Cuanto toca á la sangre, mi nobleza
Se deriva á los Reyes de Castilla:
Mía es su Majestad, mía es su Alteza,
Que en mí Pelayo restauró su silla;
Que antes que él coronara su cabeza,
Ni embotara en alarbes su cuchilla,
Atropellando fieros escuadrones,
Ya era mi casa alcuña de infanzones.....

Fuera desto, por mí y por esta espada,
Soy la primera casa desta tierra;
No hay á mi gusto empresa reservada
En cuanto ve lugar ni casa encierra.
Mi voz es como el cielo venerada;
Dueño soy de la paz y de la guerra.....
Mi renta es dos mil doblas alfonsíes,
Que me pagan el miedo y el decoro,
No en blancas castellanas ni en ceutíes,
Que da el comercio al portugués tesoro;
Oro es en meticales y en cequíes,
Moneda que en España dejó el Moro.....

Puede suceder que la forma poética de este trozo esté refundida, y á ello nos inclinamos. Hay, especialmente en los versos que suprimimos, muchos rasgos gongóricos, que no parecen de Lope, aunque más de una vez incurrió en ellos, sobre todo cuando escribía en octavas de versos endecasílabos y se proponía remontar el tono. Pero lo indudable es que una de estas relaciones está calcada sobre la otra. Y este calco prosigue en toda la composición, y especialmente en el lance capital del abatimiento del ricohombre forzador, tirano é insolente. Presentes están en la memoria de todos aquella asombrosa escena en que *el buen Acevedo* (en la primitiva comedia que ahora consideramos), ó *el buen Aguilera*, en la conocidísima refundición de Moreto, sufre, refrenando á duras penas su ira, los descomedimientos del Infanzón; y aquella otra en que combate con él cuerpo á cuerpo y le rinde y postra á sus pies, como rey y como caballero. En *Los Novios de Hornachuelos* estas escenas se reducen á una, lo cual les hace perder mucha parte de su fuerza; pero el final es exactamente el mismo:

Lope Meléndez, yo soy
Enrique; solos estamos:
Sacad la espada; que quiero
Saber de mí á vos, estando
En vuestra casa, y los dos
En este cuarto encerrados,
Quién en Castilla merece,
Por el valor heredado,
Ser rey ó vasallo lobo
De Extremadura. Mostraos
Soberbio agora conmigo
Y valeroso, pues tanto
Desgarráis en mis ausencias.
Venid, que tengo muy sano
El corazón, aunque enfermo
El cuerpo, y que está brotando
Sangre española de aquellos
Descendientes de Pelayo.

LOPE.

De rodillas.

Señor, no más; vuestra vista,
Sin conoceros, da espanto.
Loco he estado, ciego anduve:
¡Perdón, señor! Si obligaros
Con llanto y con rendimientos
Puedo, como á Dios; cruzados
Tenéis mis brazos, mi acero
Á vuestros pies, y mis labios.

REY.

Lope Meléndez, ansí
Se humillan cuellos bizarros
De vasallos tan soberbios.

Si á esto se agrega que las tropelías amorosas de Lope Meléndez son las mismas que se atribuyen á D. Tello, habrá que convenir en que *Los Novios de Hornachuelos* (prescindiendo de la parte cómica, fundada en el dicho popular que da título á la pieza) es una *segunda prueba* de *El Infanzón de Illescas.* Ni Lope ni Tirso calcaban tan servilmente invenciones ajenas, pero solían sin escrúpulo plagiarse á sí propios y apurar una misma combinación dramática en diversas fábulas. Los dos dramas tienen que ser de un mismo poeta; y como la paternidad de *Los Novios de Hornachuelos* nadie se la disputa á Lope, suyo tiene que ser también *El Infanzón de Illescas,* á lo menos en una parte principalísima. Cierto que la primera de estas comedias, aunque mejor escrita en general (porque ha llegado á nosotros en texto más puro), es por todo extremo inferior á la segunda en grandeza trágica, en prestigio fantástico, en amplitud de acción, y sobre todo en lo potente de la visión histórica y en la extraña y sombría profundidad del carácter de D. Pedro.

Pero téngase presente que la inspiración no á todas horas es igual, y menos puede serlo en artistas tan geniales, imprevisores y despilfarrados, como Lope, capaces de elevarse á lo sublime y descender á lo trivial, no ya en obras distintas, sino dentro de una misma obra y de una misma escena. Maravillas como *El Rey D. Pedro en Madrid* no se producen sino en aquellos felices y rápidos momentos en que con el *demonio interior* del poeta colabora el *demonio exterior* de la tradición, que ha ido elaborando lentamente una figura. Tal aconteció con la del Rey, llamado por unos *Cruel*, y por otros *Justiciero.* Una y otra noción eran falsas por lo incompletas: herencia de odios de bandería, de pasiones vulgares y mezquinas. La alta serenidad artística del prodigioso ingenio se levantó sobre ellas, y reflejó idealizada la imagen de un D. Pedro siniestro y terrible, pero grande, cruelmente justiciero, personaje fatídico, como los de la tragedia antigua, circundado de sombras y presagios del otro mundo, pero no rendido jamás ni por el peso de su conciencia ni por la visión de la inminente catástrofe, que el poeta, con arte supremo, ha conseguido que no se apartase un punto de la imaginación de los espectadores, aunque no éntre en el

drama. Esta grande y teatral figura nació de una extraña pero fecunda confusión entre la *Crónica* de Ayala y la tradición popular. Admirablemente lo ha notado un joven y penetrante crítico, cuyo trabajo llega á mis manos en el momento de escribir estos renglones (1).

En ninguna de las comedias de Tirso que hoy conocemos aparece D. Pedro ni como protagonista ni como figura secundaria. Carecemos, por consiguiente, de todo recurso para conjeturar cómo la hubiera tratado. No sucede lo mismo respecto de Lope, que en siete diferentes piezas sacó á las tablas á aquel Monarca. Y aunque tres ó cuatro de ellas sean comedias de intriga y amor, donde nada ó casi nada ha podido quedar de la realidad histórica, todavía en *La Niña de plata* se vislumbra la superstición astrológica compañera del destino de D. Pedro; en *El Médico de su honra* se acentúan más los agüeros con la daga de D. Enrique, y en esta misma comedia encontramos ya el D. Pedro rondador, vigilante y justiciero. De las más propiamente históricas, ninguna tan adecuada para nuestro fin como la de *Audiencias del rey D. Pedro*, en que este concepto popular aparece enteramente desarrollado, y en que los juicios del mercader y del albañil, del zapatero y del prebendado, denuncian haber salido (aunque esta vez con más energía) de la misma pluma que trazó la escena de los pretendientes en *El Infanzón de Illescas.* Cierto que ninguna de las obras de Lope presenta reunidos y concertados todos los materiales que entraron en esta construcción definitiva, pero puede asegurarse que no hay uno solo de ellos que no se derive de alguna obra suya. Aun la aparición de la sombra del clérigo de Santo Domingo, sobre la cual luego insistiremos, está, no presentada en escena, pero sí aludida en *Los Ramírez de Arellano* (acto tercero).

Ni tampoco puede alegarse en favor de Tirso, para adjudicarle esta creación soberbia, que él fuera, entre nuestros dramáticos, el único que sintió y penetró la poesía histórica de la Edad Media. Yo no tengo inconveniente en admitir que *La Prudencia en la mujer* sea el primer drama histórico de nuestro Teatro; pero en todo lo demás del repertorio auténtico de Tirso, no vuelve á encontrarse jamás la magnífica poesía del siglo XIV que se respira en esta crónica dramática. En Lope, por el contrario, la inspiración histórica fué continua é inagotable, y si por ventura no se mostró con tanta pujanza en una obra aislada, bastó para dar vida á un centenar de ellas, que constituyen el más grandioso monumento épico-dramático levantado a nuestra tradición heroica. ¿Cómo he de admitir yo que no venciese á todos, en este sentido revelador del alma de la Edad Media, el autor de *El Casamiento en la muerte*, de *El Bastardo Mudarra*, de *Las famosas Asturianas*, de *Los Tellos de Meneses*, de *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, de *El mejor Alcalde el Rey*, de *Las Almenas de Toro* y de *Fuente Ovejuna?* Lo que Lope había hecho doscientas veces en su vida, porque era en él cosa nativa, y brotaba

(1) *El Rey D. Pedro en el Teatro*. Estudio de D. J. R. de Lomba y Pedraja, impreso, pero no publicado aún. Formará parte del segundo tomo de *Estudios de erudición española*, con cuya dedicatoria me honran varios amigos en el vigésimo aniversario de mi profesorado.

del manantial perenne, lo hizo Tirso una vez sola; y una vez sola también Guillén de Castro en *Las Mocedades del Cid*, y una vez sola Calderón en *La Virgen del Sagrario*.

Nunca he podido entender estas palabras de Hartzenbusch, que después han sido repetidas y glosadas por otros autores: «El carácter del rey D. Pedro ofrece *muchos puntos de semejanza* con el de D. Juan Tenorio en *El Burlador de Sevilla*.» No se me alcanza que pueda haber entre ambos personajes más punto de semejanza que la energía de la voluntad, aunque aplicada á muy contrarios fines. En el corazón de D. Pedro arde la noble llama de la justicia: en el de D. Juan sólo imperan los más torpes apetitos. El D. Pedro de *El Infanzón de Illescas* (creación mucho más compleja y más rica de vida poética que la de D. Juan) es un tirano benéfico, un personaje tremebundo, pero simpático; y el poeta ha querido y ha conseguido que lo fuese siempre, á pesar de todos sus desmanes, violencias y sacrilegios. Don Juan (tal como le concibió Tirso, ó quienquiera que fuese el primer poeta español que le llevó á la escena) es un libertino desalmado, sin más cualidad loable que el valor personal, y así ha querido el autor que apareciese para justificar el tremendo desenlace. Si algún D. Juan hay en *El Infanzón*, es precisamente el mismo Tello García, en cabeza del cual escarmienta el rey D. Pedro á los Tenorios de su tiempo.

Si no hay analogía en el carácter, puede haberla en ciertas situaciones, puesto que uno y otro personaje se encuentran en conflicto con el mundo sobrenatural. Y prosigue diciendo Hartzenbusch: «La sombra del clérigo, figura admirablemente dibujada, tiene grande analogía con el personaje del comendador Ulloa.» No negaré que alguna tenga, pero no mayor que con otras apariciones de muertos que en el Teatro de Lope pueden encontrarse.

Antes de comprobar esto, conviene dar cuenta de los orígenes de esta parte fantástica, que es una de las cosas más admirables de *El Infanzón de Illescas*. Dice así el canciller Pero López de Ayala, en el año XI, cap. IX de su *Crónica del rey D. Pedro*:

«Estando el Rey en aquel logar de Azofra, cerca de Nájara, llegó á él un clérigo de misa, que era natural de Santo Domingo de la Calzada, é díxole que queria fablar con él aparte: é el Rey díxole que le placia de le oir. É el clérigo le dixo así: «Señor, Sancto Domingo de la Calzada me vino en sueños, é me dixo que viniese »á vos, é que vos dixesse que fuéssedes cierto que si non vos guardásedes, que el »Conde D. Enrique vuestro hermano vos avía de matar por sus manos.» É el Rey, desque esto oyó, fué muy espantado, é dixo al clérigo, que si avia alguno que le consejara decir esta razon: é el clérigo dixo que non, salvo Sancto Domingo, que ge lo mandara decir. É el Rey mandó llamar á los que y estaban, é mandó al clérigo que dixesse esta razon delante dellos, segund que ge lo avia dicho á él aparte: é el clérigo dixo lo segund que primero lo avia dicho. É el Rey pensó que lo decia por inducimiento de algunos, *é mandó luego quemar al clérigo allí do estaba delante sus tiendas*.»

Tan espantosa atrocidad no podía menos de arredrar á nuestros poetas, que en el fondo simpatizaban con D. Pedro, y no querían dejar empañada su memoria con la imputación de actos tan inicuos y bestiales. Así es que Lope, en *Los Ramírez de Arellano* (acto tercero), toma el asunto como de soslayo, haciendo que D. Pedro, en vez de mandar quemar al clérigo, se limite á decir con relativa mansedumbre:

Quitádmele de delante:
No le vean más mis ojos.....

Y ayuda á tranquilizar su ánimo el Príncipe de Gales con estos discretos reparos:

Nunca han podido espantarme
Falso agüero ó sueño vano.....
Pero ese clérigo habló
Por solas sus fantasías.....

En *El Infanzón de Illescas*, la predicción del clérigo no es un mero episodio, una anécdota sin consecuencia, sino que tiene sus raíces en lo más hondo de la obra misma. No sólo está tomada de frente, sino transportada del mundo histórico al sobrenatural, con pasmosa audacia. Tres veces, y en tres situaciones culminantes del drama, ve el rey D. Pedro la sombra del clérigo difunto. Es su obligado cortejo, como las Furias son el de Orestes. Creo, lo mismo que Hartzenbusch, que alguna de estas escenas raya en lo admirable, en lo sublime del drama. Sólo el espectro del padre de Hamlet puede producir mayor efecto.

Estas apariciones están, además, reflexivamente graduadas para aumentar el prestigio y el misterio. En la primera, la Sombra no declara de quién es, monta sobre el caballo muerto y emplaza al Rey para Madrid, donde le espera.

LA SOMBRA.
¿Eres tú el Rey?
REY.
Yo soy. Y tú, ¿quién eres?
LA SOMBRA.
Un hombre: no te alteres.
REY.
¡Yo alterarme de un hombre,
Cuando no hay imposible que me asombre!
LA SOMBRA.
Pues sígueme.
REY.
Camina.
LA SOMBRA.
¿Á seguirme te atreves?
REY.
Imagina
Que soy don Pedro, y puedo

Asegurarte que me tiembla el miedo.

Desaparece la Sombra.

Mas ¿por dónde te has ido,
Pálidas señas de hombre, horror fingido?
Valor será buscallo.....
¡Vive Dios, que se ha puesto en el caballo
Que estaba muerto, y vuela!

LA SOMBRA.

Dentro.

¿No me sigues?

REY.

Ya voy. ¡Llamas anhela!
No vueles tan ligero:
Que es temor pensaré.

LA SOMBRA.

En Madrid te espero.

La segunda aparición, admirablemente colocada en un final de acto, nos deja todavía bajo la impresión del enigma, y sirve para agigantar con sublimes rasgos la indómita fiereza del rey D. Pedro, capaz de batirse con las sombras y los espíritus infernales sin darse por vencido:

REY.

Villanos, ¿de quién huís?
No temáis: tomad la espada.
Aguardad.

LA SOMBRA.

Yo estoy aquí,
Y la tomaré contigo.

REY.

Pues tómala, que has de huir
Como los demás.

LA SOMBRA.

¿Yo?

REY.

Tú,
Aunque te acompañen mil
Espíritus infernales.

LA SOMBRA.

¿Conócesme á mí?

REY.

Y tú á mí,
¿Me conoces?

LA SOMBRA.

Sí, por hombre

Que ha de ser piedra en Madrid.

REY.

¿Piedra en Madrid?

LA SOMBRA.

Sí. Y ¿quién soy yo?

REY.

Eres una forma vil
Del infierno.

LA SOMBRA.

Y ¿no me tiemblas?

REY.

Antes él me tiembla á mí.
Toma la espada.

LA SOMBRA.

Y tú toma
Esa luz, para advertir
Los golpes que has de tirarme,
Por los que has de recibir.

REY.

Ya la tengo: parte.

LA SOMBRA.

Parte,
Y escarmienta en mí tu fin.

REY.

No hallo cuerpo que ofenderte,
Aunque veo la forma en ti.

LA SOMBRA.

Soy de viento al esperar,
Y de bronce al combatir.

REY.

Ya lo echo de ver.

LA SOMBRA.

Pues huye.

REY.

¿Yo huir cobarde, yo huir?
Si fueras todo el imperio
De aquel loco serafín,
Aquí tengo de matarte,
Aunque no puedas morir.

LA SOMBRA.

Pues con todo ese valor,
Has de ser piedra en Madrid.

Apaga la luz.

REY.

La luz me has muerto: ¡ah, cobarde!
Espíritu mujeril

Eres sin duda. No temas,
Que otra luz me queda aquí.....

La Sombra vuelve á apagar la luz.

¡También me la has muerto! Aguarda;
Que á obscuras iré tras ti.
¡Hola, criados, criados!
¡Don Fortún, don Juan! ¿No oís?
¡Criados!..... Haré que tiemblen
Aun los infiernos de mí.

Salen caballeros y pajes con luces.

DON ALONSO.

Señor, ¿qué es esto?

REY.

No es nada.
Alza esa vela, y venid.

¡Gran poeta fué el que imaginó esto, y negado ha de ser al prestigio de las cosas grandes y sencillas (que no es menester que se digan en inglés para que lo parezcan), el que, sin tener que apelar á la resobada comparación shakespiriana, de la cual ya convendría huir como de tantos otros lugares comunes de la crítica, no reconozca aquí una de las más imponentes y formidables apoteosis de la energía humana que se han presentado en las tablas! La misma familiaridad con que D. Pedro y la Sombra se tratan, acrece la valentía de tales arrestos y locuras de la voluntad, en que nuestros mayores no tenían que aprender nada de nadie, puesto que ya mucho de esta filosofía *activa*, recalcitrante y pendenciera contra el destino y contra los dioses, se les alcanzaba á los estoicos españoles del Imperio, Séneca y Lucano.

Tengo por la más grandiosa esta segunda visita de la Sombra; y realmente, no era fácil superarla. En la tercera, el espectro es algo verboso, habla demasiado claro, y abusa un poco de las tradiciones locales y monásticas; muy gratas, sin duda, al público madrileño, á quien Lope principalmente se dirigía; pero no bastante épicos para lo que la solemnidad del caso reclamaba, ni tampoco bastante históricas, puesto que no fué D. Pedro fundador del monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid, ni su recuerdo estaba ligado á él por otro motivo que por conservarse allí un busto suyo de piedra, que hizo colocar, siendo abadesa, su nieta doña Constanza de Castilla. Como esta escena es muy conocida, y Moreto la copió casi á la letra, me limitaré á notar ciertos rasgos, ya por su singular fuerza poética, ya por lo que pueden importar para la demostración que voy haciendo:

LA SOMBRA.

Oye.

REY.

Acaba.

LA SOMBRA.

Estáme atento.
¿Conócesme?

REY.

Como estás
Tan pálido, horrible y feo,
No caigo en ti, si ya no eres
Demonio que persiguiendo
Me estás.

. . . .

LA SOMBRA.

Yo, Nerón soberbio,
Soy el clérigo á quien diste
De puñaladas.

REY.

¿Yo?

LA SOMBRA.

Á tiempo
Que para decir estaba
En la misa el Evangelio.

REY.

¿Eres clérigo de misa?

LA SOMBRA.

Diácono fuí. El efecto
De matarme resultó
De impedirte un sacrilegio
En San Clemente, en Sevilla.
¿Acuérdaste?

REY.

Ya me acuerdo.

. . . .

LA SOMBRA.

Día de Santo Domingo
Me mataste.

REY.

¿Qué es tu intento?

LA SOMBRA.

Advertirte que Dios manda
Que fundes un monasterio.....
¿Prométeslo?

REY.

Sí prometo.
¿Quieres otra cosa?

LA SOMBRA.

No:
Queda en paz; labra el convento,
Que en él tienes de vivir

En alabastros eternos.

REY.

¿Eso es ser piedra en Madrid?

LA SOMBRA.

Ser piedra en Madrid es esto:
Y advierte que ansí me sacas
De las penas que padezco.
Fuego soy.

REY.

¿Fuego?

LA SOMBRA.

La mano
Me da.

REY.

No ardes mucho.

LA SOMBRA.

Quiero
Que lo examines mejor.

REY.

¡Que me abraso, que me quemo!

LA SOMBRA.

Este es el fuego que paso.

REY.

Terrible es, pues yo lo siento.
¡Suelta, suelta!

LA SOMBRA.

En este ardor
Teme, Rey, el del infierno.

REY.

Daréte mil puñaladas,
Si te escondes en el centro.....
¡Suelta, suelta! ¡Oh fuego horrible!
Mucho más ardes que fuego.
¡Suelta! Mas ya se deshizo.
¡Qué prodigio, qué portento!

Indudablemente, los últimos versos de esta escena son el único indicio de alguna entidad que pudo tener Hartzenbusch para atribuir esta comedia á Tirso, contra el testimonio de impresos y manuscritos (pues nada significa para el caso la copia moderna de que nos habla). Es palpable, en efecto, la semejanza de este diálogo con algo de lo que dice la estatua del Comendador Ulloa en *El Burlador de Sevilla:*

¿Cumplirásme una palabra
Como caballero?

DON JUAN.

Honor
[illegible]

Porque caballero soy.

DON GONZALO.

Dame esa mano; no temas.

DON JUAN.

¿Eso dices? ¿Yo temor?
Si fueras el mismo infierno,
La mano te diera yo.

DON GONZALO.

Bajo esta palabra y mano,
Mañana á las diez te estoy,
Para cenar, aguardando.
¿Irás?

DON JUAN.

Empresa mayor
Entendí que me pedías.
Mañana tu huésped soy.
¿Dónde he de ir?

DON GONZALO

Á mi capilla.

DON JUAN.

¿Iré solo?

DON GONZALO.

No, los dos;
Y cúmpleme la palabra
Como la he cumplido yo.....

DON JUAN.

Aguarda, iréte alumbrando.

DON GONZALO.

No alumbres, que en gracia estoy.....

También los gritos desesperados de D. Juan en la catástrofe, recuerdan análogas, aunque menos terribles, exclamaciones de D. Pedro:

¡Que me abraso! No me aprietes.
Con la daga he de matarte.
Mas ¡ay, que me canso en vano
De tirar golpes al aire!.....

. . . .

¡Que me quemo, que me abraso!

Ya he dicho que no para todos los críticos es artículo de fe que *El Convidado de piedra* pertenezca á Tirso de Molina. Baist (1) y A. Farinelli (2) resueltamente lo niegan. A mí tampoco me parece suyo el estilo, pero todos los textos que poseemos

(1) *Grundriss*, de Gröber, II, 465.

(2) En el *Giornale Storico della letteratura italiana*, vol. XXVII. (Torino, 1896.)

del célebre drama están tan horriblemente estragados y mutilados, que quizá esta prueba no sea muy convincente. En estas materias desconfío un poco de la novedad, y mucho de la impresión personal, y prefiero atenerme al *uti possidetis;* es decir, á las atribuciones de los editores antiguos, cuando no sean manifiestamente absurdas, ó cuando algún dato más auténtico no las invalide. La crítica meramente estética está expuesta á grandes chascos, y tiene que rendirse muchas veces ante la brutalidad del documento. Por lo mismo que combato lealmente la tesis de Hartzenbusch acerca de *El Infanzón*, no tengo ningún reparo en aceptar, á lo menos por ahora, que Tirso sea el creador del personaje de D. Juan y de la estatua del comendador Ulloa.

Pero en nada perjudica esto á mi argumentación, pues no hay cosa más fácil que entresacar del inmenso repertorio de Lope de Vega toda una galería de espectros y sombras ensangrentadas. Prescindamos de las comedias devotas, donde lo sobrenatural venía implícito en el argumento. Basta con recorrer unas cuantas comedias históricas y legendarias para encontrar apariciones á cuál más valientes. No se habrá borrado todavía de la memoria de nuestros lectores la que, en *La Imperial de Otón*, sobrecoge al Rey de Bohemia el día antes de la batalla. Recuérdese también aquella noche de *Las Paces de los Reyes*, en que, cabalgando insensatamente Alfonso VI en demanda de la hermosa Judía de Toledo, se ve circundado de pronto por terrible obscuridad y nubes de polvo, oye voces misteriosas, mezcladas con los bramidos del Tajo, cree en su alucinación que las hojas mismas de los árboles repiten con trémula voz su nombre,

Como el último responso
Que se dice á los difuntos;

y, finalmente, cuando va á penetrar en la torre de Galiana, se le aparece *una sombra con rostro negro, túnica negra, espada y daga ceñida.* Esta sombra es muda en sus dos apariciones, pero las palabras con que el Rey la desafía, y las que luego dirige á su confidente Garcerán, son del mismo género que las del rey D. Pedro:

¿Eres sombra ó eres hombre?
Habla y dime: «Yo te sigo»;
Que hombre soy para escucharte,
Ya seas muerto, ya seas vivo.....

GARCERÁN.

¿Es el Rey mi señor?

REY.

Sí.

¿Eres Garcerán?

GARCERÁN.

El mismo.

¿Qué tienes, que estás temblando?

REY.

Notables cosas he visto.

GARCERÁN.

¿Cómo, señor?

REY.

Nubes, sombras,
Truenos, tempestad, granizo,
Música en los mismos aires.

GARCERÁN.

¡Qué temerarios prodigios!
Mas ¿qué haces á la puerta?

REY.

No puedo entrar, que porfío
Y veo una sombra delante.

GARCERÁN.

Á Dios tienes ofendido.
Volvamos á la ciudad.

REY.

Calla, que todo es hechizo.

GARCERÁN.

¿Hechizo?

REY.

Yo sé de quién.

GARCERÁN.

Mira que sin duda ha sido,
Para apartarte de aquí,
Del mismo cielo artificio (1).

Escenas muy análogas tenemos en la catástrofe de *El Duque de Viseo.* Cierra la

---

(1) Compárense rasgos casi idénticos de *El Infanzón* (acto primero):

SOMBRA.

Un hombre: no te alteres.

REY.

¡Yo alterarme de un hombre,
Cuando no hay imposible que me asombre!.....

. . . .

¡Todos son miedos vanos,
Ilusiones de Blanca y mis hermanos!

. . . .

FORTÚN.

¡Gran señor!.....

DON JUAN.

Señor, ¿qué es esto?

DON ALONSO.

¿Tú á pie?

FORTÚN.

¿Tú sin color?

DON JUAN.

¿Tú descompuesto?

. . . .

noche medrosa y lúgubre; en la esquina de una callejuela de Lisboa arde una lámpara delante del Crucifijo; acércase á la luz el Duque de Viseo y exclama:

¡Ay, noche! Nunca te vi
Tan negra; mas para mí,
¿Cuándo tu luz no lo fué
. . . .
Una cruz pienso que está
En aquella esquina, y creo
Que tiene lumbre. ¡Deseo,
Vamos caminando allá!
No me engañé: ya se ven
Los rayos trémulos della!
¡Lámpara, más clara y bella
Que el sol, albricias os den
Con alabanzas ahora
Mis ya despiertos sentidos,
Como suelen en sus nidos
Los pájaros al aurora!
Leer quiero ¡oh luz! con vos
El papel.....; divina Cruz,
No se ofenda vuestra luz;
Que esto es servicio de Dios.....

Suena dentro ruido de cadenas y una trompeta ronca, y espántase el Duque.

¡Qué confuso,
Qué ronco y triste rumor!
No acierto á leer. ¿Qué haré?
Temblando estoy.....

Una voz triste canta á lo lejos un romance alusivo á los infortunios de la familia del Duque, con presagios para él de inminente desdicha. Preparada así la situación, se le presenta el Duque de Guimaraens, difunto, con manto blanco y la cruz de la Orden de Cristo. Esta vez el muerto habla, aunque muy concisamente:

GUIMARAENS.

Duque.....

VISEO.

¡Ay, cielos soberanos!

GUIMARAENS.

Duque.....

VISEO.

¿Qué es esto que veo?

GUIMARAENS.

Duque.....

VISEO.

Todo estoy temblando.

GUIMARAENS.

Guárdate del Rey.

VISEO.

¿Qué dices?

GUIMARAENS.

Que te guardes.

El Duque de Viseo cae en el suelo despavorido, poniendo la mano en la espada, y su criado Brito le despierta y tranquiliza, aunque por breve espacio, diciéndole que tales visiones son *quimeras antojadizas y sombras que hace el pensamiento.* Complícase además el terror con prestigios astrológicos.

En *Don Juan de Castro*, extrañísima comedia (que luego fué refundida por tres ingenios con el título de *El mejor amigo, el muerto*), un difunto cuyo cadáver había rescatado el caballero español protagonista de la pieza de poder de sus acreedores, que le tenían embargado según antigua y bárbara costumbre jurídica, se le aparece en diversos trances críticos, y muy especialmente en el acto segundo de la *Primera parte*, hallándose D. Juan dormido:

TIBALDO.

Por secretos de Dios, que nadie entiende,
Vengo desde el lugar donde resido,
Que un fuego y un deseo el alma enciende
Del inmortal descanso prometido,
Para ayudar lo que don Juan pretende,
Y ser al beneficio agradecido
Que vivo recebí, pues ayudarme
Me puso en la carrera de salvarme.
¿Duermes, don Juan de Castro?

DON JUAN.

¿Quién me llama?

TIBALDO.

Don Juan, despierta.

DON JUAN.

Estoy, estoy despierto.

TIBALDO.

¿Conócesme?

DON JUAN.

No sé; tu ardor me inflama.

TIBALDO.

¿Ya desconoces á Tibaldo muerto?

. . . .

Conde, espera el favor que Dios te envía.

DON JUAN.

No habrá temor que mi esperanza estrague.

TIBALDO.

Si yo te pago así la deuda mía,
También es justo que tu amor me pague.....

Hartzenbusch, que omite todas estas escenas fantásticas, recuerda, en cambio, la de *El Marqués de las Navas*, procurando sacar algún partido de ella en abono de su opinión. «Compárese *El Rey D. Pedro en Madrid* (dice) con *El Marqués de las Navas*, comedia de Lope en que también hay un muerto que se aparece al que le mató, y se reparará al punto que las tintas de Lope son más apacibles, más débiles, de menos efecto.» Lo son, en verdad, pero la inferioridad no consiste en el poeta, sino en el argumento. Una anécdota contemporánea (que también relata Vicente Espinel en *El Escudero Marcos de Obregón*), y cuyo protagonista vivía aún cuando se representó la comedia, no podía tener el prestigio tradicional y poético que siempre ha envuelto en Castilla la figura del rey D. Pedro. El Marqués de las Navas, personaje insignificante, mata por casualidad, en una pendencia nocturna, á un pobre diablo que no tenía bien arregladas las cuentas de su conciencia ni las de su bolsillo. La aparición de este difunto es extraña, original, cuanto se quiera, pero no es trágica ni solemne, porque no podía serlo. Pertenece, con todo, á la misma familia que los portentos anteriores: no hay que dudarlo. La nocturna escena pasa en el convento de San Martín de Madrid, donde se hallaba retraído el Marqués por aquella muerte. Sale Leonardo, *con el rostro difunto:*

De aquel lugar que tengo
Hasta que llegue de mi bien el día,
En espíritu vengo
Con voluntad de Dios, no con la mía.....

. . . .

[illegible] templo santo
De San Martín, adonde vive preso
Quien me ha de hacer bien tanto,
Porque la causa fuí de aquel exceso.....
Llamar al Marqués quiero,
De quien remedio en mi tormento espero.....
¡Cómo le oprime el sueño perezoso!

. . . . .

[illegible]ierta, generoso caballero.

MARQUÉS.

Despertando sobresaltado

Con la espada en la mano,
[illegible]mbras, ó ladrones, os embisto.
¡Afuera, digo, afu[illegible]
Quienquiera que esté aquí, responda ó muera.
[illegible]lazos le he de hacer á cuchilladas.

LEONARDO.

[illegible]ta, señor Marqués, basta.

MARQUÉS.

¿Qué escucho?

MENDOZA.

¡Vive Dios, que han hablado!

MARQUÉS.

¿Quién eres?

LEONARDO.

Muerto soy.

MENDOZA.

Yo lo he quedado.

MARQUÉS.

Si no son ilusiones del demonio,
Valor tengo tan cierto,
Que os volveré á matar después de muerto.

LEONARDO.

La iglesia derribada
Para la nueva fábrica que han hecho,

. . . .

Dejó un confesonario,
No poco á lo que intento necesario.
Allí podréis oirme:
Tened ánimo.

MARQUÉS.

Nunca me ha faltado.

LEONARDO.

Pues bien; podéis seguirme.

. . . .

MARQUÉS.

¿Sin luz?

LEONARDO.

¿Temor adquieres?

MARQUÉS.

¿Cómo temor? Camina á do quisieres.

LEONARDO.

Pues dame aquesa mano.

. . . .

Todo esto, y más que por brevedad omito (puesto que son dos las apariciones del alma en pena), se encuentra en una comedia *autógrafa* de Lope; y si recuerda mucho las escenas sobrenaturales de *El Infanzón de Illescas*, no recuerda menos las de *El Burlador de Sevilla*. Pero donde la semejanza llega á ser identidad hasta en las palabras, es en *Dineros son calidad*, pieza que ha corrido suelta con nombre de D. Jerónimo de Cáncer (poeta mediocre y de ingenio puramente festivo, incapaz de imaginar ni de escribir las grandes cosas que en este drama hay), pero que la crítica unánimemente atribuye á Lope, con cuyo nombre está en las tres más antiguas y autorizadas ediciones; si bien sufrió, como otras varias suyas, la desgracia de ser refundida por Claramonte, que no dejó de poner en la obra su contraseña, introduciéndose en ella con su nombre poético de *Clarindo*, y llenándola de

necedades, según costumbre. No entraré á dilucidar, porque ahora no es del caso, el punto importantísimo de las relaciones que este drama tiene con el de D. Juan, no ciertamente en el carácter del protagonista, pero sí en la parte fantástica. Nada diré, por consiguiente, del reto que el arruinado Octavio dirige á la estatua del rey Federico. Lo único que me importa ahora es la aparición del muerto, y aun de ésta no tanto lo que se parece al *Burlador*, como lo que se parece al *Infanzón*. Suena primero en las galerías del abandonado castillo un *¡ay!* prolongado y lastimero, y exclama Octavio:

¿Quién suspira? ¿Quién se queja?

. . . .

LA VOZ.

¡Ay!

OCTAVIO.

¡Válgame Dios! ¡Qué fiera
Y espantosa voz!

LA VOZ.

¡Octavio!

. . . .

¡Octavio!

OCTAVIO.

¿Quién eres?

LA VOZ.

Llega,
Y lo sabrás.

OCTAVIO.

Sin luz, ¿cómo?

LA VOZ.

Pues yo haré que luz te enciendan.

. . . .

Ya hay luz; ven.

OCTAVIO.

El corazón (Aparte.)
En el pecho me revienta,
Y el cabello se me eriza.

LA VOZ.

¿Ya te acobardas? ¿Ya tiemblas?

OCTAVIO.

¡Yo temblar! ¡Yo acobardarme!
¡Si los infiernos vinieran
Contigo!

LA VOZ.

Pues ven.

OCTAVIO.

Aguarda:
Ya voy.

Aparece la estatua del rey Enrique

LA ESTATUA.

No quiero que vengas.

. . . .

¿Conócesme?

OCTAVIO.

Sí, sí, sí.

ESTATUA.

¿Quién soy?

OCTAVIO.

En....., En....., En.....

ESTATUA.

No temas
Si te precias de gallardo.

OCTAVIO.

¿Yo temer? Cólera es ésta.

ESTATUA.

¿Quién soy?

OCTAVIO.

Enrique.

ESTATUA.

Y tu rey.

OCTAVIO.

Mis desdichas lo confiesan.

ESTATUA.

Pues confiesas que lo soy,
Sígueme.

OCTAVIO.

¿Dónde me llevas?

ESTATUA.

Donde el valor ilustremos,
Donde probemos las fuerzas,
Porque otra vez á los bultos
Soberanos no te atrevas;
Que al rey en mármol le anima
La deidad que representa.
¿Defenderás lo que hiciste?

OCTAVIO.

¿No quieres que lo defienda?
Camina.

ESTATUA.

Toma esa luz
Y guía por esa puerta.

OCTAVIO.

¿Por esa puerta?

ESTATUA.

Sí; acaba.
No tiembles, no te suspendas.

OCTAVIO.

Ya voy

ESTATUA.

Camina delante

OCTAVIO.

¿Voy seguro?

ESTATUA.

Sí.

OCTAVIO.

Pues entra,
Que ya alumbro.

ESTATUA.

Es en mi noche
Esa luz obscura y muerta.

OCTAVIO.

Pues alumbraréme á mí.

ESTATUA.

Mira que no te arrepientas.

OCTAVIO.

Sígueme: mal me conoces.

ESTATUA.

Enrique soy.

OCTAVIO.

Aunque seas
Demonio; que no me espantan
Á mí demonios de piedra.

. . . .

Llegan de este modo al jardín desolado de la que fué casa de placer de Octavio en los días de su prosperidad, y aquí es donde el duelo con la estatua se asemeja más exactamente al de D. Pedro con la Sombra:

OCTAVIO.

Basta ya: aquí estamos bien.

. . . .

ESTATUA.

Aquí sacarte he querido,
Villano, para que entiendas
Que de ti ofendido estoy.

OCTAVIO.

Y ¿qué pretendes?

ESTATUA.

Que mueras.

OCTAVIO.

Pues saca la espada.

ESTATUA.

Yo

No la he menester: sin ella
Aquí te he de hacer pedazos.

OCTAVIO.

Retírate: ¿qué te acercas?

. . . .

ESTATUA.

¿Cómo retirarme? Agora
Verás lo que te aprovechan
El corazón y la espada,
Pues no hay golpe que me ofenda.

OCTAVIO.

¿Cómo eres viento, si tienes
De alabastro la presencia?

ESTATUA.

Viento y alabastro soy,
Villano, para que entiendas
Que has de hallar piedra al castigo,
Y has de hallar viento á la ofensa.

OCTAVIO.

No te alcanzo.

ESTATUA.

Piedra miras,
Y con el viento peleas.
La espada no importa aquí.

OCTAVIO.

Pues ven á los brazos.

ESTATUA.

Llega.....

¿Quién no ha de reconocer la identidad, casi literal, de algunos versos de esta escena con otros del segundo acto de *El Infanzón:*

—No hallo cuerpo que ofenderte,
Aunque la forma veo en ti.
—Soy de viento al esperar
Y de bronce al combatir.

Y si esto no bastara para convencer á los más rehacios, no hay sino continuar leyendo hasta el final de la escena:

OCTAVIO.

Ilusión vana.
¿Es de veras?

ESTATUA.

Tan de veras
Como las penas que paso
En la residencia eterna.

OCTAVIO.

¿Estás condenado?

ESTATUA.

No;
Que esta restitución hecha,
Del purgatorio saldré.....
Sácame destos rigores,
Redímeme de estas penas.

OCTAVIO.

¿Tales son?

ESTATUA.

Dame esa mano
Porque compasión me tengas.

OCTAVIO.

¡Ay! ¡Ay! ¡Válgame Dios! ¡Ay!
¡Que me abrasas! ¡Suelta, suelta!

ESTATUA.

Pues ves el rigor que paso,
No quieras que en él perezca.

Ciertamente, la pluma que escribió esto es la misma que trazó, sin cuidarse siquiera de alterar los rasgos, el último diálogo entre la Sombra y D. Pedro:

—*Y advierte que ansí me sacas*
De las penas que padezco.
Fuego soy.
—¿Fuego?
—La mano
Me da.
—No ardes mucho.
—Quiero
Que lo examines mejor.
—*¡Que me abraso, que me quemo!*
Este es el fuego que paso.
Terrible es, pues yo lo siento.

La demostración me parece casi matemática. Todas estas escenas fantásticas han salido de la imaginación de un mismo poeta que agotó hasta la saciedad un mismo efecto dramático, tratándole con más ó menos fortuna, según la inspiración del momento y según las condiciones más ó menos felices de cada fábula. Suponer otra cosa sería convertir á Lope en plagiario no una ni dos, sino ocho ó diez veces; y francamente, para creer esto de tan grande ingenio, sería preciso una prueba *material* y *exterior* algo más fuerte que la *copia moderna* de Hartzenbusch, que nadie más que él ha visto, y que es el único *documento* (digámoslo así) en que se ha fundado la quimérica sospecha que ha querido arrancar esta obra del repertorio de Lope, adjudicándosela á Tirso.

Porque otras razones que se alegan, todavía son de menos monta. Los tres roman-

cillos que hay en el acto segundo de *El Rey D. Pedro en Madrid*, y que ni siquiera es seguro que pertenezcan á la obra primitiva, se parecen, en efecto, á otros de la comedia de *Quien habló, pagó* (que probablemente no es de Fr. Gabriel Téllez, á lo menos en su totalidad); pero todavía se parecen más á otros que hay en *Lo cierto por lo dudoso* y en otras comedias indubitables de Lope. La tropelía hecha con la graciosa en el tejado tampoco tiene nada de peculiarmente *tirsiano* (tolérese por una vez, y en obsequio á la brevedad, este feo neologismo). Pasa Tirso por autor muy libre, y ciertamente lo es para los melindrosos oídos de nuestro tiempo; pero la libertad ó licencia de su expresión no supera ni acaso llega á la de muchas obras de Lope, desde *El Rufián Castrucho* hasta *La Viuda valenciana*, y aun de varias piezas juveniles del pulcro moralista D. Juan Ruiz de Alarcón, tales como *El Desdichado en fingir*, *El Semejante á sí mismo* y *La Cueva de Salamanca*. Allá á principios de nuestro siglo, cuando apenas se conocía más Teatro español que el de Calderón y Moreto, y resurgieron de improviso las comedias de Tirso, fué grande la fuerza del contraste, y nada tiene de particular que los críticos de entonces, los Listas y Martínez de la Rosa, tomasen por nota muy característica del fraile mercenario esta mayor liviandad ó ligereza cómica, que no lo parece tanto si se coloca al poeta en el tiempo en que floreció y en la escuela á que realmente pertenece.

Añade Hartzenbusch que «toda la parte prodigiosa de la fábula se distingue por aquel carácter de originalidad y osadía que se admira en *El Convidado de piedra*, en *El Condenado por desconfiado*, *Tanto es lo de más como lo de menos*, *La República al revés*, *El mayor desengaño* y demás comedias de Téllez cuyo argumento devoto comprende lances maravillosos».

Prescindamos de *El Convidado de piedra* (para no incurrir en un círculo vicioso); prescindamos de *El Condenado por desconfiado*, que yo tengo por obra magistral de Tirso, contra la opinión de muchos, pero que nada tiene que hacer en este asunto. He leído con atención las demás comedias que Hartzenbusch cita, y reconociendo en todas ellas la originalidad y osadía propias del excelso numen del Maestro Téllez, no he encontrado ni en la bella parábola dramática del pródigo y el rico avariento, ni en la leyenda de San Bruno y el canónigo Raimundo Diocres, ni en la tragedia bizantina de Constantino Porfirogeneto, nada que pueda emparentarse con el tema de nuestro *Infanzón*, como seguramente están emparentadas las comedias de Lope en los lugares que he citado y extractado, acaso con prolijidad nimia. Pero todo este proceso crítico era necesario para mostrar, contra una preocupación ya inveterada, que á Lope, y sólo á Lope, pertenece la parte sobrenatural de *El Infanzón*, como le pertenece la creación del carácter de D. Pedro, y la del tiranuelo feudal, robador y atropellador de mujeres, abatido y domado, al cabo, por la potestad monárquica ó por la venganza popular, ó por ambas fuerzas á la vez; conflicto que tantas veces, y siempre con maravilloso prestigio poético, aparece en su Teatro, desde el infanzón gallego Tello de Neira, de *El mejor Alcalde, el Rey*, hasta el comendador de Ocaña en *Peribáñez*, y el comendador Fernán-Gómez de Guzmán en *Fuente Ovejuna*.

Quien compuso tales dramas, de nadie tenía que recibir lecciones en este punto. Ni tampoco en aquella manera tan familiar suya de tratar la poesía *ultramundana* no como símbolo, sino como realidad concreta, pues (según notó finamente Grillparzer) «Lope de Vega es un naturalista que nada excluye, y resulta natural hasta en la expresión de lo sobrenatural, hasta en la expresión de lo imposible».

Pero este drama, que es una de las maravillas de nuestro Teatro, no ha llegado á nosotros íntegro y sano, como le escribió Lope. Puso en él sus pecadoras manos el representante Andrés de Claramonte, como las había puesto en *La Estrella de Sevilla*, en *Dineros son calidad*, en *El Médico de su honra*, y quizá en otras piezas. Con razón advirtió Hartzenbusch que en esta comedia se nota gran desigualdad de estilo; que hay trozos afectados, obscuros y prolijos, al lado de otros en que la locución es clara, propia, enérgica y breve. Hizo además una observación gramatical importante. «Frecuentemente se ve allí empleado el *lo* como acusativo del pronombre *él*, no sólo para cosa, sino también para persona; y Lope y Téllez, como madrileños, usan generalmente el *le* con relación á las personas y aun también á las cosas.» Por el contrario, Andrés de Claramonte, autor murciano, naturalizado en Andalucía, emplea sin escrúpulo el *lo* en vez del *le*, como puede notarse en la comedia de *El Valiente Negro en Flandes*, que es una de las pocas suyas que pueden pasar por originales.

El texto primitivo de la comedia de Lope no está en ninguna parte, pero el que más debe de parecerse á él es el del manuscrito de la Biblioteca del Duque de Osuna, existente hoy en la Nacional. Este manuscrito es el que hemos seguido, y es en realidad el que sirvió para la edición de Hartzenbusch; pues aunque dice haberle cotejado con una copia moderna, las pocas y acertadas variantes que en él introduce, más bien que á la presencia de original distinto, deben atribuirse á su buen gusto y consumada pericia teatral.

Pero este manuscrito de la Biblioteca Nacional tiene circunstancias muy singulares, en que no reparó bastante Hartzenbusch, y que luego han sido puestas de realce por nuestro docto compañero D. Emilio Cotarelo en un libro de poco bulto y mucha sustancia acerca de las obras del Maestro Téllez (1). El tal manuscrito está formado de otros dos diferentes, «el más antiguo de los cuales lo constituyen la cubierta de pergamino, y las dos últimas hojas con la licencia para la representación, fechada en Zaragoza en 1626; y en el resto, también de la época, se contiene todo lo demás del drama, dándole por padre á Andrés de Claramonte».

En efecto, el manuscrito de Osuna tiene esta nota final:

«*Esta comedia, intitulada* «*El Infanzon de Illescas*», *se puede representar, reservando á la vista lo que no fuere de su lectura. Zaragoza y Diciembre á* 30 *de* 1626.»

Creo que en esta nota tenemos, si no la verdadera fecha del drama de Lope, un modo aproximado de determinarla. Debe de ser posterior á 1614, puesto que no

(1) *Tirso de Molina. Investigaciones bio-bibliográficas* (Madrid, 1893), páginas 121-126.

está citado en la segunda lista de *El Peregrino*, pero no posterior á 1618, puesto que en dicho año cayó de la privanza el Duque de Lerma, á quien en la pieza se dirige una alusión lisonjera. Claramonte hubo de refundirla poco después. Bien sé que comúnmente se afirma que este ingenio de las riberas del Segura murió en 1610; pero tal afirmación no resiste á la crítica cronológica. Es uno de tantos errores como pululan en el librejo del *Origen de la comedia y del histrionismo*, que don Casiano Pellicer compaginó con apuntes de su padre, D. Juan Antonio, trabucados y mal entendidos. Que Claramonte no murió en esa fecha, sino muchos años después, aunque no podamos precisar cuándo, se evidencia con sólo recordar que en 1613 publicó en Sevilla la *Letanía moral;* en 1617 un *Fragmento á la Purísima Concepción de María;* en 1621 *Dos famosas loas á lo divino*, y que en 12 de Noviembre de 1622 aprobó Vargas Machuca su comedia *La Infanta Dorotea* (manuscrito que fué de la Colección Durán, y hoy es de la Biblioteca Nacional, y que tiene todas las señas de autógrafo); y que de 1631 es el manuscrito (de idéntica procedencia) de la comedia titulada *El mejor rey de los reyes;* y, finalmente, que en el *Ragguaglio* de Fabio Franchi, inserto en las *Essequie Poetiche*, de Lope de Vega, 1636, se habla de él en términos tales, que parecen aludir á persona viva.

No se opone, por consiguiente, ninguna dificultad cronológica á la hipótesis, muy verosímil, de que Andrés de Claramonte utilizara en sus correrías dramáticas un manuscrito de *El Infanzón*, de Lope, con fecha de 1626, procurando conservar las últimas hojas, que le autorizaban para representar el drama, y volviendo á copiar con intercalaciones lo restante. Pero no se ha de creer que fuese intercalación suya todo lo que falta en los textos impresos. La primera aparición de la Sombra es tan necesaria como las otras dos para la integridad del concepto dramático, y Claramonte no hubiera sido capaz de imaginarla. La pesada relación de Elvira en el primer acto, seguramente está retocada por Claramonte. Le pertenecen también todas las escenas del acto segundo en que interviene *Clarindo*, y, con efecto, no están en las viejas ediciones; pero en cambio faltan en ellas rasgos que sin disputa tienen que ser de la obra primitiva, como las cabezadas de D. Pedro al Infanzón. En el acto tercero apenas puede maliciarse intervención de Claramonte más que en unos cantarcillos que faltan en el texto impreso:

Infanzón el de Illescas,
Pimpollo de oro,
Pues que mueres sin culpa,
Llórente todos.....,

y que efectivamente se parecen algo á otros que Claramonte puso en su comedia *Deste agua no beberé:*

¿Quién es el que viene
Como el sol de Abril?
Es Gutierre Alfonso,
Gloria de Alanís.....

Ya hemos tenido ocasión de citar esta rapsodia dramática, formada principalmente sobre *El Médico de su honra*, pero en la cual entraron muchas reminiscencias de *El Infanzón*, mezcladas con otras de los romances relativos á D. Pedro.

La copia manuscrita de *El Rey D. Pedro en Madrid*, que se titula *Comedia famosa de Andrés de Claramonte*, y que aparece hecha por un tal Francisco de Henao y Romani, *para Juan Acacio Beral y Bergara*, es, con todos sus defectos, el texto más antiguo y autorizado que tenemos de esta obra de Lope. La lección de los impresos es muy inferior, pues si bien es cierto que suprimen lo añadido por Claramonte, también lo es que carecen de bellísimos trozos de la obra primitiva. Mucho hay que desconfiar de tales editores cuando se ve que omitieron la primera aparición de la Sombra, dejando sin sentido la escena siguiente, á la cual pusieron por remate estos ridículos versos, tan indignos de la situación como indignos del talento de Lope:

REY.

¿Ha llegado la Reina?

FORTÚN.

¿Cómo puede llegar, si en prisión *reina*?

REY.

¡Necio! Sólo en Castilla
Reina el sol de Padilla:
Doña María hermosa,
Mi legítima esposa,
Viene á ser solamente:
Y esto no es elección ni es accidente,
Sino afecto cristiano;
Que de esposo le dí la fe y la mano
Antes que don Fadrique á Francia fuera;
Y así es en mí la majestad primera.
Reina es doña María de Padilla;
Que Blanca no es moneda de Castilla.

Pero como no hay libro malo que no tenga alguna cosa buena, este pésimo texto nos da entero un romance del cual en la refundición de Claramonte no quedaron más que los primeros versos, y que importa bastante por lo que toca al concepto de D. Pedro como rey justiciero, que está más ampliamente desarrollado en la comedia de las *Audiencias*:

Pueblo, yo soy vuestro Rey,
De Pelayo descendiente.....
Yo, pues, desde hoy, imitando
Los Asirios y Atenienses,
Que en las puertas de sus casas,
Huyendo sacros doseles,
Adonde la Majestad
Se retira y no se teme,

En unas sillas, llamadas
Exedras, oían siempre
Las quejas de sus vasallos,
Quiero que en Madrid comience
Esta ceremonia antigua,
En ciudades diferentes
Exedras edificando,
Donde la justicia reine,
Y esté la misericordia
Ceñida de olivos verdes.....

También la postrera intimación á D. Tello, después de perdonarle, tiene algunos versos más que en el manuscrito:

Vivo quedas, Infanzón:
Mi majestad obedece:
No me irrites soberano,
Ni me provoques valiente,
Que el que sabe ansí ser rey,
Sabe ser don Pedro, y puede
Rendir soberbias espadas
Y cortar cuellos rebeldes.

Otro ingenio de más fuste que Claramonte emprendió de nuevo refundir esta comedia á mediados del siglo XVII, y su refundición tuvo tal éxito que desterró de las tablas la obra antigua, á la verdad con poca razón. Era D. Agustín Moreto excelente poeta cómico, y en cierto género de comedia el primero de los nuestros; pero no le llevaba su genialidad á las cosas heroicas y fantásticas. Regularizó y simplificó la fábula de Lope, pero quitándola su imponente grandeza, sus efectos de terror profundo. De las tres apariciones de la Sombra sólo dejó la última, que presentada de este modo resulta fría y para nada sirve. Por lo demás, copió el plan, el argumento, los caracteres y buena parte de los versos, con variantes tan leves como poner *Alcalá* en vez de *Illescas*, *ricohombre* en vez de *infanzón*, *el buen Aguilera* en vez de *el buen Acevedo*, y otras tales. En verdad que, entendido de este modo, debe de ser muy descansado el oficio de autor dramático. *El valiente Justiciero y Ricohombre de Alcalá*, título que dió Moreto á éste, que no debiera llamarse *rifacimento*, sino plagio, se publicó por primera vez en 1657 en la *Parte novena* de la gran colección de comedias escogidas de varios autores, que consta de 48 tomos; y fué reproducida en la *Parte segunda* de las de Moreto (Valencia, 1676). Como las ediciones de *El Infanzón* son rarísimas, y las de Moreto abundan tanto, *El Ricohombre* ha estado pasando por original hasta nuestros días, con mengua de la verdad y quebranto de la justicia.

Aun no pára aquí la serie de metamorfosis que ha sufrido esta composición dramática. Casi simultáneamente refundieron *El Ricohombre de Alcalá*, en el primer tercio de nuestro siglo, dos competentes humanistas y beneméritos aficionados

á nuestra antigua poesía, el cordobés D. Dionisio Solís y el granadino D. José Fernández-Guerra, padre y maestro de los ilustres académicos D. Aureliano y D. Luis. La refundición de Solís se representó mucho; la de Fernández-Guerra no sé que llegase á las tablas. Una y otra permanecen inéditas. Poseo un manuscrito de la primera, con fecha de 1827. Más que refundición es una abreviación, aunque presenta distribuída en cinco actos la materia de los tres del original. Omite Solís la única escena fantástica que había dejado Moreto, y suprime también los chistes del gracioso. No he visto la refundición de Fernández-Guerra; pero á juzgar por otras suyas que andan impresas (*La Dama duende*, *Cuantas veo, tantas quiero*, *Ir contra el viento*), y por el sistema que expone en los prólogos de ellas, creo que había de ser más radical que la de Solís en el sentido de la regularidad clásica.

XV.—LA CARBONERA.

Publicada por primera vez en la *Parte* 22 (apócrifa) de Zaragoza, 1630; y después en la *Parte* 22 (auténtica) de Madrid, 1635, tomo póstumo dado á luz por Luis de Usátegui, yerno del poeta.

Esta comedia, agradable y bien escrita como todas las de la vejez de Lope, no tiene ningún fundamento histórico que sepamos. Sírvenla de argumento ciertos fabulosos amores del rey D. Pedro con una hermana bastarda suya (hija de doña Leonor de Guzmán), la cual, huyendo de la proscripción de su familia, se había refugiado en la choza de un carbonero, tomando su humilde oficio y haciéndose pasar por sobrina suya. En tal situación la encuentra el Rey y se enamora de ella, sin sospechar ni remotamente el parentesco que los ligaba. Complícase la acción con los celos de un D. Juan de Velasco, galán favorecido de la dama; y se ameniza el conjunto con muy apacibles escenas rústicas del mismo género que las de *El Vaquero de Moraña* y tantas otras piezas de Lope. Termina el drama con la obligada *anagnórisis* y con el perdón que á todos otorga D. Pedro, cuyo carácter está presentado con visible tendencia apologética:

> Eso tiene el vulgo loco;
> Que en siendo un rey justiciero,
> Luego dicen que es cruel.

Suministra esta comedia un nuevo indicio para sospechar que *El Montañés Juan Pascual*, que ahora conocemos solamente en la refundición de D. Juan de la Hoz, fué originalmente escrita por Lope de Vega. La escena en que el rey D. Pedro, perdido en una cacería, llega, al caer la noche, á la rústica morada de Juan Pascual, es evidentemente similar de otra que hay en *La Carbonera* (al final de la primera jornada), y ambas parecen tener su prototipo en otra comedia de Lope, *El Villano en su rincón*, que fué refundida por Matos Fragoso con el título de *El Sabio en su retiro*.

En otro género es digna de notarse una bizarra descripción que, en la tercera jornada de *La Carbonera*, se hace de la procesión del Corpus en Sevilla; trozo poético de mérito, á pesar de los anacronismos de detalle:

Venía el feroz don Pedro
Con una encarnada ropa,
De leones de oro bordada,
Que armiños blancos aforran.
Un cirio en la diestra mano,
Y en la otra una espada corta,
Una gorra de Milán
Con dos plumas, blanca y roja.
Grave y valiente el semblante,
Pálido el color, la boca
Cubierta de poca barba..... (1).

XVI.—LOS RAMÍREZ DE ARELLANO.

Publicada en la *Veinticuatro parte perfeta de las comedias del Fénix de España*..... (Zaragoza, 1641.)

Es héroe de esta comedia genealógica el caballero navarro Juan Ramírez de Arellano, pero se mezcla en ella mucha parte de la historia general del reinado de D. Pedro, siguiendo constantemente la *Crónica* de Ayala; sabido lo cual, parece inútil decir que el espíritu de esta obra es mucho menos favorable á D. Pedro que el de todas las anteriores. La recapitulación de sus agravios que hace el bastardo D. Enrique en el primer acto de esta comedia, implorando el favor de Juan Ramírez de Arellano, es un breve resumen de los capítulos I, II, IV y VI del primer año de la *Crónica* y del III del segundo año; pero lejos de atenuar el rigor de Ayala con D. Pedro, se ve que el poeta exagera las tintas odiosas y hace responsable al Rey

(1) No quiero dejar de citar una notable sentencia que Lope de Vega pone en boca de un rústico en la tercera jornada de este comedia, y que es prueba de gran libertad de ánimo si se considera que fué escrita cuando más en vigor estaba la antievangélica distinción de cristianos viejos y nuevos, y la manía seudo aristocrática de los *estatutos de limpieza*, de todo lo cual se burla el buen sentido de Lope en estos términos:

MENGA.
Cristiano viejo dirás.
BENITO.
Quien la ley de Dios no quiebra,
Para cristiano le suebra (*a*);
Que el tiempo da lo demás.

(*a*) Sobra.

de crímenes en que el cronista, con ser capital enemigo suyo, no le achaca iniciativa ni siquiera participación directa. Tal sucede con la muerte de D.ª Leonor de Guzmán, que Ayala atribuye exclusivamente á la reina D.ª María: «*É dende á pocos dias envió la Reyna Doña Maria su Escribano* (en otros textos se lee, quizá mejor, *un su Escudero*, y es la lección seguida por Lope), *que decian Alfonso Fernandez de Olmedo, é por su mandado mató á la dicha Doña Leonor en el alcazar de Talavera.*»

De la *Crónica* de Ayala (año catorce del reinado de D. Pedro, cap. IX) procede también uno de los principales episodios de esta comedia; es á saber: el gran servicio que se supone que aquel caballero prestó al Conde de Trastamara, salvándole en el castillo de Sos de la emboscada y muerte que le tenían concertada los Reyes de Aragón y de Navarra. Dice así este notable capítulo, que Lope siguió muy á la letra en la tercera jornada de su comedia:

«Agora tornaremos á contar de una fabla que fué fecha entre los Reyes de Aragon é de Navarra despues de la muerte del Infante Don Ferrando. Asi fué que quando Don Bernal de Cabrera se vió con el Rey de Castilla en Monviedro..... dicen que fuera tratado que el Rey de Aragon matase al Infante Don Ferrando su hermano, é al Conde Don Enrique, é que el Rey de Castilla tornaria al Rey de Aragon toda la tierra que le tenia ganada, é faria paz con él por cien años, é que Don Bernal de Cabrera lo dixo al Rey de Aragon; é otrosi que trataba con el Rey de Navarra que fuese en esto, é que el Rey de Castilla le daria la villa de Logroño. É los Reyes de Aragon é de Navarra consintieron en este fecho: é fué asi que un dia despues que el Infante Don Ferrando moriera, tornó el Rey de Aragon por facer esto, é dixo al Conde Don Enrique, que el Rey de Navarra queria ser con ellos en esta guerra é ayudarlos, é que era bien que se viesen en uno. É el Conde Don Enrique dixo que le placia de las vistas; empero que acordasen en qual castillo se verian, é quien los ternia seguros. É fallaron que el Rey de Aragon tenia un castillo frontero de Aragon é de Navarra que dicen Sos, é era bueno para que se viesen alli. É el Conde dixo que él no entraria en aquel castillo, salvo teniendole Caballeros de quien él fuese seguro: é por ende acordaron que le toviese un Caballero que decian Don Juan Ramirez de Arellano, que era Navarro, é Camarero del Rey de Aragon; pero era ome de quien el Conde Don Enrique se fiaba. É fué fecho asi, é el castillo de Sos fué entregado al dicho Don Juan Ramirez, é él puso y un su hermano, que decian Ramiro de Arellano, con treinta omes de armas, é veinte Ballesteros, é treinta Lanceros. É desque fué entregado el dicho Castillo á Don Juan Ramirez de Arellano, llegaron y el Rey de Aragon, é el Rey de Navarra, é acogiéronlos cada uno con dos servidores; é vinieron y el Abad de Fiscan é Don Bernal de Cabrera; é despues vino el Conde Don Enrique, é traxo ochocientos omes de caballo, é todos los suyos pusieron su Real acerca del castillo, é el Conde entró en el castillo con dos servidores, segund era ordenado. É desque fueron todos en el castillo fablaron de muchas cosas; é los Reyes de Aragon é de Navarra non fallaron en el Alcayde esfuerzo para complir lo que querian facer; ca les

dixo que en ninguna guisa él non seria en facer tal muerte. É desque esto vieron, encubriéronse lo mejor que pudieron, é partieron dende.»

Esta buena acción, que el canciller Ayala, con aquella singular frescura y ausencia de sentido moral que suele notarse en su *Crónica*, califica de *falta de esfuerzo*, y que Lope, como era natural, presenta bajo su aspecto noble y caballeresco, quizá no es rigurosamente histórica. Á lo menos, Zurita (lib. IX de sus *Anales*, capítulo XLVIII) la contradice, apoyado no en vagos rumores, como los que probablemente siguió el cronista castellano, sino en el texto mismo de la concordia celebrada entre los Reyes de Aragón y Navarra, no en la fortaleza de Sos, sino en la de Uncastillo, á 25 de Agosto de 1363; en la cual, lejos de tramarse nada contra D. Enrique, entró él como parte principalísima, y no se trató de su muerte, sino de la de D. Pedro, comprometiéndose á procurarla el Rey de Navarra, á quien no sin razón llama la Historia Carlos *el Malo*. «Declaróse otra cosa más deshonesta para tratarse que para ponerse en ejecucion (dice Zurita): que en caso que el rey de Navarra pudiese acabar por cualquiera via que el rey de Castilla fuese muerto ó preso por el mismo rey de Navarra ó por los suyos y se entregase al rey de Aragon, se le daria la ciudad de Jaca con sus términos, asi de las montañas como de la canal que llamaban de Jaca, y los castillos y villas de Sos, Uncastillo, Ejea y Tiermas, y más docientos mil florines. ¡En tanto estimaba el rey la vida y persona de su enemigo!»

No existe hoy, á lo que parece, el texto de este nefando pacto (1); pero como Zurita nada afirma sin documento fehaciente, y su palabra vale por un archivo, podemos descansar en su testimonio, y preferirle, á pesar de su fecha, al de Ayala, que seguramente no conoció el texto de esta convención, puesto que equivoca hasta el lugar en que se hizo, y hubo de ser en este caso eco de las hablillas que corrían en el campamento de D. Enrique. Muy natural parece que los emigrados castellanos, una y otra vez burlados en sus esperanzas de pronta reconquista y feroz desagravio, desconfiasen de la política *felina* de D. Pedro IV, y de la índole depravada del Rey de Navarra, y les atribuyesen todo género de pérfidas maquinaciones contra su caudillo; pero fuera inverosímil suponer que príncipes tan astutos y tan interesados en la ruina del rey de Castilla, fueran á deshacerse torpemente del *Bastardo*, cuando precisamente aquel osado aventurero era el mejor instrumento para sus planes, y su muerte en nada podía favorecerles, pues no tenían otro pretendiente que poner en su lugar, después del asesinato del infante D. Fernando, perpetrado con el consentimiento de su hermano D. Pedro IV, aunque fuesen ejecu-

(1) Juan Ramírez de Arellano (*Joannes Remiri d'Arellano*) figura como testigo en otro pacto anterior que hicieron contra D. Pedro los Reyes de Aragón y de Navarra en el lugar de Almudévar, á 23 de Mayo de 1363. (*Colección de documentos inéditos del Archivo general del reino de Valencia*, publicada por D. Joaquín Casañ y Alegre (Valencia, 1894), tomo I, págs. 119-121.)

Este pacto se refiere á otro anterior de Sos, que es probablemente el que Ayala confundió con el de Uncastillo, que, según Zurita, no se hizo hasta el mes de Agosto.

tores de él los escuderos de Trastamara. Tratándose de tal tiempo y de tales hombres, ninguna abominación es increíble; pero como el talento político del Rey *Ceremonioso* era todavía mayor que su perversidad, no hay para qué atribuirle un crimen inútil, ó más bien contraproducente, como lo hubiera sido la traición contra D. Enrique, á quien él acababa de allanar el camino del trono, saltando sobre su propia sangre.

En la *Crónica* de Ayala (capítulos V, VI y VIII del año vigésimo y último) se inspiró también Lope para las últimas escenas de su drama, donde pone en acción la pelea de Montiel y la catástrofe de D. Pedro. Son tan conocidos estos admirables capítulos, que huelga insertarlos aquí; pero no creemos fuera de propósito notar la fidelidad con que el poeta se atuvo al texto histórico hasta en la enumeración de las huestes combatientes por uno y otro bando. Tuvo también presente un romance hoy perdido, al cual pertenecían estos versos, que Lope intercala hábilmente entre los suyos:

Muerto yace el rey don Pedro
En su sangre revolcado:
Más enemigos que amigos
Tienen su cuerpo cercado;
Unos dicen que le entierren,
Otros que no sea enterrado.

Los dos primeros versos los trae también Andrés de Claramonte en su comedia *Deste agua no beberé*, haciendo que una voz profética se los cante al propio Rey mucho antes del desastre:

Tendido en el duro suelo,
El alma á Dios cuenta dando,
Muerto yace el rey don Pedro
En su sangre revolcado.
Los pies tiene don Enrique
Sobre su cuerpo gallardo,
Y el puñal sangriento tiene
En su vengadora mano.

En estas reminiscencias históricas y tradicionales consiste el principal valor de *Los Ramírez de Arellano*, que, por lo demás, es obra de pacotilla, según generalmente acontece con las comedias de armas y linajes, salvo alguna maravillosa excepción, como *Los Tellos de Meneses*.

XVII.—LA PRIMERA INFORMACIÓN.

Publicada por primera vez en la *Parte* 22 (auténtica) de Lope (Madrid, 1635). Parece que en su tiempo la habían atribuido algunos á Montalbán, sobre lo cual se hace una advertencia al fin de la comedia.

Esta pieza nada tiene de histórico. Figura en ella un rey D. Pedro de Aragón, y sólo por tal motivo la hemos puesto aquí, dado que el fondo es una de tantas comedias de amor é intriga bien escrita, pero no de mérito sobresaliente entre las de su autor.

En el próximo volumen continuará la serie de las comedias históricas y legendarias de Lope, desde el advenimiento de la dinastía de Trastamara hasta los Reyes Católicos (1).

M. Menéndez y Pelayo.

(1) Tengo que rectificar una noticia consignada en la página cvi. La comedia autógrafa de Lope que con el título de *La Niña de Plata y burla vengada*, y la fecha de 29 de Enero de 1613, existe en el Museo Británico, y de la cual tengo á la vista un exacto facsímile, nada tiene que ver, salvo el título, con *La Niña de Plata* que Lope publicó en su *Parte novena* (1617). Es una comedia enteramente distinta, é inédita hasta ahora, en que para nada interviene el rey D. Pedro, y que ni siquiera pertenece al género de las históricas, sino al de las novelescas, en cuya sección tendrá oportunamente cabida. Debe enmendarse también este error en los catálogos de Chorley y La Barrera.

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

TERCERA SECCION

LAS DOS BANDOLERAS

Y

FUNDACIÓN DE LA SANTA HERMANDAD DE TOLEDO

LAS DOS BANDOLERAS

Y

FUNDACIÓN DE LA SANTA HERMANDAD DE TOLEDO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA AVENDAÑO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Don Lope Díaz.
Álvar Pérez.
Doña Inés.
Doña Teresa.
Orgaz, *lacayo.*
Dos guardas.
Dos cuadrilleros.
El rey D. Fernando.
Don Alfonso Téllez.
Don Fernando.
Diego Martínez.
Guillermo González.
Gutiérrez Triviño, *viejo.*
Alcalde de la Hermandad.

JORNADA PRIMERA.

Sale un alarde de una compañía marchando en orden, y de capitanes D. Lope Díaz y Álvar Pérez.

DON LOPE.

Marche á Malagón la gente;
Haga el sargento mayor,
Pedro de Vargas Vicente,
Su oficio; que á tal valor
Es el cargo suficiente.
Primo, vuestra compañía
Haced luego recoger,
Porque antes que pase el día
La gente he de socorrer;
Que á esto el Consejo me envía.
Vengo por Cabo nombrado
De catorce compañías;
La vuestra á cargo me han dado
Para que las glorias mías
Se logren con tal soldado.

ÁLVAR.

Como vuestra hechura soy,
No es mucho que así me honréis
Cuando el parabién os doy
De ese cargo que tenéis.

DON LOPE.

Vuestro es, primo, desde hoy.

ÁLVAR.

Adónde manda marchar
Esta gente?

DON LOPE.

El Rey pretende,
Con seis mil hombres, cercar
Á Córdoba, y aun se entiende
Que á Sevilla ha de ganar.

ÁLVAR.

Es el santo rey Fernando
De tal conquista capaz.

DON LOPE.

Harto lo está deseando;
Y tanto, que no está en paz
Cuando no está peleando.
Y aunque en paz tiene Castilla
Y ya le ha dado León
De su Corona la silla,
Quiere ensanchar su blasón
Con las armas de Sevilla.

ÁLVAR.

Al fin pretende ganar
Á toda la Andalucía.

DON LOPE.

Y espero que ha de lograr
Su intento, si en él porfía.

ÁLVAR.

Su celo le ha de ayudar.
¿Cuántas compañías son
Las que ahora van marchando?

DON LOPE.

Ocho van á Malagón,
Sin seis que estoy esperando.

ÁLVAR.

Será lucido escuadrón.

DON LOPE.

¿Qué gente es la que tenéis?

ÁLVAR.

Ciento y cincuenta soldados,
En cuyo esfuerzo veréis
Á mil Cipiones cifrados,
Cuando la muestra toméis.

DON LOPE.

Es Yébenes gran lugar.

ÁLVAR.

Aquí me pienso quedar
Aguardando cuatro días,
Don Lope, las compañías,
Que á este tiempo han de llegar.

DON LOPE.

Á fe que he estado envidioso
Del lugar que habéis tenido
En Yébenes.

ÁLVAR.

Es famoso:
Bravamente en él me ha ido.

DON LOPE.

Á mí me trae cuidadoso.
Tuve aquí cierta ocasión
Cuando vine de Jaén,
Cuya amorosa pasión
Me trae á buscar á quien
Es dueño de mi afición.

ÁLVAR.

Enamorado venís:
¿Quién es, si puedo sabello,
Á quien el alma rendís?

DON LOPE.

Es el sujeto más bello
Del lugar donde asistís.
¿Conocéis las dos hermanas,
La flor de aqueste lugar,
Bizarras y cortesanas,
Que en él no hay más que mirar
Que aquestas diosas humanas?
Estas dos vieron mis ojos,
Y son los suyos tan bellos,
Que les dí el alma en despojos
Al punto que llegué á vellos.

ÁLVAR.

¡Por Dios, extraños antojos!
¿Á dos hermanas queréis?
¿No veis que no puede ser
El amor que pretendéis?
¡Mi muerte he llegado á ver!

DON LOPE.

Poco de amor entendéis.

ÁLVAR.

Antes, primo, entiendo tanto,
Que entiendo que habéis venido
Á darme muerte entretanto
Que vuestro amor he sentido,
Que es de mi sentido encanto.
Al fin queréis á las dos.

DON LOPE.

¿No sois más discreto vos?

ÁLVAR.

Aclaraos, que estoy en calma.

DON LOPE.

Á Teresa he dado el alma.

ÁLVAR.

Eso sí, ¡cuerpo de Dios!

DON LOPE.

Por la pinta he visto el juego,
Temor de vuestros recelos,
Que encendió la llama luego
El pedernal de los celos
En la yesca de este fuego.
Sin duda á doña Teresa
Amáis, primo.

ÁLVAR.

Á Inés adoro,
Y amor, señor de esta empresa,
Me guarda en ella decoro,
Pues de adorarme no cesa.
Merecí, con su favor,
Hallar en su casa entrada;
Y para mi bien mayor,
En mi divina adorada
Gozo el fruto de mi amor.

Desde el punto que la vi,
Con galas la paseé;
Mil papeles la escribí,
Y agradeciendo mi fe,
Cuanto quise poseí.
Prometí ser su marido,
Mas ya no lo pienso ser;
Que el primer gusto cumplido,
La más hermosa mujer
Es víbora del sentido.
Y aunque la tengo afición
Y notable obligación,
No pretendo ser casado;
Que la vida de un soldado
No consiente sujeción.

DON LOPE.

Más venturoso habéis sido
Que yo, pues en todo un mes
Que aquí estuve entretenido,
No alcancé de doña Inés
El ser tan favorecido.
Algunas noches hablé
Con ella por su ventana,
Donde mi amor declaré
En presencia de su hermana;
Mas nunca en su casa entré.
Y cuando entendí alcanzar,
Al cabo de tiempo largo,
El bien que amor suele dar,
Para entregarme este cargo
Me envió el Consejo á llamar.

ÁLVAR.

Yo entiendo que alcanzaréis
Lo que tanto deseáis
Si de nuevo pretendéis;
Que á muy buen tiempo llegáis,
Pues mi amistad conocéis.
Su hermana ha de ser tercera,
Que todo mi bien procura.

DON LOPE.

Por ella y por vos espera
Mi alma aquesta ventura;
Que es suya la considera.

ÁLVAR.

Doña Inés está dudosa
De nuestro amoroso efeto,
Aunque la trae sospechosa;
Que encubre poco el secreto
Una pasión amorosa.
La coyuntura es muy buena
Para que podáis trocar
En gusto y gloria la pena;
Que el padre nos da lugar,
Traza que el amor ordena.
Desde ayer está en Toledo;
Que es Cuadrillero mayor
De la Hermandad: y sin miedo,
Esta noche vuestro amor
Se ha de lograr, si yo puedo.
Esperad, que las dos vienen
De aquesta iglesia de misa.

DON LOPE.

Ya mis deseos previenen
Las razones tan aprisa,
Que turbadas se detienen.

ÁLVAR.

Si acaso con ella habláis,
Mirad que no descubráis
Mi amor; el vuestro se calle,
Que será echarlo en la calle
Si el secreto le contáis.

Salen D.ª Inés y D.ª Teresa cubiertas con mantos, y Orgaz, criado, con ellas.

DON LOPE.

Aquí aguardan dos soldados
Que el capitán, niño Amor,
Para premiar sus cuidados
Con la paga de un favor,
Tiene en su libro alistados.

TERESA.

Seáis, señor, bien parecido.

DON LOPE.

De esa razón entendí
Que sabéis que fuí perdido;
Pero yo he cobrado aquí
Hoy mi perdido sentido.
Cuando fuí de este lugar,
Mi sentido en él dejé,
Y hoy le he venido á cobrar;
Que el parabién que escuché
Fué donde le pude hallar.

TERESA.

¿Aquí el sentido perdisteis?

DON LOPE.

Bien sabéis vos que es verdad.

TERESA.

Yo, porque vos lo dijisteis
Lo sabré.

DON LOPE.

Seguridad
Dieron mis suspiros tristes.

ORGAZ.

Basta, que las dos están
Parejas con los soldados;
Y si así jugando van,
Los caballos encartados
Á las sotas ganarán.

DON LOPE.

El iris de paz he visto
De la pasada tormenta
En el cielo que conquisto,
Y mi humildad se presenta
Ante la luz que no he visto.

TERESA.

Siempre ganáis por la mano
En cortesía, señor,
Como sois tan cortesano.

DON LOPE.

No quisiera bien mayor
Que ganaros una mano.

TERESA.

¡Que don Álvar Pérez es
Vuestro primo! Es gran soldado,
Y, como galán, cortés,
Y sé que está apasionado
Por mi hermana doña Inés.

DON LOPE.

¿Habrá esta noche lugar
Para poderos hablar?

TERESA.

Pues cuando hay puerta cerrada
Para vos franca es la entrada,
Allá le podéis llevar.

INÉS.

Mira que nos ve mi hermana
Y don Lope el capitán.

ÁLVAR.

Su causa la nuestra allana.

ORGAZ.

Todos *páribus* están,
Y no de muy mala gana.

ÁLVAR.

El capitán es mi primo;
Y aunque cercano pariente,
Más por mi amigo le estimo,
Que de mi afición presente
Es el más seguro arrimo;
Demás que doña Teresa
Mano de esposa le ha dado:
Por lo mucho que interesa,
El secreto me ha encargado
Que aquí mi lengua os confiesa.

INÉS.

¿Qué dices?

ÁLVAR.

Que es ya su esposa.
Parece que recibís
Pena.

INÉS.

Andaba sospechosa
Por saber lo que decís.

ÁLVAR.

Ella ha sido venturosa,
Pues recibe por marido
Á un hombre de tal valor.

ORGAZ.

De su mano le ha cogido,
Pues como hermano mayor,
Su antigüedad ha querido.

ÁLVAR.

Esta noche habemos de ir
Á veros, y en mí un esclavo
Tendréis que os ha de servir.

INÉS.

Vuestra cortesía alabo:
Por vos empiezo á vivir.

TERESA.

Mirad que á las diez espero.

DON LOPE.

¿Llevaré mi primo allá?

TERESA.

Llevadle, que considero
Que doña Inés gustará,
Y dalle contento quiero.

ÁLVAR.

Ese favor agradezco.

INÉS.

Fío en vuestra cortesía,
Y así, mi casa os ofrezco:
Adiós.

ÁLVAR.

La ventura mía
Me da el bien que no merezco.

ORGAZ.

No ha estado malo el solaz.

TERESA.

Calla y síguenos, Orgaz.

Vanse las dos.

ORGAZ.

No está mala la ensalada;
La guerra va concertada,
¡Plega á Dios que acabe en paz!
Como está en Toledo el padre,
De pesadumbre que tienen
De la muerte de su madre,
Esta noche se entretienen
Con uno y otro compadre.

Vase.

ÁLVAR.

Muy bien, don Lope, se ha hecho;
Esta noche has de alcanzar
Lo que desea tu pecho.

DON LOPE.

Mañana hemos de marchar
Si salimos de este estrecho.

Vanse.

Salen D. Gonzalo, D. Alfonso Téllez, D. Fernando, Guillermo González, Diego Martínez y el Rey.

REY.

Pues va la gente á Córdoba marchando
Y en paz tengo á Castilla y sus Estados,
Vos, don Alfonso Téllez, gobernando
Iréis el escuadrón de esos soldados:
Por general os nombro de la gente,
Y á los vuestros remito mis soldados (1)
Porque mi fama vuestro nombre aumente;
Que aunque ya de León y de Castilla
La corona Real veo en mi frente,
Y sujeto el gobierno de su silla,
No estoy en paz hasta lograr mi intento,
Que es de ganar á Córdoba y Sevilla,
Y echando el Moro del cristiano asiento,

(1) Consonante repetido.

Perdido por el Godo desdichado,
No reposa un momento el pensamiento
Hasta haber á la Iglesia restaurado
La cristiandad de la perdida España,
Y mi deseo entiendo ver logrado;
Que animando la gente en la campaña,
Pienso esperar del cielo la victoria.

DON ALFONSO.

Del valor de tu pueblo es justa hazaña,
Digna de lauro y de inmortal memoria:
Beso tus pies por el honrado cargo
Del bastón, que á mi sangre da tal gloria;
Y pues tú me lo entregas, yo me encargo
De ser por él en la conquista un Marte,
Aunque en vanas promesas no me alargo,
Con el valor que el tuyo me reparte.
Primero que el bastón, faltará el brazo;
Verás sobre Sevilla tu estandarte,
Por más que pese al Moro que amenazo;
Verás en sus almenas tus leones;
Que si una vez la lanza desembrazo,
Temblarán los moriscos escuadrones,
Eclipsando tu sol sus medias lunas,
Insignias de sus bárbaros pendones,
Postrando por el suelo las fortunas
Que han tenido en España tiempo tanto;
Mas desde hoy, sus victorias son ningunas;
Que por ti á castigarlos me levanto.
Y no es mucho que al mundo todo asombre:
El eco sólo de Fernando el Santo
Vencerá sin la gente, que este nombre
Es del Cristiano paz, del Moro miedo,
Quedando al mundo eterno tu renombre.

REY.

El cargo, amigo Téllez, que os concedo,
Es como premio á tan heroico pecho;
Con él saldréis mañana de Toledo,
Antes que el sol, por su dorado techo,
El pabellón recoja de la cama
De la noche, de estrellas varias hecho.
Y Gonzalo Rodríguez, cuya fama
Iguala á la mayor de mis vasallos,
Pues la ocasión su esfuerzo á voces llama,
Regirá el escuadrón de los caballos.

GONZÁLEZ.

El cargo acepto de tu franca mano,
Y por ella me encargo á gobernallos,
Con que echaré de España al Africano,
Que llevando tu insignia y nombre sólo,
Terror del Moro y gloria del Cristiano,
Desde la rubia arena del Pactolo,
Hasta el mar que la margen riega Urenia,
Y cuanto encierra el uno y otro polo,
De la Antípoda honda á la alta Armenia,
Universal señor serás sin duda,
Haciendo el mundo á tus grandezas venia.

REY.

Si van tales soldados en mi ayuda,
¿Qué mucho que conquiste todo el mundo
Y que, seguro de la empresa, acuda
A ser otro Alejandro sin segundo,
Y rayo del Alarbe, y resistencia,
Desterrando su secta hasta el profundo?

DON ALFONSO.

Armado el campo de su Real presencia,
Por fuerza temerá el contrario acero.

Sale un criado.

CRIADO.

Para hablarte, señor, pide licencia
Luis Gutiérrez Triviño, un Cuadrillero
Mayor de la Hermandad de aquesta tierra.

REY.

Noticia tengo de ese caballero,
Que á mi abuelo sirvió en la paz y guerra.
Aquéste, de Golfines bandoleros
Limpió los montes y Morena Sierra,
Con los demás hermanos cuadrilleros,
Cuando Castilla estaba rebelada
Por los bandos contrarios lisonjeros:
La presencia y el brío sólo agrada.

Sale Gutiérrez Triviño, viejo.

TRIVIÑO.

Dadme, señor, los pies.

REY.

Alzaos, Triviño.

TRIVIÑO.

Con esta espada, en sangre matizada,
Que al lado izquierdo por derecho ciño
Desde que apenas tuve el rubio bozo,
Que el tiempo ha convertido en blanco armiño,
Al fin, desde la edad de tierno mozo,
He servido á tu padre y á tu abuelo,
Blasón insigne del valor que gozo
Por mis servicios, que es testigo el cielo;
Y ansí por ellos y por ser tan viejo,
Y por saber tu justo y santo celo,
Que será virtuoso y claro espejo:
Yo soy el que en los montes y en la sierra
Poblé de salteadores los caminos
Cuando el octavo Alfonso tuvo guerra;
Colgando, ya de robles, ya de espinos,
Su soberbia, entre peñas sepultada,
Principio vil de tantos desatinos:
Y ansí, de esta Hermandad, que está fundada
Por secretos de Dios para castigo
De alguna gente enorme rebelada,
Que á las fieras montañas dan abrigo,
Soy enviado á tu Real persona
Para que el privilegio á que te obligo
Confirme en sí de nuevo tu corona,
Pues sabes el valor de tu justicia.

REY.

Basta, Triviño, el vuestro, que la abona;
Y aunque del caso tengo ya noticia,
Contadme su primero fundamento.

TRIVIÑO.

La causa principal fué la codicia
De los Golfines; mas escucha atento:

Bien sabéis, tercer Fernando,
Á quien el piadoso cielo
Ha dado el nombre de Santo
Por ser sabio, justo y recto,
Que el emperador Alfonso (1),
Tu famoso bisabuelo,
Aquel que á aquesta ciudad
Dió el antiguo privilegio
De ser imperial y noble,
Noble por sus nobles hechos,
Imperial por ser de España
Su antigüedad el imperio;
Aquel que añadió á sus armas
Dos reyes de armas, maceros
Que guardan las imperiales
Por justo consentimiento;
Á quien se remite España
En exenciones y pechos,
Tuvo á don Sancho y Fernando
Por sus hijos herederos,
Entre los cuales quedó
La posesión de su reino,
Porque el valeroso Rey
Vino á morir en el puerto
Que llaman el Muladar,
Al pie de un encino hueco
Del lugar de la Frezneda,
Viniendo con el trofeo
De Andújar y de Quesada,
Que nos conquistó su acero:
Quedaron, pues, los dos reyes,
Don Sancho con el gobierno:
Murió don Sancho en Castilla,
Dejando por heredero,
Aun no cumplidos seis años,
Á don Alfonso el noveno.
Túvole en guarda y custodia
El famoso caballero
Fernán Gutiérrez de Castro,
Antecesor de los Lemos.
Los de la casa de Lara,
Los antiguos caballeros
Poderosos en Castilla,
Viendo que el Infante tierno
No era capaz para ser
De su mismo Estado dueño,
Con los Castros valerosos
Tuvieron antiguos pleitos:
Amotinóse Castilla;
Causa, que en aqueste tiempo,
Su tío, el Rey de León,
Fué entrando la tierra adentro,
Ganando algunas ciudades
En el castellano suelo.
Á este tiempo, los de Lara,
Á Castro le persuadieron
Que les entregase el Rey;
Y él, que siempre fué su intento
Ver puesta en paz á Castilla,
Se les entregó, pidiendo,
Y fué el conde don Manrique
Su guarda, por ser más viejo
Y el señor más poderoso,
Á quien tomó juramento
De que siempre le guardase,
Como á su Rey, el respeto.
En Ávila fué criado,
Hasta que á voces pidieron
Los de Castilla su Rey;
Y él, once años cumpliendo,
Donde Fernán Ruiz de Castro,
Que era Alcaide de Toledo,
No le entregó la ciudad
Por cumplir el testamento
Que don Sancho el Deseado,
Su padre, dejó propuesto:
Que hasta edad de quince años
No le entregasen sus reinos.
Mas don Esteban Illán,
Un famoso caballero
De aquesta misma ciudad,
Disfrazado, con secreto,
Metió al Rey en San Román:
Del Emperador biznieto
Paleólogo, cuya sangre
Gozan ahora los Toledos,
Viendo el motín levantado,
En la torre de este templo,
De que Illán fué fundador,
Sacó el estandarte regio,
Y á su lado el mismo Rey,
En altas voces diciendo:
«Éste es el noveno Alfonso,
De Castilla el heredero;
Caballeros toledanos,
Aquí tenéis el Rey vuestro.»
Con aquesta novedad,
Entre ilustres y plebeyos
Se alborotó la ciudad;
Pero al fin le recibieron
Por don Esteban Illán,
Á quien le dieron por premio
El entierro más famoso
Que hemos visto en nuestros tiempos;
Pues está en la santa iglesia,
Cual sabéis, su mismo entierro,
Detrás del coro mayor,
En lo alto, donde vemos
Que quiso premialle Dios
Sus católicos deseos,
Pues porque á su Rey guardó
Permitió ponelle el cielo,
Armado sobre un caballo,
Por guarda del Sacramento.
Al fin el rey don Alfonso,
Que fué tu dichoso abuelo,
En las guerras se ocupó
Para restaurar su reino.
Ganó aquella gran victoria
Con milagroso portento,

(1) Por errata evidente dice el texto [illegible]

De las Navas de Tolosa;
Y como ocupado en esto
Andaba sin acudir
Á su forzoso gobierno,
En los montes toledanos
Y en Sierra Morena hicieron
Mil escuadras de ladrones
Los Golfines bandoleros:
Asolaban los ganados,
Mataban los pasajeros,
Destruían las colmenas
Y saqueaban los pueblos;
Forzaban á las mujeres
Como tiranos soberbios;
Y viendo que no podía
Poner al daño remedio
Nuestro Rey, los ciudadanos,
Colmeneros y hombres buenos,
Levantamos una escuadra
De mil robustos mancebos;
Y por guardar nuestra hacienda,
Repartiendo en cinco puestos,
Por escuadras, nuestra gente,
Llevé á mi cargo doscientos.
Fuimos corriendo los montes,
Y en lo más áspero dellos
Hallábamos los ladrones,
Grande resistencia haciendo.
Aquí se prendían veinte,
Allí treinta, acullá ciento,
Y sin pasar adelante
Se hacía justicia dellos;
Que en los árboles colgados,
Para mayor escarmiento,
Por blanco de nuestras flechas
Asaetados se vieron.
Con este mismo castigo
Murieron mil y quinientos;
Limpiamos toda la tierra
Y los montes de Toledo;
Hermandados á este fin,
Los hermanos colmeneros
Propusimos ser hermanos;
Y porque tuviese efecto
Nuestra hermandad levantada,
Fuimos al Rey, que sabiendo
La causa de esta justicia,
La hermandad confirmó luego,
Dándonos para seguro
Aqueste Real privilegio,
Cuyas libertades justas
Confirmó su mismo sello
Para su mayor abono;
Y pues es santo el intento,
Y tú lo eres, confirma
De la hermandad el derecho.

REY.

Leed el privilegio: quiero
Confirmar cosa tan justa.

TRIVIÑO.

Mil años te guarde el cielo.

«Visto por el Rey y el reino la utilidad que se sigue de que los colmeneros de los montes de Toledo continúen en su hermandad, yo el rey D. Alonso, llamado el Noble, permito y mando que prosigan adelante en la forma susodicha. Y para que mejor puedan sustentar la dicha hermandad, les den las partes interesadas, cada uno lo que pueda, conforme el estado, concediéndoles que tengan su jurisdicción y puedan castigar á los delincuentes, y seguirlos y castigarlos con la dicha pena. Por lo cual se les concede que puedan sacarlos dondequiera que estuvieren, y aunque estén por otros delitos, los jueces competentes los entreguen á los alcaldes y cuadrilleros de la dicha hermandad para que hagan justicia.

»Item más: que el Prelado les hace gracia de que el fruto de sus colmenas sea libre de diezmo de miel y cera.

»Item más: que los señores de los ganados del reino les den de su voluntad, para ayuda de sustentar la hermandad, una asadura de cada cabeza de ganado de cada hato que pasare por las tierras y distritos de los hermanos de la dicha hermandad, como hoy lo tienen, y cobran de todos los estados de gentes, sin exceptuar clérigos, ni hidalgos, ni otro ningún estado de gente, libres, y que sean los cuadrilleros los mismos colmeneros de Toledo.—*Yo el Rey.*

REY.

Yo digo que lo confirmo,
Y al privilegio pretendo
Añadir más libertades:
Y así, de nuevo concedo
Á los colmeneros dichos,
Presentes y venideros,
Que puedan cazar sin pena
Por los lugares y puestos
Por donde un tiempo cazaban,
Del rey Alfonso mi abuelo;
Y que les sean guardados
Sus costumbres y sus fueros,
Y que puedan desmontar
Los montes, no conociendo
Las dehesas, en perjuicio
De los colmenares hechos.
Y para confirmación
De mi justo mandamiento,
Con mis dos sellos de cera
Abonaré el privilegio,
Cuya fecha se publica
Año de mil y doscientos
Y veinte, á los tres de Marzo,
En las Cortes de Toledo;
Y por la santa justicia,
Que en esta hermandad contemplo,
Nombre de Santa Hermandad
Desde ahora le concedo.

TRIVIÑO.

Bien te llama el mundo Santo,
Nombre que ha de ser eterno.

REY.

También á vuestros servicios
Quiero dar, Gutiérrez, premio:
¿Tenéis hijos?

TRIVIÑO.

No, señor;
Dos hijas me ha dado el cielo
Más hermosas que su sol,
Con que la vida entretengo.

REY.

Pues desde hoy queda á mi cargo
De las dos el casamiento;
Yo las casaré, Triviño,
Y esta palabra os empeño.
Cuando salga á la jornada
Las veré, que será presto;
No faltarán en Palacio
Dos hidalgos caballeros
Que se encarguen de su honor,
Y yo me encargo de hacello.

TRIVIÑO.

Beso tus Reales pies.

REY.

Alzaos, Triviño, del suelo:
Vamos, que el Prelado aguarda,
Porque hoy en el santo templo,
Y en su capilla mayor,
Que se labra ahora de nuevo,
Tengo de ser oficial
Primero, en su fundamento,
Y poner la primer piedra
Por mis manos.

TRIVIÑO.

¡Santo cielo!

DON ALFONSO.

Quedará en la santa Iglesia
Esa humildad por ejemplo.

Vanse.

Salen Álvar Pérez y D.ª Inés.

INÉS.

¿Puedo llamarte mi esposo?

ALVAR.

Sí podrás, pues lo he de ser.

INÉS.

¡Cómo ha de ser! ¡He de ser!
Es del alma sospechoso.
En decirme que has de sello
Me has dicho que no lo eres;
Y si es verdad que lo eres,
¿Cómo sin sello has de vello?
¿Parézcote ahora más fea
Que cuando me conquistaste?

ALVAR.

Mi voluntad granjeaste,
Que en adorarte se emplea.

INÉS.

Jura que serás mi esposo.

ALVAR.

Yo lo juro, ¡por tu vida!

INÉS.

Si de ti es aborrecida,
Juramento es persticioso (1)

ALVAR.

¿De qué estás tan temerosa?
Pues para propia mujer
Un rey te puede querer,
Por noble, honesta y hermosa.
Á tu padre he de pedirte
Cuando venga de Toledo,
Porque así obligalle puedo:
¿Qué temes?

INÉS.

Que quieres irte.
Si aguardas las compañías
Que mañana han de llegar,
Por fuerza habrás de marchar,
Borrando las dichas mías.

Toca una caja á marchar, y salen D. Lope y D.ª Teresa.

DON LOPE.

La caja toca á marchar:
Déjame, doña Teresa;
Que más premio se interesa
Con marchar á pelear.

TERESA.

¿Ansí me quieres dejar?
¡El pesar en mí se ve!
¿Ansí tu palabra y fe
Se olvida? ¿Ya no me quieres?

DON LOPE.

Pesadas sois las mujeres.

TERESA.

¿Cuál, gozada, no lo fué?
Carga que aflige hasta el alma,
Viendo que el ser y el honor
Se me anega en el favor
De una prometida palma;
Y trae el sentido en calma,
Fluctuando en este mar,
Que alterando mi pesar,
Ya mi nave dió al través,
Sin piloto que otra vez (2)
La pueda al puerto sacar;
Palma que tarde da el fruto
Del alma ingrata á su dueño,
Contentos breves del sueño,
De los pesares tributo;
Todos son amargo luto
De mi esperanza leal,
Bien que me trae tanto mal.

---

(1) *Persticioso* está por *supersticioso*.
(2) Rima falsa.

ÁLVAR.
Bien tu hermana se querella,
Cuando la misma querella
Pasa en nuestro tribunal.

INÉS.
No te lamentes, hermana;
Que en vano al viento te quejas,
Pues tus lastimosas quejas
Escucha un alma tirana.

DON LOPE.
Otra vez la caja suena.

ÁLVAR.
Las compañías serán.

DON LOPE.
Vamos de aquí, capitán.

ÁLVAR.
La ocasión ha sido buena.

DON LOPE.
Dejad el miedo y la pena,
Que lo dicho cumpliremos
Hasta quedar despojados;
Despacharé los soldados:
Adiós; luego volveremos.

TERESA.
Mi don Lope, ¿has de volver

INÉS.
Álvar Pérez, ¿volverás?

ÁLVAR.
¡Oh, qué enfadosa que estás!

INÉS.
Quiero bien, y soy mujer.

TERESA.
Pienso que no te he de ver.

DON LOPE.
Pues piensa lo que quisieres.

INÉS.
¿Dices verdad que me quieres?
¿Cuánto será?

ÁLVAR.
Más que á mí:
Vamos, don Lope, de aquí.

DON LOPE.
¡Oh, qué enfadosas mujeres!

Vanse.

INÉS.
Temo.....

TERESA.
¿Qué temes?

INÉS.
Lo que estás temiendo.

TERESA.
Temiendo estoy un cierto desengaño.

INÉS.
Desengaño será de nuestro daño.

TERESA.
Daño de que los dos se van riendo.

INÉS.
Riendo, han ido el tiempo entreteniendo.

TERESA.
Entreteniendo amor un gusto extraño.

INÉS.
Extraño fué, pues que forzó el engaño.

TERESA.
¿Engaño el que en su brasa fué encendiendo?

INÉS.
Encendido su amor, mató el deseo.

TERESA.
Deseo que murió en su confianza.

INÉS.
Confianza de un ciego amor injusto.

TERESA.
Injusto gusto de un perdido empleo.

INÉS.
Empleo do se muere la esperanza.

TERESA.
Esperanza que espera infierno justo.

Sale Orgaz, de soldado gracioso.

ORGAZ.
Dadme vuestra bendición,
Porque me voy á la guerra,
Y he de ser otro Sansón.

INÉS.
De humor vienes.

TERESA.
Todo es guerra,
Fantasmas de mi pasión.

ORGAZ.
Si la bendición os pido,
Es porque veo en las dos
Que iré muy bien bendecido
De dos ángeles de Dios;
Digo, del dios escopido,
Que no sé de tollogías,
Cual don Álvaro y don Lope;
Y ansí, las razones mías
Mido, porque no me tope
Con cuatro ó cinco herejías.
Mil veces os vi llamar
Á los dos que os he nombrado,
Diosas, serenas del mar,
Y rosas que en su cercado
Han podido deshojar.
Reñían los dos galanes
Sobre haceros mil lisonjas,
Como por los dos San Juanes
Suelen pelear las monjas
Á costa de mazapanes.
Á costa de los favores
Fingidos de su afición,
Pienso que los dos señores
Tomaron la posesión
De aquese jardín de flores.
Después que me bendigáis
Os prometo declarar,
Por si ofendidas estáis,
Que los dos quieren marchar
Donde más no los veáis.

Y aunque marchaba la gente,
Y estoy, cual veis, de camin[illegible].
[illegible]presente,
Hablallos me determino,
Como criado obediente.
Al punto los voy á hablar;
Mas si no permite Dios
[illegible] se vengan á casar,
Casaos conmigo las dos,
Y olvidaréis el pesar.
Y aunque haya vendimiado
Las viñas su atrevimiento,
No os dé aqueso cuidado;
Que yo me doy por contento
Del rebusco que ha quedado.

TERESA.

Ya, [illegible],
Hasta éste nos tiene en poco
Con sus necias libertades.

INÉS.

¿No ves que un niño y un loco
Suelen decir las verdades?

Sale Triviño, padre de las dos.

TRIVIÑO.

Doña Teresa é In[illegible],
Llegad, dadme vuestros brazos,
Pues en ausencia de un mes,
Estos regalados lazos
Son de mi amor interés.
¿[illegible]?

TER[illegible].

Para serviros.

TRIVIÑO.

Tristes parece que estáis.

INÉS.

Antes, señor, con oiros
Al alma tal gusto dais,
Que ya sale á recibiros.

[illegible]

¿Quién tan contento se vió
Con dos hijas tan hermosas,
Y á quien el cielo dotó
[illegible]
Donde su padre mostró?
¡[illegible]!
Muestran en los ojos bellos,
[illegible]n llaneza y majestad,
Que están mostrando por ellos
[illegible] alma la calidad!
¿Quién no está siempre adorando
Á las hijas estimadas
[illegible]r que están guardando,
Y más si son tan honradas
Como las que estoy mirando?
Las dos sois un claro espejo,
Que en mi pecho se dilata
Vuestro divino reflejo,
[illegible]le estas hebras de plata
Mira por consuelo un [illegible].
Por vuestra mucha virtud,
Fernando, nuestro Rey santo,
Á quien da el cielo salud,
Para que España, entretanto,
Tenga su antigua quietud,
Cuando ayer sus pies besé,
D[illegible]pués que me confirmó
Lo que tanto deseé,
De casaros se encargó,
Favor que nunca esperé.
Mandóme que no tratase
Sin él vuestro casamiento,
Y que á su cuenta quedase
De la dote el cumplimiento,
Con que mi valor premiase
Presto, porque aquí vendrá,
Adonde esta pobre casa
Su Real presencia honrará,
Porque vuestra fama pasa
Hasta donde un Rey está.
Venid, que cansado vengo
Y deseo descansar,
Aunque aquí el gusto entretengo;
Que no hay más que desear
Que las dos hijas que tengo.

Vase.

INÉS.

Casarnos quiere Fernando:
Padre, muy contento vienes,
Nuestras bodas deseando,
No viendo el gran mal que tienes
Que en las dos te está aguardando.
Si de tu amor el cuidado,
Con que nos has alabado,
Antes de tu ofensa fuera,
De tus razones creyera
Que nos habías dejado.

Sale Orgaz.

[illegible]

¡Albricias!

TERESA.

Amigo Orgaz,
Habla, que yo te las mando.

ORGAZ.

Pues con gran gusto y solaz,
Que vendrán responden.

INÉS.

¿Cuándo?

[illegible]

Cuando esté la guerra en paz.
No hay quien detenerlos pueda;
Por la posta van los dos
Camino del Alameda.

TERESA.

¡Oh! ¡Mal San Juan te dé Dios!

ORGAZ.

Y la Pascua, ¿dónde queda?

Cuando fuí, no los hallé,
Porque los dos, con rigor,
Se fueron faltos de fe;
Todo aquel pasado amor,
Como se vino se fué.
Mas pues voy en su escuadrón,
Bien presto los pienso ver:
Adiós, que me dais pasión,
Que yo les daré á entender
Que no tuvieron razón.
Aunque mi intento no ignora
Que siempre en vano trabaja
La que un soldado enamora,
Porque, en tocando la caja,
Luego dice: «¡Adiós, señora!»
Adiós os podéis quedar,
Porque voy á pelear;
De adonde, por más grandezas,
Os traeré sus dos cabezas
Si se las dejan cortar.

Vase.

TERESA.
¿Qué dijo que cortaría,
Hermana, aquese villano?

INÉS.
Repórtate, hermana mía.

TERESA.
¿Cómo, si se fué el tirano
Con tan grande alevosía?

INÉS.
Es verdad que ya se fué
El tirano que tiró
El tiro contra mi fe;
Y como el blanco acertó,
Ansí en blanco me quedé.

TERESA.
En blanco, hermana, quedamos
Las dos, aunque de sus tiros
El primero blanco erramos,
Con flechas de los suspiros
Que tras ellos enviamos.

INÉS.
Oye lo que estoy trazando:
Pues que sentido tenemos,
Y los dos van caminando,
Las dos también caminemos;
Que amor nos irá guiando.

TERESA.
Tu traza ha sido muy buena;
Y pues la razón nos sobra,
Y fuerza de amor lo ordena,
Póngase luego por obra,
Ande cuerpo y alma en pena.

INÉS.
Más el deseo se enciende,
Animando á la partida
La causa que honor pretende;
Que una mujer ofendida,
Lo más imposible emprende.
Ven, que en traje de villanas
De Yébenes partiremos
Esta noche.

TERESA.
Por livianas,
Fama eterna dejaremos
Al mundo las dos hermanas.

Vanse, dando fin á la primera jornada.

JORNADA SEGUNDA.

Sale Gonzalo Rodríguez, soldado 1.º

RODRÍGUEZ.
Está el Rey nuestro señor
En Toledo descansando,
Y al frío, nieve y calor,
Los soldados peleando,
Sin pagarlos; ¡gran rigor!

Sale Rafael, soldado 2.º

RAFAEL.
¡No pagar en cinco meses!
¡Vive Dios, he de pasarme
Á los moros cordobeses,
Donde sabrán estimarme!
¡Sufran esto los ingleses!

Sale Barrientos, soldado 3.º

BARRIENTOS.
Pelear y sin comer
Ni tener ningún provecho,
El diablo lo puede hacer;
¿De qué es el Rey de provecho
Sino de hacerse temer?

RAFAEL.
Estáse en su blanca cama
El rey Fernando, durmiendo
Con su mujer, á quien ama,
Y los soldados muriendo
En la campaña, por fama.

RODRÍGUEZ.
Los que fueron á León,
Son los que ricos quedaron.

BARRIENTOS.
Fué muy gentil ocasión,
Pues la tierra saquearon.

RAFAEL.
La ocasión hace al ladrón.
Los que por acá quedamos,
Siempre andamos peleando,
Y sólo lo que medramos
Es, murallas asaltando,

Sus piedras, por do rodamos.

Sale Orgaz.

ORGAZ.

Como está recién casado
Fernando, hace poca cuenta
De su campo [illegible],
Sin mirar que está á su cuenta
La paga de este [illegible].
Para cien maravedís
Que nos paga cada mes,
M[illegible]r fuera ir á París
Y quitárselo al Francés.

RODRÍGUEZ.

Muy enojado venís,
Soldado.

[illegible]

Es de lindo humor
El mentecato pazguato.

ORGAZ.

Mejor fuera ser pastor.

[illegible]

Justo es gocéis del barato
De la guerra.

[illegible]

Es gran rigor.
Si á mí me dieran un pan
De á diez libras cada día,
Riñera como un Roldán.

RODRÍGUEZ.

Y ¿con cuánto vino habría
Harto para el ganapán?

[illegible]

Bien es con eso me alumbres:
Harto hubiera en cuatro azumbres
Y dos cuartos de carnero,
Y con esto, del dinero
Quitara las pesadumbres.

Sale D. Lope.

DON LOPE.

Ya vuestra paga l[illegible].
Que la trajo el General,
Y por pagador nombró
Mi primo.

[illegible]

Paga real
Habrá, como se esperó.

ORGAZ.

Eso sí, ¡pesia mi abuelo!
Que con un hilo de alambre
Me podrán alzar del suelo;
Porque no siento, de hambre,
Si estoy en tierra ó en cielo.

DON LOPE.

No es bueno para la guerra
Vuestro humor, amigo Orgaz.

ORGAZ.

Mejor estaba en mi tierra
Guardando ganado en paz,
Que perdido en esta tierra.

DON LOPE.

En este paso del puente
Quieren que la paga sea;
Ya se echó el bando á la gente.

PARRIENTOS.

¡Santa puente de Alcolea,
Tus ojos el cielo aumente!

RAFAEL.

Veas, por más maravilla,
Que se cojan sin trabajo,
Abrazándose en la orilla,
Los bellos barbos del Tajo,
Con albures de Sevilla.
Pues en ser mesa te empleas
De soldados tan extraños,
En ti dos venteros veas,
Porque cristianos poseas
Aquestos dos, como hermanos (1).

ORGAZ.

Y en estos reales caminos
Estén remediando daños,
Con perdices, palominos,
Para los propios y extraños
Que pasan estos caminos.
Con vino, vaca y carnero,
Con peras, naranjas, pan,
Que es del pobre pasajero
Consuelo, si se lo dan
Presentado sin dinero.
Vuestras dos ermitas sean
Fuentes de cristal, tendiendo
Mil vasos, adonde vean
Que el agua se está riendo
De aquellos que la desean.

RODRÍGUEZ.

Buena ha sido la oración;
Mas temo no os caiga á vos
Del agua la maldición.

Sale Álvar Pérez; sacan un bufete y recado para escribir.

ORGAZ.

Mi jüicio guarde Dios,
Que ella en mí no hará impresión.

ÁLVAR.

Por orden podéis llamar
Los soldados; que el veedor
La muestra quiere pasar,
Porque aguarda el pagador.

DON LOPE.

El paso quiero tomar
De este puente; irán pasando
Los soldados por aquí,
Y allá los irán pagando,
Pues muestro mejor ansí.

---

(1) Faltan la rima y el sentido. Acaso Lope escribiría [illegible], ó tal vez *cristianos* en lugar de *extraños*.

ÁLVAR.
Sus pagas irán contando.

Siéntense D. Lope y Alvar Pérez, y vayan leyendo una lista.

DON LOPE.
¿Es la primer compañía
La de Diego de Sarmiento?

RODRÍGUEZ.
Ésa es la mía.

BARRIENTOS.
Y la mía.

ÁLVAR.
Todas hoy tendrán contento:
Dejad los dos tal porfía.
¿Quién es Pedro Rafael
De Segovia?

RAFAEL.
Á tu servicio,
Yo, mi señor.

ÁLVAR.
Hombre fiel,
De ser bravo dais indicio.

RAFAEL.
Rayo soy del moro infiel.

ÁLVAR.
Aquí se os deben tres pagas,
Y las ventajas también.

RAFAEL.
Bien es que me satisfagas,
Pues lo he trabajado bien,
Ya que por Fernando pagas.

ÁLVAR.
Denle dos.

RAFAEL.
En la hostería
Debo más sin lo prestado.

ÁLVAR.
Pagaráseos otro día;
Tomad dos pagas, soldado,
Que es muy poco la cuantía
Del dinero que ha venido,
Y hay muchos á quien pagar.

RAFAEL.
Pues eso ya está comido;
La mano voy á probar:
Ya lo imagino perdido.

Vase.

ÁLVAR.
Arroyo.

ARROYO.
Yo soy, señor;
Siete pagas se me deben.

ÁLVAR.
Vuestra deuda es la mayor;
Denle tres, que es bien que lleven
Todos.

ARROYO.
¿Hay mayor rigor?
Manda que cuatro me den,
Pues de tres le dieron dos
Á Rafael.

ÁLVAR.
Está bien;
Dénselas, y sabe Dios
Que os diera siete también.

Vase Arroyo.

Barrientos el Toledano.

BARRIENTOS.
¿Era para esotro día,
Ó para esotro verano?

ÁLVAR.
Hablad con más cortesía,
Pues sois toledano, hermano.

DON LOPE.
Mirad lo que se le debe,
Y en puntos no se repare.

BARRIENTOS.
Cuatro son.

ÁLVAR.
Pues las dos lleve.

BARRIENTOS.
No hay para qué un hombre pare
Cuando la mano se pruebe.

Vase.

ÁLVAR.
Orgaz.

ORGAZ.
Aquese soy yo.

ÁLVAR.
¿Sois de Orgaz?

ORGAZ.
Esa es mi villa,
Que ahí mi madre me parió,
Aunque mi padre en Castilla
Sospecho que me engendró.

ÁLVAR.
¿Débensele pagas?

ORGAZ.
Seis.

ÁLVAR.
Con las dos ahora podréis
Pasar como los demás.

ORGAZ.
De vino y pan debo más.

ÁLVAR.
Mucho coméis y bebéis.

ORGAZ.
Con esta mala ventura
Nací, así me crió Dios,
Y pues mi vida procura,
Mándame dar otras dos:
Así Dios te dé ventura.

ÁLVAR.
De las seis, que os den las tres;
Decid, Orgaz, que lo mando.

[illegible]

[illegible] besar tus pies [illegible]

V[illegible] y [illegible] D.ª [illegible]sa y D.ª Inés, de labradoras, cubiertas las caras con dos velos.

[illegible]

Á la gente están [illegible]

[illegible]

Disimula, pues, Inés.

[illegible]

La gente pagando están
Alférez y capitán;
Pues ves tan buena ocasión,
P[illegible]senta la obligación,
Y [illegible]

[illegible]

¡Lindos talles de serranas!
Bizarría y brío tienen:
[illegible]n, bellas aldeanas,
[illegible]
[illegible]te campo? ¿Son hermanas?

[illegible]

Basta, que deben de [illegible]
Á hermanas aficionados;
Claro lo dan á entender.

[illegible]

En un campo de soldados,
¿Qué vienen á pretend[illegible]

[illegible]

Sin duda las tiene en él
Algún celoso cuidado.

[illegible]

[illegible]que un intento cruel
Á las dos nos ha forzado
Á que vengamos á él.

[illegible]

A que nos paguen venimos
Unas pagas que nos deben,
De ventajas que perdimos,
Y no es razón que nos lleven
[illegible] los que tan bien servimos.

[illegible]

Pues ¿habéis sido alist[illegible]

[illegible]

Venimos á pretender
Ciertas pagas reformadas.

[illegible]

Qué, ¿soldada[illegible]
[illegible]luda que estáis quebradas.

[illegible]

[illegible]ebrada la deuda está,
Porque la dita [illegible]
[illegible]
Porque el deudor, que se [illegible]
Tarde ó nunca pagará.

[illegible]

Si no es mucha la contía,
Fácilmente cobrar[illegible]
[illegible]s ese deudor podría,
Con un plazo que le deis,
Sati[illegible]facer algún día.

TERESA.

De contado prometieron
Pagarnos, y se pasaron
Dos meses que no cumplieron
La palabra que empeñaron,
Á que obligados se vier[illegible]n.

ÁLVARO.

Y esos deudores ¿están
En el campo de Fernando?

DON LOPE.

F[illegible]ácilmente cobrarán
De ellos, porque están pagando.

[illegible]

Temo que lo negarán.
Y pues los dos parecéis
Nobles, y os tendrán respeto
Por el cargo que tenéis,
Tenga nuestra paga efeto,
Que se hará lo que queréis.

DON LOPE.

¿Qué es la deuda?

INÉS.

Nuestro honor:
Las dos fuimos engañadas
De dos tiranos de amor,
[illegible] á dejarnos sus espadas,
Vieran de Dido el rigor.
Primero nos prometieron
El ser de las dos maridos;
Conquistaron, pretendieron,
Y [illegible],
Al punto se arrepintieron.
Engañadas nos dejaron,
Sin honra en nuestro lugar,
Y á Córdoba caminaron;
Tocó la caja á marchar,
Y con nuestro honor marcharon.
A cobrar hemos venido
Aquí, si los dos queréis,
Ya que el pleito habéis oído.

DON LOPE.

Muy fácilmente tendréis
Vuestro honor restituído.

ÁLVARO.

Es tan justa la querella
Que las dos contado habéis,
Que es razón volver por ella,
Y en mí un protector tendréis
Justo para defendella.
La palabra cumplirán
Los dos si en el campo están,
Que es bien vuestro honor reparen,
Y cuando acaso se amparen
De su engaño, morirán.

DON LOPE.

Ya quisiera ver delante
Los dos de quien querelláis;
Que á delito semejante,
Si es verdad lo que contáis,
Es el castigo importante.

En la puente están pagando,
Y uno á uno van pasando;
Venid, los conoceréis
Porque vengadas quedéis;
Que ya lo estoy deseando.

TERESA.

No hay que hacer más diligencia
Si esos son vuestros deseos;
Y pues en vuestra presencia
Están juntos los dos reos,
Ejecutad la sentencia.

Descúbrense las dos.

Qué, ¿os espanta lo que veis?
Las dos somos, cuyo honor
Robado los dos habéis;
Bien sabéis vuestro rigor,
Y nuestra razón sabéis;
Bien sabéis que prometisteis
Vuestra fe, palabra y mano
Para lo que pretendisteis;
Ya el alcanzallo está llano,
Que aquí á Córdoba os vinisteis.
Decís que nuestra querella
Es justa, y vuestra justicia
Hoy promete defendella,
Y pues es de amor primicia,
Volved con amor por ella.

DON LOPE.

¿Quién sois? que no os conocemos.

ÁLVAR.

No está malo el pensamiento.

DON LOPE.

De sus celosos extremos
Nace el loco atrevimiento.
Buen pasatiempo tenemos.

TERESA.

Pasa el tiempo, bien habláis,
Que en un punto pasa el tiempo
De las palabras que dais (1),
Y hasta aquí, por pasatiempo,
Decís que no conocéis,
Á doña Inés y á Teresa,
Cuando delante tenéis
La obligación que confiesa
El cargo que las debéis.

DON LOPE.

Del cargo que he de encargarme
Para vuestra pretensión,
Será sólo de obligarme
A castigar la traición
Con que venís á engañarme.
No vengáis á alborotar
El ejército, villanas;
Que os mandaré castigar,
Como á rameras livianas,
Con un castigo ejemplar.
Salid desterradas luego
Dél, so pena de la vida;
Que en vuestro desasosiego
Veo la llama encendida
Que forjó el caballo griego.
Fuego sois, porque si entráis
Con el lascivo cuidado
Que á los dos nos obligáis,
Se verá el campo abrasado.

TERESA.

No sois nobles, pues negáis
La deuda que nos debéis;
Pero siempre vuestro intento
Contrario al nuestro tenéis.

ÁLVAR.

¡Insufrible atrevimiento!

INÉS.

Qué, ¿al fin no nos conocéis?

TERESA.

¡Mi don Lope!.....

DON LOPE.

¡Mal nacida!
¿Yo tu don Lope? ¿Estás loca?

INÉS.

¡Álvar Pérez de mi vida!

ÁLVAR.

¡Villana! ¿Quién te provoca
Á ser tan descomedida?
En mi vida vi á las dos:
¿Conocéis, don Lope, vos
Las que presentes tenéis?

DON LOPE.

Como vos las conocéis,
Las conozco ¡vive Dios!

Vanse los dos.

TERESA.

Ya negó el conocimiento
El traidor á quien rendí
El honor, la vida y alma:
¿Qué te parece de aquesto,
Doña Inés, querida hermana?

INÉS.

Que ya murió el parecer
Y resucitan las ansias,
Probanzas de este proceso,
Testigos de nuestra infamia.
Venimos aquí á buscar
La fe de éstos, que declaran
Las negativas que hicieron
En nuestra primera causa,
Y negáronnos la fe,
Cuyas vivas esperanzas
Nos trajeron á este punto
En el traje de villanas,
Y como villanos fueron:
El tiempo, que á todos paga,
Con su villano deseo,
Su traje nos dió por alas.

TERESA.

Ruego á Dios, fiero enemigo,
Cuando asaltes la muralla

(1) Falta un verso.

[illegible]
Con tu temor á sus armas,
[illegible]
[illegible]
Por matar al enemigo,
Te atraviese el alabarda.
Ruego al cielo que si subes
Á su almena por tu escala,
Te atraviese el corazón
Una flecha desmandada,
Que venga del enemigo,
Por el aire, en la batalla.
Y ruego á mi agravio propio,
Pues es la primera causa,
Traidor de mis maldiciones;
Y para mayor venganza,
Delante del Rey te afrente
Tù lealtad, si está probada,
Y que tu mayor amigo
Obscurezca tus hazañas,
Y te pruebe que intentaste
Matar al Rey en su cama
Con pretensión de reinar;
Y que á una pública plaza
Te saquen, adonde mueras
Muerte que al más noble agravia;
Y es pequeña venganza
Que muera el cuerpo que ha forzado un [alma.
Hermana, ¿qué te parece?

INÉS.

¿Qué me parece? Del cielo
Es aquesa maldición.

TERESA.

Oye, que el dolor que tengo
Ha engendrado ya en mi alma
La maldición del infierno.
¡Plega á Dios, don Lope amigo.....
¿Amigo dije? ¿Qué es esto?
Voluntad, si le tenéis
Por amor algún respeto,
Desterraos de la memoria,
Que ya en la memoria hicieron
Sus mudanzas impresión,
Y murieron los deseos.
Ruego al cielo que te veas,
En el asalto primero,
Volado por la muralla
Con piedras y dardos fieros,
Pues asaltaste mi honor,
Que ya por el suelo veo.
Si acaso dama tuvieres,
Con ella ausente, entre sueños,
Sueñes que te dan la muerte;
Y al despertar, en tu pecho
Mil crueles puñaladas
Hagan verdad este sueño,
Viendo por la menor dellas
Bajar el alma al infierno.
Si fueres en la manguardia,
[illegible]
Cuando publiques victoria,
Á sus pies te tenga preso,
Levantándote en dos picas
Á la vista de tu ejército,
Y por ti Castilla pierda
De la victoria el trofeo;
Y si esto, por tu temor,
No puede tener efecto,
El general de tu campo
Te ponga sobre un madero,
Hilando sobre una rueca
Á vista de todo el pueblo;
Y este castigo es pequeño,
Al que presto promete y niega luego.

INÉS.

Deja, hermana, maldiciones
Y acudamos al remedio,
Porque importa á la venganza
De agravio tan manifiesto.
Oye: que mientras estabas
Á ese Nerón maldiciendo,
Una traza imaginé,
Que en ella consiste el medio
Para podernos vengar
Del daño que padecemos.
Ya del engaño nos muestran
La ingratitud de sus pechos,
Y si más los persuadimos
Que nos den la muerte temo.

TERESA.

Pues volver á nuestra casa
Sin cobrar el honor nuestro,
También nos dará la muerte
Nuestro padre, que, en efecto,
Sustenta el honor antiguo
De Triviños y Sarmientos.

INÉS.

¿Tendrás valor para ser
Salteadora, que este intento
Es el que nos vengará
De los hombres lisonjeros?

TERESA.

Digo que es traza famosa.

INÉS.

Por los ojos furia vierto,
Dejándole á la ocasión
Que satisfaga mi pecho:
Póngase luego por obra,
Hábito de hombre tomemos.

TERESA.

¿Qué es lo que dices, Inés?
Infame es tu pensamiento.
¿Hábito de hombre pretendes?
El agravio que me han hecho
Los hombres, en la memoria
Tendré eternamente impreso,
Y ansí, el nombre del hombre
Eternamente condeno.
El hábito de serranas,
Con que en la ocasión nos vemos,
Será el lazo de sus vidas,

Y nuestra hermosura el cebo.
Con las ballestas y flechas
Capas gasconas haremos,
Y en la más oculta parte
De aquesa sierra que vemos,
Haremos nuestra morada;
Y hemos de hacer juramento
De guardar la castidad
Las dos, y que todo el tiempo
Que anduviéremos robando
Por la sierra, ó por el puerto,
No ha de quedar ningún hombre
Que con la vista alcancemos,
Que no muera á nuestras manos,
Que está nuestro honor sediento:
Por la ofensa de dos hombres
Morirán más de quinientos:
¿Júraslo así, doña Inés?

INÉS.

El juramento consiento.

TERESA.

Una hora se me hace un siglo,
Y un año cada momento.
Vamos, que de cualquier hombre
Hasta el alma le condeno;
Y entienda que no estará
Nuestro agravio satisfecho.

Vanse y sale Triviño.

TRIVIÑO.

¿Qué hombre tan desdichado
Se compara conmigo, justo cielo,
Pues fortuna me ha dado
La deshonra mayor que tuvo el suelo?
¿Á quién le ha sucedido
Haber dos hijas y el honor perdido?
Tuvo naturaleza
Con ellas, por mi daño, franca mano
Dándoles tal belleza;
Mas ¿qué me canso, suspirando en vano?
Que donde no hay cordura,
Con hermosura no hay honra segura.
¿Cómo mi grave pena
No corta el hilo de mi anciana vida,
Si la fortuna ordena
Que sea la memoria su homicida,
Pues por su pensamiento
Ya en el alma murió el entendimiento?
Ninguna diligencia
Aprovecha saber por dónde fueron;
Mas por su loca ausencia,
Los poderosos cielos se movieron
Á abrir la tierra dura,
Dándoles en su centro sepultura.
Balcones, puertas, rejas,
Retretes, salas, patios, aposentos,
Testigos de mis quejas,
Pues de mi triste llanto los acentos
Escucháis noche y día,
Ayudadme á llorar la pena mía.
Enemigas ventanas,
Donde el honor asaltan tantas veces
Condiciones livianas,
Siendo de la deshonra los jüeces;
Terceras no excusadas
De las viudas, doncellas y casadas;
Pues dieron vuestras puertas
Entrada al deshonor dentro en mi casa,
Jamás os verá abiertas
El sol, que libre vuestros marcos pasa,
En memoria que fuisteis
Quien en tinieblas mi valor pusisteis.

Sale D. Alonso Téllez.

DON ALONSO.

En vuestra casa está el Rey,
Don Gutierre valeroso;
Por haceros más famoso,
Hoy su amor hace esta ley.

TRIVIÑO.

¡Cómo! ¿Mi Rey y señor
En aquesta casa humilde?
Alonso Téllez, decilde
Que es este mucho favor;
Mas sus pies voy á besar
Por ser de mi honor el centro.

ALONSO.

Ya os sale el Rey al encuentro:
Bien os podéis excusar.

Sale el Rey.

TRIVIÑO.

Déme los pies Vuestra Alteza,
Que no sé á qué me atribuya
Tal merced; pero si es suya,
Por fuerza será grandeza.

REY.

Dadme, Triviño, los brazos;
Que quien tan bien ha probado
Con ellos, no está pagado
Menos que con mis abrazos.
La palabra os di en Toledo
De que aquí os visitaría;
La obligación cumplo mía,
Si es que así ganalla puedo.

TRIVIÑO.

Al mayor señor del mundo
Puede honrar esta visita,
Pues con su grandeza imita
Á otro Alejandro segundo.

REY.

Ser Cuadrillero mayor
De nuestra Santa Hermandad
Tiene tanta calidad,
Que es digno de aqueste honor.
Y por su justa justicia
Hoy este favor gozáis,
Con que á un Rey aposentáis,
De vuestra lealtad primicia;

[illegible] por la Hermandad fundada,
En paz gozo de mi silla,
[illegible]
[illegible] lada.
Y [illegible]
[illegible],
[illegible] en paz conservaréis
El reino á los demás Reyes.

TRIVIÑO.

Con tal favor, Vuestra Alteza
Honra la justicia santa
De la Hermandad, que hoy levanta
Su nombre á mayor grandeza.

REY.

Ayer me vino un correo,
Que entregan los almohades,
Por gozar sus libertades,
[illegible] el deseo
De verme en tal ocasión.
[illegible],
Porque así me determino
Á tomar su posesión.
Con sólo diez caballeros
[illegible].
Y aunque mi persona espera
Nuestro campo, quise veros,
Porque en la memoria tengo
Que casaros prometí
Vuestras hijas; hoy aquí
Mi palabra á cumplir vengo.
[illegible]
Y Téllez, mi general,
[illegible]
T[illegible] mi campo se ampara,
Tengo á las dos de casar.
Nobles yernos os he dado,
Aunque á los dos he premiado,
Pues con ellas se han de honrar.
Llamadlas, que quiero v[illegible]
Aunque el casamiento es justo,
Porque sea con su gusto,
[illegible]ien tratalle con ellas.

TRIVIÑO.

¿Si sabe el Rey mi deshonra?
[illegible]
Afligido [illegible]
[illegible]
Mirad que no es justa ley
Decir que por vos se sabe
[illegible]afrenta que es tan grave,
[illegible]
[illegible] mentira he trazado,
Y jamás supe decilla;
[illegible] no será maravilla
[illegible] ahora mienta un deshonrado.

[illegible]

[illegible]
Triviño, aquesta visita,
Aunque vuestro honor permita
Cuanto podéis recelar.
[illegible]
Que tanto estiman las dos,
Administradas por vos
Y [illegible] pensamiento,
No se atreven á salir,
Decid que quiero casallas,
Y pues que yo vengo á honrallas,
Seguras pueden venir.

TRIVIÑO.

Si mi Teresa é Inés,
Señor, en casa estuvieran,
Ellas las primeras fueran
Que besaran vuestros pies.
Tengo en Toledo una hermana
Enferma: con ella están,
Mas desde allá estimarán
Esta merced soberana.
Por esta causa, señor,
No han venido á tu presencia,
Privándolas el ausencia
Del bien de tàn gran favor.

REY.

Don Gutierre, está muy bien;
Pues cuando con la victoria
Vuelva, dando al cielo gloria,
Se harán las bodas más bien.
En tanto, podéis saber
De las dos el pensamiento;
Que sin su consentimiento
Y su gusto, no ha de ser.
Triviño, adiós, que las nuevas
No me dejan reposar.

TRIVIÑO.

El cielo te ha de amparar,
Pues su santo nombre apruebas.

Vanse todos, y quedan Triviño y Alonso Téllez.

ALONSO.

Luis Gutiérrez, habéis visto
El valor de mi persona,
Á quien hoy Fernando abona
Para este bien que conquisto.
Si tengo merecimiento
Para poder pretender
Á doña Inés por mujer
Con mi humilde pensamiento,
Dadme licencia que pueda
Verla, aunque á Su Majestad,
Por su mucha honestidad,
Tal bien no se le conceda.
Bien sé que las dos están
En Yébenes, no lo ignoro;
Y por su honesto decoro,
De verme se excusarán;
Que su nombre, con razón,
Las hace al mundo famosas,
Por ser discretas y hermosas.

TRIVIÑO.

Esa fué su perdición. (Aparte.)
Fuera gran descortesía
Que hoy en mi casa se hallaran

Y que los pies no besaran
De un Rey que á honrallas venía.
Las dos están en Toledo;
Cuando volváis las veréis,
Pues de lo que pretendéis,
Por padre obligado quedo.
Si Inés se quiere casar,
Basta habello el Rey pedido
Para ser vos su marido,
Mas habéisla de buscar.
Id en paz, que el Rey aguarda.

ALONSO.

Aunque con esa esperanza
Caminó la confianza,
Se anega el tiempo que tarda;
Decidla por mí, señor,
Que estime mi buen deseo;
Que otra cosa no deseo
Sino merecer su amor.
Decid que de aquí adelante
Por su marido me nombre,
Porque mi ventura asombre
Al más venturoso amante.
Decid que en mi pecho va.

TRIVIÑO.

Cuanto me mandéis haré.
Mas ¿cómo se lo diré (Aparte)
No sabiendo dónde está?

ALONSO.

El Rey lo ha hecho muy bien;
Que pues tan bien me ha casado,
Mis servicios ha premiado:
Dadme, cielo, el parabién.

Vase.

TRIVIÑO.

Dadme, cielo, el paramal
De dos hijas que engendré,
Donde mi afrenta se ve
Con mi desventura igual.
Hago juramento á Dios
Que mi casa no he de ver
Hasta que venga á saber
Nueva cierta de las dos.
Ya por el monte y la sierra,
Ya en desierto ó despoblado
Que jamás haya pisado
Humana planta su tierra,
Llevaré el santo pendón
De la Hermandad, y la gente
Que sea más conveniente
Á mi justa pretensión.
Diré que tras los Golfines
Voy de esa Sierra Morena,
Aunque me lleva mi pena
Á bien diferentes fines.
Pero en mirando en rigor,
No mentiré en lo que digo,
Pues á dos Golfines sigo
Que me han robado el honor.
Bien mi intento se resuelve;
Y así, lo que el Rey me pide,
Mi larga ausencia lo impide,
Pues no me hallará si vuelve.
En buena ocasión emplea
Un padre hazañas famosas:
Hijas discretas y hermosas,
¡Mal haya quien os desea!

Vase. Sale D.ª Inés con su vestido de labradora y una capa gascona, y dos pedreñales en la cinta, y una ballesta con su carcax de flechas.

INÉS.

Altos montes toledanos,
Que competís con los cielos,
Siendo de las fuentes velos,
Adonde os miráis ufanos.
Senderos que entre las peñas,
Al más solo peregrino
Le vais mostrando el camino
Real, por reales señas.
Apacibles arroyuelos,
Que por la juncia y verbena,
Ya representáis mi pena,
Agüero de mis recelos.
Fieras que de noche y día,
En aquesta soledad,
Por vivir con libertad
Habitáis sin compañía.
Montecillos, fuentes, velos,
Senderos, peñas, camino,
Fieras, noche, peregrino,
Pena, arroyuelos, recelos,
En vos quedaré vengada.

Sale D.ª T[illegible] D[illegible]és.

TERESA.

Aguas puras, que rodando
Por los peñascos pelados,
Con ecos de mis cuidados
Bajáis de mí murmurando:
Árboles, á cuyos huecos
De funestos aposentos,
Llegan mis tristes acentos
A llamar en vuestros ecos:
Sierra de poblado ajena,
Que la soledad te viste,
Á quien por tan sola y triste
Llamaron Sierra Morena:
Árboles tan diferentes,
Como en un monte sembrados,
Del cielo sólo formados
Por diferencia de gentes:
Soledad, peñascos, huecos,
Árboles, montes, sembrados,
Sierra, campo, despoblados,
Funestos acentos, ecos:
Plantas que os miráis ufanas,
Vuestro amparo he menester;
Que desde hoy habéis de ser

Posada de dos hermanas.

INÉS.

¿Quién dos hermanas nombró?

TERESA.

¿Quién aquí las ha nombrado?

INES.

Yo.

TERESA.

¿Quién eres?

INÉS.

Tu cuidado.

TERESA.

¿Quién es mi cuidado?

INÉS.

Yo.

TERESA.

¿Tú mi cuidado has de ser?

INÉS.

Yo de tu cuidado cuido.

TERESA.

¿Por qué?

INÉS.

Por ser tu descuido
El descuido de mi sér.

TERESA.

¿Quién eres?

INÉS.

Soy tu sér mismo.

TERESA.

¿Qué sér, si ya no lo tengo?

INÉS.

Por el no ser, á ser vengo
Sér, como tú, de este abismo.

TERESA.

Un sér tenemos las dos.

INÉS.

Y un sér en ser desdichadas;
Y un sér nos hará vengadas,
Deshaciendo á más de dos.

TERESA.

Demos traza de empezar
Á cumplir el juramento.

INÉS.

El deseo está sediento,
Y su sed quiere matar.

TERESA.

¿Qué traza hemos de tener?

INÉS.

Apártate, hermana, allí;
Que yo salgo por aquí
Porque me puedas prender.

[illegible]

TERESA.

¿Qué gente?

INÉS.

Es un peregrino
Que camina sin dinero.

TERESA.

Ni lo busco, ni lo quiero;
Darle muerte determino.

INÉS.

Pues ¿un peregrino pobre
También tiene de morir?

TERESA.

Ningún hombre ha de vivir
Hasta que mi honor se cobre.
Con esto mi fama ensalzo;
En teniendo de hombre nombre,
Ha de morir cualquier hombre,
Aunque sea un fraile descalzo.

INÉS.

Vuelve á preguntar quién soy.

TERESA.

¿Quién eres?

INÉS.

Un caminante.

TERESA.

Que mueras es importante.

Váyale á dar.

INÉS.

Tente.....

TERESA.

Fuera de mí estoy;
Á matarte me apercibo.

INÉS.

¿No ves que esto es ensayar?

TERESA.

Para no venir á errar,
Me quiero ensayar al vivo.

INÉS.

¿No miras que soy mujer?

TERESA.

Pues vete libre al momento;
Y si no llevas sustento,
Pide lo que has menester;
Que más pena no mereces.
Mujer, librarte me agrada,
Que en serlo eres desdichada,
Y más si á mí te pareces.

INÉS.

Bien á ti soy parecida;
Lo mismo que sientes siento,
De que me den el sustento
De la honra ya perdida.
Oye, que no es bien robar
De esa suerte; no te asombres,
Porque si vienen cuatro hombres
Juntos, nos podrán matar.
Por el amor fué robado
Nuestro honor, y por amor,
Por engaño muy mejor,
De hoy más quedará vengado.
El cielo nos dió hermosura
Para nuestra perdición,
Y ella en aquesta ocasión
Nuestra venganza asegura.
En la punta de este monte
Más seguras viviremos,

Pues son sus altos extremos
Los ojos de este horizonte.
Tendremos nuestra posada
En ese cóncavo triste,
Que de peñascos le viste
Esta sierra despoblada.
Fácilmente, de esta suerte,
Al camino bajaremos,
Y aquí á los hombres traeremos
Engañados con su muerte.
Lograráse bien la traza
Diciéndoles que, cazando,
El tiempo vamos pasando,
Y será en ellos la caza.
Cebaránse en la belleza
Que nos dió el cielo divino,
Trayéndolos del camino,
Con engaño, á esta maleza.
Desde estos fieros ribazos
Caerán á ese obscuro valle,
Adonde jamás se halle
Memoria de sus pedazos.

TERESA.

Tu traza ha sido extremada;
Pero porque la logremos,
Será bien que la ensayemos,
Que así se verá lograda.

INÉS.

Apártate, y finge que eres
Caballero caminante,
Y yo me pongo delante
De ti, que es bien que te alteres.
Primero has de preguntar:
¿Quién eres, serrana hermosa?
Llámame sol, luna, diosa,
Principios de enamorar;
Finge, que todo es cautela,
Diciéndome mil pasiones,
Que son primeras lecciones
Que amor enseña en su escuela.

TERESA.

Mal me tratas de esa suerte
Dándome oficio de hombre,
Sabiendo que hasta en el nombre
Quisiera darles la muerte.

INÉS.

¿No ves que esto es ensayar
En las veras que han de ser?

TERESA.

Yo seré, Inés, la mujer,
Y tú el hombre.

INÉS.

No hay lugar;
Aun de burlas no pretendo
Ser lo que entre penas lucho,
Cuando sólo el nombre escucho
Y en más cólera me enciendo.

TERESA.

Pues alguna lo ha de ser;
Que si el paso no ensayamos,
Cuando las veras hagamos
Se podrá echar á perder.
Á ti te cupo primero
Ser el hombre; empieza, pues;
Mira que de burla es.

INÉS.

Ya lo sé; acaba, que espero.

Tornen á apartarse; vuelva D.ª Teresa como D.ª Inés antes.

TERESA.

Parece, serrana bella,
Que el sol del monte desciende,
Y que vuestra luz enciende
Cuando está delante de ella.
Parece la roja aurora
Vuestra boca, cuyas perlas
Baja á este prado á verterlas
Cuando al alba sale Flora.
Vuestros dorados cabellos
Mil rayos de ellos despiden,
Con que al sol la suya impiden,
Por ser tinieblas cabe ellos.
Con las flechas que tiráis
De vuestros hermosos ojos,
Alcanzaréis más despojos
Que no con las que cazáis.

INÉS.

Hombre, por tu infame sér
Vengo aquí á darte la muerte.....

TERESA.

No ha de ser de aquesta suerte,
Que será echarte á perder.
No te muestres tan airada
Si vengar tu honor esperas.

INÉS.

Y aun por ver que no es de veras,
Estaba, hermana, enojada.

TERESA.

Finge que te enamoraste
De mi talle y bizarría.

INÉS.

Con tu hidalga cortesía,
Caballero, me olvidaste.
Soy una humilde serrana
Que por estos montes ando,
Donde, las fieras cazando,
Busco la más inhumana.
En esta sierra presente
Tengo una pequeña choza,
Y allí mi vida se goza
Apartada de la gente.
En lo alto de su cumbre
Está mi choza pajiza,
Á cuya corona enriza
Del sol la primera lumbre.

TERESA.

Por Diana os he tenido.....

INÉS.

Engañado estáis, señor;
Que, aunque es mayor mi valor,

La [illegible].

[illegible].

Que sois ángel yo recelo;
Que en vuestra luz lo mostráis,
Y [illegible],
Tan cerca del sol del cielo.
[illegible] iera ser
[illegible] de aquesa [illegible],
¿[illegible] fortuna más premiada
Se pudiera pretender?

[illegible].

Vuestro trato cortesano
Me ha obligado, caballero,
Y [illegible]í, mi posada quiero
Daros, pues en ello gano.
No os faltará allí el conejo,
La perdiz, ni la paloma,
Pues antes que el sol asoma,
[illegible].
El panal de una colmena,
Miel virgen os asegura,
Que á estar así mi ventura,
No anduviera el alma en pena.

TERESA.

Fuera mucha crueldad
No aceptar tan gran [illegible],
Que ya la vista presente
[illegible].
Dichoso el que mereció
Vuestro favor, gloria mía.

INÉS.

Esto me dijo algún día
El traidor que me engañó.
Haz cuenta que á aquesta parte
Hablando habemos llegado;
[illegible]ate hacia aqueste lado.

Hace que la despeña adentro.

TERESA.

¿[illegible] quier[illegible]

INÉS.

[illegible] peñarte.

TERESA.

Tente, loca doña Inés;
En que soy tu hermana advierte.

[illegible]

Ya fuera cierta tu muerte
Á hablar un poco después.

TERESA.

Mucho disgusto recibo
De esta burla.

[illegible].

[illegible],
Que no es buen representante
Quien no representa al [illegible]

[illegible]

Por el camino van dos.

[illegible]

Tu valor no se acobarde.

TERESA.

Desde hoy, todo hombre se guarde,
[illegible]

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey y D. Alonso, y hay ruido dentro.

REY.

¡Temerosa tempestad!

ALONSO.

Con ella tiembla la tierra;
Es notable obscuridad
La de esta noche, y la sierra,
Madre de la soledad.

REY.

El caballo queda muerto,
Y en este áspero desierto
Nos ha faltado la guía.

ALONSO.

Con la demás compañía
Tomó el sendero del puerto.

REY.

El granizo, con el viento,
Roba á los ojos la vista.

ALONSO.

Fué temerario el intento
De llegar á la conquista.

REY.

Escucha, que ruido siento.

Asómase arriba, entre unos ramos, D.ª Inés, como que está en un monte, con una linterna de palma muy grande.

INÉS.

Mi hermana andará perdida,
Que la noche es tenebrosa,
De miedo y luto vestida,
Y la sierra muy fragosa;
Mas á la luz encendida
Vendrá, que aquesta es la seña
Con que de noche engañamos
Los hombres desde esta br[illegible],
D[illegible]nde los despeñamos,
Traición que la suya enseña.

REY.

¿No miras sobre la cumbre
De la peña un resplandor
Que nos descubre una lumbre?

ALONSO.

Algún Santelmo pastor
Quiere el cielo que te alumbre.

REY.

Guía, Téllez, donde está,

Que por aquí va el sendero.
ALONSO.
La lumbre nos guiará.
Desde aquí dar voces quiero:
¡Hola, amigo!
INÉS.
¿Quién va allá?
ALONSO.
Si no me engaña el oído,
Voz de mujer he sentido.
INÉS.
Si el oído no me engaña,
Caza viene á la cabaña;
Á muy buen tiempo ha venido.
Dejá el monte á man derecha
Si queréis subir, buen hombre;
Mirad que es la senda estrecha;
La obscuridad no os asombre, (Aparte.)
Que ya os espera una flecha.
REY.
Téllez, arrímate á mí.
ALONSO.
Temo que aquí te despeñes;
Señor, no pases de aquí;
Que aunque tu valor enseñes,
No vale el ánimo aquí.
REY.
Á la lumbre he de subir;
Ahí te puedes quedar
Si no me quieres seguir.
ALONSO.
¿Quedar? No te he de dejar
Aunque subiera á morir.
INÉS.
Dos hombres son los que vienen,
Y no he de poder matallos
Juntos; pero ya previenen
Mis deseos engañallos,
Aunque en subir se detienen.
Cansados los dos vendrán;
Daréles muy buena cena,
Y los dos reposarán
En una cama tan buena,
Que en su sueño morirán.
¿No acabáis ya de subir?
REY.
No me nombres, don Alonso.
ALONSO.
No me tienes que advertir;
Ya hemos llegado.
INÉS.
Á morir (Aparte.)
Sin clamores ni responso.
¿Venimos más?
REY.
Solos dos
Hemos quedado perdidos;
Mas por vos, después de Dios,
Somos aquí socorridos.
INÉS.
Honrado parecéis vos;
Que en el rostro y el hablar
Descubrís un no sé qué
Con que os hacéis respetar.
ALONSO.
Su sér conoce, por fe,
Aunque en extraño lugar.
REY.
Soy un pobre caballero
Que voy, serrana, á la guerra
Siguiendo mi sér primero:
Perdímonos en la sierra,
Mas por vos ganarme espero.
INÉS.
En esta humilde posada
Tendréis una pobre cena
Y una cama, si os agrada,
Y la voluntad si es buena.
REY.
De mí será bien pagada.
INÉS.
Bien podéis los dos entrar.

Vanse el Rey y D. Alonso y D.ª Inés diciendo los dos versos, y sale D.ª Teresa por el tablado.

TERESA.
La luz doña Inés ha puesto,
Por la seña, en su lugar.
INÉS.
La cena que les apresto,
Con la vida han de pagar.
TERESA.
Aunque tanto he ejercitado
Esta sierra, me he perdido;
La tempestad lo ha causado;
Hombre en la red no ha caído:
Hoy el día es desdichado;
Mas si mi honor se perdió,
Que me pierda yo no es mucho;
Que cuando amor me dejó,
La deshonra con que lucho
De la razón me privó;
Y hasta su propio sentido
Á buscar su honor es ido,
Aunque es en vano cansarse;
Que tarde viene á cobrarse
El perdido que es perdido:
Fuése perdido á perder
Una mano, fe y palabra,
Causa que vino á encender
El fuego que el alma labra,
Penas que ha de padecer;
Y así, es bien que se me acuerde
Y el pensamiento recuerde
Que el sentido en un favor,
Fué tan perdido de amor,
Que de perdido se pierde.
Engendró la voluntad
La llama con el deseo,
Yesca que la honestidad
Abrasó, por cuyo empleo

Se perdió la libertad.
De mi edad florida y verde
Fuí incendio, y es bien me acuerde
Que perdió la honra y vida.
Pero si ya está perdida,
Que se pierda, ¿qué se pierde?

Sale arriba D.ª Inés.

INÉS.

En gran cuidado me ha puesto
La tardanza de mi hermana;
Otra vez la luz apresto,
Aunque ya de la mañana
La suya mostrará presto.

TERESA.

Ya el bello lucero alcanza
Al bello arrebol del alba,
Què, con tranquila bonanza,
De la tormenta nos salva,
Aunque no de la venganza.

INÉS.

Á mi hermana siento hablar.
¿Quién sube?

TERESA.

Yo soy, Inés.

INÉS.

El nombre puedes callar;
Que hay huéspedes, y el Rey es
El uno.

TERESA.

En este lugar
El Rey, ¿cómo puede ser?

INÉS.

Con la tempestad perdido,
Se vino aquí á socorrer,
Que vió el farol encendido
Que en su daño pudo ser.

TERESA.

Pues qué, ¿no le has dado muerte?

INÉS.

Pues ¿á un rey he de matar?

TERESA.

¿No es hombre?

INÉS.

Sí, mas de suerte.

TERESA.

¿Qué suerte, si ha de dar
También tributo á la muerte?

INÉS.

¿No sabes que el sér de un rey
Al más valiente acobarda;
Que tiene, por justa ley,
Dos ángeles en su guarda,
Donde le ampara Dios su ley?

TERESA.

¡Dos ángeles! Aunque tenga
Dos mil, tiene de morir;
Y aunque su vida convenga
Á todos, he de seguir
El estilo que nos venga:
Déjame entrar.

INÉS.

¿Estás loca?
También á mí me incitó
La pasión que te provoca;
Mas Su Majestad mostró
La grandeza que le toca.
Cuando á los dos tuve aquí,
Darles la muerte entendí:
Quíselo hacer, y escuchando
El nombre del rey Fernando,
Al punto me arrepentí.
Preguntó si residía
Sola en esta soledad;
Dije que un padre tenía
Que, por más seguridad,
Aquí con las dos vivía;
Que era un pobre cazador,
Y que todos tres cazamos
Por sustentar nuestro honor,
Y que la vida pasamos
Con tan extraño rigor.

Salen Gonzalo Rodríguez, soldado 1.º, y Barrientos, soldado 2.º, y otro, 3.º

GONZALO.

Por esta senda subió
El Rey, que en esta espesura
De la sierra se perdió
Cuando la tiniebla obscura
Del cielo rayos brotó.

BARRIENTOS.

Ya el sol de la roja aurora
Apriesa viene naciendo
Y los altos montes dora,
Y el alba se está riendo
Entre las perlas que llora.

GONZALO.

Allí miro una cabaña.

BARRIENTOS.

Al Rey nos depare Dios.

GONZALO.

Sobre su aspereza extraña
Veo una serrana ó dos.

INÉS.

Si la vista no me engaña,
Aquella es del Rey la gente.
¿Qué te parece, Teresa?

TERESA.

Si su vida es conveniente,
Cuando la nuestra interesa
El bien que tiene presente,
Conviene disimular.

INÉS.

Á dalles nuevas bajemos
Del Rey que andan á buscar.

TERESA.

Más vale que los matemos,
Pues nos dan tanto lugar.

GONZALO.

Decidme, serranas bellas

Que el monte bajáis bordando
De perlas, que el alba en ellas
Las suyas está envidiando
Cuando baja el sol á ellas,
 Pues ya con su resplandor
De la noche el gran rigor
Desterró vuestra hermosura.
¿Visteis por esta espesura
Á nuestro Rey y señor?

TERESA.

¿Qué Rey?

INÉS.

¿Por quién preguntáis?

SOLDADO 3.º

Por el santo rey Fernando.

INÉS.

Pues si al santo Rey buscáis,
Seguro está reposando
En la choza que miráis.

TERESA.

¿Mataremos á los tres?

INÉS.

¿Cómo, en medio de un camino,
Si hemos de pagar después
Tan notable desatino?

TERESA.

Cobarde estás, doña Inés.

GONZALO.

 Al Rey se puede envidiar
La pérdida, pues halló
El cielo en este lugar.

BARRIENTOS.

No dirá que se perdió,
Que antes ha sido ganar.

GONZALO.

 Alborotó el cielo al suelo
Anoche con tempestad,
Y el Rey, para su consuelo,
Halló en esta soledad
El iris de vuestro cielo.
 Sucedióle, como á santo,
Venirse entre serafines.

TERESA.

¡De mi paciencia me espanto!

INÉS.

El daño es bien que imagines.

TERESA.

Matémoslos entretanto.

INÉS.

Tu ciega cólera enfrena.

GONZALO.

¡Que tales ángeles cría
En sí la Sierra Morena!
Á buscar al Rey venía,
Y amor, que me pierda ordena.
 ¿Cómo andáis de aquesa suerte?
¿No basta que con la vista
Á los hombres deis la muerte?
Nadie habrá que se resista,
Ni el amor, aunque es tan fuerte.
 Decidme, bella aldeana,
Cuya divina hermosura
Presta á la alegre mañana
Y á la aurora su luz pura,
Cubierta de nieve y grana,
 ¿Cómo entre tanta aspereza
Tales rostros encerró
La humana naturaleza?
Mas en la sierra os crió
Por monstruos de la belleza.
 Su discreción conocida
Está, con que al mundo ampara,
Á quien las albricias pida,
Pues si entre gente os criara,
Hombre no quedara á vida.
 Aunque estáis en el desierto,
Imagino por muy cierto
Que, si han alcanzado á veros,
Aquí algunos pasajeros,
Por vuestra vista habrán muerto.

TERESA.

 Él ha dicho la verdad,
Y aun él de los muertos fuera
Uno, si en la soledad
Sin los demás estuviera.

INÉS.

Ya baja Su Majestad.

TERESA.

 Á venir solo, señor,
Ya tuviera vuestro amor
La paga que ha merecido.

GONZALO.

¡Que tal ventura he perdido!

TERESA.

El perdella fué mayor.

GONZALO.

 Solo quedaré, si ya
Ese vuestro intento es.

INÉS.

El Rey baja: bueno está.

TERESA.

Volveos por acá después,
Y veréis qué bien os va.

GONZALO.

 Aunque el mismo Rey lo impida,
Volveré, pues me asegura
Tan grande bien mi venida.

TERESA.

Con mucha priesa procura
El pobre perder la vida.

Salen el Rey y Téllez.

GONZALO.

 Seas, señor, bien parecido;
La gente te anda buscando
Por la sierra, y yo he venido
Hacia esta parte, guiando,
Con la demás que he traído.
 No he podido descansar
Toda la noche pasada,
Con el cuidado de hallar

Tu persona aposentada
Tan bien en tan mal lugar.

REY.

Aquí el cielo me apor[illegible],
Donde entendí ver mi fin,
Cuando tu luz me faltó,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Mostrándose generosa.

[illegible]

Dar posada á un Rey de España
Hará á mi hermana famosa.
Mi corto merecimiento
No permitió que estuvi[illegible]
Anoche en mi alojamiento,
[illegible] en su humildad no [illegible]
Vuèstro Real aposento.

REY.

La posada pagaré.

Sale Rafael, soldado, con una carta.

[illegible]

Y yo espero las albricias,
Como merece mi fe.

REY.

Álzate si las codicias.

[illegible]

Este pliego me las dé.

[illegible]

Leed, Téllez, y sabremos
Si hay alguna novedad,
Porque al punto caminemos.

ALONSO.

Si el pliego dice verdad,
Bien de presto lo veremos.

Lee la carta.

[illegible]tiéndose la gente común de Córdoba agraviada y oprimida por las sinrazones que los principales le hacían, vinieron á los almogávares que están sirviendo á Vuestra Majestad en su campo, y les entregaron el arrabal de [illegible] dice la Ajarquía. Entróse de [illegible], y acudióse luego á las murallas, donde murieron muchas guardias, poniendo sob[illegible] centinelas de nuestra parte; siguiendo el alcance de la victoria, entramos en la ciudad y la ganamos. Está en este punto; Vuestra Majes[illegible] á tomar posesión debida á Vuestra Majestad, á quien guarde el cielo para defensa [illegible]paña.—Deste su campo, día de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Año de 1234.—*Don Álvar Pérez, vasallo de Vuestra Majesta[illegible]*

REY.

En todo el cielo me ayuda.

GONZALO.

Como eres santo, sin duda
Te ampara.

REY.

Suya es la gloria;
Á gozar tan gran victoria
[illegible] que al momento acuda.
Daránle á aqueste soldado
Trescientos maravedís
De albricias.

SOLDADO.

¡Bien me has premiado!

REY.

La paga que recibís
No iguala á vuestro cuidado.
Y de la noche pasada
Este diamante será
Una paga limitada,
Porque ansí no se dirá
Que me voy con la posada.

INÉS.

Con tu valor, gran señor,
Las dos quedamos honradas,
Pues ganamos tanto honor
Que de tu mano premiadas
Nos ampara tu favor.

TERESA.

Si acaso alguna querella
Llegare á tu tribunal,
[illegible]ra, de volver por ella,
¿Nos das tu palabra Real?

REY.

Yo la doy, serrana bella.
Cuando el delito mayor
Llegare ante mi presencia,
El recibido favor
Vuestro dará la sentencia
Con más amor que rigor.

INÉS.

Como ansí andamos cazando,
Y nuestro honor defendiendo
De los que van caminando,
Las dos estamos temiendo
Tu santo nombre, Fernando.

REY.

La defensa con razón
Y justicia, es permitida;
Que por vida y opinión,
El más culpado homicida
Merece premio y perdón.

TERESA.

La palabra que nos das
Es el mayor interés;
Que es tuya, y la cumplirás
Cuando llegando á tus pies
Amparo nuestro serás.

REY.

La posta quiero correr,
Gonzalo, solo con vos;
Que bien será menester
Porque lleguemos los dos

Hoy á Córdoba á comer.

GONZALO.

Mas porque llegue mi muerte
Quieres llevarme contigo.

TERESA.

Mal nuestro cuidado advierte
Olvide el amor, amigo,
Y estime su buena suerte.

REY.

Queda en paz.

Vase el Rey.

GONZALO.

Ensillen luego
¡Hola: caballos al Rey!
Con la pasión no sosiego;
Amor, de tu fiera ley
Y de tu rigor reniego.

Vase.

ALONSO.

El Rey se va; yo agradezco
La posada del camino,
Y así á pagarla me ofrezco.

Vase Téllez.

SOLDADO.

Yo soy sólo peregrino
Si vuestra ermita merezco,
Aunque no sé enamorar,
Las albricias que me dió
El Rey os pienso dejar.

TERESA.

Cuitado, ¿quién te engañó?
Por todos quiere pagar.

SOLDADO.

¿Cuál de las dos ha de ser
La que mi noble deseo
Desea ya por mujer?
Que en cualquiera bien me empleo.

TERESA.

Á vos os toca escoger.

SOLDADO.

Siendo así, ¿cuál es mayor
De las dos? Que ya procura
Mi voluntad por mayor,
Por tener mayor ventura,
Casarme con la menor.
Soy un noble toledano,
Soldado, y juro por Dios,
Pues en ello tanto gano,
Que daré mano á las dos
Por dalles luego de mano.

TERESA.

Pues, necio, la mano es ésta.
Que por mano te ganó.

Dale.

SOLDADO.

¡Muerto soy!

TERESA.

Esa respuesta
La dé en el valle; que yo
Le arrojo por esta cuesta.
De peña en peña rodando,
Vé á recibir las albricias
Que le prometió Fernando.
De su codicia primicias,
Pues se quedó enamorando;
Y con éste serán treinta
Los que las dos hemos muerto;
Los robados son cincuenta.

INÉS.

Nuestro peligro está cierto.

TERESA.

Más cierta está nuestra afrenta:
Y si acaso te arrepientes,
Vete de mi compañía.

INÉS.

No es razón que así me afrentes.
Pues tu defensa es la mía.

TERESA.

El temor no me presentes.

INÉS.

Los que el honor nos robaron,
En Córdoba están, Teresa,
Y la ciudad le ganaron
Al Rey; aquí se interesa
Cobrar lo que nos llevaron.
El Rey su palabra dió
De hacer á las dos justicia;
Nuestro amparo prometió
Si éste nuestro honor codicia.
Vamos al Rey.

TERESA.

Eso no;
Nuestra vida está á su cuenta,
Y pues seguro tenemos,
Matemos otros cincuenta;
Que después al Rey iremos
Á que vengue nuestra afrenta.

Canta dentro Orgaz.

ORGAZ.

Caminito toledano,
¡Quién te tuviera andado!

TERESA.

Otro en la red ha caído;
Y pues acabar procura
El camino, ya ha venido
Donde le dé esta espesura
Sepultura del olvido.

Sale Orgaz cantando.

ORGAZ.

Campanitas de Toledo,
No os oigo ni os veo.

[illegible]

Orgaz es, nuestro criado,
Que de la guerra se vuelve.

INÉS.

No muera aqueste cuitado.

TERESA.

No, mi intento se resuelve
En cumplir lo que he jurado.

ORGAZ.

Los Golfines son, sin duda;
Esto del cielo es castigo.
Todo el color se me muda.
¡No trujera yo conmigo
Siquiera un perro de ayuda!

TERESA.

¿Qué hay por acá, amigo Orgaz?
Llegad: qué, ¿os habéis turbado?

ORGAZ.

¿Qué gente?

TERESA.

Gente de paz.

ORGAZ.

Esto me pone en cuidado,
Que no lo dice el disfraz.

INÉS.

Llegad. ¿No nos conocéis?

ORGAZ.

Mis dos amas parecéis;
Mas este lugar extraño
Dice á voces que me engaño,
Y ese traje que tenéis.
Mucho me huelgo de veros.
¿Cómo andáis de esa manera?
Que si habéis dado en perderos,
Si no me habláis, os tuviera
Por capones bandoleros.
Dadme, si hay, con qué beber.
Que como he salido huyendo
De la guerra, he menester
Ir caminando y pidiendo
Limosna para comer.
Presto, que no estoy seguro;
Que el barrachel de campaña
Viene, y librarme procuro
Por esta sierra ó montaña;
Que así mi vida aseguro.
Y si acaso no hay qué darme,
Adiós, no quiero cansarme;
Mirad si las dos tenéis
Algo que me encomendéis,
Que de ello quiero encargarme.

[illegible]

¿Cómo tan presto te vas?

[illegible]

No da más lugar el miedo.

[illegible]

Muy determinado estás.

[illegible]

Campanitas de Toledo,
No os oigo.....

Ásenle entrambas.

TERESA.

Ni las verás.
Átale manos y pies.

ORGAZ.

¿Qué me queréis? ¿Estáis locas?

TERESA.

Allá lo verás después.

ORGAZ.

¡Hola! De estas burlas, pocas.

TERESA.

Acaba ya, doña Inés.

INÉS.

No te resistas, villano.

Átale D.ª Inés.

ORGAZ.

Más manso estoy que un cordero:
Á vuestro gusto me allano;
Si es juego, aprendelle quiero.
Miren que es mía esa mano,
Y parece que son veras
Aquestas burlas pesadas.

TERESA.

De burlas la muerte esperas.

ORGAZ.

¿Qué queréis, desatinadas,
Que andáis con tantas quimeras?

TERESA.

Inés, ¿de cuántas me das
Que le clavo el corazón,
Pasando la flecha atrás?

ORGAZ.

¡Buenas tus apuestas son!
La vida, á fe, me darás.

TERESA.

Tómola de tres, la una.

INÉS.

Pues yo la tomo de dos.

ORGAZ.

Yo la tomo de ninguna:
Señores, aquí de Dios.
¿Hay mujer más importuna?
¿Contra mi vida apostáis?
¿Á quién de las dos me quejo?
¿Pensáis que acaso tiráis
Á alguna zorra ó conejo?
Orgaz soy; ¿qué imagináis?
Ya me podréis desatar;
Que el juego ha durado mucho.

TERESA.

Primero quiero tirar.

ORGAZ.

¿Todavía tal escucho?

INÉS.

Orgaz, sufrir y callar.

ORGAZ.

Pues ¿qué me queréis hacer?

INÉS.

Matarte, porque eres hombre.

ORGAZ.
Esperad, que soy mujer.
TERESA.
¿Tú mujer?
ORGAZ.
Sí, no os asombre,
Que presto lo podéis ver
Y salir de aquesa duda.
TERESA.
¿Con toda esa barba dices
Que eres mujer?
ORGAZ.
Es sin duda;
Porque no te escandalices,
Soy nieta de la barbuda.
INÉS.
Si tú al corazón le apuntas,
Yo tiro al ojo derecho.
ORGAZ.
Vayan derechas las puntas;
Haréisme mucho provecho
Si tiráis entrambas juntas.
Teneos; no me acordaba
De unas nuevas que os traía;
Como apriesa caminaba
Con el miedo que tenía
Si el barrachel me encontraba.
TERESA.
¿Qué son las nuevas, bufón?
ORGAZ.
Quiera Dios mi traza tope:
Mirad que las nuevas son
De don Álvaro y don Lope,
Que os tienen grande afición.

Deje caer Teresa el arco y flecha de la mano.

INÉS.
Teresa, detén la mano.
TERESA.
Con el nombre que escuché
Del homicida tirano,
La flecha y arco solté;
Turbéme, no fué en mi mano;
Dime, ¿las nuevas son buenas?
INÉS.
¿Hanse acaso arrepentido,
Sabiendo las muchas penas
Que hemos las dos padecido,
De nuestro sentido ajenas?
ORGAZ.
¡Oh, cuerpo de mí! Si están
Más humanos por momentos,
Al aire suspiros dan;
Sus honrados pensamientos
Por mis nuevas se verán.
TERESA.
Dilas, Orgaz, ¡por mi vida!
ORGAZ.
De esta suerte no podré.
TERESA.
Mira que estoy afligida.
ORGAZ.
Desátame, y las diré:
Si no, quitadme la vida.

Desátanle, diciendo Teresa:

TERESA.
¿Cómo la vida? mi alma
En albricias te he de dar,
Pues la mereces por palma.
ORGAZ.
Date prisa á desatar,
Que el pensamiento está en calma.
INÉS.
Di las nuevas.
ORGAZ.
Son famosas.
Los dos que os han engañado,
Por no dejaros celosas,
En Córdoba se han casado
Con dos moras muy hermosas.
La mañana de San Juan,
Al punto que alboreaba,
Las vieron en un zaguán;
Con ellas el padre estaba,
Que es el moro Reduán.
Ellos moros se volvieron,
Que, en fin, como enamorados,
Las moras los persuadieron,
Sin mirar los desalmados
Que hay Dios y que os ofendieron.
TERESA.
¡Que esto he venido á escuchar!
El sentido perderé.
ORGAZ.
Dejad el nuevo pesar;
Que aquesta traza ordené
Para poderme librar;
Ellos son buenos cristianos
Y temerosos de Dios;
Yo tengo sueltas mis manos.
INÉS.
Un gran bellaco sois vos,
Y ellos dos perros villanos.
Un caminante va allí;
Vé tras él, y disimula:
Despeña ése por ahí.

Vase Teresa.

ORGAZ.
Mira que no tengo bula,
Ni hay quien me confiese aquí.
Mi señora doña Inés,
De mí fuiste bien servida;
Pues que mi inocencia ves,
La absolución de mi vida,
Humilde pido á tus pies.
INÉS.
La salvación tuya ha sido
Irse Teresa, mi hermana;

[illegible]
Hacerme á mí tan tirana,
[illegible] que su intento he seguido.
Dame la palabra [illegible]
[illegible]
[illegible] andamos las dos ansí;
Jura que lo cumplirás,
[illegible]

ORGAZ.

[illegible]
Y á [illegible]
[illegible] en el no pecar se encierra,
[illegible] á nadie he de declarar
[illegible]
El solemne juramento
Tendré guardado en mi pecho,
[illegible] mucho agradecimi[illegible]
[illegible]

INÉS.

Vete, pues, que gente siento;
[illegible]

ORGAZ.

[illegible]tro trato, ¿no os afrenta?
Recogeos á buen vivir.

[illegible]

Buena vida es esta venta,
Donde vienen á morir,
Por comprar nuestra hermosura,
Mil codiciosos de amor;
[illegible], Orgaz, de tu ventura.

[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible] ya mi vida asegura:
[illegible]
Aun de la imaginación
La tristeza no resisto.
[illegible]
[illegible] no creen en Cristo.
[illegible]
[illegible]nes ó salteadores,
Y que en la sierra anduvieran?
Mas los deseos de amores
[illegible] esperan.
Honestas, hermosa [illegible]
Se criaron en su c[illegible]
Mas no es mucho, amor, que acabes,
Cuando tu po[illegible]
Si son ganzúas las llaves.

[illegible]

COR[illegible]

Buen viaje, compañero.

[illegible]

Si á Córdoba camináis,
[illegible]id por aquel sendero,
[illegible]que en éste que ll[illegible],
[illegible]tra muerte considero.
Seis salteadores bajaron
[illegible]
Y el dinero me quitaron,
Y no fué poca ventura,
Pues la vida me dejaron.

CORREO.

El aviso os agradezco;
Si el dinero os han robad[illegible],
A partir con vos me ofrezco
De los que llevo, soldado.

[illegible]

Por las nuevas lo merezco.

CORREO.

Pues para ayuda al camino
Tomad, y estimá el [illegible].
Que como aprisa camino,
Llevo poco.

[illegible]

Sois correo
Que por mi remedio vino.

[illegible]

Á las veinte caminando
[illegible]
La madre del rey Fernando,
Que en casalle se desvela,
En Burgos le está aguardando
Con la hermosa doña Juana,
Nieta del rey Luis de Francia,
Con quien ya Castilla gana
El bien de más importancia,
Que tanto rebelde allana.

ORGAZ.

Si ya á Burgos ha llegado,
Volverá el Rey al momento,
Pues á Córdoba ha ganado.

CORREO.

Así será el casamiento
Con más fiestas celebrado.
Quedá adiós.

Vase el correo.

ORGAZ.

Él os ampare.
Lindo modo de estafar
Ha sido, y es bien repare
[illegible]
Así lo que me faltare.
Temo hallar á mi señor,
Por no decille que aquí
He visto su deshonor;
No sé qué ha de ser de mí,
Que camino con temor.
Caminito toledano,
¡Quién te tuviera ya andado!

Vase cantando estos versos, y sale Triviño con un estandarte verde con un escudo de sactas, y el hierro [illegible] y [illegible] algunos ballesteros con monteras verdes.

TRIVIÑO.

Bien quedan así los tres.

BALLESTERO I.º
La sierra deja sembrada
De los árboles que ves,
Cuyo fruto al cielo agrada,
Pues de su justicia es.

TRIVIÑO.
Ya en el cabo de la sierra
He llegado, y no he sabido
Dónde mi infamia se encierra;
Ando tras mi honor perdido,
Que mi sosiego destierra.

BALLESTERO 2.º
Tuve aviso en Malagón
Que, en hábito de serranas,
Siguen su infame opinión
Y el vestido de villanas.

TRIVIÑO.
Señas de mi afrenta son:
Por aquestos despoblados
Me traen mis tristes cuidados,
Despoblados del sentido,
Temiendo que se han venido
Siguiendo á algunos soldados.
Imaginación confusa,
En cualquier lugar la mira,
Y el santo honor las acusa
Cuando el amor que suspira
De sus privilegios usa.

Salen Cisneros y Castillo, cuadrilleros, y saquen asido á Orgaz.

CISNEROS.
Este soldado hemos preso
Porque vuelve sin licencia
De la guerra.

ORGAZ.
Y lo confieso;
Que llegando á tu presencia
He de tener buen suceso.
Traen gran satisfacción
Los señores cuadrilleros
De haber hecho esta prisión,
Y yo, al señor de Cisneros
Díjele la obligación
Que tu persona me tiene;
No lo creyeron.

TRIVIÑO.
Soltadle.

ORGAZ.
Á mi crédito conviene;
Que quien tiene el padre alcalde,
Seguro á jüicio viene.

TRIVIÑO.
¿No sabes que ha echado un bando
El General de Fernando,
Que tiene pena de muerte
Quien se viene de esa suerte
Sin licencia y su mandado? (1).

ORGAZ.
Yo con licencia he venido.

TRIVIÑO.
¿De quién?

ORGAZ.
De mi voluntad,
Porque siempre lo ha querido,
Buscando la libertad
De la tierra en que he nacido.

TRIVIÑO.
Colgadle de aquel encino.

ORGAZ.
¿Soy yo racimo de agraz?
¿Vióse mayor desatino?
Tu criado soy Orgaz,
Que de la guerra se vino.
¿Por qué me mandas ahorcar?

TRIVIÑO.
Por soldado tornillero.

ORGAZ.
Sólo sé cavar y arar;
En mi vida fuí tornero.

TRIVIÑO.
Acabadle de llevar.

ORGAZ.
¡Por Dios, que soy desgraciado
Hoy, contigo y con tus hijas!
Que en un roble me han atado
Las dos; y es bien que corrijas
Tu pasión, pues me has criado.

TRIVIÑO.
¿Qué dices? ¿Estás en ti?

ORGAZ.
Si aquí la vida me das,
Presto las verás por mí.

TRIVIÑO.
La vida y premio tendrás
Al punto, si eso es así;
Pero si acaso es engaño
Que tu muerte en él está,
Presto, con mi desengaño,
Tu pena se acabará,
Ó pasarás por el daño.

ORGAZ.
Tomáronme juramento
De que guardaría secreto,
Pero canté en el tormento;
Soy muy flaco, y, en efeto,
Con la vida me alimento:
Yo no te diré jamás
Que andan como bandoleros,
En la sierra donde estás,
Matando los pasajeros;
Mas sígueme y las verás.

TRIVIÑO.
Ya el justo cielo me dió
La ocasión de mi venganza,
Y ya la hora llegó,
Si mi vista las alcanza,
Porque mi justicia vió.
Hoy mi honor toma á su cuenta

(1) Falta la rima.

Derramar su misma sangre;
Y es justicia lo que intenta,
Que es justo de mí desangre
La sangre que así me afrenta
Camina, Orgaz, adelante
Porque me sirvas de guía
En caso tan importante;
Que hoy de la justicia mía
Haré que el castigo espante
Seguid todos el pendón.

ORGAZ.

Eso sí es guardar secreto.

TRIVIÑO.

Guardalle es justa razón;
Que el secreto está secreto
En hombre de mi opinión.

Vanse y salen D.ª Inés y Teresa.

TERESA.

En fin, ¿á Orgaz despeñaste?

INÉS.

Ya ocupa su cuerpo el valle;
Que, porque me lo mandaste,
Quise aquel sepulcro dalle.

TERESA.

Hoy de nuevo me obligaste.

Baja cantando un pastor lo que adelante les dice.

Ya nuestra historia es sabida,
Pues la publica un pastor.

INÉS.

Escucha, que su venida
Será su pena mayor,
Pues le ha de costar la vida:
Acá se viene acercando.

TERESA.

Á pasos su muerte mide,
Y ya estoy considerando
Que de vivir se despide,
Cual blanco cisne, cantando.

INÉS.

¿Quién te ha contado esa historia,
Pastor, que entre tu ganado
Das su fama á la memoria?

PASTOR.

La desgracia que he cantado
Á todo el mundo es notoria:
Estas dos señoras fueron
Hermosas para su daño;
Dos caballeros las dieron
La palabra con engaño,
Y engañándolas se fueron.
Por ser en su amor livianas,
Se dejaron engañar;
Y aunque nobles cortesanas;
Los vinieron á buscar
En hábito de villanas.
Es Cuadrillero mayor
Su padre de la Hermandad,
Un viejo de gran valor,
Que tras de su libertad,
Le trae perdido su honor.
Al pie queda de la sierra,
Porque en seguimiento de ellas
Dicen que viene á la guerra,
Y ha jurado que hasta vellas
No ha de volver á su tierra.
Todo aquesto me han contado
Los señores cuadrilleros
De quien viene acompañado
Castigando bandoleros:
Adiós, que se va el ganado.

TERESA.

¿Sin las albricias te vas?

PASTOR.

¿De qué las puedo pedir?

TERESA.

De lo que contando estás;
Muerto al valle tienes de ir,
Que allá esas nuevas darás.

Tíranle, y cae muerto dentro.

PASTOR.

¡Jesús mío, muerto soy!

TERESA.

Por el aviso, villano,
Aquesa paga te doy.

INÉS.

Bien los despacha tu mano.

TERESA.

Doña Inés, confusa estoy:
Si á éste la muerte dí,
Fué sólo porque temí
Que, si á nuestro padre hallara
En el monte, le contara
Que estamos las dos aquí.

INÉS.

Hoy da muestras del valor
De Triviño y de Sarmiento,
Nuestro buen padre y señor.

TERESA.

Su pena en el alma siento.

INÉS.

Yo temo más su rigor.

TERESA.

Por fuerza nos ha de hallar.

INÉS.

Vámonos, pues, á amparar
Del Rey, que nos asegura;
Que hay muy buena coyuntura
Y el tiempo nos da lugar.
Tiempo, lugar y ventura
Muchos hay que lo han tenido,
Pero pocos han sabido
Gozar de la coyuntura.

TERESA.

Las dos somos desgraciadas;
Tanto, que por la opinión
Del pensamiento engañadas,

Buscamos esta ocasión,
De nuestro honor desterradas.
El tiempo poco asegura
La ventura que apresura
El lugar que ha de gozar,
Y así nos puede faltar
Tiempo, lugar y ventura.
En la engañada esperanza
Confía el entendimiento,
Que cuanto pretende alcanza
El ligero pensamiento,
Navegando por bonanza.
Á veces, por atrevido
Goza lo que ha pretendido;
Pero alcanzado el deseo,
La pérdida del empleo
Muchos hay que le han tenido.

INÉS.

Deseamos, pretendimos,
Porque el amor conquistó
Los deseos que tuvimos;
Mas el engaño venció,
Y lo ganado perdimos.
Porque un deseo perdido
Muchos habrán pretendido,
Mirando su desengaño,
Salir de su propio daño,
Pero pocos han sabido.
Bien sabes que prometió
Que nuestro amparo sería
El Rey, cuando se perdió,
Y que tu vida y la mía
En su palabra fió.
Vida y honor asegura
Su palabra; gran ventura
En tal seguro tenemos,
Si con ir al Rey sabemos
Gozar de la coyuntura.

Dice dentro Orgaz:

ORGAZ.

En lo alto de esta cuesta
Tienen las dos la cabaña.

TERESA.

Sin duda la gente es ésta
De nuestro padre; su hazaña
Nuestra muerte manifiesta.

INÉS.

Apresta aquesta pistola,
Ya no podemos huir;
Sígueme.....

TERESA.

Déjame sola,
Que mi fama ha de vivir
Sobre la terrestre bola.

Saca D.ª Teresa una pistola, y sale Triviño con el estandarte, y Orgaz y los ballesteros.

TRIVIÑO.

Éstas las infames son:
¡Sed presas á la Hermandad!

TERESA.

Si es esa tu pretensión,
¿Con tanta facilidad
Pensáis hacer la prisión?
Primero que nos rindáis
Costará más de dos vidas.....

ORGAZ.

Peor es que os resistáis.

INÉS.

Por ti hemos sido vendidas.

ORGAZ.

Más por la vida en que andáis.

TRIVIÑO.

¡Daos á prisión las dos!

TERESA.

Mirad que dispararé
Sin respetar que sois vos.

TRIVIÑO.

¿No miras que te engendré?

TERESA.

Mataréte, ¡vive Dios!

INÉS.

Es soberbio pensamiento
Matar á quien te ha engendrado.

TERESA.

¿No es hombre?

INÉS.

Sí.

TERESA.

Pues mi intento
Le condena; que es pecado
Quebrantar el juramento.

CUADRILLERO.

Ya es esa mucha insolencia,
No respetar la presencia
De un padre que está presente.

INÉS.

¡Patricida ingrata, tente,
Que es padre y tendrá clemencia!

TERESA.

Suéltame, tirana hermana.

INÉS.

Padre, yo soy cuadrillero
Que prendo á mi misma hermana;
Á vos presentarla quiero,
Causa que el amor allana.
Yo me presento con ella,
Y el jüez, padre, sois vos;
Mirad la causa, y en ella,
Cuando juzguéis á las dos,
Juzgaréis vuestra querella.

TRIVIÑO.

Ingratas, soberbias, fieras,
¿De quién ó cómo aprendistes
Ser de estas sierras fronteras,
Del cielo cabañas tristes,
Homicidas bandoleras?
Vuestra madre no os crió,
Que fué doña Inés Zasedo,
De que ya ejemplo quedó

Tan grande fama en Toledo,
Que el mundo la conoce.
S[illegible] noble y honesta.
Os [illegible] madre,
[illegible] vida es [illegible]
[illegible]
Dadme al punto la respuesta;
Triviño soy, y Sarmiento:
¿Quién os sacó de mi casa?
Confesá el atrevimiento,
Pues el fuego en que me abrasa,
Á las dos os da tormento.

[illegible]

Padre y señor, ante vos
Culpadas las dos estamos;
Su pesquisidor sois vos;
Pues ya las dos aguardamos,
Ejecutadla en las dos.
La causa hemos de negar
De nuestra vida perdida;
Bien podéis ejecutar
La sentencia merecida,
Pues no hay adónde apelar.

TRIVIÑO.

Si con el hurto en la mano
De mi honor os he cogido,
Adonde la fama gano
Del valor que vi perdido,
Jüez soy, y no tirano.
Confesad vuestro delito,
Que es por honor mi sentencia,
Y no es el proceso escrito;
Pasión que á vuestra insolencia
Á mi justicia remito.

TERESA.

Que habemos de confesar
El dicho rectificamos,
Pues ya no hay más que aguardar;
Á morir nos entregamos.

TRIVIÑO.

Allí la podéis atar.
Si el justiciero Trajano
Sentenció á su hijo á muerte
Por ser á su ley tirano,
Aunque fué tan fiero y fuerte,
Yo en la justicia le gano;
Temo que en la fortaleza
No le he de poder ganar,
Porque ya el amor empieza
Dentro del alma á clamar
Que el perdonar es nobleza.
En mi pecho están luchando
Honor, amor y temor;
Amor está perdonando,
Y el honor, con más rigor,
El castigo ejecutando.
El temor es el fiscal
Que la acusación á Dios
Presenta en su Tribunal.
Si las perdono á las dos
Por el amor natural,
Porque el sacerdote Elí
Á sus hijos perdonó,
Dios le castigó, y aquí,
Si á las dos perdono yo,
Me ha de castigar á mí.
Pues en la divina Audiencia
Sale por justa sentencia
Que mueran, la resistencia
De mi amor será malicia,
Cohechando la sentencia.
Mueran, pues, luego al momento,
Que ya llegó el cumplimiento
Del mandamiento de Dios;
Pero no mueran las dos,
Que por mi amor no consiento.
Tirad á doña Teresa;
Mas no, á doña Inés tirad:
Esperad; más noble empresa,
Pagando su libertad,
Á mis manos interesa.
Dadme esa ballesta á mí:
¡Pluguiera al cielo tres puntas
Tuviera la flecha en sí,
Por quitar tres vidas juntas
Con un tiro desde aquí!
Ya está la vista en la mira,
Doña Teresa es el blanco,
Do el alma suspiros tira:
Quedará la flecha en blanco
Porque el brazo se retira;
Quiero asestar, si bien tiro,
Esta flecha á doña Inés;
También por ella suspiro;
La flecha cayó á mis pies,
Contra mí se vuelve el tiro.

TERESA.

Padre y señor, disparad,
Y muera yo la primera.

TRIVIÑO.

¿Cómo, si la voluntad
Pide que ninguna muera?
¡Mueran las dos; acabad!

Vanlas á tirar.

Tiradlas, mas no tiréis.

ORGAZ.

¿Á quién hemos de tirar?

TRIVIÑO.

Á mí porque me acertéis,
Que en mí el blanco habéis de hallar
De los dos tiros que veis;
Yo las engendré, y ansí,
Si son malas, es por mí;
Y pues yo la causa he sido,
Que á mí me tiréis os pido;
Pagarán su culpa en mí.
Honor su muerte desea,
Porque no admite clemencia,
Y amor dice que no sea
Delante de mi presencia.

¡Mueran, y yo no las vea!

Dentro el Rey.

REY.

Quédense aquí los caballos;
Guiad hacia la cabaña,
Porque quiero de camino
Visitar las dos serranas.

TRIVIÑO.

Mucha gente viene aquí;
Acabad presto, tiradlas;
Que podrá ser que no vea
Mi sentencia ejecutada.

Vase Triviño.

ORGAZ.

Señora doña Teresa,
¿De cuántas me da que á entrambas
Las paso dos flechas juntas,
Del pecho hasta las espaldas,
Y á cuál *qui chorni la nostra?*
Mas por doña Inés se aplaca
La cólera que tenía,
Que al fin las dos sois mis amas.

TRIVIÑO.

¿Murieron ya? Que el Rey viene
Á ser testigo en mi infamia.

Sale Triviño cuando dice los versos de arriba, el Rey, D. Alonso, D. Lope, D. Alvar Pérez, todos de camino.

REY.

Don Gutierre valeroso,
¿Qué novedad es la causa
Que os tiene en aqueste puesto?

TRIVIÑO.

Señor, nuestra Hermandad santa
No tiene lugar vedado.
Dos bandoleras villanas
Hasta aquí vine siguiendo,
Que ha diez meses que robaban,
Matando en Sierra Morena
Á la gente que pasaba:
Estas son las homicidas;
Y pues la justicia amparas,
Bien es que te halles presente
Hoy en su muerte: tiradlas.

REY.

Teneos, esperad, soldados.
Téllez, ¿no son las serranas
Que yo vengo á visitar?

TÉLLEZ.

¡En buena parte las hallas!

REY.

Á muy buen tiempo he venido,
Pues por mí la vida ganan:
Desatadlas luego al punto.

DON LOPE.

Álvar Pérez, las hermanas
Son, y su padre Triviño.

ÁLVAR.

Don Lope, hasta el fin aguarda.

DON LOPE.

Pésame de haber venido
Con el Rey á esta jornada.

TRIVIÑO.

Excelso señor, la muerte
Merecen.

REY.

La ley las salva
De esa pena por ahora,
Pues han visto al Rey la cara;
Demás, que he dado á las dos
De amparallas mi palabra.

TERESA.

El sagrado de tus pies
Y nuestras vidas ampara.

REY.

¿Adónde está vuestro padre?

INÉS.

¿Hay pregunta más extraña?
Aquí le tienes presente.

ORGAZ.

¿Estás ciego? Con él hablas.

REY.

¿Quién es su padre?

ORGAZ.

Triviño.

TRIVIÑO.

¡Infame! ¿por qué no callas?

ORGAZ.

La verdad se ha de decir
Por todos, que Dios lo manda.

REY.

¡Cómo! ¿Vuestras hijas son
Las que yo tengo casadas
Con el noble don Alonso
Téllez y Nuño de Lara?

TRIVIÑO.

Señor, yo las engendré;
Mas ellas, como tiranas,
Mi honor, tan antiguo y noble,
Me robaron de mi casa.
Vine en seguimiento dellas,
Y tuve aviso que estaban
Aquí en el traje que ves;
Mira, señor, si esto basta.
A la muerte se entregaron,
Y la causa no declaran
Del haberse aquí venido,
Confesándose culpadas;
Mira que es Dios justiciero,
Y que la sentencia dada
Por mí es justo que se cumpla,
Porque temo que en su sala
Me pida la residencia
Cuyo rigor me amenaza.

REY.

Yo soy el que las perdono,
Y mi persona se encarga

De dar esa residencia;
Mas quiero saber la causa
De aqueste suceso extraño;
Y pues ya estáis perdonadas,
Razón es que se me diga.

INÉS.

Señor, en breves palabras
Sabrás la triste ocasión.

DON LOPE.

Primo, las dos se declaran.

INÉS.

Don Lope y don Álvar Pérez,
Que en Yébenes alojaban
Tu gente, santo Fernando,
Nos dieron mano y palabra
De casarse con las dos,
Y dejándonos burladas,
Á Córdoba caminaron;
Y en hábito de villanas
Llegamos á su presencia,
Donde, con alma tirana,
Á las dos desconocieron,
Que fué de su engaño traza.
Viendo nuestro honor perdido,
Del vivir desesperadas,
Á esta parte nos vinimos,
Donde has visto lo que pasa.

TERESA.

Justicia, Fernando el Santo,
Que tu palabra empeñada
Tienes para nuestro amparo.

REY.

Ya vuestro agravio me llama
Á defendelle: don Lope,
Don Álvar Pérez, ¿qué hazaña
Es engañar dos mujeres
En vuestro valor fiadas?

DON LOPE.

Señor.....

REY.

No hay que responder:
Los árboles que ocupaban
Las dos, serán vuestra muerte
Si no os casáis.

TRIVIÑO.

Esta espada,
Sin respetar tu presencia,
Sacará á las dos el alma,
Por la vida que han traído,
Señor, en esta montaña.

DON LOPE.

Está nuestro honor confuso.

REY.

Yo las fío, y esto basta.

ÁLVAR.

De doña Inés soy marido.

DON LOPE.

Yo doy la mano á su hermana;
Que así la deuda pagamos.

TRIVIÑO.

Y aquí mis penas se acaban,
Y el agravio de las dos.

REY.

Ya he cumplido la palabra
Que os dí en Toledo, Triviño,
Pues por mí las dos se casan.
Y pues aquí me perdí,
Y vino á ser mi posada
La cabaña de las dos,
Aquí una casa se haga
Que se llame desde hoy
Venta de las dos Hermanas,
De aquesta Sierra Morena,
Que será eterna su fama.

ORGAZ.

Y yo seré su ventero,
Gran señor, si á ti te agrada,
Ya que no metió el poeta
Con las dos una criada
Para poderme casar.

DON LOPE.

Donde la comedia acaba
De esta verdadera historia,
Con el perdón que se aguarda.

FIN.

EL SOL PARADO

EL SOL PARADO

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

á Don Andrés de Pozas,

ARCEDIANO DE SEGOVIA Y SECRETARIO DEL ILMO. SR. ARZOBISPO DE BURGOS, PRESIDENTE DE CASTILLA.

Escribiendo á Vm., parece que era obligación hacer algún discurso de la dignidad del secretario, de sus calidades y partes; materia que ha dado á tantos, particularmente en Italia, que se pudiera reducir lo más esencial á un breve epítome; pero fuera notable error pudiendo proponer á Vm. por ejemplo vivo, y querer cifrar en una carta tan diferentes ideas, aunque cada letra fuera símbolo egipcio. No halla Julio César napolitano, fuera de los oradores apostólicos, en toda la República tan alto oficio, y en honra suya pone á Clemente II, á Eneas Silvio y á Calixto III, Pontífices máximos, que fueron secretarios de Enrique, Alfonso y Federico, Reyes y Emperadores más famosos por la memoria de tales ingenios que por sus cetros y armas. Así, el secretario Eguinardo casó con la hija de su mismo señor el emperador Carlos Magno. Gravísimos hombres fueron el mártir Tomás Moro, el cardenal Bembo y el docto y dulce poeta Actio Sincero Sanazaro. De los españoles no faltarán ejemplos; mas, como digo, no es justo donde se propone tan rara, tan ejemplar y tan heroica idea, que, dejando aparte las platónicas, no deja lugar vacío á la especulación del entendimiento, aunque se ponga por juez la curiosa envidia. ¿Qué virtud, qué modestia, qué cortesía, qué expediente, qué piedad, qué imitación de las ideas reales de su dueño, de cuya imaginación es pintor suave, no se halla en Vm.? que por lo que toca al nombre, bien encareció su dignidad Luis Vives: «Nihil erit in humana vita tutum, si tollatur secretorum fides.» *Mas por no parecer lisonjero á quien no sabe (si lo ignora alguno) lo que Vm. merece ser loado por tan insignes, por tan amables partes, que no dijera Terencio que era mi estilo blando,* Quæstus uberrimus, *quiero ofrecer atrevido á la luz del ingenio de Vm. estas sombras del mío, por ser historia verdadera de aquellos notables tiempos, en que los maestres de Calatrava y Santiago ganaban á los moros aquellas tierras que perdieron en España amores y desdichas; las armas adornadas de las letras son dignísimo presente de caballeros científicos. Y así deben parecerlo á Vm. estos discursos, si bien tratados de mi rudeza con tan humilde musa, que parece que ando ahora á recoger las flores que se perdieron en mi juventud, en los mayores años: dichoso fuera si pudiera decir con el lírico en su* Arte poética: «Hæc placuit semel, hæc decies repetita placebit.» *Porque es grande la diferencia de aquellos á estos tiempos y*

[illegible] que lee, no sólo entienda, pero [illegible] esta [illegible] Las [illegible] varios autores; el que referí al principio, las culpa de largas [illegible]ario el aparato de las palabras; pero como á los maestros sue-[illegible] de tan [illegible] así de tomar [illegible] muchos años, como deseo.

Capellán de V. [illegible]

Lope de Vega Carpio

EL SOL PARADO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

FIGURAS DE LA COMEDIA

Don García.
Don Álvaro.
Don Lope.
El Maestre.
El rey Fernando.
El príncipe D. Alfonso.
El capitán Pimentel.
Campuzano, *soldado.*
Mendiola.
Pinelo.
Carpio.
Garcí Pérez de Vargas.
Mengo.
Pelayo, *muchacho.*
Filena.
Sancha.
Gazul.
Zayda.
Alí.
Zaro.
[illegible]
Medoro.
Albenzaide.
Daraxa.
[illegible]
[illegible]

REPRESENTÓLA RIOS.

ACTO PRIMERO.

Salen D. García, D. Álvaro, el maestre Pelayo Correa y D. Lope Ponce.

GARCÍA.

Goces mil años, señor,
El título de Maestre
De Santiago.

ÁLVARO.

Aquí el valor
Portugués es bien que muestre,
De tal valor sucesor;
Que el navarro don Rodrigo,
Contra el Alarbe enemigo
Fué amparo de las Españas.

GARCÍA.

No os refiero sus hazañas,
Pues que de ellas sois testigo.
Tras un Rodrigo, que Dios
Á España dió por castigo,
Sucedió un Pelayo, y vos
Sois Pelayo tras Rodrigo,
Pero sois buenos los dos;
Mas para España perdida,
Vos, con gloria esclarecida,
Seréis segundo Pelayo,
Que del postrero desmayo
La volveréis á dar vida.

LOPE.

Todos tenemos por llano
Que, con uno y otro hecho,
Tendréis, capitán cristiano,
Como la cruz en el pecho,

Siempre la espada en la mano.
De nuestra congregación
Ha sido vuestra elección,
Pelayo, cual de un Pelayo
[illegible], entre moros, rayo
[illegible].

MAESTRE.

Don Álvaro, don García
De Haro y Garcés sucesores,
Y de España luz y guía,
Comendadores mayores
Del Orden de [illegible], y mía:
Aquí Castilla y León
Pueden en esta ocasión
Hacer estatuas de bronce,
Don Lope y don Pedro Ponce,
De esta nuestra religión.
Supuesto que indignamente
Me habéis dado la gran cruz,
Digna de un hombre excelente,
De que se vista su luz
Como de más claro oriente,
Hoy, si arrogancia no es
De español y portugués,
Verá mi Patrón gallego,
Con esta espada de fuego,
Toda el África á sus pies.
[illegible]a
Que nos llaman, si os agrada
Que así nuestra amistad sea,
Él, Santiago de la Espada,
Y [illegible].
Porque en el primer combate,
Él los mate y yo los ate,
Porque es justo que así sea:
Que los ate mi correa,
Y que su espada los mate.
Estoy muy agradecido
De aquel término gallardo
Que conmigo habéis tenido,
Y satisfacerlo aguardo
[illegible] he sido.
El Rey, mi señor, sospecho
Que en Burgos enfermo está,
Y por esta causa ha hecho
Tregua con los moros ya
[illegible].
Pues duerma la Andalucía;
Que no ha de tardar el día
Que Sevilla con Granada
[illegible]pada,
Deste pendón que los guía.
Yo he de partir á besar
[illegible]
[illegible] de pasar,
[illegible]
De su defensa informar.
[illegible]la prevenida
La gente á sueldo, y también
Los reyes, á la partida;
Que importa comenzar bien
Para asegurar la vida.
Límpiense las armas todas,
No del ocio y del orín,
Que es de sangre, y ellas godas;
Que no hay tal acero, en fin,
Desde nuestra España á Rodas.
Salga de donde se aloja
El campo, en hileras largas;
Nuestro pendón se descoja,
Y relumbre en las adargas
Nuestra cruz y espada roja,
Porque no piense que estuve
En mi ausencia descuidado,
Si en la corte me detuve;
Y tiemblen como el ganado
Cuando ven cargar la nube;
Que no ha de quedar persona,
Ahora lego, ó de corona,
De nuestra Orden militar,
Sin agua al caballo dar
En los caños de Carmona.

LOPE.

Tan alto bien prometéis,
Gran Maestre de Santiago,
Que si diez y seis tenéis
Antes de vos, yo os hago
Mejor que los diez y seis.
Esa palabra hazañosa
De hacer á los moros guerra,
Juradla, que es justa cosa
Para ensanchar nuestra tierra
Y alzar nuestra cruz famosa.

Tírase una cortina, y se descubre un altar con Santiago y diez y seis maestres pintados.

El altar es el que veis,
Y éstos retratados, son
Los maestres diez y seis,
Con el glorioso Patrón,
Que á caballo entre ellos veis.
En el maestre primero,
Que fué don Pelayo, hoy fundo
La gloria que en vos espero;
Fernán Díaz, el segundo;
Sancho Fernández, tercero.
Éste en Toledo fundó
El hospital, que consagra
Los que la guerra crió,
Y á quien el Rey después dió
Los portales de Visagra:
Murió en la guerra de Alarcos;
[illegible] la religión,
Pasó á León de San Marcos.
Estos dos Gonzalos son
Bien dignos de triunfos y arcos;
Don Suero Rodríguez es
Este del rojo pavés;
Fernando, aquel capitán
Que ganando á Montalbán,
Su alcaide puso á sus pies;

Don Pedro Arias fué quien puso,
Con el nombre de Aragón,
Miedo al Alarbe confuso,
Y éste en la misma ocasión,
Martín Peláez, intruso;
Fernán Pérez es aquél,
Cuando fué la división
Juzgada en Peñafiel;
Éstos, los dos Pedros son,
Dignos de palma y laurel;
Y el segundo de los dos
Se halló en la guerra con vos,
Que en Jerez con tanto estrago
Hizo en el moro Santiago,
Á gloria y honra de Dios.
Don Rodrigo Íñigo sólo
Queda ahora, y os ofrece
Aquel lugar, como Apolo
Que de nuevo resplandece
En el crucífero polo.
Hincad aquí la rodilla,
Y haced vuestro juramento.

MAESTRE.

Pelayo á tu altar se humilla,
Patrón de nuestro convento
Y defensor de Castilla.
Juro de hacer guerra al Moro,
Cuya frontera conquisto,
Y de ensalzar el decoro
Del Evangelio de Cristo,
Cuya fe divina adoro;
Que yo espero, con su ayuda,
Que tal á Ramiro fué,
Siempre á sus reyes ayuda
Con mis fuerzas.

LOPE.

Ponte en pie,
Y el pendón y hábito muda.
¿Quién quieres llevar contigo?

MAESTRE.

Don Lope, mi buen amigo,
Irá conmigo.

LOPE.

Yo iré
Á servirte.

MAESTRE.

Yo os haré·
De mis hazañas testigo.

Vanse, y salen el rey D. Fernando el Santo y su hijo D. Alfonso.

REY.

Mi enfermedad estorba, amado Príncipe,
Que pueda solo ver la insigne Córdoba;
Toca su amparo á vuestros brazos bélicos,
Terror ahora de los moros de África;
Que como en el consejo los decrépitos
Tienen primer lugar, así los jóvenes
Para mover las armas son más útiles.
Gane la patria de Lucano y Séneca
Por estos hombres, en Italia célebres,
Y en todo el mundo y su redondo círculo,
Porque allí pasen los caballos ágiles,
Gallardos en la paz, entre la música,
Fuertes en guerra, en el fogoso estrépito.
Pasó la flor de aquellos años félices,
Que ahora están en vos en propios términos;
Conservadla heredando mis propósitos,
Como es obligación de rey legítimo.

ALFONSO.

Heroico padre, Rey famoso, ínclito
Conquistador cristiano, que á los Césares
De España hoy añadís tan nuevo título,
Como hecho de Rey santo y católico:
De vuestra enfermedad, yo y vuestros súbditos
Estamos, como es justo, melancólicos;
Mas Dios, que sabe lo que España mísera
Ha menester vuestra persona y ánimo
Contra los fieros africanos bárbaros,
Que justamente en ella están domésticos,
Será servido que este maltemplándose,
Con desear salud, medios y médicos,
Os dé lugar para ensanchar los límites
De Castilla, oprimida entre los árabes,
Hasta el fin de la bella orilla bética
Del mar de Cádiz y columnas de Hércules.
Yo iré, entretanto, y del arco esférico
La cuerda floja el brazo descansándole,
Para que luego tire velocísimo,
Á socorrer á Córdoba y á Écija,
Donde el Rey de Sevilla pone escándalo;
Y en vuestro nombre haré que el Moro tímido
Quede, hasta veros, con las fuerzas débiles,
Porque le halléis, volviendo, pusilánime.

REY.

Así lo espero, Alfonso, de tus méritos,
Que seguirás á pasos velocísimos,
De tus abuelos, que la esfera undécima
Tienen, gozando la visión beatífica
De aquel por cuya fe y pendón cristiano,
Emprendieron hazañas tan espléndidas,
Que renació su vida de su túmulo.
Parte, y avisa al nuevo electo en Mérida,
Del orden del que en todos doce apóstoles,
Á España trajo nuestra fe evangélica;
Que con tu ayuda y del Maestre, haciéndola
Aqueste advertimiento, al furor rígido,
Cesará de la empresa, reprimiéndole
Á un tiempo el paso y la soberbia cólera.
Prevén lo necesario para ejército;
Lleven aquello que á tu estado es lícito;
Que si cobran salud mis fuerzas frágiles,
Yo seré presto en tu favor, quedándome
En tu ausencia este gusto por epítima.

ALFONSO.

Yo parto, Rey, á Córdoba solícito
Para la ejecución de tu propósito.

REY.

Guíete el cielo, y traiga con victoria;
De Dios es la ocasión, de Dios la gloria.

Vanse.

[illegible]

[illegible]
[illegible] y muerto,
[illegible] que me voy.
[illegible]DA.
[illegible] en su presencia [illegible],
[illegible]
En [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Mas ¿por qué no has de tener
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Que el bien que vino y [illegible],
[illegible] el mal del bien que fué.
[illegible]
Tú, para mí, de otra suerte,
Siempre eres bien que hay en mí,
Memoria de que te vi,
[illegible]
[illegible]
Como lo fuiste en presencia,
Si no te muda la ausencia,
Como las otras mujeres,
Entonces serás mi mal,
Y no como qui[illegible]
Que siendo mal de la muerte,
[illegible]jer natural.
Mas yo creo, Zayda mía,
[illegible] vanos recelos
[illegible], como los celos,
[illegible]
[illegible]e un suceso celestial,
De persona tan hermosa,
[illegible]
Admitir mal ni hacer mal.
ZAYDA.
[illegible] caminos excusas,
Tan nuevos como engañosos,
Los términos rigurosos
[illegible] con mis verdades [illegible]
Ya que te vas, no te quejes,
[illegible]me;
[illegible]
[illegible]
[illegible] el fin,
[illegible]

[illegible]

[illegible]
Tienen muchas fuentes ya
Los cuadros deste jardín.
[illegible]
[illegible],
Porque no se enoje el cielo
Contra quien os causa enojos.
Cesen las lágrim[illegible]
[illegible]
[illegible]e sospecho que están
Envidiando sus estrellas.
Y no culpéis mi partida,
[illegible]
[illegible]
[illegible] obligación debida.
Y [illegible]
[illegible] valor ha de tener,
Si no le viene á valer
Por la guerra á valer al[illegible]
Soy noble, nací altam[illegible]
[illegible]
Salió fortuna de madre,
Y llevólos la corri[illegible]
Deseo ganar por ti
Alguna buena opinión,
Porque me cobre afición
Tu viejo tirano Alí;
[illegible]e yo sé que es codicioso
[illegible]
[illegible]
[illegible]
La batalla de Jerez,
Que vencieron los cristianos,
Adonde los africanos
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Con ésta, en grandes y chicos
Está el amar tan presente,
[illegible]
Por una carga de ricos.
No es camino el que pretendo
Para alcanzarte, tan malo,
[illegible]
Lo que con ser pobre ofendo.
ZAYDA.
¡Con qué furor que te atreves!
¡Con qué notables razones
Se alargan tus pretensiones
Entre [illegible]
Mal conoces su intención,
Si con sangre de cristianos
Quieres comprar de sus manos
La tirana posesión.
Conozco yo bien á Alí;
[illegible]
[illegible] á tu poder
[illegible]
Que ya vas cobrando nombre
[illegible]
No lo dudes, Zayda hermosa;
Que la guerra es poderosa
Á inmortalizar á un hombre;
Y más en esta ocasión,
Si ese Rey, que teme tanto,

Y que al fin le llaman santo
Los de su propia nación,
  Agüeros hay entre moros,
Que este Fernando en Sevilla
Pondrá su cristiana silla,
Y en África eternos lloros.
  Con esto, pues, todos temen.

ZAYDA.

Buen camino has intentado.

GAZUL.

¿Es malo un yerno soldado,
Cuando estas haciendas quemen?
  Mas ¡no lo permita Alá!

ZAYDA.

¿Adónde vas, pues, ahora?

GAZUL.

Á la frontera, señora,
Parto, en que el Maestre está.

ZAYDA.

¿Cuál de ellos?

GAZUL.

El de Santiago,
Y el famoso don Rodrigo.

ZAYDA.

Pues ¿á qué vas? ¿Es tu amigo?

GAZUL.

Ni me tiro ni me pago
  Con hombres de aquesta ley;
Téngolo desafiado,
Y está ya el campo aplazado
Por el uno y otro Rey.

ZAYDA.

¿Dónde está?

GAZUL.

En Écija está;
Dame alguna empresa tuya,
Que le ate cuando huya,
Si no es que le he muerto ya.

ZAYDA.

No sé si en esta jornada
Me dejas algún temor.

GAZUL.

Mal conoces el valor
Deste brazo y desta espada.
  No me hables en recelos:
Mira bien que soy Gazul.

ZAYDA.

Toma aquesta banda azul.

GAZUL.

¿En ausencia me das celos?

ZAYDA.

Dóytelos porque te acuerdes
De que ausente me los das;
Pero tú los volverás,
Con tus esperanzas, verdes.

GAZUL.

Ahora bien, celos ó no,
Yo haré que el color os muestre,
Con sangre de aquel Maestre,
Más alegre que voy yo.
  Dame, Zayda, en esta ausencia
Palabra de no olvidarme.

ZAYDA.

Y tú la misma has de darme.

GAZUL.

Siempre estoy en tu presencia.

ZAYDA.

Dejará de los cielos la belleza
El ordenado curso, eterno y fuerte;
La confusión, que todo lo pervierte,
Dará á las cosas la primer rudeza.
  Alma tendrá del árbol la corteza,
Y la nuestra será sujeta á muerte;
Hará los rostros todos de una suerte,
La hermosa en variar, naturaleza.
  Los humores del hombre, reducidos
Á un mismo fin, serán en sí concordes,
La tierra al fuego llevará despojos,
  Y los Alpes, en fuego convertidos,
Los elementos, hasta aquí discordes,
Antes que deje de adorar tus ojos.

GAZUL.

Yo digo que primero verá España
Acabado el linaje de Mahoma,
Ó que conozca el Alfaquí de Roma
Cuanto el alarbe Mutacino baña.
  Y que primero lo que el Dauro baña (1),
Por donde el sol con nubes de oro asoma,
Verá el pendón que en la manopla toma
Pelayo, que emprendió tan alta hazaña.
  Pondrá Fernando el Santo en mi Medina
El castillo y león soberbio y fiero,
Llevándome cautivo por despojos,
  Y tu hermosura celestial, divina,
Entregada á algún bárbaro, primero
Que deje de adorar tus bellos ojos.

ZAYDA.

Parece que suena gente.
Vete, mi bien.

GAZUL.

¡Ay de mí!
¡Que se ha de partir así
Quien ha de vivir ausente!

ZAYDA.

Adiós: tu padre es, mi bien.

Vase Gazul, y sale Alí, padre de Zayda.

ALÍ.

¿Quién estaba aquí?

ZAYDA.

Era un hombre
De Gelves.

ALÍ.

¿Sabes su nombre?

ZAYDA.

Sí, señor: Alboacén.

ALÍ.

¿Qué hablaba contigo aquí?

---

(1) Consonante repetido.

ZAYDA.

Á matar cristianos va.

ALÍ.

¿Es soldado?

ZAYDA.

Claro está,
Pues desto me habló por ti.

ALÍ.

Quisiera pedirte albricias
Si te viera más contenta.

ZAYDA.

¿Cómo, si mi bien se aumenta?
Pero ¿de qué las codicias?

ALÍ.

De que ya está concluído
Tu casamiento tratado.

ZAYDA.

¡Á qué buen tiempo he jurado!

ALÍ.

Ya, Zayda, tienes marido;
Y no es hombre como quiera.

ZAYDA.

¿Cómo, en tan justa ocasión,
Pudiera ser tu elección,
Mi señor, de otra manera?

ALÍ.

Parejas el hombre corre
Con un Maestre en Castilla,
Porque es Alcaide en Sevilla
Del alcázar y la torre.
Y pues que te nombro alcaide,
Y el lugar digo después,
Basta para saber que es
El valeroso Abenzayde.
Perdona que he dado el sí
Sin pedirte parecer,
No por hija, por mujer,
Que es imperio de por sí.
Vendrá á desposarse luego;
Que el cuidado de la guerra
Le obliga á amparar su tierra.

ZAYDA.

¡Á qué extraño punto llego!

ALÍ.

Pero le haré detener.

ZAYDA.

. . . . (1)
¿Qué queréis, desdichas, más?
Mirad que al fin soy mujer.
Mal injustamente este nombre
De mujer os dan, desdichas,
Que si le tienen las dichas,
Es cuando están con el hombre!
¿Qué haré, qué responderé?

ALÍ.

Confuso estoy de escucharte;
Pero no quiero culparte
Si en esto vergüenza fué.
Ven: entre aquel arrayán
Te retrataré tu esposo,
Que después de generoso,
Es por extremo galán;
Que para aquesto sospecho
Que es agradable el jardín.

ZAYDA.

¡Ah, fuerza de padre; al fin,
Cuántos disgustos has hecho!

Vanse.

Sale el Príncipe con acompañamiento, y el Maestre:

MAESTRE.

Sea mil veces Vuestra Alteza
En hora buena venido.

ALFONSO.

Maestre, ventura ha sido:
Cubrid, cubrid la cabeza.

MAESTRE.

Iba á Burgos á besar
Al Rey mi señor las manos.

ALFONSO.

¿Qué elección de castellanos
Fué tan digna de loar,
Aunque la envidia se enoja?
Que un corazón portugués,
Bien sabrá llevar después
Toda aquesta espada roja.

MAESTRE.

Honráis, señor, mi opinión;
Gracias por mi patria os doy
. . . . (1)
De toda mi religión.
Era correa, y en fin,
Hoy en su dueño se emplea,
Porque alude la correa
Á la regla de Agustín.

ALFONSO.

Mi padre está tan servido
De vos, como España sabe;
Cuando por él os alabe,
Imitación suya ha sido;
Y así, parabién os doy
Por él.

MAESTRE.

Ya los pies os beso.

ALFONSO.

Hallaros ha sido exceso
De ventura.

MAESTRE.

Yo lo soy.

ALFONSO.

No hay que pasar adelante;
Aquí en Toledo acordemos
Cómo á Córdoba podremos
Darle el socorro importante.

MAESTRE.

Lo que ordenare Su Alteza
Es lo que he de obedecer.

(1) Falta un verso.

(1) Falta un verso.

ALFONSO.

Yo os quiero en todo tener
Por mi gobierno y cabeza.

MAESTRE.

Vuelvo á besaros los pies.

Sale un paje.

PAJE.

Zaro, rey de Murcia, ahora
Llega á Toledo.

ALFONSO.

En buen hora;
Ya sé qué quiere y quién es.

PAJE.

Ya se apeaba en Palacio:
Hablarle puedes.

ALFONSO.

Pues venga,
Porque no es justo que tenga
Este ofrecimiento espacio.
Llegadnos sillas aquí.

Sale Zaro, rey moro, y llegan tres sillas, las dos pequeñas, y una grande en medio para el Príncipe.

MAESTRE.

Sentaos.

ZARO.

Señor.....

ALFONSO.

Sentaos aquí, junto á mí.

ZARO.

Famosa rama de aquel tronco santo,
Nuevo Alfonso, temor del bando moro,
Que los Alfonsos siempre han sido espanto,
Y de nuestra nación eterno lloro:
El Rey de Murcia soy, y puede tanto
Esa grandeza que por fama adoro,
Que me ha traído á verte y á entregarte
De mi famoso reino la más parte.

ALFONSO.

Siéntate, alarbe honrado; que ya tengo
Noticia de tu nombre generoso; .
Que desde Burgos informado vengo.

ZARO.

¿Cómo está el Rey?

ALFONSO.

Enfermo, aunque no ocioso.

ZARO.

Perdona si en mirarte me detengo,
Por sacar de tu rostro victorioso
Algunas conjeturas en mi idea.

ALFONSO.

Sea tu gusto, y lo que fuere sea.
Aunque si verle quieres, esta banda
Tiene un retrato suyo.

ZARO.

Mi ventura,
Favoreciendo mis discursos anda;
De rodillas adoro su figura:
Pues á quien sepa, que lo copie, manda
Porque dándole el reino que procura,
Y alabándole yo su fama y trato,
Para regirlo bastará el retrato.

ALFONSO.

Aquéste te daré por prenda mía,
Discreto moro, si le estimas tanto.

ZARO.

Debo estimar á quien desde este día
Tengo por rey, y vuestra ley por santo;
Aquí á su imagen, sol de España y guía,
Mi reino ofrezco y doy, y todo cuanto
Poseo de Orihuela á Cartagena:
¡Qué grave rostro y majestad serena!
Si me dejare allí, daréle parias
De rica seda, alfombras, plata y oro,
Y aunque tiene ciudades tributarias,
Ninguna le valdrá mayor tesoro;
Traeré solas personas voluntarias,
Pues en la guerra, si os servís del moro,
Acudirán sin sueldo en largo alarde;
¡Qué grave rostro! Alá te aumente y guarde.

ALFONSO.

Grande es, Maestre, la afición del moro.

ZARO.

¡Cómo! Maestre ¿sois aquel cruzado
Por quien vuestro Patrón, con armas de oro,
Dejó á Jerez el campo ensangrentado?
¡Que por los huesos que hoy en Meca adoro,
Que apenas me sentara á vuestro lado,
Que viendo una cruz desas quedo ciego,
Desde que vi la del Patrón gallego!

MAESTRE.

¿Estabas en Jerez?

ZARO.

Vieron mis ojos,
Con una espada de cristal sangriento,
En un caballo blanco, entre despojos
De cuerpos derribados ciento á ciento,
Ese cruzado vengador de enojos,
Corriendo como el rayo por el viento;
Que si esto así no fuera, no era en vano
Pensar vencer mil moros un cristiano.

MAESTRE.

Éstos traía Alboacén famoso
Para cada cristiano humilde nuestro;
Mas como inmenso Dios, es Dios piadoso.

ZARO.

No os espantéis si en veros temor muestro;
Pero volviendo al caso, al Rey glorioso,
Serenísimo Alfonso, padre vuestro,
Le doy á Murcia; vos daréis el modo
De cómo quede en posesión de todo.

ALFONSO.

Lo que en eso, Maestre, os pareciere,
Tengo de hacer.

MAESTRE.

Señor, será importante
Que á Murcia vayas, donde el Rey te espere,
Y entregue los castillos de Alicante.

ZARO.

Pues sea como el Príncipe quisiere;

Y por si algún rebelde y arrogante
Negare alguno, irán con gente armada,
Y el César adelante con su espada.

MAESTRE.

Bien dice; haced, señor, alguna gente.

ALFONSO.

¿Dónde?

MAESTRE.

En Ciudad Real podré juntarla,
Y desde allí partir varonilmente.

ALFONSO.

Maestre, id vos delante á procurarla

ZARO.

Dame esos brazos, capitán valiente,
Aunque huyendo salí de la batalla,
Desa cruz carmesí, rayo de fuego.

MAESTRE.

Tu amigo soy.

ALFONSO.

Partid, Maestre, luego.

Vanse, y sale Campuzano con una ballesta, cantando.

CAMPUZANO.

Velador que el castillo velas,
Vélalo bien, y mira por ti,
Que velando en él perdí.
¡Oh, pesia tal con la vida
Y con quien me trajo á ella!
Esto es guerra, y siempre en ella,
Mal sueño y mala comida.
Mala la dé Dios, amén,
Al que en ella me metió:
¿No me estaba mejor yo
Sin mal y con poco bien?
¿No era mejor mi labranza,
Mis bueyes, campo y cortijo?
¿Quién me engañó? qué bien dijo:
Quien eso busca, eso alcanza.
¿Quién me hizo á mí trocar
Mis alforjas y mi vino,
Mi cecina y mi tocino,
Y mi caña de pescar,
Por la ballesta pesada,
El pavés y lanza fiera,
Y más en esta frontera
De Ecija, recién ganada?
Estése en Burgos Fernando,
Y Alfonso, aquel infanzón,
Holgando en esta ocasión,
Y nosotros peleando.
Desampare lo que gana
El Rey, y deje sin cuyo;
Que si hoy lo llamaren suyo,
Será del Moro mañana.

Pondráse Pimentel, capitán, en el muro.

PIMENTEL.

Si tu socorro se tarda,
Gran Rey, Écija se pierde.
Ya es razón que se te acuerde
Que sólo tu amparo aguarda.
El conservar es ganar;
Que no se llama victoria
Perder, muriendo, la gloria
Del famoso conquistar.

MENDIOLA.

¿Quién va allá?

CAMPUZANO.

¿Qué nombre?

MENDIOLA.

Amigos.

PIMENTEL.

Á mi nombre, Campuzano.

MENDIOLA.

Téngase todo el cristiano,
Porque estoy entre enemigos.

PIMENTEL.

¡Oh, buen soldado, San Juan!

CAMPUZANO.

¿Bautista ó Evangelista?

PIMENTEL.

Cualquiera.

MENDIOLA.

Tente.

PIMENTEL.

Bautista,
Pues ¿cómo á tu capitán?

CAMPUZANO.

Yo hago en esto mi oficio;
Vos, el que estáis obligado.

PIMENTEL.

Eres valiente soldado.

CAMPUZANO.

Doy de mis deseos indicio.
Un moro con dos de á pie
Al muro se va allegando.

PIMENTEL.

Ya la ausencia de Fernando,
En que se atreve se ve.

Llega Gazul á caballo, con lanza y adarga, y dos criados.

GAZUL.

¡Hola, cristiano del muro!

PIMENTEL.

¿Qué quieres, moro furioso?

GAZUL.

Ver el Maestre famoso
De la cruz roja procuro.

PIMENTEL.

¿Quién eres y para qué,
Así con tanta arrogancia,
Mide al muro la distancia
Tu atrevida lanza y pie?

GAZUL.

Y tú, que estás en la orilla
Y respondes tan cruel,
¿Quién eres?

PIMENTEL.

Soy Pimentel,
De los buenos de Castilla,
Y aquí estoy por capitán.

GAZUL.

¿Eres fraile de Santiago?

PIMENTEL.

Profesión por su cruz hago
De ir contra vuestro Alcorán.

GAZUL.

¿Eres lego ó alfaquí?

PIMENTEL.

Moro, muchas cuentas son;
Dime presto la ocasión
Del haber llegado aquí.

GAZUL.

Yo soy, Pimentel cristiano,
De los famosos Gazules
De Medina de Sidonia,
Sangre entre moros ilustre.
Pobre me dejó mi padre,
Pero tan bueno, que pude
Sentarme al lado del Rey,
Como alguna vez lo estuve.
Con aquestos pensamientos,
El alma y los ojos puse
En la hermosura de Zayda,
De los reyes Abenyuques.
Tiene Alí Muley, su padre,
Pensamientos tan comunes,
Que por un cequí de plata
Dará á cristianos á Túnez.
Yo, viendo que pobre y noble
Pedírsela no me cumple,
He intentado, por las armas,
Que el mundo mi nombre ocupe;
Que como en Andalucía
Vuestro santo Rey destruye,
Yerno que guarde la casa
Podrá ser que el moro busque.
Cuando á Córdoba ganastes,
Y cuanto sus campos cubre,
Y el Rey de Écija, Abenuc,
Perdió tantos andaluces,
No me hallé yo en este encuentro,
Y toda la historia supe;
Que faltar de Écija es causa
Que ahora de Écija triunfes.
Tengo, pues, determinado,
Para que Alí me procure,
Hacer tan altas hazañas,
Que hasta la fama importune.
Y la primera que intento
Que me levante é ilustre,
Es matar á ese Maestre
Que ese muro infame encubre.
Su cabeza he prometido
Á aquella que entre las luces
De sus ojos tiene este alma,
Á quien como esfera sube.
Ea, pues, Rodrigo fuerte,
Que de valiente presumes,
Ven cuerpo á cuerpo á batalla;
Aquí estoy, no la rehuses.
Si quieres armado, armado,
Si quieres que me desnude,
Pelearé contigo en carnes
Con cualquier arma que uses.
Si eres soldado ó Guzmán,
¿Cómo mis afrentas sufres?
Si eres Zúñiga ó Ayala,
¿Cómo es posible disculpes
Tus lobos y tus cadenas,
Con timbres hasta las nubes?
Si eres Padilla ó Velasco,
No os bien que la empresa dudes.
Y si eres Cerda ó Ribera,
¿Qué dirán cuando te excuses?
Si eres Enríquez ó Rojas,
No calles y disimules;
Que en África estos linajes
Valerosa espada arguyen.
Saquemos los tafetanes,
Tú colorados, yo azules;
Yo con mis lunas de plata,
Y tú con doradas cruces.
No te espante el verme airado,
Ni el saber quién soy te turbe;
Que hasta huir te doy licencia,
Pues me la das que te injurie.

PIMENTEL.

Moro, el Maestre que retas
Ya es muerto; que á no lo estar,
No osaras aquí llegar.

GAZUL.

¡Oh, pesia treinta profetas
Con su Alcorán y sus huesos!
¡Por Alá, que le mató
Miedo de saber que yo
Andaba en estos sucesos!
Si camino alguno hallara
Para el lugar de los muertos,
Fuera con pasos inciertos
Donde otra vez le matara.

PIMENTEL.

No importa, que aquí estoy yo.

GAZUL.

No eres hombre para mí.

PIMENTEL.

¿Volvió sus espaldas?

CAMPUZANO.

Sí.

PIMENTEL.

¿Viene solo el moro?

CAMPUZANO.

No.

PIMENTEL.

Sin duda que su arrogancia
De alguna celada nace,
Que por ventura se hace
Del muro á poca distancia.
Hoy eres perdida, espía;

La puerta te mando abrir.

CAMPUZANO.

Pues ¿adónde tengo de ir?
¿No ves que se acaba el día?

PIMENTEL.

En su seguimiento irás,
Y de todo lo que hallares
En tiendas ó en aduares,
La relación me traerás.

CAMPUZANO.

¡Pesar de quien me vistió!
¿Al campo me mandas ir?

PIMENTEL.

Al punto te mando abrir,
Ó iré, si le temes, yo.

Vase Pimentel.

CAMPUZANO.

¡Desdichado de aquel que á escarcha y hielo,
Ó á las calores de Septiembre estivo,
Abrasándose está, ó helando vivo,
Por cama el suelo y por cubierta el cielo!
¡Dichoso el que con lumbre y terciopelo
Come el pan regalado y sustentivo,
Y del frío implacable fugitivo,
Bebe del oloroso vino en pelo!
¡Dichoso el que el arado y las alforjas
Al campo lleva, sin que allí le prive
La guerra el sueño, cuando sueño quiere!
Síganle Enríquez, Rojas, Leyvas, Borjas;
Que si uno de ellos muere, eterno vive,
Y un pobre como yo, sin honra muere.

Vase.

Salen Gazul, Alí y Medoro [illegible].

GAZUL.

¿Vióse mayor desdicha?

MEDORO.

¿De qué haces,
Gazul famoso, tanto sentimiento?

GAZUL.

¡Que á tal tiempo el Maestre se muriese!

MEDORO.

¿Ha de faltar en quién la espada ocupes?

GAZUL.

El primero que viere, decir puede
Que vino á serlo en tiempo de desdicha.

MEDORO.

Porque sin duda morirá en sabiéndolo.

GAZUL.

No pienso tener honra ni preciarme
De ser de los Gazules, hasta el día
Que lleve en el arzón de mi caballo
De un Maestre de aquéstos la cabeza;
Y á vista de Jerez con ella pase
Á ponerla en el muro de Sidonia.

Sale Campuzano.

CAMPUZANO.

Siguiendo voy entre estos olivares
Los arrogantes moros con tal miedo,
Que no dan paso sin pisarme el alma;
Bien me hizo Pimentel perdida espía.

GAZUL.

¿Que ya murió aquel Rodrigo Alquindo?
¡Por Alá, que al ser vivo fuera poco
Quitarle dos mil vidas que tuviera!

CAMPUZANO.

¡Bravo es el moro! ¡Ay, triste; ya perezco!

GAZUL.

¡No encontrara yo ahora algún cristiano
En quien ejecutar aquesta cólera!

CAMPUZANO.

Si ellos me ven, en mí descarga el brazo.

GAZUL.

¿Que no parece alguno?

CAMPUZANO.

Aquí me quiero
Agazapar entre estos verdes juncos.

ALÍ.

No se descubre un hombre en todo el campo.

CAMPUZANO.

¡Ciégale, San Antón, ciégale, ciégale!

ALÍ.

Aquí está un hombre.

CAMPUZANO.

¡Tente, no me mates!

GAZUL.

¡Ah, perro! ¿Eres cristiano?

CAMPUZANO.

Lo que quieras;
Moro honrado seré; detén la espada.

GAZUL.

No le matéis: ¿de dónde vienes?

CAMPUZANO.

De Écija.

GAZUL.

¿Qué hay del Maestre, es muerto ya?

CAMPUZANO.

Ya es muerto.

ALÍ.

Estaba éste aquí ahora sobre el muro.

MEDORO.

Si es él, matadle; que es espía sin duda.

CAMPUZANO.

En mi vida me vió, buen moro, el muro.
Esto importa decir para que crean
Que hallé muerto al Maestre y que lo digo.

GAZUL.

No le matéis; llevémosle á Sidonia.

MEDORO.

Vamos antes que salgan, si lo sienten.

GAZUL.

¿Que murió aquel Rodrigo?

CAMPUZANO.

Sí, ya es muerto;
Y dí cuanto quisieres y mandares.....

GAZUL.

¿De qué murió el cristiano?

CAMPUZANO.

Murió súbito.

Y aun pienso que le dieron unas cámaras.

ALÍ.

Eso debió de ser.

CAMPUZANO.

Para ti tengas,
Que como el miedo le mató, las tuvo.

GAZUL.

¿Tu nombre?

CAMPUZANO.

Campuzano.

GAZUL.

¿De dónde eres?

CAMPUZANO.

De Hita soy, señor, para servirte,
Y honrado soy.

GAZUL.

Pues vamos, Campuzano.

CAMPUZANO.

Gazul me llamaré siendo tu gusto.

GAZUL.

Gracioso es éste; de escucharle gusto.

Vanse.

Sale el Maestre, de camino.

MAESTRE.

En fuerte punto inventó
El Príncipe castellano
Que le acompañase yo;
Mi pensamiento fué vano,
Mi voluntad le engañó.
Cazando habemos venido,
Y aunque pensé haber tenido
La noche en Ciudad Real,
En este espeso jaral
Me he perdido y le he perdido.
¡Oh! Mal haya el inventor
De aqueste oficio ó destierro,
Ó el primero cazador
Que puso traílla á perro
Y echó pihuela al azor.
Bueno será que este moro,
No obligado al buen decoro
De caballero y de rey,
Como bárbaro sin ley
Diese á España un triste lloro.
Que, en suma, si le procura
Matar, él tiene segura
La más lamentable hazaña
Que hubiera venido á España
Por última desventura.
Pero ¡no lo quiera el cielo!
Aquí he visto una cabaña
Descubierta al sol y al hielo;
Algún pastor la acompaña;
Que en torno está arado el suelo.
Aquí me pienso albergar
Esta noche, que al lugar,
Por ser tan obscura y fría,
Hasta que amanezca el día
Es imposible llegar.
¿Quién está en la choza?
¿Si hay alguien en ella?
Mas ya sale de ella
Una buena moza.
Cierta es mi ventura,
Que aunque me perdí,
En mi vida vi
Tan grande hermosura.
Ya quedo obligado
Á mi suerte avara,
Porque no acertara
Si no hubiera errado.
Si osare llegarme.....
Dígame, serrana,
Si hasta la mañana
Podrás albergarme,
Porque voy perdido,
Sin camino cierto,

Sale Filena, serrana.

Por este desierto
Que aquí me ha traído;
Aunque si á tus ojos
Mi deseo vino,
No erré del camino,
Ó gustos, ó enojos;
Que esta gloria espero
De quedar perdido.

FILENA.

Bien seáis venido,
Noble caballero:
Novedad es grande
Ver un hombre noble
Que entre el olmo y roble
Tan perdido ande.
¿Dónde vais por ellos
Destruído y solo,
Cuando el rojo Apolo
Coge sus cabellos?
¿Qué os ha sucedido
Que os lleva tan triste,
Cuando ya se viste
La noche de olvido?
Que aun tiene el sayal
Alma cortesana.

MAESTRE.

Yo me iba, serrana,
Á Ciudad Real.
Vengo de Toledo,
Y aunque acompañado,
Más solo he quedado
Que perdido quedo.
Por tan varios casos,
Por tales destierros,
Azores y perros
Conducen mis pasos;
Que en ese encinar
Del monte vecino,
Errara el camino
En fuerte lugar.

Seis veces vi ausente
El rostro del sol,
Y seis su arrebol
Otra vez presente;
Que con este afán
Que el monte se sube,
Siete días anduve
Que no comí pan,
Dándome campiñas,
Por sustentos leves,
Derretidas nieves
Y silvestres piñas;
No el pavo ó faisán
Que inventó la gula,
Cebada á mi mula,
Carne al gavilán.
Como es intrincada
La tierra que os pinto,
Como en laberinto
Va el alma enredada.
Sospechas le dan,
Y que estoy recela,
Entre la Zarzuela
Y Darazután.
Hoy, que siempre vale
Decir los enojos,
Alzara los ojos
Hacia do el sol sale,
Pidiendo remedio
Al cielo ofendido,
Viéndome perdido
Y del monte en medio.
Y antes que se iguale
Con esta montaña,
Viera una cabaña;
De ella el humo sale.
Que viendo que ya
Hambre me estimula,
Picara mi mula;
Fuíme para allá.
Mas luego á llegar,
Cual ves que he llegado,
Perros del ganado
Sálenme á ladrar.
Más trayendo el aire
Voz que cerca suena,
Víos á vos sirena,
Del bello donaire.
De mis soledades
Fuisteis el lucero.

FILENA.

Llegaos, caballero,
Vergüenza no hayades;
Que aquí habéis de hallar
Cuanto el gusto os cuadre.
Mi padre y mi madre
Han ido al lugar;
Mirad si me dan
Lugar de decillo.
Mi caro Minguillo
Es ido por pan;
Bien podéis entrar,
Que aunque más trasnoche,
Ni vendrá esta noche
Ni mañana á yantar.
Y si no os desplace
Que así la aproveche,
Comeréis de la leche
Mientras queso se hace.
Si no os halláis mal
Con que no sea dama,
Haremos la cama
Junto al retamal;
Que aun, gracias á Dios,
Hay ropa lavada,
Mejor empleada
Que en mi esposo, en vos.
Si es al alma igual
Nuestro regocijo,
Haremos un hijo;
Llamarse ha Pascual.
Que según me pago
De vuestro querer,
Bien podría ser
Maestre de Santiago
Ó algún hombre tal;
Si estudiare, obispo,
Ó será arzobispo,
Papa ó cardenal;
Ó si de armas guía
Los altos decoros,
Algún matamoros
Del Andalucía;
Ó vendrá á ser tal,
Como el que lo hizo
De Ciudad Real.

MAESTRE.

Á tu acogimiento,
Hermosa serrana,
Mi alma se allana
Con igual contento.
Y por si partieres,
Como he sospechado,
El hijo, ya criado,
Me darás si quieres.
Váyame á buscar
Al Andalucía.

FILENA.

¡Bien, por vida mía,
Debéis de burlar!
¿Cómo es vuestro nombre?

MAESTRE.

Pelayo me llamo.

FILENA.

El mismo le llamo
Si viene á ser hombre.

MAESTRE.

Pues en casa del Rey
Pregunte por mí.

FILENA.

Si es hija, esté aquí,
Que es razón y ley.

MAESTRE.
Daríame pena:
Dadle esta sortija
Si es hijo.

FILENA.
¿Y si es hija?

MAESTRE.
Dadle esta cadena.
No he visto mujer
Tan necia y hermosa.

FILENA.
Si es posible cosa,
¿Por qué no ha de ser?

MAESTRE.
Ya de mi suceso
Voy sin pesadumbre.

FILENA.
Sentaos á la lumbre
Mientras hago el queso.

ACTO SEGUNDO.

Salen Campuzano, Mendiola, Pinedo y Carpio, de cautivos.

MENDIOLA.
Para soldado y robusto,
Muy pusilánime estáis.

CAMPUZANO.
Soy nuevo, ¿qué os espantáis?
Y es mi sentimiento justo;
Que no espero libertad
De aquesta obscura prisión.

PINEDO.
Todos los principios son
De mucha dificultad.
No hay cárcel tan insufrible,
Pena ó tormento tan fiero,
Que con el tiempo ligero,
No venga á ser apacible.
Yo vi un hombre que una vez
Cumplió en galeras diez años,
Y al cabo de tantos años
Se jugó por otros diez.

MENDIOLA.
¡Ay, Campuzano! Si acaso
Viésedes otros cautivos
De los tormentos esquivos
Que en mi cautiverio paso,
Como en el mayor tormento,
Daríais gracias á Dios
De que no nacistes vos
Para tanto sufrimiento.
Saquemos los males nuestros
Hasta la plaza mañana,
Que á fe que de buena gana
Os volveréis con los vuestros.

CAMPUZANO.
Carpio, Mendiola y Pinedo,
Ya tengo considerado
Que no soy el desdichado
Que solo quejarme puedo.
Pero siento que perdí
Sin causa la libertad,
Saliendo de la ciudad,
Á la que nunca volví.
¡Ah, Maestre de Santiago,
Cuánto se perdió en su vida!

CARPIO.
Ya está esta falta cumplida.

CAMPUZANO.
Será después de mi estrago.

CARPIO.
Aquí nos dijo un cautivo
Que en Murcia vió el nuevo eleto,
Que ya está el reino sujeto
Á pesar del moro altivo.
Porque Zaro se rindió;
Y así, el Príncipe con él,
Tomaron posesión dél,
Y él á Mérida volvió,
Donde el santo rey Fernando,
Á llamarle ahora envía,
Porque entra en Andalucía
Nuevamente conquistando.

PINEDO.
Y ¿quién es?

CAMPUZANO.
Un portugués:
Pelayo Pérez Correa,
É hijo de doña Andrea
De Aguilar.

MENDIOLA.
Hidalgo es.

CAMPUZANO.
Éste es el Comendador
De Portugal valeroso,
En caza y guerra famoso,
En la lanza y el azor.
Éste los castillos fuertes
De Alvis y Juste ganó,
Que el Rey al convento dió.

CARPIO.
De impertinencias me adviertes.
¿Cómo me podré yo ir?
Que rabio por verme suelto:
Ya estuve una vez resuelto
De escaparme y de huir.
Pero es tan grande el cuidado
De estos perros en la vela,
Que entendieron la cautela,
Y fuí azotado y cerrado.

PINEDO.
¡Lastimosa cosa es
Ver cuál nos tratan aquí!

CAMPUZANO.

¿No hay remedio alguno?

CARPIO.

Sí;
Mas no consiste en los pies.

CAMPUZANO.

¿Es, por ventura, de oro?

PINEDO.

No es sino de una mujer
Que suele á sus pies tener
Todo el angélico coro.

CAMPUZANO.

Si ella quiere, ¿qué no hará?
Pues hizo al mismo Dios hombre.

PINEDO.

Encomendarse á su nombre,
Sólo nos remediará.

CAMPUZANO.

¿Qué es su nombre soberano?

CARPIO.

El de la Peña de Francia;
Pero es de mucha importancia
La devoción, Campuzano,
Y vos sois poco devoto.

CAMPUZANO.

Conozco que soy indigno,
Y deste nombre divino,
De todo punto remoto.
¿Dónde está la santa casa
Donde vive esta señora?
¿Este oriente y esta aurora,
Que el sol de justicia pasa?
¿Ese celestial abrigo,
Cedro, oliva y rosa blanca?

PINEDO.

En tierra de Salamanca,
Y junto á Ciudad Rodrigo,
Está en una excelsa cuesta,
En cuyo pie está un lugar
Del Duque de Alba.

CAMPUZANO.

El hablar
Della, quién es manifiesta.

PINEDO.

Di ¡por Dios! todas las señas.

MENDIOLA.

Franceses allí venidos,
De Roncesvalles huídos,
La escondieron en las peñas;
Y acá un don Vela la halló,
Para tanto bien de España.

CAMPUZANO.

¡Oh, si ahora, gran montaña,
Descalzo os subiera yo!

PINEDO.

No es fábula, que esto es fe,
Y lo vemos cada día
En toda la Andalucía,
Que destos bárbaros fíe
No hay hombre cautivo en ella,
Que si tiene devoción,
No se saque de prisión
Como se encomiende á ella.
Poco ha que tres cristianos
Ser quemados esperaban
En Granada, porque estaban
Con hierro en los pies y manos.
Pero dióles libertad,
Y cuando los moros fueron,
Solas las prisiones vieron.

CAMPUZANO.

¡Qué soberana piedad!

PINEDO.

Es de suerte, que no hay día
Que no libre algún cristiano.

CAMPUZANO.

Dadme vuestra hermosa mano,
Divina Virgen María.

PINEDO.

¿Sabéis de qué modo es esto?
Que en Berbería dos cautivos
De un moro, en hierros esquivos,
Vivían tratando de esto.
Preguntóles el pagano:
«¿Podrá esta imagen pequeña,
Puesta en la francesa peña,
Hoy libraros de mis manos?»
Ellos dijeron: «Sí, que ella,
Cuanto es cielo y tierra abarca.»
Luego los metió en un arca
Y echóse á dormir sobre ella;
Mas apenas con luz de oro
El sol las tinieblas quita,
Cuando estaban en la ermita
Arca, cristianos y moro;
Que los pasó desde ella,
Durmiendo, á su misma puerta.

CAMPUZANO.

Mi fe y esperanza es cierta;
Virgen, yo soy vuestro ya.

Sale Alquindo, moro.

ALQUINDO.

¿Qué hacen los perros en junta?
¿Trataban de huirse acaso?
¡Á trabajar!

PINEDO.

¡Paso!

MENDIOLA.

¡Paso!

CAMPUZANO.

Espera, y lo que es pregunta.

ALQUINDO.

¡Á trabajar! Y vos, perro,
¿En casa metéis cristianos?
Téngoos de echar en las manos
Como al pie, otro tanto hierro.
¿Qué hacían éstos aquí?

CAMPUZANO.

Á llevarme á trabajar
Venían, señor.

ALQUINDO.

¡Ea, andar!

CAMPUZANO.

¡Duélete, por Dios, de mí!

ALQUINDO.

Yo os he de quitar la vida.

CAMPUZANO.

Por la de tu Alá te ruego
Que me dejes.

ALQUINDO.

¡Ea, luego
Tiene esta oración sabida!
Á esa vida lo agradece:
No entren más éstos aquí.

Vanse, y queda Campuzano, y pónese de rodillas

CAMPUZANO.

Ya es ido, Virgen; en mí
Vuestra luz aliento ofrece.
Hermosa Reina que en la excelsa peña
Que titula de Francia vuestra España,
Vivís haciendo cielo esa montaña,
En cuyo oriente vuestro sol se enseña:
Permitid que al hacer vuestra reseña,
Parezca, con la fe que me acompaña,
Á vuestros pies; que aunque es notable hazaña,
Para lo que podéis será pequeña.
Virgen de Francia, en Córdoba y Granada,
En Sevilla y Jerez tan conocida
Por los cautivos que libráis del Moro,
Á vuestra casa iré, Virgen sagrada,
Si escapo de Medina con la vida,
Á ver la tierra de esos pies que adoro.
Sueño notable me ha dado,
No le puedo resistir;
Aquí me habré de dormir
Sobre este canto arrimado.

Dice dentro una voz:

VOZ.

Quitadle aquella cadena
Por lo que confía en mí.
¿Irásme á ver?

CAMPUZANO.

Virgen, sí.

VOZ.

Pues vete y no tengas pena.

CAMPUZANO.

¡Oh Jesús, si verdad fuese,
Virgen, como lo he soñado!
La cadena me han quitado;
Vuestro brazo santo es ése.
Sin duda subió mi fe
Hasta la peña del cielo.
¿Qué me tardo? ¿Qué recelo?
Ella fué; su mano fué.
Romper quiero estos cerrojos;
Saldré delante los perros;
Que quien me quitó los hierros
Sabrá cerrarles los ojos.

Vase.

Salen Gazul y Medoro.

GAZUL.

¿Qué dices?

MEDORO.

Lo que escuchas;
Y lo que hacen muchas,
Que todas las mujeres
Tienen, amando, varios pareceres:
Si hoy á querer hasta la vida ofrecen,
Mañana lo que quieren aborrecen.
Aunque Zayda no creo que es posible,
(Tan fácil y apacible
Fué siempre á tu contento),
Que sea culpada en este casamiento;
Que el interés que el padre viejo esfuerza,
Si no ha sido el consejo, fué la fuerza.

GAZUL.

¡Zayda casada, Zayda con marido!

MEDORO.

Yo lo he visto y oído, y lo refiero.

GAZUL.

¡Casada Zayda! moriré primero.
¡Oh ausencia, cuánto puedes!
Si heredas el amor, el tiempo heredes.
¿Albenzaide me dices, Albenzaide?

MEDORO.

Sí, señor; el Alcaide
De Sevilla y la torre.

GAZUL.

Pues corre luego, corre.
¡Hola! Dame un caballo.

MEDORO.

¿Adónde quieres ir?

GAZUL.

¡Perro, á matallo!
Dame presto una adarga
Con una lanza arrojadiza y larga
De veinticinco palmos;
Que no le han de valer hierbas y ensalmos
De moro ni cristiano. Corre luego.
¡Oh, fuego en Albenzaide, fuego, fuego!

MEDORO.

¡Hola, cristiano! ¿Dónde estás, cristiano?

GAZUL.

¡Que has dado aquella mano
Que envidiaba la nieve,
Al que por dicha á marchitar se atreve
La celestial blancura con su boca!
¡Loco estoy, por Alá, de verte loca!

MEDORO.

El cristiano, en efecto, no parece.

GAZUL.

Mal agüero me ofrece.
¿Es esa su cadena?

MEDORO.

Ella es, ¡por Dios! y está del dueño ajena.

GAZUL.

A[illegible] ha [illegible] el írseme el cristiano,
Del bien que se me escapa de la mano.
¿Tus cuidados son éstos?

MEDORO.

No me culpes.

GAZUL.

B[illegible]no es que te disculpes
De darme aqueste enojo.

MEDORO.

Los candados quebró de aquel cerrojo.

GAZUL.

Llama un moro de presto.

MEDORO.

Alcino viene.

Sale Alcino.

ALCINO.

¿Qué nos mandas? (1).

GAZUL.

¿[illegible], por D[illegible], y qué nos mandas andas?
Dame un caballo pronto.

ALCINO.

¿Cuál te ensillo?

GAZUL.

Ensíllame el tordillo
Y vuelve como un rayo;
Ensilla el alazán ó ensilla el bayo;
Ensilla el que quisieres. ¡Yo soy muerto!

ALCINO.

¿No sabremos qué es esto?

MEDORO.

Que Zayda se ha casado.

ALCINO.

¿Cierto?

MEDORO.

Cierto.
¿Dudabas el concierto?

GAZUL.

Hoy vuestro dueño muere.

ALCINO.

Pregúntale si quiere
Mochila ó silla sola.

GAZUL.

Ponte á enlazar las crines y la cola.
¡Por vida de Mahoma! ¡De un villano.....

ALCINO.

Espérate, ya voy.

MEDORO.

Detén la mano.

GAZUL.

Todo esto ha procedido de haber dado
En aumentar su estado
Aquel viejo avariento;
Que Zayda no es culpada.

MEDORO.

Así lo siento.
Alcino, ¿no es verdad?

(1) No consta este verso.

ALCINO.

Ella, ¿en qué yerra?

GAZUL.

¡Oh perro, así disculpas una perra!

MEDORO.

Detente, que no dijo que es disculpa
Darle al padre la culpa;
Que si ella no quisiera,
No la forzara el padre, ni pudiera.

GAZUL.

¿Cómo que no ha forzado? Sí ha forzado.
¿Un ángel culpas?

MEDORO.

Dime en qué te agrado,
Digo que tiene culpa y no la tiene,
Y que se está y que es ida,
Y que es tu muerte y que será tu vida,
Casada y no casada, sin decoro.

GAZUL.

Serálo todo, que es mujer, Medoro.

MEDORO.

No hay estrellas que igualen á sus ojos,
Mirarlos causa enojos;
Su pecho es duro y tierno,
Su varia condición, cielo é infierno;
Traición fué su lealtad, su risa lloro.

GAZUL.

Serálo todo, que es mujer, Medoro.

ALCINO.

El alazán te aguarda con el freno,
De espuma y sangre lleno,
Y el patio desempiedra,
Que apenas, de lozano, deja piedra.

GAZUL.

Es porque yo las tiro, que estoy loco,
Y aun para lo que siento lo estoy poco.
Tercia la adarga de una banda negra,
Si mi muerte le alegra;
Ata un listón al hierro,
De la tristeza que en el alma encierro;
Pon tocas al caballo, aliente el brío;
Que ya las pone amor al cuello mío.

Vanse.

Salen el rey Fernando, con caja y bandera, el Maestre, el Príncipe y soldados.

REY.

Huelgo en extremo, Maestre,
De que con salud vengáis:
Pues Alfonso, ¿cómo estáis?

ALFONSO.

¿Qué más bien queréis que os muestre
Del que vos viendo me dais?

MAESTRE.

Dadme vuestros pies, señor.

REY.

Como hombre de tal valor,
Los brazos será más justo;
Que á medida de mi gusto
Os ha cortado mi amor.

ALFONSO.
Murcia queda ya rendida,
Mas en Cartagena y Lorca
Nos dieron mala acogida;
Pero de cuchillo y horca
No escapó ninguna vida.

MAESTRE.
Quedaron tan mal con Zaro
Porque á Murcia te entregó,
Que de la ciudad se huyó
Con darle el Príncipe amparo,
Y á Sevilla se partió.
Darde dicen que es del Rey
Su primo, que ha de venir.

REY.
Véngame Zaro á servir;
Que le debo á toda ley
Dar con qué pueda vivir.
Desde Martos, donde vamos,
Iré á tomar á Jaén.

MAESTRE.
Los de la Roja aquí estamos,
Y los que el pecho también
De la verde insignia honramos.
El Moro tomó Archidona,
Y aunque fuerte, no hay persona
De fama que la defienda;
Á las cruces la encomienda,
Que el mismo nombre le abona.

REY.
En persona quiero ir.

Sale Campuzano, y tras él un soldado.

SOLDADO.
¡Tente, detente!

ALFONSO.
¿Quién es?

CAMPUZANO.
No es esto, señor, huir,
Sino arrojarme á tus pies;
Los pies te vengo á pedir.

REY.
¿Eres moro?

CAMPUZANO.
No, señor;
Porque, aunque soy pecador,
Por la gracia de Dios padre
Era cristiana mi madre,
Y mi padre fundidor.

REY.
¿De dónde eres?

CAMPUZANO.
Soy de Martos.

REY.
¿De dó vienes?

CAMPUZANO.
De Medina,
De moler trigo y espartos
En una cueva, oficina
De culebras y lagartos:
El capitán Pimentel,
Que en Écija residía,
Me hizo perdida espía:
¡Tal ventura tenga él
Como vino á ser la mía!
En fin, ó yo lo soñé,
Ó sin duda verdad fué
Lo de la Peña de Francia:
En una breve distancia
Me ha puesto en Martos en pie.

REY.
Dadle vos vuestra bandera,
Porque, quien tan bien trabaja,
Sube más cuando más baja;
Denle la paga primera
Con un florín de ventaja;
Y vamos de aquí, Maestre;
Que importa ver á Jaén.

Vanse, y queda solo Campuzano.

CAMPUZANO.
Todo ha sucedido bien:
¡Que en mí el Rey su valor muestre!
Sin duda en mí le hay también.
Aquí me quiero quedar
Á servir con mi bandera;
Pero me debo acordar,
Virgen, que aquí no viniera
Á no venirme á ayudar.
Que he de ir á veros es llano,
Como obligado cristiano;
Mas ¿he de perder así
Que me llamen por ahí
El alférez Campuzano?
Quiero quedarme; mas no,
Que la Virgen puede ser
Que se enoje, aunque es poner
Límite á quien me libró
Con su infinito poder.
Yo me quedo, que no creo
Que mira más que el deseo,
Ni en estas cosas repara.
¡Oh Martos, quién lo pensara!
¿Es posible que te veo?

Vase, y salen Gazul, con lanza y adarga, Medoro y Alquindo.

GAZUL.
Antes que esta vega bella
De la luna se corone,
Procuremos salir de ella.

MEDORO.
Sale de Venus la estrella
Al tiempo que el sol se pone,
Y estas señales que envía
Es que el sol los rayos coge.

GAZUL.
Ya su luz cierra la mía,
Y la enemiga del día
Su manto negro descoge;
Ya entre las nubes de oro,

Vertiendo por su horizonte
La noche su sombra y lloro.

MEDORO.

Y con ella un fuerte moro
Semejante á Rodamonte.

GAZUL.

Ya, pues Zayda se ha casado,
Ese nombre se me borre:
Di que un moro desdichado
Sale de Sidonia airado,
De Jerez la vega corre.
Bien cumple lo que promete;
Bien á quien es corresponde;
Aunque me ahogue, me mete
Por donde entra el Guadalete
Al mar de España, y por donde,
Según orden y concierto
Del cristiano, y del renombre
Que su ley tiene por cierto,
De Santa María el Puerto
Recibe famoso nombre.

ALQUINDO.

Á morir se determina,
Sabiendo su trato doble,
O no volver á Medina.

MEDORO.

Desesperado camina
Siendo de linaje noble,
Tal, que no hay oro ni plata
Que tanta grandeza cobre
Como la que él tiene y trata:
Le deja su dama ¡ingrata!
Porque se suena que es pobre.

ALQUINDO.

Todo el interés lo humilla.

MEDORO.

Es la moneda que corre:
Él hizo esta maravilla
Porque es alcaide en Sevilla
Del alcázar y la torre.
Quéjate al cielo inclemente,
Tu amor su piedad informe;
Que, al fin, descanso se siente
Quejándose dulcemente
De un agravio tan enorme.

GAZUL.

Dime, amor, que Zayda entrega
Su mano: ¿cómo y adónde
Á mi obligación la niega?

MEDORO.

Á sus palabras, la vega
Con dulces ecos responde.

GAZUL.

¿Zayda á la mar comparada?
Alza el viento; no me estorbe,
No sorbas mi nave amada.

ALQUINDO.

¿Zayda dice, más airada
Que el mar que las naves sorbe?

GAZUL.

¡Oh más fiera é intratable
Que en el líbico horizonte
El áspid, contigo amable;
Más dura é inexorable
Que las entrañas de un monte!
¡Que de un moro te enamores!
¡Qué así me dejes por él!
¡Que si te fuerzan no llores!
¿Cómo es posible, cruel,
Tras tantos años de amores?
¡Que así me dejas en calma
Y permitas que se torne
Á Medina con la palma!
¡Que de prendas de mi alma
Ajena mano se adorne!
¿Adónde están mis colores,
Adónde la banda azul,
Y los pasados favores?
¡Dejas tu amado Gazul,
Dejas tres años de amores!
¿Posible es que no doy voces?
¿Que eres, Zayda, del Alcaide?
¿Cómo que me desconoces,
Y das la mano á Albenzaide,
Que aun apenas le conoces?
Mas pues tras tanta fatiga
Quieres que de mis favores
Tan triste historia se diga,
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores.
Cuando le hables y le mires,
Se burle de tus amores;
Vea yo sus disfavores,
Y que por celos suspires
Y por ausencia le llores.
Con él penes, con él lidies,
Y de tal suerte te enojes
Y sus amigas le envidies,
Que en la cama le fastidies
Y que en la mesa le enojes.
Que te dé malas respuestas
Con pensamientos traidores
Y palabras descompuestas;
Que en las zambras y en las fiestas
No se vista tus colores.
Tu favor, tu cinta ó liga,
Ni la ponga ni la nombre,
Y si la plaza te obliga,
Que se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre.
¡Plega Alá, falsa mujer,
Que á mal tratamiento y voces
Le vengas pronto á perder,
Y si le has de aborrecer,
Que largos años le goces.
Sin gusto y sin afición
Mil años dueño le nombres
De tu alma y posesión;
Que es la mayor maldición
Que pueden darte los hombres.

ALQUINDO.

¡Ah, injusto y sordo jüez!

Por más que vele y trasnoche,
Se quejará de esta vez.

MEDORO.

Con esto llego á Jerez
Á la mitad de la noche.

ALQUINDO.

Esta plaza no conoces;
Vuelve en ti si estás dispierto
Para que estas fiestas goces.

GAZUL.

Hallo el palacio cubierto
De luminarias y voces.
Bien veo que se socorren
De dardos arrojadizos
Mientras con sangre los borren;
Y los moros fronterizos
Que por todas partes corren,
Ya con las manos asidas,
Pican, con voces disformes,
Las yeguas, al curso heridas,
Con mil hachas encendidas
Y con libreas conformes.

Suene la música, y salgan de dos en dos hasta ocho moros con hachas encendidas, y estarán Albenzaide, Celindo y Zayda en una ventana.

ALBENZAIDE.

Por aquí vamos mejor,
Celindo; que está mi esposa
Sobre aqueste corredor.

GAZUL.

¡Oh, voz de Albenzaide odiosa,
Para mi afrenta y dolor!

ALBENZAIDE.

Ya se ha puesto en el balcón.

GAZUL.

¡Oh noche de confusión!
¡Oh tiniebla obscura y fría!

ALBENZAIDE.

En vos, que amanece el día.

GAZUL.

Y anochece á mi pasión.

ZAYDA.

Por mí sé que vas galán.

GAZUL.

¿Es aquel el juramento?
¡Que á todos los que aquí están,
Mi mano y furor violento
Violenta muerte no dan!
Pues el amor me perdone;
Que si á Zayda no ha gozado,
Tarde á hacerlo se dispone.

MEDORO.

Delante del desposado
En los estribos se pone.

ALQUINDO.

¿Queréisme dar una mano?

ZAYDA.

Id por detrás de este muro,
Que hay rejas bajas.

GAZUL.

En vano,
Porque estorbarlo procuro.
¡Por todo Alá soberano,
Que dudo de hacer un hecho
Tan digno de mi valor
Y mi enamorado pecho!

MEDORO.

Aquí ha llegado el favor
Al peligro que sospecho.
Ponte á defenderla, Alquindo.

ALQUINDO.

¿Cómo podremos, Medoro,
Si ha descendido al jardín?

GAZUL.

Mataréle, á fe de moro,
Si Alá no estorba su fin.

Arrójale la lanza.

Id, lanza, con mi esperanza.

ALQUINDO.

¿Qué es lo que has hecho?

MEDORO.

¿Tiróle?

GAZUL.

Así la mano se alcanza.

MEDORO.

Arrojándole la lanza,
De parte á parte pasóle.

ALBENZAIDE.

¡Ay de mí! ¿Quién me tiró?
¿Quién ha sido el alevoso?
¿Quién á traición me mató?

GAZUL.

Yo, que soy de Zayda esposo
Albenzaide, que tú no.

CELINDO.

¡Ah! ¿Quién hay que no provoque
Y en el alma no le toque
Su traición é infame traza?

ALQUINDO.

Alborotóse la plaza;
Desnudó el moro su estoque.

GAZUL.

Así Gazul se defiende.

CELINDO.

¡Cómo escaparse imagina!

GAZUL.

Así acaba quien ofende.

Vase Gazul.

ALQUINDO.

Alá, tu mano divina
Á mi corta vida extiende.
¿Fuése el traidor?

CELINDO.

Se escapó;
Acometió, pero huyó,
Que tiene estos falsos modos,

Y por en medio de todos
A su [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Es razón,
Pero notable mancilla.
[illegible]ORO.
¡Qué sangrientas bodas son,
Pobre Alcaide de Sevilla!
ALBENZAIDE.
Gazul me mató á traición.

Vanse.

Salen el rey Fernando, el Príncipe, el Maestre de Santiago, gente de guerra, y Campuzano con su bandera.

REY.
Rendida ya Jaén, el Rey de Arjona
Hecho mi tributario con su tierra,
Sobre Sevilla me verán, sin duda,
Valeroso Maestre de Santiago,
Los moros desviados de mi furia.
Carmona y Alcalá de Guadaira
Se han de rendir ó recibir más daño
Que si á pagarme parias se ofrecieran.
Vos con Alfonso correréis tras esto
Por todos los lugares, con los [illegible],
Pues que serán hasta doscientos hombres.
De allí quiero vayáis sobre la villa
De Guelves, cuyo cerco no ha de alzarse
Hasta que la toméis ó entréis por fuerza;
Después, junto el ejército, veremos
El claro Betis, que le cerca y baña,
De la insigne ciudad de Hermenegildo,
Que del que le dió á España tuvo nombre.
[illegible].
Son todos los arbitrios de tu ingenio
Tan acertados en la paz y en guerra,
Que deben ser por ley obedecidos.
REY.
Llegue á Carmona mientras voy á Guelves,
Y [illegible]rcibe tu gente á la conquista,
Pues tienes tan famosos caballeros.
MAESTRE.
¡Que todo el cielo, próspero y benigno,
Tus propósitos santos favorece!
[illegible]
Bien te puedes partir, señor, seguro
Que serás de los dos favorecido.
REY.
Del valor del Maestre y tu obediencia
Voy confiado, porque son iguales.

Vase el Rey.

[illegible]
Prospere el cielo tus empresas justas
Y favorezca tus intentos santos.
[illegible]
[illegible]roso Maestre de Santiago,
Gloria de España, espanto de los moros,
Una mora pregunta por tu nombre
Y te pide licencia para hablarte.
MAESTRE.
Entre, no la detengas.
CAMPUZANO.
Entrad, dama.

Sale Daraxa.

¡Buen talle, por mi fe!
MAESTRE.
¡Gentil presencia!
DARAXA.
Dame tus pies.
MAESTRE.
Teneos; alzad del suelo:
Pedid lo que queréis.
DARAXA.
¿Tú eres Pelayo?
MAESTRE.
Yo soy; ¿qué dudas?
DARAXA.
Maestre invicto, escucha
Un poco aparte.
MAESTRE.
Que me place.
DARAXA.
Advierte.....
EL PRÍNCIPE.
¡Qué hermoso rostro! El alma me ha robado
MAESTRE.
¡Que una mora de un ángel fué traslado!
DARAXA.
Gran Maestre de Santiago,
Que con la gran cruz al pecho
Pones fuerza á los cristianos
Y á los moros pones miedo:
Tú, que por tu propia espada
Tantos sobre el cerco has muerto,
Que los que han quedado vivos
Te llaman ira del cielo:
Sabrás que siendo yo noble
Por virtud y nacimiento,
Fuí de mis padres criada
Entre esperanza y silencio;
Mas como amor, aunque es niño,
Ha muchos años que es viejo,
[illegible]
Y metióse en mi aposento:
Los ojos puse en un moro
Galán, gallardo, mancebo:
No primero: que los suyos
Puso el moro en mí primero,
Discurriendo en los amores
Las palabras y conciertos.
Murió Aygolante, mi padre,
En la defensa del cerco:
Con esta ocasión, Lisaro,
Que así se llama mi dueño,
Lo pudo ser de mis brazos,

Posesión tomando en ellos;
Esto con palabra firme
Del futuro casamiento;
Pero de tales palabras
Hacen los aires sus vuelos.
De manera me ha dejado
Sin honra y con su desprecio,
Que dice que no le hable
En casamiento ni en celos;
Que si no es que el gran Maestre
De Santiago, á quien respeto
De señor y rey tendría
Afición con gran extremo,
Le mandase que se case,
Las rodillas por el suelo,
No lo hará por todo el mundo:
Que se lo mandes te ruego.

MAESTRE.

¡Extraño moro, por Dios!
¿Dónde está?

DARAXA.

Aquí en un cortijo.

MAESTRE.

¿Que se lo mande yo dijo?

DARAXA.

Y lo hará sólo por vos.

MAESTRE.

Vamos (1).

ALFONSO.

Sabed que adora
Mi alma esa bella mora;
La mora al punto me dad.

MAESTRE.

¿Cómo un príncipe cristiano
Ha de hacer tal desatino,
Teniendo un padre que es dino?

ALQUINDO.

¡Maestre!

MAESTRE.

Soltad la mano.

ALQUINDO.

¿Y cuando os perdisteis vos,
Allá junto á la Zarzuela,
De amores de una mozuela?

MAESTRE.

¡Era cristiana, por Dios,
Y había sola una cama!
¿Qué tenía yo de hacer,
Irme al campo?

ALFONSO.

Eso ha de ser.
Soltad; caminemos, dama.

MAESTRE.

Venid por aquí.

ALFONSO.

¡Ay de mí!
Pero tras su dulce vista,
Iré con ciega conquista
Donde la vista perdí.

Vanse.

Salen Zaro, rey de Murcia, y Gazul.

GAZUL.

Huélgome de conocerte,
Y más de saber tu historia.

ZARO.

Por estos casos la suerte
Lleva mi prestada gloria
El retrato de la muerte:
Zaro, rey de Murcia, soy,
Que desesperado voy
Á embarcarme.

GAZUL.

¿Dónde, á Argel?
¿Quién queda en tu reino?

ZARO.

Aquel
Por quien fuera de él estoy.
Dime al castellano santo
Que Fernando España nombra,
Y pesó á mi reino tanto,
Que, aborreciendo mi sombra,
Reciben de verme espanto.
Procurándome la muerte,
Vengo huyendo de esta suerte
Á mi primo el de Granada;
Mas acogióme su espada
Cuando mi franqueza advierte;
Que en sabiendo que me dí
De mi propia voluntad,
Me quiso matar allí:
Salíme de la ciudad,
Y he venido huyendo aquí.

GAZUL.

Dime, ¿qué te movió, Zaro,
Á dar tu reino?

ZARO.

Afición
De un príncipe noble y claro,
Á quien hace su nación
Estatuas de mármol paro;
Tanto, que con ir perdido
Por los campos de Jerez,
Á Rodrigo he parecido,
Que por aquí fué una vez
Más honrado, aunque vencido.
Y es cosa para que asombre,
Vernos á los dos perder
Por tan diferente nombre,
Que él se perdió por mujer,
Y yo por amor de un hombre.
Y con esto, en mí pensé,
Gazul, recibir su fe.

GAZUL.

Y qué, ¿quieres ser cristiano?

ZARO.

Y espero en la santa mano

(1) Falta algo para terminar este verso y principiar el siguiente.

De Dios, que su luz me dé;
Que ya claramente he visto
Que esto de nuestro Profeta,
De cuyas leyes desisto,
Es falsa engañosa seta;
Que no hay más verdad que Cristo.
Del Maestre, que traté
Algunos días, cobré
Á su ley esta opinión,
Y á la cruz de su pendón,
De ser cristiano juré;
Y aunque voy á Argel, no voy
Más que á traer oro y gente;
Que si esto al cristiano doy,
Haré que su reino aumente,
Y volveré á ser quien soy.
¿Has visto á Fernando?

GAZUL.

No;
Ni al Maestre.

ZARO.

Porque el trato
Conozcas del Rey cual yo,
Este es, Gazul, su retrato,
Que su hijo Alfonso me dió.

Dale el retrato.

GAZUL.

Por mi fe, es notable el viejo.

ZARO.

En paz, en guerra, en consejo,
En todas cosas es santo.

GAZUL.

De mi cólera me espanto;
Loco estoy si hablar te dejo.
No irás esta vez á Argel,
Si no lo hay en el infierno.

Dale con una daga.

GAZUL.

¡Muere, infame!

ZARO.

¡Ay, cruel!
¿Por qué me has muerto?

GAZUL.

¡El gobierno
Con que me está hablando de él!

ZARO.

¡Oh Jesús, que de esta suerte,
Sin bautismo, permitiste
Que muera el alma sin verte!
Sospecha, bien me dijiste
Que procuraba mi muerte!
Mas Pelayo me decía
[illegible]
Él que ser cristiano amaba,
Por bautismo le bastaba,
Y más esta sangre mía.
¡Cristo, María, á los dos
Me encomiendo, aunque soy moro:
Sólo adoro un solo Dios,
Éste confieso, éste adoro;
Mi remedio espero en vos!

GAZUL.

Él murió: métele allá,
Y arrójale en esa cava.
Tú, Medoro, escucha acá:
La adarga que ayer llevaba,
Y la jineta, me da.
La cola al caballo quiero
Que enlaces con el retrato,
Que llevar al campo espero,
De aqueste cristiano ingrato,
Porque así afrentarle quiero.

MEDORO.

Todo, señor, lo haré así.

GAZUL.

Vuelva por él su Pelayo,
Que va huyendo de mí.
¡Oh España, qué azote y rayo
Envía Alá sobre ti!

Vanse, y salen el Maestre, Daraxa y el Príncipe.

DARAXA.

Entrad, Maestre, que aquí
Quedaba ahora Lisaro.

MAESTRE.

¿Es ésta la casa?

DARAXA.

Sí.

ALFONSO.

Quiéresla gozar, es claro,
Y reprendísteme á mí.
Quiero ver en lo que pára:
Dentro ha entrado; no puede
Ser la luz del sol más clara.

Dentro:

¡No salga; aquí muerto quede!

ALQUINDO.

¡Oh Alfonso, escucha y repara!
Celada debió de ser,
Y que le trajo engañado
Esta fingida mujer.

Dentro.

MAESTRE.

Moros, en la trampa he dado,
Pero piénsome vender.

ALFONSO.

Hoy el cielo permitió
Que así me cegase yo,
Porque aquí le socorriese.

MAESTRE.

Saldré á todos cuantos pese.

Sale el Maestre, y moros tras él.

ALQUINDO.

Si estoy aquí, ¿por qué no?

MAESTRE.
¡Oh señor, aquí estáis vos!
ALFONSO.
¡Á ellos, Pelayo, á ellos!
MOROS.
Si era uno, ya son dos.
MAESTRE.
¡Buen Alfonso, Infante, á ellos;
Que ya nos ayuda Dios!

Van tras dos moros, y sale el Rey, Garcipérez de Vargas y gente.

REY.
Servido estoy de vuestros fuertes hechos,
Garcipérez de Vargas el famoso.
GARCIPÉREZ.
Así pudiera yo tener mil pechos,
Como fuera en abrillos generoso,
Para ofreceros tantos corazones
Como de daros vivo deseoso;
Alzad, señor, los ínclitos pendones
De vuestra roja cruz sobre Sevilla,
Bordada de castillos y leones,
Que primero, señor, aquesta orilla,
Rubia con sangre nuestra volveremos,
Que dejemos de vella y combatilla.
REY.
Días ha que de Alfonso no sabemos.
GARCIPÉREZ.
Allá debe de andar en su conquista,
De la sierra ganando los extremos;
De clérigos y legos, puso en lista
Doscientos freiles el Maestre noble,
Que no hay valor que su valor resista,
Sin agraviar los vuestros; vale al doble
Una de roja cruz, cualquier que sea,
Como suele exceder la palma al roble.

Sale Campuzano.

CAMPUZANO.
¿Quién hay que tanto atrevimiento crea?
GARCIPÉREZ.
¿Qué es esto, amigo alférez Campuzano?
CAMPUZANO.
Á vista de tu campo se pasea
Gazul el de Sidonia, el africano
Más temerario que ha pasado á España,
Blandiendo un fresno en la robusta mano.
REY.
Ya llega: escucha.
GARCIPÉREZ.
Temeraria hazaña.

Sale Gazul á caballo, con el retrato, lanza y adarga, y Medoro y Alquindo.

GAZUL.
Gazul soy, Fernando el Santo,
Que así los tuyos te llaman,
Como á mí el Bravo los moros,
Desde Sidonia á Granada.
Nunca fuí moro hablador,
Ni en retóricas palabras
Puse jamás tanta fuerza
Como en sacudir las armas.
Y así, no digo que reto
El pan, vino, carne y agua,
Hombres, niños y mujeres,
Desde la rueca á la espada,
Sino que busco al Maestre,
Al de la bandera blanca
Con la roja cruz en medio,
Que es el lagarto de España.
Al de Santiago digo,
No digo al de Calatrava,
Que me enoja más su cruz,
Porque, en efecto, es más ancha.
Zaro, rey de Murcia, iba
Por Sidonia ayer al alba,
Á embarcarse para Argel,
Donde está su suegro Audalla.
Alabóme el rey Fernando,
Y díjome que llevaba
Intención de bautizarse
Cuando diese vuelta á España.
Enseñóme este retrato,
Que traigo entre las lazadas
De la cola del caballo,
En afrenta de su cara.
Costóle al moro la vida,
Porque allí le saqué el alma,
Y lo haré del que quisiere
Salir conmigo á batalla.
GARCIPÉREZ.
Dadle licencia, señor,
Á Garcipérez de Vargas.
REY.
Teneos digo, García.
GARCIPÉREZ.
¿Por qué, señor?
REY.
Porque vaya
Quien le diga de mi parte
Que quiero hacer la batalla
Yo cuerpo á cuerpo con él.
GARCIPÉREZ.
¿Desa manera nos tratas?
CAMPUZANO.
Yo iré, señor.
REY.
Parte luego.
CAMPUZANO.
Moro, escucha.
GAZUL.
¿Quién me llama?
CAMPUZANO.
Yo soy, de parte del Rey.
GAZUL.
¡Oh perro esclavo, que aun hablas!
Asirte quiero del cuello,
Y así volverte á mi casa.

Echa mano á la espada Campuzano, y no puede.

CAMPUZANO.

¿Qué es esto que ahora tienes,
[illegible] de la vaina?
¡Oh espada, ahora me dejas!
¡Oh espada, ahora me faltas!

Cógele del cuello y llévasele.

GAZUL.

Así te pienso llevar,
Que no será poca hazaña,
Á vista del campo todo:
Tenedle bien, no se vaya.

REY.

¿Qué es aquello?

GARCIPÉREZ.

Que al alférez,
En una carrera larga,
De los cabezones lleva.

REY.

Brava fuerza.

GARCIPÉREZ.

Temeraria.

REY.

Pues ¿cómo que á nuestros ojos
Un moro lo mismo haga
Que el milano entre los pollos?

GARCIPÉREZ.

Sin duda ha sido celada.

REY.

Tocad al arma, tocad.

GARCIPÉREZ.

Haced pedazos las cajas.
¡Al arma, soldados míos;
Ea, soldados, al arma!
¡Santiago, mueran los moros!
¡Cierra España!

TODOS.

¡Cierra España!

ACTO TERCERO.

Salen Filena, como serrana; Mengo, viejo, su marido, y Pelayo, muchacho, de labrador.

MENGO.

No me tengáis la cayada.

FILENA.

¡Tened el brazo, por Dios!

MENGO.

¿Queréis que le quiebre en vos?

FILENA.

Dadme á mí.

MENGO.

No seáis pesada.

PELAYO.

Dejadle, madre, sacuda,
Sacuda; quizá que el diablo.....

MENGO.

¿Hablas, traidor?

PELAYO.

Sí que hablo;
Nunca es mudo quien se muda:
No tengo de estar con vos.

MENGO.

Ni te quiero, bastardillo.

PELAYO.

He de sacar el cuchillo,
Pues ¡yo os voto al sol de Dios!

MENGO.

¡Oh perro, al sol has votado!

PELAYO.

¿Por qué no, si tengo enojo?
Creo que si un canto cojo,
Que habéis de ir descalabrado.
Bueno es deshonraros vos
De que no soy hijo vuestro.

MENGO.

Bien lo muestras.

PELAYO.

Bien lo muestro,
Pues ¡yo os voto al sol de Dios!

MENGO.

¿Otra vez?

PELAYO.

Y aun otras mil;
¿Es vuestro pariente el sol?
Que el labrador español
Adora el agua de Abril.

MENGO.

Cuando otra razón no hubiera
Para venir á entender
Que te parió mi mujer
De alguna silvestre fiera,
Bastaba ver de qué modo
Al que has tenido por padre
No respetas.

PELAYO.

Si mi madre
Tiene la culpa de todo,
¿Qué me molestáis á mí?

FILENA.

¿Queréis dejar el rapaz?

PELAYO.

Ya no estaremos en paz;
Irme quiero por ahí.

MENGO.

Bueno es que apenas haya
Salido del cascarón,
Cuando ya, como garzón,
Á buscar amores vaya.

PELAYO.

Algún hijo de gallina
En cascarón andará,
Que no quien tan hombre es ya,
Que á buscar mujer se inclina.

Habla bien, padre ó no padre;
Que el no ser hijo de vos
Es lo que debo ¡por Dios!
Al buen gusto de mi madre.

MENGO.

¡Aquí morirás!

FILENA.

Teneos.
¿Así le queréis matar?

PELAYO.

No, mas dejadle llegar
Á ejecutar sus deseos.

MENGO.

De un perdido te engendró,
Mira si es rüin tu madre.

PELAYO.

¡Por Dios, si vos sois mi padre,
Harto ruin padre me dió!

MENGO.

¡Mataréle!

FILENA.

Teneos, Mengo.

PELAYO.

Mengo, teneos.

FILENA.

¡Oh bellaco!

PELAYO.

¡Voto al sol, si me enverraco.....

FILENA.

Teneos, Mengo.

MENGO.

Ya me tengo.

PELAYO.

Tente, Menguillo.

MENGO.

¡Oh traidor!
¿Menguillo á mí?

PELAYO.

Yo, ¿qué os debo
Si no sois mi padre?

FILENA.

¡Es bueno (1)
Que así os hable por amor!

MENGO.

No ha de vivir.

FILENA.

Teneos, Mengo.

PELAYO.

Tente, Menguillo.

MENGO.

¿Otra vez?
¿No hay justicia, no hay jüez?

FILENA.

Teneos, Mengo.

MENGO.

Ya me tengo,
Pero no más en la choza:
Vaya el hijo del perdido,
Catorce años ha cumplido,
Á que le acoja la moza.
¿Vos, de ayer nacido, amor?

PELAYO.

Tente, Menguillo.

MENGO.

No más.

FILENA.

¡Gracias á Dios que ya estás
Libre del viejo traidor!

PELAYO.

Madre, ¿nunca habéis oído
De Mudarrilla la historia?

Saca un cuchillo.

FILENA.

Algo tengo en la memoria.

PELAYO.

Pues, madre, hoy habéis nacido.
Decidme, ¿quién es mi padre?

FILENA.

¿Tú cuchillo para mí?

PELAYO.

Sí, madre; Filena, sí;
Dadme padre, ó no sois madre.

FILENA.

Pues hijo, sabrás que un día
Aquí un hidalgo llegó,
Que Pelayo se llamó,
Soldado de Andalucía.
Traía una cruz al pecho,
Señal de nobleza igual,
Porque esta honrada señal
No está en el pecho á despecho.
Acogíle, bien pagada
De su buen término y talle.....

PELAYO.

¿Calláis?

FILENA.

¿No es bien que se calle
Que quedé de ti preñada?

PELAYO.

¿Cómo sabéis que sería?

FILENA.

Porque en más de un mes no vi
Á Mengo llegar á mí.

PELAYO.

¡Que tan buen padre tenía!
Madre, á buscarle me parto.

FILENA.

Aunque de burlas, me dió
Esta sortija, que yo
Guardé desde el mismo parto;
Y con ésta me decía
Que le fueses á buscar.

PELAYO.

¿Que, en fin, le tengo de hablar,
Madre, en el Andalucía?

FILENA.

Sí, hijo.

PELAYO.

Pues, madre, adiós.

(1) Falta la rima.

FILENA.

Qué ¿te vas?

PELAYO.

Filena, sí.

FILENA.

¡Ay, triste!

PELAYO.

Creed de mí
Que no me olvido de vos:
Bendecidme.

FILENA.

Todo el cielo
Te bendiga, mi Pelayo.

Vase Filena.

PELAYO.

Si hay otra camisa ó sayo,
Aparejadlo en un vuelo.
¡Que Mengo me aborreciese
Con tanto enojo y mohina,
Porque á Sancha, su sobrina,
Tan mozo afición tuviese!
¡Ay, Dios, que me he de ausentar
Y dejarla en triste lloro!

Sale Sancha con el hatillo de Pelayo.

SANCHA.

Pues ¿cómo, que el bien que adoro
Se va y me quiere dejar?
¡Pelayo mío!

PELAYO.

¡Mi Sancha!

SANCHA.

Qué, ¿te vas?

PELAYO.

Ya no aprovecha
Llorar; de esta vida estrecha
Voy á otra vida más ancha.
Sabe Dios lo que he llorado
Dejarte; pero tu tío
Ha dado en un desvarío,
Y en que soy bastardo ha dado.
Mi madre por él me envía,
Cierto soldado andaluz,
De éstos de la roja cruz,
Que es la primer causa mía.
Si con vida vuelvo acá,
Tú serás mi solo bien.

SANCHA.

¿Quieres que vaya también
Adonde tu padre está?

PELAYO.

¿Cómo?

SANCHA.

Mira: en este hato,
Que tu madre me mandó
Que te diese, he visto yo
Desde el sombrero al zapato.
Vísteme así, y podrás
Llevarme donde quisieres.

PELAYO.

Digo que sois las mujeres
Como el propio Barrabás.
Qué, ¿te quieres ir conmigo?

SANCHA.

Sí, mi bien.

PELAYO.

¡Alto: á vestir!

SANCHA.

¿No es mejor que ver partir
Del alma tan dulce amigo?
Entre estos robles podrás
Aguardarme, si quisieres.

PELAYO.

Digo que sois las mujeres
Como el propio Barrabás.

Sale Campuzano de cautivo.

CAMPUZANO.

Justamente el hierro pesa
En mis pies, con tal desgracia,
Y la acción del pedir pesa
En quien recibe la gracia
Y no cumple la promesa.
Honras, que humo y viento son,
Me detuvieron así
De darme satisfacción;
Pues el voto no cumplí,
Justa fué mi perdición.
Alma desagradecida,
Castigo es éste en virtud
De la fe tan mal cumplida,
Que siempre la ingratitud
Fué de Dios aborrecida.
Virgen, claramente siento
Que vuestro castigo ha sido,
Y mi olvido el instrumento;
Bien lo tengo merecido,
De mis males soy contento.
No porque yo desconfío
De vuestra inmensa bondad.
Fué grande el pecado mío,
Pero es mayor la piedad
Que en vuestra bondad confío.
Pues á tal obligación
Faltó mi merecimiento,
Si no es con vuestro perdón,
De aqueste arrepentimiento
Ya no espero galardón.
Virgen, esposa de Dios,
De la gran Peña de Francia,
Pequé de ingrato con vos,
Puso el mundo su distancia
Con lo que hay entre los dos.
No miró mi entendimiento
Vuestra inmensa caridad,
Vuestro santo acogimiento,
Pues vuestra rara piedad,
Pues vuestro merecimiento.
Virgen, yo os prometo ahora,
Aunque con vergüenza estoy,

De visitaros, Señora;
Vos veréis si ingrato soy.
Alma arrepentida, llora;
Llorad, ojos, que es razón;
Nunca dejéis de llorar,
Que falté á mi obligación,
Pues nunca mejor pesar
Satisfizo á mi pasión.

Suena música, y dicen dentro:

VOZ.

Cautivo.....

CAMPUZANO.

Virgen hermosa,
¿Posible es que hombre mortal
Mereció luz tan dichosa?

VOZ.

¿Cómo has pagado tan mal
Una madre tan piadosa?
¿Así el darte libertad
Pagaste, en no ir con ella
Á mi casa?

CAMPUZANO.

Tal piedad
Es tuya, en fin, Virgen bella;
Mía, en fin, mi falsedad.
Conozco que no cumplí
El voto que prometí
De ir á la Peña de Francia;
Que del mundo la ganancia,
Virgen, me llevó tras sí.

VOZ.

Pues ¿así me agradecías
Sacarte de la prisión?

CAMPUZANO.

Ya las graves culpas mías
Me han traído el galardón
Que he llorado tantos días.
No lloro el estar cautivo,
Que eso yo lo merecí;
Por ingrato, por esquivo,
Lloro al ver que os ofendí
Y en vuestra desgracia vivo.

VOZ.

Si la palabra me das
Que luego á mi Peña irás,
Yo te sacaré de aquí.

CAMPUZANO.

Virgen, confiad de mí,
Que no os faltaré jamás.

VOZ.

Pues vete, y aunque te vean
No se te dé nada.

CAMPUZANO.

Iré
Donde este milagro vean,
Y estas prisiones pondré
Donde testimonio sean.
¿Quién no publica vuestros grandes loores,
Inmensa Reina, hija, esposa y madre
De vuestro hijo y padre? ¡Oh venturoso día!
Pies ¿qué aguardáis? Ponedme en salvo presto,
Para que vaya á su dichosa casa
Y en una tabla su milagro escriba,
Colgando aqueste hierro en sus paredes.
Mi amo es éste, ¡oh perro! que en venganza,
De suerte me ha tratado
Como si mis pecados conociera;
Delante de él podre salir. ¿Qué dudo?

Salen Gazul, Alquindo y Medoro.

GAZUL.

¿Que han cortado la puente de los barcos?
¿Ya no pueden traerles bastimento?

MEDORO.

Ya se cumple, señor, aquel pronóstico
Que dice que este rey Fernando el Santo,
Su silla ha de poner dentro en Sevilla;
Ya volvió el gran Maestre de Santiago.

CAMPUZANO.

En el nombre de Dios y de su Madre,

Vase Campuzano, pasándoles la mano por la cara.

Me voy delante de éstos.

GAZUL.

¿Que es aquesto?

ALQUINDO.

No sé quién anda aquí.

MEDORO.

Siento tocarme,
Al parecer, de un hombre, y no le veo.

GAZUL.

¡Por Mahoma, que ahora me ha tocado!

ALQUINDO.

Aquí anda entre nosotros.

CAMPUZANO.

No me han visto;
Yo me parto, Señora, á vuestra casa.

ALQUINDO.

Mete mano á la espada

MEDORO.

Á todas partes
La juego, como ves, y á nadie topo.

GAZUL.

Sin duda que á los tres se nos antoja;
Envainemos, que ha sido pensamiento,
Y prosigamos lo que pasa, amigos,
Acerca del gran cerco de Sevilla;
Que sin duda se pierde el claro amparo
De todas las ciudades convecinas.

ALQUINDO.

¡Ay de Jerez, de Cádiz y Sanlúcar!

GAZUL.

No hayáis miedo que vayan á Sidonia,
Estando yo con este brazo en ella.

MEDORO.

¿Qué tengo que decir, sino que ha sido
Desdicha grande quë dos veces fueses
En busca del Maestre de Santiago,
Caudillo de esta gente vencedora,

Y que fueses sin fruto, y tantas veces?

[illegible].

No quiero que lo digas la tercera,
Aunque bien los afrento cada día,
Saliéndome con todo lo que quiero.
Partamos á Sevilla, que yo solo
Haré que deje el cerco el rey Fernando.

MORO.

Tus armas Almanzor está esperando.

Vanse, y salen el Maestre y el Príncipe y Garcipérez de Vargas, [illegible] con bandera, en orden.

MAESTRE.

¿Que con aquella arrogancia
Gazul de Sidonia vino?

GARCIPÉREZ.

No hizo cosa de importancia:
Hizo un grande desatino
Del campo á poca distancia.

MAESTRE.

¿Cómo así?

GARCIPÉREZ.

Que se llevó
Á quien el Rey envió
Que le hablase de su parte.

MAESTRE.

¿Volaba la yegua?

GARCIPÉREZ.

Sí;
Mas ¿qué importa, rienda en mano?
Que sin espuelas salí (1).

EL PRÍNCIPE.

¡Que así un caballero salga,
Cuando importa que le valga
Ser, como el viento, ligero!

MAESTRE.

¡Oh! ¡Mal haya el caballero
Que sin espuelas cabalga!
Y qué, ¿al fin trae el retrato
Que á Zaro el Príncipe dió,
Donde dices?

GARCIPÉREZ.

El ingrato
Moro, el pecho le pasó
Con ese fingido trato.

MAESTRE.

¡Pobre Zaro! ¡Por Dios vivo,
Que á no quedarme cautivo
Por tal engaño en Jaén,
Que yo le vengara bien
El agravio que recibo!
¡Del Rey el rostro en la cola
Del caballo! No se ha hecho
Al Rey esta afrenta sola,
Sino á cuantos traen al pecho
Aquesta cruz española.
¡Venga el perro acá otra vez!

GARCIPÉREZ.

En Sevilla y en Jerez
Le llaman Gazul el Bravo.

MAESTRE.

Como estos bravos acabo;
Allá me tiemblan en Fez.

Salen Pimentel, Pelayo y Sancha, de villanos.

PELAYO.

El que yo vengo á buscar,
Aunque traigo poca luz,
No es hombre de tan gran cruz,
Que no la podrá llevar;
Bien que en el nombre le imita
Y se parecen los dos.

PIMENTEL.

Pues ¿cómo le queréis vos?

PELAYO.

Que tenga una cruz chiquita.

PIMENTEL.

Llegadle á hablar; que no importa,
Labradores, que él no sea.

SANCHA.

No es posible que él lo crea,
Según mi ventura es corta.

PIMENTEL.

Estos dos labradorcillos
Preguntan, señor, por ti.

MAESTRE.

¿Aquellos dos?

PIMENTEL.

Señor, sí.

MAESTRE.

¿Qué me queréis, rapacillos?

PELAYO.

Hagamos la reverencia.

SANCHA.

Hazla tú por ese lado.

PELAYO.

¡Pardiez, una vuelta he dado!
Guarde á Su Perliquitencia
Mueso Señor.

SANCHA.

¿Ese es baile?
Pára y más vueltas no des.

PELAYO.

Sancha, ¡si es fraile!

SANCHA.

¿Quién es?
Luego ¿eres hijo de fraile?

PELAYO.

¡Pardiez, que tengo temor!

SANCHA.

Aun eso sería el diablo.

MAESTRE.

¿No habláis, muchachos?

PELAYO.

Ya hablo:
¿Sois lego ó fraile, señor?

MAESTRE.

Lego y fraile, porque soy

---

(1) Estos seis versos ni forman sentido, ni estrofa: debe faltar algo.

De mi religión Maestre.

PELAYO.

Sancha, no es bien que le muestre
La sortija.

SANCHA.

En eso estoy.

PELAYO.

Porque allá, en nuestro lugar,
Al sastre llaman así.

SANCHA.

¿Sastre es éste?

PELAYO.

Creo que sí.

SANCHA.

Veamos; tórnale á hablar.

PELAYO.

Señor, ¿qué oficio tenéis?

MAESTRE.

Soldado y general soy.
Mirando al muchacho estoy:
Ojos, ¿qué es esto que veis?

PELAYO.

Qué, ¿no sois sastre?

ALFONSO.

¡Qué extraña
Simplicidad es la tuya!

PELAYO.

Sancha, aquesto se concluya;
Esta es la gran cruz de España:
Que mi madre no sabía
Al gran hombre que buscó
Para que naciese yo
Aquel venturoso día.
¿Cómo os llamáis?

MAESTRE.

¿Yo? Pelayo.

PELAYO.

¿Pelayo y soldado? Bueno;
Ese Pelayo es el trueno
De donde nació este rayo.
¿Acordaos la Zarzuela
Junto de Darazután?

MAESTRE.

Descubriendo, Alfonso, van
Aquella antigua novela.

PELAYO.

Si sois maestre Pelayo,
Como lo tengo entendido,
Sabed que sois y habéis sido
El maestro de mi sayo.
Traed á vuestra memoria
La serrana del brial
Y aquello del retamal,
Que no fué menos que historia;
Y la cuajada que hacía:
Pues sabed que soy el queso,
En las encellas impreso,
Que se quejaba aquel día.

MAESTRE.

¡Válgame Dios!

ALFONSO.

¿Hay tal cosa?

PELAYO.

¿Conocéis esta sortija
Y aquello de hijo ó hija?
Pues no salió fabulosa.

MAESTRE.

Hijo, calla y disimula;
Llégate acá y ten secreto.

ALFONSO.

Qué, ¿tenéis hijo en efeto?

PELAYO.

Los maestres tienen bula;
¡Pardiez, que os he de abrazar!

MAESTRE.

No hagas ese alboroto;
Que así has de andar pobre y roto
Hasta su tiempo y lugar.
¿Quién es ese otro muchacho?

PELAYO.

Un sobrino mi carillo
De mis padres: Dominguillo,
Llega, no tengas empacho.

SANCHA.

Dadme, señor, vuestros pies.

MAESTRE.

Disimulad, estad quedos.

PELAYO.

Tocad esos cinco dedos:
Veamos si mi padre es.

MAESTRE.

¿En qué lo has visto?

PELAYO.

He sentido
Alborotado el calor
Del corazón.

Sale Pimentel.

PIMENTEL.

Ya, señor,
El Rey, tu padre, ha salido,
Y con ánimo de dar
Un nuevo asalto en el muro.

MAESTRE.

Eso es lo más seguro
Si nos dejasen entrar.

Sale un soldado.

SOLDADO.

Licencia de entrarte á hablar
Pide un moro.

MAESTRE.

Entre ese moro.

PELAYO.

¡Sancha, un moro!

SOLDADO.

¡Guarda el toro!

PELAYO.

¡Pardiez, que le he de matar!

Ya la honda me desciño;
Búscame un guijarro.

SANCHA.

Toma.

PELAYO.

Pues entrad, perro Mahoma.

[illegible]

Estate quedito, niño.

ALFONSO.

¡Qué aceros tiene el rapaz!

[illegible]

No he visto moro en mi vida.

MAESTRE.

Doyle, Pelayo, acogida,
Porque ha venido de paz.

Sale Medoro.

MEDORO.

Gazul el Bravo, Maestre de Sidonia,
Terror del mundo, enojo de cristianos,
Salud te envía, militar Maestre
Del Orden sacro del Patrón de España,
Que así sospecho le llaméis vosotros,
Y dice que si huyes
Por miedo de aceptar el desafío,
Y te escondes de verle cuerpo á cuerpo,
Este papel que aquí te envía le firmes,
Y un capítulo escrito en vuestra lengua.

MAESTRE.

Breve al papel y á tu palabra, moro,
Responderé, por ver tu dueño ausente.

GARCIPÉREZ.

¡Que viva á mi pesar este inocente!

MAESTRE.

Lee el papel.

«Yo el maestre don Pelayo,
Rindo al estandarte azul
Del valor, digo á Gazul,
Mi cruz roja, espada ó rayo.
[illegible] que me espantó,
[illegible] de verme con él,
Y así, firmo este papel
De que es más hombre que yo.»

PELAYO.

¡Mentís!

[illegible]

¡Bravo!

[illegible]

¡Bravo, andando!

[illegible]

Por eso tiene ese nombre.

MAESTRE.

¿No es ese moro aquel hombre
[illegible]

[illegible]

Ése es aquel que dió muerte
Al valeroso Albenzaide,
Que fué de Sevilla alcaide;
Éste el andaluz más fuerte
Que espada jamás ciñó
Ni vió en el campo enemigo.

MAESTRE.

Mensajero sois, amigo;
No merecéis culpa, no.
Llevarásle otro papel;
Y agradece á lo que digo,
Que vuelvas, moro enemigo,
Vivo la respuesta de él.

GARCIPÉREZ.

Córtale, señor, las manos,
Las orejas y narices.

MAESTRE.

Garcipérez, muy bien dices
Si no fuéramos cristianos.
Vaya, vaya, que ha de haber
De ellos á mí diferencia.

PELAYO.

Llévame á mí.

MAESTRE.

Ten paciencia;
Que luego te vuelvo á ver.

PELAYO.

Á responder va al papel;
Mejor fuera con la espada.

ALFONSO.

No se le queda envainada
Para quien se burla de él.
Allá gritan ¡al asalto!
¿Qué hacemos aquí, García?

GARCIPÉREZ.

No falta la espada mía,
Ni yo á lo que debo falto.

Vanse, y quedan Pelayo y Sancha.

SANCHA.

¿Quién nos ha traído aquí?

PELAYO.

¡Por Dios, que he de pelear!

SANCHA.

¿Quiéreste desesperar?

PELAYO.

Ven tras mí.

SANCHA.

Ya voy tras ti.

Quítase la honda y va tras ellos, y salen Gazul y Alquindo.

GAZUL.

¿Si se esconderá esta vez,
Como otras dos, el Maestre?

ALQUINDO.

Temo que el honor le adiestre
De Martos y de Jerez;
Que tanto agravio y desprecio
No lo podrá sufrir ya.

GAZUL.

No tiene el ver que se va

Para mis empresas cierto.
Siempre dice que está ausente,
Siempre con la honra quedo.

ALQUINDO.

Es verdad que fué á Toledo,
Y á Murcia llevó la gente
Cuando en Martos le buscabas;
Mas ya no tienes remedio;
Que resplandecen en medio
Del campo sus armas bravas.
Yo doy fe que vi el pendón
De la una parte sangriento,
De la otra, el rayo violento
De nuestra alarbe nación.

GAZUL.

¿Dices eso por su cruz?

ALQUINDO.

Acuérdome de Jerez.

GAZUL.

¿Ya no has visto alguna vez
Vencer la luna, andaluz?

ALQUINDO.

Una mora, ¡por Alá!
Ya que la luz has nombrado,
De ésta á la cerca ha llegado,
Donde su camino está;
Mujer de punto y honor,
Según su acompañamiento.

Salen Zayda y cuatro moros.

MORO 1.º

No hagas más sentimiento
Indigno de tu valor;
Que tu padre no te envía
Á Sevilla á lo que piensas.

ZAYDA.

¡No se cansa en mis ofensas
La triste fortuna mía!
¿Á qué me puede enviar?

MORO 1.º

Á que estés segura aquí.

GAZUL.

¿Ésta es Zayda?

ALQUINDO.

Señor, sí.

GAZUL.

Pues ¿Zayda en este lugar?
¿Dónde bueno, Zayda hermosa?

ZAYDA.

¿Es mi Gazul?

GAZUL.

Soy aquel
Á quien le diste ¡cruel!
Palabra de ser su esposa.
¿Posible es que mi ventura,
Después de tan largos años
De ausencia, olvido y engaños,
Vuelve á gozar tu hermosura?
¿Dónde tu padre te envía?

ZAYDA.

Á Sevilla, con temor
Que el Maestre, vencedor,
Entre en Jerez algún día.

GAZUL.

Harto mal hay por acá:
Si por mí, Zayda, no fuera,
Las puertas Sevilla abriera
Al combate que le da.
¿Cómo tu padre te tuvo
Doce años de viudez
Tan encerrada en Jerez?

ZAYDA.

Contigo enojado estuvo;
Y temiendo tu valor
Ó tu amor, en una torre
Me encerró, donde no corre
Aire, ni da el sol calor.

GAZUL.

¡Que tal prisión has tenido!

ZAYDA.

Mayor ahora la espero;
Que quiere mi padre fiero
Ponerme en eterno olvido.

GAZUL.

Eso no, que ya has llegado
Al puerto; vamos los dos;
Señores moros, adiós.
Pasa, Zayda, á ese otro lado.

ALQUINDO.

¿Mandáis algo?

GAZUL.

¿Conocéis
Que soy Gazul?

ALQUINDO.

Seas quien fueres:
¿Qué quieres, si Gazul eres?

GAZUL.

Sólo que á Zayda dejéis,
Y que os vais enhorabuena.

ALQUINDO.

Primero pienso morir
Que perderla, ni sufrir
La infamia que me condena.

GAZUL.

¡Ah! ¡Pese al moro!

ALQUINDO.

¡Matadle!

GAZUL.

¿Qué es matadle?

ALQUINDO.

Éste es demonio.

GAZUL.

Yo os daré buen testimonio,
Y no le compréis de balde.
¡Ea, ya está libre el preso!

Meten mano.

ZAYDA.

¿Tanta ventura he tenido?

GAZUL.

Mi hermosa Zayda ha vencido,
Y con mucho más exceso.
¿[illegible]?

ZAYDA.

No creas
Que el primer amor se olvida;
[illegible]ada, estoy rendida,
Hoy quiero que me poseas.

GAZUL.

¿Daréte mi mano?

ZAYDA.

Sí.

GAZUL.

¿Hay ventura semejante?
¡Que del infierno un amante,
[illegible] así!

Sale Medoro.

MEDORO.

Con gentil descuido estás.

[illegible]

¿Diste, Medoro, el papel?

MEDORO.

Traigo la respuesta de él.

[illegible]

¿[illegible] dice?

MEDORO.

Aquí lo sabrás.

GAZUL.

Lee el papel.

«Moro infame y fanfarrón[illegible]
¿Qué es fanfarrón? di, Medoro.

MEDORO.

Hablar de lejos un moro
Y faltar en la ocasión,
Eso es fanfarrón, ¡oh Alá!

GAZUL.

Vuelve á leer.

«Hombre bajo y mal nacido,
Tú eres quien siempre has huído
Dé donde el Maestre está.
Pues afrentas mi nobl[illegible],
[illegible] que va en este papel,
[illegible] voy luego tras él
Á cortarte la cabeza.»
¡Pesar de un Mahoma de [illegible]
Que en nuestra mezquita está!

[illegible]

Pues pienso que viene ya.

[illegible]

Dame un caballo, Medoro.

[illegible]

[illegible]

¡Ah, señor Gazul el Bra[illegible]

¿Qué le digo? Escuche un poco,
Que creo que llega el día
En que habemos de hablar todos.
Yo soy don Pelayo Pérez;
Correa también me nombro,
Pues bien se llama correa
Quien suele azotar los moros.
Portugués soy natural,
Que puesto que somos pocos,
Nunca son buenos los muchos;
Yo entre los buenos me pongo.
Maestre soy de Santiago,
Noble sucesor de otros;
Traigo en mi pendón, y al pecho,
La que Cristo trajo al hombro.
Las veces que me has buscado
He estado ausente en negocios
De mi Rey y de mi Orden,
No huyendo tus retos locos;
Que bien se ve que lo es quien
En lugar tan vergonzoso
Trajo á un Rey que llaman santo
Los bárbaros más remotos.
Pero en su venganza traigo
Aquel Profeta engañoso
Que les dió la ley que tienen,
Aunque me he vengado poco.
Que Mahoma era arriero,
Y mi Rey ilustre, godo;
Éste santo, ese otro infame,
Éste bueno, ese otro un monstruo.
Perdone si acaso viene,
Con el agua ó con el polvo,
Ó con otro mal suceso,
Algo maltratado y roto.
Que aunque sé que con matarle
Más que le afrento le honro,
Aquí en el campo le espero,
Donde no espere socorro.

GAZUL.

¡Oh bellaco! ¡Por Alá,
Que de mí mismo me asombro
Que á pie no salgo á matarle,
Y justa venganza tomo!
Ven conmigo, Zayda amiga;
Que hoy te ofrezco los despojos
Del Maestre de Santiago:
Dame el overo, Medoro.

ZAYDA.

Yo fío de tu valor
Que has de salir victorioso.

GAZUL.

Pues ¿cómo puede ser menos,
Si me dan favor tus ojos?

[illegible]
huyendo, y caiga uno en el suelo.

PELAYO.

¡Ea, perros, fuera digo!

[illegible]

Es demonio este rapaz.

MEDORO.
Huye del moro Alfaraz.
ALQUINDO.
Mi dura suerte maldigo.
¡Ay, que me ha dado en la frente!
PELAYO.
Uno cayó, ¡voto al sol!
ALQUINDO.
¡Que un muchacho, y español,
Así nos mate y afrente!
PELAYO.
Así tiran á la escuela
De los tordos á montones,
Pardillos y gorrïones,
Cuando estaba en la zarzuela;
Pero más solían caer:
Quitarle quiero el cuchillo.
ALQUINDO.
¡No me mates, Angelillo!
PELAYO!
¡Que sí quiero, Lucifer!

Suena dentro ruido de asalto, y salga el Rey, y el Príncipe, y Garcipérez de Vargas.

REY.
Cerca están ya de rendidos.
GARCIPÉREZ.
Partido pedirte quieren.
REY.
Cuerdos serán si lo hicieren.
PELAYO.
Quitaos pronto los vestidos.
REY.
¿Qué es esto?
GARCIPÉREZ.
El labradorcillo,
Que hace en los moros estrago.
REY.
Es del Maestre de Santiago,
Y así, no me maravillo.
¿Qué hay, Pelayo?
PELAYO.
¡Voto á mí,
Que le estoy quitando el sayo!
REY.
Dadnos parte dél Pelayo.
PELAYO.
Sin partirle, vedle aquí.
REY.
Quien es tan buen caballero,
No anda bien en ese traje.
PELAYO.
Conoce bien mi linaje;
Informaremos primero.

Sale el Maestre con la cabeza de Gazul.

MAESTRE.
Déme los pies Vuestra Alteza,
Y porque seguro viva,
Del bravo Gazul reciba
La temeraria cabeza;
Que de cortársela acabo
Cuerpo á cuerpo en desafío.
REY.
Ese vencimiento es mío;
Sólo en vos la gloria alabo.
Rota esa fuerte coluna,
Sevilla se rendirá.
MAESTRE.
Ya podéis decir que está
Á vuestras plantas su luna.
PELAYO.
¿Qué hay, Pelayo? Dios os guarde:
Y ¡cuál le pagastes bien!
Pues yo he muerto otro también.
ALFONSO.
Y aun más de seis esta tarde;
Que no hay trabuco que iguale
Aquella honda que tira;
Tu valor Pelayo admira,
De buena sangre te sale.
REY.
Toda la historia he sabido;
Que Alfonso me la ha contado;
Y hoy, de caballero armado
Será, trocando el vestido;
Y vos, Maestre, en el punto
Partid á Sierra Morena;
Que está la campaña llena
De moros y el mundo junto;
Que como me ven aquí,
Se atreven por esa parte.
MAESTRE.
Partiré, cristiano Marte,
Si puedo servirte allí.
Llevaré doscientos hombres
De mis freiles, que éstos bastan.
REY.
Tal conquistan, y contrastan
Con las obras y los nombres:
Vamos á armar á Pelayo.
MAESTRE.
¿Dónde está Sancho?
PELAYO.
Escondido
Mientras andaba el rüido.
MAESTRE.
Llámale.
PELAYO.
Voy como un rayo.

Vanse.

Sale Campuzano de peregrino.

CAMPUZANO.
Gracias te hago, inmenso y claro cielo,
Que cumplir me dejaste el justo voto,
Y volver salvo, aunque tan pobre y roto,
Tan cerca de mi casa y patrio suelo.
Ya tiene el alma su mayor consuelo,

Después de ver aquel lugar devoto
De la Peña de Francia, tan remoto
De la tierra, que al cielo extiende el vuelo.
  Cerca voy ya de la morena Sierra;
Ya parece que tiene el aire ufano
[illegible]ta fértil y hermosa Andalucía.
  Descansaré de la pasada guerra
Sirviendo en paz á quien me dió la mano,
Que sois vos, pía y celestial María.

[illegible]

FILENA.

Id vos por leña entretanto,
Que no lo he de hacer yo [illegible]

MENGO.

¿Qué hombre es éste deste modo?
Guárdele Dios, padre santo.
  Él parece á San Antón.

CAMPUZANO.

El llamarme padre [illegible]
[illegible] gracias: serrana amiga,
[illegible] á cerca Malagón?

FILENA.

Errado vais, por mi fe.

[illegible]

Alabado el Señor sea:
No es la serrana muy fea.
¡Que al fin el camino erré!
  Ponedme en él os suplico.

FILENA.

Padre, no vais, porque es tarde
Y [illegible]
Del bárbaro Talayco.

CAMPUZANO.

¿Qué Talayco? ¡Ay de mí!

FILENA.

El Rey de Alcalá del Río,
Con un grande poderío:
No osamos salir de aquí;
  Ha robado los ganados
Y [illegible]

[illegible]

Y ¿el Rey santo lo consi[illegible]

FILE[illegible]

Tiene mayores cui[illegible]
  Allá está sobre Sevilla,
Que hacen en su tierra est[illegible]

[illegible]

[illegible]
Queréis que me prendan ya
  ¿Vuestro voto no he cum[illegible]

FILE[illegible]

Padre, no [illegible]
Que está tem[illegible]
De este morisco atre[illegible]

[illegible]

  Y ¿adónde, ser[illegible]
Me albergaré?

FILENA.

Aquí os quedad (1);
  Que lumbre y cena tendréis,
Que ya resfría el Septiembre.

MENGO.

¡No hay cosa de que se os miembre?

FILENA.

¿Qué es esto? ¿Adónde volvéis?

MENGO.

¿Dónde [illegible] la hacha?
¿Qué hace aquí el reverendo?

CAMPUZANO.

Deo gracias.

MENGO.

Por siempre: entiendo
Que estáis, Filena, borracha.
  ¿Qué quiere señor romero?

FILENA.

Quiérese albergar aquí.

MENGO.

¿Aquí, mujer?

FILENA.

Mengo, sí.

MENGO.

Vaya, no será el primero.

FILENA.

  Bien podrá dormir con vos.

MENGO.

Antes para vos le aplico;
Haréis un ermitañico,
Será con Pelayo dos.

CAMPUZANO.

  Deo gracias: no seáis, hermano,
Malicioso.

MENGO.

No se ve;
Pero vos, si os dan el pie,
¿Tampoco os tomáis la mano?

CAMPUZANO.

  Tomad y besad la mía;
Que se ganan perdonanzas.

FILENA.

¡Ah, Mengo! Dejaos de holganzas;
Que se va acabando el día.

MENGO.

  Aderezad que cenar.

CAMPUZANO.

Yo nunca cenar procuro.
Dormiré en el suelo duro
Y donde hubi[illegible]
  [illegible] la Peña de Francia
Vengo de hacer penitencia.

MENGO.

¿Francés es su reverencia?

[illegible]

Vamos, traedlo á la estancia.

[illegible]

  Venid muy en hora buena

[illegible]

(1) Dos versos sueltos.

CAMPUZANO.
¿Cómo así?
MENGO.
Ya lo imagino:
Se beberá todo el vino
Y se comerá la cena.
CAMPUZANO.
Entrad, que en verdad que de ella
No tengo gusto ni gana.
¡Qué bonita es la serrana!
Perdiéndome voy por ella.

Salen Talayco, moro, y Zorayda, infanta.

TALAYCO.
Nunca me espantaron nuevas.
ZORAYDA.
Pues no se suena otra cosa.
TALAYCO.
Esperarle ya es forzosa.
ZORAYDA.
Ya no es mucho que te atrevas;
Que eres fuerte, Talayco.
TALAYCO.
Victorioso de esta guerra,
Hoy pienso entrar en mi tierra,
Zorayda, glorioso y rico.
Venga el Maestre y sus cruces
Que tanto miedo nos pone,
Veamos si descompone
Tantos moros andaluces.
¿Aquí no tenemos manos?
¿De qué estamos encogidos?
ZORAYDA.
¿Son éstos los más temidos
De los soldados cristianos?
TALAYCO.
Siempre que el Maestre quiera,
La batalla le he de dar.
ZORAYDA.
Ya no tardará en bajar,
Que ya la gente le espera.
TALAYCO.
¿Dices los cautivos?
ZORAYDA.
Sí.
TALAYCO.
Ésos tenerlos atados,
Que será darles soldados
Y tenerlos contra mí,
Y para lo que deseo
Hacer de tantas victorias
En el Maestre y sus glorias,
Zorayda, un famoso empleo.
Á lo menos, ya se ve
Que nos tiene el Rey temor,
Pues hombre de tal valor
En su casa y en su fe,
Contra mi ejército envía.
ZORAYDA.
Aquí he visto una cabaña.
TALAYCO.
No quede en esta montaña
Cosa que no llames mía.
ZORAYDA.
¡Ah de la casa ó cortijo!
MENGO.
¿Quién llama á tal hora?
ZORAYDA.
Moros.
MENGO.
¿Moros? Pues ¿por qué tesoros?
FILENA.
¿Moros dice?
CAMPUZANO.
Moros dijo;
Atranca bien esa puerta.
FILENA.
Con ella en el suelo han dado
TALAYCO.
Entra.
MENGO.
¡Ay de mí, que han entrado!
CAMPUZANO.
¡Yo soy muerto!
FILENA.
¡Yo soy muerta!
ZORAYDA.
Huyendo se va un rapaz.
TALAYCO.
¿Rapaz? Pues vamos tras él.

Salen Campuzano, Mengo y Filena, huyendo.

CAMPUZANO.
Detente, moro cruel.
ZORAYDA.
¡Date, perro, date en paz!

Vanse.

Sale el Maestre con caja y bandera, y comendadores, y Sancha y Pelayo vestidos de caballeros.

MAESTRE.
Ya sabéis lo que son obligaciones
De caballero por un Rey honrado,
Que ha puesto de sus cruces los pendones
Donde el falso Profeta fué adorado.
Mira, Pelayo, que las armas pones
Con profesión y militar cuidado
De defender la santa fe de Cristo,
Como hoy tu padre peleando has visto.
De tus principios con razón espero
Que pronto á lo que debes correspondas,
Mejor con armas ya de caballero,
Que con los estampidos de las hondas.
Fué de Mallorca su inventor primero,
Mas no es bien que á ser bravo correspondas
Sino con lanza y con pavés dorado,
Con jacerina y con arnés grabado.
Esta es la falda de la grande sierra
Que de Morena tiene antiguo nombre;
Aquí á los moros vengo á hacerles guerra

Que desde Cádiz á Valencia asombre.
Tú, pues, nacido en aspereza y tierra,
Para cuando ya vengas á ser hombre,
Emprende lo que vieres y hacer debes,
Porque es razón que estos principios lleves.

PELAYO.

Famoso y gran señor, honra de España,
Y de tu religión amparo fuerte,
La parte que me ha dado esta montaña,
La generosa tuya en sí convierte.
De los dechados de una y otra hazaña
Que he visto hacer de tu gloriosa suerte,
Pienso ser un discípulo que muestre
Que tuvo por maestro tal Maestre.

Sale Campuzano de entre unos ramos.

CAMPUZANO.

Al rüido de tus armas
Y al estruendo de tus gentes,
A las voces de tu campo
Y al relinchar tus jinetes,
Viene huyendo Campuzano,
Un tiempo, señor, tu alférez,
Del bárbaro Talayco,
Que en mi seguimiento viene.
Desde que ayer se ponía
El sol claro en Occidente,
Escondido en estas ramas
Estoy, temiendo que llegue.
Oí, señor, que pasabas,
Y salí animosamente
Á decirte como queda
Junto aquellos robles verdes.
Ya para seguirle es tarde,
Aunque día conveniente,
Por ser de la Virgen santa,
Que hoy es ocho de Septiembre.
Ha robado cuanto había
Por la sierra, de tal suerte,
Que de gentes y ganado
Ha vuelto en sangre las mieses.
Anoche, de una cabaña
Que está en aquellos laureles,
Llevó dos pobres serranos,
Puso fuego á sus paredes.
Socorro envía, señor,
Socorro, ilustre Maestre;
Que si no te falta el día,
Quitarle la presa puedes.

De rodillas.

MAESTRE.

Santa María, Señora,
Laurel, palma, huerto, fuente,
Ciprés, rosa, oliva y lirio,
Madre y Virgen ahora y siempre,
Detén, Señora, tu día;
Que mandar al sol bien puedes,
Que tiene á los pies la luna,
Y tanta estrella en la frente.
Cristo, por cuya fe santa
No hay aquí quien no profese
Defendiéndola morir,
Haz que el sol su curso cese,
Y si lo fué, mereció
Que se detuviese, tenle,
Por ser día que tu Madre
Nació para que nacieses.
Tú, Virgen, detén tu día.

CAMPUZANO.

¡Cielos, el sol se detiene!

MAESTRE.

¡Santiago, freiles; Santiago,
Cierra España! ¡Á ellos, freiles!

Comenzando el sol á caminar, un ángel detenga el sol, y mientras esto se hace con música, adentro se dé la batalla, y entren y salgan, acuchillándose, moros y cristianos, y Pelayo, y salga después el Maestre, y los suyos traigan moros cautivos, y Filena y Mengo.

MAESTRE.

Todo el tiempo que ha durado
Al pie de esta fuerte sierra
La confusión de la guerra,
Hemos visto el sol parado.
Virgen, vuestro santo día
Mereció tan raro ejemplo;
Aquí he de labrar un templo
Llamado Detén tu día,
Por memoria de esta hazaña
Y su vencimiento raro.

PELAYO.

¡Gran Josué, nuevo amparo
Del nuevo Israel de España!
Milagro es grande que Dios,
Por el ruego de María,
Hiciese claro este día
Porque venciésedes vos!
Labrad el templo, que es justo,
Porque el agradecimiento
Causa en el cielo contento,
Y la ingratitud disgusto.

FILENA.

Pensando estoy si es Pelayo.

MENGO.

Pelayo había de ser:
¿No le veis resplandecer
Con aquel bordado sayo?

FILENA.

Él es sin duda. ¡Hijo mío!

PELAYO.

¡Madre mía!

FILENA.

¿Cómo es esto?

PELAYO.

Contároslo quiero presto
Si se descubriese el día:
El Maestre de Santiago
Es mi padre y gran señor.

MAESTRE.

Filena, con él, tu amor
Y lo que te debo pago.

MENGO.

¿Qué habéis hecho, mi señor,
De mi Sancha?

PELAYO.

Veisla aquí.

MENGO.

¿Tú eres Sancha?

SANCHA.

Señor, sí.

MAESTRE.

¿Quién dices, el labrador?

PELAYO.

Sí, señor, ésta es mi esposa.

MAESTRE.

¿Es vuestra sobrina, Mengo?

MENGO.

No, señor, que aquí la tengo
Por una desgracia honrosa:
Hija es de don Esteban
Estébanez, caballero
Y muy noble.

MAESTRE.

Pues yo espero
Que nada en sangre se deban.
¿Queréisle vos por marido?

SANCHA.

Y ya no puede ser menos.

MENGO.

¿Hubo algo?

PELAYO.

Ciertos truenos.

MENGO.

¡Alto: aquesas manos pido!

SANCHA.

Digo que soy su mujer.

MAESTRE.

Yo os daré de los tesoros
Que habemos ganado á moros,
Con que tengáis que comer,
Y á vos, labrador honrado.

MENGO.

Todo lo cubre y remedia.

MAESTRE.

Aquí acaba la comedia,
Senado, del *Sol parado.*

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA «EL SOL PARADO».

EL GALÁN DE LA MEMBRILLA

EL GALÁN DE LA MEMBRILLA

COMEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO (1)

PERSONAS

LEONOR. } *Damas.*
LAURENCIA. } *Damas.*
INÉS. } *Villanas.*
LUCÍA. } *Villanas.*
EL REY D. FERNANDO.
EL PRÍNCIPE D. ALONSO.
EL MARQUÉS DE CÁDIZ.
RAMIRO.
DON FÉLIX.
TELLO.
FABIO.
EL MAESTRE DE SANTIAGO.
TOMÉ, *labrador.*
CELIO.
SILVIO. } *Villanos.*
BENITO. } *Villanos.*
ZELÍN. } *Moros.*
ZARO. } *Moros.*
MÚSICOS Y PUEBLO.

ACTO PRIMERO.

Entren Ramiro y Fabio.

RAMIRO.

Tarde vienen tus consuelos;
Que en este fiero rigor,
Todos sufren el amor,
Pero no sufren los celos.
Máteme el amor á mí
Con ausencia ó con olvido,
Con celos no.

FABIO.

No he tenido
Celos.

RAMIRO.

¿Ni amor?

FABIO.

Amor sí.

RAMIRO.

No puede ser; porque son
Sombra de amor, y ha de haber
Sombra en cuanto tiene ser.

FABIO.

Esa es frívola razón;
Que amor espíritu es,
Y el espíritu no tiene

(1) En el original autógrafo dice: «Comedia deste año de 1615. En Madrid, 20 de Abril. 1615.»

Cuerpo, de que hacerse viene
La sombra.

RAMIRO.

No es bien que des
Sentido tan material
Al amoroso accidente,
Porque, respectivamente,
Se da al amor sombra igual,
Significando que ansí
Como no hay cuerpo sin sombra,
Si no hay celos, no se nombra
Amor: y el ejemplo en mí.
Fuera de que todos son
Los celos, sombras, y antojos
Que el temor forma en los ojos
Y concibe la opinión:
Y cuando celos no sean
Los que don Félix me ha dado,
Basta recibir enfado
De que en la villa le vean.

FABIO.

¿Eso os cansa?

RAMIRO.

Y con razón.
Estuviérase en la guerra,
Y no viniera á esta tierra
Este cansado infanzón.
Y ya que á esta tierra vino,
En su Membrilla se esté;
Que en Manzanares, ¿por qué?

FABIO.

Eso es cruel desatino
Y que no tiene remedio,
Si Membrilla y Manzanares
Son dos tan juntos lugares
Que no hay cien pasos en medio,
¿Por qué le queréis quitar
Á don Félix el que venga,
Ocasión tenga ó no tenga,
Del suyo á nuestro lugar?

RAMIRO.

¿No hay misas en la Membrilla?

FABIO.

Claro está.

RAMIRO.

[illegible]
Le trae? ¿Es más devoción
En la nuestra que en su villa?
Yo me tengo de pudrir
De que venga á misa acá,
Y aun á Vísperas, si allá
Más cerca la puede oir?
El entra con su plumilla
Y sus medias de color
En la iglesia, y muy señor
De banda y de lechuguilla,
[illegible]
Mujer que no ponga en él
[illegible]

[illegible]

Nunca en las galas repares
De quien esa sólo tiene;
Que aquí no se ha de casar
Con las galas, ni al lugar
Con esos intentos viene.
Es pobre de tal manera,
Que eso le llevó de aquí
Á ser soldado.

RAMIRO.

Si á mí
Sólo el enfado me diera
De venirse cada día
Á Manzanares, pasara
Por necedad, no muy clara,
Que harta disculpa tenía;
Pero que ponga en Leonor
Los ojos, si en misa estamos,
Y que al salir le veamos,
Con mil indicios de amor,
Acercarse á decir algo,
Dar cadenita y bigote,
¿No quieres que me alborote?
Y esto sobre ser hidalgo.

FABIO.

Y ¿presumes tú que Tello,
Sobre ser rancio villano,
Dé su hija á un casquivano
Todo cadenita y cuello,
Por acercarse á hidalguía,
Siendo tan cristiano viejo
Como el que más?

RAMIRO.

¿Qué consejo,
Qué edad, Fabio, no desvía
Del quicio de la razón
El gusto de una mujer?

FABIO.

Dejadle desvanecer,
Que los sueños, sueños son.

RAMIRO.

¡Ay, Fabio! Después que vino
Don Félix á este lugar,
Se ha comenzado á trocar,
Ó yo soy mal adivino,
Toda el alma de Leonor.

FABIO.

¿En qué lo habéis conocido?

RAMIRO.

En que dejando el vestido
De un padre, al fin labrador,
Viste la tela y la seda
Que la dama más gallarda
De la corte.

FABIO.

El padre aguarda
[illegible]
Más de treinta mil ducados)
Con un hombre noble y rico,
Á cuya intención aplico
Las galas y los cuidados;
Que ya no fuera razón
[illegible]

Don Félix de soldado, y Tomé villano.

DON FÉLIX.

Aquí, como digo, espera;
Que es la mejor ocasión.

TOMÉ.

Temblando estoy, por mi fe;
¿Para qué en esto me pones?

DON FÉLIX.

Amor es todo invenciones;
No tengas miedo, Tomé.

FABIO.

(¡El soldado!)

RAMIRO.

(¡Pesia tal!.....
No falta de Manzanares.)

DON FÉLIX.

Ya entramos con dos azares.

TOMÉ.

Gigantes tiene el portal.

DON FÉLIX.

Éste es aquel enfadoso
Que pretende mi Leonor,
Caballero y labrador,
Rico, inorante y celoso.

TOMÉ.

Otra gracia tiene más.

DON FÉLIX.

Dila á ver.

TOMÉ.

Que es un judío.

DON FÉLIX.

Por lo rico desconfío.

TOMÉ.

Pues muy engañado estás,
Pues Tello mata cada año
Diez puercos, y apenas llegan
Á San Juan.

RAMIRO.

Celos me ciegan: (Ap. á Fabio.)
Temo algún notable daño.
Vámonos, Fabio, de aquí;
Que á la puerta de Leonor,
Claro está que esto es amor.

FABIO.

Él ha reparado en ti.

RAMIRO.

No le quites el sombrero.

Pasen por delante muy tiesos.

DON FÉLIX.

¿Qué te parece, Tomé?
¡Qué tieso y grave se fué
Este rico y majadero!

TOMÉ.

¿Mas que no sabes, señor,
Por qué llaman en España
Majadero á un necio?

DON FÉLIX.

Extraña
Pregunta; pero, en rigor,
Debe de ser porque muele.

TOMÉ.

Á una mano de mortero,
¿No la llaman majadero?

DON FÉLIX.

Ese nombre tener suele.

TOMÉ.

Pues es porque eternamente
Se dobla; y como pasar
Tieso un hombre es enfadar,
Queda diciendo la gente:
«¡Qué tieso va el majadero!»
Haciendo comparación
De un necio con almidón,
Á una mano de mortero.

DON FÉLIX.

Á fe de hidalgo, Tomé,
Que por guardar á la calle
Respeto, dejé de dalle
Con el sombrero.

TOMÉ.

¿Por qué?

DON FÉLIX.

Porque á ser cortés aprenda.

TOMÉ.

Por eso el otro decía,
Siendo ladrón, que tenía
De quitar capas su hacienda.
Mi cortesía se escapa,
Y á ningún peligro espero;
Que otros quitan el sombrero,
Y yo el sombrero y la capa.

DON FÉLIX.

¡Oh! Bien haya un pretendiente
Que barre con el sombrero
El suelo.

TOMÉ.

El que es lisonjero,
Hasta en el sombrero miente.

DON FÉLIX.

La corte enseña advertencias.

TOMÉ.

Yo conozco un licenciado
Que se quedó corcovado
De sólo hacer reverencias.

DON FÉLIX.

Dejando á Ramiro aquí
Por necio, advierte, Tomé,
Que entres como te enseñé
Y hables como te advertí.
Si con su padre topares,
Esta carta has de sacar,
Diciéndole que á comprar
Viene un hombre á Manzanares
El vino de su bodega,
Y le escribe por saber
Si se le querrá vender,
Porque trajina y trasiega
Cuanto hay aquí y en Membrilla,
Para la corte.

TOMÉ.

Está bien.

DON FÉLIX.

Si no vieres padre ó quien
Te impida, puedes decilla
Que de mi parte le das
Este papel.

TOMÉ.

Vete, pues,
Que sale á la puerta Inés.

DON FÉLIX.

Advierte.....

TOMÉ.

No digas más.

DON FÉLIX.

Adiós.

Váyase, y salga Inés villana

INÉS.

La calle pasea
Don Félix, mas ya se fué.

TOMÉ.

¿Podráte decir Tomé,
Á la usanza de su aldea,
Dos necedades, Inés?

INÉS.

La una has dicho ya; prosigue
La otra.

TOMÉ.

Aunque amor me obligue
De don Félix, que al fin es
El hijo de mi señor,
Á que venga por acá
(Que ya sabes tú que está
Ciego y perdido de amor),
No vengo de mala gana
Por verte; que estoy de suerte
Que no es posible sin verte
Vivir, si muy de mañana
No me diesen de almorzar,
Á mediodía á comer,
Y un pasatarde, que hacer
Suele la salva al cenar,
Y otras cosillas así
Con que paso tanto amor.

INÉS.

Perdido estás.

TOMÉ.

Tu rigor
Me tiene fuera de mí.
Si dice quien quiere bien
Que tiene dentro del pecho
Á quien ama, no es bien hecho
Que de comer no le den.
¿No dicen que una preñada
Come por dos? Pues ansí,
Como yo por ti y por mí,
Pues que de amor engendrada
En la barriga te tengo.

INÉS.

¡Notable amante preñado!

TOMÉ.

Qué le parece el cuidado
De amor á probarte vengo.
Un preñado tiene antojos,
Quien ama no está sin ellos,
Perder el comer por ellos,
Díganlo celos y enojos.
Una preñada no puede
Encubrirlo, ni un amante
Su amor, porque tray delante
Quien lo que niega concede.
Crece, en efeto, el amor
Al paso que una criatura,
Aunque de sangre más pura
Y vase haciendo mayor.
Cuando le nacen cabellos
Es cuando los celos salen;
Que no hay dolores que igualen
Á los ascos que hacen dellos.
Nueve meses encubierto
Está el preñado mayor,
Y así el más secreto amor
Viene á quedar descubierto.
Como se ve claramente
Después el hijo, ó lo que es,
Así aqueste amor después
Le mira toda la gente.
Y como á un ama le fía
Que le críe y dé calor,
Así la costumbre á amor,
Que es el ama que le cría.

INÉS.

Á fe que estás resabido;
Bien se ve que te ha enseñado
Ese tu dueño soldado,
Que de la guerra ha venido.
Entra, que Tello está fuera,
Si has de hablar á mi señora.

TOMÉ.

Este papel me dió ahora,
Que con secreto le diera.
Y pues tú le puedes dar
Y yo aguardarte, no es justo
Que suceda algún disgusto
De haberme atrevido á entrar.
Toma, y di que mi señor
Muere por sus ojos bellos;
Que si halla piedad en ellos,
Tú conocerás mi amor;
Porque seré tuyo, Inés,
Como él suyo.

INÉS.

En el portal
Me aguarda.

TOMÉ.

¿Hay ventura igual?

Inés se éntre. Tello, labrador viejo, salga con capa sobre el vestido, y camisa de trenzas á los lados, y Benito, labrador, con él.

BENITO.

Aquí hay un hombre.

TELLO.
¿Quién es?
TOMÉ.
(Tello es éste.)
TELLO.
¿Á quién buscáis,
Buen hombre?
TOMÉ.
Á Tello, señor.
(El dimuño es este amor.)
TELLO.
Si por Tello preguntáis,
Yo soy; ¿qué es lo que queréis?
TOMÉ.
Tráigole de la Membrilla
Esta carta; recibilla
Mientras doy vuelta, podéis;
Y responded si del vino
Le daréis lo que pidiere.
TELLO.
Ya os entiendo. El que lo quiere,
¿Es forastero ó vecino?
TOMÉ.
Forastero.
TELLO.
Pues volved,
Que ya tendré respondido.
TOMÉ.
(Notable ventura ha sido.)
Haréisme mucha merced,
Porque me queda aguardando.
TELLO.
Id con Dios.
TOMÉ.
Adiós, señor.

Váyase Tomé.

BENITO.
La fama le da valor;
Bien puedes ir despachando,
Que ésta es famosa ocasión
De vender como quisieres.
TELLO.
Yo leo.
BENITO.
No hay más que esperes
Si éstos forasteros son.

Tello lee la carta.

TELLO.
«Bien mío: Después que vi
Esa divina belleza,
Que formó naturaleza
Para admirarse de sí.....»
¿Qué es esto, Benito hermano?
¿Esta no es carta amorosa?
BENITO.
Que son una misma cosa
Amor y vino, es muy llano;
Que entrambos de una manera
Quitan á un hombre el sentido.
TELLO.
Éste á Leonor ha venido,
Como ya casarse espera;
Y el alcahuete turbado,
Á la fe que me la dió,
Y volver luego fingió
Por la respuesta.
BENITO.
Tú has dado
En el blanco, á la verdad.
TELLO.
Bien me diera pesadumbre
Á no saber la costumbre
De la inquieta mocedad,
Y la virtud de Leonor.
BENITO.
¿Quién habrá el papel escrito?
TELLO.
Estas son moscas, Benito,
Que se andan alrededor
De la miel de mi dinero.
BENITO.
Y de Leonor la hermosura,
¿No es causa?
TELLO.
No es tan segura;
Culpar la codicia quiero,
Y disculpar el amor.
¿Quién será quien esto intente?
BENITO.
Ramiro, el gran pretendiente
De mi señora Leonor.
TELLO.
¿Sábeslo bien?
BENITO.
Bien lo sé.
TELLO.
Y ¿ella corresponde?.....
BENITO.
No,
Porque nunca he visto yo
Que Ramiro cerca esté,
Que ella levante los ojos;
Y los ojos son en quien
Las voluntades se ven,
Los gustos y los enojos.
TELLO.
Ramiro es rico y galán;
No le está mal á Leonor.
BENITO.
Tiene no sé qué, señor;
Mas son cosas que ya están
Cubiertas con el dinero
En el mundo.
TELLO.
Bien sé yo
Lo que el dinero doró,
Que fué el dorador primero.
Si dora una guarnición

De espada un pobre, echarán
De [illegible] un pan, y solo un pan,
Que á la primera ocasión
Que se trae, se desdora,
Y luego el hierro seve;
Pero si de rico fué,
Con tantos panes se dora,
Que nunca el hierro descubre;
Y tales las faltas son,
Que en la menor ocasión
La del pobre se descubre,
Y la del rico jamás,
Porque tiene á las riquezas
Respeto el mundo.

BENITO.

En noblezas
Suele descubrirse más,
Que el envidioso del rico,
Á decir mal se provoca.

TELLO.

Pues á Ramiro le toca
Algo en la sangre.

BENITO.

Tantico.

TELLO.

Pues desespere Ramiro
Que jamás mi yerno sea:
Labrador soy, pero crea
Que más por la sangre miro
Que los que suelen nacer
Con grandes obligaciones.
Vóyle á buscar.

BENITO.

Dos razones
Honradas le harán volver
Atrás de este pensamiento.
Mi señora viene aquí.

Leonor bien vestida é Inés.

LEONOR.

Ó estaba fuera de sí,
Ó fué error del instrumento;
Que mil veces los terceros
Hacen desatinos tales.

INÉS.

Las disculpas son iguales
A tu ingenio.

LEONOR.

Los primeros
Papeles declaran bien
Que éste fué error.

BENITO.

[illegible]

Bien será
Hablarla, por ver si está
Culpada.

TELLO.

[illegible]

Porque fuera hacerme yo
Alcahuete de Ramiro.

INÉS.

Tu padre, señora.

BENITO.

Admiro
Tu prudencia.

TELLO.

Quien habló
En celos ó amor, Benito,
Á mujer que no sabía
Quién ó cómo la quería,
Despertóle el apetito;
Porque nunca á la mujer,
El hombre que cuerdo fuere,
Ha de hablar en quien la quiere,
Que es obligarla á querer.

Váyase Tello.

INÉS.

Ya se fué; saca el papel.

LEONOR.

Estoy, Inés, admirada.

INÉS.

Tú admirada, y yo turbada
De ver lo que dice en él.

Lea.

LEONOR.

«Habiendo sabido la bondad del vino que tenéis en vuestra bodega ....»

¿Esto tengo de leer?

INÉS.

Señora, error es sin duda.

LEONOR.

Si no es que yo soy tan ruda,
Que no lo acierto á entender;
Que dicen que los amantes
Suelen escribirse en cifra;
Pero si un papel se cifra
En secretos importantes,
La contracifra primero
Se ha de dar á quien se escribe:
Félix en mi pecho vive,
Porque le adoro y le quiero,
Y debe de imaginar
Que sirve de contracifra.

INÉS.

Pasa adelante la cifra
Si la piensas aclarar.

Leonor lee.

LEONOR.

Yo he menester quinientas arrobas para la corte, de tinto y blanco.....

Inés, no puedo creer
Que esto es cifra, sino error,

Y si éste es papel de amor,
Será también menester
Que un secretario de lenguas
Le descifre.

Tomé éntre.

INÉS.
Éste es Tomé.
TOMÉ.
Temblando vengo, aunque vengo
Por respuesta del papel.
¿Está el señor Tello en casa?
LEONOR.
No está en casa; bien podéis,
Gentilhombre, entrar en ella;
Que ella, y aun el dueño, es
Del dueño que vos servís,
Y que yo pienso tener.
TOMÉ.
Beso la tierra, señora,
Prado, jardín ó verjel,
Monte ó sierra, en que nacieron
Las bellas flores de quien
Las abejas fabricaron
En sus colmenas la miel,
De donde salió la cera
Con que se enceró después
El hilo que los zapatos
Cosió desos blancos pies.
LEONOR.
Con menos salutación
Y más cuidado podéis
Andar en el nuevo oficio,
Si es que le habéis de tener.
Don Félix, Tomé, ¿os ha dado
Este papel?
TOMÉ.
¿Qué papel?
LEONOR.
Papel de arrobas de vino.
TOMÉ.
¡Voto va á Dios, que la erré,
Y que á vuestro padre he dado,
Como al verle me turbé,
El que para vos traía!
Todo se ha echado á perder.
LEONOR.
Diligente mensajero,
Tomé, por mi vida, hacéis.
TOMÉ.
Dióme aquel papel fingido
Por si topaba con él,
Y por darle, erré las cartas,
Por más que las barajé.
Muerto soy, señora mía,
Como no lo remediéis
Con algún remedio honrado;
Que don Félix es cruel,
Y como ha venido ahora
De Córdoba, donde fué
Alférez ó matamoros,
Si lo sabe, no dudéis
Que ha de espetarme en la espada
Ó freirme como pez.
Tened lástima de mí.
INÉS.
Señora, duélete de él;
Mira que es un ignorante.
TOMÉ.
Soy un frisón; ¿no me ves?
No es más inorante y necia
El alma de un almirez.
LEONOR.
El remedio es que digáis
Que he leído su papel,
Y que por escribir mal
No le puedo responder;
Que aquesta noche le espero
Porque quiero hablar con él
Cosas que á los dos importan;
Que estará en la huerta Inés,
Pues por la parte más baja
Puede saltar la pared,
Y le traerá con secreto
Donde hablemos, y se dé
Para casarnos la traza
Que á entrambos esté más bien.
Que en lo que toca á mi padre,
Con decir que yo no sé
Quién ese papel escribe,
Por fuerza lo ha de creer.
TOMÉ.
Dame ese pie, que quisiera
Que fuera de diez y seis
Y aun de veintisiete puntos,
Para besarte más pie.
Reina te vean mis ojos;
Que bien lo merece ser
Quien tantas mercedes hace:
Lo que dices le diré,
Y perdona, pues bastara
Tratar de vino el papel,
Para que, aun las mismas manos,
Viniesen dando traspiés.
LEONOR.
Vete, que viene mi padre.

Tello y Benito

TELLO.
¡Bueno quedas!
BENITO.
Si es aquél
El alcahuete villano.....
TOMÉ.
Él me ha cogido; ¿qué haré?
TELLO.
¡Con Leonor, y no es culpada! (Aparte.)
Sospechas me dan. Vendréis
Por respuesta de la carta.

[illegible]

Sí, señor; y pregunté
A esta señora por vos,
Aunque dándole á leer
Otra carta que traía
Para una mujer de bien,
[illegible] aqueste mercader sirve,
Hallé que la carta erré;
[illegible] la que tiene en la manga
Es para vos; y creed
Que, á no haberse declarado,
Me pudiera suceder
Alguna desdicha grande;
Y así, os ruego que me deis
Esa carta que traía
Para esta buena mujer,
Y que os dé aquesta señora
La del vino.

TELLO.

Á Leonor:

Muestra á ver.

INÉS.

(¡Qué industria tan ingeniosa!
Ya no hay bobos.)

LEONOR.

[illegible] manga.

Ésta es.

TELLO.

Leeréla si es para mí.

INÉS.

¿Qué te parece?

LEONOR.

Que fué
Otro Isopo este villano.

TOMÉ.

(Pues ¿no lo tengo de ser,
Si ando entre el agua bendita?)

TELLO.

[illegible]

[illegible]

Señor.....

TELLO.

¿Qué haré,
Habiendo hablado á Ramiro
Con la cólera [illegible]
Que bien se ve que esto es yerro.

[illegible]ITO.

Responde á este mercader,
Y [illegible]
Á Ramiro.

[illegible]

[illegible] podré,
[illegible]ado tan necio,
Agora en quejarme de él.

[illegible]

Oid, buen hombre.

[illegible]

Señor [illegible]

TELLO.

Á la Membrilla volved,
Y al mercader que os envía,
De palabra le diréis
Que venga á ver este vino.

TOMÉ.

Diré que le venga á ver;
Y plegue á Dios, señor Tello,
Que en el precio os concertéis,
Porque de aquestos recados
El corretaje me den.
Adiós, adiós.

TELLO.

Él os guíe

TOMÉ.

(Famosamente escapé
Del peligro con la industria:
Alerta á la noche, Inés.)

Váyase.

TELLO.

Pues ¿cómo va, Leonor? ¿En qué ocupabas
La tarde? ¿No vas fuera, no diviertes
La pena de que ayer cuenta me dabas?

LEONOR.

Ya estoy mejor; que tú, señor, conviertes
Las tristezas que tengo en alegrías.

TELLO.

Mucho deseo que en casarte aciertes.
Todas las ansias y congojas mías
Nacen deste cuidado.

LEONOR.

No me espanto.

TELLO.

En él paso las noches y los días,
Con él, Leonor, me acuesto y me levanto,
Porque esto y regalarte, me despierta
Más que del gallo velador el canto.
Mientras que lo que espero se concierta,
Que te entretengas te suplico, y andes
De un prado á otro y de una en otra huerta.
En verdes campos, espesuras grandes
Te convidan con sitios que parecen
Pintados lienzos del ameno Flandes.
La variedad de flores que te ofrecen,
Nacieron en tu nombre, porque es mía
La tierra en que sus árboles florecen.
Baja entre peñas una fuente fría,
Á nuestra verde huerta, por canales
De corcho, en que suspende su armonía;
Mas dirémos que baja entre corales,
Si á su blando cristal llegas la boca
Y con claveles pagarás cristales.
[illegible] sazón de la fruta te provoca
A echar la mano al ramo, que engañado,
El Alba pensará que se le toca.
Coge el membrillo pálido, y bañado
En sangre el fruto del moral discreto,

Pues que se burla del almendro helado;
Coge el melocotón, pues ya el perfeto
Color le adorna, que al vencer la calma
Del tiempo el aire manso y inquieto,
Más gusto te dará quitarle el alma,
Que al dulce dátil, de temor del moro
Subido en el alcázar de la palma;
La manzana, que ya púrpura y oro
Baña también, y á tu placer sentada
Junto á un arroyo en murmurar sonoro,
Divide en cuatro partes la granada,
Porque puedas en él lavar las manos
Si de sus granos el licor te enfada,
Mientras que aparto yo mejores granos
Del oro que compone los doblones
Que esperan tantos pensamientos vanos,
Á quien, aunque por esto me perdones,
Mi hacienda agrada más que tu hermosura.

LEONOR.

¡Por hacerme favor, buena me pones!

TELLO.

Satisfecho estoy yo de tu cordura;
Vete, Leonor, con tus criadas.

LEONOR.

Creo
Que oro y belleza no darán ventura,
Sino ser yo tu hija.

TELLO.

Mi deseo
Es de emplearte bien; esto es seguro.

LEONOR.

Guárdete Dios.

TELLO.

En tu virtud me veo
Como en cristal de espejo.

LEONOR.

Y yo procuro
Imitarte, señor, como el espejo
Á quien se mira en él.

Váyase Leonor.

TELLO.

No hay fuerte muro
Que guarde una mujer.

BENITO.

Ni igual consejo
Como casarla.

TELLO.

Aquéste, ¿no es Ramiro?

BENITO.

Fabio viene con él.

TELLO.

Apenas dejo
De sospechar lo que en sus ojos miro.

Ramiro y Fabio.

RAMIRO.

Para que sepas, Tello, quién escribe
Papeles á Leonor, toma esta carta,
Que cotejar con la que tienes puedes;
Que después que me hablaste tan colérico,
He hecho diligencias, sospechoso,
Y averiguado más que yo quisiera.

TELLO.

¿De quién es esta carta?

FABIO.

Yo la he dado
Á Ramiro.

TELLO.

La misma letra es ésta
Que tiene aquel papel.

RAMIRO.

Mira la firma.

TELLO.

Don Félix dice aquí.

RAMIRO.

Luego es don Félix,
Y no Ramiro, el que á Leonor escribe.

TELLO.

¿Quién es don Félix?

RAMIRO.

Un hidalgo honrado
Que vino de la guerra á la Membrilla,
De donde es natural.

TELLO.

Ya le conozco,
Y conozco á su padre.

RAMIRO.

Éste pasea
Tu calle ahora, y éste en cualquier parte,
Aunque la iglesia sea, solicita
La voluntad de tu Leonor, que quiere
Darte un pesar y enriquecer del dote.

TELLO.

Pésame que don Félix alborote
La villa con tan loco pensamiento.

RAMIRO.

Esto te he dicho, de saber contento
Quién es el dueño del disgusto y pena
Que te ha dado el papel; si algo quisieres
Para defensa de tu honor, avísame;
Que nadie como yo sabrá servirte.

BENITO.

Señor, don Félix pasa.

TELLO.

Pues, Ramiro,
Vete con Dios; y tú, á don Félix llama.

RAMIRO.

Tú eres prudente, vuelve por tu fama.

FABIO.

No sé si has acertado.

RAMIRO.

Son los celos,
Fabio, el mayor castigo de los cielos.

TELLO.

¿Cómo puede guardarse el dilatado
Campo del mar, á todo el mundo abierto?
Porque no importa que se guarde un puerto
De peñas y de tiros coronado.

Y como es imposible ser guardado
[illegible] cubierto,
Y del padre avariento el encubierto
Dinero que heredó mozo engañado,
¿[illegible] podrá guardar, por más que entiene
La blanda arena el puño más robusto,
La división con que á los dedos viene?
¿Podrá guardar el cuerdo, el sabio, el justo,
Una mujer que de su honra tiene
Las llaves en las manos de su gusto?

Entre D. Félix.

DON FÉLIX.
Este criado, señor,
Me ha dicho que me llamáis.
TELLO.
Me haréis un [illegible] favor
Si un instante me escucháis.
DON FÉLIX.
Soy muy vuestro servidor.
¿Tenéis acaso en la guerra
Alguien por quien preguntar?
TELLO.
Guerra mi pregunta encierra;
Que alguno me viene á dar
Desde la guerra á mi tierra.
Sentaos aquí, por mi vida;
Que tengo un poco que hablaros.

Siéntense los dos.

DON FÉLIX.
Que me place.
TELLO.
Defendida
La honra con los reparos
De la prudencia advertida,
Suele guardarse mejor.
DON FÉLIX.
No os entiendo bien, señor;
Si acaso ofendido estáis,
Y por soldado intentáis
Que vuelva por vuestro honor,
Fiarle podéis de mí.
TELLO.
Vuestro padre conocí,
Sé que de los Trillos fué
De esta tierra, y le traté
Algunos años aquí:
Hombre fué muy principal;
¿Cómo á tal pobreza vino?
DON FÉLIX.
La fortuna es desigual.
[illegible] buscáis camino,
[illegible],
[illegible],
Que me dicen que estáis rico.
TELLO.
Que vos me le hagáis también
Humildemente os suplico.
DON FÉLIX.
¡Yo á vos! ¿Con quién ó por quién?
TELLO.
Un papel vino á mis manos,
En que he visto claramente
Ciertos pensamientos vanos,
Y no es bien que esto se intente,
Que no son todos villanos
Los que tienen sus haciendas
En el campo.
DON FÉLIX.
Por saber,
Tello, vuestras nobles prendas,
Y porque suele correr
El amor sueltas las riendas,
A servir honestamente
Me atreví á vuestra Leonor;
Que negarlo no consiente
Mi lealtad y vuestro honor,
Ni que ofenderos intente:
Y pues que ya lo sabéis,
Que por dicha, habiendo errado,
Fué acertar á que me honréis,
Pues que ser hidalgo honrado
Y principal conocéis,
Os ruego que me admitáis
Por hijo, y deis á Leonor.
TELLO.
Puesto que vos merecéis
Mujeres de más valor,
Como ya tan pobre estáis,
Pensarán que yo he querido
Honrarme, como villano,
De un hombre tan bien nacido;
De suerte que lo que gano
Vengo á tener por perdido,
Y os ruego me perdonéis.
DON FÉLIX.
Si por pobre me dejáis,
Puede ser que os engañéis,
Que mi servicio ignoráis,
Aunque soldado me veis.
No tiene el rey don Fernando
Á hidalgo particular
Más obligación, y en dando
Mi memorial, gran lugar
Me habéis de ver ocupando:
Hábito y renta es lo menos.
TELLO.
Como eso merecerán
Hijos de padre tan buenos.
DON FÉLIX.
Tello, los moros están
De temor y espanto llenos
De lo que en Córdoba hice,
Sus murallas conquistando.
TELLO.
Vuestra persona lo dice;
Y así, cuando el rey Fernando
De un hábito os autorice,
Ó algunas rentas os dé,

Á mi Leonor os daré;
Pretended, id á la corte.

DON FÉLIX.

Supuesto que el ir me importe,
La verdad, Tello, os diré:
Fáltame ahora dinero.

TELLO.

Pues daros dinero quiero;
¿Qué es lo que queréis llevar?

DON FÉLIX.

Presto pienso negociar,
Y presto volver espero.
Ducientos escudos, creo
Que habré menester.

Leonor éntre.

TELLO.

Leonor,
Escucha.

LEONOR.

Señor, ¿qué veo?

TELLO.

Por tan pequeño favor
No dilatéis el deseo.
Trae en una bolsa aquí
Ducientos escudos luego.

LEONOR.

Voy. (¿Qué es aquesto? ¡Ay de mí!)

Váyase.

DON FÉLIX.

Dióme el sol, y quedé ciego;
Tan de improviso le vi.

TELLO.

Finalmente, ¿vos iréis
Á la corte?

DON FÉLIX.

Sí, señor.

TELLO.

Y ¿cuánto en ella estaréis?

DON FÉLIX.

Eso dijera mejor
El dinero.

TELLO.

No penséis
Que sin ocasión lo digo,
Que me matan casamientos.

DON FÉLIX.

Yo soy de algunos testigo.

TELLO.

(No serán tus pensamientos
Sólo emparentar conmigo;
Ojo tienen al dinero.)
En fin, que volváis espero;
Y pues palabra he de daros,
El tiempo que he de esperaros
Que se sepa también quiero.

DON FÉLIX.

¿Es mucho dos meses?

TELLO.

No;
Dos meses quiero esperar.

DON FÉLIX.

De mis servicios sé yo
Que no habrá más que llegar.

TELLO.

Algunas veces faltó
Premio á la virtud.

DON FÉLIX.

No hará;
Que el Rey informado está
Quién es don Félix de Trillo.

TELLO.

¡Que tarde me maravillo!

Leonor y Inés.

LEONOR.

Contado el dinero va;
¿Á quién mandas que se dé?

TELLO.

Al señor don Félix.

LEONOR.

Dale,
Inés.

Déle una bolsa.

DON FÉLIX.

Ya lo pagaré
Con lo que más que oro vale.

LEONOR.

¿Qué será aquesto?

INÉS.

No sé.

TELLO.

En fin, esto queda así.

DON FÉLIX.

Sí, señor; yo parto.

TELLO.

Aquí
Hallaréis cuanto os importe.

DON FÉLIX.

¿Qué mandáis para la corte?

LEONOR.

¿Vais allá?

DON FÉLIX.

Señora, sí:
Galas hay, que siempre son
Las galas, las novedades;
La novedad, la invención;
Mas diré mil necedades,
Señora, en esta ocasión;
Porque si llevo prestado
El dinero que me han dado,
¿Qué os puedo yo prometer?

LEONOR.

No traeréis poco en traer
Lo mismo que habéis llevado.

[illegible]

Deso la palabra os doy.

TELLO.

Con vos, don Félix, iré,
Que hoy á la Membrilla voy.

DON FÉLIX.

Y yo os acompañaré,
Pues ya vuestro esclavo soy.

TELLO.

Vamos.

DON FÉLIX.

Mi señora, adiós.

LEONOR.

Un ángel vaya con vos.

DON FÉLIX.

El mismo que dejo, llevo.

INÉS.

¿Qué es esto?

LEONOR.

Un tormento nuevo.
De dividirnos los dos.

Vánse D. Félix y Tello.

¡Cómo! ¿Don Félix se va,
Benito?

BENITO.

No te entristezcas,
Que tu padre ha concertado
Con él que su mujer seas,
Mas con una condición:
Que vaya á la corte, y vuelva
Dentro de dos meses justos,
En cuyo tiempo pretenda
Hábito ó renta; que quiere
No dar su hija sin ella,
Porque no digan que compra
Yerno noble con su hacienda

Váyase.

LEONOR.

¿Hay nueva más venturosa?

INÉS.

¿Hay más venturosa nueva?

LEONOR.

Ya me pesa del dinero.

INÉS.

¿Por qué, señora, te pesa?

LEONOR.

Porque por ducientos puse
Quinientos, con la sospecha
Que los llevaba prestados,
Porque ducientos volviera
Y con trescientos quedara;
Y si él á la corte lleva
Dineros, no dudes que halle
Mil Circes que le detengan.

INÉS.

Él te adora, y yo sé bien
Que, aunque amor no te tuviera,
El dinero le obligara:
Ven á verle partir.

LEONOR.

Vuelva
El cielo con bien, mi bien;
Que el que en la corte navega,
Va á peligro de anegarse
Adonde jamás parezca.

Váyanse.

Entren Laurencia y Ramiro.

LAURENCIA.

Sobre tanta ingratitud,
Tanta libertad añades,
Que á creer me persüades
Que te ofende mi virtud.
De tu desdén mi inquietud,
De tu olvido mi esperanza,
Van cobrando confianza,
Porque no hay tan firme amor
Que no saque del rigor
Principios de su venganza.
Toda la historia he sabido
De tu pensamiento loco,
Y que, tiniéndome en poco,
Estás por Leonor perdido.
Para ocasiones de olvido
Hicieron celos los cielos,
Templando con estos hielos
De amor el furioso ardor,
Porque fuera eterno amor
Si no le mataran celos.
Mal hayan mis pensamientos,
En ti tan mal empleados,
Y mal hayan mis cuidados
Para tan necios intentos.
Mas ya que tus fingimientos
Han llegado á declararse,
Tú verás mi amor mudarse,
Porque nunca fué tan necio
Que no le diese el desprecio
Ocasión para vengarse.

RAMIRO.

¿Qué logras de amenazarme,
Laurencia, con tus venganzas,
Como si de tus mudanzas
Fuese posible pesarme?
Olvídate de olvidarme;
Que si de olvidar te acuerdas,
No haya miedo que me pierdas;
Que aunque sois firmes tan pocas,
Desprecios os vuelven locas
Y amores os hacen cuerdas.
Quien te ha dicho que á Leonor
Quiero bien, no te ha engañado;
Mas de Leonor olvidado,
Tengo á Leonor tanto amor;
Lo mismo de mi rigor
Temo, porque todas dais
Cuando obligadas estáis

En ser desagradecidas,
Porque despreciáis queridas,
Y aborrecidas amáis.

LAURENCIA.

No estoy yo para escucharte
Tan necio y tan atrevido;
Que mi amor, amor ha sido
Hasta pensar obligarte.
Ya que tanto amor no es parte,
Truéquese amor en rigor,
Que si quieres á Leonor,
Y su riqueza te anima,
Presto verás quién estima
Que estime su amor mi amor.
Grosero término tienes;
Nunca los hombres de bien
Pagan el quererlos bien
Con tan injustos desdenes.
Muy necio de verla vienes;
Pero presto me verás
Adonde envidia tendrás,
Porque en los brazos ajenos,
Lo que se estimaba menos,
Suele apetecerse más.

Vase.

RAMIRO.

Amor, quien más de ti piensa que entiende,
Menos sabe de ti, porque ofendido
Tienes memoria, y pagas con olvido
Á quien servirte más leal pretende.
Amor ingrato, la verdad te ofende,
Y estás á la mentira agradecido,
Precipitas el alma resistido,
La fe te hiela y el desdén te enciende.
Quien más tiene de ti, menos adquiere,
Nadie verdad á tus engaños pida,
Ni menos que rigor amando espere.
Dé un medio amor para pasar la vida (1),
Pues aborrezco á quien me adora y quiere,
Y quiero locamente á quien me olvida.

Fabio éntre.

FABIO.

Desde ayer ando á buscaros.

RAMIRO.

¡Oh! Fabio, ¿hay algo de nuevo?

FABIO.

Camino de la Membrilla
Hallé á don Félix y á Tello.

RAMIRO.

¿Juntos?

FABIO.

Y en conversación
Con tanto gusto, que creo
Que debían de tratar
De Leonor el casamiento.
Pero no os alborotéis:
Pediros albricias quiero:
Mejores nuevas os traigo.

RAMIRO.

Por la pena las merezco.

FABIO.

Apenas estuve un día
En la Membrilla, poniendo
El pleito que os dije en paz,
Cuando una mañana veo
Á don Félix de camino,
En su bayo, cabos negros,
En la flaqueza y el hambre
Tan hidalgo como el dueño;
Bravas plumas, porque plumas
No han de faltar al sombrero,
Aunque falte en casa el pan,
Que pide plumas el viento.
Tomé, aquel pobre villano,
Iba en traje de escudero,
Trocado en capa el capote
Y en calza el pardo grigüesco,
Las polainas en espuelas,
Porque ha de pasar, sospecho,
Plaza de lacayo en corte,
Que va su dueño á Toledo.

RAMIRO.

¿Á la corte va don Félix?

FABIO.

Y á pretender, satisfecho
De sus servicios, que el Rey
No le dejará sin premio.

RAMIRO.

Vencí, pensamiento mío:
La victoria me prometo
En ausencia de don Félix;
Ánimo, locos deseos;
Que servicios de soldados,
Si no hay favor para ellos,
Corren despacio en la corte,
Pasos costarán primero.
Vamos á ver á Leonor;
Que para olvidarle creo
Que basta un día de ausencia,
Porque mujeres y espejos,
Sólo lo que ven retratan.

FABIO.

¡Un día decís! y aun menos,
Porque cuantas son las horas,
Tantos son los pensamientos.

Vanse.

Acompañamiento, y éntre el Marqués de Cádiz, el príncipe D. Alonso, *que le puede hacer una mujer con baquero, espada y plumas*, y el Rey.

PRÍNCIPE.

Esta licencia, señor,
Me habéis de dar, que más tierno
Era Cipïón en Roma,
Y fué del Senado electo
Por capitán general.

(1) Falta este verso en el autógrafo.

REY.

Alfonso, yo te agradezco
El ánimo con que emprendes
En tierna edad tales hechos;
Pero no será razon
Que me faltes, cuando tengo
Tanto bien con tu presencia.

ALFONSO.

¿De manera, Rey supremo,
Que queréis sólo la gloria,
Con tan felices sucesos,
De echar al Moro de España?

REY.

Como tú, que por tu ingenio
Te llaman Alfonso el Sabio,
Te has alzado con el premio
Que da á las letras la fama.

ALFONSO.

Ya, gran señor, que habéis puesto
Los castillos y leones
Sobre los muros soberbios
De Córdoba, y derribado
Del Africano el intento
Con que pensaba llegar
A los montes de Toledo,
Para dar agua en el Tajo
Á las lleguas que pacieron
La hierba á Guadalquivir,
Dejadme, pues que ya puedo
Mirar como águila al sol,
Para probar que soy vuestro,
Ganar el reino de Murcia.

REY.

Marqués, ¿qué os parece de esto?

MARQUÉS.

Que se alegre Vuestra Alteza
De tan buenos pensamientos
Y de tan altos principios
Del Príncipe, porque creo
Que, como es imagen suya,
Quiere imitar sus trofeos.

REY.

Ahora bien, pasen ahora
Estos rigurosos tiempos,
Alfonso; que yo daré
Orden que vayas al reino
De Murcia, con los soldados
Que de Córdoba vinieron.

Entren D. Félix y Tomé el lacayo.

DON FÉLIX.

¿No te agrada esta grandeza?

TOMÉ.

Estoy de verla suspenso.

DON FÉLIX.

Mira al Rey.

TOMÉ.

¡Válame Dios!
Su cara tiene y su cuerpo
Á la traza de los otros.

DON FÉLIX.

Sí, pero tiene más que ellos
Aquella Real grandeza
Que en los reyes pone el cielo.
Llámanle Fernando el Santo.

TOMÉ.

¿El Santo? Ponerme quiero
De rodillas.

DON FÉLIX.

¡Tente, bestia!
¿Golpes te das en los pechos?

TOMÉ.

Bien dices, porque sin golpes
Abre un rey, cuando es tan bueno,
Los pechos de sus vasallos.

DON FÉLIX.

¡Cómo!

TOMÉ.

Para entrarse dentro.
¿Quién es el otro mocito?

DON FÉLIX.

Su legítimo heredero,
El príncipe don Alfonso.

TOMÉ.

¿Es éste aquel cuyo ingenio
España celebra tanto?

DON FÉLIX.

Con razón, pues es maestro
En las artes liberales.

TOMÉ.

¿Quién es el que habla con ellos?

DON FÉLIX.

Aquél es Marqués de Cádiz.

TOMÉ.

Debe de haber sido ciego,
Pues que de Cádiz se nombra.

DON FÉLIX.

Cuando salga, hablarle quiero;
Que yo sé que me conoce.

TOMÉ.

Ya se va.

DON FÉLIX.

Vamos tras ellos;
Daré al Rey el memorial.

TOMÉ.

¿Memorial? ¿Sabes que pienso
Que es poco tiempo dos meses,
Después que he visto á Toledo?

Al salir el Rey, póngase de rodillas D. Félix y déle un memorial.

DON FÉLIX.

Ya se lo dí.

TOMÉ.

¿No te dijo
Nada el Rey?

DON FÉLIX.

¿No basta, necio,
Que lo tome?

TOMÉ.
En fin, el Rey
Sabe lo que quieres luego
Con aquella cedulilla;
Si otra vez á verle vuelvo,
Otra le tengo de dar.
DON FÉLIX.
¿De qué servicios?
TOMÉ.
Como éstos,
Se la darán sin servicios.
DON FÉLIX.
Mis papeles son tan buenos,
Que luego me han de premiar
En viéndolos el Consejo.
TOMÉ.
Y ¿qué me han de dar á mí?
DON FÉLIX.
Á ti, ¿por qué?
TOMÉ.
Porque vengo
Contigo.
DON FÉLIX.
¡Ay! Tomé, Dios quiera
Que vuelva á los ojos presto
De mi Leonor.
TOMÉ.
Justamente
La adoras, pues donde el viejo
Dijo ducientos ducados,
Puso tan diestra quinientos,
Porque como todas quitan,
Ha sido milagro nuevo,
Desde su mano á la tuya,
Añadir Leonor dineros.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Caja, bandera, soldados. Él Maestre de Santiago, y el príncipe D. Alonso con bastón.

MAESTRE.
Hacer alto en el repecho
De aqueste valle podéis.
PRÍNCIPE.
Maestre, estoy satisfecho,
Que presto al muro pondréis
La roja señal del pecho,
Y que el castillo y león,
Del Rey, mi padre, blasón,
Verá Murcia en sus almenas,
Menguando las lunas, llenas
De arrogancia y presunción.
MAESTRE.
Invictísimo señor,
Sólo deseo imitar
Vuestro divino valor,
Que es el mayor ejemplar
Y la obligación mayor.
Espero en Dios que tendréis
El laurel que merecéis
Con tan prósperas victorias;
Que de Fernando las glorias,
Si no excedáis, igualéis.
SOLDADO.
Moros que á Toledo van
Á hablar al Rey mi señor,
De paz, en tu campo están.
PRÍNCIPE.
Di que lleguen sin temor,
Y á lo que van me dirán;
Que de oir al enemigo
Siempre resultó provecho:
Bien pueden hablar conmigo.

Zelín y Zaro.

ZELÍN.
Alá, que su Cid te ha hecho,
Su defensor y su amigo,
Prospere, Alonso, tu vida.

Arrodíllanse.

PRÍNCIPE.
Levantaos, moros, del suelo.
ZARO.
La grandeza esclarecida
Que ha dado á tu padre el cielo,
Por toda España es sentida.
Á nuestro rey Ben-Hudiel
Obliga á hacer amistad
Y paz inmortal con él,
Prometiendo con lealtad
Ser su vasallo fiel.
Á Murcia quiere entregalle,
Donde nos dicen que vas
Con ánimo de cercalle;
Pero ya llegar podrás
Á conocelle y á honralle;
Que en el reino yo sospecho
Que no habrá contradicción
Después que te rinda el pecho,
Y tomarás posesión
De su lealtad satisfecho.
Rendidos tendrás también
Á Alicante y Crevillén,
Elche, Orihuela y Alhama,
Y ¿quién duda que á tu fama
Los demás luego se den?
Que aunque Lorca y Cartagena
Se resisten, no podrán;
Que, aunque de arrogancia llena,

[illegible] capitán
Es todo el reino una almena.

PRÍNCIPE.

[illegible]
[illegible]dra la paz;
Que, aunque la guerra da gloria,
[illegible]
Y de más sangrienta historia.
Doy gracias á Dios, que ha sido
Ben-Hudiel tan acertado
En escoger el partido
En que mi padre ha ganado
Y [illegible] ha perdido.
Iré á tomar posesión
Y á conquistar á Alicante
Y Cartagena, pues son
[illegible]
Debe de dar presunción
Vosotros, desta embajada,
Tendréis el premio que es justo.

[illegible]

Ya, señor, está premiada,
Y [illegible]
Nuestra lealtad obligada.

[illegible]

[illegible]
Tu frente, invicto [illegible].

[illegible]

[illegible], Maestre, ¿qué os parece?

MAESTRE.

Que á los pies de ese valor
España reinos ofrece.

[illegible]

Escribir luego me toca
Al Rey.

[illegible]

A justos cuidados
El que tiene te provoca.

[illegible]

Marchad á Murcia, soldados.

[illegible]

¡Á marchar, [illegible]

[illegible]

Toca.

[illegible]

[illegible]

Casi duci[illegible]
[illegible]

Son muy caras la[illegible]
El sus[illegible]

[illegible]

Muy bien despachado vas,
[illegible]nas pasad[illegible]

DON FÉLIX.

Lo que siento es que pasó
El plazo de aquel concierto,
Con que Tello, y será cierto,
De la obligación salió.
Mal hice en pedir dos meses,
Confiado en mis servicios.

TOMÉ.

Mal, mientras que más indicios
[illegible]
Piensan necios pretensores
Que no hay más sino llegar,
Adonde hay que despachar
Otros servicios mayores.
Y que el Rey no fué servido
De otro ninguno primero.

DON FÉLIX.

Ya de mi bien desespero.
Tomé, á Leonor he perdido.
Pudiera un siglo pasar
Yendo y viniendo á Palacio,
Ya de prisa, ya despacio,
Como las olas del mar.
Y dos meses presumí
Que fueran, Tomé, bastantes.
¡Qué necios son los amantes!

TOMÉ.

Necio fuiste y necio fuí:
Tú, en llegar de [illegible]
Sin que [illegible],
[illegible]
Á la luz gozaras de ella;
Y yo, en ponerme, [illegible].
Estas calzas, que tuviera
Asco un Judas.

DON FÉLIX.

Si amor viera,
No llamaran ciego á amor.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Si llegan [illegible]
[illegible]
De mi loca pr[illegible]

TOMÉ.

Muy lindas las co[illegible]
Sus galas, su bizarría;
Y aquel andar tanto coche,
Uno [illegible]
[illegible]
Sus dueños hasta la noche.
[illegible]
[illegible] porque no c[illegible]
[illegible]
[illegible]
Y ya después que el dimuño,
Puesta en [illegible]
Las dió en tomar tal destreza
Dan estocadas de puño.
Muy linda cosa mirar
Tanto caballo frisón,

Tanta varia pretensión,
Rogar, temer y esperar;
Mas vea yo en la Membrilla
Una olorosa bodega,
Que lo que pretende y ruega
Es que vayan á medilla.
Sírvame de puño á mí
Una hortera, como á un pobre,
Adonde beba y me sobre,
Y goce el engaño aquí
Sus grandezas cortesanas,
De que la muerte me avisa;
Que no quiero tan aprisa
La enfermedad y las canas.

DON FÉLIX.
¿Es éste el Marqués?

TOMÉ.
Él es.

DON FÉLIX.
Hoy llego desesperado.

Sale el Marqués.

Mil veces he procurado,
Ilustrísimo Marqués,
Que vuestra merced hiciese
Que Su Alteza me premiase
Mis servicios, y me honrase
Con que servirle pudiese;
Pero de uno en otro día,
Tan poca dicha he tenido,
Que vence siempre su olvido
La justa memoria mía.
Pues bien sabéis vos que fuí
El que primero, en Baeza,
Asaltó la fortaleza,
Que entró Su Alteza por mí;
Y que después que á León
Volvió del Andalucía,
Me hallé, en ganar la Axarquía
De Córdoba, en ocasión
Que Álvaro Pérez estaba
En Martos, donde después
Fuí el uno de aquellos tres,
Que tanto la fama alaba,
Que treparon por su peña
Con Diego Pérez de Vargas.
¡Qué importan hazañas largas
Donde es la dicha pequeña!
Muchos he visto premiados
Que le habrán servido menos;
Pero servicios tan buenos,
¿Cuándo fueron bien pagados?
Si puedo á Su Alteza hablar
La vez postrera, señor,
Haréisme mucho favor.

MARQUÉS.
Ahora tendréis lugar,
Y creed que me ha pesado
Que no os despache Su Alteza,
Siendo su naturaleza
Real premiar con cuidado
Los servicios de la guerra.
Él sale; hablalde.

El Rey leyendo una carta.

DON FÉLIX.
Señor,
Cuyo divino valor
Dió el cielo en honra á la tierra,
Muchas veces os he dado
Memoriales que han servido
No de memoria, de olvido,
Pues nunca me habéis premiado.
Testigos daros podré;
Pero soislo vos conmigo,
Y donde un rey es testigo,
Ningún testigo hace fe.
En Úbeda, y en Baeza,
Y en Córdoba, fuí por quien
Vuestras banderas se ven
En su mayor fortaleza.
Estoy, como Scipïón,
Por enseñar las heridas;
Pero por vos recibidas,
No heridas, laureles son.
Dejad, señor, de leer,
Y escuchad si sois servido;
Un hábito sólo os pido,
Merced me podéis hacer.
Don Félix de Trillo soy,
Y con la que traigo al lado
Tantos moros he trillado,
Que desempedrado estoy.
Trillo soy de heridas fieras,
Lleno de agujeros tales,
Que al tomar estas señales
Corrieron sangre las eras.
Que debéis, sacando á luz
Mis hechos, si al trillo empiedra
Cada agujero una piedra,
Á cada herida una cruz.
Noble soy y pobre soy;
Un lugar en dos lugares
Son Membrilla y Manzanares;
En Manzanares estoy
Concertado de casar;
Y como ningún marido
Está sin cruz, ésta os pido
Para poderla llevar.
Es un rico labrador
El padre de una doncella
Limpia, y casarme con ella
Sólo consiste, señor,
En que algún premio me deis.

REY.
Servidme ahora que importa;
Que espada que tan bien corta
No es razón que la colguéis;

[illegible] muy lleno
De [illegible] de Granada.
Y así, el trillo de esa espada
[illegible]
Correr pretendo su vega,
Y es [illegible] que en ella os halléis,
Porque quiero que trilléis
Lo que mi ejército siega.
Vuestro valor prevenid,
Que ya sé vuestra [illegible].

DON FÉLIX.

Escúcheme Vuestra Alteza
Una palabra.

REY.

Decid.

DON FÉLIX.

Si sucediere después
Alguna cosa, señor,
Á este honrado labrador,
Más de amor que de interés,
Advertid que es culpa vuestra,
Y que os prevengo y que os digo
Que voy libre del castigo.

REY.

Servidme, y quede por nuestra.

Éntrese el Rey y el Marqués.

DON FÉLIX.

¿Hay desdicha igual, Tomé?
¿Hay desventura como ésta?
Después de haberle servido,
Servir me manda Su Alteza.
Perdí á Leonor. ¡Vive Dios,
Que no sé cómo me vuelva
Á Manzanares! ¿Qué haré?

TOMÉ.

Será notable vergüenza
Volver á Leonor sin cruz
Y al viejo Tello sin renta.
¿Qué dirán en la Membrilla
Los galanes de bayeta
Que tus plumas envidiaron?

DON FÉLIX.

Pierdo el seso. ¡Que éstos sean
Los premios de los servicios!
Volver me manda á la guerra,
[illegible]
Casarme, como pudiera
Al amigo más igual;
Y con decirle que advierta
Que yo no he de tener culpa
Cuando desgracia suceda,
Muy mesurado responde:
Servidme, y quede por nuestra.
¡Mal hayan, Tomé, las armas
[illegible]
Que fuí sin pelo de barba
Á [illegible]
¡Mal hayan, amén, los años
Que estuve sirviendo en ellas,
Y mal hayan las heridas
Que me dieron en Baeza!
¿Para qué trepé de Martos,
Con Tello Alfonso, la peña,
Y libré del fiero Moro
Á la cercada Condesa?
¿Para qué en alarbe traje
Puse la roja bandera
De Fernando, en la Axarquía
De Córdoba, pues que de ella
No corta un jirón el Rey,
Que sobre mi pecho sea,
Puesto que cruz de Santiago,
Remiendo de mi pobreza?
¿Cómo entraremos, Tomé,
En Manzanares?

TOMÉ.

No creas
Que el viejo Tello no admita
Esta disculpa.

DON FÉLIX.

Si fuera
Defeto de mi persona,
Sobre la punta sangrienta
De esta espada, me arrojara;
Pero que la culpa sea,
Para no hacerme merced,
Querer Su Alteza que vuelva
Á la guerra, porque estima
Mi persona..... Tomé, muestra,
Muestra esos papeles todos.

TOMÉ.

¿Para qué?

DON FÉLIX.

Para que tengan
El fin que mis esperanzas,
Pues ya por los vientos quedan
Hechos pedazos, del Rey.

TOMÉ.

No los rasgues; tente, espera.

Rasgue los papeles.

DON FÉLIX.

Trillo seré de papeles
Como de árabes cabezas.
Aquí quedad, tinta infame,
Del alcázar á las puertas,
Pues la sangre que he vertido,
De esta salud me aprovecha
Volvamos á Manzanares.
Entraré, sin que me vean,
De noche á hablar á Leonor.

TOMÉ.

Lindamente el suelo empiedras
De papeles.

DON FÉLIX.

Hago bien,
Porque al salir será fuerza
Que pise el Rey mis servicios,

Y de su coche las ruedas.
Pero nada será parte
Para que en la paz y guerra
Le sirva con alma y vida,
Que no diré con hacienda,
Pues no la tengo, ni él quiere
Que la tenga.

TOMÉ.

Dios te tenga
De su mano.

DON FÉLIX.

Bien me importa,
Para que el seso no pierda.

Éntrense, y salgan Ramiro y Fabio.

RAMIRO.

Las fiestas, como sabes, los lugares
Se juntan á bailar en este prado,
Donde quiero que mires y repares
Que está de nuevas flores esmaltado
Desde que aquella flor de Manzanares
Pisó su hierba y le dejó bordado
Del jacinto oriental y manutisa.

FABIO.

También Laurencia le florece y pisa.

RAMIRO.

No me trates ¡oh Fabio! de Laurencia;
Que todos mis sentidos la aborrecen,
Y más si de Leonor está en presencia.

FABIO.

Sus deseos, Ramiro, no merecen
Tanto rigor.

RAMIRO.

Su loca diligencia
Y lo que los desdenes me enloquecen
De aquella ingrata que al arroyo pasa,
Me hiela, al paso que Leonor me abrasa.

Leonor y Inés.

LEONOR.

Si no fuera por ti, que no saliera
De la villa no dudes.

INÉS.

La Membrilla,
De oposición echó sus moscas fuera.

LEONOR.

No llegan con el pie de nuestra villa.

INÉS.

Bravo baile se junta.

LEONOR.

Inés, espera,
Que viene su primera maravilla.

INÉS.

¿Es Laurencia?

LEONOR.

La misma, y tan celosa
Como gallarda.

INÉS.

Es por extremo hermosa.

Laurencia y Lucía labradora.

LAURENCIA.

Enséñame á Leonor, que yo no he visto
Á Leonor en mi vida.

LUCÍA.

La que lleva
Sombrero y rebociño.

LAURENCIA.

Mal resisto,
Celos, el sol adonde amor me prueba.
En vano pienso que el desdén conquisto
De mi Ramiro.

LUCÍA.

En tanto que él se eleva,
Y el baile se concierta, hablarla puedes,
Aunque de verla más celosa quedes.

LAURENCIA.

El deseo que tenía,
Señora Leonor, de veros,
De hablaros y conoceros,
Se me ha cumplido este día.
Por servidora tened
Á Laurencia.

LEONOR.

Serlo vuestra
Por obligación tan nuestra,
Merece tanta merced.
Si viviera en la Membrilla,
Muy amiga vuestra fuera.

LAURENCIA.

No pienso que vivís fuera
De nuestra dichosa villa
Si tenéis el alma allá.

LEONOR.

Nunca la ausento de mí,
Y si alguna vez la vi,
Lejos de la villa está.
Quien os ha dicho otra cosa,
Alabóse de mentir;
Que debe de presumir
Que le habéis de amar celosa.
Más leguas que vos pensáis
Envío mis pensamientos.

LUCÍA.

Los mejores casamientos
Me dicen que despreciáis,
Subida á tanta hidalguía
Como se ha visto en el traje,
Tan nuevo en vuestro linaje.

LEONOR.

No traigo el que merecía,
Y vos el que no es razón,
Porque ha habido en mi linaje,
No sólo de aqueste traje
Muchos que tan nobles son,
Mas muchos hidalgos, antes
Que cristianos en el vuestro.

LAURENCIA.

Mentís.

[illegible]

[illegible] nuestro
Para agravios semejantes.

[illegible]

Nunca en mi linaje vi
Arados ni trillos.

[illegible]

Bien,
S[illegible] es por don Félix, por quien
No sé qué dicen de mí.
Y [illegible] honrar
[illegible]

[illegible]

Hablo del que tira el buey.
¡Qué necio disimular,
Cuando adoráis en Ramiro!

[illegible]

Vos sois la necia, Laurencia.

[illegible]

¿Aquí en el prado pendencia?
Mucho de las dos me admiro,
Y [illegible]
Yo bastaba.

LAURENCIA.

¡Oiga quien sale!
Ella ni aun para mí vale.

INÉS.

¿Y ella vale para mí?

LEON[illegible]

Desvíate, y deja, Inés,
Esas mujeres.

Vanse todas.

[illegible]

¿Qué ha sido
La causa de haber reñido
Las dos?

RAMIRO.

No entiendo lo que es.
Los músicos vienen ya,
[illegible]os y mozas se aliñan.

FABIO.

Cosa que de celos riñan.....

L[illegible] que [illegible]
bailar, Benito, Silvio, Celio.

[illegible]

¡Qué famoso el prado está!

[illegible]

Nunca se vió como ahora.

[illegible]

Todo es celos.

[illegible]

Todo amores.

[illegible]

Para esmaltarle de flores,
Laurencia sirve de flora.

[illegible]

Cantad, y estas dos serranas
C[illegible] nosotros bailarán.

[illegible]

[illegible] baile dirán,
Ya que á ayudarme te allanas?

INÉS.

Vaya la del niño Amor,
Cuando le picó la abeja.

CELIO.

Benito, el capote deja.

[illegible]

Los celos fuera mejor.

Los músicos, dos á dos, bailen y dancen.

Por los jardines de Chipre
And[illegible] el niño Cupido,
Entre las flor[illegible] y rosas,
Jugando con otros niños.
La aljaba tiene colgada
De las ramas de un aliso;
Por jugar con ella el viento,
Volaba, de Amor herido.
Las aves que en él cantaban,
Los enamorados picos
Trocaron, cuando la vieron,
En hacer casados nidos.

Baile.

Ibase el Amor
Por entre unos mirtos
En la verde margen
De un arroyo limpio.
Los niños con él
Tras los pajarillos
Que de rama en rama
Saltan fugitivos.
En un verde valle
De álamos ceñido,
Vieron dos colmenas
En guardado sitio.
Los niños temieron,
Y Amor, atrevido,
Probar de la miel
Codicioso quiso,
Picóle una abeja,
Y dando mil gritos,
Mostrando la mano
Á su madre dijo:
«Abejitas me pican, madre;
¿Qué haré, que el dolor es grande?»
Madre, la mi madre,
Picóme la abeja,
Que no hay miel tan dulce
Que después lo sea,
Porque no hay colmena
[illegible] no amargue.
«Abejitas me pican, madre;
¿Qué haré, que el dolor es grande?»
Riéndose Venus
Tomóle la mano,
Rompió de su velo
Un listón morado,

Atóle la herida
Y dijo al muchacho:
«Sientes que una abeja
Por tan breve rato
Te pique en un dedo
Costándote tanto,
Y no miras, niño,
Del mundo tirano,
Á cuántos has muerto
Disparando el arco.»

Baile.

Desengáñese quien ama
Y á hacer pesares se aplica,
Que le han de picar, si pica.

Danza.

No penséis, tirano Amor,
Que habéis de picar con celos,
Que os darán fuego por hielos
Y desdenes por favor;
Y sepa quien al rigor
De hacer pesares se aplica,
Que le han de picar, si pica.
Desengáñese, etc., etc.
Luego bajaron de los altos montes
Las ninfas á bailar al verde prado;
Viendo que Amor lloraba de picado,
Celebraban con ellas los pastores,
Que con celos y amores las adoran,
Que Amor llorase por quien tantos lloran.

Baile.

No temáis del Amor el arco,
Que el Amor anda picado:
Ya no puede Amor
Disparar las flechas,
Que del interés
Le picó una abeja;
Si la aljaba deja
Colgada de un árbol,
No temáis del Amor el arco,
Que el Amor anda picado.

Váyanse bailando por las dos puertas como que cada uno se va á su lugar, y queden Ramiro y Fabio.

RAMIRO.

Ya se va mi dulce ingrata
Á Manzanares, tan bella,
Que no le iguala la estrella
Que el campo de azul y plata
Adorna al ponerse el sol,
Y ya la noche parece
Que su negra sombra ofrece
Entre su rojo arrebol.
Cual queda solo en su ausencia
El pajarillo escondido
Entre las pajas del nido,
Quedo yo sin su presencia;
Y como espera que salga
El alma que el cielo adora,
Espero yo que el aurora
De su belleza me valga.
¡Ay, Fabio! Crece mi amor
Al paso de su desdén.

FABIO.

Siempre aconseja muy bien
El libre de su rigor.
Pero si yo te aconsejo,
Culpas mi buena intención,
Porque es de amor condición
Cerrar la puerta al consejo.
Si te hubieras explicado
Con Laurencia.....

RAMIRO.

No tratemos
De Laurencia.

FABIO.

Sus extremos,
Ramiro, licencia han dado
Á mis deseos, que pueda
Decirte, aunque no me atrevo,
Cierto pensamiento nuevo.

RAMIRO.

No hay cosa, Fabio, que exceda
Más de la justa amistad,
Que encubrir á los amigos
El alma.

FABIO.

Bien son testigos
Tus ojos de mi lealtad,
Ni tengo que encarecella.

RAMIRO.

Conozco la obligación
En que te estoy.

FABIO.

Si afición
Tuviese á Laurencia bella,
¿Haríate algún pesar
Ó á nuestra amistad traición?

RAMIRO.

Estos temores no son
De amigo.

FABIO.

El verte olvidar
Su hermosura por Leonor,
Me ha dado este atrevimiento.

RAMIRO.

Antes me darás contento
En tenerla, Fabio, amor.
Por dicha, ocupada en ti,
Dejará de molestarme;
Que yo pretendo casarme
Con Leonor.

FABIO.

Pues ¿queda así?

RAMIRO.

Así queda, y con mi gusto.

FABIO.

Pues no te quejes después.

RAMIRO.

No haya miedo que me des
Con estos celos disgusto.
Yo adoro, Fabio, á Leonor,

Y no [illegible]
Que, en habiendo dos amores,
Es deleite y no es amor.

Vanse, y salen D. Félix y Tomé.

DON FÉLIX.

La escura noche, fría,
Sueño de los mortales, en que envuelve
Sus cuidados el día,
Que en silencio y olvido los resuelve,
Entre los polos puesta,
Las balanzas iguales manifiesta.
Todo calla y descansa;
Parece que al principio ha vuelto el mundo;
Sólo del aura mansa
Suena el bullicio.

TOMÉ.

¡En qué rigor profundo
De sueño, sepultado
Está el lugar!

DON FÉLIX.

Yo solo desvelado.

TOMÉ.

Del silencio imagino,
Señor, la causa en estos dos lugares.

DON FÉLIX.

¿Cuál es?

TOMÉ.

El rico vino
Que tienen la Membrilla y Manzanares.
En el mundo, he pensado
Que no hay sueño tan dulce y descansado.
Apenas suena un gallo,
Despertador de las tinieblas ciegas;
Y la causa yo hallo
Que es el estar las cubas y bodegas
Junto á los gallineros,
Que el tufo les oprime los gargueros.
No ladra sólo un perro
Ni maya un gato; que el licor famoso,
Desde su dulce encierro,
Los tiene en sueño blando y amoroso.
Los buhos y lechuzas
Se han vuelto zorras, pero no de alcuzas.

DON FÉLIX.

Tú vienes animoso.

TOMÉ.

El casco que me has puesto en la cabeza
Fuera más provechoso
Si en ella me encajaras una pieza
Que hiciera diez cuartillos;
Tales bonetes, tales monacillos.
Pero este hierro helado,
¿Qué valor puede dar?

Se lo quita.

DON FÉLIX.

Torna á ponerte
Ese casco acerado.

TOMÉ.

Tomárale de vino.

Se lo pone.

DON FÉLIX.

¿De qué suerte
Entrar dentro podremos,
Para que á mi Leonor y á Inés hablemos?

TOMÉ.

Temo que el viejo sienta
Que escalamos su casa.

DON FÉLIX.

O muera ó viva,
Yo pienso entrar.

TOMÉ.

Intenta
Lo que quisieres, si tu bien estriba
En hablarla en secreto.

DON FÉLIX.

Tomé, todo el lugar está ahora quieto:
Yo no he de andar de día;
De noche nuestras cosas trataremos,
Y cuando ya se ría
El alba, á la Membrilla volveremos,
Y estará repartida
Entre los dos mi vida.

TOMÉ.

¡Buena vida!
Y el sueño, ¿en qué lugares?

DON FÉLIX.

Dormiremos el día en la Membrilla,
La noche en Manzanares;
Velaremos, en tanto que la villa
Duerma tan descuidada
Del desdichado fin de mi jornada.
Estas son las paredes
Por donde habemos de saltar.

TOMÉ.

Pues sube.

DON FÉLIX.

Sígueme tú si puedes.
¡Ay, Dios, qué alegre aquí una noche estuve!

TOMÉ.

Sí, que si acá me quedo,
Que puedan conocerme tengo miedo,
Porque los labradores
Madrugan con arados y con bueyes.

Leonor y Inés, por la otra parte.

LEONOR.

Plantas, hierbas y flores,
Que aún sufristes guardar de amor las leyes,
Ya estuvo mi alegría
Entre vosotras cuando Dios quería.
Flores de aquesta huerta,
Ya no puedo dormir con los temores
De ausencia tan incierta:
¿Qué consejo me dais, hermosas flores?

INÉS.
Acuéstate, señora,
Ó la noche dirá que eres su aurora.
DON FÉLIX.
Las tapias he mirado;
La más baja es aquésta; entremos.
TOMÉ.
Entra.

Éntrense los dos.

LEONOR.
Inés, cuando un cuidado
Otro al querer salir del alma encuentra,
Son olas que combaten
La vida, y no te espantes que me maten.
Tres meses han pasado
Que fué á la corte aquel soldado mío;
Mi padre está enojado,
Y aunque de sus intentos le desvío,
Jura que ha de casarme;
Mejor podrá decir que ha de matarme.
Ya tiene concertado
Mi casamiento con un hombre noble,
Caballero y letrado;
Y no le he visto, que es desdicha doble;
Pues mira tú si puedo
Tener sosiego entre esperanza y miedo.
Sin duda que este olvido
Causaron ocasiones de la corte;
Que muchos han perdido
Entre las aguas de su golfo el norte,
Porque hay allí sirenas
Que amores cantan, de intereses llenas.
INÉS.
Yo pienso que es engaño
Y que él no puede más.

Don Félix y Tomé, entrando.

DON FÉLIX.
Ya estamos dentro.
TOMÉ.
Si te has hecho algún daño.....
LEONOR.
Yo temo, con razón, algún encuentro,
Mi Félix me detiene;
Si no es azar, pues que mi bien no viene.
INÉS.
Acuéstate, que creo
Que ha de sentirte mi señor, señora.
LEONOR.
Con despierto deseo,
¿Cómo podré dormir?
INÉS.
Dejando agora
Que duerma el pensamiento.
LEONOR.
Pues vé delante, y abre el aposento.

Éntrense las dos.

DON FÉLIX.
Paréceme que sentí
Algún rüido en la puerta.
TOMÉ.
Temblando estoy.
DON FÉLIX.
¿Quién sería?
Aquí pienso que hay colmenas,
Y sin duda alguna, fué
Susurro de las abejas.
TOMÉ.
¿Abejas?
DON FÉLIX.
Esto sospecho.
TOMÉ.
¡Cosa que abejones sean
Y que piquen con garrotes;
Que hay labrador que si acierta
Sobre los lomos un palo
De un rayo de una carreta,
Parte un hombre como un nabo!
DON FÉLIX.
Aguardándome te queda
En este patio, Tomé;
Que por estas escaleras
He de subir hasta dar
Del aposento en la puerta
Adonde duerme Leonor;
Que una vez me dió las señas
Inés.
TOMÉ.
Á grande peligro
Te pones.
DON FÉLIX.
Que viva ó muera,
Tengo que hablar á Leonor.
TOMÉ.
En efecto, aquí me dejas.
DON FÉLIX.
Buen ánimo, que ya vuelvo.
TOMÉ.
Sube, no hayas miedo, llega.
Que yo estoy aquí temblando.
DON FÉLIX.
En tanto que subo, reza,
Tomé, algunas oraciones.

Vase.

TOMÉ.
¡Pardiez, que no se me acuerda
Con el miedo, las que, niño,
Me enseñó mi buena abuela!
¡Santa gloria haya su ánima!
¿Quién me trujo de mis eras
Á guardar puertas de locos?
Ya si en la calle estuviera,
Pudiera huir; mas aquí
Hoy seré perro entre puertas.
No sé por dónde me esconda
Luego que á don Félix sientan.
Tentar quiero las paredes.....

[illegible]
El aromático tufo
Que sale de la bodega?
Descuido del dueño ha sido;
Por San Prisco, que está abierta
¿Hay tal dicha? Salto, bailo;
Digo, solamente en vella,
Que mataré diez mil hombres,
Pues si esta braveza engendra
Sólo el olor, ¿qué hará el gusto?
Que hay á los pies, se me acuerda,
De las cubas, un barreño,
Media tinaja ó entera,
Donde el bitoque destila.
¡Oh, si alguna azumbre ó media
Hubiera con qué sacarle
Este almíbar en conserva!
Pero echárame de pechos
Aunque á sus pechos me duerma;
Mas no digo bien, que el casco
Servirá de jarro en ella;
Que el mejor casco es el vino
Para guardar la cabeza.

Quitándose el casco.

Éste bien cabe un azumbre;
Pues ¿qué cosa haré más cuerda
Que beber con su medida
Así midan las tabernas?

Entre D. Félix y Leonor medio desnuda, como que se acostaba.

LEONOR.

Mejor podremos hablar
En la puerta, Félix mío.

DON FÉLIX.

Hay más campo, y más me fío
Donde hubiere más lugar.

TOMÉ.

Seis de aquéstos no es beber
Doce, es cosa razonable.
Yo entro.

Entrese Tomé.

LEONOR.

Temor notable.

DON FÉLIX.

No temas.

LEONOR.

¿Quién puede ser?

DON FÉLIX.

Tomé, que me espera aquí.

LEONOR.

Luego bien te puedo hablar
Y dejarte de culpar,
Pues en mis brazos te vi,
Donde quiero que me cuentes
Tu ausencia y mi soledad

DON FÉLIX.

Esta común necedad
De pensar los pretendientes
Que ellos solos han servido,
Y que el Rey está esperando
Á que le informen, formando
Quejas sin haber oído,
Me hizo pedir á mí
Dos meses solos á Tello;
Que si yo pensara en ello
No me sucediera ansí.
Pasó el tiempo, y el pasar
No importara, si me diera
Esperanza en que pudiera
Pensar que hubiera lugar
De hacerme merced alguna;
Pero el pretender, también
Es un mar donde se ven
La bonanza y la fortuna.
Mandóme servir el Rey,
Que este verano le agrada
Correr la vega á Granada;
Servirle es forzosa ley,
No replicar, discreción,
Sentir, cosa natural;
No vine pagado mal,
Que esperanzas no lo son;
Que de un rey basta mandar
Que vuelva un hombre á servir,
Para callar y cumplir,
Y saber que ha de premiar.
Vime tan desesperado
De ver que volver tenía
Donde no sólo perdía
El premio de haberte amado,
Pero que daba ocasión
Para ser en la Membrilla
La fábula de la villa,
Que mozos, al fin, lo son;
Que fué milagro del cielo
No matarme; al fin, Tomé
Consolóme, y yo juré,
Con este justo recelo,
No ver á tu padre más,
Y despedirme de ti
De noche.

LEONOR.

Y ¿has dicho.....

DON FÉLIX.

Sí.

LEONOR.

Pues ¿dónde, Félix, te vas?

DON FÉLIX.

Á la guerra de Granada,
Donde, si el Rey quiere honrarme,
Y tú, Leonor, esperarme,
De tu lealtad obligada;
Que mujeres principales,
En tiniendo á un hombre amor,
Han de esperar con valor
Los casos más desiguales,
Volveré, mi bien, á ser
Tu marido. Si no, adiós

Jamás otra vez los dos
Nos volveremos á ver.

LEONOR.

¡Ay, Félix! ¿Tan poco ha sido
Lo que del alma me cuestas?
¿Son, mi señor, prendas éstas
Para empeñar al olvido?
¿Tan poco ha sido mi amor,
Tan cortas mis esperanzas,
Tan falsas mis confianzas,
Tan villano mi valor,
Tan flaco mi atrevimiento,
Tan injusta mi opinión,
Tan loca mi pretensión,
Tan necio mi pensamiento,
Tan tarde el determinarme,
Tan cobarde el atreverme,
Que te has atrevido á verme
Con ánimo de dejarme?
No, Félix, no es eso amor;
Amor es más arrojado;
Que en siendo considerado,
No es amor, sino temor.
Bien sé que puedo esperarte
Más años que tiene el mundo,
Pero en otra cosa fundo
Más perderte que olvidarte.
Mi padre, como pasó
El término concertado,
Me dijo que le has burlado,
Y que lo que el Rey te dió
Debes de haber encubierto
Para casarte en la corte;
Y enojado de que importe
Más tu interés que el concierto,
Ha tratado de casarme,
Pienso que informado bien,
De un letrado ó no sé quién,
Que á libros quiere trocarme
Tu espada y hechos honrados,
Que sirven más á los reyes (1),
Que la pluma de sus leyes,
Las plumas de los soldados.
Mas puesto que suele ser
Su parecer extremado
Mejor que el que tú me has dado,
No puede ser parecer.
Porque en amor tan igual,
Á los ojos que te ven,
Soldado pareces bien,
Letrados parecen mal.
Sin haberte yo ofendido,
Linda venganza has tomado,
Pues me dejas á un letrado
Á aprender leyes de olvido.
¡Plega á Dios!.....

DON FÉLIX.

Tente, Leonor,
¿Qué vas á decir?

LEONOR.

No sé.

DON FÉLIX.

¡Lloras? Dime tú qué haré,
Que yo sé leyes de amor,
Si ese letrado de olvido.....
¿Puédote yo pretender?

LEONOR.

Quiero darte un parecer
De lo que tengo aprendido,
De sola imaginación,
Deste marido letrado:
Tú, ¿no vas á ser soldado?

DON FÉLIX.

Sí voy.

LEONOR.

Pues ¿cuál ocasión
Para llevarme contigo
Mejor se puede ofrecer?

DON FÉLIX.

Breve ha sido el parecer.

LEONOR.

El padecer no lo ha sido.

DON FÉLIX.

¿Atreviéraste á seguirme?

LEONOR.

¡Oh, qué donaire! Al profundo,
Porque ha de ser corto el mundo
Para una mujer tan firme.
Pocas tenemos amor;
Pero aquella que le tiene,
Á ser un diamante viene
En firmeza y en valor.

DON FÉLIX.

Llevar, Leonor, á la guerra
En su traje una mujer,
No sé cómo puede ser,
Que grande peligro encierra;
Fuera de que el Rey es santo,
Dale este nombre Castilla,
Y como por nuestra villa
Se ha de hablar en esto tanto,
Luego le han de dar aviso;
Si tú, mudando ese traje,
Me siguieses como paje.....

LEONOR.

No más; que quien quiere y quiso,
Nunca halló dificultad;
Iré como tú quisieres,
Porque no hay en las mujeres
Más rey que su voluntad.

DON FÉLIX.

Esta noche has de salir.

LEONOR.

Aquesta noche saldré;
Que ya las paredes sé.

DON FÉLIX.

Por ellas puedes subir,
Y á las ancas de un caballo
Llegar donde estés segura.

(1) Falta este verso en el autógrafo.

LEONOR.

Ayuda la noche obscura,
Y despierta el ronco gallo
Los labradores de casa.
Llama á Tomé.

DON FÉLIX.

¡Tomé, ce!
Mas pudo con él la te
Del temor de lo que pasa.
¡Él se fué!

LEONOR.

¡Villano al fin!

DON FÉLIX.

Por esta pared saldréis.

LEONOR.

Adiós, que no os veré más,
Árboles de este jardín;
Adiós, padre, adiós, que amor
Es padre de cuanto vive;
Estos brazos apercibe.

DON FÉLIX.

Sube, ¡oh valiente Leonor!

TELLO.

¡Hola! Gente de mi casa,
¿No es hora de madrugar?
Eso sí, dad en callar,
Que ya la noche se pasa.
Tan alto el lucero está,
Que llama y le escucha el sol;
Ya del primer arrebol
Cubriendo el alba se va.
Verá el Carro y la Bocina.....
¡Ea, pues, es para hoy!

Benito.

BENITO.

En pie ha dos horas que estoy.

TELLO.

Llama esa gente, camina.

Salen Celio y Silvio.

SILVIO.

Eso sí, voces temprano.

TELLO.

¿Temprano os ha parecido?

CELIO.

¿Dirás que el sol ha salido?

TELLO.

Llamad á Timbrio y Albano.

SILVIO.

Poniendo el arado están.

TELLO.

Ensilla tú la Rosilla;
Que tengo que ir á la villa.

BENITO.

¿Esos cuidados te dan?

TELLO.

Quiero de camino ver
La gente de mi labor;
Llama esas mozas, Leonor.

SILVIO.

¿Leonor al amanecer?

CELIO.

(Todo aquesto es la codicia.)

BENITO.

Acostóse anoche tarde.

TELLO.

¿Qué queréis, que al sol aguarde?
Mucho la cama os envicia.
Echa aquellos gansos fuera,
Verás las voces que dan;
Salir al campo querrán,
Que ya los llama y espera;
Y vosotros á ahornar.

BENITO.

Pues di, ¿qué tiene que ver
Salir ellos á pacer,
Nosotros á trabajar?

TELLO.

Saca esos puercos de ahí,
Que anda en la calle el porquero.

SILVIO.

Con gente de cerda y cuero
No me entiendo.

CELIO.

Pues yo sí;
Que supuesto que al gruñir,
Estos pesadumbre den,
Con pensar en la sartén
Donde chillan al freir,
Se me quita por la mano.

TELLO.

Calienta ese horno, Pascual

CELIO.

No hay romero, y el jaral
Quemóse aqueste verano.

TELLO.

Pon ese carro, Ginés;
Saca esas mulas, acaba.

Entre Tomé con el casco en las manos lleno de vino, y dando traspiés.

TOMÉ.

¡Oh!..... ¡Qué lindamente estaba!
Licor de los cielos es.
Bien haya aquel santo padre
Que hizo tal invención:
¡Que pueda de un sarmientico
Salir tan dulce licor!
¡Oh!..... ¡Cuál estaba el barreño!
Jugábamos de una y dos
Hasta que, viendo su resto,
Arrojéme y hice choz.

BENITO.

Reparando en Tomé.

¿Qué es esto?

TELLO.

Reparando en Tomé.

¿Quién es ese hombre?

CELIO.
De la bodega salió.

TELLO.
¡De la bodega! Pues ¿cómo?

SILVIO.
Él debe de ser ladrón,
Y el vino le ha detenido,
Que es cárcel del seso.

TOMÉ.
Estoy
El más contento que he estado
Después que Dios me crió.
Ea, señor casco, dadme
Alguna consolación;
Pues que va de casco á casco,
Veamos cuál es mejor.

TELLO.
¡Hola, cuitado! ¿Qué es esto?

TOMÉ.
¿Cuitado yo? ¡Vive Dios,
Que está borracho don Félix!
¿Hablaste ya con Leonor?

BENITO.
Señor, aquéste es criado
De don Félix.

TELLO.
¡Confusión
Notable! Pues ¿ha venido?

TOMÉ.
Por las paredes entró.

TELLO.
¿Don Félix por las paredes?

TOMÉ.
¿No ve que le ayudé yo?

TELLO.
¡Hola! Gente de mi casa,
¡Vive el cielo, que hay traición!
Dentro de ella está don Félix.

BENITO.
Sin duda que no salió
De Manzanares.

TELLO.
¡Inés,
Juana, Esperanza!.....

Inés éntre.

INÉS.
Señor.....

TELLO.
Llama á Leonor.

INÉS.
Entró agora
En su aposento.

TELLO.
El temor
Que tienes, me dice ya
Mi deshonra.

TOMÉ.
¿Es para hoy
El irnos de aquí, don Félix?
Mira que es madrugador,
Y podrá despertar, Tello.

INÉS.
Señor, sintiendo tu voz,
Entré á despertalla, y vi.....

TELLO.
¿Qué viste? Dime sí ó no:
¿Está don Félix con ella?

INÉS.
No, señor, que la llevó
Aquesta noche don Félix.

TELLO.
¿Dónde?

INÉS.
No sé más, señor.

BENITO.
Si don Félix la ha llevado,
No será contra tu honor;
Tu hacienda ha sido la causa;
Que ilustres sus padres son;
Él la tendrá en la Membrilla.

TOMÉ.
Eso sabré yo mejor.

TELLO.
Pues ¿dónde la tiene?

TOMÉ.
¿Adónde?

TELLO.
Sí.

TOMÉ.
¿Adónde?..... ¿qué sé yo?

TELLO.
¡Muerto soy, mi honor es muerto!
¡Hijas, en fin, plega á Dios
Que quien os desea os tenga!
¡Perdí mi hacienda y mi honor!
El más mal hijo en efeto
Es hijo. ¡Buen pago dió
Don Félix á mis deseos,
Y á mis regalos Leonor!
Dadme la yegua, que quiero
Seguirle; y á ese ladrón
Atalde en tanto que vuelvo.

Vase.

CELIO.
¡Date á prisión!

TOMÉ.
¿Qué es prisión?

SILVIO.
¡Date preso!

TOMÉ.
Como sea
En la bodega, me doy;
Y es justo, porque el delito
En ella se cometió.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Ramiro. Fabio y músicos.

RAMIRO.

Dejad que vengarme trate;
¿Qué me puede suceder?

FABIO.

Vos dais, á mi parecer,
En extraño disparate.

RAMIRO.

Si yo le pedí á Leonor,
Y se excusó con decirme
Que deseara servirme
Sin ofensa de su honor,
Como dándome á entender,
Fabio, que sin él nací,
¿Qué venganza para mí
Como darle á conocer
Lo que por esto ha perdido
Y lo que hubiera ganado?

FABIO.

Á la puerta habéis llegado.

RAMIRO.

Que cantéis en ella os pido;
Que ya tiro á la ventana
De Tello una piedra.

MÚSICO.

Advierte
Que no las vuelvan de suerte
Que se sepa á la mañana.

RAMIRO.

No volverá, que está ya
El viejo muy quebrantado.

MÚSICO.

Pues ya va.

FABIO.

Si habéis templado,
Vaya de letra.

MÚSICO.

Y va.

Canta:

Que de Manzanares era la niña,
Y el galán que la lleva, de la Membrilla.
El galán hidalgo, bizarro y libre
Llevóse la niña de los melindres;
Ella fué la Circe de nuestra villa,
Y el galán que la lleva, de la Membrilla.

Tello dentro.

TELLO.

¡Hola, Benito, Pascual,
Silvio, Bernabé, Clemente!

RAMIRO.

Ya llama el viejo á su gente.

FABIO.

¡Vive Dios, que lo haces mal!
Que dar á los afligidos
Aflicción, es fuerte caso.

RAMIRO.

Que pase por lo que paso.

TELLO.

Salid los que estáis vestidos;
Que este infame da en venir
Á doblar mi deshonor.

FABIO.

Supuesto que es labrador,
Mira que pueden salir
Treinta mozos de su casa.

RAMIRO.

Cantad, que es cosa de risa.

TELLO.

Llamando.

¡Hola!....

BENITO.

Ya nos damos prisa.

RAMIRO.

Cantad.

FABIO.

El viejo se abrasa.

Vuelven á cantar. Paséese Ramiro.

MÚSICOS.

Él fué la deshonra del viejo padre,
Y ella fué la infamia de Manzanares,
Con ir como infame desconocida;
Y el galán que la lleva, de la Membrilla.

Salgan Tello, Benito, Silvio y otros, con alabardas y hondas.

TELLO.

¡Muera el infame mal nacido!

TODOS.

¡Muera!

RAMIRO.

Huye, Fabio, que piedras de villanos
No tienen resistencia.

TELLO.

¡Mueran todos!

MÚSICO.

¡Pesia tal, la guitarra me han quebrado!

SILVIO.

Mejor fuera los cascos, bellacones.

BENITO.

Huyendo van.

SILVIO.

¡Huid, perros impíos!

TELLO.

¡Que vengan á aumentar los males míos
Estos desvergonzados desta suerte!

¿Qué quieres, vida, ya? ¿Qué aguardas, muerte?

BENITO.

Ramirillo, señor, es el bellaco
Que te da pesadumbre de este modo.

TELLO.

Pues ¿eso no está claro? Ningún hombre
Que fuera bien nacido, me acordara
Mi desventura por tan vil camino;
Tan dormido parece que me tiene
Esta desdicha, que á quitarme el sueño
Viene con la canción de mi deshonra.
¡Oh, hacienda vil! ¿Qué vales sin la honra?
¡Que no tuviera yo quien le matara!.....
Lágrimas de dolor, bañad mi cara;
Arrancaré mis canas porque el suelo,
Con ellas y las lágrimas, engendre
Un basilisco que me mate.

BENITO.

Mira
Que provocas al cielo con la ira
Cuanto suele obligarle la paciencia.

TELLO.

Yo sé que un gran dolor tiene licencia:
Poned recado y ensillad mi yegua:
No he de vivir un hora en Manzanares;
Pasar quiero el verano en mi cortijo;
Allá me quiero estar; que aqueste infame,
Con estas coplas que ha compuesto, ha hecho
Que canten mi deshonra hasta los niños.

BENITO.

Bien harás en salir de Manzanares;
Que en tu casa de campo estás seguro
De que no te fatiguen estas cosas.

Celio.

CELIO.

¿Estás, señor, aquí?

TELLO.

Pues ¿cómo vienes,
Celio, tan de mañana del cortijo
Y con tanto alboroto?

CELIO.

El rey Fernando
Pasa á Granada, donde va su ejército,
Que le quiere correr la fértil vega;
Topóse con el Príncipe su hijo,
Que venía de Murcia á darle parte
De la conquista de aquel noble reino,
Donde ha ganado á Cartagena y Lorca;
Y los que van haciendo su aposento
Han tenido noticia de tu casa,
Y hoy padre y hijo han de comer en ella,
Y aun no sé si dormir aquesta noche.

TELLO.

Venga en buen hora el Rey; que, aunque soy [pobre,
Bien puedo aposentarle en mi cortijo;
No ha de costarle nada la posada;
Parte, Benito, y mata un par de bueyes,
Veinte carneros, treinta ó más cabritos;
Desnuda el palomar, no quede apenas
Un nido en él; vosotros, con ballestas,

Á los otros.

Mataréis los conejos que pudiéredes,
Y coma el Rey de balde con su gente.
No quede ni un tocino que no gasten;
Gracias á Dios, que para todos tengo,
Y más ahora que Leonor me falta;
Leonor, ingrata á tanto amor.

BENITO.

No llores,
Que Dios dará remedio á tus desdichas;
Que tengo el ver al Rey por buen agüero,
Y Félix, en efecto, es caballero.

TELLO.

Erré en no se la dar bueno,
Y él acertó con darme este veneno,
Matóme con llevar la mejor prenda,
Y gozará más presto de mi hacienda.

Éntrense, y salgan D. Félix y Leonor en hábito de soldado.

DON FÉLIX.

Ya estuvieran derribados
Los castillos de Almanzor,
Si como tú, Leonor,
Tuviera el Rey los soldados.
Ellos, de su acero armados,
Ganarán ricos despojos;
Pero aunque tengan enojos
De envidias mal empleadas,
Más que un año sus espadas
Matan una hora tus ojos.

LEONOR.

¿Burlas de mi valentía,
De mi espada y de mi talle?
Pues llegue ocasión de dalle
Al moro Rey batería,
Que tú verás si aquel día
Le falta á Leonor valor,
Porque la opinión mejor
De amor, es que por la parte
Del adulterio de Marte
Nació tan valiente Amor.

DON FÉLIX.

Si de su junta fué cierto
Que nació Amor, tú serías,
Que amores y valentías
Tienes en igual concierto.
Yo me doy, Leonor, por muerto;
Detén un instante el brío.

LEONOR.

¿Temes algún desafío?

DON FÉLIX.

Temo, aunque soy tan dichoso,
Ver tu valor victorioso
Y ver tan rendido el mío.

LEONOR.
¿Hame conocido aquí?
DON FÉLIX.
No, porque toda sospecha
Queda en tus bríos deshecha.
LEONOR.
¿Qué hará mi padre sin mí?
DON FÉLIX.
Consolarse que yo fuí
Quien te llevó de su casa.
LEONOR.
Yerra el padre que no casa
Su hija en edad igual;
Que el deseo natural,
Muros de diamantes pasa.

El Marqués de Cádiz con bastón, soldados.

MARQUÉS.
Aguardo por instantes á Su Alteza:
Ya me dicen que viene caminando.
SOLDADO.
Del Moro desmayó la fortaleza;
En Jaén y Archidona está temblando.
DON FÉLIX.
Dos soldados ofrezco á tu grandeza
En servicio del ínclito Fernando.
MARQUÉS.
¡Oh gallardo don Félix! Bien venido;
La palabra á Su Alteza habéis cumplido.
DON FÉLIX.
Cumplí la que le dí, y en Dios espero
Que, corriendo la vega de Granada,
Verá el valor de aqueste hidalgo acero.
MARQUÉS.
Estima el Rey vuestra gallarda espada.
¿Quién es este mancebo caballero
De quien agora la traéis honrada?
DON FÉLIX.
Es mi hermano, señor.
MARQUÉS.
¡Bizarro talle!
DON FÉLIX.
Viene á servir al Rey, y yo á enseñalle (1).
LEONOR.
Dadme los pies.
MARQUÉS.
Al lado de un hermano
De tal valor, seréis un Héctor presto.
LEONOR.
Militando con vos, será muy llano.
MARQUÉS.
Haré que os honre el Rey del mejor puesto.

Vanse el Marqués y el soldado.

DON FÉLIX.
También has de besar al Rey la mano.

LEONOR.
Dispuesta estoy, ya que me puse en esto,
Á no volver á ser mujer.
DON FÉLIX.
Advierte
Que mía lo has de ser.
LEONOR.
Hasta la muerte.

Entre de soldado con una espadilla en un tahalí de soga y su plumita, Tomé, en cuerpo.

TOMÉ.
Por las señas que he traído,
Aquí tengo de encontrarlos,
Que éste es el cuartel manchego,
Lleno de mozos bizarros,
Aunque ninguno me ha dicho
Que anda mujer en el campo.
DON FÉLIX.
Leonor, vuelve, por tu vida,
Los ojos á aquel soldado;
¿No se parece á Tomé?
LEONOR.
¡Cómo parece! Y es tanto,
Que pienso que es él.
DON FÉLIX.
¿Qué digo?
¡Ah, soldado!.....
TOMÉ.
Si llamaron
Soldado, no será á mí.
DON FÉLIX.
¿Qué digo? Señor soldado,
El de la pluma y tahalí.....
TOMÉ.
Á mí dijo, aunque es de gallo
La pluma, el tahalí de soga.....
Pero ¿qué estoy aguardando?
¿No es don Félix? Sí, ¿y digo
Señor?.....
DON FÉLIX.
Es Tomé.
TOMÉ.
Es el diablo.
DON FÉLIX.
¿Agora enojos, gallinas?
Dame esos brazos, borracho.
TOMÉ.
Con verte cesa mi enojo;
Y, en fin, te rindo los brazos.
¿Dónde está aquélla?
DON FÉLIX.
¿Quién?
TOMÉ.
¡Bueno!
DON FÉLIX.
Dirás Leonor.
TOMÉ.
Eso aguardo.
DON FÉLIX.
Pues ¿vila yo de mis ojos?

(1) Estos dos versos faltan en el autógrafo. Sin duda los añadió Lope al imprimir la comedia.

TOMÉ.
¿Te burlas?
DON FÉLIX.
No, á fe de hidalgo.
TOMÉ.
¡Oh, qué lindo!
DON FÉLIX.
Esto es verdad.

Déle Leonor por detrás una palmada.

LEONOR.
¿Qué hay, Tomé?
TOMÉ.
¿Quién es?
LEONOR.
Yo.
TOMÉ.
Paso;
Que me has lastimado un hombro.
LEONOR.
Tierno sois para soldado.
TOMÉ.
¡Es Leonor!
LEONOR.
La misma soy.
TOMÉ.
¡Verá el diablo! ¿Ya sois macho?
LEONOR.
Ya soy hombre.
TOMÉ.
¿Tan aprisa,
No estando ducha á calzarlos,
Os zampasteis los briviescos?
DON FÉLIX.
¿Cómo te fuiste, picaño,
Aquella noche?
TOMÉ.
¿Quién?
DON FÉLIX.
Tú.
TOMÉ.
¿Yo?
DON FÉLIX.
¡Pues no!
TOMÉ.
¡Bueno! Tentando
Con lo escuro las paredes,
Topé la bodega; bajo,
Y en el barreño que escurre
El bitoque, meto el casco,
Y púseme de manera
Que á la mañana me hallaron
Cercado de mil mosquitos,
La lengua llena de sarro;
Que me azotaron se dice,
Entre cuatro ó seis villanos,
Pero yo no lo sentí;
Lleváronme entre otros cuatro,
Donde en la calle dormí
Á pesar de los muchachos.
DON FÉLIX.
¡Buena guarda, por mi vida!
LEONOR.
¿Qué hay de mi padre?
TOMÉ.
Ha dejado
Á Manzanares, y vive
En su cortijo en el campo.
LEONOR.
¿Por qué?
TOMÉ.
Porque da Ramiro
En ir, con otros bellacos,
Á cantar todas las noches
Á su puerta.
DON FÉLIX.
Caso extraño.
TOMÉ.
«Que de Manzanares era la niña,
Y el galán que la lleva, de la Membrilla.»
Con esto y lo que se llama
Matraca entre cortesanos,
Cantaleta entre estudiantes
Y libelo entre letrados,
No le dejaban dormir,
Y el viejo, lleno de agravios,
No se pudiendo vengar,
Aunque no sin intentarlo,
Que luego el pícaro huía,
Se partió desesperado
Al cortijo donde vive.
DON FÉLIX.
Leonor, por el cielo santo,
Que me has de esperar aquí.
LEONOR.
Pues ¿dónde vas?
DON FÉLIX.
A matarlo.
LEONOR.
Yo iré contigo.
DON FÉLIX.
Eso no;
Yo tengo amigos soldados
Donde has de quedar; que el ir
Es peligro y es cansancio.
LEONOR.
He tomado tanta ira
De ese traidor, que, aunque tanto
Sienta tu ausencia y peligro,
Consiento en que vayas.
DON FÉLIX.
Vamos,
Tomé, tú y yo; que me importa
Que me guíes.....
TOMÉ.
¿Yo?
DON FÉLIX.
Los pasos;
Conque andando y fuera el miedo.
TOMÉ.
Por mí, vamos, que á tu lado

Seré como los valientes
Que acompañados son bravos,
Y gallinas si están solos;
Mas ¡por Dios! que voy temblando

Vanse.

LEONOR.

¿Qué dicha de las otras se adelanta,
Que tenga firme la mudable rueda,
Ni hay bien sin mal, ni mal que tanto exceda,
Que falte al bien en que poner la planta?
No hay gusto sin azar, ni mar en tanta
Bonanza, que una luna se esté queda,
Ni tan dulce manjar que serlo pueda,
Si punta de limón no le levanta.
Agrios quieren tener también los gustos,
Que son como manjares delicados,
Y sus pesares á sus tiempos justos.
Venid, disgustos, mas venid templados,
Porque si no tuviera amor disgustos,
¿Cómo tuviera gustos sazonados?

Vánse y entre Tello.

TELLO.

Campo, ya no, desierto,
Si en mi casa de campo
Tienes un Rey que tu cortijo vive,
Y en cuanto descubierto,
Ya con los pies estampo,
Ya con los ojos miro, me recibe
Por dueño y me apercibe,
Del imperio en señales,
Coronas de sus hojas,
No quieren mis congojas
Que asista á ver las púrpuras reales:
Salgo de entre los reyes
Á ver los surcos de los juntos bueyes.
Las mesas con manteles
De tan varias labores,
Dorada plata y vidrios venecianos,
Los bordados doseles
De escudos vencedores,
La corona de nobles cortesanos,
Dos reyes castellanos
Sentados á la mesa,
No alegran mis sentidos;
Que en mis bienes perdidos
Todo el placer para mis ojos cesa;
Que no es el oro ajeno
Para remedio de los ojos bueno.
Con cuánta diferencia
Aquí miré colgarse
Los racimos azules y dorados,
Con verde diligencia
Fértiles dilatarse
En brazos de los olmos acopados,
Asidos y enlazados
En rúbricas torcidas
De pámpanos hojosos,
Y otras veces gozosos
De verse entre las varas guarnecidas
De membrillos enanos,
Tomar su olor los moscateles granos.
Mil veces desde el alba
Cazando en este soto,
Cayó en la noche, tropezando el día,
Y yo, cuando la salva
El ocaso remoto
Al sol hacía que en su polo ardía,
Á mi casa venía,
El arzón de mi yegua
Cargado de conejos,
Pareciéndome lejos,
Con ser mía, la tierra de una legua,
Para ver á la ingrata
Víbora que engendré, pues que me mata.
Ya, campos, no la veo:
Dejóme Leonor, prados;
Bien os podéis secar, vides hermosas;
Que ya tengo deseos
De veros agostados,
Y vueltas en espinas vuestras rosas.
¡Oh, tú, que ya reposas
En brazos de un extraño,
No mates atrevida
Á quien te dió la vida!
Tu viejo padre soy, que al fin engaño,
Con deseos de verte,
La vida, que trocara por la muerte.

El rey Fernando, el Príncipe y el Maestre.

REY.

Muy bien nos ha regalado.

ALONSO.

Es muy noble labrador.

TELLO.

Á vuestros pies, gran señor,
Tenéis al huésped postrado
Para pediros perdón
De faltas tan desiguales;
Que estos rústicos jarales
Indignos de serlo son:
Creed que en mi voluntad
Un palacio el alma ha sido.

REY.

Y aun las obras han tenido
No sé qué de majestad:
Pedid lo que os diere gusto,
Tello.

TELLO.

¿Y aún será razón
Pedir?

REY.

¿Qué pedís?

TELLO.

Perdón,
Y que me lo deis es justo.

REY.

No hay de qué vos le pidáis,
Si algún preso no tenéis
Para quien perdón queréis.

TELLO.

Ya que licencia me dais,
No os quiero pedir perdón:
Castigo, señor, os pido.

REY.

¿Quién, Tello, os tiene ofendido?

TELLO.

Un agravio, una traición.

REY.

¡Traición! ¿De quién?

TELLO.

De un hidalgo.

REY.

¿Haos tomado alguna tierra?

TELLO.

Más, señor.

REY.

¿Haos afrentado
En la plaza ó en la iglesia?
¿Qué os ha dicho? ¿qué os ha hecho?

TELLO.

Sepa, señor, Vuestra Alteza,
Que yo tenía una hija
Hermosa, para quien eran
Estos campos, estos sotos,
Casas, viñas y dehesas;
Y aunque era hermosa y gallarda,
Y aunque villana discreta,
Presumo que el codiciarla
Era por mi rica hacienda:
No me mandéis proseguir;
Que á los reyes, sobremesa,
No es música la del llanto.

REY.

A los reyes que gobiernan,
El llanto de los vasallos
Y del labrador las quejas
Es la música mejor.

TELLO.

Entre muchos que quisieran
Casar con Leonor, mi hija,
Un hombre de buenas letras
Me aficionó, porque en casa
De un labrador muy bien entran,
Pues en los hijos que dan
Quitan la antigua rudeza.
Este hidalgo que os decía,
Viendo que ya estaba cerca
El matrimonio tratado,
Y que fué por su pobreza
El no se la dar á él,
Una noche, ¡á Dios pluguiera
Fuese la postrera mía!
Por la pared de una huerta
Escaló mi casa, entró,
Y al fin la robó; que en ella
Pudo más su amor que el mío,
Y su interés que mi afrenta.
Quisiera pasar de aquí,
Pero el llanto no me deja;
Que hay padres enamorados
Que lloran también ausencias,
Y enternéceme la suya.

REY.

¡Vive Dios, que si tuviera
En mi poder ese hombre,
Que la romana grandeza
Tuviera en poco á Torcato,
Y á Seleuco en menos Grecia,
Si fuera mi propio hijo!
Y ¿adónde se fué con ella?

TELLO.

Á vuestra guerra, señor;
Y pues vais agora á ella,
Suplícoos que le mandéis
Prender.

ALONSO.

¡Ay de su cabeza,
Maestre, si el Rey mi padre
Acierta en el campo á verla!

REY.

Maestre.....

MAESTRE.

Señor.....

REY.

Tomad
Una memoria que tenga
Nombres y señas de entrambos.

MAESTRE.

Dadme los nombres y señas.

TELLO.

Yo os daré señas y nombres.

ALONSO.

¿Tócale, señor, la afrenta
Á un padre, hermano ó pariente,
Cuando una mujer no es buena?

REY.

No, que sólo toca á quien
Llegó á los brazos con ella;
Que en lo que ellos no le han dado,
No puede caber afrenta.

Éntrense.

Ramiro, Fabio y músicos, de noche.

FABIO.

Dejadme de acompañar;
Que ya me tenéis celoso.

RAMIRO.

Sin razón vais sospechoso.

FABIO.

Sin celos, ¿quién puede amar?
En amorosos desvelos
Dicen que dan al favor,
El primer paso el amor,
Pero el segundo los celos.
Si Leonor en Manzanares
Estuviese, yo creyera
Que Laurencia nunca os diera
Ni deleites ni pesares;
Pero ya Leonor perdida,

¿Quién duda que volveréis
A [illegible]

RAMIRO.

No penséis
Que una cosa aborrecida
Se vuelve á querer jamás.

FABIO.

Como falte lo mejor,
Lo que parece peor
Suele conocerse más.
No habéis visto el que comiendo
Está un racimo, dejar
Los agraces, y picar
Lo que maduro está viendo,
Y acabado lo maduro
Comer también el agraz?
Pues ¿cómo tendré yo paz,
Ni estaré de vos seguro,
Si viendo acabar la ausencia
Los racimos de Leonor,
Os manda comer amor
Los agraces de Laurencia?

MÚSICO.

Á la ventana se ha puesto.

RAMIRO.

Hablad, que yo aguardo aquí.

FABIO.

¿Llegaré seguro?

RAMIRO.

Sí,
Que para olvidar es presto.

Laurencia en alto.

LAURENCIA.

¿Es Fabio?

FABIO.

¿Quién puede ser,
Sino quien siempre os adora?

LAURENCIA.

¿Á estas horas?

FABIO.

Pues ¿hay hora
De servir á una mujer
Como cuando duermen todos?

[illegible]

¿Quién viene con vos?

FABIO.

[illegible]

LAURENCIA.

Dec[illegible]

[illegible]IO.

No os lo diré
Si me matáis de mil modos

[illegible]

¿Es Ramiro?

[illegible]

[illegible]
Ese nombre de la boca.

LAURENCIA.

Estaré por él muy loca.

FABIO.

Decid que le aborrecéis.

LAURENCIA.

¿Traéis quien cante?

FABIO.

Aquí están
Dos amigos.

LAURENCIA.

Pues por dalle
Pena, quiero hacer cantalle,
Que bien sé que la sabrán,
La letrilla de Leonor.

FABIO.

¿Cosa que sea de celos?

LAURENCIA.

Mejor me guarden los cielos;
Mas no, que le tengo amor.

FABIO.

Señores, va de letrilla (Ap. á los músicos.)
Para hacer ciertos pesares.

MÚSICO.

¿Qué irá?

FABIO.

La de Manzanares,
Y el galán de la Membrilla.

Cantan.

MÚSICOS.

Que de Manzanares era la niña,
Y el galán que la lleva, de la Membrilla.

Entren D. Félix y Tomé.

DON FÉLIX.

Á buen tiempo.

TOMÉ.

Y el mejor
Que se pudo imaginar.

DON FÉLIX.

¡Que aquí vengan á cantar
Las desdichas de Leonor!

TOMÉ.

Oye la copla.

DON FÉLIX.

Sí haré;
Que asienta muy bien un palo
Sobre una copla.

TOMÉ.

Es regalo
Pegar en oyendo el pie.

Canten.

MÚSICOS.

La niña era rica, pobre el hidalgo;
Sacóla de casa por un terrado.

TOMÉ.

¡Vive Dios, que es gran mentira,
Porque por la huerta fué!
¿Qué aguardas?

DON FÉLIX.

Membrilla es pie.

TOMÉ.
Tu flema, señor, me admira:
Pues ¿éstos han de decir
Que por terrado salió?

DON FÉLIX.
¿Qué importa? En la tierra dió.

TOMÉ.
Ya rabio por sacudir.

Canten.

MÚSICOS.
Amor fué membrillo, y ella pepita,
Y el galán que la lleva, de la Membrilla.

Sacudan.

DON FÉLIX.
Pícaros, ¿de aqueste modo
Se cantan infamias tales?

RAMIRO.
¡Muerto soy!

TOMÉ.
¡Pégales, dales!

FABIO.
¡Vive Dios, que el mundo todo
Ha dado sobre Ramiro!
Adiós.

LAURENCIA.
Él vaya con vos.

TOMÉ.
¿Llevarán los dos?

DON FÉLIX.
Los dos.
¡Pega!

TOMÉ.
Con todos me tiro.

RAMIRO.
¡Muerto soy! Desdicha igual
Merece mi sinrazón.

Laurencia abajo; ellos se entren acuchillando; Ramiro quede.

LAURENCIA.
No me sufre el corazón
Que á Ramiro traten mal.

Huyen los demás.

¡Ay, Dios! ¿Quién está caído?

RAMIRO.
¿Es Laurencia?

LAURENCIA.
Sí, mi bien;
Que quiere el cielo también
Vengar mi amor de tu olvido.
Pero no permita Dios
Que de ti tome venganza,
Aunque ya sin esperanza
Del remedio de los dos.
¿Qué es esto?

RAMIRO.
Desdichas mías.

LAURENCIA.
Entra en mi casa, aunque veo
Cumplir tan mal mi deseo
Las mudanzas de los días;
Entra, que ya la apercibo
Para mi fin, pues es cierto;
Y estarás, Ramiro, muerto
Donde no quisiste vivo.

RAMIRO.
¡Ay, Laurencia, no es razón
Que te vengues de mi muerte!

LAURENCIA.
¿Darte el alma es ofenderte,
Y más en esta ocasión?
Vivirás, aunque este día
Tu vida el cielo concluya,
Porque en saliendo la tuya,
Tendrás, Ramiro, la mía.

Éntrense, y toquen una caja, saliendo con las espadas desnudas el Maestre, D.ª Leonor, el Príncipe y el Rey.

REY.
No es malo este principio.

MAESTRE.
Es tan notable,
Que vuelve el Moro hasta Granada huyendo.

ALONSO.
Con voz de ya vencido, lamentable,
Cobarde piensa que le vas siguiendo.

REY.
Bella ciudad, permite que te hable,
Pues en amarte tanto no te ofendo.

ALONSO.
Seguro puedes, pues tus rayos mira
En las almenas de la puerta Elvira.

REY.
Granada, de Castilla vengo á verte;
Si la vega te corro, no te enojes,
Yo soy, ciudad, tu amante, y desta suerte
Celos te doy porque el rigor aflojes;
Como te veo tan gallarda y fuerte,
Talo tus campos donde están tus trojes;
Y ojalá por tus últimas exequias
Cortara el hielo el agua en tus acequias.
Cercarte pienso por algunos días,
Probarte quiero, cuando no ganarte.

ALONSO.
En todas estas bellas correrías
Ningún soldado tiene mejor parte
Que este gallardo mozo, á quien podrías
Fiar de tu blasón el estandarte;
Yo le vi con mis ojos peleando,
Héctor en fuerzas, y en destreza Orlando.
Nunca dejó mi lado.

LEONOR.
Cobardía
Puedes llamar el no dejar tu lado,

Pues á la sombra del valor venía,
Que te dió el cielo, mi temor guardado.

REY.

Pues Alfonso celebra tu osadía,
Estima en mucho tu valor, soldado.
¿De dónde eres?

LEONOR.

Manchego, á tu servicio
Con el honor del militar oficio.

REY.

¿Eres noble?

LEONOR.

¿No basta la nobleza
De ejercitar las armas?

REY.

Es bastante;
Mas suele honrar también naturaleza,
Como en la mina al oro y al diamante.

ALONSO.

Hónrele con un cargo Vuestra Alteza
Á su valor y prendas semejante;
Que quiero yo tenerle en mi servicio.

REY.

Hazle tu capitán, que es digno oficio.

ALONSO.

¿Cómo es tu nombre?

LEONOR.

Yo, señor, Leonardo
Me llamo.

ALONSO.

Pues, Leonardo, con la plaza
Te quiero honrar de capitán gallardo.

LEONOR.

Dame esos pies.

ALONSO.

Mi cuello, amigo, enlaza.

LEONOR.

Un hermano mayor que tengo aguardo;
Hónreme Vuestra Alteza con dar traza
Que sea él capitán; yo alférez sea,
Porque este oficio en justa edad se vea.

ALONSO.

Pues tenga la jineta vuestro hermano,
Y la bandera vos.

LEONOR.

Los pies te beso.

REY.

Maestre.....

MAESTRE.

Gran señor.....

LEONOR.

No será en vano
Que procuréis que esté don Félix preso.

MAESTRE.

El memorial de aquel honrado anciano,
Que sirve á su delito de proceso,
Truje conmigo.

REY.

Su valor perdone.

MAESTRE.

Daréle á un oficial que le pregone.

REY.

Dalde á Leonardo.

MAESTRE.

El nombre del soldado
Que viene aquí, Su Alteza buscar manda;
Echad un bando, y con igual cuidado
Prendelde.

LEONOR.

Haréla ansí. (Con alas anda
La fortuna en mi bien, pues que me han dado
Que con un bando, siendo de su banda,
Prenda á don Félix, aunque bien sospecho
Que ya está preso si lo está en mi pecho.)

El Marqués éntre.

MARQUÉS.

Rehusando dar á Vuestra Alteza nuevas
Que le causen dolor, me detenía;
La Reina mi señora, queda enferma,
Y con peligro de la vida.

REY.

¡Ay, cielo,
Ya mi victoria llamaré sangrienta!

ALONSO.

Á sombra de los bienes se aposenta
Siempre el dolor.

MARQUÉS.

No excusa Vuestra Alteza
Partir á Burgos.

REY.

El amor me obliga,
Cuando no la razón; quede el Maestre
Por general en tanto, pues es justo
Que me acompañe el Príncipe.

ALONSO.

No puedo
Encarecer, señor, lo que agradezco
Que me llevéis con vos.

REY.

Ciudad famosa,
Quéjate de la muerte, pues es causa
Que no merezcan esos altos muros
Las banderas de Cristo soberano,
Y yo el ponerlas con mi propia mano.
Cercada quedas; mira bien que seas
Agradecida, y no rebelde, en tanto
Que con las armas otra vez me veas
Dar á tu Alhambra temeroso espanto.
Si ser cristiana ó bárbara deseas,
Yo lo veré si te me rindes cuanto
Te merece mi amor, Granada hermosa;
Seré yo tuyo; y tú serás mi esposa.

Váyanse todos, y quede Leonor.

LEONOR.

No quedo sin confusión,
Aunque mejorada quedo
De honras que imposibles son,
Pues todas las templa el miedo,

Don Félix, de tu prisión.
El Rey me manda buscarte,
Pero presto puedo hallarte
Si me pregunto por ti.
¿Está un atambor ahí?

ATAMBOR.

¿Qué mandas?

LEONOR.

Por esta parte
Del campo camina echando
Un bando.

ATAMBOR.

¿Qué manda el bando?

LEONOR.

Di que pena de la vida
Parezca..... (Yo soy perdida,
Mi muerte voy procurando.....

ATAMBOR.

¿No dices quién?

LEONOR.

Sí....

ATAMBOR.

¿Quién?

LEONOR.

Di
Don Félix de Trillo.

ATAMBOR.

Digo;
Mas ¿ante quién?

LEONOR.

Ante mí.

ATAMBOR.

¿Es para premio ó castigo?

LEONOR.

Para todo.

ATAMBOR.

Digo ansí:

Toque un poco la caja, y diga:

«*Ante los capitanes del tercio del Príncipe nuestro señor parezca D. Félix de Trillo, por mandato de Su Alteza, pena de la vida.*»

Torne á tocar.

LEONOR.

Con esto parte, y darás
Vuelta al ejército. ¡Ay, cielo!

ATAMBOR.

¿No contiene el bando más?

LEONOR.

No hay más.

ATAMBOR.

Pues parto.

Vase.

LEONOR.

Recelo
Que á buscar mi muerte vas;
Pero puesto que sospecho
Que diligencias ha hecho
Mi padre, más le aseguro
Con buscarle, pues procuro
Guardarle en mi propio pecho:
En él estará escondido.

Don Félix y Tomé.

DON FÉLIX.

No quisiera haber venido.

TOMÉ.

Que te vuelvas te aconsejo.

DON FÉLIX.

Al Rey se ha quejado el viejo,
Desdicha notable ha sido.

TOMÉ.

Pena, señor, de la vida,
Te han mandado parecer.

DON FÉLIX.

¡Si está Leonor ofendida!.....
Pero siendo mi mujer,
¿Qué puede haber que me pida?
¡Cuántos reyes han casado
Al criado y al soldado,
Y para ejemplo después
Las cabezas á los pies
Puesto de un padre agraviado!
¡Ay, Tomé, tienes razón!
Pero ¿no es Leonor aquélla?

TOMÉ.

Las señas de Leonor son.

DON FÉLIX.

¡Ah soldado!..... ¡Ah luz, ah estrella
Del mar de mi confusión!

LEONOR.

¡Ay, cielos! Es Félix.

DON FÉLIX.

Soy
Un esclavo de estos brazos.

LEONOR.

Con mil almas te los doy.

DON FÉLIX.

Si es prisión la de estos lazos,
Con otras tantas lo estoy.

TOMÉ.

¿No hay uno para Tomé
De barato de ese gusto?

LEONOR.

Si destos brazos podré
Tenerle en otros, es justo
Que los deje y te los dé.

DON FÉLIX.

¿Qué es esto que el Rey ordena?
Pena de la vida suena
El bando, prenda querida;
Mirad que sois vos mi vida
Y será vuestra la pena.
En fin, que pena de vos
Me manda el Rey parecer.

LEONOR.

Contemos, Félix, los dos

Nuestras [illegible]

TOMÉ.

¡Que es ver
Dos amantes!

DON FÉLIX.

Quiso Dios
Que pagase ya Ramiro
Su malicia.

LEONOR.

¿Murió?

TOMÉ.

No,
Pero anda en eso; y me admiro
Que á un hurgón que le di yo
No diese el postrer suspiro.

LEONOR.

¿Dónde estaba?

DON FÉLIX.

Con Laurencia
Por tu ausencia.

LEONOR.

¡Qué bizarra
Estaría de mi ausencia!

TOMÉ.

Al són de cierta guitarra
Se comenzó la pendencia.

DON FÉLIX.

Bien pagaron la letr[illegible]
Del galán de la Membrilla;
Mas di, mi bien, ¿que pregón
Es éste?

LEONOR.

Con la ocasión
De partirte á nuestra villa,
Fué forzoso que saliese
Con aquellas camaradas
Donde me dejaste, y fuese
Á acompañar sus espadas
Donde el Príncipe me viese.
Vióme; y como estás en mí,
Peleaste, y parecí
Tan valiente, que me ha dado
El Rey un oficio honrado;
Ya soy capitán.

DON FÉLIX.

¡Tú!

LEONOR.

Sí;

Pero dije que tenía
Un hermano, y que sería
Más justo, por ser mayor,
Darle el cargo, aunque en amor,
Que eres el menor sabía.
Mandólo Su Alteza ansí;
Hízome alférez á mí,
Y eres tú mi capitán.

TOMÉ.

Y á mí, ¿qué oficio me dan?
¿No se acuerda el Rey de mí?

LEONOR.

Tú serás cabo.

TOMÉ.

¿Qué es cabo?

LEONOR.

Cabo de escuadra.

TOMÉ.

No acabo
De salir de labrador;
Mas cabo me está mejor
Si ha tanto tiempo que cavo.

DON FÉLIX.

Cosas son que, á no quererte,
Era imposible creerte.

LEONOR.

Apenas fuí capitán,
Cuando este cargo me dan
De buscarte y de prenderte.
Bien conocí la ocasión;
Mas no pudiendo excusarme,
Traté de hacer tu prisión,
Porque es guardarte y guardarme.

DON FÉLIX.

Tienes, mis ojos, razón.

El Marqués y soldados.

MARQUÉS.

Partan volando algunos capitanes
Para hacer gente, que, si el cerco dura,
Será forzosa.

LEONOR.

Aquí, señor invicto,
Puedo ofrecerte al capitán hermano.

MARQUÉS.

¡Oh, Leonardo valiente!

DON FÉLIX.

Si á servirte
Llego en buena ocasión, humildemente
Te suplico me mandes.

MARQUÉS.

¿Sois hermano
De Leonardo?

DON FÉLIX.

Su hermano y vuestro esclavo.

TOMÉ.

Y á mí también, señor, que soy el cabo.

MARQUÉS.

Capitán, á buen tiempo habéis venido.

TOMÉ.

Sí, señor, á buen tiempo hemos llegado.

MARQUÉS.

Es menester hacer alguna gente.

TOMÉ.

¿Tan poca le parece que está hecha
Sin la que van haciendo cada día?

MARQUÉS.

¡Bestia! Es lenguaje de la guerra.

TOMÉ.

He visto
Mil cosas de esta traza que no entiendo:
Que es caballo ligero á un hombre dicen,

Á otro que es trompeta porque tañe,
Á uno coselete y á otro pica;
No es en mi tierra ansí, que á los caballos
Llaman caballos, y á los hombres hombres;
Aunque también en cosas de los jueces
Suelen decir: «Esto mandó la sala»,
Y la sala no manda, que es de yeso.

MARQUÉS.

Á D. Félix:

¿De dónde sois?

DON FÉLIX.

Señor, para serviros,
De la Membrilla soy.

MARQUÉS.

Donde los hombres
Son conocidos, más amigos tienen;
Allí me habéis de hacer algunos.

DON FÉLIX.

Pienso
Que se vendrá conmigo media villa.

MARQUÉS.

Pues id vos, capitán, á la Membrilla,
Y el alférez Leonardo á Manzanares;
Y despachad con brevedad en todo.

Váyase el Marqués.

DON FÉLIX.

Buscaré de servirte el mejor modo.
¿Qué te parece de esto?

LEONOR.

Que no puedes
Huir de tu fortuna.

DON FÉLIX.

No me pesa
De ir honrado deste noble cargo,
Pues voy seguro de cualquier peligro.

LEONOR.

Y yo, ¿qué haré?

DON FÉLIX.

Seguirme en ese hábito;
Que si fueres de alguno conocida,
Serás mirada, pero no ofendida.

TOMÉ.

Y el cabo, ¿qué ha de hacer? ¿Atar la gente?

DON FÉLIX.

Ea, señor alférez, brevemente
Bandera y caja apreste.

LEONOR.

Esté seguro
El señor capitán de que procuro
Servirle.

DON FÉLIX.

Pues partid á Manzanares;
Que he de alojarme en casa de mi suegro.

LEONOR.

¿En casa de mi padre?

DON FÉLIX.

Y dormir pienso
En tu aposento mismo.

LEONOR.

Bravo brío.

TOMÉ.

Huélgome, que ya tengo en ella el mío.

LEONOR.

¿Cuál?

TOMÉ.

La bodega, donde haré mi cama
Al pie de cierta sonorosa fuente
Que me dé en esta boca eternamente.

Éntrense, y salgan Benito y Inés.

BENITO.

La casa, Inés, apercibe,
Que ya está libre señor.

INÉS.

Según eso, ¿está mejor
Ramiro?

BENITO.

Mejor, pues vive.

INÉS.

¡Que prendiese este hombre impío
Á señor!

BENITO.

Tuvo razón,
Pues fué indicio la canción,
Y aun de pensamiento mío.
Cuido que, por su dinero,
Tello debió de buscar
Algún mozo del lugar,
Diestro de pala y de acero,
Como hombre de entrambas sillas.

INÉS.

Como quiera que ello fué,
Lindamente me vengué
De la letra en sus costillas.

BENITO.

Lo que por la villa oí,
Que más que todo sintió,
Fué que puesto amaneció
Un rétulo.

INÉS.

¿Cómo?

BENITO.

Así:
«¡Ay, que si los palos eran de encina,
Al galán que los dieron, de la Membrilla!»

INÉS.

Linda letrilla.

BENITO.

Famosa.

INÉS.

¿Tiene tono?

BENITO.

Y lindo son,
Que suena que es bendición.

Entren Tello, Celio y Silvio.

CELIO.
Prisión injusta y forzosa:
  Descansa, pues libre estás.
INÉS.
Mil parabienes te doy.
TELLO.
Algo consolado estoy,
No puedo deciros más;
  Que el castigo de Ramiro
Me despica de la ausencia
De Leonor.
SILVIO.
Ya con Laurencia
Se casa.
INÉS.
De eso me admiro;
  Que Fabio fué pretensor
Desa plaza.
TELLO.
Ya la plaza
Ramiro desembaraza;
Que habrá toros si hay amor.
CELIO.
  ¿No sabes como pasó,
No ha mucho, el Rey por aquí?
TELLO.
¡Cómo! ¿Se acordó de mí?
¡Cómo! ¿Á don Félix prendió?
BENITO.
  Nunca en tan grandes cuidados
Caben pequeñas memorias.
TELLO.
No le darán mil victorias,
Aunque aumenten sus estados,
  Tanta gloria como hacer
Justicia.

Suena una caja dentro.

CELIO.
¿Son cajas éstas?
SILVIO.
Cajas son, y no de fiestas.
BENITO.
Soldados deben de ser.

Don Félix, Leonor, Tomé y algunos soldados, bandera y caja.

DON FÉLIX.
  Esta casa me parece
Á propósito.
TELLO.
¿Qué es esto?
TOMÉ.
Es grande y es lin lo puesto.
TELLO.
¿Es ilusión que me ofrece
  El temor, ó el capitán
Es don Félix?
LEONOR.
La bandera
Me ha de encubrir.
DON FÉLIX.

Á Tello:

No quisiera,
Por el enojo que dan,
  Traer soldados aquí;
Perdonad si en esto excedo.
TELLO.
Pues vivo y miraros puedo,
No hay alma ni honor en mí.
DON FÉLIX.
  No quisistes que alojase
Mi persona aquí algún día,
Y traigo mi compañía.
TELLO.
¡Qué tal desvergüenza pase!
DON FÉLIX.
  Aquí veréis lo que valgo
Para amigo.
TELLO.
¡Qué rigor!
DON FÉLIX.
Debe un rico labrador
Alojar un pobre hidalgo.
  Quedará la casa honrada
De aquello que le faltó;
Que bien puedo honrarla yo,
Aunque es tan limpia y preciada.
TELLO.
  Tan limpia ya la tenéis,
Que ni aun honra habéis dejado,
Pues más os habéis llevado
Que darme ahora podéis.
  Ya no tenéis qué llevar;
¿Para qué venís aquí?
Debéis de venir por mí
Para acabarme de honrar.
  Vencisteis la fortaleza,
Escalasteis la muralla,
Si fué mucho conquistalla
Por almenas de flaqueza.
  Y agora metéis soldados
Para saquear mi hacienda,
Pero tras aquella prenda
Todos venís engañados;
  Que en mi casa no hallaréis,
Capitán, más plata y oro;
Que era Leonor mi tesoro,
Y ha días que la tenéis.
DON FÉLIX.
  Si yo pensara enojaros,
No hubiera venido aquí;
Y eso que decís de mí
Son engaños y muy claros.
  ¿No habéis estado en prisión
Por la herida de Ramiro?

TELLO.
Sí estuve.
DON FÉLIX.
¿Libre no os miro?
Luego testimonios son.
TELLO.
¿Esto es verdad?
DON FÉLIX.
Pues también
Lo puede ser vuestro engaño;
Y pues yo no os hice daño,
Haced que pronto me den
Aposento para mí,
Y otro al alférez, que viene
Algo enfermo, que bien tiene
Memoria de que hay aquí
Alguno en que ya posó
Sin tener mi compañía.
TELLO.
Pienso que el último día
De mi desdicha llegó.
Tomad, señor capitán,
La casa, que el cuerpo es
De un alma; pero después,
Si tengo honor os dirán
Estas manos, aunque ancianas;
Que no caduca el valor,
Porque suele arder mejor
En la nieve de las canas.
DON FÉLIX.
Él se fué.
LEONOR.
De ver llorar
Á mi padre, triste estoy.
DON FÉLIX.
Más que tristezas le doy,
Contentos le pienso dar.
TOMÉ.
¡Pardiez, señor capitán,
Que andan buenas las boletas!
Dos aposentos pedís
Que es mentira manifiesta,
Uno para vos, y otro
Para el alférez; que sea
Para deslumbrar á Tello
Bien es, porque no lo entienda;
Mas si habéis de dormir juntos,
El aposento que queda
Desembarazado os pido;
Que al entrar, vi la bodega
Con dos valientes candados.
LEONOR.
¡Ah!..... Señora Inés, detenga
El paso.
INÉS.
Voy á sacar
Ropa que serviros pueda.
LEONOR.
¿Quiere que le diga yo
Dónde hay sábanas?
INÉS.
¿Requiebra
Vuestra merced las villanas?
LEONOR.
Pues ¿no puedo yo?
INÉS.
Pues sepa
Que á un pellizco un mojicón,
Y á un beso una coz gallega.

Éntrese.

Benito éntre.

BENITO.
Pueden, señores soldados,
Cajas, banderas y mesas
Mudar aprisa á otra parte,
Porque sepan que el Rey llega
Á dormir en esta casa;
Que da á Granada la vuelta,
Con una carta que tuvo
De que está buena la Reina.
Ea, ¿qué me están mirando?
¿Hay fuego, hay furia que sea
Como un villano, si tiene
El Rey en el cuerpo?
DON FÉLIX.
Venga
Muchas veces en buen hora
Á aquesta casa Su Alteza;
Que yo me iré, que es muy justo.
¡Hola! Cajas y bandera
Recoged.
TOMÉ.
¿Luego ya el cabo
No se aloja en la bodega?

El Rey, el Príncipe, los demás, y Tello.

REY.
No vengo á desalojar;
Que donde están mis banderas
Estoy yo: basta, buen Tello,
Que á vuestra casa y hacienda
Vengo huésped cada día.
TELLO.
Sabe muy bien Vuestra Alteza
Que le aposento en el alma
Y cabrá, porque en la iglesia
Oí decir que cabía
Dios, siendo infinito, en ella.

Entren Ramiro, Fabio y Laurencia.

RAMIRO.
Con la ocasión, gran señor,
De que os merezca esta tierra,
Pido justicia á esos pies.
REY.
Teneos: ¿qué gente es ésta?

RAMIRO.

De Tello, señor, os pido
Justicia.

REY.

¡De Tello! Fuera
Buen hospedaje.

RAMIRO.

Señor,
Una hija, aunque más bella
Que honesta, de aquesta casa
Llevó un hidalgo á la guerra.
Compusiéronle enemigos,
O el vulgo junto, una letra,
Y porque cantar la hice,
Me ha puesto de tal manera,
Que de heridas estoy manco;
Prendíle, mas la riqueza
Le dió presto libertad:
Aquí están Fabio y Laurencia,
Testigos de todo el caso;
Infórmese Vuestra Alteza,
Y mande hacerme justicia.

TELLO.

Señor, nada de esto prueba,
Porque es su pariente Fabio,
Y ya su mujer Laurencia,
Y yo con toda mi gente
Pruebo que vino en mi ofensa
Á cantarme estas deshonras
Muchas veces á mi puerta.

REY.

¿Cantastes esto?

RAMIRO.

Señor,
Todos lo cantaban.

REY.

¡Buena
Disculpa! Á los tres destierro
Tres años de aquesta tierra.

LAURENCIA.

¡Señor!

REY.

No hay que replicar.

FABIO.

Advierte.....

REY.

Ya no hay que advierta:
¿Qué capitán se alojaba
En casa?

DON FÉLIX.

(¡Agora comienza
El sermón para nosotros.)

Turbado.

Yo, señor, yo.

REY.

[illegible]

DON FÉLIX.

Yo era
El que alojarme quería.

TELLO.

Conózcale Vuestra Alteza;
Que sobre haberme llevado
Mi hija desta manera,
Viene á alojarse en mi casa.

REY.

Luego ¿sois.....

TOMÉ.

(Hoy me degüellan.)

REY.

Don Félix de Trillo vos?

DON FÉLIX.

Sí, señor.

REY.

Pues ¿en qué tierra
De alarbes llevan las hijas,
Y en las casas se aposentan?
Confieso que me servís,
Pero viéneos la cabeza
Un poco grande. ¡Hola! Llamen.

DON FÉLIX.

¿Qué han de llamar? ¿No se acuerda
Vuestra Alteza que en Toledo
Le pedí un hábito ó renta
Por mis servicios, y viendo
Que me enviaba á la guerra,
Le dije que no sería
Mía la culpa si en esta
Casa sucediese un caso
Que á su dueño diese pena,
Y que respondió: «No importa;
Servid, que la culpa es nuestra?»
Pues ¿cómo por culpa suya
Quiere agora Vuestra Alteza
Quitarme la vida á mí?

REY.

Tello, la verdad es ésa.
Yo soy culpado; mirad
Cómo me dais la sentencia,
Que ya estoy en vuestras manos.

TELLO.

Señor, yo estoy en las vuestras;
Pero obligad á don Félix
Á que mi Leonor parezca.

REY.

Don Félix, esto es razón;
Dádsela, pues, que ya es fuerza
Que os caséis, y que tengáis
En paz su hija y su hacienda,
Que yo pago el hospedaje
Con daros hábito y renta.

DON FÉLIX.

Señor, besándoos los pies,
Haré que á lo mismo venga.

Á Leonor:

Llegad, alférez, aquí.

ALONSO.

¿Qué alférez?

LEONOR.

Leonor os besa

Los pies.

ALONSO.

Pues ¡era mujer!.....

TELLO.

Hija, ¿qué mudanza es ésta?

LEONOR.

Padre, yerros por amores;
Oro tenéis con que sean
Dorados.

TELLO.

Ya es todo tuyo.

TOMÉ.

Y del cabo, ¿no se acuerdan?

REY.

¿Quién es el cabo?

TOMÉ.

Yo soy
El cabo.

TELLO.

Cuatro dehesas
Le doy.

REY.

Yo seis mil ducados.

TOMÉ.

¿Y á Inés no?

TELLO.

Que tuya sea.

TOMÉ.

También es dehesa Inés;
Cinco dehesas me quedan,
Bien puedo echarme á pacer,
Una viva y dos de hierba.

REY.

Padrino será mi hijo.

DON FÉLIX.

Y aquí acaba la comedia
Del *Galán de la Membrilla*,
Última flor de la Vega.

FIN.

Loado sea el Santísimo Sacramento.
En Madrid, á 20 de Abril de 1615.—LOPE DE VEGA CARPIO.

«Vea esta comedia, cantares y entremeses, el secretario Tomás Gracián Dantisco.—En Madrid, á 18 de Mayo de 1615.»

«Esta comedia, intitulada *El Galán de la Membrilla*, se podrá representar, reservando á la vista lo que fuera de la lectura se offreciere en la action, y lo mismo en los cantares y entremés. Dando licencia el Sr. Diego López de Salcedo, del Consejo Supremo del Rey nuestro señor, rubricándola su merced aquí en Madrid, á 18 de Mayo de 1615.—THOMÁS GRACIÁN DANTISCO.»

«Representóse esta comedia con la censura de arriba, en Madrid á..... de Mayo de 1615.»

LA ESTRELLA DE SEVILLA

LA ESTRELLA DE SEVILLA

PERSONAS

El rey D. Sancho el Bravo.
Don Arias.
Don Pedro de Guzmán, *Alcalde mayor.*
Farfán de Ribera, *Alcalde mayor.*
Don Gonzalo de Ulloa.
Fernán Pérez de Medina.
Don Sancho Ortiz.
Busto Tabera.
Estrella, *dama.*
Teodora.
Matilde.
Don Íñigo Osorio.
Don Manuel.
Clarindo, *gracioso.*
Un Alcaide.
Acompañamiento.
Criados.
Músicos.
Gente.

ACTO PRIMERO.

El Rey, D. Arias, D. Pedro de Guzmán y Farfán de Ribera.

REY.

Muy agradecido estoy
Al cuidado de Sevilla,
Y conozco que en Castilla
Soberano rey ya soy.
Desde hoy reino, pues desde hoy
Sevilla me honra y ampara;
Que es cosa evidente y clara
Y es averiguada ley,
Que en ella no fuera rey
Si en Sevilla no reinara.
Del gasto y recibimiento,
Del aparato en mi entrada,
Si no la dejo pagada,
No puedo quedar contento.
Tendrá mi corte su asiento
En ella; y no es maravilla
Que la corte de Castilla
De asiento en Sevilla esté;
Que en Castilla reinaré
Mientras reinare en Sevilla.

DON PEDRO.

Hoy sus Alcaldes mayores
Agradecidos pedimos
Tus pies, porque recibimos
En su nombre tus favores.
Jurados y regidores
Ofrecen con voluntad
Su riqueza y su lealtad,
Y el Cabildo lo desea,
Con condición que no sea
En daño de tu ciudad.

REY.

Yo quedo muy satisfecho.....
. . . . (1)

DON PEDRO.

Tus manos nos da á besar.

REY.

Que en recibirme habéis hecho
Como quien sois; y sospecho
Que á vuestro amparo he de hacerme
Rey de Gibraltar, que duerme
Descuidado en las colunas;
Y con prósperas fortunas
Haré que de mí se acuerde (2),

(1) Falta un verso á esta décima.
(2) *Acuerde* no es consonante de *hacerme* y *duerme.*

[illegible]

Con su lealtad y su gente
Sevilla en tan alta empresa
Le servirá á Vuestra Alteza (1),
Ofreciendo juntamente
Las vidas [illegible]

DON ARIAS.

Así lo siente
De vos el Rey y de vos:
Satisfecho de los dos
Queda, y de vuestro deseo.

REY.

Todo, Sevilla, lo creo
Y lo conozco. Id con Dios.

Vanse los Alcaldes.

DON ARIAS.

¿Qué te parece, señor,
De Sevilla?

REY.

Parecido
Me ha tan bien, que hoy he sido
Sólo rey.

DON ARIAS.

Mucho mejor,
Mereciendo tu favor,
Señor, te parecerá
Cada día.

REY.

Claro está
Que ciudad tan rica y bella,
Viviendo despacio en ella,
Más despacio admirará.

DON ARIAS.

El adorno y sus grandezas
De las calles, no sé yo
Si Augusto en Roma las vió,
Ni tuvo tantas riquezas.

REY.

Y las divinas bellezas,
¿Por qué en silencio las pasas?
¿Cómo limitas y tasas
Sus celajes y arreboles?
Y di, ¿cómo en tantos [illegible]
Como fueron, no te abrasas?

DON ARIAS.

Doña Leonor de Ribera,
Todo un cielo parecía,
Que de su rostro nacía
El sol de la primavera.

REY.

Sol es, si blanca no fuera,
Y á un sol con rayos de nieve
Poca alabanza se debe
Si en vez de abrasar enfría.
Sol que abrasase querría,
No sol que helado se bebe.

DON ARIAS.

La que te arrojó las rosas,
Doña Mencía se llama
Coronel.

REY.

Hermosa dama;
Mas otras vi más hermosas.

DON ARIAS.

Las dos morenas briosas
Que en la siguiente ventana
Estaban, eran doña Ana
Y doña Beatriz Mejía,
Hermanas, con que aun el día
Nuevos resplandores gana.

REY.

Por Ana es común la una,
Y por Beatriz la otra es,
Sola como el fénix, pues
Jamás la igualó ninguna.

DON ARIAS.

La buena ó mala fortuna,
¿También se atribuye al nombre?

REY.

En amor (y no te asombre),
Los nombres son (1) extrañeza,
Son (2) calidad y nobleza
Al apetito del hombre.

DON ARIAS.

La blanca y rubia.....

REY.

No digas
Quién es ésa: la mujer
Blanca y rubia vendrá á ser
Mármol y azófar; y obligas,
Como adelante prosigas,
Á oir lo (3) que me da pena.
Una vi de gracias llena,
Y en silencio la has dejado;
Que en sola la blanca has dado,
Y no has dado en la morena.
¿Quién es la que en un balcón
Yo con atención miré,
Y la gorra le quité
Con alguna suspensión?
¿Quién es la que rayos son
Sus dos ojos fulminantes,
En abrasar semejantes

---

(1) [illegible]
(2) [illegible] texto en [illegible] y séptimo de esta décima se leen allí de este modo:

[illegible]

Donde se ve que sobran algunas palabras en el primero ó en el segundo de estos versos, y falta uno [illegible]

---

(1) [illegible]
(2) *Con* dice aquí también en la edición antigua.
(3) *La* dice en la edición primitiva.

Á los de Júpiter fuerte,
Que están dándome la muerte,
De su rigor ignorantes?
  Una que, de negro, hacía
Fuerte competencia al sol,
Y al horizonte español,
Entre ébano amanecía.
Una noche, horror del día,
Pues de negro, luz le daba,
Y él eclipsado quedaba;
Un borrón de la luz pura
Del sol, pues con su hermosura
Sus puras líneas borraba.

DON ARIAS.

  Ya caigo, señor, en ella.

REY.

En la mujer más hermosa
Repara, que es justa cosa.

DON ARIAS.

Ésa la llaman *la Estrella*
De Sevilla.

REY.

Si es más bella
Que el sol, ¿cómo así la ofende?
Mas Sevilla no se entiende,
Mereciendo su arrebol;
Llamárase Sol; que (1) es sol
Que vivifica y enciende.

DON ARIAS.

  Es doña Estrella Tabera
Su nombre, y por maravilla
La llama Estrella Sevilla.

REY.

Y Sol llamarla pudiera.

DON ARIAS.

Casarla su hermano espera
En Sevilla, como es justo.

REY.

Se llama su hermano.....

DON ARIAS.

Busto
Tabera, y es regidor
De Sevilla, cuyo honor
Á su calidad ajusto

REY.

  Y ¿es casado?

DON ARIAS.

No es casado;
Que en la esfera sevillana
Es sol, si estrella es su hermana;
Que estrella y sol se han juntado.

REY.

En buena estrella he llegado
A Sevilla: tendré en ella
Fuerte favor, si es tan bella
Como la deseo; ya
Todo me sucederá
Muy bien, con tan buena estrella.
  ¿Qué orden, don Arias, darás
Para que la vea y hable?

DON ARIAS.

Esa estrella favorable,
Á pesar del sol, verás.
Á su hermano honrar podrás;
Que los más fuertes honores
Baten tiros de favores.
Favorécele; que el dar,
Deshacer y conquistar,
Puede imposibles mayores.
  Si tú le das y él recibe,
Se obliga; y si es obligado,
Pagará lo que le has dado;
Que al que dan, en bronce escribe.

REY.

Á llamarle te apercibe,
Y dar orden juntamente
Cómo la noche siguiente
Vea yo á Estrella en su casa:
Epiciclo que me abrasa
Con fuego que el alma siente.

Vase D. Arias.

Don Gonzalo de Ulloa, con luto.

DON GONZALO.

  Déme los pies Vuestra Alteza.

REY.

Levantad, por vida mía.
Día de tanta alegría,
¿Venís con tanta tristeza?

DON GONZALO.

  Murió mi padre.....

REY.

Perdí
Un valiente capitán.

DON GONZALO.

Y las fronteras están
Sin quien las defienda.

REY.

Sí:
  Faltó una heroica persona,
Y enternecido os escucho.

DON GONZALO.

Señor, ha perdido mucho
La frontera de Archidona;
  Y puesto, señor, que igual
No ha de haber en su valor,
Y que he heredado el honor
De tan fuerte general,
  Vuestra Alteza no permita
Que no se me dé el oficio
Que ha vacado.

REY.

Claro indicio
Que en vos siempre se acredita.
  Pero la muerte llorad
De vuestro padre, y en tanto
Que estáis con luto y con llanto,
En mi corte descansad.

(1) En la edición antigua *faes*.

DON GONZALO.

Con la misma pretensión
Fernán Pérez de Medina
Viene, y llevar imagina
[illegible] el bastón;
Que, en fin, adalid ha sido
[illegible] años, y con la espada
Los nácares de Granada
De rubíes ha teñido;
Y por eso adelantarme
Quise.

REY.

Veremos en ello;
Que supuesto que he de hacello,
Quiero en ello consultarme.

Fernán Pérez de Medina.

FERNÁN.

Pienso, gran señor, que llego
Tarde á vuestros altos pies;
Besarlos quiero, y después.....

REY.

Fernán Pérez, con sosiego
Los pies me podéis besar;
Que aun en mis manos está
El oficio, y no se da
Tal plaza sin consultar
Primero vuestra persona
Y otras del reino importantes,
Que siendo en ellos atlantes,
Serán rayos de Archidona.
Id, y descansad.

DON GONZALO.

Señor,
Este memorial os dejo.

FERNÁN.

Y yo el mío, que es espejo
Del cristal de mi valor;
Donde se verá mi cara
Limpia, perfecta y leal.

DON GONZALO.

También el mío es cristal
Que hace mi justicia clara.

Vanse D. Gonzalo y Fernán.

Don Arias y Busto Tabera.

DON ARIAS.

Aquí, gran señor, está
Busto Tabera.

BUSTO.

Á esos pies
Turbado llego, porque es
Natural efecto ya
En la presencia del Rey
Turbarse el vasallo; y yo,
Puesto que esto lo causó,
Como es ordinaria ley,
Dos veces llego turbado,
Porque el hacerme, señor,
Este impensado favor,
Turbación en mí ha causado.

REY.

Alzad.

BUSTO.

Bien estoy así;
Que si el Rey se ha de tratar
Como santo en el altar,
Digno lugar escogí.

REY.

Vos sois un gran caballero.

BUSTO.

De eso he dado á España indicio;
Pero conforme á mi oficio,
Señor, los aumentos quiero.

REY.

Pues yo los puedo aumentar.

BUSTO.

Divinas y humanas leyes
Dan potestad á los reyes;
Pero no les dan lugar
Á los vasallos á ser
Con sus reyes atrevidos,
Porque con ellos medidos,
Gran señor, deben tener
Sus deseos; y así, yo,
Que exceder las leyes veo,
Junto á la ley mi deseo.

REY.

¿Cuál hombre no deseó
Ser más siempre?

BUSTO.

Si á más fuera,
Cubierto me hubiera hoy;
Pero si Tabera soy,
No ha de cubrirse Tabera.

REY.

¡Notable filosofía *(Aparte con D. Arias.)*
De honor!

DON ARIAS.

(Aparte con el Rey.)

Capricho el primero
Sin segundo.

REY.

Yo no quiero,
Tabera, por vida mía,
Que os cubráis hasta aumentar
Vuestra persona en oficio
Que os dé deste amor indicio;
Y así, os quiero consultar,
Sacándoos de ser Tabera,
Por general de Archidona;
Que vuestra heroica persona
Será rayo en su frontera.

BUSTO.

Pues yo, señor, ¿en qué guerra
Os he servido?

REY.

En la paz

Os hallo, Busto, capaz
Para defender mi tierra;
Tanto, que ahora os prefiero
Á éstos que servicios tales
Muestran por sus memoriales,
Que aquí en mi presencia quiero
Que leáis y despachéis.
Tres pretenden, que sois vos
Y estos dos: mirad qué dos
Competidores tenéis.

BUSTO.

Lee.

«Muy poderoso señor: Don Gonzalo de Ulloa suplica á Vuestra Alteza le haga merced de la plaza de Capitán general de las fronteras de Archidona, atento que mi padre, estándole sirviendo más tiempo de catorce años, haciendo notables servicios á Dios por vuestra corona, murió en una escaramuza. Pido justicia, etc.»

Si de su padre el valor
Ha heredado don Gonzalo,
El oficio le señalo.

REY.

Leed el otro (1).

BUSTO.

Lee.

«Señor:
Fernán Pérez de Medina,
Veinte años soldado ha sido,
Y á vuestro padre ha servido,
Y serviros imagina
Con su brazo y con su espada,
En propios reinos y extraños.
Ha sido adalid diez años
De la vega de Granada,
Ha estado captivo en ella
Tres años en ejercicios
Cortos; por cuyos oficios,
Y por su espada, que en ella
Toda su justicia abona,
Pide en este memorial
El bastón de general
De los campos de Archidona.»

REY.

Decid los vuestros.

BUSTO.

No sé
Servicio aquí que decir,
Por donde pueda pedir,
Ni por donde se me dé.
Referir de mis pasados
Los soberanos blasones,
Tantos vencidos pendones
Y castillos conquistados,
Pudiera; pero, señor,
Ya por ellos merecieron
Honor; y si ellos sirvieron,
No merezco yo su honor.
La justicia, para sello,
Ha de ser bien ordenada,
Porque es caridad sagrada
Que Dios cuelga de un cabello.
Dar este oficio es justicia
Á uno de los dos aquí;
Que si me le dais á mí,
Hacéis, señor, injusticia.
Y aquí en Sevilla, señor,
En cosa no os he obligado;
Que en las guerras fuí soldado,
Y en las paces regidor.
Y si va á decir verdad,
Fernán Pérez de Medina
Merece el cargo; que es dina
De la frontera su edad.
Y á don Gonzalo podéis,
Que es mozo y cordobés Cid,
Hacer, señor, adalid.

REY.

Sea, pues, lo que queréis.

BUSTO.

Sólo quiero (y la razón
Y la justicia lo quieren)
Darles á los que sirvieren
Debida satisfacción.

REY.

Basta; que me avergonzáis
Con vuestros buenos consejos.

BUSTO.

Son mis verdades espejos,
Y así, en ellas os miráis.

REY.

Sois un grande caballero,
Y en mi cámara y palacio
Quiero que asistáis despacio,
Porque yo conmigo os quiero.
¿Sois casado?

BUSTO.

Gran señor,
Soy de una hermana marido,
Y casarme no he querido
Hasta dársele.

REY.

Mejor
Yo, Busto, se le daré.
¿Es su nombre?

BUSTO.

Doña Estrella.

REY.

Á Estrella, que será bella,

---

(1) Edición antigua:

REY.

Leed el otro *memorial*.

BUSTO.

Lee.

Muy poderoso señor.

N[illegible]oso le dé
Sino es el sol.

[illegible]STO.

Sólo un hombre,
S[illegible], para Estrella anhelo;
[illegible] no es estrella del cielo.

[illegible]

[illegible]
Con hombre que la merezca.

[illegible]RO.

[illegible]llo los pies te pido.

[illegible]

Daréla, Busto, marido
[illegible]
Y decidle que he de ser
Padrino y casamentero,
Y que yo dotarla quiero.

BUSTO.

Ahora quiero saber,
Señor, para qué ocasión
[illegible] me ha llamado,
Porque me ha puesto en cuidado.

[illegible]

Tenéis, Tabera, razón.
Yo os llamé para un negocio
De Sevilla, y quise hablaros
Primero, para informaros
Dél; pero la paz y el ocio
[illegible] convida: más despacio
Lo trataremos los dos.
Desde hoy asistidme vos
En mi cámara y palacio.
Id con Dios.

[illegible]

Los pies me dad.

[illegible]

Mis dos brazos, regidor,
Os daré.

BUSTO.

Tanto favor
No entiende mi actividad.
Sospechoso soy: quererme, (Aparte.)
Y sin conocerme honrarme,
[illegible] parece sobornarme,
H[illegible]r, que favorecerme.

Vase.

[illegible]

El hombre es bien entendido,
Y tan cuerdo como honrado.

[illegible]

Destos honrados me enfado.
¡Cuántos, gran señor, lo han sido
Hasta dar con la ocasión!
Sin ella, son destos modos
Todos cuerdos; pero todos
No en todas, señor, lo son.
Aquél murmura hoy de aquel
Que de otro ayer murmuró;
Que la ley que ejecutó,
Ejecuta el tiempo en él.
Su honra en una balanza
Pone; en otra poner puedes
Tus favores y mercedes,
Tu lisonja y tu privanza.

REY.

Encubierto pienso ver
Esta mujer en su casa,
Que es sol, pues tanto me abrasa,
Aunque estrella al parecer.
Viva yo, y diga Castilla
Lo que quisiere decir;
Que, Rey ciego, he de seguir
Á la Estrella de Sevilla.

Vanse.

Don Sancho, Estrella, Matilde y Clarindo.

DON SANCHO.

Divino ángel mío,
¿Cuándo seré tu dueño,
Sacando deste empeño
Las ansias que te envío?
¿Cuándo el blanco rocío
Que vierten mis dos ojos,
Sol que alumbrando sales
En concha de corales,
De que ha formado amor los labios rojos,
Con apacibles calmas
Perlas harás que engasten nuestras almas?

ESTRELLA.

Si como mis deseos
Los tiempos caminaran,
Al sol aventajaran
Los pasos giganteos,
Y mis dulces empleos
Celebrara Sevilla,
Sin envidiar celosa,
Amante venturosa,
La regalada y tierna tortolilla,
Que con arrullos roncos
Tálamos hace de los huecos troncos.

DON SANCHO.

¡Ay, cómo te agradece
Mi vida esos deseos!
Los etéreos trofeos
De la fama apetece
Mi alma, y se te ofrece.

ESTRELLA.

Yo con ella la vida,
Para que viva en ella.

D[illegible] SANCHO.

¡Ay, amorosa Estrella,
De fuego y luz vestida!

[illegible]LLA.

¡Ay, piadoso homicida!

D[illegible] SANCHO.

¡Ay, sagrados despojos,
Norte en el mar de mis confusos ojos!

CLARINDO.

Á Matilde:

¿Cómo los dos no damos
De holandas y cambrayes
Algunos blandos ayes,
Siguiendo á nuestros amos?

DON SANCHO.

¿No callas?

CLARINDO.

Ya callamos.
¡Ay, hermosa muleta (Aparte á Matilde.)
De mi amante desmayo!

MATILDE.

¡Ay, hermoso lacayo,
Que al són de la almohaza eres poeta!

CLARINDO.

¡Ay, mi dicha!

MATILDE.

¡Ay, dichoso!

CLARINDO.

No tiene tantos ayes un leproso.

DON SANCHO.

¿Qué dice al fin tu hermano?

ESTRELLA.

Que hechas las escrituras
Tan firmes y seguras,
El casamiento es llano,
Y que el darte la mano
Unos días dilate
Hasta que él se prevenga.

DON SANCHO.

Mi amor quiere que tenga
Mísero fin si el tiempo le combate.
Hoy casarme querría,
Que da el tiempo mil vueltas cada día.

ESTRELLA.

Si el tiempo se detiene,
Habla á mi hermano.

DON SANCHO.

Quiero
Hablarle, porque muero
Lo que amor le entretiene.

CLARINDO.

Busto Tabera viene.

Busto.

BUSTO.

¡Sancho amigo!.....

ESTRELLA.

¡Ay! ¿Qué es esto?

DON SANCHO.

¿Vos con melancolía?

BUSTO.

Tristeza y alegría
En cuidado me han puesto.
Éntrate dentro, Estrella.

ESTRELLA.

¡Válgame Dios, el tiempo me atropella!

Vanse Estrella y Matilde.

BUSTO.

Sancho Ortiz de las Roelas.....

DON SANCHO.

¿Ya no me llamáis cuñado?

BUSTO.

Un caballo desbocado
Me hace correr sin espuelas.
Sabed que el Rey me llamó,
No sé ¡por Dios! para qué;
Que aunque se lo pregunté,
Jamás me lo declaró.
Hacíame general
De Archidona, sin pedillo,
Y á fuerza de resistillo,
No me dió el bastón Real.
Hízome al fin.....

DON SANCHO.

Proseguid;
Que todo eso es alegría.
Decid la melancolía,
Y la tristeza decid.

BUSTO.

De su cámara me ha hecho.

DON SANCHO.

También es gusto.

BUSTO.

Al pesar
Vamos.

DON SANCHO.

Que me ha de costar (Aparte.)
Algún cuidado, sospecho.

BUSTO.

Díjome que no casara
Á Estrella, porque él quería
Casarla, y se prefería,
Cuando yo no la dotara,
Á hacerlo y dalla marido
Á su gusto.

DON SANCHO.

Tú dijiste
Que estabas alegre y triste;
Mas yo sólo el triste he sido,
Pues tú alcanzas las mercedes,
Y yo los pesares cojo.
Déjame á mí con tu enojo,
Y tú el gusto tener puedes;
Que en la cámara del Rey,
Y bien casada tu hermana,
El tenerle es cosa llana.
Mas no cumples con la ley
De amistad, porque debías
Decirle al Rey que ya estaba
Casada tu hermana.

BUSTO.

Andaba
Entre tantas demasías
Turbado mi entendimiento,
Que lugar no me dió allí
Á decirlo.

DON SANCHO.

Siendo así,

¿No se hará mi casamiento?

BUSTO.

Volviendo á informar al Rey
Que están hechos los conciertos
Y escrituras, serán ciertos
Los contratos; que su ley
No ha de atropellar lo justo.

DON SANCHO.

Si el Rey la quiere torcer,
¿Quién fuerza le podrá hacer,
Habiendo interés ó gusto?

BUSTO.

Yo le hablaré y vos también,
Pues yo entonces, de turbado,
No le dije lo tratado.

DON SANCHO.

Muerte, pesares me den.
Bien decía que en el tiempo
No hay instante de firmeza,
Y que el llanto y la tristeza
Son sombra de pasatiempo.
Y cuando el Rey con violencia
Quisiere torcer la ley.....

BUSTO.

Sancho Ortiz, el Rey es rey;
Callar, y tener paciencia.

Vase.

DON SANCHO.

En ocasión tan triste,
¿Quién paciencia tendrá, quién sufrimiento?
Tirano, que viniste,
Á perturbar mi dulce casamiento,
Con aplauso á Sevilla,
No goces los imperios de Castilla.
Bien de don Sancho el Bravo
Mereces el renombre, que en las obras
De conocerte acabo,
Pues por tu crueldad tal nombre cobras;
Pero Dios las humilla.
De Sevilla salgamos;
Vamos á Gibraltar, donde las vidas
En su riesgo perdamos.

CLARINDO.

Sin ir allá las damos por perdidas.

DON SANCHO.

Con Estrella tan bella,
¿Cómo vengo á tener tan mala estrella?
Mas ¡ay, que es rigurosa,
Y en mí son sus efectos desdichados!

CLARINDO.

Por esta estrella hermosa
Morimos como huevos estrellados;
Mejor fuera en tortilla.

DON SANCHO.

No goces los imperios de Castilla.

Vanse.

El Rey, D. Arias y acompañamiento.

REY.

Decid como estoy aquí.

DON ARIAS.

Ya lo saben, y á la puerta
Á recibirte, señor,
Sale don Busto Tabera.

Sale Busto.

BUSTO.

¡Tal merced, tanto favor!
¿En mi casa Vuestra Alteza?

REY.

Por Sevilla así embozado
Salí, con gusto de verla,
Y me dijeron, pasando,
Que eran vuestras casas éstas;
Y quise verlas, que dicen
Que son en extremo buenas.

BUSTO.

Son casas de un escudero.

REY.

Entremos.

BUSTO.

Señor, son hechas
Para mi humildad, y vos
No podéis caber en ellas;
Que para tan gran señor
Se cortaron muy estrechas;
Y no será bien notado
En Sevilla, cuando sepan
Que á visitarme venís.

REY.

No vengo, Busto, por ellas;
Por vos vengo.

BUSTO.

Gran señor,
Notable merced es ésta;
Y si aquí por mí venís,
No es justo que os obedezca;
Que será descortesía
Que á visitar su Rey venga
Al vasallo, y que el vasallo
Lo permita y lo consienta.
Criado y vasallo soy,
Y es más razón que yo os vea,
Ya que me queréis honrar,
En el alcázar; que afrentan (1)
Muchas veces las mercedes,
Cuando vienen con sospecha.

REY.

¿Sospecha? ¿De qué?

BUSTO.

Dirán,
Puesto que al contrario sea,
Que vinisteis á mi casa
Por ver á mi hermana; y puesta

(1) *Orentan* dice la edición antigua.

En buena opinión su fama,
Está á pique de perderla;
Que el honor es cristal puro,
Que con un soplo se quiebra.

REY.

Ya que estoy aquí, un negocio
Comunicaros quisiera.
Entremos.

BUSTO.

Por el camino
Será, si me dais licencia;
Que no tengo apercibida
La casa.

REY.

Gran resistencia (Ap. con D. Arias.)
Nos hace.

DON ARIAS.

Llevarle importa; (Ap. con el Rey.)
Que yo quedaré con ella,
Y en tu nombre la hablaré.

REY.

Habla paso, no te entienda;
Que tiene todo su honor
Este necio en las orejas.

DON ARIAS.

El peso las romperá.

REY.

Basta; no quiero por fuerza
Ver vuestra casa.

BUSTO.

Señor,
En casando á doña Estrella,
Con el adorno que es justo
La verá.

DON ARIAS.

Esos coches llega.

REY.

Ocupad, Busto, un estribo.

BUSTO.

Á pie, si me dais licencia,
He de ir.

REY.

El coche es mío,
Y mando yo en él.

DON ARIAS.

Ya esperan
Los coches.

REY.

Guíen al alcázar.

BUSTO.

Muchas mercedes son éstas; (Aparte.)
Gran favor el Rey me hace;
¡Plegue á Dios que por bien sea!

Vanse.

Estrella y Matilde.

ESTRELLA.

¿Qué es lo que dices, Matilde?

MATILDE.

Que era el Rey, señora.

Sale D. Arias.

DON ARIAS.

Él era;
Y no es mucho que los reyes
Siguiendo una estrella vengan.
Á vuestra casa venía
Buscando tanta belleza;
Que si el Rey lo es de Castilla,
Vos de la beldad sois reina.
El rey don Sancho, á quien llaman
Por su invicta fortaleza
El Bravo el vulgo y los moros,
Porque de su nombre tiemblan,
Esa divina hermosura
Vió en un balcón, competencia
De los palacios del alba,
Cuando en rosas y azucenas
Medio dormidas las aves,
La madrugan y recuerdan,
Y del desvelo llorosa,
Vierte racimos de perlas.
Mandóme que de Castilla
Las riquezas te ofreciera,
Aunque son para tus gracias
Limitadas las riquezas.
Que su voluntad admitas;
Que si la admites y premias,
Serás de Sevilla el sol,
Si has sido hasta aquí la estrella.
Daráte villas, ciudades,
De quien serás ricahembra,
Y daráte á un ricohombre
Por esposo, con quien seas
Corona de tus pasados
Y aumento de tus Taberas.
¿Qué respondes?

ESTRELLA.

¿Qué respondo?
Lo que ves.

Vuelve la espalda.

DON ARIAS.

Aguarda, espera.

ESTRELLA.

Á tan livianos recados
Da mi espalda la respuesta.

Vase.

DON ARIAS.

¡Notable valor de hermanos! (Aparte.)
Los dos suspenso me dejan.
La gentilidad romana
Sevilla en los dos celebra.
Parece cosa imposible
Que el Rey los contraste y venza;
Pero porfía y poder
Talan montes, rompen peñas.
Hablar quiero á esta criada,

Que las dádivas son puertas
Para conseguir favores
De las Porcias y Lucrecias.
¿Eres criada de casa?

MATILDE.

Criada soy, mas por fuerza.

DON ARIAS.

¿Cómo por fuerza?

MATILDE.

Que soy.
Esclava.

DON ARIAS.

¿Esclava?

MATILDE.

Y sujeta,
Sin la santa libertad,
Á muerte y prisión perpetua.

DON ARIAS.

Pues yo haré que el Rey te libre,
Y mil ducados de renta
Con la libertad te dé,
Si en su servicio te empleas.

MATILDE.

Por la libertad y el oro
No habrá maldad que no emprenda.
Mira lo que puedo hacer,
Que lo haré como yo pueda.

DON ARIAS.

Tú has de dar al Rey entrada
En casa esta noche.

MATILDE.

Abiertas
Todas las puertas tendrá
Como cumplas la promesa.

DON ARIAS.

Una cédula del Rey
Con su firma y de su letra,
Antes que éntre te daré.

MATILDE.

Pues yo le pondré en la mesma
Cama de Estrella esta noche.

DON ARIAS.

¿Á qué hora Busto se acuesta?

MATILDE.

Al alba viene á acostarse.
Todas las noches requiebra;
Que este descuido en los hombres,
Infinitas honras cuesta.

DON ARIAS.

Y ¿á qué hora te parece
[illegible]

MATILDE.

Señor, venga
Á las once; que ya entonces
Estará acostada.

Lleva
Esta esmeralda en memoria
De las mercedes que esperas.

Vanse.

Don Íñigo Osorio, Busto y D. Manuel, con llaves doradas.

DON MANUEL.

Goce Vuestra Señoría
La llave y cámara, y vea
El aumento que desea.

BUSTO.

Saber pagalle querría
Á Su Alteza la merced
Que me hace sin merecella.

DON ÍÑIGO.

Mucho merecéis, y en ella
Que no se engaña, creed,
El Rey.

BUSTO.

Su llave me ha dado,
Puerta me hace de su cielo,
Aunque me amenaza el suelo,
Viéndome tan levantado;
Que como impensadamente
Tantas mercedes me ha hecho,
Que se ha de mudar sospecho
El que honra tan de repente.

Don Arias.

DON ARIAS.

Á recoger, caballeros;
Que quiere el Rey escribir.

DON MANUEL.

Vamos, pues, á divertir
La noche.

Vanse Busto, D. Íñigo y D. Manuel.

El Rey.

REY.

¿Que sus luceros
Esta noche he de gozar,
Don Arias?

DON ARIAS.

Esta esclavilla
Es extremada.

REY.

Castilla
Estatuas le ha de labrar.

DON ARIAS.

Una cédula has de hacella.

REY.

Ven, don Arias, á ordenalla;
Que no dudaré en firmalla,
Como mi amor lo atropella.

DON ARIAS.

¡Buena queda la esclavilla,
Á fe de noble!

REY.

Recelo
Que me vende el sol del cielo
En la Estrella de Sevilla.

ACTO SEGUNDO.

El Rey, D. Arias y Matilde, á la puerta de casa de Busto.

MATILDE.

Solo será más seguro;
Que todos reposan ya.

REY.

¿Y Estrella?

MATILDE.

Durmiendo está,
Y el cuarto en que duerme, obscuro.

REY.

Aunque decillo bastaba,
Este es, mujer, el papel,
Con la libertad en él;
Que yo le daré otra esclava
Á Busto.

DON ARIAS.

El dinero y todo
Va en él.

MATILDE.

Dadme vuestros pies.

DON ARIAS.

Todas con el interés (Aparte al Rey.)
Son, señor, de un mismo modo.

REY.

Divina cosa es reinar.

DON ARIAS.

¿Quién lo puede resistir?

REY.

Al fin, solo he de subir
Para más disimular.

DON ARIAS.

¿Solo te aventuras hoy?

REY.

Pues dime, ¿en qué me aventuro?
Y cuando no esté seguro,
¿Conmigo mismo no voy?
Vete.

DON ARIAS.

¿Dónde aguardaré?

REY.

Desviado de la calle,
En parte donde te halle.

DON ARIAS.

En San Marcos entraré.

Vase.

REY.

¿Á qué hora Busto vendrá?

MATILDE.

Viene siempre cuando al alba
Los pájaros hacen salva;
Y abierta la puerta está
Hasta que él viene.

REY.

El amor
Me alienta á tan alta empresa (1).

MATILDE.

Busque tras mí Vuestra Alteza
Lo obscuro del corredor.

Vanse.

Don Manuel, Busto y D. Íñigo.

BUSTO.

Esta es mi posada.

DON ÍÑIGO.

Adiós.

BUSTO.

Es temprano para mí.

DON MANUEL.

No habéis de pasar de aquí.

BUSTO.

Basta.

DON ÍÑIGO.

Tenemos los dos
Cierta visita que hacer.

BUSTO.

¿Qué os pareció Feliciana?

DON MANUEL.

En el alcázar mañana,
Amigo, en esa mujer
Hablaremos, que es figura
Muy digna de celebrar.

Vanse D. Manuel y D. Íñigo.

BUSTO.

Temprano me entro á acostar.

Mirando el portal de su casa.

Toda la casa está obscura.
¿No hay un paje? ¡Hola, Luján,
Osorio, Juanico, Andrés!
Todos duermen. ¡Justa, Inés!
También ellas dormirán.
¡Matilde! También la esclava
Se ha dormido: es dios el sueño,
Y de los sentidos dueño.

Éntrase en su casa.

El Rey y Matilde.

MATILDE.

Pienso que es el que llamaba
Mi señor. ¡Perdida soy!

REY.

¿No dijiste que venía

---

(1) Otra vez *empresa* por consonante de *alteza*.

Al alba?

MATILDE.

De [illegible] ha es mía.

Sale Busto, y el Rey se emboza.

BUSTO.

¡Matilde!

MATILDE.

¡Ay Dios! Yo me voy.

REY.

No tengas pena. (Aparte á ella.)

Vase Matilde.

BUSTO.

¿Quién es?

REY.

Un hombre.

BUSTO.

¡Á estas horas hombre
En mi casa! Diga el nombre.

REY.

Aparta.

BUSTO.

No sois [illegible].
Y si pasa, ha de pasar
Por la punta desta espada;
Que aunque esta casa es sagrada,
La tengo de profanar.

REY.

Ten la espada.

BUSTO.

¿Qué es tener,
Cuando el cuarto de mi hermana
Desta suerte se profa[illegible]
Quién sois tengo de saber,
Ó aquí os tengo de matar.

[illegible]

Hombre de importancia soy;
D[illegible]jame.

[illegible]

En mi casa estoy,
Y en ella yo he de mandar.

REY.

Déjame pasar; advierte
Que soy hombre bien nacido,
Y aunque á tu casa he venido,
[illegible] i intención ofenderte,
Sino aumentar más tu honor.

[illegible]STO.

¡El honor así se aumenta!

[illegible]

Corre tu honor por mi cuenta.

[illegible]

[illegible]
[illegible] i mi honor procuráis,
[illegible]
Honránd[illegible]
Dándome honor, ¿os ta[illegible]
[illegible] uestro temor os convenza,
Como averiguado está,
Que ninguno que honra da,
Tiene de dalla vergüenza.
Meted mano, ó ¡vive Dios,
Que os mate!

REY.

¡Necio apurar!

BUSTO.

Aquí os tengo de matar,
Ó me habéis de matar vos.

Mete mano.

REY.

Diréle quién soy. (Aparte.) Detente,
Que soy el Rey.

BUSTO.

Es engaño.
¡El Rey procurar mi daño,
Solo, embozado y sin gente!
No puede ser; y á Su Alteza
Aquí, villano, ofendéis,
Pues defecto en él ponéis;
Que es una extraña bajeza.
El Rey había de estar
Sus vasallos ofendiendo!
De nuevo en esto me ofendo;
Por esto os he de matar,
Aunque más me porfi[illegible].
Y ya que aquí me ofendáis,
No en su grandeza pongáis
Tal defecto, pues sabéis
Que sacras y humanas leyes
Condenan á culpa estrecha
Al que imagina ó sospecha
Cosa indigna de los re[illegible].

REY.

¡Qué notable apurar de hombre! (Aparte.)
Hombre, digo que el Rey soy.

BUSTO.

Menos crédito te doy,
Porque aquí no viene el nombre
De rey con las obras, pues
Es el Rey el que da honor:
Tú buscas mi deshonor.

REY.

Éste es necio y descortés. (Aparte.)
¿Qué he de hacer?

BUSTO.

El embozado (Aparte.)
Es el Rey, no hay que dudar.
[illegible] r pasar,
Y saber si me ha afrentado,
Luego; que el alma me incita
La cólera y el fu[illegible],
[illegible] es como censo el honor,
[illegible] aquel que le da, le quita.
Pasa, cualquiera que [illegible].
[illegible] ra vez al Rey no infames,
[illegible] l Rey, villano, te llames,
Cuando haces hazañas feas.

Mira que el Rey mi señor,
Del África horror y espanto,
Es cristianísimo y santo,
Y ofendes tanto valor.
La llave me ha confiado
De su casa, y no podía
Venir sin llave á la mía
Cuando la suya me ha dado.
Y no atropelléis la ley;
Mirad que es hombre en efeto:
Esto os digo, y os respeto
Porque os fingisteis el Rey.
Y de verme no os asombre
Fiel, aunque quedo afrentado;
Que un vasallo está obligado
Á tener respeto al nombre.
Y sin más atropellallos
Contra Dios y contra ley,
Así aprenderá á ser rey
Del honor de sus vasallos.

REY.

Ya no lo puedo sufrir,
Que estoy confuso y corrido.
¡Necio! Porque me he fingido
Ser el Rey, ¿me dejas ir?
Pues advierte que yo quiero,
Porque dije que lo era,
Salir de aquesta manera;

Mete mano.

Que si libertad adquiero
Porque aquí rey me llamé,
Y en mí respetas el nombre,
Porque te admire y te asombre,
En las obras lo seré.
¡Muere, villano, que aquí
Aliento el nombre me da
De rey, y él te matará!

BUSTO.

Sólo mi honor reina en mí.

Riñen.

Criados con luces, y Matilde.

CRIADOS.

¿Qué es esto?

REY.

Escaparme quiero (Aparte.)
Antes de ser conocido.
Deste villano ofendido
Voy, pero vengarme espero.

Vase.

UN CRIADO.

Huyó quien tu afrenta trata.

BUSTO.

Seguidle, dadle el castigo.....
Dejadle, que al enemigo
Se ha de hacer puente de plata.
Dadle una luz á Matilde,
Y entraos vosotros allá.

Dánsela, y vanse los criados.

Ésta me vende, que está (Aparte.)
Avergonzada y humilde;
La verdad he de sacar
Con una mentira cierta.
Cierra de golpe esa puerta.
Aquí os tengo de matar:
Todo el caso me ha contado
El Rey.

MATILDE.

Si él no guardó (Aparte.)
El secreto, ¿cómo yo,
Con tan infelice estado,
Lo puedo guardar? Señor,
Todo lo que el Rey te dijo
Es verdad.

BUSTO.

Ya aquí colijo (Aparte.)
Los defectos de mi honor.
¿Que tú al fin al Rey le diste
Entrada?

MATILDE.

Me prometió
La libertad, y así, yo
Por ella, como tú viste,
Hasta este mismo lugar
Le metí.

BUSTO.

Y ¿sabe Estrella
Algo desto?

MATILDE.

Pienso que ella
En sus rayos á abrasar
Me viniera, si entendiera
Mi concierto.

BUSTO.

Cosa es clara,
Porque si acaso enturbiara
La luz, estrella no fuera.

MATILDE.

No permite su arrebol
Eclipse ni sombra obscura;
Que es su luz brillante y pura,
Participada del sol.
Á su cámara llegó,
Y dándome este papel,
Entró el Rey, y tú tras él.

BUSTO.

¡Cómo! ¿Este papel te dió?

MATILDE.

Con mil ducados de renta
Y la libertad.

BUSTO.

¡Favor (Aparte.)
Grande á costa de mi honor!
¡Bien te agradece la afrenta!
Ven conmigo.

MATILDE.

¿Dónde voy?

BUSTO.

Vas á que te vea el Rey;
Que así cumplo con la ley
Y obligación en que estoy.

MATILDE.

¡Ay, desdichada esclavilla!

BUSTO.

Si el Rey la quiso eclipsar, (Aparte.)
Fama á España ha de quedar
De *la Estrella de Sevilla.*

Vanse.

El Rey y D. Arias.

REY.

Esto al fin ha sucedido.

DON ARIAS.

Quisiste entrar solo.

REY.

Ha andado
Tan necio y tan atrevido,
Que vengo, amigo, afrentado,
Que sé que me ha conocido.
Metió mano para mí
Con equívocas razones,
Y aunque más me resistí,
Las naturales acciones
Con que como hombre nací,
Del decoro me sacaron
Que pide mi majestad.
Doy sobre él, pero llegaron
Con luces, que la verdad
Dijeran que imaginaron,
Si la espalda no volviera
Temiendo ser conocido,
Y vengo desta manera;
Lo que ves me ha sucedido,
Arias, con Busto Tabera.

DON ARIAS.

Pague con muerte el disgusto;
Degüéllale, vea el sol,
Naciendo, el castigo justo;
Pues en el orbe español
No hay más leyes que tu gusto.

REY.

Matarle públicamente,
Arias, es yerro mayor.

DON ARIAS.

Causa tendrás suficiente;
Que en Sevilla es regidor,
Y el más sabio y más prudente
No deja, señor, de hacer
Algún delito, llevado
De la ambición y el poder.

REY.

Es tan cuerdo y tan mirado,
Que culpa no ha de tener.

DON ARIAS.

Pues hazle, señor, matar
En secreto.

REY.

Aqueso sí;
Mas ¿de quién podré fiar
Este secreto?

DON ARIAS.

De mí.

REY.

No te quiero aventurar.

DON ARIAS.

Pues yo darte un hombre quiero,
Valeroso y gran soldado,
Como insigne caballero,
De quien el Moro ha temblado
En el obelisco fiero
De Gibraltar, donde ha sido
Muchas veces capitán
Victorioso, y no vencido,
Y hoy en Sevilla le dan,
Por gallardo y atrevido,
El lugar primero; que es
De militares escuelas
El sol.

REY.

Su nombre, ¿cómo es?

DON ARIAS.

Sancho Ortiz de las Roelas,
Y el Cid andaluz después.

REY.

Ése al momento me llama,
Pues ya quiere amanecer.

DON ARIAS.

Ven á acostarte.

REY.

¿Qué cama,
Arias, puede apetecer
Quien está ofendido y ama?
Ese hombre llama al momento.

DON ARIAS.

En el alcázar está
Un bulto pendiente al viento.

REY.

¿Bulto dices? ¿Qué será?

DON ARIAS.

No será sin fundamento.

REY.

Mira quién es.

DON ARIAS.

La esclavilla,
Con el papel en las manos.

REY.

¿Hay tal rabia?

DON ARIAS.

¿Hay tal mancilla?

REY.

Mataré á los dos hermanos
Si se alborota Sevilla.

DON ARIAS.

Mándale luego quitar,
Y con decoro y secreto
También se puede enterrar.

¡Así se pierde el respeto!
¡Tabera no ha de quedar!

Vanse.

Busto y Estrella.

ESTRELLA.
¿Qué es esto?
BUSTO.
Echa aquese marco.
ESTRELLA.
Apenas el sol dormido,
Por los balcones del alba
Sale pisando zafiros,
¡Y me levantas del lecho,
Solo, triste y afligido!
Confuso estás y turbado.
Dime, ¿has visto algún delito
En que cómplice yo sea?
BUSTO.
Tú me dirás si lo has sido.
ESTRELLA.
¿Yo? ¿Qué dices? ¿Estás loco?
Dime si has perdido el juicio.
¡Yo delito! Mas ya entiendo
Que tú lo has hecho en decillo,
Pues sólo con preguntallo,
Contra mí lo has cometido.
¿No me conoces? ¿No sabes
Quién soy? En mi boca, ¿has visto
Palabras desenlazadas
Del honor con que las rijo?
Porque si no has visto nada
Que me pueda ser indicio,
¿Qué delito puede haber?
BUSTO.
Sin ocasión no lo digo.
ESTRELLA.
¿Sin ocasión?
BUSTO.
¡Ay, Estrella,
Que esta noche en casa.....
ESTRELLA.
Dilo;
Que si estuviere culpada,
Luego me ofrezco al suplicio.
¿Qué hubo esta noche en casa?
BUSTO.
Esta noche fué epiciclo
Del sol; que en ella esta noche
Se trocó de Estrella el signo.
ESTRELLA.
Las llanezas del honor
No con astrólogo estilo
Se han de decir: habla claro,
Y deja en sus zonas cinco
El sol; que aunque Estrella soy,
Yo por el sol no me rijo.
BUSTO.
Cuando partía la noche
Con sus destemplados giros
La campana de las Cuevas,
Lisonja del cielo empíreo,
Entré en casa, y topé en ella,
Cerca de tu cuarto mismo,
Al Rey, solo y embozado.
ESTRELLA.
¿Qué dices?
BUSTO.
Verdad te digo.
Mira, Estrella, á aquestas horas,
¡Á qué pudo haber venido
El Rey á mi casa solo,
Si por Estrella no vino!
Matilde con él estaba,
Que á los pasos y al rüido
Salió, porque entonces era
Sabio lince el honor mío.
Metí mano, y «¿quién va?», dije;
Respondió: «Un hombre»; y embisto
Con él; y él, de mí apartado,
Que era el Rey, Estrella, dijo;
Y aunque le conocí luego,
Híceme desentendido
En conocerle; que el cielo
Darme sufrimiento quiso.
Embistióme como rey
Enojado y ofendido;
Que un rey que embiste enojado,
Se trae su valor consigo.
Salieron pajes con luces,
Y entonces, por no ser visto,
Volvió la espalda, y no pudo
Ser de nadie conocido.
Conjuré la esclava, y ella,
Sin mostralle de Dionisio
Los tormentos, confesó
Las verdades sin martirio.
Firmada la libertad
Le dió en un papel que hizo
El Rey, cabeza al proceso
En que sus culpas fulmino.
Saquéla de casa luego,
Porque su aliento nocivo
No sembrara deshonor
Por los nobles edificios.
Cogíla á la puerta, y luego,
Puesta en los hombros, camino
Al alcázar, y en sus rejas
La colgué por su delito;
Que quiero que el Rey conozca
Que hay Brutos contra Tarquinos.
Esto me ha pasado, Estrella;
Nuestro honor está en peligro:
Yo he de ausentarme por fuerza,
Y es fuerza darte marido.
Sancho Ortiz lo ha de ser tuyo;
Que con su amparo te libro
Del rigor del Rey, y yo
Libre me pongo en camino.
ESTRELLA.
¡Ay, Busto! Dame esa mano

Por el favor infinito
Que me has hecho.

BUSTO.

Hoy has de ser,
Y así, Estrella, te apercibo,
Su esposa: guarda silencio,
Porque importa al honor mío.

Vase.

ESTRELLA.

¡Ay, amor y qué ventura!
Ya estás de la venda asido;
No te has de librar. Mas ¿quién
Sacó el fin por el principio,
Si entre la taza y la boca
Un sabio temió el peligro?

Vase.

El Rey con dos papeles, y D. Arias.

DON ARIAS.

Ya en la antecámara aguarda
Sancho Ortiz de las Roelas.

REY.

Todo el amor es cautelas;
Ya la piedad me acobarda.
En este papel sellado
Traigo su nombre y su muerte,
Y en éste, que yo he mandado
Matarle: de aquesta suerte
Él quedará disculpado.
Hazle entrar, y echa á la puerta
La loba, y tú no entres.

DON ARIAS.

¿No?

REY.

No; porque quiero que advierta
Que sé este secreto yo
Solamente; que concierta
La venganza mi deseo,
Más acomodada así.

DON ARIAS.

Voy á llamarle.

Vase.

REY.

Ya veo,
Amor, que no es éste en mí
Alto y glorioso trofeo.

Don Sancho.

DON SANCHO.

Vuestra Alteza á mis dos labios
Les conceda los dos pies.

REY.

Alzad, que os hiciera agravios.
Alzad.

DON SANCHO.

Señor.....

REY.

Galán es. (Aparte.)

DON SANCHO.

No es mucho que yo, señor,
Me turbe, no siendo aquí
Retórico ni orador.

REY.

Pues decid, ¿qué veis en mí?

DON SANCHO.

La majestad y el valor.
Y al fin, una imagen veo
De Dios, pues le imita el Rey;
Y después dél, en vos creo.
Á vuestra cesárea ley,
Gran señor, aquí me empleo.

REY.

¿Cómo estáis?

DON SANCHO.

Nunca me he visto
Tan honrado como estoy.

REY.

Pues aficionado os soy
Por prudente y por bienquisto.
Porque estaréis con cuidado,
Codicioso de saber
Para lo que os he llamado,
Decíroslo quiero, y ver
Que en vos tengo un gran soldado.
Á mí me importa matar
En secreto á un hombre, y quiero
Este caso confiar
Sólo de vos, que os prefiero
Á todos los del lugar.

DON SANCHO.

¿Está culpado?

REY.

Si está.

DON SANCHO.

Pues ¿cómo muerte en secreto
Á un culpado se le da?
Poner su muerte en efeto
Públicamente podrá
Vuestra justicia, sin dalle
Muerte en secreto; que así
Vos os culpáis en culpalle,
Pues dais á entender que aquí
Sin culpa mandáis matalle.
Si ese hombre os ha ofendido
En leve culpa, señor,
Que le perdonéis os pido.

REY.

Para su procurador,
Sancho Ortiz, no habéis venido,
Sino para dalle muerte;
Y pues se la mando dar
Escondiendo el brazo fuerte,
Debe á mi honor importar
Matarle de aquesta suerte.
¿Merece el que ha cometido

Crimen læsæ, muerte?

DON SANCHO.

En fuego.

REY.

¿Y si *crimen læsæ* ha sido
El déste?.....

DON SANCHO.

Que muera luego,
Á voces, señor, os pido;
Y si es así, la daré,
Señor, á mi mismo hermano,
Y en nada repararé.

REY.

Dadme esa palabra y mano.

DON SANCHO.

Y en ella el alma y la fe.

REY.

Hallándole descuidado
Puedes matarle.

DON SANCHO.

¡Señor!
Siendo Roela y soldado,
¿Me quieres hacer traidor?
¡Yo muerte en caso pensado!
Cuerpo á cuerpo he de matalle,
Donde Sevilla lo vea,
En la plaza ó en la calle;
Que al que mata y no pelea,
Nadie puede disculpalle;
Y gana más el que muere
Á traición, que el que le mata;
Y el vivo, con cuantos trata,
Su alevosía refiere.

REY.

Matadle como queráis;
Que este papel para abono,
De mí firmado lleváis,
En que consta que os perdono (1)
Cualquier delito que hagáis.
Referidlo.

Dale el papel.

DON SANCHO.

Dice así:

Lee.

«Al que ese papel advierte,
Sancho Ortiz, luego por mí
Y en mi nombre dadle muerte;
Que yo por vos salgo aquí;
Y si os halláis en aprieto,
Por este papel firmado,
Sacaros dél os prometo.—
Yo el Rey.»—Estoy admirado
De que tan poco conceto
Tenga de mí Vuestra Alteza.
¡Yo cédula! ¡Yo papel!
¡Qué! Más en vos que no en él
Confía aquí mi nobleza.
Si vuestras palabras cobran
Valor que los montes labra,
Y ellas cuanto dicen obran,
Dándome aquí la palabra,
Señor, los papeles sobran.
Rompedlo, porque sin él
La muerte le solicita
Mejor, señor, que con él;
Que en parte desacredita
Vuestra palabra el papel.

Rómpele.

Sin papel, señor, aquí
Nos obligamos los dos,
Y prometemos así,
Yo de vengaros á vos,
Y vos de librarme á mí.
Si es así, no hay que hacer
Cédulas, que estorbo han sido:
Yo os voy luego á obedecer;
Y sólo por premio os pido
Para esposa la mujer
Que yo eligiere.

REY.

Aunque sea
Ricafembra de Castilla,
Os la concedo.

DON SANCHO.

Posea
Vuestro pie la alarbe silla;
El mar los castillos vea
Gloriosos y dilatados,
Y por sus climas helados.....
. . . . (1)

REY.

Vuestros hechos excelentes,
Sancho, quedarán premiados.
En este papel va el nombre

Dale un papel.

Del hombre que ha de morir;
Cuando lo abráis, no os asombre:
Mirad que he oído decir
En Sevilla que es muy hombre.

DON SANCHO.

Presto, señor, lo sabremos.

REY.

Los dos, Sancho, solamente
Este secreto sabemos.
No hay que advertiros; prudente
Sois vos: obrad, y callemos.

Vase.

(1) Verso que se halla en la edición hecha en Boston, año de 1840, y no se lee en la impresión antigua que nos sirve de original.

(1) Falta un verso que consuene con *excelentes*.

[illegible]

CLARINDO.

¿Había de encontrarte
Cuando nuevas tan dulces vengo á darte?
Dame, señor, albricias
De las glorias mayores que codicias.

DON SANCHO.

¿[illegible]ora de humor vienes?

CLARINDO.

¿Cómo el alma en albricias no previenes?

Dale un papel.

DON SANCHO.

[illegible]

CLARINDO.

De Estrella,
Que estaba más que el sol hermosa y bella.
Mandóme que te diera
[illegible]l, y albricias te pidiera.

DON SANCHO.

[illegible]

CLARINDO.

Del casamiento,
Que se ha de efectüar luego al momento.

DON SANCHO.

¡Qué dices! La alegría
Me ha de matar. ¿Que Estrella ha de ser mía?
El hermoso lucero
Del alba, ¿es para mí? Del sol espero
Que los dorados rayos
En abismos de luz pinten desmayos.

Lee.

«Esposo, ya ha llegado
El venturoso plazo deseado:
Mi hermano va á buscarte
Sólo por darme vida y por premiarte.
Si del tiempo te acuerdas,
Búscale luego, y la ocasión no pierdas.—
Tu *Estrella.*» —¡Ay, forma bella!
¿Qué bien no he de alcanzar con tal estrella?
Avisa al mayordomo
De la dichosa sujeción que tomo,
Y que saque al momento
Las libreas que están para este intento
En casa reservad[illegible]
[illegible]quen las cabezas coronadas
Mis lacayos y pajes,
De hermosas pesadumbres de plumajes.
[illegible] albricias codicias,
[illegible]na aqueste jacinto por albricias;
Que el sol también te diera,
Cuando la piedra del anillo fuera.

CL[illegible]

[illegible]s más que la piedra,
Á tu esposa enlazado como hiedra;
Y pues tanto te precio,
Vivas, señor, más años que no un necio.

Vase.

DON SANCHO.

[illegible]car á Busto quiero,
Que entre deseos y esperanzas muero.
[illegible] y gusto
Me olvidaba del Rey, y no era justo.
Ya está el papel abierto:
Quiero saber quién ha de ser el muerto.

Lee.

«Al que muerte habéis de dar,
Es, Sancho, á Busto Tabera.»
¡Válgame Dios! ¡Que esto quiera!
¡Tras una suerte, un azar!
Toda esta vida es jugar
Una carteta imperfeta,
Mal barajada, y sujeta
Á desdichas y á pesares;
Que es toda en cientos y azares
Como juego de carteta.
Pintada la suerte vi;
Mas luego se despintó,
Y el naipe se barajó
Para darme muerte á mí.
Miraré si dice así.....
Pero yo no lo leyera
Si el papel no lo dijera.
Quiérole otra vez mirar.

Lee.

«Al que muerte habéis de dar,
Es, Sancho, á Busto Tabera.»
¡Perdido soy! ¿Qué he de hacer?
Que al Rey la palabra he dado.....
. . . . (1)
Y á su hermana he de perder.....
Sancho Ortiz, no puede ser.
Viva Busto. Mas no es justo
Que al honor contraste el gusto:
Muera Busto, Busto muera.
[illegible]
Viva Busto, viva Busto.
Mas no puedo con mi honor
Cumplir, si á mi amor acudo;
Mas ¿quién resistirse pudo
Á la fuerza del amor?
Morir me será mejor,
Ó ausentarme, de manera
Que sirva al Rey, y él no muera.
Mas quiero al Rey agradar.

Lee.

«Al que muerte habéis de dar,
Es, Sancho, á Busto Tabera.»
¿Si le mata por Estrella
El Rey, que servilla trata?.....

(1) Falta en esta décima un verso que consuene con *dado.*

Sí, por Estrella le mata:
Pues no muera aquí por ella.
Ofendelle y defendella
Quiero. Mas soy caballero,
Y no he de hacer lo que quiero,
Sino lo que debo hacer.
Pues ¿qué debo obedecer?
La ley que fuere primero.
Mas no hay ley que á aquesto obligue.
Mas sí hay, que aunque injusto el Rey.....
. . . . (1)
Á él después Dios le castigue,
Mi loco amor se mitigue;
Que, aunque me cueste disgusto,
Acudir al Rey es justo.
Busto muera, Busto muera,
Pues ya no hay quien decir quiera:
«Viva Busto, viva Busto.»
Perdóname, Estrella hermosa,
Que no es pequeño castigo
Perderte y ser tu enemigo.
¿Qué he hacer? ¿Puedo otra cosa?

Busto.

BUSTO.
Cuñado, suerte dichosa
He tenido en encontraros.
DON SANCHO.
Y yo desdicha en hallaros, (Aparte.)
Porque me buscáis aquí
Para darme vida á mí;
Pero yo para mataros.
BUSTO.
Ya, hermano, el plazo llegó
De vuestras dichosas bodas.
DON SANCHO.
Mas de mis desdichas todas, (Aparte.)
Decirte pudiera yo.
¡Válgame Dios! ¿Quién se vió
Jamás en tanto pesar?
¡Que aquí tengo de matar
Al que más bien he querido!
¡Que á su hermana haya perdido!
¡Que con todo he de acabar!
BUSTO.
Ya por escritura estáis
Casado con doña Estrella.
DON SANCHO.
Casarme quise con ella;
Mas ya no, aunque me la dais.
BUSTO.
¿Conocéisme? ¡Así me habláis!
DON SANCHO.
Por conoceros, aquí
Os hablo, Tabera, así.
BUSTO.
Si me conocéis Tabera,
¿Cómo habláis de esa manera?
DON SANCHO.
Hablo porque os conocí.
BUSTO.
Habréis en mí conocido
Sangre, nobleza y valor,
Y virtud, que es el honor,
Que sin ella honor no ha habido;
Y estoy, Sancho Ortiz, corrido.....
DON SANCHO.
Más lo estoy yo.
BUSTO.
¡Vos! ¿De qué?
DON SANCHO.
De hablaros.
BUSTO.
Si en mi honra y fe
Algún defecto advertís,
Como villano mentís,
Y aquí os lo sustentaré.

Mete mano.

DON SANCHO.
¿Qué has de sustentar, villano?
Perdone amor, que el exceso (Aparte.)
Del Rey me ha quitado el seso,
Y es el resistirme en vano.

Riñen.

BUSTO.
¡Muerto soy! Detén la mano.

Cae.

DON SANCHO.
¡Ay, que estoy fuera de mí,
Y sin sentido te herí!
Mas aquí, hermano, te pido
Que ya que cobré el sentido,
Que tú me mates á mí.
Quede tu espada envainada
En mi pecho; abre con ella
Puerta al alma.
BUSTO.
Á doña Estrella
Os dejo, hermano, encargada.
Adiós.

Muere.

DON SANCHO.
Rigurosa espada,
Sangrienta y fiera homicida,
Si me has quitado la vida,
Acábame de matar,
Porque le pueda pagar
El alma por otra herida.

(1) Falta un verso: D. Cándido María Trigueros, que refundió esta comedia, lo suplió con éste:

Es obedecerle ley.

Los dos [illegible] D. Pedro de Guzmán y Farfán de Ribera y otros caballeros.

DON PEDRO.

¿Qué es esto? Detén la mano.

DON SANCHO.

¿Cómo, si á mi vida he muerto?

FARFÁN.

¿Hay tan grande desconcierto?

DON PEDRO.

¿Qué es esto?

DON SANCHO.

He muerto á mi hermano.
Soy un Caín sevillano,
Que vengativo y cruel,
Maté un inocente Abel.
Veisle aquí; matadme aquí,
Que pues él muere por mí,
Yo quiero morir por él.

Don Arias.

DON ARIAS.

¿Qué es esto?

DON SANCHO.

Un fiero rigor;
Que tanto en los hombres labra
Una cumplida palabra
Y un acrisolado honor.
Decidle al Rey mi señor,
Que tienen los sevillanos
Las palabras en las manos,
Como lo veis, pues por ellas
Atropellan las Estrellas
Y no hacen caso de hermanos.

DON PEDRO.

Dió muerte á Busto Tabera.

DON ARIAS.

¿Hay tan temerario exceso?

DON SANCHO.

Prendedme, llevadme preso;
Que es bien que el que mata muera.
¡Mirad qué hazaña tan fiera
Me hizo el amor intentar,
Pues me ha obligado á matar
Y me ha obligado á morir,
Pues por él vengo á pedir
La muerte que él me ha de dar!

DON PEDRO.

Llevadle á Triana preso,
Porque la ciudad se altera.

[illegible]

¡Amigo Busto Tabera!.....

FARFÁN.

Este hombre ha perdido el seso.

DON SANCHO.

Dejadme llevar en peso,
Señores, el cuerpo helado,
En noble sangre bañado;
Que así su atlante seré,
Y entretanto le daré
La vida que le he quitado.

DON PEDRO.

Loco está.

DON SANCHO.

Yo, si atropello
Mi gusto, guardo la ley.
Esto, señor, es ser rey,
Y esto, señor, es no sello.
Entendello y no entendello
Importa, pues yo lo callo.
Yo lo maté, no hay negallo;
Mas el por qué no diré:
Otro confiese el por qué,
Pues yo confieso el matallo.

Llévanselo y vanse.

Estrella y Teodora.

ESTRELLA.

No sé si me vestí bien,
Como me vestí de prisa.
Dame, Teodora, ese espejo.

TEODORA.

Verte, señora, en ti misma
Puedes, porque no hay cristal
Que tantas verdades diga,
Ni de hermosura tan grande
Haga verdadera cifra.

ESTRELLA.

Alterado tengo el rostro,
Y la color encendida.

TEODORA.

Es, señora, que la sangre
Se ha asomado á las mejillas,
Entre temor y vergüenza,
Sólo á celebrar tus dichas.

ESTRELLA.

Ya me parece que llega,
Bañado el rostro de risa,
Mi esposo á darme la mano
Entre mil tiernas caricias.
Ya me parece que dice
Mil ternezas, y que oídas,
Sale el alma por los ojos,
Disimulando sus niñas.
¡Ay, venturoso día!
Esta ha sido, Teodora, estrella mía.

TEODORA.

Parece que gente suena.
Cayó el espejo. De envidia,

Álzale.

El cristal, dentro la hoja,
De una luna hizo infinitas.

ESTRELLA.

¿Quebróse?

TEODORA.

Señora, sí.

ESTRELLA.

Bien hizo, porque imagina

Que aguardo el cristal, Teodora,
En que mis ojos se miran.
Y pues tal espejo aguardo,
Quiébrese el espejo, amiga;
Que no quiero que con él,
Éste de espejo me sirva.

Clarindo, muy galán.

CLARINDO.
Ya aquesto suena, señora,
Á gusto y volatería;
Que las plumas del sombrero
Los casamientos publican.
Á mi dueño di el papel,
Y dióme aquesta sortija
En albricias.

ESTRELLA.
Pues yo quiero
Feriarte aquesas albricias.
Dámela, y toma por ella
Este diamante.

CLARINDO.
Partida
Está por medio la piedra:
Será de melancolía;
Que los jacintos padecen
De ese mal, aunque le quitan.
Partida por medio está.

ESTRELLA.
No importa que esté partida;
Que es bien que las piedras sientan
Mis contentos y alegrías.
¡Ay, venturoso día!
Esta, amigos, ha sido estrella mía.

TEODORA.
Gran tropel suena en los patios.

CLARINDO.
Y ya la escalera arriba
Parece que sube gente.

ESTRELLA.
¿Qué valor hay que resista
Al placer?

Los dos Alcaldes mayores, con gente que trae el cadáver de Busto.

ESTRELLA.
Pero..... ¿qué es esto?

DON PEDRO.
Los desastres y desdichas
Se hicieron para los hombres;
Que es mar de llanto esta vida.
El señor Busto Tabera
Es muerto.

ESTRELLA.
¡Suerte enemiga!

DON PEDRO.
El consuelo que aquí os queda,
Es que está el fiero homicida,
Sancho Ortiz de las Roelas,
Preso, y dél se hará justicia
Mañana sin falta..... (1).

ESTRELLA.
Dejadme, gente enemiga,
Que en vuestras lenguas traéis
De los infiernos las iras.
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortiz! ¿Hay quien lo diga?
¿Hay quien lo escuche y no muera?
Piedra soy, pues estoy viva.
¡Ay, riguroso día!
¡Esta, amigos, ha sido estrella mía!
Pero si hay piedad humana,
Matadme.

DON PEDRO.
El dolor la priva,
Y con razón.

ESTRELLA.
¡Desdichada
Ha sido la estrella mía!
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortiz! ¡Él quien divida
Tres almas de un corazón!.....
Dejadme, que estoy perdida.

DON PEDRO.
Ella está desesperada.

FARFÁN.
¡Infeliz beldad!

DON PEDRO.
Seguidla.

CLARINDO.
Señora.....

ESTRELLA.
Déjame, ingrato,
Sangre de aquel fratricida.
Y pues acabo con todo,
Quiero acabar con la vida.
¡Ay, riguroso día!
¡Esta ha sido, Teodora, estrella mía!

ACTO TERCERO.

El Rey, los dos Alcaldes y D. Arias.

DON PEDRO.
Confiesa que le mató,
Mas no confiesa por qué.

REY.
¿No dice qué le obligó?

FARFÁN.
Sólo responde: «No sé.»

DON PEDRO.
Es gran confusión.

(1) Verso incompleto.

REY.

Y [illegible]
[illegible]

[illegible]

Señor, de ninguna suerte.

[illegible]

¡Temeraria confusión!

[illegible]

Dice que le dió la muerte;
No sabe si es con razón.
Sólo confiesa matalle
Porque matalle juró.

[illegible]

Ocasión debió de dalle.

[illegible]

Dice que no se la dió.

REY.

Volved de mi parte á hablalle,
Y decidle que yo digo
Que luego el descargo dé;
Y decid que soy su amigo,
Y [illegible]
En el rigor y castigo.
Declare por qué ocasión
Dió muerte á Busto Tabera,
Y en sumaria información
Dé del delito razón
Antes que de necio muera.
Diga quién se lo mandó
Y por quién le dió la muerte,
Ó qué ocasión le movió
Á hacello, que desta suerte
Oiré su descargo yo;
Ó que á morir se aperciba.

[illegible]

Eso es lo que más desea.
El sentimiento le priva,
Viendo una hazaña tan fea,
Tan avara y tan esquiva.
Sin juicio está.

REY.

¿No se queja
De ninguno?

FARFÁN.

No, señor:
Con su pesar se aconseja.

[illegible]

¡Notable y raro valor!

[illegible]

Los cargos ajenos deja,
Y á sí se culpa no más.

REY.

No se habrán visto en el mundo
Tales dos hombres jamás.
Cuando su valor confundo,
Me van apurando más.
De mi parte le decid
Que diga por quién le dió
La muerte y le persuadió
Á ello, y le prevenid
Que declare, aunque sea yo.
Si no confiesa al momento,
En un teatro mañana
Dará á Sevilla escarmiento.

DON ARIAS.

Voy, pues.

Vanse los Alcaldes y D. Arias.

Don Manuel.

DON MANUEL.

Doña Estrella pide
Para besaros las manos
Licencia.

REY.

¿Quién se lo impide?

DON MANUEL.

Gran señor, los ciudadanos.

REY.

¡Bien con la razón se mide!
Dadme una silla, y dejad
Que entre ahora.

DON MANUEL.

Voy por ella.

Vase.

REY.

Vendrá vertiendo beldad;
Como en el cielo la estrella,
Sale tras la tempestad.

Vuelve D. Manuel.

DON MANUEL.

Ya está aquí (1).
Parece así su arrebol
El sol gallardo y gentil,
Aunque por verano el sol
Vierte rayos de marfil.

Estrella y acompañamiento.

ESTRELLA.

Cristianísimo don Sancho,
De Castilla Rey ilustre,
Por las hazañas notable,
Heroico por las virtudes:
Una desdichada estrella
Que sus claros rayos cubre
Deste luto, que mi llanto
Lo ha sacado en negras nubes,
Justicia á pedirte vengo;
Mas no que tú la ejecutes,
Sino que en mi arbitrio dejes
Que mi venganza se funde.
No doy lugar á mis ojos
Que mis lágrimas enjuguen,
Porque, anegándome en ellas,
Mi sentimiento no culpes.

---

(1) Faltan palabras para completar el verso y la rima.

Quise á Tabera, mi hermano,
Que las sacras pesadumbres
Ocupa, pisando estrellas
En pavimentos azules.
Como hermano me amparó,
Y como á padre le tuve;
La obediencia y el respeto
En sus mandamientos puse.
Vivía con él contenta,
Sin dejar que el sol me injurie;
Que aun rayos del sol no eran
Á mis ventanas comunes.
Nuestra hermandad envidiaba
Sevilla, y todos presumen
Que éramos los dos hermanos
Que á una estrella se reducen.
Un tirano cazador,
Hace que el arco ejecute
El fiero golpe en mi hermano,
Y nuestras glorias confunde.
Perdí hermano, perdí esposo:
Sola he quedado, y no acudes
Á la obligación de Rey,
Sin que nadie te disculpe.
Hazme justicia, señor;
Dame el homicida, cumple
Con tu obligación en esto;
Déjame que yo le juzgue.

REY.

Sosegaos, y enjugad las luces bellas,
Si no queréis que se arda mi palacio;
Que lágrimas del sol son las estrellas,
Si cada rayo suyo es un topacio.
Recoja el alba su tesoro en ellas
Si el sol recién nacido le da espacio,
Y dejad que los cielos las codicien;
Que no es razón que aquí se desperdicien.
Tomad esta sortija, y en Triana
Allanad el castillo con sus señas:
Pónganlo en vuestras manos, sed tirana
Fiera con él de las hircanas peñas,
Aunque á piedad y compasión villana
Nos enseñan volando las cigüeñas;
Que es bien que sean, porque más asombre,
Aves y fieras confusión del hombre.

ESTRELLA.

Aquí, señor, virtud es avaricia..... (1)
Que si en mí plata hubiera y oro hubiera,
Luego de mi cabeza le arrancara,
Y el rostro con fealdad obscureciera,
Aunque en brasas ardientes le abrasara.
Si un Tabera murió, quedó un Tabera;
Y si su deshonor está en mi cara,
Yo la pondré de suerte con mis manos,
Que espanto sea entre los más tiranos.

Vanse todos, menos el Rey.

REY.

Si á Sancho Ortiz le entregan, imagino
Que con su mano misma ha de matalle.
¡Que en vaso tan perfecto y peregrino
Permite Dios que la fiereza se halle!
¡Ved lo que intenta un necio desatino!
Yo incité á Sancho Ortiz: voy á libralle;
Que amor que pisa púrpura de reyes,
Á su gusto no más promulga leyes.

Vase.

Don Sancho, Clarindo y músicos.

DON SANCHO.

¿Algunos versos, Clarindo,
No has escrito á mi suceso?

CLARINDO.

¿Quién, señor, ha de escribir
Teniendo tan poco premio?
Á las fiestas de la plaza
Muchos me pidieron versos,
Y viéndome por las calles,
Como si fuera maestro
De cortar ó de coser,
Me decían: «¿No está hecho
Aquel recado?» Y me daban
Más prisa que un rompimiento.
Y si que comer tuviera,
Excediera en el silencio
Á Anaxágoras, y burla
De los latinos y griegos
Ingenios hiciera.

Los Alcaldes y D. Arias.

DON PEDRO.

Entrad.

CLARINDO.

Que vienen, señor, sospecho
Éstos á notificarte
La sentencia.

DON SANCHO.

Pues de presto
Decid vosotros un tono. (Á los músicos.)
¡Agora sí que deseo
Morir, y quiero cantando
Dar muestras de mi contento!
Fuera de que quiero dalles
Á entender mi heroico pecho,
Y que aun la muerte no puede
En él obligarme á menos.

CLARINDO.

¡Notable gentilidad!
¿Qué más hiciera un tudesco,
Llena el alma de lagañas
De pipotes de lo añejo?

MÚSICOS.

Cantando.

Si consiste en el vivir

(1) Verso suelto entre dos octavas: debe de pertenecer á alguna que se omitió en la edición antigua, no sabemos por qué.

Mi triste y confusa suerte,
Lo que se alarga la muerte,
Eso se alarga el morir.

CLARINDO.

¡Gallardo mote han cantado!

DON SANCHO.

Á propósito y discreto.

MÚSICOS.

Cantan.

No hay vida como la muerte
Para el que vive muriendo.

DON PEDRO.

¿Ahora es tiempo, señor,
De música?

Vanse los músicos.

DON SANCHO.

Pues ¿qué tiempo
De mayor descanso pueden
Tener en su mal los presos?

FARFÁN.

Cuando la muerte por horas
Le amenaza, y por momentos
La sentencia está aguardando
Del fulminado proceso,
¿Con música se entretiene?

DON SANCHO.

Soy cisne, y la muerte espero
Cantando.

FARFÁN.

Llegado ha el plazo.

DON SANCHO.

Las manos y pies os beso
Por las nuevas que me dais.
¡Dulce día á mi deseo!

DON PEDRO.

Sancho Ortiz de las Roelas,
Vos, ¿confesáis que habéis muerto
Á Busto Tabera?

DON SANCHO.

Sí,
Aquí á voces lo confieso.
Buscad bárbaros castigos,
Inventad nuevos tormentos,
Porque en España se olviden
De Fálaris y Magencio.

FARFÁN.

Pues¿ sin daros ocasión
Le matásteis?

DON SANCHO.

Yo le he muerto:
Esto confieso, y la causa,
Pues tan callada la tengo,
Si hay alguno que la sepa,
Dígalo, que yo no entiendo
Por qué murió; sólo sé
Que le maté sin saberlo.

DON PEDRO.

Pues parece alevosía
Matarle sin causa.

DON SANCHO.

Es cierto
Que la dió, pues que murió.

DON PEDRO.

¿A quién?

DON SANCHO.

Á quien me ha puesto
En el estado que estoy,
Que es en el último extremo.

DON PEDRO.

¿Quién es?

DON SANCHO.

No puedo decirlo,
Porque me encargó el secreto;
Que como rey en las obras,
He de serlo en el silencio.
Y para matarme á mí,
Basta saber que le he muerto,
Sin preguntarme el por qué.

DON ARIAS.

Señor Sancho Ortiz, yo vengo
Aquí, en nombre de Su Alteza,
Á pediros que á su ruego
Confeséis quién es la causa
Deste loco desconcierto;
Si lo hicisteis por amigos,
Por mujeres ó por deudos,
Ó por algún poderoso
Y grande de aquestos reinos.
Y si tenéis de su mano
Papel, resguardo ó concierto
Escrito ó firmado, al punto
Lo manifestéis, haciendo
Lo que debéis.

DON SANCHO.

Si lo hago,
No haré, señor, lo que debo.
Decidle á Su Alteza, amigo,
Que cumplo lo que prometo;
Y si él es don Sancho el Bravo,
Yo ese mismo nombre tengo.
Decidle que bien pudiera
Tener papel; mas me afrento
De que papeles me pida,
Habiendo visto rompellos.
Yo maté á Busto Tabera;
Y aunque aquí librarme puedo,
No quiero, por entender
Que alguna palabra ofendo.
Rey soy en cumplir la mía,
Y lo prometido he hecho;
Y quien promete, también
Es razón haga lo mesmo.
Haga quien se obliga hablando,
Pues yo me he obligado haciendo.

DON ARIAS.

Si en vuestra boca tenéis
El descargo, es desconcierto

Negarlo.

DON SANCHO.

Yo soy quien soy;
Y siendo quien soy, me venzo
Á mí mismo con callar,
Y á alguno que calla afrento.
Quien es quien es, haga obrando
Como quien es; y con esto,
De aquesta suerte los dos
Como quien somos haremos.

DON ARIAS.

Eso le diré á Su Alteza.

DON PEDRO.

Vos, Sancho Ortiz, habéis hecho
Un caso muy mal pensado,
Y anduvisteis poco cuerdo.

FARFÁN.

Al Cabildo de Sevilla
Habéis ofendido, y puesto
Á su rigor vuestra vida,
Y en su furor vuestro cuello.

Vanse los Alcaldes y D. Arias.

CLARINDO.

¿Es posible que consientas
Tantas injurias?

DON SANCHO.

Consiento
Que me castiguen los hombres
Y que me confunda el cielo,
Y ya, Clarindo, comienza.
¿No oyes en confuso estruendo
Bramar los aires, armados
De relámpagos y truenos?
Uno baja sobre mí
Como culebra, esparciendo
Círculos de fuego aprisa.

CLARINDO.

Pienso que has perdido el seso.
Quiero seguille el humor. (Aparte.)

DON SANCHO.

¡Que me abraso!

CLARINDO.

¡Que me quemo!

DON SANCHO.

¿Cogióte el rayo también?

CLARINDO.

¿No me ves cenizas hecho?

DON SANCHO.

¡Válgame Dios!

CLARINDO.

Sí, señor,
Ceniza soy de sarmientos.

DON SANCHO.

Ya estamos en la otra vida.

CLARINDO.

Y pienso que en el infierno.

DON SANCHO.

¿En el infierno, Clarindo?
¿En qué lo ves?

CLARINDO.

En que veo,
Señor, en aquel castillo
Más de mil sastres mintiendo.

DON SANCHO.

Bien dices que en él estamos;
Que la soberbia está ardiendo
Sobre esa torre, formada
De arrogantes y soberbios.
Allí veo á la ambición
Tragando abismos de fuego.

CLARINDO.

Y más adelante está
Una legión de cocheros.

DON SANCHO.

Si andan coches por acá,
Destruirán el infierno.
Pero si el infierno es,
¿Cómo escribanos no vemos?

CLARINDO.

No los quieren recibir
Porque acá no inventen pleitos.

DON SANCHO.

Pues en él pleitos no hay,
Bueno ha de ser el infierno.

CLARINDO.

¿Bueno?..... (1)
Allí está el tirano honor,
Cargado de muchos necios
Que por la honra padecen.

DON SANCHO.

Quiérome juntar con ellos.
Honor, un necio y honrado
Viene á ser criado vuestro,
Por no exceder vuestras leyes.
—Mal, amigo, lo habéis hecho,
Porque el verdadero honor
Consiste ya en no tenerlo.
¡Á mí me buscáis allá,
Y ha mil siglos que estoy muerto!
Dinero, amigo, buscad,
Que el honor es el dinero.
¿Qué hicisteis?—Quise cumplir
Una palabra.—Riendo
Me estoy: ¿palabras cumplís?
Pareceisme majadero;
Que es ya el no cumplir palabras
Bizarría en este tiempo.
—Prometí matar á un hombre,
Y le maté airado, siendo
Mi mejor amigo.—Malo.

CLARINDO.

No es muy bueno.

DON SANCHO.

No es muy bueno.
—Metedle en un calabozo,
Y condénese por necio.
—Honor, su hermana perdí,

(1) Ó sobra esta palabra, ó faltan un hemistiquio y un verso.

Y ya en su hacienda padezco.
—No importa.

CLARINDO.

¡Válgame Dios! (Aparte.)
Si más proseguir le dejo,
Ha de perder el jüicio.
Inventar quiero un enredo.

Da voces.

DON SANCHO.

¿Quién da voces? ¿Quién da voces?

CLARINDO.

Da voces el Cancerbero,
Portero deste palacio.
—¿No me conocéis?

DON SANCHO.

Sospecho
Que sí.

CLARINDO.

Y vos, ¿quién sois?

DON SANCHO.

¿Yo?
Un honrado.

CLARINDO.

¿Y acá dentro
Estáis? Salid, noramala.

DON SANCHO.

¿Qué decís?

CLARINDO.

Salíos presto;
Que este lugar no es de honrados.
Asilde, llevadle preso
Al otro mundo, á la cárcel
De Sevilla, por el viento.
—¿Cómo?—Tapados los ojos,
Para que vuele sin miedo.
—Ya está tapado.—En sus hombros,
Al punto el Diablo Cojuelo
Allá le ponga de un salto.
—¿De un salto? Yo soy contento.
—Camina, y lleva también
De la mano al compañero.

Da una vuelta, y déjale.

—Ya estáis en el mundo, amigo.
Quedaos á Dios.—Con Dios quedo.

DON SANCHO.

¡Dios dijo!

CLARINDO.

Sí, señor; que
Este demonio, primero
Que lo fuese, fué cristiano
Bautizado, y es gallego
De Cal-de-Francos.

DON SANCHO.

Parece
Que de un éxtasis recuerdo.
¡Válgame Dios! ¡Ay, Estrella,
Qué desdichada la tengo
Sin vos! Mas si os perdí,
Este castigo merezco.

El Alcaide y Estrella, con el manto echado.

ESTRELLA.

Luego el preso me entregad.

ALCAIDE.

Aquí está, señora, el preso,
Y como lo manda el Rey,
En vuestras manos lo entrego.
Señor Sancho Ortiz, Su Alteza
Nos manda que le entreguemos
Á esta señora.

ESTRELLA.

Señor,
Venid conmigo.

DON SANCHO.

Agradezco
La piedad si es á matarme,
Porque la muerte deseo.

ESTRELLA.

Dadme la mano y venid.

CLARINDO.

¿No parece encantamiento? (Aparte.)

ESTRELLA.

Nadie nos siga.

CLARINDO.

Está bien.

Vanse Estrella y D. Sancho.

¡Por Dios, que andamos muy buenos,
Desde el infierno á Sevilla,
Y de Sevilla al infierno!
¡Plegue á Dios que aquesta Estrella
Se nos vuelva ya lucero!

Vase.

Estrella, cubierta con el manto, y D. Sancho.

ESTRELLA.

Ya os he puesto en libertad.
Idos, Sancho Ortiz, con Dios,
Y advertid que uso con vos
De clemencia y de piedad.
Idos con Dios; acabad.
Libre estáis. ¡Y os detenéis!
¿Qué miráis? ¿Qué os suspendéis?
Tiempo pierde el que se tarda:
Id, que el caballo os aguarda,
En que escaparos podéis.
Dineros tiene el criado
Para el camino.

DON SANCHO.

Señora,
Dame esos pies.

ESTRELLA.

Id, que ahora
No es tiempo.

DON SANCHO.

Voy con cuidado.
Sepa yo quién me ha librado,
Porque sepa agradecer
Tal merced.

ESTRELLA.

Una mujer
Vuestra aficionada soy,
Que la libertad os doy,
Teniéndola en mi poder.
Id con Dios.

DON SANCHO.

No he de pasar
De aquí, si no me decís
Quién sois ó no os descubrís.

ESTRELLA.

No me da el tiempo lugar.

DON SANCHO.

La vida os quiero pagar,
Y la libertad también.
Yo he de conocer á quien
Tanta obligación le debo,
Para pagar lo que debo,
Reconociendo este bien.

ESTRELLA.

Una mujer principal
Soy, y si más lo pondero,
La mujer que más os quiero,
Y á quien vos queréis más mal.
Idos con Dios.

DON SANCHO.

No haré tal
Si no os descubrís ahora.

ESTRELLA.

Porque os vais, yo soy.

Descúbrese.

DON SANCHO.

¡Señora!
¡Estrella del alma mía!

ESTRELLA.

Estrella soy que te guía,
De tu vida precursora.
Vete, que amor atropella
La fuerza así del rigor;
Que como te tengo amor,
Te soy favorable estrella.

DON SANCHO.

¡Tú resplandeciente y bella
Con el mayor enemigo!
¡Tú tanta piedad conmigo!
Trátame con más crueldad;
Que aquí es rigor la piedad,
Porque es piedad el castigo.
Haz que la muerte me den;
No quieras, tan liberal,
Con el bien hacerme mal,
Cuando está en mi mal el bien.
¡Darle libertad á quien
Muerte á su hermano le dió!
No es justo que viva yo,
Pues él padeció por mí;
Que es bien que te pierda así,
Quien tal amigo perdió.
En libertad desta suerte,
Me entrego á la muerte fiera,
Porque si preso estuviera,
¿Qué hacía en pedir la muerte?

ESTRELLA.

Mi amor es más firme y fuerte;
Y así, la vida te doy.

DON SANCHO.

Pues yo á la muerte me voy,
Puesto que librarme quieres;
Que si haces como quien eres,
Yo he de hacer como quien soy.

ESTRELLA.

¿Por qué mueres?

DON SANCHO.

Por vengarte.

ESTRELLA.

¿De qué?

DON SANCHO.

De mi alevosía.

ESTRELLA.

Es crueldad.

DON SANCHO.

Es valentía.

ESTRELLA.

Ya no hay parte.

DON SANCHO.

Amor es parte.

ESTRELLA.

Es ofenderme.

DON SANCHO.

Es amarte.

ESTRELLA.

¿Cómo me amas?

DON SANCHO.

Muriendo.

ESTRELLA.

Antes me ofendes.

DON SANCHO.

Viviendo.

ESTRELLA.

Óyeme.

DON SANCHO.

No hay qué decir.

ESTRELLA.

¿Dónde vas?

DON SANCHO.

Voy á morir,
Pues con la vida te ofendo.

ESTRELLA.

Vete y déjame.

DON SANCHO.

No es bien.

ESTRELLA.

Vive y líbrate.

DON SANCHO.

No es justo.

ESTRELLA.

¿Por quién muer[illegible]

DON SANCHO.

Por mi gusto.

ESTRELLA.

Es crueldad.

DON SANCHO.

Honor también.

ESTRELLA.

¿Quién te acusa?

DON SANCHO.

Tu desdén.

ESTRELLA.

No lo tengo.

DON SANCHO.

Piedra soy.

ESTRELLA.

¿Estás en ti?

DON SANCHO.

En mi honra estoy,
Y te ofendo con vivir.

ESTRELLA.

Pues vete, loco, á morir;
Que á morir también me voy.

Vanse por distintos lados.

El Rey y D. Arias.

REY.

¡Que no quiera confesar
Que yo mandé darle muerte!

DON ARIAS.

No he visto bronce más fuerte;
Todo su intento es negar.
Dijo al fin que él ha cumplido
Su obligación, y que es bien
Que cumpla la suya quien
Le obligó comprometido.

REY.

Callando quiere vencerme.

DON ARIAS.

Y aun te tiene convencido.

REY.

Él cumplió lo prometido.
En confusión vengo á verme
Por no podelle cumplir
La palabra que enojado
Le dí.

DON ARIAS.

Palabra que has dado
[illegible] resistir,
Porque si debe cumplilla
Un hombre ordinario, un rey
Le hace entre sus labios ley,
Y á la ley todo se humilla.

REY.

[illegible]
Con la natural razón
La l[illegible]

DON ARIAS.

Es obligación.
El vasallo no la pide
Al Rey, sólo ejecutar,
Sin vello y averiguallo,
Debe la ley el vasallo;
Y el Rey debe consultar.
Tú esta vez la promulgaste
En un papel, y pues él
La ejecutó sin papel,
Á cumplille te obligaste
La ley que hiciste en mandalle
Matar á Busto Tabera;
Que si por tu ley no fuera,
Él no viniera á matalle.

REY.

Pues ¿he de decir que yo
Darle la muerte mandé,
Y que tal crueldad usé
Con quien jamás me ofendió?
El Cabildo de Sevilla,
Viendo que la causa fuí,
Arias, ¿qué dirá de mí?
Y ¿qué se dirá en Castilla,
Cuando don Alonso en ella
Me está llamando tirano,
Y el Pontífice romano
Con censuras me atropella?
La parte de mi sobrino
Vendrá á esforzar, por ventura,
Y su amparo la asegura.
Falso mi intento imagino;
También si dejo morir
Á Sancho Ortiz, es bajeza.
¿Qué he de hacer?

DON ARIAS.

Puede Tu Alteza
Con halagos persuadir
Á los Alcaldes mayores,
Y pedilles con destierro
Castiguen su culpa y yerro,
Atropellando rigores.
Pague Sancho Ortiz: así
Vuelves, gran señor, por él.
Y ceñido de laurel,
Premiado queda de ti.
Puedes hacerle, señor,
General de una frontera.

REY.

Bien dices; pero si hubiera
Ejecutado el rigor
Con él doña Estrella ya,
Á quien mi anillo le dí,
¿Cómo lo haremos aquí?

DON ARIAS.

Todo se remediará.
Yo, en tu nombre, iré á prendella
Por causa que te ha movido,
Y sin gente y sin rüido
Traeré al alcázar á Estrella.
Aquí la persuadirás
Á tu intento, y porque importe,
Con un grande de la corte

Casarla, señor, podrás;
Que su virtud y nobleza
Merece un alto marido.

REY.

¡Cómo estoy arrepentido,
Don Arias, de mi flaqueza!
Bien dice un sabio, que aquel
Era sabio solamente,
Que era en la ocasión prudente,
Como en la ocasión cruel.
Vé luego á prender á Estrella,
Pues de tanta confusión
Me sacas con su prisión;
Que pienso casar con ella,
Para venirla á aplacar,
Un ricohombre de Castilla;
Y á poderla dar mi silla,
La pusiera en mi lugar;
Que tal hermano y hermana
Piden inmortalidad.

DON ARIAS.

La gente desta ciudad
Obscurece la romana.

Vase.

El Alcaide.

ALCAIDE.

Déme los pies Vuestra Alteza.

REY.

Pedro de Caus, ¿qué causa
Os trae á mis pies?

ALCAIDE.

Señor,
Este anillo, con sus armas,
¿No es de Vuestra Alteza?

REY.

Sí:
Éste es privilegio y salva
De cualquier crimen que hayáis
Cometido.

ALCAIDE.

Fué á Triana,
Invicto señor, con él
Una mujer muy tapada,
Diciendo que Vuestra Alteza
Que le entregase mandaba
Á Sancho Ortiz. Consulté
Tu mandato con las guardas
Y el anillo juntamente;
Y todos, que le entregara
Me dijeron: díle luego;
Pero en muy poca distancia,
Sancho Ortiz, dando mil voces,
Pide que las puertas abra
Del castillo, y como loco,
«No he de hacer lo que el Rey manda»,
Decía, y «quiero morir,
Que es bien que muera quien mata».
La entrada le resistí;
Pero, como voces tantas
Daba, fué el abrirle fuerza.
Entró, donde alegre aguarda
La muerte.

REY.

No he visto gente
Más gentil ni más cristiana
Que la desta ciudad: callen
Bronces, mármoles y estatuas.

ALCAIDE.

La mujer dice, señor,
Que la libertad le daba,
Y que él no quiso admitilla
Por saber que era la hermana
De Busto Tabera, á quien
Dió la muerte.

REY.

Más me espanta
Lo que me decís agora.
En sus grandezas agravian
La misma naturaleza.
Ella, cuando más ingrata
Había de ser, perdona,
Le libra; y él, por pagarla
El ánimo generoso,
Se volvió á morir. Si pasan
Más adelante sus hechos,
Darán vida á eternas planchas.
Vos, Pedro de Caus, traedme
Con gran secreto al alcázar
Á Sancho Ortiz en mi coche,
Excusando estruendo y guardas.

ALCAIDE.

Voy á servirte.

Vase.

Un criado.

CRIADO.

Aquí
Ver á Vuestra Alteza aguardan
Sus dos Alcaldes mayores.

REY.

Decid que entren con sus varas.

Vase el criado.

Si yo puedo, á Sancho Ortiz
He de cumplir la palabra
Sin que mi rigor se entienda.

Salen los dos Alcaldes.

DON PEDRO.

Ya, gran señor, sustanciada
La culpa, pide el proceso
La sentencia.

REY.

Sustanciadla:
Sólo os pido que miréis,
Pues sois padres de la patria,
Su justicia, y la clemencia

Muchas veces la aventaja.
Regidor es de Sevilla
Sancho Ortiz, si es el que falta
[illegible]
Pide, si el otro venganza.

FARFÁN.

Alcaldes mayores somos
De Sevilla, y hoy nos carga
En nuestros hombros, señor,
Su honor y su confianza.
Estas varas representan
Á Vuestra Alteza; y si tratan
Mal vuestra planta divina,
Ofenden á vuestra estampa.
Derechas miran á Dios,
Y si se doblan y bajan,
Miran al hombre, y del cielo,
En torciéndose, se apartan.

REY.

No digo que las torzáis,
Sino que equidad se haga
En la justicia.

DON PEDRO.

Señor,
La causa de nuestras causas
Es Vuestra Alteza en su fe
Penden nuestras esperanzas.
Dadle la vida, y no muera,
Pues nadie en los reyes manda.
Dios hace los reyes; Dios,
De los Saúles traslada
En los humildes Davides
Las coronas soberanas.

REY.

Entrad, y ved la sentencia,
Qué da por disculpa, y salga
Al suplicio Sancho Ortiz,
Como las leyes lo tratan.
Vos, don Pedro de Guzmán,
Escuchadme una palabra
Aquí aparte.

Vase Farfán.

DON PEDRO.

Pues ¿qué es
Lo que Vuestra Alteza manda?

REY.

Dando muerte á Sancho, amigo
Don Pedro, no se restaura
La vida al muerto; y querría,
Evitando la desgracia
Mayor, que le desterremos
Á Gibraltar ó á Granada,
Donde en mi servicio tenga
Una muerte voluntaria.
¿Qué decís?

DON PEDRO.

Que soy don Pedro
De Guzmán, y á vuestras plantas
Me tenéis. Vuestra es mi vida,
Vuestra es mi hacienda y espada.

REY.

Dadme esos brazos, don Pedro
De Guzmán, que no esperaba
Yo menos de un pecho noble.
Id con Dios: haced que salga
Luego Farfán de Ribera.
Montes la lisonja allana. (Aparte.)

Vase D. Pedro.

Farfán.

FARFÁN.

Aquí á vuestros pies estoy.

REY.

Farfán de Ribera, estaba
Con pena de que muriera
Sancho Ortiz; mas ya se trata
De que en destierro se trueque
La muerte, y será más larga,
Porque será mientras viva.
Vuestro parecer me falta
Para que así se pronuncie.

FARFÁN.

Cosa de más importancia
Mande á Farfán de Ribera
Vuestra Alteza, sin que en nada
Repare; que mi lealtad
En servirle no repara
En cosa alguna.

REY.

En fin, sois,
Ribera, en quien vierte el alba
Flores de virtudes bellas
Que os guarnecen y acompañan.
Id con Dios.

Vase Farfán.

Bien negocié.
Hoy de la muerte se escapa
Sancho Ortiz, y mi promesa
Sin que se entienda se salva.
Haré que por general
De alguna frontera vaya,
Con que le destierro y prendo.

Los Alcaldes.

DON PEDRO.

Ya está, gran señor, firmada
La sentencia, y que la vea
Sólo Vuestra Alteza falta.

REY.

Habrá la sentencia sido
Como yo lo deseaba
De tan grandes caballeros.

FARFÁN.

Nuestra lealtad nos ensalza.

REY.

Lee

«Fallamos y pronunciamos
Que le corten en la plaza
La cabeza.» ¡Esta sentencia
Es la que traéis firmada!
¿Así, villanos, cumplís
Á vuestro Rey la palabra?
¡Vive Dios!.....

FARFÁN.

Lo prometido,
Con las vidas, con las almas
Cumplirá el menor de todos
Como ves, como arrimada
La vara tenga; con ella,
Por las potencias humanas,
Por la tierra, por el cielo,
Que ninguno dellos haga
Cosa mal hecha ó mal dicha.

DON PEDRO.

Como á vasallos nos manda;
Mas como Alcaldes mayores,
No pidas injustas causas;
Que aquello es estar sin ellas,
Y aquesto es estar con varas;
Y el Cabildo de Sevilla
Es quien es.

REY.

Bueno está. Basta;
Que todos me avergonzáis.

Don Arias y Estrella.

DON ARIAS.

Ya está aquí Estrella.

REY.

Don Arias,
¿Qué he de hacer? ¿Qué me aconsejas
Entre confusiones tantas?

El Alcaide, D. Sancho y Clarindo.

ALCAIDE.

Ya Sancho Ortiz está aquí.

DON SANCHO.

Gran señor, ¿por qué no acabas
Con la muerte mis desdichas,
Con tu rigor mis desgracias?
Yo maté á Bustos Tabera;
Matadme, muera quien mata.
Haz, señor, misericordia,
Haciendo justicia.

REY.

Aguarda.
¿Quién te mandó darle muerte?

DON SANCHO.

Un papel.

REY.

¿De quién?

DON SANCHO.

Si hablara
El papel, él lo dijera,
Que es cosa evidente y clara;
Mas los papeles rompidos
Dan confusas las palabras.
Sólo sé que dí la muerte
Al hombre que más amaba,
Por haberlo prometido.
Mas aquí á tus pies aguarda
Estrella mi muerte heroica,
Y aun no es bastante venganza.

REY.

Estrella, yo os he casado
Con un grande de mi casa,
Mozo, galán, y en Castilla
Príncipe, y señor de salva;
Y en premio desto os pedimos,
Con su perdón, nuestra gracia,
Que no es justo que se niegue.

ESTRELLA.

Ya, señor, si estoy casada,
Vaya libre Sancho Ortiz.
No ejecutes mi venganza.

DON SANCHO.

¿Al fin me das el perdón
Porque Su Alteza te casa?

ESTRELLA.

Sí, por eso te perdono.

DON SANCHO.

Y ¿quedáis así vengada
De mi agravio?

ESTRELLA.

Y satisfecha.

DON SANCHO.

Pues porque tus esperanzas
Se logren, la vida acepto,
Aunque morir deseaba.

REY.

Id con Dios.

FARFÁN.

Mirad, señor,
Que así Sevilla se agravia,
Y debe morir.

REY.

A D. Arias.

¿Qué haré;
Que me apura y acobarda
Esta gente?

DON ARIAS.

Hablad.

REY.

Sevilla,
Matadme á mí, que fuí causa
Desta muerte. Yo mandé
Matalle, y aquesto basta
Para su descargo.

DON SANCHO.

Sólo

Ese desengaño aguardaba
Mi honor. El Rey me mandó
Matalle; que yo una hazaña
Tan fiera no cometiera
Si el Rey no me lo mandara.

REY.

Digo que es verdad.

FARFÁN.

Así
Sevilla se desagravia;
Que pues mandasteis matalle,
Sin duda os daría causa.

REY.

Admirado me ha dejado
La nobleza sevillana.

DON SANCHO.

Yo á cumplir salgo el destierro,
Cumpliéndome otra palabra
Que me disteis.

REY.

Yo la ofrezco.

DON SANCHO.

Yo dije que aquella dama
Por mujer habías de darme
Que yo quisiera.

REY.

Así pasa.

DON SANCHO.

Pues á doña Estrella pido,
Y aquí á tus divinas plantas
El perdón de mi error pido.

ESTRELLA.

Sancho Ortiz, yo estoy casada.

DON SANCHO.

¡Casada!

ESTRELLA.

Sí.

DON SANCHO.

¡Yo estoy muerto!

REY.

Estrella, esta es mi palabra.
Rey soy, y debo cumplirla:
¿Qué me respondéis?

ESTRELLA.

Que se haga
Vuestro gusto. Suya soy.

DON SANCHO.

Yo soy suyo.

REY.

¿Ya qué falta?

DON SANCHO.

La conformidad.

ESTRELLA.

Pues esa
Jamás podremos hallarla
Viviendo juntos.

DON SANCHO.

Lo mismo
Digo yo, y por esta causa
De la palabra te absuelvo.

ESTRELLA.

Yo te absuelvo la palabra;
Que ver siempre al homicida
De mi hermano en mesa y cama,
Me ha de dar pena.

DON SANCHO.

Y á mí
Estar siempre con la hermana
Del que maté injustamente,
Queriéndolo como el alma.

ESTRELLA.

Pues ¿libres quedamos?

DON SANCHO.

Sí.

ESTRELLA.

Pues adiós.

DON SANCHO.

Adiós.

REY.

Aguarda.

ESTRELLA.

Señor, no ha de ser mi esposo
Hombre que á mi hermano mata,
Aunque le quiero y le adoro.

Vase.

DON SANCHO.

Y yo, señor, por amarla,
No es justicia que lo sea.

Vase.

REY.

¡Grande fe!

DON ARIAS.

¡Grande constancia!

CLARINDO.

Mas me parece locura. (Aparte.)

REY.

Toda esta gente me espanta.

DON PEDRO.

Tiene esta gente Sevilla.

REY.

Casarle pienso, y casarla
Como merece.

CLARINDO.

Y aquí
Esta tragedia os consagra
Lope, dando á *La Estrella
De Sevilla* eterna fama,
Cuyo prodigioso caso
Inmortales bronces guardan.

LA INOCENTE SANGRE

LA INOCENTE SANGRE

TRAGEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

AL SEÑOR LICENCIADO D. SEBASTIÁN DE CARAVAJAL

DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD Y ALCALDE DE SU CASA Y CORTE.

No ha tenido España suceso de quien con tanta admiración hablen las historias, como esta rigurosa sentencia del rey D. Fernando el Cuarto contra los dos ilustres hermanos Caravajales, muertos por la envidia de sus virtudes heroicas y clarísima sangre. El Rey le dió fácilmente crédito, no advirtiendo que en los poderosos jueces neque severitatis, neque clementiæ gloria affectanda est; *que en estos dos extremos hay peligro.* Præclarissima virtutum *llamó á la justicia Aristóteles; pero el juicio temerario más daña al que juzga que al que es juzgado, como sintió San Agustín en el libro* II De sermone Domini in monte, *y tomaron justamente las leyes aquellas palabras de Tertuliano, que* non hominis fictio, sed veritas expectanda est. *Cruel fué la sentencia, la muerte injusta; el valor con que la sufrieron, digno de eterna fama. No le hallan los historiadores al Rey disculpa con haber sido engañado, porque el juicio absoluto* non debet esse in rebus dubiis, *por opinión de San Gregorio y de la misma razón que nos lo enseña, siendo la verdadera alma de las leyes, y como en las potencias de la república, acto primero y forma sustancial suya: y así es buena filosofía que, cuando decimos acto primero,* omnes habitus species, potentias aut accidentarias dispositiones abjicimus; *y como es grave ejemplo* prætextu nocentis insontem periclitari, *no se puede hallar camino para que alguna accidentaria disposición perturbase con disculpa la razón que anima todo el cuerpo del derecho; pues cuando del testimonio falso hubiera testigos,* non ad testium multitudinem, sed ad sinceram testimoniorum fidem respici oportet. *Años ha que escribí este suceso; y como ahora saliese en la impresión lo que antes en el teatro, no hallé á quién tan justamente debiese dirigirle como á Vuesa merced, que, descendiendo desta ilustre familia, es juez tan recto, estimado y bien visto en esta Corte. No quiero ocupar el juicio de Vuesa merced en sus alabanzas propias, ni parecer lisonjero donde ya todos me conocen por apasionado, sino suplicar á Vuesa merced reciba en su protección esta historia de los Caravajales, como quien con sus virtudes y letras les ha dado tanto lustre, y á quien guarde Dios como deseo.*

Capellán de Vuesa merced,

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

LA INOCENTE SANGRE

TRAGEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

El rey D. Fernando IV.
El infante D. Alonso.
Gómez de Benavides.
Don Pedro Caravajal.
Don Juan de Caravajal.
Don Ramiro.
Don García.
Feliciano.
Hipólito.
Dos villanos.
Una villana.
Doña Ana de Guzmán.
La reina D.ª María.
Isabel, *criada de D.ª Ana.*
Morata, *lacayo.*
Don Álvaro de Estúñiga
Mendo de Sandoval.
El Conde de Benavente.
El Rector de Salamanca
Un gorrón.
Un estudiante.
Laureno, *jardinero.*
Leonido, *criado.*
Un portero.
Guardas.
Soldados.
Acompañamiento, etc.

ACTO PRIMERO.

Gómez de Benavides con un pendón.

Suenan dentro cajas de guerra.

GÓMEZ.

Aun tiene Castilla Cides,
Y ya sabrás por lo menos
Que se los cría tan buenos
El solar de Benavides.
¡Mal haya, amén, la ocasión
Por quien hoy no queda en paz
Esta guerra pertinaz
Entre Castilla y León!
¡Ea, fuertes caballeros;
Que hoy es el dichoso día
De mostrar la valentía
De vuestros nobles aceros!
Justicia lleváis, soldados,
Y vuestro Rey defendéis.

El rey D. Fernando con la espada desnuda, gola y bastón.

REY.

Dentro.

Mostrado, en efecto, habéis
Que sois hidalgos honrados.

Sale.

¡Gómez!

GÓMEZ.

¡Invicto señor!

REY.
Dame los brazos.
GÓMEZ.
Bien creo
Que conoces mi deseo.
REY.
Tu deseo y tu valor.
GÓMEZ.
Este pendón, que el blasón
Muestra quién el dueño es,
Gran señor, pongo á tus pies.
REY.
Ya es blasón de tu pendón;
Que pudiéndole ganar
Á quien tan mal le sustenta,
En él es blasón de afrenta,
Y en ti de honor militar.
GÓMEZ.
Sigue, señor, la victoria.
REY.
No podré, Gómez amigo;
Que es mi tío el enemigo,
Y no lo tengo por gloria.
GÓMEZ.
Tu padre no lo dijera
De esa suerte.
REY.
Ni yo alabo
Llamarle don Sancho *el Bravo;*
Mejor *el Piadoso* fuera.
Si hubiera puesto las manos
En guerra de moros, piensa
Que yo vengara su ofensa;
Pero no contra cristianos.
Mis vasallos son también
Los soldados de mi tío:
Y vengarme en lo que es mío,
Ni es justo, ni me está bien.
¿Quién son aquellos que van
Hiriendo y matando allí?
GÓMEZ.
Los que siempre he visto ansí
Y que tanto honor te dan,
Son los dos Caravajales,
Don Pedro y don Juan, señor.
REY.
Mucho estimo su valor.
GÓMEZ.
No tienes dos hombres tales.
Mas advierte que se vuelve
La batalla á encender más.
REY.
Á no volver paso atrás
El contrario se resuelve.
Esto es honor: no perdamos,
Benavides, lo que habemos
Ganado.
GÓMEZ.
No perderemos
Mientras justicia llevamos.
Id delante, que si os miran,
Vencerán; seguro estoy.
REY.
Mientras á animarlos voy,
Detén los que se retiran.

Vase.

Don Pedro Caravajal acuchillando á D. Ramiro, que va retirándose: ambos con rodelas.

DON RAMIRO.
Detén, don Pedro, el furor.
DON PEDRO.
Si te confiesas rendido.
DON RAMIRO.
Mucho pides.
DON PEDRO.
Poco pido
Para quien profesa honor.
DON RAMIRO.
Yo lo confieso.
DON PEDRO.
Esa banda
Me has de dar, Ramiro, en prenda.
DON RAMIRO.
¡Que esto tu rigor pretenda!
DON PEDRO.
Esto la guerra me manda.
DON RAMIRO.
Morir quiero.
DON PEDRO.
Bien harás.
GÓMEZ.
Tenéos, no le matéis.
DON PEDRO.
Como vos me lo mandéis,
No hay que replicaros más.
GÓMEZ.
Sois quien sois. Corra por mí
La vida de don Ramiro.
DON PEDRO.
La espada, Gómez, retiro.
DON RAMIRO.
¡Que tanta afrenta sufrí! (Aparte.)
GÓMEZ.
Mal, Ramiro, habéis mirado
La obligación que tenéis
Á nuestro Rey, pues le habéis
Por su enemigo dejado.
Á don Sancho, que Dios tiene,
Su padre, debéis, Ramiro,
El buen estado en que os miro;
Que del bien que os hizo os viene
La calidad que tenéis;
Y dejar su hijo es cosa
Injusta y tan poco honrosa
Como en los sucesos veis.
Don Alonso se ha llamado
Rey de Castilla, y ha sido
Injustamente admitido,
Tiranamente jurado.
El legítimo heredero

Del rey don Sancho es Fernando;
Que los que le van dejando,
Y le sirvieron primero,
Hanlo hecho por codicia,
Que tantas desdichas causa,
Que no porque en esta causa
Les conste de su justicia.
Volved á servir al Rey;
Dejad de seguir su tío.

DON RAMIRO.

Yo conozco el error mío,
Y que por derecho, y ley
Debida al justo señor,
La razón me está obligando
Á servir al rey Fernando,
Legítimo sucesor.
Id con Dios, y le diréis
Que ya de su parte quedo.

DON PEDRO.

Juraros, Ramiro, puedo
Que vuestro provecho hacéis.
Vamos, Benavides fuerte;
Que sois menester allá.

GÓMEZ.

Donde vuestro acero está
Tiene sus armas la muerte.

DON PEDRO.

Aparte á D. Gómez.

Por vos perdono al villano.

GÓMEZ.

Bástale, Pedro, su afrenta.

Vanse D. Pedro y D. Gómez.

DON RAMIRO.

Quien vivir sin honra intenta,
No diga que es castellano.
¡Fuerte infamia de mi nombre,
Pudiendo agora morir,
Tales palabras oir
De un hombre, y no más de un hombre!
¡Ah, vida! ¿Por cuál razón
Quieres, por guardarte á ti,
Que muera mi honor en mí,
Mi nobleza y mi opinión?

Don Juan de Caravajal.

DON JUAN.

Dentro.

Que duren tanto me admiro,
Sin arrojarse á tus pies.

Sale.

Por las armas del pavés, (Aparte.)
Éste sin duda es Ramiro.
¡Oh, cómo huelgo de haber
Llegado en esta ocasión!
¿Es Ramiro de León?

DON RAMIRO.

¿Quién sino yo puede ser?

DON JUAN.

Rebelde á tu Rey, aquí
La vida me has de dejar.

DON RAMIRO.

Pues yo la quise guardar,
¡Bien fuera dártela á ti!
Vete, don Juan, en buen hora.
De tu hermano soy prisión,
Que por humilde blasón
Me ha dado la vida agora.
Ya no hay en mí qué vencer.

DON JUAN.

¿Cómo te dejó la espada?

DON RAMIRO.

Porque, estando en mano honrada,
No ha de volver á ofender.

DON JUAN.

Necedad hizo mi hermano
Mientras que la guerra dura,
Si acaso no le asegura
Que esa espada está en tu mano;
Que lo mismo pienso que es
Tenella que no tenella;
Que lo que has hecho con ella,
Eso mismo harás después.
Nunca espada de traidor
Hirió donde es cara á cara
La guerra.

DON RAMIRO.

Don Juan, repara
En que soy hombre de honor.

DON JUAN.

No lo creo: y si te agravias,
¿Por qué lo sufres?

DON RAMIRO.

Si ha sido
Más honra darla al vencido,
Tú mismo me desagravias.
No te aproveches tan mal
De la presente victoria;
Que esa arrogancia no es gloria
Del nombre Caravajal.
Soy quien sabes; y si culpa
Fué servir al Rey su tío,
De cualquiera desvarío
La confusión me disculpa
De las leyes y letrados,
Sin difinir á quién toca.

DON JUAN.

De tu culpa, ó mucha ó poca,
Ya estamos desengañados;
Y de que en esta ocasión
Estés preso no me agrada,
Porque preso con espada
No guarda bien la prisión.
Y pues, durando la guerra,
Con ella en el campo estás,
Ramiro, agora verás

Que valor mi pecho encierra.
Defiéndete, ó dame aquí
Algún despojo por prenda,
En que el Rey y el mundo entienda,
Ramiro, que te vencí.

DON RAMIRO.

Si el declinar la victoria
Por la parte del Infante
Te ha hecho tan arrogante
De laurel, fama y memoria,
No quiero, Caravajal,
Pues mi nacimiento sabes,
Que de mis prendas te alabes
Cuando las ganes tan mal.
La espada que me han dejado
No desdice á mi prisión;
Antes es satisfacción
De que soy hidalgo honrado;
Que previniendo mi injuria,
Debieron de echar de ver
Que la había menester
Para castigar tu furia.
Y pues de haberme rendido
Tan arrepentido estoy,
Si allá la espada le doy,
Aquí la espada te pido.

[illegible]

Á libertad semejante
Responderé con la mía.

DON RAMIRO.

Y yo á tu loca porfía
Hoy pondré fin, arrogante.

El infante D. Alonso con algunos caballeros, y el rey D. Fernando con D. Gómez y otros, trabados en batalla, unos de una parte y otros de otra

REY.

¡Aquí, nobleza y honra de Castilla!

INFANTE.

¡Aquí, vasallos nobles! ¡Aquí, amigos!

GÓMEZ.

Hoy gozarás la castellana silla
Si se vuelven las hierbas enemigos.

REY.

Teñid de Arlanza la esmaltada orilla
Con tal valor, que queden por testigos
Sus plantas, y de verdes vueltas rojas,
Vuestra victoria escriban en sus hojas.

Sale la reina [illegible] y pónese en medio.

REINA.

Fernando, si algún respeto
Debes á ser yo tu madre;
Alfonso, si á ser mujer
Debes siquiera escucharme;
Soldados y caballeros,
Belicosos capitanes:
Si merece vuestra Reina
Que en este tumulto os hable,
Suspended los golpes fieros
Del riguroso combate,
Y oidme, pues no he de hablar
Cosa en disgusto de nadie.
Diez veces el sol tocó
En los Peces desde el Aries,
Y doce veces diez veces
La luna se vió menguante,
Mientras con guerra espantosa,
Aunque injusta, á fuego y sangre
Vais consumiendo esta tierra
Y su gente miserable;
Que siendo sobrino y tío,
Para que reyes os llame,
Traéis en guerras civiles
Los hijos contra los padres.
En las leyes destos reinos
No es bien, señores, que trate
Siendo mujer: ya fué Rey
Don Sancho, que muerto yace;
Si el nieto en la herencia excluye
Al tío, para que pase
La línea derechamente,
Pues representa á su padre,
No sé qué fuerza ha tenido,
Si no es que en fortunas tales
Lo que más puede es más justo,
Aunque la razón se engañe.
Ya, en fin, don Sancho, mi esposo,
Reinó aquí, sin que bastase
Fuerza ni ley contra él:
Tú, Alfonso, su valor sabes.
Heredó su posesión
Mi Fernando, que es bastante
Para no ser ya posible
Que puedas desheredarle.
Tras tantos años de guerra,
Ya es bien que te desengañes,
Alfonso, deste imposible,
Y de los daños que haces.
Mientras que te llamas rey,
Y con la gente que traes
De Fernando te defiendes
Por una y por otra parte;
Y mientras Fernando intenta
Que la vana furia amaines,
Desterrarte de Castilla,
Ó por ventura matarte,
La mísera y pobre gente,
Llorando viene á quejarse
Al cielo y á mí, que sufre
Guerra, incendio, muertes y hambres.
Y tras esta desventura
Civil, hay otra más grande,
Pues crece al Moro las fuerzas
El ver que las nuestras falten;
Que mientras vuestras espadas
Queréis que la sangre os saquen,
Ya por las fronteras corre
Con los bárbaros alfanjes.
Las villas que conquistó,
Por ventura inexpugnables,

El santo Rey vuestro abuelo,
Vuelven á entrar sus alcaides.
Ya las lunas, que solían
Á vuestro sol eclipsarse,
Descogen al viento libre
En azules tafetanes;
Y vuelven á estar crecientes
Las que dejaron menguantes
Reyes de santa memoria,
Que agora en Toledo yacen.
Si de la Morena Sierra
Pasa una vez su estandarte,
Y sus alheñadas yeguas
Beben del Tajo en la margen,
No dudéis de que os maldiga
Por perdición semejante,
Como á Rodrigo y al Conde,
España, y os llame infames.
Mirad esto como es justo,
Y dad un medio que baste
Para que viváis en paz
Y vuestros reinos descansen.
Era yo de parecer
Que jüeces se nombrasen
Don Dionís de Portugal
Y el Rey de Aragón don Jaime;
Y que, por lo que los dos
Justamente sentenciasen,
Pase Castilla, y vosotros
Confirméis eternas paces.
¿Qué respondéis? ¿Qué os parece?

INFANTE.

Que eres, gran señora, el ave
Que trujo la verde oliva
Sobre tantas tempestades.
Tú sobre el cielo apareces
Como aquel arco de jaspe
Luz del mundo y paz del hombre
Para eternas amistades.
En el romano castillo
Pareces, señora, el ángel
Que envainó la espada al cielo
De su furia irreparable.
Digo que por mí, á tu gusto
Me sujeto, y que se trate
Que los dos reyes sentencien
Á quién toca la más parte
De los pretendidos reinos.

REY.

Pues yo, generosa madre,
¿Qué diré á lo que es tan justo,
Si basta que tú lo mandes?

REINA.

Pues alto: abrazaos los dos,
Para que también se abracen
Vuestros soldados.

INFANTE.

Al Rey.

Yo soy
Tu amigo.

REY.

Aunque me ganaste
Por la mano en el decirlo,
Bien es que en amor te gane.
Tocad las cajas á fiestas,
Y los ejércitos marchen
Á Palencia, donde quiero
Que se huelguen ó regalen;
Que mejor harán las leyes
Lo que las armas no hacen.

INFANTE.

Si fuera tuya Castilla,
Sobrino, un rayo me mate
Cuando más guerra te hiciere.

REY.

Alfonso, el cielo te guarde.

Vanse: la Reina entre los dos Reyes.

Doña Ana é Isabel.

DOÑA ANA.

Oigo decir, Isabel,
Que va adelante la guerra.

ISABEL.

Y la que tu pecho encierra
No es menos fiera y cruel.

DOÑA ANA.

Loca me tiene el ausencia.
Nunca pensé que el amor
Usaba tanto rigor
Á quien le pide clemencia.
Y si el amor sólo fuera
Quien sólo me atormentara,
Con más paciencia pasara
El mal de ausencia tan fiera;
Pero júntase el temor
Del peligro de mi bien;
Que, para hacer mal, también
Busca quien le ayude amor.
Temo que don Juan no intente,
Por ganar fama, empeñarse
Donde venga á aventurarse,
Y donde yo muera ausente.
Conozco su condición;
Tú sabes su valentía.

ISABEL.

Es amor, señora mía,
Volante del corazón;
Que el perpetuo movimiento
Que en el reló suele hacer,
Eso mismo viene á ser
En el alma el pensamiento.
Don Juan vendrá victorioso;
No temas, aunque es valiente,
Que entrar en peligro intente
Menos que á salir famoso.

DOÑA ANA.

¿Quién es aquél que pasea?

ISABEL.

Paréceme á don García.

DOÑA ANA.
¿No fué á la guerra?

ISABEL.
No iría.
Vivir pienso que desea.

DOÑA ANA.
¿No fué Ramiro, su hermano?

ISABEL.
Ramiro al Infante sigue.

DOÑA ANA.
¿Qué puede haber que le obligue,
Siendo, como es, castellano?

ISABEL.
Las mercedes que el Infante
A sus parciales promete.

DOÑA ANA.
Siento que éste me inquiete.

ISABEL.
Es desvanecido amante.

DOÑA ANA.
Ya puede ser, Isabel,
Que le escriban á don Juan
Que tengo aquéste galán
Y que me olvide por él.

ISABEL.
No lo creas; que los cielos
Te han hecho en esto favor,
Pues no hay cosa que al amor
Aumente más que los celos.

Don García.

DON GARCÍA.
Dame licencia de hablarte.

DOÑA ANA.
¿Cómo te has entrado aquí?

DON GARCÍA.
Por verte.

DOÑA ANA.
¿Por verme á mí?

DON GARCÍA.
Sí; que vivo de adorarte.

DOÑA ANA.
Yo en la guerra te juzgaba:
¿Vienes de allá, por ventura?

DON GARCÍA.
No me la da tu hermosura
Menos rigurosa y brava.
No fuí á la guerra por ti.

DOÑA ANA.
¡Buen cargo para obligarme!

DON GARCÍA.
Pensé obligarte á escucharme
Faltando un hombre de aquí.

DOÑA ANA.
Harto mejor me obligaras
Mostrando el justo valor
De un hombre.

DON GARCÍA.
¡Tanto rigor!....

DOÑA ANA.
¡Cuánto más galán tornaras
Que aquí pareces, García,
Volviendo con los demás!

DON GARCÍA.
Amas valientes, no hay más:
Todo lo ha de ser valentía.
Belicoso humor te dieron
Los padres que te engendraron.

DOÑA ANA.
De los suyos lo heredaron,
Que tantos campos vencieron.
Soy Guzmán y Benavides:
Mira si mi hermano está
Donde al Rey sirve.

DON GARCÍA.
Sí hará.

DOÑA ANA.
Pues ¿cómo no te despides
Del ámbar afeminado,
De las galas y del oro?

DON GARCÍA.
Porque á un cristiano, y no á un moro,
Tiene Fernando cercado,
Y es contra la ley de Dios.

DOÑA ANA.
¡Qué notable santidad!

DON GARCÍA.
Luego ¿no es esto verdad?
Riéndose están los dos. (Aparte.)
Notablemente aborrecen
Las mujeres el temor:
Hoy mostraré mi valor
En lo que más apetecen.
Á la guerra quiero ir:
No estaré un hora en Palencia.
Pedirle quiero licencia;
Quiero á Fernando servir.
Señora, yo he conocido
Que más servido os hubiera
Si á más peligro pusiera
Lo que habéis aborrecido.
Y pues que mi vida os causa
Desabrimiento tan fuerte,
Con ir á buscar mi muerte
Os quiero quitar la causa.
Yo os juro de no volver
Sin dos banderas contrarias.

DOÑA ANA.
Pon, Isabel, luminarias,
Que bien serán menester:
Haz colgar toda la calle.
La, que así os aguarde Dios,
Que desde agora á las dos
Parecéis de mejor talle.
¿Cómo no os vais?

DON GARCÍA.
Sólo aguardo
De vuestra mano un favor.

DOÑA ANA.
¿Cinta acaso? ¿Qué color?

¿Blanco, azul, nácar ó pardo?

DON GARCÍA.

De vuestra mano, cualquiera.

DOÑA ANA.

Desdichadas suelen ser
Con favores de mujer
Las armas.

DON GARCÍA.

¡Quién tal creyera!

DOÑA ANA.

Sin ella esta vez iréis;
Cuando volváis, si nos vemos,
Las banderas trocaremos
Al favor que vos mandéis.

DON GARCÍA.

Eso llevo por favor.

DOÑA ANA.

Si á Gómez habláis allá,
Decid que su hermana está
Con salud: y adiós, señor.

DON GARCÍA.

En extremo voy corrido. (Aparte.)
Pésame de haber entrado:
Burla del que ama el amado,
Y el que vence del vencido.
Quiere amor que se me acuerde
Que es juego su gloria vana:
Siempre es discreto el que gana,
Y siempre es necio el que pierde.

Vase.

Morata, de camino.

MORATA.

¿Hay quien me dé en esta casa
Albricias?

DOÑA ANA.

Bien seas venido.
¿De qué son?

MORATA.

De beber pido
Presto, que el mundo se abrasa.
Arde el sol: corrí la posta
En un rocín que pudiera
Ser, si en Toledo viviera,
Cuesta larga y calle angosta.

DOÑA ANA.

¿Quién ha vencido?

MORATA.

No sé
Hasta que beba, ¡por Dios!
Señora, cuál de los dos
El de la victoria fué.

DOÑA ANA.

Parte, Isabel.

ISABEL.

Voy.

Vase.

DOÑA ANA.

¿Adónde
Dejas, Morata, á mi hermano?

MORATA.

Ni sé si es monte ó si es llano,
Ni sé en qué tierra se esconde,
Hasta que haya remojado
La palabra, porque vengo
Hecho una yesca.

DOÑA ANA.

Aunque tengo
De Benavides cuidado,
Mayor me le da don Juan.
¿Viste allá á los dos hermanos
Caravajales?

MORATA.

Si sanos
Ó si difuntos están,
Sabrás en habiendo dado
Un filo á la lengua en vino.

DOÑA ANA.

Dicen que el Infante vino
Bizarro y galán soldado
Y con gente muy lucida.

MORATA.

Hasta disponer bebiendo
La garganta, no pretendo
Hablar palabra en mi vida.

DOÑA ANA.

Su madre del rey Fernando
Nos dicen que allá partió.
¿Sabes si acaso llegó?

MORATA.

Yo te lo diré en llegando
Con la bebida Isabel.

Vuelve Isabel con una copa.

ISABEL.

Ya no quedará por mí.

MORATA.

Nunca tan bella te vi.
Muestra: haré un brindis cruel.

ISABEL.

Mira que es Coca.

MORATA.

Eso debe
Á tu voluntad mi boca.

ISABEL.

Bebe; que vino que coca
Hará mona á quien le bebe.

MORATA.

¡Brindis á todo soldado,
Brindis á todo valiente,
Brindis á todo hombre ausente
Que habla bien y como honrado!
¡Brindis á quien presta y fía,
Á quien convida, á quien tiene,
Con quien á buscarle viene,
Rostro alegre y cortesía!
¡Brindis á quien dice bien

De mujeres, y á quien ama
Limpia, honesta y firme dama,
Por siempre jamás, amén!
¡A quien no juega ni vota,
Ni es bravo ni se amohina!
Y ¡brindis á quien camina
Con nieve, pernil y bota!
¡Brindis á quien sin reñir
Sustenta honrada opinión,
Y á quien, cuando es ocasión,
Sabe hacer como decir!
¡Brindis al que es poderoso
Y tener humildad sabe,
Y á quien cierra con su llave
Su secreto peligroso!
¡Brindis al que en alto puesto
Mira á los tiempos pasados,
Y al que en negocios honrados
Va siempre solo y bien puesto!
¡Brindis á quien por comer
Nunca habló cosa fingida,
Y brindis al que en su vida
Dijo secreto á mujer!
Que con esto y lo que abona
Un regalado beber,
No hay duda que venga á ser
Aquí Marta, y después mona.

DOÑA ANA.

Buen provecho, y bueno sea
Cuanto bebieres después.
¿Dónde fuiste?

MORATA.

¿No lo ves?
Á la gloria de Niquea (1).

DOÑA ANA.

¿Dirásme agora el suceso?

MORATA.

Don Gómez ha peleado
Como caballero honrado;
Morata como un sabueso:
Don Juan de Caravajal
Y su hermano, como Alcides;
Que tienen de Benavides
No quererlos nadie mal.
Los del Infante anduvieron
Valientes y no dichosos,
Porque casi victoriosos
Los de Fernando se vieron.
La Reina llegó, y bastó
Su santidad y prudencia
Á refrenar la violencia
Que en los ejércitos vió.
Concertólos en nombrar
Jueces que aquesto decidan,
Porque á su arbitrio dividan
Lo que les puede tocar.
Á don Jaime de Aragón
Y á Mendo de Sandoval,
Y á Dionís de Portugal
Don Luis Ponce de León.
Todos vuelven á Palencia
A hacer fiestas, y estarán
Hoy don Gómez y don Juan
Con salud en tu presencia.
Si he pagado lo bebido,
Aquí lo puedes juzgar;
Que te deseo obligar
Soldado y recién venido.
Si satisfecha no estás
De la relación sucinta,
Perdona á la poca tinta;
Que no puedo escribir más.

ISABEL.

Cajas y trompetas suenan.

MORATA.

Los Reyes entran, señora.

DOÑA ANA.

Verán mis ojos agora
Las dos luces por quien penan.
Abre toda la ventana.

ISABEL.

¿Quitaré la celosía?

DOÑA ANA.

Bien podrás, pues entra el día
Que ha de dar vida á doña Ana.

Á Morata:

Tú parte, y á Benavides,
Mi hermano, di que me vea.

Vase.

MORATA.

Pide lo que no desea.
Mas tú, Isabel, ¿qué me pides?

ISABEL.

No tengo yo qué pedir,
Morata, después de verte.

MORATA.

¡Después de ausencia estás fuerte!

ISABEL.

Y estuviera hasta morir.

MORATA.

¡Qué bien lo decís!.....

ISABEL.

Muy bien.

MORATA.

Y ¡qué mal que lo cumplís!
Y por eso no decís
Cosa á que crédito os den.
¿Cómo has estado? Por dicha,
¿Pensaste que mi valor
Me pusiera en el rigor
De alguna honrada desdicha?
¿Pensaste que me pusiera
En mil palabras por puntos?
¿Contásteme en los difuntos?

ISABEL.

¡Ay, Dios! La sangre me altera

(1) Título de una comedia del Conde de Villamediana, representada en Aranjuez en Abril de 1622.

No me digas valentías,
Que me moriré en pensallas.

MORATA.

Pues ¿cómo en tantas batallas
Amabas y no temías?

ISABEL.

Siempre yo te imaginé.....

MORATA.

¿Adónde?

ISABEL.

Con los que huyeron
Y nunca el peligro vieron.

MORATA.

Cómo huyeron?

ISABEL.

Yo lo sé.

MORATA.

Engaño, Isabel, ha sido.

ISABEL.

Esto que digo creí.

MORATA.

¡Vive Dios, que nunca huí,
Que siempre estuve escondido!

ISABEL.

Así te quiere y te adora
Esta tu esclava, aunque indina;
Que si no fueras gallina,
No te gozara yo agora.
Ven, daréte de almorzar;
Que de lo que has peleado
Vendrás cansado.

MORATA.

Cansado
De querer y de esperar.

ISABEL.

¿Cómo lo ha hecho en la guerra
Don Juan de Caravajal?

MORATA.

Es mancebo criminal;
Tiembla su nombre la tierra.

ISABEL.

Piérdese por él doña Ana.
No lo sepa mi señor.

MORATA.

Es casamiento su amor.

ISABEL.

Ya le espera en la ventana.

MORATA.

Los que deben, satisfagan
La deuda.

ISABEL.

Á estos brazos ven.

MORATA.

¡Dichoso el que quiere bien
Adonde tan bien le pagan!

Vanse.

Feliciano é Hipólito.

FELICIANO.

Desde aquí podemos ver
Á Su Alteza con más gusto.

HIPÓLITO.

Nunca de Trajano Augusto,
Cuando volvió de vencer
Tantas provincias á Roma,
Mayor triunfo se contó.

Salen villanos y villanas.

VILLANO 1.°

Acá dicen que coló,
Sancha: estotra calle asoma.

UNA VILLANA.

¿Has vido qué mozo es
El señor Rey, que Dios guarde?

VILLANO 2.°

¡Á la fe, que no es cobarde!

VILLANO 1.°

¿Quién eran aquellos tres
Que venían á su lado?

VILLANA.

Conozco de los que pides,
Á Gómez de Benavides,
Su más querido y privado.
Los demás quizá serán
Almirante y Condestable.

VILLANO 1.°

Gómez es hombre admirable,
Benavides y Guzmán.

Alabarderos, acompañamiento, D. Ramiro, D. García, D. Gómez, el Rey y pueblo.

REY.

Detened esa gente, que me enoja;
Y aunque sé que es amor y buen deseo,
Cánsame mucho que me apriete tanto.

GÓMEZ.

Ténganse, caballeros.

REY.

No aprovecha.

GÓMEZ.

¿Cómo que no aprovecha? ¡Hola, soldados!
Mostrad esa alabarda. ¡Hidalgos, fuera!
¡Fuera, canalla!

Juega la alabarda.

FELICIANO.

Vuestra Señoría
Mire que hay gente aquí tan buena.....

GÓMEZ.

Afuera;
Que no hay autoridad donde el Rey viene.

FELICIANO.

Paso.

GÓMEZ.

No hay paso; apártense del paso.

Da á Feliciano con el cuento de la alabarda.

REY.

Cansado, Gómez, de la gente vengo.

HIPÓLITO.

Á Feliciano

¿Haos lastimado?

FELICIANO.

Sí: vengarme tengo.

Vanse todos, menos D. Ramiro y D. García.

DON RAMIRO.

No le acompaño más por abrazaros.

DON GARCÍA.

Seáis, señor hermano, bien venido.

DON RAMIRO.

Bien venido, García, es imposible,
No viniendo de allá como quisiera.

DON GARCÍA.

¿Es porque ya desiste don Alonso
De la acción y derecho que tenía
Al reino de Castilla pretendido?

DON RAMIRO

No es esa la razón.

DON GARCÍA.

¿No estáis en gracia
Del rey Fernando, por parcial y amigo
Del Infante, su tío y su enemigo?

DON RAMIRO.

Seguir á don Alonso en esta empresa,
Mientras que la justicia está indecisa,
No es delito que pueda con Fernando
Perder la gracia que hoy se recupera,
Pues la sentencia en su favor espera.
Vengo, García.....

DON GARCÍA.

¿Cómo vienes?

DON RAMIRO.

Vengo
Sin honra de la guerra.

DON GARCÍA.

¿Tú sin honra?
¿Díceslo porque yo quedé en Palencia?
¿Han murmurado acaso estos hidalgos,
De los oídos de los reyes músicos,
Que desentonan las ajenas famas
Por entonar sus pretensiones locas?
Ya me partía, como ves: no era
Tan tarde, á no tratar la Reina paces.
Detúvome doña Ana, que en ausencia
De don Juan, su galán, pensé agradalla,
Aunque por ella misma me partía.

DON RAMIRO.

No es eso, don García.

DON GARCÍA.

Pues ¿qué tienes?

DON RAMIRO.

Sólo á ti, como á hermano, me atreviera.
Estos Caravajales, estos mozos,
García, estos demonios, me han tratado
De suerte, cuando ya de parte suya
Estaba la victoria declarada,
Que en mi vida tendré contento en nada.

DON GARCÍA.

¿En qué te han ofendido?

DON RAMIRO.

De don Pedro
Fuí vencido una vez y despojado,
Y de ese tu don Juan, de ese gallardo,
En quien doña Ana adora, fuí tras esto
Atropellado con palabras tales,
Con tanta libertad y desvergüenza,
Que no hay valor que mis agravios venza.

DON GARCÍA.

Si en la Corte sacadas las espadas
No hay agravio, Ramiro, ¿cómo puede
Haberle en la campaña?

DON RAMIRO.

¡Ay, don García!
Ese es agravio de que un hombre siente
Que está agraviado: y cuando el ofendido
Echa de ver que no cumplió con obras,
Ni aun con palabras, con su honor, y sabe
Que el ofensor quedó vanaglorioso
Y teniéndole en poco, no me digas
Que puede haber consuelo.

DON GARCÍA.

Mal hiciste
En no morir.

DON RAMIRO.

Así lo dicen todos;
Pero llegados al extremo punto,
Muchos guardan la vida y pocos mueren.

DON GARCÍA.

Luego ¿más que el honor la vida quieren?

DON RAMIRO.

Yo no vengo á pedirte en lo que es hecho
Consejo: ya callé; ya sólo importa
Tratar de la venganza, y de que sea
De suerte que estos dos Caravajales
Me paguen las afrentas que me han hecho.

DON GARCÍA.

Calla que salen, y sosiega el pecho.

Don Pedro y D. Juan.

DON PEDRO.

¡Bizarra estaba, por Dios!
Con razón la quieres bien.

DON JUAN.

Á verla despacio ven,
Y hablarémosla los dos.

DON PEDRO.

¿Cómo podrás, si pasean
Los dos hermanos la calle?

DON JUAN.

(Aparte á D. Pedro.)

¡Que éstos dos, con aquel talle,
Tan cobardes hombres sean!
No hagas caso, si no llega;
Y si saliere al balcón,

Da lugar á mi razón.

DON PEDRO.

Mucho la afición te ciega.
No por éstos (que en efeto
Ya sabemos dónde alcanza
Todo el golpe de su lanza;
Que no están en buen conceto);
Mas Gómez de Benavides,
Su hermano, respeto justo
Merece.

DON JUAN.

¿La ley del gusto
Con las del respeto mides?
Di que se vayan de aquí
Éstos, por quien por ventura
No sale aquella hermosura
Que por alma vive en mí;
Que Gómez, hasta que sea
De noche, estará en palacio.

DON PEDRO.

Amor no requiere espacio
Si espera el bien que desea.
Voy á decir que de aquí
Estos gallinas se vayan.

DON JUAN.

Si en verte no se desmayan.

DON RAMIRO.

¿Viene hacia nosotros? (Aparte á D. García.

DON GARCÍA.

Sí.

DON PEDRO.

Suplico á vuesas mercedes
Despejen toda la calle.

DON RAMIRO.

Responder será matalle. (Ap. á D. García.

DON GARCÍA.

¡Qué bien has dicho, si puedes!

DON RAMIRO.

Pero será alborotar
La Corte.....

DON GARCÍA.

Tienes razón.

DON RAMIRO.

Que éstos, dondequiera son
De nuestra ventura azar.

DON PEDRO.

¿Oye?

DON RAMIRO.

¿Qué es lo que queréis?

DON PEDRO.

Si á Gómez vieren venir,
Envíenmelo á decir
Con un paje.

DON RAMIRO.

Y aun con seis.

DON GARCÍA.

(Aparte á D. Ramiro.)

Mira que es infamia nuestra,
Sirviendo á doña Ana yo.

DON RAMIRO.

Quien calló bien, se vengó.
García, á callar te muestra;
Que tú verás estos dos
Tales, que toda Castilla
Les tenga duelo y mancilla.

DON GARCÍA.

¡Buena paciencia, por Dios!

Vanse D. Ramiro y D. García.

Doña Ana, á una reja.

DOÑA ANA.

Para que no me impidiesen
Dos mil parabienes darte,
No quise salir á hablarte
Hasta que aquéllos se fuesen.
¿Cómo vienes?

DON JUAN.

Como fuí.

DOÑA ANA.

¿No hay diferencia?

DON JUAN.

El ausencia
No ha hecho más diferencia
Que el apartarme de ti
Y el aumentarme el amor;
Que si el amor es deseo,
Pues más te deseo, creo
Que el amor traigo mayor.
Y este aumento está en razón,
Pues allá me han puesto espuelas
Celos.

DOÑA ANA.

¿Tú celos? ¿Qué celas?

DON JUAN.

Tu hermosura y mi afición,
Que son dos monstruos de altura
Tan grande, que sólo en mí
Cupiera este amor, y en ti
Tan sola tanta hermosura.

DOÑA ANA.

¿Celos te han dado desvelos?

DON JUAN.

El más lerdo amor camina
Por la posta, si imagina
Que vienen detrás los celos;
Que si el amor es temor
Y los celos son castigo,
Con temor de su enemigo
Va siempre delante amor

DOÑA ANA.

Si fuesen de don García
Esos celos, ¿no es razón
Que me ría?

DON JUAN.

No es pasión
Para que nadie se ría.
Pero ya baste de celos;
Que para recién venido
Muy necio en quejarme he sido.

DOÑA ANA.
Saben mi verdad los cielos.

Don Gómez y Morata, y detrás embozados y recatándose, Feliciano é Hipólito.

GÓMEZ.
Los deseos de mi casa
Me han hecho venir ansí.
MORATA.
Mendocica estaba allí,
Y yo le dije á Sarasa
Que me avisase al salir,
Por si el caballo querías.
GÓMEZ.
¿Quién duda que pedirías
Albricias?
MORATA.
Fuíle á pedir
Á mi señora doña Ana
Albricias de tu valor;
Que no vió espada mejor
La nobleza castellana.
GÓMEZ.
De nuevo puedes pedilla
Albricias.
MORATA.
¿De qué, señor?
GÓMEZ.
De la encomienda mayor
Que hoy me dió el Rey de Castilla.
MORATA.
Mil años, señor, la goces.
Día de mercedes es.
HIPÓLITO.

(Aparte á Feliciano.)

Si aguardas, no habrá después
Tal ocasión.
FELICIANO.
No des voces.
HIPÓLITO.
Notable ventura ha sido
El ir desacompañado.
FELICIANO.
Tú le has de dar al criado.
HIPÓLITO.
Llega.

Hieren á D. Gómez y á Morata.

GÓMEZ.
¡Ay Dios, que me han herido!
MORATA.
Y á mí me han dado también
Una gentil cuchillada.
GÓMEZ.
No puedo sacar la espada.
FELICIANO.
Una daga venga bien (Aparte.)
El palo de una alabarda.
HIPÓLITO.
Huye.
FELICIANO.
Sígueme.

Vanse Feliciano é Hipólito.

MORATA.
¡Traición!
GÓMEZ.
¡Válgame Dios! ¡Confesión!
DON PEDRO.

Acudiendo.

Voces son éstas: aguarda.
DON JUAN.
Entraos, señora, y veremos
Quién son los desta cuestión.
DOÑA ANA.
Dios os libre.

Éntrase.

GÓMEZ.
¡Confesión!
DON JUAN.
¿Quién va?
MORATA.
Ni va ni podemos.
GÓMEZ.
Si por ventura mi nombre
Algunas veces oiste,
Caballero, di que han muerto
Á Gómez de Benavides.
Esa de enfrente es mi casa.
DON JUAN.
¿Gómez dijo?
DON PEDRO.
Gómez dice.
DON JUAN.
Señor don Gómez, ¿qué es esto?
MORATA.
¿Y á mí? ¿Nadie quiere oirme?
GÓMEZ.
¿Quién sois, caballero noble,
Que á socorrerme viniste?
DON JUAN.
Don Juan de Caravajal.
GÓMEZ.
Muerto me ha un hombre; seguilde.
DON JUAN.
Hermano, tomad en brazos
Á don Gómez.
DON PEDRO.
Tenle, ¡ay triste!
Que yo seguiré el traidor.

Vase.

DON JUAN.
Presto la ocasión decidme.
GÓMEZ.
Envidia debió de ser.
DON JUAN.
¿Ninguna causa le diste?
GÓMEZ.
Ninguna, ¡por Dios! don Juan.
Mas ya el alma se despide
Del cuerpo mortal: tenedme.
DON JUAN.

Á Morata.

¡Hola! Si puedes asirle
Mientras traigo un confesor,
Tenle.
MORATA.
Aunque no estoy muy firme,
El amor me dará fuerzas.

Vase D. Juan.

GÓMEZ.
Si del corazón humilde
Recibís la contrición,
Perdón, buen Jesús, os pide.
¿Quién eres?
MORATA.
Morata soy.
GÓMEZ.
¿Estás herido?
MORATA.
Con quince
Puntos no podrá el barbero
La cuchillada zurcirme.
GÓMEZ.
Quítame aquesta cadena
Y tómatela.
MORATA.
¿Que quite
La cadena, buen señor?
GÓMEZ.
Más merece quien bien sirve.
Toma, ó quitaréla yo.
MORATA.
Quiero obedecerte.
GÓMEZ.
Dime,
¿Vendrá el confesor?
Ya viene.
MORATA.

El Rey, D. Ramiro, D. García y guarda.

REY.
¿Que han muerto á don Gómez dices?
DON RAMIRO.
Así lo dicen, señor.
Aquí está Gómez.
MORATA.
Repite
De Jesús el santo nombre.
GÓMEZ.
¡Jesús!
MORATA.
Ya ha expirado.
REY.
Expire
Mi alegría, mi esperanza.
¡Ah, Gómez! ¡Ah, Benavides!
Llevalde á su casa. ¡Ah, cielo!
¿Quién está aquí?
DON GARCÍA.
Llega y dile
Quién eres.
MORATA.
¿Quién he de ser?
REY.
¡En qué mal punto que vine!
MORATA.
Lacayo soy de don Gómez.
DON GARCÍA.
¿Qué es aquello que escondiste?
DON RAMIRO.
Una cadena, ¡por Dios!
MORATA.
Herido estoy, no me mires.
DON GARCÍA.
Éste es, señor, su lacayo.
REY.
Tú de Palacio saliste
Solo con él.
MORATA.
Sí, señor.
REY.
¿Quién ha muerto á Benavides?
MORATA.
Yo no vi nadie.
DON RAMIRO.
Éste tiene
Una herida, y, como viste,
La cadena y la venera
Que la cruz roja divide.
Por quitársela le ha muerto;
Que don Gómez pudo herirle
Por defenderse.
REY.
Es sin duda.
MORATA.
Yo, ¡muerto!
DON RAMIRO.
Que se averigüe
Hará muy presto el tormento.
MORATA.
Señor, ¿tal crueldad permites?
REY.
No estaré un punto en Palencia.
¡Hola! Postas apercibe
Á Salamanca, en que ya
La Universidad reside,

Que de aquí mandó mi padre

[illegible]ATA.

Señor, mira que estoy libre
De la traición desta muerte.

REY.

¡Ay, Gómez de Benavides!

ACTO SEGUNDO.

Don Ramiro y D. García.

DON GARCÍA.

¡Notable sentimiento el Rey ha hecho
Por Benavides!

DON RAMIRO.

Él lo merecía
Por las virtudes de su heroico pecho.

DON GARCÍA.

Con extraña y mortal melancolía
Vino desde Palencia á Salamanca.

DON RAMIRO.

Tiernamente le amaba, don García.

DON GARCÍA.

Jamás tan liberal, hermosa y franca,
Salió de noche obscura y tenebrosa
La bella aurora colorada y blanca,
Como me pareció su hermana hermosa
Con el luto (1) que ayer al Rey hablaba.

DON RAMIRO.

Mucho enternece una mujer llorosa.

DON GARCÍA.

Las estrellas bellísimas bañaba
Del cielo de sus ojos tan honesta,
Que aunque daba dolor, enamoraba.

DON RAMIRO.

¿Dióle el Rey más que la común respuesta?

DON GARCÍA.

Dióle tantas respuestas y favores,
Cuanto cuidado desde ayer me cuesta.
Casarla quiere el Rey: pues ¿qué mayores
Para mí que la adoro y no lo digo,
Si no me han de faltar competidores?
Este Caravajal, este enemigo,
Me mata con sus celos.

DON RAMIRO.

Presto espero
Que el justo cielo le dará castigo.

DON GARCÍA.

Quiero hablarte, Ramiro, y cuando quiero,
Me ocupa la vergüenza de tratarte
Un pensamiento por venganza fiero.
Esto parece; mas por otra parte,
Parece justo por venganza nuestra.

DON RAMIRO.

Pues yo te excusaré de declararte.

DON GARCÍA.

¡Oh cielos! Suspended la piedad vuestra:
No siempre habéis de ser, cielos, humanos (1);
También en castigar, quién sois se muestra.

DON RAMIRO.

Tú quieres intentar que estos hermanos
Pierdan del Rey la gracia y aun las vidas.

DON GARCÍA.

Eres mi sangre al fin: dame esas manos.
¿No diremos que fueron homicidas
De don Gómez los dos?

DON RAMIRO.

Si alguno hubiera
Que al darle aquella noche las heridas
Con nosotros también al Rey dijera
Que vió que eran los dos Caravajales,
Gran fundamento de verdad tuviera.

DON GARCÍA.

¿Testigos falsos dudas? Por cien reales
Te vendrán á rogar de veinte en veinte.

DON RAMIRO.

¿Querrán contra personas principales?

DON GARCÍA.

¿Eso preguntas? Dame tú que intente
Probar un hombre la mayor mentira
Que puede imaginar quien siempre miente,
Y verás mil testigos á la mira
Para ver si los llama con dinero.

DON RAMIRO.

Si para Dios los hubo, no me admira.

DON GARCÍA.

Probanza con testigo verdadero
Siempre con la verdad va limitada,
Aunque la adorne el escribir ligero;
Mas con testigo falso, tan pintada,
Que hay hombre á quien le dan el juramento,
Y es como dar lección bien estudiada.

DON RAMIRO.

Á escuelas viene el Rey, que está contento
De que ya de Palencia se mudasen
Y que vayan las letras en aumento.
Pidióles que un poeta laureasen
(Cosa que suele pocas veces verse)
El Almirante, y que su frente honrasen,
Y ha convidado al Rey.

DON GARCÍA.

Suelen hacerse
En Italia estos actos; que en España
Pocas frentes pudieran atreverse:
La causa es el andar en la campaña
Con los moros, Ramiro, cada día.

DON RAMIRO.

Ya vienen.

DON GARCÍA.

Noble gente le acompaña.

---

(1) *Con* que.

(1) Piadosos.

DON RAMIRO.

Busca ocasión de hablarle.

DON GARCÍA.

Eso querría.

Caballeros, doctores, maestros, un gorrón, el graduando, el Rector de la Universidad, el Rey, pueblo.

REY.

Andad más; que este lugar
Hoy os toca á vos, Rector.

RECTOR.

Como sois su protector,
Queréis las letras honrar.
Vuestro padre, que Dios tiene,
Dejó en vos bien heredada
Esa virtud, de que honrada
Toda esta Academia viene.
Y aunque es el Bravo llamado,
Tanto las letras honró,
Que harto mejor mereció
Llamarse Sancho el Letrado.
Pero este nombre, señor,
Íbale el cielo guardando
Para un divino Fernando,
De las letras protector.

REY.

Siéntense todos.

RECTOR.

Aquí
Tienen todos su lugar.

Al gorrón:

Y vos podéis comenzar,
Y sed breve.

GORRÓN.

Incipio?

RECTOR.

Sí.

Sube el gorrón á una cátedra.

GORRÓN.

Heroico Príncipe, en quien
Se mira el vivo retrato
De aquel fénix de sí mismo,
Del divino Sancho el Bravo,
El que con justo deseo
De que se aumentasen tanto
Las letras, á quien las armas
Obscurecieron los rayos,
De Palencia á Salamanca
Mudó este colegio sacro,
Que ha de dar asombro al mundo
Dentro de muy pocos años;
Porque sin ser yo profeta
Ni astrólogo judiciario,
Echo de ver que esta escuela
Dará á España más letrados
Que á Francia ha dado París,
Bolonia á Italia, y pasando
Al Asia, Atenas á Grecia,
Como ya se va mirando
En las colores que veis,
Rojo, verde, azul y blanco,
Cánones, leyes, maestros
Teólogos y hombres sabios.....
Mas porque vuestra alabanza
Toca á oradores tan claros,
Que dirán *latinis verbis*
Vuestros méritos, Fernando,
Yo paso, *amplissime Rector*,
Patres gazpirrios, yo paso,
Yo paso, *pulchra juventus*,
Bonetorum et gorrarum,
Á lo que me toca á mí,
Porque el señor laureando
Ya me espera en la estacada
De aqueste insigne teatro.
No es este grado de leyes,
No es medicina este grado,
No es de sacra teología
Este capirote y lauro;
Es, hablando con perdón
De los que están escuchando,
De un poeta; que hay poetas
Que se han de nombrar con asco.
Dásele lauro después
De haber hecho algunos actos,
Como es ser latino y griego
Y en muchas lenguas versado,
Buen retórico y filósofo,
Astrólogo tanto cuanto,
Y en todas las demás ciencias
Con principios necesarios.
Recitó en muchos sujetos
Versos suyos aprobados,
Dando todas las escuelas
Famoso y debido aplauso.
Escribió un arte latino
Y un *ecphrasis* castellano;
En fin, sin *R* salió
Digno del laurel sagrado.
Pero *attendite*, señores,
Y para el punto digamos
Qué es poeta, y su principio,
Mas burlescamente hablando.
Cuenta el filósofo Murrio
En el libro treinta y cuatro,
Que andando un hijo de Cam
Unas huertas cultivando,
Vió una calabaza insigne
De tal grandeza y tamaño,
Que le obligó á señalarla
Con un cordel por el cabo.
Creció mucho; y finalmente,
Una mañana, llegando
Á verla como otras veces,
Vióla rota, y que un muchacho
Hacía por salir fuerza,
Cual suele salir llorando

Del vientre materno el niño,
Llegado el tiempo del parto.
Como vió el hombre parir
La calabaza, espantado
Llegó y sirvió de partera,
Sacando el muchacho en brazos.
Llevóle á su casa, y dicen
Que iba el niño gorjeando,
Tanto, que le preguntó:
«¿Quién eres, monstruo del diablo?»
Y respondió en voz de tiple:
«Poeta.» «¡Qué extraño caso!
¡Poeta! Pues ¿qué has de hacer?»,
Replicó el pobre hortelano.
«Versos, dijo, en que celebre
Hechos heroicos y raros
De capitanes ilustres,
Ó de amor sucesos varios.»
Como vió el hombre que había
De dar en el aire saltos,
Pues, hijo de calabaza,
Tales sacaría los cascos,
Puso á su mujer dos fuelles
Por pechos, y entre los labios
Puso la punta, y así
Le fué con aire criando.
Con esto, ninguna cosa
Húmida crió el cuitado,
Ni tuvo meollo en hueso,
Ni seso en el pericráneo;
Que con celebro tan seco
Sus desdichas le criaron,
Que en tocando en su cabeza,
Aunque fuese con la mano,
Sonaba como pandero,
Fuera el pergamino blanco,
Y dentro los cascabeles;
Que como son desbocados,
Corriendo con ellos, tienen
La disculpa del caballo.
Deste procedió el segundo,
Y luego el tercero y cuarto,
Hasta el Homero de Grecia
Y el Virgilio mantüano.
De los latinos vinieron
Los provenzales; y tantos
Desta calabaza insigne
Nacen, por nuestros pecados,
Que hay dellos más en Castilla
Que cerrajeros gabachos,
Porque ya lo son en ella
Hasta pajes y lacayos;
De los cuales, el poeta
Que estáis, señores, mirando,
Es hombre que, componiendo
Ciertos versos á un retrato,
Se puso un dedo en la boca,
Y en las uñas comenzando,
Se comió todas las yemas
De los dedos de las manos.
Dicen que llegó otra vez
Á una venta con un macho,
Notando ciertos conceptos
En un librillo de mano;
Y atándole en el pesebre,
Mil desatinos pensando,
Sin quitar al macho el freno
Le echó la comida á un lado.
Cuando se quiso partir,
Entró, puesto un fieltro blanco,
Y dándole una palmada
En el anca, el pobre macho,
Que de la cebada apenas
Había tocado un grano,
Alzó los cuartos traseros,
Y dándole un sepancuantos,
Le trujo por el estiércol
Revolcado un grande rato.
Acudió gente á las voces,
Y envuelto en el fieltro hallaron
Al poeta en el estiércol,
Á las Musas invocando;
Y que por disimular
El haberle maltratado,
Junto á la misma comida
Estaba enfrenado el macho.
Otra vez, dicen que estaba
Cierta batalla pintando
De un príncipe y de un gigante
Con una maza en la mano,
Y tomando el orinal
(Porque siempre los letrados
Le tienen en los estudios),
Dió nueva fuente al Parnaso.
Y estando así, divirtióse
En el golpe y alzó el brazo;
Y pensando que era maza
El orinal desdichado,
Dió en la mesa que escribía,
Sobre el papel tal porrazo,
Diciendo: «¡Muera el traidor!»,
Que, acudiendo los criados,
Mesa, libros y papeles
Llenos de orines hallaron.
Es enamorado el triste:
Y esto pudiera excusarlo,
Porque quien dice poeta,
También dice enamorado;
Mas habiéndole cogido
En su casa un boticario,
Porque su honrada mujer
Le dió aviso de su daño,
Le ató á un pilar, y le untó
Desde la cintura abajo
Con miel rosada, y le hizo
Que le escribiese entretanto
Un epigrama famoso,
Las mujeres alabando,
Pero con mayor exceso
Á las de los boticarios.
Gastó un día, y no fué mucho,
Porque las moscas y tábanos,

Como á la miel acudían,
Le hacían darse á los diablos.
Tras esto, dicen que un día
Cierto señor castellano,
No sabiendo quién le había
Hecho en versos cierto agravio,
Puso premio á cuantos fuesen
Con versos para alabarlo;
Y en llegando el día, dicen
Que encerró setenta y cuatro,
Entre los cuales se halló
Aquí el señor doctorando,
Y alcanzó la colación,
Que fueron muy buenos palos.
Pero todo aquesto es burla;
Que si en las veras hablamos,
Es honra destas escuelas
Y muy digno deste lauro.
No es poeta maldiciente,
No es envidioso ni sátiro,
No es ignorante de aquellos
Que están siempre murmurando.
Es poeta noble, heroico,
No de aquellos desdichados
Que dice Merlín que tienen
Cerca del infierno un cuarto,
Y que por cada mentira
Les está el diablo sacando
Una muela, porque luego
Les van naciendo otras cuatro.
Tuvo origen la poesía
Del mismo Dios increado.
Adán fué el primer poeta;
Que los caldeos, el salmo
Noventa y cinco tuvieron
Por suyo en los versos sacros;
Después, todos los profetas:
Moisés, Samuel, David santo,
Ana, Délbora y Judit,
Escribieron y cantaron
Versos, y la misma Virgen
Compuso un divino canto.
Padres de la ciencia son:
Platón lo dijo; mas cuanto
Puedo decir, lo hallaréis
En Tulio con más espacio;
Que yo, pidiendo perdón,
Si os he parecido largo,
Hic finem facio: y así,
A tutti mi raccomando.

El Conde de Benavente.

CONDE.

Déme albricias Vuestra Alteza.

REY.

¡Oh Almirante! ¿De qué son?

CONDE.

Ya de Castilla y León
Sois Rey.

REY.

Cubrid la cabeza,
Mi Mayordomo mayor.

CONDE.

Mil veces los pies os beso.

DON RAMIRO.

¡Próspero bien!

DON GARCÍA.

¡Gran suceso!

CONDE.

Juntáronse, gran señor,
Á juzgar á quién tocaba
De don Alfonso ó de vos
El reino, y cuál de los dos
En la posesión estaba
Con más derecho y razón,
Don Dionís, rey generoso
De Portugal, y el famoso
Don Jaime, rey de Aragón;
Y hallaron que á vos os toca,
Aunque á don Alonso han dado
Donde viva descansado.

REY.

Justa razón les provoca.

CONDE.

Dadme, gran señor, los pies.

REY.

Levantaos, Comendador
Mayor de León.

CONDE.

Señor,
Vuestra hechura soy.

REY.

Después
Quiero las albricias daros.

CONDE.

Ya, Rey invicto, lo están.

REY.

Mi general capitán,
Quiero, Pimentel, nombraros
De toda la Andalucía.

CONDE.

¡Tantas mercedes, señor!

RECTOR.

Puesto que puedan mejor
Celebrar esta alegría
Las armas, licencia os pido
Para que las letras puedan,
Pues que tan honradas quedan
Del favor que han recibido.

REY.

Será gusto para mí.

CONDE.

Ea, caballeros, vamos
Donde mil fiestas hagamos.

DON RAMIRO.

Los dos estamos aquí.

CONDE.

Máscara esta noche habrá,
Cañas y toros mañana.

DON RAMIRO.

¡[illegible]!

DON GARCÍA.

[illegible], si doña Ana
Licencia y color me da.

DON RAMIRO.

Pues vé esta noche á pedilla.
Al Rey van acompañando.

UNOS.

¡Castilla por don Fernando!

OTROS.

¡Vítor el Rey de Castilla!

Vanse.

Don Juan y D.ª Ana.

DON JUAN.

Si el Rey de casarte trata,
Lejos estoy de ser yo
Quien te merezca. Hoy me mata.

DOÑA ANA.

Diré á todo el mundo, no.
Ser[illegible] á todo el mundo ingrata.

DON JUAN.

¿Cómo podrás aquel día
Resistir su voluntad?

DOÑA ANA.

Con determinar la mía;
Que no hay fuerza en Majestad
Cuando una mujer porfía.

DON JUAN.

Díceslo aquí, que no ves
La deidad de un rey; después,
Yo sé que harás lo que él quiera.

DOÑA ANA.

Que te adoro considera
Para que seguro estés.
Y para seguridad
[illegible] a fe, di, ¿cómo quieres
Obligar mi voluntad?

DON JUAN.

Eres mujer: las mujeres
Son.....

DOÑA ANA.

¡[illegible]!

DON JUAN.

Menores de edad.

DOÑA ANA.

No hayas miedo que me valga
De esas leyes.

DON JUAN.

Y es razón;
Que una mujer tan hidalga
No ha de hacer obligación
Adonde otra deuda salga.
¿Quién está en la huerta?

DOÑA ANA.

Aquí
N[illegible] hay más, don Juan, de los dos.

DON JUAN.

¿Puedo hablar cla[illegible]

DOÑA ANA.

Sí.

DON JUAN.

Pues, mi señora, ¡por Dios,
Que estoy sin alma por ti!
Haz de suerte que no tenga
Tan grandes desconfianzas
Antes que un estorbo venga.
Ya se van mis esperanzas:
Haz que el favor las detenga.

DOÑA ANA.

Mano y brazos, ¿bastarán
Á asegurar tus recelos?

DON JUAN.

Lazos y firmas serán;
Solos estos arroyuelos
Mi amor murmurando van.
La huerta está sola, el luto
No importa donde hay amor:
Paga á amor este tributo.

Va á abrazarla.

Laureno, dentro.

LAURENO.

¿Tan temprano lleváis flor?
Tarde gozaréis del fruto.

DOÑA ANA.

Detente.

DON JUAN.

¿Quién es aquél?

DOÑA ANA.

Jardinero de la huerta.

DON JUAN.

¡Oh, qué respuesta cruel!
Si ella con mi amor concierta,
Ya no hay que esperar en él;
La flor dijo que llevaba
Temprano, y luego añadió
Que tarde el fruto esperaba.

DOÑA ANA.

Con algún árbol habló.

DON JUAN.

Al de mi esperanza hablaba.
Mas cumplid, esposa bella,
La palabra que me dais,
Pues amor sale por ella.

LAURENO.

Dentro.

Yo os juro que no os veáis
En vuestra vida con ella.

DON JUAN.

¿Hay tal cosa? ¡Que en el punto
Que voy á tomar tu mano,
Responde á lo que pregunto!

DOÑA ANA.

Caravajal, todo es vano:
Fruto y flor gozarás junto.

Leonido con una guitarra y unas flores, y Laureano.

LAURENO.

Comienza la primavera,
Y no hay más flores agora.

LEONIDO.

Presentárselas quisiera,
Laureno, á cierta señora.

DON JUAN.

Leonido es aquéste. Espera.
¿Dónde vas?

LEONIDO.

Con la ocasión
Destas flores y esta fuente,
Vine á hacer una canción,
Por tomar de su corriente
Las consonancias del són.

DOÑA ANA.

Y tú, Laureno, ¿qué hacías?
¿Con qué flor ó árbol tenías
Conversación?

LAURENO.

Ya, señora,
Que de hojas su verde autora
Corona estas fuentes frías,
Cerqué la huerta por ver
Romper sus tiernos pimpollos
Desde hoy al amanecer,
Y vi en sus verdes cogollos
Un almendro florecer.
Como vi que parecía
De flores blancas cubierto,
Que en camisa amanecía,
Y vi que el hielo era cierto,
Mirando la escarcha fría
(Que aun tiene el invierno luto,
Y no hay prado ó monte enjuto),
Dije, haciéndole dolor:
«¿Tan temprano dais la flor?
Tarde gozaréis del fruto.
Aunque almendra dulce y bella
Prometéis, y en flores dais
Tales esperanzas della,
Yo os juro que no os veáis
En vuestra vida con ella.»

DOÑA ANA.

Esas palabras oí.

DON JUAN.

Yo las entendí por mí.

DOÑA ANA.

La definición mayor
De amor, fué siempre el temor.

DON JUAN.

Luego ¿con razón temí?

DOÑA ANA.

Siéntate; y pues ha venido
Á buena ocasión Leonido,
Cante alguna letra.

DON JUAN.

Canta,
Y éntre al alma, en pena tanta,
Algún bien por el oído.

LEONIDO.

¿Qué diré?

DOÑA ANA.

Una letra di,
En que una mujer que amó,
Por decir á su amor *sí*,
Diga á todo el mundo *no*.

LEONIDO.

Canta.

Del sí y el no, digo así:
Por un sí dulce, amoroso,
Dado de quien digo yo,
Diré á todo el mundo no,
¡No, no!
Si aquel á quien me rendí,
Y á quien mi remedio toca,
Junta de su dulce boca
Dos letras que digan sí,
Habrá tanta gloria en mí,
Que si la alcanzase yo,
Diré á todo el mundo no,
¡No, no!

Don Pedro.

DON PEDRO.

¡De espacio estáis, ardiéndose de fuegos,
Voces, carreras, vítores, disfraces
Y fiestas Salamanca! ¿No ha llegado
Á vuestro sordo y encantado oído,
Que salió la sentencia por Fernando,
Y que es Rey de León y de Castilla?

DON JUAN.

Por muchos años, Pedro; pero advierte
Que un amante en presencia de lo que ama,
Tiene en éxtasis dulces los sentidos,
Bañada la memoria en blando néctar,
Como el entendimiento en puro ambrosia.
No es tarde agora para hacer que vea
El Rey nuestro contento y regocijo.
¿Cómo saldremos porque luego sea?

DON PEDRO.

Con máscaras salgamos.

DON JUAN.

Bien has dicho.
Dame licencia, movimiento mío,
Luz destos ojos, dame sólo un rayo
Para que vaya y vuelva á verte.

DOÑA ANA.

Pienso,
Según mi condición es belicosa.....
Llega el oído.

Háblale bajo.

DON PEDRO.

¿Qué hay, Leonido amigo?

LEONIDO.

Entretener estos amantes locos.

DON PEDRO.

¿Has visto amando algunos cuerdos?

DON PEDRO.

Pocos

DON JUAN

(Á D.ª Ana.)

Dices muy bien, y puedes, disfrazada,
Ver toda la ciudad; que las escuelas
Estarán francas, y sus estudiantes
Con mil disfraces é invenciones.

DOÑA ANA.

Vamos.
Y tú, Laureno, ten secreto.

LAURENO.

Advierte
Que llamaba un discreto, que sabía
Que suelen ser mil veces necesarios.....

DOÑA ANA.

¿Cómo?

LAURENO.

Á los jardineros, secretarios.

DOÑA ANA.

Dijo muy bien, porque un jardín y un coche
Encubren más que la callada noche.

Vanse.

Don Ramiro y D. García con disfraces, y la máscara en la mano.

Suena dentro ruido de cascabeles y atabales.

DON GARCÍA.

Ni ha salido ni ha querido.

DON RAMIRO.

Si te vas, saldrá después.

DON GARCÍA.

Esto me parece que es
Correr y quedar corrido.
Ponte al dorado balcón
De esa cerrada ventana,
Sol, que no es tan de mañana,
Pues más de las cinco son,
Y éstas de la tarde ya.

DON RAMIRO.

En este cielo español
No es justo llamar al sol
Cuando á los indios se va.

DON GARCÍA.

Declaradamente veo
Que mientras Caravajal
Viviere para mi mal,
No ha de ir bien á mi deseo.

DON RAMIRO.

¿Qué tardas de procurar
¿Que no viva y que tú vivas?

DON GARCÍA.

No más de que te apercibas
Para que al Rey pueda hablar.

DON RAMIRO.

Yo tengo ya prevenidos
Dos hombres que jurarán.

Tropel de gente, con mucho ruido, y entre ella el Rey y el Conde de Benavente, con disfraces y máscaras puestas.

DON GARCÍA.

¡Qué bien disfrazados van
Estos dos!

DON RAMIRO.

¡Buenos vestidos!

DON GARCÍA.

(Aparte á D. Ramiro.)

¡Quedo, que es el Rey, por Dios!

DON RAMIRO.

¡El Rey! Pues llégate á él.

Pónense las máscaras D. Ramiro y D. García.

REY.

Conde, dejad el tropel,
Vámonos solos los dos.

CONDE.

Por aquí va menos gente.
¿Quiere Vuestra Majestad
Gozar hoy de la ciudad?

REY.

Querría.

CONDE.

Póngase enfrente
Desta calle, que es el paso
Para la Rúa.

DON RAMIRO.

Al Rey.

¿Son nuestros,
Hidalgos?

REY.

No somos vuestros.

CONDE.

Id delante.

DON GARCÍA.

Extraño caso (Aparte.)
Comenzamos á intentar.

DON RAMIRO.

Pues ¿de qué cuadrilla son?

REY.

De la del Rey.

DON GARCÍA.

Con razón
Del Rey se pueden quejar
Los deudos de Benavides,
Pues á sus ojos aquí
Anda disfrazado ansí.

REY.

¿Éreslo tú, que le pides
Cuenta al Rey con tal malicia

Desta fiesta?

DON GARCÍA.

Era razón
Que mostrara compasión
Y les hiciera justicia.

REY.

El Rey mostró sentimiento
De la muerte de un criado;
Que no está el Rey obligado
Á más luto; y yo no siento
De quién ha de hacer justicia.

DON GARCÍA.

¿No? De dos Caravajales
Hermanos, que desleales,
De pura envidia y malicia
Le mataron, y yo sé
Que, porque son sus amigos,
Lo han callado dos testigos
Que saben bien lo que fué.

REY.

(Aparte al Conde.)

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

CONDE.

Helado, señor, estoy.

DON RAMIRO.

¿Mandáis algo, que me voy?

REY.

Esperad, no os vais tan presto.
¿Los testigos no diréis,
Pues decís los matadores?

DON GARCÍA.

Son sus amigos mayores,
Dellos nunca lo sabréis;
Mas si con el Rey habláis,
Decilde que hable algún día
Á Ramiro y á García.....
Pero no se lo digáis,
Que no es bien, ya que murió
Benavides, dar la muerte
Á dos hombres.

REY.

Conde, advierte (Ap. á él.)
Los testigos que nombró.

DON GARCÍA.

Adiós, señores.

REY.

El cielo
Os guarde.

Vanse D. Ramiro, D. García y la gente.

CONDE.

¡Que no supieras
Quién eran!

REY.

Si consideras
Destos hombres el buen celo,
Echarás, Conde, de ver
Que no será necesario,
Y que de hacer lo contrario,
Menos pudiera saber.
Ellos dan los matadores,
Ellos los testigos dan:
¿Qué quieres más?

CONDE.

¿No podrán
Ser estos hombres traidores?

REY.

Pues ¿cómo dieran testigos,
Y dos caballeros tales?

CONDE.

Nunca los Caravajales
Fueron, señor, enemigos
De Gómez de Benavides.

REY.

¿No bastaba amarle yo?
Envidia los obligó.
¿Qué más ocasión le pides?

CONDE.

Bien dices; sólo sería
Envidia.

REY.

Quiero dejar
Las fiestas, Conde, y hablar
Á Ramiro y á García,
Que son buenos caballeros,
Y ellos dirán la verdad.

CONDE.

Triste está Tu Majestad.

REY.

¡Vive Dios, bárbaros fieros,
Que ha de ser ejemplo al mundo
Vuestro castigo!

CONDE.

Señor,
No des lugar al rigor.

REY.

Yo en la justicia me fundo.

CONDE.

Es verdad; mas para hacella
Disimula, y no los prendas
Hasta que ser cierto entiendas.

REY.

Todo el amor lo atropella.
Quise á Benavides bien:
Hoy que su muerte se prueba,
El dolor se me renueva,
Y la venganza también.

CONDE.

Créeme, que es menester
Ir con tiento, gran señor.

REY.

Si me da lugar amor
Para templar el poder;
Que si no, ¡terrible furia,
Caravajales traidores,
Os amenaza!

CONDE.

Mayores
Son los daños de la injuria;

Pero esto importa al castigo.

REY.

Para mí, en el cielo estás,
Gómez; mas presto verás
Que fuí tu Rey y tu amigo.

Vanse.

Morata con muletas, un estudiante pobre.

MORATA.

Cierto que es bella ciudad,
Y aunque cansado venía,
Me holgué de verla.

ESTUDIANTE.

Este día
Hizo la Universidad
La mayor ostentación
Que puede su escuela hacer.

MORATA.

También han dado que ver
Los que de palacio son.

ESTUDIANTE.

¿Quién como ellos? que, en efeto,
Son príncipes.

MORATA.

Este día
Fué de común alegría,
Y que la tengo os prometo,
Aunque vengo fatigado.

ESTUDIANTE.

¿Qué pensáis agora hacer?

MORATA.

Yo no vengo á pretender
Por letrado ni soldado.
Ya os conté por el camino
Mi prisión y mi inocencia.
¡Nunca yo entrara en Palencia,
Donde tanto mal me vino!

ESTUDIANTE.

¿Agora os enternecéis?

MORATA.

¿Es vano mi sentimiento,
Si me he tragado un tormento
De la manera que veis?
Solía ser tan ligero,
Que un caballo á más andar
No me podía alcanzar:
Siempre iba yo delantero;
Y agora, por mis pecados,
No me puedo menear.

ESTUDIANTE.

¿Cómo os pudieron culpar?

MORATA.

Porque no hallaron culpados.
Pedro Gómez, mi señor,
Una cadena en su muerte,
Que nunca en Argel tan fuerte
Ni con tan fiero rigor
Moro la puso á cautivo.
Pensaron que por hurtalla
Le maté.

ESTUDIANTE.

Quien ya se halla,
Morata, con honra y vivo,
Ofrezca á Dios por sus culpas
Lo pasado.

MORATA.

Así lo hago;
Que en las desdichas que pago,
Doy de mi ofensa disculpas.

ESTUDIANTE.

En fin, ¿qué pretende hacer?

MORATA.

Aunque digo que no vengo,
Porque armas ni letras tengo,
Á la Corte á pretender,
Sepa que tengo pensado
Dar al Rey un memorial;
No porque me pague el mal
Que su prisión me ha causado,
Mas sólo por el descargo
De su conciencia Real.

ESTUDIANTE.

Bien es que en un memorial
Haga de su deuda cargo,
Y que le note un discreto
Que al Rey el decoro guarde.

MORATA.

Vos érades, si no es tarde,
Único para este efeto:
Siempre traen estudiantes
Como vos, tintero y pluma.

ESTUDIANTE.

¿Queréis que le escriba, en suma?

MORATA.

Siempre somos ignorantes
Estos de la profesión
De la rascativa ciencia;
Y pues que vuestra experiencia
Sabrá mejor la razón,
Poned mi inocencia allí,
Y pedid al Rey merced.

ESTUDIANTE.

Apartaos aquí, y creed
Que hay un Cicerón en mí.
Pero pase aquesta gente,
Y escribiremos mejor.

Don Juan, D.ª Ana y D. Pedro, disfrazados, máscara en mano.

DON PEDRO.

En más estimo el favor
Que los tesoros de Oriente.

MORATA.

Retirado de esta esquina,
Escribiréis más de espacio.

ESTUDIANTE.

Vamos.

Vanse Morata y el estudiante.

DON JUAN.
¡Bueno está palacio!
DOÑA ANA.
¡Gran belleza!
DON PEDRO.
¡Peregrina!
DON JUAN.
Viene mi hermano muy loco,
Y con razón, pues Leonor
Le hizo tan grande favor.
DOÑA ANA.
Más merece, y todo es poco.
DON PEDRO.
El que en eso me habéis hecho
Estimo en más.
DOÑA ANA.
Dios os guarde.
DON PEDRO.
Ya tiene desde esta tarde
Alta esperanza mi pecho.
DOÑA ANA.
Pues ¿qué os dió?
DON PEDRO.
¿No veis en él
Esta banda verde?

Á D.ª Ana D. Juan:

Y yo,
¿No tendré esperanza?
DOÑA ANA.
No;
Que no sois vos tan fiel.
DON JUAN.
Si en mí no hay fidelidad
Para tan justa porfía,
No hay luz, señora, en el día,
No tiene el sol claridad,
No es húmedo el mar, ni el fuego
Tiene calor, ni es la luna
Inconstante, la fortuna
Mudable, ni el amor ciego:
Y para que os desdigáis
Del agravio que habéis hecho
Á la lealtad de mi pecho,
Donde vos por alma estáis,
Me habéis de dar el favor
Que, de invidia de mi hermano,
Os pidió mi amor en vano,
Pues llamáis falso mi amor.
DOÑA ANA.
No lo dije porque creo
Que falsedad me tratáis,
Que más satisfecho estáis
De mi amor y mi deseo;
Pero si á tan firme amante
Pude ignorante agraviar,
Yo os quiero desagraviar
Con daros este diamante,
Cuya firmeza y valor
Se hallará con vos muy bien,
Pues la imitaron tan bien
Vuestra sangre y vuestro amor.
DON JUAN.
Bésoos las manos mil veces
Por la honra que me hacéis.
De la verdad que sabéis,
Son vuestros ojos jüeces.
No tengo más que os decir
En abono de mi amor,
Pues en fineza y valor
Le habéis puesto á competir
Con este hermoso diamante,
Que arrimado al corazón
Confiesa en esta ocasión
Que es á vencerle bastante.
DON PEDRO.
Gente pasa: al rostro haced
Con las máscaras defensa.
DON JUAN.
Cubre tu sol.
DON PEDRO.
Haz ofensa
Al día.
DOÑA ANA.
¡Tanta merced!
DON PEDRO.
Por aquí podemos ir
Á casa con menos gente.
DON JUAN.
Quien ama y calla ...., no siente.
DOÑA ANA.
Pues ¿qué me quieres decir?
DON JUAN.
Que me des tus manos bellas.
DOÑA ANA.
Veslas aquí.
DON JUAN.
Quita el guante.
DOÑA ANA.
Guárdame, Juan, el diamante.
DON JUAN.
Como el cielo sus estrellas;
Que como en su soberano
Manto cada luz está
Clavada, así lo estará
Este diamante en mi mano.

Vanse.

El Rey y el Conde.

REY.
¿Llamaron á Ramiro y á García?
CONDE.
Ya, señor, los llamaron, y aquí esperan.
REY.
Por puntos crece la tristeza mía.
CONDE.
Seguros los he visto: no se alteran.
REY.
Cualquiera dellos, Conde, merecía
Mayor castigo que las leyes dieran

Al matador, pues han callado.

CONDE.

Han hecho
Como hidalgos de limpio y noble pecho.

REY.

Pues ¿qué perdieran en haberme dado
[illegible] esta noticia,
No por ser Benavides mi privado,
Mas por la autoridad de mi justicia?

CONDE.

Acusarlos pudiera haber culpado
La nobleza que tienen, de malicia,
Y no es agora tanto el intervalo.

REY.

No es bueno quien encubre lo que es malo.
Llamaldos, Conde.

CONDE.

Ya, señor, los tienes
[illegible] presencia

Don Ramiro y D. García.

REY.

¿Es hecho de hombres nobles.....

DON GARCÍA.

¿De qué te turbas y suspenso vienes?

REY.

Encubrir á su Rey los tratos dobles?
¿Qué aspereza, que furia, qué desdenes
Vistes en mí? Si cuando entre los robles
De Arlanza desnudastes el acero
Contra vuestro señor y Rey primero,
Yo os hiciera poner entre sus ramas
[illegible]gados de los cuellos en dos sogas,
No hubiera visto aquí.....

DON RAMIRO.

¿Traiciones llamas
Los hechos por quien tú también abogas?
¿Servir á Alfonso desa suerte infamas?
¿Tú mismo haces la ley y la derogas?
[illegible]liste libertad á quien quisiese,
Para que á Alfonso en guerra y paz sirviese?
[illegible]ra, gran señor, que declarada
[illegible]nos de tu parte la justicia,
Se desnudara contra ti la espada,
Era traición; mas antes no es malicia.

REY.

[illegible] no hablo de la guerra: ya es pasada.
Mi nobleza, Ramiro, no codicia
Venganza vil.

DON RAMIRO.

Pues ¿cuál ofensa ha hecho
Á tu valor nuestro inocente pecho?

REY.

[illegible] es ofensa el saber que dos traidores,
Villanos, fementidos, desleales,
Á quién sino al mejor de los mejores
[illegible]n la muerte con traiciones tales,
Y callando, mostrarse defensores?

DON GARCÍA.

[illegible]uién, señor?

REY.

De los Caravajales;
Que estos valientes Héctores y Cides
Mataron al señor de Benavides.

DON GARCÍA.

Señor.....

REY.

No hay que negar: yo lo he sabido.
Del Rey el soberano acatamiento
Basta para decir verdad; que ha sido
El más fuerte linaje de tormento.

DON RAMIRO.

¿Quién te lo ha dicho?

REY.

El cielo, que ha querido
Que se descubra esta maldad.

DON GARCÍA.

No siento
Quién puede haberlo visto.

DON RAMIRO.

Si he callado,
Ha sido sólo de amistad forzado.
Mas pues el cielo quiere que se entienda,
Advierte que éste sólo servir puede
De indicio; que nosotros no hemos visto
Distintamente el caso, ni sabemos
Que los Caravajales hayan muerto
Á Gómez de Guzmán y Benavides.

DON GARCÍA.

Yo dije á dos amigos, de quien fío
Mis pensamientos, que sospechas tengo
Que los Caravajales le mataron,
Y éstos, señor, lo mismo te habrán dicho.

REY.

Pues ¿cómo presumís que ellos le han muerto?

DON RAMIRO.

Topámoslos García y yo una noche
Junto á la puerta de don Gómez: pienso,
Y pienso bien, que fué la noche misma.
Llegaron con estoques y broqueles
Á echarnos de la calle, y no dejaban
Que pasase ninguno, aunque tuviese
Su casa en ella: pues si aquesto vimos,
Y luego muerto á Gómez en su calle,
No es fuera de propósito, no digo
Afirmar que ellos son los matadores,
Mas sospechar, señor, que serlo pueden.
Y porque sólo son sospechas éstas
No te habemos hablado en este caso;
Que puede ser engaño, y deste engaño
Á quien está inocente venir daño.

CONDE.

¿Ves, gran señor, cómo era menos cierto
Esto de haber los dos Caravajales
Á Benavides en su calle muerto?

REY.

Sí; mas piden prisión indicios tales.

CONDE.

Paréceme notable desconcierto
Que cometiesen caballeros tales
Tan gran traición: infórmate primero

Que trates de prisión.

REY.

Prenderlos quiero.

CONDE.

Bastante es el indicio; pero advierte
Que harás mejor la causa de secreto.

REY.

¿Y si huyen?

CONDE.

¿Dónde?

DON RAMIRO.

Desa suerte
Tendrá, señor, la información efeto.

REY.

Siento en el alma aquella injusta muerte;
Mas pues tengo de entrambos tal conceto,
Fiaros quiero el caso, y aunque amigos,
Que me busquéis contra los dos testigos.

CONDE.

Pues deja á nuestra cuenta el darte gusto
Y averiguar si son los dos culpados.

REY.

Tendréis de mí satisfacción al justo.

CONDE.

Son los Caravajales muy honrados:
Yo no puedo pensar por cual disgusto
Matasen juntos, á traición y armados,
Á Gómez de Guzmán y Benavides.

REY.

¿Disgustos, Conde, á las envidias pides?

Don Juan y D. Pedro.

DON PEDRO.

Á su hermano al salir.

Fuerte determinación
Es la que llevas, don Juan.

DON JUAN.

Amor y razón me dan
Ánimo en esta ocasión.
Dicen que el Rey ha llamado
Á don García, y sospecho
Que diligencias ha hecho,
De ofendido y despreciado,
Para pedir á doña Ana,
Y el Rey se la quiere dar.

DON PEDRO.

Si el Rey le envió á llamar,
Lo tengo por cosa llana.

DON JUAN.

(Aparte á su hermano.)

¡Ay de mí! Juntos están,
Y hablando con gran secreto.
Que lo tratan te prometo,
Y que á doña Ana le dan.

DON PEDRO.

El Conde de Benavente
Está con el Rey también.

DON JUAN.

¿Qué mucho que se la den
Con tal padrino presente?

DON PEDRO.

No dudes que la pidió,
De García importunado,
Y que el Rey se la habrá dado.

DON JUAN.

Llegaré á impedirlo yo
Con el mayor desatino
Y mayor atrevimiento
Que cupo en entendimiento:
Mas llevo á amor por padrino.

REY.

Yo me torno á resolver
Á prenderlos.

CONDE.

No es razón.

DON JUAN.

¿De qué temes, corazón? (Aparte.)
Ya se la dan por mujer.

REY.

Pues ¿podrás averiguar
De secreto, más seguro?

CONDE.

Esto te prometo y juro.

DON JUAN.

De prometer oigo hablar: (Aparte.)
Sin duda que le promete
El Rey algún dote grande.

CONDE.

Esto Vuestra Alteza mande
Y don García lo acete.

DON JUAN.

Que lo acepte don García (Aparte.)
Dice el Conde.

REY.

Pues sea ansí.

DON JUAN.

Ya el Rey ha otorgado el sí. (Aparte.)

DON GARCÍA.

De la diligencia mía
En hacer la información,
Tu Majestad esté cierto.

DON JUAN.

Ya se concluye el concierto. (Aparte.)

REY.

¿Quién está aquí?

DON RAMIRO.

Los dos son.

REY.

Caravajal.....

DON JUAN.

Gran señor.....

REY.

¿Quieres algo?

DON JUAN.

Sí quisiera.

REY.

¿Cómo no llega tu hermano?

DON JUAN.

Puesto que es mayor, no llega
Porque este negocio es mío.

REY.

¿Qué quieres?

DON JUAN.

Si en tantas guerras
No trujera mis servicios
Por testigo tu presencia,
Que vale para contigo
Más que mil firmas, hiciera
Más largas informaciones.

REY.

No hay quien como yo los sepa.

DON JUAN.

Los reyes, ¿premian servicios?

REY.

Siempre los reyes los premian,
Porque están á cargo suyo
Ya las armas, ya las letras.

DON JUAN.

Pues dame premio, señor.

REY.

Escoge una cruz, y sea
Para que, en vacando, goces
De la primera encomienda.

DON JUAN.

Escojo la cruz, y beso
Tus pies por merced como ésta.

REY.

Y ¿cuál?

DON JUAN.

La del matrimonio.

REY.

No es mala, aunque á veces pesa.

DON JUAN.

Con doña Ana de Guzmán
Casarme he tratado, y ella
Te lo suplica también.

REY.

Ten la mano un poco: muestra.
¿Es diamante?

DON JUAN.

Sí, señor.

REY.

Yo le conozco.

DON JUAN.

Es la piedra
Muy buena.

REY.

No digo el fondo,
Sino la sortija; que ésta
[illegible] á Gómez de Benavides
[illegible]a que entré en Palencia.

DON JUAN.

A mí me la dió su hermana.

REY.

Háblame después.

DON JUAN.

No queda (Aparte.)
Con gusto.

REY.

Conde.....

CONDE.

Señor.....

REY.

(Aparte al Conde.)

La información se acrecienta.
Una sortija que di
A Gómez, trae éste.

CONDE.

Advierta
Vuestra Majestad que sirve
Á doña Ana.

Un portero, y Morata con un memorial.

PORTERO.

Á Morata:

Aquí le espera.

MORATA.

Suplico á Su Majestad
Que, pues vista mi inocencia
Me absolvieron de la instancia
Y libremente me sueltan,
Me haga alguna merced,
Y deste papel entienda
Mi injusta prisión.

Vase el portero.

REY.

¿Quién eres?

MORATA.

Qué, ¿ya de mí no se acuerda?
Moratilla soy, señor,
Aquel grande tragaleguas
De Gómez de Benavides.
¿Ya se le olvida una siesta
Que, caminando á Segovia,
Comimos en una venta,
Y le dijo mi señor,
Que Dios en el cielo tenga,
Que era yo un hombre de bien,
De los buenos de mi tierra?
¿Que en lo que era ser leal
Un perro irlandés no era
Más castizo, y que en la espada
Á diez, á doce y á treinta
Les podía tener mano,
Y que por lo que profesa
El arte de los caballos,
Puedo curar á Babieca?

REY.

De que estés libre me huelgo.

MORATA.

Pues si vuesarced se huelga,
Déme con qué pueda andar,

Que me han quebrado una pierna.

REY.

Acude á mi limosnero.

Vase.

CONDE.

El Rey se va.

Vase.

DON RAMIRO.

(Aparte á D. García.)

¡Buenos quedan
Nuestros enemigos!

DON GARCÍA.

Hoy
Nuestra venganza comienza.

Vanse D. Ramiro y D. García.

DON PEDRO.

Aquél, ¿no es Morata?

DON JUAN.

El mismo.

DON PEDRO.

¡Morata!.....

MORATA.

El cielo me enseña
De mi remedio el camino.

DON JUAN.

Deja los pies.

MORATA.

No me vea
Con libertad en mi vida,
Si agora siento mis penas.

DON JUAN.

¿Saliste libre?

MORATA.

Pues ¿no?

DON JUAN.

Dios vuelve por la inocencia.
Ven y verás á doña Ana,
Aunque en verte se enternezca.

MORATA.

¿Está en Salamanca?

DON JUAN.

Sí.

MORATA.

Y ¿cómo te va con ella?

DON JUAN.

Hoy se la he pedido al Rey.

MORATA.

En tus méritos la emplea.
¿Vive Isabel todavía?

DON JUAN.

Toda la casa está buena.
Mucho se han de holgar de verte.

MORATA.

Vamos, señor.

DON PEDRO.

¿Cómo queda
Tu pretensión con el Rey?

DON JUAN.

Que un hábito y encomienda
Me da con doña Ana en dote.

DON PEDRO.

Para bien, hermano, sea.

DON JUAN.

Por ser ella es parabién;
Y porque no hay bien sin ella,
Denme este bien Dios y el Rey,
Y nunca otro bien me venga.

ACTO TERCERO.

Doña Ana é Isabel.

ISABEL.

Mal sosiegas.

DOÑA ANA.

¿Cómo puedo?
Que cuando con tal rigor
No me matara mi amor,
Bastaba á matarme el miedo.
No dudes tú que la ausencia
Haga su efecto en don Juan.

ISABEL.

Obligaciones harán
A la ausencia resistencia.
Desdichas de amantes son
Que se ofreciese jornada
Tan forzosa y tan honrada,
Señora, en esta ocasión;
Casada estuvieras ya,
Si no se partiera el Rey.

DOÑA ANA.

Esto de obligar la ley
A que un hidalgo lo está,
Hizo partir á mi bien,
Por ser guerra á lo que van.

ISABEL.

Presto volverá don Juan,
Y victorioso también.

DOÑA ANA.

¿Presto dices? Pues ¿hay presto
Para quien ama y espera?
Presto es el mal que á cualquiera
Tiempo está á llegar dispuesto.
¡Maldito sea el aviso
Que le dieron, pues le obliga
A que esta jornada siga
Fernando tan de improviso!
Que cuando no fuera guerra,

Que tantas villas acaba,
Para mi dolor bastaba
La distancia de la tierra.

ISABEL.

¡Cuánto hay de aquí á Gibraltar,
Á cuya conquista fué?

DOÑA ANA.

¡Ay, Isabel, sólo sé
Que está á la orilla del mar!
España se acaba allí:
Mas ¡qué desdicha extraña,
Pues donde se acaba España,
Comienza el mal para mí!
Entraron por Gibraltar
Á su destrucción los moros;
Y aunque más que á mil tesoros
La deba el Rey estimar,
Yo pienso que ya los cielos
Mi destrucción le darán,
Si amor, conde don Julián,
Mete por moros mis celos.

ISABEL.

Si fuera en Valladolid
Esta guerra, ó si pasara
De Guadarrama, y llegara
Á los muros de Madrid,
Yo te dijera que fueras
Á ver á don Juan tu esposo,
Pues serlo ha de ser forzoso,
Y que este dolor perdieras;
Pero siendo en Gibraltar,
Donde se acaba la tierra,
No te lo aconsejo.

DOÑA ANA.

¡Oh guerra!
¿Qué paz me puedes dejar?
Llámame á Morata.

ISABEL.

Él viene.

Morata.

MORATA.

¿Tenemos lamentación?
[illegible] el soneto y canción?

ISABEL.

Notables congojas tiene.

MORATA.

[illegible]dote hablar?

DOÑA ANA.

¡Ay de mí!

MORATA.

[illegible], que presto vendrán.

DOÑA ANA.

No espero ver á don Juan.

MORATA.

No desesperes así,
Que muy presto le verás;
Con esperanza y paciencia
Pasarás mejor su ausencia,
Que si afligiéndote estás,
Se te harán meses los días,
Y los meses largos años;
Que al amor vencen engaños,
Como á niño.

DOÑA ANA.

¡Ay, ansias mías!
Dejad ya de hacer extremos.

ISABEL.

¿Cómo hiciste aquel papel
Para entretenerla?

MORATA.

En él
Hicimos lo que sabemos;
Mas perdonará las faltas.

DOÑA ANA.

¿Qué es eso?

ISABEL.

Pedíle ayer,
Por verte amar y temer
Con esperanzas tan altas,
Que te hiciese alguna cosa
De poesía.

DOÑA ANA.

Pues qué, ¿trata
Destos vaguidos Morata?

ISABEL.

Pienso que ha hecho una glosa.

DOÑA ANA.

¡Jesús! ¿Que vos sois poeta?

MORATA.

¿No tengo fisionomía
Poetil?

DOÑA ANA.

Por vida mía,
Que la tenéis muy discreta.

MORATA.

Subíme á un zaquizamí
Para poder poetizar
De tu ausencia y Gibraltar,
Y dije, señora, así.....

Saca un papel.

DOÑA ANA.

Mucho os lo agradezco.

MORATA.

Luego
Verás si estás obligada.

DOÑA ANA.

¿Qué glosa?

MORATA.

No es casi nada:
Socorred con agua el fuego.

Lee.

«Don Juan se fué á Gibraltar
Cuando casarse quería;
Gibraltar está en la mar,
La mar es agua, y podría
El fuego de amor aguar.

Amor es como un borrego:
¿Qué haré si me abrasa, Diego?
—Socorred.—Decid, ¿con qué?
—¿Con qué?—Sí.—Yo os lo diré:
Socorred con agua el fuego.
Fuése el Rey, porque tenía
Con los moros una lid
Más allá de Andalucía;
Que así lo hizo David
Con el gigante Golía.
Doña Ana quedó penando
Por don Juan, sin cómo y cuándo:
El cómo, porque fué así,
Y el cuándo, porque la vi,
Ojos, apriesa llorando.»

ISABEL.

Tal te venga la salud.

MORATA.

Oye, que falta lo bueno.

ISABEL.

¿David aquí?

MORATA.

Está muy lleno
De Escritura.

ISABEL.

¡Gran virtud!

MORATA.

Lee.

«Los ojos acá en Palencia
Lloran á don Juan, que está
En Gibraltar, que es ausencia.
Si ellos dicen: Vente acá,
Responde el eco: Paciencia.
Yo, que también muero amando
Por Isabel, pido á Orlando
Que me dé su repertorio,
Porque dice el purgatorio
Que se está el alma abrasando.»

DOÑA ANA.

Mientras la glosa has leído.....

MORATA.

¿Qué te parece? ¿No es buena?

DOÑA ANA.

He pensado que mi pena
Descansará mi sentido,
Si te envío á Gibraltar
Con una carta.

MORATA.

Es la glosa
La más sorbitante cosa
Que se puede imaginar.

DOÑA ANA.

Atiende á lo que te digo.

MORATA.

No tardé en hacella un mes.

DOÑA ANA.

Quiero que esta carta des
A mi adorado enemigo.

MORATA.

¡Oh! Pues si él viere la glosa,
Perderá el seso por ti.

DOÑA ANA.

La carta digo: está en ti.

MORATA.

No dudes, es alta cosa.
Yo te digo que, aunque fuera
Vivo agora Cicerón,
Que con toda su opinión
Lo de David no dijera.
Pues lo de encajar á Diego
Para preguntar allí,
¿Quién lo dijera?

DOÑA ANA.

Es ansí.

MORATA.

Que te diviertas te ruego.

DOÑA ANA.

Otro mayor pensamiento
Me ha dado agora.

MORATA.

¿De qué?

DOÑA ANA.

Mas ¿tengo seso?

MORATA.

No sé.

DOÑA ANA.

¿Hay mayor atrevimiento?

MORATA.

¿Qué imaginabas?

DOÑA ANA.

Pensaba
Que ir á Gibraltar podía.

MORATA.

Eso en el aire sería,
Adonde tu seso andaba.

DOÑA ANA.

¿Tengo yo padre ni hermano?
¿No es muerto Gómez?

MORATA.

¡Que piensas
Á tu honor tales ofensas!

DOÑA ANA.

No me aconsejéis en vano;
Hoy me parto á Gibraltar.

MORATA.

¿Dónde vas?

DOÑA ANA.

A ver si puedo
Perder á mi honor el miedo.

MORATA.

Dejarte quiero engañar;
Que así pasarás tu ausencia.

Vase D.ª Ana.

MORATA.

Esta mujer está loca.

ISABEL.

Siempre de quien ama es poca

La cordura y la paciencia.

[illegible]

¿[illegible] glosa?

ISABEL.

De tu ingenio. Pero estoy
Muy enojada.

MORATA.

Á eso voy.

ISABEL.

Sepa que estoy envidiosa.

MORATA.

Calla, que agora compongo
[illegible] y serás en el
[illegible], que yo, Isabel,
[illegible] el pastor Monicongo,
Y tú la bella Centaura.

ISABEL.

[illegible]iera una glosa yo.

MORATA.

[illegible] Pues ¿escribió
[illegible]r Petrarca por Laura?
Di el estribo.

ISABEL.

[illegible] me place:
[illegible]

MORATA.

Ven, y déjame con él.

ISABEL.

¿Tardarás?

MORATA.

Cuanto almohace.

Vanse.

Soldados, en alarde; D. Ramiro, D. García, D. Pedro, [illegible] Rey, con bastón.

CONDE.

¿De quién se cuenta, generoso Príncipe,
Tan breve y tan notable vencimiento?

REY.

Obras de Dios se deben llamar éstas
Que no están en las fuerzas de los hombres.

[illegible]

Háber ganado á Gibraltar ha sido
La cosa de más honra é importancia
Que España, excelso Príncipe, ha tenido.
Esta es la puerta y la primera estancia
Por donde entró su destrucción, y el Moro
La conquistó con parte de la Francia.
[illegible] la llave mejor de su tesoro
Y el fin de Europa, pues por este Estrecho
[illegible]dió principio el fabuloso toro.

REY.

Estoy de los servicios satisfecho
Que me habéis hecho, hidalgos castellanos,
Con tal valor de vuestro noble pecho.
Premiaros quiero, aunque mejores manos
[illegible] premiarán después tan santo celo,
Que es deuda de los cielos soberanos.
Vos, Conde, me abrazad: alzad del suelo
Y escoged cuatro villas en Castilla.

CONDE.

Esos felices años guarde el cielo.

REY.

Vos, don Ramiro, espanto y maravilla
Del africano, de mi llave de oro
Seréis desde hoy.

DON RAMIRO.

Con gran razón se humilla
El mundo á vuestros pies.

REY.

Un gran tesoro
Tener quisiera para vos, García.

DON JUAN.

La vida pierda yo si ha muerto moro. (Aparte.)

REY.

Capitán de mi guarda os hago.

DON GARCÍA.

El día
Que á serviros me trujo mi deseo,
Otro Alejandro dije que servía.

REY.

Á vos, Álvaro Estúñiga, deseo
Honrar con una cruz y una encomienda:
Ésta escoged mientras la renta veo.

DON ÁLVARO.

¿Qué premio, qué honra, gran señor, qué hacienda,
Como serviros?

REY.

Vos, Sandoval bravo,
Este abrazo tomad por justa prenda:
Alcaide de Segovia os hago.

SANDOVAL.

Alabo
Vuestra grandeza y mi ventura, y quiero
Daros un moro alcaide por esclavo,
Que no le ha visto el África más fiero.

REY.

Los esclavos que habéis todos ganado
Podéis poner en orden, porque espero
Salir mañana, cuando el sol dorado
Salga del mar; que á Martos ir me importa,
Según estoy por cartas avisado.
Marche adelante el Conde.

DON PEDRO.

(Aparte á D. Juan.)

Ó es que corta
El hilo de la paga divertido,
Ó que nuestra desdicha le reporta,
Ó no debe de haber visto ni oído
Á los Caravajales, que le han dado
¡Vive Dios! la victoria que ha tenido.

DON JUAN.

Á todos ha abrazado y señalado
De sus servicios premio, y solamente
Á nosotros sin él nos ha dejado.

DON PEDRO.

Ya se va el Rey.

DON JUAN.

Su vida el cielo aumente;
Mas déjame decir que ha sido ingrato.

REY.

Pues, Conde, haced que marche nuestra gente.

Vanse todos, menos los dos Caravajales.

DON JUAN.

Si no es que algún villano, con mal trato,
Y movido de envidia, al Rey informe,
Al Rey, de un César español retrato,
No sé cómo esta paga se conforme
Con servicios tan claros y leales.

DON PEDRO

Siempre la envidia fué monstruo disforme.

DON JUAN.

¡Á Ramiro y García premios tales,
Que huyeron por momentos de los moros,
Y á don Pedro y don Juan Caravajales,
Que han comprado con sangre de sus poros
Á Gibraltar, los deja de esta suerte!
¡Las heridas aquí, y allá tesoros!

DON PEDRO.

¿Si por ventura el Rey fingió no verte,
Don Juan, por no casarte con doña Ana?

DON JUAN.

Ya fuera más ingrato desa suerte.

DON PEDRO.

Yo pienso y tengo ya por cosa llana
Que el Rey la quiere dar á don García.

DON JUAN.

Será de entrambos la esperanza vana;
Doña Ana de Guzmán, don Pedro, es mía.
Quitarme puede el Rey su gracia, hermano;
Mas no las que en su rostro el cielo cría.
Y cuando ese cobarde, ese villano,
Que he visto huir del moro tantas veces,
Viniese á ser de su valor tirano,
Un remedio sé yo.

DON PEDRO.

Poco encareces
Tus celos, si lo son; pero partamos,
Que no te ha de quitar lo que mereces.

DON JUAN.

Dejemos esto ansí, y á Martos vamos,
Y tomaremos postas á Palencia,
Si en ella ó en Jaén de espacio estamos.

DON PEDRO.

Amor es celos.

DON JUAN.

Celos son ausencia.

Vanse.

Doña Ana é Isabel, en traje de soldados, con Morata.

MORATA.

Con extraño atrevimiento
Hasta Martos has corrido.

DOÑA ANA.

Mi pensamiento he seguido.

ISABEL.

Mucho corre un pensamiento.

MORATA.

Ya no hay que pasar de aquí,
Pues ganado Gibraltar,
Aquí quiere el Rey tornar.

DOÑA ANA.

Con propósito salí
De no sólo al fin de Europa,
Pero hasta el fin de la tierra
Caminar, ó ya con guerra
Del mar, ó con viento en popa.
Dame tú que una mujer
Amando se determine,
Que no hay tierra que camine,
Si Dios no la vuelve á hacer.

ISABEL.

Como es tiempo de soldados,
Por soldados nos tuvieron.

MORATA.

¡Lindas cosas os dijeron
Como os ven tan desbarbados!
Cuál caminante decía
Que, á cualquiera moro viendo,
Volveríades huyendo
Á ver á señora tía;
Cuál decía en los mesones,
Ó en los corrillos y esquinas,
Que era guerra de gallinas,
Pues iban allá capones.
Viendo mi barba, y sin ellas
Á los dos, un atrevido
Dijo: «¡Hola, Nuño Salido!
¿Dónde lleváis las doncellas?»
Cuál dijo: «Estos mozos son
Retoños de aquel barbado»;
Y cuál me dijo: «Soldado,
¿Va á nadar, ó al escuadrón,
Que lleva dos calabazas?»
Y cuál dijo: «¿Á qué persona,
No siendo dos veces mona,
Echara nadie dos mazas?»

ISABEL.

El Rey pienso que ha llegado,
Según anda el alboroto.

DOÑA ANA.

Yo soy, Morata, de voto
Que engañemos mi soldado.

MORATA.

¿De qué suerte?

DOÑA ANA.

Tomar quiero
Hábito de mora aquí.
¿No le habrá?

MORATA.

Señora, sí.
El fin del engaño espero.

DOÑA ANA.

De moro te has de vestir,
Y hablar al anochecer
Con don Juan.

[illegible]

[illegible] saber
Qué le tengo de [illegible].

[illegible]

Diráslc que una señora
Turca le vió en Gibraltar,
[illegible]
Porque en extremo le adora.
[illegible]

[illegible]

[illegible] pensamiento,
[illegible] ayude al fingimiento
[illegible] turco traje Isabel.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Pues camina,
[illegible] don Pedro dirás
Tú que enamorada estás.

[illegible]

[illegible]
[illegible]
Enamorado también?

[illegible]BEL.

Eso no.

[illegible]

¿Celillos? ¡Bien!

[illegible]

Ya llegan.

[illegible]

Á verle voy
Y alegrarme en su presencia;
[illegible] no hay gustos semejantes
Como verse dos amantes
[illegible]pués de celos y ausencia.

Vanse.

[illegible]

REY.

Cuantas veces, Conde amigo,
Los Caravajales veo,
[illegible] la venganza deseo,
Si lo es el justo castigo.
Basta el odio por testigo
[illegible] muerto
Á Gómez: pues es tan cierto
Que, en viéndolos, se me altera
[illegible] si fuera
En las heridas del muerto.
Causa aqueste efecto en mí
[illegible] Gómez era mi amigo,
Y como vive conmigo,
[illegible]to lo que hiciera en sí.
Ya no pasaré de aquí
Sin que les quite la vida;
[illegible] aquella sangre vertida,
[illegible]i descuido recelo
[illegible] da más voces al cielo
Que de su mismo homicida.
La guerra de Gibraltar
No me dejó proseguir
Su castigo, ni escribir
Lo que se pudo probar.
Aquí los haré matar,
Que no quiero información
Mayor que mi cora[illegible]n.
Vaya á prenderlos García;
Que no ha de pasar el día
Sin que mueran.

CONDE.

No es razón.

REY.

Razón es no repliquéis.

CONDE.

Descansa, señor, que hoy llegas,
Y mira bien que te ciegas.

REY.

¡Qué bien el caso entendéis!

CONDE.

No hay testigos.

REY.

Más de seis;
Y en suceso semejante
Es el indicio importante:
Ni sé yo que diga ley
Que lo que examina un rey
No es información bastante.

CONDE.

Aunque sea el replicar
Al Príncipe tan odi[illegible],
Y al oído tan gustoso
El conceder y apr[illegible],
Yo no he de lisonjear
Á Vuestra Alteza, señor.
Pospuesto cualquier temor
Y cualquier respeto, digo
Que es injusto este castigo,
Y ejecutarle, rigor.

REY.

Dejadme, Conde.

CONDE.

Yo sé
Que no hay justa información.

REY.

Los Caravajales son
Los matadores.

CONDE.

¿Por qué?

REY.

¿Vos no veis que envidia fué,
Y que Ramiro y García
Vieron, cuando anochecía,
Á los dos junto á su puerta?
Pues ¿qué probanza más cierta
Para la conciencia mía?

CONDE.

Comete la información
Á tus alcaldes, que es justo;
O si esto no es de tu gusto,
Á tu Consejo es razón.
Nombra un jüez de opinión,

Ó sea tu presidente;
Hagan jurídicamente
Lo que toca á tu justicia,
Y no pueda la malicia
Verter la sangre inocente.
Esto es lo más acertado,
Y en un rey cristiano es justo;
Que no se ha de hacer lo injusto
Porque fué razón de Estado.
Si estos hombres me han hablado,
La vida me quite Dios,
Porque no saben los dos
Que tú los quieres matar.

REY.

Conde, no hay que replicar:
No os pido consejo á vos.
¡Hola, capitán!

Don García.

DON GARCÍA.

Señor.....

REY.

Á los dos Caravajales
Prended luego.

CONDE.

Á los leales,
Pudieras decir mejor.

DON GARCÍA.

Yo voy luego.

REY.

Sin rumor;
Que no quiero que se entienda,
Porque escaparse no emprenda
De mi rigor su malicia.

CONDE.

Si agravia el Rey la justicia,
¿Quién habrá que la defienda?

Vanse.

Don Juan y D. Pedro.

DON JUAN.

No hallo en qué me partir.

DON PEDRO.

En nuestros caballos vamos.

DON JUAN.

¡Qué de imposibles hallamos,
Don Pedro, hermano, al salir!
Mas todos los vence amor;
Porque pienso que me fuera
Á pie, cuando no tuviera
Otro remedio mejor.
Una tristeza me aflige
Desde ayer, que estoy mortal:
Ó me amenaza algún mal,
Ó algún mal humor me rige.
Toda la noche he soñado
Que andaba huyendo de un toro,
Y que perdiendo el decoro,
Iba á subirme á un tablado.
Desperté mil veces, creo,
Y otras tantas lo soñé;
Levantéme y tropecé,
Y aunque aquestas cosas veo
Que son quimeras de un triste
Y vana superstición,
Tal está mi corazón
Que de mil nubes se viste.

DON PEDRO.

Don Juan, lo mismo ¡por Dios!
Anoche pasó por mí.
¡Nunca más triste me vi!
Mas como somos los dos
Una sangre, así tendremos
Un humor. También soñé
Cosas con que desperté
Haciendo cruces y extremos.
A una torre me subían
Por fuerza, y cuando allá estaba,
No sé quién de allí me echaba,
Y los demás me tenían.
Con este ansia desperté
Más de tres veces.

DON JUAN.

Partamos;
Que si con salud hallamos
Á doña Ana, sueño fué.
Mas si acaso no la tiene,
Ó el Rey la escribe que intenta
Darla á García, y contenta
En el casamiento viene,
Cuenta el sueño verdadero,
Porque vengo á ser el toro.

Un soldado.

SOLDADO.

Á los dos os busca un moro
Que parece caballero.

DON JUAN.

Dile que llegue.

Va el soldado á avisar, y salen Morata, de moro, y D.ª Ana é Isabel, de moras, con velos.

SOLDADO.

Llegad.

MORATA.

Alá os guarde.

DON JUAN.

¿Qué nos quieres?

MORATA.

¿Eres don Juan?

DON JUAN.

Sí.

MORATA.

¿Tú eres?

DON JUAN.

Yo soy.

MORATA.

¡Grave autoridad!

En Gibraltar cierta dama
Turca te vió pelear,
Y aun [illegible] en Gibraltar,
Ya te [illegible] por fama
[illegible]
Que [illegible] uido hasta aquí.

DON JUAN.

¿Qué quiere?

MORATA.

Quererte.

DON JUAN.

¿Ansí?
Pues dile que no me quiera.

MORATA.

Es bellísima, y tan rica,
Que puede darte un millón.

DON PEDRO.

No dejes esta ocasión;
La mano al dinero aplica,
¡Pesia tal!

MORATA.

¿Sois vos don Pedro?

DON PEDRO.

Yo soy.

MORATA.

Á [illegible]

Su hermana, gallarda mora:
Y [illegible]
Más de cuatro mil ducados,
Me retiro porque habléis;
Que tendréis, si las queréis,
Cuatrocientos mil sobrados.

DON PEDRO.

[illegible]

Hermano, llega y hablemos.

DON JUAN.

Déjame.

DON PEDRO.

No seas extraño.
Desto no te viene daño;
Gusto y provecho tendremos.
De lo que aquésta te diere,
Puedes llevar á doña Ana
Mil joyas.

DON JUAN.

¡Cosa inhumana
Para quien la adora y qui[illegible]
Pero ¿soy hombre ó mujer,
Que estoy mirando en respetos?

[illegible]

Nunca dejan los discretos
La buena ocasión perder.

DON JUAN.

Mora, á quien el cielo guarde;
Ya don Juan está con vos.

DOÑA ANA.

Cristiano, á quien guarde Dios,
No estéis conmigo cobarde.
Mirad que os vengo adorando,
Y como cierva á la fuente
De ese corazón valiente.

DON JUAN.

¿Dónde me vistes, y cuándo?

DON PEDRO.

Á Isabel

Señora mora, yo soy
Don Pedro de Carvajal.
Si no os parezco muy mal,
Descubríos: aquí estoy.

ISABEL.

Si se descubre mi hermana,
Haré cuanto me mandéis.

DON PEDRO.

Gallardo talle tenéis.

ISABEL.

Soy en mi tierra sultana.

DON PEDRO.

Hacedme tanto favor
Que os vea.

ISABEL.

Sed más galán.

DON PEDRO.

Yo seré vuestro sultán
Si queréis tenerme amor.

DOÑA ANA.

Dadme palabra de ser
Mío, don Juan, y os prometo
Descubrirme.

DON JUAN.

Sí, en efeto,
Con ella os tengo de ver,
Yo os la doy de ser muy vuestro.

Descúbrense las dos.

DOÑA ANA.

Doña Ana soy.

ISABEL.

Yo Isabel.

MORATA.

Yo Morata.

DON JUAN.

¡Hay más cruel
Suceso!

DON PEDRO.

¡Qué engaño el nuestro!

DOÑA ANA.

¡Desta manera se dan
Las palabras!

DON JUAN.

¡Ay, doña Ana!

ISABEL.

¿Qué le dice á la sultana?

DON PEDRO.

Que has engañado al sultán.

MORATA.

¿Y es barro el señor Morata?

DON JUAN.
Dame esos brazos, mi bien.
DOÑA ANA.
¿Quién?
DON JUAN.
Que tú eres ese quién,
Y quien me enamora y mata.
DOÑA ANA.
No hay tratar. ¡Viven los cielos,
Que en tu vida me has de ver!
DON JUAN.
¡Qué engaño!
DON PEDRO.
¡Extraña mujer!
DON JUAN.
Tú sola te dieras celos;
Que si yo te dije sí,
Es porque el alma sabía
Que dentro de ti venía
Lo que me acercaba á ti.
Si no fueras tú, no fuera
El alma tan atrevida.
Á ti te dije, mi vida,
Que te amaba.
DOÑA ANA.
Suelta.
DON JUAN.
Espera.
Tú estabas en ti, tú fuiste
Á quien yo dije que amaba;
Que más en no amarte erraba
Cuando á engañarme viniste,
Porque bastaba el olor
De ser tú para quererte.
MORATA.
Y más si el olor es fuerte,
Y nace de mal humor.
DON JUAN.
¿No respeta al Rey quien ve
Su vara? Pues si te vi
Con este vestido aquí,
Por reina te respeté.
DOÑA ANA.
¿Estos eran tus cuidados?
DON JUAN.
Rogadle por mí los dos.
DOÑA ANA.
No hay disculpas.
MORATA.
No, ¡por Dios!
Que estamos muy enojados.
DOÑA ANA.
¿Ansí te vence el dinero?
¿Qué hicieras á ser mujer?
MORATA.
No la pudiera tener
Todo un ejército entero.
DOÑA ANA.
¡Qué amores tan bien pagados!
MORATA.
Perdónale, pues pecó
Asegurándole yo
Cuatrocientos mil ducados.

Don García, con alabarderos.

DON GARCÍA.
Tomad todas las calles.
DON PEDRO.
¿Qué es aquesto?
DON GARCÍA.
Caravajales.....
DON JUAN.
¿No tenemos nombres?
DON GARCÍA.
Caravajales.....
DON JUAN.
¡Otra vez! ¿Qué quieres?
DON GARCÍA.
Prenderos manda el Rey: dadme las armas.
DON PEDRO.
¡El Rey! ¿Por qué?
DON GARCÍA.
Prenderos me ha mandado;
El por qué no lo sé.
DON JUAN.
Su gusto basta.
DON GARCÍA.
No preguntes, don Pedro, al Rey que prende,
Por qué, pues nunca prende el Rey sin causa.
DOÑA ANA.
¡Mísera yo! ¿Qué desventura es ésta? (Aparte.)
DON GARCÍA.
¿Quién está aquí?
ISABEL.
¿Si ha sido por nosotras? (Ap.)
MORATA.
Aquí perece el mísero Morata. (Aparte.)
DOÑA ANA.
Dos moras somos. ¿Qué es lo que nos miras?
Cautivas somos destos caballeros.
DON GARCÍA.
Y tú, ¿quién eres?
MORATA.
Yo también soy moro.
DON GARCÍA.
¿Cautivo?
MORATA.
Alá saber.
DON GARCÍA.
Llevadlos juntos,
MORATA.
¿Á nosotros? ¿Por qué?
DON GARCÍA.
Porque es mi gusto.
DON PEDRO.
¿Qué es aquesto, don Juan?
DON JUAN.

(Aparte á su hermano.)

Sin duda sabe

[illegible] trajo
[illegible]

[illegible]

Pues bien; ¿qué ofensa
[illegible]

[illegible]

[illegible] casa.

[illegible]

Caminen.

MOR[illegible]

[illegible] Rey me pringa. (Aparte.)

[illegible]

[illegible] aquéste nos prendiese! (Aparte.)

[illegible]

[illegible] se paran?

[illegible]

[illegible] que llevo, si el Rey tiene mohina, [illegible]
[illegible] moro falso, alguna tunda fina?

Vanse.

El Rey y el Conde.

[illegible]

[illegible]
[illegible] ha echado el [illegible],
Que también coge el cabello
[illegible]
Que si la deja pasar
El jüez cuando se ofrece,
Que no la tenga merece
Cuando quiera castigar;
Que el no hacer lo que las leyes
[illegible]
[illegible] desminuye
[illegible] os príncipes y reyes.

CONDE.

[illegible] ido
De que no replique en nada,
[illegible] la justicia airada
[illegible] ha sido,
[illegible] nder;
[illegible]
Por sus vidas.

[illegible]

Replicar,
[illegible]
[illegible]
[illegible] los prendier[illegible]

[illegible]

Yo creo
[illegible]ue estará ya tu deseo
[illegible] cerca, ó ejecutado.

[illegible]

[illegible]

¿Podría ser que mis canas
Tuviesen estimación?.....

[illegible]

Estas diligencias son
Tan cansadas como vanas.

MENDO.

Si el pecho, invicto señor,
De Mendo de Sandoval,
Qu[illegible] te ha criado, es leal
Y digno de algún valor,
Por el haberte traído
En estos brazos, te ruego
Que no procedas tan ciego,
Supuesto que hayas querido
Á Gómez de Benavides
Más que á vasallo, señor.

REY.

Mendo, no es éste rigor,
Que yo hiciera lo que pides.
Con bastante información
Castigo á los desleales
Hermanos Caravajales,
Y[illegible] que tengo razón.

Don Ramiro y D. Álvaro.

DON RAMIRO.

Yo haré lo que me mandáis,
Aunque ya otros caballeros
Son en pedirlo primeros.

DON ÁLVARO.

Mucho podéis si le habláis.

DON RAMIRO.

En nombre de tus famosos
Capitanes, gran señor,
Vengo.....

REY.

¡Qué extraño rigor!

DON RAMIRO.

Á pedirte.....

REY.

¡[illegible] enfadosos!

DON RAMIRO.

Que entregues á la justicia
Á don Pedro y á don Juan.

REY.

Ramiro, si un capitán,
Si un oficial de milicia
Tiene autoridad en ella
Para poder castigar
Por bando á un hombre, ¿ha de estar
Un Rey supremo sin ella?
¿Qué términos judiciarios
El capitán de la guerra
Ha menester?

DON ÁLVARO.

No se yerra
En castigos necesarios,
Cuando contra bando son
En la guerra los delitos;
Que términos exquisitos
Suelen causar dilación.
Pero este delito fué
Cometido en paz, no en guerra.

REY.

Álvaro Estúñiga, yerra

Quien os lo dijo.

DON ÁLVARO.

Yo sé
Que te lleva y mueve á ira
De Gómez el grande amor,
Porque puede ser, señor,
Esta sospecha mentira.

DON RAMIRO.

Álvaro, yo dije al Rey
Que en la calle, y á horas tales,
Vi los dos Caravajales;
Y esto sin romper la ley
Que debo á ser caballero
Y su amigo; que llamado,
Y por ventura forzado,
Un hombre que es verdadero
No ha de negar la verdad
Á su rey. Esto es ansí,
Y que es verdad que lo vi,
Y á no estar Su Majestad
Presente.....

DON ÁLVARO.

Luego ¿tú viste
Que le mataron?

DON RAMIRO.

No vi
Sino que estaban allí.

DON ÁLVARO.

Pues la verdad no consiste
En que estén donde murió,
Sino en que ellos le matasen,
Y que de vista jurasen
Los testigos.

DON RAMIRO.

Cuando yo
Vengo á rogar por sus vidas,
Bien claro se echa de ver
Que no los pude tener
Entonces por homicidas.
Mas pues me apretáis, yo digo
Que creo que le mataron,
Pues sangrientos los hallaron,
Y hay desto más de un testigo.

DON ÁLVARO.

Yo defenderé, si gusta
Su Majestad, en campaña
Que están libres.

REY.

¡Linda hazaña!

DON ÁLVARO.

Pues ¿no te parece justa?

REY.

Callad, Estúñiga, ya;
Callad todos.

CONDE.

Aquí vienen
Los presos.

REY.

Si culpa tienen,
El suceso lo dirá.

Don García, con la guarda, trayendo presos á don Juan, D. Pedro, D.ª Ana, Isabel y Morata.

DON GARCÍA.

Aquí, como mandaste, vienen presos
Los dos Caravajales, y unos moros,
Que ellos dicen que son esclavos suyos.

REY.

Que no quisiera verlos os prometo.
Llegad acá los moros.

MORATA.

Hoy me pringan. (Ap.)

DON GARCÍA.

Dos moras y este moro hallé: no tienen
Aquí otra hacienda, ni criado alguno.

REY.

(Á Morata.)

¿Quién eres?

MORATA.

¿No lo ves?

REY.

¿Cómo te llamas?

MORATA.

Yo, Muley Arambel, á tu servicio.

REY.

¿Adónde eres nacido?

MORATA.

En una tierra
Que lleva excelentísimos melones.

REY.

El nombre di.

MORATA.

La Fuente del Saúco.

REY.

¿Qué dices?

MORATA.

Que nací junto á una fuente
En Marruecos, señor, en una villa
Junto á Medina de Rioseco.

REY.

El moro
Debe de estar turbado.

MORATA.

Fuí cautivo
Adonde digo, y tu Real presencia
Me causa turbación.

REY.

¿Quién son las moras?

MORATA.

Mis mujeres, señor, á tu servicio.

REY.

¿Dos tienes?

MORATA.

Y otras seis que allá se quedan,
Porque los moros, cuya ley es ancha,
Decimos que han de ser como camisas,
Que se mudan tres veces por lo menos
Cada semana.

REY.

Descubrid las moras.

[illegible]

¡[illegible]

[illegible]

[illegible]los!

¿Hay mayor liviandad? ¿Hay más locura?

[illegible]

DON GARCÍA.

[illegible]

[illegible]viene

[illegible]

[illegible] confirmo.

[illegible] quiero yo; dale la mano,

[illegible]

Espero en tu grandeza

[illegible]cia.

Agora

[illegible]s casada, brevemente puedes,

[illegible] Ana, despedirte de tu esposo.

[illegible]

Señor.....

Llevadle con su hermano,

[illegible]

¡Có[illegible]

[illegible] puedo

[illegible]

[illegible] la gracia

[illegible] que soy [illegible]

[illegible]tiano viej[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] peñenle con ellos

[illegible]

¡Yo! ¿Qué dices?

[illegible]

[De]spéñenle también; llevadlos luego.

[illegible]

Caballeros, caminen.

DON PEDRO.

¿Es posible

[illegible] mande el Rey matar dos inocentes?

DON JUAN.

[illegible], señor, una palabra sola.

REY.

Llevadlos luego.

Llévanlos.

DOÑA ANA.

¿Así, señor, le pagas

Á Gómez el amor que le debías?

[illegible] hermana casas, y al tocar la mano

[illegible] ¡u marido, ¡que le maten mandas!

REY.

[illegible]ngo ya con quien casarte.

DOÑA ANA.

El cielo

Me mate antes que en eso te obedezca.

REY.

García es caballero de alta sangre.

DOÑA ANA.

García es un traidor: García y Ramiro

Le han levantado aqueste testimonio

Porque los dos Caravajales fueron,

Por defenderte de tu tío, leales,

Venciendo y deshonrando estos traidores.

DON RAMIRO.

[illegible] conforme al hábito que tienes.

DOÑA ANA.

Yo soy mora en el traje, y tú en costumbres,

Bárbaro vil, sin ley, sin Dios, sin honra.

DON RAMIRO.

Mira que si te casas con García,

Somos los dos cuñados.

DOÑA ANA.

Esa infamia

Sólo salir pudiera de tu boca.

¿No hay monasterios? ¿No hay cordel? ¿No hay [muerte

En desesperación tan lastimosa?

Ven, Isabel, y ruega á Dios que tenga

Piedad de mí.

ISABEL.

Repórtate.

DOÑA ANA.

No puedo:

Ni á la vida ni al alma tengo miedo.

Vanse todos.

REY.

Id tras ella, no se mate.

DON RAMIRO.

Es mujer, no tengas pena.

REY.

¡Extraña furia!

CONDE.

Está llena
Del amor que la combate.
Ya no te quiero pedir
La vida destos hermanos.

REY.

Ya fueran intentos vanos.
¡Vive Dios, que han de morir!

CONDE.

Morata viva, señor.

REY.

Porque no digas que fuí
Tan ingrato que por ti
Nunca templé mi rigor,
Ven, y sabrás lo que intento.

CONDE.

Tú mirarás á quien eres,
Porque sea lo que hicieres
Conforme á tu entendimiento.

Vanse.

Pueblo en lo llano, y en lo alto de la Peña unos alabarderos, D. Juan, D. Pedro, Morata y D. García.

DON GARCÍA.

Haced como caballeros
Y tan notorios hidalgos;
Que en la muerte se conocen
Los ánimos esforzados.

DON PEDRO.

Los consejos, don García,
Sanos, son del pecho sano.
No es tiempo de replicar,
Ni al del Rey, ni á tus agravios.
El Rey es mancebo tierno,
Y aunque justísimo y santo,
Pudo engañarse, que es hombre.
¡Ay de quien hizo el engaño!

DON JUAN.

Aunque de tu gran paciencia.
En tan fuerte punto, hermano,
Pudiera aprender la mía
Á resistir lo que paso,
Como soy menor también
En esa virtud, que tanto
Engrandece tu valor
(Que siempre, como en los años,
Fuiste en la virtud mayor),
En este mísero estado,
También soy menor en todo:
Y así, vuelto al cielo santo,
Digo que, pues inocente
Muero, al rey Fernando emplazo
Para el Tribunal de Dios,
Donde los dos nos veamos,
Á ver quién tiene justicia.

DON GARCÍA.

Acabad ya; despeñadlos.

DON PEDRO.

¡Válgame Nuestra Señora
De la Fuencisla!

DON GARCÍA.

¡Qué paso (Aparte.)
Tan triste!

DON JUAN.

La misma sea
Conmigo.

Arrójanlos.

DON GARCÍA.

Ya van entrambos
Tiñendo de sangre y sesos
La verde Peña de Martos.
Ea, vos, ¿á qué aguardáis,
Que no seguís vuestros amos?

MORATA.

¿Piensas, por dicha, que es esto
Ir delante del caballo?

DON GARCÍA.

Acabad; no repliquéis.

MORATA.

Espérese, que ya acabo
Aquestas Avemarías.

DON GARCÍA.

¿Qué os falta?

MORATA.

Treinta rosarios.

DON GARCÍA.

¡Despacio estáis, por mi fe!

MORATA.

Yo quisiera estar despacio.

DON GARCÍA.

¿No veis el calor que hace
Y que me estoy abrasando?

MORATA.

No sudo yo, que ya estoy
Para dar el salto en vago,
Y ¿suda vuestra merced?

DON GARCÍA.

Pues en verdad que no es tanto.

MORATA.

¿Esto le parece poco?
Mas pues es tan esforzado,
Tómelo de tres la una.

DON GARCÍA.

Acabad.

MORATA.

¡Terrible salto!
Déjeme vuestra merced
Poner bien los pies y manos,
No me haga mal al rostro.

DON GARCÍA.

¿Pensáis que es echarse en Tajo?

MORATA.

¡Mal tajo le den, amén,

Al que este revés me ha dado!
Sopetón, uñas arriba,
Mojama al uso del Rastro.....
¡Vive Dios, que no me atrevo
[illegible] que tiro abajo!

DON GARCÍA.

Ea, despeñalde.

MORATA.

¡Adiós,
Ilustrísimos lacayos,
Ríos, fuentes, lavaderos,
[illegible] delantales blancos!
¡Adiós, escobas, panderos,
Sayas y sayuelos pardos!
Adiós, Illana; adiós, Coca,
San Martín.....

Una guarda.

GUARDA.

Tente.

MORATA.

¡Oh, buen santo!
¿Quién, si no tú, en este día
Pudiera darme la mano?

GUARDA.

Por este papel, el Rey
Manda suspender el salto
De Morata.

MORATA.

¡Oh, Rey famoso,
Más que Pepino y que Carlos,
Más que César, más que Aquiles,
Más que Pirro y que Alejandro!
Dame esos brazos.

GUARDA.

Camina
Donde le beses las manos.

MORATA.

¿Las manos? Los pies, las piernas,
Los muslos.

DON GARCÍA.

No más.

MORATA.

No hago
Debida satisfacción
Si no me pongo, Fernando,
Por tierra á esos santos pies

DON GARCÍA.

De buena os habéis librado.

MORATA.

En parte, ¡por Dios! me pesa,
Porque era famoso el salto.

Vanse.

El Rey, el Conde y D. Ramiro.

REY.

Decid que me dejen solo;
Que quiero dormir la siesta.

CONDE.

Cama, señor, está puesta.

DON RAMIRO.

Nubes esconden á Apolo,
Y tempestad manifiesta.
No duermas, si puede ser;
Que acabaste de comer,
Y no ha de ser luego el sueño.

CONDE.

Nunca repliques al dueño
En lo que quisiere hacer.

REY.

No quiero cama; mejor
Podré en esta silla estar.
Hacedme afuera cantar.

Siéntase.

CONDE.

Á D. Ramiro.

Vete á comer.

DON RAMIRO.

Yo, señor,
Aquí me quiero quedar.

CONDE.

Vete á comer; que yo quiero
Quedarme.

DON RAMIRO.

Pues con licencia
Tuya me voy.

CONDE.

Y yo espero
Á que el Rey duerma.

Vase D. Ramiro.

El Rey, durmiéndose en la silla.

REY.

En Palencia
Murió el noble caballero.
En fin, los Caravajales
Fueron envidiosos.....; yo
Castigo los desleales.
Dios manda que quien mató
Muera: leyes son iguales.
Pero..... ¿si me han engañado?
Mas no habrán, que yo estoy bien
De todo el caso informado.
Bien quise á Gómez también;
Su sangre y vida he vengado.
Hoy sospecho que he cumplido
Veinticuatro años..... ¿Qué ha sido
Este sueño, ó desconcierto?
Ni duermo, ni estoy despierto,
Y estoy hablando dormido.

Vase el Conde, viendo como dormido al Rey.

UNA VOZ.

Canta dentro.

Los que en la tierra juzgáis,
Mirad que los inocentes
Están á cargo de Dios,
Que siempre por ellos vuelve.
No os ciegue pasión ni amor:
Juzgad jurídicamente;
Que quien castiga sin culpa,
Á Dios la piedad ofende.

El Conde, Mendo y D. Álvaro.

CONDE.
No podréis hablarle agora;
Que pienso, Mendo, que duerme.
MENDO.
Importa que no durmiera:
No aguarde que le despierten
Cajas del Rey de Granada,
Que con ejército viene.
CONDE.
De esa suerte, yo me atrevo.
¡Ah, señor! ¡Señor! Advierte,
Que dicen que viene el Moro
Con más de seis mil jinetes
Y casi diez mil infantes,
Corrido de que le hubieses
Conquistado á Gibraltar,
Y vencido en Alcaudete.
¡Válame Dios! ¡Qué gran sueño!
DON ÁLVARO.
Es imagen de la muerte.
MENDO.
Más es verdad que la imagen.
CONDE.
¡Señor! ¡Qué frías que tiene
Las manos!
MENDO.
Tócale más.
CONDE.
No hay que tocarle. Ó se muere,
Ó es muerto.
MENDO.
Clamó á los cielos,
Conde, la sangre inocente.
DON ÁLVARO.
¿Daremos voces?
CONDE.
Callad,
Porque el campo no se altere
Y el Moro soberbia tome.
Voces dan.
DON ÁLVARO.
Un hombre viene.

Morata.

MORATA.
¡Oh! ¡gran secreto de Dios!
CONDE.
¿Qué es esto, hermano? Detente.
MORATA.
Cuando la triste doña Ana,
Al pie de esas ramas verdes
Que á la gran Peña de Martos
La parda falda guarnecen,
Los pedazos recogía
De su esposo, tiernamente,
Lavando la sangre en perlas
Que de sus estrellas llueve,
Le vinieron á decir
Que los testigos crueles,
Don Ramiro y don García,
De improvisa muerte mueren.
Voylo á ver, y á los dos hallo
Muertos.
CONDE.
No prosigas.
MENDO.
¿Puede
Haber mayor testimonio?
¡Si allá los testigos mueren,
Aquí el jüez!
MORATA.
¿Murió?
CONDE.
Calla,
Para que el Moro no llegue
Atrevido en tal desgracia.
¡Oh Rey santo! ¡Oh Rey valiente,
Que en solos veinticuatro años
Venciste al Moro mil veces!
¡Oh, cuánto pierde Castilla,
Rey soberano, en perderte!
Mas son jüicios de Dios.
MENDO.
Corre esa cortina, y dése
Fin á los Caravajales,
Cuya sangre resplandece
Hoy en la Peña de Martos,
Porque fué *Sangre inocente.*

EL GUANTE DE DOÑA BLANCA

EL GUANTE DE DOÑA BLANCA

PERSONAS

Don Juan de Mendoza.	Don Nuño de Andrada.	Doña Leonor.
Brito.	Mendo, *criado.*	Tofiño, *escudero.*
Doña Blanca.	El rey D. Dionís.	Acompañamiento.
Julia.	Don Pedro de Ataide.	Criados.

ACTO PRIMERO.

Don Juan, de camino, y Brito.

BRITO.

Más parabienes te doy
Que tiene estrellas el cielo,
Aunque del notable agravio
Tengo justo sentimiento.
Dejásteme en Portugal,
Cuando pudo mi deseo
Ver á Castilla contigo.

DON JUAN.

Fuera mi mayor contento
Llevarte en mi compañía;
Pero de mi ausencia el miedo
Fué causa que te dejase
En Lisboa, no sabiendo
Que Nuño fuera á Aragón,
De quien tengo justos celos.

BRITO.

Luego que de aquí partiste
Á pedir al rey don Pedro
Su hija, partió don Nuño.

DON JUAN.

Á mi fortuna agradezco
Que no quedase en Lisboa;
Que, aunque (como sabes) tengo
Favores de doña Blanca,
Ni en mí, ni en ella, ni en él
Puedo ausente confiarme,
Pena de loco ó de necio.
¿Tuviste dicha de hablarla
Alguna vez?

BRITO.

Cuando quiero,
Con la capa del donaire
Todo el palacio penetro.
Seguro estás de su parte:
Ella te quiere en extremo,
Y con el mismo aborrece
Á Nuño.

DON JUAN.

¡Milagro nuevo,
Si le favorece el Rey,
Que mira con tal desprecio
Todas mis acciones, Brito!
Pues ninguna cosa intento
En que acierte á darle gusto.
El título que pretendo,
Tengo ya por imposible.

BRITO.

Quien pretende (estáme atento),
Tres cosas ha de tener.

DON JUAN.

¿Qué son? que ya las espero.

BRITO.

Son diligencia y paciencia,
Y poco merecimiento.

DON JUAN.

Todas pienso que me faltan.

[illegible]
[illegible] por lo menos,
De las paces confirmadas
Con Castilla, el justo premio.
[illegible]
[illegible]ento
De la Infanta, ó se la hurtaron
Mis ojos á tus des[illegible]
Llega. ¿De qué estás turbado?
[illegible]
[illegible] peregrino suceso;
Que amor y temor el alma,
Entre fuego y hielo han puesto.
[illegible]TO.
Pues parece portugués
En lo tierno y lo discreto.
[illegible] JUAN.
Lo discreto se me [illegible],
Y de lo tierno me acuerdo.
[illegible]
Llega, que ya pasa; llega.

[illegible]

[illegible]
Aquí, mi señora, un cuerpo
[illegible] fué sin alma á Castilla,
Y en un mes siglos eternos
Vivió sin vida (que ausente
Fué lo mismo que estar muerto),
Viene á Portugal por ella.
[illegible]
No quiero, si yo la tengo,
Dárosla; que no es razón
Que tengáis lo que no es vuestro.
[illegible]nís?
[illegible]
Como fuí.
Y vos, ¿cómo estáis?
[illegible]
No puedo
Deciros cómo me he visto,
Pues os lo dice que os veo.
[illegible] JUAN.
Temo vuestra discreción,
Y vuestra hermosura temo;
Que si aquélla hablando mata,
Ésta callando me ha muerto.
¿Qué os preguntaré de mí?
[illegible]
Que todos mis pensamientos
Me llevastes á Castilla.
[illegible] JUAN.
De los míos, os prometo
Que allá no llevé ninguno;
[illegible]s se me perdieron
Al salir de Portugal.
[illegible]
[illegible]lonadme, porque creo
Que ya se viste la Infanta.

DON JUAN.
Dádome ha notables celos
El corazón de esa joya,
Que está, en fin, en vuestro pecho.
DOÑA BLANCA.
Pues tomad el corazón,
Porque soseguéis el vuestro.

Dale un corazón de diamantes, y vase.

BRITO.
Yo no vengo de Castilla,
Señora Julia, ni quiero
Corazón de oro.
JULIA.
Ni yo
Le quiero dar el que tengo.

Vase.

BRITO.
Agora verás que ha sido
Todo lo que dije cierto.
DON JUAN.
¿Hablé bien?
BRITO.
No, sino mal,
Pues que llegaste muy necio
Diciendo, á lo sacristán,
Que venías por el cuerpo.
DON JUAN.
Por el alma dije, Brito.
BRITO.
Cuerpo, señor, no es requiebro,
Para dama de palacio.
DON JUAN.
Poco logré mi contento.
Nuño dicen que ha venido;
Y haz cuenta que sin remedio
Desembarca en mi temor
Toda una flota de celos.

Don Nuño de camino, y Mendo.

MENDO.
Don Juan vino de Castilla. (Ap. á D. Nuño.)
DON NUÑO.
Ya tengo por mal agüero
[illegible], al entrar en palacio,
La primer cosa que veo.
MENDO.
Háblale, que ya te ha visto.
DON NUÑO.
Si él me ha visto cuando llego,
¿Por qué no ha venido á hablarme?
BRITO.

(Aparte á D. Juan.)

Señor, ¿de qué estás suspenso?
Nuño de Andrada te ha visto:

Háblale.

DON JUAN.

¿No eres más necio?
Si él entra, y yo estoy aquí,
Y no llegamos á un tiempo
Á hablarnos, ¿no ves que ya
Él fuera más y yo menos?

DON NUÑO.

(Aparte á Mendo.)

¿Qué hay, Mendo, de doña Blanca?

MENDO.

Mucho mal.

DON NUÑO.

¿Mucho? No entiendo.
Cómo puede ser, estando
Ausente don Juan.

MENDO.

Yo pienso
Que os ha de vencer á entrambos
Un nuevo galán, por nuevo.

DON NUÑO.

¿Quién?

MENDO.

Presumo que el Rey sea,
Aunque no lo sé de cierto.

DON NUÑO.

Cuando me envía á Aragón
Á tratar su casamiento,
¡Sirve el Rey á doña Blanca!

MENDO.

¿Eso te parece exceso?
¿No sabes sus bizarrías?
Verdad es que no lo tengo
Por cierto.

DON NUÑO.

Él viene.

El Rey, D. Pedro y acompañamiento.

DON PEDRO.

Hoy tendrá
Dos embajadas á un tiempo
Vuestra Alteza.

REY.

Y son entrambas
Todo el fin de mi deseo.

Don Juan y D. Nuño llegan al Rey, cada uno por su parte.

DON JUAN.

Ya, Dionís invictísimo, confirma
El castellano Rey la paz contigo:
Éste el despacho fué, y ésta su firma,
En fe de ser tu verdadero amigo.

DON NUÑO.

Ya, generoso Príncipe, se afirma
(Como verás por ésta, y soy testigo)
El Rey aragonés en que tú seas
Quien entre tantos á Isabel poseas.
Tu fama adora, tu valor prefiere
Al águila imperial, á la lis de oro;
Vecino te anticipa y yerno quiere.

REY.

De tan grande servicio el premio ignoro.
¿Es hermosa Isabel?

DON NUÑO.

Si no se infiere
De su fama, Señor, piensa en el coro
Angélico, y de allí forma una idea
Que igual en todo á su hermosura sea;
Que después de vencer con su belleza
Cuanto la antigüedad único admira,
Adorna su real naturaleza
Tanta virtud, que á ser divina aspira.

REY.

¿Pedro dejó por mí tanta grandeza,
Que hasta del mismo imperio se retira?
Muy obligado estoy: veré estas cartas,
Para que, vistas, por mi esposa partas.
Con título de conde irás honrado,
Amigo Nuño, cuando tiempo sea.

DON PEDRO.

¿Cómo á don Juan, señor, no le has premiado,
Si la paz de Castilla se desea?

REY.

Si es en esto su Rey interesado,
Premie al embajador cuando le vea;
Yo, Nuño, á ti, que casamientos haces,
Y á quien le está mejor, pague las paces.
Háganse fiestas, máscaras, torneos,
Y arda en luces Lisboa, porque sea
Notorio á tierra y mar que en mis deseos
Lo que al César negó, don Pedro emplea.
Donde juntan eternos himeneos
El Tajo y el Océano, se vea
Otra tanta ciudad, y retratada
En lienzos de cristal la indiana armada.
¡Oh Nuño! ¿Quién pudiera hacerme el gusto
Que recibo de ti, sino tu mano?
Poco premio te doy, pero muy justo,
Por la bella Isabel, ángel humano.
Ya ni el lirio francés ni el cetro augusto
Compiten con el orbe lusitano;
Pues hoy, amor, á un lazo eterno inclinas
Las barras de oro y las sagradas quinas.

Vase con su acompañamiento.

DON JUAN.

Bajo.

No sé cómo fué posible
Reportarme en tanto agravio.

BRITO.

Bajo.

Siempre fué el silencio sabio

Y [illegible]

[illegible]

[illegible] paciencia puede haber
[illegible]

[illegible]

[illegible],
[illegible] pueda ofender.

DON JUAN.

Porque me escuche, lo di[illegible].
[illegible]n premiado.

[illegible]

[illegible]e el Rey me ha dado,
Y cuanto hiciere conmigo,
[illegible]ñor don Juan de Mendoza,
[illegible]n Nuño de Andrada
Merced tan bien empleada,
[illegible]
De su sangre y su valor,
[illegible] por lo que el Rey le da,
Que ningún noble dirá
[illegible]rá mejor.
Y [illegible]
[illegible] sin razón me ha premiado,
[illegible] sin ella habéis mostrado
[illegible]
El haberlo merecido.

DON JUAN.

[illegible]
[illegible], si aquí fuera
Al respeto permitido.
[illegible]o no pudiendo ser,
[illegible] avio
De que el Rey, prudente y sabio,
[illegible]
[illegible] mi fortuna ó de mí,
[illegible], con servirle del modo
[illegible] se canse de todo,
Y todo lo pague así.
¿[illegible]ctos de mi pluma
[illegible]e mi espada escuchó
[illegible] quizá que yo
[illegible]guna dellas presuma?
¿Cuándo de cosa que hiciese,
[illegible] Alteza gusto mostró?
[illegible] mi amor le sirvió,
[illegible]
¿Cuándo, aun de sólo un donaire
Bien dicho, me hicieron dueño,
[illegible]
Y [illegible]n torcido desaire?
[illegible]recí tener,
[illegible]nen, lugar
[illegible]mana á tratar
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Fué conmi[illegible]
[illegible]isculpa a[illegible]
Puede mi agra[illegible],
[illegible],
Sino mi adversa fortuna.

DON NUÑO.

Á que Su Alteza no os dé
El merecido lugar,
No tengo qué replicar;
Pero yo responderé
Á lo que vos me obligáis,
[illegible] que salga de aquí

DON JUAN.

Sea luego.

DON NUÑO.

Sea por mí.

DON JUAN.

Pues salid.

DON NUÑO.

Voy.

El Rey.

REY.

¿Dónde vais?

DON NUÑO.

Donde vos mandéis, señor.

REY.

Ya conozco lo que ha sido,
Y á no lo haber entendido,
Lo viera en vuestra color.

DON JUAN.

Señor.....

REY.

Basta con que os mando
Que esto cese.

DON JUAN.

Será así.

REY.

Y [illegible]. Nuño, dejadme aquí
Con don Juan.

BRITO.

Estoy temblando. (Aparte.)

Vanse D. Nuño y Mendo.

REY.

Don Juan.....

DON JUAN.

Señor.....

REY.

Yo he sabido,
Sin lo que agora escuché,
Las quejas de vuestra fe
Y lealtad contra mi olvido.
Andáis por toda Lisboa
Contando vuestros agravios,
Cosa que en los hombres sabios
Más causa ofensa que loa.
Decís que no os quiero bien
Y que en nada me agradáis;
Vuestra fortuna culpáis
Y mi mal gusto también.
Pero estáis muy engañado;
Que por agradarme en todo,

Os trato de aqueste modo;
Que si os hubiera mostrado
  Amor en las ocasiones,
Fuera daros enemigos,
Cuidados, penas, testigos
De todas vuestras acciones.
  Pero si es vuestra opinión
Tan grave peso admitir,
Y os atrevéis á sufrir
La envidia y murmuración,
  Desde hoy seremos amigos;
Pero después no os quejéis,
Cuando cercado os halléis
De cuidados y enemigos.
  Por eso dejo á mil buenos
De los no tales atrás,
Porque á los que quiero más,
Siempre favorezco menos.

Vase.

DON JUAN.

Suspenso quedo.

BRITO.

¿Por qué?
Que yo parabién te doy,
Pues todo un reino desde hoy
Sobre tus hombros se ve.

DON JUAN.

Necio, conciertan estrellas
El amor, la fuerza no;
Que nunca nadie llegó
Á grande lugar sin ellas.
  Si bien esto se concede
No quitando al albedrío
Aquel libre señorío
Con que sujetarlas puede.

Vanse.

Doña Leonor y D.ª Blanca.

DOÑA LEONOR.

Ofendes, Blanca, mi amor
En negarme la verdad.

DOÑA BLANCA.

Mal juzgas de mi amistad
Con esa duda, Leonor.

DOÑA LEONOR.

¿Qué desengaño mayor
Que esconder tu entendimiento
Del mío tu pensamiento?
Que á pensamiento escondido,
El que después le ha entendido
No debe agradecimiento.

DOÑA BLANCA.

Si yo quisiera á don Juan,
¿De quién mejor me fiara,
Pues mis celos excusara,
Sabiendo que es tu galán?
Otros cuidados me dan
Estas tristezas, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Si yo sé que son de amor,
¿Para qué me niegas quien
Venció, Blanca, tu desdén
Y tu pasado rigor?
  Si yo te digo que adoro
Á don Juan, y que si sé
Que le quieres, dejaré
La empresa por tu decoro,
¿Qué causa (que yo la ignoro)
Á tal silencio te obliga,
Siendo tu mayor amiga?

DOÑA BLANCA.

¿Por qué preguntas celosa,
Cuando quieres que otra cosa
De lo que piensas te diga?
  Un reloj, alguna vez
Que el desconcierto le inquieta,
Suele apuntar la saeta
Á la una, y dar las diez.
Tú así, con esa altivez
De tus celosos desvelos,
Haciendo los celos cielos,
Por saber lo que hay en mí,
Apuntas buen celo aquí,
Y darás después mil celos.
  Un vaso tras de otro viene
En una noria, y entrega
Su parte de agua el que llega,
Donde su término tiene;
Pero luego se previene
Á volver por más; tú vas
Desta suerte, y vuelta das,
Pues no habrás, parando aquí,
Tus celos dejado en mí,
Cuando volverás por más.
  Yo, Leonor, quiero, y no puedo
Decir á quién quiero bien:
Esto basta, y que también
Me obligan respeto y miedo.
Tú, deshaciendo el enredo
De tus celos mal pensados,
Sigue tus bien empleados
Pensamientos sin desvelos,
Y de quien no te da celos
No quieras saber cuidados.

DOÑA LEONOR.

Oye.

DOÑA BLANCA.

¿Qué?

DOÑA LEONOR.

Doyme á entender
Que quieres al Rey.

DOÑA BLANCA.

Pues di,
¿No es obligación en mí?
¿Qué cosa puedo yo hacer
Tan justa como querer
Al Rey?

DOÑA LEONOR.

Pues sigue tu intento;

[illegible]
Aun no tiene ejecu[illegible],
[illegible] te tiene afición,
[illegible]
Muchas veces ha mezclado
[illegible] Portugal
[illegible] y la Real
[illegible]gre la razón de Estado
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]
En lo que no fuese justo.
Verdad es que el pensamiento
De una mujer principal
[illegible],
Aspirar á casamiento;
[illegible] nada desto intento,
Porque quien los rayos mira
Del sol, y á su luz [illegible],
En su dorada grandeza
Examina su flaqueza
[illegible]
[illegible] quiero yo persuadirme
[illegible] tan loca, Leonor,
[illegible] en su resplandor
[illegible]
[illegible]posa en su sol se afirme.

DOÑA LEONOR.

[illegible] pudiera tu belleza
[illegible]acia.

[illegible]

Con más llaneza,
[illegible]nor, hablemos las dos.

[illegible]ONOR.

¡Ay, Blanca! Guárdete Dios
Para que te llame alteza.

Vase D.ª Blanca.

[illegible]

REY.

Á D. Juan.

Recoged esos papeles,
[illegible] las cartas,
Pues que ya somos amigos:
Y no os parezca la entrada
[illegible] mi servicio difícil;
Que, aunque es á los hombros carga,
Pienso que os será ligera
Si el premio ayuda á llevarla.

[illegible]

[illegible]r, mi lealtad y fe
Os darán presto fianzas
[illegible]
Me admitís á vuestra gracia
De las obras, y el deseo
[illegible] que á serviros me llama
Más el amor que el imperio.

Vase.

REY.

¡Leonor!

DOÑA LEONOR.

Señor.....

REY.

¿Aquí estabas?

DOÑA LEONOR.

Mirábamos desde aquí
[illegible] jardines yo y Blanca,
Donde son las flores peces,
Los cuadros ondas saladas,
Los árboles son navíos,
Cuyas maromas y jarcias,
Sin ver jamás primavera,
Parecen brazos y ramas.
[illegible]tar sola;
Que la música y el agua
Aumentan la pena al triste.

REY.

Pienso que no tiene dama
Como Blanca Portugal.
Dime, Leonor, ¿no te agrada
Su entendimiento?

DOÑA LEONOR.

De suerte
Es su hermosura, que iguala
Las Elenas y Lucrecias,
Unas libres y otras castas.
Su talle, brío y aseo
[illegible] el alma de sus galas,
No como en otras mujeres,
Que son las galas el alma.
Y alabo tu discreción.

REY.

¿Por qué?

DOÑA LEONOR.

Porque si me agrada
Su entendimiento preguntas,
Siendo su hermosura tanta;
[illegible]que como ésta se ve,
Y aquél se trata, no hablas
[illegible] lo que se ve á los ojos,
Como de cosa tan clara.
Aquí me dijo, desp[illegible]
De persuadida y rogada,
Que era la luz de sus ojos
Vuestra Alteza.

REY.

Tú me engañas
Por saber mi pensamiento.

DOÑA LEONOR.

[illegible]e logre mi esperanza
Si te miento en lo que digo.

REY.

Puesto que los reyes andan
Más vestidos de lisonjas

Que de la púrpura sacra,
Quiero pagarte, Leonor,
Aunque pienso que me engañas,
Con dos premios la mentira
Con que alientas mi esperanza:
Sea el primero fiarte
Mi pensamiento, que estaba
Oculto en lo más secreto
De los retiros del alma.
Á tu elección queda el otro,
Si tengo dadas fianzas
De quién soy á todo el mundo
Para cumplir mi palabra.

DOÑA LEONOR.

Bizarro Dionís (que quiero
Como en el vulgo te llaman
Obligar tu gentileza),
Yo amo también, si amas;
Yo quiero también, si quieres;
Yo aguardo también, si aguardas.
No hay oro en Tíbar, no hay perlas
En el Sur, no hay esmeraldas
En Persia, en Ceilán rubíes,
Ni diamantes en Arabia,
Que estime amor, sino sólo
Gozar la persona amada.
No puedo con más favor
Salir, señor, de tu casa,
Que casada con don Juan
De Mendoza.

REY.

Leonor, basta.
Á mí me importa, celoso,
Que como pretendes salgas.
Véte, que yo le hablaré.

DOÑA LEONOR.

El cielo señor te haga
Del imperio del Oriente,
Y en el mar de Trapobana
Carguen tus naves tributos,
Conducidos á sus playas
De elefantes de Etïopia,
Adonde lleguen tus armas.

Vase.

Don Juan.

DON JUAN.

Reconocido, gran señor, el Moro,
Que vino á verte á Ceuta cuando hiciste
El África temblar, cuyo tesoro
Por feudo humilde de tus pies pusiste,
Donde la fama ya las alas de oro
De varias plumas inmortales viste,
Haciendo libre, al discurrir el orbe,
Que ni monte ni mar su vuelo estorbe.
Diez caballos alárabes te envía,
Que el mismo carro de Faetón respete,
Cuyos jaeces le labró Bujía,
Y frenos y acicates Tafilete.
Por el codón, que no hay en Berbería,
Encintan perlas crines y copete,
Y al modo de jinetes andaluces,
Plumas de Orán los vuelven avestruces.
No queda alfombra de los montes claros,
Ni cuero de Azamor, de ámbar teñido,
Ni adarga de ante á prueba de reparos,
Que en su Marruecos la sepulte olvido;
Y como á España se conducen raros,
Dos leones tan fieros ha traído,
Que, aunque en imagen los contempla y mira,
Parece que el del cielo se retira.

REY.

Erró, don Juan, en enviar el Moro
Por novedad á Portugal leones;
Que aquí todos lo son en cada poro,
Más fieros que en sus bárbaras regiones.
Envíeme diamantes, plata y oro;
Que viven por acá tantos Sansones,
Tantos valientes Hércules altivos,
Que se sabrán comer leones vivos.
Tengo que hablaros (no hay lugar agora),
Mendoza, en cosa que me importa cuanto
Á vos satisfacer quien os adora;
Que por ella empeñé crédito tanto.

DON JUAN.

Cuanto más vuestra hechura se mejora,
Y yo de mi bajeza me adelanto,
Tanto, señor, valdré para serviros.

REY.

Venid después; que tengo que deciros.

Vanse.

Doña Blanca y Brito.

BRITO.

Después que endiosado vive,
No hay quien alcanzarle pueda.

DOÑA BLANCA.

No está tan alta la rueda,
Que más que de burlas prive.

BRITO.

Principio quieren las cosas:
Por lo menos no te pesa.

DOÑA BLANCA.

Quien quererle bien confiesa
Con prendas tan amorosas,
¿Cómo no se ha de alegrar?

BRITO.

¡Oh, cuánto el secreto importa!

DOÑA BLANCA.

¡Qué mal amor se reporta
En el placer y pesar!
Que si el Rey viene á saber
Que nos tenemos amor,
Ni hay disculpa á su rigor,
Ni defensa á su poder.
Pero ¿cómo entraste aquí?

BRITO.

Una dueña me parió,
Que esta licencia me dió,
De quien, como ves, nací

Q... hace en ... vestido.
Tu du...

La ...
... sonetos.

...nseñe ninguno al Rey.

... amantes discretos.
Por pagarte ...

Al intento ejecución.
... pues ...
... ón prenda de amantes,
... un alma de diamantes,
... ofrezca, Blanca, á tus pies.
... todos lo...

El purgatorio en des...

El cielo en tus bellos ojos,
... no el infierno en tus celos.

... ndo los diamantes
... que en llanezas de amantes
... lito),
Me diera el alma sin el...
... ue en el cielo de amor
... n las almas mejor
Sin diamantes que con ellos.

Pensé que me preguntaras
... no te escribía;
...
... que en él me hablaras.
Pero pues no mereció
Tu cuidado en esta parte,
... conceptos darte
...

Erraste en la dilación.
Muestra.

Dale un papel.

Ya no p...
Que viene Leonor.

Esconde
El pap...

DOÑA BLANCA.
Mátame á celos.

... Leonor.

DOÑA LEONOR.
Si estabas con el Mercurio
De don Juan, ...
Blanca, ...
Del alboroto que han hecho
... nos
Que envió el Rey de Marruecos
Al invencible Dionís?

DOÑA BLANCA.
Con el buen entendimiento
De Brito me entretenía.

DOÑA LEONOR.
Las infantas van á ...
Ven, que no será ...
Que en tal fiesta te echen menos.

DOÑA BLANCA.
Aun el descansar contigo, (Aparte á Brito.)
Brito, de mis pensamientos,
Esta enemiga me quita.
Vamos, L...

DOÑA LEONOR.

(Aparte á Brito.)

Di á tu dueño,
Embajador de mentiras,
Que aquí te hallaron mis celos.

DOÑA BLANCA.
Brito, no le digas nada; (Aparte á Brito.)
Que te matarán.

Vanse las dos.

BRITO.
Parezco
Á aquel sabio que tenía
... mujeres por lo menos,
... la una le quería
Quitar los blancos cabellos,
Y la otra, más celosa,
... pelaba los negros.
...

Tofiño.

TOFIÑO.
Yo leones! Ni aun por sueños.
Váyase sola mi ama,
Sea su galán bracero;
Que no pienso acompañarla
Por cuanto vale este reino.

BRITO.
¿Qué es esto, señor Tofiño?

TOFIÑO.
¡Oh Brito! Perdido vengo
De ...

Que aun cuando en las salas veo
Los que están en los tapices,
Me voy apartando dellos.
¡Leones! ¿Soy yo profeta?

BRITO.

No son tan bravos ni fieros;
Que yo en un anfiteatro
Vi un león que andaba huyendo
De un toro español.

TOFIÑO.

Sería
La causa ver por momentos
Gente, porque hace el trato
Humilde lo más soberbio.

BRITO.

Bien dices; que una doncella
Más hosca que un toro nuevo,
Á pocos días casada,
Habla, escucha y pierde el miedo.

TOFIÑO.

Por ventura ese león
Estaba, Brito, á ese tiempo
Con la cuartana. Mas dime,
¿No te admira un moro necio
Que anda entre ellos con un palo,
Y que le obedecen ellos?
Mira, Brito, no me espanto
Que haya en el mundo arrieros,
Barrenderos, cogetrapos,
Ni zapateros de viejo,
Ganapanes, aguadores,
Curapotras, buscayernos,
Ni que haya mujeres que echen
Melecinas por dineros;
Pero leoneros, es cosa
Que pierdo el entendimiento.
¡Dar de azotes á un león,
Y decir: «Pasa aquí, perro»!
Por la mula de Belén,
Que son locos ó hechiceros.

BRITO.

¿Eso te espanta, si hay
Quien dome potros, y aquellos
Que danzan en las maromas,
Que son peligros más ciertos?
¿Qué más necedad que andar
Toda la vida esgrimiendo,
Teniendo solos dos ojos?
Ó ¿qué peligro más cierto
Que andar con una casada
De amores por largo tiempo,
Si el marido y la mujer
No van horros en el juego?

Dan voces dentro.

Pero ¿qué voces son éstas?

TOFIÑO.

Soltado se ha; yo soy muerto.

BRITO.

Que no es nada.

TOFIÑO.

¿Cómo no,
Si todos los caballeros
Van á defender las damas?

BRITO.

Estaos quedo.

TOFIÑO.

¿Cómo puedo?
Soy flojo de orina, Brito.

BRITO.

¡Portugués, y decís eso!
Implica contradicción.

TOFIÑO.

No implica sino griguiescos.

BRITO.

¡Qué hombre para la guerra
De África! No tengáis miedo;
Que yo estoy aquí..... temblando.

TOFIÑO.

Sin que juréis os lo creo.

Don Juan, con la capa á un lado y la mano en el puño de la espada.

DON JUAN.

Sola de mi valor será la empresa.

BRITO.

¡Don Juan descolorido y dando voces!
¿Dónde, señor?

DON JUAN.

Que sean dos me pesa.
Abre esta puerta ó romperéla á coces.

Sale D. Nuño.

DON NUÑO.

Esto ha de hacer quien mi valor profesa.
Abre; don Nuño soy, ¿no me conocéis?
Abre, leonero, presto.

DON JUAN.

Abre, leonero.
Primero vine, y he de entrar primero.

DON NUÑO.

Después que yo los haya muerto, y lleve,
Señor don Juan, el guante á doña Blanca,
Entrar podréis mejor, si amor os mueve.

TOFIÑO.

¡Notable necedad!

BRITO.

La puerta arranca.

DON JUAN.

¿Quién es aquel que á mi valor se atreve?
Porque no sólo con la espada blanca,
Mas con la vaina que la cubre.....

DON NUÑO.

Quedo;
Que os mataré, don Juan, con solo el miedo.

DON JUAN.

Dándome el que tenéis, será bastante.
Dejad que corte yo sus fieros cuellos,
Ó en vos, don Nuño, si os ponéis delante,

Ens[illegible]
[illegible]
Yo he de llevar á doña Blanca el guante,
Y [illegible]
Si fuera todo el Portugal leoneras,
Y [illegible] el África [illegible] fieras.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Entrar, ya estarán muertos los leones;
[illegible] no lo están, que ser podría,
[illegible]nes;
Aunque será más cierto que el leonero
[illegible]
[illegible]
Don Juan, yo soy Andrada.
[illegible]
Y yo, don Nuño,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
En sangre alarbe, de la punta al puño,
Publica toda el África que tiño.
DO[illegible]
[illegible] os lo dirá la que yo empuño,
Que es Marte mi valor, si Amor es niño.
[illegible]
Si habéis de huir, no prevengáis reparos.
[illegible]
[illegible] para mataros.

Al querer sacar las espadas sale el Rey.

El Rey, D. Pedro y acompañamiento.

REY.
Envidio tanto valor,
Y de manera me mueve,
Caballeros, esta empresa,
[illegible] dejaría, si fuese
Posible, que no lo es,
El ser de ser rey, por verme
Capaz de intentar la gloria
De tan heroicos laureles.
Yo os pusiera, caballeros,
En paz, si pudiera hacerme
Igual de vuestra fortuna.
[illegible]
Vuestra Alteza se sosiegue;
Que el ánimo belicoso
[illegible] es menester que le muestre,
Siendo ya tan conocido
En iguales accidentes;
Pues sabe que contradicen
Divinas y humanas leyes
Que se aventure la vida
De quien todo un reino pende.
[illegible]
Derriba mi sufrimiento
El corazón impaciente,
Apartando á la razón.
[illegible] PEDRO.
Si ya Vuestra Alteza tiene
Muerto en África un león
A lanzadas, ¿qué pretende?
REY.
Sacar quisiera este guante
Para que de mí dijesen
Las historias esta hazaña,
Que los castellanos suelen
Alabar de un caballero
[illegible], como aquí nos sucede,
Sacó un guante que su dama
Dejó cautelosamente
[illegible] entre dos leones
Por probarle.
DON PEDRO.
No conviene,
Señor, imitar su hazaña;
Que ese fidalgo valiente
Le dió un bofetón después,
Y mi hija no merece
[illegible] alguna mano en el mundo
Mi honor y su rostro afrente;
Porque de su honestidad
Ninguno presumir puede
Que con cautela dejase
[illegible]r el guante; y si quiere,
Invictísimo señor,
Vuestra Alteza que yo éntre,
No me estorbarán las canas
[illegible] los filos ensangriente
En las africanas fieras,
Para que después le diese,
No bofetón, sino abrazos,
Por la ocasión que me ofrece
[illegible] hacer tan famosa hazaña.
[illegible]
Señor, aunque justamente
Acometer esta empresa
Tan gran caballero puede,
Yo haré que la sustituya
En mi edad, si me concede
Vuestra Alteza este favor.
[illegible]
Cualquiera de los presentes,
Invicto Dionís, podrá
Serviros; mas si prefiere
Vuestra Alteza mi deseo,
Que lo que merece emprende,
Yo pondré el guante en sus manos.
REY.
Generosos portugueses,
[illegible] lo sois, y soy yo
El rey de nación tan fuerte.
Si el mundo llama al león
[illegible] de las fieras silvestres,
[illegible] á rey fuera justo
Ver quién se rinde ó quién vence;
[illegible] pues no se permite
[illegible] peligro á los reyes,

Ninguno quiero que pueda
Hacer lo que yo no hiciere.

BRITO.

Escuchad, Dionís heroico,
De Brito un arbitrio breve
Para sacar ese guante.

REY.

Di, veamos.

BRITO.

Que se encierren
Los leones, y yo solo,
Sin voces, armas ni gente,
Pondré el guante en vuestras manos.

REY.

¡Notable hazaña prometes!
Tu consejo es el mejor;
Mas solo quiero que llegue
El leonero, y me le traiga.

Vanse el Rey, D. Nuño, D. Pedro, Tofiño y el acompañamiento.

DON JUAN.

Triste estoy.

BRITO.

¿Qué te parece
Del arbitrio que le di?

DON JUAN.

Tus disparates me ofenden,
Y mis desdichas me cansan.

BRITO.

Alaba, señor, tu suerte,
Que si entraras.....

Doña Blanca en la galería alta.

DOÑA BLANCA.

¡Ah, don Juan!

DON JUAN.

¿Sois vos, señora?

DOÑA BLANCA.

Suceden
Unas desdichas á otras.
Al leer secretamente
Vuestro papel, Leonor vino;
Y yo, porque no le viese,
Metíle dentro del guante,
Que con alborozo alegre
Me quité, para romper
La nema, ¡ay triste! De suerte,
Que si no puede cobrarse
Antes que á las manos llegue
Del Rey, los dos nos perdimos.

Vase.

DON JUAN.

Aguarda, señora.

BRITO.

Fuése.

DON JUAN.

¿Qué haré?

BRITO.

Saber si le han dado
Al Rey.

DON JUAN.

Si mi amor entiende,
Haz cuenta, Brito, que á Blanca
Don Juan de Mendoza pierde;
Y si la pierdo, el remedio
Será que á la muerte apele.
Mas son tantas mis desdichas,
Que aun no me querrá la muerte.

ACTO SEGUNDO.

Doña Blanca y D.ª Leonor.

DOÑA LEONOR.

¿De qué, Blanca, estás corrida?

DOÑA BLANCA.

¿No me tengo de correr?

DOÑA LEONOR.

¿Cuándo se corrió mujer
Por celebrada y querida?

DOÑA BLANCA.

Pues ¿no lo tengo de estar
De causar tanto alboroto
En la corte?

DOÑA LEONOR.

De mi voto,
No pudiste imaginar
Más invención para hacer
Prueba de uno y otro amante,
Si no fué acaso que el guante
Se te pudiese caer.
Que te ha de dar esta hazaña
Mayor fama en Portugal
Que á quien del indio oriental
Trujo el primer oro á España.

DOÑA BLANCA.

Tu malicia, ¿no repara
En que era necia invención
Que á quien tuviera afición
Honra y vida aventurara?
Honra, en no bajar por él;
Vida, pues morir pudiera,
Cosa que á mis ojos fuera
Espectáculo cruel.

DOÑA LEONOR.

Ya dieron al Rey el guante,
Y entrara por él Su Alteza,
Á ser menos la nobleza
Que se le puso delante.
Mira si debes amor
Al Rey.

[illegible]
[illegible] ra por mí
[illegible] allí
[illegible]
[illegible]
[illegible] gallarda presunción,
[illegible] aun no quiere que un león
[illegible]
[illegible],
[illegible]
[illegible] compitiera,
[illegible].

[illegible]

Ha mandado celebrar
El guante.

[illegible]

¿[illegible]

[illegible]

[illegible] ribiendo
Versos, y aun él mismo, entiendo,
[illegible]

[illegible] A BLANCA.

¡Yo, Leonor!

[illegible] ÑA LEONOR.

Porque presuma
Quien no la vió celebrada
[illegible] oria de la espada,
[illegible]
Y tú, que la causa diste
[illegible] guante caer dejaste,
[illegible] la no premiaste,
Laurel de la pluma fuiste.
Por eso el gusto restaura
[illegible], Blanca, perder,
[illegible] de que has de ser
Otra celebrada Laura;
Que con esto no hay persona
Alta ni humilde en palacio,
Sin tomar en breve espacio
Postas al monte Helicona.
Van tan bien cargadas naves,
[illegible], al llegar Febo al ocaso,
Surgirán en el Parnaso;
[illegible] es, Blanca, si no lo sabes,
El rey Dionís el primero
Que en España en lengua propia
Hizo versos, cuya copia
Mostrarte esta noche quiero.
Mira tú si es justa ley
[illegible] premies al inventor
De los versos.

[illegible] A BLANCA.

Yo, Leonor,
[illegible] le aquí le doy al Rey.

El Rey y D. Juan

REY.

Esto responded, don Juan,
Al de Castilla.

[illegible]

Bajo á D.ª Leonor.

El Rey viene.

Vase D. Juan.

[illegible]

Gallarda presencia tiene. (Ap. á D.ª Blanca.)

DOÑA BLANCA.

[illegible] bizarro y qué galán
Que me le pintan tus celos!
Y no es menester, Leonor,
Porque yo le tengo amor.

DOÑA LEONOR.

Guarden tu vida los cielos.

REY.

Discreta Leonor, ¿qué hacías
Con Blanca?

DOÑA LEONOR.

Hablaba de ti.

REY.

¿De mí?

DOÑA LEONOR.

Sí, señor.

REY.

De mí,
¿En qué materia podías?

DOÑA LEONOR.

Pues Vuestra Alteza ha venido,
De Blanca se informará,
Y [illegible]
Que buena tercera he sido;
Que yo, que de más estoy
Y he visto su pensamiento,
Por cumplir el mandamiento
De «no estorbarás», me voy.

Vase.

REY.

Huelgo que hayamos quedado
Solos.

DOÑA BLANCA.

¿Puedo á Vuestra Alteza
Servir en algo?

REY.

Belleza
Cruel el cielo te ha dado.
No vengo contigo airado,
Sino con mi mala estrella,
Pues que reinando por ella,
No reino en tu voluntad:
Así amor la majestad
[illegible] pie divino atropella.
Diéronme, Blanca, tu guante,
Y [illegible] iso mi loco amor
Que le perdiese el temor
Y le calzase arrogante;
Mas por donde algún diamante

Rompió el telliz celestial
De tu azucena real,
No sé qué blanco miré,
Y en la vaina reparé
De tu espada de cristal,
»¿Quién se asoma, dije, aquí,
Donde su dueño no está?»
Y parecióme que allá
Me respondieron así:
«Ténganse á Blanca;» y en mí
Fué novedad que prevenga
Justicia al Rey vaya ó venga,
Pues suele ser justa ley
El decir: «Ténganse al Rey;»
Pero no que el Rey se tenga.
Finalmente, quise ver
Quién sustituyó tirano
Cinco rayos de tu mano
Contra mi Real poder;
Y cual la suele poner
El que la perdiz buscaba
En el nido en que criaba,
Sobre algún áspid cruel,
Mordióme el alma un papel
Que dentro del guante estaba.
Bien pienso que pudo ser
Ver el que el guante traía
El papel; mas no osaría
Ver lo que un rey ha de ver.
Ni el papel quiso al caer,
El guante apartando, verse,
Ni en el aire suspenderse;
Que lo que ha de dar pesar,
Siempre se suele guardar
Del peligro de perderse.
Saquéle, en fin, y leído
Con temor apresurado,
Más me mató declarado,
Que me mataba escondido.
Así está descolorido
El que lee algún papel
De desafío cruel,
Las venas alborotadas;
Que le parecen espadas
Cuantas letras hay en él.
Dime, Blanca, ¿quién ha sido
Quien te escribió estas razones?

DOÑA BLANCA.

Saliendo á ver los leones
La Infanta, un paje atrevido
Me lo dió, bien prevenido
Para el engaño, diciendo
Que era de mi prima; y viendo
La letra apenas, señor,
Vino á llamarme Leonor
Entre tan confuso estruendo.
Yo, porque no me culpara
De lo que estaba ignorante,
Hice escritorio del guante;
Porque hablando verdad clara,
Él quise que le guardara
Para volverle á leer;
Que esto de ver y saber,
Y más si se mira amada,
Aunque no le importe nada,
Es condición de mujer.
Y con esto, Vuestra Alteza
Me dé licencia, señor;
Que son vergüenza y temor
Efectos de su grandeza.

REY.

Cuando toma la belleza
El imperio, no hay poder
Que se le pueda oponer.
Vete, Blanca, pero mira
Que no hay tan diestra mentira
Que no se venga á saber.

Vase Blanca.

Don Juan.

DON JUAN.

Mal me va de pensamiento. (Aparte.)
¡Tanto tiempo el Rey con Blanca!

REY.

¿Es Mendoza?

DON JUAN.

Sí, señor,
Que para daros, aguarda,
Memoriales y consultas.

REY.

De esos cuidados descansa
Tal vez el entendimiento
(Que no son bronces las almas)
Con divertir la memoria;
Porque no por otra causa
Tomaba Alejandro lira
Cuando dejaba las armas.
Y fuera desto, don Juan,
El amistad no se paga
Con dar trabajos á quien
El amigo quiere y ama.
No os quiero tan fatigado,
Pues Castilla no embaraza
Con guerra nuestro Consejo,
Y Aragón de espacio trata
La venida de Isabel;
El África feudataria
Reconoce el señorío;
La India las naves carga
De oro y blancas margaritas,
Dos hijos del sol y el alba.
Y así, en el ocio presente,
Quiero que sepáis que alcanza
La jurisdicción de amor
Á los mayores monarcas.
Esto es más que los negocios
Que mi gobierno os encarga,
Pues descubrir los defectos
Es la sujeción más llana.
En fin, don Juan de Mendoza,
Yo quiero bien una dama,

Y le escribo este papel;
Y porque no es bien que vaya
De mi letra, el trasladarle
Tengo por cosa acertada;
[illegible]
A quien su descuido e[illegible]ña.
[illegible],
Más desdichas que palabras.
[illegible] espero.

Dale el papel.

DON JUAN.
[illegible], señor, lo que mandas.
¡Vive Dios, que es el papel (Aparte.)
Del guante de doña Blanca,
Y [illegible]
[illegible] pudo ser inventada
Para conferir las letras!
No en balde el mundo te alaba,
¡Oh Rey, oh ingenio divino!

Pónese á escribir.

[illegible]
Si aquéste de amores anda (Aparte.)
Con Blanca, dirá la letra,
[illegible] á sí mismo se traslada;
Que ha tan poco que me sirve,
Y son las formas tan varias
De las letras de papeles
Y negocios que despacha,
Que aun no conozco la suya
Entre diferencias tantas.

DON JUAN.
Ya, señor, le trasladé.

REY.
Mostrad. ¡Invención extraña! (Aparte.)
¿Cómo, don Juan, la habéis hecho
Tan descompasada y larga?

DON JUAN.
Aguardaba Vuestra Alteza,
Y fué la prisa la causa.

REY.
Probados quedan mis celos; (Aparte.)
Que éste no diferenciara
La letra, á no ser la suya
Esta misma que traslada.
[illegible]n Juan, agora,
Que no soy amigo vuestro,
Pues que toda el alma os muestro;
Porque esta ingrata señora
[illegible]n ella como yo
[illegible]gal.

DON JUAN.
Vuestros pies
Beso mil veces.

REY.
Él es. [illegible]
¿Ya no os quejáis?

DON JUAN.
Señor, no.

REY.
¿Queréis más de mí?

DON JUAN.
No fuera,
Señor, quejarme razón.

REY.
Para más confirmación
De mi amor, don Juan, quisiera
Casaros hoy de mi mano
Con la dama que servís.

DON JUAN.
Celos, invicto Dionís,
Os han engañado en vano,
De alguno que, por ventura,
Trata desta pretensión.

REY.
Leonor os ama, y no son
Sus partes y su hermosura
Para no estimarlas tanto.

DON JUAN.
Trato casarme, señor,
En Castilla, y que Leonor
Os lo haya dicho me espanto.

REY.
¡En Castilla vos! ¿Con quién?

DON JUAN.
Es del Marqués de Villena
Sobrina la bella Elena,
Que ya es mi Troya también;
Y así, me daréis lugar
Para poderos servir,
Pues será justo escribir
Que se deje de tratar.

REY.
Idos con Dios.

DON JUAN.
¡Oh papel,
Siempre terrible enemigo!

Vase.

REY.
Mal me va con este amigo;
Deshacerme quiero dél.

Brito.

BRITO.
Buscando á don Juan, mi dueño, (Aparte.)
Con el mismo Rey he dado.
¡Oh imagen del mismo Dios!
¿Qué mucho que turbes tanto?
Vuélvome á salir quedito,
Como si fuera pisando
Sobre cabezas de niños.

REY.
¿[illegible]n es?

BRITO.
Yo soy, que me ensayo
Á andar sobre la maroma.

REY.
Vuelve, vuelve.

BRITO.

Paso á paso (Aparte.)
Voy, como saludador
Por barras de fuego entrando.

REY.

¿Qué hay de nuevo por la villa?

BRITO.

Esto mismo que en Palacio.
Todos escriben al guante,
Pues tú, ingenio soberano,
También quieres competir
Contigo mismo.

REY.

Qué, ¿tantos
Escriben?

BRITO.

Toda Lisboa
De manera se ha enguantado,
Que á ser guantes los sonetos,
Cubrieran del sol los rayos.
Mas la misma diferencia
Que hay en los guantes, hallamos
En los sonetos también;
Mas todos son guantes blancos.

REY.

La sutileza te envidio,
Aunque lo dijiste acaso;
Pues guantes blancos, por ser
De Blanca, está bien pensado.
Toma este diamante, Brito.

BRITO.

Beso tus Reales manos.
¿Qué valdrá, señor?

REY.

Ser mío.

BRITO.

Bien dicho: y así le pago
Con volverle á Vuestra Alteza.

REY.

Necedad y desacato.

BRITO.

¿Por qué?

REY.

Porque, como rey,
Te he dado tres mil ducados,
Y quieres tú hacer lo mismo,
Siendo de don Juan criado.

BRITO.

¡Tres mil este gusanillo
Del sol! ¡Este sol enano!
¡Esta centella del sol,
Este retal de sus rayos,
Este ojuelo brillador
De castellana con manto,
Epítome de la luz
Y pedacillo quebrado
Del orinal de la luna!
¿Éste tres mil? ¡Malos años!
Más los quisiera en veintenes,
Que es como tener guardado
Un familiar en redoma.
Y ¿qué mayor desengaño
Que ser en polvos veneno?
Oro, señor, oro santo,
Que nunca pierde el valor,
Porque es su valor tan claro,
Que hasta para hablar con Dios
Decimos siempre que *oramos*.
Mirra, incienso y oro á Dios
Los tres Reyes presentaron,
Y no diamantes, con ser
De tierra en que nacen tantos.

REY.

Muestra, y darétele en oro.

BRITO.

Después que me le hayas dado;
Que es fácil cosa olvidarte
Entre negocios tan altos.

REY.

Pues ¿no te fías de un rey?

BRITO.

Diréte por qué lo hago:
Que, deteniendo el dinero,
Puedo decir entretanto
Una necedad que sea
Ocasión para no darlo;
Que los gustos de los reyes,
Para los sujetos bajos
Son un cristal de Venecia.
Harto os he dicho, miraldo.

REY.

Ahora bien, ¿qué harás del oro?

BRITO.

En comprar libros le gasto.

REY.

¡Libros! ¿Y si tienes hijos?

BRITO.

Si son hombres, enseñarlos
Á que vayan á serviros
Con las armas en la mano;
Si mujeres, vos, señor,
Que sois cristiano Alejandro,
Me daréis con qué las case,
Pues estudiante y soldado
Os ha servido mi amor.

REY.

Ahora bien, Brito, volvamos
Á tratar de nuestro guante.

BRITO.

Digo, señor, que entre tantos
Hay, como guantes, sonetos:
De ámbar los altos y claros,
De jazmines los floridos,
Y de polvillos los bajos.
Hay sonetos de gamuza,
Más que Mendozas Hurtados,
Y bordados de Milán,
Con los aforros de raso.
Hay sonetazos de lana
Para pastores del campo,
Y blancos, sin decir nada,
Porque se quedan en blanco.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] frados,
[illegible]
[illegible] plato.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Allá tengo
Mis catorce; que el Parnaso
Para todos está abierto.

REY.

[illegible]
[illegible]

BRITO.

Señor,
Tu ingenio aparte dejando,
El que tú favoreciere[illegible]
Que ningún ingenio raro
Lo fué sin favor del Rey.
Mira á Virgilio, que estando
En vil pobreza, le hizo
[illegible]mo el favor de Octavio.

[illegible]

Llámame á Blanca.

BRITO.

Ella viene.

REY.

Pues salte allá fuera.

BRITO.

¡Malo! (Aparte.)
Las palabras de los reyes,
Tempestades llamó un sabio;
Que cuando se oyen los truenos,
Ya han hecho efecto los rayos.

Vase.

Doña Blanca.

[illegible]

Turbada llego á tus pies.....

Cae.

REY.

Por eso te doy las manos.

[illegible]

Perdone el guante Tu Alteza.

[illegible]

Ya le tengo perdonado;
No lo que dentro [illegible]

[illegible]

Desgraciada en guantes ando:
Todos caen en le[illegible]

[illegible]

¿Tan bravo se[illegible]

[illegible]

Lo bizarro
[illegible]
Que en lo demás no eres bravo.

[illegible]

[illegible]e, Blanca, en fin.

[illegible]

Si me levanta
[illegible]no poderosa,
Diré que mi caída fué dichosa.

REY.

Blanca, ya no soy parte,
[illegible]
Con ser quien soy; tal fué tu desvarío,
Contrario al poder mío,
[illegible]ués que supe que el papel del guante
[illegible]e tu loco amante,
Fué de quien ya tu entendimiento goza,
[illegible] don Juan Mendoza.
El parabién te doy del justo empleo;
[illegible] si tu deseo
[illegible], como entiendo, de lo escrito,
[illegible] que solicito
Con él tu gusto, si verdad me dices.

[illegible] BLANCA.

Amante contradices
[illegible] y me concedes generoso;
Efectos de celoso,
Por saber la verdad, fingir olvido.

[illegible]

No soy celoso yo, soy ofendido.

DOÑA BLANCA.

¿De quién, señor?

[illegible]

¿De quién? De tus desprecios.

Don Juan, quedándose detrás de una antepuerta.

REY.

Aparte.

Don Juan está escuchando. ¡Ah, celos necios!
¡Oh amor, juego de niños! ¡Que cubierto
[illegible] la antepuerta de la cuadra, incierto
[illegible] le puedo ver, esté escuchando!
[illegible], disimulando,
[illegible] y dejarle entrar, porque escond[illegible]
También escuche de su amor mi olvido,
Como él me escucha agora;
[illegible]mor con estos juegos enamora.
[illegible] esconde, ya trueca los desvelos,
Ya vuelve, y dice que es amor, y es celos;
Que todas sus celosas vanidades
[illegible]s son de averiguar verdades.

[illegible] que se va, y quédase escondido detrás de otra antepuerta.

DOÑA BLANCA.

[illegible]y se fué enojado.

¡Oh amor, todo temor, todo cuidado!
Ni sin ti ni contigo
Puede vivir el mundo.

Pasa D. Juan á la sala.

DON JUAN.

Y yo testigo,
Hermosa Blanca, de peligros tales.
¡Ay, infeliz de mí, que á tantos males
Me sujetó mi suerte,
Que es el menor la perezosa muerte!
Oí cuanto ha pasado;
Ya sabe que mi amor te da cuidado.
Pues ¿cómo un poderoso
Sufrirá competencia?
Paréceme forzoso
Poner mi vida en manos de mi ausencia.
El África me mate, y las ardientes
Arenas de la Libia me sepulten,
Ó en espumosas ondas las crecientes
Del mar mi cuerpo oculten,
Atravesado de pintada flecha
Del alarbe desnudo.

DOÑA BLANCA.

El Rey, don Juan, sospecha
Tu amor, que del papel entender pudo;
Mas no sabiendo el mío,
Paréceme tu ausencia desvarío;
Que el Rey no sabe lo que yo te adoro.

REY.

Si lo estoy escuchando, no lo ignoro. (Aparte.)

DON JUAN.

¡Ay Blanca, que el poder enamorado
No ha de hallar imposible á su cuidado,
Y más de ti celoso!

REY.

¿En qué soy poderoso, (Aparte.)
Pues no venzo al poder que me ha vencido?

DON JUAN.

Hoy, Blanca, te he perdido:
Por lo menos será imposible hablarte.

DOÑA BLANCA.

Luego ¿puede ser parte
El Rey ni el mundo.....

REY.

Declaróse todo. (Ap.)

DOÑA BLANCA.

Pudiendo buscar modo
Para vernos de noche con secreto?

REY.

Ni amor con vista ni galán discreto; (Aparte.)
Pues cuando me escuchaba y se encubría,
Debiera prevenir que yo podría
Estar oculto y escucharle atento.

DON JUAN.

Blanca, si amor es todo entendimiento,
Dime, ¿qué industria ó arte
Me le dará para que pueda hablarte?

DOÑA BLANCA.

Hay una puerta que, jamás abierta,
Ya no parece puerta,
Cubierta de rosales y jazmines,
Detrás destos jardines.
Julia me ha dicho que el criado sabe
Á quién pedir la llave.

DON JUAN.

¿Querrála dar?

DOÑA BLANCA.

Como eso puede el oro.

REY.

¡Qué bien guarda el decoro (Aparte.)
De un palacio Real! ¡Qué bajo estilo!

DOÑA BLANCA.

De la noche en el filo,
Cuando sólo murmuren entre dientes
De perlas estas fuentes
Mis cuidados celosos,
Por Leonor fieros y por ti dichosos,
Y la celeste rueda
Con ojos de diamante vernos pueda,
Podrás venir, don Juan; que cuidadosa,
Entre el jazmín y rosa
Me hallarás escondida para abrirte.
No es menester decirte
La honestidad con que has de estar conmigo,
Siendo Julia testigo.

DON JUAN.

La palabra te doy de no enojarte.
¡Oh cielos! ¿En qué parte,
Que quiero tanto bien agradecellas,
Tiene amor sus estrellas?
Zafiro celestial, suba amorosa
Venus á tu campaña luminosa,
Y haréte de mi alma sacrificio.

REY.

No quiero dar indicio (Aparte.)
Por donde éstos presuman que los veo,
Pues tan necios publican su deseo,
De que nadie los oye satisfechos;
Que son los reyes hechos
Del mismo sol, pues cuando más se encubren,
Por cualquiera lugar rayos descubren.

Vase.

DOÑA BLANCA.

Vete, don Juan; que juzgan los amantes
Los años por instantes.

DON JUAN.

Iréme, hermosa Blanca, agradecido,
Obligado y rendido,
Pues miran blandamente mis enojos
Las dulces almas de tus bellos ojos.
Mas no puedo, si no te vas primero.

DOÑA BLANCA.

Pues yo me voy, y donde digo espero.

Vase.

DON JUAN.

¡Dichosa posesión, dulce esperanza,

Si tanto bien alcan[illegible]
Allá me aguarda entre las rosas, rosa,
Sino mi Blanca hermosa;
[illegible]
Ag[illegible]rdame, jazmín entre jazmines.

Brito.

BRITO.
¿Estás ya más bien templado?

DON JUAN.
Brito, haber visto el papel
[illegible] Rey, fué causa que dél
Tuviese fin mi cuidado.
Esta noche.....

BRITO.
Di adelante.

DON JUAN.
Blanca y yo por un jardín
Habemos de hablar.

BRITO.
Tu fin
Buscas, temerario amante.
Mira lo que intentas, mira
Que el Rey es mozo, y galán
De Blanca, y que le tendrán
S[illegible] elos siempre á la mira,
Y que te puede costar
La vida tan loca acción.

DON JUAN.
¿Cuándo amor de la razón
Se ha dejado gobernar?
Demás de que no estaré
De suerte que no me pueda
Defender cuando suceda.

BRITO.
Pues ¿cómo estarás?

DON JUAN.
No sé.

BRITO.
¡Ah, señor! ¡Cuántas burladas
Confianzas, de improviso,
Antes de ver el aviso,
Han sentido las espadas!
[illegible], en fin, si te sintiesen,
¿Qué piensas hacer de ti?

DON JUAN.
Darles por disculpa allí
La envidia que me tuviesen.

BRITO.
Halló un marido ofendido
Con su mujer acostado
[illegible]
[illegible] si fuera el marido.
Era el caso á mediodía,
Y el galán, con el temor
De la espada y del rigor
Con que el marido venía,
Sola la camisa puesta,
Salió á la calle, y corriendo,
Iba á la gente diciendo:
«¡Fuera, que va sobre apuesta!»
Desviábase la gente,
Hasta que el galán llegó
Á su casa, en que ganó
La apuesta por diligente.
Tú, si el Rey se manifiesta,
La misma carrera arranca,
Y di en camisa tan blanca:
¡Fuera, que va sobre apuesta!

DON JUAN.
¡Qué de necedades juntas!

BRITO.
Mayor es la que tú intentas.

El Rey, D. Nuño, D.ª Blanca, D.ª Leonor, Julia y acompañamiento.

DON NUÑO.
Hoy el palacio, señor,
Se transforma en academia.

REY.
Júntense los que han escrito,
Y presida Blanca en ella,
Como la décima musa.

Siéntase el Rey, y ellas toman almohadas.

DOÑA BLANCA.
No lo mande Vuestra Alteza,
Pues es el divino Apolo
Que este Parnaso gobierna.

REY.
Llegad, pues habéis escrito,
Don Juan.

DON JUAN.
Yo, señor, quisiera
Que excusara mi ignorancia
Vuestra celebrada ciencia.

DOÑA LEONOR.
Siempre, señor, fué costumbre
De músicos y poetas
Querer que todos les rueguen
Lo que ellos mismos desean;
Que don Juan con mucho gusto
A doña Blanca celebra.

DOÑA BLANCA.
Mejor su ingenio empleara
Don Juan, Leonor, en tus prendas;
Que, á ser guante de tu mano,
Hiciera por excelencia
Versos más altos que el sol,
Para que el laurel le dieras.

REY.
No haya más, Blanca y Leonor;
[illegible] esta competencia es nuestra,
Y no en prosa, sino en verso.

BRITO.
[illegible] Leonor contenta (Ap. á su amo.)
Después que al Rey respondiste
Lo del Marqués de Villena.

DON JUAN.
Ya he conocido los celos.
REY.
Comenzad, Nuño.
DON NUÑO.
Quisiera
Ser un Virgilio, ser vos.
BRITO.

A su amo.

Oye, que Nuño comienza.
DON NUÑO.
Al signo de León, de nueva estrella
Quiso Blanca adornar, y fué bastante
Dejar caer desde su cielo un guante;
La estrella no, que se quedó con ella.
Vistió su claro sol púrpura bella,
Su mano más cristal, y todo amante
Para tanto laurel vistió diamante,
Determinado de morir por ella.
Nube era el guante que ocultaba en vano
La nieve que en las almas fuego llueve,
Con que pensó templarse amor tirano.
Pero burlóse cuando más se atreve,
Porque, quitado el guante de la mano,
Cayó la nube y se quedó la nieve.
REY.
Está bien imaginado.
Diga don Juan.
DON JUAN.
¿Qué soberbia
De Faetón á vuestro sol
Hará, señor, competencia?
Si fué descuido, mi cuidado siente
No haber en mí vuestro descuido hallado;
Si fué cuidado, mucho habéis fiado
De mi descuido cuando el vuestro miente.
Mas, cuidado ó descuido, el accidente
No halló mi pensamiento descuidado,
Si os ofreció la vida mi cuidado;
Que no hay dificultad que amor no intente.
Probar con vuestro guante corazones
Crueldad indigna fué de vuestros cielos,
Ó de mayor imperio presunciones.
Y si quisiste dar á amor desvelos
Para probarle, no busquéis leones,
Que más difícil fué cayendo en celos.
REY.
No se puede mejorar.
DON NUÑO.
Eso podrá Vuestra Alteza.
BRITO.
¿Podrá en tu Real Parnaso
Un donado de poetas
Apearse de sí mismo?
REY.
Lo mismo te da licencia.
BRITO.
Oiga, pues, y esos galanes
Y damas estén atentas,
Un manojito de versos;
Que en verdad que no me quedan
Otros tantos.
[illegible]
Di, veamos.
[illegible]
Yo escribo en la propia lengua.
Cayóse un escarpín de la derecha
Mano (que de la izquierda importa poco)
Á la señora Blanca, y amor loco
Á dos fidalgos disparó la flecha.
Éranse dos leones en la estrecha
Cárcel, que ya lo fué de África el zoco,
Cuando á sus puertas, que temblando toco,
Bajan los dos el día de la fecha.
Dijo el amor que fué el amor bastante
Para probar amantes corazones,
Estando el Rey de Portugal delante.
Y yo digo que en tales ocasiones
Oler al ámbar fino pudo el guante,
Mas no de los fidalgos los calzones.
REY.
Es como yo le esperaba.
DOÑA BLANCA.
Señor, cuando ya comienza
El sol á mostrar sus rayos
Por las orientales puertas,
Todas las nubes se apartan.
Salid vos.
REY.
Saldré por fuerza,
Pues habéis sido mi aurora,
Ó seré pájaro en ella
Que cante en vuestra alabanza.
DON JUAN.
¡Vive Dios, que se requiebran! (Aparte.)
BRITO.
Aquí podemos decir: (Aparte.)
«¡Fuera, que va sobre apuesta!»
REY.
Soberbio un guante que se vió cordero,
Porque cubrió feliz mano leona,
Al sol se opuso, y de otro sol blasona
Que blanca aurora le mostró primero.
Cayó del cielo, y discurrió ligero
Desde la blanca nieve que corona
Al suelo estéril de la ardiente zona,
Entre leones para ser tan fiero.
Alzóle amor, porque pensaba amante
Volverle á Blanca, y díjole la diosa
Venus: «No se le vuelvas, ignorante.
»No le cubras la mano poderosa,
Pues mejor matarás quitado el guante,
Con cinco flechas de su mano hermosa.»
DOÑA BLANCA.
Es vuestro.
BRITO.
Todo lo ha dicho
En una palabra cierta.
DOÑA LEONOR.
Bien puedes darle el laurel.

[illegible]

[illegible]r, mand[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] muchas cosas que suenan

[illegible]cia

[illegible]entan,

[illegible] mil faltas,

[illegible]scritas se consideran;

[illegible] entre leer y escuchar

Hay notable diferencia;

[illegible] aunque son voces entrambas,

[illegible]

REY.

[illegible]

[illegible]

L[illegible]che nos hace señas

Para suspender las liras.

[illegible]

Don Juan.

[illegible]

(Aparte á Blanca.)

Necia has andado

[illegible]

Sin premiarle, por don Juan.

[illegible]

Y tú en pensarlo más necia.

Vanse todos, menos el Rey, D. Juan y Brito.

REY.

¡Don Juan!

[illegible]

Señor.....

REY.

Triste quedo.

[illegible]

La causa es justa, pues fuera

Razón que os premiara Blanca.

[illegible]

Dejemos de hablar en ella,

Y á las once estad aquí

Con Brito, espada y rodela,

Porque he de hablar á una dama.

Vase.

[illegible]

¿Hay desdicha como ésta?

BRITO.

Antes es dicha.

[illegible]

¿Por qué,

Si me quita que no vea

Á Blanca á la misma hora?

BRITO.

Por eso tu dicha es cierta.

[illegible] peligro.

[illegible]

¡Pluguiera á Dios que perdiera

Mil vidas, como llegara,

[illegible], solamente á verla!

Vanse.

Don Nuño y Mendo, de noche.

[illegible]

Para ponerle el Rey por bizarría

[illegible] Mendoza, amigo Mendo,

En el puesto que yo tener solía,

Mucho crece el favor, mucho me ofendo.

MENDO.

Suele una dama que un galán quería,

[illegible] á quien estaba aborreciendo

[illegible]ida, y, el desdén vencido,

Al que dejó galán, querer marido.

Así, tratado (aunque por fuerza fuese)

[illegible]

[illegible]l Rey, como te amó te aborreciese,

Amando á quien primero aborrecía.

[illegible]

No es esto, Mendo, porque á mí me pese;

[illegible]

Que contra humanas y divinas leyes

Hacer violencia al gusto de los reyes;

Pero porque he pensado que ha trocado

Don Juan el ser amante en ser tercero.

[illegible]

Mal pensamiento de un fidalgo honrado:

[illegible] celoso, perdonarte quiero.

Lo mejor de un poeta es lo borra[illegible],

No lo más limpio, que pensó primero:

Y [illegible]

Lo limpio amor, y lo borrado celos.

Habla con Blanca, escucha de su boca

El desdén ó el favor.

[illegible]

No soy bastante.

Temor detiene cuanto amor provoca.

MENDO.

[illegible], Nuño, el que ha de ser dichoso amante,

En cuatro cosas esenciales toca,

Que ha de tener el buen representante,

[illegible]n, para salir con su porfía,

Acción, memoria, lengua y osadía.

Pendiente al hombro de la noche helada,

[illegible] la tierra cuelga el manto obscuro,

Y la noche, de nubes rebozada,

Es centinela del celeste muro;

Y yo no he visto, Nuño, desvelada

Amanecer aurora en cristal puro

En esas rejas. Llega, mira y llama;

[illegible] á cobarde galán no hay tierna dama.

[illegible]

No fío de mi dicha buen suceso;

[illegible]

MENDO.

Llega, suspira.

El Rey, D. Juan y Brito, de noche.

REY.

Á D. Juan.

No te parezca la fineza exceso;
Que el más prudente, con amor delira.

DON JUAN.

Cuando me prevenías, te confieso
Que otra cosa pensé. Llega, habla, mira;
Que estimo en mucho haberme confiado
Tu secreto, tu amor y tu cuidado.
Mas ¿no podré saber quién es la dama?

REY.

Esa no es parte que al amigo toca,
Por ser respeto de su honesta fama.

MENDO.

Galanes vienen. (Aparte á D. Nuño)

DON NUÑO.

Blanca los provoca.

BRITO.

Un hombre pienso que á las rejas llama.
La musa Blanca por ventura invoca;
Que ha hecho aqueste guante más poetas
Que el sol vapores y la envidia tretas.

DON JUAN.

Yo llego á saber quién es. (Ap. al Rey.)

REY.

Eso para mí se guarda.

DON JUAN.

Conocerá á Vuestra Alteza.

REY.

¿En qué, si ha de hablar la espada?

DON NUÑO.

Éste es el Rey. (Aparte á Mendo.)

MENDO.

Y don Juan.

DON NUÑO.

Pues si él viene á ver á Blanca,
Voyme, porque den lugar
Mis celos á su esperanza.

Vanse D. Nuño y Mendo.

BRITO.

Él se fué, y anduvo bien;
Que si no, Brito le ensarta
Como cuenta y sin perdones.

REY.

¿Eres valiente?

BRITO.

¡Oh, qué gracia!
¡Llevando al Rey en el cuerpo!

REY.

Que huyese el hombre me espanta,
No sabiendo que era yo.

DON JUAN.

Como el olor del león basta
Para que las fieras huyan
Del monte por donde pasa,
Así dan también los reyes,
Con lo divino del ámbar,
Un respeto no entendido.
Pero, señor, ¿cómo bajas
Al muro de los jardines?
Que por aquí no hay ventanas.

REY.

Aquí hay una puerta antigua,
Que tienen siempre cerrada
Los linteles de jazmines
Y de rosales las jambas.
Ésta me ha de abrir, don Juan,
Á media noche esta dama.
¿Serán ya las doce?

DON JUAN.

¡Ay, cielos! (Aparte.)

REY.

¿Qué dices?

DON JUAN.

Que serán dadas.
Y ¡cómo si lo serán, (Aparte.)
Pues que las dan en el alma!

REY.

Retírate allí. Yo llamo.

BRITO.

Señor, á la puerta llama (Aparte á su amo.)
El Rey.

DON JUAN.

Calla, que estoy muerto.

Julia, abriendo la puerta del jardín.

JULIA.

Ya estaba desesperada
De aguardar entre esas fuentes
Mi señora doña Blanca.
Díjome que te escondiese,
Señor, en estas retamas,
En tanto que con secreto
De Leonor se aseguraba.
Entra, y cerraré.

REY.

Bien puedes.

Éntranse los dos.

DON JUAN.

¿Entró?

BRITO.

Pues ¿eso dudabas,
Estando la puerta abierta?

DON JUAN.

¡Cosa prodigiosa!

BRITO.

¡Extraña!

DON JUAN.

¡Blanca al Rey la puerta abrió,
Que para mí concertaba!

BRITO.

Una vez los atenienses
Á Leontíquidas llamaban

Para que viese un [illegible],
Y [illegible] que un áspid est[illegible]
[illegible] una llave
De un templo; y dijo en voz alta:
«[illegible]
[illegible] hallara
Revuelta al áspid; que el [illegible]
[illegible]
[illegible] el Rey éntre, si le abrieron,
Y [illegible] Blanca
Entre sus brazos, no es cosa,
Don Juan, prodigiosa y rara,
[illegible]
Luego sin causa te espantas.

[illegible]

¡Oh, maldito historia[illegible]
¡Vive el cielo, que te haga
[illegible]
[illegible] que me [illegible]tal
[illegible] sólo te perdono
Porque al áspid la comparas.
[illegible]ellas, que veis obscura
[illegible],
[illegible]is con la noche
[illegible]
[illegible]alaciones, huid;
Bajad, fulgurantes llamas,
[illegible] los montes de zafiros
A [illegible]s valles de esmeraldas.
[illegible], intempestiva sombra,
[illegible] los alientos del al[illegible].
Para que descubra el día
[illegible] hurtos de mi esperanza.
[illegible]ha de la noche, luna,
[illegible]bscura capa
Te emboza el rostro, pues dicen
Que eres vergonzosa y casta.
[illegible]y por romper la puerta!

BRITO.

Detente, señor: no hagas
[illegible]n loco desatino,
[illegible]que el Rey tome venganza.

[illegible]

[illegible]niense del infierno,
¡Tú me estorbas!

[illegible]

Sufre y calla;
Que quien al poder se opone,
Su misma espada le mata.
[illegible]er temerario
Un hombre; es necia arrogancia,
Como los perros, que, vien[illegible]
La luna creciente, ladran.

[illegible]

[illegible]
Hasta que le llame el alba,
Pasando imaginaciones
[illegible] que con Blanca pasa?
[illegible] no.

BRITO.

Dices muy bien:
Y así, es mejor que te vayas,
Aunque se queje de ti,
Pues no faltará mañana
Para tu ausencia disculpa.

DON JUAN.

Vamos, si es que menos dañan
[illegible] desdichas desde lejos,
Como en la guerra las balas.
Pero como la memoria
Siempre á la honra acompaña
Si hay agravio, poco importa
Estar lejos del que agravia.
Blanca, adiós; y diga el mundo
Que fué lástima y desgracia
Que tal mancha haya caído
En una cosa tan blanca.

ACTO TERCERO.

Doña Blanca, bizarra, y Julia.

JULIA.

Estará desesperado
En las retamas don Juan.

DOÑA BLANCA.

No puedo más, que me dan
Celos de Leonor cuidado;
Que parece que ha sabido
(Como si pudiera ser),
No viéndome recoger,
[illegible] está don Juan escondido.
¿Has vuelto á verle después
Que le abriste?

JULIA.

No, señora.

DOÑA BLANCA.

N[illegible]é si es luna ó aurora
Este resplandor que ves.

JULIA.

Lo que has esperado allá
Te hace parecer que es tarde.

DOÑA BLANCA.

Túvome Leonor cobarde;
Mas ya recogida está.
¿Vengo bien en este traje?

JULIA.

La primavera pareces
Deste jardín que floreces.

DOÑA BLANCA.

[illegible] ya no temo que baje
Leonor. Ven, Julia, quedito,
Y di que salga don Juan,
[illegible] hasta las fuentes que están
Por ese ameno distrito,

Pienso que están murmurando
De mí.

JULIA.

Voy.

Vase.

DOÑA BLANCA.

¡Oh amor, engaño
Dulce del alma, á qué extraño
Error me vas despeñando!
Quien más me puede culpar,
Que es el Rey, á don Juan quiere
Tanto, como ya se infiere
De verle con él privar.
Luego si á entender viniese
Este error, disculpa ha sido
Querer lo que él ha querido.

El Rey, embozado, y Julia.

JULIA.

Al Rey.

Hasta que el sueño no fuese
Deste secreto fiador,
No ha osado Blanca bajar
Al jardín, por no obligar
Á que la viese Leonor.
Allí está junto á la fuente;
Llegad: ¿de qué os receláis?
Ó ¿que es la ninfa pensáis
De su parlera corriente?
Que aunque es famosa escultura
De mármol, es cierta cosa
Que es más que la ninfa hermosa,
Y no es para vos tan dura.

DOÑA BLANCA.

Al Rey.

Bien venga el esposo mío,
Bien venga el mejor Mendoza
De España, el galán que goza
Mejor talle y mejor brío.
De muchas soy murmurada
Por vos, Mendoza galán;
Mas yo sé que no dirán
Que vivo mal empleada;
Que en esta elección dichosa
Quise más ser (y fué justo)
De todas, por mi buen gusto,
Envidiada, que envidiosa.
¿Cómo no habláis? ¿Por ventura
El tardarme os ha enojado?
Aun no os pensaba embozado,
Como hace la noche obscura.
Que sois mi bien es muy cierto;
Pues es cosa natural
Venir descubierto el mal,
Y siempre el bien encubierto.
Ó ¿aguardáis á que yo sea
Sumiller de la cortina
De vuestro rostro?

REY.

La indina
Mano detén: no me vea
Por ella tu ciego error,
Sino por la airada mía.

Descúbrese.

DOÑA BLANCA.

¡Jesús!

REY.

De tu alevosía
Tomó venganza mi amor.

JULIA.

¡Ay, señora, que es Su Alteza!

DOÑA BLANCA.

¡Señor! ¡Vuestra Alteza aquí!
¿Por dónde entró?

JULIA.

Yo le abrí.

DOÑA BLANCA.

De mi turbada flaqueza,
Desmayado corazón
Y débil fuerza, no puedo
Sacar más voz, que del miedo
Una breve exhalación
Al sol de su gran poder,
Injustamente ofendido.
Mujer soy, mujer he sido;
Fué propia acción de mujer.

REY.

No fué la ofensa el error
De querer un hombre así;
Sólo el despreciarme á mí
Siente, Blanca, mi valor;
Porque, teniéndote amor,
Ninguna mujer hubiera
Que más á don Juan quisiera
Que me estimo yo por mí,
Sin ser él, por lo que fuí,
Cuando lo que soy no fuera.
Por lo que yo me preciaba,
El despreciarme sentía,
Porque para mí tenía
Que, sin ser quien soy, bastaba.
Galán, y no rey, te amaba;
Pues que, sobre rey, me dan
De bizarro y de galán
Título, ¿por qué razón
Fueron, Blanca, tu elección
Los méritos de don Juan?
Dirás tú que un bajo espino
Con silvestre fruto y flores
Tiene méritos mayores
Que un alto laurel divino;
Y es bárbaro desatino
Pensar que no hay fruto en él;

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] bel.
[illegible] rana
[illegible]
Y una manzana, y se fueron
[illegible] ana.
Naturaleza liviana
[illegible]
[illegible] no mujer, [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Que ser rey en mí es lo menos,
[illegible]
[illegible] ulpada [illegible]
[illegible]
Mas no tengo sentimiento,
[illegible] no pasa,
[illegible]
[illegible] alma siento.

[illegible]

[illegible]
Y culpada la merezco,
[illegible] entura quedaréis
[illegible] cho.
[illegible]
[illegible] alán caballero
[illegible] gal, sin [illegible]
[illegible] ecimientos.
[illegible]
[illegible]
[illegible] el vulgo,
Que no porque sois su dueño.
[illegible] rales manos
[illegible] s han puesto
[illegible] Alejandros,
[illegible] romano, otro griego.
[illegible] valiente con los moros,
Y á lanzadas habéis muerto
[illegible]
Tan animoso y tan diestro,
[illegible] is con la espada blanca
[illegible] encubriendo)
[illegible]
Que dicen que os conocieron
[illegible] ncubrir [illegible]
Danzáis, cantáis, hacéis versos,
[illegible] nor,
[illegible] nacimiento
[illegible]
[illegible] enios:
[illegible] r vuestra vida misma,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] rey y soy vasalla,
[illegible] rto mi pensamiento
[illegible] locura, juzgando
Que amaros, y no quereros,
Era mejor, y emprender
[illegible] mi honor mi casamiento.
Confesada esta verdad,
Veréis que no os tuve en menos,
Sino que mi honor ha sido
[illegible];
[illegible] muchas cosas que el gusto
Tierno apetece, soberbio
Las desbarata el amor;
[illegible] uno es mozo y otro es viejo.
Y es cosa injusta, señor,
[illegible] tal padre y tales deudos,
Que se pierda en vuestros brazos,
Y que mañana, viniendo
Vuestra esposa de Aragón,
Queden afrentados ellos,
Y yo sin honra y sin vos.
Mirad, pues, prudente y cuerdo,
Si fuera buena elección
Ganaros para perderos.
[illegible]
[illegible] la puerta os haya abierto
[illegible] ngaño esta criada,
[illegible] de haber remedio
Contra la noche y la fuerza
De un poderoso de[illegible]
([illegible] es decir ¡aquí del Rey!
Es acercaros al pecho),
Pague mi honor mi locura
Y vengue un yerro otro yerro;
Que haber para desdichados
Muerte, fué piedad del cielo.

Llora.

REY.

¡Oh lágrimas de mujer,
[illegible] ra sorda sin truenos,
Artillería con agua,
Que no con balas de fu[illegible]
En fin, Blanca, ¿más galán
Que el Mendoza te parezco
Sin lo de rey?

[illegible]

Sí, señor.

[illegible]

[illegible] e soy mejor caballero
En todas acciones [illegible]

[illegible] BLANCA.

Sí, señor.

REY.

¿Y que si quiero,
Puedo á mi fuerza rendirte?

[illegible] BLANCA.

Sí, señor.

REY.

Pues si yo excedo
En todo al galán Mendoza,
¿[illegible] é vencimiento, qué reino

Como ser rey de mí mismo?
Blanca, adiós; adiós, deseos.
Blanca se da por vencida,
Y yo me doy por contento.

Vase.

DOÑA BLANCA.
¿Hay tan grande bizarría?
JULIA.
No ha salido por la puerta.
DOÑA BLANCA.
Arriba sube.
JULIA.
¿Si abierta
Estará la galería?
DOÑA BLANCA.
No importa, que él tiene llave.
JULIA.
Gente viene.
DOÑA BLANCA.
¡Qué temor!

Doña Leonor.

DOÑA LEONOR.
No temáis.
DOÑA BLANCA.
¿Quién es?
DOÑA LEONOR.
Leonor.
DOÑA BLANCA.
Parezco en las ondas nave
Del mar de mi pensamiento,
Y tú el viento que la impeles.
DOÑA LEONOR.
Ya, Blanca, no te receles
De las ondas ni del viento.
Tan segura es bien que vaya
Llena de esperanzas tuyas,
Que ya las áncoras suyas
Muerden la arena á la playa.
De verte inquieta lo estuve;
Bajé al jardín (que no hay ley
En celos), y vi que el Rey,
De hablarte, á su cuarto sube.
Desde la escalera vi
Contigo un hombre, y pensé
Que era don Juan.
DOÑA BLANCA.
El Rey fué.
DOÑA LEONOR.
Puesto que al Rey conocí,
«¿Quién es?», le dije turbada;
Y él, despegando la voz
Al pecho, pasó veloz,
Como en siesta sosegada
Manso viento por jardines,
Que las alas transparentes
Viste entre cuadros y fuentes
Del ámbar de los jazmines:
De que tan contenta estoy,
Por asegurar mis celos,
Que á ti, al amor, á los cielos,
Gracias y alabanzas doy.
Quiero ser de aquí adelante
Tu amiga con tal verdad,
Que junte nuestra amistad
Lazo de eterno diamante.
Prosiga, pues, la bonanza
De un desengaño tan cierto,
Mi navegación al puerto
Del cabo de mi esperanza.
Llamaré á don Juan, si en ti
Alguna tuvo algún día,
Diciéndole, Blanca mía,
Que con Su Alteza te vi;
Con que el quererme y llamarme
Suya, por tan cierto tengo,
Que á darme contigo vengo
El parabién de casarme.
¿En qué estás tan divertida?
DOÑA BLANCA.
Cuando del clima oriental,
Á vista de Portugal,
Nave se vió sumergida,
Y aligerando la hacienda,
La hambrienta boca le tapa
Al mar con ella, y escapa,
La vida sola por prenda,
El mercader; y sentado
En algún peñasco solo,
Enjuga al rayo de Apolo
La ropa que le ha quedado,
Como pájaro la pluma;
Y la sepultura advierte
Que le labraba la muerte
Entre mármoles de espuma,
Dice (y alegre contrasta
La codicia, aunque le ofenda):
«Allá quedarás, hacienda,
Que á mí la vida me basta.»
Y así yo digo al amor,
Pues libre del Rey me veo:
«Allá quedarás, deseo,
Que á mí me basta el honor.»
DOÑA LEONOR.
Espera.
DOÑA BLANCA.
No hay que esperar.

Vanse D.ª Blanca y Julia.

DOÑA LEONOR.
¿Qué quiso Blanca decir?
Mas ya, de verme reir,
El alba quiere llorar.
Troquemos las dos aquí
Efectos; pues algún día
Á estas horas se reía
De verme llorar á mí.
Flores, sus lágrimas bellas

Recibid, pues, esta risa
Que, de envidia de mi risa,
Os quiere esmaltar con ellas.
   De vuestros ojos los velos
Cubrid de aljófares, flores;
Que no es bien vestir colores
Después de muertos mis celos.
   Sirvan las perlas de luto;
Que viendo con Blanca al Rey,
Mi esperanza á toda ley
Ya no es flor, que toda es fruto.
   Ya es mío don Juan, ya vi
Desengañada mi fe.
Quise bien, sufrí, esperé:
¡Victoria, flores; vencí!

Vase.

Don Juan y Brito.

DON JUAN.
   ¿De qué sirve consolarme?
Déjame, Brito; ¿qué quieres?
BRITO.
Advierte.....
DON JUAN.
¡Qué necio eres!
Pues no me dejas matarme.
BRITO.
   Señor, si vieras mudar
Los polos, ejes del cielo,
Venir su máquina al suelo,
Ó cubrir al mundo el mar;
   Si vieras pasar un monte
Desde Portugal á Roma,
Ó que sobre una maroma
Danzaba un rinoceronte;
   Si vieras merecimientos
Premiados, y la virtud
Sin envidia, y en quietud
Inmortal los elementos;
   Si vieras que se alcanzó,
Sin favor, dichoso estado;
Si vieras hombre estimado
De la patria en que nació
   (Porque tan poco los honra,
Ejemplo la tuya y mía,
Que dijo Dios que no había
Profeta en ella con honra),
   Fuera justa admiración;
Mas que la tengas de ver
Que se mude una mujer
Por natural condición,
   Es cosa para admirar.
DON JUAN.
¿Cómo no, siendo discreta?
BRITO.
Viendo poner la veleta
A una torre de un lugar
   Un sabio que estaba atento,
La causa les preguntó,
Y el maestro respondió:
«Para conocer el viento.»
   Y él dijo: «Ya que en la torre
Veleta habéis menester,
Con poner una mujer
Sabréis el viento que corre.»
DON JUAN.
   Conozco, Brito, mi engaño;
Pero en tanta obligación
De nobleza y discreción,
¿Quién vió tan vil desengaño?
   ¿No es ángel Blanca?
BRITO.
Sí es.
DON JUAN.
Pues ¿cómo al viento la igualas?
BRITO.
Nunca yo le vi las alas,
Y muchas veces los pies.
   Pero, señor, si en el cielo
Un ángel que Dios crió,
Tan ingrato le salió,
Que dió con él en el suelo,
   Y era un espíritu alado,
No ha hecho contigo exceso
Un ángel de carne y hueso,
Con moño y con verdugado.
   Trata de vengarte della,
Y no seas necio, señor,
Pues que te adora Leonor,
No menos discreta y bella;
   Que si toda enfermedad
Con los contrarios se cura,
Amor no, que es más segura
Voluntad con voluntad.
   Si allá el frío con calor,
Y al calor le cura el frío,
Aquí (y la experiencia fío)
Se cura amor con amor;
   Que ¡vive Dios! que el dejar
Caer el guante fué enredo
Para conocerte el miedo,
Y que te quiso probar.
DON JUAN.
   Ésta, ¿no es Leonor?
BRITO.
La misma
Porque en viéndote, señor,
No hay pájaro que del nido
Salga más alegre al sol.

Doña Leonor.

DOÑA LEONOR.
¡Tan de mañana en palacio,
Galán Mendoza!
DON JUAN.
Si vos
Sois mi sol, y habéis salido,
No es mucho que salga yo.
DOÑA LEONOR.
Si yo lo fuera, por veros

Fuera la noche menor,
Anticipando la luz,
Y al tiempo el curso veloz,
Aunque se agraviara el Rey,
Que con Blanca la pasó
En el jardín sin testigos.

DON JUAN.

No le envidiara mi amor
Si yo con vos la pasara.

DOÑA LEONOR.

No lo creo.

DON JUAN.

¿Por qué no?

DOÑA LEONOR.

Porque tenéis en Castilla
Empeñado el corazón,
Donde *vi llena* vuestra alma
De esperanza y de favor.

DON JUAN.

Que no hay Villena, señora;
Que todo ha sido invención
Nacida de un necio engaño.
Vos sois mi verdad, vos sois
Mi pensamiento y el alma,
De mis sentidos acción,
Desde aquel guante que, necia,
Blanca, en la leonera echó
Para aventurar mi vida.

Doña Blanca, que se queda oculta escuchando.

DOÑA BLANCA.

¡Qué buena conversación! (Aparte.)

BRITO.

Pégale agora de tajo, (Aparte á su amo.)
Don Juan; que del corredor
Bajó Blanca, y os escucha;
Que de agravios sin razón,
Un cintarazo de celos
Es la receta mejor.

DOÑA BLANCA.

Extrañas son mis desdichas. (Aparte.)
¿A qué mujer sucedió
Que esperando lo que amaba
Con secreto y sin temor,
Se hallase casi en los brazos
Lo que nunca imaginó,
Y viese en otros su gusto?
¡Qué desprecio, qué traición!

DOÑA LEONOR.

En efecto: ¿al Rey diré
Que sois mío?

DON JUAN.

Vuestro soy.

BRITO.

Pégala, que está perdida. (Ap. á su amo.)

DOÑA LEONOR.

Y ¿no sois de Blanca?

DON JUAN.

No.

DOÑA BLANCA.

No, dijo; bien lo merece (Aparte.)
Mi desdicha, que no yo.
¿No sois de Blanca, Mendoza,
Y sois de Leonor? ¡Ay, Dios!
Si esto una mujer dijera,
¿Qué dijeran de su honor?
Siempre se quejan los hombres,
Y ellos los traidores son.
Finalmente, de casarse
Están tratando los dos.
¿Qué prueba de sufrimiento
Vieron los cielos mayor?
Leonor, la Infanta te llama.

DOÑA LEONOR.

¿Muy aprisa?

DOÑA BLANCA.

Mucho.

DOÑA LEONOR.

Adiós,
Gallardo Mendoza.

DON JUAN.

El cielo
Os guarde, hermosa Leonor.

Vase Leonor.

DOÑA BLANCA.

¡Hermosa Leonor, don Juan!

DON JUAN.

Siempre á mí me lo parece.

DOÑA BLANCA.

¡Qué bien tu infamia merece
Los favores que te dan!
¡Qué buen amante y galán!
¿Cuándo se vió caballero
Que de galán á tercero
Pasase tan bajamente?
Pues nunca el más insolente
Llegó á más que lisonjero.
Para decir á Su Alteza
Por dónde había de entrar,
¡Lo vienes á consultar
Conmigo con tal bajeza!
¡Qué buen aire de nobleza!
¡Qué fidalgo tan galante,
Que quiso quitar un guante
Á dos leones por fama,
Y agora pone á su dama
En los brazos de otro amante!
¡Esta sí que es valentía!
Porque á fe, que es menester
Para dar una mujer
Gran valor, grande osadía.
Del león no se diría
Á lo menos tal resabio,
Injuria de hombre tan sabio;
Pues, aunque animal, le abona
Despedazar la leona
Con el olor del agravio.
Engañoso el cazador,

[illegible],
Y no lejos el reclamo
Del pajarillo [illegible].
[illegible]
Que junto al jardín cantaba,
[illegible] liga armaba
Cuando inocente le abriese,
[illegible]
[illegible]
Mas no lo sufriendo el cielo,
Á quien la inocencia obliga,
[illegible]
Juntos vinieron al suelo.
Ahora tu falso celo,
[illegible]
Vuelve á la hermosa Leonor,
[illegible] león de aquel guante,
Cobarde como arrogante,
É infame como traidor.

DON JUAN.

Paso, Blanca, que no he sido
Cobarde, traidor ni infame,
No dije lo del jardín
Al Rey; que tú, loca y fácil,
Hiciste que me trajese
Consigo para guardarle,
Porque viéndole contigo
Pudiese desengañarme.
Él me trajo hasta la puerta;
Tú le abriste y me obligaste
Á que hiciera un desatino,
Á no estar Brito delante;
Que á quien no matan afrentas,
No hay espada que le mate.
Y por no pasar de aquí.....

DOÑA BLANCA.

Pues no pases adelante;
Que si te viese, don Juan,
Llorar siglos inmortales
La quinta esencia del alma,
No dudes que las llamase
Lágrimas de cocodrilo.
Y si te viese en dos partes
Dividir el pecho, y viese
De tu corazón mudable
Los pensamientos escritos,
Era imposible obligarme
Á creer que no dijiste
Á tu Rey, fidalgo infame,
Que viniese por la puerta
Del jardín para forzarme:
Lo que no se ejecutó
Porque, en fin, defensas tales
Están á cargo del cielo,
Y el cielo supo librarme.
Pero el testigo mayor
De toda excepción no trae
Menos prueba que los ojos:
Mira si es prueba bastante.
Con ella te vi tratar,
Traidor don Juan, de casarte,
Llamarla «hermosa Leonor»,
Y en el *Leonor* regalarte;
Que cuando la voz del nombre
Se detiene en los finales,
Dando en el alma los ecos,
Se derriten los amantes.
Hoy pidió licencia al Rey:
Casa tengo y tengo padre;
Nuño de Andrada me quiere:
Con Nuño quiero casarme.
Éste sí que es hombre firme,
No lisonjero cobarde;
No sirve al Rey con su dama,
Sino con oficios graves.
Voyme, aprendiendo de ti,
Siendo firme, á ser mudable:
Siendo prudente, á ser loca;
Siendo cera, á ser diamante;
Siendo humilde, á ser soberbia;
Siendo imposible, á ser fácil;
Siendo tuya, á ser ajena,
Y, finalmente, inconstante,
Ser hoy Andrada, si ayer
Fuí Mendoza por amarte.
Ni me mires ni me nombres,
Que sólo para matarte
Quisiera ser basilisco;
Pero no para mirarte.

DON JUAN.

¡Señora!

BRITO.

¡Señora!

DOÑA BLANCA.

¡Fuera!

Vase.

DON JUAN.

¡Qué furia!

BRITO.

Sin arrojarme,
Imita con los corderos
Los piadosos elefantes,
Que al pasar, por no pisarlos,
Rodean por otra parte.

DON JUAN.

¡Vive Dios, que he sospechado
Que está inocente!

BRITO.

Bien haces.

DON JUAN.

Milagro fué detenerme,
En satisfacciones tales,
De no abrazarla mil veces.

BRITO.

¡Qué presto!..... ¡Ah, necios amantes!
Fué á la India con antojos
Un corto de vista fraile;
Vióle un cacique de paz,
Y como le preguntase
Á un criado qué era aquello,

Le dijo: «Es señal que traen
Los grandes de Portugal.»
Y él, para ser de los grandes,
Unos le compró en mil pesos;
Pero, viendo menos que antes,
Le rogó que otros le diese,
Aunque mucho más costasen;
Y unos le vendió sin lunas:
Y, quitados los cristales,
Con los cercos solamente
Miraba por todas partes,
Diciendo: «Con éstos veo»,
Sin reparar, ignorante,
Que vía, sin los antojos,
Con los ojos naturales.
Tú, señor, indio de amor,
Los antojos le compraste
De los celos, con que ciego
Viste sombras por verdades;
Y agora que las dos lunas
Blanca ha venido á quitarte,
Lo que ves con propios ojos
Quieres que antojos se llame.
Por mí, compra con tu honor
Tu agravio.

DON JUAN.

¿Piensas que cae
Esta afrenta en algún loco?

BRITO.

Pues escúchame.

DON JUAN.

El Rey sale.

Vase Brito.

El Rey.

REY.

¡Qué bueno sois para guardar un puesto,
Mendoza amigo, pues salí al instante
Para buscaros, y érades transpuesto!
¿Más que un amigo rey os debe un guante?

DON JUAN.

Llegó con gente algún traidor, dispuesto
Á matarme, señor, tan arrogante,
Que fué forzoso, por no ser oído,
Retirarme de vos sin ser vencido.
Volví después, y os esperé animoso
Hasta que vino á matizar la aurora
Con pie de nieve y paso presuroso
El campo de los cielos y el de Flora.

REY.

Yo, ¿no os dije, don Juan, que era forzoso
Seguir al valimiento la traidora
Envidia, y que á quien yo más bien quería,
Más lejos de mis cosas le tenía?

DON JUAN.

Señor, por fuerza soy vuestro valido:
Con tanta claridad, si nos quejamos
De disfavor ó agravio recibido,
Los portugueses con el Rey hablamos.
Pero ¿cómo, señor, favorecido
De la noche, entre fuentes, flores, ramos,
Dejastes esa dama, que tan presto
Salistes á buscarme al mismo puesto?

REY.

Porque (para deciros como amigo,
Mendoza, la verdad) este concierto
Hizo con quien amaba, y no conmigo:
Y así, fué todo mi suceso incierto.
Turbóse en viendo que quien soy le digo;
Mas, conociendo ya su desconcierto,
Tales cosas me dijo, que podía
Vencer, como su amor, su cortesía.
Yo entonces, por ganar la eterna fama
Que tan alta virtud me prometía,
Cual pájaro veloz de rama en rama,
Antes de amanecer buscaba el día.
Húyole el rostro, aunque el amor me llama,
Que el deleite delante me ponía;
Y como tiene el alma luces puras,
Topé con la virtud andando á obscuras.
Trabaron el valor y el apetito
Guerra campal al pie de unos laureles,
Cuando ser Alejandro solicito
Y dar materia á plumas y á pinceles.
Ya, pues, que la licencia le permito,
Con tales azucenas y claveles
Me la pintaba amor, que en ciego abismo
Topaba con la sombra de mí mismo.
Así las ondas de la mar rompidas,
En la arenosa playa dilatadas,
Vuelven atrás, y de otras recibidas,
Tornan á la ribera acrecentadas;
Ya estaban en sus brazos repetidas
Las ansias de mi pecho enamoradas,
Y ya volviendo atrás se deshacían,
Pues mientras más llegaban, más volvían.
Al fin yo me vencí, é hice, Mendoza,
Lo que en España Escipïón, dejando
Libre la dama, que el honor que goza,
Con lágrimas estaba celebrando.
La luna, que en su cándida carroza
Mi casta acción estaba contemplando,
Apriesa retiró su lumbre pura,
Porque no me incitase su hermosura.

DON JUAN.

Ha sido tan gran victoria,
Lusitano Escipïón,
Que obscurecéis su blasón
Y de Alejandro la gloria;
Pero referir la historia
Y callar el apellido
De la dama, agravio ha sido
De la merced que me hacéis.

REY.

Vos, Mendoza, le sabréis;
Que yo le he puesto en olvido.

DON JUAN.

Si es quien yo pienso, y supiera
El vuestro mi loco amor,
Bien cierto estaréis, señor,

Que [illegible] compitiera,
Mas [illegible] que os quiera,
Si vos queréis.

REY.

No, don Juan:
Bien empleadas están
Las gracias de Blanca en vos.

DON JUAN.

Ya no puede ser, ¡por Dios!

REY.

Pues ¿qué recelos os dan?

DON JUAN.

¿No son muy justos recelos
Concertar que en el jardín
La viese, y ser vos, en fin,
Dueño de tan altos celos?

REY.

Eso no os cause desvelos;
Que si yo pude atreverme,
Pues que os escuché sin verme;
Pero no pude vengarme;
Que supo Blanca obligarme,
Y vos, Mendoza, vencerme.
Volved á hablarla.

DON JUAN.

Señor,
Ya no puede ser.

REY.

¿Por qué?

DON JUAN.

Porque denantes la hablé
Con más libertad que amor,
[illegible] es que vuestro favor
La desempeñe primero.

REY.

Mirad que sois caballero:
Volved, don Juan, por mi fama.
Basta dejaros la dama;
No me hagáis vuestro tercero.

DON JUAN.

Eso que hicistes por vos,
En vuestra gloria resulta;
Lo que mi amor os consulta,
Eso nos toca á los dos.

REY.

Yo la hablaré; mas, ¡por Dios,
Que aunque sean los rigores
De Blanca buenos fiadores,
Que no es discreto primor
Hacer al competidor
Tercero de los amores!

DON JUAN.

La fianza, gran señor,
En vuestro valor está,
Si de Blanca vistes ya
Las lágrimas y el honor;
Y seréis vos con mi amor
(Que es honra de los pinceles)
Alejandro con Apeles,
Y Blanca será Campaspe,
Ocupando bronce y jaspe
Vuestros divinos laureles.

Vase.

Doña Blanca.

DOÑA BLANCA.

Aunque con algún temor,
Pero no sin confianza,
Mas que en mi propia esperanza,
En vuestro invicto valor,
Os vengo á pedir, señor,
Una merced.

REY.

No habrá cosa
Á mi amor dificultosa,
Ni pienso que á mi poder,
Como no viniese á ser
Imposible, Blanca hermosa;
Que no creo que presumas
Pedir estrellas del cielo,
Ni el fénix único al suelo,
Que nace y muere en sus plumas;
Mas si innumerables sumas
De oro y diamantes pidieres,
Haz cuenta que dueña eres
De cuantos engendra el sol,
Porque es blasón español
Saber honrar las mujeres.
¿Qué quieres, Blanca?

DOÑA BLANCA.

Licencia
Para volverme á mi casa;
Que mi viejo padre pasa
Con mucha pena mi ausencia.

REY.

¿Es temor de mi presencia?

DOÑA BLANCA.

¿Cómo puede ser temor,
Habiendo visto, señor,
Que sois de vos mismo rey,
Que es la más obscura ley
De las que tiene el valor?

REY.

¿Qué causa, Blanca, te obliga
Á hacer tan nueva mudanza?

DOÑA BLANCA.

Mudar, señor, de esperanza;
Pues esto basta que os diga.

REY.

¿Son celos de alguna amiga?

DOÑA BLANCA.

No, señor, que son agravios.

REY.

Con ellos hay pocos sabios.
Perdiste, Blanca, el temor;
Que calenturas de amor
Presto salen á los labios.
Ahora bien, licencia doy,
Porque negarte no es justo

Cosa que sea tu gusto.

DOÑA BLANCA.

Si no lo juras, estoy
Dudosa.

REY.

Á fe de quien soy.

DOÑA BLANCA.

Basta: tu palabra es
Infalible.

REY.

Parte, pues,
Á disponer tu partida;
Mas venme á ver, por tu vida,
Primero.

DOÑA BLANCA.

Beso tus pies.

Vase.

Don Nuño.

DON NUÑO.

Ya, señor, está dispuesta
De la manera que mandas
La partida de Aragón.

REY.

Conozco, Nuño de Andrada,
El amor con que servís;
Y pues es tiempo que vayan
Á Aragón por Isabel,
Vos seréis desta jornada
El dueño, como es razón.
Mirad si queréis que os haga
Alguna merced primero.

DON NUÑO.

La mayor de mi esperanza,
Y más fácil para vos.

REY.

¿Cómo?

DON NUÑO.

Que me deis á Blanca,
Con que me doy por pagado
De cuanto en consejos y armas
Á mis mayores debéis.

REY.

Agora, Don Nuño, acaba
De pedirme que le diese
Licencia de irse á su casa:
De forma que ya no corre
Por cuenta mía el casarla,
Sino de su padre, á quien,
Si la pedís, cosa es clara
Que se ha de honrar de teneros
Por yerno.

DON NUÑO.

Yo voy á hablarla.

REY.

Y yo la hablaré también
Antes que Blanca se parta.

Vase D. Nuño.

Doña Leonor.

DOÑA LEONOR.

Fuése Nuño. Solo está. (Aparte.)
Aunque la lengua embaraza
El tratar una mujer
Cosas que terceros tratan,
Vengo, señor, á pediros
Favorezcáis una causa
Piadosa.

REY.

¿Cómo, Leonor?
Que tengo muy obligada
La mía á vuestra persona.

DOÑA LEONOR.

Don Juan de Mendoza aguarda
Sólo que le deis licencia,
Y que os la pida me manda
Para casarnos los dos.

REY.

¡Don Juan! Mira que te engañas.

DOÑA LEONOR.

No engaño, señor, ni yo,
Cuando no me lo mandara,
Fuera tan loca en querer
Solicitar vuestra gracia;
Que fuera tenerme en poco.

REY.

Pues, Leonor, luego le llama,
Y si él dice que te quiere,
Una y mil veces te casa.

DOÑA LEONOR.

Beso tus pies. Por él voy.

Vase.

REY.

¿Qué invenciones, qué mudanzas
Son éstas? Basta; que hoy
Soy el que casa y descasa.

Brito.

BRITO.

¡Aquí está Su Alteza!

REY.

¿Es Brito?

BRITO.

Sí, señor.

REY.

Tú sólo faltas.
¿Vienes á casarte acaso?

BRITO.

Cuando tú me aseguraras
Dos cosas, pudiera ser,
Porque son muy necesarias.

REY.

Y ¿son?.....

BRITO.

Que yo fuera sordo,
Que es de notable importancia,

Y mi mujer fuera nada.

REY.

Pues [illegible] entrambas,
Tu [illegible] oir,
Y [illegible] se cansa.

BRITO.

Tengo un vecino, señor,
Que es atambor de tu guarda,
Y [illegible] su mujer,
Toca á rebato la caja.
Pero como [illegible] un día
Que la caja no bastaba,
Hízola con los palotes
Caja, y calló tres semanas.

REY.

Ahora bien: ¿á qué venías?

BRITO.

Á una cosa bien extraña.
Del anillo que me diste,
Dicen que es la piedra falsa.

REY.

¿Tiénesla ahí?

BRITO.

Sí, señor.

REY.

Muestra. En mí no es de importancia
Que sea falsa ó sea fina;
Que estar en mi mano basta.

BRITO.

Luego ¿quédaste con ella?

REY.

Sí, necio, porque te engañan.
Hoy te darán el dinero.

BRITO.

Yo le tomaré mañana.

Don Juan.

DON JUAN.

Para trocar los sucesos
El amor á la esperanza,
Siempre en venturas comienza
Y en desventuras acaba.
¡Qué bien me favoreciste,
Gran señor, con doña Blanca,
Pues que le has dado licencia
Para volverse á su casa!
Ella y su padre don Pedro
De Ataide, sólo aguardan
Besar tu mano, y partirse.
Don Nuño los acompaña,
Que es tu privado de veras;
Que á mí, como me tratabas
De burlas, porque él la goce,
Quisiste burlarme el alma.

REY.

¿Adónde están?

DON JUAN.

Juntos vienen
Quien me estima y quien me agravia.

Don Pedro, D.ª Blanca, D.ª Leonor, D. Nuño y criados.

DON PEDRO.

No por mercedes, señor,
Del servicio de la Infanta,
Sino á besarte la mano,
Viene Blanca, y de mis canas
Fía su remedio ya.

REY.

Don Pedro, de que se vaya
Blanca, no es la culpa mía.

DON PEDRO.

Ya, señor, Nuño de Andrada
Me la pide: dad licencia,
Que con él quiero casarla.

REY.

No es justo que de Palacio
Sin premio, don Pedro, salgas.
Luego que faltó la Orden
De los Templarios á España,
La de Cristo instituí
Para suplir tan gran falta,
De quien os hago maestre.
Y por cumplir la palabra
Que he dado á Blanca (y es justo)
De que se vaya á su casa,
Y la de toda mujer
La del marido se llama,
Dadle la mano, don Juan,
Y á vuestra casa llevadla,
Pues que vos sois su marido,
Con que sale mi palabra
De su empeño, pues la di
De que se fuese á su casa.

DOÑA LEONOR.

¿Y la que me diste á mí?

REY.

Fué si don Juan confirmaba
Lo que me dijiste.

DON JUAN.

Yo
No pude partir el alma,
Como Leonor merecía.

DOÑA LEONOR.

Y está muy bien empleada.

DOÑA BLANCA.

Favor es, Leonor discreta.

DOÑA LEONOR.

En faltando la esperanza,
Celos se vuelven favores.

REY.

Leonor con don Nuño parta
Por mi Isabel á Aragón.

DOÑA LEONOR.

¡Yo, señor! ¿Cómo?

REY.

Casada.

DON NUÑO.

Yo lo tengo á gran merced.

BRITO.

Y Brito, ¿nació en las malvas?
Pero no quiero mujer
De tu mano.

REY.

¿Por qué causa?

BRITO.

Porque pienso que has de darme
Piedras y mujeres falsas.
Dame otra cosa, señor.

REY.

Aquí la comedia acaba

BRITO.

¿Sin darme nada?

REY.

Al senado
Pide perdón.

BRITO.

Eso basta.

DOÑA BLANCA.

Y yo limosna por él
Á caballeros y damas,
Tomando para pedirle
El guante de doña Blanca.

LA FORTUNA MERECIDA

COMEDIA FAMOSA

DE

LA FORTUNA MERECIDA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Álvaro Núñez.
Gonzalo, *lacayo*.
Lucía, *criada*.
Doña Juana.
Don Juan, hijo del infante D. Manuel.
Don Nuño, su primo.
El rey Alfonso.
El Conde de Lemos.
Gente que acompaña.
Leonardo, *viejo*.
Un soldado de la guarda.
Sancho Núñez.
Don Tello.
Un secretario.
Don Gutierre.
La infanta D.ª Leonor.
Doña Isabel de Vivero.
Don Félix.
Don Tristán.
El Almirante.

ACTO PRIMERO.

Salen, de camino, Álvaro Núñez de Sarria, y Gonzalo, lacayo.

ÁLVARO.
¿Qué te parece la villa?

GONZALO.
Que es digna de ser ciudad
Y es octava maravilla;
El refrán dice verdad:
Valladolid, en Castilla.
Salidas tiene excelentes.

ÁLVARO.
Las entradas fuesen tales.

GONZALO.
Ya lo serán cuando intentes
Servir con prendas iguales
Príncipes tan excelentes (1).

ÁLVARO.
¿Si se acordará de mí
El Conde mi señor?

GONZALO.
Sí.
Pues ayer fuistes su paje.

ÁLVARO.
Cuando su memoria baje,
Gonzalo, á pensar en mí,
Te certifico que soy
Su deudo.

GONZALO.
Ya lo sé bien.

ÁLVARO.
Mi padre es pobre.

GONZALO.
Ya estoy
En tus intentos también.

ÁLVARO.
Á servir al Conde voy;
Cartas llevo de su hermana,
Mi señora doña Inés.

GONZALO.
Todo imposible te allana.

---

(1) Consonante repetido.

[illegible]
detr[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
ÁLVARO.
[illegible]
Lo primero se ha de oir.
REY.
Hablaros, Conde, quería;
Presto volveré á salir.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
El Conde.
[illegible]
Buena ocasión
Para que besarle pueda
Las manos.
[illegible]
Tienes ra[illegible]
[illegible]
Larga vida te conceda
El cielo, señor.
[illegible]
¿Quién es?
[illegible]
Don Álvaro Núñez soy.
[illegible]NDE.
¡Tan gran[illegible]
[illegible]
Dame esos pies.
CONDE.
Por desconocerte estoy;
Que no te he visto después
Que en Monforte me serv[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
CON[illegible]
Verdad dijiste.
[illegible]
Todo es menguar el crecer.
[illegible]DE.
[illegible]
[illegible]
Con mi padre en el solar
De Sarria, en Valdecal[illegible]
[illegible]
¿[illegible] tienes que pleitear
En la corte?
ÁLVA[illegible]
¿No recelas

Á lo que puedo llegar,
Segundo en mi pobre casa?
Pero esta carta re[illegible],
Que te dirá lo que pa[illegible]
CONDE.
¿No viene tu padre?
ÁLVARO.
Vive
Viejo y pobre.
CONDE.
No se casa
Tu hermano mayor
ÁLVARO.
Se[illegible].
Ya mi hermano se ha casado
Con cierta doña Leonor
De Orense, hija de un letrado
Que fué allí gobernador.
CONDE.
La carta es de doña Inés,
Mi hermana.
ÁLVARO.
Por ella puedes
Hacerme merced después.
CONDE.
Entre deudos no hay mercedes:
Obligación justa es.

Mientras él lee, dice Álvaro Núñez:

ÁLVARO.
Bueno está, Gonzalo, el Conde.
GONZALO.
Bravo, si merced te hace
Y al principio el fin responde.
ÁLVARO.
De amor y de sangre nace;
Á uno y otro corresponde.
GONZALO.
No ha tenido caballero
Su casa, de más valor.
ÁLVARO.
Mostróme aquel mismo amor
Que allá me tuvo primero.
En efecto, me ha criado.
CONDE.
Yo he leído, y para ti,
Álvaro, fuera excusado
Este favor, porque fuí
Á tu virtud inclinado,
Desde que en mi casa entraste;
Y pues que ya á ser llegaste
Tan gentilhombre y tan hombre,
Servirás de gentilhombre.
ÁLVARO.
Tu hechura, señor, honraste.

[illegible] el mayordomo del Conde.

CONDE.
Leonardo.

MAYORDOMO.
Señor.....
CONDE.
Oid:
A Álvaro Núñez tratad
Tan bien, que Valladolid
Conozca mi voluntad;
Y que es mi deudo advertid,
Porque su padre es señor
Del solar de Sarria, y hombre
De igual virtud y valor.
ÁLVARO.
En hacerme gentilhombre,
Hombre me has hecho, en rigor.
MAYORDOMO.
Yo tendré tanto cuidado
Cuanto es razón.
CONDE.
Al criado
Y á él aposentaréis
En vuestra casa, y tendréis
Siempre á vuestra mesa y lado.
MAYORDOMO.
Él te informará de mí;
Venga el criado conmigo,
Sabrá la casa; que fuí
De su padre grande amigo.
ÁLVARO.
Para serviros nací.
MAYORDOMO.
En mis brazos á lo menos;
Y espero que ser mostréis
Hijo de padres tan buenos.
ÁLVARO.
El Conde es sol, vos veréis
Que no son hijos ajenos;
Ven, Gonzalo, y vuelve aquí
Luego que lleves la ropa.
GONZALO.
Si el fin nos sucede así,
La fortuna corre en popa.

Váyanse Gonzalo y el mayordomo.

ÁLVARO.
Tu parte te alcanza á ti.
CONDE.
Álvaro.....
ÁLVARO.
Señor.....
CONDE.
Mi pecho
Y mi casa siempre están
Abiertos á tu provecho.
ÁLVARO.
Cuantos deseos podrán
De quien estoy satisfecho,
En mi servicio verás.
CONDE.
Álvaro, tú mostrarás
La virtud de tus mayores.
ÁLVARO.
Y tú, aquellos resplandores
Del sol que mirando estás.
CONDE.
Yo te estimo por pariente.
ÁLVARO.
Yo me estimo por hechura
De mano tan excelente;
Que no quiero más ventura
De que tu luz me sustente.
CONDE.
El Rey me mandó aguardar;
Vete, que me quiere hablar.
ÁLVARO.
Desde este día, señor,
Doy principio á mi valor.
CONDE.
Mucho te pienso ayudar.

Váyase el Conde, y quede D. Álvaro solo.

ÁLVARO.
No suele el temeroso navegante
Que la primera vez entró sediento
De la extranjera plata, entrar contento
En el mar peligroso é inconstante,
Prometerse bonanza semejante
Al siempre familiar recibimiento,
Y á pocos días, reforzado el viento,
Temerle hasta los cielos arrogante,
Como el recién venido cortesano,
De la corte en el piélago profundo,
Entra en la nave del servir tirano,
Pues al primer peligro y al segundo
Dan la lisonja y ambición la mano,
Scila y Caribdis del poder del mundo.

Váyanse, y salgan Leonardo, mayordomo, y Gonzalo, con unas maletas.

LEONARDO.
Aquí tendréis aposento,
No como vuestro señor
Le merece, y el valor
De su ilustre nacimiento;
Mas como en corte, que son
Estrechos y sin lugar,
Porque para descansar,
Pocos ó ninguno son.
GONZALO.
Ya que para estar ocioso
Le falte lugar al gusto,
Al descanso fuera justo
Ser más capaz y anchuroso.
No sé cómo vivir pueden
En tan estrechas posadas.
LEONARDO.
Aun éstas son extremadas.
GONZALO.
Poco de la cuna exceden
En que, niños, estuvimos.

[illegible]RDO.
[illegible],
[illegible]n malicia,
[illegible]
Todo os parece estrecheza.
[illegible]
Allá, un pobre labrador
[illegible]
[illegible]quí la mayor riqueza.
[illegible]
[illegible]
Aquí puedes esperar
[illegible]or.
[illegible]
[illegible] hay lugar,
[illegible]
Cuando topo en las paredes.
LEONARDO.
Esto, por agora es
Lo que os basta; que después
El Conde os hará merced[illegible]

Váyase el mayordomo.

[illegible]ALO.
Obscuro laberinto, caos confuso,
Adonde tanto la razón se enreda,
[illegible] no hay hilo é industria con que pueda
Salir á luz, por muchos que en vos puso.
Ningún discreto, y con salud excuso,
[illegible]r engaño en vuestra cárcel qu[illegible]
Esperando subir por una rueda
[illegible] sólo enloquecer tiene por uso.
¿Qué cosa dió Naturaleza sabia,
[illegible]no la libertad al hombre importe?
Pues solamente á quien le falta, agravia.
Mejor fuera castañas de Monforte
Echaros en licor de Ribadavia,
[illegible] ser lacayo de un pelón de cort[illegible]

Sale Lucía, criada de Leonardo.

[illegible]
¿Has acomodad[illegible]
[illegible]
[illegible]
No sé,
[illegible] yo no lo esté,
Si nuestra ropa lo está.
[illegible] por dicha has ven[illegible]
[illegible]que se acomode todo
[illegible]
En su lugar conocido,
[illegible] ha enviado tu du[illegible]
[illegible]in justa precaución,
[illegible]
[illegible]
[illegible]que la r[illegible]
[illegible]modado cont[illegible]
[illegible]
[illegible]

Daréte mi ropa á ti,
Y viviremos los dos
Donde, así me guarde [illegible],
[illegible]
[illegible]
Arrojado forastero,
[illegible] el andar siempre delante
De tu señor ignorante
[illegible] adelanta á majadero;
Súbito concertador
[illegible] necias comodidades,
[illegible] acomod[illegible]
Primero que el mismo amor,
¿En qué bodegón comim[illegible]
Que conmigo te acomodas
Sin bendición y sin bodas?
¿Somos acá todos primos,
Como en Zape y Monicor[illegible]
[illegible]
Se vive al uso del Cid?
[illegible]
Ante tus aras me pongo,
Imagen de castidad,
Pidiendo humilde perdón,
Si basta la devoción
De mi rendida humildad.
Por boca de ganso hablé,
Que es el más necio animal;
Digo que soy tal por cual,
Y que me des donde esté
Acomodado estos días,
[illegible] no lo pa[illegible] mal
El jumento corporal
Lleno de melancolías.
LUCÍA.
¿El piensa que llega á casa
De algún miserable? diga.
GONZALO.
Sólo el lugar me fatiga
Por la estrechura que pasa.
LUCÍA.
Su amo, ¿dónde quedó?
GONZALO.
Mi amo tiene aposento;
Piensa en el triste jumento
Que á tu pesebre llegó.
LUCÍA.
No te faltará en qué estés;
Dime, ¿quién es tu señor?
[illegible]
El hombre de más valor
[illegible] vió Galicia después
Que hay nabo y castaña en ella,
Que es desde el diluvio acá.
[illegible]
¿Pasa de largo, ó está
De asiento en la corte?
[illegible]
A ve[illegible]
[illegible] dijo allá que venía;
Mas ya de asiento estaremos,

Porque es del Conde de Lemos,
Desde aqueste mismo día,
No menos que hombre gentil,
Quiero decir, gentilhombre,
Que es un trabajoso nombre,
Triste, enfadoso y servil;
Porque en casa de un señor,
Sólo sirven de comer,
De murmurar y de ser,
Con calzas, dueñas de honor.

LUCÍA.

¿Que á servir al Conde viene?

GONZALO.

Es su deudo y muy cercano;
Que el Conde tuvo un hermano,
Y aqueste hermano otro tiene
Que tuvo un hijo, de quien
Una hija procedió,
Que otros seis hijos parió,
Y aquéllas, otras también,
De las cuales, la menor
Parió un hijo que, criado
En Galicia, fué casado
Con una doña Leonor
Que tuvo á su padre de éste.

LUCÍA.

¡Muy cercano al Conde está!

GONZALO.

Cuando le habla; que ya
Todo el parentesco es éste.

LUCÍA.

¿Tiene buen talle?

GONZALO.

Extremado.

LUCÍA.

¿Es limpio?

GONZALO.

Como un armiño;
Porque el Conde, desde niño,
Tuvo notable cuidado
Que le espulgase su madre.

LUCÍA.

¿No habrá qué te preguntar
De su padre?

GONZALO.

Es del solar
De Sarria señor, su padre.
Vete, no me hallen contigo;
Que lugar habrá después.
Beso mil veces tus pies
Y manos; que soy amigo
De sábado, vientre y rastro.

LUCÍA.

Deja las manos.

GONZALO.

Dichoso
El estropajo amoroso
Que se engasta en alabastro!

Váyase.

Sale D.ª Juana, hija del mayordomo del Conde.

JUANA.

¿Con quién hablabas aquí?

LUCÍA.

Con un lacayo ó criado
Del huésped, que me ha contado
Á qué viene.

JUANA.

¿Cómo así?

LUCÍA.

Á servir al Conde viene.

JUANA.

Pues ¿para qué le aposenta
Mi padre?

LUCÍA.

Es hombre de cuenta;
Deudo con el Conde tiene.

JUANA.

¿De qué suerte?

LUCÍA.

No hay agora
Aritmético en el mundo
Con ingenio tan profundo,
Que te lo cuente, señora;
Porque de hermanos procede,
Con hijos, y éstos de tantos,
Que para decirte cuántos,
Sólo el que los hizo puede.
Mas yo tengo imaginado
Que tu padre, que es discreto
En extremo, con secreto
Debe de haberte casado.
Sin duda que éste es el hombre,
Que quiere con esta traza
Meterle en casa, y disfraza,
Con decir que es gentilhombre
Del Conde, su pensamiento

JUANA.

¿Quiéresme creer, Lucía?
Si cristal, si celosía
Tuviera mi pensamiento,
Creyera que por él viste
Lo mismo que tuve en él.
¿Hablaste, supiste de él,
Que todo en esto consiste,
Si viene despacio aquí?

LUCÍA.

Él dice que á servir viene;
Quien sirve, espacio no tiene,
Luego es de prisa.

JUANA.

Es así;
Pero, como tú decías,
Disfraces deben de ser.

LUCÍA.

El casar una mujer
No quiere filosofías.
Mas es tu padre tan cuerdo,
Que, por si á efecto no llega
Su intento, te cubre y niega.

JUANA.

Bien dices, que yo me acuerdo
  De otros sucesos así.
Ya muero por ver el hombre:
¿Supistes, por dicha, el nombre?

LUCÍA.

Necia en no saberlo fuí,
  Mas te juro que el criado
Es tan grande picarón,
Y hablaba á lo socarrón,
Tan atrevido y taimado,
  Que apenas tuve lugar
Para defenderme de él,
Aunque supe que hay en él
Lo que puedes desear,
  Y lo que él decirme pudo,
Que es limpia sangre.

JUANA.

Es razón
Estimarlo, si ya son
Los casamientos menudo
  Que limpia sangre requieren.
De talle, ¿cómo le va?

LUCÍA.

Mucho le alaba.

JUANA.

Sí hará,
Porque todos los que quieren,
  Eso que quieren, alaban.

LUCÍA.

Esta noche habrá lugar
De verle, si ha de quedar
En casa.

JUANA.

Pues lo trazaban
  Mis padres y tiene aquí
La ropa, cierto será.

LUCÍA.

En ti pienso que estará.

JUANA.

Pues ¿de qué manera en mí?

LUCÍA.

  Poniendo la ropa á punto.

JUANA.

Por eso no ha de quedar.

LUCÍA.

Haciéndola aderezar,
Y que esté de presto junto
  Todo lo que es necesario
De sábanas y almohadas,
No habrá excusa.

JUANA.

¡Qué cansadas,
Cuando es el tiempo contrario,
  Son las horas del deseo!
Ya le tengo de saber
Si seré de éste mujer,
Y si viene y no le veo,
  Hasta el aurora, Lucía,
No se cerrarán mis ojos.

LUCÍA.

Los deseos dan enojos,
La imaginación porfía;
  Mas yo te daré un remedio
Para verle con espacio.

JUANA.

¿Cómo?

LUCÍA.

De éste á tu palacio
No hay más de un tabique en medio:
  Yo quiero darle un barreno
Por donde apliques la vista,
Sin que el engaño resista,
Pues está de todo ajeno;
  Y por allí le verás.

JUANA.

Sólo de tu entendimiento
Saliera á mi pensamiento
El remedio que le das.
  Parte primero que venga
Mi padre; que yo abriré
Las arcas y sacaré
La ropa, porque no tenga
  Excusa el quedarse en casa.

LUCÍA.

Perfúmala.

JUANA.

Si es amigo
De limpieza, yo te digo
Que con la misma se casa.
  Dale bien grande el barreno.

LUCÍA.

Cualquiera puede bastar
Si marido has de mirar,
Que á todas parece bueno.

Váyanse, y salgan D. Nuño de Lara y D. Juan, hijo del infante D. Manuel, con capas de camino.

DON JUAN.

  Ha sido temerario atrevimiento,
Trayendo con el rey Alfonso guerra.

NUÑO.

La corte es un común alojamiento,
Todo lo encubre, y en su vientre encierra.

DON JUAN.

Jamás pensé esforzar el pensamiento
Á sólo entrar por la vecina tierra
De sus fronteras, y hoy, por agradarte,
Vengo á Valladolid.

NUÑO.

Escucha aparte:
  El rey Alfonso, onceno de Castilla,
Quiere á doña Leonor de Guzmán

DON JUAN.

Tengo
De sus amores y amistad noticia,
Y sé que en ella algunos hijos tiene.

NUÑO.

Todas las noches, ó las más, me escribe
Nuestra secreta espía que le ha visto,

Que viene el Rey con sólo un paje á verla,
Sin armas, sin defensa y sin criados.
El hecho es espantoso, que aun parece
Que la imaginación tiembla en pensarle;
Mas para quien pretende un reino y tiene
Tan pocas fuerzas, y ésas quebrantadas,
No parece tan grave ni difícil,
Porque la industria es el camino cierto
Que lleva á ejecución los imposibles.
Tú puedes acabar, dándole muerte,
Lo que con dos ejércitos vencidos
Fué vano pensamiento y esperanza.

DON JUAN.

Para sólo decir esas razones
Es menester un ánimo invencible,
Y no menos igual para escucharlas,
¿Pues qué será la ejecución que dices?
Mas como no será la vez primera
Que el mundo vea este suceso trágico,
Y desde sus principios las historias
Estén llenas de muertes semejantes,
Falta sería de valor y de ánimo,
Y perder la ocasión volver la frente,
Y no poder asirla eternamente.

NUÑO.

Pues ¿en qué te resuelves?

DON JUAN.

En que quiero
Que esta noche salgamos á esperarle
Donde, á la puerta de Leonor, su dama,
Con las espadas blancas tenga efecto
Lo que con escuadrones no le tuvo.

NUÑO

Agora veo que eres hijo ilustre
De aquel infante don Manuel que el tiempo
Ha escrito en las memorias de los hombres:
Con esto cesarán tantos agravios,
Con una muerte excusarás mil muertes,
Y el laurel de Castilla, en cercos de oro,
Adornará tu frente.

DON JUAN.

Demos parte
Á dos criados de secreto y ánimo,
Y tengan otras dos postas á punto
En la puerta del Campo.

NUÑO.

Bien has dicho,
Porque Valladolid, alborotado,
Acudirá con su justicia y guarda
Á prevenir las puertas de la villa.

DON JUAN.

Nuño, tú me verás rey de Castilla.

Váyanse, y entren el rey D. Alfonso, con vestido de noche, y Cárdenas, un paje de espada.

REY.

Aun me parece temprano.

CÁRDENAS.

Siempre es tarde para amor.

REY.

¿Qué hacía doña Leonor?

CÁRDENAS

Sólo aguardar que su hermano
Acabase su visita,
Porque pudieses entrar.

REY.

¡Qué pesado visitar!

CÁRDENAS.

Mucho á los necios imita;
Que no pienso que lo es.

REY.

Si no lo fuera, él hiciera
Visitas breves, y diera
Lugar á mi amor después.

CÁRDENAS.

Pienso que en el visitar
Se conoce el que es discreto.

REY.

Sí, porque muestra, en efeto,
El tiempo que puede estar
Y lo que ha de hablar también,
Y para aquesta elección
Importa la discreción.

CÁRDENAS.

Todos los que quieren bien
Son necios, si á las visitas
Das esa definición;
Porque sus visitas son
Largas y casi infinitas,
Y cuanto suelen hablar,
Disparates y mentiras.

REY.

El que aborrecido miras,
Será necio en visitar;
El que amase, y fuese amado,
Siempre fué bien recibido;
Que ningún hombre querido
Fué, visitando, pesado.

CÁRDENAS.

Temiste que habléla en ti,
Y diste satisfacción.

REY.

No, Cárdenas, que no son
Estas visitas así:
Este amor, ya confirmado
Con los hijos que he tenido,
Es tan de veras querido,
Que no puede ser pesado.
¿Cómo haré para saber
Si se fué su hermano ya?

CÁRDENAS.

Entrando á saberlo allá.

REY.

Pues eso puedes hacer
Mientras que te espero aquí;
Y ven presto; que me ha dado,
Cárdenas, un gran cuidado,
Y quedo triste sin ti.

CÁRDENAS.

Vuestra Majestad, señor,
Trae todos estos días
Pesadas melancolías.

REY.
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]
Voy.

REY.
[illegible]
[illegible] causa, Leonor, lo fué
De esta confusión y miedo:
Tus hijos me parecía
[illegible] vía tan malogrados,
[illegible]
[illegible] los vía.
[illegible] imaginación,
[illegible]s, cuando sospechaba
[illegible] Pedro los degollaba,
[illegible]
Pedro es mi hijo, y también
[illegible]a Reina; á Pedro toca
Mi reino, pues que provoca
[illegible]
Para quitaros la vida;
Pero si Pedro es rapaz,
¿Por qué esta tan pertinaz
Sospecha tan mal nacida?
Entre bárbaros se usa
Matar los propios hermanos,
[illegible] ntre príncipes cristianos:
¡Imaginación confusa,
Déjame, pues, que no es bien
Que me atormentes así!

Salen Álvaro Núñez y Gonzalo

[illegible]
Yo pienso que es por aquí

[illegible]
[illegible] imagino también.

[illegible]
¿No fuera mejor llamar
[illegible] criado en casa del Conde,
[illegible] nos enseñara adónde
[illegible]

[illegible]
Ya le busqué, mas ninguno
Quiso venir.

[illegible]
¡Majadero,
[illegible]

[illegible]
Ya estuve un hora, importuno,
[illegible]metiendo y suplicando.

[illegible]
Mira que vamos perdidos.
¿Dónde tienes los vestidos?

[illegible]
Pienso que voy acertando;
[illegible]r esta calle entré
Con el señor mayordomo.

[illegible]
[illegible]puesto en paciencia tomo
[illegible] sufrir, la tendré;
[illegible] templen al oído
Unos órganos, Gonzalo.

GONZALO.
Ya con los niños me igualo;
Que, en efecto, me he perdido
En Valladolid así.

ÁLVARO.
[illegible]macho, ¿dónde has cargado,
Pues que la calle has errado?
Adónde vas por aquí?

GONZALO.
Están las tiendas cerradas
Y no veo señas, señor;
Que es muy tarde.

ÁLVARO.
¡Lindo humor!
Pues ya son las once dadas;
Y [illegible]
Por Valladolid así
Nos amanece.

GONZALO.
Yo fuí
Con mis catorce sentidos,
Pero nunca imaginé
Que de palacio salieras
Tan tarde.

[illegible]
¡Lindas quimeras!
¿Cuál es la casa?

GONZALO.
No sé;
Aquí una taberna había,
Si no me engaño.

ÁLVARO.
No harás;
Que de noche vieras más
Si no la vieras de día.

GONZALO.
Aquí había un herrador.

[illegible]
Y agora también.

GONZALO.
Detente;
Que siento rumor de gente
Á quien preguntar, señor.

Salen, arrodelados, D. Juan, Nuño de Lara y cuatro criados.

[illegible]
[illegible]nando dice que está solo.

NUÑO.
Pienso,
Don Juan, que nos ayuda la fortuna.

[illegible]
Espiándole vino atentamente,
Y dijo que á la puerta le dejaba.

NUÑO.
No se engañó, ni es menester que esperes

Á que salga de allá, pues que no ha entrado;
Que yo conozco al Rey como á mí mismo.

DON JUAN.

Mira que no te engañes.

NUÑO.

Es, sin duda.

DON JUAN.

Quedo, Nuño; que he visto dos criados
Arrimados allí.

NUÑO.

Pues dos, ¿qué importa?

DON JUAN.

Quiero darte un remedio.

NUÑO.

Dile presto.

DON JUAN.

Finge que eres justicia, pues es fuerza
Que te responda.

NUÑO.

¡Buena industria! Llego.
¿Quién va?

REY.

¿Quién lo pregunta?

NUÑO.

La justicia.

REY.

Pase adelante; que en aquesta puerta
Aguardo al Rey; y dejen esta calle,
Que no gusta Su Alteza que se ronde.

NUÑO.

Él es. ¡Matadle! ¡Muera!

REY.

Caballeros,
Mirad que no soy yo.

ÁLVARO.

Tantos á uno.....
Gonzalo, ¿quién tendrá paciencia? Llega,
Y démosle favor aunque nos maten.

GONZALO.

Eres hidalgo, en fin.

ÁLVARO.

¡Fuera, villanos!
¡Á un hombre solo! ¡Aquí favor, justicia!

GONZALO.

Las voces son los puños. ¡Mueran, mueran,
Que son ladrones!

DON JUAN.

El peligro es grande:
Huye, que viene el mundo.

GONZALO.

¿Qué es el mundo?
¡Yo soy el mundo, perros!

ÁLVARO.

¡Ea, Gonzalo,
Huyendo van; sigámoslos!

REY.

Detente;
Que á quien huye, de plata le hacen puente.

ÁLVARO.

Por vos dejo de seguir
Esos ladrones infames.

REY.

Sin duda que pretendieron,
Sin conocerme, matarme;
Porque si me conocieran
No era posible.....

ÁLVARO.

¡Que pase
Esta maldad en la corte!
¡Que no ronden, que no anden
Mil justicias cada noche!

REY.

Yo os prometo que yo hable
Sobre este negocio al Rey.

ÁLVARO.

En vuestra persona y traje
Se echa de ver que sois hombre
Que podrá, si quiere, hablarle.

REY.

Yo me echara á vuestros pies
Por merced tan importante,
Como fué darme la vida,
Á no ser razón que os pague
Con más obras que palabras.

ÁLVARO.

No tenéis ya que pagarme,
Porque haberos obligado
Es la paga más notable,
Y lo que hice por vos
Lo debo á mi propia sangre,
Á la casa de quien vengo,
Á mi patria y á mis padres.

REY.

¿No podré saber quién sois
Para serviros?

ÁLVARO.

Mandadme
En cas del Conde de Lemos,
De quien, muchacho, fuí paje,
Y hoy le he venido á servir
De gentilhombre.

REY.

Si sabe
El valor que tiene en vos,
Muy poca merced os hace:
Yo soy un pariente suyo,
Y aunque á pagaros no baste
Las recibidas mercedes,
Os suplico de su parte
Me mandéis alguna cosa
En que yo pueda obligarle
Con haceros algún bien.

ÁLVARO.

¡Algún bien! ¡Bravo lenguaje!

GONZALO.

Sin duda, señor, que aquéste
Es algún príncipe ó grande;
Que el olor y el proceder
No son pequeñas señales.

ÁLVARO.

La merced que hacer podéis
Á un hombre que sale tarde

De en cas del Conde, y no acierta
La posada, ni la calle,
[illegible] de aquéstas
Donde vive el Almirante,
Que enfrente de ella es la nuestra;
Porque esta bestia, esta tarde
Ha cargado delantero,
Y dice que no la sabe

REY.

No acertaréis por las señas,
Y así es bien os acompañe.

ÁLVARO.

Eso no; que los ladrones
Podrá ser que también anden
Por la calle que decís,
Y hallándoos solo os maltraten.

REY.

No harán; que lo sucedido
Será causa que no paren
Hasta esconderse.

ÁLVARO.

Sospecho
Que también puede ser parte
El ir heridos.

GONZALO.

Y como
Yo sé que á estas horas traen
Huevos, estopas y puntos,
Y que adonde la de Joanes
Asienta el filo, un colchón
No será mecha bastante.....

REY.

¿Cómo os llamáis?

ÁLVARO.

Alvar Núñez.
¿Y vos, señor?

REY.

Disculparme
Puede lo mismo que soy,
Cuando aquí no me declare;
Pero os doy palabra de hombre
De bien, que mañana os hable
Cuando con el Conde os vea,
Y sabréis que en obligarme
Ganasteis más que en saber
La posada ni la calle.
Echad por ésta, y creed
Que muy pocos días pasen
Sin que conozcáis quién soy.

ÁLVARO.

Mil años el cielo os guarde.

Váyanse, y salgan D.ª Juana y Lucía.

LUCÍA.

¿No te agrada?

JUANA.

Bien me agrada
El barreno, pero creo
Que ha de engañarse el deseo,
Y que duerme en la posada.
La media noche es pasada,
Y el gentilhombre no viene:
Ó es que el Conde le detiene,
Ó que mi padre no quiso
Dar á los ojos aviso
De lo que al alma conviene.

LUCÍA.

Si el Conde á palacio fué,
Y él, como nuevo criado,
Le acompañó, con cuidado
De que su favor le dé,
Hasta que acostado esté
Será imposible venir;
Bien puedes irte á dormir,
Que mañana le verás.

JUANA.

Para que me esfuerce más,
Me pretendes resistir;
No he de dormir ya, Lucía.

LUCÍA.

Yo veo en tu pensamiento
Que, tratando casamiento
Á una mujer, estaría
Desde la noche hasta el día
Á la nieve, al hielo frío,
Intentando un desvarío
Como el que quieres hacer.

JUANA.

Si sabes lo que es mujer (1),
Por qué tu engaño me culpa,
Advierte que la disculpa
Viene con el mismo nombre,
Pues es, estimando al hombre,
Cualquiera yerro disculpa;
Pero mira que he sentido
Abrir la puerta.

LUCÍA.

Es verdad;
Ó fué de la vecindad,
Mi señora, aquel rüido.

JUANA.

No, no; nuestra puerta ha sido,
Y ya suben la escalera.

LUCÍA.

Pues hagamos de manera
Que no sienta que le escuchas.

JUANA.

Honor, si conmigo luchas,
Advierte en mis fuerzas pocas,
Que si se defienden pocas,
Me rendiré con las muchas.

Váyanse, y salgan D. Álvaro y Gonzalo.

ÁLVARO.

Mira si hay gente despierta.

GONZALO.

Aquí está, señor, Lucía.

LUCÍA.

Ya pensé yo que era el día
El que llamaba á la puerta.

(1) Falta el último verso á esta décima.

ÁLVARO.

Quien sirve, jamás acierta
Á agradar juntos á dos;
Mas perdonadme, por Dios,
Que porque habemos errado
No estoy agora acostado
Y estáis esperando vos.

LUCÍA.

Huélgome, señor, de veros:
Por mi fe, que sois galán;
No en balde este nombre os dan;
Bien hizo el Conde en haceros
Su gentilhombre, y teneros
En su casa con tal nombre.
¡Ah, pared! ¿No es gentilhombre?

ÁLVARO.

¿Con las paredes habláis?

LUCÍA.

Cuando vos ojos les dais,
¿Qué mucho que yo las nombre?
Dicen á lo que es muy cierto,
Que las piedras lo dirán;
Preguntar si sois galán,
No os parezca desconcierto.
Tal espíritu encubierto
Puede en las piedras estar,
Que acierte á ver y aun á hablar;
Y todo lo merecéis;
Que las paredes que veis
Dirán que os debo alabar.

ÁLVARO.

Bien se ve que estáis dormida,
Pues de esa manera habláis;
Suplícoos no os desdigáis
De día, si sois servida.

LUCÍA.

Ni de día ni en mi vida;
Que la casa que os recibe,
Por las paredes escribe
El día que en ella entráis,
Para que de ella os sirváis,
Y de quien en ella vive,
La cual es una doncella,
Por cuya hermosura y gracia,
Como al músico de Tracia,
Se van las piedras tras ella.
Vos podéis hablalla y vella,
Por vella, y porque veréis
Que si mucho merecéis,
No menos ella merece,
Porque pienso que os parece
Cuanto vos la parecéis.

ÁLVARO.

Que le beséis en mi nombre
Las manos, señora, os ruego;
Y diréisle que un gallego,
Del Conde ya gentilhombre,
Noble cuanto puede un hombre,
Por venturoso se tiene
En ver que á su casa viene,
Donde la pueda servir.

LUCÍA.

Aun pienso que os puede oir;
Que en la labor se entretiene.
Pero voyme, no lo sienta,
Si despierta, mi señor.

GONZALO.

Lucía, Juana ó Leonor,
¿Cuándo haremos esta cuenta?

LUCÍA.

Si tu lealtad me contenta
Como tu bellaquería,
Cuenta por tuya á Lucía.

GONZALO.

Pues acuéstate á pensallo.

LUCÍA.

Mientras piensas tu caballo,
Veré si soy tuya ó mía.

Váyase Lucía.

ÁLVARO.

¿Qué será aquesto?

GONZALO.

No sé;
Cortesía de una dama.

ÁLVARO.

Sí, que de corte se llama
Cortesía.

GONZALO.

Y bien se ve.

ÁLVARO.

¡Notable aventura fué
La de aquel buen caballero!

GONZALO.

Que diga quién es espero,
Porque no puedo pensar
Que tal manera de hablar
Asista en hombre escudero;
Aunque, sabiendo el estilo
De los pelones de corte,
¿Quién hay que no se reporte
Y piense..... ¿Diré lo?

ÁLVARO.

Dilo.

GONZALO.

Que tiene su aguja é hilo
Con que los puntos se toma
Por donde la carne asoma,
Y acá, con su buena salva,
Dirá que es el Duque de Alba
Ó el embajador de Roma.

ÁLVARO.

Sea el que fuere, él salió
De lindo peligro.

GONZALO.

Extraño;
Porque sin recibir daño
De los hombres, se vengó.

ÁLVARO.

Que los herí pienso yo.

GONZALO.

La espada dirá lo cierto,

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] por Dios

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Por dos,
Y aun por tres.

ALVARO.

Alguno he muerto.

GONZALO.

Límpiala, por lo que fuere.

[illegible]

¿Tienes lienzo?

GONZALO.

[illegible], señor;
[illegible]
Y venga lo que viniere.

[illegible]

[illegible]
Para no hacer falta al Conde,
Porque ya la noche esconde
La corona de su frente,
Llama á las puertas de Oriente
El alba, y el sol responde.

GONZALO.

Supuesto que viene el día,
No podrás sin acostarte,
Y algo, señor, repararte.

ÁLVARO.

Esas cortinas desvía;
Que á la fuerza y edad mía,
Basta que un hora dormido
Suspende el sueño el sentido.

GONZALO.

¡Cuál eras para soldado!

ÁLVARO.

¿Cómo?

GONZALO.

Durmieras armado,
Pues aquí duermes vestido.

Salen D. Juan y D. Nuño.

DON JUAN.

[illegible] pienso que mi herida es peligrosa.

NUÑO.

[illegible] vengo menos yo desconfiado.

DON JUAN.

¡Gallardo brazo!

NUÑO.

¡Espada rigurosa!

DON JUAN.

¿Quién duda que no estaba descuidado?

NUÑO.

[illegible] gran señor, era imposible cosa
[illegible] saliese de noche sin cuidado,
Y que de quien su vida confiase,
[illegible] menos cuidadoso la guardase.

DON JUAN.

Buen lance echamos; aunque no parece
Que aquel mancebo con el Rey venía,
Sino que el cielo tal defensa ofrece
A su inocencia y á la injuria mía.

NUÑO.

Como quiera que sea, resplandece
Gallardamente en ella valentía.
Conocerle quisiera.

DON JUAN.

Y yo quisiera
Que su valor de nuestra parte fuera.
Tomar la posta no será posible;
En la posada estemos de secreto.

NUÑO.

Mal consejo, cuando es tan imposible
Que la sangre no diga nuestro efeto;
Aunque muráis corriendo, es convenible
Salir volando de este grave aprieto.

DON JUAN.

Pues vamos, y no pare mi porfía
Hasta que diga que Castilla es mía.

Váyanse.

Salgan el Rey y Cárdenas, él ya en hábito de día.

REY.

¿De qué vienes espantado?

CÁRDENAS.

Pues ¿no quieres, gran señor,
Que me espante y dé temor
La historia que me has contado?

REY.

Mientras subiste á saber
Si su hermano estaba allí,
Yo, Cárdenas, pretendí
Que no me pudiesen ver,
Y alejéme de la puerta;
Pero apenas cuando en tropa,
Gente de tan buena ropa,
Que anda mi sangre encubierta,
Pienso que quiso matarme;
Pero, en fin, Dios me libró.

CÁRDENAS.

Tardéme, aguardando, yo;
Nunca intentara apartarme
En aguardar que saliese,
Jugando con don Enrique
Tu hijo.

REY.

Yo estuve á pique
De que hoy Castilla tuviese
Tal desgracia que llorar.

CÁRDENAS.

¡No lo permitiera Dios!

REY.

Pienso que conozco á dos,
Ó me debo de engañar.

CÁRDENAS.

No creas que se atreviera
La envidia ó la tiranía

Á tan grande alevosía
Y á desvergüenza tan fiera;
Ladrones deben de ser
De éstos que llaman honrados,
Que andan de noche embozados
Sólo á buscar de comer;
Que las cortes de los reyes,
Aunque más cuidado tengan
Y las justicias prevengan
Rigores y nuevas leyes,
No pueden limpiar del todo
Ladrones, mujeres, juego,
Pues para volverte luego,
Nunca les falta algún modo.

Sale el Conde de Lemos.

REY.
¿Quién viene?
CONDE.
El Conde de Lemos.
REY.
Salte allá fuera.
CÁRDENAS.
Tus pies
Beso.
REY.
¡Oh Conde!
CONDE.
Ya después,
Gran señor, que no tenemos
Guerra, cesa el ejercicio
De las armas.
REY.
Más capaz
De su ejercicio es la paz,
Y es propia en ella su oficio;
Que si no salgo estos días
Al campo, es ocupación
Precisa, de otras que son;
Pero basta decir mías.
¿Cómo os va? ¿Tenéis salud?
CONDE.
Para serviros, señor,
Que el deseo da valor,
Y la voluntad virtud.
REY.
¿Qué criado os ha venido
De Galicia nuevo agora?
Dígolo, porque á deshora
Iba buscando, perdido,
Su posada anoche, y yo,
De compasión le guié.
CONDE.
Piedad como vuestra fué.
Ayer de Lemos llegó.
REY.
Habléle, y muestra valor,
Discreción y entendimiento.
CONDE.
Vos le alabáis.
REY.
Esto siento:
¿Es hidalgo?
CONDE.
Sí, señor.
REY.
¿Su nombre?
CONDE.
Álvar Núñez es.
REY.
En fin, ¿tiene calidad?
CONDE.
Sepa Vuestra Majestad
Que es mi deudo.
REY.
Oidme pues:
Cuando le veáis.....
CONDE.
Señor,
Si acaso os ha deservido
Con ignorancia, y ha sido.....
REY.
Dejadme hablar.
CONDE.
El temor
Me hizo romper el hilo
De vuestra razón.
REY.
Oid.
CONDE.
Ni ha estado en Valladolid,
Ni vió, ni sabe el estilo.
REY.
Conde, ¿no queréis oir?
CONDE.
Señor, perdonad mi error:
A Alvarico tengo amor
Porque me vino á servir,
Y muchacho le he criado,
Y el mío y su padre son
Primos.
REY.
Conde, ¿no es razón
Que hable un Rey?
CONDE.
Estoy turbado.
REY.
Llamadle, pues, y él oirá,
Y á su criado con él.
CONDE.
Gran señor, yo voy por él,
Que en la antecámara está.

Váyase el Conde.

REY.
La tierra, al alto cielo agradecida,
La lluvia paga en frutos sazonados,
Y al labrador sus ásperos cuidados,
Paga la espiga en su sazón cogida;

La vid beneficiada, la teñida
Planta, en lagares de uvas coronadas,
La oveja al dueño, y al rocío los prados,
Que cuando llora el alba tienen vida;
De su [illegible]miento muestra indicio
La [illegible] á las [illegible],
Pa[illegible] en perlas al sol su claro oficio,
Para mostrar con obras verdaderas,
Que aquel que no agradece el beneficio
E[illegible] las plantas y las [illegible].

[illegible] D. Álvaro Núñez y [illegible]

ÁLVARO.

El Conde, señor, me dijo
Que Tu Majestad me llama

GONZALO.

N[illegible] á la corte viniera
Agora azotarnos manda.

ÁLVARO.

Bien sé que te han informado
Caballeros de tu casa,
Que anoche en tu corte p[illegible]
[illegible] mano á la espada,
Y que pudo suceder
Señor, alguna desgracia;
Porque las espadas llegan,
Por bien ó mal gobernadas,
Por las dichas de los hombres,
Por la razón ó la causa;
Y que no la di te juro
Por Dios, porque ya buscaba,
Más que ocasión de pendencia,
Para descansar la cama;
Mataban cuatro ó seis hombres
Un caballero que estaba
Solo, y quise defenderle,
Si obliga á una espada hidalga
Ver que seis matan á uno.....
Y por tu corona sacra
Que si te han dicho otra cosa.....

REY.

¿Qué dirás?

ÁLVARO.

Que ha sido falsa,
Y que á tres y á cinco, solo,
[illegible]ré en la campaña
Que esta es la verdad, señor.

REY.

Álzate del suelo.

GONZALO.

Hoy anda
[illegible] cuezo en conting[illegible]

REY.

¿Quién es el que te acompaña?

ÁLVARO.

Un pobre gallego, un hombre
Que saqué de mi labranza
Para servirme en la corte.

REY.

Llega acá: ¿cómo te llamas?

GONZALO.

Yo, señor?

REY.

Tú, pues.

GONZALO.

Yo iba,
La cabeza embarazada
Con alguna pesadumbre
Que con hombres de mi patria
Tuve, por recién venido,
Y no acertaba la casa;
Vi meter á mi señor
Mano á la espada.....

REY.

¡Qué gracia!

GONZALO.

Y púsoseme en los ojos
De los años de crianza,
Más de mil carros de pan,
Y más de un cántaro de agua;
Que el vino, gracias á Dios,
No nos le daban por tasa,
Porque hay allí unos majuelos
Que el año que bien se labran
Es bendición lo que llevan,
Que hay cepa que da tres cargas.

REY.

Tu nombre digo.

GONZALO.

Mi nombre
No está en las hojas sagradas
Del calendario romano,
Que en las jeringonzas anda;
Porque de la jeringonza
Tomó el Gonza, que me llaman
Gonzalo, sin haber sido
El menor de los de Lara.

REY.

Álvaro.....

ÁLVARO.

Señor.....

REY.

¿Conoces
El caballero que estaba
En el peligro que dices?

ÁLVARO.

No, señor.

REY.

¿Y el que á tu casa
Te llevó?

ÁLVARO.

Si todo es uno,
Que no lo sé cosa es clara.

REY.

¿No te dijo que en Palacio
Te lo diría?

ÁLVARO.

Así pasa;
Pero yo no sé quién es.

REY.

Yo soy.

ÁLVARO.
¿Hay ventura tanta?

Échense á sus pies los dos.

GONZALO.
Acabara yo de hablar,
Señor Rey, para mañana.
¡Vive Dios, que ya me hacían
Tate-tate las espaldas.

ÁLVARO.
¡Tente, bestia! ¿Estás en ti?
¿Á Su Majestad abrazas?

GONZALO.
¡Cuerpo de tal! Si es valiente
Y tiraba cuchilladas
Como un puto, ¿no es razón?
Pues, la tempestad pasada,
Se abrazan todos los bravos.

REY.
Álvaro, tú hallaste gracia
En mis ojos; yo te debo
La vida de un Rey; bien, basta
Decir que debo la vida.
Desde hoy quedas en mi casa;
Mi Contador mayor eres,
Plaza que agora está vaca.

ÁLVARO.
Beso mil veces tus pies.

GONZALO.
Eso de vaca y de plaza
Yo no lo entiendo, mas creo
Que de carnero no falta.
¿Qué le da Tu Majestad
Á Gonzalillo?

REY.
Palabra
De hacerte merced.

GONZALO.
Los reyes
Que la empeñan, harto pagan.
Dame un oficio de vino,
Ó, pues que cuentas remata
Conmigo el que has hecho agora
Gran Contador de tu casa,
Hágame su despensero.

REY.
El Conde de Lemos anda
Cuidadoso de tu vida;
Ven, porque sepa la causa
Por qué te hago merced.

ÁLVARO.
Gonzalo, el Rey me levanta.

GONZALO.
Pues ásete bien, que es hombre.....

ÁLVARO.
Tenga yo la lealtad jurada,
Verdad, humildad y fe,
Que no hayas miedo que caiga.

ACTO SEGUNDO.

Salen D.ª Juana y Lucía.

LUCÍA.
Extremado lance echaste.

JUANA.
El que no tiene ventura,
Para mal el bien procura.

LUCÍA.
¿Tanto en verle te agradaste?

JUANA.
Tanto en verle me agradé,
Y hablarle después, Lucía,
Como yo también creía
Lo que tanto engaño fué;
Que, en efecto, le miraba,
Pensando que había de ser
Mi esposo, sin conocer
Que entre las hierbas estaba
El áspid fiero de amor,
Que de su ponzoña siento
Perdido el entendimiento,
Y la virtud sin valor.
Mas dime, ¿no es gran disculpa
De aqueste mi amor sin ley,
Que puedan también á un Rey
Ponerle la misma culpa?
Si él le cobró tanto amor
La misma noche, recelo
Que era influencia del cielo
Sobre su mismo valor.
Juntáronse las estrellas
Á su ventura de suerte,
Que la potencia más fuerte
No pudo librarse de ellas.
Si su Contador mayor
Le hizo el Rey, como sabes,
Con envidias de hombres graves,
¿Qué te admira que mi amor
Comience cuentas con él?

LUCÍA.
Sí; mas para darla buena
De tu valor, tengo pena
Que ha de ser errada en él.

JUANA.
Si desde aquel mismo día
Don Álvaro no me hiciera
Merced, y correspondiera
Su voluntad á la mía,
Yo me hubiera retirado
De este loco pensamiento;
Mas si responde á mi intento,
Si tiene el mismo cuidado,
Si me visita y me escribe,
¿No puede ser merecer

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] n que ha llegado

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]r dicen que le dió

[illegible] fortalezas.

[illegible]

Y ¿han de nacer mis tristezas

[illegible]

[illegible]IA.

No.

Pero mientras sube más,
Tú vienes, señora, á menos;
[illegible] los arcaduces llenos
Dejan los vacíos atrás.

[illegible]

[illegible],
[illegible]ueda basta decir,
Porque, en fin, han de subir
[illegible]

[illegible]

No puede ser siendo rueda,
Pues otros han de bajar.

[illegible]

[illegible]me una vez llegar
Donde el amor me conceda,
Y haga después la fortuna
Su gusto.

[illegible]

No hay porfiar
Á quien ama.

[illegible]

[illegible]LO.

¿Puedo entrar?

[illegible]

Y sin licencia ninguna.
¿Cómo queda, buen Gonzalo,
El Contador mi señor?

GONZALO.

Con salud, si es del amor
Del Rey, y del tuyo malo,
[illegible]rque no tiene sosiego
El tiempo que está sin ti.

[illegible]

¿Malo está de mi amor?

[illegible]ALO.

Sí;
Que el amor es mal de fuego,
Y sale luego á la cara;
Que no se puede encubrir.

[illegible]

Si yo te viera venir
[illegible] que la imán te forzara
[illegible] lo que presente miras,
[illegible]ra que eran verdades
[illegible] que me persüades;
Mas pienso que son mentiras.

[illegible]LO.

[illegible]
Vengo á ver lo que sospechas,
[illegible]
[illegible]
Que me envía mi señor
Á decirte de su parte
[illegible]....

[illegible]

¿Qué?

GONZALO.

Visitarte:
Mira si te tiene amor.

[illegible]

Si de albricias me pidieras
El corazón, era poco.
Luego ¿estímame?

GONZALO.

Está loco.

[illegible]

¿Hablas, Gonzalo, de veras?

[illegible]

El suceso lo dirá.

[illegible]

¿Vendré yo á ser su mujer?

[illegible]

No está muy lejos de ser,
Y yo pienso que será.

[illegible]

Mucho sube, y yo, Gonzalo,
Bajo mientras va subiendo;
Si no se va deteniendo,
[illegible]
Y como ha de ser de iguales
El casamiento, no sé
Qué premio tendrá mi fe
Si estamos tan desiguales.

[illegible]

Si todo lo iguala amor,
[illegible] ya que temer?

JUANA.

Mi desdicha, y ser mujer.

Sale un paje.

[illegible]

El Contador, mi señor,
Sola tu licencia aguarda.

JUANA.

[illegible]

PAJE.

[illegible]

JUANA.

De favor tan grande, ya
Me quita lo que se tarda.

Sale D. Álvaro con mucho acompañamiento.

[illegible]

¡Mi señora doña Juana!

JUANA.

Déme Vuestra Señoría
Los pies.

ÁLVARO.

¡Bien, por vida mía!
Á una voluntad tan llana,
Tan áspero cumplimiento.

JUANA.

Sillas.

ÁLVARO.

Esperadme afuera.
Yo, señora, soy quien era:
Sólo amor recibe aumento.
Un hidalgo pobre soy,
De los Osorios vasallo,
Sin otras cosas que callo
Por el lugar en que estoy.
Lemos me dió el sér que tengo;
Mi dicha, sin merecella,
Este lugar; por mi estrella,
Que no por mi virtud, vengo
Á hallar gracia y afición
En el gran Rey de Castilla;
Mas tengo en más esta silla
Que toda la estimación.
Fuera de su voluntad,
En que por él soy tenido,
Por el respeto debido
Á la mayor majestad;
Que, por lo demás, también
Estimara en más la vuestra.

JUANA.

Bien en las obras se muestra
Que no os desvanece el bien;
Mas no agraviéis el valor,
Señor, con que habéis llegado
Á ser del Rey estimado.
Trataos vos mismo mejor:
De los vasallos y villas,
Parabién os quiero dar.

GONZALO.

Y ¿acá no habemos de hablar?
¿Por qué no estamos en sillas?

LUCÍA.

Conversación ensillada
No es para gente de á pie.
¿Cómo esta noche te fué?

GONZALO.

Llegué tarde á la posada
Y acostéme sin cenar.

LUCÍA.

Ponlo á cuenta de mi amor.

GONZALO.

Estimo en mucho el favor,
Que es grande en quererme hablar
Pero es poca discreción
Tenerme tanto en la calle,
Para que después no halle
Ni cena, ni colación.

LUCÍA.

¡Qué amante tan descansado!

GONZALO.

Todo se sufre en querer;
Pero esto de no comer
Por hablarte en un terrado,
Es punto muy trascendente.

LUCÍA.

Quien ama, no ha de cenar,
Para que pueda pensar
Toda la noche en su ausente;
Que si cena, ha de dormir,
Y durmiendo, no podrá.

GONZALO.

Harto bien trazado está,
Pero puédelo sufrir
El Taborlán; porque yo
Pienso que es mejor cenar,
Por dormir y conservar
La vida que Dios me dió.

ÁLVARO.

Estas mercedes me ha hecho
El Rey mi señor.

JUANA.

¿En quién
Viviera más bien el bien
Que en tan generoso pecho?
Cuando los príncipes dan
Adonde hay merecimiento,
Confirman su entendimiento
Y la opinión en que están.
No hay camino en que se pueda
Mostrar más su discreción.

ÁLVARO.

Aunque tanto galardón
Á mis servicios exceda,
Por vos los tengo por bien,
Que todo es bien para vos.

JUANA.

Guárdeos muchos años Dios,
Y al Rey mi señor también.
¿No está el Conde muy contento?

ÁLVARO.

Siempre abonarme procura,
Porque, como soy su hechura,
Tiene por suyo mi aumento.

JUANA.

Recelo tengo de veros
Puesto en tan alto lugar;
Perdonad, que el recelar
Nace de sólo quereros;
Yo os quiero, y perderos temo,
Y el camino es el subir
Donde no os pueda seguir.
¡Lo que va de extremo á extremo,
Que habré de quedarme atrás
Si vos vais tan adelante!

ÁLVARO.

Que yo suba no os espante;
Que mientras subiere más,
Más igualaréis conmigo,
Pues que vais dentro de mí;
Porque quien os lleva en sí,

[illegible] va con vos que consigo.

JUANA.

Después que sois cortesano,
Pienso que habéis aprendido
De hablar falso y fingido.

[illegible]

[illegible]
[illegible]

[illegible]

¡[illegible]a quimera se empieza!

LUCÍA.

Yo estoy con mucha tristeza
De que no tratas verdad,
[illegible], ó me engaño,
A [illegible] falso, es aprendido
De la corte, y el vestido
Me sirve por desengaño;
Que después que estás galán
Y [illegible] con tu señor,
Va desmedrando mi amor.

GONZALO.

Falsas sospechas te dan.

LUCÍA.

A lo menos, el subir
Dice que me quedo atrás.

GONZALO.

Antes, mientras subo más,
Por fuerza me has de seguir,
En razón de que te llevo
Dentro de mí.

LUCÍA.

¡Brava cosa!

GONZALO.

Que por alma tan hermosa,
Todas mis potencias muevo.

LUCÍA.

Vete, Gonzalo, despacio.

Sale un soldado de la guarda.

SOLDADO.

El Rey mi señor me envía
A que Vuestra Señoría
Vaya al momento á palacio.

ÁLVARO.

No es posible estar un punto
Solo con vuestra merced.
¡Hola!

SOLDADO.

Señor.....

ÁLVARO.

Responded
Que voy luego; mas pregunto:
¿Quién queda con él, soldado?

SOLDADO.

La Infanta su hermana.

ÁLVARO.

Adiós.

JUANA.

Y agora, ¿vamos los dos
Juntos?

ÁLVARO.

Vos en mi cuidado,
Y yo en el vuestro, señora.

Váyase D. Álvaro.

GONZALO.

No me puedo detener,
Lucía, que puede ser
Que me busque el Rey agora.
¡Hola! Está Su Majestad
Solo, allí la Infanta queda,
Pues adiós.

Váyase Gonzalo.

LUCÍA.

¿Quién hay que pueda
Resistir la voluntad?

JUANA.

En vano sigo un loco pensamiento.

LUCÍA.

En vano sigo, amor, un dulce engaño.

JUANA.

¡Qué locamente mi esperanza engaño!

LUCÍA.

Mis esperanzas van siguiendo el viento.

JUANA.

Al sol quiere subir mi pensamiento.

LUCÍA.

¡Qué mal hice en querer un hombre extraño!

JUANA.

¡Oh, si olvidase yo con desengaño!

LUCÍA.

¡Oh, si pudiese yo mudar de intento!

JUANA.

Mas si esto puede amor, ¿en qué porfío?

LUCÍA.

Si amor me ha de matar, ¿qué vida espero?

JUANA.

La culpa tiene el pensamiento mío.

LUCÍA.

Á quien se burla de mis penas quiero.

JUANA.

Padezco.

LUCÍA.

Muero.

JUANA.

Espero.

LUCÍA.

Desconfío.

JUANA.

Yo moriré.

LUCÍA.

Yo no, porque ya muero.

Sale Leonardo, su padre.

LEONARDO.

¿Vino don Álvaro aquí?

JUANA.

Álvaro Núñez, señor,

Se va de aquí.

LEONARDO.

Su favor
Nos importa á mí y á ti;
Y pues de su gran bondad
Nace este agradecimiento
De haberle dado aposento,
No más de en la voluntad;
Sabe que en su confianza
Quiero casarte.

JUANA.

Pues ¿tienes
Con quién, que resuelto vienes?

LEONARDO.

Como han ya visto que alcanza
Del Rey cuanto quiere, y ven
Que nos visita y estima,
Un cierto hidalgo se anima,
Porque un oficio le den,
Á quererte, sin más dote
Que tu virtud.

JUANA.

Dios le guarde;
Mas pienso que llega tarde.

LEONARDO.

¿Qué dices?

JUANA.

No os alborote,
Padre y señor, lo que digo;
Que el mismo que le ha de dar
Con qué se pueda casar,
Quiere casarse conmigo.

LEONARDO.

¿Álvaro Núñez?

JUANA.

Señor,
No te alteres; que no es cosa,
Pues la digo sospechosa.

LEONARDO.

¿Dirás que te tiene amor?

JUANA.

¿De qué pudiera nacer
Aquesta desigualdad?

LEONARDO.

Á su honrada voluntad
Hay mucho que agradecer;
Mas, hija, si á tu hermosura,
Como mancebo, se atreve,
¿Por qué reparar no debe
La infamia que siempre dura?
No se fíe en el poder,
Que el Rey sabe castigar;
Quien la virtud sabe amar,
Sabrá el vicio aborrecer;
Tú, á lo menos, pues te ha dado
Tal entendimiento el cielo,
Vive con mayor recelo,
Habla con mayor cuidado,
No dejes la voluntad
Sólo un punto sin mi honor,
Porque suele entrar amor
Con rebozo de amistad.
Sería grande ventura,
Aunque tú eres tan hidalga;
Mas ya no hay sangre que valga,
Virtud, ingenio, hermosura,
Si no va delante el oro;
Éste hace virtuosas
Las mujeres, éste hermosas,
Éste da gracia y decoro
Á las de menos valor,
Si no es cuando por ventura
Tiene poder la hermosura
Y llega á cegarle amor.

JUANA.

Padre, yo tengo que hablaros
En vuestro honor y en el mío,
Porque en el cielo confío
Que tengo de remediaros.
Y creed que soy mujer
Que, aun después del casamiento,
Me pedirá atrevimiento,
Y no le sabré tener.

LEONARDO.

Si te importa mi salud,
Eso pido á tu valor.

JUANA.

Yo pongo siempre el amor
Á los pies de la virtud.

Váyanse.

Sale Álvaro Núñez muy acompañado, y váyanle dando memoriales por una parte y por otra.

1.°

Yo soy por quien ha pedido
El Conde á Su Señoría.

2.°

Yo, el soldado que venía
De la frontera perdido.

3.°

Yo, quien con hidalga ley
Serví diez años cabales.

ÁLVARO.

No hay que darme memoriales:
Secretarios tiene el Rey.

Sale Sancho Núñez, del hábito de San Juan.

SANCHO.

Suplico á Su Señoría
Me oiga aparte; que en sabiendo
Quién soy, irá conociendo
Su misma sangre en la mía.

ÁLVARO.

Para que yo tenga luz
De quién es, si no sospecho
Lo cierto, ya en ese pecho
Lo está diciendo esa cruz.

SANCHO.

Yo soy hijo de don Juan
Núñez de Sarria, su tío
De Su Señoría, bailío

De la gran cruz de San Juan.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Sí, señor.
[illegible]
¡Primo m[illegible]
[illegible]
[illegible]ñor mío!
ÁLVARO.
[illegible]
[illegible]
[illegible]te brío
[illegible]ro valor;
Que quien sangre no tuviera
[illegible]ra, jamás le alcanzara.
ÁLVARO.
Lisonja.
SANCHO.
Es cosa tan clara,
Que pienso que os la dijera
Cuando os hallara en un valle
De Galicia hecho pastor.
ÁLVARO.
Créolo de vuestro amor
Y de ese gallardo talle,
[illegible]
Al que en esa cruz murió.
[illegible]
Aunque en mis servicios yo
Pudiera, señor, venir
Confiado á pretender
Á la corte, la ventura
Tendré agora más segura,
Pues os tengo de tener
Por amparo y protector.
[illegible]
Pretendéis encomendar.
[illegible]
Ya la tengo, y en lugar
De harto provecho y honor.
Con más alto pensamiento,
Con más servicios, señor,
Pretendo ser Gran Prior;
No os parezca atrevimiento.
ÁLVARO.
No parece, y cuando fuera,
Por no hallar mayor lugar
Vuestro intento encomendar,
En Priorato se volviera.
¿Queréis que yo hable por vos?
SANCHO.
Y que hagáis lo que podéis.
ÁLVARO.
Primo, luego lo veréis;
Pero encomendadlo á Dios.

Salen el Rey y D. Tello, del hábito de San Juan.

TELLO.
Mire Vuestra Majestad
[illegible]
Y [illegible], y que mi madre
Sirvió con tanta lealtad
Á la Reina que Dios tiene,
Que la crió y la casó.
[illegible]
Vuestro bien deseo yo.
ÁLVARO.
¡Á qué buen tiempo el Rey viene!
TELLO.
Tendrá Vuestra Majestad,
Si con la gran cruz me honra
Y hace á mi sangre esta honra,
Pues está en su voluntad,
Un blanco de sus deseos
En el pecho de un vasallo.
REY.
En vuestros méritos hallo,
Para mayores empleos,
Bastante capacidad.
TELLO.
Si de mi buena intención
Ha tenido información,
Señor, Vuestra Majestad,
Ésta le suplico advierta.
SANCHO.
Éste, Álvar Núñez, pretende
El Priorato, y me defiende
Una esperanza tan cierta.
ÁLVARO.
Para tan notable amor
Como el Rey me muestra á mí,
Seguro estás desde aquí
De mayor competidor.
Á impedir quiero llegar
El daño que pueda hacerte.
REY.
Álvaro.....
ÁLVARO.
Señor.....
REY.
Advierte.....
TELLO.
¡Que éste me venga á estorbar!
¡Que éste, que á todos ayuda,
Impida mi pretensión!
Con príncipes, la ocasión
Tan fácilmente se muda,
Que el que la puede gozar
Y la pierde, no la espere.
REY.
Así el de Aragón lo quiere.
ÁLVARO.
Y ¿no piensas replicar?
REY.
Al deudo tengo atención;
Mas dime tu parecer.
ÁLVARO.
Será, señor, menester
Mayor consideración;
Pero yo te quiero dar

Por escrito lo que siento.

REY.

Darásme mayor contento.

ÁLVARO.

¡Oh, lo que saben honrar
  Tus virtudes y grandezas
Las hechuras de tus manos!

REY.

Si de aquellos dos tiranos
Me enviara las cabezas,
  Quedara en obligación;
Mas que allá estén en sagrado,
Me ha puesto en mucho cuidado.

ÁLVARO.

Señor, dirá que es razón
  Dar amparo al que lo pide.

REY.

¿Amparo un deudo ha de dar
Á quien me viene á matar?

ÁLVARO.

Vuestra Majestad olvide
  Por agora lo pasado,
Pues Dios defendió su vida.

REY.

De él y de ti defendida,
Á entrambos quedo obligado;
  Á él primero, y luego á ti,
Que contra su falso intento
Te tomó por instrumento
Para darme vida á mí.
  ¿Qué has hecho? ¿Con quién estabas?
¿En qué te has entretenido?

ÁLVARO.

Con un deudo divertido,
Mientras, señor, te ocupabas
  En escribir á Aragón.

REY.

¿Qué deudo?

ÁLVARO.

Un primo que tengo,
Por quien hoy á hablarte vengo.

REY.

¿Tiene alguna pretensión?

ÁLVARO.

  Sancho Núñez, que allí miras,
Comendador de San Juan,
Por quien hoy temblando están
Su espada las Algeciras,
  Pretende ser Gran Prior.
Sus partes te encareciera
Cuando mi sangre no fuera;
Mas es mi sangre, señor.
  Suplícote humildemente
Le favorezcas, que es hombre
Que en tu servicio.....

REY.

Su nombre
Me basta á mí solamente,
  Y ser tu sangre y tu gusto;
Yo escribiré al Gran Maestre.

ÁLVARO.

Deja que á tus plantas muestre,
Español César Augusto,
  Viva imagen de Trajano,
Lo que esta hechura te debe.

REY.

Amor, Álvaro, me mueve;
Yo escribiré de mi mano.

ÁLVARO.

  Da, pues, licencia, señor,
Que te las venga á besar.

REY.

Llegue.

ÁLVARO.

Bien puedes llegar.

TELLO.

¿Si pide aqueste favor
  Para Sancho contra mí?
Sí, pues las manos le besa.

SANCHO.

De rodillas.

Quien aquesta cruz profesa,
Ya tiene dicho de sí
  Lo que por ella, por vos
Y por la patria ha de hacer.

ÁLVARO.

De nuevo os quiero ofrecer,
Por don Sancho y por los dos,
  En justo agradecimiento,
La vida.

REY.

Sancho, yo creo
Que acudiréis al deseo
Con que vuestro bien intento;
  Al Gran Maestre de Malta
Luego escribiré por vos.

SANCHO.

Mil años os guarde Dios.

TELLO.

Esto es hecho: ya ¿qué falta
  Sino darle el parabién?
Grande contrario me ha sido
Álvaro Núñez.

REY.

¡Qué olvido!
Di que las cartas me den
  Que al Rey de Aragón escribo,
Porque las quiero firmar.

SECRETARIO.

Aquí las puedes pasar.

El Rey tome las cartas y las vaya leyendo entre sí

TELLO.

¡Que tanto daño recibo
  De un hombre que ayer pudiera
Servirme, y en ocasión
Que el Rey á mi pretensión
Debido favor me diera!

Hablarle quiero, y saber
Si por ventura me en[illegible]
[illegible]
Remedio quiero poner.
[illegible], don Álvaro, quiero
[illegible]

ÁLVARO.

¿[illegible] lo que [illegible]?

[illegible]

Yo he sido,
[illegible] honrado caballero,
En las ocasiones tal,
[illegible]uesta cruz no hay hombre
[illegible] á mi nombre
[illegible]ior ni igual.

[illegible]

A[illegible] lo creo d[illegible]

TELLO.

¿Conocéisme?

ÁLVARO.

¿Para qué?
Á la cruz que en [illegible]
Conozco no más, ¡por Dios!
Ésa respeto por Él.

TELLO.

[illegible]
Andaba yo peleando
En servicio de ella y de Él.

ÁLVARO.

Habréis, señor, libertado
El Santo Sepulcro.

TELLO.

Creo
Que lo he tenido en deseo.

[illegible]

Yo también he deseado
Hablar siempre con discretos,
Y [illegible]nca se me ha cumplido.

[illegible]

Yo soy hombre bien nacido.

[illegible]

Bien se muestra en los efetos.

[illegible]

Pretendo ser Gran Prior.

[illegible]

Gran discreto os haga el cielo.

[illegible]

Sancho Núñez es mozuelo
Y hombre de poco valor.

ÁLVARO.

Sancho Núñez es mi primo,
[illegible]
[illegible]
En el lugar que le estimo.
Pero el será Gran Prior;
Que sobre tantos trof[illegible]
[illegible]lrán bien estos deseos,
Pues lo merece n[illegible]
Que cuantos lo han pretendido;
[illegible]
[illegible]artes no tenéis
Para haberlo merecido.

[illegible]

Si el Rey n[illegible]stuviera aquí....

ÁLVARO.

Si el Rey aquí no estuviera ...

TELLO.

¿Queréis que os aguarde afuera?

ÁLVARO.

Digo mil veces que sí.

TELLO.

Pues en el terrero espero.

ÁLVARO.

Id con silencio, y veréis
Con qué respetos habéis
De hablar con un caballero;
Que si yo serví de paje,
Fué á mis deudos, y blasón
Que más honra mi opinión;
Mi virtud es mi linaje.
Mirad á cuál de los dos
Se debe más honra aquí;
Que el mío comienza en mí,
Y el vuestro se acaba en vos.

TELLO.

No respondo.

ÁLVARO.

Ni yo hago
Lo que hiciera; allá os dirán
Quién soy, con carta de pago,
Cuando esa cruz de San Juan
Os la vuelva de Santiago.

REY.

Deje de leer.

¿Qué es eso?

ÁLVARO.

Tello, señor,
Sus servicios me decía.

REY.

Pretende ser Gran Prior.

ÁLVARO.

Como yo no lo sabía,
Ni conocí su valor,
Para mi primo os pedí
El favor que me habéis hecho;
Mas ya, señor, que entendí
Que la gran cruz en su pecho.....

REY.

Bueno, no pases de ahí.

ÁLVARO.

De veras hablo, señor;
Que lo merece mejor.

REY.

Cuando méritos tuviera,
[illegible]ancho es bien que se prefiera;
Sancho ha de ser Gran Prior.

ÁLVARO.

Mire bien Tu Majestad
De don Tello los servicios,
La virtud y calidad.

REY.
Todos esos son indicios
De tu virtud y humildad;
Pero no sería razón
Quitar á tu sangre el bien,
Ni impedir tu pretensión:
Agora quiero también,
En despachando á Aragón,
Al Gran Maestre escribir.
ÁLVARO.
Señor, no quiero impedir
Su bien.
REY.
Álvaro, yo soy
Tu amigo.
ÁLVARO.
Á esos pies estoy.
REY.
No tengo más que decir.

Vase el Rey.

ÁLVARO.
Primo.....
SANCHO.
Señor.....
ÁLVARO.
Ya está hecho;
El Rey al Maestre escribe.
SANCHO.
Dadme esos pies.
ÁLVARO.
Satisfecho,
Á mis brazos apercibe,
Y á la gran cruz todo el pecho.
SANCHO.
¿Qué hablaba Su Señoría
Con Tello?
ÁLVARO.
Favor pedía;
Pero ya tarde llegó,
Aunque al Rey le dije yo
Lo mucho que merecía.
Vete con Dios, y á la tarde
Me vuelve á ver.
SANCHO.
Dios te guarde.
ÁLVARO.
Buscar á Tello querría,
Porque es gran descortesía,
Si me ha menester, que aguarde.

Salen D. Tello y D. Gutierre, cuñado de D. Tello.

GUTIERRE.
Vos habéis hecho un grande disparate.
TELLO.
Y vos me respondéis con que está hecho.
GUTIERRE.
Temo ¡por Dios! que el de Galicia os mate.
TELLO.
Yo estoy de aqueste brazo satisfecho.
GUTIERRE.
¿No puede haber remedio?
TELLO.
No se trate
De mostrar cobardía; que este pecho,
Que ejércitos de guerra no ha temido,
No ha de temer un paje mal nacido.
GUTIERRE.
Álvar Núñez de Sarria es caballero
De la casa de Lemos y de Osorio;
Y aunque sois mi cuñado, Tello, os quiero
Advertir que es hidalgo tan notorio,
Que no sois mejor que él.
TELLO.
Más del acero
Que de la sangre, aquí me vanaglorio;
Tarde me aconsejáis; acierte ó yerre,
Yo he de probar el suyo, don Gutierre.
GUTIERRE.
Señor cuñado, la afición notable
Que tiene el Rey de este hombre, ha procedido
Del valor de su espada.
TELLO.
No se hable
En lo valiente más; que estoy corrido.
GUTIERRE.
Pudiera darse un medio razonable
Que os estuviera bien.
TELLO.
Muy ofendido
Me siento ya de vos: basta, cuñado.
GUTIERRE.
Vuestra hermana me obliga á este cuidado.
TELLO.
Si me matare Núñez, no es mi vida
La suya; idos con Dios: esto conviene;
Que pienso que la cruz está corrida
De que esto sufra un hombre que la tiene.
GUTIERRE.
Quedad con Dios.
TELLO.
La afrenta recibida
Me ha de pagar. Álvaro Núñez viene;
Veamos cómo vuelve con mi estrago,
La blanca de San Juan, cruz de Santiago.

Salen D. Álvaro y Gonzalo.

GUTIERRE.
Pésame que hayas tenido
Con don Tello, mi cuñado,
Alvar Núñez, este enojo,
Y he querido concertaros;
Pero, pues no hay ya remedio,
Solos quedáis, y en el campo.
ÁLVARO.
Eso no, por vida mía:
Con su hermana estáis casado;
No es razón que le dejéis;

[illegible]

[illegible] nido;
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible], en fin, lo son,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] i otros cuatro,
No hará falta, aunque está solo.

[illegible]
[illegible]
[illegible] lo dije por pensar
[illegible]
Á [illegible] ir con él, que es, en fin,
[illegible]
Id con Dios, id en buen hora.

[illegible]
Si viniera á vuestro lado
Un hombre que me igualara,
No le dejara en el campo.

Al irse le tenga Gonzalo.

GONZALO.
Téngase vuesa me[illegible].
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] intarle
[illegible]
[illegible]
Porque quiero.
[illegible]ALO.
[illegible] que quiero.- ¡Extraño caso!
Si vuesa merced dijera:
«Porque temo», á fe de honrado,
Que pienso que era lo cierto.
[illegible]
¿También á vos he de daros
Cuenta de que, siendo noble,
Hago á mi nobleza agravio
En igualarme con vos?
[illegible]
¿Sabe qui[illegible]
[illegible]
[illegible]
De saber más de que [illegible]
[illegible] Don Álvaro cria[illegible]
[illegible]
Criado fué el padre [illegible]
Y cuantos reyes reinaron
En el mundo, y yo lo [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] un cuadro
[illegible]
Un hombre puesto á caballo,

[illegible]
[illegible]
[illegible] hizo al hombre.
[illegible]
Sí; mas tiene
Diferencia.
[illegible]
¡Hola, Gonzalo!
No haya más, por vida mía;
[illegible]
[illegible]ALO.
Ya puede vuesa merced,
[illegible] libre el paso,
Irse á su casa en buen hora.

[illegible]
¡Ah, soberbia! ¡Ah, dulce engaño!
La fortuna del señor
Hace arrogante al criado.

[illegible]e D. Gutierre.

ÁLVARO.
V[illegible], Gonzalo, de aquí.
[illegible]ALO.
[illegible]
ÁLVARO.
¿Estás borracho?
¿No está claro que te has de ir?
[illegible]ALO.
No sé yo que esté muy claro;
Y mira que puede ser
Que estén algunos bellacos,
Envidiosos de tu vida,
Detrás de aquestos reparos;
Y que soy quien sabes tú.
[illegible]
Vete, ignorante; que basto
Á cuantos deudos tuviere.
GONZALO.
Digo que no quiero, sabio.
ÁLVARO.
Vete noramala, pues
GONZALO.
¿Á mí me das cintarazo?
¡Vive Dios, que á no ser tú,
Y [illegible] tú de quien es amo,
Que te volviera en menudos
La pieza de aqueste agravio!

[illegible]

Sale la infanta D.ª Leonor en un balcón, con una dama.

DOÑA LEONOR.
Por aquella celosía,
Ha rato que estoy mirando
Esta pendencia, Isabel.
[illegible]
¿Quién son?
[illegible]
Don Tello y don Álvaro;

Que sobre algunas palabras
Que se habrán dicho en palacio,
Al terrero sobre el río
Salieron desafiados.

ISABEL.

Pues ¿por qué no lo remedias?

DOÑA LEONOR.

Porque gusto de mirarlos.

ISABEL.

¡Belicosa inclinación!

DOÑA LEONOR.

Tengo el corazón soldado.

ISABEL.

Ya te he visto en esos montes
Esperar con un venablo
Un jabalí.

DOÑA LEONOR.

Las mujeres
También se han eternizado
Por las armas en el mundo.

ÁLVARO.

Yo he sido desafiado,
Señor don Tello, de vos,
Y aunque estaban á mi cargo
Las armas, sola la espada
Que traigo ceñida al lado,
Escojo por armas, que ésta
Para mi defensa traigo:
No os pregunto si venís
Acompañado ni armado;
Que esa cruz responde á todo.

TELLO.

En ella pongo la mano,
Y por el que estuvo en ella,
Que ni amigo, ni criado,
Ni arma doble ó defensiva,
Jubón fuerte, peto ó jaco,
Traigo; y si queréis.....

ÁLVARO.

Teneos;
Que no es razón desnudaros,
Sino vestiros de fuerza
Y del valor heredado,

Metan mano.

TELLO.

Ya veréis si lo es el mío.

DOÑA LEONOR.

¿No es Álvar Núñez gallardo?

ISABEL.

Con razón le quiere el Rey.

DOÑA LEONOR.

Buen gusto tiene mi hermano.

TELLO.

La espada se me ha caído.

ÁLVARO.

Alzadla, porque mataros
Seguramente (1) no es justo.

TELLO.

¿Mataréisme si la alcanzo?

ÁLVARO.

Agravio hacéis á mi honor;
Mas yo os la daré en la mano,
Reñid.

TELLO.

Con vos no quisiera.

DOÑA LEONOR.

¡Qué término tan hidalgo!

ISABEL.

No tengo por discreción
Darle la espada al contrario.

TELLO.

Yo he caído.

ÁLVARO.

Y yo suspendo
La espada, y la vida os hago
De servicio.

TELLO.

De merced
Podéis decir.

DOÑA LEONOR.

¡Caso extraño!
Dos veces matarle pudo.

ISABEL.

Tello ha sido desgraciado.

TELLO.

Ó la razón no me ayuda,
Ó con este desengaño
Templa mi soberbia el cielo.
¿Si me han visto de palacio?

DOÑA LEONOR.

De la ventana me quito,
No piensen que lo he mirado.

ISABEL.

Ya te dije que los vieras
Por los cristales del marco.

La Infanta se quita.

ÁLVARO.

Gente pienso que nos mira.
¿Queréis ser mi amigo?

TELLO.

Callo
De vergüenza.

ÁLVARO.

Pues adiós,
Tello; que aquí y en el campo,
De día, de noche, solo
Ó acompañado, en gustando
Que nos veamos, saldré,
Por papel ó por criado.

Váyase D. Álvaro.

TELLO.

¿Á quién pudiera suceder la afrenta
Que con Álvaro Núñez me ha pasado,
Sino á quien es y ha sido desdichado,

(1) *Sobre* [illegible]

[illegible]
[illegible] á esta afrenta,
Por armas el camino se ha cerrado;
[illegible] la industria quedaré vengado,
[illegible]
[illegible] emprender que el Rey, por mil cami-
[nos,
[illegible]
[illegible] tan dinos.
[illegible] escribe
Su afrenta en letras de diamantes finos,
[illegible] seguro vive.

[illegible]
[illegible]

[illegible]
Mira lo que dices bien.
[illegible]
Conmigo Isabel estaba.
REY.
¿Tú lo viste?
[illegible]
[illegible]
Desde las rejas también
La pendencia de los dos.
REY.
¡Álvaro Núñez y Tello!
[illegible]
Y [illegible]
Su vida, señor, ¡por Dios!
REY.
¿De quién?
[illegible]
De Tello.
[illegible]
Eso sí;
Que me alborotaste el pecho.
DOÑA LEONOR.
Lo que don Álvaro ha hecho,
Pienso que engendrara en ti
El mismo amor que le tienes,
Cuando no se le tuvieras.
REY.
Álvaro es hombre de veras;
Que bien pienso que no vienes
Á lisonjear mi amor.
[illegible]
Por tu vida, que si fuera
Don Juan, lo mismo dijera.
[illegible]
[illegible]
Sin duda que desde aquí
Salieron desafiados.
[illegible]
Pues ¿andaban encontrados?
[illegible]
No sé, presumo que sí;
Que don Álvaro pretende
Que á Sancho Núñez se dé
La gran cruz; y como ve
Tello que su intento ofende,
Habrá tomado ocasión
Para pretender venganza.
DOÑA LEONOR.
Engañóle la esperanza
Y la loca presunción.
Con tal gracia y gallardía
Álvaro Núñez sacó
La espada y acometió,
Que dar envidia podía
Á los nueve de la fama;
Y aunque es don Tello valiente,
Y procuró diligente
Ir donde el valor le llama,
A pocos golpes, señor,
Le derribó de la mano
La espada, que fuera en vano
El ánimo ni el valor
Si don Alvaro no hiciera
Una hidalguía.
REY.
¿Qué fué?
DOÑA LEONOR.
Que la alzase.
REY.
Bien se ve
Que ningún hombre le diera
Esa licencia, á no estar
Seguro de su valor.
DOÑA LEONOR.
Tomóla, y con más rigor
Quiso por el pecho entrar
Donde cupo tal virtud;
Pero riñendo cayó.
REY.
¿Eso más le sucedió?
DOÑA LEONOR.
Parece que su salud
Y su vida procuraba
Don Álvaro, y no su muerte,
Porque de la misma suerte,
Á que se alzase esperaba.
No hay palabras, por tu vida,
Para decirte el valor
De don Álvaro.
REY.
Leonor,
Cuando á la virtud se mida
De un hombre, el amor de un rey
Justo parece.
DOÑA LEONOR.
Y lo es tanto,
Que le honras poco.
REY.
Si cuanto
Puede esta envidia sin ley
No me pusiera temor,
Tuviera tan grande aumento,
Que de su merecimiento
No pareciera menor.
DOÑA LEONOR.
Levanta adonde merece

Este caballero, hermano,
Por más que la envidia en vano
Cubra el sol que resplandece
En su generoso pecho.

REY.

No he menester quien me anime
Á que le ampare y estime,
De su virtud satisfecho.
Voy á tratar de prender
Á Tello si es necesario.

Váyase el Rey.

DOÑA LEONOR.

De tan rendido contrario,
Poco se puede temer.

ISABEL.

Bravamente has abonado
De don Álvaro el valor.

DOÑA LEONOR.

Porque he sentido tu amor,
El del Rey puse en cuidado.

ISABEL.

¿Yo amor?

DOÑA LEONOR.

Pues ¿niégasme á mí
Lo que de tus ojos sé?

ISABEL.

¿Cuándo le hablé ni miré,
Que puse sospecha en ti?

DOÑA LEONOR.

Hasme hablado bien en él;
Y honrándole tanto ya
El Rey, casarte será
Muy acertado con él.

ISABEL.

Mira, señora, que viene.

DOÑA LEONOR.

En la turbada color
Escribe, Isabel, tu amor
El que á don Álvaro tiene.

Salen D. Álvaro y Gonzalo.

ÁLVARO.

Quédate, Gonzalo, atrás;
Que es la Infanta mi señora.

DOÑA LEONOR.

Háblale despacio agora.

ISABEL.

¿Cómo podré, si te vas?

DOÑA LEONOR.

Yo no le he hablado en mi vida.

ISABEL.

Algo le puedes mandar.

ÁLVARO.

Licencia me habéis de dar
Para que la mano os pida,
Ya que tal ventura tuve.

DOÑA LEONOR.

Alzaos, Álvaro, del suelo.

ÁLVARO.

Será alzarme con el cielo;
Tan cerca del sol estuve.

DOÑA LEONOR.

Tiene Isabel gran deseo
De que vos la conozcáis
Por muy amiga.

ÁLVARO.

Si dais
Licencia á tan alto empleo
Para mi desigualdad,
Su esclavo desde hoy seré.

DOÑA LEONOR.

Que la mostréis me holgaré,
Don Álvaro, voluntad.
¿No hago buena tercera?

ISABEL.

Mucho le has dicho, señora.

ÁLVARO.

Yo me emplearé desde agora
En servirla; mas quisiera
Ser digno de tanto bien.

DOÑA LEONOR.

¿No hablas?

ISABEL.

Tengo temor.

DOÑA LEONOR.

¿Quién viene?

ÁLVARO.

El Rey mi señor.

DOÑA LEONOR.

Adiós.

ÁLVARO.

Poco dura el bien.

Váyase la Infanta con D.ª Isabel.

Salga el Rey.

REY.

¡Don Álvaro!

ÁLVARO.

Aquí me tienes,
Para tierra de tus pies.

REY.

Eso es muy bueno, después
Que á darme pesares vienes.
¿Qué has hecho desde que aquí
Con las cartas me dejaste?

ÁLVARO.

Como en ellas te ocupaste,
Á ver el campo me fuí.

REY.

¿Á ver el campo no más?

ÁLVARO.

En él anduve, señor.

REY.

Di la verdad sin temor;
Conmigo obligado estás.

ÁLVARO.

Contigo, señor, es justo;

Mas bien te puedo decir
[illegible] mentir,
[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible] llo te habló.

[illegible]

[illegible]

REY.

[illegible] stá preso.

[illegible]

[illegible]
[illegible]
Los Algarves de Algeciras
Y las galeras de Malta,
Pretende ser Gran Prior.
Pienso, señor, que ya estaba
En buena opinión contigo:
[illegible] con ignorancia,
Por mi primo te pedí,
Don Sancho Núñez de Sarria,
La gran cruz, de que n[illegible]
Justa queja y justa causa.
Apartóme, gran señor,
Mientras mirabas las cartas,
Y díjome algunas cosas
Que á respuesta me obligaban.
Respondí, desafióme,
Salí al terrero, y estaba
Con él un cuñado suyo,
Que don Gutierre se llama.
Fuése, aunque entrambos á dos,
Neciamente provocaba:
Hablamos, metimos mano;
Dióme tantas cuchilladas,
Que se me cayó.....

REY.

¿Qué dices?

ÁLVARO.

La espada, señor.

REY.

¿La espada?

ÁLVARO.

Sí, señor.

REY.

Míralo bien.

ÁLVARO.

Fué desdicha.

REY.

¡Cosa extraña!
Si bien me acuerdo, me dijo
Que fué á don Tello, la Infanta.

ÁLVARO.

No paró sólo en aquesto
La pendencia y la desgracia;
Que también caí, señor.

REY.

¿Tú caiste?

ÁLVARO.

De la capa
Pisé una punta, y caí;
M[illegible] fué la nobleza tanta
D[illegible] Tello, que me aguardó,
[illegible] pada,
A [illegible]
Esto que te he dicho basta
Para que conozcas bien
Cuánto mejor la cruz blanca
Merece, que Sancho Núñez,
Aunque también sus hazañas
Son notorias; y así el cielo,
Y todas sus luces santas,
Á don Pedro, tu heredero,
Guarden, haciendo que falsas
Todas las astrologías
Y los pronósticos salgan,
De que ha de ser tan cruel,
Que Castilla, Italia y Francia
Le llamen el cruel don Pedro,
Que escribas por él á Malta;
Que caballero tan noble
Y que en singular batalla
No me mató cuando pudo,
Bien es digno de tu gracia.

REY.

¡Extraño es el pensamiento,
La modestia y las palabras
De este caballero! ¿Hay cosa
Más nueva y extraordinaria,
Que lo que al otro sucede,
Con ser ofensa tan clara
De honor, se atribuya á sí?
¿Quién en el mundo contara
Este suceso al revés,
Sino con mucha arrogancia?
Álvaro.....

ÁLVARO.

Señor.....

REY.

Mi padre,
Cuando estas cosas trataba,
Decir solía que hay días
En la hermosura y las armas.
No me espanto que tuvieses
Feo ese día, pues basta
Que para hacer lo posible
Salga un hombre á la campaña.
Lo que es dar la cruz á Tello,
Cosa que estriba en mi gracia,
Y no en sus armas, no es justo,
Pues te quiebro la palabra.
Don Sancho será Prior;
Que caérsete la espada
No fué en su mano, ni es bien
Que la dicha se le caiga.

ÁLVARO.

Beso tus pies dos mil veces,
Rey de voluntades y almas.

REY.

Alzaos, Conde.

ÁLVARO.

¿Yo, señor?

REY.
Vos.
ÁLVARO.
De qué.
REY.
De Trastamara.
ÁLVARO.
Otra vez beso tus pies.
REY.
Ven, y firmaré las cartas
De la cruz de tu pariente;
Y otra vez que al campo salgas,
Álvaro, aprieta mejor
La del puño de la espada.
ÁLVARO.
Cuando en tu servicio sea,
Yo sé bien que la apretara,
Sin que todo el mundo fuera
Bastante para sacarla.
REY.
Pues lo que el mundo no puede,
Y en tus obras se declara,
Álvaro, ¿quieres que crea
Que Tello solo bastaba?
Anda, que el hombre discreto,
Pues Dios ni el mundo lo manda,
No ha de quitarse la honra
Ni á sus enemigos darla.
ÁLVARO.
Señor, ¿quién os ha informado
De esa manera?
REY.
La Infanta.
ÁLVARO.
Á tan buena información
No hay que replicar en nada.
REY.
Álvaro, si de los reyes
Consejos son de importancia,
Nunca te quites la honra
Para darla á quien te agravia.

ACTO TERCERO.

Salen D. Gutierre y D. Tello.

TELLO.
Si yo informase al Rey, ¿qué duda tienes
De que se conociese que es malicia?
GUTIERRE.
Pues ¿puedo yo mejor?
TELLO.
Estoy seguro
Que no lo pareciese de tu boca,
Porque, fuera del crédito, no sabe
Que hayas tenido tú con Álvar Núñez
Lo que puede obligarte á darle aviso.
GUTIERRE.
Descomponer un hombre que en el pecho
De un príncipe, tan firme, Tello, vive,
No será fácil, sino muy difícil;
Pero puesto que es hombre virtuoso,
Y que de nuestra parte está la envidia,
Los príncipes son fáciles de oído,
Y toda información les causa escándalo.
TELLO.
Bien se la puedes dar con los testigos
Que fueren á su abono necesarios,
Que todos serán deudos míos, ó tuyos,
Y que no poco daño le desean;
Demás que se murmura por la corte
Que labra el Conde aquesta fortaleza
Sobornado de aquellos enemigos
Del Rey y pretensores de su reino,
Á quien él mismo hirió.
GUTIERRE.
Todo el engaño
Se ha de fundar en esto.
TELLO.
Él mismo viene.
GUTIERRE.
Tanta arrogancia como dicha tiene.

Salen D. Álvaro y Gonzalo.

GONZALO.
Después de haber lamentado
Conmigo que no la ves
En mil años, y después
De haberla yo consolado
Diciendo que el Rey te ocupa
Con negocios de importancia,
De Aragón, Italia y Francia,
Y que no te desocupa
Ni de noche sola un hora,
Aqueste papel me dió.
ÁLVARO.
Amaba, Gonzalo, yo
La virtud de esta señora,
Su discreción y hermosura,
Mientras no llegaba á ser
El que ya viene á tener
Del cabello á la ventura.
He subido á lo que ves
Desde un humilde escudero;
Y aunque persuadirme quiero
Á no amar por interés,
Sino por propia virtud,
Ya no está mi casamiento
Sujeto á mi pensamiento:
Pésame de su inquietud.
Claro está que sin licencia
Del Rey no podré casarme,
Y de que pretende honrarme
No tengo poca advertencia,

[illegible] de la Infanta
Que sirva á doña Isabel.

GONZALO.

Lee ¡por Dios! el papel;
Paga bien afición tanta;
[illegible] bien podrás consolar
A quien supiste querer.

ÁLVARO.

Pienso que nos pueden ver
Y lo podrán sospechar.

GONZALO.

[illegible] hay aquí,
Si no damas, [illegible]lanes.

ÁLVARO.

¿Hablarélos?

GONZALO.

¡Que te allanes
A hablar con éstos ansí!

ÁLVARO.

[illegible] tomar
El consejo de mi Rey:
Divina ni humana ley
No me ha mandado quitar
Mi propio honor, para dalle
Á quien me lo quita á mí.

GONZALO.

Y aun ellos se están allí
Dando bigotes y talle,
[illegible] estás
Donde obligas á respeto.

ÁLVARO.

Este mi humilde sujeto
Los ensoberbece más.
Quiero mudar pensamiento;
[illegible] honor
[illegible] no mostrar temor,
El más importante intento.
Que es razón de estado, digo,
Mostrar, Gonzalo, el semblante,
Al enemigo, arrogante,
Y humilde con el amigo.
Pasaré delante de ellos
Con notable presunción;
Que pues enemigos son,
Más vale pasar sobre ellos.

GONZALO.

Pasa, que yo voy detrás,
En los ojos el sombrero.

ÁLVARO.

Darles pesadumbres quiero,
No quiero humildades más.

Pase D. Álvaro por delante de ellos muy grave,
[illegible]

GUTIERRE.

¿Puédese aquesto sufrir?
Mil pensamientos me dieron
De perderme.

TELLO.

[illegible] pudieron
[illegible] descompuestos salir;
Hasta el villano criado
Su loca arrogancia imita.

GUTIERRE.

¡Que el sombrero no me quita!
Conmigo se ha declarado.

TELLO.

Desde que lo está conmigo,
Con mis deudos lo ha de estar.

GUTIERRE.

Bien nos sabe atropellar,
Pues para ser enemigo,
Cualquiera, Tello. es bastante.
Vete, que ya sale el Rey.

TELLO.

Por él, Gutierre, y mi ley,
Moriré firme y constante;
Pero sufrir sinrazones
De quien era paje ayer,
No puede ser.

GUTIERRE.

Ni ha de ser,
Si á dos mil muertes me pones.

Váyase D. Tello.

Salen el Rey y un Secretario.

REY.

Llevadle vos, Secretario,
A don Sancho; que es razón
Que os honre en esta ocasión
La cédula.

SECRETARIO.

¿Es necesario
Que alguna cosa le advierta?

REY.

No más de que es Gran Prior.

SECRETARIO.

Por él os beso, señor,
Los pies.

GUTIERRE.

Basta que ya es cierta
Esta injusta provisión
De la gran cruz de San Juan
En don Sancho. ¿Qué no harán
El poder y la afición?
Perdió Tello, mi cuñado,
Por el Conde la gran cruz;
Que es oponerse á la luz
La noche, el que es desdichado;
Mas pues el Rey solo está,
¿Qué aguardo? Dame tus pies,
Invicto señor.

REY.

¿Quién es?

GUTIERRE.

¿Á Gutierre olvidas ya?

REY.

Casi no te conocía.
¿Qué quieres?

GUTIERRE.

¿No me has llamado?

REY.

¿Yo á ti?

GUTIERRE.

Sin firma me han dado
Un papel que así decía:
«El Rey manda que le habléis,
Para que digáis del Conde
Lo que sabéis.»

REY.

Corresponde
Á la intención que tenéis.
Gutierre, no te he llamado;
Pero ¿qué puedes saber
Del Conde?

GUTIERRE.

Debió de ser
Esto del papel, trazado
De quien no te quiere mal;
Mas pues que nada me quieres,
Dame licencia.

REY.

No eres
Discreto.

GUTIERRE.

Seré leal.

REY.

Ya que viniste engañado,
¿No miras que no es razón
Dejar al primer renglón
Este libro comenzado?
¿Tan ignorante soy yo,
Que cuando á informarme vienes
De las sospechas que tienes
De que el Conde me ofendió,
Ya que me has dado á entender
Lo que sabes en mi daño,
Sea verdad, ó sea engaño,
No lo tengo de saber?

GUTIERRE.

Señor, si yo no creyera
Que era Vuestra Majestad
Quien llamaba á mi lealtad,
No pienso que se atreviera,
Por temor de darle enojos.

REY.

Que vengas por lo que fuere,
Lo que sabes me refiere.

GUTIERRE.

Hallo tal gracia en tus ojos,
Que sé que no has de creer
Cómo don Nuño y don Juan,
Los que ya juntando van
Contra ti todo el poder
De Navarra y Aragón,
Al Conde de Trastamara
Tienen sobornado.

REY.

Pára.

GUTIERRE.

¿Ves como yo, con razón,
Irme y dejarte quería,
Sin avisarte del daño?

REY.

Pues ¿no se ve que es engaño?
Dime: el Conde, hechura mía
Desde el primer fundamento,
¿Me había de hacer traición?

GUTIERRE.

Señor, si estas cosas son
Mi envidia y mal pensamiento,
Ven conmigo donde veas
La fortaleza que labra;
Di que el alcaide te abra;
Que entrar á verla deseas;
Y verás que se resiste,
Y que hay dentro mil soldados
Muy bien pagados y armados.

REY.

¿Tú alcaide y soldados viste?

GUTIERRE.

Alcaide y soldados vi.

REY.

No tengo qué replicar:
Veré.

GUTIERRE.

Yo voy á trazar
Que, cuando lleguen allí,
Alguna gente parezca
Como que del fuerte sale;
Y donde fuerza no vale,
La industria me favorezca.

Váyase.

REY.

¿Que con don Juan, el enemigo mismo
De quien el Conde me libró, ha tratado
Traición tan declarada? No es posible;
Mas sí será, si las historias miro,
Antiguas y modernas, de los reinos
É imperios de los hombres, pues aquellos
Que recibieron de los reyes honra,
Son los primeros que su muerte intentan.
Á lo menos, si al Conde, si á don Álvaro,
Si á este Núñez, si al paje, si al hidalgo
Que ayer servía á los Osorios, pasa
Tal deslealtad por el villano intento,
No quiero yo aguardar cárcel, testigos,
Probanzas, defensiones y sentencias,
Apelaciones, términos jurídicos;
Mas pues justicia soy, ejecutarla.
Yo le daré de puñaladas, luego
Que el alcaide del fuerte se resista
Y no me dé las llaves.

Sale D. Álvaro.

ÁLVARO.

Dos mil veces
Me da, señor, los pies.

REY.

¿De qué, don Álvaro?

ÁLVARO.

De la merced que has hecho á Sancho Núñez.

[illegible]

[illegible] porque no presumas
[illegible]
[illegible], que, en mirándole,
[illegible]
¿Es posible que aquéste me ha ofendido?
Cond[illegible]

ÁLVARO.

Señor.....

[illegible]

Al campo quiero irme,
[illegible]

ALVARO.

Ya sabes
Que soy cera en las manos del artífice.

REY.

H[illegible]l que me aperciban en qué vaya;
Que allá os diré el camino.

[illegible]

¿Qué es aquesto?
No me ha mirado el Rey como solía.
¿Si envidiosa del sitio en que me ha puesto,
Bajarme quiere la fortuna mía?

Váyanse, y salgan D. Tello y D. Gutierre.

[illegible]

Es necesario sal[illegible]
[illegible]do el Rey quiere salir,
Para poder prevenir
La gente que es menester.

[illegible]

Finge dos ó tres soldados
Como que se van del fuerte,
Y que digan, les advierte,
Que van del Conde avisados
De que viene el Rey allí,
[illegible]que no les halle en él

[illegible]

Para enojarle con él,
Yo pienso que basta así
Por lo menos quedará
Sospechoso de traición,
Con que esta loca afición
Fin y término tendrá.
Y sobre cualquier sospecha
Asentará nuestro engaño,
Más justo para su daño
Que le acertase la flecha.

[illegible]

Sin que se viese el aljaba
[illegible]nde sale, conviene.

[illegible]LO.

Todo se intenta y previene
¿No viste con quién hablaba
Cuando me llamaste?

GUTIERRE.

Vi
Á Fadrique y á Tristán.

TELLO.

Pues todos ayudarán.

[illegible]

Sab[illegible]n ya tu intento?

[illegible]LLO.

Sí;
Que aunque tiene de su parte
[illegible]
Son tantos los enemigos,
Que me atrevo á asegurarte
Que hay para dos cuatro mil.

[illegible]

Si el Rey una vez entiende
Que éste su muerte pretende
Por invención tan sutil,
Todos, cuñado, pondrán
En su mal solicitud.

[illegible]

Bien sé que de su virtud
Tan envidiosos están,
Que si va á decir verdad
Entre los dos, bien responde
Á su gran nobleza el Conde.

[illegible]

Anda, que en tanta humildad
Como haber ayer servido
Á los Osorios de Lemos,
La grandeza en que le vemos
Basta á quitar el sentido.
Si estas mercedes del Rey
En un caballero fueran,
En su lugar estuvieran
Y era justísima ley;
Pero en Alvar Núñez.....

TELLO.

Calla;
Que la virtud más merece,
Y no poca sangre ofrece
Con que pueda acompañalla,
Pues es su pariente, y tanto,
Que los Osorios se precian
De que lo sea.

GUTIERRE.

Desprecian
Los amigos; no me espanto,
Porque levantar desean
Su sangre, y no te ayudaron
En tu pretensión.

[illegible]LO.

Mostraron
Que, aunque tan nuestros lo sean,
Á la sangre acuden más.
Ven, que pienso que ha salido
El Rey.

GUTIERRE.

No pondré en olvido,
Tello, mi afrenta jamás.

Váyanse, y salgan el Rey, con hábito de campo, y D. Álvaro.

REY.

Aquí he tenido gusto de apearme,

Enamorado de esta fortaleza,
Porque no acabo, Conde, de admirarme
De sus defensas, fuerzas y belleza.

ÁLVARO.

Si Vuestra Majestad pretende honrarme,
Mire que cuando ensalza mi bajeza
Se da la gloria á sí, pues la procura
Con dar valor á tan humilde hechura.

REY.

¡Buen foso y contrafoso, bravo puente! (Ap.)
¡Vive Dios, que, en negándome la entrada,
Que he de pasarle el pecho justamente
Con esta daga ó con aquesta espada!
¿Á mí traición?

ÁLVARO.

Estaba antiguamente
Aquesta fortaleza fabricada;
Gastóla el tiempo, y sólo había dejado
Rüinas en la hierba de este prado;
Así fué mi solar y antigua casa:
La fortaleza fueron mis abuelos,
Que el tiempo cano por el suelo arrasa;
Yo, las rüinas sobre hierba y hielos;
Tu mano soberana, la que pasa,
Y el edificio sube hasta los cielos:
De suerte que del suelo la bajeza
Puede llamarse hermosa fortaleza.

REY.

Bien habla, que es discreto, y bien seguro
De traición y maldad; la envidia creo
Que sigue su virtud; verlo procuro.
Conde.....

ÁLVARO.

Señor.....

REY.

Yo tengo gran deseo
De verla dentro.

ÁLVARO.

Está, señor, te juro,
Como por acabar.

REY.

¿Cómo no veo
Gente ni alcaide aquí?

ÁLVARO.

¿Qué alcaide y gente?
Ni la ha de haber, señor, eternamente;
Tu Majestad es el alcaide y dueño,
Y desde agora quiero que lo sepa,
Que yo no he de tener en cosa mía,
Pues todo es suyo, mas de sólo el nombre.
Las llaves son aquéstas: ¡honra tanto
Á Núñez, que del suelo levantaste,
Que te nombres alcaide de esta fuerza!
Toma, señor, las llaves; entra, mírala;
Toma la posesión, no hay dentro nadie,
Porque aun no tienen rejas las ventanas
Ni hay acabada sala ni aposento.

REY.

¿Hay cosa semejante? ¡Oh, fiera envidia,
¡Cómo te causa la virtud enojos
Y á su divina luz ciegan tus ojos!
¡Álzate del suelo, Conde!

ÁLVARO.

Las llaves has de tomar;
Esto á tu valor responde.

REY.

La envidia quiere mostrar
Lo que contra el Conde esconde:
De esta vez me satisfago,
Y mayor merced le hago.

ÁLVARO.

¡En qué peligro me vi!

REY.

Levantaos, no estéis así,
Gran Maestre de Santiago.

ÁLVARO.

¿Hablas de veras, señor?

REY.

Á quien sirve tan de veras,
Bien es premiar su valor.
¡Ojalá que me debieras
Tantas obras como amor!

ÁLVARO.

Más conozco que te debo
Por honrarme de este modo
Que por los premios que llevo;
Tú eres el dueño de todo,
No hay que ofrecerte de nuevo.
Mas entra, por vida mía.

REY.

Después, cuando esté acabada.

Salen D. Gutierre y D. Tello con cuatro ballesteros.

TELLO.

Mi envidia en vano porfía.

GUTIERRE.

¿Cómo ha de vencerla en nada
Quien la verdad desafía?
El Rey primero llegó.

TELLO.

Retira los ballesteros.

GUTIERRE.

Antes es mejor que yo
Me esconda.

TELLO.

Fueron primeros
Los cielos que éste agradó.
Retírate, y escondido.
Me espera, que llega el Rey.

GUTIERRE.

¡Notable desdicha ha sido!
Mas por justísima ley
Tan mal nos ha sucedido.

Váyase D. Gutierre.

REY.

¿Qué gente es ésta?

ÁLVARO.

Señor,
Deben de ser cazadores.

REY.

¿Si me engaña y es traidor?

ÁLVARO.

¿Si [illegible] tieren es[illegible]
[illegible]
¿No [illegible] ente, quién es, quién va?

TELLO.

Don Tello.

ÁLVARO.

El Rey está aquí.

TELLO.

Señor, esos pies me da.

REY.

¿Adónde vas, Tello, así?

ÁLVARO.

Á caza pienso que irá.

TELLO.

Sí, señor, á cazar voy.

REY.

Sin duda, pues se ha turbado,
Quiso matarte.

ÁLVARO.

Y [illegible]
Tan seguro en tu sagrado,
Que esta licencia les doy;
[illegible] muy cierto
Que Tello viene á cazar.

REY.

Tello, que caces te advierto
Lo que puedas alcanzar
Con el pecho descubierto.

TELLO.

¿Díceslo porque los pies
Puse en esta tierra, que es
Del Conde de Trastamara?
Porque yo no la pisara
Por gusto ó por int[illegible],
Á no saber que lo hago
Como amigo.

ÁLVARO.

[illegible] justo pago.

REY.

Aquesta tierra advertid
Que no es del Conde; decid
Del Maestre de Santiago.

Váyase el Rey con el Conde.

TELLO.

¿Hay cosa semejante, hay tal desdicha?
Mientras más sigo la virtud de este hombre,
Más lejos voy de la venganza mía.

Sale D. Gutierre.

GUTIERRE.

¿Qué es esto?

TELLO.

¿No lo ves? ¡Más desventuras,
Más afrentas, más penas, más rigores!
Turbéme como aquel que á la luz clara
Suele salir de un aposento obscuro,
Que el Conde es sol, y obscuridad mi envidia.
Díjome el Rey que aquello solamente
Que pudiese alcanzar cazase, y fuese
Con pecho descubierto; y respondíle
Que en la tierra del Conde, como amigo,
Me atreviera á cazar, y replicóme
Que no era ya del Conde.

GUTIERRE.

¿Qué me dices?

TELLO.

Sino del Gran Maestre de Santiago.

GUTIERRE.

Luego ¿hale hecho el Rey su Gran Maestre?

TELLO.

Pues ¿eso dudas?

GUTIERRE.

¡Vive Dios, don Tello,
Que me huelgo en extremo que lo sea,
Porque ha de ser del Conde la rüina!

TELLO.

¿De qué manera?

GUTIERRE.

Enojaráse el mundo,
Y vuelto contra él, lo harán pedazos;
Tenlo por buena nueva, y ven conmigo;
Que quiero revolver alguna cosa
Con que de todo punto descansemos.

TELLO.

¡Plega á Dios que no sea en nuestro daño;
Que siempre la virtud vence al engaño!

GUTIERRE.

Como esos virtuosos hay vencidos,
Con envidiosa industria derribados.

TELLO.

Y ¡cuántos envidiosos castigados!

Salen Gonzalo, D.ª Juana y Lucía.

GONZALO.

Esto responde al papel
(Perdonad la brevedad),
Que fué con Su Majestad.

JUANA.

¡Qué desdeñoso y cruel!

GONZALO.

No digas, que no es razón,
Que el Conde cruel ha sido.

JUANA.

Si á quien tanto le ha querido
Le ha dado este galardón,
¿Qué nombre le puede dar?

GONZALO.

Lee primero el papel.

JUANA.

Es echar suertes con él
Y salirme siempre azar.

Lea.

«La fortuna de mis cosas

Ha subido á tal extremo,
Que, aunque te puedo querer,
Satisfacerte no puedo.
Ya es fuerza que el Rey me case
Por preciso mandamiento
De doña Leonor, su hermana,
Á quien tantas honras debo.
Sirvo una dama en Palacio.....»

JUANA.

No mandes que pase de esto.

GONZALO.

Pasa adelante, ¡por Dios!

Lea.

«Bien sabe, señora, el cielo
Lo que de esto me ha pesado,
Y el sentimiento que tengo;
Pero pues que yo me caso,
Trataré tu casamiento
Con un hijo de mi hermana
Y de don Pedro Sarmiento,
Que hoy ó mañana le aguardo,
Y daréte en dote.....»

GONZALO.

Pienso
Que no te agravia: lee más.

JUANA.

¿Qué gano si al Conde pierdo?

LUCÍA.

Anda, señora, que es justo
Que te acomodes al tiempo.
Álvaro Núnez querías,
Y pues que ya no es el mismo
El Conde de Trastamara,
No te quejes.

JUANA.

Ya no puedo.

LUCÍA.

Lee á ver lo que te da.

JUANA.

Lea.

«Daréte en dote dos villas;
Y hago muy poco en aquesto,
Pues del Rey las recibí.»

GONZALO.

¿Qué respondes?

JUANA.

Que no puedo
Negar que el Conde me paga,
No lo que puede, aunque es menos
De lo que con él tuviera,
Por lo mucho que le quiero,
Aunque, como antes solía,
Sirviera al Conde de Lemos.

LUCÍA.

¿Con qué remata el papel?

JUANA.

Con aqueste ofrecimiento
Y el «Dios te guarde» ordinario
Los años de mi deseo.

GONZALO.

En efecto, ¿qué respondes?

JUANA.

El papel voy á escribir.

LUCÍA.

Procúrale persuadir
Que á su gusto correspondes,
Y cásate de su mano.

JUANA.

Yo voy: esperadme aquí.

Váyase D.ª Juana.

LUCÍA.

Y él, ¿con quién me casa á mí?
Diga, señor cortesano,
¿Qué sobrino tiene allá?
¿Qué villas que darme en dote?

GONZALO.

Yo, hermana, soy un guillote;
No doy, pues nadie me da.
Si el Conde villas ofrece,
Es de lo que el Rey le ha dado.
Si estás con ese cuidado,
Y tu amor también merece
Que te case de mi nombre,
Lo que me dió te daré:
Desde que en palacio entré
Para ser su gentilhombre,
Dos vestidos desechados.
Si éstas mis villas han sido,
Cásate con un vestido,
Que es dote que dan criados;
Mas si á falta de un sobrino,
Ya que no he llegado á ser
Conde, aunque suelo esconder
Carne y pan, frutas y vino,
Vesme aquí.

LUCÍA.

Más quiero yo
Un Gonzalo como tú,
Que mil señorías.

GONZALO.

¡Hu!

LUCÍA.

¿Admíraste?

GONZALO.

Luego ¿no?

LUCÍA.

Entra, no te hallen aquí,
Y adentro te esconderás
Mientras escribe.

GONZALO.

No hay más:
¿Soy tuyo?

LUCÍA.

Digo que sí;
Pero no digas mañana
Que la Infanta te mandó

[illegible]vir dama.

[illegible]

[illegible] yo

[illegible] hermana

[illegible]

LUCÍA.

Como el mío la cocina.

[illegible]ALO.

Escóndeme en la cantina,
Y trae dos dedos de pan.

Váyanse.

[illegible]

ALMIRANTE.

[illegible]r más reinos, señor, y monarquías
Que vieron los asirios y los medos,
O de Alejandro los famosos días,
No diera yo lugar á los enredos
De la envidia, que oprime las virtudes,
Ni al vulgo vil en sus celosos miedos.
El ver tantos pesares é inquietudes,
Me obliga á proponeros el estrago
Que puede hacer.

[illegible]

¿Á tu nobleza acudes?

[illegible]

Á mis obligaciones satisfago.
Notable confusión y sentimiento
Es ver, señor, Maestre de Santiago
Un hombre que era ayer.....

REY.

Paso; con tiento.
Hablad bien, Almirante; que es el Conde
Digno de tal merced.

ALMIRANTE.

Así lo siento.

REY.

Á la envidia y sus fábulas responde
Que yo lo puedo hacer y yo lo quiero,
Y que esto con mi gusto corresponde.
¿No había de ser hombre y caballero
Este Maestre? Caballero es y hombre
Á quien lo doy, que á los demás prefiero.

ALMIRANTE.

Pudiera haber alguno de más nombre,
Que hubiera en las fronteras con los moros
Merecido esa cruz; y no te asombre
Que quien gastó su sangre y sus tesoros,
Sienta que premies.....

[illegible]

No paséis delante.
Con quien he de mirar tantos decoros,
¿[illegible] le debo la vida?

ALMIRANTE.

No te espante
Que diga la inquietud de algunos pechos.

[illegible]

Si se la di, ¿paréceos, Almirante,
[illegible] por dejar quejosos satisfechos
Le quitaré la cruz?

ALMIRANTE.

Ley es tu gusto;
Honrar sus pechos has tomado á pecho:
Perdona su intención, y á mí el disgusto

Váyase el Almirante.

Entre D. Alvaro.

ÁLVARO.

Aunque, á mi afición rendida,
Veo mi suerte subir
Tan altamente mi vida,
Pienso que puedo decir
Que es fortuna merecida.
Con tanta humildad procedo,
Procurando á todos bien,
Que estoy seguro del miedo
En que los grandes se ven,
Pues de lo que soy no excedo.
Aunque sabe Dios que fuera
Más contento para mí,
Que el sol que en mí reverbera
Hiciera solsticio en mí
Y se parara en su esfera.
Aquí está el Rey. Gran señor,
¿Cómo os fué anoche? que tengo
Queja de aquel disfavor,
Pues cuando á serviros vengo,
Dejáis burlado mi amor.
Pero dél forzado fuí
Á la calle que rondé,
Hasta que en las puertas vi
Del alba al sol; mas no fué
Sol que salió para mí.
¿Cómo, señor, no me habláis?
¿Cómo el rostro me escondéis?
¿Cómo sin luz me dejáis?
Mas no es mucho, si me hacéis,
Que también me deshagáis.
¿Cómo me tratáis así
Estando solos los dos?
¿Qué os habrán dicho de mí
Á los que pesa que vos
Hagáis edificio en mí?
Pues no, señor soberano,
No pase así, ni Dios quiera
Que os cause enojo un villano
Que está en vos como la cera,
Del artífice en la mano.
Como el sol á la humedad,
Levantaste mi humildad:
Si vuestro rostro mis nieblas
Coronaron de tinieblas,
Salga vuestra claridad.

REY.

Álvaro Núñez, yo soy
Rey; no es bien que á nadie asombre
Ver que un hombre haciendo voy,
Que no es mucho hacer un hombre
Desde el poder en que estoy.
De esto están los libros llenos,

Porque en esto á Dios verás
Que imitan los reyes buenos;
Y yo, para hacerte más,
Quisiera que fueras menos.
  Yo empleo muy bien en ti
Esto que llaman poder,
Pues tu virtud conocí;
Lo que no he podido hacer
Es que te estimen así.
  Si fueras un caballero,
Título ó persona igual,
Quisieran lo que yo quiero;
Que nace el quererte mal
De que á muchos te prefiero.
  Está el reino alborotado
De que el Maestrazgo te di,
Y de esto estoy con cuidado.

ÁLVARO.

¿De eso estáis, señor, así?
Albricias hubiera dado
  Por saber esta ocasión
Cuando fué mi provisión;
Ni mis sospechas sabían
Que á reyes entristecían
Cosas que tan viles son.
  Porque cuando triste os vi,
Dije, señor, entre mí:
«¿Qué reino se habrá perdido?
¿Qué batalla habrá vencido
El Rey de Granada, Alí?»
  ¿Los grandes, por mi ocasión,
Invicto señor, se alteran?
Éstas las cédulas son,
Y ojalá que reinos fueran
De Nápoles y Aragón.
  Tomad; dadlas á quien sea
Digno por méritos tales,
Ó porque más las desea;
Preferid los principales,
Para que mejor se vea
  Vuestro claro entendimiento;
Que yo, pues mi nacimiento
Humilde es cosa tan clara,
De Conde de Trastamara
Estoy pagado y contento.
  Por muchas razones hallo
Que volvéroslas es ley,
Y aquesta sola no callo;
Que no ha de estar triste un rey
Porque se alegre un vasallo.
  Ya por vos ó ya por mí,
Maestre fuí de Santiago;
Haré cuenta que lo fuí,
Y que os doy carta de pago
Del cargo que recibí.
  Bien podrán envidias mías
Decir que fué desigual;
Mas no dirán sus porfías
Que hice mi oficio mal,
Pues que le tuve dos días.
  Nunca yo, por su provecho,
Esta gran cruz estimé;
Mas si enemigos sospecho,
De su grandeza me holgué
Porque me guardase el pecho.
  Que cuando la vi, de suerte
Me entristeció el desengaño,
Aunque de ser cruz me advierte,
Que me pareció del paño
Del túmulo de mi muerte.
  Que de la envidia sabía
Que, como el demonio suele,
Detrás de la cruz venía,
Porque, en efecto, le duele
Ver premiar la virtud mía.
  La cédula veis aquí;
Haced Maestre, sin mí,
Que pueda el reino alabaros;
Que á ser maestro de amaros,
Nadie me igualara á mí.

REY.

  Mientras que más considero,
Conde, tu grande humildad,
Más en mi amor te prefiero;
Tú sabes mi voluntad,
Y yo sé lo que te quiero.
  Envidia te ha perseguido;
Siempre persigue al honrado,
Al discreto, al bien nacido,
Porque nunca el desdichado
Envidiosos ha tenido.
  La cédula con vergüenza
Tomo, porque no hay poder
Con que todo un reino venza,
No más de por suspender
La sedición que comienza.
  Conozco que vuelvo atrás
Firma y palabra jamás
Ofendida entre hombres buenos;
Pero ni yo puedo menos,
Ni tú agora puedes más.
  Esta liberalidad
Con que la cruz vuelves, es
Mayor que mi majestad;
Que dar, y tomar después,
Infama la autoridad.
  Mas tú, que á mí me la das,
Es señal que vales más;
Que un Rey dar á un Conde, es ley
Justa, pero un Conde á un Rey,
No se habrá visto jamás.
  Bien piensan tus enemigos
Repartir la cruz en sí;
Mas yo los haré testigos
De que, saliendo de ti,
No sale de mis amigos.
  Á mi hijo la daré;
Que es bien que en mi sangre esté
La que de ti recibí;
Y darésela por mí
Para que á tus pies esté.
  No tendrán que murmurar

Los que pensaron llevar
La cruz de Santiago en peso,
Aunque [illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]
Invictísimo [illegible].
[illegible]

REY.

[illegible]
Y de serlo estoy contento.
[illegible] de Santiago
[illegible] de vos,
Y vos veréis si os lo pago.

Váyase el Rey.

ÁLVARO.

Guárdeos muchos años Dios:
De ese amor me satisfago.
Alto subir, de la potencia ha sido
De un generoso Príncipe, por senda
Fácil de la virtud, como en contienda
[illegible]er la envidia en premio merecido.
Ni de arrogancia ni ambición movido,
[illegible]re mi pecho que llegar emprenda
Adonde el mundo que se alcanza entienda
Por la virtud lo que á mis obras pido.
¡Oh, dura envidia, aunque tu sombra asombre
Al sol de la virtud en tantas partes,
Á mí no es bien que tu rigor me asombre!
¡Los fraudes ejercita de tus artes;
Que apartando de Dios al primer hombre,
No es maravilla que de un rey me apartes!

Salen el Almirante, D. Tello, D. Gutierre y D. [illegible] acompañando á la infanta D.ª Leonor, y D.ª Isabel detrás y D. Tristán.

DOÑA LEONOR.

Aquí podéis quedaros, Almirante.

ALMIRANTE.

¿Qué era lo que decía á Vuestra Alteza
Su Majestad agora?

DOÑA LEONOR.

Yo os prometo
Que, aunque me pesa, lo he tenido en mucho.
Supo el Conde que estaban descontentos
Los grandes, ó los grandes envidiosos,
De que fuese Maestre de Santiago,
Y pudiendo tenerlo y defenderse,
Con humildad la cédula le ha vuelto.

ALMIRANTE.

Cierto que obliga el Conde á amarle mucho.

[illegible]

Aquí está el Conde.

[illegible]

¡Oh Conde!

[illegible]

Vuestra Alteza
[illegible] dé los pies.

DOÑA LEONOR.

Pensaba hallaros triste
Y estarlo yo con vos de este suceso.

ÁLVARO.

Lo que no sea por alguno adverso
Estarlo el Rey ó Vuestra Alteza, creo
Que no podrá, señora, entristecerme
Si me viese volver á mis principios.

DOÑA LEONOR.

También doña Isabel está muy triste.

ÁLVARO.

Bien puede darle Vuestra Alteza el pésame;
Que ella es quien pierde lo que yo perdiere.

ISABEL.

Yo, Conde, gano tanto en estimarme
Por las mercedes que me hacéis, que en tanto
Que no os pierda yo á vos, no tiene el mundo
Pérdida que me obligue á sentimiento.

DOÑA LEONOR.

Agora ya parece que lo sientes.
Quédense, caballeros; adiós, Conde:
No he visto más honrado caballero;
Quiérele mucho tú, pues yo le quiero.

Váyanse la Infanta y D.ª Isabel.

GUTIERRE.

¿Fué reverencia?

TELLO.

Pues ¿no?
¡La Infanta á un vil escudero!
¿Á qué príncipe extranjero
Tal favor se concedió?

GUTIERRE.

Habla bajo, no te entienda.

ÁLVARO.

¿Hay semejante favor?
¿Ha nacido algún valor
Digno de tan alta prenda?
Dichoso el hombre mil veces,
Caballeros, que merezca
Ser marido de la Infanta,
Si es posible merecerla.
Dichoso y más que dichoso
El que tanta dicha tenga;
Envidie su dicha el mundo,
Nadie á su dicha se atreva.
Por único venturoso,
Tenido de todos sea,
Por Alejandro en las dichas,
Como aquél lo fué en las guerras.

ALMIRANTE.

Vos tenéis mucha razón;
Y porque de algunas quejas
Deseo satisfaceros,
Oídme.

ÁLVARO.

¿Adónde?

ALMIRANTE.

Acá fuera;
Que soy muy servidor vuestro.

ÁLVARO.

Á tiempo, Almirante, llegan;
Que como tan señor mío,
Ya las doy por satisfechas.

Váyanse el Almirante y D. Álvaro.

DON FÉLIX.

Yo pienso que os pareció
Que le hizo reverencia,
Que no fué tan declarada.

TRISTÁN.

Bastaba el acometerla,
Bastaba que solamente
Inclinara la cabeza,
Para ser desigualdad
No vista de tanta Alteza
Á tan nueva Señoría.

TELLO.

Tristán, que sea ó no sea,
No estriba en eso la culpa;
Yo he visto, y es cosa cierta,
Que piensa aqueste villano
Que ha de casarse con ella:
¿No lo veis en sus razones?

GUTIERRE.

Si ellas bien se consideran,
Las bendiciones bastaban.

TRISTÁN.

Á lo menos, vese en ellas
Que es género de alabanza;
Como que á sí se las echa,
Vanaglorioso de ver
Que esta señora le quiera,
Y con públicos favores
Le estime y le favorezca.

TELLO.

Alto camino ¡por Dios!
De su destrucción se muestra:
No haréis de manera, primos,
Que el Rey su locura entienda.

DON FÉLIX.

Si queréis que se lo diga,
Fiad de mi intento y lengua,
Que yo dé ocasión al Rey
Que le mate ó le aborrezca.

GUTIERRE.

Él viene, y pues de los dos
Ya tiene alguna sospecha,
Vosotros podéis quedaros
Para que ninguna tenga.

Váyanse D. Gutierre y D. Tello.

Salga el Rey.

REY.

¿No estaba aquí don Álvaro?

DON FÉLIX.

Ya es ido
Á dar satisfacción al Almirante
De haber hablado necio y atrevido.

REY.

¿Con quién, Tristán?

TRISTÁN.

Con la señora Infanta.

REY.

¿Qué dices?

TRISTÁN.

Lo que has hecho y consentido
Para que el mundo de tu amor se espante,
Hase alabado aquí; mas no lo digo,
Porque del Conde no hay hablar contigo.

REY.

Haber puesto los ojos en el Conde,
Que por tantas virtudes lo merece,
Á sola mi grandeza corresponde:
De paso del favor, la envidia crece.

DON FÉLIX.

Señor, nuestra nobleza te responde,
Y la antigua lealtad nos favorece,
De hacer un hombre, ¿quién culparte puede?
Al hombre sí, que á tu favor excede.
¿Es bueno que pretenda el casamiento
De la señora Infanta?

REY.

Salte afuera,
Don Félix.

DON FÉLIX.

Bien temí tu pensamiento,
Y que tu engaño.....

REY.

Acaba.

TRISTÁN.

Considera.....

REY.

Tristán, en ti cupiera atrevimiento
Para poderme hablar de esta manera;
Que en él es imposible.

TRISTÁN.

El Almirante
Sabe que se alabó.

REY.

Quitaos delante.

Váyanse.

REY.

Suma infelicidad es la corona;
Pero si el hombre, en lo que ordena el cielo,
Habla atrevido, esta disculpa abona,
No su maldad, mas que el poder del suelo.
¿Por qué razón persiguen tu persona,
Álvaro Núñez, tu virtud, tu celo,
Tu lealtad, tus servicios? Mas quien pide
Á la envidia razón, el viento mide.
¡Válame Dios! ¿Si acaso está culpado?
¿Si ha tenido, por dicha, atrevimiento,
En su fortuna el Conde confiado,
Para emprender tan alto casamiento?
¡Si esto fuese verdad, por Dios sagrado,
Que hiciese en él tan áspero escarmiento,

[illegible] Amán al punto en que le [illegible].
[illegible]
¡[illegible]
[illegible] amores con mi hermana,
[illegible]
[illegible]

[illegible] la Infanta.

[illegible]

[illegible]

En tanto que le advierto
[illegible]
Me puedes esperar.

REY.

Seas bien venida.

[illegible]

[illegible], tu vida

REY.

Á verte [illegible]

[illegible]

Y yo [illegible] á verte.

REY.

¿No sabes como trato de casarte?

DOÑA LEONOR.

¿Eso, señor, me dices de esa suerte?

REY.

Pues ¿cómo quieres tú que llegue á hablarte?

DOÑA LEONOR.

De la persona y del lugar me advierte.
¿Es Francia, Ingalaterra, ó en qué parte?

REY.

En España, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Cosa es extraña.
¿Rey tiene para mí mancebo España?

REY.

No es rey, vasallo es mío.

DOÑA LEONOR.

¿Tu vasallo?
[illegible] aguardo más; perdóname.

REY.

Detente.

DOÑA LEONOR.

Ofendome á mí misma en escuchallo.

REY.

[illegible] es tu gusto.

DOÑA LEONOR.

¿No eres más prudente?

REY.

Y por tu gusto quiero concertallo.

DOÑA LEONOR.

La fama, la opinión, la envidia miente;
Que ni de éste ni de otro casamiento
He tenido primero movimiento.

REY.

Si gusto yo, ¿no harás, Leonor, mi gusto?

DOÑA LEONOR.

Por tu gusto, señor, cualquiera cosa.

REY.

Basta quererlo yo para ser justo.

DOÑA LEONOR.

Ya estoy para saberlo deseosa

REY.

Honrar quiero á quien es.

DOÑA LEONOR.

Y fuera injusto
No darle honor, que es cosa muy forzosa,
Si siendo tu vasallo es tu cuñado.

REY.

El Conde, hermana, tengo imaginado.

DOÑA LEONOR.

¿Qué Conde?

REY.

Trastamara.

DOÑA LEONOR.

Habrás perdido
El seso.

Ella haga que se va.

REY.

Vuelve, vuelve.

DOÑA LEONOR.

Mi obediencia
Me obliga, pero sé que has ofendido
Tu sangre, tu valor y tu prudencia;
Y si otro que mi hermano hubiera sido
Quien tanto provocara mi paciencia,
Yo sé que con mis manos le quitara
La vida.

Haga que se va.

REY.

Aguarda.

DOÑA LEONOR.

¿Que me aguarde?

REY.

Pára.

DOÑA LEONOR.

Véngote yo á pedir que ese hombre cases
Con Isabel, mi dama, por honralle,
Sabiendo que le quieres, por hacerte
Lisonja, y llega á tanto desatino
Tu loco amor, que esta locura intenta:
Primero me daré mil veces muerte.

Haga que se va.

REY.

Espera, hermana.

DOÑA LEONOR.

¡Suelta!

REY.

Escucha; advierte:
Si quieres tú también que le casemos
Con Isabel, y tienes de eso gusto,
También le tengo yo; perdona, y mira
Que amor pudo obligarme, y aun forzarme.

DOÑA LEONOR.

Por ser amor, perdono tu locura:

Confiésame que estás arrepentido.

REY.

Estoylo tanto, que si hacer pudiera
Venganza en mí, sospecho que la hiciera.
Parte, y llama á Isabel, por vida tuya;
Que quiero que los dos se casen luego,
Y asegurar con esto alguna envidia
Que me puso en saber, sin gusto mío,
Si le tenías de este casamiento;
Que si dices que sí, ¡por Dios, que pienso
Que atravieso tu pecho!

DOÑA LEONOR.

Agora quiero
Disculparte, y mis brazos quiero darte;
Que otra cosa no pudo disculparte.

REY.

Yo espero, hermana, al Conde, que he gustado
Que él propio dé la cruz á don Fadrique,
Mi hijo y de quien sabes; porque entiendan
Los que han sido la causa que la deje,
Que él mismo de su gusto se la ha dado;
Y aquí vendrá muy bien quedar casado.

DOÑA LEONOR.

Yo voy, señor.

REY.

Aquí, Leonor, te espero.
¡Qué noble y desdichado caballero!
Pero mayor desdicha hubiera sido
Si no fuera envidiado,
Pues de ser estimado
Nace la envidia con el bien nacido.

Váyanse, y salen Gonzalo y D. Vasco, primo de don Álvaro.

GONZALO.

Yo sé que ha de recibir
De verte grande contento.

VASCO.

No puedo yo presumir,
Si él traza mi casamiento,
Que haya más bien que pedir.

GONZALO.

Es hidalga y principal
Cuando ha nacido mujer.

VASCO.

Si no fuera nuestro igual,
No pudiera el Conde hacer
Á su sangre agravio tal.

GONZALO.

Á Palacio la ha traído
El de Lemos, porque el Rey
La honre.

VASCO.

Dichoso he sido.

Sale el Conde de Lemos, y D.ª Juana detrás, Lucía, criados y el padre.

LEMOS.

De su mano, es justa ley
Tengáis tan noble marido.

JUANA.

Yo, señor, soy vuestra hechura;
Los servicios de mi madre
Merecen tanta ventura.

LEMOS.

La obligación de su padre,
Su buen crédito asegura.

Salen el Almirante, y D. Gutierre, y D. Tello, y don Félix, y D. Tristán, y detrás D. Fadrique, niño, con el manto blanco de la Orden, y el hábito de Santiago, en medio, y descubran una cortina, donde se vea un altar, y dos sillas á los lados, en que estén el Rey y la Infanta con sus almohadas á los pies.

GUTIERRE.

¿Adónde va de esta suerte?

TELLO.

Confusión y maravilla
Me causa el mismo silencio.

GUTIERRE.

¡Cuán en vano solicitas
Derribar, don Tello, al Conde!

TELLO.

El Rey está en la capilla
Con la Infanta.

GUTIERRE.

Mucho temo
Que entienda nuestra malicia.

ÁLVARO.

Aquí está, Príncipe sacro,
Don Fadrique, con la insignia
Del santo Patrón de España.

REY.

De vuestra mano ofrecida,
Honrará mi propia sangre.
Yo os la di, porque sabía
Que ninguno como vos
La mereciera en Castilla;
Y vos, por hacer Maestres
Que con sus armas os sigan
Cuando conquistéis por mí
Las fronteras de Sevilla,
Á mi hijo se la dais;
Y así, quiero que, ceñida
De vuestra mano la espada,
Cuando la gobierne, diga
Que le armaste caballero.

ÁLVARO.

Pues queréis que se la ciña,
Yo se la pongo, señor,
Porque espero que algún día
Será espanto de los moros.

Póngale la espada.

Y pues es tiempo que os pida
Mercedes, sabed que caso
Mi primo don Vasco Díaz
Con doña Juana de Lara.
Hincad los dos las rodillas,

Para que Su Majestad
Os dé sus manos.

Llegan los dos.

LEMOS.

Su antigua
Sangre y su mucho valor,
Á apadrinarlos me obliga:
Cualquiera merced merecen.

REY.

Conde, yo también querría
Casaros.

ÁLVARO.

De vuestra mano,
¿Qué mayor ventura mía?

REY.

Doña Isabel de Vivero,
De vuestro valor es digna.

DOÑA LEONOR.

Y yo soy, Conde, también
Quien ha de ser la madrina,
Y fía en el dote al Rey.

TELLO.

¡De envidia pierdo la vida!
Pero el suceso de todo
Y la fuerza de la envidia,
Que ha sido historia notable,
Aunque de muchos escrita
Con pasión, de Álvaro Núñez,
Siguiendo la verdad misma,
Para la segunda parte
Al autor se le permita;
Que aquí acaba en la primera
La Fortuna merecida.

FIN.

LANZA POR LANZA, LA DE LUIS DE ALMANZA

LANZA POR LANZA, LA DE LUIS DE ALMANZA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA AVENDAÑO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Luis de Almanza.
El Rey.
Lope de Ayala.
Martín Velasco.
Aliatar, *rey moro.*
El señor de Benavente.
Audalí, *moro.*
Robledo.
Gonzalo, *gracioso.*
Doña Leonor, *dama.*
La Reina.
Un portero.
Un alabardero.

ACTO PRIMERO.

De adentro:

De la pacífica oliva
Y del vencedor laurel,
Corone el tiempo á Isabel,
Y Alfonso el onceno viva.

Atabales, y luego chirimías, y salgan Luis de Almanza y Gonzalo.

GONZALO.

¡Notable día!

LUIS.

El mejor
Que tiene un rey me parece;
Que aunque aquel en que le ofrece
La obediencia es el mayor,
Porque la mano le besan
Como á señor natural,
Éste, que con palio Real
Le reciben, le confiesan,
Con el poder absoluto
De su altiva majestad,
La más rendida lealtad
Y el más señoril tributo.

GONZALO.

¡Lindo oficio le ha cabido!
Yo confieso que si fuera
Rey, que me desvaneciera
Viéndome, señor, metido
Bajo del palio. No hay cosa
Acá en nuestra humanidad,
Tanto á la Divinidad

[illegible]
[illegible]n,
[illegible]cristo lleva
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]on el hombre

[illegible]

No;

[illegible]
[illegible] se pueden imitar
En algo. Di, el hombre y Dios,
[illegible]

LUIS.

Sí;

Mas diferente es aquí
[illegible]nisterioso en los dos.
En lo humano es corto el sér,
Y el cielo del palio vi[illegible]
[illegible]
[illegible] abajo el poder.
Pero esto quédese aquí;
Que estas materias no son
Para ti.

GONZALO.

Tienes razón;
[illegible] soy pobre, y no nací
[illegible]n dicha de argumentar;
[illegible]quello que llega á ser
En el que es rico saber,
[illegible] pobre ignorar.
[illegible]
[illegible]

LUIS.

Eso, lindamente;
Que tu ingenio, suficiente
[illegible]ara poder pintallo.

[illegible]

Pues no lo quiero pintar
Por haberme concedido
Que tengo ingenio lucido
Para sólo retratar
[illegible]stia; que es decir
Que tengo de bestia yo
Algo también.

[illegible]

[illegible] no,
Que has llegado ya á sentir;
[illegible]tia, Gonzalo,
[illegible]ede haber sentimiento.

GONZALO.

Pues aun otra cosa siento
[illegible]o más que ésta.

[illegible]

Eso es malo.

[illegible]

Cuando todos los señores
Están, porque el Rey empieza
Á reinar, y su grandeza
Á mercedes y favores
Se reduce, granjeando
Su gracia, ¿quieres partirte
A la guerra, y divertirte
Deste poder y este mando?
[illegible] tú el que justamente
En Castilla y en León
Gozas título y blasón
[illegible] Luis de Almanza el valiente?
No eres tú el que en diez batallas
[illegible]dado con diez victorias
Laureles, triunfos y glorias
[illegible]
Alimentado; y por fuerte
Y bravo, el Andalucía,
No admira en ti cada día
La guadaña de la muerte?
[illegible] en lo que es calidad,
Nadie en Castilla te excede,
Y Alfonso el onceno puede
Fiar de tu autoridad
Su privanza y su justicia;
[illegible] por lo menos, señor,
Conozco de tu valor
Que no has de errar de malicia.
Asiste, ¡cuerpo de Cristo!
[illegible] que Dios también te ha dado
Partes para ser privado,
Y estás con todos bienquisto.
¿Todo ha de ser pelear,
Herir, matar y vencer?

LUIS.

Gonzalo, del merecer
Se sigue luego el mandar;
Y sirvo, justificando
Mi justicia y mi razón,
Para el premio en la ocasión.

GONZALO.

Pues sepamos hasta cuándo
Ha de durar el servir,
Y en qué tiempo has de gozar
Del tener y del mandar,
Si no es eterno el vivir.
Pareciérame muy bien
Que muchos años sirvieras,
[illegible]peraras cuando fueras
[illegible]eral Matusalem.
Si en cuarenta años de edad,
Los veinte al Rey has servido,
[illegible]
De tu vida la mitad,
¿Qué más te pueden pedir?

LUIS.

Yo á ti, que calles no más;
Y si es que cansado estás
[illegible]perar y de servir,
Quédate; que está cercado
Alcañices, y pues soy
General del Rey, estoy
Á socorrerle obligado.

GONZALO.

Fácil se me hiciera todo

Á no haberme el cielo puesto
Contigo un hombre indigesto,
Que en el lenguaje y el modo
  Tiene, inclinado á mi injuria,
Impulsos de torbellino,
Y lóbrego, y saturnino,
Está consultado en furia;
  Y á pagar de mi dinero,
Que puede el hombre tener,
Si asiste con Lucifer,
Título de cancerbero.

LUIS.
¿Quién es?

GONZALO.
¿Cómo quién? Robledo,
Un hombre de quien pudiera
Holofernes, si viviera,
Esconderse y tener miedo.
  Dice que porque gracejo,
Que no me puedo salvar,
Y que tengo de dejar
En sus manos el pellejo.

Sale Robledo.

ROBLEDO.
¡Vive Cristo, que está ya
Gracejando!

GONZALO.
El rayo viene
Sobre mí.

ROBLEDO.
La culpa tiene
Quien escuchándole está.
  ¿Habemos nacido aquí
En algún signo fluslera,
Andeligo, ó tabanera,
Ó han de ser todos así
  Tembladeras de oropel?
Si es por gracioso malquisto:
Aprenda ¡cuerpo de Cristo!
Oficio, y viva con él.

GONZALO.
Si es la gracia natural,
¿Qué le tengo yo de hacer?

ROBLEDO.
Buen remedio: no comer
Un día, ó comer muy mal.
  Y vendrán á ser ajenos
La chilindrina y el modo.

GONZALO.
¿Y si acabamos con todo?

ROBLEDO.
Pues ¿qué importa un bufón menos?

GONZALO.
Yo he de vivir, que he nacido
Católico.

ROBLEDO.
Pues yo quiero
Que no viva placentero,
Sino triste y compungido
  Tres días en la semana
Siquiera.

GONZALO.
¿Y los otros tres?

ROBLEDO.
Gracioso sin entremés,
Dos horas cada mañana.

GONZALO.
¿Gracioso al fin limitado,
Con alforja?

ROBLEDO.
Alforja ó no,
Volverá un hombre, sé yo,
De gracioso, en desgraciado;
  Y aun agora.....

LUIS.
Bueno está,
Que estoy aquí.

ROBLEDO.
Si no fuera
Por eso, ¿dónde estuviera,
Narices?

Tocan una caja.

LUIS.
¿Qué es esto?

ROBLEDO.
Ya
  Está rabiando tu gente
Por verse hiriendo y matando,
Cuando tú estás escuchando
Á un hombre sin honra.

GONZALO.
Miente
  Quien dijere que ha mostrado
Robledo en esto mal gusto.

ROBLEDO.
Sangrarme pueden del susto;
Acogióseme á sagrado.

GONZALO.
  Mi vida estuvo en un tris;
Jigote me imaginó.

LUIS.
Con donaire le torció
El camino del mentís.
  Primero tengo de ver
Entrar el Rey en Palacio.

ROBLEDO.
Pues después, tras ese espacio,
Puede ir allá Lucifer.

LUIS.
  Todo es fácil de sufrir
En su mucha valentía.

GONZALO.
Para jabalí valía
Lo que pesa.

LUIS.
Recibir
  La Reina á Su Majestad
Quisiera ver.

[illegible]

[illegible].
[illegible] amor,
Y [illegible] lad.
[illegible] Pimentel
[illegible] ne.

[illegible]

[illegible] viene:
[illegible] lo, y en él
Hay tanto sol, que pu[illegible]
[illegible]
[illegible] plata al mar,
Con alas de blanda cera;
[illegible],
[illegible] fanar fuera error
Las aras de su valor
[illegible] las manos del deseo.

[illegible]

[illegible]

Su Majestad llega ya,
Y sale por otra parte
La Reina.

[illegible]

Perdone Marte;
Que Venus reinando está.

ROBLEDO.

El señor de Benavente
Trae el estoque.

LUIS.

En Castilla,
No empleará su cuchilla
En nadie más dignamente.

[illegible]

Padre de doña Leonor,
¡Claro está!

GONZALO.

¡Tomad si afloja
La malicia!

[illegible]

En cuanto moja
El mar, ni la luz mayor
Del cielo alumbra y termina,
Imposible es pueda hallarse
En quien pueda aventajarse
Elección tan peregrina.

GONZALO.

¡Vítor! Aunque sean ciento,
La Pimentela pudiera
Ser tres veces camarera
Del día del Sacramento.

ROBLEDO.

No quiero gracias que van
Uñas arriba, que son
Sendas de la Inquisición.

[illegible]

¿Hipérbole?

ROBLEDO.

Pan por pan.
Soy cristiano, y no querría
Hipérboles ó dïablos;
[illegible] para mí esos vocablos
Todos son algarabía.

GONZALO.

¡Ay! ¡Qué ha dicho de la fe!

ROBLEDO.

Lo que della sé y entiendo,
Á puñadas lo defiendo.

LUIS.

Pues ¿Robledo?

ROBLEDO.

Ya se fué
Quien lo dijo.

LUIS.

Aquí en Palacio
Cualquiera descompostura
Se tiene por gran locura.

ROBLEDO.

Juzgan acá muy despacio;
En el templo suelo yo
Hablar si me hacen por qué.

GONZALO.

¡Ay! ¿Qué ha dicho?

ROBLEDO.

¿No podré
Matarle siquiera?

LUIS.

No.

ROBLEDO.

Arméla. De ir á penar,
Dios me lleve á padecer
Adonde no es menester
Licencia para matar.

Chirimías, por una parte el Rey, el señor de Benavente, Lope de Ayala y Martín Velasco; por otra la Reina, D.ª Leonor Pimentel, asida á la falda, y doña Sancha de Quiñones.

REINA.

Goce Vuestra Majestad
Mil años la posesión
En que Castilla y León
Le ha mostrado su lealtad;
Que á ser posible á la mía
Reducir en paz ó en guerra
El ámbito de la tierra
Á sola una monarquía,
Monarca del mundo fuera,
Y por mayor interés,
Á tus católicos pies
Mi boca también pusiera.

REY.

Tan superior ofrecer,
Sólo puede ya dejar
En mi pecho qué estimar,
Pero no qué encarecer.
Si de cuanto mira y dora
El sol, desde polo á polo,
Único, absoluto y solo,
Dichosamente, señora,

Me viera, ó si Dios criara
Nuevos mundos, y en sus leyes
Supeditara más reyes
Que hoy vasallos, estimara
En más el haber nacido
Para ser vuestro, que ser
Á tan superior poder
Llamado y constituído.

DOÑA LEONOR.

Vea Vuestra Majestad,
Cristianísimo Monarca,
Del protervo heresiarca
Reducida la impiedad;
Y libre vea también
Del Otomano malquisto,
El salpicado de Cristo
Sepulcro en Jerusalén.

REY.

Mil años, doña Leonor,
Os guarde Dios; que bien creo
Que es como vuestro el deseo
Con tan heroico valor.

REINA.

Haga Vuestra Majestad
Mercedes hoy, pues es día
Que ha empezado en mi alegría
Su mayor felicidad.
Un Emperador romano,
Un día que á nadie dió
Nada, dicen que lloró
La cortedad de su mano.
Y aquí dirá algún curioso,
Si ve esta acción detenida,
Que el ejemplo se le olvida
Del romano generoso.

REY.

Vuestra Majestad, señora,
Haga mercedes por mí;
Que todo es suyo, y aquí
Poderoso soy agora
Para poner mi grandeza
En sus manos; que á los dos
Nos hizo, señora, Dios,
De un mismo sér y nobleza.
En el poderoso, es vicio
El limitar su poder,
Porque el no dar, viene á ser
Riqueza sin ejercicio.
Distribuir y premiar,
Imitan de Dios la alteza;
Que la más noble grandeza
Es el tener para dar.

REINA.

Quien tan bien sabe advertir,
Acertar debe.

REY.

Y agora,
Fuerza es que sepa, señora,
Obedecer y servir.

Vanse la Reina y damas.

LOPE.

Este sol, que en líneas de oro,
Por su eclíptica se mueve,
Alma en cielo y fuego en nieve,
Es lo que admiro y adoro.

MARTÍN.

Á esta suprema deidad,
Llena de almas y sentidos,
Viven los míos rendidos.

LUIS.

Poderosa Majestad
De Alfonso, méritos son
De un espíritu valiente,
Diez victorias, sangre ardiente,
Ser noble y leal corazón.
Dadme á Leonor por mujer,
Y como César segundo,
En las tres partes del mundo
Dilatarás tu poder;
Que si llego á ser tu dueño,
Reconocido tributo
De tu poder absoluto,
Haré este mundo pequeño.

ROBLEDO.

Parece que estás aquí
Temeroso.

LUIS.

Estoy, Robledo,
Despedido ya, y no puedo
Parecer.

GONZALO.

Llégate, y di.....

ROBLEDO.

Pues ni ha de decir ni hacer.

GONZALO.

Lo que yo digo no es malo.

ROBLEDO.

Aquí no hay gracias, Gonzalo.

LUIS.

¿Queréisme echar á perder?

REY.

Llegad todos á pedir
Mercedes.

LOPE.

Agora, amor,
Es tiempo; sin tu favor
Será imposible el vivir.
Ninguno se ha de oponer
Á mi amoroso cuidado;
En mi pecho, conspirado
Con mi sangre mi poder.

MARTÍN.

Fortuna, ampara mi intento,
Y obediente haré que entiendas
De gentilezas ofrendas
Mi justo agradecimiento.
Dispónme la voluntad
De Leonor, y serán luego
Desta hermosa Troya el fuego,
Mi sangre y mi calidad;
Que si esta gloria me ofreces,

Por ser dos almas juntas,
[illegible] infinitas vidas,
Muera [illegible]

REY.

[illegible] de Benavente,
[illegible]
[illegible] fundar quiero
En [illegible] valor tan prudente.
[illegible] tal vuestro saber,
[illegible]
En la nave deste reino
El piloto habéis de ser.
[illegible] juvenil y ardiente,
[illegible] liberal,
Y [illegible] la parte prudencial,
Vos dispondréis cuerdamente.
[illegible]
Lo altivo que en mí se encierra,
Ni haré remisa la guerra,
[illegible]
Que al fin advertiros quiero,
Que los aciertos de un rey,
Ajustados á la ley,
Nacen del buen consejero.

SEÑOR DE BENAVENTE.

Señor, Vuestra Majestad
Da en sus florecientes años
Evidentes desengaños
De su prudente bondad.
Y no sólo su valor
[illegible]mplo á muchos reyes,
[illegible] de las leyes
[illegible] Trajano defensor.
Cuarenta años he servido
Á su padre, en que he gastado,
Fuera del alma, el cuidado,
En sus cosas divertido;
[illegible]gora vengo á pedir,
Gran señor, y á suplicar,
[illegible]
[illegible]migo solo á morir;
[illegible]ece cosa im[illegible],
[illegible] venas,
Fulminar vidas ajenas
Sin reparar en la propia.

REY.

[illegible]

[illegible]
[illegible] la piden, y quisiera,
[illegible], que en tanta igualdad,
[illegible]
Al que ha de ser eligiera.

REY.

Eso no he de hacer; que aquí
Lo que nos toca á los dos,
Es el elegir á vos,
Y hacerle merced á mí.
Mirad á cuál de los tres
Nombráis; que yo me prefiero
Á que veáis lo que os quiero,
En lo que hiciere después.
Pero elegid con cuidado;
Que aquel que fuere, ha de ser
El que venga á poseer
Cuanto vos habéis dejado;
Que justamente confío
De vuestro honroso gobierno,
Que el que eligiereis vos yerno,
Ha de ser privado mío.
Y pues sólo pretendéis
Dar cuenta de vos á Dios,
Sólo quiero que otro vos
En vuestro lugar dejéis.

SEÑOR DE BENAVENTE.

Yo pagaré este favor
Con que sea aquel que fuere,
El que en serviros pusiere
Más asistencia y valor.

Hínquense de rodillas al Rey, Lope de Ayala y Martín Velasco.

LOPE.

Si puedo.....

MARTÍN.

Si en merecella.....

REY.

No tenéis que hablarme á mí
En esta causa; que aquí
Su padre es el dueño della.
Él haga lo que le toca,
Que yo haré lo que prometo.

Vase el Rey.

LOPE.

El Rey de Córdoba, inquieto,
[illegible]
Adonde pone los pies
Alfonso.

[illegible]

Si el mundo fuera
En quien el fin consistiera
De tan precios[illegible]
Con preciosos parabienes
Fuera Alfonso, cosa es llana,
La diadema soberana
En sus católicas sienes.

[illegible]

Faltannos acá razones,
Habla tú también aquí.
¿Hate Dios criado á ti
Para andar por los rincones?
[illegible]die en el mundo nació

Que te iguale.

GONZALO.

Ni ha nacido.

ROBLEDO.

Si ha nacido, ó no ha nacido,
Basta que lo diga yo.

LUIS.

Aunque despedido estoy,
Curioso en este lugar,
He querido ver entrar
Al Rey; pero ya me voy.

SEÑOR DE BENAVENTE.

¡Pluguiera á Dios que mis años
Fueran menos; que yo fuera,
Y en esta ocasión sirviera!
Pero son muchos los daños
Del tiempo.

LUIS.

Yo voy contento
Á merecer y á servir,
Sin que pueda presumir
Mi atrevido pensamiento
Igualdad ni competencia
Con estos dos caballeros;
Que á tan valientes aceros
No hay humana resistencia.

SEÑOR DE BENAVENTE.

De sus dos competidores
Hace mayor el poder.
Éste pienso que ha de ser
El que goce los favores
De Leonor, el *sí* y la mano;
Que aquel que no vitupera
Al contrario, en Dios espera
Con celo honroso y cristiano.
Yo aseguro que tenéis
En mí un verdadero amigo.

GONZALO.

Esto basta por castigo
De estos dos.

ROBLEDO.

¿En qué lo veis?

GONZALO.

En lo que á mí me parece.

ROBLEDO.

Pues ¿no os ha de parecer
Á vos lo que puede ser?

GONZALO.

Pues he de estarme en mis trece,
¡Juro á Cristo!

SEÑOR DE BENAVENTE.

¿Qué es aquesto?

LUIS.

Competencias suyas son:
Siguen contraria opinión
En todo; pero con esto,
El cielo, señor, les dió
Igualmente, en su porfía,
Buen donaire y valentía.

SEÑOR DE BENAVENTE.

¿Quién es el valiente?

GONZALO.

Yo.

ROBLEDO.

¿Tengo también de tener
Paciencia con esto?

LUIS.

Sí;
Que yo sabré hablar aquí
Tan bien como vos hacer.
Este, señor, es Robledo.

SEÑOR DE BENAVENTE.

Es un bizarro soldado,
Y á fe que estoy informado
De su valiente denuedo.

ROBLEDO.

Háceme aquesta gallina
Regañar, y ¡voto á Dios,
Que me va ya de los dos
Oliendo el uno á cecina!

LUIS.

Basta, Robledo.

ROBLEDO.

Veamos
Quién mete en esta ocasión
Por sus manos en León
Cabeza de moro.

GONZALO.

Vamos;
Que ¡por vida de los truenos
Del más arriscado día,
Que ya que no hay valentía,
Que hay industria por lo menos!

SEÑOR DE BENAVENTE.

Una cadena le espera
Al que cabeza cortada
Me trujere.

ROBLEDO.

Adelantada
Dárseme, señor, pudiera.

GONZALO.

Embargo hasta que volvamos,
Por el refrán de Castilla:
Uno piensa y otro ensilla.

LUIS.

Todos á merecer vamos.

Váyanse, y queden solos Lope de Ayala y Martín Velasco.

MARTÍN.

Lope de Ayala, á la guerra
Ya Luis de Almanza se va,
Y Castilla sabe ya
El grande esfuerzo que encierra;
Y si llega á pelear
Ha de llevarse á Leonor,
Porque es tanto su valor,
Que ha de vencer y obligar.
Juntemos nuestros amigos,
Nuestros deudos y aliados,
Y en escuadrones formados

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] libramos
[illegible] Altar prendem[illegible],
[illegible]
[illegible] ompitamos.

[illegible]

[illegible] la dilación [illegible]
[illegible]
[illegible] llegar
A [illegible] npo, y la dilación
[illegible] r dañosa.

MARTÍN.

Vamos, que después podremos
Competir, cuando acabemos
Con empresa tan dichosa.

Vanse, y salen la Reina y Leonor.

REINA.

Es tu padre un caballero
Prudente y sabio, Leonor.

[illegible]

No es mucho, si ese favor
[illegible] l premio.

[illegible]

Yo le quiero
Tiernamente; en todo ha sido
El amparo universal
Del reino, y siempre leal
[illegible] cosas ha acudido
Del Rey, mi señor; lealtad
Que debe siempre fiel
La sangre de Pimentel.

[illegible]

[illegible]
Los pies por tanto favor
Como á mi padre y á mí
Nos hace.

REINA.

[illegible] bese así
A tal sangre y tal valor.
[illegible] es que te han prendido,
Elegir dice qu[illegible]
[illegible] el que mejor sirviere
Al Rey. ¡Qué prudente ha sido!
[illegible] ro dime una verdad:
¿Solas estamos agora?

[illegible]

En nada, pondré, señora,
[illegible] guna dificultad.

[illegible]

[illegible] res te inclinas?
Lícitamente podrás
Inclinarte al uno más.
No te turbes. ¿Imaginas
[illegible] la inclinación
En cosas que son tan justas?

LEONOR.

Perdóneme, si tú gustas,
Mi avergonzada intención.
Sin duda pienso, señora,
Que en mi nacimiento Marte
Influyó la mayor parte,
Que lo que más me enamora
De un hombre, es la valentía;
Y si á cobarde le diera
La mano, á manos muriera
De la infeliz suerte mía.
Tantas guerras ha vencido
Luis de Almanza, que, en rigor,
Ya le juzgo vencedor
En mi corazón rendid[illegible].

[illegible]

Dicen que á fuerza de brazos
Tiene un molino, y si abraza
A un hombre, lo despedaza
Entre sus estrechos lazos;
Y desto hay quien fué testigo
En León.

LEONOR.

Créolo ansí;
Pero ¿qué me importa á mí,
Si no ha de luchar conmigo?

REINA.

A mí me causara horror
Tener un hombre á mi lado
Tan fuerte y desatinado.

LEONOR.

El que se rinde al amor
Tiernamente, vive en calma;
Que aunque las fuerzas se niegan
A lo amoroso, no llegan
A los términos del alma.

Sale Gonzalo.

GONZALO.

El señor de Benavente
Pensé que estaría aquí.

REINA.

Llega, y quién eres me di.

[illegible]

Un soldado muy valiente.

REINA.

Mucho tu pasión te [illegible],
Si no es que te has engañado.

GONZALO.

He nacido desgraciado
Y no tengo quién lo diga,
Aunque el cielo me lo dió,
Y por no andar sobornando
Los que escriben alabando,
Soy mi coronista yo.

REINA.

Pues de aquí adelante di

[illegible] Debe decir otra cosa, pues no hace sentido y [illegible]

Que ignoras en el saber,
Ó que no debes de ser
Lo que tú dices de ti.

GONZALO.

Lindamente lo adelgaza
Vuestra Majestad.

REINA.

Ó miente
El talle, ó para valiente
Tienes muy bellaca traza.

GONZALO.

Para comedia era malo,
Silbo hubiera de misterio,
Con popular vituperio.

REINA.

¿Cómo te llamas?

GONZALO.

Gonzalo.

REINA.

Y ¿para qué buscas, di,
Á Fernando Pimentel?

GONZALO.

Quisiera encontrar con él,
Sin que él me derribe á mí.
Díjonos Su Señoría,
Á mí y á otro soldado
De mi tierra, más doblado,
Que aquel que con valentía
Meta cabeza de moro,
Sin decir vuelva mañana,
Premiará de buena gana
Con una cadena de oro.
Pero yo, que me aconsejo
Conmigo, vengo á saber
Si siendo (que puede ser)
Cabeza de moro viejo,
El premio se perderá
Por lo tal.

LEONOR.

Donaire tiene.

REINA.

El caso dudas previene;
Que tan viejo ser podrá,
Que le hayan muerto sus años
Sin darle ninguna herida.

GONZALO.

La dificultad sabida,
Menores son los engaños.
Demás, que si no es útil
Viejo moro degollado,
Bercebú venga cargado
Con una cabeza inútil;
Que yo no quiero tener
Tan miserable ejercicio,
Porque es muy bellaco oficio
Cortar para no comer.

Sale Robledo.

ROBLEDO.

Oigan adónde se ha entrado:
Él se nos quiere quedar,
Y lo tengo de llevar.

REINA.

¿Quién es?

GONZALO.

El otro soldado.

REINA.

Este soldado, ¿es valiente?

ROBLEDO.

En cuanto el sol determina
No nació mayor gallina.

REINA.

Él lo niega.

ROBLEDO.

Pues él miente.

REINA.

Si miente, ¿cómo apostó
Contigo á traer cabeza
De moro?

ROBLEDO.

Es muy linda pieza;
Él graceja, y mato yo.
Y, una de dos: ó dejar
De ser gracioso, señora,
Para siempre desde agora,
Ó le tengo de pringar.

GONZALO.

¡Lindo torrezno!

LEONOR.

Éstos son
Los que andan siempre encontrados
En su parecer, criados
De Luis de Almanza.

REINA.

Razón
Tendrán los que tienen gusto
En la casa donde están,
Que poca ocasión darán
Á la causa del digusto.
Luis de Almanza, ¿es muy valiente?

GONZALO.

Señora.....

ROBLEDO.

Yo lo diré,
Que lo he visto.

GONZALO.

Y yo lo sé.

ROBLEDO.

Sois un embustero.

GONZALO.

Miente
El año cuando no da
Los frutos que ha prometido.

ROBLEDO.

De anguilla me ha desmentido
(Éste enojándome va),
Otra vez metiendo historia,
Y en empezando á formar,
El mentís ha de llevar
Antes de la escapatoria.
Luis de Almanza ha muerto ya
Tantos moros, que recelo

Que en las [illegible] del cielo
No hay tanta [illegible]

[illegible]

Nadie p[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] moros que ha embanastado
[illegible]len haberse contad[illegible],
[illegible] estrellas, no.

REINA.

En esto tiene razón.

[illegible]

Pues ¿cuándo no la ha tenido
Dentro en Palacio, el que ha sido
Determinado bufón?

LEONOR.

Éste me parece aquí
Que es valiente.

[illegible]A.

Cumpliera
Mal, Leonor, si no lo fuera,
Teniendo este talle. Á mí
Me toca también el dar
Al que cabeza trujere,
Una joya.

Vase la Reina.

ROBLEDO.

Pues espere,
Que por aquí ha de mediar.

GONZALO.

Si he de mediar ó si no,
Á Dios he de dar la cuenta.

ROBLEDO.

Otra vez que me desmienta,
Con hilachas, quizá yo
Le enviaré á que se la dé.

LEONOR.

¡Ah, soldado!

ROBLEDO.

¿Adónde va
Si no es soldado?

GONZALO.

Pues ya
Á la guerra voy, y sé
Que no he de volver quebrado.

[illegible]

Toma, y dile al dueño tu[illegible]
De mi parte, que esto es suyo,
Aunque acá se lo ha dejado.

Dale un bolsillo en que ha de estar dentro su retrato; vase.

ROBLEDO.

¿Olvidado se lo deja?

[illegible]

Veamos qué puede ser.

[illegible]

Acérquese, y llegue á oler,
Llevará entre ceja y ceja.
Dinero será.

GONZALO.

Excusada
Necedad: sólo ha podido
El que en posada ha dormido,
Dejar la bolsa olvidada.

ROBLEDO.

No pudiera.

GONZALO.

Veamos, pues.

ROBLEDO.

Luis de Almanza sólo quiero
Que llegue á verlo primero,
Y que él me diga lo que es.

GONZALO.

¿Perderemos la lealtad?

ROBLEDO.

No, que no puede perder
Ni ganar quien llega á ser
Tan bufón.

GONZALO.

Así es verdad;
Pero al fin de la jornada
He de decir, ¡vive el cielo!
Si me enojo, lo que suelo.

ROBLEDO.

¿Qué suele?

GONZALO.

No decir nada.

ACTO SEGUNDO.

Sale Aliatar, rey moro, y Audalí.

AUDALÍ.

Si está Alcañices cercado
Por tu gente, y afligido,
¿Qué temes acobardado?
Muchas veces á partido
El lugar se hubiera dado
Si pensara hallar en ti
Clemencia.

ALIATAR.

Temo, Audalí,
El rayo de los cristianos,
En cuyas valientes manos
Puso el cielo contra mí
Dos esferas que fulminan
De cada golpe diez rayos,
Y á tanto daño se inclinan,
Que entre mortales desmayos
A la muerte se encaminan.
¿Sabes quién es?

AUDALÍ.
Sí, señor;
¿Quién puede ser que no sea
Luis de Almanza?
ALIATAR.
Este temor
Solamente señorea
Mi espíritu y mi valor.
¡Qué vasallo tiene allí
Alfonso! Déme sus manos,
Y dile al cielo, Audalí,
Que llueva después cristianos
Para arrojarme de aquí.
Diez batallas vence un hombre,
Y diez victorias ostenta:
¿Á quién habrá que no asombre,
Ver que mortal alimenta
De eternidades su nombre?
Cuando le admiro cruel,
Con el sangriento laurel,
Su fama pienso que toma
Nuestro profeta Mahoma,
Y que nos castiga en él.
Y cuando atiendo á la copia
Que ha muerto su brazo fuerte,
Que es pienso, y no es cosa impropia,
Pesquisidor de la muerte,
Con poder en causa propia.
Si á mi reino me trocara
Este vasallo, yo hiciera
Que el mundo me respetara;
Temblando en Roma estuviera
La pontifical tiara.

Sale Hazén.

HAZÉN.
Haz, señor, que toquen luego
Á recoger, ponte en orden;
Que vienen á sangre y fuego
Los cristianos, y al desorden
El vencimiento le niego.
ALIATAR.
¿Viene por su general
Luis de Almanza?
HAZÉN.
No, señor.
ALIATAR.
Toma este rubí oriental,
Cuyo encendido esplendor
Pide un turbante Real.
En efecto, ¿cierto estás
De que no viene con ellos
Luis de Almanza?
HAZÉN.
Tú podrás
Ver el desengaño en ellos.
ALIATAR.
¿Qué tengo que darte más?
Mis brazos. Este español,
Hijo de la luz del sol,
Míreme vencer siquiera
Un día desde su esfera,
Y no en sangriento arrebol.
AUDALÍ.
No te cojan divertido.
ALIATAR.
Para gente que ha venido
Sin Luis de Almanza, no importa;
El brazo que menos corta,
Veré en su sangre teñido.
HAZÉN.
Delante de su escuadrón
Te miran dos generales.
ALIATAR.
¿Dos vienen? Perdidos son;
Que en mandatos desiguales,
Lo animoso es confusión.
En esta caja nos da,
Con voz de parche, á entender
Su gente que embiste ya.
¡Ea, amigos, á vencer,
Que cierta la gloria está!

Vanse, sacando las espadas: salen Lope de Ayala Martín Velasco, con bastones, y soldados.

LOPE.
¡Ea, soldados valientes,
Embestid por esta parte
Furiosos y diligentes!
MARTÍN.
Mal podrá el precipitarse
Mirar los inconvenientes;
Cojamos por la eminencia
Dese montecillo abajo
El llano.
LOPE.
Será imprudencia;
Que han de salir al atajo,
Y es mayor la resistencia.
MARTÍN.
El sitio reconozcamos
Primero.
LOPE.
Adelante vamos.
MARTÍN.
Habémonos de perder.
LOPE.
¿Venimos aquí á temer?
MARTÍN.
¿Qué es á temer? Embistamos.

Entren, suene adentro guerra, y vuelvan á salir los dos.

LOPE.
La muchedumbre es inmensa
De los moros, y parece
Imposible la defensa.
MARTÍN.
Quien al peligro se ofrece

[illegible]
Perdido va.

[illegible]

¿Qué haremos?
Al monte nos retiremos.

[illegible]

A [illegible]

[illegible]

Sé
Que atrevidamente erré.
¡Al monte, que nos perdemos!

Vanse, y salen Aliatar y Audalí y otros moros.

ALIATAR.

Teneos, no los sigáis;
Que han de volver despechados
Si acaso los apartáis,
Y en el monte retirados
Los tendréis cuando queráis;
Imposible es que ninguno
[illegible] ya escapar,
Y han de morir uno á uno:
¡Ah, cómo me pienso hartar
De su sangre, hasta aquí ayuno!
Veamos quién le valdrá
Á su escuadrón donde está.

Sale Hazén.

HAZÉN.

Huye, que sin duda alguna
Se nos volvió la fortuna:
Luis de Almanza viene ya.

ALIATAR.

¿Qué dices?

HAZÉN.

¿Qué he de decir?
Al monte ha visto subir
Los ya de ti retirados,
Y viene con mil soldados
Por otra parte á embestir.

ALIATAR.

Con que dijeras que viene,
Bastaba para decirme
Que vienen mil; no conviene
Ni esperar ni resistirme.

HAZÉN.

¿Qué importa, si ya nos tiene
Tomado el paso?

ALIATAR.

Esto es hecho;
Embistamos por lo estrecho
De esa ladera. ¡Ah, Mahoma,
Qué presto en mis dichas toma
La resistencia tu pecho!

Váyase, suene dentro la batalla, salgan los moros huyendo de los cristianos, y Luis de Almanza quédese en el teatro con Aliatar.

ALIATAR.

Ya no puedo resistir
Tu fuerza ni tu poder
¿Cómo un rey se ha de rendir?

LUIS.

Vasallo, puedo vencer,
Y tú, siendo rey, morir.

ALIATAR.

Rendido estoy á tus manos,
Venganza de los cristianos.

LUIS.

Como á rey te trataré;
Que cuanto te debo sé
En los preceptos humanos.
No me des las armas, no;
Que á otro Rey se las darás,
De quien soy vasallo yo,
Y que te estima dirás
El mismo que te venció.

ALIATAR.

En tus pies pondré mi boca.

LUIS.

Eso tampoco te toca;
Que aunque de contraria ley,
En los respetos de un rey,
La razón sin ley provoca.
Ven y veráte vencido
Toda tu gente.

ALIATAR.

Y rendido
Á la siempre heroica mano
Del más valiente cristiano
Que en nuestra España ha nacido.

Vanse, y salen Hazén y Audalí.

AUDALÍ.

¿Qué tenemos que esperar,
Si va cautivo Aliatar?

HAZÉN.

¡Preso nuestro Rey ¡ah cielo!
De Luis de Almanza; recelo
Que te dejas sobornar!
Un cristiano viene allí:
¡Oh, qué gallarda ocasión!

Sale Gonzalo.

GONZALO.

Estos moros viejos son:
No hay cabeza para mí.

Vase.

Sale Robledo, ensangrentadas las manos, con una cabeza de un moro.

ROBLEDO.

¿Pensabais que era venir
Á la guerra á gracejar?
Eso sí, Gonzalo, huir;
Los árboles, al temblar,

Piensa que le han de herir.
En los bienes y en los males
No son los hombres iguales;
Y por aquel que se va
De la fiesta donde está,
Toco yo los atabales.

HAZÉN.

¡Huye del rayo, Audalí!

AUDALÍ.

¡Que me mata!.....

HAZÉN.

¡Que me ha muerto!.....

Vanse los moros.

ROBLEDO.

Que no los comerá allí,
¡Lindos dos tajos les dí!
Oigan, y qué embadurnado
Me deja el menudo moro.....

Asome Gonzalo la cabeza.

Esta cabeza he cortado,
Y huele á cadena de oro;
En este lienzo morado,
Arropada habéis de estar,
Y en mi talega metida;
Ya que pretendo mediar,
Á mí mismo iréis asida,
Que á nadie os he de fiar.
Fuente es ésta; aquí me quiero
Lavar las manos primero
Que pueda la sangre seca
De los devotos de Meca
Avecindarse en el cuero.

Ponga la cabeza envuelta en un tafetán, lávese las manos y enjúguese con una talega.

GONZALO.

Dios ponga tiento en mis pies,
Que el lance famoso es;
Y esta cepa que esta aquí,
Me viene de molde á mí.

Vaya desenvolviendo el tafetán.

Lavad, hijo, que después
Os darán allá el jabón;
Ciégale tú, San Antón,
Y tú, San Blas, mi abogado,
Tenle el pescuezo envarado,
Mientras dura el trascartón;
Que si no me sale mal
Esta empezada quimera,
Ofrezco á tu templo Real
Una cabeza de cera
Y una cepa de cristal.

Mete la cepa en la talega, y salen Luis de Almanza y Gonzalo.

LUIS.

Ya, Robledo, no hay qué hacer.

ROBLEDO.

Pues bien le puedes volver
Á la muerte su guadaña,
Si lo breve de esta hazaña
Fué suyo con tu poder.

LUIS.

¿Qué es?

ROBLEDO.

Dirá Gonzalo
Tan bien como yo.

GONZALO.

Y mejor.....
Una cabeza de palo
En una apuesta, señor;
Es él el bueno, y yo el malo.

ROBLEDO.

Lindamente les saliera
Á tus dos competidores
El coger la delantera
Si tardas.....

LUIS.

Que los honores
En todos tiempos quisiera.
Cuando veo que su error
Ha nacido de su amor,
Aunque parece su culpa
Que es muy grande, su disculpa
Viene á ser mucho mayor.

ROBLEDO.

Oigan cuál bajan del cerro
Después que tú les has dado
A los moros pan de perro.

De adentro:

¡Victoria!.....

ROBLEDO.

Y la han trabajado.
Repiquen con un cencerro.

LUIS.

Robledo, ¡por vida mía.....

GONZALO.

No callará si lo queman.

ROBLEDO.

Á vos, gracejante arpía,
Que los bufones blasfeman
De su honra cada día.

LUIS.

El más prudente castigo
Es honrar al enemigo;
Que si son falsos los pechos,
Más avergüenzan sus hechos
Las alabanzas que digo.

Y las [illegible]
[illegible]
[illegible] nde;
[illegible]
Arrepentirse el agravio.

Salen Lope de Ayala y Martín Velasco

L[illegible].
[illegible] que está
Del cerco y de la [illegible],
Alcañices libre ya.

LUIS.
De vuestro fuerte escuadrón
Es la gloria.

ROBLEDO.
Claro está.

LUIS.
De vuestro encuentro rendidos
Y destrozados, llegaron
Á mis manos abatidos
Los moros, y ansí quedaron,
En llegando yo, vencidos;
Y aunque el decir que he llegado,
[illegible]
Del socorro que os he dado,
Errar puedo en el decir,
Pero es error sin cuidado;
Que en la guerra sois tan buenos
Y de temor tan ajenos
Los dos en igual compás,
Que no digo que soy más,
Sino que sin mí sois menos.
Y aunque es verdad que os concedo
Que vuestros brazos aspiran
Á más de lo que yo puedo,
Golpes hay que no se tiran,
Y los introduce el miedo.

MARTÍN.
Con equívocas razones
Nos está dando á entender
Sus triunfos y sus blasones.

LOPE.
Toquemos á recoger,
Y marchen los escuadrones;
Que en León decir podremos
Que por nosotros venció.
Nuestra gente recogemos.

L[illegible].
Marchad, pues, que ya voy yo.

[illegible]
Unos tras otros iremos.

Vanse.

LUIS.
Ea, voluntad, agora
Que acabó mi obligación,
Veamos á la que adora
Mi rendido corazón,
Ya que matando enamora.
Vuélveme á dar el recado.

Saque del pecho el bolsillo, y de él un retrato de D.ª Leonor.

ROBLEDO.
Diez veces lo hè duplicado:
«Toma, y dile al dueño tuyo
De mi parte, que esto es suyo,
Aunque acá se lo ha dejado.»

LUIS.
En eso quiso decirme
Que es mía aunque la dejé.

ROBLEDO.
En volviendo á persuadirme
Á decirlo más, me iré
Á Turquía.

GONZALO.
Estáis muy firme
En la fe.

LUIS.
Hospedaje hermoso
De un ángel, en cuyo sér
El mío ha de ser dichoso,
La gloria os vengo á ofrecer
Deste triunfo victorioso.
En cuanto animoso intento,
Os debo á vos solamente
Las tres partes de mi aliento,
Dando á mi espíritu ardiente
La fe y el conocimiento.
Aunque el pincel os infama,
Cuando afecta ardiente llama,
Se da en su naturaleza
Ventajas de más belleza,
Y ocasión de mayor fama.
Que si en mis dichas me veo
Dueño de tan alto empleo,
Haciendo un alma de dos,
Sólo la gloria de Dios
Me queda para el deseo.

Clarín adentro.

ROBLEDO.
¡Vive Cristo, que han salido
Otros moros de emboscada
Agora, y que han embestido
Con ellos, sin temer nada!

Haga que mete el retrato en el pecho, y caigásele.

LUIS.
Pues ¡Santiago!

ROBLEDO.
Eso pido.

Vanse, y sale Aliatar.

ALIATAR.
¡Ah, moros! ¿Qué pretendéis,

Si ya no ofrecéis las vidas
Que teníais escondidas
De ese rayo que teméis!
¡Válgame Alá! ¿Qué pintura
Es ésta que miro aquí?
¡En toda mi vida vi
Tan superior hermosura!
De Luis de Almanza imagino
Que debe ser; claro está,
Que suyo sólo será
Empleo tan peregrino.
Si como tienes belleza
Dieras á un alma aposento,
Te dijera lo que siento
De tu empleada grandeza;
Que en tanta conformidad
Bien tu gusto te reparte,
Por lo que él muestra de Marte,
Y tú tienes de deidad.
Y lo que un Rey te asegura,
Es que, juzgando en rigor,
Solamente su valor
Es digno de tu hermosura.
No se le tengo de dar,
Si es que le busca, hasta ver
Si tierno sabe querer
Quien es tan duro en matar.

Salen Luis de Almanza, Robledo y Gonzalo, buscando el retrato.

LUIS.
No he vencido; el moro, sí,
Puede decir que ha vencido,
Si en la batalla he perdido
La gloria que poseí.
¿Qué renombre ó qué blasón
Llevará si me lo dejo?

ALIATAR.
¿Qué buscas?

LUIS.
Sólo un bosquejo
De la mayor perfección.
Busco en una copia errada,
Los aciertos de la mano
De aquel pintor soberano
Que no pudo errar en nada;
Busco un retrato fïel,
Y tanto en él me perdí,
Que también me busco á mí,
Que estoy transformado en él.

ALIATAR.
¿Tanto le estimas?

LUIS.
Le diera
Toda mi hacienda al cristiano
Que le pusiera en mi mano.

ALIATAR.
¿Y siendo moro?

LUIS.
Le hiciera
Dueño de su libertad
Si estuviera en mi poder.

ALIATAR.
Tal pudiera el moro ser.....

LUIS.
En la mayor calidad,
Fuera mi palabra ley;
Que, en mi concepto, pintada,
Mi dama es más estimada
Que la grandeza de un rey.
Y si tú hallado le has,
Te daré también á ti
Libertad.

ALIATAR.
Pues vesle aquí.
¿Es éste?

LUIS.
Sí; libre estás.

ALIATAR.
¿Qué dices?

LUIS.
Que ya has quedado
En libertad desde hoy.

ALIATAR.
Ó eres Mahoma, ó yo estoy
Por sus hechos engañado.
Toma mi reino, y también
Seré tu vasallo.

ROBLEDO.
¡Hoguera!

LUIS.
Cristiano y rey te quisiera,
Que esto era quererte bien.
De tu sangre me da indicio
Tu voluntad, y es razón
Que agradezcas la intención
Sin querer el beneficio.
Demás, que la ley que adoro
Da más valor, caso es llano,
Al vasallo por cristiano,
Que tiene un rey por ser moro.

ROBLEDO.
Á pagar de mi dinero,
Y si alguien dice.....

GONZALO.
Ya sale.

ROBLEDO.
Que sin el bautismo vale.....

LUIS.
Basta, Robledo.

ROBLEDO.
No quiero
Que me queden á deber
En materia de bautismo
Á un cencerro de guarismo.

GONZALO.
Ecétera, Lucifer.

ALIATAR.
Pues hazme sólo un favor;
Y es, que si en alguna cosa
Te puede ser provechosa

Mi persona ó mi valor,
Pues sujeto al tiempo estás.
Que me des palabra aquí
De que enviarás por mí
Con una carta no más.

LUIS.

Ya te la doy.

[illegible]

Pues el cielo
Te guarde, y te deje ver
A tu dama, tu mujer,
Sin disgusto y sin recelo.

LUIS.

Dios vaya contigo, moro,
Y te dé en tu salvación,
Por tan discreta intención,
Luz de lo que en él adoro.
No sepa ningún contrario
De los míos, el valor
De su rescate.

Vase.

ROBLEDO.

Señor,
Si este tordo en campanario
No lo dice, yo seré
Una piedra.

GONZALO.

¡Vive Cristo!
Tan desalmado os he visto
En todo, que lo creeré.

Salen Lope de Ayala y Martín Velasco.

LOPE.

¿Libre deja tu piedad
Al Rey?

LUIS.

Libre va.

MARTÍN.

Y ¿es ley,
Sin licencia de tu Rey,
Dar á otro Rey libertad?

LUIS.

Lo que hago va fundado
En la grandeza del mío,
Y que ha de quedar, confío,
Mi justo intento premiado.

LOPE.

Luego ¿no te ha dado nada
Por su libertad?

LUIS.

Pudiera
Darme mucho si quisiera;
Pero la acción estimada
No nace del interés;
Que Alejandro nunca dió
Interesado, y quedó
Eterno al mundo después.

LOPE.

Asegurara Castilla
Su riesgo con su prisión.

LUIS.

Yo tengo en mí corazón
Que vence, rinde y humilla.
Nadie sin él ha de haber
Que me pueda resistir,
Y ansí, lo he dejado ir
Por tener á quién vencer.
Demás, de que es calidad,
Según por mi cuenta hallo,
Tener mi Rey un vasallo
Que á reyes da libertad.

MARTÍN.

Su Majestad verá allá
Si está bien hecho ó si no.

LUIS.

Allá también diré yo
Lo mismo que digo acá.

ROBLEDO.

Allá vamos.

GONZALO.

¿Digo yo
Que no vamos?

ROBLEDO.

Por lo menos,
Se sabrá quién son los buenos,
Y quién pelea, y quién no;
Que hablará sin embarazo
La talega.

GONZALO.

Claro está;
Pero no es talega ya.

ROBLEDO.

¿Por qué?

GONZALO.

Porque es talegazo.

Vanse todos, y salen la Reina y D.ª Leonor.

REINA.

Sin duda tus pretendientes
Tu inclinación han sabido,
Pues á la guerra se han ido
Solo á parecer valientes.

LEONOR.

El uno dellos lo es ya,
Y no es menester, señora,
Irlo á parecer agora.

REINA.

Dices muy bien, claro está;
No hablo con Luis de Almanza,
Que él, con muy justa razón,
Tiene adquirida opinión
Por su espada y por su lanza:
Con los dos hablo, Leonor.

LEONOR.

Pueden serlo y no tan buenos;
Que también de más y menos
Hay grados en el valor.

REINA.

¿Cómo va de inclinación?

LEONOR.
Si llego á serlo, no hay duda
Que mal ó tarde se muda
Sin agravio ó sin razón.
Las mujeres como yo,
Señora, cuando se inclinan,
La resistencia imaginan,
Pero la mudanza no.

REINA.
Hasme, Leonor, concluído
Mejor que yo pregunté.

LEONOR.
Mi sangre, señora, fué
La que por mí ha respondido.

Sale el Rey y el señor de Benavente.

REY.
Ya, señora, Luis de Almanza
Victorioso entra en León.

REINA.
Para mí, poca opinión
Con esa victoria alcanza.

REY.
Con mil soldados venció
Diez mil, valiente y fïel.

REINA.
Cuéntase por tantos él,
Que en el número excedió;
Y estoy tan hecha á saber
Que ha vencido cuando va,
Que en él me parece ya
Obligación el vencer.
La alegría de tus ojos,
Leonor, gran misterio encierra;
Parece que desta guerra
Se te deben los despojos.
Sus dos contrarios, señor,
También á la guerra fueron.

REY.
Envidiosos estuvieron
Desta gloria por Leonor.

SEÑOR DE BENAVENTE.
Lo que yo por verdad hallo,
Es que en el mundo no ha habido
Rey, señor, que lo haya sido
De más valiente vasallo.

Clarín.

REY.
Ya llegan; de aquí podremos
Verlos entrar.

REINA.
Sí, señor.
Siéntate también, Leonor,
Que á ti lo más te debemos.

Siéntense los Reyes en sillas, y Leonor en almohada.

Entren por un palenque Lope de Ayala y Martín Velasco, con bastones; soldados, con un estandarte rojo de un Cristo; y por el otro palenque Luis de Almanza, con bastón; Robledo, Gonzalo y otros con un estandarte rojo, con la Virgen de la Concepción.

MARTÍN.
Lope de Ayala y yo, restituídas
Á nuestra voluntad nuestras acciones,
Á vuestra Real grandeza nuestras vidas,
Á la guerra dos fuertes corazones,
Á la ocasión dos almas divididas,
Y unidos dos valientes escuadrones,
Al cerco de Alcañices nos partimos:
Llegamos, peleamos y vencimos.

LOPE.
Del arrogante moro estaba puesta
En forma circular la infausta gente,
Tanto al primer asalto ya dispuesta
Y vencedora en su concepto ardiente,
Que á pesar de los hados, contrapuesta
Su engañada aprehensión, aunque valiente,
Tenían ya del pueblo imaginadas
Tristes voces, en llanto articuladas.

MARTÍN.
Embestimos de suerte, que pudiera
Brotar al estampido, disculpada,
La máquina de rayos de la esfera
Sobre la nunca gente bautizada;
Y tantas almas vió la muerte fiera
En la primera tropa ensangrentada,
Que al infierno, del mundo despedidas,
Bajaban, unas de otras detenidas.

LOPE.
Cogió á traición la furia impetuosa
Del andaluz soberbio la altiveza,
Y entre su muchedumbre poderosa,
Reducida á su llanto su braveza,
Quedó la parte de la fe gloriosa,
Y á nuestros pies rendida su grandeza,
Lamentando entre horrendos alaridos
Lo que hay de vencedores á vencidos.

MARTÍN.
Tenía en cada golpe cada vida
Firmada la sentencia de su muerte,
Resuelta, comprobada, convencida,
Siendo pesquisidor el brazo fuerte;
Que bajó de los cielos impelida
La ejecución de su contraria suerte;
Que ofendido tal vez, en los cristianos
Pone Dios el azote de sus manos.

LOPE.
Con arroyos de sangre iluminaba
Su inmensidad el campo floreciente;
El aire en su clemencia respiraba,
El fuego en su justicia activamente,
Y el agua de los ríos aclamaba
Su pecho incomprensible y providente;
Que son lenguas también los elementos
Cuando Dios favorece los intentos.

MARTÍN.
Quedó por nuestro campo la victoria,

Y por vos, gran señor, también en ella
El renombre, el laurel, el triunfo y gloria.

LOPE.

Y [illegible] el tiempo en siglos atropella
A la [illegible].
En bronce y mármol mandaréis ponella.

MARTÍN.

Pa[illegible] el mundo os llame Alfonso el Bueno.

LOPE.

Primero en fama y en el nombre onceno.

ROBLEDO.

¿No han hecho caso de ti?

LUIS.

Pues yo me pienso vengar
Con darles todo el lugar
Que yo solo merecí.

ROBLEDO.

¿Quieres perderte?

LUIS.

No haré,
Que ellos saben bien que es mía
Toda la gloria del día,
Y no importa que la dé.
Lope de Ayala, señor,
Y Martín Velasco, fueron
Los que primero llegaron,
Llevados de sus deseos.
No fuera á la guerra yo
Si supiera sus intentos,
Que yo y mi gente sobramos
A[illegible]en ellos.
[illegible]aba sobre Alcañices
Tan superiormente puesto
El rey andaluz, que al mundo
[illegible]
[illegible] llegando en los dos
Dos mundos, aunque pequeños,
Y á los tres reducido
[illegible],
Embistieron con tal furia,
Que de los muertos pudieron
Confundir el hospedaje
[illegible] en el infierno.
Y de suerte pelearon
En el encuentro primero,
Que envidiosos yo y la muerte,
[illegible] anduvimos tras ellos.
[illegible]
Al paso que iban cayendo,
Puesta la fe de sus vidas
En los últimos acentos.
[illegible] el sol, aficionado,
[illegible]ró en su curso á vellos;
Que eran Josué del día
Sus valentísimos hech[illegible]
No puede violenta furia
[illegible].
Imprimir tantos temores
En las hojas de los fresnos;
Que heridas tal vez las piedras
De sus valientes aceros,
Aun allí, sin tener alma,
Estaban, señor, temiendo.
Y las aves, salpicadas
En la sangre y el estruendo,
Tímidas, por transponerse,
Acuchillaban los vientos.
Al crujido de las armas
De los suyos y los nuestros,
Caducaron, temerosas,
Las cuatro esquinas del cielo.
Y como los altos panes
Que lozanos y soberbios,
Unos de otros detenidos,
Se reclinan en los vientos,
Así nuestros enemigos
En poco espacio se vieron:
Que eran tantos y tan juntos,
Que en pie se quedaban muertos.
Y en su valentía al fin
Halló un dibujo mi pecho,
Mis heridas una escuela,
Y mi valor un ejemplo,
Y á los dos desta victoria
Se les debe todo el premio,
Porque yo, señor, en ella
La admiración sola he puesto.

REY.

¿Qué os parece, Pimentel?

SEÑOR DE BENAVENTE.

Vuestra Majestad, señor,
Mal conoce su valor;
Sólo el que ha vencido es él.
Es tanto el que á tener viene,
Que no solamente aquí
No lo adquiere para sí,
Pero les da del que tiene.

REY.

Es poner en aventura
De Leonor la estimación.

SEÑOR DE BENAVENTE.

Sabe bien que su opinión
Está conmigo segura.

REINA.

Y tú ¿qué dices, Leonor?

LEONOR.

Que mi corazón me miente,
O que ha sido solamente
Luis de Almanza el vencedor.

REINA.

Y ¿en qué lo fundas aquí?

LEONOR.

En que allá los corazones
Tienen, sin formar razones,
Su república por sí.
Contar tan á boca llena
Grandezas en su alabanza,
Tiene algo de confianza
Que es suya propia y no ajena.
Y en no haberle ellos nombrado
En la relación que hicieron,
Claramente me advirtieron

Su malicia y su cuidado.
Si le dieran en la empresa
Parte, engañárame el modo;
Pero quien lo calla todo,
Todo también lo confiesa.

MARTÍN.

Él nos ha lisonjeado
Sólo á fin de que callemos
La libertad que sabemos
Que al rey Aliatar le ha dado.

ROBLEDO.

Pues ¡voto á Cristo!.....

LUIS.

Robledo,
¿Qué es esto?

ROBLEDO.

Que reventar
Hacia dentro por callar
Me he recalcado, y no puedo.
¿Quién sufrirá las dos partes
De lo que yo como un perro,
Si se subieron al cerro
Y nos dan con la del martes?

LUIS.

Si callas, verás que aquí
No son los premios ajenos.

ROBLEDO.

Ahora bien, del mal, lo menos;
Mi cabeza traigo aquí.

GONZALO.

Aquí es ello; bien se acuerda
Vuestra Majestad, señora.....

REINA.

Esta es la joya.

GONZALO.

Y agora
Su Real memoria concuerda
Conmigo. ¿También mandó
Cadena Vueseñoría?

SEÑOR DE BENAVENTE.

Para darla la traía.
¿Quién trae la cabeza?

ROBLEDO.

Yo.

GONZALO.

De la de sus hombros dice,
Porque es hombre que desea
Guardarla cuando pelea.

ROBLEDO.

¡Qué lindamente lo hice
En metella á la talega,
Para que en esta ocasión
No me afrente este bufón,
Ya que viéndolo lo niega!
Santo Tomás ha de ser
Mi abogado, y otro no,
Que en efecto vió y creyó.

GONZALO.

Pues alto: ver y creer,
Ya que Robledo porfía.
¿Es cabeza?

SEÑOR DE BENAVENTE.

La que he visto,
Cabeza es.

ROBLEDO.

¡Vive Cristo,
Que es hermana de la mía!
Yo no sé cómo ello ha sido;
Dos hermanos hemos muerto,
Aunque Dios sabe lo cierto.
Yo también el premio pido;
Que traigo también cabeza.

GONZALO.

Barriga y pies, claro está,
Y en la de un proceso ya
Merece estar, linda pieza.

Saque de la talega y desenvuelva la cepa.

ROBLEDO.

Pues ¿cómo es esto?

GONZALO.

Yo quiero
Declarar lo que ha ignorado:
De León sale soldado,
Y vuelve á entrar viñadero.

ROBLEDO.

¡Ó me persigue el infierno,
Ó mis hazañas humilla!

GONZALO.

No es mala la cabecilla
Para una noche de invierno.

REINA.

El jüez, por lo que ve,
Ha de juzgar: ¿ésta es tuya?

SEÑOR DE BENAVENTE.

Como esta cadena suya.
Vente conmigo.

GONZALO.

Sí haré.

REY.

Lope Ayala, á descansar
Os id luego, y vos también,
Martín Velasco; que bien
El premio se os debe dar.

ROBLEDO.

Óigame siquiera acá
Dos palabras.

GONZALO.

Eso no;
Que si he de escucharlas yo,
La talega lo dirá.

ROBLEDO.

¡Juro á Cristo que el bufón
Que es hechicero!

LUIS.

Robledo,
Sólo el callar te concedo;
Que aquí es justicia y razón.

ROBLEDO.

¿Esto he de callar también?

LUIS.

[illegible] matarme [illegible] hablar

ROBLEDO.

[illegible] si en todo he de callar,
[illegible] diablo, amén.

ACTO TERCERO.

Sale Martin Velasco.

MARTÍN.

Arroje el cielo influencias
Abrasadas contra mí,
Pues tan sin dicha nací
En humanas competencias.
[illegible]
En la guerra, y para qué
De ajenas glorias me honré,
Si la de Leonor no es mía?
¡Que tras la dicha de hacer
Mi propio competidor
Mis partes, sea mayor
La causa del padecer!

Sale Lope de Ayala.

LOPE.

¿Es posible que ha nacido
[illegible] humanas entrañas [illegible]
[illegible] un eterno desdén
[illegible] el corazón metido?
Una fiera, gobernada
Por su instinto irracional,
[illegible] por ley natural
En los brutos observada,
[illegible]nesticar su fiereza
Á cualquier demostración
[illegible]cida afición.
[illegible] naturaleza,
Con un alma y con un sér
Tan noble en tanta hermosura,
[illegible] una inclinación tan dura
[illegible] pudo satisfacer!

[illegible]

[illegible]
De la causa de las mías;
[illegible]
[illegible] mata una sinrazón.
¿Cómo va de sentimiento?

LOPE.

Como vos mismo podréis
[illegible]
El cuidado en mi tormento.
[illegible] imagino que va
Perdido. Por Luis de Almanza
Pienso que está la esperanza,
Y que Leonor se la da.
Y ya no sólo el perder
Su mano me da cuidado,
Sino que ha de ser privado
Del Rey, en que llegue á ser
Suyo legítimamente;
Que si bien me acuerdo yo,
Así se lo prometió
Al señor de Benavente.

MARTÍN.

¿Qué remedio?

LOPE.

El que yo he dado;
Que si no es descomponiendo
Á Luis de Almanza, no entiendo
Que nos puede haber dejado
El conocido valor
De su espíritu valiente,
M[illegible] dicha que solamente
Los desdenes de Leonor.
Su Majestad os envía
Conmigo á llamar, y quiero
Que seáis sabedor primero
De su intención y la mía.
Preguntóme si en León
Habrá quien le pueda hacer
Un préstamo, y por coger
Del copete á la ocasión,
Sólo, dije, Luis de Almanza
Puede, que tiene un tesoro;
Que el rescate de un rey moro
Bastante número alcanza.
Y como se iba admirando
El Rey de lo que escuchó,
Activamente iba yo
Sus culpas fiscalizando.
Y porque quede probada
Esta verdad con los dos,
Os llama también á vos.

MARTÍN.

Quedará calificada.
Pero nosotros no vimos
El rescate.

LOPE.

Así es verdad;
Pero está en la libertad
La culpa que le argüimos,
Con decir que en su poder
Cautivo estuvo, y le dió
Libertad; basta que yo
(Porque el Rey no pueda hacer
Discursos en cómo estaba,
Habiendo nosotros sido
Los que habíamos vencido,
En su poder) que ya andaba
Huyendo de nuestras manos
Cuando á las suyas llegó,
Le he dicho, y que conoció
Que eran sus intentos vanos

Por nuestro esfuerzo y poder.

MARTÍN.

Así se lo he decir.

LOPE.

Y así se podrá impedir
La mayor causa al temer.

Vanse, y sale Luis de Almanza.

LUIS.

Claramente he conocido
Que siniestras relaciones
Pueden quitar sus blasones
Que muchos han merecido.
Hasta el Rey parece ya
Que me mira diferente
Que solía, y en la gente
Popular también está
Mi crédito aniquilado.
¡Ah mundo, qué fácil eres
En quitar, cuando tú quieres,
Todas las honras que has dado!

Salen Robledo y Gonzalo.

GONZALO.

Digo que lo cumpliré,
Sique y resique.

ROBLEDO.

Si aquí
No me pierdo, ya no sé
Qué quiere el cielo de mí.

LUIS.

¿Qué ès esto?

ROBLEDO.

Yo lo diré:
Como hacen procesión
Porque llueva, este bufón
Dice con falsas razones,
Que reduzcan los pendones
Á sola su devoción,
Que una romería hará;
Y apuesta que cuando vuelva
Que ha llovido, señor, ya.

GONZALO.

Como alguno se resuelva
Á hacer la apuesta, hecha está,
Y depósito también.

ROBLEDO.

Un escudo va.

GONZALO.

Está bien.

LUIS.

Y ¿dónde es la romería?

GONZALO.

Eso, cerquita sería.

ROBLEDO.

¿Adónde?

GONZALO.

Á Jerusalén.

LUIS.

Si tardas un año entero,
Claro está que habrá llovido
Cuando vuelvas.

GONZALO.

Eso quiero;
Que en duda ignorante ha sido
El que apuesta su dinero.

LUIS.

Si la romería hicieras
Cerca de León, tú dieras
Crédito á tu devoción.

GONZALO.

Señor, mis milagros son
Ultramarinos.

ROBLEDO.

¿Qué esperas,
Que licencia no me das
Para que á palos le mate?

GONZALO.

¿Palos á un santo?

ROBLEDO.

¡Esto más!
¡Que uno y otro disparate
No te disgusten jamás!
Que tras de ser hechicero
Y encantarme la talega,
Ha dado en ser embustero.

LUIS.

Si ya no es que el Rey me niega
Su vista, en Palacio quiero
Entrar; aquí me esperad.

Pregunta al portero:

¿Qué hace Su Majestad?

PORTERO.

Dando á soldados audiencia.
Teneos, que esta resistencia
Nace de su voluntad.

LUIS.

¿Sabéis quién soy?

PORTERO.

Luis de Almanza,
Que por su espada y su lanza
Diez victorias ha ganado;
Pero de un Rey enojado,
Difícilmente la alcanza
El atrevido poder
De un hombre.

LUIS.

Yo lo he de ver.

PORTERO.

Yo os he dicho que os tengáis.

Póngale la mano en los pechos y cójasela.

LUIS.

Porque otra vez no pongáis,
Sólo á fin de detener,
En los hombres como yo,
La mano, os la rompo así.

PORTERO.

¡Muerto soy!

LUIS.

Nadie imprimió
La atrevida mano en mí,
Sino tú; y así salió
De la estampa de mis brazos
Tan deshecha; y si á estos lazos
Con menosprecio llegara
Otro que Alfonso, quedara
Los suyos hechos pedazos.
Bien sé que el Rey te mandó
Negar la puerta, villano;
Pero que pusieras, no,
La ignorante y torpe mano
En mis pechos; y así, yo
Te trato así, y decir puedes,
Si la sobra me concedes
De tu atrevida intención,
Que respetando la acción,
Te castigo en lo que excedes.
Á todos tus mandamientos
Ajusto mis pensamientos,
Sin ponerlos en disputa;
Mas si excede el que ejecuta,
Perdónenme sus intentos.

PORTERO.

La mano tengo deshecha.

ROBLEDO.

Póngase una telaraña,
Que no es mala si aprovecha.

GONZALO.

Ya que fué la mano extraña,
Ventura ser la derecha.

PORTERO.

Sabrálo el Rey.

Vase.

LUIS.

Entra y di,
Hombre ignorante, que yo
Te castigué á ti por ti,
Y que por lo que él mandó
Me quedo obediente aquí.

GONZALO.

Yo tengo licencia ya
Para entrar seguramente
Hasta donde el Rey está
Y podré saber si miente
Este que á quejarse va.

ROBLEDO.

Luego ¿vos tenéis licencia
Para entrar, y no los dos?

GONZALO.

Sí tengo.

ROBLEDO.

¡Tener paciencia
Con esto! Que quiera Dios
Poner freno á mi impaciencia.
¡Que tenga un bufón poder
Para entrarse de rondón
En Palacio, sin tener
Quien le haga contradicción,
Cuando quedamos á ser
Salvajes desta portada!

LUIS.

Esa es dicha granjeada
Por bajos medios, Robledo.

ROBLEDO.

Altos ó bajos, concedo
Sólo que le dan la entrada,
Y á nosotros la salida,
Hartos de matar por vida.

LUIS.

No es lo más el ser valiente
Un hombre, si lo prudente
En la ocasión se le olvida.

ROBLEDO.

Dios te lo perdone á ti,
Que por conceder aquí
Que es ajena la victoria,
Te tiene ya por la escoria
Del mundo, y por gafo á mí.
El amigo que más quiero
Y que más mi bien desea,
Más firme y más verdadero,
Catorce calles rodea
Por no quitarme el sombrero.
Y no hay nadie que se acuerde
Del laurel sangriento y verde,
Porque la ambición humana,
Lo que en muchas veces gana,
Sólo de una vez lo pierde.

LUIS.

Espíritu acobardado
Tienes. Si está de tu parte
La verdad, esté el cuidado
Por el que quiere usurparte
La gloria que tú has ganado.
¿Qué le dejas al valor
Para habello parecido,
Si prohijas el temor
De culpas que no has tenido
En ofensas de tu honor?

ROBLEDO.

Temo que suele tardar
La verdad.

LUIS.

También dañar
Te puede el temor que tienes;
Que huyen tal vez los bienes
De quien no sabe esperar.

Alabardero primero y segundo.

ALABARDERO 1.°

Despejen todos de ahí;
Que sale el Rey por aquí
Á la capilla.

ROBLEDO.

Aquí está

Luis de Almanza.

ALABARDERO 2.°

¿Importará
Mucho que esté para mí?

ROBLEDO.

Déjame, que sólo quiero.....

LUIS.

Á Su Majestad espero
Aquí.

ALABARDERO 1.°

Que le espere ó no,
Mis órdenes guardo yo.

ROBLEDO.

Ya afloja el alabardero.
¡No fueras moro, siquiera
Dos horas, por mi consuelo,
En la batalla primera!
Soy un puto, y probarélo,
Si importa que luego muera.

ALABARDERO 2.°

Espérenle aquí arrimados.

LUIS.

No quedamos mal librados.

ROBLEDO.

Gigantones de la fiesta.

LUIS.

Yo agradezco sin respuesta
El quedar acomodados.

ROBLEDO.

Borgoñón hay de la guarda,
Que si un cristiano se tarda
En recular de puntillas,
Le mete en las espinillas
El palo de la alabarda.

Suenen chirimías y vayan pasando los Reyes, las damas, Lope de Ayala, Martín Velasco y Gonzalo muy galán, con capa, gorra y antojos.

LUIS.

Señor, Vuestra Majestad;
Señor, Luis de Almanza soy.

ROBLEDO.

¡Extraña severidad!

LEONOR.

Llega á mí si buscas hoy
En un corazón piedad.
Con los ojos te quisiera
Dar el alma si pudiera;
Pero no diera, que ya
Es tuya, y nadie podrá
Hacerle que no te quiera.

GONZALO.

Aquí entra agora la mía;
Si miro de puntería
Con el antojo á Robledo,
Se ha de morir á pie quedo
De pura melancolía.
¡Ah, soldado, llega acá!
¡Oigan qué gordo que está!

ROBLEDO.

¡Bufón, puto, y más que callo!

GONZALO.

Pues si tengo de escuchallo,
La talega lo dirá.

Vanse todos, y quede Luis de Almanza y Robledo.

ROBLEDO.

¡Buenos habemos quedado!
Esperemos la verdad,
Que venga á poner su estrado
Con sus muletas; gozad
La victoria que os han dado,
Que bien habéis, hijos míos,
Pues nos quedamos los dos
Muy honrados y muy fríos;
Pues en el cerro, ¡por Dios,
Que estaba con menos bríos!
¿Hasta cuándo ha de durar
Dejarlos bizarrear
Con la trampa?

LUIS.

Mientras dura
El no llegar su locura
Á pretenderme tocar
En el honor; que sería
Entonces más culpa mía
Esperar y padecer.

ROBLEDO.

¿Y si llegas á perder
Á Leonor?

LUIS.

Quien no confía
De su amor, no ha conocido
Su valor.

Sale Gonzalo con un papel.

GONZALO.

Por lindo modo,
Hurón de tu causa he sido,
Y por mí ha salido todo
Cuando allá estaba escondido.
Doña Leonor encontró
Al portero cuando entraba
Gritando, y le prometió
Cien escudos si callaba;
Miróla, y enmudeció.
Y en éste te hace saber
Por lo que el Rey enojado
Te quiere mandar prender.

ROBLEDO.

¿Cómo? ¿Qué?

LUIS.

Mal informado,
Absoluto es su poder.
¿Conociste en ella amor?

GONZALO.

Conocí ¡por Jesucristo!
Un vehementísimo ardor,
Mayor que cuantos se han visto
Después del monte Tabor.

LUIS.

Lee.

«Al Rey le han dicho que al moro
La libertad habéis dado,
Habiendo vos usurpado
De su rescate un tesoro.
Sólo advertid que os adoro,
Y que no presumo aquí
Culpa en vos, ni la creí;
Pero supuesto que Dios
Permite un sér en los dos,
Volved por vos y por mí.»

ROBLEDO.

¿Este es honor?

LUIS.

Sí, Robledo;
Y agora sí te concedo
Que por mí es fuerza el volver,
Que si en el satisfacer
Falto, dirán que no puedo.
Á Córdoba has de partir
Hoy con una carta mía,
Y mientras voy á escribir,
Busca postas.

ROBLEDO.

Á Turquía
Fuera si importara el ir.
Estos papeles te dejo,
Que metas en el consejo,
Porque traer no es razón
Tantas galas un bufón,
Y yo este vestido viejo.

Vase.

LUIS.

No hay dicha en las ocasiones
Como criados fieles
De alentados corazones:
Toma, guarda estos papeles,
Y mira dónde los pones.

Vase.

GONZALO.

Fees serán de que sirvió,
Qué hizo y qué aconteció,
Con su ventaja firmada
Del Rey; pero todo es nada.
Con una gracia que yo
Encajo en lo menos justo
Hago reir, y me ajusto
Con disparates y apodos,
Y son mis bufones todos,
Pues dándome, me dan gusto.
Y éste, con sus firmas varias,
Se andará haciendo plegarias
Á los que en nada se duelen;
Pero pienso que me huelen
Á especies ó á luminarias.

Vase, y salen Lope de Ayala y Martín Velasco.

LOPE.

Aquí nos manda esperar,
Para hablarnos en secreto,
Doña Leonor. ¡Qué discreto
Modo supimos tomar!

MARTÍN.

De parecer ha mudado,
Y á uno de los dos elige
Sin duda.

LOPE.

Lo que al Rey dije,
Lindamente se ha logrado.
Sólo ha de haber un dichoso
Entre los dos, claro está,
Y lo más justo será
El tomar un medio honroso
Para que esté consolado
El que quedare excluído.
Siendo de Leonor marido,
El uno ha de ser privado
Del Rey, y aquel que lo fuere
Obligado ha de quedar,
Á que no le ha de faltar
Al otro en cuanto pudiere.
Si yo el venturoso soy,
Con pensamientos fieles
Os haré dar los papeles.

MARTÍN.

Pues mi fe y palabra os doy
De haceros caballerizo.

LOPE.

Grandeza en bestias fundada,
Ni la quiero ni me agrada;
Demás, de que es quebradizo
Este modo de mandar,
De que puede haber testigos,
Pues se cobran enemigos
En dejando de prestar
Coche ó caballo.

MARTÍN.

Lucir
Es bueno á costa del Rey;
Demás, de que á toda ley
Más vale el dar que el pedir.
Su Mayordomo mayor
Seré hoy.

LOPE.

Mayordomo os hago
Si con esto satisfago.
Por aquí sale Leonor.

Sale D.ª Leonor.

DOÑA LEONOR.

Caballeros, muchos días
Ha que pretendo saber
En qué fundáis el hacer

Eternas vuestras porfías.
  Si me retiro y me escondo
Cuando os veo en el terrero,
Y con los ojos primero,
Que os aborrezco respondo,
  ¿Por qué, decid, porfiáis,
Asistís y pretendéis,
Donde cansa lo que hacéis
Y ofende lo que esperáis?
  Yo quisiera agradecer
Vuestras finezas aquí;
Pero reconozco en mí
Tan imposible el poder,
  Que si en el mundo constara
Toda su generación
Desta porfiada unión,
El mundo en mí se acabara.
  Y estimad el no engañaros;
Que lo más que puedo hacer,
Siendo imposible el querer,
Es sólo el desengañaros.

LOPE.

  Será porque Luis de Almanza
Estará favorecido.

DOÑA LEONOR.

Sólo sé que ha merecido
Lo que en mi intención alcanza.
  Y porque el cómputo hagáis
De su nobleza y valor,
Advertid que os da el honor
Que vosotros le quitáis.
  Y sólo en su abono os digo
Que tiene bondad inmensa
El que, injuriado, en la ofensa
Engrandece al enemigo.

MARTÍN.

  Tan en desgracia está ya
Del Rey, que debo inferir
Que lo menos es morir.

DOÑA LEONOR.

Cuando muera, que no hará,
  Ni me veréis persuadida,
Ni mi amor volverá atrás;
Que aun muerto le querré más
Que á vosotros dos con vida.

Vase.

LOPE.

  ¿Vióse jamás tal rigor?
Pues ¡vive Dios, que ha de ser
Fiera en forma de mujer!

Sale el Rey.

REY.

¿Qué es esto?

LOPE.

Nada, señor.
  Estámonos admirando
De que Luis de Almanza sea
En una hazaña tan fea
Tan pertinaz, usurpando
  El rescate que le dió
El moro, viéndote aquí
Tan necesitado á ti.

REY.

Esta noche quiero yo,
  Para empezar su castigo,
Que á su casa los dos vais
Con mi guarda, y le prendáis;
Advertid en lo que digo.

LOPE.

  Bien lo habemos escuchado.

REY.

Éstos son los que vencieron
En la guerra donde fueron.
¡Vive Dios, que se han turbado!
  Si ellos tuvieran allí
Esfuerzo para vencer,
Hoy le supieran tener
Para una prisión aquí.
  Esta noche iré tras ellos,
Encubierto y disfrazado,
Para ver si es su cuidado
Temor natural en ellos.
  Lo que digo habéis de hacer.

MARTÍN.

Señor, esta noche iremos,
Y será bien que llevemos
Toda la guarda.

REY.

Temer
  Es esto: id, y avisad
Al señor de Benavente,
Que aquí le espero.

MARTÍN.

Detente,
Fortuna; á la adversidad
  No nos arrojes tan presto.

LOPE.

Caso imposible ha de ser
Que le podamos prender
Ni que salgamos bien desto.

Vanse.

REY.

  No acabo de persuadirme
Á que Luis de Almanza hiciese
Tal hecho, ni que tuviese
Ninguna culpa en servirme;
  Que cuando es tanto el valor,
Pocas veces se desmanda
Á cosa injusta.

Sale el señor de Benavente.

SEÑOR DE BENAVENTE.

¿Qué manda
Vuestra Majestad, señor?

REY.

  Á Luis de Almanza he mandado

[illegible] que van
A hacerlo, indicios me dan
[illegible]ue no le han acus[illegible]
[illegible]
[illegible] causa.

[illegible]

[illegible]
[illegible]uardalle á su opinión
El merecido d[illegible]

[illegible]

A[illegible] que es tanta vuestra edad,
[illegible]
[illegible] noche.

[illegible]NAVENTE.

En mí veréis
[illegible],
[illegible],
Que para volver, señor,
Atrás la edad del valor,
[illegible] rey.

[illegible]

[illegible]

[illegible]
De casa! ¿Quién está ahí?
¿Es Gonzalo?

[illegible]ZALO.

Señor, sí.

[illegible]

Saca aquí con brevedad
[illegible]scuidados
V[illegible]n los casados desto,
Y más si tienen tras desto
La dicha de bien casados!

[illegible]

[illegible]

Papam habemus, señor.

[illegible]

¿Qué decís?

[illegible]

[illegible]
La nueva; que han elegido
Papa en Roma, y con rigor
[illegible] han mandado poner
Luminarias.

LUIS.

[illegible]las puesto?

[illegible]

Á un portero descompuesto
[illegible] el Turco temer.
Hasta en la ventana baja
[illegible] mi aposento, una está,
[illegible] tanta la luz que da,
Que á tres luceros ventaja.

Toca la corneta de posta dentro.

[illegible]

[illegible]

GONZALO.

Jamás que tocase vi
La corneta el jabalí.
¡Brava bestia colmilluda!

Sale Robledo con botas y espuelas, matando una luminaria, y váyase Gonzalo.

ROBLEDO.

¿Tengo agora de callar?
Algún demonio ordenó
Que fuese á Córdoba yo
Para venir á rabiar.
Si no conozco la firma
Del Rey con la luz de paja,
¿No pudiera mi ventaja
Quemarse mejor? Si afirma
Esto que soy desgraciado,
También lo diga este ultraje.
¿Tras el llegar de un viaje,
Por la posta y desollado,
Dejé mis papeles yo
Para luminarias, di?

LUIS.

A Gonzalo se los dí;
Aquí estaba.

ROBLEDO.

Pues ya no;
Que conoce mis enojos,
Y sabe que si estuviera
Aquí, que yo le pusiera
Luminarias en los ojos.
¿Adónde están los demás
Papeles? ¿En la azotea?
¿Hay más luminarias? ¡Ea,
Fortuna, de gorja estás!

LUIS.

Hoy has de quedar premiado
Sin papeles; ten paciencia.

ROBLEDO.

¡Que quemase sin conciencia
Un «Yo el Rey» tan bien formado!

LUIS.

¿Qué dijo el Rey? ¿Respondió,
Disponiendo su poder.

ROBLEDO.

¿Qué había de responder?
¡La puta que me parió?.....
Ya se apea.

LUIS.

¿Estás en ti?

ROBLEDO.

No, pero no sólo está
En casa, pero está ya.

Sale el rey Aliatar.

ALIATAR.

Cuando mi palabra dí
De que en cualquiera ocasión
Mi autoridad depondría

Por serviros, bien sabía
Que debo la ejecución
Á mi palabra Real.

LUIS.

Este impensado favor
Quedará al mundo, señor,
Escrito en bronce inmortal.
La gloria habemos partido
Los dos igualmente aquí;
Que si en la guerra vencí,
En la paz estoy vencido.
Y será justo que diga,
Vanaglorioso y contento,
Que éste es mayor vencimiento,
Porque aquí el que vence obliga.
Vuestra Majestad, señor,
Ha de descansar primero
Que le diga lo que quiero
De su nobleza y valor.

ALIATAR.

No sé si podrá ser
Posible el poder dormir,
Pero no quiero argüir
Cuando vengo á obedecer;
Que á beneficios tan llanos,
Sólo sé que me dispongo,
Y que para hacerlo pongo
Mi corona en vuestras manos
Por debido vasallaje.

LUIS.

Entre Vuestra Majestad,
Y perdone la humildad
De tan mísero hospedaje.

Vanse.

Salen Lope de Ayala, Martín Velasco y alabarderos; Rey y señor de Benavente emboscados.

LOPE.

Eso se ha de hacer así;
Todos habemos de entrar
De tropel, y no esperar
Á que pueda estar en sí;
Que entorpece los intentos
Una resuelta osadía.

REY.

Ver quiero su valentía:
Estemos á todo atentos.

De adentro.

LUIS.

Crea Vuestra Majestad
Que goza seguramente
La corona de su frente.

LOPE.

¿Cómo es aquesto? Esperad.
¿Majestad no han dicho adentro?
Escuchad con atención.

MARTÍN.

Alguna conjuración
Nos ha salido al encuentro.

LUIS.

Vuestra Majestad podrá
Aquí, en León, poseer
Con libertad su poder;
Que aquí en su defensa está
Mi brazo.

LOPE.

¿Habéislo oído?

MARTÍN.

Todos testigos seremos
De lo que escuchado habemos.

REY.

Aquí he de ser conocido;
Mas no importa, mejor es.

LOPE.

Á decírselo al Rey voy;
Venid conmigo.

REY.

Aquí estoy.

LOPE.

Y yo postrado á tus pies,
Señor.

REY.

Ya sé cuanto pasa;
Romped esas puertas luego,
Y mueran á sangre y fuego
Cuantos hay en esta casa.

SEÑOR DE BENAVENTE.

Sólo á Vuestra Majestad
Por premio, señor, le pido,
De cuanto yo le he servido,
No ejecute su impiedad
Sin oirme.

REY.

No hay disculpa.

SEÑOR DE BENAVENTE.

En un Rey será razón
Que castigue la traición,
Mas no que asista á la culpa.
Acuérdese que me dijo
Que templaría su edad
Con mis años.

REY.

Es verdad.

SEÑOR DE BENAVENTE.

Á esta ocasión lo dedico;
Se da en su altivo furor
Esta causa á mi sosiego
Prudente, y córteme luego
La cabeza por traidor,
Si no le llevare preso
Á Luis de Almanza á Palacio,
Adonde podrá despacio
Fulminarse su proceso;
Y esto, señor, ha de ser;
Que importa á su autoridad.

REY.

Mucho prometéis; mirad
Que tantos podrían ser
Los culpados, que se alteren

Atrevidamente.

[illegible]VENTE.

Digo,

[illegible] lo que he dicho me obli[illegible],
Aunque sean los que fueren.

[illegible]

[illegible]
Adonde os he de esperar.

[illegible]

[illegible]

Y [illegible]
La obligación en que estoy.

[illegible] y Gonzalo.

LUIS.

[illegible]
Algún misterio ten[illegible].

[illegible]

Ninguno llegue.

[illegible]

¿Quién [illegible]

[illegible]

El señor de Benavente.
Preso os tengo de lle[illegible]
Á Palacio.

[illegible]LEDO.

¿Cómo preso?

LUIS.

[illegible]udo, os confie[illegible],
Tan satisfecho lle[illegible]
De la humildad y obediencia
Que siempre hallaréis en mí;
[illegible]ra aquí
Contra vos la resistencia.
[illegible], señor, es mi espada.

[illegible]

[illegible]

Menos humildad quisiera;
[illegible]
[illegible]
[illegible].

[illegible]TÍN.

Vueseñoría

[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]ueda dentro?

[illegible]

Aquí están
Cuantos adentro han estad[illegible].

[illegible]

[illegible]tán.

[illegible]

[illegible] table cuid[illegible]

MARTÍN.

¡Buenas nuestras dichas van!

SEÑOR DE BENAVENTE.

Yo lo he de ver.

LUIS.

La verdad
Es ésta.

SEÑOR DE BENAVENTE.

Créolo así;
Pero ¿á quién le daba aquí
Título de Majestad?

LUIS.

¿Á quién? Sólo á quien le ofende
Puede negar ser razón
Este título y blasón.

MARTÍN.

¡Bueno es esto!

LOPE.

¡Y lo defiende!

LUIS.

Y á quien sin duda ninguna
Libremente ha de reinar.

SEÑOR DE BENAVENTE.

¿Quién es?

LUIS.

El rey Aliatar.

LOPE.

¡Malo es esto!

MARTÍN.

¡Ah, vil fortuna!

SEÑOR DE BENAVENTE.

Vuestra Majestad, señor,
Perdone; que hubiera sido,
Á no estar desconocido,
Respetado su valor.
No se entiende esta prisión
Con su persona Real.

ALIATAR.

Se entiende; que tan leal
Vasallo, en la estimación
Puede tener igualmente
Lo que mi sangre me dió,
Pues que ya le debo yo
La corona de mi frente.

LUIS.

A mí me importa, señor,
Que vaya conmigo el Rey.

LOPE.

No será razón.

MARTÍN.

Ni ley.

LOPE.

Que él fué solo el vencedor,
Se ha de averiguar si va.

SEÑOR DE BENAVENTE.

Misterios son que no entiendo;
Pero, vamos, que pretendo
Daros gusto.

MARTÍN.

Claro está.

SEÑOR DE BENAVENTE.
Mal advierte y considera
El que acusa á un caballero
Sin averiguar primero
Si es su culpa verdadera.

LUIS.
Si se ha engañado, ó si no,
Se averiguará despacio;
Que más de uno va á Palacio
Con más disgusto que yo.

ROBLEDO.
Jesucristo me ha tenido
De su mano.

GONZALO.
Pues ¿qué hiciera?

ROBLEDO.
Á bocados los comiera
Si lo llevaran asido.

Salen el Rey, la Reina y D.ª Leonor.

REY.
Luego le has de dar la mano
Á uno de los dos que digo,
Y no al que ha sido conmigo
Traidor, aleve y tirano.

DOÑA LEONOR.
¿Es Luis de Almanza, señor?

REY.
Ese que te debe á ti
Tanta inclinación, aquí
Vendrá preso por traidor.

DOÑA LEONOR.
También debes atender
Que en nuestras cristianas leyes,
Es culpa grave en los reyes
Ser fáciles en creer.

REY.
Yo lo he visto por mis ojos.

DOÑA LEONOR.
Pueden haberse engañado.....

REINA.
¡Notable fe!

DOÑA LEONOR.
Que el cuidado
Se entorpece en los enojos.
Y en las causas que se ofrecen,
Se han de admitir las disculpas,
Porque hay, señor, muchas culpas
Que no son lo que parecen.

REY.
¿Y si lo ves convencer?

DOÑA LEONOR.
Contra su honor no he de dar
Nunca en mi pecho lugar
Á pensar que puede ser.
Salgan todos.

SEÑOR DE BENAVENTE.
Al rey Aliatar, señor,
Es á quien título daba
De Majestad, porque estaba
En su casa.

LOPE.
¿Hay tal rigor?

REY.
¡Válgame Dios! De corrido,
No sé qué satisfacción
Les he de dar. Con razón
Debo estar agradecido
De que haya venido á honrar
Vuestra Majestad, señor,
Mi corte.

ALIATAR.
Aunque este favor
Lo pudiera en mí causar,
Vengo admirando la fama,
Que vence á un Rey, y le da
La libertad por su dama.

REY.
Pues ¿y estos dos caballeros?

ALIATAR.
Á ellos yo los vencí.

DOÑA LEONOR.
Pero Luis de Almanza á mí,
Mi corazón.

ROBLEDO.
Á dineros
Se pudiera pagar esto.

DOÑA LEONOR.
¡Buen corazón tengo yo!

MARTÍN.
Ya nuestra fortuna echó
Contra nosotros el resto.

GONZALO.
Ya venden cerote aquí.

REY.
Pues el rescate, ¿qué fué?

ALIATAR.
Un retrato que me hallé
Desta dama, y se le dí.
Y nadie, señor, pudiera,
Si no es el que me venció,
Vencerme, ni jamás yo
Á otro ninguno temiera;
Porque en Castilla es muy cierto,
Señor, que, lanza por lanza,
Sola la de Luis de Almanza.

GONZALO.
De lanzada los ha muerto.

SEÑOR DE BENAVENTE.
Por lo menos, á mi fe
Nunca menos le debió
Su opinión, que siempre yo
Lo que ha sido imaginé.
Y pues el sér no limito
De su pecho valeroso,
Hoy le nombro por esposo
De Leonor.

DOÑA LEONOR.
Y yo le admito.

REY.
¿Qué decís desto?

[illegible]

Señor,
Que ya nos ha convencido
La verdad, y el ofendido,
Con su prudencia y valor.

LUIS.

Tienen tan grande disculpa
En su amor, que con razón
Viene la satisfacción
Á ser mayor que la culpa.

Hinca la rodilla.

Y yo por ellos.....

REY.

Alzad,
Señor de Alcañices.

LUIS.

Soy
Tu esclavo.

REY.

El lugar os doy;
Que quien tuvo potestad
Para defender lo ajeno,
Lo suyo sabrá guardar.

ALIATAR.

Y yo por él he de dar
Fin mi ley, que ya condeno.
¡Á Dios cuanto le he debido,
También dándome á mí mismo
Nuevo sér con el bautismo,
En mi error arrepentido
Justamente, porque ley
Á quien tal hombre venera,
Sin duda es la verdadera!

REY.

Y Reina y Rey, de otro Rey
Serán padrinos, haciendo
Tantas fiestas en León,
Que vea en su admiración
El mundo lo que pretendo;
Y Castilla lo que Almanza
Con su valor hace y puede,
Y que ninguno le excede
En ella, lanza por lanza

ROBLEDO.

Robledo soy.

LUIS.

Un soldado
Valentísimo.

REY.

De renta
Os doy mil ducados.

GONZALO.

Cuenta
Con la talega y el dado.

ROBLEDO.

En efecto, vengo á ser
Por valiente el venturoso,
Porque esto del ser gracioso,
Todo es al fin perecer.

LUIS.

Y aquí el poeta os convida,
Con más ingenio y más arte,
Para la segunda parte,
Si ésta está bien admitida.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA
«LANZA POR LANZA, LA DE LUIS DE ALMANZA».

LA NIÑA DE PLATA

LA NIÑA DE PLATA

PERSONAS

DOROTEA, *la Niña de Plata.*
TEODORA, *tía suya.*
DON ENRIQUE, *infante.*
EL MAESTRE DE SANTIAGO.
DON ARIAS.
EL REY D. PEDRO.
DON JUAN.
CHACÓN, *lacayo.*
ZULEMA.
ALÍ.
EL VEINTICUATRO, *padre de Don Juan.*
FÉLIX, *hermano de Dorotea.*
MARCELA, *dama.*
LEONELO.
UN ESCUDERO.
UNA ESCLAVA.
UN PAJE.
MOROS.
CRIADOS.
GENTE.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO PRIMERO.

Dorotea y Teodora en un balcón.

TEODORA.

Por aquí dicen que pasa
El infante don Enrique.

DOROTEA.

Pues bien es que signifique
Tanto placer nuestra casa.
Haz, por tu vida, colgar
Aquel tapete de seda;
Que aunque es tan pobre, y no pueda
Las riquezas igualar
De tanto noble vecino,
Mostrará nuestra afición.

TEODORA.

Á una esclava que está dentro de la casa.

Cuelga, Inés, este balcón.
Pero ya dicen que vino.
Gran música y alegría
Suena en la Puerta Real.

DOROTEA.

¿Vendrá el Rey?

TEODORA.

Llévanse mal.

DOROTEA.

Pues no le aconsejaría
Que en Sevilla se quedase;
Que es don Pedro muy severo.

TEODORA.

Enrique es gran caballero,
Y puede ser que envidiase
El Rey la mucha afición
Que le muestran cada día
Castilla y Andalucía.

DOROTEA.

Rigurosa condición
Tiene el rey don Pedro, tía.

TEODORA.

No fuera tan riguroso
Á no vivir sospechoso;
Pero crece cada día
El temor de sus hermanos.

DOROTEA.

Como no son de su madre,
Sino de sólo su padre,
Paraceránle tiranos
De las honras que les dió
Y los estados que tienen.

TEODORA.

Ya me parece que vienen.

DOROTEA.

Yo te confieso que yo
Soy aficionada á Enrique.

[illegible]

¿Quién hay que á tanto valor
Su pensamiento, su amor
Y su esperanza no aplique?

Acompañamiento, el Infante D. Enrique y el Maestre de Santiago, de camino; D. Juan, gente.

MAESTRE.

Á D. Enrique.

¿Qué os parece la ciudad?

DON ENRIQUE.

Una octava maravilla;
Pero con decir Sevilla
Se dice todo.

MAESTRE.

Es verdad.

DON ENRIQUE.

¿Cómo esta calle se llama?

MAESTRE.

De las Armas.

DON ENRIQUE.

Con razón;
Mas pienso que de amor son,
Con tanta bizarra dama;
Y son las más peligrosas
Si esta calle es de sus armas;
Que más que á cien hombres de armas
Temo unas manos hermosas.
¿Quién es la de aquel balcón?

MAESTRE.

Una dama, cuya fama
Décima musa la llama,
Por ingenio y discreción;
Cuarta gracia, por tener
Tantas, que á las tres la añaden,
Porque no se persüaden
Que otra mayor puede haber;
Cleopatra por gentileza,
Y Venus por hermosura,
Porque competir procura
Con su talle y su belleza.
En ella, en fin, se retrata
Una imagen del deseo.
¿Qué sirve tanto rodeo?
Esta es *la Niña de Plata*
Que habréis oído en Castilla;
Porque tanta perfección
Es monstruo y admiración
Y grandeza de Sevilla.
Cuando tratan de su río,
De su alcázar eminente,
De sus calles, de su puente,
De sus armas, de su brío,
De su regalo y riqueza,
Todo se acaba y remata
Con que *la Niña de Plata*
Es cifra de su grandeza.

DON ENRIQUE.

Oí de su discreción
Y gentileza en Castilla.

MAESTRE.

No hay más que ver en Sevilla.

DON ENRIQUE.

Los dos, Maestre, al balcón
Hagamos lo que es tan justo;
Que cuando de aquesta dama
No lo mandara la fama,
Lo hiciera por vuestro gusto.

TEODORA.

Á Dorotea.

Haz reverencia al Infante.

DOROTEA.

Guarde Dios á Vuestra Alteza.

DON ENRIQUE.

En viendo tanta belleza,
No hay que pasar adelante.

MAESTRE.

No os detengáis, que después
Habrá mejor ocasión;
Que aguarda el Rey, y es razón
Ir á besarle los pies.

Vanse el Infante, el Maestre, acompañamiento y gente.

Dorotea y Teodora, en el balcón; D. Juan, en la calle.

DON JUAN.

Sirena debéis de ser,
Bellísima Dorotea,
Pues donde hay tanto que vea,
Á un rey hacéis detener.
Ya no se puede pasar
La calle en que lo habéis sido,
Sin ir atado el sentido
Del oir y del mirar
Al árbol de la prudencia,
Como Ulises le llevó.

DOROTEA.

Cuando hubiera sido yo
Sirena de la presencia
De un rey de tanto valor,
Resultaba en vuestra gloria,
Don Juan, pues que mi victoria
Hace la vuestra mayor;
Porque quien tanto rindió
Á quien rinde á quien decís,
Más merece, si advertís
Que él es mío, y vuestra yo.

DON JUAN.

Con licencia de Teodora,
Os querría responder.

TEODORA.

Harto quisiera poner
Fin á este amor desde agora,
Si no viera tan perdida
Y tan loca á Dorotea;
No porque la culpa sea

De vuestro amor merecida,
Mas por ver que no ha querido
Vuestro padre, el Veinticuatro,
Rogado una vez y cuatro
De quien sabéis que lo ha sido,
Que os caséis con mi sobrina;
Pues no habiendo de ser vuestra,
La misma razón os muestra,
Por más que amor desatina,
Lo que pierde nuestra casa
Honor y reputación.

DON JUAN.

Su avarienta condición,
Como sabéis, no me casa,
Por ser pobre Dorotea;
Y preténdeme casar
Donde me venga á comprar
Con oro una necia y fea.
Mas yo, que en el corazón
Tengo una mina de plata
Que me enriquece y me mata,
Si las del alma lo son,
Estoy tan determinado,
Que antes de un mes ha de ser
Dorotea mi mujer,
Con el dote más honrado
Que llevan las que lo son,
Que es virtud y entendimiento;
Que esto que perder consiento
De vuestro honor y opinión,
Es á cuenta de la mía;
Y no hay en qué reparar,
Pues se viene á restaurar
De mi casamiento el día.

TEODORA.

De vuestra parte, don Juan,
No hay más que pida el deseo.
Eso y mucho más os creo,
Que de vuestra parte están
La inclinación y el amor;
Pero de un avaro viejo,
La codicia y el consejo,
Más de hacienda que de honor.
Con esto me voy de aquí;
No quiero que nadie vea
Que si habláis con Dorotea,
Pasa delante de mí.

Vase.

DOROTEA.

Don Juan, bien dice mi tía.
Ya que vuestro padre os casa,
No es justo que en esta casa,
Aunque es más vuestra que mía,
Tan públicamente habléis.
Lo que es el recato os ruego:
Al alcázar vamos luego,
Y allá, mi bien, me veréis;
Que yo, haciéndole á mi honor
La salva, pues es tan justo,
Os quiero bien por mi gusto,
Y os tendré perpetuo amor,
Que os caséis, que no os caséis,
Que me olvidéis ó queráis,
Que aquí os estéis ó que os vais,
Me escribáis ó me olvidéis;
Que si no sois mi marido,
No ha nacido de quien sea
En el mundo Dorotea.
Vuestra soy y vuestra he sido.

Vase.

DON JUAN.

Señora, mi bien, mi luz.....
Fuése el sol; su noche he sido.

Chacón.

CHACÓN.

¡Qué bravamente ha lucido
Manto y sombrero andaluz!
Locos van los castellanos,
Sevilla, en ver tu grandeza;
Blanco ha sido tu belleza
De mil pensamientos vanos,
Cual suele nuevo zaguán
Verse escrito de carbón.

DON JUAN.

En tales días, Chacón,
¿Los amos solos se van?

CHACÓN.

Perdona, que me cegó
El concurso de la gente,
Y un forastero valiente
Que echando juncia llegó,
Con el cual palabras tuve
De rumbo y temeridad,
Entre cuya tempestad
Cerca de asentarle estuve
Dos mojadas de antuvión;
Mas llegó la Cofradía
De la Sangre, y de la mía
Templaron la tentación.
Ahogóse finalmente
La cólera en tinto y blanco;
Que anduvo medroso y franco
Conmigo y la demás gente.
Decía bien un mohino,
Que estas pendencias habladas
Eran castañas asadas,
Que todas paran en vino.

DON JUAN.

¡Quién estuviera de humor
Para oir tus valentías!

CHACÓN.

¿Qué tenemos?

DON JUAN.

Estos días
Anda como loco amor.

CHACÓN.

Como demonio dirás;

Porque el día que se suelta,
No hay libertad tan resuelta,
Que no se le rinda más
¿Han venido aquestos celos
De Castilla, por ventura?

DON JUAN.

Bien pudiera la hermosura,
Admiración de los cielos,
Dárselos al mismo sol.
No son celos, es desdén

CHACÓN.

Luego ¿no te quieren bien?
Melindre, á fe de español.
Pero sángraste en salud.

DON JUAN.

Por abundancia de gusto
No me quejo, que no es justo;
Mas traigo justa inquietud
De que mude Dorotea
De intento en esta ocasión,
Pues mi padre, sin razón,
Le niega lo que desea.
Porque en esto ha respondido
Que es pobre, aunque muy honrada.
Y aunque se muestra obligada
Al amor que la he tenido,
Temo que, viendo que ya
No es posible el casamiento,
Ha de mudar pensamiento.

CHACÓN.

Pues ¿qué responde?

DON JUAN.

Que está
Muy tierna y enamorada;
Que siempre me ha de querer,
Aunque la venga á tener,
Como casada, olvidada.
Mas como su entendimiento
Es tan notable, Chacón,
Creo que estas cosas son
Un discreto cumplimiento.
Cortesanos han venido,
Dorotea es celebrada,
Hoy, hermosa y despejada,
Contra mis celos ha sido
Retrato de su balcón:
Todos la vieron, y hablaron
Con los ojos, y enviaron
Recados al corazón.
Principios son de olvidar
Dejarse en público ver;
Que esconderse una mujer
Es alta señal de amar.
No dudes, los castellanos
Por la fama han de servilla

CHACÓN.

Mil damas tiene Sevilla
Que á tus pensamientos vanos
Pondrán entonces remedio.
Dos mil veces te he rogado
Que dejes este cuidado
Y que pongas tierra en medio.
Amas una cosa que es
Espíritu, entendimiento,
Eco, acento, pensamiento,
Serafín, donde no hay pies;
Oro sutil, si de Tíbar,
Un junco, mimbre ó taray,
Un aljófar, un cambray,
Un alfeñique, un almíbar,
Un extremo en filigrana,
Un dije, un hilo de pita,
Y un familiar que te incita
En un confite de mana;
Finalmente, una mujer
Que llamó, por engreílla,
Niña de Plata Sevilla,
Semanas debe de haber.
¡Cuerpo de tal! Si quisieras
Una mujer para todo,
Para polvo y para lodo,
Para burlas, para veras,
Destas de rua y camino,
Sin melindre, sin milagro,
Que tienen su gordo y magro,
Como pernil de tocino;
Mujeres que duran más
Que un zapato de vaqueta,
No vieras en esta seta
Tus pensamientos jamás;
Que mejores son mostrencos.
Mas ya que desto te incitas,
¿No has visto en unas cajitas
Unos bolitos flamencos?
Pues así imagino yo
Esas damas delicadas:
Son buenas para miradas,
Mas para jugadas, no.
¡Buen bolazo, que es mohina,
Pesia tal! y estése en pie
Aunque un manchego le dé
Con una bola de encina.

DON JUAN.

¡Ah, Chacón, ya fué mi suerte!
Si mi padre, por dinero,
No quisiere lo que quiero,
Ten por segura mi muerte
Niña de Plata ha de ser
De mis ojos, esto es cierto.

CHACÓN.

Á Dios ruegas por ser tuerto.

DON JUAN.

¿Cómo?

CHACÓN.

¿No lo echas de ver?
Si esa niña que te mata
Quieres que en tu vista asista,
Cuando uno no tiene vista,
Se pone niñas de plata.

DON JUAN.

Ven al alcázar conmigo;
Que allá me dice que va.

CHACÓN.

Colgado y vistoso está:
Voy al alcázar contigo.

DON JUAN.

Pues quedo, y no te alborotes,
Y aquella sierpe la riña.

CHACÓN.

¡Oh! ¡Válate Dios por niña!
¡Quién la diera veinte azotes!

Vanse.

Don Enrique, el Maestre y D. Arias.

DON ENRIQUE.

Ninguno lo sabrá como don Arias.

MAESTRE.

Es caballero noble de Sevilla.

DON ARIAS.

Aunque sus maravillas sean tan varias,
Esa fuera más alta maravilla.
Las regiones remotas y contrarias,
El mar innavegable, cuya orilla
Jamás áncora vió de nave nuestra,
De sus grandezas el aplauso muestra.

MAESTRE.

No os pide Enrique que digáis las cosas
Que en muchos libros no cupieran; pide
Que le digáis quién fueron las hermosas
Damas con quien el sol sus rayos mide.

DON ARIAS.

Las que hoy vistas de vos fueron dichosas,
Con quien el cielo términos divide
Y la jurisdicción de nuestras vidas,
Son éstas, aunque en cifras referidas:
Es la de blanco y plata doña Elena,
Por quien llorar segunda Troya aguardo,
Que con vestido blanco, de morena
Se precia.

DON ENRIQUE.

¿Qué apellido?

DON ARIAS.

El de Fajardo.
Aquella en su hermosura Magdalena,
Más que en su penitencia, de oro y pardo,
Era Ramírez.

DON ENRIQUE.

Fuéralo si al cuello
Desatara las trenzas del cabello.

DON ARIAS.

Doña Ángela de Vargas, de azul y oro,
Tanto parece á Angélica la Bella,
Que aunque no conocemos el Medoro,
Mil Orlandos furiosos hay por ella.
La de lo negro con Real decoro,
Que era en obscura noche blanca estrella,
Doña Leonor del Águila: ya sabes
Que el águila es la reina de las aves.
La de pajizo, que con mil memorias
El vestido bordó de cañutillo,
Digna de dulces versos y de historias,
Se llama doña Brígida Carrillo.
Por no tener sus conocidas glorias
Principio y fin, como precioso anillo,
Doña Sol de Guzmán, dijo su esfera:
De tela de oro y de diamantes era.
La de lo verde (y con razón se atreve
Á lo verde su rostro) es por quien, vela
Desnudo amor entre su blanca nieve.

MAESTRE.

Su nombre di.

DON ARIAS.

Doña Casilda Vela.
De grande ingenio y de estatura breve,
Vestida de color flor de canela,
Estaba en un balcón doña Teodora
Enríquez: no era sol; mas era aurora.
Doña Ana Téllez, carmesí vestía,
Y nácar doña Juana de Arellano;
Raso color de mar doña María
Núñez, y doña Laura Altamirano
De turquí; celestial, doña Mencía
De Rojas, cifra del tesoro humano;
Doña Luisa Cerón, morado y palmas,
Cera que alumbra á amor y arde en las almas;
Doña Leonor Cabrera, de leonado,
Y doña Inés de Zúñiga y Fonseca,
De plata sobre raso naranjado,
Que al fruto del azahar las flores trueca;
Doña Francisca de Padilla y Prado,
Vestida de tabí de rosa seca.....
Mas ya la vista en un balcón retrata
La niña celestial, *Niña de Plata*.

DON ENRIQUE.

El Maestre se ríe, y por mi vida
Que no sé yo por qué.

MAESTRE.

Malicia es esa,
Que aunque la celebráis, estáis sin vida.

DON ENRIQUE.

Que reparéis en que la vi me pesa.
Alabástela vos de entrenida,
Y de que hasta la envidia la confiesa
Por única entre damas de Sevilla,
Décima musa, octava maravilla.

DON ARIAS.

Cuando el Maestre, gran señor, la alabe,
Puede con gran razón; que Dorotea
Es la sibila de Sevilla, y sabe
Cómo ha de parecernos que lo sea.
Sabe las burlas y el estilo grave;
Llamáronla *de plata* porque crea
Quien oyere este nombre, que retrata
Una pieza bellísima de plata.
Canta y compone en punto diestramente
Á cinco voces.

DON ENRIQUE.

¿Y no á dos?

DON ARIAS.

No, cierto.
Pinta como el más célebre y valiente,
Danza con gala y con igual concierto,
Escribe versos con tal gracia.....

MAESTRE.

Tente;
Que cuando en esta diferencia advierto,
Que los escribe una mujer y un loco,
El arte de escribirlos tengo en poco.

DON ENRIQUE.

Maestre, esto de hablar en consonancia
Y juntar de los versos la armonía,
No es la sentencia, el arte y la elegancia
Con que se adorna y viste la poesía.
Muchos la escribirán con ignorancia,
Pareciendo las musas tiranía;
Pero éstos no son hombres, que son monas,
Muertos, en fin, por parecer personas.
Algún desvanecido pensamiento
Probó á hacer versos, no acertó, y porfía,
Como miró incapaz su entendimiento,
Que no es entendimiento la poesía.
Si alguno la escribió sin fundamento,
No por eso llegó donde podía,
Porque un órgano mismo, menos diestro
Le tañe un sacristán que un gran maestro.
No aboga el que jamás vió las escuelas
Como aquel que inventó los textos mismos,
Ni cura la mujer ó el sacamuelas
Que á Hipócrates no vió los aforismos.

DON ARIAS.

Señor, injustamente te desvelas.
No iguala Dorotea los abismos
Del arte de escribir, no á Homero, á Horacio;
Escribe á uso de corte y de palacio.
Pero entre algunas que á mirar las salas
Del alcázar vinieron, serafines
Desta ciudad, aunque les faltan alas,
La Niña está, señor, en sus jardines.

Dorotea y Teodora, con mantos, y un escudero.

DON ENRIQUE.

¡Oh blanca Niña, que en tu nieve igualas
Azahares, azucenas y jazmines,
Y el carmesí de la color hermosa
A la pura vergüenza de la rosa!
Tu fama me robó desde Castilla
La memoria, y aquí me roba el alma.

DOROTEA.

¿Eso causa á Su Alteza maravilla?

DON ENRIQUE.

Allá me hirió, y aquí me tiene en calma.

DOROTEA.

Famosa es la Giralda de Sevilla,
La del escudo, el cáliz y la palma:
Bien la fama pudiera y la grandeza,
Su Alteza enamorarse de su alteza.

DON ENRIQUE.

Volved: ¿no pasáis de aquí?

DOROTEA.

Antes me quiero volver,
Porque si yo vengo á ver,
Ya no hay más de lo que vi.

DON ENRIQUE.

Pues ¿qué es lo que á ver vinistes?

DOROTEA.

Las riquezas de allá arriba,
Y aquí el jardín que cultiva
De esmeralda y amatistes
El cielo con mil primores,
Y en vos hizo todo fin.

DON ENRIQUE.

¿Cómo?

DOROTEA.

En el talle el jardín,
Y en el ingenio las flores.

DON ENRIQUE.

¿Hay tal niña? ¿Hay tal tesoro?
Muy necio fué quien os trata,
Niña, por Niña de Plata.

DOROTEA.

¿Por qué?

DON ENRIQUE.

Porque sois de oro.

DOROTEA.

Antes anduvo discreto;
Que á haberme de oro llamado,
Naciera en siglo dorado,
Y fuera vieja en efeto.
De plata fué cortesía,
Porque es un siglo después.

DON ENRIQUE.

Verdad lo que dicen es,
Maestre, por vida mía.
El ingenio es milagroso:
Yo soy desde hoy su galán.

DOROTEA.

Mirando, señor, están.

DON ENRIQUE.

¿Es, por dicha, algún celoso?

DOROTEA.

No tengo á quién dar enojos;
Mas como con pocos trata,
Oigo decir que la plata
La codician muchos ojos.
Vuestra Alteza dé licencia,
Porque á alguno no le sobre,
Que vuelva mi plata en cobre.

DON ENRIQUE.

Como vos me deis paciencia.....

DOROTEA.

¿Para qué?

DON ENRIQUE.

Para sufrilla.

DOROTEA.

Luego ¿ya sois mi galán?
¡Ay, Jesús! Y ¿qué dirán
Las señoras de Sevilla?
Vamos, tía, que el Infante
Habla de recién venido.

TEODORA.

Discreción hubiera sido (Ap. á Dorotea.)
Que pasaras adelante.

Vanse las dos.

DON ENRIQUE.

Al escudero.

Una palabra, buen viejo.

ESCUDERO.

Buena vuestra vida sea.

DON ENRIQUE.

¿Servís vos á Dorotea?
¿Sois de los de su consejo?

ESCUDERO.

Escudero suyo soy.

DON ENRIQUE.

¿Quién la visita?

ESCUDERO.

Quisiera
Que Su Alteza conociera
Quién es la casa en que estoy.
El sol no ha entrado ni tiene
Licencia de entrar en ella.

DON ENRIQUE.

Adonde la luz es ella,
Bien hace el sol si no viene.
¿Podréla yo visitar?
¿Queréisle dar un recado?

ESCUDERO.

No le hubiera pronunciado,
Cuando me hiciera matar.

DON ENRIQUE.

Esto habéis de hacer por mí;
Que si os echare de casa,
Quien á mejor lugar pasa,
Medra y no pierde.

ESCUDERO.

Es ansí.

DON ENRIQUE.

Haré al Rey que alcaide os haga
Del alcázar.

ESCUDERO.

Con portero
Me contento. Mas primero
Que de mí se satisfaga,
Corre peligro mi honor;
Que soy muy gentil hidalgo.

DON ENRIQUE.

Á todo digo que salgo.

ESCUDERO.

Pues Vuestra Alteza, señor,
Crea que soy Cueva, Arjona,
Méndez, López, Juárez, Fáñez,
Benavides, Santibáñez,
Córdoba, Enríquez, Cardona,
Sánchez, Vázquez y Loyola:
Cuesta en mi tierra, señor,
Un dedo el papel mayor.....

DON ENRIQUE.

¿Cómo?

ESCUDERO.

Por mi firma sola.

DON ENRIQUE.

Creo que sois bien nacido,
Y en la persona se os ve.

ESCUDERO.

Por desdicha el servir fué
Quien pudiera ser servido.
¡Mal pecado! En la montaña
Tuvo mi abuelo un casar
Que le pudiera envidiar
Para granja el Rey de España.

MAESTRE.

No lloréis; tomad consuelo,
Como hidalgo bien nacido.
¿Sois de solar conocido?

ESCUDERO.

Zapatero fué mi abuelo.

DON ENRIQUE.

Bien conocido solar.
El viejo es precioso humor. (Aparte.)
¿Coméis bien?

ESCUDERO.

Bebo mejor.

DON ENRIQUE.

Para todo os quiero dar.
Veis aquí cinco doblones,
Todos cinco son de á cuatro.

ESCUDERO.

Con ellos soy veinticuatro.
Oid cinco bendiciones:
Dios os dé salud.

DON ENRIQUE.

Muy bien.

ESCUDERO.

Siempre tengáis buena fama,
Buena mesa y buena cama,
Y buena mujer también.

DON ENRIQUE.

¿La tercera?

ESCUDERO.

Plata en mano,
Con las armas de Castilla.

DON ENRIQUE.

¿La cuarta?

ESCUDERO.

Casa en Sevilla.

DON ENRIQUE.

¿La quinta?

ESCUDERO.

Nieve en verano.

DON ENRIQUE.

¿Cuándo me vendréis á ver?
Que el Rey, mi hermano, ha venido.

ESCUDERO.

Mañana, y no me despido.

DON ENRIQUE.

Haréisme mucho placer;
Y la librea os daré
Que esta noche he de sacar.

ESCUDERO.

Por allá podéis pasar.

DON ENRIQUE.

¿Saldrá la Niña?

ESCUDERO.

No sé.....

Ello, ¿no es encamisada?

DON ENRIQUE.

Buena, y con galas crueles.

ESCUDERO.

En oyendo cascabeles,
Yo la doy por asomada.

Vase.

MAESTRE.

El viejo es alta figura.

DON ENRIQUE.

Entrémonos á vestir;
Que, ya por vernos salir,
La noche el carro apresura.

MAESTRE.

El Rey, ¿estará vestido?

DON ARIAS.

De su cólera lo creo.

DON ENRIQUE.

Hoy me ha nacido un deseo.

MAESTRE.

Niño pintan á Cupido.

DON ARIAS.

Su madre sabrá crialle.

MAESTRE.

¡Bueno vas, por vida mía!

DON ENRIQUE.

Niña, alcanzarte querría;
A correr voy á tu calle.

Vanse.

Don Juan y Chacón.

DON JUAN.

Vísteme esa cota luego;
Que es noche de regocijo.

CHACÓN.

Algún ángel te lo dijo.
De tales noches reniego.

DON JUAN.

Las noches de las desgracias
Un discreto las llamó.

CHACÓN.

Al hombre que la inventó
Se deben honras y gracias.
En cayendo una cuitada
Que traigo en el trato vil,
Me calo las once mil.

DON JUAN.

Ella es defensa extremada.
No hay lado, no hay amistad
Más fuerte.

CHACÓN.

Yo sé, señor,
Otra mejor.

DON JUAN.

¿Cuál mejor?

CHACÓN.

Un aposento.

DON JUAN.

Es verdad;
Pero habiendo de salir,
Famoso amigo es un jaco.

CHACÓN.

Cuando dos azumbres saco,
Puedo al diablo resistir.
¿Quieres espada ó estoque?

DON JUAN.

Estoque para broquel.

CHACÓN.

Hay mayor peligro en él
Como el contrario se emboque.
Yo, si no llevo recado
Para el tajo y el revés,
Voy en cueros.

DON JUAN.

Ansí es,
Si hubo cena y te han brindado.

CHACÓN.

¡Remoquetico! Ahora bien,
¿Dónde va tu valentía?

DON JUAN.

Chacón, á mi niñería
Y á mi gigante desdén.

CHACÓN.

Loco estás.

DON JUAN.

No hay en Sevilla
Niña de tal perfección.

CHACÓN.

Parece que al corazón
La echaste por zapatilla.
Ahora bien, yo sólo debo,
Que te cuadre ó no te cuadre,
Seguirte el humor.

DON JUAN.

¡Mi padre!

El Veinticuatro.

VEINTICUATRO.

¿Adónde bueno, mancebo?

DON JUAN.

Señor, ya lo ves, es noche
De encamisada y de luces.
Castellanos y andaluces.....

VEINTICUATRO.

Y en un caballo ó un coche,
¿No salieras más seguro?

DON JUAN.

Ríñeme ya, como sueles.

VEINTICUATRO.

¡Jacos, estoques, broqueles,
Y Chacón!.....

CHACÓN.

Su bien procuro.
¡Con lindos regalos vienes!

VEINTICUATRO.

Si el que yo pienso tuvieras.....

CHACÓN.

¿Dónde estuviera?

VEINTICUATRO.
En galeras.
CHACÓN.
Pues ¿en qué opinión me tienes?
VEINTICUATRO.
Del alcahuete mayor
Que puso mitra en cabeza.
CHACÓN.
¿De quién?
VEINTICUATRO.
De esa buena pieza.
DON JUAN.
No tengo de quién, señor.
VEINTICUATRO.
Ya sé tus pasos.
DON JUAN.
Advierte,
Si no piensas vanos casos,
Que no tengo yo en mis pasos
Cosa que éste me concierte.
VEINTICUATRO.
Eres tú muy concertado.
Ya sé dónde entras y sales.
DON JUAN.
Mis pasos son tan iguales,
Que el fin es santo y honrado.
VEINTICUATRO.
¿Santo y honrado? Sin duda
Vas á rezar á la Antigua.
DON JUAN.
Pues pregunta y averigua
Si hay juego donde yo acuda,
Ni otra cosa deshonesta.
Sola una calle paseo
De una mujer, que deseo
Con buen fin.
CHACÓN.
¡Linda respuesta!
VEINTICUATRO.
Es muy linda.
CHACÓN.
Pues querer
Para matrimonio santo
Mujer que merece tanto,
Y que ha de ser su mujer,
¿Puédelo ningún cristiano
Tener por injusta cosa?
VEINTICUATRO.
Con mujer pobre y hermosa
Y bachillera, es en vano;
Porque mientras yo viviere,
Don Juan no se ha de casar.
DON JUAN.
¿Á qué tengo de aguardar?
¿Qué es lo que mandas que espere?
¿Soy doncella, que he de estar
Aguardando en mi labor
Á que tú tengas humor
Para quererme casar?
Si te gastara tu hacienda
Con alguna mujercilla;
Si anduviera por Sevilla
Como caballo sin rienda;
Si tú me hubieras librado
De dos muertes ó de tres;
Si no pusiera los pies
Menos que en lugar sagrado;
Si fuera mi desconcierto
De mil mohatras perjuras,
Haciendo veinte escrituras
Para cuando fueras muerto,
Ó quien me las socorriera,
Buscara con fingimiento
Á real y medio por ciento,
Y otros enredos hiciera,
Si plata acaso tomara,
El marco á como quisiera
Quien el dinero me diera,
Y al mismo se lo entregara;
Si te vendiera la tuya,
Ó hurtara joya ó cadena
Á mi hermana, y por tu pena
Disimulara la suya;
Fuera yo el hijo querido,
Anduviéraste tras mí.
VEINTICUATRO.
Todo lo que has dicho aquí,
Menos lo hubiera sentido
Que casarte sin mi gusto.
Bien sé lo que allá se trata;
De aquesta *Niña de Plata*
Nace todo mi disgusto.
Si ella como el nombre fuera,
Y aquellas gracias bizarras
Fueran ó reales ó barras,
Niña en mis ojos la hiciera.
No se trate desto más:
Yo te caso con dos mil
Ducados de renta.
DON JUAN.
¡Oh, vil
Fortuna!
VEINTICUATRO.
Con esto harás
Casi cinco mil y aun seis.
Esta es noche peligrosa;
No tengo por justa cosa
Que en sus peligros andéis.
Entrad, que desde el balcón
Podréis ver la encamisada,
Si de holanda más delgada
Las de esa niña no son.
¡Ea! ¿Qué me están mirando?
Entren dentro.
CHACÓN.
¿Hablas de veras?
DON JUAN.
¿Á qué doncella dijeras
Lo que te estoy escuchando?
VEINTICUATRO.
¡Ea, pues!

DON JUAN.

Obedecerte
Quiero. Ya voy; vé delante.

CRIADO.

Es á tu vida importante.

Vase.

DON JUAN.

Más lo parece á mi muerte.
Chacón, por el azotea
Podré saltar á la casa
De don Luis; las armas pasa.

Vase.

CHACÓN.

Quiera Dios que por bien sea;
Que temo que por burlalle
Caigamos sin resistencia,
Como gatos en pendencia,
Desde el tejado á la calle.

Vanse.

Don Enrique y D. Arias.

DON ENRIQUE.

No está acabado el vestido,
Y el Rey, gran prisa.

DON ARIAS.

Señor,
Fué poco el tiempo.

DON ENRIQUE.

El amor,
De hoy en el alma nacido,
Y de hoy en ella tan viejo
Como si de un siglo fuera,
Me da prisa de manera,
Que me ha faltado consejo.
El que me diste tomé,
Y con industria he llamado
Á su hermano.

DON ARIAS.

Has acertado.

DON ENRIQUE.

Poco, don Arias, podré.
Ó tendré entrada en su casa
De aquesta niña que adoro.

DON ARIAS.

Ella es de plata; hazla de oro,
[illegible]

Félix y un criado.

CRIADO.

Aquí está Félix, señor,
Hermano de Dorotea.

DON ENRIQUE.

[illegible] muy bien venido sea.

Vase el criado.

Llegad, no tengáis temor.

FÉLIX.

¿Quién no le ha de tener en la presencia
De un príncipe tan alto y generoso?
Con cuidado he venido, pareciéndome
Cosa muy nueva que importarle pueda
El servicio de un hombre tan humilde.

DON ENRIQUE.

Félix, á mí me han dicho que en Sevilla
No hay hombre que conozca los caballos
Como vos, y que en casa habéis criado
Un potro que de Córdoba os trujeron,
Que es excelente cosa. Yo querría
Que le feriemos, esto lo primero;
Y lo segundo, que con gran cuidado
Ocho ó diez me busquéis para Castilla.

FÉLIX.

Pienso que hay otro Félix en Sevilla;
Que yo, señor, ni sé ni tengo gusto
De caballos ni potros; que muriendo
Mis padres, y harto pobres por fianzas,
Dejaron una hija casi en pelo
En el pesebre humilde de mi casa,
Que con necesidad y honor se cría
Debajo del amparo de su tía.
Otro debe de ser del nombre mío
El que tiene ese potro y que conoce
De caballos, señor; que sólo tengo
Esto que os digo y veinte ó treinta libros,
Á que soy en extremo aficionado;
Que un pobre en ellos halla sus jardines,
Sus casas, sus caballos y sus galas.

DON ENRIQUE.

Basta; que se engañó por vuestro nombre
El que el recado os dió. Mas vuestro talle
Y buen entendimiento me ha obligado,
Ya que os llamaron, que de vos me sirva.
¿Es casada esa hermana?

FÉLIX.

Si lo fuera,
No estuviera, cual dije, en otro amparo.
Es doncella discreta y virtüosa,
Que lo menos que tiene es ser hermosa.

DON ENRIQUE.

¿Por qué no la casáis?

FÉLIX.

Porque no tengo
Lo que tan recibido tiene el mundo,
Pues ya no es dote la virtud; que todo
Se ha reducido á plata y á dinero;
Y con poderla dar toda de plata,
No es plata de virtud la que se trata.

DON ENRIQUE.

Éstas, don Arias, son las cosas justas
Á que debe acudir el justo príncipe.
¡Qué lástima, qué pena que me ha dado
El ver pobre un hidalgo tan honrado!
Quedáos en mi servicio, que yo quiero
De hoy más haceros bien y remediaros.

FÉLIX.

Tus generosos pies beso mil veces.

DON ENRIQUE.
Yo miraré el oficio que convenga
Con vuestra calidad.

El criado.

CRIADO.
Ya está el vestido,
Y lo demás que llevas, prevenido.
DON ENRIQUE.
¿Estálo el Rey?
CRIADO.
Y el Gran Maestre.
DON ENRIQUE.
Félix,
Veámonos mañana.
FÉLIX.
Guarde el cielo
Tus años, gran señor; que yo y mi hermana
Rogaremos á Dios eternamente
Que tus estados y tu vida aumente.
DON ENRIQUE.
¡Ah, sí! ¿Cómo se llama?
FÉLIX.
Dorotea.

Vase.

DON ARIAS.
¿Qué vas trazando?
DON ENRIQUE.
Junto materiales
Para aqueste edificio de mi gusto.
DON ARIAS.
Ya el escudero y el hermano tienes.
DON ENRIQUE.
¡Ay, Arias, por aquella niña ingrata
Daré un gigante de la misma plata!

Vanse.

Dorotea, D. Juan, Chacón é Inés.

DOROTEA.
¿Cómo te has entrado aquí?
DON JUAN.
Porque hallé la puerta abierta.
DOROTEA.
¿No sabes tú que esta puerta
Es para mi esposo?
DON JUAN.
Sí;
Y por eso intento yo,
Como tu esposo, el ganar
Puerta que me la ha de dar
Adonde ninguno entró.
No me muestres, Dorotea,
Desdén, por Dios te suplico;
Que si eres pobre y soy rico,
Amor quiere hacer que sea
El medio destos extremos
El casarnos, que es virtud.
DOROTEA.
Estoy con grande inquietud.
INÉS.
¡Ay, señora!
DOROTEA.
¿Qué tenemos?
INÉS.
Tu hermano.
DOROTEA.

Á D. Juan.

Tú lo has querido.
¡En qué confusión estoy!
DON JUAN.
¿Hay más de decir que soy
Claramente tu marido?
DOROTEA.
No; que aventuras mi honor
Y tu vida. Aquí detrás,
Mientras se vuelve, estarás;
Que tiene un poco de amor,
Y es noche de luminarias.
DON JUAN.
Entra, Chacón.
CHACÓN.
Á no ser
Hermano.....
DON JUAN.
Acaba.....

Escóndense D. Juan y Chacón.

Félix.

FÉLIX.
El placer
Y el seso, cosas contrarias,
No me han de dar, Dorotea,
Lugar de hablarte con él;
Que caber mi dicha en él
Es imposible que sea.
DOROTEA.
¿Hante dado algún favor,
Papel, cinta, abrazo ó puertas?
FÉLIX.
Mal con mi gusto conciertas;
Que no es negocio de amor.
DOROTEA.
Pues ¿qué?
FÉLIX.
Por yerro, un criado
Del Infante me llamó,
Porque imaginó que yo
Era algún Félix que ha dado
En criar potros y hacer
Estudio en caballos: fuí,
Desengañéle de mí,
Y díle, hermana, á entender
Que á ti sola te tenía
En mi casa, tu belleza,
Tu virtud y tu pobreza;

Y fué tal la dicha mía,
Que desde hoy soy su criado,
Y te quiere remediar.
Yo voy, hermana, á llevar
A las [illegible] mi cuidado,
No quise verlas sin verte
Y [illegible]
El [illegible] á darte
De nuestra dichosa suerte,
Porque también me le des.
Voy por mi requiebro. Adiós;
No te [illegible], que los dos
Tenemos que hablar después.

Vase.

DOROTEA.

¿Hay historia semejante?

Á D. Juan:

Bien puedes salir.

Don Juan y Chacón.

DON JUAN.
De aquí
Dirás mejor, ó de mí,
Si ya te sirve el Infante.
DOROTEA.
¡El Infante á mi! ¿Por qué?
DON JUAN.
En el alcázar te habló.
DOROTEA.
Lo que mi hermano contó,
Ni lo entiendo ni lo sé.
DON JUAN.
¡Ay, Dorotea! No es yerro,
Si eres á mi amor ingrata,
Imaginar que tu plata
Para mí se vuelve en hierro.
¿Qué es esto?
DOROTEA.
Gracioso estás!
Dame culpa de tu pena.
CHACÓN.
Señor, la música suena.
DON JUAN.
¡Celos príncipes me das!
INÉS.
Señora, ¡la encamisada!
¿Los cascabeles no escuchas?
DOROTEA.

Á D. Juan.

Nunca de palabras muchas
Fué satisfacción honrada.
En pocas digo que estoy
De esas culpas ignorante.

Dentro ruido de cascabeles.

UNA VOZ.

Dentro.

Gallardo pasa el Infante.
DOROTEA.
Bien ves que á verle no voy.
DON JUAN.
Á lo que pasa en la calle
Estás atenta, y no á mí.
UNA VOZ.

Dentro.

Dios te guarde.
OTRA.
¿Es el Rey?
OTRA.
Sí.
VOZ.

Dentro.

Enrique es de mejor talle.
DON JUAN.
Ea, no estés tan inquieta;
Véle á ver.
DOROTEA.
Mira, don Juan.....

VOZ.

Dentro.

El Maestre es muy galán.
DOROTEA.
Que aunque no soy muy discreta,
Siento tus atrevimientos.
Donde hay honra y opinión,
Nunca los príncipes son
Para iguales casamientos.
Yo estoy contigo, y allá
Pasa la fiesta en la calle;
Si tiene bueno ó mal talle,
No lo habemos visto acá.
Estima aquesta quietud.
DON JUAN.
Sí estimo; mas estoy loco.
Todo me parece poco,
Y conozco tu virtud.

Un escudero.

ESCUDERO.
¿Con este descuido estás?
DOROTEA.
¿De qué he de tener cuidado?
ESCUDERO.
Tres reyes se han apeado
En nuestro zaguán, no más.
CHACÓN.
Ni fueron más á Belén.

ESCUDERO.

Reyes son, si son tan buenos;
El uno es Rey por lo menos,
Y los otros dos también,
Pues que son sus dos hermanos,
El Maestre y don Enrique.

DON JUAN.

¿Á qué quieres que lo aplique?

DOROTEA.

Deja pensamientos vanos.

ESCUDERO.

Agua piden, y han subido
Por ella.

DON JUAN.

Los mismos son.
Escóndete aquí, Chacón.

CHACÓN.

Paréceme que has venido
Á jugar al escondite.

DON JUAN.

¡Y dice que es testimonio!

CHACÓN.

Al rey don Pedro, el demonio
Que le dijera *venite*.

Vuelven á esconderse D. Juan y Chacón.

El Rey, D. Enrique y el Maestre, con sayos de fiesta, plumas, botas y espuelas.

REY.

¿Sabéis vos que nos darán
Agua en esta casa?

MAESTRE.

Aquí
La pediremos.

DOROTEA.

Si á mí
Vuestras Altezas me dan
Título de mar de España,
Daréles agua que sobre;
Pero si no, soy tan pobre,
Que aun agua no me acompaña.

DON ENRIQUE.

Siéntese aquí Vuestra Alteza;
Descanse un poco por mí.

REY.

¿Sabes quién es ésta? (Aparte á D. Enrique.)

DON ENRIQUE.

Sí.

REY.

¡Gran discreción, gran belleza!
Ea, venga el agua luego.

DOROTEA.

Yo voy.

DON ENRIQUE.

Eso no.

DOROTEA.

Al escudero.

Escalante,
Traed agua al señor Infante.

Vase el escudero.

DON ENRIQUE.

Quedaos vos á darme fuego. (Ap. á Dorotea.)

REY.

¿Qué tiene Enrique, Maestre? (Ap. á él.)

MAESTRE.

Antojos desta mujer.

REY.

¿Tan presto?

MAESTRE.

Dicen que al ver
No es menester quien le muestre
Por dónde al alma se va,
Á la voluntad y al gusto.

REY.

Ella muestra algún disgusto.

MAESTRE.

Por su opinión le tendrá.

DON ENRIQUE.

Si Vuestra Alteza viniera
Con más espacio, me holgara
Que Dorotea cantara,
Y demostración hiciera
De muchas gracias que tiene.

REY.

Eso quiere más lugar;
Allá la podéis llevar
Para la fiesta que viene.

DON ENRIQUE.

¡Qué tal será para mí!

Vuelve el escudero con un barro de agua y paño.

ESCUDERO.

El agua es ésta.

REY.

¡Bizarro
Gentilhombre!

MAESTRE.

¿Cómo en barro,
Señora, se bebe aquí?

DOROTEA.

Lo poco que se contrata
No da para más valor;
Que en esta casa, señor,
Sola yo soy la de plata.

REY.

Brindara con vos á Enrique,
Á ser vuestra boca taza.

MAESTRE.

Bien se pudiera dar traza
Como á la boca se aplique.

DOROTEA.

La traza, señor, condeno;
Porque taza de mujer
Sin su gusto, suele ser
Sospechosa de veneno.

REY.

¡Bien dicho, por vida mía!
D[illegible] esta cadena, y doro
Aquella plata con oro.

MAESTRE.

¡Qué ingenio!

DON ENRIQUE.

¡Qué bizarría!

REY.

Por qué os llamaron, deseo
Saber, en toda Sevilla,
De Plata, ¿Es por maravilla
De las gracias que en vos veo?

DOROTEA.

No, señor; mas porque he sido
De muchos solicitada;
Y por estar obligada
Del honor, con que he vivido,
Enfermé de pensamiento;
Y temiendo que amor mata,
Quise ofrecerme de plata
Al templo del casamiento.

MAESTRE.

¡Bien, por el hábito santo
De Santiago! Yo traía
Estas reliquias, que había
Estimado siempre en tanto,
Que á mi hermano no las diera,
Y á Dorotea las doy.

REY.

Vámonos.

DON ENRIQUE.

Confuso voy. (Aparte.)

REY.

Pero primero quisiera
Que nos dijera esta dama
Cuál le agrada de los tres
Por más galán.

MAESTRE.

Justo es.

DOROTEA.

Preguntádselo á la fama.

[illegible]

Vos nos lo habéis de decir.

DOROTEA.

Que me place, si es forzoso.
El galán más poderoso
Para poder competir
Es el Rey; el más valiente
Para de noche en la calle,
El Maestre; el que del talle
Se precia más justamente
Don Enrique; y si yo fuera
Dueña de tanto interés,
[illegible]
Para mi gusto quisiera.

[illegible]

¡Notable mujer!

MAESTRE.

¡Famosa!

DON ENRIQUE.

Estas memorias le doy.

DOROTEA.

Pienso que obligada estoy
Á decir muy vergonzosa:
Tendréla de Vuestra Alteza
Lo que tuviere de vida.

REY.

Ella es gallarda.

MAESTRE.

Escogida.

REY.

Para de plata, ¡gran pieza!

Vanse el Rey y sus hermanos.

Don Juan y Chacón.

DON JUAN.

Para que no digas que es
Acaso ahora el venir
Tres príncipes á tu casa,
Salgo comenzando ansí:
Dorotea, yo te quise,
Cuando mi engaño creí,
Como al alma; mis intentos
Ya los supistes de mí.
Pensé que mi mujer fueras;
Pero viéndote servir
De reyes y de maestres.....

DOROTEA.

Acábalo de decir.
Infantes, otro que tale.

DON JUAN.

Bien haces; dilo por mí,
Porque yo estoy de manera.....

DOROTEA.

Mas ¿qué vienes á decir:
«Venga, venga la muerte contra mí;
Que para desdichados no es vivir»?

DON JUAN.

¿Búrlaste cuando me muero?

DOROTEA.

¿Tú te mueres?

DON JUAN.

Sí.

DOROTEA.

¿Tú?

DON JUAN.

Sí.

DOROTEA.

Muestra el pulso.

DON JUAN.

¿Tú mi mano?
¿Tú me la llegas á asir?
Daréte mil puñaladas.

DOROTEA.

¿Sin confesión?

DON JUAN.

Fuiste, en fin,
Mujer.

DOROTEA.
¡Qué! ¿Pensaste que era
Albahaca ó toronjil?
DON JUAN.
¿Así pagas mis deseos?
Corazón, ¿esto sufrís?
Ojos, demonio se ha vuelto
Quien tuve por serafín.
DOROTEA.
¿Las tres de la noche han dado,
Corazón, y no dormís?
CHACÓN.
Ea, que son muchas burlas
Para quien muere por ti.
Consuélale y dile que esto
No se pudo resistir
Por ser violencia de un Rey,
Y no te burles ansí;
Que supuesto que sé yo,
De lo que fuí matachín,
Que cuando amor es carnero,
Celos son su perejil,
No es justo darle ocasión
Á que un hombre como un Cid
Llore como una doncella.
DOROTEA.
Chacón, ¿en qué le ofendí?
CHACÓN.
Háblale, acaba.
DOROTEA.
¡Ah, mi bien!
Volvedme esa cara, oid.
DON JUAN.
¿Qué tengo de oirte, fiera?
Si más me vieres aquí,
Todo el cielo me persiga.
¡Conmigo trato tan vil!
DOROTEA.
¡Cómo vil! ¿Esa es palabra,
Loco don Juan, para oir
Una mujer como yo?
Si tú, ni cosa por ti,
Vuelve á esta casa jamás,
Ni en calle, iglesia, en jardín
Donde estuviere, me vieres,
Yo haré.....
DON JUAN.
¡Ah, mi vida! Advertid
Que lo dije con enojo.
Chacón, ruégala por mí.
CHACÓN.
Ea, señora.....
DON JUAN.
Llega más,
Llega más.
CHACÓN.
Temo un chapín.
Señora, ¡misericordia!

Vase Dorotea.

Inés.....
INÉS.
Haréte medir
La espalda con muchos palos.

Vase.

CHACÓN.
Fuése.
DON JUAN.
¡Ah fiera!
CHACÓN.
¡Ah, puerco espín!
DON JUAN.
Vuélveme todas mis prendas.
CHACÓN.
Llamemos un alguacil.
DON JUAN.
¡Mi muerte, Chacón, celebras
Con burlar y con reir!
CHACÓN.
¿No sabes que las mujeres
Son como vidrio sutil?
DON JUAN.
¡Oh, cruel *Niña de Plata*,
Y de piedra para mí!
Pues si fueres Anajarte,
Ifis soy.
CHACÓN.
¿Eres gentil?
DON JUAN.
¡Venga la muerte, venga contra mí;
Que para desdichados no es vivir!

ACTO SEGUNDO.

Marcela, con manto; Félix.

FÉLIX.
Huélgome de haberte hallado
En cal de Francos: ¿qué esperas?
MARCELA.
Creyéralo, como fueras
Ó veinticuatro ó jurado.
Félix, el ánimo tuyo
Bien conocido le tengo.
Á comprar chapines vengo,
Que por momentos destruyo.
FÉLIX.
Alabo tu discreción;
Que viendo las prendas mías,
No dijiste que venías
Por tela, raso ó gurbión,
No por holanda ó cambray
No por cortes milaneses,

Puntas y encajes franceses,
Que por estas tiendas hay.
Á chapines te humillaste:
Consuelo hacemos los dos,
Porque parece ¡por Dios!
Que mi bolsa consultaste.
Por la discreta humildad,
Añado á chapines guantes,
Que dan cosas semejantes
Galanes de voluntad.

MARCELA.

Por tu vida, que te engañas;
Que no te brindo á chapines;
Voy con diferentes fines,
Que verás si me acompañas;
Que el gastar tantos agora,
Es buscar casa.

FÉLIX.

Dejaste
La tuya porque pensaste
Poder vivir con Leonora.
Dos de diversas naciones,
Marcela, vivir podrán
Juntos, juntos vivirán
Dos tigres y dos leones,
Un hidalgo y un villano,
Y dos poetas en paz,
Cosa extraña é incapaz
De trato y concierto humano;
Y dos damas no podrán
Vivir juntas, siendo hermosas;
Que envidiosas y celosas
Eternamente andarán.

MARCELA.

Añade, si es una dellas
Necia.

FÉLIX.

No es poco Leonora.

MARCELA.

Préciase muy de señora,
Compite con las estrellas.

FÉLIX.

¿No sabes cómo mi hermana
Á la casa se pasó
Que tú dejaste, aunque yo
La vivo de mala gana?

MARCELA.

¿Á la casa que dejé?

FÉLIX.

Á la misma.

MARCELA.

¿No es mejor
La suya?

FÉLIX.

Fué cierto humor
(Que otra ocasión no la sé);
Que siendo en la misma calle
Y peor casa, fué locura.

MARCELA.

Debe de probar ventura,
Que es lástima que aquel talle
No halle un rico marido;
Que hay casas que topa en ellas.

FÉLIX.

¿Casas hay contra doncellas?
Nunca lo he visto ni oído.
Notables supersticiones
Tenéis todas las mujeres.

MARCELA.

Así nacimos: ¿qué quieres?

FÉLIX.

Más valían los balcones
Con las macetas que deja
De claveles y verduras,
Que un jardín.

MARCELA.

Tristezas puras:
Con razón della se aleja.
Pruebe otra casa, otras mil,
Hasta que halle casamiento.

FÉLIX.

Necedad.

MARCELA.

Diré otras ciento;
Mas si el ingenio sutil
De tu hermana Dorotea
De aquella casa se muda,
Claro está que no la ayuda
Para que dichosa sea.

FÉLIX.

Cuatro meses nos faltaban,
Marcela, del alquiler.

MARCELA.

¿Habéisla arrendado?

FÉLIX.

Ayer
Ciertos hombres la arrendaban
Que vienen con el Infante,
Y no se la quise dar.

MARCELA.

Yo la quisiera ocupar
En ocasión semejante,
Mientras junto á la Alameda
Una me deja un letrado
Que han proveído.

FÉLIX.

He pensado
Que todo el tiempo que queda
Será mucha discreción
Que ahorres ese dinero.

MARCELA.

Si tienes las llaves, quiero
Pasarme luego.

FÉLIX.

Éstas son.

MARCELA.

Vamos los dos.

FÉLIX.

Luego al punto
Haz que la ropa te pasen.

MARCELA.

Si algunos hombres se hallasen,

Podrá venir todo junto.

FÉLIX.

Á traértelos me ofrezco.
La casa en el dueño gana.

MARCELA.

Donde ha vivido tu hermana,
Félix, vivir no merezco;
Mas no quiero ser ingrata
Al bien que los dos me dan.

FÉLIX.

Con más razón te tendrán
Á ti por niña de plata.

MARCELA.

De su valor soy despojos;
Y aunque su sombra he de ser,
Yo me contento con ser.....

FÉLIX.

Dilo.

MARCELA.

Niña de tus ojos.

Vanse.

Don Juan y Leonelo.

DON JUAN.

Como os lo cuento ha pasado.

LEONELO.

Él ha sido extraño cuento.

DON JUAN.

Pues nadie me lo ha contado;
Que yo en su mismo aposento
Lo vi, corrido y turbado.
Cabestrillo el Rey le dió,
Reliquias le dió el Maestre;
Pero el Infante mostró
Más amor.

LEONELO.

No hay más que muestre.
¿Quién su memoria olvidó?

DON JUAN.

Memorias le dió el Infante,
Con que yo pasé la mía
Un mundo más adelante.

LEONELO.

Un desengaño de un día
Es redención de un amante.

DON JUAN.

Si los redimidos son
El enfermo y el cautivo,
Yo llamo con más razón,
Pues del alma la recibo,
Mi libertad redención.
La amorosa enfermedad
En salud se me ha trocado,
La cárcel en libertad;
Que á dármela se han juntado
La Merced y Trinidad.
La merced de un desengaño,
La trinidad del acuerdo
De tres potencias, que el daño
Miraron donde me pierdo
En el Argel de mi engaño;
Que á desengañarme dél,
Con la Trinidad que digo,
Vino la Merced á Argel;
Mucho pudieron conmigo,
Que estaba prendado en él.
Despertó mi entendimiento
Á mi memoria dormida,
Y dando consentimiento
La voluntad ofendida,
Fué trinidad en mi intento.
Y en librarme convenidos,
De limosnas de mis daños,
Para cobrar mis sentidos,
Dí por rescate dos años,
Aunque ya estaban perdidos.
¡Oh santa Merced, yo adoro
La tuya y mi redención!
¡Oh libertad, gran tesoro,
Porque no hay buena prisión,
Aunque fuese en grillos de oro!
No más Argel, pues engaña
La razón. Vamos, deseo;
Que ha sido librarme hazaña.
¡Gracias á Dios que me veo
Entre cristianos de España!

LEONELO.

Vuestro discurso, don Juan
(Si como vos lo decís,
Y este desengaño os dan,
En el alma lo sentís),
Os hace un cuerdo galán.
Ya por ejemplo os contemplo
Del desengaño en el templo:
¡Dichoso vos, á quien hiela,
Pues lo que abrasa y desvela
Os sirve de claro ejemplo!
Pero guardaos bien del daño
Que suele hacer en quien ama
La pena de un desengaño,
Que es una secreta llama
De más rigor que el engaño.
Pensaréis que no queréis,
Y cuando os imaginéis
Más libre en más confianza,
Iréis á darle venganza,
Y á sus puertas lloraréis.

DON JUAN.

¡Plegue al cielo que ese día,
Ó primero que le vea
Para tal desdicha mía,
El fin de mi vida sea!
Tanto un desengaño enfría.
Yo quise mientras creí
Que me querían; llegué
Donde lo contrario vi,
Y de la suerte olvidé,
Que se olvidaron de mí.
No más, no más, niña ingrata,
Pues que ya tu edad de plata
Se ha vuelto en hierro.

LEONELO.

El valor
Se muestra en rendir á amor.

DON JUAN.

Cualquiera traición le mata.

Un paje.

PAJE.

Aquí de la señora Dorotea
Un escudero quiere hablarte.

DON JUAN.

Dile
Que se vaya con Dios y que me deje,
Porque crea Leonelo lo que digo.

LEONELO.

Eso, don Juan, no es justo, ni conviene
Al trato de tan noble caballero.
Recibid el recado en cortesía.

DON JUAN.

¿Por vos he de hacer cosa tan mal hecha?

LEONELO.

Poneldo por mi cuenta; que yo os juro
Que no lo sentís mucho.

DON JUAN.

Dile que éntre.

Retírase el paje y sale un escudero.

ESCUDERO.

Este papel me ha dado mi señora.

Da á D. Juan un papel y una caja.

¿Cómo con esa cara le recibes?

DON JUAN.

No la tengo mejor para papeles
De quien se deja visitar de príncipes.

ESCUDERO.

Solías tú con palio recibirme,
Mandarme regalar, darme aguinaldo;
Ya te veo de suerte, que no quiero
Pedirte aquellas calzas y ropilla
Que me mandaste. Ya conozco: amantes
Son como arroyos, que lloviendo corren,
Tras sí lo llevan todo con la furia,
Y en cesando, no dejan más de piedras.
Mas no quiero culparte, á mí me culpo,
Que siempre he sido desdichado en calzas.

DON JUAN.

Idos con Dios, que estoy con pesadumbre.
Decid á la señora Dorotea
Que con Chacón responderé.

ESCUDERO.

No quiero
Parecer, en cansaros, escudero.

Vase.

LEONELO.

¿Cómo no abrís el papel?

DON JUAN.

Como ya el tiempo pasó
Que diera mil besos yo
Á cualquiera letra dél.

LEONELO.

Acabad, que estáis muy necio.

DON JUAN.

Leerle quiero por vos.

LEONELO.

Por mí y por vos, que ¡por Dios!
Que es ese mucho desprecio.

DON JUAN.

Abriendo el papel.

¡Bueno es esto!

LEONELO.

¿Cómo ansí?

DON JUAN.

El papel es un soneto.

LEONELO.

Luego ¿es verdad, en efeto,
Que hace versos?

DON JUAN.

Éstos sí.

Lee.

Ingrato dueño mío, aunque pretendas
Matarme con rigores y desdenes,
Y sin oir las partes me condenes,
Quiero que mi verdad y amor entiendas.
Mas no es razón que sin razón me ofendas;
Y pues en otros gustos te entretienes,
Y de mi honor mayores prendas tienes,
Triunfa también de esas humildes prendas.
Cesen, por vida mía, los enojos;
Que príncipes conmigo son quimera,
Sueño del gusto, engaño de los ojos.
»Y cuando como piensas los rindiera,
¿Qué pierdes en tenellos por despojos,
Pues á tus pies con ellos me pusiera?»

LEONELO.

¡Notable humildad! No hay gracia
Que no tenga esta mujer.

DON JUAN.

De tantas pudo nacer
Su desdicha y mi desgracia.

LEONELO.

El soneto es amoroso,
Y muestra bien ser de dama.
Pero ¿cómo, cuando os llama,
Estáis tan tibio y celoso?
En esa caja, ¿os envía
Vuestras prendas?

DON JUAN.

Por cobrar
Las suyas; que es engañar
Con regalo y cortesía.
Yo las enviaré, cruel.

LEONELO.

Abrilda, á ver.

DON JUAN.
¿Qué es aquesto?
LEONELO.
¿Cómo?
DON JUAN.
Otras prendas ha puesto;
Mas éstas, dice el papel.
¡Las reliquias del Maestre
Y memorias del Infante
Me envía!
LEONELO.
¡Dichoso amante!
¿Qué más fe queréis que os muestre?
DON JUAN.
Hasta del Rey la cadena
Viene aquí.
LEONELO.
Tal desengaño
Bien ha disculpado el daño
De la recibida pena.
Id á ver á Dorotea
Humilde y agradecido.
DON JUAN.
Hazaña discreta ha sido;
Pero no sé si la crea.
LEONELO.
Eso es grande ingratitud.
Enojaréme con vos.
DON JUAN.
Digo que iremos los dos:
Tal es la fuerza y virtud
Desta dulce encantadora.

Chacón.

CHACÓN.
¿Está mi señor aquí?
DON JUAN.
¿Qué hay, Chacón?
CHACÓN.
Escucha.
DON JUAN.
Di.
CHACÓN.
Quiere, sirve, alaba, adora
La niña de Bercebú,
Que pasando por su calle.....
Mas mejor es que lo calle.
DON JUAN.
Pues, necio, ¿no sabes tú
Que una razón comenzada
No se puede dilatar?
Pues no supiste callar,
Habla.
CHACÓN.
No importa, no es nada.
DON JUAN.
Habla, digo.
CHACÓN.
En cuatro días
Que no habemos parecido
Por su calle, hay tanto olvido
De pasadas niñerías,
Que agora acabo de ver
Á su puerta con mil cargos
De ropa dos carros largos.
¡Ah falsa, ah fiera mujer!
Vieras sillas, colgaduras,
Camas doradas, tapices,
Colchas de seda.....
DON JUAN.
¿Qué dices?
CHACÓN.
Vidros, tarimas, pinturas,
Hasta asadores, morillos
Y aderezos de cocina.
DON JUAN.
Bien el dueño se adivina.
¿Son celos para sufrillos?
¿Paréceos que viene bien
Con este papel, Leonelo?
LEONELO.
Digo que me libre el cielo
De sus embustes.
DON JUAN.
¿Que den
Licencia un honrado hermano
Y una tía semejante,
Á que tan libre el Infante,
Sin otro respeto humano,
Cubra de sus telas de oro
Casa que con tal limpieza
Tuvo el honor por riqueza
Y la virtud por tesoro?
¡Ah, vil interés, que puedes
Rendir la virtud y honor!
¿No estaban, niña, mejor
Desnudas esas paredes?
¿No supiera yo vestillas
De seda, sin ser Infante?
No he visto amor semejante.
¡Camas, tapices y sillas!
¡Bravo amor! De asiento están.
CHACÓN.
Cuando vi los asadores,
Me salieron más colores
Que á un ave que asando van.
¡Ah perros! dije entre mí,
¿No era mejor un marido
Noble, rico y bien nacido?
DON JUAN.
Chacón, mejor es ansí.
Pues yo no pienso morirme,
¿Quién hay en todo el lugar
Con quien la pueda picar,
Y yo alegrarme y reirme?
LEONELO.
En su misma calle vive
Marcela.
DON JUAN.
Tienes razón.
¿Conócesla tú, Chacón?

CHACÓN.

A escribilla te apercibe,
Que es una dama gallarda
Que sabrá bien despicarte,
Y yo la he visto mirarte,
Y sé que ha días que aguarda
Que le digas que deseas
Visitarla.

DON JUAN.

Yo querría
No verla agora de día.

LEONELO.

¿Pues no es mejor que la veas?

DON JUAN.

No, porque aquella cruel
No vea que á rogar voy,
Sino que admitido soy.

LEONELO.

Bien dices: rasga el papel,
Y del oro que te envía
Haz un presente á Marcela,
Para que el golpe le duela
Si se le viere algún día.

DON JUAN.

Sí verá, que á San Antón
Á misa las fiestas van.

LEONELO.

¡Linda venganza, don Juan!

DON JUAN.

Esta noche tú y Chacón
Iréis conmigo; que quiero
Liberal del oro hacerme
Porque se arroje á quererme.

LEONELO.

¡Notable venganza espero!

CHACÓN.

Yo quiero ser tu alcahuete,
Y si te acierta á agradar
Marcela, bien puedes dar
Con la niña en Tagarete.

Vanse.

El Rey, el Maestre y D. Arias.

REY.

¿Adónde está mi hermano?

MAESTRE.

No está bueno;
Que desde ayer le ha dado una tristeza
Que de todo placer le tiene ajeno.

REY.

¿Al Infante tristeza?

MAESTRE.

La belleza
De una mujer le tiene desta suerte,
Preciada de su honor y su nobleza.

REY.

Maestre, es el amor tanto más fuerte
Que todos los venenos; que le dieron
Muchos nombre de hermano de la muerte.
¡Oh, cuántos á sus manos perecieron,
De que se ven tan míseras memorias!
Oh, cuántos de su triunfo esclavos fueron!
Está en Castilla esa mujer?

MAESTRE.

Las glorias
De amor siempre consisten en violencias,
De que testigos son tantas historias.
Los desdenes, señor, las resistencias
De aquella dama que una noche viste
(Que dijera mejor impertinencias)
Tan mal Enrique y sin valor resiste,
Que se deja morir de puro amante,
Ni duerme ya, de despechado y triste.

REY.

¿Hay lástima, hay suceso semejante?
¡En dos días de amor!

MAESTRE.

Verdad te digo,
Y que de plata es niña de diamante.

REY.

Esta noche los dos iréis conmigo;
Que yo se la traeré tan blanda y tierna,
Si con regalos de quien soy la obligo,
Que viva Enrique, á quien tan mal gobierna
La razón natural de su albedrío.

DON ARIAS.

Piensa ganar la niña fama eterna
Con mostrar al Infante más desvío
Que si fuera su igual; tanto se precia
Del casto honor.

REY.

¡Extraño desvarío!
Las casadas imiten á Lucrecia,
En resistirse digo, no en matarse;
Que en esto todos dicen que fué necia.
¿Que tal quimera pudo levantarse
La noche de la máscara, Maestre?

MAESTRE.

No puede el pobre Enrique repararse;
No hay hombre á quien alegre el rostro mues-
[tre.

DON ARIAS.

Ya están aquí los moros de Granada.

REY.

Y ¿será menester quien los adiestre?

DON ARIAS.

Bien saben nuestra lengua.

Zulema, Alí, moros.

ZULEMA.

En tu sagrada
Frente pongan los cielos mil laureles,
Ganados por los filos de tu espada.
El alcaide, señor, de los Donceles,
Con la embajada de Mohamad venía,
Moro de lo mejor de los Gomeles:
Pero llamóle Alá casi en el día
Que entrara por Sevilla si viviera.
El Rey, que fía de la ciencia mía,

Partir me hizo; pero ya no era
Tiempo de medicinas, que la muerte
Nunca vuelve á envainar la espada fiera.
Murió, y en vez de Zaide vengo á verte,
Trayéndote las treguas confirmadas
Y la obediencia á Rey tan alto y fuerte.
Con ellos treinta yeguas alheñadas,
Con dos potros al lado cada una,
Y con mantas de grana encubertadas.
No se parece en el color ninguna,
Y todas en las alas se parecen,
Que corren más que el tiempo y la fortuna.
Adargas y jinetas las guarnecen,
Cuyos campos ocupan más colores
Que en los verdes de Abril cuando florecen.
Traigo cincuenta alfombras, que en labores
Compiten con las nubes de los cielos,
Al tiempo que las sombras son mayores.
Traigo dos cajas de listados velos
De amarillo, de nácar, de morado,
De flor de malva y de color de celos;
Y digno solamente de tu lado
Un cuchillo de monte, damasquino,
En un cinto de lobo tachonado,
Que por las cerdas del color marino
Sale tan bien el oro y los diamantes,
Que deslucen, desnudo, el temple fino.
Esto, con otras cosas semejantes,
Te presenta mi Rey por obediencia,
Para que á tu grandeza le levantes.

REY.

Bien debe vuestro Rey correspondencia
Justa á mi grande amor, moros honrados,
Que le he puesto en tan alta preeminencia.
Vencí sus enemigos, que postrados
Yacen ante sus pies, y en paz procuro
Conservar con mi fuerza sus Estados.
Agradezco el presente, y aseguro
Las treguas por los años del concierto.

ALÍ.

Tú solo has sido su defensa y muro.
Él queda de tu amor y amparo cierto,
Y por nosotros á tus pies se inclina.

REY.

Maestre...

MAESTRE.

Gran señor...

REY.

Agora advierto (Ap. á él.)
Que sabiendo este moro medicina
Con la curiosidad que éstos la saben,
Que con yerbas es cosa peregrina,
Podrá ser que curándole se acaben
Las tristezas de Enrique.

MAESTRE.

Ser podría,
Ó no será razón que los alaben.

REY.

Moro.....

ZULEMA.

Señor.....

REY.

De gran melancolía
Tengo un hermano enfermo, á quien adoro,
Y que le cures deste mal querría.

ZULEMA.

Pondré en darle salud, á fe de moro,
La diligencia que verás.

ALÍ.

Bien puedes
Fiarle de Zulema.

REY.

Si un tesoro
Me cuesta su salud, quiero que quedes
Del amor que le tengo satisfecho.

ZULEMA.

En mandarme, señor, me haces mercedes.

ALÍ.

Curas notables en Granada ha hecho,
Y adivinado cosas por las manos,
Que hacen temblar el más robusto pecho.

REY.

Jüicios para mí son cuentos vanos.
Vé, Maestre, y enséñale mi Enrique.

MAESTRE.

Ven conmigo.

ZULEMA.

Los cielos soberanos
Guarden tu vida.

Vanse el Maestre y todos los moros.

REY.

En tanto que éste aplique
Remedios á su amor ó á su accidente,
Don Arias, y su vida pronostique,
Por otra parte quiero yo que intente
El interés curar á esta señora
De la dureza que en el pecho siente.

DON ARIAS.

¿Cómo?

REY.

En la calle de las Armas mora;
Son señas de su casa dos balcones
Azules, que al salir el sol los dora.
Si á mano izquierda, como vas, te pones,
Te llamarán las flores y claveles
Que encubren de su dueño las traiciones.
Llévale, pues, seis pares de doseles
(Así llaman aquí las colgaduras),
Con cuadros que envidiarlos pueda Apeles;
Acompaña doseles y pinturas
De dos piezas de tela y terciopelo.

DON ARIAS.

El oro ablanda hasta las peñas duras.

REY.

Llévale mil escudos (que recelo
Que es pobre esa mujer) y dos cadenas
Que valgan otros mil.

DON ARIAS.

Cayó en el suelo.

REY.

Como es Enrique nuevo en estas penas,

No sabe que las damas quieren oro;
Que no viven de sangre de las venas.
Con él le curaré mejor que el moro.

Vanse.

Dorotea y Teodora.

TEODORA.
Tengo, por recién mudada,
En esta casa temor.
DOROTEA.
Todo nace del rigor
De tu condición cansada.
Pues ya no tienes por quién
Estar celosa de mí,
Porque con mudarme aquí,
Todo se mudó también.
Después que el Infante entró
En la casa que dejamos,
Y después que nos mudamos
Nunca más don Juan me habló.
¿Qué es hablarme? Ni aun pasar
La calle.
TEODORA.
¿Son celos dél?
DOROTEA.
Hoy, en un tierno papel,
Tía, le quise obligar
Á nuestra amistad pasada,
Y con tal satisfacción,
Que mereciera perdón
No estando con él casada;
Pero ni me ha respondido,
Ni al criado preguntado
Nuevas de mí.
TEODORA.
Tu cuidado
Merece tan justo olvido.
¡Ah sobrina! ¡Cuántas veces
Te dije que este don Juan
Era un fingido galán!
Bien lo que tienes mereces.
Solamente pretendía
Tu deshonor, no casarse;
Pretendió desobligarse,
Vió tu firmeza y la mía,
Y con tan poca ocasión
Como entrar aquí el Infante,
Muy á lo celoso amante,
Finge mal de corazón.
No quiso más de una sombra
Para huir de obligaciones
En que muy necia le pones.
DOROTEA.
¿Sombra, si de un Rey se asombra?
¿Qué sabes tú si ha sabido
Las diligencias que ha hecho?
TEODORA.
Si no han sido de provecho,
¿De qué se muestra ofendido?
Que sólo el mudarte aquí,
Porque de ti no supiese,
Le obligaba á que te diese
Satisfacciones á ti.
DOROTEA.
De eso está tan olvidado,
Que aun no sabe que aquí vivo.
TEODORA.
Pena de verte recibo
Con tan injusto cuidado;
Y esta noche mucho más,
Que con la pena que tienes,
Á la reja vas y vienes,
Pero sin provecho vas;
Que don Juan entretenido
En casa de alguna dama,
Eso que debe á tu fama
Tendrá ya puesto en olvido.
¡Bien te casarás agora!
DOROTEA.
Pues ¿qué he perdido?
TEODORA.
Opinión.
DOROTEA.
Ea, comience un sermón.
Váyase á acostar, señora.
Baste mi pena: ¿qué quiere?
TEODORA.
Aun no ha venido tu hermano.
DOROTEA.
¿No sabes ya cuán liviano
Por Marcela vive y muere?
¿No sabes ya que hoy le ha dado
La casa en que hemos vivido?
TEODORA.
Harta desvergüenza ha sido;
Dios sabe que me ha pesado.
DOROTEA.
Pues ¿qué daño se te sigue,
Si ya no vives allí?
Vete á acostar.
TEODORA.
Eso sí.
¿Es posible que te obligue
Un desdén á tales celos?
Querrás muy loca esperar
Á ver si te viene á hablar.
DOROTEA.
Esos serán tus consuelos.
Vete con Dios; que á tomar
El fresco voy al balcón.
TEODORA.
Para fuego de afición
No hay aire fresco en la mar
Tú te cansarás en vano.
DOROTEA.
¿PasarásIo tú por mí?

Vase Teodora.

DOROTEA.
¡Ay triste! ¡Cuán necia dí

Mi libertad á un tirano!
¿Qué más he podido hacer
Que darle satisfacción?
Yo mudé casa, en razón
De pretenderme esconder
Á los ruegos del Infante,
Promesas y montes de oro;
Por el suyo y mi decoro
He sido un firme diamante.
Yo le escribí y le envié
Las joyas: ¿cómo su trato
Con un desdén tan ingrato
Paga mi amorosa fe?
No es posible. Subir quiero
Al balcón; que podrá ser
Me venga esta noche á ver,
Que bien creerá que le espero:
El no responderme abona
Que para verme se apresta,
Porque no hay mejor respuesta
Que de la misma persona.

Vase.

Don Juan, Leonelo; Chacón, á lo bravo.

LEONELO.

Señalando la casa en que vivió Marcela.

Esta es, don Juan, la casa de Marcela;
Mas pienso que te inclinas con más gusto
Á la de aquella niña en quien la tienes,
Porque después que entramos en la calle,
Todo es mirar sus puertas y balcones.

DON JUAN.

No te espantes, Leonelo, que se vayan
Al hábito los ojos, que tenían,
Y más, viendo tan cerca aquella casa
Donde está una mujer que, á ser de piedra,
Y no de plata, mereciera de oro
Estatuas por divina.

CHACÓN.

Ya tenemos
Memorias de la niña: ¡buenos vamos!
Pues porque se te quiten los bostezos
Con que suspiras ya, como borrico
Que ha conocido el prado de su aldea,
Quiero decirte lo que vi esta tarde.

DON JUAN.

¿Qué? por tu vida.

CHACÓN.

Que en su casa entraba
Don Arias, gran privado del Infante.
Llevaban dos criados ricas piezas
De telas de oro, y otros dos dineros
En cantidad; al fin, joyas de príncipe.
Propuse no decírtelo; mas viendo
Que te enterneces viéndote en su calle,
Y que es contra tu honor volver á verla,
Quise con este desengaño darte
De tu desdicha y su mudanza parte

DON JUAN.

Confiésote, Chacón, que enternecido
De memorias pasadas, me llevaba
El alma á las ventanas de esa fiera,
Y que pudiera ser que me rindiera;
Mas ya con este santo desengaño,
Con este saludable advertimiento,
Para siempre de verla me despido.
No más, no más; afuera, pensamiento.
Si alguno estaba en mí, que como espíritu
No quería salir á tanto apremio,
No se defienda á la violencia santa
Deste conjuro que Chacón me ha dicho.
¿No es ésta la ventana de Marcela?
Tira una china, llama. Aquesto es hecho.

LEONELO

Si va á decir verdad, yo te quería
Conducir á tu niña, imaginando
Que te hacía lisonja; que un amante
Suele siempre negar lo que desea,
Y quiere que le rueguen lo que quiere;
Mas viendo que ya tiene don Enrique
Posesión tan pacífica en su casa,
Digo que ni la busques ni la nombres.

DON JUAN.

Abrasándome estoy de puros celos. (Aparte.)
Quiero disimular. Paciencia, ¡oh cielos!

Dorotea, saliendo al balcón.

DOROTEA.

Tres hombres hay en la calle; (Aparte.)
Mirando el balcón están:
Ó es deseo de don Juan,
Ó le parece en el talle.
Sin duda es él, que celoso
No quiere llegar á hablarme.

DON JUAN.

Todo fué determinarme;
Amor, ya estoy en el coso;
Muera del engaño el toro,
Si el desengaño le mata.
Ríndete, *Niña de Plata*,
Ríndete á Marcela de oro.

CHACÓN.

Eso sí, juega al rentoy,
Y envida tres piedras más.

DON JUAN.

Á Dorotea.

Si oyendo, Marcela, estás
Que desde aquí tuyo soy,
Abre ese balcón y advierte.....

DOROTEA.

¡Ay, triste! Aquéste es don Juan, (Aparte.)
Que de Marcela galán,
La requiebra desta suerte.
Sin duda que no ha sabido
Que á su casa me he mudado.
El viene á verla engañado:

Ventura notable ha sido.
Fingirme quiero Marcela;
Quiérome desengañar.

DON JUAN.

Á Leonelo y Chacón.

En las rejas oigo hablar;
Los dos os poned en vela
Guardando esas dos esquinas.

LEONELO.

Ponte á esa esquina, Chacón.

CHACÓN.

Habla, y venga un escuadrón:
Yo basto á treinta gallinas.

DON JUAN.

Marcela, Marcela, ¡ce!

DOROTEA.

Fingiendo la voz.

¿Quién llama?

DON JUAN.

Un nuevo galán.

DOROTEA.

¿Es por ventura don Juan?

DON JUAN.

Ventura el hallaros fué.

DOROTEA.

¡Jesús! ¿Qué buscáis aquí?

DON JUAN.

Días ha que os busco á vos.

DOROTEA.

¿Á mí? Engañáisos, por Dios,
Que no me buscáis á mí.
Si vuestra *Niña de Plata*
Os ha hecho algún desdén,
Ó vos (con celos también
De que nuevos gustos trata)
La queréis amartelar
Tan enfrente que lo vea,
Soy yo muy necia y muy fea,
Y antes la podréis vengar.
Id con Dios, que no soy buena
Para dar celos conmigo.

DON JUAN.

Oid, oid.

DOROTEA.

¡Ay, amigo!
Á estas horas anda en pena.
Vaya, llame, llore, diga,
Que se casará con ella.

DON JUAN.

Si sabéis, Marcela bella,
Lo que á olvidarla me obliga,
Mirad que soy caballero.

DOROTEA.

Luego ¿tratáis de olvidalla?

DON JUAN.

No, que olvidalla era honralla,
Pues confiesa que primero
Tuvo amor quien olvidó.

DOROTEA.

Pues ¿nunca la habéis querido?

DON JUAN.

Quien la ha puesto en tanto olvido,
¿Cómo dirá que la amó?

DOROTEA.

Eso es mentira.

DON JUAN.

Esperad.
Hoy me ha escrito este papel,
Y me ha enviado con él,
Para más seguridad,
Unas joyas que le dieron
El Rey y los dos Infantes;
Si el dar prueba los amantes,
Y amores las obras fueron,
Para que vos entendáis
Lo que la estimo, un listón
Echad por ese balcón,
Puesto que al sol le pidáis
Del cabello que os enlaza,
Y atadas en él, veréis
Si quiero que las gocéis.

DOROTEA.

No me disgusta la traza.
Pero ¿qué os mueve á desprecio
Tan grande?

DON JUAN.

Echad el listón;
Que aun de hablar desta ocasión
Me afrento y tengo por necio.

DOROTEA.

Bésoos las manos, don Juan,
Por las joyas; y aunque siento
Que es liviandad de mi intento
Tomar joyas de un galán
Tan recién venido á verme,
Por sola satisfacción
De que es cierta esa afición,
Y asegurarme á perderme,
Quiero tomarlas; que á fe
Que deseaba este día,
Porque en el alma os tenía
Desde una vez que os hablé
Pasando acaso á Triana,
Tapada en un barco.

DON JUAN.

Echad
La cinta.

DOROTEA.

Tomad y atad.

Echa la cinta.

Entrarán por la ventana,
Y vos, joya de más precio,
Por esa puerta otro día.

DON JUAN.

En esta caja os envía,
Marcela, un amante necio,

Los ricos despojos de oro
De aquella Niña de Plata.

Ata con la cinta la caja.

DOROTEA.
Quien bien ata, bien desata.
Creed, mi bien, que os adoro.

DON JUAN.
Subid quedo.

DOROTEA.
Gente viene.

Sube la caja.

Perdonad, mientras que pasa,
Por el honor desta casa.

Vase.

Félix.

FÉLIX.
¡Que siempre esta calle tiene (Aparte.)
Gigantes por las esquinas!

DON JUAN.

Á Leonelo.

¿Cómo Chacón ha dejado
Pasar aquel embozado?

LEONELO.
De miedo; ¿no lo adivinas?
¿Cómo te fué con Marcela?

DON JUAN.
Todas las joyas le dí.

LEONELO.
¿Las joyas?

DON JUAN.
Sí.

LEONELO.
¿Todas?

DON JUAN.
Sí;
Que amor sin alas no vuela.

LEONELO.
Y ¿tomólas?

DON JUAN.
Con la mano.

LEONELO.
¿De qué suerte?

DON JUAN.
Á su balcón
Las subió con un listón;
Esto es negociar, hermano.
Mañana soy dueño aquí,
Y á la Niña doy martelo.

FÉLIX.
Éstos andan con recelo, (Aparte.)
Pues que se encubren de mí.
Quiérome entrar á acostar,
Pues traigo llave.

Abre y éntrase.

DON JUAN.
Oye, espera.

LEONELO.
¿Qué quieres? ¿Eso te altera?

DON JUAN.
¿No viste aquel hombre entrar?

LEONELO.
Y ¡cómo!

DON JUAN.
Pues ¿dónde entró?

LEONELO.
¿Dónde? En casa de Marcela.

DON JUAN.
¿Hay tan notable cautela?

LEONELO.
¿Cautela, don Juan?

DON JUAN.
Pues ¿no?

LEONELO.
No, porque si éste era el dueño,
Por fuerza habrás de callar.

DON JUAN.
Ya me ha pesado de dar
Las joyas, mi fe te empeño.
¡Pesia tal con la.....

LEONELO.
Detente.

CHACÓN.
¿Qué tenemos? ¿Hay cuestión?

DON JUAN.
Basta; que he dado, Chacón,
Mis joyas livianamente
Á la dama desta casa.

CHACÓN.
¡Bien!

DON JUAN.
Y apenas se las dí,
Cuando entrar un hombre vi.
¿Hay tal maldad? ¡Esto pasa!

CHACÓN.
¿Díjote que no entraría
Si se las dabas?

DON JUAN.
No.

CHACÓN.
Pues,
Demás de que eso no es
Traición ni descortesía,
¿No es justo que éntre el primero,
Si es el platero?

LEONELO.
¡Buen trato!

DON JUAN.
No lo entiendo.

CHACÓN.
Al que hace el plato
Llaman las damas platero.

DON JUAN.
Pues si tengo de sufrir
Que éntre un hombre como yo
Donde el desdén me forzó,

Más que el amor, á venir,
Mejor es sufrir á un rey
Donde tengo gusto: vamos
Y Dorotea, y suframos
De amor la tirana ley.
No me replique ninguno;
Que más quiero á Dorotea
Con gusto y rey, que á quien sea
De otro, y yo sin gusto alguno.
En esta resolución
Reventó mi amor celoso.
¡Guardaos, que corre furioso!

LEONELO.

¿Qué dices desto, Chacón? (Aparte á él.)

CHACÓN.

Que esto ya me lo sabía,
Y en parte está disculpado.
Mas las joyas que le ha dado,
Fué gran moscatelería;
Pero él las sabrá cobrar
Haciendo alguna invención.

DON JUAN.

Llama á esa puerta, Chacón.

LEONELO.

¿Mejor no fuera llamar
Á la de Marcela, di,
Y sacarle de los brazos
El galán á cintarazos?

DON JUAN.

Linda cabeza! Eso sí.
Cuando la quisiera bien,
Perderme fuera razón.
Llama á esa puerta, Chacón.

CHACÓN.

¡Con qué gracioso desdén
Te ha de recibir la Niña,
Viendo que á rogarla vas!

DON JUAN.

El amor me obliga á más.
¿Qué se me dá que me riña?

LEONELO.

Quedo, que viene gente por la calle.

CHACÓN.

Tres hombres son, señor, arrodelados.

DON JUAN.

¿De qué tiemblas, gallina? Sean cuarenta.

El Rey, el Maestre y D. Arias, en hábito de noche.

[illegible]

Gente hay aquí.

[illegible]

¿Qué importa que haya gente?

[illegible]

Preciado está el Maestre de valiente.

DON ARIAS.

¿No tiene obligación?

[illegible]

[illegible] os prometo
Que aunque soy rey y reservarme es justo,
[illegible]
Como al bravo mejor de aquesta tierra.

DON ARIAS.

Y ¡cómo si se sabe de experiencia!
Más quisiera topar con treinta bravos
Que á Vuestra Majestad sin conocerle.

REY.

¿Está avisada esta mujer que vengo
Para ser su escudero?

DON ARIAS.

En dando un silbo
Saldrá á la puerta.

REY.

Pues ¿qué aguardas? Silba.

DON ARIAS.

Llegándose á la casa donde vivió Dorotea.

Miraba aquellos hombres.

REY.

Silba, acaba.

DON ARIAS.

Silbé. Salió.

Marcela, con sombrerillo y rebocillo, saliendo
de la casa donde vivió Dorotea.

MARCELA.

Las señas esperaba.

DON ARIAS.

El Rey mismo está allí, que por ti viene.

MARCELA.

¡Tanta merced, señor!

REY.

Vente conmigo;
Que esto puede la vida de un hermano.

Vanse el Rey, Marcela, el Maestre y D. Arias.

DON JUAN.

Leonelo, el Rey es éste, y Dorotea
Se va con él.

LEONELO.

¿En qué le has conocido?

DON JUAN.

En el traje, en el talle, en mi desdicha.
Sin duda que es el otro don Enrique.
¡Malo estaba de ver! ¡Yo soy perdido!

CHACÓN.

¿Quieres que acuchillemos estos reyes?

DON JUAN.

Hablas, gallina, en cosas imposibles.
¡Ay, Dios! ¡Cómo pretende asir el viento,
Parar el sol y detener los rayos,
Cuando abrasando las confusas nubes
Rompen el aire con horribles truenos,
Quien piensa en la mujer poner firmeza!
Pues no me he de morir. Ánimo, amigos.
Volvamos á las rejas de Marcela;
Que sólo desquitarme me consuela.

[illegible]

[illegible] lices; por ventura habrá salido

El galán, y entraremos á conversa;
Que canta un poco, y tiene dos esclavas
Que bailan por extremo y bufonizan.

Acércase á la casa que habitó Marcela.

DON JUAN.
Tiro esta piedra. ¿Abrieron?

CHACÓN.
No se acuestan
En esta casa hasta que sale el alba.

Dorotea, saliendo á la reja.

DOROTEA.
¿Quién llama?

DON JUAN.
Don Juan soy, Marcela mía.

DOROTEA.

Fingiendo la voz.

Tú debes de hacer hora en esta calle,
Y como tu ocupada Dorotea
Debe de estarlo, en tanto te entretienes
Inquietando mis puertas y ventanas.

Chacón se aparta á un lado.

DON JUAN.
Marcela mía, la verdad te digo:
Yo vine á despicarme, amartelado
De los celos de aquella ingrata Niña,
Si de mis ojos, ya de mis enojos.
Volvióme amor á requerir sus puertas;
Llegó (decirlo quiero) el Rey, y al punto
Que hicieron una seña, Dorotea
Salió á la puerta, y dél acompañada,
Y el Infante también, si allí venía,
Se fueron al alcázar. Mira agora
¡Qué doncella serví para casarme!
¡De quién fié mis locos pensamientos!
Ábreme, que ya estoy desengañado.
Mi hacienda te daré, todo soy tuyo:
Robaré al Veinticuatro, ¡por Dios vivo!
Mañana te daré dos mil escudos.

DOROTEA.
Quedo, quedo, don Juan, que si he callado,
Mas cuando tocas tanto al honor mío,
Quiero que de tu error te desengañes.
¿No conoces mi voz? ¿Tan ciego vives?
Dorotea soy yo, no soy Marcela;
Marcela es la que el Rey lleva consigo.
Aquí vivió Marcela; que esta casa
Por huir del Infante vivo agora,
Y ésa Marcela, en la que yo vivía.
Óyeme bien, y mírame á la cara:
No me afrentes mañana por Sevilla;
Que soy mejor que tú, y en honra puedo
Decir que puedo competir conmigo;
Que no hay más honra que la que yo tengo.
Testigos estas joyas que me has dado,
Pues que yo te las dí por no tenellas;
Que quiero más desnudas mis paredes
Y vestido mi honor, que á treinta infantes.
Véte, villano, véte con Marcela;
Síguela donde va: para ti es propia;
Que los hombres queréis quien os abrase,
Porque con malas obras andáis finos,
Y en amándoos pagáis con desatinos.

DON JUAN.
Quedo, quedo, señora Dorotea,
Que esos blasones fueran muy bien dichos,
Y los oyera yo de buena gana,
Cuando no hubiera visto ¡ah santo cielo!
Entrar un hombre con su misma llave
Por esas puertas.

DOROTEA.
Y eso, ¿quién lo niega?
Entró mi hermano; que mi hermano puede
Entrar sin que mi honor manchado quede.
Y para que lo veas, ¡vive el cielo!
(Que otra vez no te he dicho tal palabra),
Que has de entrar en mi casa y has de hablarle.

DON JUAN.
No, mi vida, no es justo, yo lo creo,
Sino que yo te adore, y que tú muestres
Tu generosidad en perdonarme.
Vesme aquí de rodillas á tus rejas.

DOROTEA.
¿Perdonarte? ¡Oh, qué bien! Véte en buen hora;
Que Marcela saldrá por la mañana,
Hermosa, linda, colorada y fresca,
Y le darás tu hacienda y tus regalos,
Robando al Veinticuatro, á quien yo pienso
Escribir un papel de tus maldades;
No piense que conmigo vas gastando
Eso que con la rabia y la cautela
Le pensabas robar para Marcela.

Vase.

DON JUAN.
Mi bien, espera; espera, niña mía,
Hermosa plata, limpia, tersa, pura,
Lustrosa más que suele estar la nieve
En los extremos de los altos montes;
Mi vida, escucha, ó mataréme.

LEONELO.
Advierte
Que despiertas las gentes. ¿Estás loco?

DON JUAN.
¿Habéis oído lo que aquí ha pasado?

LEONELO.
Y ¿no es mejor que aquélla sea Marcela,
Y sea Dorotea tan honrada?

DON JUAN.
Tienes razón; y por mirar su honra,
Quiero dejar la calle; que mis voces
Pueden ser causa de que alguna pierda.
Vamos al muro, que sus duras piedras
Se moverán, Leonelo, al llanto mío.

LEONELO.
Ven, Chacón
CHACÓN.
¿Qué tenemos? ¿Hay tinieblas?
LEONELO.
¿Por qué lo dices?
CHACÓN.
Si hay lamentaciones
Y obscuridad, ¿qué quieres que te diga?
LEONELO.
La Niña está enojada por Marcela.
CHACÓN.
Pues déle un tres, y cesarán las riñas;
Que es antiguo remedio para niñas.

Vanse.

Don Enrique, melancólico; músicos y criados.

DON ENRIQUE.
Cantad otra, por mi vida,
Que es ésa muy enfadosa.
UN MÚSICO.
La de Cleopatra es famosa.
DON ENRIQUE.
Vaya. ¿Es nueva?
MÚSICO.
Es nunca oída.
Cantan
El blanco y nevado pecho,
Posada del dios Cupido.....
DON ENRIQUE.
No más; matáisme el oído.
MÚSICO.
Que es triste tono sospecho.
DON ENRIQUE.
No topa en eso.
MÚSICO.
¿Es secreta
La causa?
DON ENRIQUE.
Fué porque llama
Á los pechos de esa dama
Mesón de amor el poeta.
MÚSICO.
Ésta escucha.
DON ENRIQUE.
Quiero oilla.
MÚSICO.
Si no te agrada, perdona.

Cantan

Por los caños de Carmona,
Por do va el agua á Sevilla.....
DON ENRIQUE.
No más.
MÚSICO.
Pues qué, ¿te da pena
De aquesta letra, señor?
DON ENRIQUE.
Cantalda á algún aguador:
Para algún enfermo es buena.
MÚSICO.
Tú lo estás; oye, te ruego.
DON ENRIQUE.
Esta enfermedad no fragua
Amor con deseos de agua;
Hidrópico soy de fuego.
MÚSICO.
Cantemos una letrilla,
Que podrá ser agradarte.
DON ENRIQUE.
Ni aun las letras serán parte,
Que tiene toda Sevilla.
MÚSICOS.

Cantan:

Caminad, suspiros,
Adonde soléis,
Y si duerme mi niña,
No la recordéis.
DON ENRIQUE.
¡Extremada, y más que buena!
¡Linda letra!
MÚSICO.
¿Ésta te agrada?
DON ENRIQUE.
Niña dormida y guardada
Fué la causa de mi pena.
¡Excelente, linda cosa!
¿Quién la hizo?
MÚSICO.
Yo, señor.
DON ENRIQUE.
Agora diste en mi humor.
Con niña es letra famosa.
MÚSICO.
¿Esto llamas novedad?
Sin niña y madre no hay letra.
DON ENRIQUE.
Ésta el alma me penetra.
Cantad, que duerme, cantad.

Un criado.

CRIADO.
El moro á quien hoy mandaste
Aquella figura hacer,
Dice que te quiere ver.
DON ENRIQUE.
Entre.

Sale Zulema con un papel.

Á buen tiempo llegaste.
ZULEMA.
Dame esos pies.
DON ENRIQUE.
No es razón
Que de esa manera estés.

¿Qué hay de la figura?

ZULEMA.

Que es
Contraria á tu pretensión
Venus, que á la luna mira
Con grande malicia opuesta,
Y con Marte manifiesta
Que por un hombre suspira,
De su calidad igual.
Los dos se miran de trino;
Después que Tu Alteza vino,
Por celos se tratan mal.
Aquí muestra el sol que un día
Sola contigo estará;
Pero libre quedará
Su honra de tu porfía.
Pero retírate más;
Que aunque de aquesta mujer (Aparte á él.)
Miré tu amor, puede ser,
Aunque tan seguro estás,
Que haya visto algunas cosas
Que son de más importancia.

DON ENRIQUE.

¿Cómo?

ZULEMA.

Tú has de hacer por Francia
Dos jornadas peligrosas,
Huyendo del Rey tu hermano.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices, que adora en mí?

ZULEMA.

Agora, Enrique, es ansí;
Que también Nerón romano
Cinco años gobernó
Su república de suerte,
Que una sentencia de muerte
Con mil lágrimas firmó.
Séneca dél se admiraba,
Pero matóle después;
Y esta blandura que ves
En Pedro, ya el curso acaba.
Á doña Leonor, tu madre,
Ha de matar.

DON ENRIQUE.

¿Estás loco?

ZULEMA.

Esto que te digo es poco;
Que á don Alonso, su padre,
Pienso que no perdonara,
Si en esta ocasión viviera.
Tú lo verás cuando muera
Tu hermano el Maestre.

DON ENRIQUE.

Pára,
Pára, astrólogo cruel,
Pára esas locas mentiras.

ZULEMA.

Enrique, ¿desto te admiras?
Pues tú has de matarle á él.

DON ENRIQUE.

¡Yo á Pedro!

ZULEMA.

Y has de quedar
Rey pacífico en Castilla.

DON ENRIQUE.

¿Sueñas?

ZULEMA.

¿Qué te maravilla?
Sus hijos no han de heredar;
Que han de morir en prisión.

DON ENRIQUE.

Vete, moro, en hora buena;
Que quien aumenta la pena
No merece galardón.
¿Hay tan grandes desatinos?

El Maestre.

MAESTRE.

¿Está aquí Enrique, mi hermano?

DON ENRIQUE.

Aquí estoy, hermano mío.

MAESTRE.

Echa fuera los criados,
Que el Rey y yo te traemos
Para tu mal.....

DON ENRIQUE.

Habla paso.

MAESTRE.

Un Hipócrates divino,
Un Galeno soberano,
Una yerba de Tesalia,
Una epítima, un reparo
Y un alquermes de los cielos
En un cristalino vaso.

DON ENRIQUE.

¡Ay, Maestre! ¿Qué me dices?
Que no hay remedio en mis daños,
Fuera de unos bellos ojos,
Fuera de unos blancos brazos.

MAESTRE.

Esos mismos que deseas,
Esos están aguardando
Que estés solo.

DON ENRIQUE.

¿Es Dorotea?

MAESTRE.

La misma.

DON ENRIQUE.

Fuera, criados;
Despejad la cuadra luego.

Vanse los criados y músicos.

Tú, moro astrólogo y falso,
Mira ¡qué presto mentiste!
Pues sin trinos ni cuadrados,
Sextiles ni oposiciones,
Me traen el bien que aguardo.

ZULEMA.

¿Eso es cierto?

DON ENRIQUE.

¿No lo ves?

CELIMA.
Haré mis libros pedazos
Si fuere verdad.

DON ENRIQUE.
Despeja.
Di que éntre, y déjame, hermano.

MAESTRE.
Voy á decírselo.

Vanse el Maestre y el moro.

DON ENRIQUE.
¡Cielos,
No lo tengáis por agravio!
Perdonad, que amor me fuerza.
Dejad que roben mis brazos
Aquesta imagen de plata,
Aqueste raro milagro
Del templo de la hermosura,
Como otro Paris troyano.

Marcela.

MARCELA.
Encareciéndome el Rey,
Señor Infante, que cuando
Vuestra Alteza entró en Sevilla
Con tantas fiestas y aplauso,
Me vió en un balcón.....

DON ENRIQUE.
¿Qué es esto?

MARCELA.
Y que de amor y cuidado
Estaba enfermo.....

DON ENRIQUE.
¿Quién eres?

MARCELA.
La que, agradecida tanto,
Rompo la vergüenza justa,
Atropello el honor casto,
Por dar remedio á tu vida.

DON ENRIQUE.
¡Maestre, Maestre, hermano,
Hola! ¿Qué mujer es ésta?

MARCELA.
Señor, Marcela me llamo.

DON ENRIQUE.
¿No eres la Niña?

MARCELA.
¿Qué niña?

DON ENRIQUE.
Pues ¿cómo con este engaño
Pensaste curar á amor?
¡Criados, hola, criados!
Llevad de aquí esta mujer:
¡Que me muero, que me abraso!
Crecido habéis mi locura.
¡Muerto soy!

Vase.

MARCELA.
¡Desprecio extraño!
Pues aunque un rey me tripula
Y me descarta enojado,
Yo sé que para su runfla
Me quisiera algún vasallo.

ACTO TERCERO.

El Rey y D. Arias.

REY.
¿Que no era aquélla la dama
Por quien Enrique padece?

DON ARIAS.
La historia, señor, merece
Verso y prosa, nombre y fama.
Todas las joyas se dieron
Á Marcela por engaño.

REY.
¡Notable suceso!

DON ARIAS.
¡Extraño!

REY.
¡Qué mal empleadas fueron!

DON ARIAS.
Á no ser merced de Rey,
Que no se puede quitar,
Se las hiciera tornar.

REY.
Eso ni es razón ni es ley.
Por su lance las ganó;
Háganle tan buen provecho,
Como de Enrique sospecho
Que daño igual le causó.

DON ARIAS.
Mayor pienso que es su daño
Que el provecho de Marcela.
Creció el amor la cautela,
Y la pena el desengaño;
Pero tendrá buen remedio.

REY.
Eso deseo saber.

DON ARIAS.
Dos cosas quiere poner
Del mal deste amor en medio.

REY.
¿La primera?

DON ARIAS.
El interés.

REY.
¿Y la segunda?

DON ARIAS.
Una tía.

REY.

Cualquiera dellas podría
Dar con el mundo á sus pies.
Es el interés, don Arias,
Alta confección de alquermes,
Por más que del gusto enfermes,
Compuesta de cosas varias;
Pero aunque es tan poderoso,
Asegurarte podría
Que es alta cosa una tía
Para el caso más dudoso.
Notables cosas se acaban
En casa de una parienta.

DON ARIAS.

Luego ¿buen remedio intenta?

REY.

Cuantos escriben le alaban.
Pero ¿qué tratáis con ella?

DON ARIAS.

Que le venga á hablar aquí.

REY.

Y ¿qué responde?

DON ARIAS.

Que sí.

REY.

Todo el oro lo atropella.

DON ARIAS.

Es el más dulce tirano
De la voluntad.

REY.

No creo
Que hay imposible al deseo,
Si lleva plata en la mano.
La Niña se hará muy santa,
É irán horras tía y sobrina.

DON ARIAS.

Rompe la cuerda más fina,
Si el interés la levanta.

REY.

No lo dejes de la mano,
Pide lo que es menester;
Que al fin la Niña es mujer,
Poco más que viento vano.
No te espanten sus razones,
Ni te engañe un rostro honrado;
Que rompe un nuevo obligado
Mil viejas obligaciones.

DON ARIAS.

Como eso saben hacer
Cuando hay tierra de por medio.

Vase el Rey.

Teodora (1), con manto, y un escudero.

TEODORA.

Al escudero.

No hay para el amor remedio
Como querer no querer.
Pero si no hay discreción
En saberse reportar,
Dos caminos suelen dar
Fin al amor.

ESCUDERO.

¿Cuáles son?

TEODORA.

El oro entre desiguales,
Como aquí lo intenta Enrique,
Cuando el que yo pienso aplique;
Y el casamiento entre iguales.

ESCUDERO.

Habla bajo que ha salido (Ap. á Teodora.)
Don Arias al corredor.

TEODORA.

Y el corredor deste amor
También don Arias lo ha sido.

DON ARIAS.

Mil años te guarde el cielo.

TEODORA.

¿Mil años? Malicia es ésa.
De los que tengo me pesa,
Los que me faltan recelo.

DON ARIAS.

Los que te deseo digo;
Que no hablo en los que tienes.
¿Cómo vienes?

TEODORA.

Con mil bienes.

DON ARIAS.

Hoy cobras un grande amigo.

TEODORA.

No lo seré poco suya
Si este contento le doy.
Pero ¿sabe bien quién soy?

DON ARIAS.

De su sobrina lo arguya;
Que si pintara un pintor
Al honor, virtud divina,
Con pintar á tu sobrina
Dijeran que era el honor.
Pero ya viene el Infante.

Don Enrique.

DON ENRIQUE.

Sea mil veces bien venida
Mi amiga, la más querida,
Mi joya, perla, diamante,
Mi antídoto del veneno
Que amor me dió por los ojos,
La gloria de mis enojos

(1) En este acto el autor equivocó los nombres de la tía y la sobrina, aplicando constantemente á aquélla el de *Dorotea*, y llamando á ésta *Teodora*. El impresor (ó algún cómico antes que él) trató de remediar el descuido; pero, enmendando los nombres, estropeó los versos. La edición común de *La Niña de Plata* es una refundición de la presente: en ella está corregido este cambio de nombres, y hay también otras enmiendas acertadas; pero no parecen de mano de Lope. *(Nota de D. Juan E. Hartzenbusch.)*

Y el sol más claro y sereno.
La luz de mi confusión
Y el bien del mal que padezco,
Á quien los brazos ofrezco
Por señal del corazón.
¿Cómo viene? ¿Cómo está
Mi señora Dorotea? (1)
Y ¿cómo haré yo que crea
Que lo es de mis prendas ya?
Estimo más su salud
Que la del Rey, ¡vive Dios!
Arias, ¡qué veces los dos
Hablamos en su virtud!
¿Qué te he dicho desta amiga?
¿De qué manera la quiero?

DON ARIAS.

Todo lo sabe.

TEODORA.

Ya espero
Que des lugar á que diga
Siquiera alguna razón
En que parezca que siento.....

DON ENRIQUE.

Deja todo cumplimiento;
Que en fin cumplimientos son.
Dime qué tienes pensado
De mi salud, pues don Arias
Te habló.

TEODORA.

Mil cosas contrarias
Á tu gusto y á mi estado.
Puesto me has en confusión,
Mirando tu mocedad;
Mas también mi calidad
Da voces á la opinión.
Repórtate si es posible.

DON ENRIQUE.

¡Oh, mi bien, no me aconsejes
Tanto mal!

TEODORA.

Cuando te alejes
Desta esperanza imposible,
En un mes ó en quince días
Se te olvidará Teodora (2).

DON ENRIQUE.

Si así me tratas, señora,
Hoy será el fin de mis días.
Duélete de mí, que estoy
Á la muerte.

TEODORA.

¿Pena en ti?

DON ENRIQUE.

¿No soy hombre?

TEODORA.

Señor, sí.

DON ENRIQUE.

Pues ¿qué quieres si hombre soy?

TEODORA.

¿Lloras?

DON ENRIQUE.

Estoyme muriendo;
No duermo, como, ni vivo.

TEODORA.

Extraña pena recibo;
De verte penar me ofendo.

DON ENRIQUE.

Remédiame.

TEODORA.

¿Cómo?

DON ENRIQUE.

Escucha:
Yo casaré tu sobrina.

TEODORA.

La honra es prenda divina.

DON ENRIQUE.

La fuerza del oro es mucha.

TEODORA.

¿Qué le darás?

DON ENRIQUE.

Bien podrá
Casarse: seis mil ducados.
Y no te cause cuidados
Que el secreto se sabrá;
Que no será la primera
Que lleve el honor en plata.

TEODORA.

Agora, á su honor ingrata
Y á su opinión verdadera,
Tendrá con mucha ocasión
Nombre de *Niña de Plata*.

DON ENRIQUE.

Mi bien, mi remedio trata,
Ten de mi mal compasión.
No le faltará marido
Con estos seis mil ducados,
Porque yerros tan dorados
Presto se cubren de olvido.
¿Qué piensas hacer por mí?

TEODORA.

Ahora bien, dame el dinero,
No por quererlo primero,
Que está bien seguro en ti;
Mas por no volver después
Por el precio de mi honor.

DON ENRIQUE.

Que me place.

TEODORA.

Pues, señor,
Para que seguro estés,
Á su hermano de Teodora
Con recado falso envía
Donde no venga hasta el día,

---

(1) *Teodora* puso el impresor; pero el consonante *crea* del siguiente verso manifiesta que el autor escribió *Dorotea*.

(2) *Dorotea* dice la impresión; pero la palabra *señora*, en que termina el verso siguiente, prueba que el autor escribió *Teodora*. Lo mismo sucede en otros pasajes de este acto. Entienda el lector que los nombres de Dorotea y Teodora, fuera del diálogo van bien puestos; en el diálogo están equivocados. *(Nota de D. Juan E. Hartzenbusch.)*

Pues en fin te sirve agora.
Yo me acostaré temprano
Y recogeré la gente;
Tú puedes, seguramente,
En dejando al Rey, tu hermano,
Ir con aquestas tres llaves,
Que de aquí á la noche harás
Que te imiten, y abrirás.

DON ENRIQUE.

Muestra.

TEODORA.

La puerta que sabes,
Que es de la calle, con ésta.

DON ENRIQUE.

¿De qué son estotras dos?

TEODORA.

Estáme atento.

DON ENRIQUE.

Por Dios,
Que ya es la noche molesta.

TEODORA.

La puerta del corredor
Con esta llave abrirás.

DON ENRIQUE.

Dime, mi bien, lo demás.

TEODORA.

Junto á la sala, señor,
Sobre la mano derecha,
Verás un cancel, que allí
Hay una lámpara.

DON ENRIQUE.

Á ti
Vaya mi estrella derecha.

TEODORA.

¿Á mí? Luego ¿á mí me quieres?

DON ENRIQUE.

Hablo, porque tú me guías.

TEODORA.

Si de mí no te desvías,
Despertarás mis mujeres.
Lleva linterna, y enciende
En la lámpara que digo;
Entra el cancel..... y el postigo
Que á mano izquierda desciende,
Es de mi aposento, el cual
Por de dentro cerraré,
Para que aunque voces dé,
Todas las oigamos mal.
Pasa la cuadra, y enfrente
Verás durmiendo á Teodora;
Que una criada que adora
Está por cierto accidente
Hoy en casa de su madre;
Que no fué poca ventura.
Allí la tendrás segura,
Y cuanto á tu gusto cuadre;
Como el ánimo no sea
Vista primera de amante;
Que hay hombre como un gigante,
Que aunque mil espadas vea,
Por todas ha de romper,
Y puesto en una ocasión,
Le da frío de ción
De mirar una mujer.

DON ENRIQUE.

Yo quedo bien instruído
De la casa y de las llaves;
Cuanto al ánimo, ya sabes
Que estando el muro rendido,
La misma facilidad
Hace cobarde al soldado;
Pero donde habrá cuidado,
Llanto, voces y crueldad,
Esa misma resistencia
Pondrá en mi pecho valor,
Porque como es rayo amor,
Muestra en lo fuerte violencia.
Ven á tomar el dinero;
Aquí en mi cámara está,
Y en escudos bien podrá
Llevártelo el escudero,
Y si no, quien tú quisieres;
Que á su hermano, yo le haré
Que nos deje.

TEODORA.

Siempre fué (Aparte.)
Mujer quien rindió mujeres.

DON ENRIQUE.

Arias, bien se ha negociado (Ap. á él.)

DON ARIAS.

Lindo dinero te cuesta.

DON ENRIQUE.

Mi vida compro.

DON ARIAS.

Si es ésta,
Poco dinero ha costado.

ESCUDERO.

Á Teodora.

¿Habémonos de ir?

TEODORA.

Mirad
Que el silencio es santa ley.

ESCUDERO.

Pienso que ha de darte el Rey
La mitad desta ciudad.

Vanse.

Don Juan, Leonelo y Chacón.

LEONELO.

En fin, venimos á tu centro antiguo,
Después de dar mil vueltas á Sevilla.

DON JUAN.

De día no me atrevo á los umbrales
De la niña ingratísima que adoro,
Porque no entienda que á rogarla vengo;
Pero de noche este consuelo tengo.

CHACÓN.

Después que vimos que era todo engaño,

Y que es Teodora tan constante y firme,
Bien nos parece que á su casa vengas;
Pero venir, y con humildes ojos
Adorar estas rejas y balcones,
Y hacer á cada balaustre dellos
Más reverencias que á un señor que bebe,
Parécenos extraño desatino.

DON JUAN.

¿No lo es mayor comparación tan necia?

CHACÓN.

Más pienso que lo son los que las hacen.

LEONELO.

Mas ¿que tenemos entretenimiento?

CHACÓN.

No sé; yo digo en esto lo que siento.

LEONELO.

Pues, bestia, ¿no es razón y policía
Que se haga reverencia y cortesía?

CHACÓN.

La reverencia es justa, pero en tiempo.

LEONELO.

Y ¿en la bebida no?

CHACÓN.

De ningún modo.
Cuando bebe el señor, verás que baja
Toda la multitud de los criados
El cuerpo, y inclinándole, es forzoso
Que los cuartos traseros estén fuera.
Y estar toda una sala en tal postura
Es peligroso en tiempo de castañas,
Y no puede beber limpio, ni es justo
Que toda la familia y coliseo
Estén haciendo entonces el guineo.

LEONELO.

Déjate desos locos desatinos,
Y despierta á tu amo.

CHACÓN.

¡Ah, señor amo!
¿Qué tienen esas rejas?

DON JUAN.

Hierro tienen;
Mármoles tienen, de que están asidas.

CHACÓN.

Ea, mas ¿que se suelta la poesía,
Y que encajas aquí cualque soneto?

DON JUAN.

Si entendiera acabarle, comenzárale.

CHACÓN.

Pocos saben, señor, cómo se acaban;
Y así, verás sonetos milagrosos,
Que entran con obeliscos y pirámides,
Marfil, ebúrneo pecho, fuentes líquidas,
Y vienen á parar desustanciados.

DON JUAN.

¿Has sido tu poeta?

CHACÓN.

Cuatro veces:
La primera, me dieron muchos palos;
La segunda, vinieron cuatro curas
Á conjurarme por maligno espíritu;
La tercera, me echaron de la calle
Por apestado y hombre contagioso;
Y la cuarta, á la fe, gané unos guantes
Con un soneto.

DON JUAN.

Dile, por tu vida.

CHACÓN.

¿Tendréis paciencia?

DON JUAN.

Sí.

CHACÓN.

Va de soneto.

LEONELO.

Di el sujeto.

CHACÓN.

En el mesmo está el sujeto.
Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tanto aprieto;
Catorce versos dicen que es soneto;
Burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante,
Y estoy á la mitad de otro cuarteto;
Mas si me veo en el primer terceto,
No hay cosa en los cuartetos que me espante.
Por el primer terceto voy entrando,
Y parece que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
Que voy los trece versos acabando;
Contad si son catorce, y está hecho.

LEONELO.

¿Cúyo pudiera ser tal desatino?

DON JUAN.

Déjale hablar; mi pena se entretenga
De cualquiera manera.

CHACÓN.

Más me holgara
De irme á acostar que entretener dos locos.

DON JUAN.

¿Hay cuerdos con amor?

CHACÓN.

Sin amor, pocos.

DON JUAN.

Yo me muero de amor.

CHACÓN.

Y yo de sueño.

DON JUAN.

Yo me tengo la culpa: fuí celoso,
Por lo menos, de un ángel de los cielos.

CHACÓN.

Extrañas sabandijas son los celos.

DON JUAN.

¿Haslos tenido tú?

CHACÓN.

¿No eres más tonto?
¿No ves que son los celos como sarna,
Que ninguno se escapa de tenerla?

LEONELO.

¡Hermosa necedad!

CHACÓN.

Mayor es ésa.

LEONELO.

La sarna es mal de niños, y los celos
Es mal más ordinario en viejos.

CHACÓN.

Dime,
¿Cómo pintan á amor?

LEONELO.

Niño.

CHACÓN.

Pues sabio,
Si amor es niño, amor los celos tiene:
Luego los celos son lo que yo digo.

LEONELO.

Chacón, no quiero disputar contigo.

DON JUAN.

¿Que ofendiese yo un ángel, que perece
Entre cuatro paredes por honrada?

CHACÓN.

Yo creo en Dios.

DON JUAN.

¿Qué dices?

CHACÓN.

Que estornudo,
Y creo en Dios.

Salen D. Enrique, el Maestre y D. Arias, de noche.

DON ENRIQUE.

La puerta es ésta.

MAESTRE.

Llega.

DON ENRIQUE.

Dame, don Arias, la linterna.

DON ARIAS.

Toma.

DON ENRIQUE.

Quedaos adiós.

Dirígese á la puerta de casa de Dorotea.

LEONELO.

Bajo á D. Juan y Chacón.

¿Adónde va esta gente?

DON JUAN.

La puerta de Teodora abre aquel hombre.

CHACÓN.

¿Aquel hombre la puerta de Teodora?

Abre D. Enrique, y éntrase.

LEONELO.

Abrió y entró, ¡por Dios!

DON JUAN.

¿Qué es esto, cielos?

CHACÓN.

Diga Teodora agora que es honrada,
Entre cuatro paredes encerrada.

DON JUAN.

¡Válgame el cielo!

CHACÓN.

Valga y lleve presto.

DON JUAN.

Romper quiero las puertas.

LEONELO.

Don Juan, tente;
Que sin duda el que ha entrado es el Infante,
Porque este rebozado es el Maestre.
Vámonos de la calle, por tu vida;
Que no es ésta ocasión para perderte.
Dios quiere que esto veas con tus ojos,
Para que des buena vejez, que es justo,
Á los padres que tienes, tan honrados,
Casando con tu igual; porque bien sabes
Que, aunque es noble la Niña, no merece
Que te iguale con tales niñerías.

DON JUAN.

¿Cómo igualar? Leonelo, lo que he visto
De tal manera me ha desengañado,
Que hago al cielo voto y juramento
De no ver en mi vida aquestas puertas.
¿Estas puertas? ¿Qué dije? Ni esta calle.
Camina por ahí.

LEONELO.

¡Famoso acuerdo!

DON JUAN.

Tanta pena, ¿qué loco no hará cuerdo?

LEONELO.

Chacón, ¿qué te parece?

CHACÓN.

Que no es mucho
Que esto haga una niña; mas no mandes
Que sufra enredos de mujeres grandes.

Vanse D. Juan, Leonelo y Chacón.

MAESTRE.

Despacio pienso que estará mi hermano.
Vamos, don Arias, un momento al río;
Que ha de llegar un coche á sus orillas
Con una de las siete maravillas.

DON ARIAS.

Seguro puedes ir por más de un hora,
Y aun pienso que podrás hasta el aurora.

MAESTRE.

Verás una mujer, no tan discreta
Como Dorotea, pero más hermosa.

DON ARIAS.

No son buenas mujeres tan discretas.

MAESTRE.

Anda, que buenas son para poetas.

Vanse.

Dorotea, en manteo, con una ropa debajo del brazo;
Don Enrique, con una linterna.

DON ENRIQUE.

¿Adónde huyes de mí?

DOROTEA.
¡Dorotea! ¡Elvira! ¡Inés!
DON ENRIQUE.
No des voces, vuelve en ti.
DOROTEA.
¿Quién eres?
DON ENRIQUE.
Yo, ¿no lo ves?
DOROTEA.
Pues ¿por dónde entraste aquí?
DON ENRIQUE.
Con estas llaves entré;
De tu tía las compré,
Seis mil ducados me cuestan,
Y seiscientos mil se aprestan
Si pagas tan firme fe.
DOROTEA.
¡Mi tía!
DON ENRIQUE.
La misma.
DOROTEA.
Advierte
Que es noble.
DON ENRIQUE.
Amor me convierte,
Como á Júpiter, en lluvia;
Cree que esta color rubia
La más honesta divierte.
Recogida en su aposento,
Á todo ha dado lugar.
Ten de mí mal sentimiento;
Voces no han de aprovechar,
Que ha de llevarlas el viento.
Hasta en la calle está gente
Que á nadie entrar dejará.
También tu hermano está ausente,
Todo prevenido está.
DOROTEA.
¡Detente, Infante, detente!
Desvía la luz de mí,
No me veas.
DON ENRIQUE.
Ya te vi
Cuando durmiendo te hallé.
Tu voluntad conquisté,
Pero no la merecí.
Por eso ha sido forzoso
Valerme de mi poder.
DOROTEA.
No fué valor generoso.
Para una flaca mujer
Te has mostrado poderoso.
Ah, vil sangre de mi tía!
¡Ah, pobre, engañado hermano,
Por su falsa alevosía!
DON ENRIQUE.
Ya te lamentas en vano.
Mira que se acerca el día;
Basta lo que has peleado;
Que el más honrado soldado
Suele rendirse á partido;
Que si el tiempo le ha rendido,
No pierde nada el honrado.
¿Qué más pretendes hacer?
Procura escapar la vida,
Si el honor no puede ser.
DOROTEA.
¿Parézcote muy rendida?
DON ENRIQUE.
Dígalo cualquier mujer.
DOROTEA.
Mátame, y viéndome muerta
Se te quitará el amor.
DON ENRIQUE.
Pienso que aún no estás despierta.
DOROTEA.
¿Que para vencer mi honor
Te dió mi sangre la puerta?
DON ENRIQUE.
Teodora, no es tiempo ya
De perderle.
DOROTEA.
Sólo pido
Que me escuches.
DON ENRIQUE.
¿Quién podrá?
DOROTEA.
Un hombre tan bien nacido,
Pienso que obligado está.
DON ENRIQUE.
He llegado por quererte
Hasta la muerte.
DOROTEA.
Yo haré
Tu gusto.
DON ENRIQUE.
Di de esa suerte.
DOROTEA.
Mata la luz.
DON ENRIQUE
No osaré.
DOROTEA.
Pues ciérrala.
DON ENRIQUE.
Cierro.

Cierra la linterna.

DOROTEA.
Advierte.
El día que con el rey
Don Pedro, tu hermano, entraste
En esta ciudad famosa
De Sevilla, ilustre Infante,
Años había que un hombre
Pasaba esta misma calle
Con mil honestos deseos,
Para obligarme bastantes.
Miróme con tales ojos,
Que pudieran bien entrarse
Por el corazón más duro,

Si Dios le hiciera diamante.
No le quise bien muy presto;
Que después de mil combates,
Mis ventanas consulté
Con palabras semejantes:
«Hierros destas rejas duras,
Piedras que servís de engastes,
Mármoles de aquesta puerta,
¿Querré bien? Aconsejadme.»
Y parecióme que un día
Me dijo un hierro: «¿Qué haces,
Si me ves enternecido
Sólo de oirle quejarse?»
Las piedras me respondieron:
«Á suspiros semejantes
Ya nos volvemos en cera;
No podremos sustentarte.»
Los mármoles me decían:
«Donde los que miras nacen,
No habrá tan duras entrañas
Si te resistes de amarle.»
Creílos, túvele amor,
Trújome un papel un paje,
Entróme por casamiento
(Que no hay cosa que nos halle
La voluntad más dispuesta
Para cualquier disparate)
Respondí tan desdeñosa,
Que pudiera, á no adorarme,
Mudar de imaginación
Y ponella en otra parte;
Pero amor, que, verdadero,
Sufre y calla hasta vengarse,
Le dió para mis desdenes
Paciencia y valor notable.
Con esto alcanzó de mí
Venir una noche á hablarme;
En medio estuvo una reja,
Pero no para escucharle.
Sus tiernas quejas oí,
Sus amores y humildades;
Porque en los principios son
Muy humildes los amantes.
Esta noche trujo muchas:
Crecieron las amistades,
Y fué perdiendo el amor
El respeto á los altares.
Apretéle el casamiento,
Y él se lo dijo á su padre,
Hombre rico y Veinticuatro,
De buena opinión y sangre.
Como supo mi pobreza,
¡Oh Enrique! pensó matarle;
Aunque en la sangre bien pienso
Que fuéramos harto iguales.
En fin, para divertirle,
Quiere el viejo que se case
Con una mujer más rica
Que de codiciosas partes.
Con esto, celosa y triste,
Fingí, señor, retirarme;
Que aprietan mucho desdenes
Donde ha habido voluntades.
No fueras tú mal tercero
Con tu amor para abrasarle;
Que donde hay competidor,
No hay boda que se dilate;
Mas hase alterado todo,
Como eres un mar tan grande;
De suerte, que mi barquilla
Se anega en tus tempestades.
Él sabe lo que me quieres,
Mi resistencia no sabe;
Por ti mi remedio pierdo
(Que yo supiera obligarle),
Y más agora que estás
Donde Dorotea infame,
De mi honor y de sus puertas
Te ha dado, Enrique, las llaves.
Bien sé que mi resistencia
Ya no puede ser que baste
Á la traición que me han hecho
Por el interés infame;
Mas como Roma ha tenido
La matrona venerable
Que ha honrado con su laurel
Á la castidad triunfante,
Haz tu gusto, pues no puedo
Defenderme ni librarme;
Que también tendrá Sevilla
Una mujer que se mate.

DON ENRIQUE.

Teodora, yo te he escuchado
Con atento y tierno oído:
El amor me has reportado,
El brazo me has detenido,
Y el corazón lastimado.
Contásteme que quisiste
Un hombre, y de verte triste,
Con tal lástima te oí,
Que vengo á tener de ti
La que de mí no tuviste.
Bien me pudiera vengar
De tus desdenes, Teodora;
Pero llegar á mirar
Mujer que por otro llora,
¿Á quién no basta á templar?
No me has quitado el amor
(Que nunca amor es mayor
Que cuando es tenido en poco);
Pero has vuelto cuerdo á un loco,
Dando materia al valor.
Toda estás en mi poder,
Y esto basta á darme nombre;
Que rendirse á su querer
Es más victoria del hombre
Que no el gozar la mujer.
En efecto, has confesado
Que estás sujeta á mi gusto,
Con que ya estoy reportado;
Que á quien se rinde, no es justo
No hacerle partido honrado.

Y ha sido gran desvarío
No haberme dicho el desvío
Que ya por tu amor arguyo,
Porque á haber sabido el tuyo,
No se adelantara el mío.
Pero ya que sé que quieres,
Yo preguntaré quién es,
Y será tuyo, pues eres
Tan firme en tanto interés;
Cosa bien nueva en mujeres.
Yo te prometo casarte,
Aunque se interponga el Rey
Para que venga á rogarte,
Aunque mujer de tal ley
Más honra que puede honrarte.
Si cuentan de Cipïón
Que volvió por la opinión
De aquella hermosa mujer,
España le ha de tener,
Que en ella todos lo son.
Si con las hijas de Dario
Fué Alejandro al nombre igual,
Fué á su fama necesario;
Yo he sido más liberal,
Si es amor mayor contrario.
Algún tiempo me darán
Nombre de *Cortés galán*
Las historias de Sevilla;
Mas soy por padre Castilla,
Y soy por madre Guzmán.

Vase.

DOROTEA.

¡Enrique, Infante, señor!.....
Fuése. ¡Qué notable hazaña
En hombre que tiene amor!
Pero es muy propio valor
De un hijo de un rey de España.
¿Hase visto maravilla
Que mayor que aquésta sea?
¡Plega al cielo que Sevilla
Coronar su frente vea
Por Príncipe de Castilla!
Ya por la escalera baja,
Aunque con mayor ventaja
Por la de la fama sube;
Ya el alba en dorada nube
Romper la noche trabaja.
Quiero despertar la fiera
Que con las viles me iguala,
Por el interés que espera;
Que no hubiera mujer mala
Á no haber buena tercera.
Pero bien será cerralle,
Porque, si vuelve, no halle
La ocasión que puede asir,
Si se vuelve á arrepentir
Con los aires de la calle.

Vase.

El Veinticuatro y Leonelo.

LEONELO.

¿Tú me atribuyes las locuras suyas?

VEINTICUATRO.

Su padre soy, Leonelo: no te espantes.

LEONELO.

Mucho me espantan las palabras tuyas:
Esto es acompañar locos amantes.
Pero de mi verdad quiero que arguyas
Que no lo hiciera en pasos semejantes,
Á no temer que un hombre poderoso
Mostrara su poder en un furioso.
Dios sabe que á don Juan he reportado
Los pasos deste loco pensamiento,
Y con buenos consejos estorbado
De *la Niña de plata* el casamiento.
Sospecho que por mí no está casado.

VEINTICUATRO.

Si intentara don Juan tal casamiento,
Yo buscara un esclavo á quien le diera
Mi hacienda, ó me casara, ó me muriera.
Cásese con mi gusto, y le prometo
Hacerle Veinticuatro de Sevilla,
Con tales elementos, que, en efeto,
Mas envidia le tengan que mancilla.

LEONELO.

Don Juan es mozo agora, aunque es discreto.

Un criado.

CRIADO.

De don Enrique, infante de Castilla,
Está un criado aquí.

VEINTICUATRO.

¿Qué es esto?

LEONELO.

Creo
Que debe de cansarle su deseo.
Querrá, por dicha, que á don Juan le mandes
Que no pase la calle de la Niña.

VEINTICUATRO.

Luego ¿quiérela él?

LEONELO.

Celos tan grandes
Lo muestran bien.

VEINTICUATRO.

Querrá que á don Juan riña.
Dile que éntre, Adrïán.

Vase el criado.

LEONELO.

Por Dios, que andes
Con él como quien eres.

VEINTICUATRO.

Cuando ciña
La espada que dejé, verás mi pecho.

LEONELO.

Será de tu valor heroico hecho.

Félix.

FÉLIX.
El Infante mi señor,
En persona quiere hablarte.
VEINTICUATRO.
No tengo en mi casa parte
Donde quepa tal favor;
Pero pudiendo llamarme
Su Alteza, es mucha llaneza.....
FÉLIX.
Mira que llega Su Alteza.
VEINTICUATRO.
Quiero por la tierra echarme.

Sale D. Enrique.

¿Qué es esto, invicto señor?
DON ENRIQUE.
Veinticuatro, aunque os espante
La visita de un Infante,
Bien cabe en vuestro valor.
VEINTICUATRO.
Tomad, señor, esta silla,
Porque en mi linaje quede
Por armas, que envidiar puede
La nobleza de Sevilla.
Dejaréla vinculada
En mi mayorazgo honrado,
Con un telliz de brocado,
Y en blanca plata aforrada.
Sabrán mis hijos y nietos
Que estuvistes vos aquí,
Para que se honren ansí
Y tengan altos respetos.
Pero, señor, ¿qué ocasión
Á tanta humildad os mueve?
DON ENRIQUE.
Cumplir un Rey lo que debe:
Deudas las palabras son.
Yo la he dado á aquel criado
Que agora conmigo viene,
Y una hermosa hermana tiene,
De ponerla en noble estado.
Y queriéndola cumplir,
Me quise informar primero
De algún mozo caballero
Á quien pudiese elegir.
Supe que un hijo tenéis,
Pienso que el nombre es don Juan,
Muy galán, y su galán;
Que esto por vos lo sabréis.
Daré veinte mil ducados
De dote á aquesta doncella,
Aunque en las virtudes della
Van más de cien mil guardados.
Sin éstos, le daré cuatro
Para joyas á Teodora,
Que es pobre en extremo agora;
Y para vos, Veinticuatro,
Me da mi hermano el Maestre
Un hábito de Santiago:
Con esto mi deuda pago.
VEINTICUATRO.
No sé, señor, cómo os muestre
Debido agradecimiento.
DON ENRIQUE.
Con ir después á Palacio,
Donde tratemos despacio
La forma del casamiento.
¿Respondéis que sí?
VEINTICUATRO.
Señor,
Mil veces digo que sí.
DON ENRIQUE.
Quedaos con Dios. Yo cumplí,
Félix, mi deuda en rigor.
FÉLIX.
Mil veces beso tus pies.
Mi hermana voy á avisar.

Vanse D. Enrique y Félix.

VEINTICUATRO.
Véme, Leonelo, á llamar
Á don Juan.
LEONELO.
Ya ¿no le ves?

Don Juan y Chacón.

DON JUAN.
Viendo, señor, entrar á don Enrique,
Tanta pena me dió, que si pudiera,
Me fuera en este punto de Sevilla.
¡Infantes te visitan! ¿Qué te quieren?
VEINTICUATRO.
Huélgome de que estés tan ignorante,
Que, por lo menos, me darás albricias.
La Niña es tu mujer.
DON JUAN.
¿De qué manera?
VEINTICUATRO.
Cásala de su mano don Enrique
Por pagar los servicios de su hermano;
Dale de dote veinte mil ducados,
Sin cuatro para joyas, y el Maestre,
Su hermano del Infante, me da un hábito,
Cosa tan deseada de mi pecho,
Y que á mis enemigos dará envidia.
¡Bendita sea la hora que miraste,
Don Juan, esta mujer! ¡Bendito sea
El primero renglón que la escribiste!
¡Oh, Niña de mis ojos, que á tenellos
El alma, en los del alma la pusiera!
Concertados quedamos de que luego
Vamos los dos donde esto se concierte.
DON JUAN.
¡Oh, cuánto la codicia desatina!
Cuando yo os suplicaba, padre mío,
Que con Teodora pobre me casárades
(Que entonces era pobre y virtuosa),

No fué posible ni aun oir nombrarla;
Y agora que es Teodora infame y rica,
Y un hábito os prometen de Santiago,
¡Ponérmele queréis de San Benito!

VEINTICUATRO.

¡Teodora infame y rica!

DON JUAN.

No le obliga
Al Infante la deuda de su hermano,
Sino la de la honra, que la debe.
Anoche vió Leonelo que entró Enrique
En su casa á las doce; y fuera desto,
Á Chacón envié cerca del alba,
Y vió cómo salía, y que en la calle
Le esperaban don Arias y el Maestre.

VEINTICUATRO.

Á Leonelo.

¿Tú viste entrar á don Enrique?

LEONELO.

En todo
Dice don Juan verdad.

VEINTICUATRO.

Y ¿tú le viste,
Chacón, salir al alba?

CHACÓN.

Ya quería
Correr la noche su cortina lóbrega,
Y aparecer la luz del alba cándida,
Como dicen poetas en esdrújulos,
Cuando salió de ver la Niña el Príncipe,
Dejándola preñada de dos cónsules.

VEINTICUATRO.

Pues, hijo, aunque me dieran tantos hábitos
Cuantos la religión darme pudiera,
Y la dotara Enrique en las dos Indias,
Para Chacón no la tomara.

CHACÓN.

¡Cómo!
¿No hallaste otro más triste y desdichado?

DON JUAN.

Esto te digo estando enamorado.

VEINTICUATRO.

Darte quiero mis brazos, y con ellos
Mi bendición. Mas vamos á palacio,
Donde al Infante con honrada excusa
Podré decir que estabas tú casado
Cuando lo prometí, no lo sabiendo.

DON JUAN.

Yo llevaré mujer, como tú quieras.

VEINTICUATRO.

¿Fingida?

DON JUAN.

Sí; que no ha de ser de veras.

VEINTICUATRO.

Pues Leonelo y Chacón serán testigos.

CHACÓN.

Para falsos, yo tengo cuatro amigos.

Vanse.

El Rey, D. Enrique, el Maestre y D. Arias.

REY.

En viéndole, presumí
De lo que estaba doliente.

DON ENRIQUE.

Rendiréisme fácilmente
Si sois los dos contra mí.

MAESTRE.

Él es el mejor galán
Que trató cosas de amor.

REY.

¡Qué gentil don Galaor!

DON ENRIQUE.

Basta, que vaya me dan.

REY.

Mucho me ha pesado, Enrique
Que seas tan para poco.

DON ENRIQUE.

¿Queréis que me vuelva loco?

MAESTRE.

¡Que un hombre se signifique
Perdido de enamorado,
Y que le den la ocasión
Sin gigantes, sin dragón,
Sin pasar el mar á nado,
Sin escala puesta al muro,
Sin fuerte competidor,
Sin alcaide del honor,
Y todo el campo seguro;
Que no temiese marido,
Hermano, padre ó criado;
Que haya con su llave entrado,
Y todo el mundo dormido;
Y que en viendo á quien buscaba
Se le hiele el corazón,
Y que pierda la ocasión
Que los cabellos le daba!
Mira, Enrique, desde hoy más
No hables con hombres ni entre hombres.

DON ENRIQUE.

Maestre, más viles nombres
Merezco que aquí me das;
Pero yo sé que no ha sido
Flaqueza.

REY.

Pues ¿qué?

DON ENRIQUE.

Valor.

REY.

Virtud es, teniendo amor,
El haberle resistido;
Mas querer hacer virtud
Lo que entonces fué flaqueza,
No lo crea Vuestra Alteza,
Así Dios le dé salud.

DON ENRIQUE.

Mire Vuestra Majestad
Que entonces lo mismo hiciera,
Si una dama le pidiera
Con las dos manos piedad.

REY.

Anda, Enrique, no procures
Hacerte valiente agora.

DON ARIAS.

Aquí ha llegado Teodora.

MAESTRE.

Mas ¿que viene á que la cures?

REY.

¡Teodora! Pues ¿á qué efeto?

MAESTRE.

Mas ¿que se viene á quejar
De la fuerza?

REY.

¿Qué es forzar?
Antes la tuvo respeto.

Salen Dorotea, Teodora y el escudero.

REY.

Seas, Teodora, bien venida;
Cuéntanos este suceso,
Porque pierde Enrique el seso
De que vengas ofendida.
¿Cómo fué? ¿Qué sucedió?
¿Tembló? ¿Lloró? ¿Tuvo frío?
Para preciarse de brío,
Mucho crédito perdió.

DOROTEA.

Suplico á Tu Majestad
Que estime en mucho al Infante
Por el más cortés amante
Que ha tenido voluntad.
Mire que no vengo aquí,
Como presume, á quejarme.

REY.

¿Á qué vienes?

DOROTEA.

Á casarme.

REY.

¿Á casarte?

DOROTEA.

Señor, sí.

REY.

¿Cosa que fuese con él?

DOROTEA.

No soy tan loca, señor;
Que sólo quiere mi honor
Que vuelva el suyo por él.

REY.

Mas confuso estoy agora.
Enrique, aquesto declara.

DON ENRIQUE.

Presto verás en qué pára,
Que es en casarse Teodora.

REY.

¿Con quién?

DON ENRIQUE.

Ya viene con quién.

REY.

Menos lo entiendo, ¡por Dios!

El Veinticuatro, D. Juan, Marcela, Leonelo y Chacón.

VEINTICUATRO.

Hablando aparte á los que vienen con él.

Juntos lleguemos los dos.

DON JUAN.

Llegue Marcela también.

VEINTICUATRO.

A D. Juan.

Después de besar sus pies,
Di cómo estabas casado,
Y que á Marcela obligado,
La mano es bien que la des.

DON JUAN.

No conozcan á Marcela,
Y se entienda la invención.

DON ENRIQUE.

El novio y su padre son.

REY.

Mas tu intención me desvela.

Sale Félix.

VEINTICUATRO.

Pues está Su Majestad
Presente, haciéndole salva,
Quiero, generoso Enrique,
Honor y gloria de España,
Venir á dar mi disculpa
De no cumplir la palabra
Que, ignorante del suceso,
Como á Rey te di en mi casa.
Tú me mandaste que diese
Para Teodora, á quien llama
Niña de Plata Sevilla,
Por el valor de sus gracias,
Á mi hijo por marido,
Diciendo que la dotabas
Para pagar á don Félix
Su servicio.

DON ENRIQUE.

Verdad clara.

VEINTICUATRO.

Veinticuatro mil ducados
De dote le señalabas,
Y á mí un hábito.

DON ENRIQUE.

Es ansí,
Aunque su virtud bastaba.

VEINTICUATRO.

Acepté luego el partido,
Y en tus generosas plantas
Puse mi boca; y contento,
Á don Juan, que ausente estaba,
Busqué y dije su ventura;
Pero él respondió: «Una dama
Que conoces, es mi esposa,

Con obligaciones tantas,
Que he de morir ó cumplillas.»
Entristecióseme el alma;
Y para que no creyeses
Que á mi palabra faltaba,
Los traigo á los dos.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices?

VEINTICUATRO.

Lo que me pesa y me pasa.

DON ENRIQUE.

¿Tú eres don Juan?

DON JUAN.

Sí, señor.

DON ENRIQUE.

¿Casado estabas?

MARCELA.

Repara,
Señor, en que esto es mentira;
Que soy de don Félix dama,
El hermano de Teodora;
Que no sabiendo que tratas
De casarla con Don Juan,
Me sacaron de mi casa
Para disculpar su engaño
Y no hacer lo que les mandas.

REY.

Pues, Veinticuatro, ¡á los reyes
Que honrar sus vasallos andan,
Estos engaños se hacen!
¡Así los reyes se engañan!
Si Enrique casar quería
Á Teodora, ¿no bastaba,
Para que os viniera bien,
Ser mi sangre y vos ser nada?
¡Vive Dios, que desde aquí
Á los dos en esa plaza
Han de cortar la cabeza!

VEINTICUATRO.

Señor, escucha la causa,
Pareceráte piadosa:
Anoche don Juan estaba,
Con los que presentes miras,
Á la puerta de esta dama,
Y vió que con una llave
Entró el Infante en su casa;
Y que salió con el día
Sabe el Maestre y Don Arias.
Honra me obligó, señor.

DON ENRIQUE.

Pues ya tanto te declaras,
Diré verdad, vive el cielo!
Poniendo mano á la espada,
Con la cual sustentaré
De sol á sol en campaña,
Á mi igual y á todo hidalgo,
Que es Teodora tan honrada,
Que ninguna hay en Sevilla
Que sea más, ni en España.
Que entré es verdad; mas compré
Con oro y pasos la entrada,
Y sin que ella lo supiese,
Llegué anoche hasta su cama.
De sus lágrimas temblé;
Y escuchando sus palabras,
Me dijo toda la historia
Que entre ella y don Juan pasaba.
Matarse quiso; detuve
Su brazo; y viendo que tanta
Firmeza merece premio,
Allí prometí casalla.
Aprovechóme el valor,
Y quise más ganar fama
De hombre que supo vencerse
(Que es el mayor lauro y palma),
Que dar rienda al apetito.
Y así, en esta cruz sagrada,
Adonde la mano pongo,
Y Dios puso las espaldas,
Juro que esto pasa ansí;
Y miente quien desta dama
Piense ó crea lo contrario.

DON JUAN.

Señor, que lo digas basta
Para que el mundo lo crea,
Y más el que tanto gana,
Pues en efecto la adora.

VEINTICUATRO.

Llega, pues, don Juan, ¿qué aguardas?
Ni quiero para tu dote
Más que su virtud y gracia,
Ni más hábito en mi pecho
Que una nuera tan honrada.

REY.

¿Cómo no? Si dió el Infante
Veinticuatro mil, añadan
Otros tantos que doy yo.

MAESTRE.

Pues no es razón que se vaya
Sin mi ofrenda. Aunque soy pobre,
Dos villas le doy.

REY.

Aguarda;
Que á su padre quiero hacer
Alcaide de nuestro alcázar.

MAESTRE.

Hábito con encomienda
Le mando.

MARCELA.

Ya estás casada.
Ruega á Félix que me quiera.

FÉLIX.

Yo, Marcela, aunque no haya
Infantes que te aseguren
Poniendo mano á la espada,
Digo que soy tu marido.

CHACÓN.

Todos se alegran y casan;
Perezca el pobre Chacón,
Nunca nadie le dé nada.

DON JUAN.

Yo te mando mil escudos.

CHACÓN.
¿Son de paciencia ó de pasta?

DON JUAN.
Del nombre de mi mujer.

REY.
En llegando doña Blanca,
Los dos seremos padrinos.

DON JUAN.
Aquí la comedia acaba
Llamada *El Cortés galán.*

DOROTEA.
¿Cómo?

DON JUAN.
Y *La Niña de Plata.*

LO CIERTO POR LO DUDOSO

LO CIERTO POR LO DUDOSO

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FERNANDO AFÁN DE RIBERA ENRÍQUEZ

DUQUE DE ALCALÁ, ADELANTADO MAYOR DE LA ANDALUCÍA, MARQUÉS DE TARIFA, CONDE DE LOS MOLARES Y SEÑOR DE LA CASA DE RIBERA.

Hice elección desta comedia entre las doce desta parte, para ofrecer á Vuestra Excelencia algún rústico fruto de nuestra humilde Vega, debido tributo á la sagrada Ribera del mar Océano, porque pasa en Sevilla, su dichosa patria, y porque, como en España no tienen (1) *preceptos, no ofenderá su grave juicio en todo género de letras, así la disposición de su contexto, como el ornato de sus versos, que en esta ocasión tanto temor pone á todo ingenio científico: que á los vulgares en cualquiera calidad, no hay que tener respeto. Debiera Apolo hacer concilio de sus musas, y definir qué estilo debemos usar ahora para quietud de los elevados y singulares; que así se llaman los que, malcontentos de la verdad de la lengua, cuanto agradados de su vanidad y locura, penan en diferentes lugares como las almas. Teofrasto Paracelso pone notables diferencias de hombres, después de los comunes á la naturaleza, en todos los elementos: undenas, silvas, gnomos, pigmeos, salamandras; y no se acordó de los del aire, porque no había entonces este linaje de poetas. Yo no sé qué ideas son éstas; deben de ser las de Platón, que no se pueden definir, como sintió Aristóteles:* Nec demonstrationem recipere, et ita vanæ. *Constituyeron algunos el natural principio de todas las cosas en el caos (eran gentiles); dél quisieron que procediesen la materia, la forma, los elementos, á quien otros añadieron los átomos: no fuera sin causa poner entre ellos este género de versos, pues á la claridad del sol no se les halla más que confusión y aire. Dice contra el Tasso la Crusca que se entienden sudando sus conceptos, por haberlos envuelto en tanta variedad de figuras; y que los poemas han de tener, con lo provechoso, lo deleitable, y que con lo deleitable no puede estar la fatiga, y que la que se siente en leer su* Gofredo, *no sólo es fatiga, sino enojo y martirio:* Avendosi sempre a combattere con gli stravaganti ed intempestivi gheribizzi dell' autore *(en castellano no tenemos esta voz; que* fantasía *no es tan significativa). Esto sintieron del Tasso: ¿qué haremos en España de los que tan lejos viven de igualar este varón insigne, poeta y filósofo, y no escritor de plática* (2), *como los médicos empíricos?*

(1) *Las comedias.*
(2) *Práctica.*

En el hombre, Señor excelentísimo, está la mente; en la mente, el juicio, la sagacidad, la solercia y el ingenio, divide el Constancio en su Retórica *en dos calidades.* Quædam sunt commoda, [illegible] quædam incommoda; commoda ut acumen et celeritas ingenii et memoria *(y en éstas facilidad y firmeza)*, quas res eruditio comitatur atque doctrina. *Entre las cosas que pone al segundo género, son la rudeza, la tardanza, las flacas fuerzas del ingenio, la poca erudición y demás. Y bien está que los frutos de los estudios salgan tarde, pero, después de tarde,* [illegible] *de inerudito,* [illegible]*. Si el remedio del corto natural se ha de fundar en la oscuridad y bárbaro estilo, ¿para qué escribe el que ha de fatigar al que le ha de leer, pues si su engaño le obliga á su presunción le desvanece? No es ésta la diferencia del hablar natural ó figurado*, ut in sermone latino. *Por ornato de la oración poética sería llamar naturalmente á los ojos*, el sentido con que vemos; *pero en el figurado basta llamar á Aristóteles* lumen Græciæ, *á la juventud*, flos ætatis, manus *á la potestad, y* caput *al principio, con otros lugares tópicos donde hay tantas diferencias y tropos; y aun desto,* modicus et opportunus usus; *que así se ilustra la oración, como quiere Fabio Quintiliano.* Ne inusitata et usu remota in orationem ingeras, *dijo el Ticinense; puesto que la peregrinidad sea vicio de los españoles, como refiere Crinito, y lo confirma la inconstancia de sus trajes, barbas y cabellos; pero sacar de su naturaleza á la retórica, y que no sea su definición* arte de bien decir, *sino de lenguaje bárbaro, ¿qué facultad lo permite? ¿Qué nación lo sufre? Si agora preguntaran á Guillelmo Budeo cuándo había de ser el día de mayor confusión, no respondiera aquel donaire, sino que en el tiempo que escribiesen los hombres para no ser entendidos. Pues luego ¡el modo de las reprensiones, con tantas libertades y convicios, obligando á los hombres acostumbrados á la alabanza, á tratar, por volver por el propio honor, del vituperio ajeno! ¡Oh vano error! ¡Oh suma ignorancia! ¡Oh soberbia fantástica! ¡Oh presunción intrépida!*

Lloraban á Hermolao, enfermo en Roma, aquellas dos estrellas de Florencia, Pico Mirandulano y Angelo Policiano, y dice Crinito, alabándolos y culpando á Platón y á Jenofonte: Animi parum liberi et insinceri esse, invidiæ magis quam doctrinæ concedere.

Si hubiéramos de proponer un alto ejemplo de los que sin envidia saben (que claro está que quien sabe no envidia), ¿quién fuera como Vuestra Excelencia, que desde la primera edad se consagró á las ciencias, como destinado á tan grandes virtudes, que le han hecho por sí mismo más lugar en la fama, que la generosa ascendencia de sus clarísimos progenitores, que en tantos, tan admirables y suntuosos edificios, lustre é inmortal ornamento de Sevilla, dejaron las cenizas de tal fénix? A quien podíamos decir lo que de aquel ave sagrada al sol dijo Lactancio, aplicando las selvas orientales á las riberas del Betis:

Antistes nemorum et luci veneranda sacerdos,
Et sola arcanis conscia, Phæbe, tuis.

Pues no hay facultad de que no tenga conocimiento y particular estudio, en el mejor que ha juntado príncipe en Europa: docto en la lengua sira, hebrea, caldaica y griega, cuando de sola la latina, en que es tan eminente, pudiera honrarse cualquier profesor suyo. Pues si entre las sinopsis que en algún modo contienen principio, da el filósofo al esplendor, dignidad y autoridad la nobleza, ¿qué hará ilustrada de tan sublimes virtudes é insignes letras? ¡Oh feliz siglo!

Capellán de Vuestra Excelencia,
LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

LO CIERTO POR LO DUDOSO

PERSONAS

El rey D. Pedro.	Mendo, *criado.*	Teodora.
El conde D. Enrique.	El Adelantado.	Justa.
El Maestre de Santiago.	Doña Juana.	Soldados.
Ramiro, *criado.*	Doña Inés.	Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

El conde D. Enrique y Ramiro, de noche.

DON ENRIQUE.
¡Hermosa playa!
RAMIRO.
En su orilla,
Mil bellas ninfas están.
DON ENRIQUE.
Es la noche de San Juan,
Y la fiesta de Sevilla.
Todo en esta gran ciudad
Es en extremo perfeto.
RAMIRO.
Y todo ese gusto, efeto
De tu misma voluntad.
Á más, que es el bien mayor,
Y vives donde está el bien.
DON ENRIQUE.
Dale su parte también
Á quien causó tanto amor.

Cantan, tocan y bailan dentro.

RAMIRO.
¿Cantan?
DON ENRIQUE.
Ansí lo parece,
Y aun bailan.
RAMIRO.
Mulatas son.
Cuanto alegra su canción,
Su negro luto entristece.

Cantan dentro con sonajas.

Río de Sevilla,
¡Cuán bien pareces
Con galeras blancas
Y remos verdes!

El rey D. Pedro, el Maestre de Santiago y Mendo, de noche.

REY.
¡No he visto cosa mejor!
MAESTRE.
Humilla tal vez el gusto
Lo sabroso, aunque no es justo
Si toca al debido honor.
REY.
Maestre, en anocheciendo
Todo es igual; que aquel manto
Cubre y obscurece cuanto
Están nuestros ojos viendo.
¿No ves un campo de flores
Con olor y sin color?
Ansí de noche el olor
Diferencia á los señores.
DON ENRIQUE.
Éste es el Rey. (Aparte á Ramiro.)
RAMIRO.
Y tu hermano

El Maestro.

DON ENRIQUE.

Huyamos dél:
Esta es la que priva con él.

RAMIRO.

Quiérele bien.

DON ENRIQUE.

No es en vano.

REY.

Dos hombres se han embozado
De nosotros; mira, Mendo,
Quién son.

MENDO

Que es el Conde entiendo.

REY

Llegándose al Conde.

Enrique, ¡tanto cuidado!
¿De mí te guardas?

DON ENRIQUE

Señor,
Antes pensé que tú eras
El que guardarte quisieras.

REY.

Mal pagas mi justo amor.
¿Adónde vas por aquí?

DON ENRIQUE.

Ya ¿no lo ve Vuestra Alteza?

REY

¡Ociosa tu gentileza
Á estas horas!

DON ENRIQUE.

Señor, sí;
Porque debe de ser tal,
Que no sé adónde ocupalla.

REY.

Mas pienso que es estimalla
Porque no conoce igual.

DON ENRIQUE.

¡Por Dios, señor, que he salido
Sólo á escuchar disparates
Esta noche!

MENDO.

No le trates
Al Conde de presumido;
Que cuanto bueno hay en él
Vence con sentir de sí
Tan humildemente.

REY.

Ansí
Lo pienso y lo dicen dél.
¿Qué has hecho, en fin?

DON ENRIQUE.

Escuchado
Voces, guitarras, panderos,
Sonajas, locuras, fieros,
Y con el que traigo al lado
Probado á cuatro valientes
El pecho.

REY

No hay en España
Tal brío. ¿Quién te acompaña
Para que ser loco intentes?

DON ENRIQUE.

Ramiro viene conmigo.

REY.

Eso juráralo yo.

RAMIRO.

¿Tengo yo culpa?

REY.

Pues ¿no?

RAMIRO.

Basta, señor; que contigo
No me puedo acreditar.

REY.

Conozco tu loco humor.

RAMIRO.

Dos cosas dieron, señor,
Á la disculpa lugar,
Apenas siendo formado
El mundo.

REY.

Y ¿vienen á ser?

RAMIRO.

El hombre con la mujer,
Y el señor con el criado.
Norabuena, dijo Adán,
Que la mujer le engañó;
Que desde que la culpó,
Todos la culpa la dan.
Pues luego, todo señor,
¿No ha errado cuando el criado
Es el que ha errado?

REY.

Tú has dado
Fría disculpa á tu humor.
Ahora bien; llévame, Enrique,
Donde nos entretengamos,
Ya que desta suerte estamos.

DON ENRIQUE.

No sé ¡por Dios! cómo aplique
Á tu grandeza las cosas
Desta noche, si no pones
El gusto en las oraciones
Y respuestas fabulosas
En que han dado las doncellas,
Haciendo casamentero
Á San Juan.

RAMIRO.

Deciros quiero
La causa, y volver por ellas.

REY.

¿Cómo?

RAMIRO.

¿No enseña el cordero?

REY.

Sí.

RAMIRO.

Pues deso han presumido
Que pueden tener marido;

Que ser manso es lo primero.

REY.

¿Qué loco á este loco excede?
Mendo, ¿sabes tú las casas
Donde con tu dueño pasas
Algunas noches?

MAESTRE.

No puede,
Gran señor, Mendo decir
Cosa que tu gusto sea.

REY.

¿No hay una discreta fea
Adónde podamos ir?

MENDO.

Todas están ocupadas,
Digo, la más parte dellas:
En su oración las doncellas,
Y en su hechizo las casadas.

RAMIRO.

Lo que dice Mendo apruebo;
Que una destas que sé yo,
Un orinal me pidió
Donde ha de echar cierto huevo
Luego que las doce den,
Y allí ha de ver grandes cosas.

DON ENRIQUE.

¡Bravas mentiras!

REY.

Famosas.

MAESTRE.

¡Mal fuego las queme, amén!
¡Qué mal saben emplear
La fiesta de tan gran Santo!

REY.

No hay cosa que pueda tanto
Las mujeres infamar,
Como valerse de hacer
Hechizos.

RAMIRO.

Hechizos son,
Como afeites, ilusión
Del rostro de la mujer.
La edad tierna es el aurora:
Allí, ¿qué mujer se afeita?
La misma flor la deleita,
La misma edad la enamora.
Mas como va entrando el día,
Fingidas luces previene,
Porque las propias no tiene
Que en el aurora tenía.
Allí también entra hacer
Hechizos y necedades,
Para vencer voluntades
Que no pudiera vencer.
¿No veis un clavel de seda,
Y otro que clavel nació?
Pues tal imagino yo
Que un rostro fingido queda,
Aunque en la plaza se venda.
Ello parece clavel;
Pero no nació con él,
Que le compró de la tienda.

REY.

Eso sucede en algunas.

RAMIRO.

Dijo un sabio reverendo,
Que eran, en anocheciendo,
Todas las mujeres unas.

REY.

Habló del cuerpo, no dió
Lugar al alma.

DON ENRIQUE.

Epicuro
Debió de ser.

RAMIRO.

Pues yo os juro
Que Plutarco lo escribió.

REY.

Cánsanme filosofías,
Y de la mujer desprecios:
Los feos, pobres y necios,
Luego las hacen arpías;
Que quien puede conquistallas
Y las merece agradar,
Nunca acaba de acabar
De alaballas y de honrallas.
¡Por Dios, que donde no están
Que no hay gusto ni alegría,
Ni del hombre compañía
Como la que ellas le dan!
Lindas enfermeras son
De alma y cuerpo.

DON ENRIQUE.

Así es verdad,
Á no tener vanidad
Su mudable condición.

REY.

¿Adónde hay un hombre igual?

MENDO.

Y eso en la mujer, ¿qué impide?

RAMIRO.

Bello animal si no pide;
Si pide, bravo animal.

REY.

Ahora, Enrique, alguna quieres;
Deja sus desigualdades.

DON ENRIQUE.

Temiendo sus libertades,
Huyo de algunas mujeres.

REY.

Di la verdad.

DON ENRIQUE.

Hay respeto.

REY.

¡Por mi vida!

DON ENRIQUE.

Si has jurado
Tu vida, estaré obligado
Á preferirla al secreto.
Tengo, señor, dos amores:
Uno posible al deseo,
Y otro imposible, que creo

Por fe de honestos favores.

REY.

El imposible me mata (Aparte.)
De celos del Conde. ¡Ay, cielos!
¿Cómo sois tan necios, celos,
Que se cansa amor si os trata?
¿No dirás del imposible?

DON ENRIQUE.

El imposible, perdona,
Porque no hay en su persona
Cosa para mí posible.

REY.

Más me mata, más me abrasa. (Aparte.)
Y el posible, ¿no sabremos?

DON ENRIQUE.

Sí, señor, que le tenemos
Cerca.

REY.

¿Mucho?

DON ENRIQUE.

Ésta es su casa.

REY.

Llamad.

DON ENRIQUE.

Llama tú, Ramiro.

RAMIRO.

¡Ah de casa! En el portal
Mi cuya está. ¡Pesia tal!
Daré por silbo un suspiro.

Justa.

JUSTA.

Luego que el son conocí,
Salí, Ramiro, al reclamo.

RAMIRO.

Di á Teodora que mi amo
El conde Enrique está aquí.

JUSTA.

Andamos tan ocupadas,
Que si excusarlo pudiera,
No la pesara.

RAMIRO.

Ya espera,
Justa, y las doce son dadas:
No le quites la ocasión
Del provecho que os prometo.

JUSTA.

Eres discreto en efeto.

RAMIRO.

Siempre los que os dan lo son.

Vase Justa.

Ya va Justa á referir
Tu venida á su señora.

REY.

¿Es muy hermosa Teodora?

DON ENRIQUE.

No te lo sabré decir;
Que en mirando sin amor,
No pongo tanto cuidado.

Vanse.

Teodora y Justa.

TEODORA.

No habrá tiempo reservado
Para el Conde mi señor.

Salen D. Enrique y Ramiro.

DON ENRIQUE.

Teodora.....

TEODORA.

Famoso Enrique,
Honor de Castilla.....

DON ENRIQUE.

¿Estás
Ocupada? ¿No querrás
Que una cosa te suplique?

TEODORA.

Para ti no puede haber
Disculpa ni ocupación.

Salen el Rey y el Maestre embozados.

¿Quién los embozados son?

DON ENRIQUE.

Dos que te vienen á ver.

TEODORA.

¡Á verme á mí!

DON ENRIQUE.

Aparte á Teodora.

Mis hermanos
El Rey y el Maestre: advierte
Que los agrades de suerte,
Que incites sus Reales manos.
Y para darte lugar,
Me quiero ir.

TEODORA.

Eso no;
Que estimo en más verte yo
Que cuanto me pueden dar.

DON ENRIQUE.

Vame la vida en que aquí
Un rato los entretengas.

TEODORA.

Como á verme después vengas,
Yo lo haré, Conde, por ti.

DON ENRIQUE.

Esa palabra te doy.
Ramiro.....

RAMIRO.

Señor.....

DON ENRIQUE.

Camina.

Vanse D. Enrique y Ramiro.

Sale Mendo.

REY.

La mujer se nos inclina;
¿Si sabe, hermano, quién soy?

TEODORA.

Al Maestre.

Descúbrase Vuestra Alteza,
Aunque su sol me deslumbre;
Que no ofenderá su lumbre
Tocar mi humilde bajeza.

MAESTRE.

No soy yo el Rey; ese sol
Decid allí que se os muestre.

TEODORA.

Sois, si no sol, gran Maestre,
El mejor rayo español.

Al Rey.

Señor, allí dice un rayo
Que sois vos el sol.

REY.

Teodora,
Sed vos de ese sol aurora.

TEODORA.

De tanta luz me desmayo.
Guárdeos el cielo, y Castilla
Por largos años os goce.

REY.

¿Qué hacéis, ya dadas las doce?

TEODORA.

Decir mañana á Sevilla
Que á tal hora amaneció.

REY.

Es noche toda de fiesta.

TEODORA.

Quien esta noche se acuesta,
Gusto ó salud le faltó.

REY.

¿Sabéis cantar y tañer?

TEODORA.

Sí, señor. ¿Queréis sentaros?

REY.

¿Y Enrique?

TEODORA.

Vendrá á buscaros
Y á veros amanecer;
Que aquí cerca se llegó
Á llamar quien entretenga
Á Vuestra Alteza.

REY.

Que venga
Luego decid.

TEODORA.

No sé yo
Adónde fué el Conde.

REY.

¡Bien!
¡Vive Dios, que me ha engañado! (Ap.)
¡Lindamente me ha dejado!
Maestre, conmigo ven;
Que aquestas bachillerías (Aparte á él.)
Son licencias más que iguales.

MAESTRE.

Pues ¿qué sospechas, que sales
Tan triste?

REY.

Desdichas mías.

MAESTRE.

Tú ¿puedes ser desdichado?

REY.

¿No es desdicha tener celos?

MAESTRE.

No, señor, cuando los cielos
De tanto bien te han dotado.

REY.

Si nadie puede enojarme,
Yo me quiero entristecer.
¡Que pueda Enrique tener (Aparte.)
Licencia para engañarme!

Vanse el Rey, el Maestre y Mendo.

TEODORA.

¿Qué es esto?

JUSTA.

Ya ¿no lo ves?
Celos de Enrique.

TEODORA.

Es verdad
Que la mayor majestad
Pone el amor á sus pies.
Que entretuviese quería
Al Rey.

JUSTA.

El Rey le entendió.

TEODORA.

Perdí lo que él me advirtió
Que Su Alteza me daría.

JUSTA.

Celos, ¿á quién guardan ley?

TEODORA.

Que dellos me queje es justo;
Que al Rey le quitan el gusto,
Y á mí la gracia del Rey.

Vanse.

Doña Juana y D.ª Inés.

DOÑA JUANA.

Hice esta santa oración
Para saber, prima mía,
Si el Conde se casaría
Conmigo en esta ocasión,
Ó lo estorbaría el Rey.

DOÑA INÉS.

Pues ¿por qué lo ha de estorbar?

DOÑA JUANA.

Porque se quiere casar;

Que no hay en Castilla ley
  Que el casamiento le impida
Con la hija de un vasallo.

DOÑA INÉS.

Yo, por tus méritos, callo
Si es dicha ó no ser querida
  De un rey para casamiento;
Que el señor Adelantado
Mayor no iguala su estado,
Igual á su nacimiento.
  Pero no puedo excusarme
De decirte que es locura
No conocer tu ventura.

DOÑA JUANA.

Bien pudiera disculparme
  Con pintar la condición
De amor; pero yo sospecho
Que, aunque lo ignore tu pecho,
No tu ingenio y discreción.
  Alguna historia has leído
De mujeres que han amado.

DOÑA INÉS.

Siempre amor fué disculpado,
De necio no, de atrevido.

DOÑA JUANA.

  Pues ¿cómo es necio mi amor?
¿No es del Rey hermano el Conde?

DOÑA INÉS.

Otra razón te responde,
Fuera del propio valor.

DOÑA JUANA.

  ¿No le sobra entendimiento,
Brío, ni talle? ¿Estás loca?

DOÑA INÉS.

Á ti, que amor te provoca,
Te falta conocimiento;
  Que yo, que no juego y miro,
Lo puedo entender mejor.

DOÑA JUANA.

Y sabrás de su valor
Cuán justamente suspiro,
  Y que de mi amor y dél
Puede el cielo tener celos.

DOÑA INÉS.

¡Digo mal de Enrique, cielos, (Aparte.)
Y estoy muriendo por él!

DOÑA JUANA.

  Como no te he de pedir
Consejo, no importa nada
Que no te agrade; él me agrada.

DOÑA INÉS.

¿Quién te podrá persuadir?

DOÑA JUANA.

  Hice, en efecto, este altar
A San Juan, robé las flores
Al jardín, y á los mayores
Naranjos su blanco azahar.
  Trajeron del Alameda
Los olmos que ves aquí,
Con que la sala, por mí,
Transformada en selva queda.
  Perfuman el aire olores,
Y entre yerbas circunstantes,
Al San Juan cubren diamantes,
Los arcos fingidas flores,
  Sin las que son sin violencia
Olorosa maravilla,
Porque no envidia Sevilla
Los jazmines de Valencia.
  Mas débense de agradar
Más corazones que altares,
Pues entre tantos azahares
Pienso que me sale azar.
  Recé, pero nunca oí,
Por más que se lo suplique,
Si ha de ser el conde Enrique
Mi esposo.

Don Enrique y Ramiro.

DON ENRIQUE.

Señora, sí.

DOÑA JUANA.

¿Quién tan cerca respondió?

DON ENRIQUE.

Yo, que os estaba escuchando.

DOÑA JUANA.

¿Ya sois eco?

DON ENRIQUE.

Suspirando.

DOÑA JUANA.

¿Estorbarálo el Rey?

DON ENRIQUE.

No.

DOÑA JUANA.

Pues ¿quién?

DON ENRIQUE.

Vos, si le queréis.

DOÑA JUANA.

Sois eco de voz celosa,
Pues él responde una cosa,
Y vos muchas respondéis.

DON ENRIQUE.

  ¿No os parece que es razón?

DOÑA JUANA.

Déjanos, Inés, aquí.

DOÑA INÉS.

Los celos, con ser en mí (Aparte.)
Tan rigurosa pasión,
  No me deja amor gozar;
Que aun celosa, ver quisiera
La causa, si amor me diera
Para gozarla lugar.
  ¡Oh, terribles desconsuelos!
¡Oh, nunca visto rigor,
Que aun no dejas á mi amor
Que pueda hartarse de celos!

Vase.

DOÑA JUANA.

  Mucho, Conde, me ha pesado

Que del Rey estés celoso.

DON ENRIQUE.

Un señor tan poderoso,
¿A quién no ha de dar cuidado?
Con tan diferentes ojos
Se mira un rey, que no sé
Como queréis vos que esté
Sin celos y sin enojos.
Puesto que en sangre le iguale,
Si tiene mi pretensión,
¿Quién no ha de hacer elección
De quien más puede y más vale?
Tanto mi amor le prefiere,
Que si posible me fuera
No quereros, no os quisiera,
Siquiera porque él os quiere.
Y aunque quiero con temor,
Y con esperanza muero,
Porque os quiera como os quiero,
Le quisiera dar mi amor.
Pero si no puede ser,
Su amor tomaré á mi cuenta;
Y pues quereros intenta,
Por los dos quiero querer.
Y así, obligada quedáis,
Queriéndoos los dos á vos,
Pues os quiero por los dos,
Que por los dos me queráis.

DOÑA JUANA.

Enrique, si al Rey hablé
Con palabras generales,
Cuando sus manos Reales
Humildemente besé
Luego que vine á Sevilla,
¿Qué celos puedes tener,
Y más si se ha de volver
Dentro de un mes á Castilla?
Que es digno de ser amado
Te confieso, por señor,
Por rey y por su valor,
Y por haberme estimado
Con lo más que puede ser,
Pues no puede hacer quien ama
Más fineza por su dama
Que querella por mujer.
Mas ya que sin conocelle
Puse en ti todo mi amor,
Conoceré su valor,
Pero no para querelle.
Que esta fe no ha de faltar
Sino es porque falte en ti;
Que el amor que reina en mí
No es rey que da su lugar.

DON ENRIQUE.

Juana divina, en tu día
Solamente sucediera
Tanto bien á quien te espera
Con tan honrada porfía.
Logres tus años, que agora
Cumples, con tan altos bienes,
Como las gracias que tienes,
De que el amor se enamora;
Que yo vengo á celebrallos
Contigo, aunque más quisiera
Que el tiempo sólo pudiera
Pasar por ti sin contallos.
Y ¡ojalá, pues sin engaños
Tanto de mi amor confías,
Por mí pasaran los días
Y tú cumplieras los años!
Tu virtud el medio sea
En que mi descanso viva:
No soy rey; que amor no estriba
En reinos que no desea,
Sino sólo en voluntades:
¡Desta eres reina!

DOÑA JUANA.

¿Quién viene
Contigo?

DON ENRIQUE.

Quien sólo tiene
Parte en estas amistades.
Llega y besarás, Ramiro,
Á la Condesa los pies.

DOÑA JUANA.

¿Es Ramiro?

RAMIRO.

Él mismo es.
Como á una deidad te miro.
Y aunque á bajeza tan poca
Tu pie generoso inclines,
Sella con cinco jazmines,
Condesa ilustre, mi boca.
Darásme más confianza
De alabarte; que ya sé
Que, tocada de tu pie,
Podrá hablar en tu alabanza.

DOÑA JUANA.

Mejor, Ramiro, quisiera
Que aprendieras á callar,
Si no lo sabes; que hablar,
Sabes que sabe cualquiera.
Y pues el Conde se fía
De ti, no puedes servir
Mejor que con ver y oir
Y callar.

RAMIRO.

Ya lo sabía,
Aunque de tu entendimiento
Solamente procediera
Razón, señora, que fuera
De tan grave advertimiento.
Y dices bien; que el hablar
Se enseña en modos süaves
Á los hombres y á las aves;
Mas no se enseña á callar.
¡Lástima grande que venga
Nuestro error á que nos den
Escuelas para hablar bien,
Y que el callar no las tenga!
Si rey fuera, instituyera
Cátedras para enseñar

Á callar.

DOÑA JUANA.

Pues el callar
Estimas de esa manera,
Mira el peligro en que estamos
Enrique y yo, pues es ley
De hijodalgo.....

Doña Inés.

DOÑA INÉS.

¡Ay, prima! ¡El Rey!

DON ENRIQUE.

¿Qué haré?

DOÑA JUANA.

Detrás de los ramos
Que este altar de San Juan tiene,
Te esconde.

DON ENRIQUE.

Éstos, celos son.

DOÑA JUANA.

Yo no le he dado ocasión;
Basta que á buscarme viene.

Escóndense D. Enrique y Ramiro.

El Rey, el Maestre y Mendo.

REY.

No se enojará, Maestre,
Pues da la noche licencia,
Y el ver tan curioso altar.

DOÑA JUANA.

¡Jesús, señor! ¿Vuestra Alteza
Honrando esta humilde casa?
De hoy más se pondrá á sus puertas,
Para más, este blasón,
Aunque están honradas ellas
Del que le han dado mis padres,
Y traerá de las fronteras
El que sirviéndoos está.

REY.

Si habláis en que por su ausencia
Osé entrar en vuestra casa,
Volveréme á salir della;
Que estimo al Adelantado
En la paz como en la guerra,
Adonde me sirve agora.

[illegible]

Que de esa suerte engrandezca
Vuestra Alteza la alegría
Que tengo de verle en ella,
Es deshacer la merced
Que nos ha hecho en quererla
Honrar esta noche.

MAESTRE.

Ansí
[illegible]
¿Quién es aquesta señora?

DOÑA JUANA.

Es de mi sangre la prenda
Mejor: doña Inés, mi prima.

DOÑA INÉS.

Déme los pies Vuestra Alteza.

REY.

¡Gallarda dama!

MAESTRE.

No es poco
Que junto al sol lo parezca.
Y pues ya le tienes, dame (Ap. al Rey.)
De dos la menor estrella.

REY.

Sírvela, si te da gusto,
Porque de venir le tengas
Á ver el ángel que adoro.

MAESTRE.

Desde hoy para mí lo sea.

DOÑA INÉS.

Gallardo es el Rey.

DOÑA JUANA.

Galán.

DOÑA INÉS.

Cuando hombres humildes fueran
Los tres hermanos, por sí
No hay cosa que no merezcan.

DOÑA JUANA.

Yo con sólo el Conde estoy
Notablemente contenta;
Escoge tú de los dos.

DOÑA INÉS.

No tengo yo por discreta
La que quiere porque escoge;
Que la afición verdadera
Ella se viene á los ojos
Cuando ellos menos lo piensan.

REY.

Por cierto que está la sala
Hecha un oráculo en selva,
Como de la antigüedad
Celebran tantos poetas.
¿Habéis hecho la oración?
¿Qué oistes, después de hacerla,
A quien por la calle pasa?

DOÑA JUANA.

No somos, señor, tan necias;
Pero ya es costumbre antigua,
No porque en ella se crea.

REY.

¿Por qué no me distes parte
Del altar, para que os diera
Algo que poner en él?

DOÑA JUANA.

Por no hacer capilla vuestra
Tan pobre casa.

REY.

¿Por qué,
Si quiero enterrarme en ella?
Esto ya será de Enrique.

DOÑA JUANA.

No pienso yo que apetezca
El Conde lo que pensáis.

REY.

Señora, hablemos de veras.

¿Ha mucho que no le vistes?
¿Qué criada, qué doncella
Os respondió, por lisonja,
Á las oraciones hechas,
Que sería vuestro Enrique?

DOÑA JUANA.

No le he visto, ni pudiera
Imaginar que pensara
Esas cosas Vuestra Alteza.
Yo aseguro que á estas horas
El Conde, por las riberas
Desta ciudad generosa,
Más fáciles garzas vuela.
Allá andará con sus galas.

Toca dentro un relojillo.

REY.

Paso. ¿Qué es esto que suena?
Reloj de pecho es, ¡por Dios!
Las tres dió. Maestre, llega;
Llega Mendo; que detrás
De aquesos álamos suena.

DOÑA JUANA.

Paso, señor, que en sus ramas
Le puse, porque me diera
Nuevas de las doce en punto.

MAESTRE.

Gente hay aquí.

REY.

Pues no temas.

MENDO.

Dos hombres son.

REY.

Pues ¿qué aguardas?
Ó los mata, ó salgan fuera.

Don Enrique y Ramiro salen de donde estaban escondidos.

DON ENRIQUE.

Ten la espada. El Conde soy,
Que sin que nadie me viera
Me puse entre aquestas ramas,
Para responder por ellas
Alguna cosa á estas damas.

REY.

Y no fué mala respuesta,
Á no dármela el reloj
De una mentira tan cierta.

DON ENRIQUE.

Antes el reloj me abona,
Y mi verdad desempeña,
Pues te quiso señalar
Las horas de mi inocencia;
Porque si después sabías
Lo que agora, no dijeras
Que me escondía de ti,
Pues no hay causa por que sea.
Y aun no pienso que fué dar
Horas, sino hacerse lengua
Y decir: «Aquí está el Conde»,
Para que tú lo supieras.

DOÑA JUANA.

Por lo menos, bien creeréis
Que se entró sin mi licencia.

REY.

No creeré sino el agravio
Que me manda amor que crea.
Sal, Enrique, desta corte,
No estés el San Juan en ella,
Pues me das tan mal San Juan.

DON ENRIQUE.

Razón es que te obedezca,
Si esto has pensado de mí.

MAESTRE.

Señor, si el Conde creyera
Que te había de enojar.....

REY.

Déjame, Maestre.

MAESTRE.

Llega,
Enrique, y pide perdón
Á Su Alteza.

DON ENRIQUE.

Sí pidiera,
Maestre, á caber en mí
Sólo un átomo de ofensa.

MAESTRE.

Señor, no se vaya Enrique;
Hazlo por mí.

REY.

Como él quiera
Hacerme pleito homenaje,
Pues su inocencia confiesa,
De dejar la pretensión.....

MAESTRE.

Enrique, di que la dejas.

DON ENRIQUE.

Señor, más quiero fiar
Mi destierro de mi ausencia,
Que mi amor de mi deseo;
Que ausente, no habrá qué temas,
Y estando presente, sí;
Y no sé yo cómo puedas
Ni tú perder esos celos,
Ni yo olvidar esta puerta;
Pues si estando yo presente
Tienes presente la pena,
Estando ausente, conmigo
También tu pena se ausenta.
Quiérola llevar de aquí,
Para que no me suceda
Que en un pecho tan leal
Un reloj tan falso venga;
Porque en las horas de amor,
Como dió tres, dará treinta,
Si para acortar mi vida
Una vez se desconcierta.
No quiero que me descubra,
Señor, su traidora lengua,
Pues que confesó el cobarde

Por dalle trato de cuerda
Estaba enseñando el alma
Silencio á sus tres potencias,
Y él pensó que le decía
Que eran las tres de su muestra.
Pero admírome de ver
Que te pese de que quiera
A doña Inés, pues pensaba
Que era doña Juana bella,
Señor, á quien tú querías.

REY.

Luego ¿quieres que no entienda
Que quieres á doña Juana?

DON ENRIQUE.

Si á doña Juana quisiera,
Ella volviera por mí;
Y pues calla, es bien que sepas
Que doña Inés es y ha sido
Y ha de ser mi amada prenda.

Vase.

REY.

Ramiro...

RAMIRO.

Señor.....

REY.

Escucha:
Dile á Enrique que no sea
Este destierro de burlas,
Pues es mi enojo de veras,
Y que por ningún suceso
En Sevilla le anochezca.

RAMIRO.

Ya sabes tú, gran señor,
Su respeto y su obediencia.
Yo te aseguro que hoy
Corramos veintidós leguas
De aquí á Córdoba la llana.

REY.

Toma este diamante; espera.

RAMIRO.

Vivas más años, generoso Pedro,
Que vivir suelen los que poco importan,
Y en las montañas donde no los cortan,
La victoriosa palma, el verde cedro.
Tus manos, por quien hoy diamante es medro,
Á tales versos mi Pegaso exhortan,
Que en él (si no es que envidias me reportan)
Verás cómo el Parnaso desempiedro.
Al viejo tiempo tu fortuna estafe,
Tu caballo del mar al viento pique,
Tu armada en otro mundo velas zafe.
La fama al bronce el labio eterno aplique
Desde el muro de Fez al Aljarafe,
Y desde Castilleja á Mozambique.

Vase.

REY.

¡Valiente humor!

MAESTRE.

Peregrino.

REY.

¿Estaréis muy triste?

DOÑA JUANA.

¿Yo?

REY.

Si su ausencia os lastimó,
Saldrá mi amor al camino;
Que, puesto que es desatino
Deciros que tengo celos,
Han llegado mis desvelos
Á ponerme en un crisol,
Donde los tengo del sol,
Y me dan celos los cielos.
Tales son ya mis antojos,
Que de mí mismo los tengo,
Cuando á retratarme vengo
En las niñas de esos ojos.
No os den mis penas enojos;
Basta que las tenga yo;
Y pues amor obligó
Á penas á majestades,
Agradeced mis verdades,
Mis merecimientos no.
Y si sabéis que entre buenos
No hay ingratitud jamás,
No pierda yo por ser más
Lo que otros ganan por menos.
Volved los ojos serenos
Al triunfo de esos despojos;
Si os da el ser quien soy enojos,
Reinad vos, y yo pondré
La corona en vuestro pie,
Como el alma en vuestros ojos.

Vanse el Rey y Mendo.

MAESTRE.

Mal habéis hecho en callar,
Señora, en esta ocasión;
Que aunque desprecios no son,
Se suelen imaginar.
Yo no os puedo aconsejar;
Mi hermano es el Rey, y el Conde
También; la razón responde
Que es mejor á toda ley
Querer en público á un rey
Que no á un conde que se esconde.
Mirad que es notable error
No conocer la fortuna,
Porque suele vez alguna
Mudar el odio en favor.

DOÑA JUANA.

Decid al Rey mi señor,
Maestre.....

MAESTRE.

¿Qué le diré?

DOÑA JUANA.

No sé, ¡por Dios!

MAESTRE.

Pues yo sé

Que no es de mujer prudente
No levantar á la frente
Corona que os pone al pie.

Vase.

DOÑA JUANA.
Confusa estoy.
DOÑA INÉS.
Con razón.
DOÑA JUANA.
¡Qué de cosas me combaten!
DOÑA INÉS.
Ya, ¿qué puede haber que traten
Tu ignorancia y tu pasión,
Que no sea perdición
De tu honor y de tu casa?
Si Enrique se va, y se casa
En Castilla, ¿qué has de hacer,
Perdiendo un rey?
DOÑA JUANA.
Soy mujer:
Todo me hiela y me abrasa.
Veo á Enrique desterrado,
Veo enamorado al Rey,
Veo que en amor no hay ley,
Ni ausente firme cuidado.
Un poder determinado
Estorba lo que no alcanza;
Un ausente la mudanza
Teme, y olvidar procura.
¡Oh amor sin parte segura!
Ya eres temor; ya esperanza.
DOÑA INÉS.
Olvidar es lo mejor,
Doña Juana, al Conde ausente;
No aguardes que el Rey intente
Cosa que ofenda tu honor.
Como me muero de amor (Aparte.)
De Enrique, aconsejo olvido.

Enrique y Ramiro.

RAMIRO.
Ea, todo va perdido.
DON ENRIQUE.
Falta por perderme á mí.
DOÑA JUANA.
¡Jesús! ¿Quién se ha entrado aquí?
DON ENRIQUE.
Enrique soy, ó lo he sido.
DOÑA JUANA.
¿Cómo te has entrado,
Conde, de esa suerte,
Sin ver el peligro
Que tan cerca tienes?
Mira que no hay
Burlas con los reyes,
Porque despreciados
Muestran lo que pueden.
Mal San Juan me diste
Con venir á verme;
No fuí yo culpada
De que el Rey te viese.
¡Mal haya el galán
Que al tiempo que viene
Á ver de secreto
La dama que quiere,
Ni aun su sombra trae,
Pues vemos que á veces
Por su sombra sola
El cuerpo se siente!
¡Oh, cuántos criados,
Porque los esperen,
Descubren sus dueños
Guardando broqueles!
Caballos y coches
Parados enfrente,
Dicen á quien pasa
Quién los entretiene.
El galán discreto
Avisado quede,
Que la misma luna
Puede conocerle.
No hay amor con gusto
Si viene á saberse;
Que vecinos linces
Penetran paredes.
¡Mal haya el reloj!
Nunca más acierte
Á tocar campanas
Que mi gusto entierren.
El nombre de Enrique
Tres sílabas tiene:
Tu nombre le dijo
Con tocar tres veces.
Mas ¿por qué me alargo?
No sea que intente
El Rey mi desdicha,
Si volviese á verte.
Si he de verte muerto,
Más te quiero ausente;
Dichosas te gocen,
Desdichas te pierden.
Mucho se entra el día;
Ya no le detiene
La noche en su cárcel,
Sus tinieblas vence.
Vense ya los montes,
De nubes y nieves
Vestidos y blancos,
Y los prados verdes;
Las flores se miran
En las claras fuentes,
Las aves les cantan
Requiebros alegres.
Ya le dice el alba
Al sol que se apreste,
Que hay medio camino
De Oriente á Poniente.
¿Qué me estás mirando?
Conde, ¿qué me quieres?

Vete, conde Enrique;
Mira que amanece.

DOÑA JUANA.

Si yo imaginara
Que tales desdenes
Oyera á tu boca,
No volviera á verte.
No fué mucho engaño,
Mirando quien eres,
Pensar que podía
Volver á perderte.
Ya te había perdido;
Mal hice en que vieses
Otra vez perdido
Tu olvidado ausente.
¡Extraña desdicha,
Que antes que partiese
De los mismos ojos,
Ausente me cuentes!
Pero si el ausencia
Hace que amor cese,
Tú me has olvidado
Antes que me ausente.
Finges mi peligro,
Mi muerte encareces:
¡Graciosa disculpa,
Si hay graciosa muerte!
Al Rey enojado,
Poderoso, temes,
Airado le excusas,
Amante le absuelves;
Tienes mil razones,
Y todas me advierten
De que tú me guardas,
Pero es de quererte.
Por sol te adoraba,
No pude esconderme;
Que aunque no tocara
El reloj tres veces,
Le hicieras de sol
Para que me viesen.
Con todo, maldigo
Su artificio breve,
Su inventor primero,
Sus ruedas, sus ejes;
Las letras le infamen,
Las cuerdas le aprieten,
Las saetas pasen,
Los volantes vuelen;
Sus necias campanas,
Que hablan cuando quieren,
Á su muerte toquen
Cuando no lo piense,
Pues hizo un enredo
Portátil, que fuese
Posta de la vida,
Funda de la muerte,
Correo del tiempo,
De los gustos huésped,
Que hasta los bocados
Quiere que nos cuenten.
Finalmente, dices
(Mas en finalmente
Dices cuanto sabes,
Muestras cuanto quieres)
Que me quieres vivo,
Para que otras lleguen
Á gozar dichosas
La dicha que pierdes:
¡Cómo te deslumbran
Esos rayos reyes!
¡Qué presto me dejas!
¡Qué presto me vendes!
Pues doyte palabra
(Y aun si esto me crees,
La doy á tus ojos,
Á mi amor aleves,
Cuando más los quiero)
De que eternamente
Otro dueño tengan
Los que tú aborreces.
Yo me iré á Castilla,
Donde, si viviere,
Te dirán que he sido
Ejemplo valiente
De lealtad injusta,
Pues no lo mereces
Más que por hermosa,
Pues en esto excedes
Á mi mismo amor.
Y porque amanece,
Como tú lo dices,
Adiós para siempre.

Vase.

DOÑA JUANA.

¡Enrique, Enrique!

RAMIRO.

Ya es tarde.
¿Mandas algo?

DOÑA JUANA.

Di, Ramiro,
Al Conde, por quien suspiro,
Que aguarde.

RAMIRO.

Ya no hay qué aguarde.

Vase.

DOÑA JUANA.

¿No es ésta crueldad, Inés?

DOÑA INÉS.

No me parece crueldad,
Pues irse es fuerza.

DOÑA JUANA.

Es verdad:
Confieso que fuerza es;
Pero también ha de ser
Que me dé su ausencia muerte,
Porque no hay cosa más fuerte
Que amor, si es cierto, en mujer.

Vase.

DOÑA INÉS.

Ánimo, corazón, flaca esperanza,
Bien le podéis decir al sufrimiento
Que ya puede tener atrevimiento,
Y que con el vivir todo se alcanza.
Comenzar en las cosas la mudanza,
Y tener los sucesos fin violento,
Al más desesperado pensamiento
Le suele dar más vida y confianza.
No hay á los reyes resistencia humana:
El Rey tiene supremo señorío,
Que la mayor dificultad allana.
Pues si él lo muestra, como yo confío,
No gozará de Enrique doña Juana;
Que ya me dice amor que Enrique es mío.

ACTO SEGUNDO.

El Adelantado y soldados.

Tocan cajas.

ADELANTADO.

La cosa más alegre que en la vida
Permite al sér mortal humana gloria,
Es la patria del hombre, tan querida,
Después alguna próspera victoria.
Salir del mar, en que la vió perdida,
Ó á los amigos referir la historia
Del cautiverio, no es de tanto ejemplo
Como ofrecer una bandera al templo.
Tenemos, desde el tiempo de Rodrigo,
Siglo infeliz por la traidora Cava,
En nuestra misma casa al enemigo,
Y la que fué señora vive esclava.
Es hoy Granada pertinaz testigo,
Aunque en ella parece que se acaba
La soberbia del bárbaro Africano.

UN SOLDADO.

Tal freno tiene en tu valor cristiano.

El Rey y el Maestre.

REY.

Al son de vuestras cajas he querido,
Adelantado primo, adelantarme,
Y venir, como veis.

ADELANTADO.

Habéis lucido
Mis armas como el sol.

REY.

Llegad á darme
Los brazos.

ADELANTADO.

Á mi amor favorecido,
Bien os adelantáis por él á honrarme;
Que los servicios de valor pequeño,
Los hace grandes el amor del dueño.
Pensó Aliatar, pensó valiente el Moro
¡Oh generoso Príncipe! que había
De volver á Granada con el oro
Que á su africano Rey llevar solía;
Y fuera de dejar tanto tesoro,
Perdió mil hombres él, que no quería
Menos que aquel tributo que hoy lamenta
España, con dolor de tanta afrenta.
Después de aquella célebre victoria,
En que á caballo, con la roja espada,
Se vió el Patrón de España, que en memoria
Á eterno feudo la dejó obligada,
No se ha visto mayor ni de más gloria,
Pues hasta Dinadámar de Granada,
Siguiendo los vencidos africanos,
Llegaron los caballos castellanos.

REY.

Adelantado, yo no sé qué pueda
Daros en premio, qué razón, qué estado:
Permitid que lugar se me conceda
Para salir de estar tan obligado.
Hija tenéis que vuestra casa hereda;
Yo haré por ella que quedéis honrado,
Antes que salga de la gran Sevilla,
Al igual de los Reyes de Castilla.
También vuestra sobrina generosa
Alcanzará destos favores parte,
Pues es tan bien nacida como hermosa.
Y agora descansad, cristiano Marte.

ADELANTADO.

Señor, en vuestra empresa victoriosa
Así levante el cielo el estandarte,
Que apenas quepa con sus orbes solos
El nombre vuestro en los opuestos polos.

Vase, y con él sus soldados.

REY.

Todas aquestas victorias,
Maestre, añaden valor
Al empleo de mi amor.

MAESTRE.

Yo pienso que destas glorias
Sólo estimas el tener
Más disculpas tus antojos.

REY.

Jamás culparé á mis ojos
Si viene á ser mi mujer.

MAESTRE.

Ni pareciera razón
Si has de casarte en España.

REY.

¿Á quién, Maestre, acompaña
Más generoso blasón?
Y si mis antecesores
En España se casaron,
É iguales casas hallaron
Al valor de sus mayores,

¿Qué tengo yo que temer?
¿En qué me pueden culpar?
¿Qué ejemplo debo buscar?

MAESTRE.

En fin, ¿será tu mujer?

REY.

Hoy la pienso ver

MAESTRE.

Podrás,
Con el achaque de ver
Á su padre.

REY.

¿Qué he de hacer,
Maestre? No puedo más.
Merece el Adelantado
Este honor, y ella también.

MAESTRE.

¿Tengo yo de querer bien
Á su prima?

REY.

Si te ha dado
Sangre, como dicen, sí;
Si no te la ha dado, no.

MAESTRE.

No pienso que me mató.

REY.

Pues no la quieras por mí;
Que amor no es bien que se trate
Menos que como es el mío,
Que ruego, peno y porfío,
Y gusto de que me mate.

Vanse.

Don Enrique y Ramiro.

DON ENRIQUE.

¿Qué te cansas en reñirme?

RAMIRO.

Á grande mal te resuelves.

DON ENRIQUE.

¿Muy grande?

RAMIRO.

¡Á Sevilla vuelves!

DON ENRIQUE.

Pues ¿qué puedo hacer? ¿Morirme?

RAMIRO.

¿No era mejor tener firme,
Y proseguir el camino?

DON ENRIQUE.

¿Qué camino ó desatino,
Si salía luego amor,
Como suele el salteador,
Á saltear al peregrino?

RAMIRO.

¡Que vuelva un señor atrás
De lo que juró primero!

DON ENRIQUE.

En resolución, me muero,
Ramiro; no puedo más.

RAMIRO.

Y ya que en Sevilla estás,
¿Qué piensas hacer?

DON ENRIQUE.

No veo
De quién fíe mi deseo,
Que todos me han de vender.

RAMIRO.

Teodora..... Pero es mujer.
Poco en sus secretos creo.

DON ENRIQUE.

Engáñaste; que mejor
Saben callar que los hombres.

RAMIRO.

No les han dado esos nombres
Los peligros del honor.

DON ENRIQUE.

Yo dije al Rey mi señor
Que desterrado saldría,
Pero no que no querría.
¿Quiebro el destierro? Pues bien;
¿Habrá más de que me den
La misma pena ese día?
Esta palabra le dí,
Que no de no amar á Juana.

RAMIRO.

Esta es, señor, la ventana
De Teodora: ¿llamo?

DON ENRIQUE.

Sí.

Llama.

Justa, á la ventana.

JUSTA.

¿Quién llama? ¿Quién está ahí?

RAMIRO.

Mi reina, dos olvidados.

JUSTA.

¿Dos, quién?

RAMIRO.

Dos mal informados
Del camino de Castilla,
Que volvemos á Sevilla
Por postas de desterrados.

JUSTA.

¡Válate Dios por Ramiro!

Éntrase.

RAMIRO.

¡Qué notable admiración!

Teodora, dentro.

TEODORA.

¿Qué es esto?

JUSTA.

Dentro.

Dos hombres son,
Que de mirarlos me admiro.

TEODORA.

Á la ventana.

¡Ay, cielos! Al Conde miro.

DON ENRIQUE.

Paso, Teodora, si ignoras
Mis sucesos.

TEODORA.

Sé que adoras
Á la mujer más querida
Del Rey, y que está tu vida.....

DON ENRIQUE.

¡Qué tarde mi vida lloras!
¿Qué hay de nuevo en la ciudad
Después que yo me partí?

TEODORA.

Que no se acuerdan de ti.

RAMIRO.

En mujer no es novedad.

TEODORA.

¿Quién por una majestad
No trueca una señoría?

DON ENRIQUE.

No hablen, Teodora mía,
Tus celos, si es que los tienes.

TEODORA.

¡Qué notable ausente vienes!

DON ENRIQUE.

Pues ¿hay ausencia de un día?

RAMIRO.

Pues lo dice, bien lo entiende.

TEODORA.

Para decirte verdad,
Solo sé que en la ciudad
El amor del Rey se extiende:
Á doña Juana pretende,
Y dicen que por mujer;
Que yo no puedo saber
Si ella le quiere; mas creo
Que podrá tan gran deseo
Almas de hielo encender.
Y si tú sabes de amor,
Conocerás que presente,
Cuanto más estando ausente,
Es fuerte competidor
Un Rey de tanto valor,
Tan gallardo pretendiente
Y tan valiente.

DON ENRIQUE.

En efeto,
¿Te parece que le estima?

TEODORA.

Á mí la razón me anima,
Y el saber nuestro sujeto.

DON ENRIQUE.

¿Sois muy mudables?

TEODORA.

No sé
Si eso toca en ser mudables.

RAMIRO.

Decir quiero interesables;
Por el ejemplo se ve.

TEODORA.

¿Qué mujer tan necia fué,
Que no escoja lo mejor?

DON ENRIQUE.

Alguna que tenga amor.

TEODORA.

¡Ay, Enrique! El mundo todo
Se gobierna de ese modo.

DON ENRIQUE.

No donde reina el valor.

TEODORA.

Echa por donde quisieres,
De lo más alto á lo bajo,
Y hallarás mucho trabajo.

RAMIRO.

Verdad, si no es en mujeres.

DON ENRIQUE.

Ahora bien, aunque lo eres,
Me quiero fiar de ti
Y ser tu huésped aquí.

TEODORA.

Para tan grande señor
Será la casa menor.

DON ENRIQUE.

No la hay mayor para mí.

TEODORA.

Entra, y honra mi humildad.

DON ENRIQUE.

No me llamarás ingrato.

Éntranse D. Enrique y Teodora.

JUSTA.

Á la ventana.

Y él, ¿no viene?

RAMIRO.

Con recato.

JUSTA.

Pues ¿de qué es la gravedad?

RAMIRO.

Más es cierta enfermedad.

JUSTA.

Y ¿no puedo yo sabella?

RAMIRO.

La ausencia fué culpa della.

JUSTA.

La posta debió de ser.

RAMIRO.

Mucho tiene de mujer.

JUSTA.

¿Cómo?

RAMIRO.

Que muele y desuella.

Éntranse.

El Adelantado, D.ª Juana y D.ª Inés.

ADELANTADO.

Esto del Rey conocí;

Pero no le entiendo bien.
¿Sabes tú lo que es?

DOÑA JUANA.

También
Es enigma para mí.

ADELANTADO.

Pienso que quiere casaros
Con sus dos hermanos.

DOÑA INÉS.

Vienes
Tan humilde, cuando tienes
Al Rey, con hechos tan raros,
Puesto en más obligación,
Que pienso que desentiendes
Lo que entiendes; con que ofendes
Tu valor y tu opinión.

ADELANTADO.

Pues ¿qué quieres tú que entienda,
Que el Rey se quiere casar?

DOÑA INÉS.

¿Por qué no lo has de pensar
Si tienes tan alta prenda?

ADELANTADO.

Ahora bien, aunque podía,
Si no trae de tierra extraña
Mujer, casarse en España
El Rey, y en la sangre mía,
No lo quiero yo entender,
Porque si después no fuera,
Más pesar, Inés, tuviera
Que entonces me dió placer.
Soy quien sabes, he servido
En paz y en guerra años largos,
Y los más honrosos cargos
Que hay en Castilla he tenido;
Pero hasta ver declaradas
Las dudas que agora veo,
Sólo os diré que deseo
Veros muy bien empleadas.

Vase.

DOÑA JUANA.

No he querido, Inés, decir
Á mi padre la intención
Del Rey.

DOÑA INÉS.

Pues ¿por qué razón?

DOÑA JUANA.

Porque no pueda argüir
De su ausencia en la frontera
Cosa indebida á mi honor.

DOÑA INÉS.

¿Cómo te va del amor
De Enrique?

DOÑA JUANA.

Amor que no espera,
Mucho templa del deseo,
No porque ya le olvidé,
Mas porque no le veré
En mi vida.

DOÑA INÉS.

Así lo creo.
Y aciertas en olvidalle,
Pues se mejora tu amor
En hombre de más valor,
Más entendimiento y talle.

DOÑA JUANA.

Si hasta que yo me casara,
El Rey, Inés, no entendiera
Nuestro amor, yo prefiriera
A Enrique, y al Rey dejara;
Pero si ya le entendió,
Y le destierra de sí,
¿Qué esperanza queda en mí?

DOÑA INÉS.

La fortuna te ayudó,
Pues con Enrique quedaras
Pobre y humilde, aunque es ley
De amor; pero con el Rey,
¿Qué mayor bien desearas?

DOÑA JUANA.

Prima, yo me determino:
Con esforzarme á dejar
A Enrique, podré olvidar
Este loco desatino.
Los deseos dan contento
En tanto que son posibles;
Pero en llegando á imposibles,
Se van del entendimiento.
El Rey, cuando no tuviera
Más de ser rey, ¿á qué amor
No deshiciera el rigor?
¿Qué peña no enterneciera?
Cuanto y más, siendo galán,
Entendido, fuerte, hermoso,
A pie y á caballo airoso;
Que la noche de San Juan,
Que le vi, me pareció
Que era ingratitud no amalle.

DOÑA INÉS.

Sin duda es de mejor talle
Que el Conde.

DOÑA JUANA.

¿Cierto?

DOÑA INÉS.

Pues ¿no?

DOÑA JUANA.

Pues desde hoy más, prima mía,
¡Viva el Rey!

DOÑA INÉS.

Viva mil años,
Y acábense los engaños
De esa tu loca porfía.
Y pues ya quieres querer
Al Rey, y dejar á Enrique,
Bien será que te suplique,
Pues has de ser su mujer,
Un deseo que he tenido
Secreto, viendo tu amor.

DOÑA JUANA.

¿Tiénesle á Enrique?

DOÑA INÉS.

El mayor
Que cupo en mortal sentido.
No me osaba declarar,
Juana, por no darte enojos;
Y aunque mil veces mis ojos
Te lo pudieron contar,
Decíales: «No miréis,
Que es de mi prima y señora
El Conde; y pues que le adora,
Respetalde y no le améis.»
Mas ellos, inobedientes
Á la razón, le miraban
Tan tiernamente, que daban
Señas de amor evidentes.
Cuando, viendo mis tristezas,
La causa me preguntabas;
Cuando llorando me hallabas,
Ó en iguales asperezas;
Cuando no quería vestirme
Á las más precisas fiestas,
Y sola tú mis respuestas
Pudieras, prima, sufrirme,
Era verte con favores
De Enrique; y muerta de celos,
Pedía siempre á los cielos
El fin de vuestros amores.
Cumplióse tan gran deseo
Sin daño tuyo, señora,
Y por eso quiero agora,
Pues querer al Rey te veo,
Que le pidas que me case
Con Enrique, pues ya es mío.

DOÑA JUANA.

Prima, aunque yo desconfío
De que con el Conde pase
Más adelante el amor,
No del todo le olvidé;
Que es fuego que ayer se fué,
Y aun no ha dejado el calor.
Loca has sido en declararte
Antes de saber de mí
Que ya sin celos de ti
Á Enrique pudiera darte;
Y necia en no conocer
Que me habías de obligar
Con esos celos á amar,
Que es condición de mujer.
De suerte que si volviese
Á querer á Enrique yo,
Tuya será, mía no,
La culpa que en ello hubiese.
¿No supieras aguardar
Á verme más despicada?
Que de ayer enamorada,
No era posible olvidar.
El decirte del Rey bien,
Es primer paso de amor,
No el último; que es rigor
Que mis deseos estén,
De sola un hora de ausencia,
De Enrique tan olvidados,
Que aun van con él mis cuidados
Como estaban en presencia.
Si algún intento tenía
De amar al Rey, le he perdido
Con saber que tú has querido
Gozar lo que yo quería.
Pierde de amarle el cuidado;
Que con el tiempo sabré
Cuándo avisarte podré
Que tengo á Enrique olvidado.

Vase.

DOÑA INÉS.

Saca en el Marzo agricultor moderno
Verde naranjo en apacible día,
Viendo que de los peces se desvía
El sol, que vuelve á su principio eterno.
Mas vuelve al fin el riguroso invierno,
Y así la primavera desafía,
Que toda aquella verde fantasía
Rinde á las ramas, desmayado y tierno.
¡Ay, débil esperanza, que así fuiste!
Pues cuando te saqué (que no debiera)
Al sol de la mudanza que tuviste,
En vez de la esperada primavera,
Volvió el invierno riguroso y triste,
Para que yo sin esperanza muera.

Ramiro, de buhonero, con una arquilla al hombro.

RAMIRO.

¿Hay quien compre alguna cosa
De las que tiene esta caja?
Mi notable atrevimiento, (Aparte.
Mi locura temeraria,
Favorezca la fortuna.)

DOÑA INÉS.

Pues, amigo, ¿hasta la sala
Os entráis de esta manera?

RAMIRO.

Traigo, bellísima dama,
Mil cosas que me compréis,
De Flandes, Italia y Francia:
Primeramente.....

DOÑA INÉS.

¡Jesús!

RAMIRO.

¿Qué mira? ¿De qué se espanta?

DOÑA INÉS.

¡Ramiro!

RAMIRO.

Inés de los cielos,
¿Puedo hablar?

DOÑA INÉS.

Estoy turbada.
¿Cómo te has entrado aquí?

RAMIRO.

Á la bella doña Juana
Traigo del Conde, mi amo.....

DOÑA INÉS.
Habla de presto.

RAMIRO.
Esta carta.

DOÑA INÉS.
Muestra, darésela yo.

RAMIRO.
¿No será posible hablarla?

DOÑA INÉS.
¿Qué es hablarla? Tú eres muerto
Si te conocen en casa.

RAMIRO.
¿Qué hay del Rey?

DOÑA INÉS.
Sus pretensiones,
Y no pocas esperanzas.

RAMIRO.
¿Admítele?

DOÑA INÉS.
Claro está.

RAMIRO.
¿Claro está?

DOÑA INÉS.
Pues ¿qué pensabas?

RAMIRO.
Ayer salimos de aquí,
Y ¡hoy puede haber tal mudanza!

DOÑA INÉS.
¿Qué quieres? Vive quien vence.

RAMIRO.
Lástima tengo á quien ama.
¡Fuego en las.....

DOÑA INÉS.
Quédate en *ésas*.....

RAMIRO.
Pues si ya me entiendes, basta.

DOÑA INÉS.
¿Qué había de hacer, ausente
Enrique?

RAMIRO.
Abrasarle el alma,
Como lo ha hecho. ¡Ay del Conde!
Que á cada paso que daba,
Decía: «¿Qué hará, Ramiro,
La divina doña Juana?
¿Hablará con doña Inés?
¿Llorará?» «¿No es cosa clara?»,
Decía yo, tan gran necio
Como él, pues tal pensaba.
«¡Ay, Ramiro, respondía,
Quién de su divina cara
Bebiera agora las perlas
Que de las estrellas bajan,
Para templar este fuego!»
¡Ay, qué graciosa templanza
Haberse rendido al Rey!

DOÑA INÉS.
Oyes, loco, vete y calla;
Que no sabes dónde estás.

RAMIRO.
Vuélveme luego la carta;
No quiero que se la des.

DOÑA INÉS.
Vete sin hablar palabra;
Que por dicha hará su letra
Efecto en dureza tanta,
Pues sabes que los ausentes
Por ellas se quejan y hablan

RAMIRO.
¿Que no podré verla yo?

DOÑA INÉS.
No podrás hasta mañana,
Porque está escribiendo al Rey.

RAMIRO.
¿Al Rey tan presto?

DOÑA INÉS.
Esto pasa

RAMIRO.
¡Plega al cielo que los dedos
Que el Conde marfil llamaba,
Se vuelvan piedra; la tinta
Sangre, la pluma una daga;
El papel.....

DOÑA INÉS.
Deja el papel,
Mira que en vano te cansas;
Que el Rey es muy gentilhombre,
Y cuando no, el serlo basta.
Aquí me dijo mi prima
Que hacía al Conde ventaja;
Que andaba á caballo airoso,
Y á pie con notable gracia;
Pero vuelve, como digo,
Mañana.

RAMIRO.
¿Cómo mañana?
Yo me vuelva, si volviere
Discreto con arrogancia,
Rico aforrado de necio,
Pretensor sin esperanza,
Valiente sin enemigos,
Viejo en años y sin canas,
Desgraciado con envidia
Y envidioso con desgracia,
Músico con mala voz,
Danzador con malas patas,
Jugador con poca dicha,
Casado con mucha fama;
Y, finalmente, me vuelva
Mujer (aunque muchos andan
Que lo quieren parecer)
Si acá volviere mañana.

Vase.

DOÑA INÉS.
¡Qué bien me va sucediendo!
¡Cómo se ve que se pasa
Á mi lado la fortuna!
Amor, leamos la carta:
Veamos qué dice Enrique
Á su venturosa dama.

Ábrela y lee.

El Rey, el Maestre y Mendo.

MAESTRE.
Nadie sabe que has venido.
REY.
Venir en secreto es causa.
MAESTRE.
Aquí está, señor, su prima
Leyendo un papel.
REY.
Aguarda.
¿Podremos saber, señora,
Ese secreto?
DOÑA INÉS.
No estaba
Con cuidado, que le tiene
Vuestra Alteza desta casa.
REY.
No escondáis la carta.
DOÑA INÉS.
Es cosa
Que quisiera declararla
Á mi rey y mi señor,
Gloria nuestra y sol de España,
Si se me diera el lugar.
REY.

Á Mendo.

¡Hola! Despejad la sala.
Tú, Maestre, afuera espera.

Vanse el Maestre y Mendo.

DOÑA INÉS.
Señor, tu grandeza es tanta,
A quien tu piedad, tu ingenio
Divinamente acompaña,
Que me obliga á suplicarte
Mi remedio, que esta carta
Te dirá mejor que yo
Y con más vivas palabras.
REY.
Pues ¿quieres tú que la lea?
DOÑA INÉS.
Sí, señor, porque cifrada
Toda mi historia está en ella,
Guardando el rostro á mi fama.
REY.
Aquesta letra es del Conde.
DOÑA INÉS.
Sí, señor.
REY.
Escucha.
DOÑA INÉS.
Pára (Aparte.)
Á la fortuna la rueda,
Amor, que me importa el alma.
REY.

Lee:

«Hoy he llegado á Sevilla, que las ansias de verte me volvieron de Córdoba; estoy escondido hasta que la noche me dé lugar; aguárdame, señora mía, en la puerta por donde solías hablarme, que tu serás mi mujer ó yo perderé la vida.»

¡Extraño caso! Luego el conde Enrique,
¿No amaba á doña Juana?
DOÑA INÉS.
Á mí me sirve
Desde la vez primera que á Sevilla
Le trajo Vuestra Alteza de Castilla.
REY.
¿Qué dices?
DOÑA INÉS.
La verdad.
REY.
¡Viven los cielos,
Que porque sea verdad te den mis celos
La corona que tengo! Y si lo fuera,
De cuanto cubre la suprema esfera.
DOÑA INÉS.
Señor, el Conde, como ves, me adora
En esa carta.
REY.
Pensamientos míos,
Haced fiestas á nuevas semejantes.
¡Oh vana presunción de los amantes!
¿Que Enrique te ama á ti? Pues ¿cómo el día
Ó noche de San Juan no me dijera
Que por ti se cubrió de aquellos ramos?
DOÑA INÉS.
Porque dió doña Juana en estimarle
Y en quitármele á mí; y así, fué justo
No pretender contradecir su gusto,
Sino sólo querernos de secreto.
Callaba entonces, como, al fin, discreto,
El Conde por mi honor; y así ha venido
Donde por más seguro está escondido.
Esta noche, cual dice, vendrá á verme.
Si tú quieres, señor, honrarme, hacerme
El mayor bien y asegurar tu gusto,
Cásame con Enrique, pues es justo;
Que el Conde, aunque me quiere, no me quiere
Para mujer, si bien por mí se muere.
Él vendrá aquesta noche, como dice:
Hazle casar por fuerza, que bien puedes,
Para que más asegurado quedes.
REY.
Yo debo al valeroso Adelantado
Mayores cosas, si mayores puedo.
Deja venir á Enrique; que esta noche
La mano te dará.
DOÑA INÉS.
¡Plegue á los cielos!
REY.
¡Victoria, amor, que ya se van los celos!

Doña Juana.

DOÑA JUANA.
Sea, señor, Vuestra Alteza

Muchas veces bien venido.

REY.

La dicha que hoy he tenido
Venciera mayor grandeza
Ya estaba de vos quejoso.

DOÑA JUANA.

El Maestre me dijo agora
Esta merced.

REY.

Ya, señora,
Despidió mi amor celoso
Las sospechas que tenía.
Carta de mi hermano es ésta.

DOÑA JUANA.

Harán mis deseos fiesta
Á las nuevas de este día.

REY.

De Córdoba me escribió.

DOÑA JUANA.

¿Lleva salud?

REY.

Salud lleva.

DOÑA JUANA.

Quiere el amor que me atreva, (Aparte.)
Pero los respetos no.

REY.

Hacerla quiero un engaño. (Aparte.)
Como ya, señora, es justo
Comunicaros mi gusto
Después de aquel desengaño,
Sabed que el Conde me escribe
Grandes arrepentimientos
De los necios pensamientos
De que ya tan lejos vive.
Pídeme perdón, y dice
Que le case de mi mano,
Que le estime como hermano,
Y como Rey le autorice.
Yo, que, por asegurar
Mis celos, no puedo hacer
Cosa más justa, mujer
Le quiero á Enrique buscar;
Y porque sin vos no es bien,
Quiero consultar con vos
Quién será, pues á los dos
Nos toca honrarle también.
Bien conocéis, ó por fama
Ó por vista, quién podría
Merecerle.

DOÑA JUANA.

No sería
Poco dichosa la dama.
Y pues que ya Vuestra Alteza
En su consejo me ha dado
Lugar, y en el que es de estado
Está su mayor grandeza,
Mirando bien qué mujer
Puede merecer al Conde,
La misma razón responde
Que sola yo puedo ser.
Déme Vuestra Alteza á mí
Á su hermano, que bien creo
Que tiene el mismo deseo,
Pues me lo pregunta así;
Porque si no le tuviera
De que él en mí se empleara,
Claro está que no me hablara
Ni ese consejo pidiera;
Que honrar al Adelantado
Puede Vuestra Alteza ansí,
Y darme también á mí
Lo que tanto he deseado;
Porque, volviendo por él,
Y de vos desengañada,
No puedo estar empleada,
Perdonad, mejor que en él.

Vase.

REY.

¿Entiendes esto?

DOÑA INÉS.

Yo sí.

REY.

Quise saber si quería
Á Enrique.

DOÑA INÉS.

Presumiría
Que faltaba amor en ti.

REY.

No fué por esa ocasión;
Que si desa suerte fuera,
Antes que del Conde hiciera
Con tanto gusto elección,
Quejárase de mi fe
Y de mi poca lealtad:
Si va á decirte verdad,
Necio desengaño fué.
¡Ah! Que nunca, desengaños,
Fuistes buenos en amor;
Que el desengaño mejor
Causa mayores engaños.
Parte á hablarla, sin que des
Á entender que estoy corrido
De lo que me ha respondido;
Que yo te diré después
Lo que ha de hacer mi desprecio;
Y dila que no entendí
Que presumiera de mí
Un pensamiento tan necio.
Que no la quise ofrecer
Al Conde, pues mi deseo
No diera su mismo empleo
Si me viera aborrecer.
Que si son celos de mí,
Los adoro como á cielos;
Que si hay amor donde celos,
Tendrá amor si se los dí;
Con lo demás que sintieres
Á propósito á mi honor.

DOÑA INÉS.

Poco saben con amor

Disimular las mujeres.
Yo voy á decir que crea
Que no tuviste intención
De darla al Conde, en razón
De que tu amor la desea.
Y está, señor, advertido
Que esta noche has de casarme.

REY.

Á mí me importa, ó dejarme
Morir, pues tan necio he sido.

DOÑA INÉS.

Esa carta has de mostrar
Á Enrique.

REY.

Por fuerza haré
Que te quiera.

DOÑA INÉS.

Ya no sé
Más de temer y esperar.

Vase.

REY.

¡Con qué justa razón á la esperanza
Dieron nombre de flor, pues que la imita
En que tan brevemente se marchita,
Que tiene entre las hojas la mudanza!
Lustrosas perlas á la aurora alcanza,
De matizados círculos escrita;
Belleza que la noche solicita
Para perder su ardor en su templanza.
Sembraba yo, porque la tierra nueva
Me prometió de amor ricos favores:
¡Ay, loco engaño, de mis celos prueba!
¿De qué sirve sembrar locos amores,
Si viene un desengaño que se lleva
Árboles, ramas, hojas, fruto y flores?

Vase.

Don Enrique y Ramiro.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices?

RAMIRO.

Esto que escuchas.

DON ENRIQUE.

¡Válgame Dios!

RAMIRO.

Valga y lleve.

DON ENRIQUE.

¿Doña Juana quiere al Rey?

RAMIRO.

Al Rey doña Juana quiere,
Ó por pasiva, es querido
De doña Juana el Rey.

DON ENRIQUE.

Siempre
Que algún bien me quieres dar,
Desta suerte le encareces.
Dime lo que ha respondido,
No me mates ni atormentes,
Como sueles, mi Ramiro.

RAMIRO.

Necio amor te desvanece.
Yo no he visto á doña Juana,
Sino á doña Inés, y advierte
Que ella fué quien me lo dijo,
De lástima que te tiene.

DON ENRIQUE.

¡Pese á doña Inés!

RAMIRO.

Envido
Otras tres doñas Ineses.

DON ENRIQUE.

Diríalo por burlarte.

RAMIRO.

No te entiendo ó no me entiendes.
Teme, señor, no seas necio;
Teme, que el discreto teme.

DON ENRIQUE.

¡Doña Juana al Rey!

RAMIRO.

¡Por Dios,
Que desesperarme quieres!

DON ENRIQUE.

Las señoras, ¿hacen eso?

RAMIRO.

Sí, señor; porque los reyes
Son los mayores señores.

DON ENRIQUE.

Mira que no son mujeres.

RAMIRO.

Sí son.

DON ENRIQUE.

Pues ¿de qué lo sabes?

RAMIRO.

De que paren.

DON ENRIQUE.

Bestia, tente;
Que me quitarás la vida.

RAMIRO.

¿Tengo yo la culpa?

DON ENRIQUE.

Pierde,
Loca esperanza, el color;
Y de luto de mi muerte
Ó de lo azul de mis celos
Esmalta sus hojas verdes.

RAMIRO.

No esmaltes hojas, ¡por Dios!
Ni poetices desa suerte,
Sino vamos al remedio.

DON ENRIQUE.

¿Sábesle tú?

RAMIRO.

Dos, tres, veinte.

DON ENRIQUE.

Uno solo, y presto.

RAMIRO.

¿Presto?

DON ENRIQUE.

Sí, Ramiro.

RAMIRO.

[illegible], y vete.

DON ENRIQUE.

Por bestia entraste: en efecto,
Remedio tuyo.

RAMIRO.

No deben
Los hombres más á sus padres
Que á las [illegible], porque suelen
Librarlos de mil peligros;
Mas yo no quiero deberles
Nada, porque me maduran
[illegible] muchas veces.

DON ENRIQUE.

¡Ay, doña Juana! ¿Es posible
Que con mudanza tan breve
Pagas un amor tan justo?
Pues aun yo no estaba ausente.....
[illegible]

RAMIRO.

¡San Blas!

DON ENRIQUE.

¡Yo me muero!

RAMIRO.

¿De qué?

DON ENRIQUE.

De amor.

RAMIRO.

Razón tienes;
Porque, si verdad te digo,
Dando un papel de alfileres
Á una dueña en los umbrales
De una sala, la vi enfrente.....
¿Diréte cómo?

DON ENRIQUE.

Sí, amigo;
Sí, hermano; piadoso vuelve
Á curar á quien has muerto.

RAMIRO.

El seso, señor, ¿quién puede?
Estaba aquella señora
Como el aurora amanece,
Dando luz al mismo sol,
Aunque dél la suya tiene;
Los cabellos en sortijas;
Y pues es naturalmente,
Bien haya el platero cielo
Que tales sortijas vende;
Los ojos..... no quiero estrellas,
Que es cosa baja, y ofenden
Tantos ojos estrellados,
Sino decir que parecen
Dos breves cielos de amor,
Adonde gloriosamente
Penen las almas.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices?
¿En gloria quieres que penen?

RAMIRO.

Sí; que destos disparates
Altamente se encarecen
Los amorosos engaños.
Pero déjame que llegue
Á pintar aquellas cejas,
Pobladas de pelos breves
Y sutiles, que á los ojos
Eran divinos doseles.
No las comparo á los arcos,
Porque los arcos celestes
No tienen pelos ni cubren
Los ojos que algunos quieren;
Que si luna y sol son ojos,
Como son tan diferentes,
Fuera tuerto el cielo, á estar
Juntos en su hermosa frente.
¿Quieres que pinte la boca?

DON ENRIQUE.

¿Sabrás?

RAMIRO.

Ni supiera Apeles,
Ni pensó Naturaleza
Criar una rosa en nieve.
Parece que por respeto
De las perlas de sus dientes,
Les puso el cielo, señor,
Dos cortinas de claveles.

DON ENRIQUE.

Muerto estoy; no digas más.

RAMIRO.

¡Bien hayan los portugueses,
Que á esto llamaron boquiña!
Que parece que convierte
Los deseos en jalea.

DON ENRIQUE.

Presumo que me entretienes
Porque no sienta mis males.

RAMIRO.

Es verdad: eso pretende
Mi rústico ingenio, Conde,
Porque temo.....

DON ENRIQUE.

Ya, ¿qué temes?
Pon á punto esos caballos;
Porque, volviendo de verte,
Angel de mi perdición,
Y de dar mil parabienes
Á tu amor, á tu mudanza,
Á tu dicha y á mi muerte,
Pienso volverme á Castilla.

RAMIRO.

Señor, excusa, si puedes,
El verla, por el peligro,
Si acaso alguno te viese,
Y porque, si desdeñosa
Te respondiese, no aumentes
Tus celos, y algo le digas
Que más desdicha nos cueste.

DON ENRIQUE.

No puedo excusar, Ramiro,
Ver á doña Juana. Denme
Una rodela y un jaco.

RAMIRO
¡Bravo amor!

DON ENRIQUE.
Bien lo merece;
Que si por el Rey me deja,
Acierta, y es bien que acierte.
Mejor es que yo mi hermano
¡Muera yo! ¡Viva quien vence!

Vanse.

El Rey, el Maestre y Mendo, de noche.

REY.
Ya te digo que viene arrepentido
De haberme dado enojo por guardalle
Secreto á Inés.

MAESTRE.
Extraña cosa ha sido.
¿Que quiere á Inés?

REY.
Y ha de rondar su calle.
Que le case con ella me ha pedido;
Y ¡vive Dios, que tengo de casalle!
Porque, fuera de ser buen casamiento,
Importa al mío declarar su intento.
Vaya Mendo á avisalla de mi parte,
Para que esté á la puerta prevenida.

MENDO.
¿Diréla que aquí estás?

REY.
Díselo aparte.

Vase Mendo.

MAESTRE.
¿Que Inés, señor, de Enrique fué servida?

REY.
Esto puedo, Maestre, asegurarte,
Y que en su ejecución me va la vida.

MAESTRE.
Mucho á la hermosa doña Juana quieres.

REY.
Corona puede ser de las mujeres.
Deseos, ¿qué queréis? ¿Verla? Pues vamos
Á verla. Tarda Enrique: bien podemos.
¿Qué dirán si me ven? Mas ¿qué dudamos,
Amor, cuando tan cerca el bien tenemos?
Ya que en segura posesión estamos,
Sin efecto es andar por los extremos.
Maestre, aquí me aguarda, y si viniere
El Conde, haz de manera que me espere.

MAESTRE.
Iráse si me ve.

REY.
Pues dame aviso;
Que amor me fuerza, y mátame el deseo.

Vase.

Don Enrique y Ramiro.

RAMIRO.
Ninguno como tú tan recio quiso.

DON ENRIQUE.
Bien lo dice el peligro en que me veo.

RAMIRO.
¡Con qué temor aquesta calle piso!

DON ENRIQUE.
¿Que me olvidaste, Juana? No lo creo.
¡Ay, engaños de amor! Muero de olvido,
Y no puedo creer que estoy perdido.

MAESTRE.
Éste es Enrique, aquél es su privado. (Ap.)
Voy á llamar al Rey; que no es cordura
Llegarle á hablar si se ha de huir.

Vase.

DON ENRIQUE.
Yo he dado
Poco dichoso fin á mi ventura.
Rejas, yo soy un hombre desdichado,
Que aun la vida no tengo en vos segura:
Doléos de mí, que donde se endurecen
Las almas, aun los hierros se enternecen.

RAMIRO.
Rejas, el diablo, que hace más enredos (Ap.)
Que un hombre sin dineros, me ha traído
Donde, si no me escapo á puros credos,
¡Qué tarde me verá quien me ha parido!
Pues no son de gallina aquestos miedos.
Moros he muerto, capitán he sido;
Mas enojos de un Rey, y siendo tales,
Á Aquiles volverán á sus pañales.

DON ENRIQUE.
¡Ay, Juana de mis ojos tan amada!
¿Por qué has querido en flor cortar mi vida?

RAMIRO.
¡Ay, Dios! ¡Quién estuviera en la posada, (Ap.)
Y llevaran los diablos la venida!
¿Tengo yo de medir á un Rey la espada,
Que llega, cuando quiere sin medida,
De un reino á otro, y sólo Dios le juzga?

El Rey.

REY.
No hay orden que á quererme la reduzga. (Ap.)

DON ENRIQUE.
Gente viene; rebozarme (Aparte.)
Quiero. ¿Cosa que el Rey sea?

RAMIRO.
Ya comienzan á venir. (Aparte.)
¡Ay del necio que quisiera
Un censo sobre mi vida!

REY.
El Maestre está á la puerta. (Aparte.)
Maestre, ¿ha venido Enrique?
Que ya prevenida queda
Doña Inés, y ¡vive Dios
Que hoy se ha de casar por fuerza!
Entré á hablar á doña Juana,
Y hase enfadado, muy necia,
De que la viniese á ver.

[illegible]
Al Conde, y [illegible] llorando
[illegible]ncia
[illegible]
[illegible]sta,
[illegible]e, hermano?
RAMIRO.
[illegible] (Aparte.)
REY.
[illegible] responde
[illegible]
No se espante Vuestra Alteza
[illegible]

Desembózase.

[illegible]
[illegible] Enrique?
[illegible]
[illegible] si serlo quisiera,
Pues te doy tantos enojos,
Que, como dices, intentas
Casarme por fuerza aquí.
[illegible]
Es porque tú lo deseas
Y á doña Inés lo has escrito;
Que yo conozco tu letra.
[illegible]
Á doña Juana escribí;
[illegible]
Desatinos por privanza,
No cumple, aunque quien es sea,
La obligación de su sangre.
[illegible]
Pues ¿cómo el destierro quiebras
De que me diste palabra?
DON ENRIQUE.
No la dí de no quererla,
Y es muy conforme al amor
Que los desterrados vuelvan
De noche á hacer por sus damas
Estas honradas finezas.
Si yo viniera de día,
Donde Sevilla me viera,
No sólo fuera mal caso,
Pero fuera desvergüenza.
Desterrado que de noche
Viene á sus cosas, no quiebra
El destierro si no es
Que viene á cosas mal hechas;
Porque, en efecto, ya guarda
[illegible]to á quien le destierra;
Y la noche es confusión
De cosas malas y buenas.
[illegible]
Si es respeto á la justicia,
¿Qué es el Rey?
[illegible]
Justicia.
REY.
Espera:
Pues ¿conmigo no has topado?
DON ENRIQUE.
Es cosa, señor, tan nueva
Topar con un rey de noche,
Que en mi vida se me acuerda
Haberlo oído.
REY.
Yo, ¿soy
El Rey?
DON ENRIQUE.
Conozco á Tu Alteza
Por mi supremo señor.
REY.
Date preso.
DON ENRIQUE.
En mil cadenas
Me tiene tu obligación;
Pero no es justo que quieras
Prenderme tú; que los reyes,
Y más en cosas pequeñas,
No prenden por sus personas.
Y perdona, que te acercas
Y quieres sacar la espada.
REY.
Dame la espada.
DON ENRIQUE.
Ahí te queda
Envainada: que no quiero
Que de otra manera sea.
REY.
Eres traidor.
DON ENRIQUE.
Soy tu hermano.
Nunca mi madre fué reina,
Pero fué tu padre el mío.
REY.
Enrique, no me enternezcas.
Vuelve.
DON ENRIQUE.
No puedo, señor;
Que no quiero que me veas
En las manos sin espada,
Y en los ojos con flaqueza.

Vanse D. Enrique y Ramiro.

El Maestre y Mendo.

REY.
¿Hay tal suceso?
MAESTRE.
¿Qué es esto?
MENDO.
Gran señor, ¿de qué te quejas?
REY.
Toma, Mendo, aquesa espada.
MENDO.
¿Tuviste alguna pendencia?
REY.
Id delante y lo sabréis,
¡Maldiga el cielo estas puertas,
O maldiga mi desdicha!
Que no está la culpa en ellas.

ACTO TERCERO.

Doña Juana y Teodora disfrazada.

TEODORA.

Esas flores que vendía
Entre listones y tocas,
Flores, por fingidas, pocas,
Aunque lo ha sido la mía,
Son mentiras para veros
Y verdades para hablaros
De quien ha sabido amaros,
De quien no sabe perderos.

DOÑA JUANA.

Luego ¿vos no sois florera?

TEODORA.

No, señora; que en mi casa
El Conde esta vida pasa,
Y persuadiros quisiera.
No se atrevió, por el Rey,
Á venir Ramiro aquí;
Puesto que dél entendí
Que cumpliera con la ley
De hijodalgo castellano
En morir por su señor.

DOÑA JUANA.

No hay aquí tanto rigor
Como él imagina en vano.

TEODORA.

Que piense no os espantéis
Que ya tiene posesión
El Rey de vuestra afición,
Pues su peligro sabéis.
Y así, por servirle yo,
Vine disfrazada así;
Que el saber lo que hay en mí
Este consejo le dió.
Dice, pues, que sois cruel
Más que cuantas han nacido,
Y que con el Rey ha sido
Trato desterrarle á él;
Que el interés de reinar
Os ha movido, no amor;
Aunque escoger lo mejor
Bien os puede disculpar;
Porque ya en el mundo es ley
Que en sus voluntades reina;
Y que pues que ya sois reina,
Le pongáis bien con el Rey.
Que le pidáis el perdón
De su enojo, y no el destierro;
Que el volver tiene por yerro,
Pues ya no tiene ocasión.
Que con sola la respuesta
Que me habéis de dar, se irá
Á Castilla, pues ya está
Vuestra voluntad dispuesta
Á querer y á no querer,
Cuando disculpada estáis;
Pues mejor es que seáis
Su reina que su mujer.

DOÑA JUANA.

Por serlo vos no he tomado
Vuestra venida sin gusto;
Mas por lo que fuera justo,
Mucho me hubiera enojado.
¿Tiene el mundo como Enrique
Mayor traidor?

TEODORA.

¿Qué decís?

DOÑA JUANA.

¿Para qué me persuadís
Que á sus engaños aplique
Los oídos, que ya tengo
Como el áspid al encanto,
Pues en despreciarle tanto,
Menos que es justo me vengo?
Sirve el Conde aquí á mi prima;
Hablarla de noche intenta,
Haciendo á mi amor afrenta,
Que hasta el honor me lastima;
Hallé yo al Rey embozado;
Lloro yo porque á Castilla
Se parte, ¡y está en Sevilla
Muy de espacio enamorado!
Decilde que si pretende
La gracia del Rey por mí,
Que ¿por qué me engaña ansí,
Pues su mismo honor ofende?
Que si al Rey hablé, él me dió
La causa..... Y no repliquéis,
Que estáis donde no sabéis.

TEODORA.

No tengo la culpa yo,
Porque el Conde, en confianza
Del pasado amor, me ha hecho
Disfrazar á mi despecho,
Y contra alguna esperanza;
Que aunque no es mi calidad
La vuestra, he querido al Conde.

DOÑA JUANA.

Eso también corresponde
Á su mucha libertad.
Id con Dios, y agradeced
Que os dejo salir así.

TEODORA.

Señora.....

DOÑA JUANA.

Salíos de aquí.

TEODORA.

Que estoy sin culpa creed.

Vase.

DOÑA JUANA.

Enrique, yo no quiero aventurarme
Por tu ocasión, ni por mi amor perderme:

Si tú sabes, traidor, aborrecerme,
¿Por qué no sabré yo de ti vengarme?
¡Ay, que me cuesta mucho el apartarme
De la ocasión con que quisiste verme!
No me tengas, quizá, que es ofenderme.
—Señora, yo me voy.—Vuelve á matarme.
—¿Ves, mi bien, que pierdes en [illegible]?
—Pierdo el honor y al Rey.—Verdad te trato.
—Por eso de tu amor quiero partirme.
—Amor celoso olvida, como ingrato,
Mas no podrás.—Sí haré; porque el más firme
Á manos de otro amor le acaba el trato.

Don Enrique y Ramiro.

DON ENRIQUE.
No me tengas.

RAMIRO.
¿Dónde vas?

DON ENRIQUE.
Á perderme.

RAMIRO.
¿Estás en ti?

DON ENRIQUE.
Pues si yo estuviera en mí,
¿Amara á una ingrata más?

DOÑA JUANA.
¿Qué es esto? ¿Quién es?

DON ENRIQUE.
¡Quién es!
¡Oh, qué pregunta extremada!
¿Que ya estás tan olvidada,
Que me ves y no me ves?
Pues yo te diré quién soy.

DOÑA JUANA.
¡Válgame Dios, qué locura!

DON ENRIQUE.
Soy un alma que procura
El pecho en que ya no estoy.
Soy un hombre que solías
Decir, señora, que amabas,
Cuando menos estimabas
Que el amor las monarquías.
Soy quien tuvo tal ventura,
Que mereció de tus labios
Seguridades de agravios,
Si hay cosa en mujer segura.
Soy el que perdió por ti
Su Rey, su hermano, su dueño,
La noche para ti sueño,
Y desvelo para mí.
Soy cometa que pasó
Por el cielo, si se debe
Tal nombre á hermosura breve
Que adonde nació murió.
Soy finalmente.....

DOÑA JUANA.
No más;
No pases de finalmente,
Pues un fin tan indecente
Á tantos favores das;
Porque ya no me dirás,
Enrique, cosa que crea.....
¿Enrique dije? No sea
Favor nombrarte; que fué
Yerro de la lengua, en fe
De que ofenderte desea,
Que cuando tu nombre nombre
Por venganza al despedirte,
¿Cómo puedo yo decirte
Más afrenta que tu nombre?
Vete, Enrique; que eres hombre,
Y esta hazaña tuya es.

DON ENRIQUE.
¿Tú dices que á doña Inés
Escribí?

DOÑA JUANA.
Pues ¿no es así?

DON ENRIQUE.
No, señora, si no á ti.
Ramiro presente está.

RAMIRO.
Quien crédito no te da,
¿Daráme crédito á mí?
Yo te truje aquel papel,
Tu prima me le tomó.

DON ENRIQUE.
Pues ¿cuándo la quise yo
Para regalarme en él?
Si quiso engañar con él
Al Rey, no lo sé; mas creo
Que nació de tu deseo:
Concierto debió de ser,
Porque tú puedas hacer
En el Rey más alto empleo.
El Rey merece agradarte,
Mejor empleada estás;
Que lo que aquí siento más
Es que quieras disculparte.
Pero amarle no era parte
Para venderme con él,
Pues pensando que el papel
Tu prima te hubiera dado,
Vine á tu puerta embozado,
Y dí por tu culpa en él.
Partirme de ti, ¿qué vale,
Si vuelvo á Sevilla luego,
Como por la cuerda el fuego
Vuelve á la parte que sale?
Mejor es que el fin iguale
Al principio en que nací.
Yo quiero morir aquí:
Sepa el Rey que aquí me tiene;
Máteme; ¿por qué no viene,
Si quiere vengarse en mí?

DOÑA JUANA.
¡Enrique! ¡Enrique!

RAMIRO.
Señor,
¿Qué es esto?

DON ENRIQUE.
¿Tú no lo ves?

¿Yo he querido á doña Inés,
Ni tuve en mi vida amor?
Pase un villano traidor
Mi pecho si tal pensé,
Tal serví ni tal hable;
Ni puede ser en lugar
Donde tú estabas, entrar
Otra hermosura, otra fe.
No lo digo por moverte;
Que no te pienso mover,
Ni quererte, ni querer
Que me obligues á quererte;
Mas porque no quiero verte
Disculpada en mis agravios.

DOÑA JUANA.

¡Conde!

DON ENRIQUE.

No muevas los labios;
Que después de agravio cierto,
Nunca vuelven á concierto
Los amantes ni los sabios.
Estos tus papeles son,
Con esta encarnada cinta:
¿Quién dió veneno con tinta,
Sino mujer y traición?
Romperá, pues, mi razón
Razones tan engañosas.

DOÑA JUANA.

No hagas, Enrique, cosas
De que te has de arrepentir;
Que aunque se vuelve á escribir,
No salen tan amorosas.

DON ENRIQUE.

Déjame.

DOÑA JUANA.

Así Dios me guarde.....

DON ENRIQUE.

Eres reina: ¿qué he de hacer?

DOÑA JUANA.

Créeme.

DON ENRIQUE.

No puede ser.

DOÑA JUANA.

¿Por qué, Conde?

DON ENRIQUE.

Porque es tarde,
Y es razón que me acobarde
De mi rey, justo respeto.

DOÑA JUANA.

¿Y si ser tuya prometo
Cuando esté desengañada?

DON ENRIQUE.

Serás de mí tan amada
Como mereces, y aun más.....
Pero, en efecto, serás
Del Rey, que estás obligada.

DOÑA JUANA.

Á quien se hace de rogar
Y me desprecia, no es bien
Que mis deseos le den
Ocasión, sino lugar.
Voyme á no ver, á olvidar
Que he querido bien al Conde.

RAMIRO.

¿Dónde vas, señora?

DOÑA JUANA.

¿Dónde?
Voy, Ramiro, á no querer
Al Conde.

RAMIRO.

No puede ser,
Si el Conde te corresponde.
Mira ¡qué celos aquellos
Y qué mirarte á traición!
¿No le ves el corazón,
Por los ojos, todo en ellos?

DOÑA JUANA.

Tiénesme por los cabellos.

RAMIRO.

No tengo tal; que tú eres
Quien te tienes, porque quieres
Tenerte.

DOÑA JUANA.

Mal me conoces.

RAMIRO.

No te irás, así te goces.

DOÑA JUANA.

Mal conoces las mujeres.

RAMIRO.

No lo eres tú; que ángel tienes
Por nombre y por hermosura.

DOÑA JUANA.

¿Qué es lo que Enrique procura,
Ramiro, que me detienes?

RAMIRO.

Á Enrique.

Tú, ¿qué quimeras previenes,
Que no llegas á gozar
La dicha deste lugar?

DON ENRIQUE.

Quiérese ir.

RAMIRO.

¡Buen dormir!
Si ella se quisiera ir,
¿Quién se lo había de estorbar?
Pues mira que la mujer
Sabe sufrir más que el hombre.

DON ENRIQUE.

Como mi mujer se nombre,
Di que la quiero querer.

RAMIRO.

Claro está que lo ha de ser.

DOÑA JUANA.

Conde, si estoy satisfecha
De mi pasada sospecha,
Seré tu esposa.

DON ENRIQUE.

No sé
Qué satisfacción te dé
Si mi verdad no aprovecha.

Doña Inés, sin ser vista.

DOÑA INÉS.

¿Qué es esto que viendo estoy? (Aparte.)
Enrique es éste. ¡Qué en vano
Á dos que se quieren bien
Estorba ningún contrario!
Oir quiero desde aquí
Que pueden estar hablando
Con tan grande atrevimiento.

DOÑA JUANA.

Firma, Conde, de tu mano
Esa verdad.

DON ENRIQUE.

Oye.

DOÑA JUANA.

Di;
Que yo haré luego otro tanto.

RAMIRO.

Y yo quiero ser jüez,
Que no soy apasionado
De ninguno de los dos.

DOÑA INÉS.

Y yo testigo en mi daño. (Aparte.)

DON ENRIQUE.

Si yo las flechas del amor tuviera,
De vos á todo el mundo enamorara,
Y en torres de diamantes os guardara,
Porque después de amaros nadie os viera.
Que tanto me quisiérades hiciera,
Que de otro ningún bien se os acordara·
El pensamiento á una cadena atara,
Y la imaginación os suspendiera.
Y si pudiera yo, con una llave
Cerrara al tiempo el curso presuroso
En esa dulce juventud süave,
Porque jamás en ese rostro hermoso
La edad pusiera cosa menos grave,
Ni yo pudiera ser menos dichoso.

RAMIRO.

¡Valiente, por Dios! ¡Ansí!
De lo que entiendo me agrado;
No aquello del ser sin ser,
Por el ser del ser formado,
Y el ser del ser que no fuera,
De que el vulgo hace milagros
Y todos son disparates
En bernardinas fundados;
Que si lo que se oye aprisa
Ello se oyera despacio,
Más de cuatro se corrieran
De lo que aquí celebraron.

DOÑA JUANA.

Cuando sin penas yo pudiera amaros
(Que sin celos no puede ser quereros),
Para tenerlas suspendiera el veros,
Pues el penar por vos fuera obligaros.
Quereros sin costarme aventuraros
Era quererme á mí, y era ofenderos;
Que más quiero obligaros y perderos,
Que, sin quereros obligar, gozaros.
Glorias solas de amor amor condena;
Penas quiero por vos, que la memoria,
Si asiste á solas glorias, es ajena.
Penar amando es la mayor victoria,
Y si amor es amor por lo que pena,
Por teneros amor, no quiero gloria.

DON ENRIQUE.

¿Qué juzgas?

RAMIRO.

Que os doy por buenos.

DOÑA INÉS.

Acercándose.

Y yo, que estaba escuchando,
Digo lo mismo.

DON ENRIQUE.

Pudieras,
Señora, haberlo excusado,
Como el decir que la carta
Es para ti, pues es llano
Que Ramiro te la dió
Para doña Juana.

DOÑA INÉS.

Estando
Bien descuidada, llegó,
Don Enrique, el Rey, tu hermano,
Y yo, por no le decir
Verdades que siente tanto,
Fingí que era para mí.

DOÑA JUANA.

Harto bien te has disculpado.

RAMIRO.

El Rey viene.

DOÑA JUANA.

No hay remedio
Sino esconderte.

DON ENRIQUE.

Aquí aguardo.

DOÑA JUANA.

¿Oyes?

DON ENRIQUE.

Sí.

DOÑA JUANA.

¿Llevas reloj?

DON ENRIQUE.

No vengo tan descuidado,
Que de la pasada burla
No tenga el alma temblando.
Mas doña Inés queda ahí,
Que me servirá de mano,
Señalando dónde estoy
En las letras de mis daños.

Escóndense D. Enrique y Ramiro.

DOÑA INÉS.

En mala fama he caído
Porque quise remediaros;
Mas ¿qué mejor premio tiene
Quien sirve pechos ingratos?

Pero la palabra os doy,
Para sólo aseguraros,
De ayudar vuestros amores.

DOÑA JUANA.

Mira que viene: habla paso.

El Rey.

REY.

Habiendo dado cuenta, hermosa Juana,
Á mi reino de aqueste casamiento,
É informado de cosa que es tan llana
Como tu generoso nacimiento,
Todo con gusto á obedecer se allana
Y aprueba mi amoroso pensamiento;
Que las partes del noble Adelantado
Le hacen temido é igualmente amado.
Está para esta noche prevenida,
Será mi desposorio celebrado;
Y si no quieres tú que aquí resida,
Luego verás á Guadarrama helado;
Que como tengo en ti mi propia vida
Y el reino de mi amor depositado,
Adonde tú quisieres, allí sea
La corte, donde yo te goce y vea.

DOÑA JUANA.

Señor, siempre que tú á mi padre puedes,
Honrarle solicitas: Dios te guarde.
Mas con él solicita esas mercedes
Que le quieres hacer; que estoy cobarde.

REY.

Yo gusto que á tratar tus cosas quedes,
Aunque no importa el prevenirlas tarde.
Voy á hablar á tu padre.

DOÑA JUANA.

Muchos años
Vivas.

REY.

Para servirte.

DOÑA JUANA.

¿Hay más engaños? (Ap.)

Vase el Rey.

Don Enrique y Ramiro.

DON ENRIQUE.

Di agora que tenga vida.

DOÑA JUANA.

Y ¿tendrála quien te escucha?

DON ENRIQUE.

No me descubrió el reloj;
Mayor fué mi desventura.
Si en la noche de San Juan
Sus horas mi muerte anuncian,
Allí tocaron campanas,
Y aquí fué mi sepultura.
Ya ¿qué esperanza me queda,
Si la posesión es suya,
Pues que viene á ser verdad
Lo que hasta agora fué duda?
¡Mal haya, amén, el papel,
Pues desde entonces procuras
Mi muerte, por un engaño
En una inocencia justa!
¡Esta noche! ¡Extraño caso!
¡Bravo amor, terrible furia,
Loco deseo y poder
Sin resistencia ninguna!
Nací de rey; mas ¿qué importa?
No hay fuerza contra la suya.
Rey poderoso, y mi hermano,
¡Qué de respetos se juntan!
¿Qué mé aconsejas? ¿Qué haré?

DOÑA JUANA.

Primero que se concluya
El casamiento que dice,
Verás mi muerte.

DON ENRIQUE.

No cumplas
Con lágrimas á la mía,
Que, pues ya lloras, la anuncias.
¿Qué agüero como llorar
Las estrellas? Restituya
Rayos á tu sol el lienzo,
Si las coge ó las enjuga.
¡Ay, doña Juana! ¡Ay, señora!
Por premio de mis locuras,
De mis ansias, de mis celos,
De mis agravios é injurias,
Dame esas lágrimas solas,
Perlas de esas luces puras,
Para consuelo en mi muerte
Y porque mejor descubras
Los ojos que no he de ver.

DOÑA JUANA.

Toma, y mira que me excusa,
Enrique, tan grande fuerza.
Vamos, Inés.

DOÑA INÉS.

¡Qué profunda
Tristeza! Mas ¡qué alegría (Aparte.)
De su dolor me resulta.

Vanse las dos.

RAMIRO.

¿Habémonos de morir?
¿No respondes?

DON ENQRIUE.

¿Qué preguntas?

RAMIRO.

¿Ha de haber exclamaciones?
¿Quieres invocar las musas?
¿Habrá décimas al lienzo?

DON ENRIQUE.

¡Cosa extraña!

RAMIRO.

¡Cosa injusta!
¡En lindo dinero paga
Amor! Y ¡á qué coyuntura
Te dan un lienzo de perlas!

DON ENRIQUE.

Suban mis lágrimas, suban

Al cielo de amor, y pidan
Justicia.

RAMIRO.

[illegible]

DON [illegible].

Es mucha

RAMIRO.

¿[illegible]?

DON [illegible].

¿Qué fiera
India, qué bárbara turca,
No le respondiera al Rey:
«Casada estoy»?

RAMIRO.

No presumas
Que esto de reinar es cosa
Que por amor se aventura.
Cuanto más alta ha nacido
[illegible] Juana, más la encumbran
Sus altivos pensamientos.

DON ENRIQUE.

Pues ¿cómo llora?

RAMIRO.

De industria.
Dijo un sabio que jamás
Le falta á mujer alguna,
Ni lágrimas para engaños,
Ni para errores excusas.

DON ENRIQUE.

En ángel no puede haber
Llanto fingido.

RAMIRO.

Si ayudas
Tu misma pena, ¿qué quieres?
Bien haces, pues la disculpas.

DON ENRIQUE.

¿Preveniste los caballos?

RAMIRO.

Pues ¿iráste?

DON ENRIQUE.

No se excusa.
¿Tengo yo de ver mi muerte?
¿Cómo quieres tú que encubran
Mis celos tanto dolor?

RAMIRO.

¡Oh, cuánto, señor, deslumbra
Una corona de oro!

DON ENRIQUE.

Hoy la sentencia pronuncias,
Divina Juana, á mi muerte;
Hoy mi sufrimiento apuras.
Ya no hay lugar donde pueda
Estar mi persona oculta:
Pica, Ramiro, á Castilla.
Todo me congoja y turba.

[illegible]

Ánimo, señor.

[illegible]

Ya voy.
¡[illegible] mal quien no quiere juzga
De amor! Adiós, gran Sevilla;
Adiós, señora perjura,
Que por verte reinar pones
Tu vida en tan vil fortuna.
Beso tu lienzo.

RAMIRO.

¿Están ya,
Di, las lágrimas enjutas?

DON ENRIQUE.

Sí.

RAMIRO.

Pues lo mismo en mujer
Las penas de ausencia duran.

Vanse.

El Rey, el Adelantado y Mendo.

ADELANTADO.

No sé con qué razones, Rey supremo,
Estas visitas pueda yo pagaros.

REY.

Cubríos, Marqués.

ADELANTADO.

Honráisme con extremo.

REY.

Marqués de Cádiz, siempre yo he de honraros.

ADELANTADO.

¡Tantas mercedes!

REY.

Declararme temo. (Aparte.)
Deseo cuanto puedo adelantaros,
Porque habemos de ser parientes presto.

ADELANTADO.

Dos hermanos tenéis; yo estoy dispuesto.

REY.

Camina, Mendo, y de secreto llama
Al Arzobispo: di que presto venga.

MENDO.

Voy á servirte. Cierto que esta dama
Merece que lugar tan alto tenga.

Vase.

REY.

Vuela tan presto la parlera fama,
Que porque algún instante se detenga,
Pretendo, Adelantado, de secreto
Hacer un casamiento.

ADELANTADO.

Sois discreto.

REY.

Quiero casar á vuestra hermosa Juana
De mi mano, Marqués, y con un hombre
Tan bueno como yo.

ADELANTADO.

Todo lo allana
Vuestro valor. ¿Podré saber el nombre?

REY.

Basta que le veáis.

ADELANTADO.

Mucho se humana
Vuestra grandeza.

REY.

No hay por qué os asombre.

ADELANTADO.

¿Tan bueno como vos?

REY.

Será muy cierto.
Adelantado, oid lo que os advierto:
Al hombre que viniere de secreto
Á vuestra casa, le daréis á Juana,
Que el Arzobispo viene al mismo efeto.
No pierda amor lo que el silencio gana.
Hablalde y estimalde; que os prometo
Que no hay en la corona castellana
Hombre como él, y mi mayor amigo.

ADELANTADO.

Guárdeos el cielo.

REY.

Lo que puedo os digo.

Vase.

ADELANTADO.

¡Tan bueno como el Rey! No fueron vanos
Mis pensamientos, pues será forzoso
Que el uno venga á ser de los hermanos
Que tiene, el que ha de ser de Juana esposo.
Cualquiera en estos reinos castellanos
Tiene opinión de príncipe famoso
En letras y armas, y podrá cualquiera
Hacer mi casa como el sol la esfera.
¡Oh, si fuese tan grande mi ventura,
Que fuese Enrique! ¡Oh, si viniese el Conde
Á honrar mi casa!

Doña Juana y Elvira.

DOÑA JUANA.

En tanta desventura, (Aparte.)
Con llamar á la muerte, no responde.

ELVIRA.

(Aparte á D.ª Juana.)

¿Es posible que dicha tan segura
Como te ofrece la fortuna, adonde
Señora de Castilla y reina seas,
Ingrata al cielo deshacer deseas?

DOÑA JUANA.

¿Eso te espanta, Elvira? ¿Es maravilla
Que amor desprecie el bien?

ADELANTADO.

¡Oh hermosa Juana!
¿Sabes, por dicha, tú si está en Sevilla
El conde Enrique?

DOÑA JUANA.

Sé que esta mañana
En desgracia del Rey se fué á Castilla.

ADELANTADO.

Salió, en efecto, mi esperanza vana;
Aunque es razón que el mismo amor le mues-
[tre,
Si tu esposo ha de ser, al gran Maestre.

Vase.

ELVIRA.

Lleno de cuidado veo
Á tu padre y mi señor.

DOÑA JUANA.

Él trata cosas de honor,
Yo trato de mi deseo.

ELVIRA.

Ya no es tiempo de tratar
Más que en tu dicha, señora.

DOÑA JUANA.

Elvira, si amaba agora,
¿Agora puedo olvidar?

ELVIRA.

Confieso que el Conde es hombre
Galán; mas, á toda ley,
El Rey es rey, y es el Rey
Muy galán y gentilhombre;
Pues cuando fueran iguales,
Le pudieras elegir.

DOÑA JUANA.

No suele amor presumir
De preciar cetros reales.

ELVIRA.

Tu intento me maravilla,
Mal á tu valor responde.

DOÑA JUANA.

¡Ay, Elvira! ¿Estará el Conde
Muchas leguas de Sevilla?

ELVIRA.

¡Bien te enmiendas! ¡Bien serás
Mujer del Rey dese modo!

DOÑA JUANA.

Ahora olvidémoslo todo,
Pues que no puede ser más.

El Maestre; Mendo, con un azafate cubierto.

MAESTRE.

Ya, señora, como á quien
Es su mujer, os envía
El Rey.....

DOÑA JUANA.

¡Ay, desdicha mía! (Aparte.)

MAESTRE.

Un presente.

DOÑA JUANA.

¿Para quién?

MAESTRE.

Para vos, reina y señora
De Castilla.

DOÑA JUANA.

¡Para mí,
Maestre!

MAESTRE.

Señora, sí;
Tanto mi hermano os adora.

DOÑA JUANA.

Descubrilde.

MAESTRE.

Aquesta es
De Castilla la corona,
Digna de vuestra persona.

DOÑA JUANA.

¡La corona!

MAESTRE.

A vuestros pies,
Cuanto y más á vuestra frente,
La envía el Rey.

DOÑA JUANA.

¡Qué he de hacer!
Esto es á más no poder.
Toma, Elvira, aquella fuente.
Decid al Rey mi señor,
Maestre..... No digáis nada.
Mas decid..... Estoy turbada....

MAESTRE.

¿Qué os turba?

DOÑA JUANA.

Tanto favor.
Decilde.....

MAESTRE.

¿Qué le diré?

DOÑA JUANA.

Que venga á verme.

MAESTRE.

Yo voy.

MENDO.

Maestre, confuso estoy. (Ap. á él.)
En los ojos se le ve
Que no le agrada el reinar.

MAESTRE.

Temo que anda el Conde aquí.

MENDO.

Esta mañana le vi.

MAESTRE.

Calla, que importa callar.

Vanse el Maestre y Mendo.

DOÑA JUANA.

Muestra, Elvira, la corona.

ELVIRA.

¿Qué quieres hacer?

DOÑA JUANA.

Hablalla.

ELVIRA.

¿Cómo hablalla?

DOÑA JUANA.

Y preguntalla
Si amor su desprecio abona.
Corona ilustre, perdona,
Que te quiero aventurar.
Bien sé que me han de culpar;
Pero díceme mi amor
Que ofenderé tu valor
Si amando llego á reinar.
¡Cuántas traiciones se han hecho
Por ti! ¡Cuántas crueldades!
¡Qué vidas, honras, ciudades,
Has abrasado y deshecho!
Enrique se fué, y sospecho
Que de mí y de ti quejoso:
En estado tan penoso,
¿Si te podré despreciar?
Pero ¿quién ha de dejar
Lo cierto por lo dudoso?
Amor primero, perdona,
Que estoy dudosa de ti;
Mas no perdones, si á mí
Tu misma culpa me abona.
Toma, Elvira, la corona;
No quede el Conde quejoso.
Diga el interés celoso
Que hay mujer que supo amar,
Perder un reino, y dejar
Lo cierto por lo dudoso.

El Rey.

REY.

Después de haberte enviado,
Hermosa Juana, el valor
Destas bodas, de mi amor
Y de mi poder cifrado,
En la corona que has visto,
De que señora serás
Y mía, sin lo demás
Que de los moros conquisto,
El Maestre me avisó
Que me querías hablar;
Y el alma en otro lugar
Confusas nuevas me dió;
Porque también me previno
Mi hermano de que turbada
Le respondistes.

DOÑA JUANA.

Fiada,
Pedro, en tu valor divino,
En tu grande entendimiento
Y generoso valor,
Te quiero decir mi amor
Con notable atrevimiento.
Enrique, ya tú lo sabes,
Me sirvió; correspondí
Á su amor; mas siempre dí
Pasos honestos y graves.
Ni una palabra indecente,
Ni un papel que á mi valor
Sólo un átomo de honor
Quitase, vió eternamente.
Y así, el haber diferido
Amarte y corresponderte,
Tiene ocasión, y más fuerte
De lo que habrás presumido.
Escucha..... Pero no sé
Cómo te diga este caso,
Que aunque sucedido acaso,
Menos colores me dé.
Los hombres, siempre atrevidos,
Aunque cuando enamorados,

En ocasiones turbados,
Las lloran arrepentidos,
Tal vez sin mirar respetos
Atropellan el temor.

REY.

Yo voy, Juana, ó va mi amor,
Haciendo varios concetos
De su engaño y de tu honor.
Habla, pues, no me atormentes;
Que ya sé que hay accidentes
En los sucesos de amor.

DOÑA JUANA.

Palabras ando á buscar
Y retóricas colores,
Aunque las mías menores
Me salgan á disculpar.
Bajaba hablando conmigo
Enrique por la escalera
De Palacio..... No quisiera
Tratar aquesto contigo.
¿Quieres que lo escriba?

REY.

No;
Que el tiempo que has de tardar,
Es imposible esperar
Ni tener paciencia yo.

DOÑA JUANA.

Bajando por la escalera.....
No sé yo qué sentenciado
La sube con más cuidado.

REY.

Acaba, por Dios.

DOÑA JUANA.

Espera.

REY.

Mayor enojo me causas.

DOÑA JUANA.

Ya lo comienzo á contar.

REY.

¿Cuándo piensas acabar?
Mira que es sangrarme á pausas.

DOÑA JUANA.

Siendo mi culpa tan poca,
Digo, señor, que me asió
Enrique.....

REY.

¿Y bien?

DOÑA JUANA.

Y llegó
(Ó fué por yerro) á la boca;
Que acaso hablarme quería,
Y la mucha obscuridad
Obligó á su autoridad
Á tanta descortesía.
Ves aquí, pues, la razón
De no haber podido ser
Tu mujer.

REY.

Dame á entender
Que es todo, Juana, invención.
Pero lo que fuere sea.
No es ido Enrique á Castilla,
Que yo sé que está en Sevilla,
Y que enojarme desea.
Parece que es cosa fea
Á un hombre de mi valor
Porfiar contra tu amor,
Y que necios y discretos
Dirán que no son efetos
Del alto y debido honor.
Pero yo, que ya ofendido
Y celoso estoy de modo,
Que los ojos cierro á todo,
Enamorado y corrido,
Ni á los necios he temido
Ni á los discretos tampoco;
Antes más bien me provoco
Á satisfacer mi injuria;
Que no hay venganza sin furia
Ni amor sin punta de loco.
Esta noche haré matar
Á Enrique, y muerto, podré
Casarme, pues no tendré
En qué pueda reparar.
Vivo no me he de casar,
Claro está, porque viviera
El deshonor que me diera
El haberse anticipado
Al lugar que reservado
Á solo su dueño espera.
Si en el suceso reparo,
Veo, aunque no lo procuro,
Que fué mentira á la obscuro
Y desengaño á lo claro.
Pero, aunque caso tan raro
Sea mentira, porque siga
Otro intento, y no prosiga
En el de casarme ansí,
Habérmelo dicho á mí
Á la venganza me obliga.
Muera Enrique, porque muerto
Me casaré con vïuda,
Si el amor pusiere duda
En la verdad del concierto:
Con esto, aunque descubierto
Quede lo que has referido,
Tú y yo no habremos perdido
Honor, pues en tal suceso
Serás vïuda de un beso,
Como otras de su marido.

Vase.

DOÑA JUANA.

¡Señor, señor! Esto es hecho.
Pero Enrique va á Castilla:
Escribirle es acertado
Que su camino prosiga
A Francia ó Ingalaterra.
Pero no: mejor sería
Á Granada, que el Rey moro
Tendrá su servicio á dicha.

Quiero escribir al momento.
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Elvira,
Y [illegible] en gran confusión
Vuela por papel y tinta;
[illegible] scribir á Enrique,
[illegible] no es menos que la vida
La que le va en este aviso.

[illegible]

[illegible], no le escribas,
[illegible] entre la gente que ha entrado
[illegible],
Vi un hombre con una capa
De color, que me decía:
«¡Elvira, Elvira!» Llegué,
[illegible]
Llamarme de aquella suerte,
Y vi que era el Conde.

[illegible]

[illegible]
[illegible] te has engañado.

[illegible]

¡Bueno!
De su ruego enternecida,
Le he metido en mi aposento.

[illegible]

[illegible]o ¿no se fué á Castilla?

ELVIRA.

Sí, señora; pero ha vuelto;
Que estas celosas partidas
[illegible] que amor saca
Con la furia de una riña,
Y [illegible] la otra parte
Se las vuelven con más prisa.

[illegible]

[illegible],
Y que no sólo en Sevilla,
Sino que en mi propia casa!

ELVIRA.

Dice que celos y envidia
Le traen, para olvidarte,
Á verte casar.

[illegible]

Porfías
[illegible] un loco amor. Voy á velle.

[illegible]

Pues mira cómo le miras.

[illegible]

Antes á reñi[illegible]
[illegible]

[illegible]

No escribas
Su muert[illegible]

[illegible]

Su vida estimo,
[illegible]que es alma de la mía.

[illegible]

El Adelantado.

ADELANTADO.

En aquesta confusión
Al Rey he visto, y no veo
Ni la prenda que deseo
Ni darme satisfacción.
Doña Elvira, ¿dónde va
Tu señora?

ELVIRA.

Tan confuso
Todo está, que se dispuso
Para no aguardarte ya,
Y pienso que se recoge.

Vase.

ADELANTADO.

El Arzobispo ha venido,
El Rey [illegible];
¿Qué puede haber que le enoje?
Gente de fuera se junta,
La de casa está turbada,
Llorosa la desposada,
Lo que sabe me pregunta.
Todos hablan de secreto,
Y á todos estoy mirando.

Doña Inés.

DOÑA INÉS.

Diré lo que estoy dudando, (Aparte.)
Pues es disculpado efeto
De mis celos la venganza.
¿[illegible],
Cuando á tus hazañas das
Fin de tan baja mudanza?
Encerrado en su aposento
De Elvira está el Conde.

ADELANTADO.

¿Quién?

DOÑA INÉS.

Enrique.

ADELANTADO.

¿Sábeslo [illegible]?

DOÑA INÉS.

Sí, pues lo he visto.

ADELANTADO.

¿Á qué intento?

DOÑA INÉS.

¿Eso preguntas? ¿No sabes
La ocasión? Si ha sido amor,
¿No es preguntármelo error?

ADELANTADO.

Doña Inés, en cosas graves
Y de los reyes, silencio.

Vase.

DOÑA INÉS.

¿Qué silencio he de tener,

Si no es que de ser mujer,
Amando, me diferencio?
¡Oh amor! ¿Para qué me obligas
Á hacer cosas tan mal hechas?
En los tiempos que hay sospechas,
Es bien que tus celos digas,
Pero no cuando hay agravios.
Mas ¿quién tendrá discreción
Cuando quiere el corazón
Servir de lengua á los labios?

El Rey, el Maestre, Mendo y acompañamiento.

REY.

Á Castilla, á lo que digo, (Ap. al Maestre.)
Va don Nuño despachado;
Matarále en el camino,
Si acaso va caminando.
Por toda Sevilla van
Don Arias y don Gonzalo
Con gente, por si está en ella.

MAESTRE.

¿Cómo, señor, con mi hermano
Usas de tanto rigor?
Mira que sus pocos años
Le disculpan, y esta ofensa
No es tuya.

REY.

Yo sé que cuando
Sepas la razón, Maestre,
Disculparás este caso.

MENDO.

Aquí está, señor, su prima,
Y por ventura, esperando
Á la Reina mi señora.

REY.

Doña Inés.....

DOÑA INÉS.

Señor.....

REY.

De tantos
Parabienes no he querido
Hacer, sin el tuyo, caso.
¿Qué es esto?

DOÑA INÉS.

Soy tan de casa,
Que le tengo reservado
Para mejor ocasión.

REY.

Bien dices, si dilatando
Se van agora las bodas;
Mas, llama al Adelantado,
Que tengo que le decir.....

DOÑA INÉS.

El Rey lo sabe: ¿qué aguardo? (Aparte.)

REY.

Todos se turban. ¿Qué es esto?
Ó todos ven mis engaños,
Ó yo los engaño á todos.

MAESTRE.

La novedad lo ha causado,
Pues con secreto pretendes
Lo que fuera bien más claro
Y á gusto de todo el reino.

REY.

Confieso que yerro, y hago
Una cosa sin razón,
Que no la entiendo y la trato.

MENDO.

El Adelantado viene.

El Adelantado.

REY.

¡Oh fuerte honor castellano!

ADELANTADO.

¿Qué me manda Vuestra Alteza?

REY.

Primo, que me deis los brazos.
¿Está prevenido ya
Lo que os dije?

ADELANTADO.

Mirad cuánto
Os quiero, que ya está hecho.

REY.

¿Cómo hecho?

ADELANTADO.

Ejecutado,
Señor, vuestro advertimiento:
Hallé el hombre y le he casado.

REY.

¿Qué hombre?

ADELANTADO.

Por el secreto,
El hombre que os digo callo;
Pero si se ha de saber,
Iré por él.

REY.

¡Caso extraño!
Id por él. ¡Cielos! ¿Qué es esto?

ADELANTADO.

Yo voy, señor.

Vase.

REY.

¿Es encanto?
¡Casado el hombre! ¿Qué hombre?

DOÑA INÉS.

Mis esperanzas llegaron (Aparte.)
Al postrer punto.

REY.

¿Qué haré?

El Adelantado, D. Enrique con D.ª Juana, y Ramiro.

ADELANTADO.

Yo sé que estoy disculpado
Con que al Rey obedecí.
Llegad á sus pies entrambos.

REY.

¿Es Enrique?

[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]spo,
[illegible]s mandado
[illegible]
[illegible]do,
A ver tu boda, y me dijo
El Adelantado, estando
Oculto en un aposento,
Que era tu gusto.

REY.

No hallo
[illegible]ta á tan gran desdicha,
[illegible]
Adelantado, ¿qué es esto?

[illegible]

¿No me dijistes que, hallando
Un hombre esta noche aquí,
De secreto y disfrazado,
Que es tan bueno como vos[illegible]
Pues si hallo á vuestro hermano
Y le caso con mi hija,
¿Con otro tal no la [illegible]

REY.

[illegible] fuistes
Dos veces adelantado:
La una por vuestro oficio,
La otra en adelantaros
Á casar á don Enrique.
Á lo hecho no hay reparo;
Yo le perdono, y confirmo
El casamiento.

DOÑA JUANA.

Tus años
Prospere el cielo, señor.

RAMIRO.

¿Podré pedir un agravio?

REY.

No pidas nada, Ramiro,
Todos quedáis perdonados.

RAMIRO.

Nunca te falten dineros.

REY.

Pon, doña Juana, en un cuadro
De tus armas mi corona,
Y porque la has despreciado,
Esté pintada al revés.

DON ENRIQUE.

Aquí se acaba, senado,
Lo cierto por lo dudoso:
Si lo queda de agradaros
El autor, será lo cierto,
Y lo dudoso el engaño.

EL MÉDICO DE SU HONRA

EL MÉDICO DE SU HONRA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA AVENDAÑO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Don Pedro.
Don Alonso.
Don Álvaro.
El infante D. Enrique.
El rey D. Pedro.
Doña Mayor.
Elvira.
Mencía.
Don Jacinto.
Galindo, *lacayo*.
Margarita.
Un barbero.
Sánchez, *viejo*.

ACTO PRIMERO.

Salen D. Pedro y D. Alonso, de camino, y digan mirando adentro:

DON PEDRO.

¡Hasta el viento temeroso
Su temprana muerte llora!

DON ALONSO.

¡Ah, desbocado animal,
Tu ardiente furia reporta!

Dentro:

¡Ataja por esta parte!

DON PEDRO.

¿Quién ha de haber que se oponga
Á un espíritu animado
De las infernales sombras?

DON ALONSO.

¡Gran desdicha! ¿Por las ancas
Cayó el Infante?

DON PEDRO.

¡Una roca
Funesto ataúd le ofrece,
Más que el caballo piadosa!

DON ALONSO.

¡Dios te valga!

Dentro:

¡Acudid todos!

DON PEDRO.

¡Ah, don Enrique! Tus honras,
En monumento de espumas
Te ofrecen funeral pompa.

Sale D. Álvaro y caballeros; traen entre todos desmayado al infante D. Enrique, vestido de camino, pluma, botas y espuelas.

DON ÁLVARO.

Si es muerto, ¡bien nos recibe
Sevilla!

...a de sentir.

Ya la tr...

¿Quién ignora
Su resolución, midiendo
Las palabras con las obras?

...con acompañamiento.

DON ÁLVARO.
...l Infante;
...varias yerbas adornan,
...
Lisonjear el Aurora.
... al caballo las piernas,
...a inclemencia le arroja
... las ancas, en las peñas
Que ese ribazo coronan.
En precipicios de hielo,
Agreste albergue le invocan.

...muerto?

El pulso apenas,
Yerto y desmayado agora,
... da anuncios de su vida.

...se caballos, ¡hola!

Vase el Rey y su tropa.

...rmano!

...ponen
...illa?

...importa
...
...hay.

Será lo más acertado
Que á aquella casa que borda
Con ...
La primavera pintora
De los ... de Abril,
Le llevemos.

DON PEDRO.
Ello toma
Por ... mi acuerdo:
Cual sitio ameno, pregona
Que es de gente principal,
Casa de placer.

DON ÁLVARO.
No ponga
Dilaciones el remedio,
Donde es la priesa forzosa;
En los brazos le llevemos.

DON PEDRO.
Esa diligencia importa.
¡Ah, infante don Enrique,
Tu mocedad orgullosa,
Las memorias de Sevilla,
De Valladolid te arrojan!
Ruego al cielo que este agüero
No anuncie, entre obscuras sombras,
Que te traen presentes penas,
Aquellas pasadas glorias.

Llévenle entre todos.

Sale D.ª Mayor, Elvira, Mencía y criadas.

DOÑA MAYOR.
Disculparle es grosería,
Porque andar un desposado
Al principio descuidado,
Mal fin promete, Mencía.

MENCÍA.
Cierto que estás rigurosa;
Quizá no ha podido más.

DOÑA MAYOR.
¿No ha podido? ¡Necia estás!
Ya has dado en ser enfadosa:
No hay cosa que un hombre quiera,
Que no pueda; no querer,
Es, Mencía, no poder;
Mas si él quisiera, pudiera.
Á la casa de placer,
Á alegrarme me ha traído;
Fuése de ella, y no ha venido;
Fácil está de entender.
Necia disculparle quieres;
Que tiene, aunque más repares,
En la quinta los pesares,
Y en Sevilla los placeres.

ELVIRA.
¿No sabéis la dilación
De Sevilla en negociar?

DOÑA MAYOR.
...a pudiera estar;
Mas, Elvira, en conclusión,
Dos noches, y cuatro leguas,

Con caballo que anda bien.....
Da esos remedios á quien
Le dió al sufrimiento treguas.

ELVIRA.

Pues ¿qué pudiera buscar
Hoy mi señor en Sevilla,
Que en tu beldad, maravilla
Octava, no puede hallar?

DOÑA MAYOR.

Finezas son excusadas
Las que prevenirme quieres:
Elvira, ¡cuántas mujeres
Se pierden de confiadas!
Mira, no hay cosa tan vil
Como el humano apetito;
Las acciones no limito
De un discurso varonil.
¿Quién quieres tú que resista
Una deidad sevillana,
Con privilegios de urbana,
Dulce hechizo de la vista?
Aquel garbo y aquel aire,
Aquel hacer sin decir,
¿Qué vidas no ha de rendir;
Haciendo dellas donaire?
Fuego es amor de desmayos;
Su vista, al discurso ciego;
¿Qué mucho que entre aire y fuego
Sus ojos engendren rayos?
Pues disparando Cupido
Tal antuvión de repente,
Queda un triste penitente,
Asombrado y aturdido.
Ello me obliga á temer:
¿Sabes cómo he imaginado
En este tiempo al casado
Mozo, con pía mujer?

ELVIRA.

¿Cómo, señora?

DOÑA MAYOR.

¿No has visto
Un miserable avariento,
Sólo á su condicia atento,
Consigo propio malquisto;
Que al afligido dolor
Que en su casa tuvo entrada,
Es como alma condenada
Que no tiene redención? (1)
Sedienta mientras más va
Su avara condición fiera,
Dice: Venga lo de fuera,
Que aquesto en la casa está.
Un marido Adonis ser
Desta suerte, es su opinión,
Porque á su mujer doblón,
Ni aun el sol no la ha de ver;
Pero á moneda de fuera
Tiene tan grande ambición,
Que hasta una dama vellón
Traer para sí quisiera;
Mas tanto el descuido pasa
Su voluntad altanera,
Que mientras trae la de fuera,
Suele restar la de casa.

ELVIRA.

Muy bien sabe mi señor
Cuán seguro puede estar.

DOÑA MAYOR.

Elvira, tengo de hablar
Con mujeres de valor;
De todas suertes, soy yo
Doña Mayor de Ribera.
Su voluntad es la esfera
Y el norte que me guió;
Pero si llego á sufrir
Ver á mi esposo tardar,
¿Cómo se podrá curar
La enfermedad del sentir,
Sino hablando? Á eso provoca
En el alma el sufrimiento;
Que el fuego del sentimiento,
Fuerza es que salga á la boca.

ELVIRA.

Yo apostaré que ya viene
Mi señor por el camino.

DOÑA MAYOR.

¡Ay, Elvira! Ya adivino
Que en Sevilla le detiene
El hechizo de Leonor,
Con quien estuvo casado,
Ó á lo menos concertado:
Esto del primer amor
No sé qué se tiene.

MENCÍA.

Ya
Su memoria olvidaría.

DOÑA MAYOR.

Para olvidarla, Mencía,
Mucho se está por allá.

ELVIRA.

Señora, curiosidad
Me anima; nací mujer
Codiciosa de saber;
Pues nos da la soledad
Licencia, saber quisiera
Si don Enrique el Infante.....

DOÑA MAYOR.

No pases más adelante;
Que, entre mil dudas, se altera
El alma. Aquesas memorias,
Ya, ya, Elvira, se acabaron;
Aun reliquias no quedaron,
De aquellas pasadas glorias.
No tuvo más fundamento
Entonces nuestra afición,
Que el de una satisfacción
De honesto entretenimiento.
Que ¿cómo pudiera ser
Que yo le diera lugar

(1) Falta el consonante.

A quien me llegó á mirar,
[illegible]
[illegible],
[illegible] entre el temor y el dudar,
[illegible]
[illegible],
[illegible]
[illegible],
[illegible] al casami[illegible].
[illegible] me en sagrado;
[illegible]
[illegible]

ELVIRA.

[illegible]

[illegible]

Elvira, sólo mi honor,
[illegible] le llamar.

[illegible] al [illegible] desmayado como antes.

[illegible]

[illegible]én es desta casa dueño?

[illegible]IRA.

[illegible]me el cielo, señora!

[illegible]

[illegible] qué te turbas, Elvira?
[illegible]oy quien..... ¡Cielos! ¿Qué miro? (1)

[illegible]ÁLVA[illegible]

¡Cielos! ¿Qué miro, señora?

DOÑA MAYOR.

¡Señor!.....

[illegible]

¿Sois vos..... (2)

[illegible]YOR.

Saber primero me importa
Si es éste el Infante.

[illegible]

Sí.
¿Sois vos.....

DOÑA MAYOR.

Aguardad agora.
¡Don Enrique!

DON ÁLVARO.

¡Don Enrique!

DOÑA MAYOR.

Y ¿es muerto?

[illegible]

Terrible cosa
Es no querer responderme,
Y querer vos que os responda:
Primero habéis de decirme
Si sois.....

El Infante vuelva en sí.

INFANTE.

¡Jesús!

DOÑA MAYOR.

Mal se logra
Vuestro intento.

DON ÁLVARO.

El de mi dueño,
En suerte tan rigurosa,
Halló en la muerte la vida,
Que hoy en vuestros ojos cobra.

INFANTE.

¿Dónde estoy?

DOÑA MAYOR.

Donde tenéis
Quien, suspensa y cuidadosa,
Lo que faltare en palabras,
Desea ocupar en obras,
De vuestra salud pendient[illegible],
Y en serviros cuidadosas.

INFANTE.

Quien despertado de un sueño,
Que oprimida la memoria,
Al corazón incitaba
Que saliese por la boca,
Y entre amarillos espantos,
Y entre mortales congojas,
Palpitando, á voces pi[illegible]
Que la lengua le socorra;
Que tras de tristes gemidos,
Que tras de palabras sordas,
Tan pocas como sentidas,
No entendidas, aunque pocas;
Cuando, apenas de la muerte
Temió la fuerza imperiosa,
Que en soñolientas ideas
Morfeo su imperio goza.
Deidad luciente me anima,
Que entre las obscuras sombras,
Rasgos de luz acredita,
Vistiendo el alma de glorias.
¿Qué es esto, Álvaro?

DON ÁLVARO.

Señor,
Tu caída presurosa
Este antídoto ha buscado.

INFANTE.

Caída tan venturosa,
Que al cielo me ha levantado,
Álvaro, venga en buen hora.
Mi bien, de Valladolid
Me traen presentes memorias,
Que en el cielo de tu vista.....

DOÑA MAYOR.

¿Qué hay, Elvira?

ELVIRA.

Que hay, señora,
Cortesía y gallardía,
Y mucho amor.

DOÑA MAYOR.

Calla, loca;
Que el valor en noble sangre,

---

(1) [illegible] texto de esta escena debe de estar muy es-[illegible] falta el asonante, que viene [illegible].
(2) [illegible]rso incompleto.

Sólo quiere bien su honra.

ELVIRA.

Pues siendo así, ¿qué te altera?

DOÑA MAYOR.

Ver la ocasión tan forzosa,
El Infante tan resuelto,
Mi honestidad temerosa,
Mi esposo ausente en Sevilla;
Y que si viniese ahora,
Quizá observaría sospechas
Que mi calidad ignora.

INFANTE.

Mayor, ¿con tanto silencio
Me recibís? ¿No os provoca
Á justo agradecimiento
El consideraros sola
Venerada por deidad
En el alma que os adora?
¿Qué tenéis? Hablad. ¿Qué es esto?
Hablad, aliviad, señora,
Esta vida, que hoy en vos
Nuevo sér y aliento cobra.

DOÑA MAYOR.

¡Señor!.....

INFANTE.

Proseguid.

DOÑA MAYOR.

Yo estoy
Casada.

INFANTE.

¡Qué venenosa
Palabra!

DOÑA MAYOR.

Yo estoy temiendo,
Porque el alma sólo adora
Á mi esposo, que está ausente
En Sevilla, y porque ahora
Le aguardo que venga.

INFANTE.

¡Cielos! ¿Qué es esto?
No, no, no in (1)
Ya los sentid (1)
¡Que tal he escuchado! ¡Hola!
¡Caballos para partirme!
¡Que así tuviste, traidora,
Ánimo para dejarme,
Y casarte rigurosa!
Eres cual soberbia peña.
¡Caballos! ¿Qué digo? ¡Postas!

DON ÁLVARO.

Ya, señor, están á punto.

INFANTE.

Falsas esperanzas locas,
Salid del pecho, salid,
Dejad lugar, que no os tocan.
Nunca mis dichas llegaran,
Si acaso ser venturosas
Pudieron, á tus umbrales,
Pues cuando sentido cobra
Mi vida, es para perderte
Con el alma. ¡La furiosa
Inobediencia del bruto,
Diera entre las peñas toscas
De esos riscos, fin funesto
Á mi vida lastimosa!

DOÑA MAYOR.

En vano, señor, Tu Alteza
Se queja, pues á la heroica
Majestad de tu grandeza,
Aunque es verdad que es notoria,
Mi nobleza no pudiera
Aspirar; y, en fin, con otra
Que es mi igual, vivo contenta.

INFANTE.

Y ¿quién es el que dichosa-
Mente goza vuestras partes?

DOÑA MAYOR.

Por serlo, señor, se nombra
Don Jacinto de Ribera.

Sale D. Jacinto, y Galindo, lacayo.

DON JACINTO.

Y el que á tus plantas heroicas
Humilde, señor, ofrece
Su vida, que cuidadosa,
Por haber, señor, sabido
bruto con rigurosa
los preceptos
elicosas, (1)
Rompiendo y desbaratando,
Puso en riesgo tu persona,
Que honró mi casa, ha venido
Sin aliento.

INFANTE.

¡Extraña cosa!
Alzad.

GALINDO.

Déme á mí también
La mano Tu Alteza heroica,
Pues el venir tan apriesa
Mi amo, ha sido á mi costa,
Pues una polaca infame,
Que aspira muy presunciosa,
Por lo campesino y flaco,
Á región que no le toca,
No contenta con haber
Sin piedad muy rigurosa,
Cual disciplinante tomo,
Puesto el calendario, ahora
Que quise apretar la espuela,
Movió la palestra airosa
De tal suerte, que conmigo
Midió el suelo, y la hidalgota
Sangre, á verla se asomó
Por mis narices.

(1) El ejemplar único que se conoce de esta rarísima comedia, está roto en estos dos finales de verso.

(1) Incompletos estos versos por la misma rotura del original.

INFANTE.

¡Pre[illegible]a
Relación! Alzad del suelo.

DON JACINTO.

¡Qué de ilusiones que toca
Mi imaginación c[illegible]
Mas doña Mayor, á todas
Desmiente con su hermosura.
¡Ay, honor, preciosa joya
[illegible] Detente, pára,
Y no des lugar que ahora
Ni nunca engendren sospechas
[illegible] en las personas
Principales es defecto.
Mas ¡ay! que el alma [illegible]
A Mayor, por un cristal,
Que fueron las [illegible]
De Enrique más descompuestas
Que requiere, más furi[illegible]
Que graves, me han enseñado.
¡Ay, cielos, callar me importa,
Que sólo es mi pensamiento.....

DOÑA MAYOR.

¿Oyes, Elvira?

ELVIRA.

Señora,
¿Qué dices?

DOÑA MAYOR.

Mira á mi esposo,
Y veras cómo le roban
Los colores de su cara
Algunas pasiones locas.

ELVIRA.

Dices muy bien; mas aquí
No habemos hablado cosa
Que, aunque lo escuchase, pueda
Inferir celos.

INFANTE.

¡Qué hermosa
Es Mayor, y qué rendido
Á sus plantas vencedoras
Estoy, qué muerto de celos!
Pero son vanos, que ahora
Más fácilmente podré
Gozarla.

DOÑA MAYOR.

Estoy temerosa,
Porque soy muy desdichada.

ELVIRA.

Esa es condición de hermosa.

INFANTE.

Parece que he vuelto en mí:
Alvaro, mirad que importa
El llegar presto á Sevilla.

DON JACINTO.

Si Vuestra Alteza me honra
En aceptar un caballo
[illegible] piel negra y frente corta,
De brazos y pies ligeros,
Cola crespa, crin redonda,
Podrá, por ser sosegado,
Si (como dice) le importa
Llegar á Sevilla presto,
Ser la jornada tan corta;
Que aunque en el distrito ponen
Cuatro leguas, en un hora
Logre Tu Alteza su gusto.

INFANTE.

Estimo vuestra persona,
Don Jacinto; y pues decís
Las partes de que se adorna
Ese bruto, yo le acepto,
Y prometo en otra cosa
Pagarle.

DON JACINTO.

Dueño de todo
Sois, señor.

INFANTE.

Vamos: mejora
Amor mi suerte importuna.

DON JACINTO.

Mayor, bien ves que me importa
El volverme con Su Alteza.
Sabe Dios cuán enojosa
Es para mí la jornada,
Mas la ausencia será corta.
Adiós.

DOÑA MAYOR.

Adiós, señor mío.

DON JACINTO.

¡Qué de laberintos forman
Mis intrincados deseos!

DOÑA MAYOR.

Mil sospechas temerosas
Quedan en mi pecho (1).

INFANTE.

¡Cómo imaginan la gloria
Mis amorosos deseos
En su batalla amorosa!
Mayor, mirad si mandáis
En qué os sirva.

DOÑA MAYOR.

Siempre me honra
Como quien es Vuestra Alteza.

INFANTE.

Mayor, no es esto lisonja,
Sino obligación que os tengo
Por ser quien sois.

DOÑA MAYOR.

Quedo corta
En mostrarme agradecida.
Guarde vuestra valerosa
Vida el cielo. Adiós, esposo.

DON JACINTO.

Adiós otra vez, señora.

Vanse.

ELVIRA.

Y vusted, señor Galindo,
¿No se va?

---

(1) Verso incompleto.

GALINDO.
¿Yo, mi señora?
Pues me quedo, no me voy.
Mas, ahorrando de parolas,
Elvira, ciertos alcances
Del estómago me acosan,
Y para volver me siento
Muy flaco; tus generosas
Manos, como siempre, Elvira,
En la aflicción me socorran
Á quien tan firme te adora.

ELVIRA.
¡Qué bien, Galindo, me engañas!

GALINDO.
¿Qué es engañar? ¡Por las ollas
De Egipto, por las chinelas
Del Gran Turco, por la soga
Con que en Meca está colgado
El zancarrón de Mahoma,
Por los escarpines bajos
Del Soldán, que eres tú sola
La que priva en mi albedrío,
La reina del alma toda!

ELVIRA.
Entra; que para el camino
Habrá jamón que socorra
Tu necesidad, y vino
De Cazalla.

GALINDO.
Eso sí; ahora
Mucho más te quiero, Elvira:
Así engañan á las bobas.

Vanse.

Sale el rey D. Pedro y D. Pedro, y acompañamiento.

REY.
Mucho he estimado el cuidado
Con que en aquesta ocasión
Hoy Sevilla su afición
En recibirme ha mostrado.
Agradecido me siento,
Y justamente Sevilla
Se intitula maravilla.

DON PEDRO.
De maravilla portento
Ha habido en la bizarría
De los arcos y compuesto.

REY.
Á ampararla estoy dispuesto,
Por ver la mucha alegría
Con que me reciben.

DON PEDRO.
Son
Los sevillanos famosos,
Sobre cuerdos, virtuosos;
Y así, en aquesta ocasión,
Pues que virtud llega á ser
Y valor, mostrar quisieron
Su amor, y que siempre fueron
Quien son, sin dejar de ser.

Sale un criado.

CRIADO.
Una mujer, gran señor,
Á quien algunos criados,
Bien compuestos y aliñados,
Acompañan su valor,
Dice que importa el hablarte,
Y pide licencia.

REY.
Bueno.
¿Cuando de amor estoy lleno
Negáis la puerta?

CRIADO.
Enojarte
Pudiera si no avisara.

REY.
Decid que éntre.

CRIADO.
Entrad, señora.

Sale Margarita con manto, cubierto el rostro.

MARGARITA.
Amor favorezca ahora
Mi intento: cubro la cara.

REY.
Señora, decid, hablad.
¿Qué queréis?

MARGARITA.
Quiero, señor,
Porque lo pide mi honor,
Á solas Tu Majestad.

REY.
¡Alto, pues: idos de aquí!

Vanse.

Que soy Rey, y justiciero,
Y hacer justicia espero.
Á lo que vienes me di.
Descúbrete.

Híncasele de rodillas.

MARGARITA.
Rey invicto,
Que de justiciero nombre
Te dan, digno que la fama
Lo escriba en hojas de bronce:
Yo soy Margarita Osorio,
Á cuyos padres conoces,
Ya que por mi desventura
De mí el apellido borre;
Que quien desgenera, es bien,
De quien es, que no le honre
El blasón que á sus pasados
Aumentó tantos blasones.
Á pedir vengo justicia,
Invicto señor, de un hombre
Tan aleve como ingrato

Y [illegible]

[illegible]

Margarita, [illegible]
[illegible]
[illegible] mío
[illegible]
[illegible]
[illegible] dar á quien se opone
A [illegible] tanta hermosura,
A [illegible] llorar dos soles.

[illegible]

[illegible]chame, invicto Pedro,
[illegible]rás en pocas razones
[illegible] agravios.

[illegible]

[illegible]sigue.

MARGARITA.

[illegible] que en años doce,
[illegible] de mi infancia
[illegible]
[illegible]
Buscando siempre ocasiones
De verme, un hombre tirano,
Pues palabra y fe me rompe;
Un fementido, un traidor,
Aunque del blasón se honre
[illegible]
[illegible] quien tú muy bien conoces,
[illegible]s don Jacinto Ribera.
[illegible] ser noble
En ley de amor, no olvidara
Favores que ya en rig[illegible]
Volver quisiera.

[illegible]

Adelante
Pasa, sin dar tantas voces.

[illegible]ITA.

Perdona, señor, que el alma,
Llevada de estas pasiones,
Aborta rayos de fu[illegible]
En brutas exhalacione[illegible]
En fin, digo que el [illegible]
Cuatro veces de c[illegible]
[illegible] campos,
[illegible] los altos montes,
Los arroyuelos de plata,
[illegible]
Cintas de cristal y perlas
[illegible] riscos q[illegible]
[illegible] altivo
[illegible]
Sin que alcanzase de mí,
[illegible]as preten[illegible]
[illegible] un mirarle, porqu[illegible]
[illegible] la una vi[illegible]
Las almas corren pe[illegible]
[illegible]
En fin, viendo que era siempre
Risco, roca, escollo, monte,
[illegible]minó no amarme,
Antes dió en rondar de noche
Mi calle; y aunque los cielos
Sin duda escuchó sus voces (1),
[illegible] para mi daño
Que, sin saberse por dónde,
Un fuego en mi casa hubiese
Tan grande, que exhalaciones
De ardientes nubes salían
Della, siendo los balcones
Preñada mina en que el fuego
Tira, rasga, oprime y rompe.
En fin, á una sala triste,
Entre asaltados temores,
Nos recogimos, dudando
El salir, cuando de un golpe
De[illegible]encajando la puerta
De la escalera, socorre
Don Jacinto aquesta vida,
Que estaba turbada entonces.
Llegóse á mí, y en sus brazos
Con gran presteza me pone,
Desmayada del asombro;
Y luego refiere á voces
Que le sigan á la calle;
Sale, y entre turbaciones
Le sigue mi padre, y él,
Con ansia ligera corre
A su casa, siendo Paris
Desta Elena, sin el nombre
Distinto; en fin, á su cuarto
Llegaron á un tiempo el joven
Y mi padre; entraron dentro,
Y sobre la cama ponen
Mi cuerpo, si no difunto,
Yerta nieve con colores.
Gocé el sueño un breve espacio,
Y con media luz dos hombres
Miraba; mas no informando
La vista, no les conoce
Mi sentido, en fin, mi padre
Mi obligación me supone;
Y yo conocí á Jacinto
Después, á quien con razones
Más turbadas que sentidas,
Con más cortesía que amores
Mostré mi agradecimiento,
Porque, en tales ocasiones,
No agradecer es de brutos,
Y [illegible]cer es de nobles.
En fin, riguroso el fuego,
Fué fuerza, con esta noche,
Pasar muchos días en casa
De mi amante, que primores
[illegible] para [illegible],
Aumentando pretensiones;
Y [illegible] que el deseo,
[illegible]
Sin duda suya) las llaves
De un escritorio, disponen
Mis sentidos el abrirle,

(1) [illegible]lta el sentido gramatical.

Tomo las llaves, y torpe
Abro, y con curiosidad
Los más ocultos rincones
De sus gavetas miraba,
Y en una (aun aquí se corre
Mi lengua de pronunciar
Castigo que lo fué entonces
Para mí, y ahora rabio).
Descubrí, en fin, ¡qué rigores!
Mil papeles de una dama,
Mil cintas de mil colores,
Y, sobre todo, un retrato,
Sello de aquestos amores.
Leí atenta los papeles,
Y hallé escrito en sus razones
La sentencia de mi muerte:
¡Hado impío, fuerte golpe!
Hallé un fuego, hallé un abismo,
Y hallé una pena enorme;
Y, en fin, hallé que de extremo
Á extremo el amor dispone
Que mi voluntad pasase,
Por ser los celos traidores;
Rendí mi amor á Jacinto,
Cayendo la altiva torre
Que mi altivez levantaba,
Y en recíprocos amores
Tres años y más vivimos.
¡Corta suerte, dicha pobre!
Mas después de haber triunfado
De mi albedrío, ya rompe
El rigor mi triste pecho.
Después de hablarme de noche,
Después de verme de día,
Después de escribirme amores,
Después de galantearme,
Después que mi pecho noble
Le amaba, después de darme
Una cédula del nombre
Suyo, firmada de ser
Mi esposo, y yo con razones
Tan dulces como sentidas,
Tan blandas como quien pone
El honor en su albedrío,
Respondíale conforme,
Y después que el alma mía
Le di, el villano se esconde,
Se retira y no me ve,
Se ausenta y me mata, y sobre
Aquestas ingratitudes,
Supe que, como vil hombre,
Se casó, y que me ha dejado.
Mira si en personas nobles,
Señor, es buen trato aqueste,
Andando ya en opiniones
Mi honor. La cédula es ésta.
¡Justicia, Pedro; no borres
De las alas de la fama
Tu justísimo renombre!
Y pues los Licurgos pasas
Y los Trajanos, socorre
Á una mujer que te pide
Justicia con mil razones;
Porque á no esperar en ti,
Supiera de cueros dobles
Vestir el pecho, y matarle,
Haciéndole más regiones
De pedazos, que el sol tiene
Átomos, el mar salobre
Arenas, el cielo estrellas,
La Citia fieras enormes,
Porque se viera en el mundo,
En caso que así se note,
Un prodigio de mujeres
Y un castigo de los hombres.

REY.

Tan enojado he quedado,
Margarita, del desprecio
Que sin razón ese necio
Con vuestra belleza ha usado,
Que veréis en mi castigo
Lo que siente el corazón.

MARGARITA.

Señor, con llanto y razón
Á que me ampares te obligo.

Sale Galindo.

GALINDO.

Basta, que el camino erraron
Los que á Sevilla vinieron
Con el Infante, pues fueron
Por donde más rodearon;
Porque con quedarme allá,
Y estar con Elvira un rato,
Por no serle muy ingrato,
Más presto he llegado acá,
Y sin reparar he entrado,
Por saber si había venido,
Donde por bien haya sido
El haberme adelantado.

REY.

Un hombre está allí: ¿quién es?
¿Cómo habéis venido aquí?

GALINDO.

Con los pies, y porque vi
Abierta la puerta.

REY.

Pues
¿Á quién buscáis?

GALINDO.

Señor, busco.....
Mas ¿quién sois?

REY.

Yo soy el Rey.

GALINDO.

¿Quién?

REY.

El Rey.

GALINDO.

¡Oh, suerte ley!
De sólo veros me ofusco.

[illegible]

REY.

¿Qué queréis?

GALINDO.

[illegible],
Porque los pies fuera andar.

REY.

¡Grosero! Razón tenéis.

GALINDO.

Ya yo tiemblo.

REY.

¿Á quién servís?

GALINDO.

Á quien quisiereis, señor;
De mí me priva el temor

REY.

Pues decid, ¿á qué venís
Á Palacio?

GALINDO.

Á lo que vos
Mandareis.

REY.

¿Cómo os llamáis?

GALINDO.

Como gustareis.

REY.

Estáis
Muy cortés.

GALINDO.

¡Válgame Dios!
¡Dios me ayude! ¡Que viniera
Donde luego al primer paso
Con el Rey! ¡notable caso
De aquesta manera diera!
Mas yo me voy.

REY.

¿Dónde bueno?

GALINDO.

¡Señor!...

REY.

Volved: ¿qué teméis?

GALINDO.

Temo no me castiguéis.

REY.

Vuestros temores condeno.

GALINDO.

Ya estoy aquí; ¿qué mandáis?

REY.

Nada, que gusto de veros.

GALINDO.

Pues, señor, si mer[illegible]
Puedo, y si dello gustáis,
Licencia para irme os pido,
[illegible]
En mí, antes que se me vaya
Por mala parte y mal ido.

REY.

[illegible]
¿Á quién buscáis? sin mentir.

[illegible]

[illegible]dad os pienso decir.

REY.

Pues decilda, y sosegad.

GALINDO.

Á don Jacinto Ribera
Es, señor, á quien buscaba,
Porque de una fiera brava,
Tan soberbia como fiera,
Cayó tu hermano, señor,
Junto á su quinta, y llegaron
Á ella, donde llevaron
Á tu hermano, y con amor
Fué de todos recibido,
Y de Mayor hospedado.
Viniéronse, y yo, alcanzado
De un corsario que rendido
Me tenía, me quedé,
Hasta que allá le vencí:
Vine en su busca, y aquí
Buscándole así me entré.
Pero ya la confusión
Del alboroto me enseña
Que allí vienen.

REY.

No es pequeña,
Margarita, esta ocasión:
Dame el papel, y detrás
Te esconde de ese cancel.

MARGARITA.

Este es, señor, el papel.

REY.

Cómo te amparo verás.

Escóndese Margarita.

Salen el Infante y todos.

REY.

¡Oh Enrique, seas bien venido!

INFANTE.

Como tú, señor, estado;
Y vos, señor, bien hallado.

REY.

Púsome en grande cuidado
Tu caída.

INFANTE.

Vano ha sido,
Aunque le agradezco: allí
Tan buen hospedaje hallé,
Que la pena que pasé,
Troqué á la gloria que vi.
Es don Jacinto, señor,
Quien digo que me ha hospedado;
Y así, pido que en cuidado
Tengas desde hoy su valor.

DON JACINTO.

Déme Vuestra Majestad,
Invicto señor, la mano
Á besar.

REY.

Nunca á un villano
Doy la mano: desviad.

DON JACINTO.
¿Qué es esto, cielos? Señor.....
REY.
Alzad, digo.
DON JACINTO.
Sí haré,
Y á mi casa volveré,
Donde muera con valor;
Pero nunca ha merecido
Mi amor tal premio, é ignoro,
Cuando tan firme os adoro,
Quién causa de aquesto ha sido;
Porque sé yo sin temor,
Entre Cides y entre fieras,
Tremolando sus banderas,
Dar muestras de mi valor;
Y aunque sentirme pudiera,
Señor, de aquéste, sospecho
Es muy leal este pecho,
Y quien eres considera;
Demás que los reyes son
Vicedioses en la tierra,
En quien la deidad se encierra,
Que rige su corazón.
Y así como Dios, por Dios,
Á nadie puede agraviar,
Así os llegó á contemplar,
Temiéndoos por Dios á vos;
Pero como sois distintos
Los dos en juzgar y ver,
Pues á Dios no puede haber
Traiciones ni laberintos,
Y vos ya del adular
De algunos falsos amigos,
¡Oh cobardes enemigos!
Jamás os podéis librar,
Por humano; digo así,
Que cualquiera caballero,
Enemigo ó lisonjero,
Que hubiere dicho de mí.....
REY.
Temed, y no me enojéis;
Que quien es vuestro enemigo,
Y fué de todo testigo,
En mi mano le tenéis.
¿Conocéis este papel
Que á Margarita hicisteis?
DON JACINTO.
Sí, señor.
REY.
Pues ¿cómo fuisteis
Tan desleal, si por él
Prometéis ser su marido?
¿Cómo así os habéis casado?
DON JACINTO.
Yo, gran señor, no he pasado
De los límites, que han sido
De cortesía, y hoy fuera
Su esposo desa señora.....
MARGARITA.
¡Oh, qué bien le aprieta agora
El Rey así!
DON JACINTO.
Si no viera.....
REY.
¿Qué visteis?
DON JACINTO.
Vide en su estrado,
Sentado con ella un hombre,
Cuya calidad y nombre
No supe, porque embozado
Se me fué; que á no huir,
Yo también le castigara,
Que á la casa no tornara,
Si es que pudiera salir.
DON ÁLVARO.
Yo soy el que dentro estaba;
Y ¡por Dios, que estoy corrido
De haber en presencia oído
Del Rey la arrogancia brava
De don Jacinto! Y es ser
Cobarde en tal ocasión,
Dejar lograr su intención
Por dejar de responder.
Y que ya lo sabe arguyo,
Y no es bien que lo publique,
Y más estando aquí Enrique,
Y yendo á recado suyo.
Entonces, ¿qué hemos de hacer,
Honor? Miraldo mejor;
Mas ya dice mi valor
Que le es fuerza responder.
Yo sé, don Jacinto, bien,
Que aquese hombre no huyó,
Y sé que no os agravió,
Y sé que es hombre de bien.
Y bien sabe don Enrique,
Porque en esa casa entraba,
Y lo que entonces trataba,
Y su hermano don Fadrique,
Porque si entonces se fué,
No fué falta de valor,
Sino saber el amor
Que pagasteis con tal fe.
DON JACINTO.
Yo sé que si no se fuera,
Mil cuchilladas llevara.
DON ÁLVARO.
Pues yo sé dél, que os matara,
Y agora, si no estuviera
El Rey aquí.....
DON JACINTO.
¡Vive Dios!

Quieren empuñar las espadas.

REY.
¿Aquí tanta libertad?
¡Hola! Soldados, llevad
Presto á una torre á los dos.
DON JACINTO.
Decid, ¿qué pesares, cielos,

[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]

DON ÁLVARO.

Pues ¿quién ha de ser?

[illegible]

Yo, que Galindo me llamo,
Y sabré hacer, ¡vive Dios!
[illegible]

DON ÁLVARO.

¿[illegible] que ha de hacer?

GALINDO.

Huir.

Vase Galindo.

DON ÁLVARO.

Espera..... Fuése.

Llévanlos presos.

REY.

Á los dos
Llevad de aquí: pesaroso
He quedado; quiero entrar,
Por si puedo consolar
Á Margarita.

Vase el Rey.

[illegible]

Dichoso
Soy; esta noche, la pena
Que me mata he de acabar.
Quisiera ¡oh Mayor! volar
Á tu quinta: el cielo ordena
Mi dicha, pues queda preso
Don Jacinto en esta torre:
Mi desdicha el nombre borre
Con tan extraño suceso.

ACTO SEGUNDO.

Salen D.ª Mayor y Elvira: trae Elvira dos bujías; pónelas sobre un bufete.

ELVIRA.

Alíviate.

MAYOR.

[illegible]

ELVIRA.

Alegrándote.

MAYOR.

El pesar
No me deja.

ELVIRA.

¿No es tardar
El no haber venido?

MAYOR.

Miedo
Tengo, Elvira, que han de ser
Los celos mis enemigos;
Mis ojos fueron testigos
Del mudarse al responder
Don Jacinto á Enrique; el cielo,
Primero le despeñara,
Que á aquesta quinta llegara,
Pues me cuesta tal desvelo.
Mi esposo ausente con él
Y celoso, ¿por bien sea?

ELVIRA.

Mucho me espanto que crea
Pensamiento tan cruel
Tu entendimiento, señora.
Tu esposo está satisfecho
De tu amor y de tu pecho,
Y, en fin, te sirve y adora.
El haberse detenido,
Pues agora no ha llegado,
Será el haberle ocupado
Don Enrique, agradecido
Del hospedaje; demás,
Que tu esposo no sabía
Del Infante la porfía.

MAYOR.

¡Ay, Elvira, necia estás!
Pues dime, ¿si no supiera
Mi esposo el profundo amor
De Enrique, tanto rigor
Mi pensamiento sintiera?
Pero sabe que me adora
Y que siempre me ha servido;
Y por dicha habrá entendido
Que el venir aquí á tal hora
Fué traza suya, en efeto.
Viéndole tanto tardar,
De dudar é imaginar
Tengo el corazón inquieto;
Porque si ya entretenido
De algún nuevo amor está,
Soy á quien, estando acá,
El agravio le ha cabido;
Pero escucha, que en la puerta
Siento ruido: ¿si es mi esposo?

ELVIRA.

Un hombre entró.

Sale D. Enrique, arrebozado, de noche.

ENRIQUE.

¡Qué dichoso

He sido en hallar abierta
Puerta que me ha de dar vida!
Pero ya no sé de mí.
Después que á Mayor allí
He visto, el alma rendida
Á tanta hermosura tengo.

MAYOR.

Esposo, señor querido,
¿En qué os habéis detenido?

ENRIQUE.

¡Loco estoy: qué ciego vengo!
Mayor, yo soy don Enrique.

MAYOR.

Pues, señor, ¿vos en mi casa?

ENRIQUE.

El alma, Mayor, se abrasa
Por vos, y quiere publique
Mi rendimiento, señora:
Cese ya vuestro rigor,
Y pues sabéis el amor
Con que mi alma os adora,
Humanad vuestra grandeza,
Pues que deidad llega á ser
Del cielo, que os quiso hacer,
Mayor, con tanta belleza.
Segura podéis estar
De vuestro esposo, que queda,
Señora, preso.

MAYOR.

¡Que pueda
De vuestra boca escuchar
Tantos agravios, señor!
Al punto de aquí salid,
Á vuestro palacio id,
Y mirad que mi valor
No está enseñado á tener
Tanta paciencia; que soy
Ribera y Guzmán, y estoy
Donde me llego á ofender
De veros sin mi licencia
Mi respeto atropellar.
Pues ¿os atrevéis á entrar
Á sacarme de paciencia?

ENRIQUE.

Por cierto caso ó suceso,
Mayor, digo que tu esposo
Queda, si bien pesaroso,
Por mandado del Rey, preso.
Deja el temor si le tienes,
Y favorece un rendido:
¿No soy quien de ti ha tenido,
Mayor, favores y bienes?
¿Otro tiempo no me amabas?
Di, ¿no me correspondías?
De noche, á las rejas frías,
Mis suspiros escuchabas.
Pues ¿cómo agora, señora,
Ya que cruel te has casado,
Me tratas? ¿Por qué has mudado
De pensamientos, traidora?

MAYOR.

Si, como dices, señor,
Entonces os escuchaba,
En otro estado me hallaba,
Demás que ningún favor
Que no fuese cortesía,
Os hice, ni pude hacer
Sólo por entretener,
Y llega á ser demasía,
Pues que vos mismo decís
Que mi esposo preso queda,
Sabiendo el valor que hereda
Esta casa.

ENRIQUE.

¿Si admitís?

MAYOR.

No admito que entréis en ella.

ENRIQUE.

Soy quien soy.

MAYOR.

Y yo también

ENRIQUE.

Sois día, y os quiero bien.

MAYOR.

Soy noche.

ENRIQUE.

Pues sois mi estrella.

MAYOR.

Salid presto.

ENRIQUE.

¿Cómo puedo?

MAYOR.

Dejándome.

ENRIQUE.

Amor me tiene.

MAYOR.

No os conviene.

ENRIQUE.

Sí conviene.

MAYOR.

¿Y mi esposo?

ENRIQUE.

Cese el miedo;
Que segura estás.

MAYOR.

Mi honor
Corre tormenta.

ENRIQUE.

No corre.

MAYOR.

Dejadme, ó haré que borre
De quien sois, tanto valor.

ENRIQUE.

Cuando por bien no queráis,
Sabré.....

MAYOR.

¿Qué habéis de saber?

ENRIQUE.

Rendiros.

MAYOR.

No soy mujer.....

[illegible]

Intent[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] al salir la llaman á la puerta.

[illegible]

[illegible]ay! que á la puerta ¡cielos!

[illegible] (1)

[illegible]

[illegible] al lograréis desvelos,

[illegible]

Morir: por matarme est[illegible].

[illegible]

MAYOR.

Tu Alteza se ha de esconder,
Porque no hay otro lugar,
Detrás desa cama presto.

[illegible]

¡En qué riesgo que me he puesto!

Escóndese el Infante.

[illegible]

No puedo disimular:
[illegible]e, Elvira, Inés, Jimeno.

Salen D. Jacinto y Galindo.

DON JACINTO.

[illegible]sposa, no es menester.

MAYOR.

[illegible] á ver!
Vuestra tardanza condeno:
[illegible]poso, señor querido,
[illegible] suerte nos dejáis?
¿Así de mí os ausentáis?
¿Estabais entretenido
Á vuestro gusto?

DON JACINTO.

[illegible]ora,
Antes soy tan desdichado,
Que preso en Sevilla he estado,
[illegible]nque á veros vengo agora,
Sin falta me he de volver
Esta noche á la prisión.

MAYOR.

Pues, señor, ¿por qué ocasión
Esa prisión pudo ser?

[illegible]

Después lo sabréis.

[illegible]

¡Qué pena
El alma tiene, ay de mí!
[illegible]
[illegible]
De confusiones y engaños;
Mas uno intento trazar,
Con que le pienso sacar,
Por excusar tantos daño[illegible].
¡Hola! Inés, Elvira, presto,
La cena; yo propia he de ir
Á hacerla prevenir.

Sale, y llévase adentro Mayor una bujía.

GALINDO.

No hay estómago modesto:
Bien haya, amén, mi señora,
Bien haya quien la parió,
Bien haya quien la engendró,
Y bien haya quien la adora.
¡Qué bien sabe regalar!
Mira, señor, con qué amor,
Sin esperar á Leonor,
Ella lo va á aderezar.

DON JACINTO.

Es quien es; mi voluntad
Paga Mayor desta suerte.

Sale Mayor muy alborotada.

MAYOR.

¡Señor, señor, trance fuerte!

DON JACINTO.

¿Qué, qué tenéis? Sosegad.

MAYOR.

He visto...... ¡Mortal estoy!

DON JACINTO.

¿Adónde?

MAYOR.

Á decillo voy,
Y no puedo.

DON JACINTO.

¿Adónde?

MAYOR.

Allí,
Detrás, señor, de la cama.

DON JACINTO.

¿Eso, Mayor, os da pena?
De sospechas tengo llena
El alma; lleve la palma
Mi valor: toma esa vela,
Galindo, y pasa adelante.

GALINDO.

¡Oxte, puto!

DON JACINTO.

Anda, ignorante.

GALINDO.

Señor, sacarme una muela
Aquí, tanto no sintiera,
Como llevar instrumento
Con que afrente el pensamiento
Del desdichado que espera.
Tengo honrados pensamientos,
Soy bien nacido, sí, á fe:
En esto muy bien se ve;
Demás, que tengo escarmientos
De no llegar á mirar

---

(1) [illegible]ota la hoja en estos cuatro versos.

Á nadie, mas responder
Si te puedo merecer
Que me quieras escuchar;
Quiero de otro modo; mira:
Un fraile en cierto convento,
Para cierto corrimiento
Que le apretaba con ira,
Una conserva llevó;
Y porque no la comieran
Los demás que la vieran,
Este epitafio plantó
Con la pluma en el papel:
«Padres, miren que es jarabe.»
Fuése, y otro padre grave,
No tan simple como él,
Antes bellaco y taimado,
Llegó y toda la comió,
Y aquesto escrito dejó:
«Padre, ya lo hemos mirado.»

DON JACINTO.

¡De burlas estoy! Acaba;
Villano, esa vela toma.

Toma la vela Galindo.

GALINDO.

Ya me parece que asoma,
Y ya la daga me clava.

MAYOR.

El tiempo es éste. ¡Valor!
¿Quién, si no yo, en tal se viera?
¿Quién tan desdichada fuera?
Cese, villano, el temor.

Como que le quita la vela; al quitársela la apaga Mayor.

Mas la vela se ha apagado;
Véla, Galindo, á encender.
La industria me ha de valer,
Pues no está mi honor manchado.

Saca Mayor á obscuras á Enrique de la mano fuera.

GALINDO.

Un tronco soy, yo no acierto.
¡San Guarín!

DON JACINTO.

Daca, y retira
Tu miedo.

Va D. Jacinto á encender.

GALINDO.

Mi alma expira,
Él me tira: ¡Ya estoy muerto!
La luz la vida me da.

Saca D. Carlos luz, y corre un tafetán; aparece una cama cerrada con sus colgaduras, y en un alamar una daga dorada y desnuda, pendiente.

DON JACINTO.

Aquí no hay nada; mas ¡cielos!
No son vanos mis recelos,
Porque allí una daga está.

MAYOR.

Mortal estoy.

ELVIRA.

¿Fuése?

MAYOR.

Sí.

DON JACINTO.

Discursos, ¿qué me queréis?
Mirad, pues, que me ofendéis
Si os precipitáis así.
Mas donde daga ha quedado,
Verdad es persona ha habido,
Pues ella instrumento ha sido
Que claro nos lo ha enseñado.
Pues ladrón no pudo ser;
Que pasa de calidad
Á más superior deidad,
Quien así llega á traer
Daga, que me significa,
Por el valor que hay en ella,
Que sólo puede traella
Persona que es noble y rica.
¡Daga en alamar prendida
Queda, y daga que es dorada!
La guerra está declarada
Y mi honra está perdida.
Fiera guerra tiene el alma;
Honor, en gran riesgo estáis;
Mas si aquí disimuláis,
Saldréis de todo con palma.
Pero bien dice mi queja
Que es desdichada mi suerte,
Pues para darme la muerte
El instrumento me deja.
Mas..... quiero disimular.

MAYOR.

Parece que sospechoso
Está del caso mi esposo.

DON JACINTO.

Volvedme, esposa, á abrazar,
Ea, y sosegaos.

Vala á abrazar, y la daga que halló lleva desnuda, y ella entiende que la quiere matar, y se retira.

MAYOR.

¡Ay, cielos!
¿Por qué matarme queréis?

DON JACINTO.

¡Yo! ¿Qué decís? ¿Que tenéis?
¡Ah! Espacio, señores celos.

MAYOR.

¿Con el acero desnudo
Os venís á mí, señor?

DON JACINTO.

Mayor, aquese es error,
Que sólo sacarle pudo
Mi enojo, para matar
Al que escondido estuviera,

Si acaso se defendiera.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Triste [illegible]

[illegible]

[illegible]

Elvira,
Detente, oye, escucha, espera.

ELVIRA.

Galindo, déjame a[illegible].
Porque á prevenir la cena
V[illegible].

GALINDO.

Pues escúchame un rato.

[illegible]

[illegible] puedo, que voy de priesa;
Mira que si me detien[illegible]
Te daré.....

[illegible]

Si el darme fuera
[illegible] Elvira mía,
Fueras linda, hermosa y bella;
Pero di, ¿qué me has de dar?

Dale un bofetón.

ELVIRA.

Esto tome para en cuenta.

GALINDO.

Espera un poco, bellaca.

[illegible]

Aqueso no; guarda fuera.

[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible] los sirvientes, Galindo!
[illegible] fuera
[illegible]r al Rey en la armada,
[illegible]ta manera
[illegible]
A quien, aunq[illegible]
[illegible]

Tengo de aguardar por fuerza
Que alcen la mesa, y si acaso
Sirvo por dicha á la mesa.
¿Hay mayor pena en el mundo?
¡Aquí de Dios! Si las bestias
Ven agua, ¿á beber no van?
¿Si ven cebada, no llegan
Aunque el mozo se lo impida?
Pues ¿quién en el mundo ordena
Que este yo viendo comer
Lo que trasladar quisiera
Á mis tripas? Y no digas:
Señor, la hambre me aprieta;
Que hay vez que al llevar la mano
A la boca, el cuerpo piensa,
Siendo la tal de mi amo,
Que esta mía siempre queda
Con media vara de boca,
Cual camaleón abierta,
Hasta que acaban, y luego,
Á un desdichado le ordenan
Para cenar, aceitunas
Y ensalada; ¡linda cena
Para un soldado que avista
En Flandes y en la Rochela!
Acuéstase allá á las quince
El amo, y tras él se acuesta
El criado; luego el sol,
Con su cara de trompeta,
Tantos años boquirrubio,
Sale, á mi dueño despierta,
Llámame; en fin, me levanto,
Si bien quisiera que fuera
La noche un eterno siglo
O como allá en la Noruega.
Mas volviendo al sol agora,
Cuando á España da la vuelta,
¡En qué de cuidados mete
Á los que viven en ella!
¡Qué de cortinas se limpian,
Qué de cazos y cazuelas,
Sartenes, ollas, calderos
Y [illegible]!
¡El sonidillo que hacen!
Y ¡qué de bolsas bostezan,
Qué de hambres se acreditan,
[illegible]
[illegible]
Y tras ellos, qué de su[illegible],
En su pleito original,
Salió á reñir con las nue[illegible].

[illegible]

[illegible]

Galindo, Galindo, pr[illegible]
[illegible]
[illegible] dar
[illegible]

[illegible]

Estafeta

Vengo á ser deste camino.
Vamos, que como yo tenga
El de Alanís y Cazalla,
No hay pena ni mal que sienta.

Vase.

Sale Margarita, el rey D. Pedro y acompañamiento.

MARGARITA.
Á Tu Alteza, señor, pido,
Porque mi reputación
No esté en ninguna opinión,
Ya que desdichada he sido,
Que aquestos dos caballeros
Que por mí prisión les distes,
Ya que merced me hicistes,
Si es que puedo mereceros
Me otorguéis este favor,
De que salgan libres luego,
Porque yo desde hoy me entrego,
Pues se marchitó mi honor,
Á un convento.

REY.
Margarita,
Yo haré lo que me pedís.

MARGARITA.
Siempre á quien sois acudís.

REY.
Vuestra hermosura me incita
Á tanto enojo ¡por Dios!
Contra quien os ha ofendido,
Que si el tal hubiera sido
Mi hermano, hiciera por vos
Que os diera la mano luego;
Mas pues vos le perdonáis,
Yo le suelto.

MARGARITA.
Vos me honráis.

REY.
Id con Dios.

MARGARITA.
Mi enojo borre
Tanta merced.

Vase.

REY.
¡Hola! Presto
Sacad, porque gusta desto
Margarita, de la torre
Á los dos: id vos por ellos.

DON PEDRO.
Serviré á Tu Majestad.

REY.
En viniendo me avisad,
Porque gustaré de vellos.

Vase.

Salen D. Enrique y D. Alonso.

DON ALONSO.
¿Eso, en fin, te ha sucedido?

DON ENRIQUE.
Esto, en fin, me sucedió;
Pero, en fin, nunca me vió.

DON ALONSO.
No poca dicha has tenido.

DON ENRIQUE.
No sé ¡por Dios! qué me haga
Por vencer esta mujer.

DON ALONSO.
El tiempo es quien lo ha de hacer.
Mas dime, ¿dónde la daga
Perdiste así?

DON ENRIQUE.
En el camino.
Con la prisa que salí,
Y hasta Sevilla corrí,
Que se me cayó imagino.

REY.
Enrique.....

DON ENRIQUE.
Señor.....

REY.
Yo quiero,
Pues una sangre los dos
Tenemos, tomar de vos
Consejo, hermano, primero
Que me resuelva á casar:
Francia su Infanta me ofrece,
Ya lo sabéis; ¿qué os parece?
Porque yo quisiera dar
Reina tan grande á Sevilla,
Que fuera, por sus extremos,
Lo que hoy en Sevilla vemos,
Una octava maravilla.

DON ENRIQUE.
Aqueso es acrisolar
Tu ingenio. ¿Quién ha de haber
Que te pueda responder
Ni te intente aconsejar?
Elige, que tu elección
De todos será admitida,
Así por bien elegida,
Como fundada en razón.

Salen los presos y D. Pedro.

DON PEDRO.
Los dos, señor, que soltaste
De la torre, en tu presencia,
Cumpliendo con tu obediencia,
Están, como lo mandaste.

DON ÁLVARO.
Déme Vuestra Majestad
Los pies.

DON JACINTO.
Si mi amor merece,
Los pies os pido que os bese
Mi boca.

REY.
Entrambos alzad;
Daos los brazos.

DON JACINTO.

Ya los doy.

REY.

[illegible]

Ó seréis mis enemigos.

DON ALVARO.

[illegible] que lo soy

De don Jacinto.

DON JACINTO.

También

[illegible] don Alvaro digo,

Gran señor, que soy amigo.

GALINDO.

Y yo, gran señor, ¿con quién

He de tomar amistades?

REY.

¿Con quién habéis vos reñido?

GALINDO.

Mis pendencias siempre han sido

De mayores calidades.

REY.

Pues ¿de qué suerte?

GALINDO.

Escuchad:

El reñir en buena guerra,

En sí misterio no encierra;

Mas yo á más alta deidad

Aspiro, donde, si quiero,

Mato á aquel sin que me vea.

REY.

[illegible]

GALINDO.

Pintando en mi idea;

Porque fuera un majadero

Yo, si á reñir me pusiera

Con un hombre: ¡vil hazaña!

Soy de lo mejor de España,

Y reñir con uno, fuera

Bajeza en mí nunca vista;

Cuando un ejercito veo,

Así mato á mi deseo.

REY.

¿Cómo?

GALINDO.

Siendo coronista.

REY.

¿Luego mentiras contáis?

GALINDO.

No, señor.

REY.

Pues ¿de qué modo?

GALINDO.

Á decirlo me acomodo.

DON JACINTO.

Hola, ¿qué es lo que miráis?

Si me sacáis de sentido,

Queréis que mi mal publique;

La espada de don Enrique

Mis sospechas ha crecido;

Dorada, y de la labor

Divina es de aquella daga

Que mi honor y vida estraga;

¡Perdido estáis, ¡ay! honor!

Si en otro mi ofensa fuera,

Si en otro la imaginara,

Tormento nuevo inventara

Con que la muerte le diera.

¿Qué haré, que pierdo el sentido?

Si mi muerte he visto cierta,

¿Qué aguardo? Si descubierta

Mi deshonra está; si he sido

Tan desdichado, ¿qué aguardo

Á morir?

REY.

Hermano, luego

Responded á aqueste pliego

Por despachar á Eduardo

A Francia; decid que estoy

Contento, y agradecido

Del favor que he recibido.

DON ENRIQUE.

Digo que á servirte voy.

Vase D. Enrique.

DON JACINTO.

¿Qué haré, que al entendimiento

No le dejan discurrir,

Con el preciso acudir

De uno y otro pensamiento?

Ahora bien: yo determino

Hablar al Rey. ¡Fiera guerra

Del alma mi pecho encierra!

Éste es el mejor camino.

Señor, á Tu Alteza quiero

Á solas un rato.

REY.

¿A mí?

DON JACINTO.

Invicto señor, á ti;

Porque en tu justicia espero.

REY.

¡Hola! Solos nos dejad.

GALINDO.

¿Yo también me tengo de ir?

Vanse todos.

REY.

El primero has de salir.

Ya estamos solos, hablad.

DON JACINTO.

Cuando los hombres, señor,

Ponen en manos ajenas

El remedio de sus penas,

Infieren poco valor;

Pero cuando el agresor

Llega á ser tan principal,

Que le supongo á tu igual,

No es razón que la malicia

Infiera, al pedir justicia,

Que es recelarse del mal;

Y más cuando mi valor
Es tan notorio en el mundo,
Pues soy Atlante segundo
De los celos de mi honor;
Que á no ser tan superior
Deidad la que me ha agraviado,
Y á no haberla respetado
Por vos, más muertes le diera
Que estrellas tiene la esfera
Y arenas el mar salado.
Vuestro hermano don Enrique
He sabido, gran señor,
Que quiere eclipsar mi honor,
Y así es razón os dedique,
Antes que el mundo publique
Mis penas, para que vos,
Pues os reverenció Dios
Como Dios, en caso tal
Excuséis, señor, el mal
Que sucederá en los dos.
Anoche supe de cierto,
Que mientras yo preso estaba,
Él en mi quinta saltaba,
Mi honor de sombras cubierto;
Supe que no halló puerto,
Y esto bien claro se advierte;
Que si una vez por su suerte
En mi honor puerto tomara,
Á pediros no llegara
Justicia, sino la muerte.

REY.

Mucho siento vuestro agravio,
Si bien engañado estáis;
Pero, en fin, porque veáis
Que procedo como sabio,
Pues me informa vuestro labio,
Detrás de aquese cancel
Os esconded, porque dél
Más bien os desengañéis;
Y, en fin, desde allí veréis
Cómo por vos sois cruel.
Entrad. ¡Hola, Enrique!

Escóndese y sale D. Enrique.

DON ENRIQUE.

Aquí
Tienes, señor, á tu hermano.

REY.

Vos no sois sino villano.

DON ENRIQUE.

¿Cómo me tratáis ansí?

REY.

Porque estoy fuera de mí
De enojo: vos, atrevido,
Decid: ¿tan loco habéis sido
Que os atrevéis á mirar
Á quien os puede abrasar
Con sólo un rayo encendido?
Decid: ¿á doña Mayor
De aquesta suerte agraviáis?
¿Vos, insolente, intentáis
Poner escala á su honor?
¿Vos porfiáis?

DON ENRIQUE.

Yo, señor,
No porfío, que si ella.....

REY.

No, no pongáis en su bella
Hermosura objeto; es mucha
Su virtud; mas ¡ay! que escucha
Su marido; es limpia estrella.

DON JACINTO.

¡Cielos! Mi honor va perdido.

REY.

Ciego de cólera estoy.

DON JACINTO.

¡Qué desdichado que soy!

DON ENRIQUE.

Digo, señor, que ella ha sido.....

REY.

Honrada siempre, atrevido.

DON ENRIQUE.

Yo, señor.....

REY.

No porfiéis;
Que ¡vive Dios, que llevéis
De mis manos!.....

Quiera darle con la daga, y al sacarla se hiere á sí mismo el Rey.

DON ENRIQUE.

¿Qué intentáis?

REY.

Daros, pues así habláis,
El premio que merecéis.

DON ENRIQUE.

¡Señor!

Huye D. Enrique.

REY.

Mas ¡ay! que á mí mismo
Me he herido: tente, espera:
¡Hola! Tenelde allá fuera.
¡Oh, qué ciego barbarismo!
¡Ya soy de fuego un abismo!

Salen todos.

DON ÁLVARO.

¿Qué es esto, señor?

REY.

No es nada.

DON ÁLVARO.

¡Vuestra sangre derramada!

REY.

Enojéme agora aquí,
Y el enojo arrojó en mí
La sangre precipitada.
¡Bueno don Jacinto queda!

[illegible] me á curar,
[illegible] hablar.

Vase el Rey, y sale D. Jacinto.

DON JACINTO.

¡[illegible] da!
[illegible] ravios hereda
Mi honor. ¡Por mí el Rey herido!
¿[illegible] instrumento haya sido
[illegible] mi muerte? ¡Mas mi suerte
Es tan mísera, y tan fuerte
El rigor que me atormenta,
[illegible] mi vida se alimenta
[illegible] réditos de mi muerte!
Muriendo una vez, sintiera
Una muerte natural,
Pues si fuera accidental,
Menos su rigor temiera;
Pero mi sospecha fiera
Tantas muertes me va dando
Con su rigor excesivo,
[illegible] aunque [illegible] vivo,
Muero, pues vivo rabiando.
Honor, ¿qué habemos de hacer?
Aconsejadme, llegad,
Decid, decid la verdad:
[illegible] mujer...
Pero ¿qué intento saber?
¿No lo dijo la centella
[illegible] ayo que así atropella
Mi vida? Yo no lo oí,
Enrique; no digo aquí;
No porfío, que si ella.....
¡Cielos! ¿Qué quiere decir
[illegible] razón engañosa?
Pero ¿cómo dudo en cosa
Tan fácil? El discurrir
[illegible] falta; para morir
[illegible] y: vámonos á casa
Para saber lo que pasa;
Todo el pecho llevo ll[illegible]
De cólera y de veneno,
Todo el alma se me abrasa.

Vase.

Sale Elvira con dos bujías; pónelas en el bufete, y Mayor sale.

ELVIRA.

[illegible] ñora mía?

[illegible]

[illegible] Elvira, una tristeza
[illegible] me esa silla
Y canta, porque suspendan
Mis males tantos cuidados,
Alguna canción ó letra
Triste, que es manjar del alma,
Y, en fin, sólo con tristezas
Se alimenta.

ELVIRA.

Haré tu gusto.

MAYOR.

Y si me durmiere, deja
El instrumento al instante
Y vete.

ELVIRA.

Harélo así.

MAYOR.

Empieza.

Canta Elvira.

ELVIRA.

En un pastoral albergue
Á do condujo la guerra
De unos mal formados celos,
Á la deidad de las selvas,
Mal segura, y bien guardada,
Vive entre confusas penas,
Porque con recelos vanos
Amor su pecho penetra.

Sale D. Jacinto llenos los pechos de tierra, y el sombrero, y la capa caída.

DON JACINTO.

Honor, ¿dónde me lleváis?
¿Dónde me lleváis, sospechas,
Por precipicios de fuego
En esas acciones fieras?

ELVIRA.

Parece que se ha dormido;
Quiero, pues, dejarla.

Vase Elvira.

DON JACINTO.

Aquélla
Es Elvira, y ya se va;
Sosiego la casa encierra;
Allí encendidas se ven
Sobre un bufete dos velas,
Y Mayor en una silla
Dormida. ¡Lo que me cuestas,
Honor! Pues por las paredes,
Cuando está abierta la puerta,
Para averiguar verdades,
Quieres que éntre, bien concierta
La noche mi intento; quiero,
Mayor, hacer experiencia;
Mas de mi muerte será,
Pues quien á hacerla llega,
Á pasar el riesgo ó daño
De lo que ignora se arriesga:
Llego y las velas apago.

[illegible] fingiendo la voz. Llama á su mujer.

¿Qué intentas, honor, qué intentas?
Aquesto tiene que ser.

Mayor, señora, mi estrella,
Mi luz, señora..... ¿Qué digo?
Yo soy.

Despierta Mayor.

MAYOR.
¿Quién, quién me atormenta?
DON JACINTO.
Yo soy, señora querida.
MAYOR.
¿Qué es esto, qué voz tan nueva
Me llama? ¿Qué es esto, ¡cielos!
Cómo estoy entre tinieblas?
DON JACINTO.
Sosegad, señora mía,
Que soy yo.
MAYOR.
¿Quién es?
DON JACINTO.
¡Que sea
Vuestro desconocimiento
Tal!
MAYOR.
¿Es don Enrique?
DON JACINTO.
¡Ah, fiera!
Sí, señora.
MAYOR.
Pues ¿qué es esto?
Enrique, ¿desta manera
En mi casa?
DON JACINTO.
No temáis,
Que el amor es quien lo ordena.
¿Y vuestro marido?
MAYOR.
Enrique,
¿Queréis que otra vez suceda
Lo de anoche?
DON JACINTO.
No, señora,
Porque descuidado queda:
¿Qué veneno disfrazado
Es éste que me atormenta?
Dad lugar, señora mía,
Que dé fin á tantas penas.
MAYOR.
¿No veis que vendrá mi esposo?
DON JACINTO.
¿Sólo por eso lo dejas?
¡Ay de mí!
MAYOR.
Enrique, mirad
Que puede ser me suceda
Por vos.....
DON JACINTO.
¿Qué ha de suceder?
MAYOR.
Idos luego.
DON JACINTO.
En vano intentas
Defenderte de mis manos;
Yo he de rendirte.
MAYOR.
¡Qué afrenta!
Detente.
DON JACINTO.
No puede ser.
MAYOR.
Me agravias.
DON JACINTO.
Agravios deja.
MAYOR.
Llamaré gente. ¡Hola, Elvira,
Inés, Nicolás, Esteban!
DON JACINTO.
¡Qué de dudas me combaten,
Qué de recelos me aprietan!
Unos la vida me vuelven,
Y otros la muerte me acercan:
Luces sacan, y no quiero
Que me conozcan.
MAYOR.
¡Qué fiera!

Vase, y sale Elvira.

ELVIRA.
¿Qué es esto, señora mía?
MAYOR.
Mirad; mas si es sombra fiera.....
¿No visteis salir de aquí
Un hombre?
ELVIRA.
Dudo que pueda
Desta casa haber salido.
MAYOR.
¿Qué fantásticas quimeras
Son éstas?
ELVIRA.
Mi señor viene.
MAYOR.
El alma en oirle tiembla.
DON JACINTO.
¡Señora!
MAYOR.
¡Señor querido!
DON JACINTO.
¿Con quién voces descompuestas
Dabais? que pude escucharlas
Lejos, y entendiendo que era
Alguna cosa, he venido
Sin aliento.
MAYOR.
Señor, era.....
DON JACINTO.
Decid.
MAYOR.
Aun estoy turbada.
DON JACINTO.
Decid, pues, Mayor.
MAYOR.
Sospechas

[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible] pueda
[illegible]
[illegible] mi pensamiento apenas
[illegible]ara,
[illegible]s hiciera
[illegible],
[illegible]
[illegible]
[illegible] la tiranía cuenta,
Si llegara á concebir
[illegible] en mi ofensa?
[illegible],
Aunque el rey Enrique fuera,
[illegible]r la vida, y subir
Mi honor hasta las estrellas?
Mas ¿qué es esto? ¿Yo, Mayor,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Y perdonadme.

[illegible]

Señor,
Bien sabéis que yo soy vuestra.

DON JACINTO.

[illegible]

[illegible]

Unos recelos comienzan
[illegible] en el alma;
[illegible], pues no hay cosa encubierta
[illegible] ellos creo
Que guardarán mi inocencia.

[illegible] JACINTO.

[illegible]r, vení y perdona [illegible],
[illegible] fuerza
Llevar mi casa á Sevilla.

[illegible]

Sólo, señor, lo que ordena
[illegible],
Por bien esta vuelta sea.

Vanse.

[illegible]

Espera, Elvira.

[illegible]IRA.

[illegible] quieres?

[illegible]

[illegible] de esa suerte te entras!
[illegible] no hay Galindo; ya olvidas
Á quien servirte desea.

[illegible]

No el humor está templado
Todas veces.

[illegible]

[illegible]pera,
Y llamaré un boticario,
Un [illegible] ó un albéitar,
Que te [illegible].

ELVIRA.

[illegible]or Galindo,
Si aquesas burlas no deja,
Le daré...

GALINDO.

Si es de comer,
Venga muy en hora buena.

[illegible]

No, sino de [illegible].

GALINDO.

Pues déselas á una vieja.

ELV[illegible].

¡Apart[illegible]!

GAL[illegible]O.

Escúchame, Elvira;
No quieres; ¡ah, ingrata, espera!
Mas pues así m[illegible],
Ni almuerces chicharrones, ni lentejas.
Y sepa el mundo entero
Que el mal más triste, más horrible y fiero,
Es en estos confin[illegible]
El rogar á mujeres y á rüines.

ACTO TERCERO.

Salen D. Alvaro y Margarita con manto.

MARGARITA.

Suplícoos, por cortesía,
Que dejéis una mujer
Que vuestra no puede ser.

[illegible] ÁLVARO.

Por eso es el ansia mía
Mayor; yo os he conocido;
El amor es quien me incita;
Cese el rigor, Margarita,
Pues me conocéis rendido.

MARGARITA.

Sois escollo.

[illegible]

[illegible],
Ingrata, lo vengo á ser.

MARGARITA.

Yo, en no dejarme vencer.

[illegible]

D[illegible]lice de tu belleza
Tanta ingratitud, señora.
Aquel ingrato que amó
Tu voluntad, te pagó
[illegible] ser noche de tu aurora:
Con otra vive casado.
¿[illegible] qué tienes de querer

Hombre que por su mujer
Llega á ser menospreciado?
Mira lo que el vulgo fiero
Dice de Enrique y Mayor.

MARGARITA.

¿Qué dice?

DON ÁLVARO.

Que tuvo amor
Mayor á Enrique primero,
Y que la correspondencia
Está firme de los dos,
Después que le volvió Dios
De aquella prolija ausencia,
Con que vive deshonrado
Su marido.

MARGARITA.

No me espanto,
Don Álvaro, que sé cuánto
Puede un amor arraigado
En el alma; y eso mismo
Por respuesta quiero dar
Á tu loco porfiar
Y á tu ciego barbarismo.
Tú dices que el vulgo fiero
Dice de Enrique y Mayor
Que corresponde á su amor
Porque le quiso primero.
Esas razones aquí,
Álvaro, he de responder:
¿De qué sirve pretender
Mujer que es también ansí?
Á don Jacinto he querido.
Si me llegáis á alcanzar,
¿Podrá alguno murmurar
Después de ser mi marido?
Que fué mi voluntad esta
En don Jacinto, y así,
Lo que me dijiste aquí
Te vengo á dar por respuesta.

DON ÁLVARO.

Escucha.

MARGARITA.

No hay qué escuchar.

Vase.

DON ÁLVARO.

Señora, ¿qué digo? espera:
Fuése. ¡Que desta manera
Amor me quiere tratar!
Pero el Rey, por esta puerta
Del jardín sale á la orilla
Deste río de Sevilla;
Pues hay gente, y está abierta,
Quiero llegarme: ya sale.

Salen el Rey y D. Pedro con acompañamiento.

REY.

No entiendo que el mundo justo
Tiene más noble mi gusto
Que al de este río se iguale.

DON PEDRO.

Así es verdad, gran señor.

REY.

¿Es don Álvaro el que allí
Se acerca acá?

DON PEDRO.

Señor, sí.

REY.

Don Pedro, de su valor
Estoy siempre satisfecho.
¿Dónde bueno?

DON ÁLVARO.

Á prevenir
(Porque se quiere partir,
Temiendo, señor, tu pecho
Tu hermano) voy su partida.

REY.

Váyase de mi presencia;
Pague su error con ausencia,
Pues mi presencia ofendida
Tiene: mirad que esta noche
He de salir á rondar
Y me habéis de acompañar.

DON ÁLVARO.

Antes que Faetón su coche
Sepulte, estaré aquí.

Vase.

REY.

No sé qué agüero he tenido
En ver que instrumento ha sido
Enrique, de haber así
Mi sangre yo derramado;
Mas, vaya, ¿qué puede ser?
¿Agüeros ha de temer
Quien tiene valor sobrado?
Haced llegar á la orilla
La falúa.

DON PEDRO.

Ya está en ella.

REY.

Entrad: venceré mi estrella
Con notable maravilla.

Vanse.

Salen D.ª Mayor, D. Jacinto, Galindo, Elvira y Sánchez, viejo; traiga unos papeles D. Jacinto en la mano.

DON JACINTO.

Esto, esposa, ha de ser.

DOÑA MAYOR.

Si es vuestro gusto,
Sea justo ó injusto,
Digo que le obedezco
Con el alma y la vida, y que me ofrezco,
Mi señor, á serviros.
¡Celos! ¿Qué es esto? ¿Qué soberbios tiros
Derriban de mi honor tantas murallas,
Que pueden contrastallas
Unas viles sospechas?

[illegible] flechas
Mi [illegible],
[illegible] cauteloso.

DON JACINTO.

[illegible]

SÁNCHEZ.

[illegible]

DON JACINTO.

Tomad esta libranza;
Lo que mi mano alcanza
[illegible] libro en ella;
Dalda á quien va, que os pagará por ella,
[illegible] contiene, luego; y esta casa,
[illegible] que no es escasa.
[illegible] Dios lo que siento el despediros.

SÁNCHEZ.

Yo más el no serviros.

DON JACINTO.

[illegible] aquésta á Rodrigo,
Ésta á Leonor; de todos soy amigo.
Hállome pobre agora;
Y [illegible] mejora.
Quiero vivir á solas retirado;
No quedará ningún criado (1)
¡Vive Dios! en mi casa.
El alma en vivos celos se me abrasa.

GALINDO.

Pues he sido llamado,
[illegible]
Elvira, ¿qué es aquesto?

ELVIRA.

No lo entiendo.

DON JACINTO.

[illegible] me defiendo
De mi loca porfía.

GALINDO.

De ti, señor, saber si he de ir querría.

DON JACINTO.

[illegible]

GALINDO.

Á pelar mondongo,
[illegible]

DON JACINTO.

Tú y Elvira en mi casa habéis quedado,
[illegible] fin, os he criado,
[illegible] fiero.

GALINDO.

[illegible] señor, por eso quiero
El calcañal derech[illegible]
Sabes premiar, en fin, mi noble pecho
[illegible],
Á una esquina arrima[illegible]
Por ti bien empleadas.
[illegible] poleadas,
Siendo gigante eterno
A tu lado, de noche, en el invierno!

DON JACINTO.

[illegible] bien, mi señora, don Enrique
[illegible]

[illegible]

Ingratitudes mías;
Él se ausenta de aquí por unos días,
Y en aquesta partida
Será razón me ofrezca y me despida.
Quedad con Dios.

DOÑA MAYOR.

Adiós, esposo mío.
¡Qué ciego desvarío
Es el que asalta así mi entendimiento!
¡Qué loco pensamiento
Se remonta en las nubes,
Atropellando esferas y querubes!
Don Enrique he sabido que se ausenta
Por mi mal y en mi afrenta,
Por haberle reñido
Su hermano, á quien, sin duda, él ha temido;
Y mi honor agraviado
Queda en esta partida, y ultrajado,
Pues con lenguas crueles y feroces,
Ya se escuchan las voces
De aqueste vulgo fiero,
Donde repite que mi amor primero
Ha sido don Enrique:
Mi honor permite aquí que le dedique
Las penas, las ofensas, las injurias,
Que entre mortales furias
Mi honor está pasando.
¡Cielos! ¿Qué es esto? Más allí escuchando
Está Elvira y Galindo.

GALINDO.

Elvira, el alma á tu hermosura rindo.

DOÑA MAYOR.

Á pedirle estoy ya determinada
Que deje esta jornada
Hasta que, con sosiego,
Las sospechas se aplaquen deste fuego;
No digan, en mi afrenta,
Que por mí don Enrique así se ausenta.
Oye, Elvira, ¿y Galindo?

ELVIRA.

¿Qué nos quieres?

DOÑA MAYOR.

Por quitar pareceres
Y porque no publique
Ignorancias el vulgo, quiero á Enrique
Escribir entretanto;
Mirad, pues que sabéis me importa tanto,
Si don Jacinto viene.

ELVIRA.

Vé, señora;
[illegible] en un hora
Dar la vuelta á tu casa.

DOÑA MAYOR.

¡Cielos! ¿Desdicha tal por mi honor pasa?
¡Ay, amor, lo que ordenas!
¿Cómo son tus placeres siempre penas?

Vase.

ELVIRA.

Ya solos hemos quedado.

GALINDO.
¿Cómo de cuentas estamos?

ELVIRA.
Yo entiendo que nos pagamos.

GALINDO.
Y aun cobras adelantado.

ELVIRA.
Yo, Galindo, siempre estoy
Firme.

GALINDO.
Sí, como veleta.

ELVIRA.
En mi amor nunca hay mareta:
Roca incontrastable soy.

GALINDO.
¿Qué has dicho?

ELVIRA.
Que roca he sido.

GALINDO.
Rosca entendí que decías.

ELVIRA.
¡Oh, qué burlescas tan frías!

GALINDO.
Soy teniente de un oído.
Mas vé diciendo finezas,
Á ver quién mayor las dice,
Porque más tu amor me hechice,
Oyendo tantas firmezas.

ELVIRA.
Tan firme en tu amor estoy,
Galindo, como ese río,
Que, con orgulloso brío,
Se entrega al mar vencedor;
Y así, cuando tú volver
Atrás su corriente veas,
Entonces quiero que creas
Que te dejo de querer.

GALINDO.
¡Qué bien lo has encarecido!
Notables sois las mujeres:
Cinco horas no más me quieres;
¡Qué grande tu amor ha sido!

ELVIRA.
¿Qué dices?

GALINDO.
Escucha atenta:
¿Ves el cristal desgajado,
Aljófar ya, ya quebrado
Vidro, que con la violenta
Precipitación camina
Al mar, como dices?

ELVIRA.
Sí.

GALINDO.
¿No le comparas á ti?

ELVIRA.
Sí, porque el amor me inclina.

GALINDO.
No hay regla sin excepción:
Elvira, darte á entender
El modo de encarecer,
Es sólo mi pretensión.
Apenas se entrega al mar,
Cuando, corrido, enojado,
De su salitre agraviado,
Se comienza á retirar,
Y parando el curso atrás,
Con su cristal se retira:
Poco me quieres, Elvira,
Si no lo encareces más.

ELVIRA.
Gran filósofo te has hecho.

GALINDO.
Esto no es filosofar.

ELVIRA.
Pues ¿qué ha de ser?

GALINDO.
Será hablar,
Elvira, sólo en derecho;
Agora tienes de ver,
Elvira, alabar mi amor.

ELVIRA.
Confiésote vencedor
En hablar, mas no en querer.

GALINDO.
Más te quiero, Elvira mía,
Que la sarna al estudiante,
Que á la venta el caminante,
Que sacristán á su tía.

ELVIRA.
¡Tente, bravo encarecer!

GALINDO.
Si no me tienes, echara
Por esos trigos.

ELVIRA.
Repara
Que señor puede volver.

GALINDO.
Pues dime, por vida tuya,
Elvira, qué es lo de Enrique,
Que aunque el mundo lo publique,
Mi amor no quiere que arguya
De mi señora bajeza.

Sale D. Jacinto, y pónese á escuchallos.

DON JACINTO.
Honor, aquesta batalla,
¿Cuándo tengo de acaballa,
Pues no acaba y siempre empieza?
Apenas salí de aquí,
Cuando el honor me volvió,
Porque de mí me sacó,
Y vuelvo fuera de mí.
Un paso no acierto á dar
Sin pensar en mi deshonra.
¡Ay, vida! ¡Ay, honor! ¡Ay, honra!
¿En qué habemos de parar?
Pero Galindo y Elvira
Están allí; quiero ver
Si algo les puedo entender,
Pues que ninguno me mira.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

¡Ay de mí!
¡Cielos! ¿Qué es esto que oí?
¡Ah, mujer vil y traidora!
[illegible]

[illegible]

[illegible] tratábades los dos?

[illegible]

Cogiónos vivos, ¡por Dios!

[illegible] JACINTO.

Decid.

GALINDO.

Señor, na[illegible]
Aquí Elvira me decía
Que quería.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Y [illegible]
Con el miedo de Turquía.

DON JACINTO.

No es eso.

GALINDO.

Mira, señor,
Yo quise dar en poeta;
Que es padre de aquesta seta,
Amor, y yo tengo amor;
Y una copla que había hecho,
Aquí á Elvira le contaba.

[illegible]

Dime á mí esa copla, acaba.

GALINDO.

Volvióme á coger.

DON JACINTO.

Tu pecho
No me pretenda engañar.

[illegible]

Yo te la quiero decir.
Mal me va con el mentir;
[illegible]s, venidme á ayudar.

[illegible]

Di presto.

[illegible]

[illegible]

[illegible] JACINTO.

Acaba.

GALI[illegible]

Vaya conmigo
El Parnaso.

[illegible]

Presto, digo.

[illegible]

En peligro anda mi nuez.
[illegible] niñas amarillas,
El alma me han chamuscado,
Y por no haber almorzado.
Me están haciendo cosquillas.

[illegible]

Galindo, ya he conocido
Lo que en ti tengo: no más;
Hoy de mi [illegible]

[illegible]

Como no digas molido,
Yo estoy contento.

[illegible]

Y tú, Elvira,
¿Me eres traidora también?

ELVIRA.

Señor.....

DON JACINTO.

Bueno; no hay de quién
Fiarse.

GALINDO.

Dios de su ira
Me libre.

DON JACINTO.

Salid los dos,
Antes que con esta daga
Algún desatino haga.

GALINDO.

Eso no permita Dios.

Vanse.

DON JACINTO.

¡Bueno estoy! No hay quien no sienta
Y quien no juzgue también,
Que me quiera mal ó bien,
Esta desdichada afrenta.
Mas ¡cielos! ¿qué estoy mirando?
¿No está Mayor escribiendo?
Los sentidos voy perdiendo,
Y el alma se va turbando.
Confuso ¡por Dios! estoy.
Llego: ¿qué es esto, señora?

Corre una cortina; aparece Mayor sentada y escribiendo, y en viendo á su marido se desmaya.

MAYOR.

¡Oh, qué desdichada hora!
¡Válgame Dios: muerta soy!

DON JACINTO.

Desmayóse: ¿qué procuro
Saber ya más en mi ofensa?
Derribe esta bala inmensa,
De mi honor el fuerte muro.
Si culpada no estuviera,
Aquí no se desmayara;
Ella su delito hallara;

Y así, es ya justo que muera.
  Bien el delito acrimina
Lo escrito deste papel;
La sentencia escribió en él,
Si bien mi mortal rüina.

Toma el papel.

  Aquí dice: «Si el amor,
Señor, que me habéis tenido,
Y el que os tuve, ha merecido
Que no os vais, cese el rigor.»
  Pasar no puedo adelante:
¡Qué de desdichas que heredan
Mis desdichas! ¡Que sucedan
Dos muertes en un instante!
  ¡Ay, honor, y quién pudiera
Aquesta muerte excusar!
Yo el pecho te he de pasar,
Y á mí, la congoja fiera:
  Aquesto ha de ser así:
Que me mate á mí el dolor,
Y el acero del honor,
Mayor, que te mate á ti.
  Que sea traidora esta boca,
Donde con claveles ata,
Dientes de perlas y plata,
Sobre tal cristal de roca!
  ¡Que aquestos ojos dormidos,
En mi deshonor mirado
Hayan; más, sí que eclipsado,
Está el sol y mis sentidos!
  Pero quien llega á alabar
Aquello que le ha ofendido,
Rendirse quiere á partido,
Cerca está de perdonar
  Mas, honor, detén el paso
Sólo un rato; pensamiento,
No disminuyas mi intento,
Pues ves que en fuego me abraso.
  Este cuarto he de cerrar,
Pues ya es noche, hasta volver;
Que un modo nuevo ha de ver
El mundo para matar.

Cierra la puerta y vase, y despierta Mayor.

MAYOR.

  ¡Válgame Dios! Si he dormido,
Si es engaño, si es ficción,
Salir quiere el corazón
Del vaso en que está metido.
  Breve cavidad parece
Á su temor, que es el pecho;
El mundo le viene estrecho,
Si por pecho se le ofrece;
  Pero sin duda es engaño;
Mas si duermo todavía.
¡Oh, qué confusa porfía!
¡Oh, qué rigor tan extraño!
  Mi esposo no me asaltaba;
Sin duda que engaño ha sido;
Yo, mi mal he presumido,
Pues pensé que me mataba.
  Que claro está que si él
En aquesta sala entrara,
Que mirara y se llevara
Este confuso papel.
  ¡Mas, ay, cielos, que la puerta
Está cerrada! ¡Ay de mí!
Don Jacinto ha entrado aquí,
Mi desdicha ha sido cierta.
  Paguen mis ojos tributo
Al mar y á la noche obscura;
Entapizarnos procura
Con su horrible y negro luto.
  Todo es ansias, todo es guerra,
Todo en mí es desasosiego;
Sólo penas, sólo fuego,
Este triste pecho encierra.
  Solos estamos; valor,
Ayudadme. ¿Qué he de hacer
Para poder defender
De tal peligro mi honor?
  Bien sabéis que honrada he sido:
Solos estamos los dos;
Dadme aquí consejo vos,
Pues veis que humilde os le pido.
  ¿Será bien dar voces? No;
Que es acreditar sospechas,
Con que rigurosas flechas
La desdicha me tiró.
  Si ya me voy, acredito
Las sospechas de mi esposo,
Y con mi ida es forzoso
Acriminar mi delito.
  Ahora bien, esto ha de ser,
Yo me tengo de acostar;
Allí me he de asegurar,
Pues no le llegué á ofender.
  Que cuando ya, por mi daño,
Leyese aqueste papel,
Si reparó bien en él,
Él conocerá su engaño.
  Más quiero perder la vida
Que no la reputación;
Yo no le he dado ocasión
Para hacerle homicida.
  Quien es y quien soy he sido;
Vuelva por mi casa Dios,
Pues el lazo de los dos
Sabe que nunca he rompido.

Vase.

Salen de noche el Rey y D. Alvaro.

DON ÁLVARO.

¡Bizarra noche!

REY.

Parece
Que para mi pretensión,
Álvaro, en esta ocasión,

De [illegible]
[illegible] á rondar
[illegible]viera,
[illegible] pudiera
[illegible]
El [illegible]
[illegible], de su rey,
[illegible]ir de la ley.
El vul[illegible]
[illegible] relata,
[illegible] los dice,
[illegible] salvo los maldice,
[illegible] los trata
Y así, por expresa ley,
Se había de disfrazar,
Para poder escuchar
Su bien ó su mal, el rey.

DON ÁLVARO.

No en balde, señor, te aclaman
Por Rey justo y por severo,
Y no en vano el Justiciero,
Don Pedro, todos te llaman.

REY.

Escucha, á ver; que parece
Que cantan.

DON ÁLVARO.

Pasando van,
Y tocando.

REY.

Algún galán
Será.

DON ÁLVARO.

A esta parte se ofrece
La voz.

REY.

Pues empieza á andar;
Que las verdades desnudas
Suelen, don Álvaro, á obscuras,
De aquesta suerte cantar.

Vanse, y sale D. Jacinto; traiga un hombre vendados los ojos con un lienzo.

DON JACINTO.

Ya estás en seguro; espera,
No te descubras.

BARBERO.

No haré.
¿Qué es esto?

DON JACINTO.

Yo avisaré.

BARBERO.

¿Ésta es fantasma ó quimera?

Don Jacinto se ponga una máscara y saque una pistola, y pónesela á los pechos al barbero cuando le manda descubrir.

DON JACINTO.

Descúbrete

BARBERO.

Ya lo hago.
¡Cielos! Señor, ¿qué te he hecho,
Que así quieres en mi pecho
Hacer tan bárbaro estrago?

DON JACINTO.

Aquí tienes de morir
Si contradices mi gusto,
Aunque te parezca injusto.

BARBERO.

Sólo te intento servir.

DON JACINTO.

Pues entra, y esa mujer
Haz que en líquidas corrientes
De carmín derramen fuentes
Sus brazos, hasta que el sér
Pierda, perdiendo la vida,
O quitarétela á ti.

BARBERO.

Harélo, señor, así.

Vase.

DON JACINTO.

Entra: el alma está afligida.
¡Que aquesto por mí suceda!
Mas en naciendo, la ley
De humano, el pobre y el rey
Por primer blasón hereda.
El alma penosa queda
En este forzoso trato
De honor, y me llama ingrato;
Mas es que á Mayor adora,
Y se enoja porque agora
Rompo su hermoso retrato.
¿Si le habrá herido el buril
Que su muerte va labrando?
Ya irá con carmín bordando
Aquel brazo de marfil,
Ya con pincel más sutil,
Y con nueva maravilla
Que ha de dar hoy á Sevilla,
Sin emulación ni antojos,
Pondrá un lucero en sus ojos
Y un sol en cada mejilla.
Mal haya, amén, el primero
Que este género de honor
Impuso con tal rigor,
Tan bruto, bárbaro y fiero.
Muriendo Mayor, ¿qué espero,
Ni cómo podré vivir
Vida que me ha de servir
De muerte? Pero las dos
Vidas á un tiempo, ¡por Dios!
Que del cuerpo han de salir.
Desampare el alma mía
La forma del cuerpo humana,
Pues muriendo la mañana,
Ha de ser tiniebla el día.
Pero amorosa porfía,
¿De qué sentís vos dolor?
Muera mil veces Mayor,
Y vuelva con luces bellas

Á estar sobre las estrellas
Otra vez mi limpio honor.
Mas ¿por qué me llama ingrato,
Amor? ¡Qué confusa guerra
Mi afligido pecho encierra!
¡Muera, no, sí, que su trato
Ha sido vil, su retrato!
Mis sentidos deja en calma,
Y aunque se lleva la palma
De vencedor el honor,
No ha podido su rigor
Borrarte, Mayor, del alma.
Ya desmayado el aliento,
Vuelto en nieve el rosicler,
Perdiendo la vida, el sér
Perderá. ¡Fiero tormento
Aflige mi pensamiento!
Ya, Mayor, pienso que subes
Á los cielos por las nubes,
Entre alados escuadrones,
Á pisar nuevos triones
Y á vivir entre querubes.

Sale el barbero, las manos llenas de sangre.

BARBERO.
La industria me valga aquí:
Ya yo, señor, te he servido.

DON JACINTO.
Todo el cielo se ha caído
En un punto sobre mí.
¿Queda muerta?

BARBERO.
Señor, sí.

DON JACINTO.
Espera, que atarte quiero
Este lienzo.

BARBERO.
Ya te espero.

DON JACINTO.
Ven agora.

BARBERO.
Ya te sigo.

DON JACINTO.
¡El cielo sea testigo
Deste rigor con que muero!

Vanse, y salen el Rey y D. Álvaro.

DON ÁLVARO.
¡Buena voz!

REY.
Es extremada.

DON ÁLVARO.
Gusto ofrece á la memoria
Y descanso á los sentidos,
Suspensión á las congojas.

REY.
Es un atributo santo,
Que participa de gloria
Más que humana, pues eleva,
Siendo agradable y sonora.
Don Álvaro, ¿qué haremos?

DON ÁLVARO.
Si te parece que es hora,
Señor, el irnos á casa
Será acertado.

REY.
No es cosa
Que me está bien.

DON ÁLVARO.
Pues tu gusto
Ante todo se anteponga.
Dos bultos pienso que veo.

REY.
Mira bien si son personas.

DON ÁLVARO.
Dos hombres son, y acá vienen.

REY.
Pues mira no te conozcan.

Sale D. Jacinto; traiga al barbero vendados los ojos y luego vase.

DON JACINTO.
Ésta es vuestra calle, amigo;
Seguro estáis á estas horas,
Pues cerca está vuestra casa.
Adiós, que el volverme importa.

Vase.

DON ÁLVARO.
De los dos, corriendo el uno
Da indicios de alguna cosa.

REY.
Pues reconoce el que queda.

DON ÁLVARO.
¿Quién va?

BARBERO.
¡Cielos! Esta es otra
Nueva desdicha.

REY.
¿Qué es esto?
¿Cómo venís de esa forma,
Vendados así los ojos?

BARBERO.
¿Quién sois?

REY.
¿Qué hacéis á estas horas
Desta suerte?

BARBERO.
Quién sois, pido
Que me digáis, porque importa.

REY.
El Rey soy. Mas ¿quién os puso
Desta suerte?

BARBERO.
A tus heroicas
Plantas ofrezco mi vida.

REY.
Alzad.

[illegible]

[illegible] más lastiminia
Desdicha, jamás escrita
[illegible]rias,
[illegible]cha.

REY.

[illegible]

[illegible]ERO.

Mi humilde choza
[illegible], señor, aquesta casa;
Mi oficio, barbero.

REY.

Acorta
De razon[illegible]

[illegible]ERO.

Aquí digo
Que estaba esta noche á solas,
[illegible]
Fuí; llegué, y con dos pistolas
[illegible]
Diciéndome que le importa
Que le siga disfrazado,
Y que á no hacerlo, las bocas
De aquellas traidoras armas
[illegible]
[illegible]ntencia de mi muerte;
[illegible]n, señor, desta forma
[illegible]
[illegible] las calles más rem[illegible]
[illegible], hasta que en una
[illegible]
Sala, donde luz apenas
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]mitado,
Y al mirarle, las pistolas
Me vuelve á poner al pecho,
[illegible]lo con engañ[illegible]
[illegible] cara su rostro; en fin,
[illegible]r, con palabras pocas,
[illegible]li honor adolece,
[illegible]
[illegible] y para curarla,
[illegible] agora
[illegible] enferma una sangría.»
Que entrase me dijo, y otra
Vez, con otras muchas,
Á lo que he dicho me exhorta.
Entré, en fin, en otra sala,
[illegible]n una cama sola,
Una mujer asistía,
Cubierta la cara, hermosa
Al parecer; á ésta, pues,
Me manda que sangre, y coja
En dos dilatadas fuentes
De plata su sangre roja:
Fué fuerza el obedecerle,
Y así, esta pobre señora
Rindió en mis brazos la vida
Entre quejas lastimosas.
Y yo entonces, advertido,
Viendo, pues, que de otra forma
[illegible] sería imposible
La casa, las puertas todas
Con la sangre que saqué
En mis manos cautelosas,
Teñí: volvióme á este puesto,
Adonde me hallaste agora.
Castiga aquesta desdicha;
[illegible] crueldad tan rigurosa
[illegible] criminal castigo;
Sangre [illegible] se compra.
La casa, si no me engaño,
Es en esta calle propia;
Con luz, el hallarla es fácil:
Esto contiene esta historia.

REY.

Tan confuso me has dejado,
Que aun el sentido no fo[illegible]
Razón para responderte,
Y las plantas temerosas,
Y éstas en la tierra quedan,
Oyendo tan prodigiosa
Muerte, estilo tan notable,
Modo tan nuevo, y acosan
Á mi alma [illegible]
Todas salgan mentirosas.
Pero ¿qué luz es aquésta?

[illegible] ALVARO.

Por aquesta calle asoman,
Con una dama, dos hachas,
Á quien van siguiendo en tropa
Escuderos y cria[illegible],
Y aquí vienen.

REY.

En buen hora:
Doña Margarita es ésta.

Salen dos criados con dos hachas, acompañamiento y [illegible].

Señora, ¿adónde á estas horas?

[illegible]

¿Vuestra Majestad aquí?

REY.

Sí, Margarita.

MARGARITA.

Dichosa,
Señor, soy en encontraros.

REY.

¿De dónde venís?

MARGARITA.

Mil cosas
Para entrar en el convento,
De obligaciones forzosas,
He buscado, y ocupada
En prevenirlas yo propia,
He estado hasta agora.

REY.

Entiendo
Que son excusadas. ¡Hola!

Alumbrad con esa luz,
Margarita; á mí me importa
Entrar aquí en cierta casa;
Y cuando con mi persona
Vaya la vuestra, no entiendo
Que es defecto.

MARGARITA.

Siempre me honra
Vuestra Majestad, señor.

REY.

Pasad adelante vos, (1)
Y reconoced la roja
Señal.

BARBERO.

Yo entiendo que es ésta
La casa.

REY.

Fieras congojas
Asaltan á mis sentidos;
Entrad dentro: ¡mentirosa
Salga mi sospecha, amén!

BARBERO.

Digo, señor, que es la propia.

Vanse.

Sale D. Jacinto como loco.

DON JACINTO.

¿Qué aguardan mis desventuras?
¿No hay abismos que en sus bocas
Sepulten mis tristes ansias,
Mis penas y mis congojas?
¡Ay, honor, lo que me cuestas!
¡Que tu ley tan rigurosa
Sea, que sólo con sangre
Ufana viva tu pompa!

Dentro:

Entrad.

DON JACINTO.

Mas ¿qué es esto? ¡Cielos!
¿Qué miro? ¡Notable cosa!

Sale el Rey y todos.

REY.

Don Jacinto, ¿qué es aquesto?
¿Qué voces son las que, roncas,
Á curiosidad incitan?
¿Qué quejas tan lastimosas
Las que se escuchan aquí?
Pues pasando yo á estas horas
Por la calle, el alboroto
Á que éntre así me ocasiona.

DON JACINTO.

La industria me ha de valer:
Invicto señor, la cosa
Más desdichada que el mundo,
Que el tiempo entre sus historias,
Entre sus anales cuenta,
Aunque alargue sus memorias
Á los fines y principio
De aquel mundo que en furiosas
Olas de agua desatadas
Tuvo fin.....

REY.

De esta dudosa
Confusión de mis sentidos
Me sacad. Agora importa
Desentenderme.

DON JACINTO.

Señor,
Mayor, que ya siglos goza
De eternidades de vida,
De más gusto, de más gloria,
Rindió su vida á un desmayo,
Dejando la mía en copias
De tormentos, de desdichas,
Pisando alegre y gozosa,
Entre deidades, estrellas,
Entre serafines, pompas.
Mirad si es bien que mi vida
Viva siempre entre zozobras,
Muera entre tristes tormentos,
Viva entre penas notorias:
Ésta, señor, es su imagen:
¡Mirad qué bella, qué hermosa!

Corre una cortina, aparece la cama colgada, y en ella acostada y muerta Mayor, los cabellos sueltos.

REY

Si dijeras desdichada,
Fuera hablar en propia forma.

DON ÁLVARO.

¡Notable caso!

MARGARITA.

¡Portento
Superior!

REY

Agora importa
Tratar del remedio aquí:
Jacinto, todas las cosas
Se acaban en este mundo,
Porque vienen á ser todas
Perecederas; y, en fin,
Pisa otra patria tu esposa.
De Dios son todos secretos,
Que con mano poderosa
Suele castigar maldades,
Dando experiencia con otras.
Mayor es ya muerta; aquí
Tu vida nuevo sér cobra;
Tú estás libre, á Margarita
Debes, don Jacinto, su honra,
Pues llega á serlo entre nobles
Las palabras sin las obras.
Aquí la encontré; ya digo,
Que es prevención milagrosa:
Al punto le dad la mano.

(1) Verso suelto que altera la asonancia.

DON JACINTO.

Mira, señor.....

REY.

Ya me enojas

Si replicas.

DON JACINTO.

Gran señor,
Justo es que yo tema cosa
En que mil peligros veo,
Porque hay mujer que á deshora,
Teniendo el galán en casa,
Con palabras amorosas
Engaña al marido, y luego
Toda la casa alborota;
Y apagando ella la luz,
Viendo que está su persona
En peligro, por delante
De su esposo, presurosa,
Saca al galán, el cual deja,
Con el temor que le acosa,
En el suelo aquesta daga.

REY.

Cuando cosa tan notoria
Suceda, pensar que ha sido
De alguna criada loca
Amante, ó que ha sido engaño.

DON JACINTO.

¿Y si después, con celosas
Pasiones, el tal marido
Viniese entrando á deshora
Por las tapias en su casa;
Y hallando á su mujer sola,
Durmiendo sobre una silla,
Y con traza cautelosa,
Él, apagando las luces,
Con fingida voz y sorda,
Se llegase á su mujer,
Diciendo que era el que en otras
Ocasiones la venía
Á ver; y ella, temerosa,
Su nombre le declarase,
Sin que á su recato oponga
Más intervalos que el miedo,
El asalto y las congojas
De que venga su marido?

REY.

Pensar que es sólo engañosa
Ilusión del sueño vano.
¡Qué discreto! cuantas cosas
Con su mujer le han pasado;
Cuantos lances en su honra
Ha tenido, me declara
Por metáforas que aborta
Su ingenio desentendido.
Le quiero mostrar que ignora
Mi entendimiento su daño,
Ó su venganza dichosa;
Pues él, porque no se culpe,
De tantas culpas me informa.

DON JACINTO.

Señor, y si el tal marido
Viniendo hallara á su esposa
Escribiendo este papel,
Con razones amorosas
Á su galán, ¿qué remedio?

REY.

Jacinto, á tanta deshonra,
Tan pública y tan notoria (1),
Un remedio de los vuestros.

DON JACINTO.

¿Mío, señor? ¡Notable cosa!
Y ¿cuál es?

REY.

¿Cuál es? Sangrarla.

DON JACINTO.

Señor.....

REY.

Jacinto, no ignora
El alma lo que habéis hecho;
Mas pues los indicios forman
Tanta culpa, errores tantos,
Que en vuestro honor se acrisolan,
Lo hecho está muy bien hecho,
Y por mi palabra heroica
Os prometo de pagaros
El respeto á la persona
De Enrique, siendo desde hoy
Vos dueño de mi corona,
Siendo mi amigo, mi amparo,
Siendo mi privanza toda,
Siendo un ejemplo de vida,
Siendo archivo de la honra,
Siendo un sol de mi justicia,
Siendo cláusula que exhorta
Mi vida y mis pensamientos,
Siendo en caso que se nota,
Desta suerte, amigo firme,
Cuyo amor tenga en memoria
El tiempo en cuantas edades
Borde el sol por las trionas
Líneas y altos paralelos,
Dejándote escrito en hojas
De bronce y mármol.

DON JACINTO.

Señor,
Á tanta merced respondan
Mis labios besando el suelo
Que tus plantas generosas
Pisan.

REY.

Alzad á mis brazos;
Y á todos requiero agora
Que si lo que aquí ha pasado
¡Por vida de mi corona!
Se publica, que la vida
Aun sea venganza poca.

DON ÁLVARO.

Todos, señor, deseamos
Sólo servirte.

---

(1) Verso suelto que altera la rima.

REY.

Preciosa
Margarita, dad la mano
Á don Jacinto, que importa;
Y prevéngase el entierro
Con la majestad y pompa,
A Mayor, que su nobleza
Requiere.

GALINDO.

Aquí hay una boda
Con un entierro, señores:
Esto es abreviar parolas.

DON JACINTO.

Y aquí, senado famoso,
Se da fin á aquesta historia
Del honor en la sangría
Y *Médico de su honra.*

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA
DE «EL MÉDICO DE SU HONRA».

COMEDIA INTITULADA

AUDIENCIAS DEL REY DON PEDRO

(INÉDITA.)

COMEDIA INTITULADA

AUDIENCIAS DEL REY DON PEDRO

(INÉDITA.)

PERSONAS

Leonardo, *galán*.
Don Félix.
Don Diego.
Laurencia, *dama*.
Celia, *criada de Laurencia*.
Celio, *criado de D. Diego*.
Elena, *dama*.
Un secretario.
El rey D. Pedro.
Don Tello, *su hermano*.
Don García Álvarez, *Maestre de Santiago*.
Funes, *lacayo*.
Un leñador.
Un mercader.
Cosme, *criado de Félix*.
Dos músicos.
Un soldado.
Una mujer.

PRIMERA JORNADA.

Salen D. Diego y Leonardo con broqueles y capas de color, y Funes, lacayo.

LEONARDO.
¡Noche apacible!
DON DIEGO.
¡Extremada!
LEONARDO.
¿Qué hora es?
DON DIEGO.
Las diez serán.
LEONARDO.
Sentémonos; servirán
Los broqueles de almohada;
Gocemos del fresco un poco,
Don Diego, si no te aguarda,
Como otras noches, Leonarda.
DON DIEGO.
Ya, amigo, no soy tan loco;
Como á las once, y reposo
Hasta las tres la comida;
Salgo á la tarde á la brida,
No á jineta, cuidadoso
De la dama que al balcón
Aguarda para mirarme;
Antes procuro excusarme,
Si se me ofrece ocasión.
Vuélvome á casa temprano
Para lograrme mejor,
Y ríome del amor
Y su proceder tirano;
Juego las armas un rato
Haciendo algún ejercicio,
Y no pierdo mi jüicio
En adorar un retrato.
No quiero pasar las penas
Que por Laurencia has pasado,
Y no estoy enamorado
Sufriendo faltas ajenas;
Que falta es de una mujer,
Y al hombre más sabio enfada,
Despreciar cuando es rogada,

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] ahora,

[illegible]

[illegible]

Ya es en vano;

[illegible] que tal ha estado

[illegible]

[illegible] eso;

[illegible] lo ha mirado.

[illegible] oir,

[illegible] importa dormir.

[illegible] to, que ya quiero

[illegible]

LEONARDO.

¡Todo es guerra y confusión!

DON DIEGO.

Tello fué buen caballero.

[illegible]

¿De qué suert[illegible]

DON DIEGO.

Porque sepas
La causa más de principio,
Lo contaré de la suerte,
Leonardo, que me lo han dicho:
Por muerte del rey Alfonso
[illegible] Pedro tan ni[illegible],
Tomó á su cargo el gobierno
[illegible]
[illegible] r supremo,
Daba cargos, daba oficios,
Procurando de esta suerte
Ser más amado y bienquisto.
Vídose con el gobierno
Don Pedro muy oprimido,
Acrecentando temores
Su altivez, valor y bríos.
Garci-Álvarez, Maestre
[illegible] Orden que dió principio
[illegible] anto Patrón gallego,
El castellano Ram[illegible]
[illegible] Suer Ramírez y otros
Sus allegados y amigos,
Le aconsejaron reinase,
Pues Rey de España le hizo
El cielo. Indignado el Conde,
Se mostró muy ofendido,
[illegible]
[illegible] atrevidos,
Fueron á Toro, y allí,
Declarándose enemigos,
[illegible]
Las ciudades y castill[illegible].
[illegible] rey don Pedro
Con ejército lucido
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] u hermano, que benigno,
[illegible] abraza y los perdona,
[illegible] us ojos dos ríos.
[illegible] idos, en fin, á Toro,
[illegible] nte del conde Enrico
[illegible] al arma, y á su Rey
Prendieron con pecho impío,
Donde cuatro años ha estado
Sujeto contra el divino
Precepto, siendo en Castilla
Señor natural, y ha sido
De manera que los cargos,
Las dignidades y oficios,
Por fuerza le hacían firmar;
Hasta que ya el cielo quiso
Sacarle del cautiverio,
Porque Tello, agradecido
De que le dió por rescate
De Vizcaya el señorío,
De Tordesillas salió,
Yendo á caza, y por el río
Duero pasaron los dos,
Y con notable peligro
Fueron á Segovia, dond[illegible]
Armas y gente previno
Contra el Conde y don Fadrique,
Que con la suya se han ido
Á Trastamara, y el Rey
Viene al sevillano sitio,
Donde están ya prevenidas
Las fiestas y regocijos.

LEONARDO.

¡Por Dios, que me ha lastimado,
Don Diego, tu relación,
Y que le sobra razón
Para mostrarse indignado
Contra el Conde! Pero di,
¿Cuándo son las fiestas?

DON DIEGO.

Ya
Todo prevenido está;
Anoche á Félix oí
Que sale con la cuadrilla
Del almirante Tenorio.

LEONARDO.

¿Logrará su desposorio?

DON DIEGO.

Mucha gente hay en Sevilla
Que á las fiestas ha venido.

Salen D. Félix, caballero, y Cosme, su criado, y dos músicos.

COSME.

Y si venís á cantar,
No nos matéis con templar.

DON DIEGO.

Parece que oigo rüido.

FÉLIX.

Aquí, Cosme, te retira
Mientras que cantan los dos.

LEONARDO.

¿Música es ésta, ¡por Dios!

DON DIEGO.

Don Félix, ¿es que te admira?

Cantan, y Félix y Cosme se ponen al otro lado.

MÚSICO.

Celos tengo de la noche,
Que de tu vista me priva,
Ocasionando temores
Que en mi alma se eternizan.

LEONARDO.

¡Oh, qué mentira!

FÉLIX.

Hablaron, Cosme.

COSME.

¡Por Dios,
Que me parece que oí
Allí una voz!

FÉLIX.

Proseguid:
Solos estamos los dos.

Cantan.

Y aunque aumentan la esperanza,
Señora, las glorias mías,
No satisface el deseo
Si en su casa se acredita.

LEONARDO.

¡Qué gran desdicha!

FÉLIX.

Si acaso Laurencia está
En el balcón.....

MÚSICO.

Gente suena.

COSME.

Debe de ser alma en pena.
Proseguid, que bueno va:
Antojos deben de ser
Del sueño.

DON DIEGO.

Si Félix viene,
El retirarnos conviene.

LEONARDO.

Eso habemos ya de hacer.

Cantan:

Que jamás la confianza
Tuvo ventura cumplida;
Que hay un siglo del querer
Á gozar la causa misma.

LEONARDO.

¡Qué bobería!

Llegan Félix y Cosme á la parte donde están Leonardo y D. Diego

FÉLIX.

Si ser noche de alegría,
Señores, ha permitido
Esa trisca, ahora pido,
Si obliga mi cortesía,
Me hagan favor, por Dios,
De desocupar la calle.

LEONARDO.

Aunque es verdad que su talle
Nos ha obligado á los dos,
Por estar aquí primero
Que no él, no se permite
Que este gusto se nos quite.

COSME.

¡Gran resolución!

FÉLIX

Espero,
Aunque tantas eles gasta
Vuesamerced mi señor,
Me han de hacer este favor,
Y esto basta.

LEONARDO.

Pues no basta.

FÉLIX.

Pues ahora bastará
Y sobrará, ¡vive el cielo!

Éntranse acuchillándose, y levántase Funes.

FUNES.

Que es media noche recelo:
La luna á ponerse va.
Buenas noches. ¡Ah, Leonardo!
¡Ah, señor! ¡Cuento extremado!
En la calle me han dejado.

Sale Laurencia á la reja.

LAURENCIA.

Yo pienso que mucho tardo:
Á esto obliga un padre anciano.

FUNES.

¿Adónde he de ir á tal hora?

LAURENCIA.

¡Ce! ¿Sois vos?

FUNES.

Sí, mi señora.

LAURENCIA.

Á agradeceros me allano
Tanto favor; que entendí
Que os cansara el aguardar.

FUNES.

Tampoco os quiero culpar;

[illegible]
[illegible]ntecillo sutil
[illegible]
[illegible]
[illegible] ¡Ah!,
[illegible]nta,
[illegible]rmen sin alteración.

[illegible]

¡Jesús, y qué dormilón
Venís!

[illegible]

¿[illegible] dormir afrenta?

[illegible]

[illegible] mas quien ama de veras
Es un lince en el velar.

[illegible]

Salióme la suerte azar.

LAURENCIA.

[illegible]mos esas quimeras:
Ya mi buen padre ha dado
El *sí;* ya soy vuestra esposa.

FUNES.

El alma ha estado medrosa,
Y ahora estoy más turbado;
[illegible] venga Félix aquí
Y arrastre con la espadilla,
Y me quiebre una costilla.

LAURENCIA.

¿[illegible] cís?

FUNES.

Que merecí
Tanto bien. Temo, ¡por Dios!

Entran por la otra parte Félix y Cosme, las espadas desnudas.

[illegible]

El fin de aqueste suceso.
Que soy gallina confieso.

FÉLIX.

¡Valientes eran los dos!

COSME.

El no haberlos conocido
Es lo que más me desvela.

[illegible]

La culpa tuvo la vela
[illegible] balcón.

[illegible]

¡Yo estoy perdido!

FÉLIX.

Pero escucha, que Laurencia
[illegible] al balcón, y allí [illegible]
Un hombre.

[illegible]

[illegible] que os creo;
[illegible] siempre se diferencia
[illegible] amor del casamiento
[illegible]er amor [illegible].
[illegible] que temo algún mal.

FÉLIX.

¡Ya revienta el sufrimiento!

COSME.

Digo que Laurencia es ésta.

FÉLIX.

¿Cómo en estos pasos anda?

LAURENCIA.

Sólo os presento esta banda,
Pues que salís en la fiesta;
Y aunque pequeño favor,
Estimad mi voluntad.

FÉLIX.

¿Es sueño aquesto, ó verdad?

FUNES.

¿Correspondéis á mi amor?

FÉLIX.

¡Ah, caballero!...

FUNES.

¡Ay de mí!

FÉLIX.

Esa banda he menester
Que le ha dado esa mujer.

FUNES.

¿Esta banda? Vela aquí.
Tan colérico venía.....
¡Aquí mil palos me dan!
Tome luego el tafetán
Y estime mi cortesía.
Con su licencia, me iré.

LAURENCIA.

La banda le dió á Leonardo.

FUNES.

Al paso que me acobardo
Imagino que oleré.
Déme licencia, pues ya
Tiene el tafetán.

COSME.

Ya espero
Que se vaya el majadero.

FUNES.

Guárdele Dios.

COSME.

Él se va.

Vase Funes haciendo reverencias, y llega á la reja [illegible].

FÉLIX.

Adonde hay conversación
Es amistad declarada;
Que jamás la cosa enfada
Que alimenta el corazón.
Y aunque ha sido sinrazón,
Laurencia, á mi firme fe,
El parabién os daré,
Dándome el pésame á mí
De que en un punto os perdí
Cuando ganaros pensé.
Salir gallardo entendí
Á la fiesta, pero ya
Cubierta de luto está
El alma que os ofrecí;
Que [illegible] cogido no fuí,

¿Qué importa hallado ser?
Mudastes de parecer
Por no lograr mi esperanza;
Que es muy propia la mudanza
En la más firme mujer.
Ajeno de mi cuidado,
Dijo un discreto que era
Mucho mejor el que espera
Otro día que el pasado.
Si estuviera enamorado
Y de vos ayer querido,
Mejor día hubiera sido,
Y por éste le trocara;
Que ayer querido se hallara,
Y no hoy aborrecido.
Desvelado vine aquí
Porque el alma me decía
Que descuidado vivía
Cuando ser vuestro entendí.
Aguardaba el dulce *sí*
Acreditado en mi amor;
Pero logróse el temor
Ya gigante, si pequeño
Le imaginé siendo dueño;
Mas ahora velaré,
Y á mi esperanza diré:
Cuidados no admiten sueño.

LAURENCIA.

¡Ah, Félix! La banda he dado,
Con que á la fiesta pensé
Que saliera con más fe,
Ya que no con más cuidado.
No penséis que habéis medrado
Con ella; porque en razón,
Más atribuyo á traición,
Leonardo, vuestra osadía;
Que no hay propia valentía
Donde falta la razón;
Y si Félix la dejó
Tan fácil como se ve,
Por despreciaros se fué,
Para que os la quite yo;
Que como se transformó
En mi su oculta deidad,
Conviene á su autoridad,
Ya que pretendéis su afrenta,
Que yo tome por mi cuenta
Castigar vuestra maldad.
Nuevo brío y nuevo aliento
En mí deposita amor,
Y en castigar un traidor
No se admite sufrimiento.
¿Con la banda estáis contento
Cuando Félix está ufano
De que le he dado la mano?
Y porque más bien os cuadre,
Con el *sí* que dió mi padre
Á ser su esclava me allano.

Vase Laurencia.

FÉLIX.

¿Fuése?

COSME.

Ya se fué.

FÉLIX.

¿Has notado,
Cosme, la ventura mía?

COSME.

Ya el filósofo no ha errado
En decir que es mejor día
El que viene que el pasado.
Hoy te mataba un temor
De que asegurado estás,
Y mañana, de tu amor
Tiempo y ventura tendrás,
Libre de competidor.
Sal á la fiesta gallardo;
Que á tu lado he de salir
Más valiente que Bernardo.

FÉLIX.

Yo me quiero prevenir,
Cosme, para el bien que aguardo.
Yo tu mano he merecido;
Que he sido tan venturoso
Juzgándome aborrecido,
De ser, Laurencia, tu esposo.
Milagro de amor ha sido.

Vanse.

Sale el rey D. Pedro, el maestre D. García (barba), D. Tello y acompañamiento.

REY.

¡Bien Sevilla ha mostrado, don García,
Su lealtad, su grandeza y el deseo
Que de servirme, liberal, tenía!
Confiésome obligado; y si poseo
Libres mis reinos de esta tiranía,
Correspondiendo á su amoroso empleo,
Aunque cruel el bárbaro me llama,
Haré eterno su nombre con la fama.
Á no ser á los reyes prohibido
Y á la Real majestad, que necesita
De vanos cumplimientos, si lo han sido
Los deseos que el ánimo habilita,
Mostrándome, Maestre, agradecido,
Acción que voluntades acredita,
Á todos uno á uno los hablara
Y con muchas ventajas los premiara.
Confiésome obligado, y he sabido
Que se ofenden sus nobles ciudadanos
De que por la ciudad no haya salido.
Apruebo sus deseos cortesanos;
Mas el cuidado con que yo he venido,
Á que obligan dos bárbaros hermanos,
Más al bélico parche me convida,
Antes que Enrique mi cuidado impida;
Que más seguro estaba el que se fía
De su enemigo, si se ve en aprieto,
Dijo con su moral filosofía
Un griego autor, tenido por discreto.

[illegible]
[illegible]riencia alguna su conceto;
[illegible] quien ve[illegible]
[illegible], más traiciones.
[illegible] legítimo rey me hizo el ci[illegible].
[illegible] procura el Conde derribarme
[illegible]nto celo,
[illegible]mo hermano, acreditarme
[illegible] Mauregato me [illegible],
[illegible] de mis tierras quiere desterrarme,
[illegible], porque pueda en paz tenellas,
Darle el tributo de las cien doncellas.

[illegible].

[illegible] permitan los cielos soberanos,
[illegible] tan gran castigo á nuestra España.
No es nueva la discordia en los hermanos,
Si bien no honrosa y varonil hazaña.
[illegible]n sus intentos vanos,
[illegible]
Leve destierro, pero necesario
A su arrogante celo temerario.
De Francia me han escrito que procura
Aplaudir voluntades destinadas
A [illegible]guir su propósito y locura,
Y con vanas promesas mal fundadas
Pretende la suprema investidura.
Repartiendo tus tierras, no ganadas,
Rey se intitula; pero son antojos
Nacidos, gran señor, de sus enojos.
V[illegible] el Francés á tan honroso empleo;
Tremole sus vistosos estandartes
Con las flores de lis de Clodoveo;
Derribe los navarros baluartes;
Entre cruel; que ya en Castilla veo
No españoles valientes, sino Martes,
Que mudándole en nombre de aciago,
[illegible]en de su soberbia justo pago.
Yo te ofrezco, señor, mis infanzones,
Acreditados ya por sus proezas;
Daréte mil caballos, mil peones,
Que puedan defender tus fortalezas.
A gobernar iré sus escuadrones,
[illegible]uien tu padre, viendo sus fierezas,
Leones desatados los llamaba
Cuando en las Algeciras pelcaba.

DON TELLO.

Si la verdad, señor, con que te sigo
[illegible] facción merece en tu Real pecho,
Ya que algún día, como fiel testigo,
Mi voluntad premiaste satisfecho,
No al vencimiento, no, señor, me obligo,
Que mi persona es poco de provecho,
Pero iré con los héroes guipuzcoanos,
Triunfadores de griegos y romanos.

[illegible].

Bien conozco, Maestre, y bien, hermano;
El valor de los dos me satisface,
Y que habéis de vencer está muy llano:
[illegible] los dos mi esperanza, Tello, nace;
[illegible]e, ni del Africano,
Temor en mi Real pecho no renace;
Que si otro Dario mi enemigo fuera,
Ni su arrogancia ni poder temiera.
V[illegible] Enrique en buen hora; si de Francia
La necesaria gente solicita,
E[illegible]ite en Castilla su arrogancia;
Si el nombre de tirano le acredita,
P[illegible] sus deseos con instancia,
Con que al castigo mi paciencia incita;
Que aunque en su pretensión tanto se esfuerza,
Más que la autoridad puede la fuerza.

Suena ruido de dentro.

Dentro:

¡Ataja, ataja el camino!

OTRO.

¡Vuela como el pensamiento!

REY.

Rüido, don Tello, siento.

Caiga Leonardo á la entrada del tablado.

LEONARDO.

¡Válgame el cielo divino!

DON TELLO.

El caballo le arrojó
De la silla. ¡Pobre hidalgo!

REY.

¡Gran desgracia!

Entra Funes alborotado.

FUNES.

No soy galgo.

MAESTRE.

¡Muerto está!

FUNES.

Él se mató.
¡Oh, serrano cordobés,
No de Valenzuela casta!

REY.

Basta ya.

FUNES.

Digo que basta.

REY.

¿Quién es este hidalgo?

FUNES.

Es,
Hablando más propiamente,
Un difunto, que fué ayer
Don Leonardo Maraver,
Un sevillano valiente,
Un hombre á quien respetaba
Esta ciudad por su nombre,
Y un hombre que por ser hombre
Su persona ejercitaba,
Como Júpiter, en dar
Lluvias de oro en relación:
Imagen de devoción,
Jamás la quiso comprar.

DON TELLO.

¿Ha sido de fiesta?

FUNES.

No;
Que otras fiestas pretendía
Con una doña Sofía;
Pero caro le costó.

REY.

Llevadle, amigo, de allí.
Vamos, Maestre.

Vase el Rey y los demás; quedan Funes y Leonardo.

FUNES.

Aquí estaba
El Rey, que el campo miraba,
Y yo no le conocí.
Estaba en el mirador,
Y criados los juzgué.
Mal en su presencia hablé
De Leonardo mi señor.

Sale Elena, dama, y Celio, criado de D. Diego.

FLORA.

Como supo que salías
Al campo, me envió luego
Á que te sirva, don Diego,
Aunque en tu desdén porfías;
Y si á la fiesta salió,
Con harto disgusto ha estado.

ELENA.

Obligóle otro cuidado;
Celio, muy bien lo sé yo.

FUNES.

¡Gran desdicha!

FLORA.

Un hombre allí
Está muerto.

FUNES.

¡Flora mía!

ELENA.

¿Qué es esto?

FUNES.

En vana porfía
Las lágrimas resistí.
Leonardo al campo salió
Á caballo, y de esta suerte
Vino á cogelle la muerte.

FLORA.

Murió, en fin, como vivió:
Á don Diego avisar quiero.

ELENA.

Di, Flora, como le aguardo.

Vase Celio.

LEONARDO.

¡Ay de mí!

ELENA.

Habló Leonardo.

FUNES.

Pudo ser que el golpe fiero
Le privase de sentido.

LEONARDO.

Funes.....

ELENA.

Digo que habló.

FUNES.

Mi suerte se mejoró.

Levántase Leonardo.

LEONARDO.

¿Adónde he estado?

FUNES.

Tendido,
Como un atún, en el suelo,
Qué dió coz el cordobés;
Pero de que sano estés,
Señor, doy gracias al cielo.

LEONARDO.

Ya se mitigó el dolor.

ELENA.

Sabe Dios si me dió pena
Cuando os vi.

LEONARDO.

¿Sois doña Elena?
¡Jesús, qué grande favor!
De amor el milagro ha sido;
Que si un ángel no estuviera,
Señora, á mi cabecera,
Quedara en eterno olvido.
Y es cierto mi pensamiento,
Que llegando vuestros ojos
Á mirarme, mis enojos
Tuvieron fin al momento.
¡Dichoso mil veces yo,
Y dichosa mi caída,
Pues me habéis dado la vida
Si breve muerte me dió!
Parece que estáis turbada:
No lo estéis, que me agraviáis,
Al mismo tiempo que dais
Remedio á un alma abrasada.

FUNES.

¿Qué intenta Leonardo?

ELENA.

Antes que tu boca
Ó tu lengua loca,
Que tan libre aguardo,
Procures gallardo
Ingrato atreverte,
Quiero responderte,
Para que tu fuego
Sepa que don Diego
No supo ofenderte.
Estudia primero,
Y sabio serás,
Y no intentes más
Amor tan grosero.
Si eres caballero

[illegible]
[illegible] mujer
[illegible]
[illegible] que pide
[illegible]
[illegible]
[illegible] intentara,
[illegible] la aguardara
[illegible]
[illegible]
Si me he adelantado,
[illegible]
Pues antes de hablar
Te vi despeñar
A [illegible]

LEONARDO.

Si de mi intención,
Elena, has triunfado,
No de mi cuidado,
Tan puesto en razón.
[illegible]
Abrasado siento,
[illegible] sufrimiento
[illegible] ley natural,
[illegible] muy mal
[illegible]
[illegible] del sol pudiera,
Dejo cumplimientos,
Y á los elementos
Superior te hiciera;
Mi dicha lo quiera
Que en tu gracia esté,
[illegible]
[illegible]
Aunque la condena
Tu dichosa fe.
[illegible] Elena, pido,
[illegible] tu amor me mata,
Que no seas ingrata
[illegible] oy atrevido.
[illegible] oy rendido,
[illegible] piedad, señora,
[illegible] n ya te adora
[illegible] alma te ofrece,
[illegible] padece
Y desdenes llora.

Entre Flora.

FLORA.

¿Tan presto resucitó?
¡Buena ha estado la tramoya!
Sólo este hueso que roya
A don Diego le faltó.

[illegible]

Dadme siquiera una mano.

FUNES.

Y muy bien la ha menester
[illegible] ue no vuelva á caer;
Que no tiene hueso sano.

ELENA.

¿Tan villano proceder
Conmigo queréis usar?

FLORA.

Ya no se puede dejar
Sola un hora una mujer.
Pues ¡por Dios.... .

FUNES.

¡Gran desconsuelo!
Flora, señor, ha llegado.

FLORA.

Seas bien resucitado.

LEONARDO.

Y á ti te maldiga el cielo.

FLORA.

A don Diego, señor, fuí,
Y tu amigo se ha mostrado,
Pues aunque estaba cansado
De las fiestas, viene aquí.
Yo le contaré su agravio
Aunque la vida me cueste

ELENA.

Don Diego, Leonardo, es éste.

FUNES.

Tú has andado poco sabio.

LEONARDO.

No hay amistad como el gusto;
Este es el mayor amigo,
Éste estimo, aquéste sigo,
Aunque exceda de lo justo.

Entra D. Diego.

DON DIEGO.

¿Adónde Leonardo está?

LEONARDO.

Hoy, don Diego, en vuestros brazos.

DON DIEGO.

Serán más estrechos lazos,
Según el contento da
Aliento á mis venas frías,
Donde el alma, cuidadosa,
En estos lazos reposa
De sus muchas agonías.
Ay, amigo, en hora buena.
Os hayan visto mis ojos!

LEONARDO.

Vos dilatáis mis enojos.

DON DIEGO.

Llega á mis brazos, Elena;
Hagamos paces los dos,
Pues la salud de Leonardo
Nos obliga.

FLORA.

¡Qué gallardo!

LEONARDO.

Aumente la vuestra Dios.

ELENA.

Si el alma, señor don Diego,
Os adora ¿por qué aquí,
Que por vos libre me vi
Y gozo de más sosiego,
No tengo de estimar yo
Este favor, si pretendo

Serviros?

DON DIEGO.

Yo no os entiendo.

ELENA.

Si no vos, otro entendió;
Que hay taza que por defuera
Dorada y brillando está,
Y dentro el veneno va
Con que dar la muerte espera.

DON DIEGO.

Elena, no os he entendido.

ELENA.

Son retóricas de amor.

FUNES.

Malo va esto, señor.

LEONARDO.

Confieso que estoy perdido.

DON DIEGO.

El cordobés tropezó.

LEONARDO.

Y fué, amigo, de manera,
Que en mitad de la carrera,
De la silla me arrojó,
Y me dejó sin sentido.

FUNES.

Y aun hay otro daño más,
Que te vió el Rey.

LEONARDO.

Tú dirás
Cosas.....

FUNES.

Jamás he mentido.
Con el Maestre y su hermano,
En este puesto le hallé,
Y quién eras le conté
Con estilo cortesano.
Tantas cosas dije aquí,
Y el Rey tanto se agradó,
Que muy grave respondió:
«Servidme, escudero, á mí,
Que prometo de haceros
Mercedes: no repliquéis,
Por la mucha que me hacéis.»
Respondí: «Quiero poneros
Mi boca en vuestro zapato
Si recién calzado está,
Porque entonces no olerá;
Mas no puedo ser ingrato
Á Leonardo, y si el rigor
De la impensada caída
Le ha privado de la vida,
Iré á serviros, señor.»
«Seréis muy bien recibido:
El cadáver enterrad,
Y en Palacio me hablad,
Que yo os haré buen partido.»
Y luego te levantaste;
Que soy tan afortunado,
Que porque no esté medrado
Al punto resucitaste.

LEONARDO.

¡Vive Dios!

FUNES.

No te provoco;
Tú te enojas y te irritas.

LEONARDO.

Don Diego, tú me le quitas;
Deja que mate este loco.

FUNES.

Seré inocente matado.

DON DIEGO.

Dejadle, pues conocéis
Su amor.

LEONARDO.

Para que contéis,
Ya que en la fiesta no ha estado.
Elena, ni yo, las galas,
Hermosura y bizarría
Que han lucido en este día.

DON DIEGO.

No han sido, Leonardo, malas.
Apenas el alba hermosa,
Coronada de violetas,
Por los balcones de Oriente
Rubios celajes bosqueja;
Apenas del sol los rayos
Hirieron altas almenas,
Que como otra vez en Tiro
Miran sus hermosas trenzas;
Apenas los animales,
Imitando á la soberbia,
Manchan bordados tapetes
Y en alfombras de oro trepan;
Apenas el ruiseñor
En verdes sauces se queja;
Á los cristales más puros
Que maridajes desprecian,
Cuando, ¡oh famoso Leonardo!
Toda la ciudad se alegra,
Y por las plazas y calles
Alegres clarines suenan.
Repicaron desde el alba
Las campanas de la iglesia,
Que en el mejor edificio
Suspenden sus diferencias.
Amanecieron las calles
Hechas una primavera,
Donde la invención excede
Á las más sabias ideas.
Ofreció para este día
Milán sus vistosas telas,
Sus alfombras Fez y Túnez,
Y el indio mar sus riquezas.
Corrido el sol se miraba,
Y sus rayos escondiera,
Á no haber pardos celajes
Que ocultaron su vergüenza.
Las damas, ninfas del Betis,
Comunican su belleza,
Ya con nuevas prevenciones,
Ya con invenciones nuevas.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] sin darle [illegible].
[illegible] salió una fiera,
[illegible]
[illegible]rte [illegible]
[illegible]
[illegible]
Ya los caballos derriba,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] al suelo muerto,
[illegible]
[illegible]lo sevillano
[illegible]
[illegible] no hay voluntad cobarde
[illegible] altad y amor reinan.
[illegible] mañana,
Y los balcones se llenan
[illegible] inteligencias divinas,
[illegible] villanas discretas.
[illegible]ardo amigo,
[illegible] Laurencia,
[illegible] hermosura
[illegible] Félix compañera.
[illegible], el sol eclipsado,
[illegible]sa la tierra,
Y entre nublados espesos
La formada competencia;
[illegible]riendo victorioso,
[illegible]so se alegra,
Los arroyuelos murmuran,
[illegible]
[illegible] su vista
[illegible]
[illegible]dole mil bendiciones
[illegible]
[illegible]x, de morado,
[illegible]sa y rica libr[illegible],
Cuajada de fénix de oro
[illegible]e racimos de perlas.
La banda que dió por hierro
[illegible] Funes, bordada lleva
En la adarga, y por blasón:
«Burlado quedo sin ella.»
[illegible] almirante, señor,
[illegible] la cuadrilla, y en ella,
[illegible] salieron
[illegible]tiz, Martín de Leiva
De azul y plata sacaron
El vestido, á la turquesca,
Con ellos Juan de Monsalve
Y Alfonso de la [illegible]
En la segunda cuadrilla
Fué Perafán de Rivera,
Ilustre casa, de quien
La fama dice grandezas.
Salió de encarnado y blanco,
Y pintaba en la tarjeta
Dos gigantes que tenían
Dos montes en sus cabezas:
La letra: «Á más imposibles
Mi amor y lealtad me fuerza.»
Con él salieron dos barbas
Que saben romper cadenas.
Entró luego despacico
Fernandarias Saavedra,
Cuya espada valerosa
Temen moriscas fronteras.
Entró, de leonado y oro,
En un overo que deja
Atrás el sol, Pedro Ponce,
Señor de Zara y Marchena.
Seguíanle muy briosos
Alfonso de Avellaneda,
Juan Fernández de Hinestrosa
Francisco de Valenzuela.
Salió el bravo Alfonso Pérez
De Guzmán, Conde de Niebla,
[illegible] en el castillo de Lúcar
Consume bárbaras fuerzas.
Entró de rojado y verde,
Con él Pedro de Pineda,
Juan de Esquivel y Medina
Y el noble Martín Tavera.
Un rucio rodado el Conde
[illegible], amigo, que pudiera
Aficionar si miraras
Su compostura y belleza:
Alto el pescuezo, las clines
Tan largas, que el suelo besan,
Que parecían mariposas
Al rigor del viento opuestas;
Ancha el anca, el pelo blando,
Nariz hendida y abierta,
Ojos grandes, larga cola,
Cañas enjutas y secas;
Tascando el freno brioso,
Tan veloz fué en la carrera,
Que el mismo viento no pudo
Correr con él las parejas;
Según su belleza y brío,
Que desciende es cosa cierta
De los caballos que en Tracia
La gentilidad celebra.
Los caballos, las divisas,
Los criados, la grandeza,

Las invenciones y trajes,
Todo en silencio se queda;
Que te prometo, Leonardo,
Que tan imposible sea
Como contar desde el suelo
En el cielo las estrellas.
Hicieron la entrada, y luego
Toda la plaza despejan,
Cierran las calles y avisan,
Los clarines y trompetas.
Salió un toro, mal he dicho,
Salió una furia violenta,
Que á desordenadas tropas
Sigue, alcanza, mata y deja.
Estaba en la plaza Félix,
Á quien su divina prenda,
Con los rayos de sus ojos,
Que no llegue le aconseja.
Mas como amor es valiente
Y á los atrevidos premia,
Donde hay más riesgo procura
Hacer mayor resistencia.
Terció el bohemio brioso,
Y al bravo animal se acerca,
Que rumiando blanca espuma,
Bramando escarba la tierra.
Detuvo el caballo un poco,
Y entrándose con violencia
El toro, á un tiempo llegó
El rejón á la melena.
Furioso un bote le tira,
Y haciéndole resistencia,
El hierro, pasando el cuello,
Sin vida en el suelo queda.
Parabienes dan á Félix,
Que muy cortesano acepta;
Laurencia á voces le llama
Y con los ojos le premia.
Salió otro toro tan bravo
Como el león que vió el César
Darle Andrónico la vida
En la romana palestra.
Envidiosos de don Félix,
Que hay envidias que se premian,
Procuran aventajarse,
Y entre todos el de Niebla,
Con el valor heredado
De su antigua descendencia
Y la sangre que en Tarifa
En tabernáculos muestra.
En un bayo, cabos negros,
Al toro, Leonardo, espera,
Y apenas la lanza enristra
En la valerosa diestra,
Cuando el animal llegó,
El golpe el Conde le yerra,
Y levantando la silla,
Sacó luego con presteza
La espada, y dióle tal golpe,
Que dividió la cabeza
Del cuello, y cayó en el suelo,
Desangrado por las venas.
Después de otros muchos toros,
Juegan las cañas, y en ellas
Estaban cuando entró Celio
Con la desdichada nueva,
Ya dichosa, pues te veo
Con salud, y que ya Elena,
Dejando necios recelos,
Alegre á mis brazos llega.

LEONARDO.

Don Diego, á tantos favores,
El callar doy por respuesta.

FUNES.

Ejemplo tomen en mí
Los lacayos que no medran.

LEONARDO.

Félix á Laurencia goza;
Casada he de pretendella.

FUNES.

Resucitó, porque yo
Viva con tanta miseria.

DON DIEGO.

Vamos, Leonardo.

LEONARDO.

¡Por Dios,
Que han sido bizarras fiestas!

FIN DE LA PRIMERA JORNADA.

SEGUNDA JORNADA.

Salen Félix, Laurencia, Celia y Cosme.

FÉLIX.

Vuestro escudero he de ser;
No os canséis, no he de quedarme.

LAURENCIA.

Si lo hacéis para guardarme,
Será fuerza obedecer.
Aunque sé decir de mí
Que, privilegiando á Dios,
No tengo vida sin vos:
Con tanta dicha nací.
El alma sabe abrasada,
Mi Félix, en vuestro amor,
Y quisiera hacer mayor
El pecho vuestra posada.
Sin vos muero, y con vos vivo;
Y tan en el alma estáis,
Que si de mí os apartáis
Mil tormentos apercibo.
Pero, en suma, vamos solas
Yo y Celia, y no quisiera
Que nadie nos conociera.

[illegible]
[illegible]
Id al Carmen, mi Laurencia,
Y [illegible] me dad.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Ven [illegible]
[illegible]
Y [illegible] paciencia.

Vanse Félix y Cosme.

[illegible]
Presumo que mi señor
[illegible]
[illegible]
Celia, de aquesta manera
[illegible]
Y así, [illegible]
[illegible]lie nos conocerá.
CELIA.
¿Tú temes que no esté allá
Leonardo?
[illegible]RENCIA.
Tienes razón.
Es, Celia, tan atrevido,
Arrogante y temerario,
[illegible] viene á ser necesario,
Y [illegible]ngo por buen partido,
Venir sola de revuelta
Por no ocasionar disgustos.
[illegible]
Sus pensamientos injustos
Y su condición resuelta
Entiendo; pero tú eres
Discreta. Aquí es San Lorenzo.
LAURENCIA.
Aquí á taparme comienzo.
CELIA.
Entre las demás mujeres,
De la suerte que tú estás,
Nadie te conocerá.

Entran Leonardo y Funes.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
¿Vieja?
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Que saben dar un picón
[illegible]lán más avisado.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Cierto ha sido mi recelo.

Llega Funes á Celia.

[illegible]
¡Por Dios que son picaronas!
LEONARDO.
Tanto, señora, os tapáis,
Que os tengo por sospechosa.
FUNES.
¡Qué fregona melindrosa!
CELIA.
Cansado lacayo estáis.
FUNES.
Descúbrase; no haya más.
LAURENCIA.
En cortesía os suplico
Nos dejéis.
FUNES.
Á ti me aplico,
Aunque tales coces das.
LEONARDO.
El encubriros, señora,
Es imposible; que ya
El alma diciendo está
Que por Laurencia os adora.
LAURENCIA.
Pues que me habéis conocido,
El rostro descubriré.
FUNES.
Descubre el tuyo, que á fe
Que me muestre agradecido.
Descubrióse la fachada:
¿No es Celia? Sí; Celia es.
LEONARDO.
Si mi amoroso interés,
Mi Laurencia, no os agrada,
Considerad abrasada
El alma con vuestro hielo.
Que es el mayor desconsuelo
Ver aumentarse el dolor,
Y va creciendo el amor
Cuando imposibles recelo.
Yo confieso que es mi amigo
Félix; pero si de mí
Triunfó el día que os perdí,
Ya quedó por enemigo.
Mi estrella, Laurencia, sigo;
Que la fuerza de mi estrella
Con la razón atropella,
Y no me puedo vencer;
Que no hay ley de aborrecer,
Si amor no quiere ponella.
Loco me juzgáis; confieso
Que por vos tan loco estoy,
Que la propia queja os doy
De que me tenéis sin seso.
Atormentáis con exceso
Un espíritu rendido:
Remedio, señora, os pido;
Pues sólo está en vuestra mano
Dejarme del todo sano,
Ó privarme del sentido.

No hay ley de amistad mayor
Que remediar mi fatiga;
Que aquí la fuerza me obliga
Si allí lo impide el honor.
Es fuerte competidor
El deseo natural;
Mi dolor es ya mortal;
Abrasar el pecho siento,
Y promete el sufrimiento
Mayor pena, mayor mal.

LAURENCIA.

No respondo á vuestras quejas
Y mal nacidos cuidados;
Que los maridos honrados
Ausentes, tienen orejas.
Y no consiente el agravio
Ningún hombre principal;
Que tiene poco caudal,
Quien cierra á la ofensa el labio.
Dejad mujeres casadas,
Ya que inquietáis las solteras;
Que de burlas muy ligeras
Suceden cosas pesadas.
Sevilla el inquieto os llama
Por vuestro mal proceder;
Que de cualquiera mujer
Intentáis manchar la fama.

CELIA.

¡Por su vida que esté quedo!

FUNES.

¡Por Cristo, que está casada!

CELIA.

¡Cualquier lacayo me enfada!

FUNES.

¡Cualquier fregona da miedo!

LEONARDO.

Yo os juro, Laurencia bella,
Que ese desdén y rigor
Aumentan más el amor
Y el sufrimiento atropella;
El alma os quiere y adora,
Y estaréis eternamente
En mi memoria presente.

CELIA.

¡Perdidas somos, señora!

LAURENCIA.

¿Quién es, Celia?

CELIA.

Mi señor.
Echa el manto; que nos ve.

LAURENCIA.

Así á Félix hablaré;
Que importa, Celia, á mi amor.

LEONARDO.

Mujer que el rostro se cubre
En semejante ocasión,
Asegura su traición
Y su delito descubre.

LAURENCIA.

Discreto sois.

LEONARDO.

Y nací
Muy sujeto á vuestro gusto.

Entran Félix y Cosme.

LAURENCIA.

Mirad, señor, que no es justo;
No habéis de pasar de aquí.
¡Por vida de Félix!

LEONARDO.

Ya
Que por don Félix juráis,
Permito que sola vais.

COSME.

Aquí mi señora está.

FÉLIX.

Y Leonardo, cortesano,
Acompañarla quería.
¿Laurencia, señora mía?
¿Leonardo?

LEONARDO.

¡Félix, hermano!
Aquí á Laurencia encontré
Sola, y aunque pretendí
Ir sirviéndola de aquí,
Por más que la importuné,
No ha sido, amigo, posible
De honrarme.

FÉLIX.

Vos nos honráis.
Con razón sentido estáis,
Porque Laurencia es terrible,
Y con vos los cumplimientos
Excusados han de ser.

LEONARDO.

El alma se empieza á arder; (Aparte.)
Todo es penas y tormentos.

LAURENCIA.

Ya que en tan buena ocasión,
Mi Félix, venido habéis,
Quiero que me acompañéis.

FÉLIX.

Y está muy puesto en razón.
Dadle al alma este favor,
Con que pagaréis la fe
Que en mis acciones se ve.
Logróse amor con amor.
Leonardo, si dáis licencia,
Este bien quiero gozar.

LEONARDO.

Yo no os quiero acompañar
Por serviros ya, Laurencia;
Vivid, don Félix, los dos
Mil siglos.

FUNES.

Adiós, fregona
Del alma; adiós, picarona.

DON FÉLIX.

Adiós.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] ja Laurencia.

[illegible]

Gracias á Dios que estás bueno.
Es perfecta medicina
Para el amor, el desprecio,
Porque considera un hombre,
Y [illegible],
[illegible]e no es justo querer bien
Donde están aborreciendo.

LEONARDO.

N[illegible]n tus locuras,
Cuando un basilisco fiero
Me priva de la razón,
Me está quitando el sosiego.

Sale Floro, criado de D. Diego, con un papel.

FLORO.

Gracias al cielo, Leonardo,
Que te he visto.

LEONARDO.

Pues ¿qué es ello,
Qué es menester?

FLORO.

Sólo darte
Este papel de don Diego;
Y adiós, que importa volverme.

Vase Celio.

[illegible]

No es de gusto este correo;
Cuando no aguarda respuesta,
Alguna tragedia temo.

Lee el papel Leonardo.

«Ninguna cosa, señor Leonardo, es menos inconveniente al buen capitán, que el aceleramiénto é inconsiderada osadía; y aunque en esta parte con la razón que tengo pudiera usar del rigor que incita á mi venganza, quiero usar de la ley de caballero, aunque vos guardáis tan mal la de amistad con afectos ilícitos. Á las cinco, hoy, aguardo fuera de la puerta de Je[illegible] donde la espada será verdadera lengua de mi sentimiento.—*Don Diego.*»

[illegible]

[illegible]to don Diego te escribe?

[illegible]DO.

Esto don Diego escribió.
Mi amor Elena contó,
Y á matarme se apercibe.

[illegible]

¿Y has de ir esta tarde?

LEONARDO.

Sí.
Sígueme.

Vase Leonardo.

FUNES.

¡Qué bien hiciera
Si tu locura siguiera!
¿Qué me ha hecho don Diego á mí?
Con razón, don Diego está,
Leonardo, parte caída;
No quiero arriesgar la vida.
Gente viene, ¿qué será
Este palacio? El Rey viene
Á dar audiencia y juzgar;
Aquí me quiero apartar.

Salen el Rey, el Maestre, D. Tello, un secretario y acompañamiento; éste echa una grada con un sitial; encima de la grada una silla, y siéntese el Rey.

REY.

Esto, Maestre, conviene.
Rey que delitos abona
Es indigno de ser Rey,
Porque ejecutar la ley
Es conservar la corona.
Con mis fuertes castellanos
Al rey Bermejo amparé;
En Granada le dejé
Librándole de tiranos.
Por su Mahoma juró
Ser mi amigo; fuí á Aragón,
Y como halló ocasión,
Mis fronteras abrasó.
Cercó á Martos y á Jaén,
Llevó infinitos cautivos;
Que sus bárbaros motivos
Logró en mi ausencia también.
Dejé la guerra intentada,
Que tan favorable vi,
Y á la Bética volví
Y el rey Bermejo á Granada.
Los del Consejo junté,
Y viendo su alevosía,
Sin nombre de tiranía,
Acordaron que le dé
Seguro, y venga á Sevilla
Al bautismo de don Juan.
Vino en extremo galán
Con su bárbara cuadrilla,
Donde el Consejo acordó,
Sin que mi opinión manchase,
Que al rey Bermejo matase,
Pues fe y palabra rompió.
Doy esta satisfacción
Porque ya el mundo novel
No dé nombre de cruel
Castigar esta traición.

MAESTRE.

Justicia ha sido, señor,

Y justamente la fama
El Justiciero te llama.

FUNES.

¡Qué gallina es el temor!

REY.

Avisad que doy audiencia.

FUNES.

¿Á quién ganaré el cuidado
Que ese billete me ha dado?
Tenga Leonardo paciencia.

Entre una mujer tapada.

MUJER.

Á vuestros pies, señor, llego
Para que me hagáis justicia
Contra la propia malicia;
Que me oigáis, señor, os ruego.

REY.

¿Qué pedís?

MUJER.

Mi honra pido.

REY.

Pues ¿déboos la honra yo?

MUJER.

Respondo, señor, que no;
Pero Dios os ha elegido
Por Rey supremo en el suelo,
Y os corre esta obligación
De castigar la traición,
Aborrecida del cielo.
Y pues tenéis el poder
Y procedéis tan gallardo,
Me querello de Leonardo,
Gran señor de Maraver.
Éste palabra me dió
De ser mi esposo y marido,
Y alevoso y fementido
Me gozó y se arrepintió.
Forzóme la voluntad;
Justicia, señor, espero.

REY.

Conozco ese caballero.

FUNES.

Es Florencia; ¿hay tal maldad?.....

REY.

En fin, decís que os forzó
Y os dió palabra.....

MUJER.

Así fué;
Y es un cobarde sin fe.

REY.

Claro está, pues no volvió.
Él os habló tiernamente,
Con afición le mirastes,
Libremente os engañastes,
No volvió, estáis impaciente;
Si os dió palabra, cumplilla
Primero fuera mejor;
Que es fácil vidrio el honor
Que de un soplo se amancilla.
Y así tengo por buen medio
Con ruegos importunalle;
Que por justicia llevalle
Es afrentoso remedio.
Forzaros la voluntad
En vuestra casa no creo,
Sino que vuestro deseo
Aplaudió su libertad.

FUNES.

¡Qué bien despachada va!

REY.

Id con Dios.

MUJER.

Mi muerte es cierta.

Vase la mujer; entra un soldado con una banda en un brazo, como que le tiene herido.

SECRETARIO.

Un soldado está á la puerta.

REY.

Entre.

SECRETARIO.

Soldado, llegad.

SOLDADO.

Yo soy un soldado pobre,
Que á la entrada del Bermejo
En Jaén perdí este brazo,
Y de su furor huyendo,
De milagro me escapé;
Que á no lo hacer, es cierto
Quedara, sin duda alguna,
Gran Señor, cautivo ó muerto.

FUNES.

Si yo fuera rey ahora,
De á pie le hiciera correo;
Que hombre que huye, también
Para postillón es bueno.

REY.

¿Porque huistes venís
Á pedir, soldado, premio?
¿Tan cobarde me juzgáis
Que he de premiar vuestros hierros?
¿No fuera mejor á manos
Del bárbaro sarraceno,
Diérades parte á la fama
Que aplaudiese vuestros hechos,
Y ya que el temor gigante
Impidió tales deseos,
Fuérades preso á Granada
Con otros soldados presos?
¿Es posible que el dolor
De veros un brazo menos
No os alentó á matar moros?
Id á la puerta de un templo,
Donde pediréis limosna,
Y agradeced que consiento
Que la pidáis, porque siempre
Los cobardes aborrezco.

SOLDADO.

Bien se pagan mis servicios.

[illegible]
Poca obligación os tengo,
[illegible] en el campo
Y [illegible]

Vase el soldado.

FUNES.
¡Qué presto que los despacha
MAESTRE.
¡Gran valor y entendimiento!
Prospere el cielo tu vida.
SECRETARIO.
Un mercader y otro viejo
Te quieren, señor, hablar.

Entra el viejo leñador y un mercader.

REY.
¿Qué pedís?
LEÑADOR.
El temor pierdo.
Pido, señor, que os dé Dios
Larga vida y muchos reinos;
Que os libre de los tiranos
Que, á vuestra grandeza opuestos,
Solicitan pesadumbres
Que obligan á su desprecio.
REY.
Dios os guarde; proseguid.
TELLO.
¡Qué bondad!
LEÑADOR.
Yo me sustento,
Gran señor, y á mi familia,
Que mujer y hijos tengo,
En vender cargas de leña
Con un cansado jumento.
Perdonad que así lo diga;
Que no entiendo los rodeos
Que los escritores saben
Ocultos de aquestos tiempos,
Por hablar de la manera
Que hablaron mis abuelos.
Yo me llamo Pedro Rubio,
Y soy de los rubios buenos,
Y en calle de rubios vivo,
Donde viven pocos negros;
Madrugué anteayer, señor,
[illegible] más presto,
Y en el camino de santo
Lázaro, de llagas lleno,
Pisé una cosa muy dura;
Bajéme por ella al suelo,
Y hallé cincuenta doblas
Marroquíes, que pudieron
Remediar mi pobre casa;
Pero como yo me precio
De cumplir lo que Dios manda
Restituyendo lo ajeno,
Vine á casa, y mi mujer,
Que tiene honrados respetos,
Me dijo las pregonase;
Y apenas intento hacello,
Cuando las doblas pedía
Á voces un pregonero;
También prometió de dar
De hallazgo, si fuera cierto,
Diez doblas; agradecí
Tan honrado ofrecimiento
Á este mercader, que dijo
Haber perdido el dinero;
Lo entregué, y pidiendo yo
Las diez doblas con denuedo,
Dijo: «Yo perdí sesenta;
Cincuenta traéis, buen viejo;
Esas diez doblas que faltan
Por vuestro hallazgo os dejo»:
Y juro, señor invicto,
Por los santos Evangelios,
Que una dobla no tomé.
REY.
¿Qué respondéis vos?
MERCADER.
Que fueron
Sesenta las que perdí.
REY.
Y que cincuenta os ha vuelto.
MERCADER.
Quedándose con las diez
Que le prometí primero.
REY.
¿Juráislo?
MERCADER.
Señor, sí juro.
REY.
Dadle al momento el talego;
Que si perdistes sesenta
Doblas, y cincuenta fueron
Las que dice que halló,
Ese dinero no es vuestro,
Y no es razón le pidáis
Á nadie lo que es ajeno;
Llevad, buen viejo, las doblas;
Y si acaso en algún tiempo
Os halláredes sesenta,
Se las daréis á este necio.
MERCADER.
Justamente me castiga.
LEÑADOR.
¡Larga vida te dé el cielo!
MERCADER.
¡Gran prudencia!
TELLO.
¡Gran valor!

Levántase el Rey.

SECRETARIO.
¡Plaza, plaza!

REY.
Vamos, Tello.

Vanse; queda Funes.

FUNES.
El mercader va corrido;
Volvió á su primer cuidado,
Pues el dinero hallado
En este punto ha perdido.
¡Oh Rey, indigno del nombre
Que te ha dado la malicia;
Rey que ampara la justicia;
Rey galán, Rey gentil hombre;
Rey que merece reinar
Lo que Dios fuere servido!

Vase.

Entran por la otra parte, acuchillándose, D. Diego y Leonardo, y Félix metiendo paz, y Cosme, criado.

DON DIEGO.
Por ser mi amigo fingido,
Leonardo, os quiero matar,
Y con la espada en la mano
No aguardo satisfacción,
Ni admite vuestra traición
Disculpas que son en vano.

FÉLIX.
¡Teneos, amigos, por Dios!

LEONARDO.
Reñid callando, don Diego.

FÉLIX.
Don Diego, no estéis tan ciego;
Mis amigos sois los dos.

DON DIEGO.
Con la vida pagarás.
La espada al suelo cayó.

Cae Leonardo y tiene Félix á D. Diego.

FÉLIX.
Pondréme á su lado yo
Y conmigo reñirás.
Digo que no eres mi amigo,
Y reñir contigo quiero.

DON DIEGO.
Félix, eres caballero
Y defiendes tu enemigo;
Por tu amigo no le mato;
Que vence tu cortesía
A la pasión que traía
Contra un hombre tan ingrato.
La vida le doy por ti
Y refreno mi vigor;
Que pienso fuera mejor,
Don Félix, matarle aquí;
Que un amigo declarado
Contra sus obligaciones,
Inventa nuevas traiciones,
Obliga á nuevo cuidado;
Pero en tus manos le dejo;
Guárdate de él, que es villano.

Vase D. Diego.

FÉLIX.
Es don Diego cortesano.

LEONARDO.
¡Ah, don Félix! Claro espejo
De verdadera amistad:
Á tus pies estoy rendido.

FÉLIX.
Tu amigo, Leonardo, he sido;
Excusa tanta humildad;
Y porque se fué don Diego,
Á buscarle quiero ir.

Vase Félix, y quedan Leonardo y Cosme.

LEONARDO.
Y yo quiero resistir
Mi loco desasosiego.
¡Oh, Cosme!

COSME.
Señor Leonardo,
Todo esto me huele á amor;
Bien lo ha hecho mi señor.
Por Dios, que anduvo gallardo,
Aunque servir á Laurencia
Procuras tan amoroso.

LEONARDO.
¿Sábelo Félix, su esposo?

COSME.
Ya fuera mucha prudencia.
Digo, Leonardo, que no
Sabe que le fuiste opuesto
Y que ocupabas el puesto
La noche que á Funes dió
La banda desde el balcón
Mi señora, que pensaba
Que á don Félix se la daba.

LEONARDO.
¡Ya renuevas mi pasión!
Confieso que por Laurencia
Tan rematado me he visto,
Que de Troya pretendí
Resucitar su prodigio.
¡Miente el discreto que dice
Que el amor hace atrevidos!
Pues solicitan temores
Sus amorosos designios.
Cobarde es amor, pues ruega,
Y villano mal nacido,
Pues con lágrimas obliga
Y aficiona con suspiros.
¡Tal vez soñando quimeras
Entre sus brazos me he visto!
¡Y tal vez me he visto, Cosme,
Á la garganta el cuchillo!
Bien veo que son antojos;
Que es de Creta el laberinto

[illegible]ho de un fiel amante
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] y honor de los siglos.
[illegible] que no me aflija,
[illegible]arde soy y atrevido,
[illegible] muriendo entre penas
Y [illegible] esperanzas vivo
[illegible] ahora que don Félix
Me libró de tal peligro,
[illegible]é bronce en el sufrir
[illegible]
[illegible] ventajas
Quien recibe el beneficio,
Y si la vida me dió,
Por él de vivir me privo.

COSME.

¡Lástima tengo de verte!
Y á no estar arrepentido
De tu pretensión, hiciera
Por ti lo que no has podido
El tiempo que me conoces.

LEONARDO.

Ya sé, Cosme, que me has visto
Arrodillado á sus pies.
¡Algún fiero basilisco
Tiene Laurencia en sus ojos,
Pues me priva el albedrío,
Y el alma, que ajena es,
Á su rigor sacrifico!
¡Ya no te pido remedio!
Silencio, Cosme, te pido,
Y que, si me vieres muerto,
Digas á Laurencia, amigo,
Que fuí mártir de su amor,
Y que por él la suplico
Imprima en su duro pecho
La causa de este martirio;
Y toma aquesta cadena
En señal que me despido
De este amor, de esta violencia,
De este encanto, de este abismo.

COSME.

Con ésta pones, Leonardo,
Á mis pies pesados grillos.
Darte por este favor
Á Laurencia determino,
Y aunque dicen que el amor
Es cobarde y no atrevido,
Si te determinas, quiero
Dar á tus penas alivio.

LEONARDO.

¡Imposibles me prometes!

COSME.

No tengo tan mal capricho
Que prometiera el remedio
Sin tenerle prevenido:
La llave te quiero dar
Esta noche, del postigo
Del jardín; saldrás al patio,
Y en el aposento mío
Te estarás; que los criados
Yo los tendré prevenidos
Á todos, que aunque den voces
No despierten al ruído;
Iré luego y sacaré
El rucio, el bayo y tordillo,
El alazán y el gobero
Al patio.

LEONARDO.

¡Tú vas perdido!
¿Qué importa que los caballos
Saques, Cosme, si al ruido
Tiene de bajar don Félix
Oyendo tantos relinchos?

COSME.

Pues en esto está el remedio,
Porque estarás escondido,
Y en bajando, subirás
Al cuarto, y por su marido
Te recibirá Laurencia;
Volveráste al mismo sitio
En atando los caballos
Félix; sin ser conocido
Te volverás á tu casa,
Darás á tu pena alivio,
Y premiado quedaré
Con el metal amarillo.

LEONARDO.

Y yo los brazos te doy.
Perdona, Félix, si he sido,
Con este amoroso fuego,
Ingrato á tu beneficio;
Que morir de honrado un hombre
Es necedad; ya te sigo
Para dar aquesta noche
Á mis venturas principio.

Vanse. Sale Funes graciosamente de noche.

FUNES.

Dichoso el oficial que entre la pez
Come con gusto el más sabroso arroz,
Y sin buscar jarritos de Estremoz
Le sabe á almendras la caliente nuez;
Y dichoso el que juega á la ajedrez
Por excusar de la ordinaria coz,
Y dando mate sólo con la voz,
Le temen desde el Ganges hasta Fez;
Y desdichado yo don Alumbriz,
Pues siendo bien nacido como Acaz,
No he podido comer de tu alcozcuz;
Dícesme zape cuando digo miz;
Y cuando entiendo me has de dar solaz,
Me quedo á oscuras sin mirar tu luz.

Entra D. Diego por la otra parte.

DON DIEGO.

Noche confusa y medrosa,

Que, con las claras estrellas
Brillando sus luces bellas,
Casi pareces hermosa.
Si tu vista temerosa
Causa horror, dolor y pena,
Yo te doy la norabuena
De tu confuso temor.

FUNES.

¿Si es Leonardo mi señor
Esta tierna filomena?

DON DIEGO.

Tu pesadumbre dilata
Y tu negra cabellera;
Detenga el alba en su esfera
Los desperdicios de plata.
En el carro de escarlata
Desmarañando cabellos,
No salgan los rayos bellos
Del gran padre de Faetón;
Antes procure Tritón
Entre su horror escondellos.

FUNES.

Hacia acá llega.

DON DIEGO.

¿Quién va?

FUNES.

Nadie, que parado estoy.

DON DIEGO.

¿Qué pretende?

FUNES.

Funes soy,
Señor Leonardo, que está
Prevenido á todas horas,
Hecho un reloj. Ya sin pena
Puedes estar con Elena;
Pues conmigo te mejoras.
Quiébrale un ojo al pesar;
Pasa esta noche con ella,
Cansada por ser doncella.
El viento no ha de pasar
Por esta calle temprana:
Coge la pera en sazón;
Goza, señor, el melón,
No esté badea mañana;
Haz verdaderos los celos
Deste don Diego arrogante;
No temas, pasa adelante.

DON DIEGO.

¿Qué es esto, divinos cielos?

Entre Leonardo con la llave del jardín por la otra parte del tablado.

LEONARDO.

Atormentadme, pensamientos míos;
Haced los ojos ríos;
La vida me acabad, locos deseos,
Y en bárbaros empleos,
En tan confuso abismo,
Ofreced vuestras penas á mí mismo.
Una mujer mi gloria ha divertido;
Por ella estoy metido
En un confuso caos, un laberinto.
En término sucinto
Gloria amor me asegura,
Y el rigor muerte vil y desventura.

DON DIEGO.

Mataré á Leonardo, sí;
No la tiene de gozar;
Mas no le quiero matar
Por darme la vida á mí:
Goce Elena su esperanza
Y Leonardo la ocasión,
Ya que sienta el corazón
Su ingratitud y mudanza.

LEONARDO.

Esta es la llave con que amor te obliga
Remediar mi fatiga;
Allí la puerta veo
Ofreciendo ocasión á mi deseo,
Y aquí el temor cobarde
De mis obligaciones hace alarde.
Un confuso Caribdis me imagino
Apenas determino
Ejecutar mi intento
Terminando el primero movimiento,
Cuando temo y me admiro,
Y cobarde me excuso y me retiro.
¿Esto es amor? ¿Aqueste es albedrío?
¿Qué ruge el pecho mío?
¿Yo sujeto á temores?
¿Qué deidad solicita estos rigores?
Gozaré de Laurencia,
Y ejecútese en mí la cruel sentencia.

Entrase haciendo que abre por la parte que entró.

FUNES.

¡Confuso estás!

DON DIEGO.

¡Vive Dios
Que estoy por matarle ahora!

Sale Elena al balcón.

FUNES.

El balcón abrió; ya es hora
Que entres, señor.

ELENA.

Ce, ¿sois vos?

DON DIEGO.

Decid por quién preguntáis;
Que aunque en este puesto estoy,
No sabré decir quién soy.

ELENA.

¡Jesús, qué confuso estáis!

DON DIEGO.

El no haberos respondido
Á lo que habéis preguntado
Es porque, si fuí llamado,
Otro es, Elena, escogido;
Un hombre que está penando

Si en vuestra gracia se vió,
Y que el juicio perdió
Ni sabe cómo ni cuándo,
Y aunque el dolor apercibo
Juzgando el remedio incierto,
Soy, señora, un hombre muerto,
Que estuvo en un tiempo vivo.

FUNES.

Estas razones de Estado
Para los príncipes son;
La mía es ver el frisón
Ó el tordillo bien rascado;
Y porque ya me recelo
La tardanza de Leonardo,
Como arrimado le aguardo,
Le aguardo echado en el suelo.

Echase Funes á la otra parte de la entrada de la puerta por donde ha de salir Leonardo.

ELENA.

Pues yo sé de una mujer
Que, según vuestro amor crece,
Don Leonardo, os aborrece,
Y, en suma, no os puede ver.
¿Vos llamado? Estoy pensando
Cómo ó cuándo; y si advertís
Si es verdad lo que decís,
Yo no sé cómo ni cuándo.
Don Diego es el dueño mío;
Toda el alma le rendí;
Que viniese le escribí
Porque de su amor confío
La honrada satisfacción.
No estorbéis su voluntad;
Que impide una libertad
Los pasos á la razón.
Idos, que vendrá don Diego;
No os suceda algún disgusto.

DON DIEGO.

Vos me aconsejáis lo justo.
¡Ay, alma, tened sosiego!

ELENA.

Temo os encontréis los dos
Por lo mal que os ha de estar.
El balcón quiero cerrar;
Id con Dios.

DON DIEGO.

Elena, adiós.

Éntrase Elena.

DON DIEGO.

Súfrase quien penas tiene
Aunque se aumente el dolor;
Que es poco sabio el rigor
Y tiempo tras tiempo viene.

Suena ruido.

Ruido siento; imagino
Que al alba la iglesia toca;
La noche su curso apoca;
Recogerme determino.
Alma, ya estáis más contenta;
Partid con menos cuidado;
Que amor está declarado
Y daros á Elena intenta.

Vase D. Diego.

Sale Leonardo.

LEONARDO.

César del amor he sido,
Pues tan venturoso fuí,
Que cuando llegué vencí,
Por ser amante atrevido.
Mayores temeridades
De amor se pueden creer.
Laurencia, fuiste mujer,
Vencí vuestras crueldades;
Pero más enamorado
Y perdido me dejáis,
Y podrá ser que sepáis
Del modo que os he gozado.
Logré la esperanza mía;
Como tracé sucedió.

Tropieza en Funes y cae.

FUNES.

¡Ay de mí! ¡Quién me mandó
Seguir tu loca porfía!
¡Muerto soy!

LEONARDO.

En esto pára
Siempre el gusto y el placer.

FUNES.

¡Más valiera no caer,
Y en mí sus fines hallara!

LEONARDO.

¿Qué gente?

FUNES.

¡Lindo consuelo!
No basta que me ha dejado
El espinazo quebrado.

LEONARDO.

Que es Funes, ¡por Dios! recelo.

FUNES.

¿Eres Leonardo?

LEONARDO.

Levanta.

FUNES.

Milagro es tenerme en pie.

LEONARDO.

¿Qué tan grande el golpe fué?

FUNES.

El disimulo me espanta;
Vienes de gozar á Elena,
Pues con ella te quedaste.
Porque dormido me hallaste,
Luego ejecutas la pena.

¿Tan mal, Funes, te ha servido,
Que pagas tan de contado?

LEONARDO.

Con el sueño has variado,
No tienes cabal sentido;
¿Yo á Elena?.... Vamos de aquí,
Que ¡vive Dios! que estás loco.

FUNES.

Siempre me has tenido en poco,
Pues siempre bien te serví;
¿Yo á Elena? ¡Lindo despacho!
¿No os vi juntos á los dos
Estar hablando? ¡por Dios!
¿Qué piensas, que estoy borracho?
¿No me hiciste retirar
Á este puesto? Di, Leonardo,
¿Por qué atrevido y gallardo
Quisiste en su casa entrar?
¿No entraste y hablaste á Elena?
¿Aquesto negar querrás?

LEONARDO.

Bien digo que loco estás,
Y que el sueño te enajena
De la natural razón;
Fáltate el entendimiento.

FUNES.

Si más no el conocimiento
De tu fuerte condición,
No; te quiero responder
Ni sustentar tu porfía,
Que si dices que es de día
Ahora lo he de creer.
De darte enfado me pesa;
Pero aseguro, señor,
Que aunque te siga el humor
No he de sentarme á tu mesa;
Porque no hay camaleón
Como mi pobre barriga.

LEONARDO.

Sígueme.

FUNES.

El diablo te siga,
Que es bueno para trotar.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

TERCERA JORNADA.

Salen Laurencia, dama, y Cosme, escudero.

LAURENCIA.

Ciega de cólera voy
Y de mil pesares llena;
Que á Leonardo no le enfrena
El grado honroso en que estoy.
Si en mí alguna acción hallara
Que alentara su osadía,
Y con falsa hipocresía
Su afición solicitara;
Si en la fiesta, en el paseo,
En la misa, en el balcón,
Con los ojos, con la acción
Aplaudiera á su deseo;
Si admitiera algún papel
De su amoroso cuidado,
Ó me ofreciera en traslado
De peregrino pincel;
Si en lisonjera alabanza
Acreditara sus prendas,
Ó en primitivas ofrendas
Pidiera alegre esperanza,
Bien hiciera en pretender
El logro de su apetito,
Y en mí estuviera el delito,
Que no me supe vencer;
Mas si esta misma querella
Tiene tanta antigüedad,
Y de la uniformidad
Me valí siendo doncella,
¿Cómo Leonardo en mi afrenta
Anima su obstinación?
Pues siendo casada, son
Los peligros de más cuenta.

COSME.

Ya, mi señora, este amor
No es amor, sino locura;
Disimular es cordura.

LAURENCIA.

No es sino falta de honor.

COSME.

Pues él viene; si te excusas
De hablalle, no sé qué hará.

LAURENCIA.

Temblándome el labio está
Entre cóleras confusas.

Sale Leonardo solo.

LEONARDO.

Contento, alegre y ufano
Me tenéis del bien que toco.

LAURENCIA.

Ó sois muy necio ó muy loco
Ó muy rudo cortesano;
Y en tan peligroso extremo
He venido á sospechar
Que me queréis acabar
En las desdichas que temo;
Pues en tan dura porfía
Mi valor y mi paciencia,
Ni curan vuestra dolencia,
Ni rinden vuestra osadía.
Y en confusiones tan largas,
Que sin cesar pretendéis,
Mientras más vas, más hacéis

Las horas tristes y [illegible].
   [illegible] despierta
De vuestro profundo sueño,
[illegible] dueño
[illegible] cierta,
   [illegible] que don Félix es
Mi amor y vuestro amigo.

LEONARDO.

Mal á pensarlo me obligo;
Que excede humano interés
   La gloria que he merecido

LAURENCIA.

¡Gloria!

LEONARDO.

Sí, tened memoria;
Que viene á ser mucha gloria
Si en vuestro lecho he dormido.

LAURENCIA.

¿En mi lecho?

LEONARDO.

No os espante;
Que hay en amar invención,
Y aunque atrevimientos son,
Por ser fineza de amante
   Perdón merece sin tasa.

LAURENCIA.

No entiendo lo que me habláis.

LEONARDO.

La noche, ¿no os acordáis?
Que se inquietó vuestra casa,
   Yo, mi bien, la alboroté,
Y á mis acciones devoto,
Solicitó el alboroto
Cosme, que en mi ayuda fué.
   Con su industria me curó,
Y entré á verme en vuestros brazos,
Donde en rigurosos lazos
Premiado mi amor se vió.
   No os turbéis, no os deis enojos,
Y entended que tanto exceso
Culpa es del amor travieso
Y [illegible] cielo de vuestros ojos.
   Templad, Laurencia, el desvío;
Que de esta suerte ha de ser
El medio que ha de tener
Mi amoroso desvarío.

LAURENCIA.

¡Oh falso, oh ruin caballero! (Aparte.)
Pero impórtame fingir,
Por ver si puedo vivir
Del daño que considero,
   Y en venenoso ardimiento
Beber la vil sangre suya.
Leonardo, no es bien que huya
La razón al sentimiento;
   Culpado estás, y el dolor
En enredo tan confuso,
Contra las leyes del uso,
No puede hacerle menor;
   Que cuento tan peregrino
Casi en descrédito ha dado,
Si bien, como está pasado,
Ni me abstengo ni me inclino;
   Pero, en fin, yo te prometo
En tu amor nueva mudanza,
Tal, que exceda en la esperanza,
La presunción al efeto.

LEONARDO.

Dame esos pies.

LAURENCIA.

Yo seré
Raro ejemplo de mujeres.

LEONARDO.

Yo, en el gusto que prefieres,
Loco de contento iré.

LAURENCIA.

Vete, que estoy cuidadosa:
¡Ay, perdido amable honor!

LEONARDO.

Adiós, mi bien.

Vase Leonardo.

LAURENCIA.

¡Ay, furor
De víbora ponzoñosa
   Que en mi corazón ardiente
Más se encienda! ¡Vive Dios,
Qué habéis de morir los dos,
Y no de un mismo accidente!

COSME.

Huelgo que esté más humana,
Que ¡por Dios, que te he temido!

LAURENCIA.

¡Oh villano; ¡Oh mal nacido!
¡Bárbara sierpe africana,
   Vive mientras cobro aliento
Contra uno y otro enemigo,
Y trazo horrendo castigo
En mi propio entendimiento;
   Y haciendo espada sangrienta
De mi dolor, vendrá á ser
En tan ilustre mujer
Rayo visible mi afrenta!

Vanse.

Sale D. Diego y Elena.

ELENA.

Nunca has estado tan fuerte
Y con más poca razón.

DON DIEGO.

Sois todas, en conclusión,
De condición de la muerte.
   A mí más bien me estuviera
Sentir tu término justo.

ELENA.

¿De qué procede el disgusto
Que tan presto te acelera?

DON DIEGO.

Fíngete ahora ignorante
Para que yo te lo cuente,

Ó preguntando al valiente,
Por no decir al amante.
Si tú no le dieras mano
Para que al campo saliese
Y contra mí se opusiese,
Más que valiente lozano,
Ni él mi color aprobara,
Ni mi fe su liviandad.

ELENA.

Ya pasa de libertad
El decírmelo en la cara.

DON DIEGO.

Pues ¿cómo se ha de decir?
Que lo demás es traición,
Y es propio de mi blasón
No acostumbrar á fingir.
Es murmurar lo demás,
Y sácase poco fruto.

ELENA.

Si con imperio absoluto
Así ultrajándome estás,
Diré cosas en descuento
De mi propia sencillez,
Que al más severo juez
Le asombra el entendimiento.
Baste decir que en mis ojos,
En mi lengua, en mi cuidado,
Jamás Leonardo ha hallado
Sino desdenes y enojos,
Porque por oculta estrella
Le aborrezco, aunque lo encubro;
Pero en vano me descubro
Á quien así me atropella.
Quédate adiós, é imagina
Que en los créditos ajenos,
De infamia se ha de hablar menos.

DON DIEGO.

Detente, Elena divina.

ELENA.

Déjame, incauto don Diego;
Déjame.

DON DIEGO.

No estés así
Si no quieres ver en mí
De Troya el incendio griego;
Que me tienes persuadido
De tu amor y de tu fe.

ELENA.

Digo, pues, que no me iré
Si crédito he merecido.

DON DIEGO.

Digo que me persuades.

ELENA.

Pues término tan cortés
Sabroso intérprete es
Para atar dos voluntades,
Mío eres eternamente.

DON DIEGO.

Y tú también eres mía.

ELENA.

Venza el curso de este día
Cuanto el sol bañe y caliente.
Dime, al fin, qué sucedió
En el campo.

DON DIEGO.

Fué, en efeto,
Don Félix grave y discreto:
Á los dos nos concertó.

ELENA.

Es Félix gran caballero.

DON DIEGO.

Y á no hallarse entre los dos,
Dijera el último adiós
Leonardo en mi limpio acero.
Envuelto en celosa furia,
Con recelo de perderte,
Vine á verte y ofenderte.

ELENA.

Quien más ama, más injuria.

Vanse.

Salga Laurencia descompuesta, Félix, Cosme y Celia.

FÉLIX.

Mi bien, Laurencia, señora,
No acabéis de esta manera
Este alma que vive en vos,
Si es justo que así lo entienda,
¿Qué accidente ha sido aquéste?
¿Qué impulsos, mi bien, os fuerzan
Para que tengáis conmigo
Tan tristes correspondencias?
Anoche, estando en la cama,
Y ahora, estando en la mesa,
Partes donde la mujer
Su amor recíproco muestra,
Todo es mirarme y llorar,
Todo arrojarme saetas,
Que con violentos aceros
El corazón atormentan.
Reparo luego si acaso
Os he ofendido, Laurencia,
Y hállome en esta parte
Sin átomo de sospecha.
Cuando entiendo que volvéis
Y que el accidente os deja,
Decís: «¡Ay, Félix del alma,
No tuve culpa en tu ofensa!»
¡Vos ofenderme! ¡Primero
La máquina que sustenta
El orbe se vendrá al suelo,
Que tal presuma ni entienda!
Sosegad un poco, amiga;
Sentaos, para que yo pueda
Sosegar un poco el alma,
Entre temores suspensa.
No pretendo preguntaros
La causa de vuestra pena.
Quiero morir con desdichas
Y no vivir con sospechas.

LAURENCIA.

Félix mío, yo os adoro;

[illegible] por ser vuestra,
[illegible] pasiones me matan,
[illegible]

FÉLIX.

[illegible]
[illegible] que una letra,
[illegible] cante
[illegible] Celia.

CELIA.

[illegible]
[illegible] sus males suspendiera.

COSME.

[illegible] no haber recibido
[illegible] la cadena.

Cante Celia:

El soberbio rey Tarquino
Se aficionó de Lucrecia,
La romana valerosa
Que las historias celebran.
Entró en su casa y gozóla,
Y ella, sintiendo su afrenta,
Pasando su tierno pecho.....

Levántese furiosa Laurencia.

LAURENCIA.

No cantes más; calla necia;
Que á no ser cristiana yo,
También el pecho rompiera.
¡Oh, alevoso rey Tarquino,
Indigno de que lo seas
Y que rey te llame el mundo!

COSME.

De que la gozó se queja.

LAURENCIA.

Trazada tengo tu muerte.

FÉLIX.

¿Qué importa la ajena ofensa
Para el propio sentimiento?
Que se matase Lucrecia
Y la gozase Tarquino,
¿Qué te importa á ti, Laurencia?

LAURENCIA.

Como no entiendes el juego,
Desechas las cartas buenas.

CELIA.

Loca está, sin duda, Cosme.

COSME.

Con la pena será cuerda.
Mejor es, señor, atarla;
Que la vecindad se altera,
Y quizá aqueste accidente
Podrá venir con más fuerza,
Y en aprieto nos veremos.

LAURENCIA.

Tenéis muy buena conciencia,
También entráis en la farsa;
Que si yo soy Melisendra,
Vos seréis el preste Juan
Que está ensillando á Babieca.
Si digo estos disparates,
Es porque éste no me entienda,
Causa de mis desatinos
É instrumento de mi afrenta.

COSME.

Conciértame esas medidas.

LAURENCIA.

La traición las desconcierta.
¿La romana se mató?
Pues yo andaré más discreta.

Vase Laurencia.

FÉLIX.

No entiendo, Cosme, estas cosas.

COSME.

¿Quién quieres tú que lo entienda?
El jüicio le ha faltado;
Sus acciones, ¿no lo muestran?
Que soy preste Juan me dijo.

FÉLIX.

El cielo me dé paciencia.

COSME.

Y á mí cadenas me dé,
Que es gran cosa una cadena.

Vanse, y sale Leonardo.

LEONARDO.

¡Que á tan miserable estado
Doña Laurencia ha venido!
¡Que yo la causa haya sido,
Y no me mate el cuidado!
¡Que el juicio la ha faltado,
Y cuando está de esta suerte,
En pena tan dura y fuerte,
Si ya sus pasos no sigo,
Por dilatarme el castigo
Se olvide de mí la muerte!

Entra Cosme con un papel.

COSME.

Aqueste papel me ha dado
Mi señora para ti.

LEONARDO.

¿Papel, Cosme, para mí?
Seas, amigo, bien llegado:
Sácame de este cuidado.

COSME.

No me puedo detener.

LEONARDO.

Pues ¿no tienes de volver
Por la respuesta?

COSME.

Tampoco.

LEONARDO.

El papel me tiene loco.

Vase Cosme.

Ya se fué; quiero leer.

Lee el papel.

«Á vuestro amor obligada,
Y como mujer rendida,
En serviros divertida,
De rigores olvidada,
Estoy ya determinada,
Menos activa y cruel,
Con pecho amoroso y fiel,
En vuestra casa esta tarde,
Hacer de mi amor alarde.
Adiós. Romped el papel.»
Dadme albricias, corazón,
Que ya cesó el frenesí;
Deseos, hablad por mí
En tan dichosa ocasión;
Honor, no hay contradicción.
Otra vez he de gozalla;
Será bajeza dejalla.
Alma, ¿dejaréla? No;
Que quien la ocasión perdió,
Muy tarde vuelve á cobralla.
Nobleza, ¿qué hemos de hacer?
Si don Félix es tu amigo,
Dejalla yo, contradigo
Tan cobarde parecer:
Si la tengo en mi poder,
No gozalla es cobardía.
Temor, mostrad valentía,
Alentad la confianza;
Que no hay temor de mudanza
Cuando está sereno el día.
Papel, pagaros quisiera
El favor que me habéis hecho,
Y creedme que en mi pecho
Fiel aposento os hiciera.
Laurencia, con vos tan fiera
Si en su amor me restituyo,
Á temores lo atribuyo:
Que os rompa aquí me mandó.
Si con vos vida me dió,
No he de decir que sois suyo.

Entre Funes.

FUNES.
Una mujer para entrar,
Tapada, pide licencia.

LEONARDO.
Sin duda que es mi Laurencia. (Aparte.)
Tanto bien me ha de matar:
¿Quién en ventura me iguala?

FUNES.
¿Diré que éntre?

LEONARDO.
Funes, sí,
Y que estoy solo le di,
Y quédate en la antesala:
Que en el campo estoy dirás
Si viniere algún amigo,
Porque cierto intento sigo.
¡Oh, qué espacioso que vas!
Camina.

FUNES.
¿Soy postillón?
Déjame vivir despacio;
Que nadie muere en Palacio
Por falta de digestión.

Vase Funes.

LEONARDO.
El contento me ha turbado
Y el temor me ha divertido;
Don Félix es su marido
Y me confieso obligado.
Mas no he de morir por ser
Reportado en la ocasión,
Y fuera cobarde acción
Siendo tan bella mujer.

Entre Laurencia y traiga una daga encubierta.

LAURENCIA.
Leonardo.....

LEONARDO.
Señora mía.....

LAURENCIA.
No os parezca atrevimiento
Mi amoroso pensamiento.

LEONARDO.
El amor es tiranía.
Gracias doy á mi fortuna,
Pues ya con este favor
Se allanó vuestro rigor;
No temo mudanza alguna.

LAURENCIA.
Mi resistencia confieso,
Y ya os adoro, Leonardo.

LEONARDO.
Con tal ventura, ¿qué aguardo?

LAURENCIA.
Félix, perdona este exceso. (Aparte.)
No quede en casa persona;
Ya veis que importa no ser
Conocida una mujer
De quien Sevilla pregona
Recato y recogimiento.
¿Rompisteis luego el papel?

LEONARDO.
Sus partes os dieran dél
Que ocupan el aposento:
No hay criado ni criada,
Que amor es muy prevenido.
Entremos, que estoy perdido.

LAURENCIA.
Entremos, que voy ganada.

LEONARDO.
¿Vos ganada?

LAURENCIA.
Allá veréis

Si por vos, Leonardo, gano.

LEONARDO.

Dadme, Laurencia, una mano.

LAURENCIA.

[illegible]

LEONARDO.

[illegible] ¿habréisla menester?

LAURENCIA.

Sí, que os tengo de matar.

LEONARDO.

Si es de amor, no hay que dudar.

LAURENCIA.

De amor, Leonardo, ha de ser.
Estoy de amor tan perdida,
Que por lograr este amor,
Sin género de temor
Pienso quitaros la vida.
Una deuda me debéis,
Y he de cobrarla de vos.

LEONARDO.

Si es el gozarnos los dos,
Muy sujeto me tenéis.

LAURENCIA.

No os pido otra cosa.

LEONARDO.

¿No?
Pues entrad, Laurencia mía,
Dadle al alma este alegría.
¡Dichoso mil veces yo!
Belleza y entendimiento
Te dió el cielo, mas me matas
Cuanto este bien me dilatas.

LAURENCIA.

Entremos en tu aposento.

Éntrense y salga Funes.

FUNES.

¡Que por mí tal cosa pasa!
¡En cólera estoy deshecho!
¡Que me haya Leonardo hecho
Perro que guarde su casa,
Y que él, como un don Quijote,
Se goce con la que entró,
Mujer, y en el zaguán yo
Esté pagando el escote!
¿No bastan ya sus locuras,
Su miseria y su deleite,
Pues por no gastar aceite
Me manda acostar á obscuras?
Cuando la hambre porfía
Y la paciencia se acaba,
Me dice un sabio pasaba
Con tres higos cada día.

Vase.

Salga Laurencia alborotada, la daga en la mano ensangrentada.

LAURENCIA.

Quien de su enemigo fía
Ó es cobarde ó poco cuerdo,
Y quien castiga traiciones,
No es traidor, sino discreto.
Reportarse en los agravios
Es acción de nobles pechos,
Mas dilatar la venganza,
Tal vez causa menosprecio.
La fuerza de la razón
Sirve en la ocasión de aliento;
Logros que imaginó el gusto,
Fúnebres obsequias fueron.
Muerto queda mi enemigo:
Que viva mi honor pretendo;
Secreto mi agravio fué
Si el castigo fué secreto.
Derramando la ponzoña,
Humor de abrasado incendio,
Trocado cadáver queda,
Inmóvil paga sus yerros.
El alma ingrata salió
Entre suspiros violentos
Cuando el rigor y el amor
Llegaban á un mismo tiempo.
Beba salitrosas llamas
Entre lastimosos ecos,
Entre mortales suspiros
Y en abrasados cauterios;
Que á precipitadas culpas,
Á locos desasosiegos,
Permite Dios los castigos
Para mayor escarmiento.

Éntrese y salga Funes.

FUNES.

Cansado estará Leonardo;
No hay tal vida; no me atrevo
Á recordarle: ya es noche;
Durmiendo está á sueño suelto.
Ya será razón, que es tarde,
Llegar hasta su aposento.
¡Qué buena siesta ha pasado!
¡Qué tal que saldrá el mancebo!
Pobre de Funes, que tiene
Sólo higos en el cuerpo,
Que fueran mejor postemas.
Abrir la cortina quiero:
Recuerde, señor Leonardo,
No se entregue tanto al sueño.

Abra la cortina Funes, y estará Leonardo sobre unos cojines que parezca estar degollado.

¡Ay de mí, Leonardo mío!
¡Ah, señor! ¡Él está muerto!
¿Qué es esto, cielos divinos?
¡Gran traición! ¡Oh, vil don Diego!
Celos de Elena *me fecit*,
Celos de Elena le han muerto.
Aquí pararon, señor,
Tus gustos y pasatiempos;

El pago el amor te dió,
Es lince, en fin, vióte el juego
Y arrastró con la espadilla;
Pero no es bien que en silencio
Quede traición semejante:
Á Juan Pascual hablar quiero,
Asistente valeroso,
Y á don Pedro el Justiciero.
¡Muera el traidor Cincinato
Y guarde Dios mi pellejo!

Ciérrese la cortina, y vase.

Salgan D. Félix y Laurencia.

FÉLIX.
Después, Laurencia, que estás
Con salud, con nueva gloria
Se entretiene la memoria,
Otro nuevo sér me das.
¡Dichoso yo, que estos días
He gozado de quietud,
Y en ver que gozas salud,
Se aumentan las glorias mías!
¿Es posible que te veo
Tan quieta?
LAURENCIA.
Siempre, señor,
Os he pagado ese amor
Y en vuestro gusto me empleo.
Fué el accidente mortal,
No le pude resistir;
Harto cuesta prevenir
El remedio á tanto mal.
FÉLIX.
Y como que os ha costado
Y yo también lo he sentido,
Como amante agradecido
Y marido enamorado.
LAURENCIA.
Sólo por vos lo sentí;
Pero ya se remedió
Y el accidente cesó.
FÉLIX.
Dadme el parabién á mí,
Que participo del gusto,
Como más interesado.
LAURENCIA.
Ese pensamiento honrado
Agradezco como es justo.

Sale Celia alborotada.

CELIA.
¡Gran desdicha, gran dolor!
FÉLIX.
Repórtate, Celia, aguarda.
¿Qué tienes, qué te acobarda?
¿Qué ha sucedido?
CELIA.
Señor,
Cosme estaba en su aposento
Comiendo, y tan de repente
Tuvo un rabioso accidente,
Que le dejó sin aliento,
Y finalmente sin vida.
FÉLIX.
¡Valgame Dios!
LAURENCIA.
Si comió
Demasiado, así pagó
La demasiada comida.
Daríale apoplejía,
Que es mal violento y mortal.
CELIA.
Sin duda le dió ese mal.
LAURENCIA.
No es sino venganza mía.
Ya he cobrado de los dos,
Deuda ha sido bien pagada.
FÉLIX.
De su muerte acelerada
Me pesa, Celia, ¡por Dios!
Hacedle luego enterrar.
¡Secreto del cielo ha sido!

Vase Celia y entra Elena con manto.

ELENA.
Perdonad si no he pedido
La licencia para entrar;
Que vecindad y amistad
Excusan la cortesía.
LAURENCIA.
Elena, señora mía,
Mal pagáis mi voluntad.
FÉLIX.
Señora Elena, excusados
Son cumplimientos, ¡por Dios!
Pues ya sabéis que los dos
Nos preciamos de criados
Vuestros; y el deudo cercano
Que con Laurencia tenéis.....
ELENA.
Como quien sois procedéis.
FÉLIX.
Siempre á serviros me allano
ELENA.
Gracias al cielo que ya
El accidente os dejó.
LAURENCIA.
Mal, amiga, me trató.
Ya el alma gozando está
De más quietud y sosiego.
Vos, Elena, ¿cómo estáis?
ELENA.
Buena, pues tanto me honráis.
FÉLIX.
¿Qué hay de Leonardo y don Diego?
Fuíme al campo, y no he sabido
De los dos. ¿Lloráis Elena?
ELENA.
No puede encubrir la pena

[illegible]
[illegible]
[illegible] pesar;
[illegible] el dolor,
[illegible]

[illegible]

Mis males quiero contar:
Amor, absoluto rey
[illegible] les allana
[illegible]
Y tiraniza las almas,
[illegible] de mí;
[illegible] que fuí forzada,
[illegible] hay discretas prevenciones
Contra sus promesas falsas.
El alma le dí á don Diego;
[illegible] gastar palabras
Que á la relación ofenden
Y [illegible] causan.
[illegible] mi suerte dichosa
En las estrellas más altas,
Mas la fortuna me arroja
Á un abismo de desgracias.
Leonardo de Mara[illegible],
Que ya por secretas causas
Del cielo, yace difunto,
Y estrellas pisan sus plantas,
Aficionóse á mis ojos,
Y con diligencias cautas,
Leyes de amistad deroga,
Y [illegible] traiciones se abrasa.
Supo don Diego su amor
Y su amistad mal pagada;
Celoso, le desafía;
[illegible]nte, al campo le saca;
Hallaron muerto á Leonardo
En su retrete, en su casa;
Que á los castigos del cielo
No hay prevenciones humanas.
Á Juan Pascual, Asistente,
Dió cuenta de esta desgracia
Funes, y también contó
Del desafío la causa.
Don Diego, que está inocente
[illegible]an infame demanda,
Dicen que muerte le dió.
[illegible]na acción de su fama!
[illegible] preso á don [illegible]
[illegible] le acompaña,
[illegible] también Funes
De este rigor no se escapa.
[illegible]
[illegible]
Para femeniles pechos,
[illegible] llorar, cantan.
[illegible] al fin se hici[illegible].
Diciendo que les dió entrada
[illegible]
[illegible]nza.
[illegible]tir desca[illegible],
[illegible]n tirana,
Á muerte vil los condena,
Dando fin á mi esperanza.
A mí me busca también,
Diciendo que soy culpada:
Mujer soy, sólo he venido
Á ampararme en vuestra casa.
Mi sangre tenéis, Laurencia;
Como vuestra remediadla;
No padezca injusta afrenta,
Ya que el alma el dolor pasa.

FÉLIX.

Fué don Leonardo travieso,
Pero el juvenil ardor
Disculpa cualquier rigor,
Abona cualquier exceso.

LAURENCIA.

No tanto le disculparas
Si bien la causa supieras.

FÉLIX.

Deja ahora esas quimeras
Si en darme gusto reparas;
Que era Leonardo mi amigo,
Aunque contrario me fué
El día que me casé.

LAURENCIA.

Por eso, Félix, lo digo;
Más que su muerte, he sentido
De don Diego la prisión.

FÉLIX.

Laurencia, no es discreción
Afligir al afligido;
Que lo siento, sabe Dios,
Señora, con igualdad,
Porque en amor y amistad
Parejas corrían los dos.
Desde hoy, señora Elena,
Aquesta casa tened
Por vuestra, y de mí creed
Que me aflige vuestra pena.
Vamos, que á la plaza voy
Á ver en qué estado está
Su pleito.

ELENA.

Y decidle allá
Como en vuestra casa estoy.

Vanse Félix y Elena; queda Laurencia.

LAURENCIA.

¿No dí yo á Leonardo muerte
Vengando mi afrenta? Sí.
Pues si es verdad, ¿cómo aquí
Mi gusto Elena divierte?
¿Cómo ha querido mi suerte
Que instrumento venga á ser
De tanto mal? ¿Qué he de hacer?
Buscaré remedios sabios;
Que no hay venganzas ni agravios
Que no intente una mujer.
Don Diego, por mi ocasión,
Padece muerte afrentosa;

No será venganza honrosa
Ni bien lograda intención.
Poderosa es la razón,
Si necia la confianza;
Riesgo corre la tardanza,
El temor me ha suspendido;
Pero siempre el atrevido
Suerte venturosa alcanza.

Vase.

Salen el Rey, D. Tello, el Maestre, Secretario y acompañamiento.

REY.
Las paces ha quebrantado
Mi primo el Rey de Aragón.
MAESTRE.
Puede ser que esta ocasión
Otro intento le ha obligado.
REY.
El almirante Claquín
Con ejército pujante,
Viene de Francia arrogante;
Que le promete el buen fin
Ser ricohombre de Castilla,
Porque ha de ser rey el Conde.
TELLO.
Mal Enrique corresponde.
REY.
Dios los soberbios humilla:
Él es el Señor supremo,
Su ley católica sigo,
Y si Dios está conmigo,
Ni á Enrique ni al Francés temo;
Que soy cristiano, García,
Y conozco su poder.
SECRETARIO.
Si audiencia tiene de hacer
Vuestra Alteza, antes que el día
Se acabe la puede dar.
REY.
Avisad que audiencia doy.

Siéntese el Rey en el asiento y sale Marcelino.

MARCELINO.
Sentado está; muerto voy;
Casi no acierto á llegar.
Otras veces, gran señor,
Á tu presencia he venido,
Y mi afrenta he referido
Y de mi estrella el rigor:
Un prebendado sacó
De mi casa á mi mujer;
Mandó el Arzobispo ayer,
Que del caso se informó,
Que en seis meses no dijera
Misa ni á la iglesia fuese,
Que cierta limosna diese
Y que á su casa se fuera.
Mis afrentas prosiguió,
Y viendo el remedio incierto,
Junto á la iglesia le he muerto,
Con que mi agravio pagó.
Pude escaparme, y después
Vengo, señor poderoso,
Afligido y temeroso,
Al sagrado de tus pies.
REY.
Dice un filósofo grave
Que en la culpa del mayor
Es cómplice el superior
Cuando castigar no sabe.
La sentencia dar requiero
Sin llegar á consultar;
Primero me has de informar
De su oficio.
SECRETARIO.
Es zapatero.
REY.
¿El Arzobispo mandó,
Cuando tu lengua le avisa
De tu mal, no diga misa
En seis meses? Bien juzgó.
Vete en paz, y en seis cabales
Meses, zapatos no harás;
Libre á tu casa te irás,
Serán sentencias iguales;
Que á mi cargo tomaré
Alcanzar la absolución.
MAESTRE.
¡Qué prudencia y discreción!
MARCELINO.
Larga vida el cielo dé
Á Vuestra Alteza.
SECRETARIO.
Hablarte
Solo, si aquí puede ser,
Señor, pide una mujer.
REY.
Retiraos á aquella parte.

Retírense todos; salga Laurencia con manto, y traiga la daga ensangrentada.

LAURENCIA.
Rey poderoso é invicto,
Que en Castilla eres primero
En la justicia que guardas,
En el nombre y en los hechos;
Sucesor monarca digno
Del godo rey Recaredo,
Hijo del cristiano Alfonso,
Del nombre en Castilla onceno,
Así de los enemigos
Que á tu poder se han opuesto,
Humillares los perdones,
Y los castigues soberbios;
Y así favor te conceda
El santo Patrón gallego,
Á quien le dió dignamente
Los votos Ramiro el bueno,

Que me oigas y me ampares,
Que afligida á tus pies vengo.
Don Félix de las Roelas
Es mi esposo, cuyos hechos
Llora el África, y España
Canta en historias y versos.
Como marido le adoro,
Como padre le respeto;
Todo lo que es él me alegra,
Y sin él mil penas siento.
Leonardo de Maraver,
Mozo arrogante y travieso,
Indigno, por sus traiciones,
Del nombre de caballero,
Aficionóse á mis ojos,
Pues por ser hermosos ellos,
Tales agravios he visto,
Tales desdichas padezco.
Persuadióme tiernamente,
Pero no admití sus ruegos;
Que la mujer, si bien quiere,
Es firme roca á los vientos.
Por lascivas pretensiones
Le sacó al campo don Diego,
Y á no hallarse allí don Félix,
Que le amparó, fuera muerto.
Viendo, señor, mis desdenes,
Y mi resistencia viendo,
Nuevas traiciones procura,
Intenta nuevos enredos;
Halló fácil un criado;
Que el oro es mudo tercero
Que facilita imposibles,
Mancha inculpables deseos.
En mi casa le dió entrada
En la mitad del silencio;
Que de ladrones de casa
No se escapa el más discreto.
Y en punto de media noche,
Cuando vencidos del sueño
Los espíritus reposan,
Dando descanso á los cuerpos,
Desataron los caballos,
Al patio, señor, salieron,
Obligando sus relinchos
Á Félix que de su lecho
Bajase, porque llegase
El traidor al mismo puesto
Donde fuí engañada Troya
Por otro caballo griego.
Alegre de mi desdicha
Y de mi afrenta contento,
Me habló en la iglesia otro día,
Más amoroso y más tierno,
Diciendo: «Laurencia mía,
Ya que logré mi deseo,
Que vence amor imposibles
Y rompe torres de acero,
Ya que fueron los caballos
Para gozarte instrumento,
Cesen pasados desdenes,
Pues como al alma te quiero.»
Disimulé mi pasión,
Y con exterior afecto
Prometí correspondencias
Enfrenando honrosos miedos.
Con el villano criado
Le escribí un papel diciendo
Que enamorada y perdida,
Á su amor correspondiendo,
Iba á su casa: halléle
Retirado en su aposento,
Donde, asiendo la ocasión,
Gran señor, por el cabello,
Con ánimo varonil,
Con aqueste propio acero,
Que ensangrentado asegura
De mi venganza el suceso,
Le dí la muerte, cortando
La vil cabeza del cuello.
Volví á mi casa gozosa,
Y otro día, el escudero
Murió con mortales ansias
Con la fuerza de un veneno.
Juan Pascual, vuestro Asistente,
Hallando á Leonardo muerto
Y sabiendo el desafío,
Prendió, señor, á don Diego
Y á dos criados también,
Que, obligados del tormento,
Confiesan ajenas culpas,
Acción de cobardes pechos.
Viendo sus declaraciones
Y el atroz delito viendo,
Á muerte los condenó,
Y tiene el teatro hecho.
Yo le dí muerte á Leonardo;
Cristiano sois; sólo vengo
Á pediros, gran señor,
Misericordia por ellos:
Por mi marido la honra,
Pues os sirve como bueno.
Á doña Elena, mi prima,
Le dió de esposo don Diego
Palabra, y de no cumplilla,
Como lo tiene propuesto,
Será notoria su infamia,
Sin que se aguarde remedio;
Que en los nobles siempre son
Más notorios los defectos.
Vos, señor, sabéis mi afrenta,
Á vuestro cargo la dejo;
Ser cristiana me ha obligado;
Amparadnos por lo menos.

REY.

Este es el puñal cruel
Que en sueños anoche vi;
De Enrique el golpe temí
En la fuerza de Montiel.
Y aunque la imaginación
Me pretende atormentar,
Vengo sin duda á hallar

Que los sueños, sueños son.
  Si el temor os enajena,
Divertí vuestro pesar;
Que á mi cargo queda dar
Remedio á tan justa pena.
  Basta por información
Para quedar satisfecho,
La relación que habéis hecho
Y vuestra cristiana acción.
  La honra de vuestro esposo
Por mi cargo tomaré,
Y el secreto guardaré.

LAURENCIA.

Hágaos el cielo dichoso
  Con nuevo acrecentamiento
De reinos y señoríos.

REY.

Si gozara en paz los míos,
Tuviera todo contento.
  Secretario.....

SECRETARIO.

Gran señor.....

REY.

Iréis á la cárcel luego,
Y sacad de ella á don Diego,
Que dicen que fué agresor
  En la muerte de un Leonardo,
Y dos criados que están
Con él: todos tres saldrán.

LAURENCIA.

Tus pies beso.

REY.

¡Hecho gallardo!
  Y á don Félix llamaréis
De las Roelas.

LAURENCIA.

Señor.....

REY.

Guardar sabré vuestro honor.

LAURENCIA.

Temo.....

REY.

No me repliquéis.

SECRETARIO.

Yo voy.

Vase el Secretario.

REY.

¡Oh mujer prudente
Digna de eterno laurel,
Que bien pudieras con él
Coronar tu heroica frente!
¡Judit hermosa y valiente
Que con sobrado valor
La Betulia de tu honor
De infame cerco libraste,
Y la cabeza cortaste
De otro Holofernes traidor!
  Eterno tu nombre sea,
Y en bronce viva tu fama,
Desde la encendida llama
Á la obscuridad más fea.
¡Gran valor! ¡No habrá quien crea
Tan resuelto parecer!
Crédito honroso has de ser
Contra lascivos agravios;
Escarmienten los más sabios
En esta heroica mujer.
  ¿Dónde está esa doña Elena?

LAURENCIA.

Conmigo vino, señor;
Que la fuerza del dolor,
Temores justos refrena.

REY.

Llegue.

ELENA.

Temerosa voy.

Entren Elena y Celia.

REY.

Préciome de justiciero;
Ser piadoso con vos quiero;
De todo informado estoy.
  De vuestro esposo es notoria,
Dama hermosa, la malicia;
Pero tuerce mi justicia
Por vos la misericordia.

ELENA.

Viva, señor, Vuestra Alteza
Mil siglos.

CELIA.

¡Raro favor!

REY.

No cortan, por vuestro honor,
De don Diego la cabeza.

TELLO.

Mucho al Rey ha detenido.

MAESTRE.

Ahora, que esta mujer,
Agravios deben de ser,
Ó celos de su marido.

Entren el Secretario, D. Félix, D. Diego y Funes, y levántese el Rey del asiento.

SECRETARIO.

Los presos están aquí,
Y don Félix.

DON DIEGO.

Esos pies
Pido, señor, que me des.

DON FÉLIX.

¡Aquí Laurencia! ¡Ay de mí!
  Don Félix de las Roelas.
Soy, señor, que arrodillado
Vuestros pies beso.

FUNES.

En cuidado
Me ponen tantas cautelas.

REY.

Levantad, y desde hoy,

[illegible],
Estimad vuestra mujer.

[illegible]

[illegible]
[illegible] que me hacéis.

[illegible]

[illegible]
[illegible]

[illegible]

Y en [illegible]

[illegible]

[illegible] tenéis.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Yo me [illegible].

[illegible]

La vida que yo os he dado,
[illegible]

Pagad, don Diego, su amor.

DON DIEGO.

El cielo aumente tu vida.

REY.

Llego á tus pies afligida,
Y es justo amparar su honor.

CELIA.

Sirva y pene, que con él
Yo me casaré algún día.

[illegible]

Sí haré; pero por Lía
Serviré, no por Raquel,

REY.

Vamos. Eterna memoria
De esta mujer quedará
En el mundo.

DON FÉLIX.

Aquí fin da
Esta verdadera historia.

EL REY DON PEDRO EN MADRID

Y

EL INFANZÓN DE ILLESCAS

EL REY DON PEDRO EN MADRID

Y

EL INFANZÓN DE ILLESCAS

PERSONAS

El rey D. Pedro de Castilla.	Don Fernando.	Don Gil.
Tello García.	Don Juan.	Don Diego.
La Sombra de un clérigo.	Don Alonso.	Don Martín.
Don Enrique.	Fortún.	Criados.
Don Rodrigo.	Mendoza.	Músicos.
Doña Leonor.	Un Alférez.	Caballeros.
Elvira.	Un Contador.	Pajes.
Ginesa.	Un Arbitrista.	Pueblo.
Busto Sánchez.	Clarindo.	

ACTO PRIMERO.

Elvira, de labradora.

ELVIRA.

Verdes campos de Madrid,
Almas desta soledad,
Mis suspiros animad
Y mis lágrimas sentid.
Oid mis quejas, oid
El más bárbaro rigor
De los desprecios de amor:
En mi agravio os suspended,
Ó el sentir entorpeced,
Que es el remedio mayor.

Sale Ginesa, de villana.

GINESA.

¡Cielos! ¡Que tan poca fe
Haya en los hombres! Reniego
De sus fingimientos: ¡fuego
En amor, que viento fué!
Llamas el abismo dé
Sobre el mundo, desatado
Tanto, que habiendo abrasado
Feroz, activo y cruel,
Todos los hombres, en él
Aun quede el fuego sobrado.

Sale Busto, de labrador bizarro, con gabán de seda.

BUSTO.

Flores, que hacéis vuestras bellas
Hojas del nácar agravios,
Dejad que medren mis labios
Las perlas que logran ellas.
El sol llora: el sol da estrellas,
Esferas verdes haciendo,
Las azules desluciendo
Con las que les va negando;
Y de ver el sol llorando,
Se están los campos riendo.
¡Ay! ¡Quién, lágrimas divinas,
Cuántas sois almas os diera,
Con que amor desprecio hiciera
De las conchas matutinas!

[illegible]
[illegible] pudieran may[illegible].
[illegible]
[illegible],
[illegible].
[illegible]

[illegible]

[illegible] hallar aquí,
[illegible]
[illegible]

[illegible]

En mí, pues vives en mí.

ELVIRA.

¡Ay, Dios!

[illegible]TO.

¿Tú pierdes ansí
[illegible] al sol desatas?
[illegible] rosas ó ingratas?
Dime si al cielo te quejas,
Elvira, por los que dejas
Con vida, ó por los que matas.

[illegible]

Hombre, déjanos aquí.

[illegible]TO.

Pues ¿qué hay en mí que te asombre?

GINESA.

La parte que tienes de hombre.

BUSTO.

Hombre soy.....

[illegible]

Pues fuego en ti.

BUSTO.

Amor es incendio en mí.

[illegible]

Ése se apaga en tus labios;
Que amor con engaños sabios
Tiene, animando rigores,
En la boca los favores,
Y en el pecho los agravios.
No puede tratar verdad
El hombre, aunque más te asombre,
Pues tiene en el primer hombre
El mentir su antigüedad.
Mentira es su majestad,
Mentira es su perfección;
Sus lágrimas, su afición,
Sus acciones, son mentiras;
Al fin, cuantos hombres miras,
Vivientes mentiras son.
[illegible]ntira en Adán se hicieron,
Cuando en él se derivaron,
[illegible]ue si en Adán pecaron,
También en Adán mintieron.
Mentiras en Adán fueron,
[illegible] en Adán las mira,
La mujer con que le admira,
[illegible]
[illegible]
Huyendo de su mentira.

[illegible]

[illegible]inesa, te ha mentido?

[illegible]SA.

Tú, por lo que de hombre tienes.

ELVIRA.

Busto, si por perlas vienes,
[illegible] muy bien venido.

[illegible]TO.

[illegible]allas he pretendido;
[illegible] cuando voy á cogellas,
El alma se abrasa en ellas;
Que abismos de luz haciendo,
[illegible] que perlas van cayendo,
Se van trocando en estrellas.
[illegible], mi Elvira, ¿qué es esto?
¿Tú en las soledades lloras?
¿Tú, aumentando las auroras,
Tienes el sol descompuesto?
¿Tú lo aliñado y modesto
De tu compostura excedes?

ELVIRA.

Juzgar en mi llanto puedes,
Busto, cuánta es la pasión,
Para que, en su compasión,
Suspenso y piadoso quedes.
Por ti lloro.

BUSTO.

¿Por mí lloras?
¿Es muerto mi amor en ti?

ELVIRA.

Antes no ha logrado en mí
Jamás tan propicias horas.

[illegible]

Si en el llanto me enamoras,
Como aquí me persüades,
No á los campos te traslades.

ELVIRA.

De amor son tales acciones,
Que, como es contemplaciones,
Se alegra en las soledades.

GINESA.

Mirando adentro.

¡Válgate el cielo!

ELVIRA.

¿Qué es esto?

GINESA.

Fogoso, espumoso y fiero,
Á un bizarro caballero
Un caballo ha descompuesto.

ELVIRA.

En los ijares le ha puesto
Las piernas con tal furor,
Que muerto cayó. ¡Señor!

Busto y Ginesa van á socorrer al caballero.

El rey D. Pedro, Busto y Ginesa.

[illegible]

Dentro.

Ansí he de desjarretallo.

BUSTO.

Dentro.

Ya queda muerto el caballo;
Que es la venganza mayor.

Sale el Rey con la espada desenvainada, y tras él Ginesa con el sombrero. Después Busto trayendo la maleta del Rey.

ELVIRA.
Envainad, señor, la espada.
Limpia á su merced, Ginesa.
GINESA.
Tome el sombrero.
ELVIRA.
La priesa
Turba tal vez la jornada.
BUSTO.

Saliendo.

Ya del caballo quitada,
Señor, la mochila queda
GINESA.

Á Busto.

¡Todo es perlas, oro y seda!
ELVIRA.
Si estáis fatigado, aquí
Descansad.
REY.
No hay cosa en mí
Que darme fatiga pueda.
Temió el caballo bajar
Esa cumbre, y yo arriméle
La espuela para que vuele:
Quísome precipitar;
Y no dándole lugar
Á que otro Faetón me hiciese,
Le hice que á mis pies muriese.
ELVIRA.
Ventura y milagro ha sido.
REY.
No es milagro haber caído,
Sino que á esos pies cayese.
¿Cuánto está Madrid de aquí?
ELVIRA.
Dos leguas.
REY.
¿Qué aldea es
Ésta?
ELVIRA.
Es, señor, Leganés.
REY.
¿Sois della?
ELVIRA.
En ella nací.
REY.
¿Hallaré un caballo?
ELVIRA.
Sí:
Yo os daré un rocín que es viento.
REY.
Estimo el ofrecimiento.
GINESA.
Yo un pensamiento os daré,
Que de algún necio lo fué
Y se transformó en jumento.
No hay pollino más gentil
En este contorno: excede
Al choto más vivo, y puede
Ser signo del mes de Abril,
Y más si le pica Gil,
Que le conoce las mañas.
Llanos hace las montañas;
Asno es al fin de tal ley,
Que en él, sin vergüenza, el Rey
Puede en Madrid jugar cañas.
¿Venís vos con él? (1)
REY.
Con él
Paso á Madrid.
GINESA.
Tan severo
Y tan galán caballero,
¿Cómo espera premios dél?
REY.
¿Por qué no?
GINESA.
Porque cruel,
Castilla á voces lo llama.
REY.
Su justicia el pueblo infama.
GINESA.
La fama está en la opinión.
REY.
No todas verdades son
Las que acredita la fama;
Y ansí, miente el sedicioso
Vulgo, que en él trueca fiero
La parte de justiciero
Que lo hace ilustre y glorioso.
GINESA.
Si es tan bizarro y airoso
El Rey como vos, no puede
Ser cruel.
REY.
La fama excede,
Tal vez por odio ó malicia,
Lo heroico de la justicia,
De quien la virtud procede.
¿Cruel es tu Rey, Castilla? (Aparte)
Falso atributo le das.

Á Busto.

Prevénme el rocín.

---

1 Con el Rey.

[illegible]

Verás
Antes de una hora la villa.

[illegible]

[illegible]

[illegible] brilla
[illegible]l, del cuidado [illegible]
El pr[illegible]

[illegible]

[illegible] Elvira emplea
Piedra tan rica y preciosa.

[illegible]Y.

¿Es tu esposa?

BUSTO.

No es mi esposa,
Aunque el alma lo desea.

[illegible]

Pues ¿quién lo impide?

ELVIRA.

Mi suerte.

[illegible]TO.

Culpa tus desconfianzas.

[illegible]

Amor, nuestras esperanzas,
Busto, en lágrimas convierte,
Y [illegible]í, el amarte y quererte
Consiste en menospreciarte;
Que aunque quiero el alma darte,
[illegible] á mí me está tan bien,
Generosa en el desdén,
Consigo el premio de amarte.
Y no me preguntes más.

[illegible]STO.

Suspenso obedezco y callo.

[illegible]

[illegible] á apercibir el caballo.

[illegible]TO.

Amor, enigmas me das. (Aparte.)

ELVIRA.

Triste quedo, si lo vas.

BUSTO.

¿Quién nuestras glorias pervierte?

ELVIRA.

Ya te he dicho que mi suerte,
De quien no puedes quejarte,
Por quien ya, Busto, el amarte
Consiste en aborrecerte.

[illegible]

Pues muera yo aborrecido,
Si en eso estriba tu amor;
Que en ti adoraré el rigor
[illegible] olvido.
Ya, Elvira, ofensas te pido,
Amando desengañ[illegible]

[illegible]

Más vale, desconfiado
(Aunque son alivios necios),
[illegible]lichoso con desprecios,
[illegible] premios desdichado.

[illegible]

REY.

No he visto tan nuevo amor.

ELVIRA.

Ilustre puedes llamarlo.

REY.

Antes vil, pues solicitas
Que se engendre en los engaños.

ELVIRA.

Hay quien los haga á los pobres.

REY.

Y hay Rey para castigarlos.

ELVIRA.

Si es cruel, como le pintan,
No hará de crueldades caso.

REY.

Calla, que estás neciamente
Su rectitud infamando.

ELVIRA.

¿Que hace justicia?

REY.

Es en él
El atributo más alto.

ELVIRA.

Luego si á sus pies la pido,
¿Me la hará?

REY.

Causando espanto
Á los que cruel lo culpan.

ELVIRA.

Y ¿vos sois de sus criados
Persona de quien yo entienda
Que se atreverá á informarlo
En mi justicia?

REY.

No tiene
El Rey, aunque tiene tantos,
Criado que más estime;
Y cuando verdad le trato,
Hace cuanto yo le pido;
Y ansí, pues ya está á mi cargo
Vuestro honor, pensad que estáis
Con el mismo Rey hablando.

ELVIRA.

Generoso caballero,
En quien lo altivo y bizarro
Con lo animoso compiten
Dese corazón gallardo:
Yo soy desta humilde aldea
Pobre y miserable parto,
Cuyos pajizos albergues
Ríen lisonjas de mármol.
Son los más ricos en ella
Mis padres, si en moderado
Caudal puede haber riqueza
Que se exima del trabajo.
Criéme modestamente,
Siendo en ejercicios varios,
Ya capitana de ovejas,
Ya soberana de gansos.
Crióse también conmigo
Aquel mancebo, logrando

Tiernas prendas con las horas,
Dulces premios con el trato.
Era una pared la línea
De nuestros favores castos;
Si no conjunción de estrellas,
Armonía de los años.
Con la edad fueron creciendo
Los afectos, pues llegaron
Á ser desbocados celos
Los amorosos recatos.
Ufana con sus favores,
Salía á los corros, dando
Á las zagalas envidia,
Y á los mancebos cuidado.
Desta suerte, en paz y amor,
Los dos vivíamos, cuando
Un áspid hizo las flores
Conchas de veneno amargo.
Porque un Tello, un infanzón,
Que en Illescas soberano,
Deidad se hace de los montes
Y majestad de los campos;
Dueño en las vidas y haciendas,
Poderoso, despreciando
Con atrevimiento loco
Los soberanos mandatos,
No haciendo caso del Rey,
Ni haciendo del cielo caso,
Soberbio á lo poderoso,
Y sacrílego á lo sacro,
Al fin tirano, á quien tiemblan,
Por lo altivo y por lo ingrato,
El decoro en las doncellas
Y el honor en los casados,
Pudo ver mi rostro un día,
Que fué mi mayor contrario;
Que la hermosura en lo humilde
Ocasiona los agravios.
Iba con otras amigas
Á Madrid á ver el Mayo,
Que entraba florido y verde,
Lisonjero con sus santos,
Donde de plata quería
El Manzanares calzarlo,
Porque le dejó el Abril
Entrar con los pies descalzos.
De palmilla carmesí,
Sayuelo y basquiña saco,
Que los tiñó la vergüenza
De competir con mis labios;
Sartas y patenas, donde
Decían que eran mis manos
De cristal, aunque mentían,
Extremos de sus espacios.
Libre á la espalda el cabello
Pendía en listones anchos,
Queriendo al viento lascivo
En ondas de oro anegarlo.
En tres pasamanos presa
Mantellina de damasco,
Donde admiración de fino
Gozar pudo el oro falso.
Una banda en el sombrero
Con matices africanos,
Despojo que honró á mi abuelo
En los moriscos asaltos.
Guardaban el pie en jervillas,
Chinelas presas á lazos,
Si encogido en lo pequeño,
Soberbio por lo argentado.
Enramado el jumentillo,
Quiso parecer pedazo
De primavera, fingiendo
Altiveces de caballo.
Ansí me vió este cruel,
Y ansí me siguió, alterando
El sosiego á mis amigas
Y á los corros el aplauso.
Seguíame sin decoro,
Hablábame sin reparo,
Ya atrevimientos soberbio,
Ya ternezas reportado.
Hurtóme al tiempo las horas,
Negóme al gusto los ratos:
Nunca vi poder tan necio;
Nunca vi día tan largo.
Tardó el sol siglos eternos,
Siendo para mis cuidados
Día de San Bernabé
El día de Santïago.
Huyendo al fin sus rigores,
Dejo el Sotillo, y no salgo
Dél apenas, cuando tiemblo
Rigores más temerarios,
Porque siguiéndome, quiere
Tenerme, solicitando
Al paso de sus deseos,
De mi deshonra los pasos.
Pico el jumento confusa,
Y en vez de picar lo paro;
Que pudo alterar entonces
Las acciones el espanto.
Lágrimas vierto, y con ellas
Más lo enciendo y más lo abraso;
Que tiene en tales acciones
Mucho de hechicero el llanto.
Ya me detiene amoroso,
Ya me suelta despreciado,
Ya en amenazas se enciende,
Ya se suspende en halagos.
Yo, sin cesar mi camino,
Sabia, solicito engaños,
Porque siempre fué el peligro
La academia de los sabios.
«Si eres poderoso (digo),
Perdóname por lo flaco
Y humilde, que el rayo siempre
Busca chapiteles altos;
Sigue beldad que te iguale,
Que yo en humildades guardo
Hermosura que es de pueblo,
Gallardía que es de campo,

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] viene
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] oro
[illegible]
[illegible]
Las fuentes en los peñascos:
[illegible]
Alma es la parra del árbol.
Las palomas, ya zafiros,
[illegible]na blancos,
En arrullos por los pi[illegible]
[illegible]tán las almas brindando.
[illegible]gancias le dan al día
[illegible] flores en holocausto,
[illegible]que en su quietud las deja
Para besos fingir labios.
[illegible]ie, al fin,
[illegible]ozan y aman, que amando
[illegible]rmemente, no hiciera
[illegible]raleza mi[illegible]
Pues si es ansí, deja que ame
[illegible]in ser contrario
Al concierto de las cosas
[illegible]stán el mundo aumentando.
[illegible], esposo tengo,
[illegible] él me caso,
Mañana al tálamo viene;
[illegible]
[illegible]
[illegible]rmienta desengaños,
[illegible]que es la humildad pechera,
[illegible]
La cruz ansí del lugar
[illegible]brimos, y apartarlo
[illegible]uedo, que, aunque es demonio,
[illegible]ruz no le causa espanto.
[illegible] tras mí,
Sin modestia, acreditando,
A costa de mi opinión,
[illegible]n los villanos.
Turbó el sosiego á la aldea,
[illegible] á la noche el descanso,
[illegible]do de mis pajas fuego,
Siendo de mis puertas Argos.
Fuése al fin, y muchas veces,
En su amor perseverando,
[illegible] la aldea á dar lenguas
Á la envidia y al agrav[illegible]
Hasta que, soberbio y loco,
[illegible]eroso, temerario,
Cruel, sangriento, lascivo,
Resuelto, determinado,
[illegible]..... Mas hablen los ojos,
[illegible] aquí la lengua acobardo.

[illegible]

¿Agora cobarde? [illegible],
Que en la importancia del caso
Estás, callas y enmudeces?

[illegible]

[illegible] enmudezco y callo.

[illegible]LSA.

Ya es necio callar. Señor,
[illegible] cruel, este falso,
De quien no hay vida segura,
Y no hay honor reservado;
Éste, todo autoridades,
Todo altiveces y enfados,
Tanto, que en lo presumido
Puede ser timbre de hidalgos.....
[illegible]he..... ¡Aquí fué Troya!
Sin prevenir el asalto,
Echó las bardas por tierra,
Leyes de un humilde patio,
Y ansí á la cama de Elvira,
[illegible] en la mano,
[illegible] se atreve,
Resuelto y determinado.
En la fiera ejecución
Le [illegible]ano,
Destos que en los poderosos
Acreditan los pecados;
Destos cuyas lenguas gozan
Privilegios de estropajos,
Pues con una lamedura
Hacen colegial (1) un plato;
Destos monas de sus dueños,
Sirviendo en oficios varios,
Crepúsculos que dividen
Lo mayordomo y lacayo.
Da voces Elvira, y yo
Salto de la cama, y hallo
Tras mí el bellacón, que imita
Resoluciones del amo.
Pasar pido, y no me vale;
Y acogiéndome al tejado,
Por él maullando me sigue
Con pretensiones de gato;
Donde, ¡mirad qué desdicha!
Pudo en la contienda tanto,
Que me rindió, sin venirme
Favor, consuelo ni amparo,
Ni de las tejas arriba,
Ni de las tejas abajo.
Al fin, á un tiempo, mi ama
Y yo sin honor quedamos;
Que amor con sus desperdicios
Solicitó mis agravios,

---

(1) *Limpio*; alusión á la limpieza de sangre que tenía que probar el que entraba en un colegio.

Viniendo á ser, sin sabello,
Mi desdicha, como cuando
Tirándole un tajo á un rostro,
Queda, el que estaba á su lado,
Con medio *per signum crucis*,
De las sobras de aquel tajo.
Acudió el pueblo á las voces;
El cura tocó á rebato;
Subiéronse las mujeres
De temor al campanario.
Los alcaldes solicitan
Prendelle; mas él, quebrando
Las varas en sus cabezas,
Les metió el Rey en los cascos.
Quedó Parral sin un ojo;
Cosme Tostón sin un brazo;
Crispín sin media nariz,
Y sin calva el escribano.
Sólo con el sacristán
Hizo un patente milagro,
Que aunque de entonar tenía
Un nudo en el espinazo,
Le dejó á vista de todos
Como un huso á puros palos.
Fueron á buscar justicia
Á Toledo, y no la hallaron;
Que dicen que se ha perdido
Después que este Rey ganamos.
Antes en ella, después
El don Tello á un mayorazgo
Quitó la esposa, con quien
Se está por fuerza casando,
Contra Dios y contra el Rey:
Y esta sinrazón llorando
Estamos de aquesta suerte.

REY.

No hables más.

GINESA.

Verdades hablo.

REY.

¡Que esté llena Castilla
De reyes, cuando al propio no se humilla!
¡Que profanen sus leyes,
Viviendo en la opresión de tantos reyes,
Y en su Rey verdadero
Confundan en cruel lo justiciero,
Siendo por varios modos
Él el piadoso, y los crueles todos!
Pondré sueño en sus nombres. (Aparte.)
¿Quién infanzones son? ¿Quién ricoshombres?
Caiga tanta cabeza;
Sólo un cetro ha de haber, sólo una alteza;
Que en los reinos del día,
Sólo gobierna un sol la monarquía;
Y ansí, tema á su sol, tiemble á su dueño,
De quien el mundo es átomo pequeño.
¿Dónde ese loco vive?

ELVIRA.

En Illescas.

REY.

Pues luego te apercibe,
Y en Illescas me espera;
Que tu esposo ha de ser aunque no quiera.

GINESA.

Hoy celebra sus bodas.

ELVIRA.

Para hoy, señor, las prevenciones todas
En Illescas hacía.

GINESA.

Hoy se casa; hoy con nueva tiranía
Elige poderoso
La que, cruel, del tálamo á su esposo
Á su pesar le quita;
Que en esto dice que á su Rey imita.

REY.

¿Qué infanzoncillo es éste? (Aparte.)
Loco estoy, ¡vive Dios! Que se me apreste
Luego el caballo.

GINESA.

Vamos.

REY.

Vaya Busto también.

ELVIRA.

Temblando estamos.
Deste fiero enemigo.

REY.

Haz cuenta que el Rey mismo va contigo,
Porque soy su privado.

GINESA.

Véngame á mí del vil que en el tejado
Se endureció á mis quejas:
Sea mi esposo ó págueme las tejas.

Vanse las dos.

REY.

Hoy verá ese hombre loco
Quién es la Majestad que tiene en poco.

Aparece una sombra ó figura prodigiosa
con una estola negra atravesada.

Una Sombra.

LA SOMBRA.

¿Eres tú el Rey?

REY.

Yo soy. Y tú, ¿quién eres?

LA SOMBRA.

Un hombre: no te alteres.

REY.

¡Yo alterarme de un hombre,
Cuando no hay imposible que me asombre!

LA SOMBRA.

Pues sígueme.

REY.

Camina.

LA SOMBRA.

¿Á seguirme te atreves?

REY.

Imagina
Que soy don Pedro, y puedo
Asegurarte que me tiembla el miedo.

Desaparece la Sombra.

[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible] en el caballo
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]

REY.

Ya [illegible] anhela'
[illegible]
Que es temor pen[illegible]

[illegible]

Dentro.

En Madrid te espero.

Desaparece dentro.

[illegible]

[illegible]s son miedos vanos,
[illegible] de Blanca y mis hermanos.
[illegible]e Dios!

Don Juan, D. Alonso y Fortún.

[illegible]

¡Gran señor!.....

[illegible]

Señor, ¿qué es esto?

[illegible]

¿Tú á pie?

[illegible]

¿Tú sin color?

[illegible]

¿Tú descompuesto?

[illegible]

[illegible] que te perdimos,
Mintiendo (como ves) vientos, venimos

REY.

[illegible]idme.

[illegible]

¿Y [illegible] caballo?

REY.

Cansóse, y me obligó á desjarretallo.
Nadie sepa quién soy.

Hablan los tres caballeros entre sí.

[illegible]

¡Qué altivo y grave!

[illegible]

Aun en él mismo su valor no cabe.

[illegible]

[illegible] le ha sucedido.

[illegible]

Ya me muero (Aparte.)
Por ver este infanzón bárbaro y fiero.

Vanse.

Don Tello García, con extraño vestido; Cordero, también extraño; D.ª Leonor, llorando; D. Fernando y músicos.

MÚSICOS.

Cantando.

Los campos de Illescas,
Floridos y verdes,
Con lenguas de flores
Os den parabienes.

CORDERO.

En tan gozosa ocasión,
Rajas me tengo de hacer,
Que pues me brinda el placer,
Le quiero hacer la razón:
Perdóneme el Infanzón,
Si hoy en algo me adelanto.

DOÑA LEONOR.

Quien tiene por gusto el llanto,
En el gusto se entristece.

CORDERO.

También, Leonor, desvanece
Las pesadumbres el canto.

MÚSICOS.

Los campos de Illescas,
Floridos y verdes, etc.

DON TELLO.

Callad, que ¡vive Dios, que ya me enfada
Tan cansada y tan vil descortesía!

DON FERNANDO.

Esto es venir al tálamo forzada.

CORDERO.

Y es querer irritar la infanzonía.

DON TELLO.

¡Qué necia, qué enfadosa y qué cansada!

DOÑA LEONOR.

Ya conozco, señor, que es suerte mía;
Mas no os espante si de amor me quejo

DON TELLO.

Yo os sacaré del alma ese hidalguejo:
¡Que venga á hacerme loca competencia
Un cuitado escudero de mi casa!
Ya me falta el decoro y la paciencia.
¿Qué sentirá quien viere lo que pasa?

DON FERNANDO.

Haz, Leonor, á los ojos resistencia.

(Aparte el padre y la hija.)

DOÑA LEONOR.

¿Cómo podré, cuando el rigor me casa?
¡Que esto se haga en Castilla! ¡Aquí del cielo!

DON FERNANDO.

Desta injusticia para Dios apelo.

DON TELLO.

Yo, don Fernando, soy Tello García
De Fuenmayor, yo el Infanzón de Illescas:
Cuanta campiña veis, se nombra mía,
Que mías son sus cazas y sus pescas.
Espíritus del sol al alba fría,
Escuadrones de aladas soldadescas
Jugos me dan de flores con que anegan
Repúblicas de corcho que en miel riegan.
Esa sierra que en cumbres se dilata,
Con Guadarrama á competir se atreve,
Burlando en copos de viviente plata
Rica y feliz sus túnicas de nieve.
Torrente es si á los llanos se desata,
En que abismos de lana el campo bebe,
Dando al viento penachos cristalinos:
Tantos son mis lucientes vellocinos.
El Tajo y el Jarama en vacas bellas
Ejércitos me dan, del sol decoro,
Tan gentiles, que Abril sospecha dellas
Que son hijas del sol, mentido en toro.
Unas pórfidos son, otras de estrellas
Manchan la piel en hemisferios de oro;
Y es tal la multitud, que cuando pacen,
Golfos de jaspes las riberas hacen.
Cuanto la vista en la aprensión se pierde,
Océano es de mieses que en guirnalda
Espera que la aurora al sol recuerde
Cuando entre sombras le volvió la espalda.
Cuanto de aquí se ve, diluvio es verde;
Cuanto de aquí se admira, es esmeralda,
Cuyos granos, después en oro tintos,
Imperios me fabrican de jacintos.
Llanos al fin, collades y campiñas
Y cuanto en horizontes se descubre,
Sicilia mía son, Candía esas viñas,
Pompa de Agosto y vanidad de Octubre,
Donde en racimos que remedan piñas,
Que de topacio y ébano el sol cubre,
Néctares cobro, que en cristales pruebo,
Y entre gotas rubís granates bebo.
Cuanto toca á la sangre, mi nobleza
Se deriva á los Reyes de Castilla:
Mía es su Majestad, mía es su Alteza,
Que en mí Pelayo restauró su silla;
Que antes que él coronara su cabeza,
Ni embotara en alarbes su cuchilla,
Atropellando fieros escuadrones,
Ya era mi casa alcuña de infanzones.
Oviedo y Covadonga, de estandartes
Y de paveses ilustrados, digan
Quién son los infanzones y en qué partes
Contra la eternidad bronces fatigan.
Cides los llamó el Moro, la fe Martes,
Y si á veneración hechos obligan,
Hablen tantos castillos conquistados,
En sangre y no en vergüenza colorados.
Fuera desto, por mí y por esta espada,
Soy la primera casa desta tierra;
No hay á mi gusto empresa reservada
En cuanto ve lugar ni casa encierra.
Mi voz es como el cielo venerada;
Dueño soy de la paz y de la guerra,
Tanto, que es en la cárcel de mi labio,
Como amable el favor, dulce el agravio.
Mi renta es dos mil doblas alfonsíes,
Que me pagan el miedo y el decoro,
No en blancas castellanas ni en ceutíes,
Que da el comercio al portugués tesoro:
Oro es en meticales y en cequíes,
Moneda que en España dejó el Moro.
Esto, doña Leonor en mí desprecia;
Esto no estima en mí: ¡mirad qué necia!

CORDERO.

No es solamente noble el dueño mío,
Sino origen de nobles tan añejo,
Que el vino de más rancio y de más brío
Puede en su antigüedad tomar consejo.
Dispensa en cuatro grados de judío
Con su aliento no más, y su despejo
Me ha dado de valor tales ensayos,
Que soy el infanzón de los lacayos.

Un criado.

CRIADO.

En el zaguán se ha apeado
Un bizarro caballero,
Y en él tu licencia aguarda
Para entrar.

DOÑA LEONOR.

(Aparte á su padre.)

¡Ay, Dios! ¿Si el cielo
Á don Rodrigo (1) nos trae
Á impedir el casamiento?
Mas no querrá aventurarse
Al furor deste soberbio;
Que lo que no hizo en el suyo,
No hará en el tálamo ajeno.

CRIADO.

¿Entrará?

DON TELLO.

¿Cuándo mi casa
Se impide á nadie? Entre luego,
Y más hoy, que es día en quien
Mis desposorios celebro.

DOÑA LEONOR.

¡Que pueda tanto el rigor! (Aparte.)

DON TELLO.

Á D.ª Leonor y D. Fernando.

Sentaos.

Á Cordero.

Y dadme ese asiento;

---

(1) Hasta ahora no se nos había dicho el nombre de este personaje.

[illegible]
[illegible]

[illegible] en dos sillas,
[illegible]

[illegible]

Ya [illegible]

[illegible]

[illegible]

¡Buena presen[illegible]!

[illegible]

¡Buen talle!

[illegible]

[illegible] el grosero! (Aparte.)
Por hacer que ruede estoy,
De un puntapié, hasta el infierno;
Pero si aquí le cast[illegible],
Con su muerte no escarmiento
Los tiranos de Castilla,
Que han de temblar en su ejemplo.
Ya es fuerza disimular,
Y he de hacer mucho en hacerlo.
Las manos Vueseñoría

Sin descubrirse.

Me dé á besar.

DON TELLO.

Descubierto
No he de oílle.

REY.

No lo estoy,
Y no me cubro por eso.

DON TELLO.

Cúbrase, hidalgo.

Descúbrese el Rey un poco.

Un escaño
Arrastrad.

Cordero se entra.

REY.

Paso á Toledo
De prisa.

[illegible]

Grosero he andado
De gorra; mas hoy merezco,
Por desposado, perdón.

Vuelve Cordero con un escabel.

[illegible]

Ya está aquí.

[illegible]

[illegible] sillas tengo,
Que son la que ocupo yo
Y la que ocupa mi suegro.

DON FERNANDO.

Levantándose.

Á ésta venid.

REY.

Señor.....

DON TELLO.

Basta.

REY.

La ley alterar no quiero
Que se usa con los demás.

DON TELLO.

Los infanzones del reino,
Apenas dan silla al Rey
En sus casas.

REY.

Ya lo veo,
Y ansí elijo lo que es mío.

Siéntase.

Ya de cólera reviento. (Aparte.)
¡Que haya esta gente en Castilla
Y no me den cuenta dello!
Todos me engañan, y ansí
Me llama el Cruel el pueblo.

DON TELLO.

Aunque su buena presencia
Lo que es nos está diciendo,
¿Qué altura de hidalgo alcanza
Esa persona?

REY.

Acebedo
Soy de Córdoba.

DON TELLO.

Apellido
De propincuos escuderos
Es de nuestra casa. ¿Y pasa.....

REY.

Al Rey me hacen seguir pleitos.

DON TELLO.

Necedad. ¡Habiendo espadas,
Gastar la hacienda en procesos!

REY.

La ley se ha de obedecer.

DON TELLO.

La ley de Dios obedezco;
Mas las demás.....

REY.

¡Que esto sufro! (Ap.)
Ya al Rey en Madrid tenemos.

DON TELLO.

Vendrá con doña María
Á darnos cristiano ejemplo.

REY.

Levantándose.

Ya es nuestra Reina y señora

Y su legítimo empleo,
Y al que no hablare en sus partes
Con decoro y con respeto,
¡Vive Dios que.....

DON TELLO.

Bueno está.
Bríos tiene el hidalguejo.
Mucho quiere al Rey.

REY.

Es Rey.

DON TELLO.

Siéntese el buen Acebedo.
Qué, ¿ya está en Madrid?

REY.

Bien puede
Vueseñoría ir á vello.

DON TELLO.

Él pasará por aquí;
Que pocas veces me muevo
De Illescas, donde á los reyes
Como á parientes festejo
Y regalo. Á don Alonso,
Su padre, este cuarto mesmo
Hospedó más de dos veces,
Cuyos gloriosos trofeos
Hoy el rey don Pedro infama.

REY.

Hablad bien del rey don Pedro:
Advertid que es mal sufrido,
Y que es rey, y que á no serlo,
Os echara á puntapiés
Y á coces de aqueste asiento.

Levántase.

CORDERO.

Á voces.

¡Matadlo!

DON TELLO.

Tente: ¿estás loco?

REY.

Villano, á mi Rey defiendo.

CORDERO.

Llamando.

Escuderos.

DON TELLO.

No los llames;
Que le disculpa el buen celo
De su Rey.

REY.

Soy buen vasallo,
¡Vive Dios!

DON TELLO.

Sin juramentos.
Mucho quiere al Rey.

REY.

Es rey.

DON TELLO.

Siéntese el buen Acebedo.

REY.

Perdonad, que éstos han sido,
Señor, fogosos afectos
De vasallo.

DON TELLO.

Y yo lo soy
También del Rey, y me precio
De leal más que ninguno;
Y díganlo mis abuelos
Y mis padres, y lo ilustre
Del solar de que desciendo;
Y ansí, aquí me ha parecido
Glorioso ese atrevimiento.
Dadme esa mano.

REY.

Los nobles
Deben hablar con más tiento
De los reyes; que los reyes
Son deidad, y el menos bueno
Es, si no imagen de Dios,
De su justicia decreto.
Pero, dejando esto aparte,
La fama de vuestros hechos,
Pasando por vuestra casa,
Me ha dado ocasión de veros;
Y en lo que el lugar os ama,
He quedado satisfecho
De que es verdad cuanto dicen.

DON TELLO.

Á esta comarca le debo
Tanto amor.....

REY.

Dicen que en ella
Con el Rey partís el cetro.

DON TELLO.

Por acá, hidalgo, conocen
Por su firma y por su sello
Sólo al Rey, y algunas veces
Es con mi consentimiento.

REY.

¿Hay tal desvergüenza? Dalle (Aparte.)
Cuatro torniscones quiero,
Descubriéndome..... Mas no,
Que en otra ocasión pretendo
Ilustrar con este loco
El blasón de justiciero;
Y si aquí á coces le mato,
Mi misma justicia ofendo,
Y me infamo.

Elvira, Busto y Ginesa.

ELVIRA.

Daré voces,
Justicia y favor pidiendo
Al Rey y á Dios.

CORDERO.

¿Dónde vais?

ELVIRA.

Vamos á perder el seso.

[illegible]
[illegible]
¿Hay más loco atrevimiento?
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] la de mi honor.

[illegible]

[illegible] (Aparte.)
[illegible]
[illegible]
[illegible] añado, y ya
[illegible] ne ha muerto;
Que al paso que lo buscamos,
Hallado, lo aborrecem[illegible].

[illegible]

Echadlas fuera, ó matadlas.

CORDERO.

Salid, salid.

GINESA.

¡Ah, Cordero
Ladrón!

CORDERO.

Cordero me llamo,
Y no me caso por eso;
Que está un Cordero casado,
Á peligro de no serlo.

ELVIRA.

Al Rey.

Caballero, este tirano
[illegible] el que turbó en mi lecho
Mi honestidad y mi fama
Con bárbaro atrevimiento,
Cuando amor de tantos años
Lograr quería deseos
Con Busto, con quien ya estaba
Concertado el casamiento;
Y ansí nos deja á los dos
Sin honor, y hace lo mesmo,
Quitándosela á su esposo,
Con la que ves.

DON TELLO.

No lo niego;
[illegible] que es ansí, villana;
Y [illegible] que lo confieso,
¿Qué pretend[illegible]

[illegible]

Impedir
Tus bodas.

[illegible]

[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible] mismo Rey lo mandaran,
[illegible] is dejar de serlo;
Y á ese vil, que tanto estimas
Y que yo tanto aborrezco,
Te le sacaré á pedazos
Del alma.

REY.

¿Que esto consiento? (Aparte.)
¡Y después dicen que soy
Mal [illegible]frido! Mas el tiempo
Llegará de su castigo.

DON TELLO.

Antojo, que horrible y feo
Juzga agora la razón
(Que el amor todo es defectos),
Me hizo en esta mujercilla
Malograr los pensamientos;
Mas ya, por el disparate,
Para su dote la ofrezco
Cuatro mil maravedís.

CORDERO.

Y yo, que pequé en lo mesmo,
La mitad de mi ración
Por seis años le prometo
Á la que ves.

REY.

Pues, villanas
(Ansí se entabla mi intento),
¿Qué pedís? ¿De qué os quejáis?

GINESA.

¡Bueno es esto!

ELVIRA.

Malo es esto,
Puedes decir, si el amparo
Voz del contrario se ha vuelto.

REY.

¡Miren qué perdido honor!
¡Gentil locura, por cierto!

ELVIRA.

El honor es como el sol,
Que en todo lugar es bello,
Limpio, puro y luminoso:
Y ansí, en mí no tiene menos
Calidad que en el más noble.

REY.

Villanas, ese argumento
Es falso, porque el honor
Se acredita en los sujetos.

GINESA.

Vamos, quejaráste al Rey
En Madrid.

DON TELLO.

Verá que aprendo
El Rey dél.

REY.

Dice muy bien.

GINESA.

¡Muy buen padrino traemos!

ELVIRA.

Al Rey buscaré.

REY.

Id.

DON TELLO.

Villanas,

Ya resistirme no puedo:
¿Con el Rey me amenazáis?
El Rey podrá, por lo excelso
De la majestad, mandallo;
Pero yo no obedecello.
Y cuando me lo mandara,
En el campo cuerpo á cuerpo,
Sin majestad, yo le hiciera
Que lo heroico de mi pecho
Conociera á cuchilladas.

REY.

Y eso lo tengo por cierto.
(Después que soy rey, no he visto
Tan grande mi sufrimiento.)

DON TELLO.

Siempre en los reyes se teme
Más el poder que el esfuerzo.

REY.

Sí, mas de don Pedro cuentan
Que es bizarro.

DON TELLO.

¿En haber muerto
Á un músico, y en matar
Á un clérigo de Evangelio?

REY.

Todos son hombres.

CORDERO.

No son.

DON TELLO.

No son infanzones.

ELVIRA.

Dejo
Mi venganza para Dios.

CORDERO.

Á los vivos y á los muertos
Vendrá á juzgar en el valle
De Josafat. Idos luego
Á escoger, locas, en él
Buen lugar.

GINESA.

De tu pellejo,
Cordero ingrato, he de hacer
Unos fuelles, con que pienso
Encendelle los carbones
Á Judas en el infierno.

CORDERO.

Saldráse el aire; que está
Con algunos agujeros.

REY.

Echadlas fuera.

BUSTO.

¡Ay, amor! (Aparte.)
Todo sois volcán de celos.

GINESA.

¿Para aquesto nos trajistes?

REY.

La razón he visto, y vuelvo
Por ella, y conozco aquí
Que es un disparate el vuestro.

ELVIRA.

Sois cortesano.

DON TELLO.

Arrojadlas
Desos corredores.

ELVIRA.

¡Cielos,
Vengadnos destos tiranos!

BUSTO.

Venid conmigo.

DOÑA LEONOR.

Id con ellos,
Id, padre, y hablad al Rey.

DON FERNANDO.

Poco favor hallaremos.

ELVIRA.

¡Justicia de Dios!

GINESA.

¡Justicia!

CORDERO.

Digan qué mal les han hecho.

Vanse.

DON TELLO.

Mis bodas cesen por hoy,
Que es todo azares y agüeros.

DOÑA LEONOR.

Y ¡plegue á Dios, enemigo, (Aparte.)
Que sea este plazo eterno!

DON TELLO.

Al Rey.

Quedaos, si queréis.

CORDERO.

Los brindis
Se han malogrado.

REY.

Este necio (Aparte.)
Echará de ver quién es,
En Madrid, el rey don Pedro.

ACTO SEGUNDO.

Don Juan y D. Rodrigo.

DON JUAN

El Rey pasa. Aquí podrá
Hablalle.

DON RODRIGO.

¿Será advertencia,
Pasando, pedille audiencia?

DON JUAN.

En toda parte la da.
¿Qué pretende?

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Ansí
Justicia pretendo aquí
[illegible]llo más infiel.

[illegible]

Ya sale.

[illegible]

¡Válgame Dios!
Temor pone su presencia.

El Rey, D. Alonso, un Alférez, un Contador, un Arbitrista, Clarindo, acompañamiento y guardias.

REY.

Á D. Alonso.

Ved si hay quien espere audiencia.

ALFÉREZ.

Llegándose.

Yo, señor.

REY.

Pues llegad vos;
El memorial excusad
Si presente me tenéis.
¿Quién sois?

ALFÉREZ.

Turbado.

Si..... yo.....

REY.

No os turbéis.

ALFÉREZ.

¡Vive Dios! Si.....

REY.

Sosegad.
¿Qué profesión?

ALFÉREZ.

La milicia.

REY.

¿Qué tiempo?

ALFÉREZ.

[illegible]
El Consejo.

REY.

En él se ve
Más de espacio la justicia,
[illegible]
De prisa: yo quiero vella,
Y despacharos por ella.

Toma el papel y lee.

«Sirvió el alférez Gaitán
Veinte años, de su fe indicios,
Hoy resistiendo las iras
Del Moro en las Algeciras;
Y ésta es la de sus servicios.»
¿Qué pretendéis?

ALFÉREZ.

Sólo ver
Al Rey, por quien doy la vida
Y digo que es bien perdida.

REY.

Capitán podéis volver:
Despáchenlo luego.

DON ALONSO.

Has dado
Fe á la fe, sin ver si es fe.

REY.

Soldado que á su Rey ve,
Vuelva tan bien despachado.

ALFÉREZ.

Dame esos pies.

REY.

Eso no:
Dadme vos la mano á mí.

Apriétasela.

ALFÉREZ.

Suelta, ó ¡vive Dios.....

REY.

Ansí
Quiero los soldados yo.

ALFÉREZ.

Y yo ansí á los reyes quiero,
¡Vive Dios!

REY.

Dale, don Juan,
Cien doblas al capitán.

ALFÉREZ.

Pagarlas, señor, espero
En moros.

REY.

Créolo ansí.

ALFÉREZ.

Pero sin mano voy.

REY.

Esto
Es porque en facción ó en puesto
Veáis la mano que os dí.

ALFÉREZ.

Rayo será.

Vanse el Alférez y D. Juan.

REY.

Ansí premiados,
Son la vida de la ley,

Porque es desdichado el rey
Á quien no aman sus soldados.

Llégase el Contador.

CONTADOR.

Señor.....

Da un memorial al Rey, que lo rompe.

REY.

Para mí, ya digo
Que éstos excusados son;
Decid vuestra pretensión
Vocalmente: hablad conmigo.
¿Quién sois?

CONTADOR.

Soy un Contador
De tantos que Vuestra Alteza
Ha reformado: extrañeza
En tal monarca y señor.

REY.

Pues bien, ¿qué queréis?

CONTADOR.

Que admita
La cuenta y razón, y vea
Vuestra Alteza.....

REY.

Que lo sea
Sin vosotros, ¿quién lo quita?

CONTADOR.

Las trabacuentas y errores.....

REY.

Antes eso el reino estraga;
Y Rey que recibe y paga,
No ha menester Contadores.
No haya en mis soldados sumas
Ni resultas atrasadas;
Que se embotan las espadas
Después que las premian plumas.

Retírase el Contador y llégase el Arbitrista.

¿Quién sois vos?

ARBITRISTA.

Traigo, señor,
Un arbitrio.....

REY.

¿Es éste?

ARBITRISTA.

Sí,
Señor.

REY.

Consúltolo ansí.

Rómpelo.

ARBITRISTA.

De los reinos en favor
Es todo.

REY.

El Rey descargallos,
Y no arbitrallos, desea;
Que no hay arbitrio que sea
En favor de los vasallos.

Retírase el Arbitrista y acércase Clarindo.

¿Quién sois vos?

CLARINDO.

Soy, gran señor,
Un ingenio derrotado,
Que de Sevilla ha llegado,
Confiado en el favor
De Vuestra Alteza, á Madrid.

REY.

¿Qué queréis?

CLARINDO.

Comer querría.

REY.

¿Qué es vuestro asunto?

CLARINDO.

Es poesía.

REY.

Pues animaos y escribid,
Que en mí tienen premio igual
Armas y letras.

CLARINDO.

Después
Desos reales, los pies
Me ilustran de un Sandoval.

REY.

Si tal padrino tenéis,
¿Qué teméis?

CLARINDO.

Temo no errar.

REY.

Sabed al pueblo agradar,
Y con eso acertaréis.

Vase Calrindo.

Don Juan.

DON JUAN.

Al Rey.

Ya ha llegado el Infanzón,
Y viene Leonor con él.

REY.

Engañóle mi papel. (Aparte.)

Á D. Juan y D. Alonso.

No salgáis de la instrucción
Que os he dado.

DON ALONSO.

Ya han traído
De Leganés los villanos,
Y los trajes cortesanos
Que mandas, les han venido.

REY.

Hoy verá el poder que alcanza

[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
Venganza.
[illegible]
¿De quién?
[illegible]
De [illegible] García.
[illegible]
¡[illegible]! [illegible]
[illegible]
[illegible]
Ya que mi esposa
En el [illegible],
Me la quitó.
REY.
¿Qué decís?
[illegible]
Que hablen mis lágrimas tristes.
REY.
Pues si vos lo consentistes,
¿[illegible] quién justicia ped[illegible]?
[illegible]
Pues ¿qué había de hacer?
REY.
Ser
Animoso y preveni[illegible].
Que en toda parte el marido,
[illegible]
[illegible]
Pues cobraréla.
[illegible]
Mi ley
Temed, y haced lo que os digo,
[illegible] uno es consejo de amigo,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Lo que hiciera yo.
[illegible]
Pues ¿atreveréme aquí?
[illegible]
Don Pedro os dice que sí,
[illegible] que no.

[illegible]

[illegible]

[illegible]
¿Tú, Elvira, vestida ansí
[illegible]
[illegible]
Si en ti esta mudanza v[illegible]
[illegible] la dudas en mí[illegible]
[illegible] en los páramos fuí
De mi aldea, y trasladada
Al Palacio, matizada
De púrpura generosa,
Rosa parezco.
BUSTO.
La rosa
Triunfa, de espinas armada;
Mas en tus hojas divinas
Ya pálido está el color.
ELVIRA.
¡Ay, Busto! Contra el rigor
Hay poco imperio en espinas.
BUSTO.
Envidia á las clavellinas
Dabas en el campo, hermosa.
ELVIRA.
Pudo mano rigurosa
Trocar mi fragancia pura,
Porque nace la hermosura
Con omisiones de rosa.
BUSTO.
Verde esperanza te vi
En tu purpúrea mañana;
Ya larga esperanza vana,
Te puedo juzgar en mí.
ELVIRA.
¡Qué vana esperanza fuí!
BUSTO.
Aunque ese rigor me alcanza,
Quiero, sin hacer mudanza,
Acreditando el sufrir,
Sin esperanza vivir,
Padeciendo en la esperanza.
No me pienso despojar
Della en tan valiente acción,
Logrando sin posesión
Los méritos de esperar.
Esperando he de triunfar,
Y en mí inmortal ha de ser,
Esperando, el padecer;
Pues es la esperanza verde,
Flor del amor, que se pierde
En llegando á merecer.
Más penas, más desconsuelos
Padece, sin confianza,
Quien se viste de esperanza,
Que quien se viste de celos;
Que aunque son viles desvelos,
El que cela ya ha subido
Á amado y favorecido;
É incierto y desconfiado
El que espera, aun no ha llegado
Á los lances de admitido.
Ansí en mí eterna ha de ser,
Sin gloria que desear,
La muerte del esperar
Y el rigor del padecer.
Sólo quiero merecer
Esperar desesperado,

Sin más premio en mi cuidado;
Porque si esperando espero,
Sin esperanza no quiero
Más bien que haber esperado.

ELVIRA.

Busto, no me desesperes:
Bastan las perlas que has visto
En mis ojos.

BUSTO.

¿Cómo puedo,
Si son dos mares los míos?
Deja que locuras haga.
¡Ay, cielo! ¡Ay, ojos divinos,
De un bárbaro profanados
Y de un tirano ofendidos!
¡Vosotros ajenos, cuando
En sinrazones de vidrio,
Erais consuelo del alma
Siendo del alma martirio!
¿Cómo, si sois cautiverio,
Os veo, ojuelos, cautivos
En el Argel de un desprecio,
Y yo muriendo no os libro?
Mataréło, ¡vive Dios!

ELVIRA.

¡Ay, Busto, que es enemigo
Poderoso!

BUSTO.

¡Por él vuelves!
Ya te ha pegado el vestido
Su altivez, y no sin causa.
Tan cortesana te miro
Ya, tan compuesta y bizarra,
Que el Rey nos trae, imagino,
Á ti para ser su esposa,
Y á mí para ser testigo.
Ya, Elvira, te considero
En dorados edificios
Desestimar soberana
Tus homenajes pajizos,
Y en alcatifas persianas
Y en vanidades de Tiro,
Trocar el romero al ámbar,
Y á la algalia los tomillos.
Gózate felices años;
Que yo animaré en los riscos
Soledades y esperanzas
Que me engañaron contigo.

ELVIRA.

Desde los primeros años,
Busto, en nuestras almas hizo
Dulce concordancia amor,
Tanto, que en los actos fuimos
Una voluntad, causada
De un entendimiento mismo.
Almas bebía en tus ojos,
Potencias en tus sentidos,
Esperanzas en tus labios,
Y en tus razones hechizos;
Y en tanta conformidad
(No pienso que amor lo quiso,
Sino mi desdicha), pudo
Fiero poder dividirnos.
No fué elección; rigor fué
Poderoso y atrevido:
Sin alma, triunfó del alma,
Si es triunfo infamar rendidos.
Si me estimas, si me quieres
Al paso que yo te estimo,
Admite resoluciones,
Obedece desvaríos:
Incendios tienen los celos,
Las envidias homicidios,
Desaciertos los rigores,
Y los agravios cuchillos.
Mata, si mueres; si penas,
Triunfa animoso y activo;
Y de otra suerte, no esperes
En tus pesares alivio;
Y entonces podrás amarme;
Que hoy en rigor tan preciso,
Si siendo galán me infamas,
Te afrentas siendo marido.

Ginesa, de dueña ridícula.

GINESA.

Dos horas ha que te busco.

ELVIRA.

¿Quién, Ginesa, te ha vestido
Ansí?

GINESA.

Quien te vistió á ti.
Perdóname el desaliño,
Que estoy hecha á los sayales
Olorosos como limpios
De Leganés, donde el cuerpo
Va contento, si no rico.
Porque son tan nuevos trajes
Prisión en que ya me aflijo.
Si es gloria, no vi jamás
Gloria con tantos martirios.
Aquí un garrote me han puesto,
Que apenas puedo sufrillo.
Si hay en Madrid armadores,
¿Para qué son peralvillos?
¿De qué sirve esta campana,
Si jamás en los peligros
Toca á rebato al honor
Del inocente marido?
¿De qué sirve este refajo
Lleno de encantos lascivos,
Y esta libertad de plata
Que á la mujer dan por grillos?
En la cabeza me han puesto,
Aunque lo llaman perico,
Este juanete, que pena
Entre cabellos postizos.
¿Esto es ser dueña? ¿Esto es ser
Cortesana? Que es ser, digo,
En purgatorio de galas,
Satisfacción de delitos.

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible] o en esta acción

[illegible]

[illegible]

ELVIRA.

[illegible], imagino,
[illegible] el Infanzón casarme.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]

[illegible]

¡En él tuvimos
[illegible] Dios!

[illegible]

Del Infanzón se hizo amigo.

[illegible]

[illegible]a, tal para cual.

[illegible]

Al Rey tengo de decillo.
Pero, gente viene.

[illegible]

[illegible]

Entrad
Con decoro, y con aviso
[illegible] son cuartos reales
[illegible]

ELVIRA.

[illegible]
Tapetes pondré los labios.

[illegible]

[illegible]ad.

[illegible]

Dios vaya conmigo;
[illegible]
[illegible] vamos al sacrificio.

Vanse.

[illegible]

[illegible]

Ya al Infanzón, que tarda,
Esperan los monteros y la guarda.

[illegible]

[illegible]
Pues á un tiempo me ofrece y me previene
El premio y el castigo

Don Tello, D.ª Leonor, Cordero y dos criados.

DON TELLO.

Dentro.

Esas puertas me abrid.

FORTÚN.

Vendo á abrir.

Basta el postigo.

DON RODRIGO.

El Infanzón es éste:
Sufrimiento ó valor mi honor me preste.

Salen D. Tello, D.ª Leonor, Cordero y dos criados de D. Tello, con chuzos.

DON TELLO.

¡Puerta por un postigo
Á un Infanzón se da! Sabed, amigo,
Que los reyes las puertas
Á mí me dan de par en par abiertas.

FORTÚN.

Su Alteza puede hacello.

DON TELLO.

Volveréme á salir.

FORTÚN.

Deteniéndole.

No hay orden dello.

DON TELLO.

¡Orden conmigo!

FORTÚN.

Baste.

CORDERO.

(Aparte á su amo.)

Si conoces al Rey, ¿para qué entraste?

DOÑA LEONOR.

¡Allí á Rodrigo veo! (Aparte.)
Poco le obliga amor, poco el deseo.

FORTÚN.

Á los criados.

Salid vosotros fuera.

DON TELLO.

Mis escuderos son.

FORTÚN.

Prudencia fuera
Metellos desarmados.

DON TELLO.

Privilegio es que gozan mis criados.

FORTÚN.

¡Locas impertinencias!

En los cuartos del Rey no hay preeminencias.

DON TELLO.

Sí hay, que ansí entrar suelo
En los cuartos del Rey y en los del cielo;
Que en tales ocasiones
Ansí recibe el Rey los infanzones.
Volveréme sin vello;
El postigo me abrid.

FORTÚN.

No hay orden dello.

DON TELLO.

Yo lo abriré á puñadas.

FORTÚN.

Los monteros en él tienen espadas.

Vase; se retiran los criados de D. Tello.

CORDERO.

¡Vive Dios, señor, que el Rey
Nos ha cogido entre puertas!
Muerte de gozque esperamos.

DON TELLO.

¿Qué es coger? Mi espada es ésta,
De quien aun tiembla Castilla,
Y de quien los reyes tiemblan.
Ricohombre soy é Infanzón,
Y á la par de sí me asienta
El Conde de Trastamara,
Que es su hermano.

DON RODRIGO.

Sin que advierta (Ap.)
Las amenazas del Rey,
Haré lo que me aconseja:
Aquí, contra su decoro,
Lo sacro me dé licencia
Del palacio. Cuando un hombre

Á D. Tello.

La joya que estima y precia
Halla en ajeno poder,
En la parte que la encuentra
Debe cobralla; y ansí,
Mal caballero, esta prenda
Que del alma me sacaste,
Quiero que al alma se vuelva.

Quítale á D.ª Leonor.

DON TELLO.

¡Á mí, escudero, te atreves!

DON RODRIGO.

Mi honor cobro.

DON TELLO.

Tu honor muera,
Si en escudero hay honor.

Sacan las espadas.

Don Juan, Fortún y guardias.

DON JUAN.

¡Á los ojos de Su Alteza
Tal atrevimiento!

DON RODRIGO.

Agravios
En toda parte se vengan.

FORTÚN.

Ya el Rey lo ha visto. Quitadles
Las espadas.

DON TELLO.

¡Que se atreva
Un escudero á un ricohombre,
Y que el Rey se lo consienta!

DOÑA LEONOR.

Si consiente el Rey, tirano,
Tus agravios y tus fuerzas,
Homicidios y rigores,
¿Por qué quieres que no puedan
Redimirse los agravios,
Vengarse las inocencias?
Esposa de don Rodrigo
He de ser, aunque el Rey quiera
Esforzar tus tiranías,
Puesto que á casarte vengas
Conmigo por el papel
Que te escribe.

DON TELLO.

Ya me afrentas
Con imaginar que quiero,
Loca, que mi esposa seas.
Con tu escudero te goza,
Si mi cólera lo deja.

FORTÚN.

Á D.ª Leonor.

Que os llevemos el Rey manda
Al cuarto de la alcaidesa.

Á D. Rodrigo.

Y á vos preso.

DON RODRIGO.

Esto es ser rey.
Alegre vas.

Á D.ª Leonor.

DOÑA LEONOR.

Voy contenta.

DON RODRIGO.

Adiós, dueño desta vida.

DOÑA LEONOR.

Adiós, regalada prenda.

Vanse por puertas diferentes: D.ª Leonor con D. Juan, y D. Rodrigo con Fortún.

DON TELLO.

¿Que esto sufro? ¡Vive Dios!

CORDERO.

Cogióte en la ratonera
El Rey. Trampa fué el papel.

[illegible]
No hay [illegible]
¡[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]
¿Cuál es
El Infanzón?
[illegible]
Yo.
[illegible]
Su Alteza
Os llama: seguidme.
[illegible]
Agora
Le he de hacer cumplir por fuerza
Este papel.
CORDERO.
¡Plegue á Dios,
Señor, que trampa no sea!

Vanse D. Tello, D. Alonso y Cordero.

[illegible]
Soberbio va el Infanzón;
Mas él saldrá sin soberbia,
Que es, si él arrogante y loco,
Temerario el que lo espera.

Vase.

Don Tello, Cordero y D. Alonso.

[illegible]
En esta pieza aguardad
Hasta que á avisaros vuelva.

Vase y cierra.

[illegible]
[illegible]
[illegible] gunda pieza.
¡Qué fría y desabrigada!
[illegible]
[illegible] lice que no es de paño.
[illegible]
[illegible]
Intenta
Irritarme é irritar
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Habla paso,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

DON TELLO.
Llave suena.
CORDERO.
Ya han abierto, y con dos hombres
Sale una mujer.

Don Alonso abre la puerta y da paso á D. Juan, que viene acompañando á Elvira.

DON TELLO.
Espera.

Hablando bajo con Cordero.

¿No es ésta la labradora
Toda honrilla?
CORDERO.
Sí. ¿Si intenta
Casalla contigo el Rey?
DON TELLO.
¿Eso dices y eso piensas?
Loco estás.
CORDERO.
Pues ¿qué querrá,
Tan bizarra y tan compuesta,
En Palacio?
DON TELLO.
Habrále al Rey
Parecido bien.
CORDERO.
Dél cuentan
Que es como buen albañil,
Que jamás ripio desecha.
Consolado estoy con ver
Que no ha traído á Ginesa.
DON JUAN.

Á Elvira.

En el cuarto del alcaide
Doña Leonor os espera.
DON ALONSO.
Del Infanzón no hagáis caso, (Ap. á Elvira.)
Y pasad por donde os vea.

Cruza Elvira la estancia.

CORDERO.
¡Qué grave pasa! En el cuerpo
Diz mil asadores lleva.
Para que nos vuelva el rostro,
La he de hacer mil reverencias.

Las hace: Elvira no le atiende y se entra.

¡Vive Dios, que no hizo caso!
Todas son malas sospechas.
DON TELLO.
¡Qué necio he sido en fiarme
Del Rey!
CORDERO.
Cuando no lo hicieras,

La misma seguridad
Tuvieras dél en Illescas;
Que el Rey es gallo que canta
En todo lugar.

DON TELLO.
¡Paciencia!

Fortún.

FORTÚN.
El Rey llama al Infanzón.

DON TELLO.
Vamos.

CORDERO.
Mas ¿que nos encierran
En otra pieza? A recados
Nos castigan.

Vanse D. Tello, Fortún y Cordero.

DON ALONSO.
La fiereza
Deste Infanzón jabalí
El Rey desta suerte templa.

DON JUAN.
Vamos, don Alonso, á ver
Cómo estos fieros se encuentran.

Vanse.

Fortún, con D. Tello y Cordero.

FORTÚN.
Aquí que aguardéis os manda.

Vase y cierra.

CORDERO.
¡Vive Dios, que hay pieza nueva,
Y ésta en lo angosto y lo frío
Me parece de jergueta!
De pieza en pieza, señor,
Como en marco nos encierran.

DON TELLO.
Esta majestad que ves,
Es la que los hombres tiemblan;
Que por sí solos son hombres
Los reyes, mas la grandeza
Los pasa á divinidades.

Ruido dentro.

CORDERO.
Bien este aplauso lo muestra.

DON TELLO.
¿Abren?

CORDERO.
Sí.

DON TELLO.
Ya temo al Rey,
No por lo que dél me cuentan,
Sino por la majestad
Que estos doseles conservan.

CORDERO.
Mas ¿que hay pieza nueva y llave?

DON TELLO.
Tantas prevenciones necias,
¿En qué han de parar?

CORDERO.
En bodas,
Como fines de comedia;
Mas no se casa el lacayo,
Porque es Ginesilla cuerda.

Don Juan y Ginesa.

DON JUAN.
Infanzón, entrad.

CORDERO.
Aguarda:
¡Vive Dios, señor, que es ésta
Ginesilla! Agora afirmo
Que son nuestras bodas ciertas.
También viene á lo señora
Vestida, y también lo huella
Á lo frisón de palacio.
¡Vive Dios, que no se precia

Ginesa pasea la sala con gravedad.

De mirarme! Mi señora,
Mi albahaca leganesa,
Mi quiebratejas del alma,
De que hace amor tejoletas.....

GINESA.
Entre el Cordero callando.

CORDERO.
¿Dónde callando me llevan?

GINESA.
Al rastro de los maridos.

CORDERO.
Pues por cuartos no me vendas.

GINESA.
Quien tal hace, que tal pague.

DON JUAN.
Entrad.

CORDERO.
Ya voy. ¿Quién creyera
Que el entremés de *un tejado*
Viniera á hacerse tragedia?

Vanse D. Tello, D. Juan y Cordero.

GINESA.
Yo sé que al fiero Infanzón
De haber entrado le pesa
En Palacio: él dió en la trampa;
Pero trampas, trampas vengan.

Vase.

Don Juan con D. Tello y Cordero.

DON JUAN.
Aquí ha de salir el Rey.

Vase y cierra.

[illegible]
[illegible] puerta.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] Rey,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Si esto
[illegible]
No hubiera puerta cerrada
[illegible]
[illegible]
Piensa
[illegible],
Como médicos pelean.
[illegible]
Oye, que las puertas abren.
[illegible]
[illegible] dices, que va de veras.
DON TELLO.
Receloso estoy.
[illegible]
Al Rey
Te rinde, y los pies le besa.
DON TELLO.
[illegible]
CORDERO.
¡Qué majestad!
Al fin rey.
[illegible]
Ya soy de piedra:
¡Tan valiente es en su casa
[illegible]
[illegible]
Y aun en las ajenas.

Dentro.

¡Plaza!

Sale el Rey con unos papeles en la mano; D. Alonso, D. Juan, acompañamiento y guardias.

[illegible]
¡Plaza
DON ALONSO.
¡Plaza!
DON TELLO.
¿El Rey
Es aquél?
CORDERO.
Sí.
[illegible]
El que en Illescas
Estuvo ayer, es.
CORDERO.
Bien dices.
[illegible]
¡Válgame Dios!
CORDERO.
¿Que el Rey era
El buen Acebedo? Aquí
Te hirió por tu misma treta.
Disimula.
DON TELLO.
¿Hay tal desdicha?
CORDERO.
Hablar poco, poco cuesta.
DON TELLO.
¿Qué dije?
CORDERO.
La lengua es áspid,
Emponzoña, y no se acuerda.
Llega.
DON TELLO.

Arrodíllase.

Dadme vuestros pies.
¡No hace caso ni se acuerda (Ap. á Cordero.)
De mí!
CORDERO.
Fuera bien que el buen
Acebedo te dijera:
«Álcese el buen Infanzón.»
REY.

Á uno de los caballeros.

Haced que consulten ésta.
DON TELLO.
Dadme esos pies.
REY.
Y ésta y todo.

Hablan aparte amo y criado.

CORDERO.
En mi casa aún no se sientan
Los reyes: dos sillas tengo.
DON TELLO.
Apúrasme.
CORDERO.
El Rey se venga
Lindamente.
DON TELLO.
Señor.....
CORDERO.
¡Malo!
REY.
¿Sois vos..... Ésta es de la Reina.....
Tello García?
DON TELLO.
Yo soy
Un Infanzón de Castilla.
REY.
Ésta me escribe Sevilla:

Á uno de los áulicos.

Haced que respondan hoy.
Con mucho deseo estoy

De veros; mas tan extraño
Os hacéis, si no me engaño,
Que cuando veros dejáis,
Sois tan Infanzón, que dais
Al Rey, si os visita, escaño.
¿Conocéisme?

DON TELLO.

Siempre yo,
Sin veros, os conocí
Por mi Rey.

REY.

No es eso ansí;
Que allá no se conoció
Mi sello cuando llegó,
Si vos no gustabais dello,
Teniendo ganada en ello
Tan suprema autoridad,
Que de vuestra voluntad
Pendía el obedecello.
Vos sois allá el Infanzón,
Que es como ser reyecillo;
Vos, como sabéis decillo,
Hacéis al gusto razón;
Vos la fama y la opinión
De cuantas mujeres veis,
En las manos la tenéis;
Pero disculpado estáis
Si decís que me imitáis,
Y que de mí lo aprendéis.
Vos sois absolutamente
La majestad desta tierra;
Vos en la paz y en la guerra
El ánimo de la gente;
Tan preciado de valiente
Y tan dueño en las espadas,
Que en batallas aplazadas,
Pospuesto el cetro y la ley,
Cuerpo á cuerpo al mismo Rey
Daréis muchas cuchilladas.
Pues sabed que no pelean
Los reyes, y que en sus manos
Saben deshacer tiranos,
Aunque más bárbaros sean.
Esto entiendan y esto vean:
Y vos, si soberbia os dió
Mi padre, y si os consintió,
Temed la justicia mía;
Que si sois Tello García,
Soy el rey don Pedro yo.
Yo el Rey soy, porque nací
De tan soberana esfera,
Que cuando rey no naciera,
Lo pudiera ser por mí.
Yo en la campaña y aquí,
Si medimos las espadas,
Os daré las cuchilladas
Que darme ese brazo intenta;
Y recibid, para en cuenta,
Agora estas cabezadas.

Llévalo hasta la puerta; dale, y éntranse todos, menos el Infanzón y su criado.

DON TELLO.

¿Á quién le ha sucedido,
De cuantos han nacido,
Tan villano desprecio?
¿Quién tan loco ha quedado, quién tan necio?
¡Tan resuelto conmigo
El Rey en el castigo,
Mirando el pueblo en ello!
¿Á mí del cabezón, á mí del cuello?
En tan injusto agravio,
¿Quién será cuerdo y sabio?
Mi locura confieso;
Que son de una opinión agravio y seso.

CORDERO.

Resistiendo esta afrenta,
Engáñate, y haz cuenta
Que en la majestad cabe,
Sin llegar á ofender, pesar tan grave.
El Rey, que está ofendido,
De ti mismo ha sabido
Locuras y ambiciones,
Y empieza á ser Herodes de infanzones.
Cuando á su Rey pintaban,
Mil orejas le daban
Los egipcios discretos,
Porque no se reservan dél secretos;
Y pues al callar llama
El egipcio anagrama,
En agravios y en quejas,
Con los reyes ¡chitón! que son orejas.

Don Alonso, Fortún, D. Juan, Elvira, D.ª Leonor, Ginesa, acompañamiento y guardias.

FORTÚN.

El Rey á saber envía
Si á estas damas conocéis.

DOÑA LEONOR.

Aquí presentes tenéis
El rigor y la osadía.

ELVIRA.

Yo soy Elvira, cruel.

DOÑA LEONOR.

Yo doña Leonor, tirano.

GINESA.

Á Cordero.

Yo soy Ginesa, villano.

CORDERO.

Mudanza es de cascabel.

ELVIRA.

Hoy Dios gana mi opinión.

DOÑA LEONOR.

Hoy Dios de ti me ha vengado.

GINESA.

Á Cordero.

Hoy has de morir colgado.

CORDERO.

Moriré como melón.

[illegible]

[illegible] Alteza?

[illegible]

[illegible] muy feo.

[illegible]LLO.

Aquí tiene mi [illegible]

[illegible]rando uno.

[illegible]

[illegible]LONSO.

[illegible]litar
[illegible] con él;
Y [illegible]
[illegible] Palacio
[illegible]
[illegible]
Pero todo se ha de hacer
[illegible]ellas
[illegible]tituye en ellas
[illegible]
Y ansí, consiste en las dos
Vuestra vida y vuestra muerte.

ELVIRA.

[illegible]
Triunfa en las mujeres Dios.

[illegible]

[illegible] infamas lo ilustre,
[illegible]
[illegible]
[illegible]que altivo y loco
[illegible]
[illegible]
[illegible]nde;
[illegible]ces, mintiendo
[illegible]unes,
[illegible] ley
[illegible]tumbre;
[illegible]s campos
[illegible] quietud
[illegible]mites
[illegible]iunfen;
[illegible] la tierra,
[illegible]re,
[illegible]
[illegible]

Hoy verás que Dios
Sobre [illegible],
[illegible]
Locas pesadumbres.
Hoy verás, tirano,
Poder que te injurie,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Tuyo es el volumen:
Tus delitos quiere
Que hoy lenguas divulguen,
Porque los pecados
En almas se esculpen:
Y ansí, en tu castigo
[illegible]re que se junten
[illegible]
Porque se ejecute.
Y ansí te previene
[illegible]quen,
Iras que te espanten,
Muertes que te turben,
Sombras que te cerquen,
A[illegible]n,
Sierpes que te muerdan,
Hombres que te acusen,
Culpas que te venzan,
Varas que te juzguen,
Y almas ofendidas
Que tu muerte anuncien.

Vase.

DON TELLO.

¡Ah, villana!

DOÑA LEONOR.

Culpa en ti
Sus ansias y sus extremos.

[illegible]

Basta. Otro sermón tenemos.

DON TELLO.

¡Que el Rey me engañase así!

DOÑA LEONOR.

Aunque tus delitos,
Bárbaro, son muchos,
Sólo en mis agravios
Los rigores fundo.
Falso caballero,
Acción de disgustos,
Vanidad de afrentas,
Potestad de insultos,
¿Qué ley, qué razón
Animarte pudo
Á afrentar mis glorias
Y á infamar mis gustos?
¿Qué vil cazador,
Malogrando arrullos,
Privó á dos palomas
Tálamos de juncos?

¿Quien vió dividir,
Soberbio y perjuro,
Pechos tan amantes,
Lazos tan profundos,
Del tálamo? Ingrato,
Mira ¡qué vil triunfo!
Quisiste en dos almas
Infamar dos hurtos.
¿Quién, fiero, imitara
Los rigores tuyos,
Si es dividir almas
El mayor del mundo?
Corazón tuviste
De villano astuto,
De muchos cercado
Para agravios de uno.
Perdióme por solo,
Cobrarme no pudo;
Que al rigor armado
Nadie vencer supo.
Sangriento intentaste,
Pretendiste injusto,
Ser de nuestras almas
Poder absoluto;
Mas Dios, que castiga
Gigantes robustos,
Y en zafir escribe
Letras de carbunclos,
En el Rey, que hoy tiemblas,
Tu castigo trujo,
Cuando más osado,
Cuando más seguro.
En Madrid lo tienes,
Donde quiere augusto
Dar ejemplo á edades
Y escarmiento á lustros.
Su justicia teme,
Siente sus disgustos,
Tus miserias llora,
Culpa tus descuidos,
Y de su rigor
No vivas seguro,
Pues en las que ofendes
La venganza puso.

Vase.

DON TELLO.
Las manos me ata Su Alteza.

DON ALONSO.
¡Qué loco!

FORTÚN.
¡Qué descortés!

DON JUAN.
Entrad, que hoy veréis sus pies
Postrando vuestra cabeza;
Y ansí, luego os prevenid,
Que quiere en tales acciones
Escarmentar infanzones
El rey don Pedro en Madrid.

Vanse D. Tello, D. Juan y Fortún.

DON ALONSO.
Entra tú.

GINESA.
Que aguarde os pido,
Pues guarda y pues gente es ésa.

Vase D. Alonso.

CORDERO.
¿Hay también sermón, Ginesa?

GINESA.
Y sermón de convertido.

GINESA.
Lengua de gitano,
Labia de andaluz,
Pecho de alcabala
Y alma de tahur;
Cordero tan burdo,
Que en tu juventud
Puedes todo viernes
Pasar por atún;
Quínola de cubas,
De bodegas flux,
Mucho San Martín,
Y más Sahagún;
Gato de mi honor,
Virgen como albur (1),
Que á voces le has hecho
Horno de Padul:
¿Qué Herodes hiciera
Lo que hiciste tú?
Láminas son tejas
De tu ingratitud.
¿Quién en un tejado,
Sino es Belcebú,
Tal delito hiciera
De noche y sin luz?
No siento manchases
Mi basquiña azul;
Siento el sobresalto,
Que me dura aún.
Era en Leganés
Mi honor un almud;
Ya lo hace cuartillo
La opinión común.
Pero ya, tirano,
Hambriento avestruz,
Dios trae en don Pedro
Iras de Saúl;
No á traerte viene
Roscas de Gandul,
Sino pan de perro
Que coció Adamuz.
Ya estás en el lago
Donde no hay salud,
Donde no ha de verte
Ningún Habacuc.
Ya el palo te espera,

(1) *Albur* por *albura:* la primera luz del día.

Donde [illegible]
[illegible]
[illegible] in laúd.
Y [illegible],
[illegible].
Que antes de arrojarte,
Te quiten la cruz;
[illegible]
[illegible] Tolú,
[illegible]
Al Norte y al Sur.
Nadie por ti rece;
[illegible]
Llore mal lograda
La piedad común;
Y [illegible]
Te dijere algún
[illegible]
[illegible]

CORDERO.

¿Dijiste?

GINESA.

Dije.

CORDERO.

Pues vete,
Que con pena moriré.....

GINESA.

¿De qué?

CORDERO.

De que no te eché
Entonces del caballete.
Que un cortesano pondera
Que el gusto viniera á ser
Perfecto, si la mujer
Luego en un pozo cayera.

GINESA.

El delito ejecutado,
Eso los hombres decís;
Mas antes nos perseguís,
Sin que reservéis tejado.
Pero si librarte intento,
¿Serás mi esposo?

CORDERO.

Diré,
Aunque en el jumento esté:
«Amigo, pica el jumento»;
Y ansí, déjame, visión,
Y vete, pues te compete,
De aquí al infierno.

GINESA.

Y tú vete
Á morir de gigantón.

Vanse.

El Rey, D. Alonso, D. Juan, Fortún, Clarindo, dentro.

CLARINDO.

Dentro, cantando.

Perdido va el rey don Pedro
Por los campos de Madrid,
Donde mató á su caballo
Y se le voló el neblí.
Encontrara dos serranas,
Retratos de un serafín,
Que lo llevan á su aldea,
Que estaba cerca de allí.

REY.

¿Quién canta?

DON ALONSO.

El que al Manzanares
Derrotó el Guadalquivir.

REY.

Y ¿tan presto acción ha hallado
Que escribir?

FORTÚN.

Quiso escribir
Tus sucesos.

REY.

Á Fortún.

Pues entrad,
Y que no cante, decid,
Agora, porque después
Lo quiero de espacio oir.

Vase Fortún y vuelve poco después.

REY.

¿Qué hora dió el reloj?

DON JUAN.

Las dos.

DON ALONSO.

Bien puedes, señor, salir
Á rondar, como acostumbras.

REY.

Pues de color me vestid.
Toma esa capa y sombrero.

DON ALONSO.

Luces no hay que prevenir.

REY.

¿Qué noche?.....

DON ALONSO.

Apacible y clara.

REY.

Mala noche es para mí;
Que en las noches tenebrosas,
Soy del silencio adalid.
No quiero salir.

FORTÚN.

¿En qué
La pretendes divertir?

REY.

Á *Quinto Curcio* traed;
Que á dar crédito al gentil
Y platónico aforismo,
Dijera que infundió en mí
Su espíritu el Macedón.

DON JUAN.

Hágate Dios más feliz

Que á él en la edad.

REY.

Alejandro
Vive en pórfido y marfil,
Despreciando eternidades:
¿Qué más glorioso vivir?
Los *Comentarios de César*
Me traed también. Si ansí
Sus espíritus al mío
Quiso el cielo reducir,
¿Quién se estrellará con ellos?

FORTÚN.

Voy por los libros.

REY.

¡Latín
Y libros agora! Aguarda.

DON JUAN.

¿Qué traerán?

REY.

Traedme aquí
Espadas negras.

DON ALONSO.

Ninguno
Quiere, señor, esgrimir
Con Vuestra Alteza.

REY.

¿Por qué?

DON ALONSO.

Señor, por respeto.

REY.

Vil
Excusa: miedo es, ¡por Dios!

DON JUAN.

Respeto, y no miedo, di.

REY.

¿Por respeto os excusáis?

FORTÚN.

No hay quien ejecute en ti
Los golpes, cuando tú en todos
Te muestras un paladín.

REY.

Si hasta aquí respeto ha sido
Apuntarme sin herir,
¡Vive Dios, que al que esta noche
Con esfuerzo varonil
No me tirase á matar,
Le he de matar, pues decís
Que me veneráis por rey,
Y no me teméis por mí!
Poco hombre debo de ser.
¡Qué desdichado nací
En nacer rey, pues no puedo
Por mis acciones lucir!

Don Alonso se entra por un momento, y vuelve á salir con varios caballeros.

Don Gil, D. Diego y D. Martín.

DON ALONSO.

Ya todos los gentilhombres
Y espadas tienes aquí.

REY.

Don Fortún, toma esa espada.

FORTÚN.

¿Comenzar quieres por mí?

REY.

Sí, Fortún, la espada toma;
Que sé que sabes reñir
Diestra y valerosamente.
Haz cuenta que eres un Cid
Y que atropellas un moro.

FORTÚN.

Entendello pienso ansí,
Y la Majestad perdone.

REY.

Júzgame el hombre más vil.

Parten.

FORTÚN.

Retirándose.

¿Quién te ha de esperar, si sólo
Espanta el verte partir?

REY.

Lo que tú, llevo en la mano.

FORTÚN.

¿Qué importa, si va con mil
Espíritus?

Esgrimen, y Fortún acomete vivamente al Rey.

REY.

¡Vive Dios,
Que esto, Fortún, no es decir
Que soy rey! ¿Heríte?

Fortún suelta la espada.

FORTÚN.

Siempre
Tu resolución temí.
Herido estoy.

REY.

Con mil doblas
Á curarte puedes ir.
Lleva ese bolsillo á cuenta.

FORTÚN.

La sangre has hecho rubís.

Vase.

REY.

Toma, don Juan, tú la espada.

DON JUAN.

¿Yo, señor?

Vase.

REY.

Oye, don Gil,
Tómala tú.

[illegible]

[illegible] tapiz.

REY.

Tómala, don [illegible]

[illegible]

REY.

Tómala tú, don Martín.

[illegible]

Haz otro Martín de bronce.

[illegible]

REY.

Villanos, ¿de quién huís?
No [illegible]máis: tomad la espada.
Aguardad.

La Sombra.

LA SOMBRA.

Ya estoy aquí,
Y la tomaré conti[illegible]

REY.

Pues tómala, que has de huir
Como los demás.

[illegible]

Tú.

Aunque te acompañen mil
[illegible]íritus infernal[illegible]

[illegible]cesme á mí?

Y tú á mí,

[illegible]

[illegible] n Madrid.

[illegible]ra en Madrid?

Sí. Y ¿quién soy yo?

[illegible]

[illegible]

Del infierno.

LA SOMBRA.

Y ¿no me tiemblas?

REY.

Ante él me tiembla á mí.
Toma la espada.

LA SOMBRA.

Y tú toma
Esa luz, para advertir
[illegible] que has de tirarme,
Por los que has de recibir.

El Rey toma la luz y la espada.

REY.

Ya la tengo: parte.

LA SOMBRA.

Parte,
Y escarmienta en mí tu fin.

REY.

No hallo cuerpo que ofenderte,
Aunque veo la forma en ti.

LA SOMBRA.

Soy de viento al esperar,
Y de bronce al combatir.

REY.

Ya lo echo de ver.

LA SOMBRA.

Pues huye.

REY.

¿Yo huir cobarde, yo huir?
Si fueras todo el imperio
De aquel loco serafín,
Aquí tengo de matarte,
Aunque no puedas morir.

LA SOMBRA.

Pues con todo ese valor,
Has de ser piedra en Madrid.

Apaga la luz al Rey.

REY.

La luz me has muerto: ¡ah, cobarde!
Espíritu mujeril
Eres sin duda. No temas,
Que otra luz me queda aquí.

Se la apaga la Sombra y desaparece.

También me la has muerto. Aguarda,
Que á obscuras iré tras ti.
¡Hola, criados, criados!
¡Don Fortún, don Juan! ¿No oís?
¡Criados!

[illegible] y otros caballeros y [illegible]

[illegible]

Dentro.

El Rey da voces.

DON JUAN.

Dentro.

Hachas, hachas prevenid.
DON GIL.
Ya están aquí.

Salen los caballeros, y con ellos pajes con luces.

REY.
Haré que tiemblen
Aun los infiernos de mí.
DON ALONSO.
Señor, ¿qué es esto?
REY.
No es nada.
Alza esa vela, y venid.

ACTO TERCERO.

Elvira y D.ª Leonor.

LEONOR.
Si habemos sido rigor,
Seamos misericordia;
Que dice el pueblo que muere
El Infanzón por nosotras.
Su libertad solicita,
Y saliera á hacello en tropas
Si no temiera en el Rey
Resoluciones heroicas.
Confieso que perturbó
La honestidad de mis bodas;
Mas con las suyas confieso
Que quiso aumentalles honra.
Confieso que es un soberbio,
Y que no imagina cosa
Que bárbaro no la emprenda,
Como ingrato la proponga.
Pero fuera desto, es padre
De la patria; que las obras
En el hombre no son unas,
Aunque son del hombre todas.
Y ansí me parece, Elvira,
Que conmigo le propongas
Al Rey lo que ves, pues ves
Que á la paz del reino importa.
No la parte de grosero
Defendemos; las gloriosas
Acciones solicitamos.
ELVIRA.
Leonor, como el Rey nos oiga,
Á quien no hemos visto, estando
En su palacio hasta agora,
Piedad daré á sus orejas,
Y daré á sus pies aljófar.
Pero ya que desta suerte
Quieres ser con él piadosa,
De don Rodrigo te acuerda,
Haciendo su causa propia.
DOÑA LEONOR.
Su delito no es tan grande
Que en tal cuidado me ponga.
ELVIRA.
Al fin dicen que mañana
Es público que le cortan
La cabeza.
DOÑA LEONOR.
Ya en la plaza
Se miran teatro y horca
Para el dueño y el criado,
Que al fin muere de sus obras.
ELVIRA.
Ya sale el Rey.
DOÑA LEONOR.
Ten piedad.
ELVIRA.
De ti aprendo á ser piadosa:
Mas ¡válgame Dios! ¿Cuál es?
DOÑA LEONOR.
¿No le ves en la persona?
ELVIRA.
¿Ése es el Rey?
DOÑA LEONOR.
¿No lo dicen
Las partes de que se adorna?
ELVIRA.
Éste es el que vi en los campos
De Leganés. ¡Hay tal cosa!
¿Que era el Rey? Turbada estoy.

El Rey, D. Alonso, D. Juan, Fortún, y caballeros.

REY.

Para sí, como oyendo la voz de la Sombra.

¿Piedra he de ser? ¡Hola, hola!
FORTÚN.
Señor, señor.
REY.
¿Quién me dijo
En voz alta y poderosa
Que he de ser piedra en Madrid?
DON ALONSO.
¿Piedra en Madrid?
FORTÚN.
¿Piedra?
REY.
Agora.
Me lo dijeron.
FORTÚN.
Fué idea
Que no pudo ser lisonja.

REY.

(Para sí.)

Esta vanidad me trae
Atropellado en sus sombras.
[illegible], ¿qué me quieres?
¿[illegible] pálida forma?
¿[illegible] de ser en Madrid?
[illegible], si no es que me nombras
[illegible] la eternidad
De mis inmortales obras,
[illegible]
[illegible]
[illegible] mi heroico pecho
Advirtió ilusiones locas,
Ni admitió quimeras vanas?
[illegible]as son fingidas copias,
Fantasmas de mis hermanos,
[illegible]hizas, engaño todas.
[illegible] vive Dios, que he de hacer
Que mi majestad conozcan
Tantos hermanos que altivos
Mis pretensiones estorban,
Y acabando estos encantos,
Postraré esta Babilonia
De hermanos que me persiguen
Y [illegible] armas convocan!
Don Fadrique en Aragón
Las fronteras alborota
[illegible] á quien en secreto
Siguen Cartagena y Lorca,
Con pretexto de que quiere
Del castillo de Sidonia
Redimir la flor de lis,
Que ha de ser purpúrea rosa.
Mueve don Tello á Vizcaya;
Y don Enrique en Astorga
Sediciones solicita,
Y hoy dicen que por la posta
[illegible]
A que en su cabeza ponga
Los pies, labrándole en ellos,
[illegible] ambición la corona.

[illegible]

Danos esos pies.

REY.

¿Quién sois,
Y qué queréis?

ELVIRA.

Que nos oiga
Vuestra Alteza.

[illegible]

¿Quién sois vos?

ELVIRA.

Soy, señor, la labradora
De Leganés.

REY.

Cumplió el Rey
Lo que os prometió; ya postra
Ese gigante.

DOÑA LEONOR.

Antes ya
Venimos de aquesta forma
Á hacer los ojos y labios
Matices de tus alfombras,
Suplicándote le des
La vida.

REY.

Y ¿hay quien se oponga
Á mi justicia? Arrojad
De un corredor á esas locas.

ELVIRA.

Señor.....

REY.

Pedirme justicia
Sólo pudistes vosotras;
Pero pedir que dispense
En ella, es turbar la gloria
De mi justicia. Mañana

Á uno de los caballeros.

Haced que en un palo pongan
Su cabeza, y juntamente
La del que en mis salas propias,
Habiendo calles, cobarde
Dió libertad á su esposa,
Valiéndose en su flaqueza,
Con advertencia tan propia,
Del sagrado de mi alcázar.

ELVIRA.

¡Perdidas somos!

Retirándose del Rey las dos.

DOÑA LEONOR.

Asombra
Con la vista.

REY.

Echaldas fuera;
Y hasta ordenar otra cosa,
Estén con guarda en la torre
Con los demás.

ELVIRA.

Venturosas
Somos en librar las vidas.

REY.

El rey que agravios perdona
Hechos á la Majestad,
Se agravia á sí, porque consta
Ansí de justicia el cetro
Como de misericordia;
Y éstas han de ser iguales,
Que una falta, si otra sobra.

Vanse D.ª Leonor y Elvira, acompañadas de alguno.

No he tenido otro deseo
Sino de ver cómo corta
La espada de este Infanzón.

FORTÚN.

Dél cuentan cosas que asombran.

REY.
Dirán que parte por medio
Gigantes.

FORTÚN.
Si diez le enojan,
Á los diez ahuyenta y mata
Solo, con su espada sola,
Sin que la esperen ni aguarden.

REY.
Si es valiente, un hombre sobra,
Y si son cobardes, diez
Lo que uno solo no importan.
¿Qué noche hace?

DON JUAN.
De tu gusto,
Porque, obscura y tenebrosa,
A horror está provocando.

REY.
Estas son mis noches propias.

FORTÚN.
¿Piensas rondar?

REY.
De los reyes
Son aforismos las rondas.
La noche, lo que hay, me dice,
En el pueblo; que en sus sombras
Y en su silencio y espanto
No se acreditan lisonjas.

DON JUAN.
Acción es de Luis octavo,
Y él la consultó con Roma.

REY.
Dadme capa de color.

FORTÚN.
Y ¿qué armas traeremos?

REY.
Otra
Espada de las que ciño,
Ni más larga ni más corta.

DON ALONSO.
¿Dos espadas?

REY.
Dos espadas,
Que para reñir no estorban.

DON JUAN.
¿Rodela ó broquel?

REY.
Linterna
Con cera y sin luz.

Habla bajo á D. Alonso.

Mi honra
Te fío con el secreto.

DON ALONSO.
Ya es de Efestïón mi boca:
Voy á ser piedra y servirte.

REY.
Morir ó vivir te importa:
Mira cuán breve distancia
Hay del infierno á la gloria.

Vanse.

Ginesa y Cordero.

CORDERO.
Vete con Dios, y déjame qne muera
Sin ver visiones, Ginesilla ingrata.

GINESA.
¿Ya soy visión?

CORDERO.
¡Jesús!

GINESA.
Aguarda, espera,
Que contigo también el Rey me mata.
Déjame hacer extremos.

CORDERO.
¿Quién creyera
Que tuviera este fin hacerte gata?

GINESA.
¡Maldito sea el tejado!

CORDERO.
¿Algo no dejas?

GINESA.
¡Maldito sea, fuera de las tejas!
Mil reliquias te traigo para el trago
Con que te han de brindar.

CORDERO.
¿Mil traes tan solas?
¿Qué es esto?

GINESA.
Es un cordel de Simón Mago,
Con que harás á compás las cabriolas.

CORDERO.
¡Aquí á compás! ¿Y aquí?

GINESA.
Sangre de drago,
Porque no te marees con las olas
Del vuelo. Éste es romero.

CORDERO.
¿Y éste?

GINESA.
Hinojo.

CORDERO.
¿Y ésa?

GINESA.
Es muela de fraile, para el ojo.

CORDERO.
Mejores son bizcochos y buen vino.
Ésos me prevendrás.

GINESA.
Yo soy contenta.

Don Alonso.

DON ALONSO.
¡Á estas horas mujer!

CORDERO.
Á saber vino
Si la sangre que corre por mi cuenta,
Es sangre de pichón ó palomino.

[illegible]

El tiempo cuenta.

[illegible]

[illegible]rdenado,
Con las guardas, señor, se ha retirado.

[illegible] ninguna.

[illegible]
[illegible]scuras, que es azar morir á obscuras:
[illegible]

[illegible] tiempo de locuras.

[illegible]

La torre desp[illegible]

[illegible] pejes;
[illegible]

[illegible]

CORDERO.

[illegible] Ginesa mía.
[illegible]

[illegible] y [illegible] Alonso apaga la luz.

El Rey, con capa de color.

[illegible]

[illegible] Alonso.

¿Puedo entrar?

[illegible]

Sí, se[illegible]

[illegible]

[illegible] puerta mira.

[illegible]
[illegible]í ya sin luz, todo sin gente.

[illegible]

CO[illegible]

[illegible] se retira.

[illegible]la á un hombre que tus penas siente.

[illegible] mentira.

[illegible] tente.

[illegible]

De ahorcado soy.

REY.

Ansí mueren los buenos.
¿Dónde está el Infanzón?

CORDERO.

En la fortuna
Más triste y miserable en que se ha hallado
Jamás la majestad infanzonuna.
Á muerte el Rey le tiene condenado,
[illegible] piedad alguna,
Mañana el paso hará del degollado:
Y yo, sin ser su hermano ni su primo,
[illegible]rdero, moriré racimo.
[illegible]tá el Rey tan cruel, que no es posible
[illegible]rgalle el descargo; y si esto fuera
Al colgar de los cintos, invencible
[illegible] que hoy ve tan postrado España viera.
El Rey es un menguado, es un terrible,
[illegible] temeridad, todo tronera,
Y de envidia lo mata por ser hombre
Que da espanto á Castilla con su nombre.
Mas ¿quién sois vos, señor, que en ansias tales
[illegible] al Infanzón habéis venido?

REY.

Quien se aflige en sus penas y en sus males.

CORDERO.

Ya el padre confesor se ha recogido,
Y el alcaide con voces desiguales
Quiso el nuestro excusar con su rüido,
Y las luces mató: ¡mirad qué robo,
Querernos muerte dar, boca de lobo!
[illegible] está á [illegible] sala
El Infanzón; mas muere sin prisiones,
[illegible] el Rey para matarnos nos regala,
[illegible] hace el labrador con sus lechones.

REY.

Su libertad el cielo le señala,
[illegible]aliendo del Rey las sinrazones.

CORDERO.

¡Ay, mi Dios! ¿Si lo dice eso burlando?

REY.

Llámalo, que es de veras.

CORDERO.

Voy volando.
Señor, señor.....

Don Tello.

DON TELLO.

Si es hora del suplicio,
Llámame al confe[illegible].

CORDERO.

Antes es hora
[illegible] bailar la capona.

DON TELLO.

¿Tienes juicio?

CORDERO.

[illegible] y calla, y lo verás agora.

Al Rey.

Aquí está el Infanzón.

REY.

Bastante indicio
De que vuestra desgracia el reino llora,
Tenéis en la locura que prevengo,
Pues en su nombre á libertaros vengo.

DON TELLO.

¿Quién sois? Dadme esos brazos.

REY.

No os conviene
Saber aquí quién soy; que en la desdicha
Es necio el que en huirla se detiene:
De la suerte que estáis seguid la dicha.

CORDERO.

Dice bien, que esto agora te conviene;
Que tal resolución no es para dicha.

DON TELLO.

¿Que del Rey me escapáis?

REY.

Seguid lo obscuro,
Y pensad que conmigo vais seguro.

Vanse.

Don Enrique y Mendoza, de camino.

DON ENRIQUE.

Dentro.

Tened.

MENDOZA.

Dentro.

Parad.

DON ENRIQUE.

Dentro.

Tal no ha sido
Del viento la ligereza.

MENDOZA.

Dentro.

¡Hola! El estribo á Su Alteza.

DON ENRIQUE.

Dentro.

Sin alboroto y rüido
En esos olivos queden
Los caballos hasta el día,
Y la gente.

Salen.

MENDOZA.

La osadía
El sueño y cansancio exceden.
Pero ¿no fuera mejor
Entrar en Palacio agora?

DON ENRIQUE.

Excuso darle á deshora
Cuidado al Rey mi señor;
Y ansí, quiero que aguardemos
Al sol para entrar de día.

MENDOZA.

Temo á tu hermano.

DON ENRIQUE.

Porfía
En tus temores y extremos.
¿Qué temes dél?

MENDOZA.

Que te tiene
Envidia por tu valor,
Y es poderoso.

DON ENRIQUE.

El temor
De la culpa se previene;
Pero el que sin culpa está,
En sí mismo se asegura.

MENDOZA.

El Rey vuestro fin procura,
Y dello las muestras da.

DON ENRIQUE.

Esos son temores vanos:
El delito hace el temor.

MENDOZA.

Di, ¿qué delito mayor,
Si hay odio, que ser hermanos?
Mira en Caín y en Abel
Este ejemplo; y mira, en fin,
Que algo tiene de Caín
Quien se precia de cruel.

DON ENRIQUE.

¡Vive Dios, que si hablas más
En el Rey, que he de enojarme!

MENDOZA.

Esto es, señor, recelarme.

DON ENRIQUE.

Necio filósofo estás.
El rey es de Dios objeto
En premiar y en castigar,
Y el que lo llega á culpar,
Casi pone en Dios defeto.
Dios obra en la majestad
Que siempre tiene consigo,
Y es tal vez justo castigo
Lo que parece crueldad.
Premio y castigo en la ley
Del rey á un reino se da,
Y en su ejecución será
Sólo el instrumento el rey:
Y ansí, culpar no es razón
Al príncipe soberano
Porque le toca la mano
Con que obra la ejecución.
¡Bien al mundo pareciera
Que, escondido en Trastamara,
Yo al Rey le huyera la cara!
Ya en parte delito fuera.
Deja al Rey en el altar

[illegible]
[illegible]lad el rey más malo,
[illegible]
Y ansí, en quebrar esta ley,
[illegible]
[illegible] mi hermano,
[illegible]

[illegible]

[illegible] es mi intención disgustarte
[illegible]

[illegible]

[illegible] ansí lo entiendo,
[illegible]ntado, ni me ofendo.
[illegible]

[illegible]

Si reclinarte
[illegible]ntín,
Que en sedas, ámbar y plumas,
[illegible]

[illegible]

[illegible]
Ni hay lecho más prevenido,
[illegible], si se hace dueño
[illegible] potencias.

[illegible]

[illegible]ueño
[illegible]

[illegible]

Muchachitos de Madrid,
Del rey don Pedro os guardad;
Que quien mata al Infanzón,
Sus hermanos matará.

[illegible]

¿Oyes aquel niño?

[illegible]

Que es
Voz de Dios querrás decir.

[illegible]

Suele el cielo prevenir,
Con los avisos que ves,
Los futuros contingentes.

[illegible]

Ya en ángel has transformado
Al niño que va al mandado.
¡Temores impertinentes!

Cantan dentro:

Infanzón, el de Illescas,
Pimpollo de oro,
Pues que mueres sin culpa,
[illegible]ente todos.

[illegible]

¿Qué es esto del Infanzón,
Que los niños van cantando?

[illegible]

[illegible]lad no pasa, cuando
Della coronistas son,
Y lo que más maravilla
Es que en letrillas las vemos.

DON ENRIQUE.

Hasta que amanezca, demos
Una vuelta por la villa;
Que sin duda hay novedad,
Pues los niños desta suerte
Van cantando.

MENDOZA.

Alguna muerte
Dará lengua á la crueldad.

Vanse.

El Rey, D. Tello y Cordero.

REY.

Ya estamos aquí seguros.

DON TELLO.

Mas adelante pasemos;
Que temo al Rey.

REY.

Pues ¿al Rey
Tenéis vos, Infanzón, miedo?

DON TELLO.

Con su majestad el Rey,
Y su rigor, me le ha puesto;
Pero yo se le pusiera,
Á batallar cuerpo á cuerpo
Y hombre á hombre donde estamos;
Que aquí no importa el respeto.

REY.

Y [illegible] opinión de la cárcel
Os saca, y pensad que os tengo
Afición particular
Por la fe de vuestros hechos.
Venid, que entre estos olivos
Que veis, caballos os tengo
En que elijáis la piedad
De otros reyes y otros reinos:
Á Portugal ó Aragón
Pasar podéis con secreto.

CORDERO.

Vamos á Aragón, que allá
Peras vinosas tenemos.
No elijas á Portugal,
Que es monarquía de sebo,
Y te harán vela de á cuarto.

REY.

Cédulas traigo y dineros
Para libraros.

DON TELLO.

Despidiéndose.

Amigo.....
Ángel, Simón Cirineo,
¿Quién eres?

REY.

Ya lo sabréis
Antes que nos apartemos.
Vé tú á encender esa luz.

CORDERO.
¿Y si con la ronda encuentro?
REY.
Ya no es hora.
DON TELLO.
Los caballos
Buscar podremos á tiento.
REY.
Importa la luz.
CORDERO.
Aquí
Está una ermita: ver quiero
Si hay luz..... Pero las lechuzas
Tienen la lámpara en seco.
¿Dónde iré? Dios me depare
Lamparilla ó cementerio.

Vase.

REY.
Un bulto diviso.
DON TELLO.
Yo
Llegara á reconocello
Si tuviera espada.
REY.
Aquí,
Porque no quede por eso,
Está la mía.
DON TELLO.
Señor.....
REY.
Yo voy por la que os prevengo
En el arzón, y entretanto
Que aquí á despacharos vuelvo,
Defended, como quien sois
Y como sabéis hacello,
Este puesto y vuestra vida.
DON TELLO.
Guardaré la vida y puesto
Del Rey mismo.
REY.
Eso os importa.
DON TELLO.
Lo que me importa os prometo.
REY.
Adiós.

Vase el Rey.

DON TELLO.
Adiós. ¿Quién será
Este hidalgo á quien le debo
La vida contra el poder
Deste Rey bárbaro y fiero?

Vuelve el Rey.

REY.
Ya ha querido la ocasión (Aparte.)
Verificar mis deseos.
Agora ha de ver si en mí
Triunfa el valor ó el respeto.
¿Quién va?
DON TELLO.
Nadie.
REY.
¿Nadie?
DON TELLO.
Nadie;
Que el que está aquí, se está quedo,
REY.
Pues váyase.
DON TELLO.
Es muy pesado.
REY.
Eso más tendrá de necio,
Pues no se ha ido sin dar
Ocasión de que le echemos.
DON TELLO.
¿Cuántos vienen con él?
REY.
¿Cuántos?
Una espada y cinco dedos,
Y el valor de hombre de bien.
DON TELLO.
Pues ¿qué pretende?
REY.
Pretendo
Reconocello ó matallo.
DON TELLO.
Pues yo, desta suerte dejo
Reconocerme y matarme.

Riñen.

REY.
No riñe el infanzoncejo (Aparte.)
Mal: valor tiene.
DON TELLO.
¿Es posible (Aparte.)
Que un hombre solo mi esfuerzo
Resista?
REY.
No riñe mal: (Aparte.)
Aficionado le quedo.
Casi me da en qué entender.....
Pero atropellarlo quiero.
DON TELLO.
¡Válgame Dios!
REY.
Calla y riñe
Como puedas.
DON TELLO.

Soltando la espada.

Ya no puedo.
¿Quién eres, hombre?
REY.
Hombre soy.....
(Y he deseado sabello),

[illegible] valgo.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] la tuya,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
¡[illegible] haya quien triunfe
[illegible]
[illegible] Yo,
Hombre, la vida te ofrezco;
[illegible]
[illegible]
[illegible] dijera el Rey de mí
[illegible] viera á los pies puesto
De un hombre?

[illegible]

¿Que estás rendido
[illegible]

DON TELLO.

Yo lo confieso.

[illegible]

Confiesa que por mí solo
[illegible] merezco
Tanto como el Rey por ser
[illegible] y confiesa que puedo
Por mi bizarría más
[illegible],
Y en fin, confiesa que aquí
Entre las plantas te tengo.

[illegible]

Todo lo confieso á voces.

Cordero, con luz.

[illegible]

[illegible] es la luz..... Mas ¿qué es esto?

[illegible]

[illegible] nfanzón es, que está
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] r.....

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible] puedo
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] muerto
[illegible]

Hiciste tan gran desprecio
De mí, y por darte á entender
Que los reyes en su asiento
Soberano son más que hombres,
Por la deidad que hay en ellos,
Y también más que hombres son
En la ocasión y el aprieto.

DON TELLO.

Ya lo conozco.

REY.

Pues ya
Que has visto que reñir puedo
Contigo en campaña, y sabes
Que por mí mismo te venzo,
Y no por la majestad
Ni el soberano respeto;
Y sabes que te vencí
En tu casa por modesto,
Y en mi palacio por rey;
Y en estos tres vencimientos
Me has admirado piadoso,
Téme me por justiciero,
Y vete, pues estás libre,
De Castilla y destos reinos,
Porque si en ellos te hallo
Has de morir sin remedio;
Que aquí la espada te libra,
Y allí te amenaza el cetro.
Aquí soy tu amigo; allí
Soy tu rey: aquí te absuelvo
De los delitos, y allí
Te he de castigar por ellos:
Allí ha de obrar la justicia;
Y la piedad que te muestro
Obra aquí: aquí soy piadoso,
Y allí he de ser rey severo.
Y pues soy tu amigo aquí
Y ser tu enemigo puedo,
Calla, sin probarme más:
Vete, y toma mi consejo.

DON TELLO.

Dones miro en ti, que en hombre
Jamás he visto: suspenso
He quedado, y con más fe
Tu majestad reverencio,
Admiro tu bizarría,
Y tu valentía tiemblo,
Juzgando gloria el castigo,
Y honor este vituperio,
Porque sólo tú podías
Postrar mi gallardo pecho:
Y [illegible] á Castilla,
Tu [illegible] obedezco.

REY.

Allí te esperan dos hombres
Con caballos y dineros.
[illegible] es ser, García, rey,
Y [illegible] valiente, Tello.

DON TELLO.

Avergonzado y corrido
[illegible] conozco, y veo

Que allá me venciste *Rey*,
Y aquí me vences *don Pedro*.

Vanse.

El Rey.

REY.
Glorioso quedo de haber
Ganado en un vencimiento
Dos triunfos; que en los rendidos
Son bárbaros los trofeos.
Ya las estrellas confusas,
En mal terminados cercos
De luz y de horror, al mar
Se precipitan, huyendo
Del sol, que sale en los brazos
Del Aurora, mal despierto.
Recogerme quiero.

La Sombra.

LA SOMBRA.
Aguarda.
REY.
¿Quién me detiene?
LA SOMBRA.
Yo.
REY.
¡Horrendo
Espectáculo! ¿Qué quieres?
LA SOMBRA
Decirte que en este puesto
Has de ser piedra en Madrid.
REY.
Visión, prodigio, portento,
Imaginación, ¿quién eres?
¿Qué pregón me estás haciendo,
Que ansí en Madrid me persigues?
LA SOMBRA.
Llega, si quieres saberlo,
Y en el brocal deste pozo,
Que está arrimado á este templo
Venerable como humilde,
Glorioso como pequeño,
Por habelle edificado
Santo Domingo, asistiendo
El seráfico Francisco
Á su fábrica, podemos
Sentarnos.
REY.
Viene de prisa
El sol, y espacio no tengo.

Hace que se va.

LA SOMBRA.
Vuelve, ó diré que es temor:
Siéntate, ó diré que es miedo.
REY.
¿Yo temor? ¿Yo miedo?
LA SOMBRA.
Sí.
REY.
Por desmentirte, me siento.

Siéntase.

Ya estoy sentado: prosigue.
LA SOMBRA.
Oye.
REY.
Acaba.
LA SOMBRA.
Estáme atento.
¿Conócesme?
REY.
Como estás
Tan pálido, horrible y feo,
No caigo en ti, si ya no eres
Demonio que persiguiendo
Me estás.

Levántase.

LA SOMBRA.
No: vuelve á sentarte.
REY.
Sí haré.
LA SOMBRA.
Yo, Nerón soberbio,
Soy el clérigo á quien diste
De puñaladas.
REY.
¿Yo?
LA SOMBRA.
A tiempo
Que para decir estaba
En la misa el Evangelio.
REY.
¿Eras clérigo de misa?
LA SOMBRA.
Diácono fuí. El efecto
De matarme resultó
De impedirte un sacrilegio
En San Clemente en Sevilla.
¿Acuérdaste?
REY.
Ya me acuerdo.
LA SOMBRA.
Á doña Beatriz quisiste,
Profanando el Real convento,
De sus clausuras sacalla.
REY.
Amor es un monstruo ciego,
Cruel y desenfrenado.
LA SOMBRA.
Pues Dios te señala el freno
En este mismo puñal,

Sácale el suyo.

Con el cual tu hermano mesmo

[illegible]
[illegible] armiento,
Si tu vida no reparas,
[illegible] yerros.

REY.

[illegible]

LA SOMBRA.

Tu hermano.

REY.

¿A mí?
[illegible] el puñal

LA SOMBRA.

Ya le suelto.

REY.

[illegible] pudiera [illegible],
Ya otra vez te hubiera muerto.

LA SOMBRA.

Día de Santo Domingo
Me mataste.

REY.

¿Qué es tu intento?

LA SOMBRA.

A [illegible]rtirte que Dios manda
Que fundes un monasterio
[illegible] mismo lugar
[illegible] l Santo tiene dispuesto,
[illegible] le en vírgenes le pagues
[illegible] que le hurtaste en desprecios:
Clausuras honren clausuras.
¿Prométeslo?

REY.

Sí prometo.
¿Quieres otra cosa?

LA SOMBRA.

No:
Queda en paz; labra el convento;
[illegible]
En alabastros eternos.

REY.

¿Eso es ser piedra en Madrid?

LA SOMBRA.

Ser piedra en Madrid es esto:
Y advierte que ansí me sacas
De las penas que padezco.
[illegible]go soy.

[illegible]

La mano
[illegible] la.

[illegible]

[illegible] rdes mucho.

LA SOMBRA.

Quiero
Que lo examines mejor.

[illegible]

¡Que me abraso, que me quemo!

LA SOMBRA.

[illegible]

REY.

[illegible]

Suelta, suelta.

LA SOMBRA.

En este ardor
Teme, Rey, el del infierno.

REY.

Daréte mil puñaladas
Si te escondes en el centro.....
Suelta, suelta. ¡Oh fuego horrible!
Mucho más ardes que fuego.
Suelta. Mas ya se deshizo.

Desaparece.

¡Qué prodigio, qué portento!
¡Válgame Dios! Mas el día
Viene apriesa: gente siento:
Ya el retirarme es forzoso.
Luego he de labrar el templo,
Porque por él se revoquen
Los soberanos decretos,
Y esta advertencia le deba
Á Madrid el rey don Pedro.

Vase.

Don Enrique y Mendoza.

DON ENRIQUE.

Haz que traigan los caballos,
Que el sol, pavón de los cielos,
Con lisonjas de oro y nácar
Pompas de luz sale haciendo.

MENDOZA.

Algunos están aquí,
Porque los demás, siguiendo
Van dos ladrones, que dicen
Que en dos caballos subieron,
Como vieron sepultada
La gente en cansancio y sueño.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices?

MENDOZA.

Lo que ha pasado;
Y hasta que vuelvan con ellos
Has de aguardar, que no piensan
Volver sin traerlos presos.

DON ENRIQUE.

No hay que aguardar: á Palacio
Guiad sin hacer estruendo.
Mas ¡válgame Dios! ¿Puñal
No es aquél? ¡Terrible encuentro!

MENDOZA.

Antes di terrible azar;
Que está clavado en el suelo.

DON ENRIQUE.

Muestra.

MENDOZA.

Prenda es de valor.

DON ENRIQUE.

Y en la guarnición, que beso,
Y en el puño, de oro y perlas
Con amatistas á trechos,

Conozco que es el puñal
De Su Alteza.

MENDOZA.

Algún suceso
De pesar le ha sucedido.

DON ENRIQUE.

¡Ah! ¡Quién llegara más presto!
Vamos, Álvaro, á Palacio;
Que ya á Su Alteza le llevo
Prenda con que me reciba
Amoroso y lisonjero,
Porque este puñal que ves,
Lo estima á la par del reino.

MENDOZA.

Pues juzga el reino en tu mano
Si el puñal tiene tal precio;
Aunque verte con puñal
Lo tengo por mal agüero.

DON ENRIQUE.

No temas, ven; que antes dél
Ha de resultar mi premio.

Vanse.

El Rey, D. Juan, y luego Fortún.

DON JUAN.

Ya te espera la cama.

REY.

No me quiero acostar: á Fortún llama.

DON JUAN.

Llamando.

Fortún.

FORTÚN.

Saliendo.

Aquí me tienes.

REY.

¿Dónde vas, dónde vas?

FORTÚN.

Vengo.....

REY.

¿Á qué vienes?

FORTÚN.

Dijo que me llamabas
Don Juan.

REY.

Tienes razón. ¿Adónde estabas?

FORTÚN.

Previniendo la cena.

Vase Fortún.

REY.

Llámame á don Alonso. El cielo ordena
Que me acuerde del cielo.
Obre la religión, renazca el celo:
Domingo soberano,
Mucho por vos con Dios merezco y gano,
Pues que siendo Guzmán templo os ofrezco,
Cuando ansí á los Guzmanes aborrezco.

Don Alonso y Fortún.

DON JUAN.

¿Qué me mandas?

REY.

Dejadme.

DON ALONSO.

¿No me llamabas tú?

REY.

Los tres llamadme.....
¡Qué sosiego, qué espacio!

FORTÚN.

¿Á quién?

REY.

Á cuanta gente hay en Palacio.

DON JUAN.

¿Qué es esto?

Los tres hablan entre sí al retirarse.

DON ALONSO.

No lo sé.

FORTÚN.

¿Tan de mañana
Está fiero el león?

DON JUAN.

Tendrá cuartana.

Vanse.

REY.

¡Que con mi puñal mismo
Me ha de matar mi hermano! ¡Ah inmenso abismo
De inefables decretos!
¡Qué investigables son vuestros secretos!
Mas no me apercibiera
Cuando decreto irrevocable fuera.
Amenaza es de padre, si él lo dijo,
Que nunca el padre ejecutó en el hijo.

Doña Elvira, D.ª Leonor, D. Alonso, D. Juan, Fortún, Ginesa y Busto.

DON JUAN.

Ya todos se levantan y previenen,
Y con nosotros los que hallamos vienen.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué nos querrá?

DOÑA LEONOR.

¡Ay, Elvira! (Ap. á D.ª Elvira.)
Visto, causa temor.

GINESA.

Callad, que os mira.

BUSTO.

¿Qué nos manda Tu Alteza?

REY.

Alzad.

GINESA.

¡Líbrenos Dios de su fiereza! (Aparte.)

[illegible] onvento
[illegible]
[illegible] lausura:
[illegible]

[illegible] (Aparte.)

[illegible] (Aparte.)

[illegible] Real,
[illegible]

[illegible] nriquecer,
[illegible] ser yo;
[illegible] er
La princesa doña Juana,
Mi hija, en su poca edad,
[illegible] manda en mi voluntad
Voluntad más soberana.
[illegible] eñal.

[illegible] nte está aquí
[illegible] una.

[illegible]
[illegible] la guarnición
Dará al ha [illegible]

Quien lo trujere,
De mí grande premio espere;
[illegible] llo pretendo
[illegible]
Mi vida y mi cetro Real.

[illegible]

[illegible]
Aquí [illegible] puñal,
Sin que vida y reino des.

REY.

¡Válgame el cielo! ¿Quién es?

DON ENRIQUE.

El vasallo más leal
Del reino.

REY.

¿Hay portento igual? (Aparte.)
Alzate, Enrique, del suelo,
[illegible] parece que del cielo
[illegible] con mi puñal.
[illegible] de dónde has caído?
[illegible] de dónde has bajado?
Y [illegible] ó dónde has hallado
El puñal [illegible] yo he perdido?
Si ser Caín has querido,
Pierde la esperanza, infiel:
[illegible]
Si no es que alterando el fin,
Dios quiere que sea Caín
El sacrificio de Abel.
Cuando á verme vienes, ¿vienes
Con [illegible] puñal en la mano?
[illegible] me amenazas tirano,
[illegible] bárbaro me previenes:
Ya [illegible] que tienes
Imperio en mi fortaleza;
[illegible] aspirando á la alteza
Que en mis juventudes ves,
Con el puñal á mis pies
Amenazas mi cabeza.

DON ENRIQUE.

Mi humildad no ensoberbezco,
Dando de tirano indicio;
Antes vengo al sacrificio,
Y el instrumento te ofrezco;
Y si en hallazgo merezco
Tu clemencia, ésa te pido;
Que, niño, á tus pies rendido,
En el puñal que te doy,
Besando el azote estoy
Que he venerado y temido.

REY.

Alza, Enrique, de mis pies;
Que en los decretos del cielo
Nada es el hombre, y el suelo
Ley de sus prodigios es;
Y antes que el puñal me des,
Los brazos me da, en señal
De fe.

DON ENRIQUE.

Será en mí inmortal.

REY.

¡Oh, Enrique! ¡Qué dulces lazos
Fueran éstos, si tus brazos
Me los dieras sin puñal!
Pero, tirano.....

Apártalo y mete mano.

DON ENRIQUE.

Señor.....

¡La espada empuñas! ¿Qué es esto?

REY.

Mi grandeza ha descompuesto
Un aparente temor:
El pecho tembló el rigor
Dese puñal homicida.

DON ENRIQUE.

Sin que el amor te lo impida,
Toma, y sangriento y cruel
Dame la muerte con él,
Porque asegures tu vida.

REY.

Don Enrique, bueno está.

Hace que se va.

DON ENRIQUE.

¿La espalda me vuelves?

REY.

Sí.

DON ENRIQUE.

Oye.

REY.

Dios me asombra en ti.

DON ENRIQUE.

¿Cómo?

REY.

Mi puñal te da.

DON ENRIQUE.

Con él triunfa.

REY.

Así será.

DON ENRIQUE.

Pues comienza.

REY.

Á hacerlo voy.

DON ENRIQUE.

Dios te guarde.

REY.

Vivo estoy.

DON ENRIQUE.

Leal soy.

REY.

Yo soberano.

DON ENRIQUE.

Ya verás que soy tu hermano.

REY.

Ya verás que tu Rey soy.

Vase el Rey, y tras él todos, menos el Infante y Mendoza.

MENDOZA.

Del rigor que te amenaza,
¿Qué más desengaño quieres?

DON ENRIQUE.

Si él se fué, ya me ha dejado
Reliquia que reverencie,
Y en dejármela desnuda
Me dice que le respete.

MENDOZA.

Antes dice que el tirano
En la inocencia se extiende
Al rigor, que dice que huyas
El mismo puñal que tienes.

DON ENRIQUE.

Deja en su solio lo sacro,
Que has dado en impertinente.
Entremos..... Mas en su trono
Soberano el Rey parece.

MENDOZA.

¿Qué es esto?

DON ENRIQUE.

Yo no lo alcanzo;
Que en sí mismo el Rey se entiende.

Tocan clarines y descúbrese en un trono el Rey, coronado, con un manto carmesí, la espada desnuda y el cetro en la mano, y un escudo á los pies con esta letra: *Deposuit potentes.*

El Rey, D. Alonso, D. Juan, Fortún, caballeros y guardias.

MENDOZA.

Confusión pone el miralle,
Y respeto causa el velle.

DON ENRIQUE.

De la suerte que lo ves,
Son divinidad los reyes.

MENDOZA.

Un escudo está en sus pies.

DON ENRIQUE.

Dice: *Deposuit potentes.*

MENDOZA.

Con los poderosos habla.

DON ENRIQUE.

Con mi humildad no se entiende.

FORTÚN.

Madrid, Madrid, vuestro Rey
Á haceros justicia viene
De sinrazones y agravios:
Quejaos de los que os ofenden.
Llegad, que haceros justicia
Hoy de sí mismo os promete.
Justiciero es, no cruel,
Aunque esta opinión os debe.

DON JUAN.

Muchos pregones se han dado
En Madrid al tenor déste,
Y á la voz de su justicia
El pueblo en tumultos viene.

REY.

Acércate, don Enrique,
Pues hoy quiero que celebre
Mi justicia el mundo, donde
En alabastro ha de verme.

DON ALONSO.

Tu licencia el pueblo aguarda.

REY.

No le tengáis: dejad que éntre.

[illegible] y pueblo.

[illegible]

[illegible]

Temor pone.

[illegible]

[illegible]

A amor mueve.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] Rey,
[illegible]endiente
[illegible]eno rey A[illegible].
Cuyo matrimonio fénix (1),
Aunque os dió tantos infantes,
[illegible]
Yo soy: pedidme justicia.

TODOS.

[illegible]
Al Infanz[illegible]

[illegible]

Ese loco
[illegible] mis leyes rebelde
Y tirano, y en Castilla
Nadie atropellarlas pien[illegible].
Que en su amparo, ¡vive Dios,
[illegible] aun no perdone y respete
Á mi hermano don Enrique,
Que es el que tenéis presente!

[illegible]

[illegible], y con él muera
[illegible] Rodrigo juntamente.

[illegible]

[illegible]r.....

[illegible]

[illegible] repliques.

[illegible]

[illegible]ntiende. (Aparte.)

[illegible]

Mas ¡vive Dios, que por ello
Cruel é ingrato ha de verme!
Ansí soy amigo y Rey. (Aparte.)

Unos criados de D. Enrique, con D. Tello y Cordero, presos.

UN CRIADO.

Á D. Enrique.

Aquí los ladrones tienes
Que los caballos robaron.

CORDERO.

Hoy soy cordero inocente. (Aparte.)

DON ENRIQUE.

No son ladrones, amigos,
Los que ladrones parecen.

DON ALONSO.

Al Rey.

Ya el reo tienes aquí.

DON TELLO.

Quien me ha librado me prende.

REY.

Si te habías escapado,
¿Á qué, loco, á mis pies vuelves?

DON TELLO.

Á pedir misericordia.

REY.

No la alcanza quien no cree
Los consejos del amigo,
Y á un Rey justiciero vuelve.
Digan luego lo que piden
Á este hombre estas dos mujeres

DOÑA LEONOR.

De los brazos de mi esposo
Me quitó, y sin ofenderme,
Á Illescas me llevó, donde
Casarse conmigo quiere.

REY.

Delito es de muerte digno.
Enrique, ¿qué te parece?

DON ENRIQUE.

Conceder quiero con él. (Aparte.)
Delito es, señor, de muerte.

REY.

Pues luego á esta labradora
L[illegible]é la mano, y celebre
Su casamiento, y después
Á la justicia se entregue.

DON TELLO.

[illegible]e cases, si me matas;
[illegible] matas, no me afrentes.

DOÑA LEONOR.

Y á mí, si me honras, señor,
Sin marido no me dejes.

CORDERO.

[illegible], si nos casas,
¿Qué más castigo pretendes?

REY.

Á Elvira.

Ahora bien, viva contigo.

ELVIRA.

¿Ya es mío?

REY.

Ya es tuyo.

ELVIRA.

Reines
En las nestóreas edades.

DON ENRIQUE.

Perdone Tu Alteza y premie
Á todos, pues soberano
Se pone á hacer hoy mercedes.

REY.

Por vos, mi hermano, permito
Que á sus mujeres se entreguen
Los tres; y advertid que sois
Vos quien los fiáis.

DON ENRIQUE.

Ya pueden
Dellos disponer las tres.

GINESA.

Gato, ya eres mío.

CORDERO.

Liebre
Quisiera haber sido, y no
Gato de tus caballetes.

REY.

Vivo quedas, Infanzón:
Mi majestad obedece.....
Y esto baste. Enrique, tú
Agora el puñal me vuelve.

DON ENRIQUE.

Y como deidad, es justo
Que en tu vaina le respete.

REY.

Dame esos brazos. ¡Cayóse
La corona!

DON ENRIQUE.

Alzándola.

Aquí la tienes.

REY.

¡La corona y el puñal
Juntas á tus manos vienen!
No sé, hermano, qué imagine;
No sé, Enrique, qué sospeche.

DON ENRIQUE.

Sospecha que en mí un vasallo
Tienes, gran señor, que vuelve
Por tu reino en la corona,
Y en el puñal por sus leyes.

REY.

Abrázame.

DON ENRIQUE.

¡Quiera Dios
Que esta amistad se conserve!

REY.

Inmortal será en los dos,
Enrique, siendo obediente.

DON ENRIQUE.

Esa obediencia te juro.

REY.

Vamos, porque se comience
El edificio Real.

DON TELLO.

Y aquí tenga fin alegre
De Illescas el Infanzón,
Con prodigios y sin muertes.

LA CARBONERA

LA CARBONERA

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

EL REY D. PEDRO.	BENITO, *villano.*	MENGA. } *Villanos.*
DON JUAN VELASCO.	PARRADO, *carbonero.*	FLORA. }
DON FERNANDO.	DOÑA LEONOR.	BRAS. }
LAURENCIO.	DOÑA INÉS.	TELLO, *criado.*

JORNADA PRIMERA.

Salen el rey D. Pedro, D. Juan, D. Fernando y gente.

REY.

No me acuerdo en mi vida haber entrado,
Ciudad insigne, en ti sin alegría;
Hoy solamente has dado
Nueva ocasión á la tristeza mía:
Tus muros, que juzgaba á los de Tebas,
Sevilla generosa,
Con quien la goda antigüedad aprue
Fué primero por Hércules famosa,
Era á mi gusto espejo cristalino
Á las armas del Moro granadino;
Ya todo me da pena, pues que vengo
Á ver en ti la causa de mi pena.
Una enemiga que en tus muros tengo,
Propia en la sangre, y en el odio ajena;
Una hermana, que dicen que lo es mía,
Que yo no conocía,
Hija del Rey, mi padre,
Oculta por los celos de mi madre;
¡Como si no bastaran sus hermanos,
Que de mi honor pretenden ser tiranos!
Pero yo los pondré presto de suerte,
Que asegure mi vida con su muerte.

JUAN.

Invictísimo Pedro,
Que no sólo del Betis las olivas,
Pero el más oriental laurel y cedro
Quiere la fama heroica que recibas:
Una mujer te aflige y te fatiga;
Tu hermana es tu enemiga,
Y cuya madre tienes presa agora:
¿Qué temes de ella? ¿Qué sospechas tienes,
Que con tanto cuidado á verla vienes?
¡Si apenas ha diez días
Que supiste, señor, que la tenías!

[illegible]
[illegible] ana
[illegible] hermana.
[illegible] lla,
[illegible] tilla,
[illegible]
[illegible] ona,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] ro armados,
[illegible] bastarda hermana,
[illegible] morirá mañana.
[illegible] me da cuidad[illegible]
[illegible] ntrarios,
[illegible]
[illegible]
[illegible] quitarme el reino con la vida.

[illegible]

[illegible] r, que tu grandeza impida
[illegible] cruel Enrique la esperanza vana;
[illegible] le dar tu hermana?

REY.

[illegible] por lo menos, me asegura:
[illegible] don Fernando;
Aquí no hay más de obedecer callando:
[illegible] Don Juan, ¿qué aguardas?

JUAN.

[illegible] la, y con leales guardas
La traeré de la suerte que quisieres.

REY.

[illegible] han perdido por mujeres
[illegible] res, don Juan; testigo España,
[illegible] iya sangre el África se baña,
Sin que nos den ejemplos Troya y Grecia.
[illegible] mi gusto precia;
[illegible] é lo que me importa y me conviene.
[illegible] alguna de esta casa tiene,
[illegible] piense en mi grandeza,
[illegible] ra la cabeza.
[illegible] fra, obedezca el que desea
[illegible], y crea
[illegible] ser la Majestad amada,
[illegible] espetada
[illegible] temida
[illegible] calle, que le va la vida,
[illegible] sta de las leyes,
[illegible] obedecer los reyes.

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] pasa.

[illegible] OR.

[illegible]

TELLO.

Es forzoso imaginar
[illegible] de tu casa;
Porque estando el fundamento
Amenazando rüina,
Por todas partes se inclina.

LEONOR.

Ya, Tello, en mis fuerzas siento
Que desmaya el edificio.
¡[illegible] Pedro! ¿Qué haré,
[illegible] mi muerte se ve
Por la de mi madre indicio?
¡Oh! Nunca Pedro supiera
[illegible] era yo su hermana.

TELLO.

Mira,
Que de su arrogancia é ira
Ninguna piedad espera.
Considera que el huir
[illegible] puede remediarte.

LEONOR.

Huir, ¿Adónde? ¿Á qué parte?

TELLO.

Adonde puedas vivir.

LEONOR.

En Castilla es imposible.

TELLO.

Escribe á Enrique tu hermano.

LEONOR.

Temo al Rey.

TELLO.

Y es caso llano;
Que es de condición terrible.

Sale D.ª Inés.

INÉS.

¡Ay, señora! ¿Cómo estás
Con tanto descuido aquí?

LEONOR.

¿Hay más penas contra mí?
Mas de penas siempre hay más.

INÉS.

El rey don Pedro ha venido
Con ánimo de prenderte.

LEONOR.

¡Ay, Tello, cierta es mi muerte!
¡Oh, nunca hubiera nacido!
Parte á saberlo.

TELLO.

Ya voy.

Vase.

LEONOR.

[illegible] uién te lo dijo?

INÉS.

Quien ya
[illegible] que en Sevilla está.

LEONOR.

¿En tanto peligro estoy?

Sale Tello

TELLO.

Ya es imposible salir;
Cercada está de soldados
La puerta.

LEONOR.

¿Tantos cuidados
Le ha dado el verme vivir?

Sale D. Juan.

JUAN.

Sosiéguese Vuestra Alteza.

LEONOR.

Mal me podré sosegar,
Si venís para llevar
Á mi hermano mi cabeza:
Bien me dijo mi tristeza,
Desde que hoy me levanté,
Lo que tan cierto se ve.
¿Venís á matarme?

JUAN.

No.

LEONOR.

¿Y á prenderme?

JUAN.

Sí.

LEONOR.

¡Que yo
Tanto cuidado le dé!

JUAN.

Prisión es; tened paciencia.

LEONOR.

Ya os creo por consolarme,
Aunque vos, para matarme,
Tenéis muy buena presencia.

JUAN.

Puesto habéis en contingencia
Mi obediencia, aunque segura
Con vuestra rara hermosura,
Porque es en vos de manera,
Que volverá blanda cera
Hasta la piedra más dura.
Creedme: si la crueldad
Del Rey á la ejecución
Viniera de esta prisión,
Le convirtiera en piedad.
Aquí solos nos dejad,
Y no digáis que la hallé.

Vanse.

Desdicha notable fué
Haber venido á prenderos,
Pues no sé, después de veros,
Quién más de los dos lo esté.
Creedme, que si supiera
Que de esta suerte os hallara,
Que con el Rey me excusara
Cuanto posible me fuera.
Con vuestra prisión me espera;
Ya conocéis su rigor;
Temo que os mate, Leonor,
Porque en condición tan dura,
Ni halla puerta la hermosura,
Ni tiene entrada el amor.

LEONOR.

Para mayor desconsuelo,
Puesto que en parte la abona,
Vuestra gallarda persona
Envía el Rey, aunque el cielo
Debe de ser, si del celo
Que de mi quietud mostráis,
Mi remedio ejecutáis
En cambio de mi prisión,
Porque no será razón
Que me alabéis y prendáis.
No hay cosa que venga á ser
Para todo entendimiento
De más aborrecimiento,
Que aquel que viene á prender;
Que puesto que viene á hacer
No más de la ejecución,
Como el miedo y confusión
Sólo en la vista repara,
No sé qué tiene la vara,
Que causa poca afición.
Y pues vos la habéis tenido
Al tiempo que me prendéis,
Valor singular tenéis,
Que este imposible ha vencido.
Y creedme que habéis sido,
Y no presumáis, por Dios,
Que es lisonja entre los dos,
Tal para mí, que si fuera
Posible huir, no lo hiciera
Por no apartarme de vos.
Diréisme que soy mujer,
Y os engaña mi temor,
Porque nadie tiene amor
A quien le viene á prender.
Mas bien me podéis creer,
Que os he dicho lo que siento;
Que si nace del tormento
Tras la prisión la crueldad,
Para negar la verdad
No he tenido sufrimiento.

JUAN.

¿No bastaba la hermosura,
Sino tanta discreción?
Mayor será la prisión
Donde el alma se aventura.
Condición áspera y dura
La del Rey. ¿Qué haré si aquí
No le obedezco? ¡Ay de mí,
Que en tal confusión estoy,
Que no sé si el preso soy,
Después que tus ojos vi!
No llores, no, ni te alteres.

LEONOR.

Ya no tengo que esperar;

[illegible] ...ntas.
[illegible] ...gunté
[illegible]

[illegible] ...doy
[illegible]

[illegible] noble hacer más.

[illegible] ...puedas;
[illegible] ...los diré
[illegible]

[illegible] ...edas;
[illegible] ...las,
[illegible] ...rir.

[illegible] ...hora;
[illegible]

La que me has dado te adora.

Vanse.

[illegible] ...ras y Menga, villanos.

[illegible] ...la sufriera,
[illegible] ...nitencia.
[illegible] ...villa?

[illegible] ...illa;
[illegible] ...atro.
[illegible]

Y [illegible]
[illegible]

[illegible]

¡Zapatillas sin medida!
¿[illegible] te lo mandó?

[illegible]

No quise pedirla yo,
Porque no hay hombre que pida
Medida á pie de mujer,
Que le diga la verdad.

[illegible]

Pues ¿en esto hay facultad?

[illegible]

N[illegible] la suele ha[illegible].
N[illegible]an con mil ademanes
[illegible]
Y esta es la razón de andar
En puntos con sus galanes.
No hay cosa que más les pese;
Por esto tratan engaños;
Que los puntos y los años
No hay mujer que los confiese.
Pero ya te las compré,
Y [illegible]
Porque tus facciones dan
Ciertas señas de tu pie.

MENGA.

¿Sabes tú Gilmocosía?

BRAS.

Cifra del cuerpo es la cara;
En ella el cielo declara
Cuanto encubrirse porfía.
[illegible]

[illegible]

Á la fe, Bras, tristemente:
[illegible] ...nte
Una mañana salí,
Y acordándome que en ella
Un requiebro me dijiste,
Le quebré de puro triste,
Y lloré un hora somo ella.
Benito me vió llorar,
Y como el agua caía
[illegible] ...ía,
Que la pudiera aumentar,
Me dijo (que siempre intenta
[illegible]
«Pareces, Menga, rocín,
[illegible] la aumenta.»
Si de la cocina trato,
[illegible]
[illegible]
Entraba perro ni gato.
[illegible]
Y la olla que ponía,
[illegible] cocer la vía,
[illegible]
[illegible] ...itaba la espuma;
Tan turbada, que un conejo
[illegible] con pellejo,
Y una gallina con pluma!

BRAS.
Y yo, ¿qué diré de mí?
¡Qué suspiros iba dando
Por aquesos montes, cuando
De tus ojos me partí!
No vía flor, aunque tenga
Las perlas del alba ya,
Que no dijese: «Así está
Cuando se levanta, Menga.»
Si desuncía los bueyes
Echándoles heno allí,
Con más cuidados de ti
Que de sus reinos los reyes,
Viéndoles sacar la luenga,
Y ambos rumiar á porfía,
«¡Dichosos bueyes, decía,
Que no os acordáis de Menga!»
¿Con esto, puedo abrazarte?

MENGA.
¿Pues no, Bras, si yo te espero?

BRAS.
¿Quiéresme bien?

MENGA.
Más te quiero
Que á Guillerma Pero Marte.

BRAS.
Yo á ti más que Galloferos
Á Maricodendra amaba.

MENGA.
Flechas tiene, Amor, tu aljaba;
Miente quien dice dineros.

Abrázanse, y sale Laurencio, viejo.

LAURENCIO.
Agrádame el amistad.

BRAS.
¡Muesamo!

MENGA.
El diabro lo trujo,
Que se cuela como brujo.

LAURENCIO.
¿Qué es esto?

AMBOS.
La voluntad.

LAURENCIO.
Pues sabré yo despartilla:
¡Váyase el tonto al carbón!

BRAS.
¿Que descanse no es razón,
Si ahora vengo de Sevilla?

LAURENCIO.
Váyase ella á sus haciendas.

MENGA.
Iránse, que tienen pies.
¿Hanlo vido?

LAURENCIO.
Vaya, pues:
¡Que tú inquietarla pretendas,
Y que os concertéis los dos
En vencer mi sufrimiento!
¿Quién os pone atrevimiento?

LOS DOS.
La voluntad.

Vanse.

LAURENCIO.
Bien, ¡por Dios!
Pues esperadme y veréis
Si la voluntad os vale.
Mas ¿qué caballeros son
Los que por aquellos sauces
Vienen corriendo por senda
Que apenas mi gente sabe?
Ya caminan á la fuente
Que de aquellos montes nace,
Ya se apean, y parece
Que los fuertes alazanes
Hasta aquí tuvieron vida,
Pues ya sin aliento yacen.
Mujeres son: ¿qué es aquesto?

Salen D.ª Leonor y D.ª Inés con capotillos, y sombreros.

LEONOR.
¡Laurencio!

LAURENCIO.
Mi nombre saben,

LEONOR.
¿No conoces á Leonor,
La que seis años criaste
Escondida de la Reina,
Celosa del Rey mi padre?

LAURENCIO.
¡Infanta y señora mía!

LEONOR.
Ya no es tiempo que me llames
Infanta; que no lo son
Las que sin ventura nacen.
El rey don Pedro, mi hermano,
Vino á Sevilla á buscarme;
Prenderme intentaba el Rey,
Codicioso de mi sangre
Como si no fuera suya;
Huyendo, pude librarme,
Por piedad de un caballero,
Pariente del Condestable.
Acordéme de tu casa
Y de que tuve por madre
Tu mujer: aquí me tienes.

LAURENCIO.
Conozco bien las crueldades
Del Rey y lo que aborrece
Los generosos Guzmanes,
Que hay pronóstico en Castilla,
Que dice que han de heredarle;
Que es bien que en hombres crueles
Las sucesiones se acaben.
Tú estás en grande peligro;
Pero no será tan grande

Como [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] padre
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

LEONOR.

En él espero, Laurencio,
Que no es posible que falte
Su [illegible] á mi [illegible]ncia.

LAURENCIO.

Dicha fué no veros nadie;
Todos andan ocupados,
[illegible]
Hoyos que el carbón sepulta.

INÉS.

Pues, señora, no desmayes,
[illegible]
[illegible]

LEONOR.

¡Ay, Pedro, tu hermana soy!
¡No quiera Dios que me mates!

Vanse.

Salen el Rey, D. Juan y gente.

REY.

¡[illegible] venía!
Viven los cielos, que á saber quién era
Quien aviso la dió, que el mismo día
Otro Perilo de Agrigento fuera!
¡Que se escapase la enemiga mía!

JUAN.

Cual suele el cazador que al paso espera
Al animal, el arcabuz seguro,
Tener el árbol por defensa y muro,
Así llegué, cubierto y disfrazado,
La gente por las calles dividiendo,
Hasta llegar adonde vi alterado
De la familia el temeroso estruendo.
Entro, y ya por el suelo derribado
[illegible]
La puerta, y hallo solas sus doncellas,
Cual puesto el sol se miran las estrellas.
Todas llorosas á mis pies se arrojan,
Y sueltos, por no verme, los cabell[illegible]
De los lazos y cintas los despojan,
[illegible] celos se vengaron de ellos:
[illegible]
Bárbaras armas en cobardes cuellos,
[illegible] te informes,
[illegible] por Leonor conformes:
Ya está con el infante don Enrique,
Que supo que su hermano la buscaba,
[illegible] hay vida ya por quien suplique
La sangre noble que inocente acaba.
Pero temiendo que el rigor replique
La ocasión femenil que me aclamaba,
Dejo viles mujeres, que, en efeto,
Remite el noble al natural respeto.
Discurriendo las salas, voy mirando
Todo lugar que me parece oculto;
Arcas rompiendo, puertas quebrantando,
Que apenas lo imposible dificulto;
Las ventanas y cofres desterrando,
Verdes jazmines de un jardín inculto,
Hasta en sus cañas, en sus verdes lazos,
Imaginé sus pies y vi sus brazos.
Tan engañado estaba, que sospecho
Que la vi, que la hablé, pero fué en vano;
Que ya la tiene en salvo, á tu despecho,
La diligencia de tu loco hermano.
Serán las diligencias sin provecho;
Que amor piadoso, y sin disculpa humano,
La defendió con mano poderosa,
Porque es tu hermana, y en extremo hermosa.

REY.

¿Quién duda que el traidor Enrique haría
La diligencia con que se ha librado?
Yo tengo en mi palacio alguna espía,
De quien estoy servido y engañado.
Vana salió la diligencia mía,
Vano el deseo, inútil el cuidado.
Disimular importa, que es venganza
No alcanzar el temor lo que se alcanza;
En la caza pretendo divertirme;
Haced que á punto estén los cazadores.

Vase.

JUAN.

Amor, tú que supiste persuadirme,
Tú mismo favorece mis amores;
Tú, que en la muerte más constante y firme
No temes á los trágicos rigores,
Libra á Leonor, que no se dónde es ida,
Pues por tu causa me robó la vida.

Vanse.

Salen Menga y Bras.

MENGA.

¿De qué estás triste? ¿Qué tienes?

BRAS.

Menga, no sé qué me tengo;
El dimuño trujo á casa
La sobrina de Laurencio.

MENGA.

Tan tiernamente lo dices,
Que pienso que haces pucheros.

BRAS.

Recién venida la vi
Una mañana saliendo
De casa, bien descuidado
De tan riguroso encuentro.
Estaba sobre unas flores

Sentada, que te prometo
Que nunca á la diosa Viernes
Con tanta hermosura vieron.
Púseme detrás de un sauce,
Cuando, sirviendo de espejo
Cristalino en que miraba
Su rostro un claro arroyuelo,
Sacó un peine de marfil
Y descogió los cabellos;
Que lo pudiera excusar
Y peinarlos con los dedos.
Iban las hermosas ondas
Haciéndose mar en ellos,
Porque siendo el peine el barco,
Los iba encrespando el viento.
Comenzó luego á llorar,
Y de sus ojos cayeron
Unos pedazos de perlas:
¡Qué propio llanto del cielo!
Desconocerás aquí,
Menga, mi rústico ingenio,
Pero no soy yo quien habla,
Que amor la lengua me ha puesto.
¿No has visto los que conjuran,
Que con ser necios y legos,
Hablan en griego y latín?
Pues esto es latín y griego.

MENGA.

Bueno, está, Bras, bueno está!
Ese latín yo le entiendo;
Todos sabemos habrar,
Tú con amor, yo con celos.
No más de cosas pasadas:
Ya de todas me arrepiento;
Mal haya el tiempo que he sido
Necia por amar á un necio.
¿Quién habrara, dime, Bras,
Con tan loco atrevimiento
Delante de quien lo quiso,
Sino un rudo carbonero,
Sino un rústico villano?
Y quien habra sin respeto
Alabando á otra mujer,
Ó es mal nacido ó es necio.
No me quiero lamentar
De ti, mas sólo te advierto
Que los celos que me has dado
Tengo de pagar con celos.
Más vale que tú Benito,
Que es más galán y más cuerdo;
Quererte fué mi desdicha,
Que no tu merecimiento.
Haz cuenta que ya le adoro;
Hoy escucho sus requiebros,
Hoy le doy cinta de plata,
Hoy bailo con él, hoy quiero
Que el primer día de Mayo
Cante en mis ventanas versos,
Ponga un jardín con obleas,
Y entre los demás mancebos
Diga que soy su velada,
Su novia, su casamiento,
Su mujer, su cielo y todo
Cuanto en los casados veo;
Que no reparan venganzas
En escarmientos ajenos.

Vase.

BRAS.

¡Menga, Menga! Ya se hué.
De lo dicho me arrepiento;
Bien dicen que amor y el vino
Jamás guardaron secreto.
¿Hay gusto como es el mío,
Que teniendo, como tengo,
Preñada la voluntad,
Se les antojan venenos?
Mal hice en decir que adoro
Á Laura, porque es muy presto
Para pensar que este amor
Me saque á Menga del pecho.
¿Quién viene aquí, quién me llama?
¡Y se apea de un overo!
¿Decís, caballero, á mí?

Sale el Rey.

REY.

Atrás mis criados dejo,
Que cansado de la caza,
Como el sol se va extendiendo,
Vengo buscando la sombra.
¿Llegaré al lugar tan presto?

BRAS.

Antes dél hay una casa
De un honrado carbonero
Á quien sirvo, en que podéis
Descansar y entreteneros.
¿Sois acaso Veinticuatro,
Ó algún noble caballero
De la casa de Guzmán,
Que persigue el rey don Pedro
Con temor del conde Enrique?

REY.

No se extienden mis deseos
Á pensamientos del Rey;
La paz y quietud pretendo
Que busca un buen ciudadano;
Bien se ve, amigo, pues vengo
Cazando por estos montes,
Entretenimiento honesto.
¿Es esta casa de forma
Que contra el rigor del tiempo
Pueda pasar esta siesta?

BRAS.

Aunque es de un hombre grosero,
Es rica, es limpia, y es casa
Donde pienso que su dueño
No envidia al Rey en la suya,
Los cuidados al de menos.

REY.

Tiene el rey don Pedro muchos.

[illegible]
[illegible] te pienso
[illegible]
[illegible] del reino.

[illegible]
[illegible]
[illegible] justiciero,
[illegible]

BRAS.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] mos que se inclina
[illegible]
[illegible]
[illegible] don Pedro es tan bueno,
[illegible]
[illegible] es hombre tan soberbio,
Que por cualquier niñería
[illegible]
[illegible] dar un pescozón.
¡Mal año, que por el suelo
Ruedan setenta cabezas!

REY.
[illegible] merecen sus yerros,
[illegible]

[illegible]
Sí, señor,
Pero no todo es bien hecho.
[illegible] matar á un lechón,
[illegible]
[illegible] mano,
[illegible] señor, es tan fiero,
[illegible], cual segador, derriba
Altos y bajos al suelo.

REY.
Su padre, contra los moros
[illegible] tró valeroso esfuerzo:
[illegible] Pedro, ¿no lo hace así?

[illegible]
[illegible] liente caballero,
[illegible] Dios! pero es cruel.

REY.
[illegible] le está agora?

[illegible]
En Toledo.

[illegible]
[illegible] ir á Sevilla?

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] lavera, y sospecho
[illegible] mandado matar,
[illegible] hijos y deudos
[illegible] guerra por mil partes.
[illegible] llevar á don Diego,
[illegible] réis,
[illegible]
[illegible] anda á buscar

Su hermana, que conociendo
[illegible] rigor y su crueldad,
[illegible] apó, y anda huyendo.
[illegible] señor,
[illegible] no quiero
Que os detengáis escuchando
Nuevas de un hombre grosero.
[illegible] es mi amo.

Sale Laurencio.

REY.
¿Cómo se llama?

BRAS.
Laurencio.

REY.
Seáis, Laurencio, bien hallado.

LAURENCIO.
Y vos seáis bien venido.

REY.
En la caza divertido,
Á vuestra casa he llegado:
¿No me dais en qué me siente?

LAURENCIO.
Saca, Brasillo, una silla.
¿De dó bueno?

REY.
De Sevilla.
Apartéme de mi gente,
Y el sol me ha tratado mal.

LAURENCIO.
No guardan los tiempos ley,
Porque así tratan al Rey,
Como al que viene á jornal.

REY.
Buena casa es ésta.

LAURENCIO.
Buena:
Traedme otra silla á mí.

REY.
¿Tenéis gran familia aquí?

LAURENCIO.
Está de la gente llena
Que hace en el monte carbón.

BRAS.
Ea, sentaos.

REY.
Bien podéis.

LAURENCIO.
Aunque no me lo mandéis,
Me parece que es razón.
Sois allá los cortesanos
Muy amigos de negar
Las sillas, sin reparar
En que es más besar las manos.
Pues no deis en eso, daldas,
Ó es que, con poca advertencia,
Tratáis mejor la presencia,
Y siempre mal las espaldas.

REY.
Ya estáis sentado.

LAURENCIO.

Es verdad.

REY.

¿Estáis rico?

LAURENCIO.

Rico estoy,
Gracias á Dios, que no voy
Á pedir á la ciudad,
Ni tengo pleitos que allá
Ni den ni quiten justicia
Por interés ó malicia,
Ni el usurero me da
Lo que se lleva después
Para venderme, señor;
Que todos hallan favor
Fundado en propio interés.

REY.

Pues si el Rey eso supiese.....

LAURENCIO.

Ya yo sé que es justo y grave;
Pero si el Rey no lo sabe,
¿Qué importa?

REY.

Consuelo es ese
De los hombres agraviados.
Vuestra familia llamad.

LAURENCIO.

En el monte y la ciudad
Andan muchos ocupados.
Llama Bras á los que hubiere.

BRAS.

Los que hay en casa, han salido
Á ver al recién venido.

Salen D.ª Leonor é Inés, de villanas, Benito, Parrado, Flora y Menga.

MENGA.

¿Vernos quiere?

BRAS.

Veros quiere.

LAURENCIO.

Señor, aquéstos que veis
Me sirven en casa agora.

REY.

¡Oh, qué gentil labradora!

LAURENCIO.

Muy buena vista tenéis.

REY.

¿Quién sois vos?

MENGA.

Yo, señor, Menga,
Para lo que le cumpliere.

REY.

¿Qué hacéis en casa?

MENGA.

Masar.

BRAS.

Sí, señor, es la que cierne.

REY.

Y ¿quién es esa rapaza?

FLORA.

¿Rapaza? ¿Qué le parece?

BENITO.

Calla, Flora, que en Sevilla
Solmente se usan mercedes.

FLORA.

Sepa, señor Veinticuatro,
Veinticinco ó veintisiete,
Que yo soy Flora, floreta,
La quillotra de su huésped.

BENITO.

Sí, que no ha llegado á ser
Cabriola, que no quiere
Casarse.

REY.

Y ¿qué es vuestro oficio
Entre mozas tan valientes?
Porque vos no iréis al campo.

BENITO.

En una almohadilla tiene
Mil majaderos colgados.

REY.

¿Randas hace?

BENITO.

Hila y tuerce.

FLORA.

Hago cofias y camisas,
Calcetas y zaragüelles
De lienzo. ¡Ah, señor! ¿Han vido
Que pescudador que viene?

BENITO.

Como se está rellanado,
¿Qué ha de hacer?

FLORA.

Y no se yergue
Aunque le hagan reverencias.

BENITO.

En la corte no hay corteses.

REY.

¿Y vos?

INÉS.

¿Dice á mí?

REY.

Á vos digo.

INÉS.

Á la carbonera á veces
Llevo la comida, y otras
Al monte, como sucede.

BRAS.

Sí, señor, y se la come,
Porque primero que llegue
Se ha sorbido todo el caldo,
Y después llorando viene
Porque dice que ha caído.

REY.

Vos, ¿quién sois, buen hombre?

BENITO.

Espere;
¿Tengo yo de responder?

MENGA.

¿Qué dudas? Responder tienes.

[illegible]

Y aquí la [illegible]

[illegible]

[illegible] me ha olvidado.

[illegible]

[illegible] me qui[illegible]

[illegible] como me llamo?

[illegible]

Ya en el caletre
[illegible] nombre imprimi[illegible]
[illegible] Menga, que á mí me suelen
[illegible] Benito los otros;
[illegible] yo no.

[illegible]

ITO.

Llevo al prado los borricos,
[illegible] se puede
Informar de estos zagales,
[illegible] el heno de los bueyes,
Y tal vez ando al carbón.

[illegible]

[illegible] ste grande? A fe que lleve
[illegible]

PARRADO.

[illegible], á falta de gente,
Cargo el carbón que á Sevilla
Va en carros, y embarco á veces:
Mi oficio es más liberal
Que todos.

REY.

¿Qué oficio tienes?

[illegible]

[illegible] hijo pródigo aquí,
[illegible]
Animales de Guinea.

[illegible]

[illegible] entiendo.

[illegible]

[illegible] chinos de mi amo.

[illegible]

[illegible], que por más que intentes
[illegible] le aquella mujer
[illegible], ni el alma puede,
[illegible] sentidos,
[illegible]
[illegible] os acá, labradora.

[illegible]

Por Patrón Sevilla tiene
Á Laurencio, [illegible]
[illegible]

REY.

Según eso, eres
Laura.

LEONOR.

Á tu servicio.

REY.

El cielo
Te dió, Laura, mil laureles
De hermosura celestial.
¡Que esta aspereza pudiese
Criar belleza tan rara!
[illegible] me, Laura, que excedes
Cuantas damas en Sevilla,
Aunque de serlo se precien,
Tienen fama en rostro y talle.

BRAS.

Señor, sus criados vienen.

Salen D. Juan, D. Fernando y gente.

JUAN.

Si Vuestra Majestad se alarga tanto,
¿De qué se espanta que perderle puedan?

LAURENCIO.

¡Majestad dijo! El Rey es éste.

REY.

¡Oh, cuánto
De oir el nombre temerosos quedan!

LEONOR.

¡Qué confusión!

INÉS.

¡Qué temerario espanto!

REY.

Don Juan.....

JUAN.

Señor.....

REY.

Los cielos me concedan
Menos favor que á Enrique, si hasta ahora
Vi mujer como aquella labradora.

JUAN.

¿Cuál labradora?

REY.

Aquélla.

JUAN.

Es muy hermosa:
¡Ay, cielos!

REY.

¡Ah villanos! Esa gente
Recoged por el monte, que anda ociosa.

LEONOR.

Iré con ellos yo.

REY.

Tú, Laura, tente.

MENGA.

¿[illegible] éste es el rey don Pedro? ¡Extraña cosa!

BRAS.

[illegible] nos manda matar.

LAURENCIO.

¡Que libremente
Le hablé sentado tantos desatinos!

BENITO.

Y yo dije borricos.

PARRADO.

Yo, cochinos.

Vanse los villanos.

REY.

Dile, don Juan, á Laura que me agrada;
Que procure, pues puede, hacer mi gusto;
Que nos hablemos, pues que no es casada.

JUAN.

No puede Laura recibir disgusto,
Antes placer honestamente amada:
Yo le diré, señor, que será justo
Que te entretenga un rato de la siesta.

REY.

Su rostro obliga á voluntad honesta.

Vase.

JUAN.

¡Ay, Laura, ó ay, Leonor! ¿Por qué camino
Á este monte viniste tan extraño?

LEONOR.

Criéme aquí; no es fuerza del destino,
Sino de mis desdichas desengaño.
¿Qué puedo hacer? Seguir me determino
De Laura el nombre en su amoroso engaño.
¿Por qué el cielo le obliga ó le castiga
En que le agrade tanto su enemiga?

JUAN.

Suceso extraño que á prenderte venga
Y quede preso de tus bellos ojos;
Mas porque vida yo, mi Leonor, tenga,
Entretendrás discreta sus antojos.
No hay vida que al poder no se detenga
Si á la hermosura quiere dar enojos;
Que aunque todo á los reyes se sujeta,
Es poderosa una mujer discreta.
Escríbeme á Sevilla ocultamente,
Pues no puede faltar, Laura, un villano;
Y porque pueda ser secretamente,
Te dejaré una cifra de mi mano:
Entenderás las letras fácilmente,
Porque tienes ingenio soberano,
Con que sabrás de mí todos los días,
Y yo del alma que en mi pecho fías;
Que la vida que tengo aventurada
En tu servicio, espero para verte
Como mereces, y que estés casada
Con quien sepa servirte y merecerte.

LEONOR.

El verme de tus méritos amada
Me olvida del peligro de la muerte:
Ten memoria de mí, pues sólo vivo
Con la esperanza que de ti recibo.

JUAN.

Yo seré monte, Laura, en la firmeza.

LEONOR.

Yo seré roca de la mar batida.

JUAN.

Yo esclavo de tu angélica belleza.

LEONOR.

Yo siempre á tu piedad agradecida.

JUAN.

Quíteme el Rey mil veces la cabeza.

LEONOR.

Ya deseo perder por ti la vida.

JUAN.

¡Favor, piadoso amor!

LEONOR.

¡Defensa, cielos!

JUAN.

Tus regalos me olvidan de mis celos.

SEGUNDA JORNADA.

Salen D.ª Leonor y D.ª Inés.

INÉS.

Con razón agradecida
Estás á tu buena suerte.

LEONOR.

Á los pies pone la muerte
Los desprecios de la vida.
¡Con qué peligro y temor
Del Rey estuve en la mano!

INÉS.

¡Caso extraño que tu hermano
Te cobrase tanto amor!

LEONOR.

Si Pedro me conociera,
¡Qué presto se le quitara!

INÉS.

Por ventura, más te amara.

LEONOR.

Yo le conozco; no hiciera.
En fin, no puede librarme.

INÉS.

Dicha fué amarte, señora.

LEONOR.

Cuando dice que me adora,
Me busca para matarme.
¡Oh, cuánto debo á don Juan!

INÉS.

¡Gran piedad usó contigo!

LEONOR.

Amarme el Rey es castigo
Que sus crueldades le dan.
Perdido de un loco amor
Volvió á Sevilla; yo, Inés,
Escribo á don Juan, después

[illegible]
[illegible]ida.
[illegible]
[illegible]as,
[illegible] querida,
[illegible]
[illegible] fin de mi intento.

[illegible]

[illegible]
Me ha dado bien que reir.
[illegible] en cifra?

[illegible]

En cifra escribo,
[illegible]
[illegible]erra amor,
[illegible]
Di que al momento se parta.

[illegible]

[illegible]
Que llegue sin ofenderte
[illegible]sta carta.

Vase Leonor.

Sale Bras.

[illegible]

¿Celos á mí con Benito?
En verdad que es labrador
[illegible]miento y valor.
Quiero ver si Laura ha escrito,
Y fingir que de celoso
[illegible] voy.

INÉS.

Aquí esperándote estoy,
[illegible]roso,
Bras de carboneros flor,
Á quien ningún mozo iguala,
[illegible]miento y gala
Mata las almas de amor.
[illegible]arta me ha dado,
[illegible]ner á don Juan
[illegible]

BRAS.

No me dan
Tan pocas leguas cuidado;
[illegible]
[illegible] digo verdad,
[illegible] ir á la ciudad
[illegible]n Juan se inclina?

[illegible]

[illegible]ey, cuando estuvo aquí,
Como sin [illegible]
[illegible]
[illegible]
Y dióle el cargo de hacellos.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]

INÉS.

Esto no más. Menga viene,
No puedo decirte más.

Vase.

BRAS.

En el pecho deposito
La carta que el alma estima,
Y porque en ella se imprima
Letra que su mano ha escrito,
Y porque ésta no la vea.

Sale Menga.

MENGA.

Pues, Bras, ¿á Sevilla vas?

BRAS.

¿Quién te lo dijo?

MENGA.

Quien más
Tu pensamiento desea,
Y aun pienso que ella te envía.

BRAS.

Es burla, que yo me voy
Á Sevilla desde hoy,
Que eres de otro y no eres mía.
¿Tú con Benito á mis ojos
Hablalle y dalle favor?

MENGA.

Enfurecióse mi amor
De ver que le das enojos.
No te vayas, que no hué
Amor.

BRAS.

Pues ¿no lo vi yo?

MENGA.

Hué cólera que me dió,
Y por vengarme le hablé.

BRAS.

No he de volver, Menga, más
Al monte ni á la cabaña.

MENGA.

Algún dimuño te engaña
Para que me mates, Bras.

BRAS.

¡Suelta!

MENGA.

¿Mi amor no te obliga?
Pues si el tuyo me desprecia,
El cochillo de Lucrecia
Me zampo por la barriga.

BRAS.

Haz, Menga, lo que quisieres,
Que yo á Sevilla me voy.

MENGA.

Hoy verás que ejemplo soy
[illegible],
Porque, si no las conoces,
Hoy te desengañes bien.

Sale Inés.

INÉS.

¿Qué es esto, Menga? ¿Con quién
Son los enojos y voces?

MENGA.

Fuése Bras de la cabaña;
Sabe Dios si volverá;
Que dice que le dí celos,
Y es muy cosquilloso Bras.
Quieren los hombres costanza,
Gozar de su libertad,
Y que las pobres mujeres
No la tengamos jamás.
Cuando ellos, como veletas,
Á cualquier gusto se van,
Nosotras, como tudescos,
No hemos de dar paso atrás.
Á sus celos llaman honra,
Á los nuestros liviandad;
Pues de carne somos todos,
Hijos de Esgueva y de Adán.
Son celos como unos hombres,
Que andan siempre en murmurar,
Y no quieren que hablen de ellos;
Que es muy gentil necedad.
Pues que siempre los servimos,
Y los parimos, que es más,
Páguennos con buenas obras,
Ó llévelos Barrabás.

INÉS.

Menga, no tengas temor;
Bras á un negocio se parte;
Laura quiere asegurarte
Que Laura te tiene amor.
Ven conmigo, que en el prado
Me dijo que te esperaba.

MENGA.

De Laura segura estaba,
No me dió Laura cuidado;
Que una mujer tan erguida
No ha de querer á un jumento.
Si hoy trata mi casamiento,
Daréla el alma y la vida.

Salen el Rey, D. Juan y D. Fernando.

FERNANDO.

Yo he escrito, gran señor, á un gran privado
Del conde don Enrique, y me asegura
De que doña Leonor, si no la esconde,
No es posible que viva con el Conde.

REY.

Es mi desdicha que esconderse pueda
Una mujer á diligencias tantas.

JUAN.

Dios libre su inocencia, pues agora
La misma causa que aborrece adora.

REY.

Don Juan, de mis tristezas, solamente
Hablando en Laura alivio el alma siente.
¿No es bellísima Laura?

JUAN.

Es de manera,
Que la negra oficina y carbonera
Convierte, como el sol, en rayos puros,
Ámbares rojos y diamantes duros.

REY.

Haz, Fernando, que luego me aperciban
Recado de la caza, y muy despacio;
Que me cansan cuidados del Palacio.
Allí me quiero estar ocho ó diez días.

Vase.

FERNANDO.

Yo voy.

Vase.

JUAN.

¿Qué me queréis, desdichas mías?
Pero ¿de qué me quejo, pues que puedo
Ver mi Leonor sin que lo estorbe el miedo?

Sale Bras.

BRAS.

¡Voto al sol, que me colé
Hasta que topé con vos!

JUAN.

¡Oh, buen Bras!

BRAS.

Guárdele Dios
Mil años á su mercé;
Que por allá se rugía
Que le tiene voluntad
(Y ya veo que es verdad)
El Rey; y Laura decía,
Que por sus buenos servicios
Le ha dado una condadura.

JUAN.

Merced me hace, y me asegura
Su amor con muchos oficios,
De que siempre me ha de honrar:
Pues, Bras, ¿á qué habéis venido?

BRAS.

Una carta le he traído
Aquí por todo el lugar,
Que Laura quiso escribir;
Y traigo la carta yo
Aquí, señor, porque á no,
Ella quisiera venir
Por le hacer merced al cura.

JUAN.

Esto es que le han engañado.

BRAS.

Haberlos el Rey mandado
Los muérganos, asegura
¡Pardiez! que ha de haber piporro,
Pues como de rey serán.
Que en ellos el sacristán

...s fuelles.

...ausencia que ... el día, porque ...

...n la cifra ha sacado!

...va santidad profe...
...ra ha tratado
...de Dios,
...apel.

...atamos l...

...V. S. sea servido de hacer acor-
...mos; pues no los mandó, mande
...r su salud.»

¡Pardiez, que es buena mujer!
...haberlo oído.

...ponder.

Yo os pido
...dad en responder;
...r que tiene un año
Á un hombre sin escribir,
Aunque aquí el ver y el oir
...mo.
...tapicerías!
...iosas!
...paciosas
...n tan breves los d...
...ster
...ner
...idir los cuida...
...duda que aquí la harán?
...entrarán, ni podrán,
...r ni malicia.

Pero noté con razón,
...pasar,
... un hombre me hizo quitar
...
Y dije: «Dichoso has sido,
...n un muladar criado,
En dos platos engastado
Vas, aunque asado, temido.»
El Rey es éste. ¿Qué haré?

...
En qué me pueda partir?

...su merced el pie
Que se hallare más á mano.

REY.

...

¿Ya se le olvidó
...que en el monte le halló?
Es Rey; soy pobre villano.

¿Sois criado de Laurencio?

Carbonero soy, señor;
Aunque con hato mejor,
Del monte me diferencio.

REY.

¿Cómo está Laura?

Á la fe,
Como ella misma se está.

¿Á qué vinistes acá?

¿En el hato no lo ve?
Vengo de parte de Laura,
Que aun ella misma viniera,
Á que si nos ha de dar
Los órganos de la iglesia,
Como los ha prometido,
Los lleve en una carreta;
Que ya me dijo don Juan
...habló con Su Reverencia
Y que hoy me despachará.

REY.

...anos yo?

¿No se acuerda?

REY.

Laura debe de pedir
...ya ó presea
Para vestido ó tocado,
...villano el nombre yerra.
...omo las mujeres
Mudan tantas diferencias
De nombres á sus vestidos,
También puede ser que sea

Órganos nombre de toca
Ó alguna exquisita tela.
Decid que yo haré saber
Esto; y pues voy á la aldea,
Haré también que se lleve.
¿Queréis otra cosa?

BRAS.

Advierta
Su merced que he menester.....

REY.

Decid; no tengáis vergüenza.

BRAS.

Unos buenos zaragüelles;
Porque ando, allá en nuestra tierra,
Enamorado estos días,
Y las galas son las señas
En que las damas conocen
La limpieza y gentileza.

REY.

¿Los zaragüelles son galas?

BRAS.

Hanme dicho muchas de ellas
Que no hay cosa en que más miren.

REY.

¿Es buena moza?

BRAS.

Muy buena;
Y aun la ha visto su merced.

REY.

¿Cuándo?

BRAS.

¿Ya se desmiembra
De Laura la de mi amo?
Aquella moza ojinegra
Que mata con embeleco,
Y, pareciendo que ruega,
Después no se le da nada
De que por ella se pierdan?

REY.

Muy buen gusto habéis tenido.

BRAS.

También hay hombres que sepan
Lo que es bueno, entre el carbón.

Sale D. Juan.

JUAN.

Aquí está el Rey. No quisiera
Que aquéste le hablara en Laura.

REY.

¿Mi partida no se apresta,
Don Juan?

JUAN.

Ya está todo á punto.

REY.

Mirad qué joya ó qué tela
Llaman agora en Sevilla
Órganos; que Laura bella
Me la pide con este hombre.

Vase.

JUAN.

¿Qué has dicho?

BRAS.

Dios me defienda
De las cosas de Palacio.
Díjele que nuestra aldea
Por los órganos me envía
Que el Rey le mandó á la iglesia.

JUAN.

Toma, y pártete de aquí
Y llévale la respuesta,
Y para ti aquesta bolsa.

BRAS.

¿Qué hay dentro? ¡Qué poco pesa!

JUAN.

Oro es todo.

BRAS.

¡Plega á Dios
Que no sea viento, y parezca
En la ostentación y el aire
Calabaza de poeta!
Como acaba de cerrarla,
Tiene tan fresca la nema,
Que muy bien la puedo abrir.
La malicia villanesca
No me deja sosegar;
Que no es posible que crea
Que no hay aquí algún engaño,
Y el Rey me ha dado sospecha.
Abro; pero ¿qué es aquesto?
Éstas no parecen letras,
Sino procesión de hormigas:
Ya caigo en la diferencia.
El canto de órgano es,
Y estas las señales negras;
Que, como vengo por ellos,
Quiere que lleve la muestra.
Cierro y métola en el pecho.
¡Ay, Laura! ¡Quién te pusiera
Como este papel, adonde
Sacaste el alma de Menga!

Vase.

Salen Benito y Menga.

BENITO.

Y ¿qué? ¿Estás determinada,
Menga, á no tenerme amor?

MENGA.

Fuése aquel mi labrador,
Y así, estoy desesperada.

BENITO.

Cuando Menga quiere á Bras,
Ya no quiere Bras á Menga.
¡No vendrá cuando convenga,
Ventura ni amor jamás!
Cuando á Bras Menga aborrece
Por los celos que le da,
Luego á Benito apetece;
Que, como celosa está,
Que se venga le parece.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] pasa;
[illegible] mío,
Cuando Bras de amor se abrasa,
[illegible] muere Menga de frío;
Y para que nunca tenga
[illegible] tanta porfía,
[illegible] las paces venga,
[illegible]
Ya no quiere Bras á Menga.

[illegible]
[illegible] pára en *mi*,
[illegible] nunca han llegado á *sol*,
[illegible] terme promete Menga
En siendo Bras desleal;
[illegible]
[illegible] me ha tratado mal,
[illegible]
[illegible] nsan mis [illegible]
[illegible]
[illegible] lo á los [illegible]
[illegible] nerme amor,
Se abrase tu amor de celos.
[illegible]
[illegible] dichado,
[illegible]
[illegible] han conc[illegible]
[illegible] más.

[illegible]

[illegible]

Parece que amor enseña
[illegible]
[illegible] ¿qué mucho, si enternece
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Me ha dicho que no es su intento
[illegible]
[illegible]
[illegible] r mi pensamiento.
[illegible] villa;
Vuelve á la cabaña, Bras:
[illegible]
[illegible]
[illegible] illa,
[illegible] la luenga;
[illegible]
[illegible] rande la ciud[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

Que como celoso está,
Quiere vengarse de mí!
Yo me chamusco por ti;
Ven, que te tengo guardada
Camisa, que más delgada
Bien se la puede poner
El Rey con su gran poder,
Pero no más bien labrada.
Yo te hice el cabezón,
Cuya labor verás clara
Cuando laves de tu cara
Las ofensas del carbón.
Así está mi corazón,
Cuando vuelvas le verás.
Ya que en paz estamos, Bras,
Dile lo que Bras á Menga
Mala pascua y negra tenga
Quien los revolviere más.

Sale Leonor.

LEONOR.

Muy bien has dado en holgar,
Menga, muy bien te entretienes,
Hasta que te vas y vienes
Hasta la cruz del lugar.
¿No miras que esas haciendas
Están todas por hacer?

MENGA.

A la fe, que vengo á ver
Si por una de estas sendas
Viene, Laura, mi quillotro.
Celos, si digo verdad,
De Bras, que está en la ciudad,
[illegible] mi cuidado, y no otro;
Que diz que ha de venir hoy.

LEONOR.

Di á Constanza que la espero.

MENGA.

Si tú le vieres primero,
Di que esperándole estoy;
Porque no siento borrico
Que rebuzna por el prado,
Cuando pienso que ha llegado;
Ni pájaro mueve el pico,
Cuando pienso que me llama;
Que esto de amores ausentes
No es en mano de las gentes.

Vase.

LEONOR.

Así lo dice la fama:
Yo también vengo á amar
Lo mismo que ésta desea,
Aunque nuestro pensamiento
Tanta diferencia tenga.
Pero ¿no es Bras el que baja
Por aquella verde cuesta?
Él es. ¿Qué dudo? ¿Qué pienso?
Aquí estoy, llega, Bras, llega,
Llega, que un alma confusa,
Entre mil dudas te espera.

Sale Bras.

BRAS.

¿Eres tú, Laura?

LEONOR.

Yo soy.

BRAS.

¿Es posible que te deban
Los órganos del lugar
Tanto cuidado y molestia?
Ésta te escribe don Juan.

LEONOR.

No es cuidado, sino pena
De ver, Bras, que te tardabas.

BRAS.

Luego ¿tú sientes mi ausencia?

LEONOR.

¡Dios sabe si la he sentido!

BRAS.

Aquí te escribe unas letras
Para el órgano, don Juan;
Dellas blancas, dellas negras:
Lee si música entiendes.

LEONOR.

Parece que ha sido abierta
Esta carta, y tú me adviertes
De que es verdad, dando señas.

BRAS.

Como la truje en el pecho,
No te espantes de que sienta
El corazón tu memoria,
Y de tu ausencia la pena.
Sudó el pecho con el fuego,
Y enterneciόse la nema,
Y de esto está maltratada.

LEONOR.

¡Qué peregrina agudeza!

«Lo que deseabas se ha cumplido, pues el Rey quiere ir esta tarde al monte: llegaremos poco después de ésta, donde el descanso de hablarte me quite el cuidado de escribirte.»

Yo he leído.

BRAS.

Y ¿acertaste?

LEONOR.

Quien sabe música, acierta
Muy fácilmente estas cifras.

BRAS.

Y ¿no podré yo saberlas?

LEONOR.

Es un motete de amor,
Que se canta en otra lengua.

BRAS.

Después, que viene Benito.

Sale Benito.

BENITO.

Basta, que el Rey hace venta
Nuestra casa.

LEONOR.

¿De qué modo?

BENITO.

Ya su recámara llega:
La cocina ha entrado en casa,
Y con no ser muy estrecha,
No podemos rebollirnos
Cuantos estamos en ella.
Seis machos con asadores,
Con ollas y coberteras;
Tres carros y seis borricos
Con cucharas y cazuelas.
¡De espacio viene, á la fe!

LEONOR.

Muy enhorabuena venga.
¿Viene don Juan de Velasco,
Si sabes, con él?

BENITO.

¿Quién era
Don Juan?

LEONOR.

El que el otro día,
Benito, sirvió á la mesa
Y dió la toalla al Rey.

BENITO.

¡Ah, sí, sí, ya se me acuerda!
Si por ése pescudáis,
Yo le vi en un haca prieta
Con más remiendos que un pobre.

BRAS.

¿Dices el haca, babieca,
Ó el caballero?

BENITO.

¡Qué buey!
¿El caballero dijera?

Sale D. Juan.

[illegible]

Mientras el Rey y Laurencio
Se entretienen, Laura bella,
Vengo á besarte las manos.

LEONOR.

Tú, Bras, la cuadra despeja,
Y Benito, á sacar vaya
Las cosas de la despensa.

BENITO.

Siendo cosas de comer,
Doyme por zampado en ella.
Hoy me como seis cabritos,
Tres pavos, cuatro terneras;
Pues de fruta de sartén
No ha de tragar en la fiesta
Caperuzas la tarasca
Como yo tortada y pellas.

Vase.

BRAS.

No sé qué traigo en los ojos

De que Laura [illegible]
Con [illegible],
[illegible]
Humo de carbón por ámbar,
[illegible] por tela?
[illegible]
[illegible]cha,
[illegible] órganos le pide,
Que querrá tocar la tecla.

[illegible]

JUAN.

Ausencias, peligros, muertes,
[illegible]la Leonor, tus memorias
Convierten en dulces glorias:
Echadas están las suertes.
Así mis penas diviertes
[illegible].
Pero adonde el bien es tal
[illegible] el mismo mal enriquece,
[illegible] la muerte parece
[illegible].
[illegible] mismo Rey que nos sigue,
[illegible] tenemos los dos;
[illegible]
Que tanta impiedad mitigue,
[illegible] su crueldad obligue
Á templar su condición;
[illegible]
Me obliga á morir penando;
[illegible],
[illegible] con su obligación.

[illegible]

[illegible] que tanta piedad
Me dió cuidados de amor,
[illegible]llardo valor
Incliné mi voluntad,
[illegible] hallar dificultad
En la vida ni en la muerte,
[illegible] el alma quererte,
[illegible] tal confianza,
[illegible],
[illegible] volver á verte.
En grande peligro estoy:
Quien me sigue es rey cruel,
Es mi hermano, y no sé de él,
[illegible]
[illegible],
[illegible]
De su libertad señora.
Quien me sirve me maltrata,
[illegible]n me da vida me mata,
[illegible] me aborrece me adora.
[illegible]o de cualquiera suerte,
De suerte en mi alma estás,
[illegible] no he de volver atrás
[illegible],
[illegible] la razón de quererte,
[illegible]ie olvida.
[illegible]r que no despida,
La pena convierte en gloria,
Y hace dulce la memoria
De perder por ti la vida.

Salen Laurencio y el Rey

LAURENCIO.
Aquí esta Laura, señor.

REY.
¡Laura hermosa!

LEONOR.
¡Merced tanta,
Á la fe, señor, que espanta!
Dadnos por tanto favor
Los pies á mí y á mi tío.

REY.
Levantaos, no estéis así;
Mirad que me trujo aquí
Vuestra buena gracia y brío.
Seamos amigos ya,
Tratémonos con llaneza.

LEONOR.
Dícenme que Vuestra Alteza
Conmigo enojado está.

REY.
¿Con vos? ¿Por qué?

LEONOR.
Bien sé yo
Que en mi vida se la dí;
La desdicha en que nací,
[illegible] que se la dió;
Como si en lo que es nacer
Tuvieran las gentes culpa.

REY.
Vuestra hermosura os disculpa,
Que es reina de más poder.
Para igualar al amor,
Los nacimientos no importan;
Que á la medida se cortan
Del gusto, y no del valor.

LEONOR.
Seré la primer mujer
Que por tenerle tan alto,
De dicha le tengo falto.

REY.
Alto puede el vuestro ser.

LEONOR.
Si en este monte nací,
¿Qué más alto nacimiento?

REY.
¡Qué donaire!

JUAN.
Entendimiento.

[illegible]

LAURENCIO.
Ven, Laura, de aquí;
Que te metes en honduras
Con el Rey, y podrá ser
Que te vengas á perder.

REY.
Laura, si mi bien procuras,

El que te tengo agradece.
LEONOR.
¿Su Alteza me tiene amor?
REY.
Que no puede ser mayor.
JUAN.
Laura, señor, lo merece.
LEONOR.
Pues déme palabra aquí,
Que nunca me ha de hacer mal.
REY.
Doyte mi palabra Real.
LEONOR.
¿Hará lo que dice?
REY.
Sí.
LAURENCIO.
Vamos, Laura, no seas loca.
LEONOR.
Voy, tío.
LAURENCIO.
Perderte quieres;
Que las más de las mujeres
Se han perdido por la boca.

Vanse.

REY.
Don Juan, esta noche quiero
Ver á Laura disfrazado;
Que el mucho amor me ha cansado
De este humilde carbonero.
La noche es acomodada
Á toda invención de amor.
JUAN.
Yo he visto á Laura, señor,
Para servirte inclinada.
REY.
Tanto mis rigores precio,
Que por no ver sujetarme,
Quisiera poder librarme
De un pensamiento tan necio.

Vanse.

Salen Benito y Menga.

MENGA.
En tu vida te acontezca
Pedir palabra á mujer
De que te pueda querer
Cuando otro bien le parezca.
Esto de la voluntad,
Como el alma viene escrito;
Nunca te quise, Benito,
Celos no tratan verdad.
Agora que Bras me adora,
Eso claro, soy de Bras.
BENITO.
Más perjodicial estás
Que si fueras perra mora.
¿Tú no me dijiste un día:
«Benito, tú eres mi bien»,
Y yo te dije también:
«Tuyo soy, si tú eres mía»?
¿Quién te ha dicho mal de mí
Y de mis gracias? que creo
Que en ser humilde me empleo,
Y nunca soberbio fuí.
Mas mira que te ha engañado
Bras, y que á esa Laura adora,
Porque yo le he visto agora
Acecharla por el prado;
Y de noche sé también
Que la ventana le ronda.
MENGA.
El mirar tu envidia honda,
Saber que le quiero bien;
Mas préstame tú un vestido,
Y no podrá conocerme,
Y podré verle sin verme.
BENITO.
Mi dominguero el llocido
Aquéste puedes llevar.
MENGA.
Si él ronda á Laura, Benito,
Del pensamiento le quito,
Y te pongo en su lugar.
BENITO.
Ven, y verás que no soy
Mentiroso.
MENGA.
Si me aburro,
De un golpe le despachurro;
Lindo cachete le doy.

Vanse.

Salen el Rey y D. Juan, de noche.

REY.
Llega á la ventana, y di
Que quiero hablarla.
JUAN.
Yo llego.
¡Oh terribles ocasiones
De amor, de muerte y de celos!
Celos, ¿qué me aconsejáis?
Que nunca dais buen consejo;
Pero en los forzosos males,
Es fuerza tomar acuerdo;
Que para solas las dudas
Se consultan los remedios.
Llego á la puerta; amor sabe
De la manera que llego.
Laura, Laura.

Sale Leonor.

LEONOR.
¿Quién me llama?
JUAN.
Un favor fuera de tiempo,
Una dicha desdichada,

[illegible]
[illegible]darte;
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible] me hable;
[illegible]ndimiento
[illegible]dilatar los pla[illegible]
[illegible]

JUAN.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] verte ver[illegible],
[illegible]
[illegible]cansa el pecho.
[illegible]
[illegible] del umbral ligero
Á [illegible]blar con otro á la esquina:
[illegible]
Laura, Laura, no te escondas.

[illegible]

[illegible]scondo; que no tengo
Ocasión para esconderme.

[illegible]

¡Ay, Laura, los palaciegos,
Desa[illegible]
Tus villanos pensamientos!
[illegible]

[illegible]

¿Yo hablaba?

[illegible]

Pues ¿no te vieron
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Hablar con uno de aquéstos?

[illegible]
[illegible]iles carboneros
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]ne han de quitar
[illegible]

[illegible]

LEONOR.

No te vayas; que sospecho
Que éstos me quieren hablar.

BRAS.

Tengo á sus espadas miedo.

[illegible] de hombre con espada y broquel.

MENGA.

[illegible] la [illegible] noche
Mis pasos y mis deseos,
Á ver si ronda mi Bras
A Laura, celosa vengo.
Muchos nombres les han dado
Á los celos, mas sospecho
Que nadie los llamó pulgas
Siendo mejor pensamiento.
Cuando están más descuidados,
Causan más desasosiegos;
Allí pican, allí comen,
Y nadie puede cogerlos.
Linda señal me han dejado;
Mas yo les pondré los dedos
De suerte, que no se alaben
De la señal que me han hecho.
[illegible] al sol, que están allí
[illegible]

[illegible]

No creo
Que ha de lograr Vuestra Alteza
Esta noche su requiebro.

REY.

¿Cómo?

[illegible]

Vienen muchos mozos
Que andan rondando con celos,
Como hay tan hermosas mozas
En servicio de Laurencio.

[illegible]

Quiero llegarme á acechar.

[illegible]AS.

¡Ay, Laura, cuánto te quiero!

[illegible]

«¡Ay, cuánto te quiero!», dijo;
Por las tripas se la espeto.

[illegible] un cintarazo.

[illegible]

[illegible]

MENGA.

¡Mentís,
Que fué con la vaina, perro!
Pero meted luego mano.

LEONOR.

[illegible] buena ocasión ¡ay, cielos!
[illegible] alborotar la casa.

Andan á cachetes los dos.

[illegible]

[illegible] me matan!

LEONOR.
Laurencio,
Benito, Silvio, Pascual.....

Salen Laurencio, Benito, Parrado y otros.

LAURENCIO.
¿En mi casa? ¿Qué es aquesto?
JUAN.
Vamos, señor, que no puedes
Estar aquí.
REY.
Volveremos
Cuando se hayan sosegado.

Vanse.

BENITO.
Bras es, que estaba riñendo.
PARRADO.
Con alguno de Palacio
Debe de ser.
LAURENCIO.
Mirad presto
Quién es.
MENGA.
Yo soy; Menga soy.
PARRADO.
Pues, Menga, ¿tú con brebiescos?
BENITO.
Sí, que yo se los presté.
LAURENCIO.
¡Buena anda mi casa! Creo
Que Laura ha de ir á Sevilla
Á entrarse en un monasterio.
Y tú, borracho, ¿en qué andas?
BRAS.
Yo, señor, ¿qué culpa tengo?
Menga viene á acuchillarme.
LAURENCIO.
Ella es Bras, y tú eres Mengo:
Entra, que quiero encerrarte;
Que á Laura yo le prometo
Que no esté más en mi casa.

Vanse.

PARRADO.
Menga, el rondar era cierto.
MENGA.
Pregúntalo al coscorrón
Que le dí en el pestorejo.

Vase.

PARRADO.
Vamos, Benito, á dormir.
BENITO.
¿Bostezas?
PARRADO.
Todo me duermo.

TERCERA JORNADA.

Salen D.ª Leonor y D.ª Inés.

LEONOR.
Después que el Rey se partió,
Estoy con mayor cuidado.
INÉS.
Con razón, pues enojado
Con Vuestra Alteza salió.
LEONOR.
Díjome cuando partía,
Que había de enviar por mí,
Porque me dijo que aquí
Muchos contrarios tenía.
Dice que quiere llevarme
Á Sevilla: mira, Inés,
¿Qué remedio habrá después
De ser fuerza declararme?
Por la cifra le advertí
Á don Juan que venga luego;
Que no duermo ni sosiego,
Ni pienso que estoy en mí.
Mire lo que quiere hacer;
Que bien sé yo que á su imperio
No habrá oculto monasterio
Donde me pueda esconder.
Es notable su crueldad;
Pues ¿cómo será si entiende
Que le engaño?
INÉS.
Bras desciende,
Que hoy llegó de la ciudad.

Sale Bras.

BRAS.
Impedido, Laura hermosa,
De Laurencio, no te hablé
Luego que al monte llegué,
Y porque Menga, celosa,
Ha dado en andar tras mí.
LEONOR.
Y ¿tráesme respuesta?
BRAS.
No;
Que todo cuanto pasó
Quiero referirte.
LEONOR.
Di.
BRAS.
Llegué víspera del día
Que la más valiente obra
Que hizo Dios por su amor,
Celebra, Laura, su Esposa.
Entré en Palacio, y no pude

[illegible]
[illegible]
Puesto que le vi, me estorban.
[illegible]me entonces, Laura,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] un rey como Dios
[illegible] puertas todas
[illegible]
Sin que de [illegible]
¿Dirás tú que cómo habla
[illegible]
[illegible]r me ha enseñado, Laura,
Que labra las piedras toscas.
Después que al monte veniste,
[illegible]
[illegible] cielo,
[illegible]
Mucho ganan los que tratan
Con sabios, Laura dichosa;
[illegible] enseñan los que no saben,
[illegible]
Amaneció, finalmente,
[illegible]rrando negras sombras,
[illegible]da en jazmín del día,
[illegible]
Acordéme entonces, Laura,
Cuando de tu humilde choza
Sales á dar luz al día,
Y al campo menudo aljófar.
[illegible]
[illegible]r maravillas rojas
Los más humildes vallicos,
Inútiles amap[illegible].
[illegible]
Servían al suelo de alfombras;
De telas y terciopelos
Toda ventana se [illegible].
[illegible]
Naranjos con verdes hojas,
[illegible]
Ya limones, ya toronjas.
De las damas de Sevilla
Mil serafines asoman,
Donde la hermosura y [illegible]
[illegible]iten artificiosas.
En mirar calles, ventanas,
Altar[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]ltas campanas tocan,
En un pirámide puestas,
[illegible] abordan.
[illegible]ían
[illegible] máquina redonda
[illegible]
[illegible]
Atabales y trompetas
[illegible] pregonan
Que sale en público el Rey
En su dorada carroza.
Púseme sobre las gradas,
De donde todos me arrojan,
Porque un pobre mal vestido
En cualquiera parte estorba.
En fin, subido en dos piedras
Veo con solemne pompa
La ordenada procesión,
Que las dos márgenes toma,
Acompañar con gigantes
Las andas de San Cristóbal,
Santo que supo ensanchar
Las puertas del cielo angostas.
Los gigantes, que parecen
A personas perezosas,
Que otros los llevan y arriman
Adonde se les antoja.
Luego varios estandartes
Al aire manso tremolan,
Jugando en los tafetanes
Oro, cordones y borlas.
Tras ellos, en sus lugares,
Las cruces de las parroquias,
Adonde la competencia
Hizo invenciones curiosas.
Discurriendo á todas partes,
Las danzas pasan y tornan,
Ya de galanes y damas,
Y ya de moros y moras,
Con lazos, con toqueados,
Con palos que nunca aflojan,
Invención original
De las danzas labradoras.
Tras éstos, otros venían,
Que con las espadas rotas,
Vestidos de lienzo y randas,
Lucen más á menos costa.
¡Buena gente para amigos,
Que danzan á todas horas
Con las caras descubiertas,
Sin máscara de lisonja!
Luego vi, Laura divina,
Las Órdenes religiosas,
Con sus cruces y sus capas,
Que de mil historias bordan.
Los canónigos también,
Y el santo Arzobispo, forman,
Con la demás clerecía,
Laura, una triunfante Roma.
Aquí la música deja,
Puesta en concertada solfa
La castellana poesía,
La región del aire absorta.
[illegible] varas de plata y oro,
Los Veinticuatro, señora,
Con un paño de brocado,
Entre mil blancas antorchas,
[illegible] el edificio
De la divina custodia,
Arca del Cordero santo,

Pasto, pastor, altar y hostia.
Venía el feroz don Pedro
Con una encarnada ropa,
De leones de oro bordada,
Que armiños blancos aforran.
Un cirio en la diestra mano,
Y en la otra una espada corta,
Una gorra de Milán
Con dos plumas, blanca y roja.
Grave y valiente el semblante,
Pálido el color, la boca
Cubierta de poca barba:
Visto le has, las señas sobran.
La majestad en los ojos,
La grandeza en la persona,
Diciendo que á sólo Dios
Puede ser que reconozca.
Cerca de él, entre Toledos,
Guzmanes, Laras, Mendozas,
Velascos, Girones, Cerdas,
Enriques, Cárdenas, Rojas,
Padillas, Zúñiga, Osorios,
Con Sandovales y Borjas,
Córdobas, Cabreras, Silvas,
Pimenteles y Cardonas,
Venía don Juan bienquisto,
Pues el aplauso me informa.
Busquéle esta misma noche,
Sucediendo al sol la sombra.
Halléle triste y suspenso;
Dile tu carta y leyóla,
Y por respuesta me dió,
Entre mil tiernas congojas,
Que él vendría á verte, Laura;
Que es mucho en palabras pocas.

LEONOR.

¿Quién podrá disimular
Celos en tan grande pena?
Mas vete, que gente suena;
Después podemos hablar.

BRAS.

Voyme, que quiero aplacar
Los justos celos de Menga.

Vase.

LEONOR.

Sólo aguardar á que venga
Puede obligarme á callar (1).

Sale D. Juan.

JUAN.

Quedaos todos allá fuera.

LEONOR.

¿Si es éste don Juan?

INÉS.

Él es.

LEONOR.

De verle tan triste, Inés,
Toda la sangre se altera.

(1) Faltan dos versos á esta décima.

JUAN.

Sabe el cielo que quisiera
Morir antes que venir
Adonde es fuerza el decir
Que tengo el mayor pesar
Que se puede imaginar,
Pues es mayor que morir.
Mira tú qué puede ser
De verme en tan triste calma,
Si no te lo dice el alma,
Que lo debe de saber.

LEONOR.

¿Viénesme acaso á prender?
¿Sabe el Rey quién soy? ¿Porfía
En verter la sangre mía?
Mátame si esto encareces,
Porque soltarme dos veces
Fuera mucha cortesía.
Allí el alma me prendiste
Soltando el cuerpo, don Juan;
Sin alma no le querrán,
Troquemos la que me diste.
Basta el tiempo que tuviste
El alma y la voluntad;
Di, Velasco, á tu piedad
Que el alma me restituya;
Que morir con alma tuya
Fuera notable crueldad.
Es tal de mi amor la palma
Que muriendo por ti espero;
Que aun para morir no quiero
Que esté presente tu alma.
¿Qué miras? No estés en calma;
Si cuando el alma te dí,
La tuya me diste allí,
Hoy á destrozarla vengo,
Porque si tu alma tengo,
No te mate el Rey por mí.

JUAN.

No sabe el Rey lo que piensas;
Mas antes piensa, engañado,
Vengarse; determinado
De tus notables ofensas:
Donde no tengas defensas
Me manda, Leonor, llevarte;
Mira tú si será parte
Donde muestre su rigor,
Y mira cuál es mayor
Desde forzarte á matarte.
Á su alcázar me mandó
Que te llevase, atrevido
De amor; que ningún olvido
Contra su rigor bastó.
Divertirle intenté yo;
No le pude sosegar:
Y si de Amon y Tamar
Habéis de imitar la historia,
Máteme aquí la memoria
Antes que llegue el pesar.

LEONOR.

El mal que me prometía:

[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible] ora mía,
[illegible]

[illegible]

Diferencio
[illegible] muerte, porque el silencio
[illegible],
Y remediará mis daños
[illegible] ión de Laurencio.

[illegible]

[illegible]

Sale Laurencio.

[illegible]

Y vengo sin mí,
[illegible] :r, don Juan, estos hombres.

LEONOR.

Padre amado, no te asombres,
Mi remedio estriba en ti.
Don Juan, que adoraba en mí,
Es quien allá me libró,
Que el Rey no me conoció;
Antes, por no conocerme,
[illegible] re á peligro ponerme
De decirle que soy yo.

JUAN.

Laurencio, el Rey, engañado,
[illegible] misma hermana adora;
[illegible] engo por ella agora,
Aunque vengo acompañado;
Vengo á servirla forzado,
Y á buscar si habrá ocasión
Que estorbe mi confusión.

[illegible]

Muy fácil.

JUAN.

¿Muy fácil?

LAURENCIO.

Sí.

JUAN.

¿De qué suerte?

LAURENCIO.

Escucha.

[illegible]

[illegible]

LAURENCIO.

Huir, fuera en su rigor
[illegible] er contra ti la espada;
[illegible] que la hallaste casada
[illegible],
Y temiendo su justicia,
[illegible] atreviste á traer
Al Rey la ajena mujer.

JUAN.

Bien dices, porque él codicia
[illegible] ie á nadie fuerza se haga,
Mayormente en el honor,
Porque en esto, el más señor
Cualquier agravio le paga.
Pero ¿cómo fingirás
Que la casas?

LAURENCIO.

Yo sabré
Esconderla, y la pondré
Donde no la vea más.

JUAN.

Parto á Sevilla.

LAURENCIO.

Camina.

JUAN.

Adiós, Laura.

LEONOR.

Adiós, don Juan.

JUAN.

Si á un triste esperanzas dan,
¡Qué presto se determina!

Vase D. Juan y sale Bras.

LAURENCIO.

¿Dónde bueno, amigo Bras?

BRAS.

Á saber de ti venía,
Si á nuesa carbonería
Volverán los reyes más.

LAURENCIO.

Basta el carbón que han traído:
Aquí Laura hablaba en ti.

BRAS.

Pues ¿de qué te hablaba en mí?

LAURENCIO

En que eres hombre lucido,
Y hombre de buenos respetos.

BRAS.

Gracias sus ojos le den;
Que hablar sin envidia y bien
Es condición de discretos.

LAURENCIO.

Tú, pienso que lo estás ya.

BRAS.

Después que es Laura maestro,
Estoy en hablar más diestro;
Su lengua á todos nos da.

LAURENCIO.

¿Cómo no mudas de estado?

BRAS.

¿Es eso acaso por Menga?
Como soficiencia tenga,
Nuesamo, para casado,
No está muy lejos de aquí
Con quien yo matrimoñara.

LEONOR.

¿Mírasme á mí?

BRAS.

No, á su cara.

LEONOR.

Pues ¿está fuera de mí?

[illegible] ino verso

BRAS.
¡Pues no, si están en el cielo
Las caras de los angeles!

LEONOR.
Si me quieres como sueles,
Que Menga me da recelo,
Aquí me ha dicho señor,
Como casarnos quisiera,
Y darnos su carbonera;
Y aunque de mucho valor,
Yo tengo hacienda también
Que mi padre me dejó.

BRAS.
Si soy soficiente yo
Para que á Laura me den,
(Que se deben de borlar),
Áquí, corriente y moliente,
Á que con él empariente
Luego me puede llevar.

LAURENCIO.
¿Qué dices tú?

LEONOR.
Que yo soy
Dichosa en ser su mujer.

BRAS.
¿Es burla?

LAURENCIO.
No puede ser;
Que yo de por medio estoy.

BRAS.
Si me tengo de casar,
Nadie ha de estar de por medio.

LEONOR.
¿Y Menga?

BRAS.
Pues ¿qué remedio?
Otro Bras puede buscar.

LAURENCIO.
En fin, ya quedáis casados.

BRAS.
Luego ¿esta noche serás
Mía?

LEONOR.
Hay una cosa, Bras,
Que me pone en mil cuidados.

BRAS.
¿Cómo?

LEONOR.
Dejóme mi padre
Su hacienda, condicional.

BRAS.
¿Cómo?

LEONOR.
Que ha de ser el tal,
Limpio de padre y de madre:
Si tú eres cristiano viejo
Serás mi marido, Bras.

BRAS.
¿En eso topa no más?
¡Reviejo y catarreviejo!
Yo probaré que deciendo
Por línea recta, de Adán.

LAURENCIO.
Todos, Laura, lo dirán
En el monte.

LEONOR.
Eso pretendo;
Con eso le doy la mano,
Y en probándolo, soy suya.

LAURENCIO.
Dios os bendiga.

BRAS.
¡Aleluya!
Salto y brinco.

LEONOR.
Bras hermano,
Adiós.

BRAS.
Adiós, Laura.

LEONOR.
¡Oh, vario
Tiempo! ¿Qué intentas de mí?

LAURENCIO.
Sobrino, adiós.

BRAS.
Por aquí
Me voy, haciendo el canario.

Canta.

Por aquí, por aquí, por allí,
Anda la niña en el toronjil;
Por aquí, por allí, por acá,
Anda la niña en el azahar.

Vanse, y salen el Rey y D. Fernando.

REY.
No pienso en todo el verano
Volver, Fernando, á Castilla.

FERNANDO.
¿Parécete bien Sevilla?

REY.
No es el dejarla en mi mano.

FERNANDO.
Ya conozco la ocasión.

REY.
No hay cosa que me entretenga.

FERNANDO.
No hay nave á quien no detenga
La arrogante presunción
Con que altiva, á obedecer
Las olas del mar enseña
Una rémora pequeña.

REY.
Notables las suele haber.
Y á la belleza, Fernando,
No puede haber resistencia,
Porque en habiendo violencia,
Se va el amor aumentando.
¿Quién dijera que podía
Tener tal ni tan severa

Condición la carbonera
De [illegible] de Andalucía!
Ya mi alegría y [illegible],
[illegible],
[illegible],
[illegible].
Con la [illegible]d que tiene,
Mi condición ha templado.

[illegible].

Don Juan, señor, ha llegado,

REY.

Triste viene.

[illegible].

Y solo viene.

Sale D. Juan

JUAN.

[illegible], señor, al monte
Al tiempo que á la mar el sol quería
Bajar por su horizonte,
Y la noche parece que salía
De aquellas carboneras
Con más horror que de sus sombras fieras.
Y [illegible] el caballo
[illegible] puerta, cuando, al sol conforme,
[illegible].
Y antes que la ocasión lo que es me informe,
La hermosa Laura veo
Casada, é imposible á tu deseo.
Al lado de un villano
[illegible] lugar en una silla,
Y [illegible] con su indigna mano,
[illegible] ra el cetro de Castilla
Si fuera igual contigo.
«¿Qué es esto?», á voces á Laurencio digo.
«Que se casó, responde,
[illegible] con Bras»; y yo respondí airado:
«[illegible] mo, cuándo ó dónde
Un monstruo con un ángel ha casado?»
Y [illegible] ra
[illegible] Pregúnteselo al cura.»
Quise sacar la espada,
Pero con el temor de tu justicia,
Y [illegible] mujer casada,
Y éllos no te ofendieron de malicia,
Me reporté, callando
Mi [illegible] y tu amor disimulando.
Si casada la quieres,
Sacada de los brazos de un villano,
[illegible],
Aunque gozada, la tendrá tu mano;
Que de ir contra las leyes,
Á sólo Dios darán cuenta los [illegible]

REY.

[illegible] sois un majadero,
Un bachiller muy necio, y para poco,
Pues cuando á Laura espero,
Cansado de esperar y de amar loco,
[illegible] la habéis venido,
[illegible] cta justicia prevenido;
Donde se ve tan clara
La malicia de aquestos carboneros.
¡Cuál hombre no sacara
Para defensa mía los aceros,
Castigando el villano
¿Que sabiendo mi amor la dió la mano?
Yo iré en persona al monte,
Yo haré castigo en ellos de manera,
Que todo su horizonte
Arda con mi rigor. ¡Canalla fiera,
Bárbaros, viles, perros, atrevidos,
Perdiendo voy por Laura los sentidos!

Vase.

JUAN.

Ya pensé que llegaba,
Leonora, el plazo último á mi vida,
Contenta el alma estaba
Para darte la vida, agradecida
Al peligro en que has puesto,
Por estimar mi amor, tu pecho honesto.
Si le dices quién eres,
Ha de matarte el Rey; si no lo dices,
¿Qué puede haber que esperes
Si su resuelto gusto contradices?
Todo remedio es vano:
¡Rey enemigo, enamorado hermano!
Iré á morir con ella;
Dejarla no es razón en tal desdicha.
Aguarda, Leonor bella,
Que en las desdichas es la mayor dicha,
Hallar quien de una suerte,
Si amó la vida, acompañó la muerte.

Vase.

Salen Benito y Menga.

MENGA.

¿Qué me dices?

BENITO.

Esto pasa.

MENGA.

Advierte, Benito amigo,
Que no mientas.

BENITO.

Soy testigo
De que con Laura se casa.
Anoche fuera la boda
Consumida hasta no más,
Á no andar convidando Bras
De espacio á la aldea toda.

MENGA.

¿Convidar á los amigos?
Sí es el matrimonio cierto.

BENITO.

No es esto.

MENGA.

Pues ¿qué?

BENITO.

Un concierto

En que ha menester testigos:
Mándale Laura probar
Que es cristiano.

MENGA.

¿Para qué?

BENITO.

Clúsula dicen que hué
Que no se puede casar
Con quien no sea cristiano;
Que lo dejó por asiento
Su padre en su atestamiento,
Con persino de escribano.

MENGA.

Cristiano viejo dirás.

BENITO.

Quien la ley de Dios no quiebra,
Para cristiano le suebra,
Que el tiempo da lo demás;
Con esto habemos jurado
Parrado, Domingo y yo.

MENGA.

Mentistes todos.

BENITO.

Yo no.

MENGA.

Hombre que palabra ha dado
A una mujer, y con otra
Se casa, ¿es cristiano?

BENITO.

Advierte
Que la palabra es más huerte
Si el matrimonio enquillotra;
Y así, ¿qué te debe Bras?

MENGA.

Luego ¿no me ha pecilgado?

BENITO.

No por eso está obligado,
No habiendo pasado más.
¿No has visto un plato que lame
Un paje cuando le lleva,
Y en el camino le prueba?
Luego no es bien que se llame
Hurto.

MENGA.

Pues ¿qué?

BENITO.

Golosina.

MENGA.

¡Qué buen alcalde!

BENITO.

Es mal rato
Hacerle pagar el plato
Por lamerle en la cocina.

MENGA.

Tú, ¿qué juraste por él?

BENITO.

Que agua bendita tomaba,
Que oía misa y que rezaba,
Y que una vez fuí con él
Y trujimos para el cura
Una carga de carbón.

MENGA.

¡Buenos privilegios son!
Tal te dé Dios la ventura.
Mas vete, que viene aquí;
Yo me entenderé con él.

BENITO.

Todo lo que dije dél
Es por vengarme de ti.

MENGA.

Estoy enojada agora;
Háblame después.

BENITO.

Sí haré.

Vase Benito y sale Bras.

BRAS.

No dirá Laura, á la fe,
Que vengo de alcuña mora.
Ya la probanza está hecha,
Ya está todo concluído.
Menga es ésta; soy perdido
Si el casamiento sospecha.

MENGA.

¡Oye, callabero!

BRAS.

¿Á quién?

MENGA.

Pues ¿no ve que con él habro?

BRAS.

No es callabero vocabro
Que á mí me puede estar bien.

MENGA.

Quien casa con tan erguida,
Grande callabero es ya;
Que se dice por acá
Que es del mismo Rey servida.

BRAS.

Son lenguas: ¿no hay quien las corte?

MENGA.

¡Mire qué buena mujer
Lleva para pretender
Algún oficio en la corte!
¡Ó lo que parecerán,
Ella vendiendo su nieve,
Y él carbón!

BRAS.

Mucho se atreve.

MENGA.

Tal pesadumbre me dan.

BRAS.

Menga, ya yo estoy casado:
De hoy más, todo se acabó.

MENGA.

¿Todo se acabó?

BRAS.

¡Pues no!

MENGA.

¡No, perro; no está acabado!
¡Ay, verás si á mis desvelos
Se ha de dar tal galardón;

[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible] hora
[illegible] lía.
[illegible]
[illegible] me mata!

[illegible]

A la traidora
[illegible] aquí.

[illegible]

¡Que me desue[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] fea y te pesa
De amarla.

[illegible]

[illegible]

Sale D.ª Leonor.

[illegible]

[illegible] esto? Bárbara, loca,
[illegible]

[illegible]

[illegible] vueso,
Sino mío. ¡Haceos allá,
Que por Laurencio os respeto!

[illegible]NOR.

Sosiégate, Menga; advierte.....

[illegible]

[illegible] hay que verter, no; teneos!
[illegible]nos de Dios
[illegible]r los benditos cregos,
Que os mate si me emberrincho!
¡No ha de ser vueso!

[illegible]OR.

Ni quiero
Si es tuyo, que no sabía
[illegible]r ni vuestros celos!

[illegible]

[illegible] Bras, para adelante!

[illegible]

[illegible]
Debo de ser la ocasión:
[illegible]

Vase.

[illegible]

[illegible]

Deja á los villanos, Laura,
[illegible] no son buenos,
[illegible] propósito Bras,
Entre inorante y discreto,
Para servirte de sombra?
¡Pues no, Laura; ya te entiendo!
Pensábasmele engañar
Con requiebros palaciegos:
¡Pues aquí regañarás,
[illegible] á hablar al cura le llevo!

Vase.

LEONOR.

[illegible]lados de mi amor, ¿quién os anima
En tal desconfianza? El mismo engaño.
Pu[illegible] no veis que es la muerte el menor daño
En quien la vida no pone la estima?
¿Queréis que un Rey con su rigor me oprima,
Propio en la sangre y en el odio extraño,
Cuando es tan peligroso el desengaño?
¡Oh amor! ¿Qué fuerza habrá que te reprima?
¡Ya no quiero llorar mi desventura,
Sino á la muerte prevenir las manos,
Aunque parece pensamiento loco;
Que si á la vida, que tan poco dura,
Es la muerte el mayor de los tiranos,
Tiranos vence quien la tiene en poco!

Sale D.ª Inés.

INÉS.

¡Ay, señora! ¿Cómo estás
Con tanto descuido aquí?

LEONOR.

¿Vienen á matarme?

INÉS.

Sí,
Y aun á forzarte, que es más.
Huye á este monte, que el Rey
Colérico y enojado
De tu rigor, arrojado
De amor, que no guarda ley,
Dicen que viene á llevarte
Y á matar á Bras, que piensa
Que fué dueño de su ofensa.

LEONOR.

¡Ay, doña Inés! ¿En qué parte
No me hallará mi desdicha?
¿Viene don Juan?

INÉS.

Con él viene
¡Con tanta pena, que tiene
La muerte por mayor dicha!

LEONOR.

Pues ¿dónde quieres que huya?
Que si el Rey no me ha de hallar,
Es forzoso ejecutar
En él la fiereza suya.
Pues ¿tengo de consentir
Que muera por mí don Juan?
Ni los cielos lo querrán,
Ni amor lo ha de permitir.

Obligada una mujer
De un hombre, si es bien nacida,
En no siendo agradecida,
¿Qué virtud puede tener?
¿Qué mujer no ha sido noble
Con hombre que la obligó?
Pues quien de un Rey procedió,
Tiene obligación al doble.
Este es amor firme y fuerte,
Que sólo mi muerte siento,
La pena y el sentimiento
Que ha de tener de mi muerte.
¡Viva don Juan, y yo muera;
Que sólo siento el morir
Por lo que él ha de sentir
Que yo morir por él quiera!
¡Muera una mujer que á ser
Tan desdichada ha nacido,
Y viva un hombre que ha sido
Tan constante á una mujer!

INÉS.

¡Qué! ¿Quieres perder la vida?

LEONOR.

Diga mi sepulcro así:
«Una mujer yace aquí,
Que murió de agradecida.»

Vanse.

Salen Laurencio y Flora

LAURENCIO.

Denme luego de comer.

FLORA.

Mira que dicen que viene
El Rey.

LAURENCIO.

Rey soy en mi monte yo (1)
Coma, y venga quien viniere.
Y ¿quién te lo ha dicho, Flora?

FLORA.

Quien vió en Sevilla su gente
Previniendo su jornada
Con azores y lebreles,
Ya para matar los osos
Que de esos montes descienden,
Ya para volar las garzas
Que de esos arroyos beben.

LAURENCIO.

Venga en hora buena, Flora;
Que él es Rey y se entretiene,
Y yo entiendo en mis haciendas.
Vé y mira si Laura quiere
Comer conmigo, ó aparte.

FLORA.

Anda triste; no la esperes.

Sacan mesa con manteles y pan.

Ya, bien te puedes sentar.

LAURENCIO.

Vengan todos.

FLORA.

Todos vienen.

Sacan Parrado y Benito una olla con cucharón.

PARRADO.

Asiéntala bien, Benito.

BENITO.

¿Cómo quieres que la asiente,
Si yo no me he de sentar?

PARRADO.

Nuesamo tiene tan huerte
Condición, que á ningún mozo
Da su mesa.

BENITO.

¡Oh, cómo huele
La olla!

PARRADO.

Pónelas, Menga,
Que al Rey guisárselas puede.
Di que se siente y reparta.

BENITO.

¡Mal año, y cómo se mete
El olor por las narices!

PARRADO.

Es el tocino valiente,
Criado á pan y bellota.

BRAS.

No hay diacitrón que le llegue.

LAURENCIO.

Flora.....

FLORA.

Señor.....

LAURENCIO.

Hoy que gustas,
¿No tienes en qué comience?

FLORA.

Comienza en la bendición.

LAURENCIO.

¡Dios lo prospere y lo aumente!

PARRADO.

Flora.....

FLORA.

¿Qué quieres?

PARRADO.

Que á mí
Me des caldo soficiente.

FLORA.

¿Con qué te contentarás?

PARRADO.

Con seis escudillas.

FLORA.

Vete
Á un convento de Sevilla.

PARRADO.

Así meta el brazo.....

FLORA.

¡Suelte!

BENITO.

Con el cucharón le dió.

(1) Verso largo.

[illegible]

[illegible] Advierte
[illegible]

Mal [illegible]
[illegible]lbergue
[illegible]
Los pala[illegible]

[illegible]

[illegible]ro.
[illegible]

[illegible] le la mesa, y salen el Rey,
[illegible]

Villanos, que habéis sabido
Claramente la oca[illegible].
En que por tanta afición
Á vuestro monte he venido,
¿Cómo, por darme pesar,
[illegible]

Señor, todos han pensado
[illegible]

¡Malicia ha sido, villanos!
[illegible]

[illegible]le mí!

[illegible]ñor.

[illegible]

Si ja[illegible]
[illegible]

Ni una [illegible] mano asido,
[illegible] dos mil muertes me des,
[illegible]
[illegible]ar lo que no he comido.

MENGA.

No tienes que reortir;
Hoy, á pedazos te harán
Un puro San Sebastián.

REY.

Laura, ¿qué puedes decir
En defensa de tu gusto?
¿Tal villano apetecías?
Si mi voluntad sabías,
¿Fué, Laura, término justo?
Ahora bien, llegad el coche,
Porque en saliendo han de arder
Esas casas, que han de ser
Luminarias de la noche.

LEONOR.

¡Señor, ten piedad!

REY.

¿Piedad?
La que tuviste de mí.

BENITO.

Qué, ¿nos han de quemar?

MENGA.

Sí.

BENITO.

¿Tal crueldad?

MENGA.

No es crueldad.

BENITO.

Pues ¿las mujeres no temen
El fuego?

[illegible]

Sí, y mucho más;
Mas por vengarme de Bras,
Me huelgo de que me quemen.

LEONOR.

Señor, llegado á tal punto
Tu enojo y tu amor, quisiera
Yo con mi triste humildad
Humillar á tu grandeza.
Y aunque sabiendo quién soy,
Tan justamente me espera,
Es menor mal que tu engaño
[illegible]
Yo he [illegible]
Que sólo de albricias dieras,
[illegible] hallar tu hermana en Sevilla,
Á quien te dijera de ella.
[illegible] si te la entrego yo,
Y mi voluntad hon[illegible]ta,
Que con mi esposo me dejes
[illegible]
¿No será razón, señor,
Si mi voluntad aceptas,
[illegible]vicio me pagues?

[illegible]

[illegible]
[illegible]re perder la vida

Para que yo no la tenga!

REY.

No hubiera cosa en el mundo,
Laura, por quien yo te diera,
Sino sólo por mi hermana:
¿Dónde está? ¿Tú sabes de ella?
Doyte mi palabra Real
Que no recibas ofensa
De mí si me das mi hermana.

LEONOR.

Pues yo soy.

REY.

¿Tú? Pues espera,
Que cumpliré lo que dije,
Aunque engañado pudiera
Volver mi palabra atrás;
Pero si cumplirla es fuerza,
Con sólo una condición
Dejaré que vivir puedas
Libre, Leonor, en mi reino.
Don Juan, hermana tan bella
Que me pudo enloquecer,
No es justo que la aborrezca.

JUAN.

Sí, señor; mas no te engañe
Laura, diciendo que es ella.

REY.

Bien dices. Laura ó Leonor,
Habla conmigo de veras,
Mira que don Pedro soy.

LEONOR.

No puedo darte más señas
Que llevándome á mi casa,
Todos los que están en ella
Tenerme por su señora.

REY.

Fernando, señas son éstas
Que no me pueden faltar.

FERNANDO.

Señor, las de su presencia
Y majestad son tan grandes,
Que su valor manifiestan.

REY.

Es, Leonor, la condición,
Que para que vivir pueda
Libre de ti, porque temo
Que Enrique casarte quiera
Con algún príncipe extraño
Que le ayude y favorezca,
Pues, como sabes, rebelde
Ha intentado hacerme guerra,
Ocasión que me ha movido
Á que tanto os aborrezca,
Con quien yo quiera te cases;
Que yo buscaré quien sea
Más leal en mi servicio
Y más firme en mi defensa.

LEONOR.

Tu hechura soy.

REY.

Oid, don Juan.

JUAN.

¿Qué me manda Vuestra Alteza?

REY.

Que me aconsejéis, Velasco,
Como á su Rey aconsejan
Los deudos ó los amigos.
De los que en Castilla quedan
Ó aquí vinieron conmigo,
¿Quién hay que mejor merezca
Á mi hermana? ¿Es Martín López
De Córdoba, que se precia
(Mi Camarero mayor)
De virtud, sangre y nobleza?
¿Será don Juan de Padilla,
Á quien Castilla respeta
Por Comendador mayor?
¿Será don Juan de la Cerda,
Álvaro Pérez de Castro,
Ó don Beltrán de la Cueva?

JUAN.

Señor, si os he de decir
El que con mayor firmeza
De lealtad os ha servido,
Como lo dicen las flechas
De los muros de Granada
Y murallas de Antequera,
El que no dará favor
Á quien obediencia os niega,
Y tratará á vuestra hermana
Con más amor y grandeza,
¿Diréla con libertad?

REY.

Decid, que yo os doy licencia.

JUAN.

Pues yo soy.

REY.

¿Vos?

JUAN.

Si queréis
Que en el campo lo defienda,
Venga el mundo contra mí.

REY.

Cuanto á mí, Velasco, sea;
Pero sepamos su gusto,
Que temo que ella no quiera.
Leonor, hablando á don Juan
En tus bodas, me aconseja
Que te case.

LEONOR.

¿Con quién dice?

REY.

Con el Almirante.

LEONOR.

Yerra,
Pues fuera mejor con él.

REY.

Pues él es, como tú quieras.

LEONOR.

Sí quiero.

REY.

Pues daos las manos.

[illegible]

Doña Inés, mi camarera,
[illegible] rnando.

[illegible]

Justamente en él se emplea.

INÉS.

Yo me tendré por dichosa.

FERNANDO.

Yo lo soy en merecerla

MENGA.

Señor, ¿no flechan á Bras?

BRAS.

No, que soy tu esposo, Menga,
En cuyas bodas, senado,
Se acaba *La Carbonera.*

FIN.

LOS RAMÍREZ DE ARELLANO

LOS RAMÍREZ DE ARELLANO

TRAGICOMEDIA

ACTO PRIMERO

LAS PERSONAS QUE HABLAN

Juan Ramírez de Arellano.
Olóriz.
Fortunio.
Alid, *Rey moro*.
Flores.
Doña Elvira.
Amir, *General*.
Tarif y Moya.
Carlos, *Rey de Navarra*.
Don Rodrigo Ruiz.
Bolaños, *soldado roto*.
Don Pedro, *Rey de Aragón*.
Pardo.
Antiste.
Urrea.
Don Enrique, *Conde de Trastamara*.
Don Beltrán, *caballero francés*.
Ruiz Páez.
Don Sancho, *caballero navarro*.

Sale Juan Ramírez de Arellano armándose, Olóriz dándole la espada, y Fortunio poniéndole las correas: dentro suene una caja.

JUAN.

Apriétame el pecho bien;
Que, como ve la ocasión,
Por salir el corazón,
Quiere que lugar le den.

FORTUNIO.

¿Tanto en el pecho te crece?
Pues ¡por Dios.....

JUAN.

¿Qué estás dudando?

FORTUNIO.

Digo que te están temblando
Las carnes.

JUAN.

¿Qué te parece?

FORTUNIO.

Que, aunque tu valor perdone,
Es al corazón común
El temor.

JUAN.

Tiemblan, Fortún,
Del estrecho en que las pone.
Si le llama el Africano
Tan á prisa á combatir,
¿Qué carnes podrán sufrir
Un corazón Arellano?
Todos esos cielos mueve
No temer perder su asiento,
Mas tiemblan del movimiento
De aquel ángel que los mueve.
Éste que me mueve en mí
Las esferas del valor,
Es alma, que no es temor.

FORTUNIO.

Navarra lo dice ansí,
Que de ver se maravilla
Tu bravo hacer y decir.

Tocan una caja dentro.

OLÓRIZ.

Bien le puedes añadir
Francia, Aragón y Castilla.
¿Toca otra vez?

FORTUNIO.

Sí, señor.

[illegible]

Eso aguardo.

[illegible]

Detenerme.

[illegible]

Anda, señor;

[illegible]

[illegible] del moro que mi [illegible]

[illegible]

De [illegible]

[illegible]

Otra vez toca la c[illegible]
¡Ea, cristianos pe[illegible]
Que hoy [illegible]
[illegible] pues basta el nombre,
[illegible]
Del valeroso Arellano!

[illegible]

En aquél.

[illegible]
[illegible] ocasión
[illegible]
[illegible]
[illegible] resplandor
[illegible] que por el cielo va,
[illegible]
[illegible] es ciego amor.

[illegible]

Soy
[illegible] serviros,
Las cajas y los suspiros
[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]s llamándome están,
Pero unos van y otros vienen.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
La guerra, Elvira, mi honor.
La fuerza está de su parte
Y declarado el consejo:
Mas va el cuerpo, el alma dejo;
Amor queda, el honor parte.
Carlos es Rey, deudo soy
Del Rey, y vasallo luego;
Lo que es de amor os entrego;
Lo que es de César le doy.

[illegible]

Si me da vuestra part[illegible]
Cuidado, pena y enojos,
Ya lo habréis visto en los ojos;
Guarde el cielo vuestra vida.
Y con la victoria os vuelva,
Digna de tan gran soldado;
Y si el cielo está enojado,
Su enojo en mí se resuelva.
Bien sé que Carlos, mi tío,
Acierta en que con él vais,
Aunque, pues tal me dejáis,
[illegible] acierta en el gusto mío.
No quiero aquí deteneros,
Que sé que os llama el honor;
Mas nunca le quita amor
A los buenos caballeros;
Que su nobleza se llama
En España, defender,
Hasta morir ó vencer,
La ley, el Rey y la dama.

[illegible]

[illegible]as tres cosas os juro
Que son muy dignas de un noble,
Porque le aumentan al doble,

Y que seguirlas procuro.
La ley es lo principal,
Luego el Rey, propio señor,
Y siendo justo el amor,
En virtud y sangre igual,
Honra mucho un caballero
Preciarse de ser galán.

Tocan la caja.

Prisa las cajas me dan,
Y en la vaina el blanco acero;
Dadme, señora, un favor,
Y el cielo os guarde.

ELVIRA.

No sé
Qué favor daros podré.

JUAN.

Cualquiera vuestro es mayor.

ELVIRA.

No hallo, por vida mía,
Porque salí descuidada.

JUAN.

No se os dé, señora, nada;
Yo estimo la cortesía,
Porque el deseo de hacelle
Fué siempre el mayor favor;
Que amor no es mostrar amor,
Que sólo es amor tenelle.

ELVIRA.

Cosa que me habéis pedido,
¿No os había yo de dar?
. . . . (1)
Del cabello la he cogido:
La toca os doy, Arellano,
Y en el cabello me quedo.

JUAN.

Decir, mi señora, puedo,
Que así la ocasión en vano,
Pues de la mano se escapa
Pidiendo el cabello yo,
Y la toca me dejó
Como al toro con la capa.

ELVIRA.

¿Cabello queréis? Mostrad
Con qué le corte.

JUAN.

Eso no,
Porque no digan que yo
Hice tal temeridad.
Que, aunque fuera hecho español,
No es bien que un hombre atrevido
Diga en el mundo que ha sido
Quien cortó el cabello al Sol.
Quedad con Dios, pues, que basta
Que sea del Sol la Aurora,
Pues á su cabeza agora
Quité la cortina casta;
Que no puede en más crisol
Apurarse amor tan fino,
Que en decir un hombre indino
Que fué Sumiller del Sol.
Y os juro á esos rayos bellos,
Que son divinos tesoros,
Que hoy he de matar más moros
Que ella ha cubierto cabellos.
No os espantéis que mi boca
Confiese que he de hacer tanto,
Pues con la toca y el llanto,
Me dais tormento de toca.
¡No más, que es fuerza partir
Donde ahora manda el Rey!

ELVIRA.

¡Sólo el Rey hiciera ley
Que me obligara á morir!
Dios os vuelva victorioso.

JUAN.

Y me vuelva vivo á vos.

ELVIRA.

Adiós, mi don Juan.

JUAN.

Adiós,
Mi Elvira. ¡Pecho animoso,
Mirad quién sois, y cumplid
Esta promesa bizarra,
Sangre del Rey de Navarra
Y de las hijas del Cid!

Vanse.

Salen Alid, Rey moro; Amir, General; soldados moros.

ALID.

¿Que viene el Rey cristiano?

AMIR.

Y tan furioso
Salió de Estella ¡oh Rey! en busca tuya,
Como desciende el rayo poderoso.

ALID.

¡Así fenezca la arrogancia suya!
¿Sabe Carlos que soy Alid famoso?

AMIR.

Sabrálo cuando muera ó cuando huya.

ALID.

¿Sabe cómo en el cuerpo soy gigante,
Milón en fuerzas, y en firmeza Atlante?
¿Sabe que la frontera de Castilla
Dejé talada y convertida en fuego,
Y que del Duero á la famosa orilla
Llegué con más furor que á Troya el Griego?
¿Sabe que al resplandor desta cuchilla
Tiembla el Francés y está el de España ciego?
¿Sabe cuán libre hasta Navarra bajo
Desde los campos fértiles del Tajo?
No debe de saber qué gente alisto,
No debe de saber qué fuerzas tengo;
Con qué furor sus límites conquisto,
Ni que de Fez á ser su incendio vengo.

AMIR.

Carlos, aunque te ha oído, no te ha visto.

ALID.

General, porque él viene me detengo;

(1) Falta un verso.

[illegible] la prueba,
[illegible]
[illegible] conquisté furioso
[illegible], la fuerza extraña,
[illegible].
[illegible] Tajo, el Duero baña.
[illegible]
[illegible] y vine á España
[illegible] matar, quemar, gente, armas, tierras,
[illegible] [illegible]rras.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] l era Hércules griego, y yo africano.

[illegible] Tarif, moro.

[illegible]

[illegible] ué haces, famoso Alid,
[illegible]
[illegible]
[illegible] me otro Muza en ella?
[illegible]
[illegible] la navarra Estella
[illegible]
[illegible] r tu soberbia.
[illegible]
Ni en ella pondrás tu enseña,
[illegible] jurando á su gente
Por animarla á tu ofensa.
Antes dice qu[illegible]
De las lunas, que sangrientas
[illegible]
[illegible] lrá tu infame cab[illegible]
[illegible]
En cuerpo y fuerzas te precias,
Él trae consigo un hombre
[illegible] es David en cuerpo y fuerzas.
[illegible] ha contado una espía
Que entre una verde alameda
Ayer vió pasar el campo.

[illegible]

[illegible], Tarife, la lengua!
[illegible]
¿Carlos se pone en defensa?
Mira que vendrá á pedirme
[illegible] la tierra.
[illegible]
[illegible] me iguale en cuerpo y fuerzas,
Habiéndome hecho Alá
[illegible]truo de naturaleza?
[illegible] cajas, levanta
[illegible] las estrellas;
[illegible] aun ellas no están seguras
[illegible] creciente que llevan

Tocan al arma.

¡Hoy llevaré preso á Carlos
Donde los ojos le vean
Que pueden vencerme á mí,
Porque es deidad la belleza!

Vanse.

Tocan arma y hácese esta batalla dentro, saliendo algunos cristianos huyendo de los moros, y Carlos con un bastón y espada desnuda.

CARLOS.

¿Adónde vais fugitivos?
¿No son trofeos más ciertos
Quedar con honra, aunque muertos,
Que volver sin ella vivos?
¿Cuándo fué mejor la vida
Que el honor? Pues si es mejor,
¿Adónde vais sin honor
Con tan vergonzosa huída?
¡Volved, porque os apercibo,
Si no os mueve rey ni ley,
Que perderéis vuestro Rey,
Porque no he de volver vivo!

Sale D. Rodrigo Ruiz.

RODRIGO.

¡Tente, señor! ¿Dónde vas?
Que ya el Moro, victorioso,
Corre el campo, más furioso
Que se vió rayo jamás.
Ya es tu valor sin provecho;
La gente á huir se resuelve,
Que al Moro la espalda vuelve,
Porque ve la muerte al pecho.
Todo el daño ha procedido
De aquel valiente africano,
Que el alfanje, hasta la mano,
Lleva de sangre teñido.
Es en el cuerpo, gigante;
En las fuerzas, Rodamonte;
Que tendrá en el hombro un monte,
Como tiene el cielo Atlante.
Esta es fortuna de guerra;
Vuelve á Estella, gran señor;
Que no ofende á tu valor
Lo que la fortuna yerra.

CARLOS.

Don Rodrigo, aunque la suerte
En la guerra puede echar
Del encuentro, del azar,
De la victoria ó la muerte,
Mal será contado á un rey
Que vuelva, huyendo y vencido,
Si á defender ha venido
Su estado, vida, honra y ley.
Si queréis, venid conmigo;
Á morir voy por mi Dios
Y mi patria.

RODRIGO.

Voy con vos.

Vanse.

Sale Arellano con una lanza y un pavés, blanco todo.

JUAN.

El Rey es, y don Rodrigo.
¡Con qué valor van entrando
Á morir, que ya sin gente,
La muerte famosamente
Van con honra procurando!
Huyendo van los navarros
Por el gran valor de Alid:
¡Volved, volved á la lid,
Oh, caballeros bizarros!
¡Volved, volved! ¡Cómo van,
Las banderas por el suelo!
El temor los vuelve en hielo;
Ni hay pendón, ni hay capitán.
Pues capitán ha de haber,
Y pendón no ha de faltar;
Esta toca quiero atar
Adonde la puedan ver.
¡Ea, toca de aquel Sol
Que al cielo sus rayos junta,
Pareced en esta punta
Resplandeciente farol!
Haced oficio del faro
Á tantas naves perdidas,
Por tener en más las vidas
Que el honor, único y claro;
Que si os até por favor
Del Sol al brazo, sería
Al alba; que á mediodía,
En alto estaréis mejor.

Sale un soldado maltrapillo llamado Bolaños, huyendo, dice mientras ata la toca:

BOLAÑOS.

¿Adónde podré esconderme
Deste riguroso trance,
Que el fiero moro no alcance
En todo este campo á verme?
Peñas, ¿no me respondéis?
Árboles, ¿no me llamáis?
Lo que á las fieras les dais,
¿Á un hombre negar podeis?
¿Quién me sacó de mi tierra,
Donde era un pobre pastor,
Para venir al furor
De la siempre injusta guerra?

JUAN.

La toca está bien atada:
¡Ea, navarros valientes!

BOLAÑOS.

¡Válame Dios!

JUAN.

No te ausentes,
Soldado; toma la espada:
¿Por qué la dejas caer?

BOLAÑOS.

De miedo de vuestra voz.

JUAN.

¿Parézcote muy feroz?

BOLAÑOS.

Muy feroz debéis de ser.

JUAN.

¿Adónde ibas?

BOLAÑOS.

Huyendo
De un gigante, que no hombre.

JUAN.

¿Sabes, soldado, mi nombre?

BOLAÑOS.

Pienso que os voy conociendo.

JUAN.

¿Tienes mucho miedo?

BOLAÑOS.

Tengo
El que basta para huir.

JUAN.

¿De qué huyes?

BOLAÑOS.

De morir,
Porque á sólo vencer vengo.

JUAN.

Pues huyendo no se vence:
¿Conmigo osarás volver?

BOLAÑOS.

Haré lo que viere hacer:
Todo será que comience.

JUAN.

Piensa en la infamia de huir
Y en la gloria de vencer.

BOLAÑOS.

Ya lo pienso.

JUAN.

Eso has de hacer.

BOLAÑOS.

Con vos me atrevo á morir;
Pero decidme á quién sigo.

JUAN.

Á Ramírez de Arellano.

BOLAÑOS.

Pues ¡cierra España, cristiano
César, que vos vais conmigo!

Vanse.

La guerra suene, los moros vayan saliendo de vencida, y Amir con bastón, y la espada desnuda.

AMIR.

¡Tan presto tanta mudanza!
¡Pese á la fortuna esquiva!
Ya se escucha Carlos viva,
Ya Carlos victoria alcanza.
Diosa mudable y ligera,
¿Estás loca, por ventura?
¿Tan poco el humor te dura?
¿Tan presto el aire te altera?
Volved, moros: ¿dónde vais?

Sale Tarif.

TARIF.

No te espantes, fuerte Amir,

[illegible] nte huir.

[illegible]

[illegible] ntar que huyáis,
Si ahora el Cristiano huía,
Y [illegible] tanta alegría
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible] doblar las lunas
De las arrogant[illegible],
Si no es, Amir, que contrastas
Tú solo á tantas fortunas.
Un valeroso cristiano,
[illegible] pude saber quién es,
[illegible] blanco pavés,
Aunque ya jaspe africano,
[illegible]
De una lanza en que se libra
Su victoria, y que la vibra
Tanto, que los cabos junta,
Por medio de la batalla
[illegible] scar á Alid [illegible]
Que bañado en sangre halló
Mano, alfanje, escudo y malla;
[illegible] rmándose con él,
Le abrió con tal fuerza y arte
El pecho, que en la otra parte
Vieron el fresno cruel.
La lanza luego le arranca,
Donde la toca, que moja
En su sangre, salió roja,
Aunque entró en el pecho blanca.
No cayó apenas Alid,
Cuando, desmayando todos,
Huyen de diversos modos,
Y desamparan la [illegible]
Carlos publica victoria,
Y animado su escuadrón,
Siguiendo el rojo pendón,
Rinde al Cristiano la gloria.

[illegible]

[illegible]

TARIF.

Muerto es.

AMIR.

Pues ¿qué haré si todos mueren?

[illegible]

Huir si sus manos quieren
Dar licencia á nuestros pies.

Sale Bolaños dando muchas cuchilladas á una tropa de moros.

[illegible]

¡Huid, perros, que ha salido
Un león ya sin cuartana
De la leonera Arellana!

[illegible]

Amir, todo va perdido.

AMIR.

[illegible] tírate, que es fortuna

[illegible]

BOLAÑOS.

¡Huid, huid, galgos;
Que en estos bravos hidalgos
Traigo la cruz de esa luna!

MORO.

¿Quién eres, fuerte cristiano?

BOLAÑOS.

Una vela que encendió (1)
Juan Ramírez de Arellano.

MORO.

¿Arellano? ¡Huye, Leocán!

Sale Arellano.

JUAN.

¿Qué es esto, fuerte soldado?

BOLAÑOS.

Las lecciones que me has dado,
Invencible capitán:
¿Hágolo bien?

JUAN.

Has de ser
Un Héctor.

BOLAÑOS.

Ya lo verás;
Basta que no topa en más
Que pegar, y no temer.
Pues ¡voto.....

JUAN.

Tente, y no jures.

BOLAÑOS.

Como encarnizado estoy,
Hablo al lado de quien voy.

JUAN.

Que mejorarte procures
Es lo que de ti deseo.

BOLAÑOS.

Yo he de ser un gran soldado;
Que el Sol que me ha levantado
Me ha dado el sér que poseo.
Y que aquesto ha sido ansí,
Está muy claro, señor;
Vos sois Sol, yo era vapor;
Desde el suelo á vos subí.
Y como me levantastes,
En rayo me convertistes,
Con que tal fuego me distes,
Que todo el campo abrasastes.
Sólo quiero que sepáis
Que desde hoy he de serviros;
Vos habéis de persuadiros
Que un perro en casa criáis.
Y os juro á Dios de ser tal,
Para llamarme de ayuda,
Que antes de vos tengáis duda,
Que de mi pecho leal.

JUAN.

¿De dónde eres?

BOLAÑOS.

Montañés.

(1) Falta un verso.

JUAN.
¿De qué ciudad?
BOLAÑOS.
Soy de Oviedo.
JUAN.
¿Qué nombre?
BOLAÑOS.
Sustentar puedo
Que hay mejores solos tres.
JUAN.
¿Cuáles?
BOLAÑOS.
El del Rey y el vuestro,
Que sois, famoso Arellano,
De su primo, primo hermano,
Defensor y amparo nuestro.
El otro es el de Vivar,
Que por madre os dió Castilla,
De aquel Cid, cuya cuchilla
Hizo á los moros temblar.
Luego, Arellano, entra el mío,
Que soy Bolaños.
JUAN.
¿Bolaños?
BOLAÑOS.
Así me llamo los años
Que tengo.
JUAN.
¡Famoso brío!
¿Fué tu hidalguía solar?
¡Oh, hecho notorio!
BOLAÑOS.
Fué
Una cosa que os diré
Cuando haya tiempo y lugar,
Porque viene el Rey á veros.

Salen Carlos, D. Rodrigo y caballeros de guerra.

CARLOS.
Dadme esos brazos, sobrino.
JUAN.
Señor, dellos soy indino.
CARLOS.
Pues, señor de los Cameros,
Como amigo me los dad
Si no queréis por pariente.
JUAN.
Bésoos los pies.
SANCHO.
¡Que esto intente!
RODRIGO.
Su valor paga y lealtad.
CARLOS.
Cubríos don Juan, cubríos.
JUAN.
Estáis presente, señor,
Y carecen de valor
Los cortos servicios míos.
CARLOS.
Cubríos.
JUAN.
Vos sois mi Rey.
SANCHO.
¡Rabio de enojo!
RODRIGO.
Callad;
Que ésta es deuda y amistad.
SANCHO.
Es necesidad sin ley.
¿No debe más á estas manos,
Que estos reinos le aseguran?
BOLAÑOS.
¿Qué estos bellacos murmuran
Del valeroso Arellano?
Pues ¡por vida de Bolaños!
Que á no estar el Rey aquí.....
JUAN.
¿Éstos murmuran de mí?
¡No hay amistad sin engaños,
No hay hazaña sin envidia,
No hay privanza sin cuidado!
Que lo que alegra al honrado,
Al que es villano fastidia.
CARLOS.
El haber muerto al Rey moro
De aquella fuerte lanzada,
Cuya toca ensangrentada
Luce más que listas de oro,
Hoy me ha dado la victoria,
El honor, la fama y vida,
Que vi en sus manos perdida,
Y ganada en vuestra gloria.
Blanco el escudo traéis;
Por lo que Navarra os toca,
Partidle con esa toca,
Y el medio rojo pondréis.
Así que, de hoy más, don Juan,
Ese escudo ó pavés franco
Será colorado y blanco.
SANCHO.
¡Bueno es esto: armas le dan!
JUAN.
Señor, todo eso os debía;
Mas como Sol del valor,
No perdéis el resplandor
Por comunicarle al día.
Las manos vuelvo á besaros.
CARLOS.
¡Alto: marchemos á Estella!
SANCHO.
Yo haré que esta honra os duela
Donde no podáis quejaros.
CARLOS.
Caballeros, vamos todos
Á alegrarnos deste bien,
Pues lo habéis hecho tan bien.
RODRIGO.
¡Á ti, Fénix de los godos,
A ti, navarro Pelayo,
Después de Dios, gracias debe
La patria!

[illegible]

Y á quien hoy mueve
[illegible] invencible rayo.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

¿Qué quieres?

BOLAÑOS.

Escucha:
[illegible] aquel que allí
Va murmurando de ti?

[illegible]AN.

[illegible]nvidia sé yo que es mucha;
[illegible] lo es la amistad;
Pero son de la virtud
La envidia é ingratitud
Contrarios.

[illegible]

Así es verdad;
[illegible]o ¿no podré yo hacer
[illegible]quel hombre un desafío?

[illegible]AN.

Si fuera el agravio mío,
Bolaños, pudiera ser;
Mas siendo de la virtud,
Corre por cuenta del cielo.
Ven conmigo, que recelo
Que no intentan mi salud;
Y los reyes suelen ser
Fáciles de persuadir,
Difíciles de servir,
Y airados en el poder.

[illegible]AÑOS.

Pues ¡pesia quien me parió!
Si se me cayó esta espada,
Y ser de esa mano dada
Tan grande valor me dió,
Que hoy he muerto con su acero
Más de cien moros; ¿es bien
[illegible]stos envidiando estén
Á quien más debo y más quiero?
[illegible]era: traeréte aquí
Sus orejas y narices.

[illegible]

¡Paso, Bolaños! ¿Qué dices?
Hablen, murmuren de mí;
Ten por hombre desdichado
El que envidia no merece;
[illegible] si ocasión se ofrece,
Estimaré tu cuidado.
Ven, que voy á ver á quien
Estas envidias causó;
Que merezco el favor yo
Y dan á Sancho el desdén.

[illegible]

[illegible]uerpo de tal! ¡Ya he caído
[illegible]aba es esta flecha!

[illegible]AN.

Don Sancho tiene sospecha
De que soy favorecido.

BOLAÑOS.

Mucho contento me has dado;
Porque valiente no fueras,
Ramírez, si no tuvieras
Dos dedos de enamorado.

Vanse.

Sale el rey D. Pedro de Aragón y algunos caballeros.

REY.

La ciudad se defiende.

PARDO.

El Moro tiene
De algún socorro incierta confianza.

ANTISTE.

Pues sufre los asaltos de tu gente.

[illegible]REY.

Encarecida con decir que es tuya.

ANTISTE.

Rey de Aragón, famoso rey don Pedro,
Valencia es fuerte, el muro belicoso
Y enseñado á sufrir cercos y asaltos;
No sé si ha de seguir su justo efecto
Á la esperanza de tu pecho heroico.

REY.

Antiste noble, y Pardo de la Casta,
Caballeros ilustres y famosos,
Y los demás famosos caballeros,
Ya de mi intento habéis sabido el alma:
No he de volver á Zaragoza vivo
Sin humillar los muros de Valencia;
Falta de un hombre que á la empresa asista
Con espada y con seso, me ha obligado
Á no apartarme, como veis, del muro,
No porque no le hubiera entre vosotros,
Mas porque entre tantos nobles caballeros
Y tan grandes soldados de una patria,
Fuera agraviarlos elegir alguno;
Mas esto tiene ya justo remedio.

[illegible]REA.

¿Que determinas no elegir un hombre
De tu famoso ejército, y que quieres
Traerle de otro reino?

REY.

Fuerte Lope,
Si tantos sois en la nobleza iguales,
Si tantos sois iguales en la espada,
No yerro en elegir el extranjero.

PARDO.

¿Envías á Castilla, ó, por ventura,
De Portugal te inclina algún pariente
Del rey don Pedro?

REY.

Ni Castilla agora,
Ni Portugal, á mi intención se ofrecen:
Tiene Navarra un caballero ilustre,
Sangre de los Ramiros, que pudiera

Ser otro Ephestïon con Alejandro
En la lealtad, y por la heroica espada,
Con los Atridas otro fuerte Achiles:
Llámase Juan Ramírez de Arellano,
Famoso por sus hechos, que mil veces
Contra el Francés y el Africano bárbaro
Ha conservado á Carlos la corona.
Tiembla el Moro su espada, el Francés tiembla,
Y sólo con su nombre están guardados
Los límites del uno y otro reino.
Al Rey escribo que para este cerco
Me envíe á Juan Ramírez de Arellano.

PARDO.

Es Arellano insigne caballero
En cuanto mira el sol.

URREA.

Por toda España
Tiene renombre.

ANTISTE.

Aciertas en pedirle
Á Carlos ese ilustre caballero.

REY.

Pues alto: suspendamos el asalto
Hasta que venga, pues está tan cerca,
Y entonces su consejo y experiencia
Nos mostrarán camino, y con su espada
Tendrá mejor suceso nuestra empresa.

Vanse.

Salgan Juan Ramírez y Bolaños.

BOLAÑOS.

Llega al balcón, y ¡por Dios
Que puedes llegar seguro;
Que soy lo mismo que un muro,
Y tú y yo para otros dos.

JUAN.

¡Gentil encarecimiento!

BOLAÑOS.

Bien habrá que hacer nos den
Dos, si son hombres de bien;
Bellacos, pocos son ciento.
Y pues tú me has enseñado
Á que fanfarrón no sea,
Como tu amor me lo crea,
Te diré lo que he pensado.

JUAN.

¿Qué piensas en la ocasión
Que estamos?

BOLAÑOS.

Si verdad digo,
Pienso que vengo contigo
Y que dos mil hombres son.
Que cuando te hicieran guerra,
Sólo que hacer me dejaras,
Despojara lo que echaras,
Bañando en sangre la tierra.

JUAN.

¡Quedo! En el balcón está
La divina doña Elvira.
¡Bolaños, la calle mira!

BOLAÑOS.

Mirada la tengo ya:
Habla, digo, ó hablaréla.

JUAN.

¿Qué la has de hablar?

BOLAÑOS.

Que aquí estoy
Para servirla, y que soy
De Oviedo, y que aquí en Estella
Me has armado caballero
Para guardar esta esquina;

JUAN.

No es ocasión.

BOLAÑOS.

Pues camina;
Que aquí te aguardo y te espero.

ELVIRA.

¿Es don Juan?

JUAN.

¡Ay, prenda mía,
No dudáis de conocerme!
Ó vuestra memoria duerme,
Ó la voluntad se enfría.

BOLAÑOS.

¡Cuerpo de tal, y qué bien!
Que nunca el diablo me enseña
Á decir esto á mi dueña.

ELVIRA.

¿Durmiendo queréis que estén
Memorias que vuestras son?
Mi voluntad, que os adora,
¿Se puede helar, siendo agora
Un incendio el corazón?

BOLAÑOS.

¡Qué vocablo tan subido!
¡Incendio! ¡Oh, qué lindo hablar!

ELVIRA.

Mal se puede el fuego helar
Si fénix el alma ha sido.

BOLAÑOS.

Otro vocablo.

JUAN.

Mi vida,
¿Cómo pasaste mi ausencia?

ELVIRA.

Con esperanza y paciencia,
Mi bien, de vuestra venida.

BOLAÑOS.

Aun esto es ya más casero,
Porque «mi vida» y «mi bien»
Yo me lo digo también,
Aunque venga como un cuero,
Á cualquiera fregratriz;
Mas incendio y fénix, no.

ELVIRA.

Temí la fortuna yo,
Que soy, amando, infeliz.

BOLAÑOS.

Otro. ¡Vive Dios, de hacer
Un vocabulario nuevo!

[illegible]

[illegible]
Aunque es mudable, y mujer,
[illegible]
[illegible] Rey, mi tío, por [illegible]

[illegible]

[illegible] de Dios,
[illegible]
[illegible] castigado,
[illegible]

[illegible]

Lo que os ha honrado sé yo,
[illegible]

Entre D. Enrique, Conde de Trastamara, y D. Beltrán, con capas de oro y embozados, sombreros con plumas y espuelas doradas.

[illegible]

Aquél, sin duda, es don Juan.

[illegible]

Dos hombres vienen aquí.

ENRIQUE.

Solo está.

[illegible]TRAN.

Pienso que sí.

[illegible]

Hablémosle, don Beltrán.

BOLAÑOS.

¿Si son los traidores fieros?
Mucho miran, ellos son:
Hoy pagaréis la traición,
Envidiosos caballeros.

[illegible]

¿Qué dice este hombre?

JUAN.

Señora,
Del balcón os retirad.

Quítase del balcón y meten mano ellos

ELVIRA.

¡Ay, triste!

JUAN.

¿Qué es esto?

[illegible]

Hablad,
Conde, con don Juan agora.

[illegible]

Aunque os pese, ha de vivir
Juan Ramírez de Arellano.

ENRIQUE.

Tened, hidalgo, la mano,
Que ése vengo yo á servir.

[illegible]

Bolaños, tente, y repara
Que no es don Sancho.

[illegible]

Aquí estoy
Contra el infierno.

[illegible]

Yo soy
El Conde de Trastamara;
Don Enrique soy, hermano
Del rey don Pedro.

JUAN.

Señor.....

ENRIQUE.

En busca de tu valor
Vengo, famoso Arellano.
Ese hidalgo, ¿es de fiar?

BOLAÑOS.

Á no ser Rey quien lo dice,
¡Por vida.....

BELTRÁN.

No contradice
La verdad el preguntar.

ENRIQUE.

Yo pregunto, noble hidalgo.

BOLAÑOS.

Yo soy vuestro servidor;
Si con mi corto valor
Os puedo servir en algo,
Bolaños soy, montañés;
Lo demas dirá don Juan.

ENRIQUE.

Conoced á don Beltrán.

JUAN.

Dadme, don Beltrán, los pies.

ENRIQUE.

Huyendo voy de mi hermano (1).
Mas estadme un rato atento,
Sabréis mejor la ocasión,
Que á los que como vos son,
Digo ansí mi pensamiento.
Que por vuestra calidad
Y hazañas, pasando á Francia,
Tuve por más importancia
Negociar vuestra amistad
Que el peligro de mi vida.

JUAN.

Decid, señor; que yo creo
Que es buen fiador mi deseo
De la merced recibida.

ENRIQUE.

Yo soy, famoso Ramírez,
Hijo del rey don Alonso,
De aqueste nombre el onceno
De los castellanos godos.
No fué, pues lo sabe el mundo,
Legítimo el matrimonio
De doña Leonor, mi madre;
Mas no por eso antepongo
La de don Pedro á la mía,
Cuyo apellido famoso
Fué de los buenos Guzmanes,
Y ella por sí buena en todo.
Hubo en ella á don Fadrique,
Hoy Maestre generoso
De Santiago, cuyos hechos
Se extienden de polo á polo.

(1) Verso suelto.

Hubo también á don Tello,
Señor de Aguilar, y á otros,
Que han parecido muy bien
Á su padre, invicto, heroico.
Murió en Gibraltar de peste;
Reinó don Pedro, que sólo
Era justo que reinase;
Yo lo obedezco y conozco.
Llevamos al muerto Rey
En triste escuadrón lloroso,
Para enterrarle en Sevilla,
Como sus hijos, nosotros.
Entró en Medina-Sidonia
Mi madre, y los envidiosos
De que el Rey se la había dado
Con las villas del contorno,
Trataron de que se alzaba,
Con el favor poderoso
De sus hijos y parientes,
En daño del Rey notorio.
Concertaron de prendernos;
Mas, poniéndonos en cobro,
Yo, á lo menos, á la envidia
Di con la capa en los ojos.
Repartieron los oficios:
Alférez del Rey famoso
Fué don Juan Núñez de Lara,
Que lleva el estoque al hombro;
Pero Suárez de Toledo
Fué Camarero, aunque poco,
Y el gran don Pedro de Castro
Fué su mayor Mayordomo;
Tuvo el Adelantamiento
De Castilla, oficio honroso,
Garcilaso de la Vega,
Buen soldado y hombre docto;
La copa, Alonso Fernández
Coronel; en fin, á todos
Premiaron, y solamente
Nos quitaron á nosotros.
Lo que ha hecho el Rey, no digo,
Dígalo el reino quejoso,
Que ya me llama su Rey;
Sabe el cielo que lo estorbo.
Pero agora que á mi madre,
Que con lágrimas la nombro,
No sólo prende en Sevilla
Con temerario alboroto,
Pero á un escudero vil,
Llamado Olmedo, ó Reynoso,
Mande que la pase el pecho,
De furia me vuelvo loco.
Cayó mi madre, Arellano,
Que el día antes este rostro
Me bañó de tierno llanto,
Diciendo entre mil sollozos:
«Adiós, hijo, que no pienso
Que más te verán mis ojos.»
Cayó, en fin, sobre el estrado,
Á quien un lebrel piadoso
Guardó la sangre aquel día.
¡Ah, cielos! ¿Cómo no rompo
Vuestras puertas con suspiros,
Flechas que del alma arrojo?
Dejóle, según me han dicho,
Todo el puñal alevoso
Metido en el blanco pecho:
¡Ved qué sangrientos despojos!
Esto á sus hijos, Ramírez,
Y otras razones á otros,
Han movido á lo que sabes;
Yo con razón me provoco.
Á Francia voy por saber
Que Eduardo, ilustre mozo,
Príncipe de Ingalaterra,
Viene en favor de este monstruo.
Si tú caballero fuiste,
Sabio, invicto, victorioso,
Para la ocasión me ayuda,
Pues ni eres de un Rey ni de otro.
Tendré mi empresa por fácil;
Y si la corona de oro
Castilla pone en mi frente,
Y el cetro en la mano tomo,
Yo te daré parte en ella,
Y ella y yo seremos poco
Para pagarte, Arellano,
En cuyas manos me pongo.

JUAN.

Rey famoso de Castilla,
Que ya este nombre te doy,
Lo poco que valgo doy.
Una fortaleza y villa
Hoy tendrás, como este pecho,
Llana y fuerte á tu servicio.

ENRIQUE.

Bástame á mí por indicio
Lo menos de lo que has hecho:
Dame esa mano.

JUAN.

Señor,
De rodillas pediré
Las vuestras.

ENRIQUE.

Don Juan, yo hallé
En ti un hombre de valor;
En fin, ¿palabra me das
De ayudarme en la ocasión?

JUAN.

Y los que mis deudos son.

BOLAÑOS.

Añade otros pocos más;
Que tienes muchos criados.

JUAN.

Á Bolaños conoced.

ENRIQUE.

Haréle toda merced.

JUAN.

No hay como él cuatro soldados.

BOLAÑOS.

¿Cómo cuatro?

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] has tenido:
[illegible]
[illegible] yo.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] á los dos,
Llueva don Pedros el cielo.

[illegible]

[illegible] agradezco ese buen celo.
Adiós, Arellano, adiós.

JUAN.

[illegible]
No te ofrezco aquí mi casa;
Que quien con secreto pasa,
[illegible]

[illegible]

Ya es muy tarde;
Las postas vuelvo á tomar.
Adiós, Bolaños.

[illegible]

[illegible] Adiós.

[illegible]

Adiós, Ramírez.

[illegible]

Yo y vos,
Despacio habemos de hablar
Cuando volváis por aquí.

Vase.

[illegible]RÁN.

[illegible], en cosas de importancia,
Para la vuelta de Francia.

[illegible]

OLÓRIZ.

¿Está aquí mi señor?

BOLAÑOS.

Sí.

[illegible]

Este hidalgo castellano
Que el rey don Pedro te envía,
Te ha buscado todo el día.

[illegible]

Dadme esos pies, Arellano.

JUAN.

Alzaos, hidalgo, del suelo.

[illegible]

Esta carta es de mi Rey.

[illegible]

Estimarla es justa ley,
[illegible] recelo.

[illegible]

«Ramírez de Arellano, mi pariente: Conociendo vuestro mucho valor, y la presente en que estoy, os ruego que vengáis á Castilla, donde os haré el acogimiento que merece un caballero tan leal y de tan alta fama y opinión. Fuera desto, si acaso D. Enrique, mi hermano, pasare por Navarra á Francia, significaréis al Rey, á quien escribo también, lo que gustaré de que le mate ó prenda, y si lo hacéis por vuestra persona, os haré igual con la mía.—Dios os guarde.—De Toledo: *El rey D. [illegible] de Castilla.*»

Diréis al Rey, mensajero,
Que yo tengo agora dueño,
Á quien la lealtad enseño
Que debo á ser caballero;
Y que no puedo faltar,
Por ajenos intereses,
Mientras moros y franceses
No le dejen sosegar;
Que don Enrique está en Francia
Habrá más de quince días.

RUIZ.

¿Que las diligencias mías
Fueron de poca importancia?
Hablar quiero al Rey.

JUAN.

Venid
Conmigo.

RUIZ.

¿Que éste es aquél
Que los moros tiemblan dél?

BOLAÑOS.

Éste mató al moro Alid,
Que era nieto de Mahoma.

JUAN.

¡Que aun no me han dado lugar,
Mi bien, de poderte hablar!
La toca, Bolaños, toma,
Y haciendo seña al balcón,
Dirás que si la conoce
Á doña Elvira, y que goce
Su parte de aquel blasón.

BOLAÑOS.

¡Vive Dios, que viene el Rey!

JUAN.

Escóndela.

BOLAÑOS.

Aquí la meto.

JUAN.

Los traidores, en efeto,
Suelen ser de baja ley.

El rey Carlos, D. Sancho y los demás; trae el Rey unas cartas.

CARLOS.

Esto que digo escriben los dos Reyes.

SANCHO.

Aquí está Juan Ramírez.

JUAN.

Aquí tiene

Un hidalgo que viene de Castilla;
Requiere más secreto.

CARLOS.

Sea en buen hora,
Juan Ramírez.

JUAN.

Señor.....

CARLOS.

Estas dos cartas
Son de dos Reyes, y los dos son Pedros:
Uno de Portugal, que agora tiene
Pesadumbres y guerras con su hijo,
Sobre el amor de doña Inés de Castro,
Con quien quiere casarse sin su gusto;
Y el otro de Aragón; entrambos quieren
Que los sirváis; entrambos me han pedido
Que os envíe á sus reinos.

JUAN.

De esa suerte,
Tres Reyes, todos Pedros, todos fuertes,
Quieren, señor, que vaya á su servicio,
Porque ésta es del rey Pedro de Castilla,
Y de Aragón y Portugal esotras.

CARLOS.

El de Aragón os hace, Juan Ramírez,
Su Camarero, y General os hace
Para el cerco famoso de Valencia.

JUAN.

Y yo tendré más gusto de acudirle,
Por la amistad que entre los dos tenemos,
Pues vos queréis que os deje.

CARLOS.

Y lo deseo.

Vase el Rey.

JUAN.

Si no hubiera en ausencia.....

SANCHO.

No prosigas;
Que el Rey también desea.....

JUAN.

¿El Rey gustara
Que un hombre como yo no le sirviera
Si no hubiera traidores?

SANCHO.

¡Mientes!

JUAN.

¡Muera!

SANCHO.

¡Aquí, deudos!

BOLAÑOS.

¡Al de Arellano! (1).

SANCHO.

¡Muerto soy!

JUAN.

¡Acabaron tus engaños!
Ven por aquí.

BOLAÑOS.

Contigo va Bolaños.

FIN DEL PRIMER ACTO.

(1) Falta algo en este verso.

ACTO SEGUNDO

DE

LOS RAMÍREZ DE ARELLANO

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL

El Conde de Rueda.	El Rey de Aragón.	Clorindo.
Antiste Moya.	Juan Ramírez.	Doña Elvira.
Pardo.	Bolaños.	Rosarda.
Urrea.	Zulema.	Cuatro moros.

Salen el Rey de Aragón, Juan Ramírez, Bolaños y soldados, el Conde de Rueda, Antiste, Pardo y Urrea.

URREA.

Asaltar hoy la ciudad
Desea el Rey.

JUAN.

Sólo en mí
Verá Vuestra Majestad
La humildad en que nací.

ARAGÓN.

Ya es vuestro aqueste bastón.

JUAN.

Tomándole de esa mano,
Veréis que él y el brazo son
Del gran templo valenciano
Las columnas de Sansón;
Que, pues ya he venido aquí,
Donde deseos me traen
De lo que hacer prometí,
Si el bastón y brazo caen,
Caerá el templo sobre mí.

ARAGÓN.

Hablad estos caballeros.

JUAN.

Todos los vengo á servir.

RUEDA.

Y todos á obedeceros.

ANTISTE.

Sus piedras ha de rendir
El muro á vuestros aceros.

BOLAÑOS.

Á lo menos, dando en ellas
Muchas finas cuchilladas,
Sacará don Juan centellas,
Que las que están apartadas
Pueden abrasarse dellas;
Que lo sabe hacer la mano
De Ramírez de Arellano.

JUAN.

Bolaños, no habléis aquí;
Que ya lo saben de mí
Y lo tienen por muy llano.

BOLAÑOS.

Yo puedo hablar muy sin mengua,
Pues traigo ceñida al lado
De cinco palmos la lengua,
Y hago, y digo, y soy criado
De quien tantas lunas mengua,
Aunque crecientes estén,
Y tantas flores de lises
Tiene marchitas también.

[illegible]

[illegible]
[illegible] muy bien

[illegible]

Envidias acá y allá.
¡Voto al diablo, si me enojo[illegible]

[illegible]

¿[illegible]?

[illegible]

Pues por eso no me arrojo;
Que hubiera mil muertes ya.

RUIZ.

¿[illegible]?

JUAN.

Un hombre
De mi casa.

BOLAÑOS.

Un hombre he sido,
Que á la sombra de su nombre
Tantos hombres he vencido,
Que no hay hombre que no asombre.

ARAGÓN.

[illegible]
¿Por dónde asaltar podemos
El muro?

JUAN.

Lo flaco y llano
De aquella parte asaltemos.

URREA.

Enojado me ha el villano.

JUAN.

Pero señor, Vuestra Alteza
Se retire á lo seguro,
Mientras reconozco el muro;
Que os guardo como á cabeza,
Y como pies me aventuro.

ARAGÓN.

Esó no; vaya un soldado.

BOLAÑOS.

Yo iré, y echaré los muros
Á coces del otro lado,
Para que veáis seguros
Lo que está dentro encerrado,
Para que sepáis quién es
Bolaños el montañés.

JUAN.

Señor, un caso tan grave
Halo de hacer quien lo sabe:
Dame, Olóriz, el pavés.

[illegible]

Ahora bien, yo me retiro

[illegible]

Á la mira quiero estar
De quien de mirar me admiro;
Que no acabo de mirar
Lo que en sus hazañas miro.

URREA.

Mi envidia confieso.

ANTISTE.

Y yo.

[illegible]

El montañés me cansó.

URREA.

Ahí le cantaré la malla.

Vanse todos; quedan Bolaños y Juan Ramírez.

BOLAÑOS.

¿También acá envidia?

JUAN.

Calla.

BOLAÑOS.

¿Vas al muro?

JUAN.

Luego ¿no?

BOLAÑOS.

Mira que pueden tirarte
Un flechazo de una almena;
Yo iré, retírate aparte.

JUAN.

Si fuera tu vida ajena,
No fuera mucho dejarte;
Pero si es la propia mía,
¿Qué diferencia es matarme?

BOLAÑOS.

¡Oh, bendiga el cielo el día
Que te conocí!

JUAN.

Llegarme
Quiero; de mí te desvía.

BOLAÑOS.

Eso puedes perdonar;
Que contigo he de llegar.

JUAN.

¡Bolaños!

BOLAÑOS.

¿Qué? No hay Bolaños.
Para estos moros picaños,
¿Tanto es menester pensar?

JUAN.

Quedo, que vienen dos moros
Con furia á entrar por allí.

BOLAÑOS.

Ya tendrán, de verte aquí,
Nieve por sangre en los poros.

Zulema y Clorindo, moros, traen á D.ª Elvira en hábito de hombre, cautiva, atadas las manos.

CLORINDO.

Cristianos hay junto al muro.

ZULEMA.

Si se ha perdido Valencia,
Que no es el lugar seguro.

CLORINDO.

Nobles son.

ZULEMA.

Gentil presencia.

CLORINDO.

Zulema, á entrar me aventuro:
Si fuese el Conde de Rueda

El que el pavés blanco engasta
En rojo, y el que atrás queda,
Aquel Pardo de la Casta,
Que no hay valor que le exceda.....

ZULEMA.

Por codicia del cautivo
No habrá cosa que no intente.

CLORINDO.

¿Quién eres, cristiano altivo,
Que junto al muro, insolente,
Muestras valor excesivo?
¿Con cuál armado escuadrón
Esta campaña paseas?
Que es loca satisfacción,
Si vienes solo, que creas
Tu arrogante presunción.
¿Eres el Conde de Rueda?
¿Eres Pardo de la Casta?

JUAN.

Ten, moro, la lengua queda;
Que ser yo cristiano basta
Para que esto intente y pueda.
Ni el corazón me ha engañado,
Ni arrogancia me ha traído,
Porque á mí y este soldado
La obediencia sólo ha sido
Quien puede habernos forzado:
El efecto que ha de hacer,
Mañana lo habéis de ver.

BOLAÑOS.

¡Cuerpo de Dios, con tu flema!
¡Hola, Mahoma, ó Zulema,
Ó lo que quisieren ser:
Desnúdense luego aquí,
Que los quiero abrir á azotes!

CLORINDO.

Fanfarrón, ¿estás en tí?
Pero porque no alborotes
La ciudad y el campo ansí,
Déjame entrar en Valencia
Á dejar este cautivo;
Que volveré á tu presencia,
Sólo por la fe en que vivo,
Si un hora tienes paciencia.

JUAN.

El cautivo y las dos vidas
Dejaréis, y no entraréis.

ZULEMA.

Cuando las espaldas midas,
Veréis.

Meten mano.

BOLAÑOS.

¡Oh infames, no hableis
Sino es por bocas de heridas!

CLORINDO.

¡Yo te mataré, cristiano!

JUAN.

Perros, ¿no sabéis que soy
Juan Ramírez de Arellano?

ZULEMA.

¿Aquí está Arellano?

JUAN.

Estoy
Sobre el muro valenciano.

CLORINDO.

Huye, Zulema.

ZULEMA.

¡Ay de mí!

BOLAÑOS.

Debajo del muro están;
Don Juan, retírate aquí;
Que tiran flechas, don Juan.

JUAN.

¿Abriéronlos?

BOLAÑOS.

Señor, sí:
Cristiano, llégate acá.

ELVIRA.

Á tus pies, señor, está
El cautivo á quien das vida;
Que bien es que el pie le pida
Á mano que vidas da.

JUAN.

No acierto á hablar.

ELVIRA.

Ni yo á hablarte.

JUAN.

¡Doña Elvira!

ELVIRA.

¡Don Juan mío!

JUAN.

¿Qué es aquesto?

ELVIRA.

Por buscarte
Hice aqueste desvarío,
Si fué desvarío amarte.

JUAN.

¿Qué me dices?

ELVIRA.

Lo que ves.

JUAN.

Señora, dadme esas manos.

BOLAÑOS.

Y á Bolaños esos pies.

ELVIRA.

De don Sancho los hermanos,
Mi muerte intentan después
Que de Navarra saliste;
Yo, en tantas desdichas triste,
De mi tío aborrecida,
Y ausente de aquella vida
Que en tu presencia me diste,
Con Fortunio y con Rogerio
Hasta Valencia te sigo
Temiendo mi cautiverio;
Pero no hay fuerte enemigo
Donde amor tiene su imperio.
Quiso Rogerio, engañado,
Gozar don Juan, la ocasión,
Una noche que en un prado

Le quitó amor la razón,
[illegible]
Iba [illegible]
A un [illegible],
[illegible] á entrar,
Y él, [illegible],
Buscó también el lugar.
Hallóle, pero no en mí,
Que con palabras fingidas,
[illegible] amaba persuadí,
Porque amaba en él dos vidas
Que agoran viven por ti.
Con esto el cruel criado,
Del sueño quedó vencido;
A[illegible], y quedó en el prado
Amor como bestia atado,
Y él como de antes florido.
Que el loco se persuadía
Que me podría gozar
Como yo le prometía,
Luego que diese lugar
Fortún, que temor fingía.
Mas corrí sin esperalle,
Como me ves, prado y valle,
Y al pie de una fuente fría
Que en el verde manto hacía
De cristal limpio una calle,
La blanca aurora, que daba
Nuevas del sol, me mostró,
Que por el monte bajaba
El moro que me prendió,
Armado de persa aljaba.
Huir quise; pero viendo
Que la flecha prevenía,
Detuve el paso, fingiendo
Ser un moro que venía
Solo, de la guerra huyendo.
Asióme el morisco alarbe,
Que me trujo donde viste,
Diciendo: «Saliste tarde;
Mas si de la guerra huiste,
Allá volverás, ¡cobarde!»
Mas mintieron, pues á ti
Me trujeron desde allí;
Que aunque es la guerra en su tierra,
Eres la paz de mi guerra
Y el alma que vive en mí.

[illegible]

Notable fué la ventura
Con que saliste de tantas:
Pero encubrirte procura;
Que del cabello á las plantas
Se hace lenguas tu hermosura.
Ya has hecho mostrar valor
Á la fortuna; es mejor.
Fuera del servicio estaba
De Carlos, pues me enviaba
El propio al Rey mi señor.
[illegible] podrá saber de ti
Si en la guerra ni en la corte
[illegible]s á mi lado ansí.

ELVIRA.

Probó la fortuna el corte,
Pero hase mellado en mí.
¿Qué nombre me llamarás?

JUAN.

Carlos ha de ser tu nombre,
Para que te acuerdes más
De que te persigue un hombre
Á quien ese nombre das.
Mas quedaos los dos aquí;
Que quiero reconocer
El muro.

BOLAÑOS.

Pues ¿solo?

JUAN.

Sí;
Porque ya no puede ser
Que me acompañe de ti;
Que no será bien dejar
Sola á doña Elvira.

BOLAÑOS.

El cielo
Te guarde.

JUAN.

Irásme á aguardar
Á la tienda.

ELVIRA.

¡Qué recelo
Me dejas!

BOLAÑOS.

Deja de hablar,

Vase Juan.

Que ¡vive Dios! si lloviesen
Flechas como en el estío
Granizo, y si le saliesen
Más moros que lleva el río
Arena, no le ofendiesen:
Es encantado Arellano.

ELVIRA.

¡Ah, Bolaños! El amor
Es niño, y teme.

BOLAÑOS.

Es en vano;
Que, sobre todo, el valor
De aquella invencible mano.

ELVIRA.

¿Tú has amado? ¿Sabes bien
Lo que es amor?

BOLAÑOS.

¡Pesia tal!
¿Era yo bestia? Pues ¿quién
No ha querido, ó bien ó mal,
Con el favor ó el desdén?
De aquí á la tienda, te quiero
Contar más de mil amores,
Desde el primero al postrero.

ELVIRA.

Que uno bastaba, no ignores,
Si fuera amor el primero:

Esa es condición liviana.

BOLAÑOS.

No es sino muy cortesana;
Que el amor y la camisa
Se han de mudar muy aprisa.

ELVIRA.

¿Cómo?

BOLAÑOS.

Tres cada semana.

Vanse.

Salen Urrea, Antiste y Pardo vestidos de moros.

PARDO.

Bien venimos desta suerte,
Como moros disfrazados,
Para dar, sin ser notados,
Á Juan Ramírez la muerte.
Acerquémonos al muro;
Que ya debe de volver.

ANTISTE.

Con dos hombres le fué á ver.

URREA.

Hizo bien por ir seguro;
Mas no lo está de los tres.

PARDO.

Tres á tres, verá el bizarro
Si ha de mandar el navarro
Donde está el aragonés.....
Mas embrazad las adargas,
Que siento gente.

ANTISTE.

Ver quiero
Cómo da este caballero
Á la fama historias largas.
Aquí os embozad los tres.

Sale Juan Ramírez con una rodela, en que traerá clavadas tres flechas.

JUAN.

Paréceme que es muy alto;
Pero tentado el asalto,
Será más bajo después;
Que aquel lienzo que lo está,
Está más fortalecido.
¡Qué buena dicha he tenido
En volver con vida acá!
Ninguna flecha me ha dado;
Tres me han dado en la rodela.
¡Qué de moros que hay en vela!
Está el muro coronado.

Saca las flechas y escóndelas.

Esconderlas quiero aquí;
En el pecho están mejor:
¡Será aljaba del amor,
Pues traigo flechas en mí!
Mas las que traigo en el centro
Son de persona más fiera:
¡Ojalá que á las de afuera
Resistiesen las de adentro!
Gente he sentido, y sospecho
Que Bolaños ha tornado.
En moros ¡por Dios! he dado.

Los tres le cerquen.

URREA.

¡Ah, cristiano!

JUAN.

¿Qué queréis?
Que en llamándome cristiano,
Respondo con rostro humano.

URREA.

¿Vienes solo?

JUAN.

¿No lo veis?

URREA.

¿Dos no vinieron contigo?

JUAN.

Es verdad que aquí han estado,
Pero solo me han dejado
Viendo que iba yo conmigo;
Que donde voy, tantos van,
Que no es menester ninguno.

ANTISTE.

Pues ¿eres tú más de uno?

JUAN.

¡Probadlo!

PARDO.

Di adónde están.

JUAN.

Moros cobardes, no soy
Hombre que hablo acompañado;
De que sois tres me ha pesado,
Viendo que conmigo estoy;
Que esto tanto os aventaja,
Que yo quisiera de mí
La mitad quitarme aquí,
Por no reñir con ventaja.

PARDO.

¡Extraña satisfacción!

JUAN.

Antes propia de mi pecho,
De quien está satisfecho (1);
Y mirad qué pecho es,
Que tengo dentro tres flechas
Que me han tirado sospechas,
Y no me han muerto las tres.
La una de envidia ha sido,
La otra de enemistad,
Y otra de poca verdad.
. . . . (2)

PARDO.

Vete, cristiano, que aquí,
Si con otros dos vinieras,
Tres á tres en campo vieras
Que uno sobra para ti;
Que porque nobles nacimos,
Los tres no te acometemos.

(1) Falta un verso.
(2) Falta un verso.

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Que me señaló primero
[illegible] entre los tres me vería.
¡[illegible] envidia fiera,
Maliciosa y disfrazada,
[illegible] a la espada!

ANTISTE.

[illegible]pada,
Otra espada sola espera.

Uno solo mete mano.

[illegible]

Tú solo á morir venías
Pues, villano, ¿en qué te fías?

[illegible]

Aquí, señores, aquí,

TODOS.

[illegible]s temeraria su fuerza.

[illegible]

¿No te lo dije?

PARDO.

Dete[illegible]

[illegible]

[illegible]nte, cristiano valiente!

[illegible]

Aquí va á ganar por fuerza;
No huyáis, no os retiréis.

URREA.

Tres no queremos matarte.

[illegible]s á cuchilladas, y salga el Rey de Aragón, un Maestresala y el Conde de Rueda, y pajes con fuente, agua y toalla.

[illegible]STRESALA.

Ya puedes, señor, lavarte.

Vase lavando.

REY.

¡Oh Conde, en buen hora estéis!

[illegible]

Coma despacio Tu Alteza;
Que Ramírez no ha venido.

[illegible]

Algo le habrá sucedido;
Y estoy con tanta tristeza,
Que dejaré la comida
[illegible] por verle volver.

[illegible]

Con gusto puedes comer;
Defender sabrá su vida.

[illegible] un verso.

REY.

Y aunque me lavo las manos
Para comer, más quisiera
Que para el asalto fuera
Mesa de Reyes cristianos.
¡Oh Valencia! ¿Cuándo en ti
Comerá el Rey de Aragón?
¿Cuándo de Cristo el pendón
Verán tus muros por mí?

RUEDA.

Presto, señor, lo verás,
Y más con este bizarro,
Nuevo Alejandro navarro,
Á quien hoy tu bastón das.

[illegible]

¡Cielos! ¿Si le habrán ya muerto?

REY.

En Dios tengo confianza,
Y en el valor de su lanza.

Dentro ruido grande de voces y espadas.

REY.

¿Qué es esto, tal desconcierto?
Pues ¿cómo en mi tienda espadas?

RUEDA.

¡Hola, daca una alabarda!

REY.

¿Qué es del capitán, no hay guarda?

Salen los tres huyendo de Arellano.

JUAN.

Estas son aras sagradas;
Perdona entrar en tu tienda,
Ínclito Rey de Aragón,
Pues éstos la culpa son
De que tu respeto ofenda.
Son moros de una celada,
Que cuando miraba al muro
Salieron sobre seguro
Á darme muerte pensada.
Y, en fin, huyendo de mí
Llegaron adonde ves.

URREA.

No huyendo, que somos tres,
Mas por cubrirnos ansí.

REY.

Pues ¿qué es esto?

URREA.

Disfrazados
En el hábito que ves,
Ibamos á ver los tres
Los muros de Alí guardados,
Por hacer alguna hazaña
Digna de vuestro valor,
Cuando le vimos, señor,
Pasear por la campaña.
Hablámosle rebozados,
Y él, presumiendo celada,
Sacó, gran señor, la espada

Con otros siete soldados.
Y por no nos descubrir,
Acosados como ves,
Hemos llegado los tres
Sólo á darte que reir.

REY.

¡Caso notable! ¿Es posible
Que don Juan no os conoció?

JUAN.

El hábito me engañó,
Y mi condición terrible
(Que en viendo moros, no quedo
Con sentido para ver
Si son ó si pueden ser)
Trocaron la envidia en miedo. (Aparte.)
No será bien deshonrar
Tres tan nobles caballeros,
Aunque envidiosos y fieros
Me pretendieron matar.
Haréles un gran servicio,
Aunque nadie me obligó;
Que yo he de hacer como yo,
Y la envidia como vicio.
Dadme, gran señor, perdón,
Por esas virtudes raras,
De haber pasado las aras
De vuestro Real pabellón;
Que en todo dicen verdad
Estos nobles caballeros,
Cuyos valientes aceros
Muestran bien su calidad.
Que á no ser con ocho á tres,
Y todos ocho tan buenos,
Que á ser por dicha uno menos,
No intentaran lo que ves.
Porque tales tres espadas
No las he visto en mi vida,
Pues con una y otra herida
De que vienen esmaltadas,
Muertos dejan á los siete,
Que ya no hay memoria dellos;
Sólo á mí de todos ellos
Vida el cielo me promete
Para que servirte pueda.

URREA.

¿Hay tan notable virtud,
Que viendo nuestra inquietud,
Lo que decimos conceda?
¡Gran caballero!

PARDO.

No sólo
Valiente, pero discreto.

ANTISTE.

Que no hay su igual os prometo
Desde el nuestro al otro polo.

URREA.

Yo le he cobrado afición

PARDO.

Perderé por él la vida.

REY.

De los tres tengo entendida
La envidia y mala intención.
Sin duda que le han querido
Matar, y que es tan honrado,
Que honrarlos ha procurado
Cuando ellos le han ofendido.

JUAN.

Vuestra Majestad perdone
Darle esta mala comida,
Y el ofrecelle la vida,
Mi loco servicio abone.
Que todo el muro miré,
Sus defensas y pertrechos,
Hasta el valor de los pechos
Donde tan cerca llegué.
Y pues que comer quería,
Y las manos se lavaba,
Cuando mi ignorancia estaba
Disfrazada en valentía,
Aunque parezca insolencia,
Para antes le quiero dar
Fruta que pude alcanzar
De las huertas de Valencia.

REY.

¿Fruta de las huertas?

JUAN.

Sí.
Y tan cerca de sus muros,
Que quizá los huesos duros
Me costarán caro á mí;
Que hay ejemplo desde Adán
De que la fruta vedada
Es más cara que comprada.

REY.

Dadme esa fruta, don Juan;
Que pues el principio es,
Por esas manos traída,
¿Qué tal será la comida
Que espero por vos después?

JUAN.

Saca las flechas.

Estas flechas son, señor,
Fruta que Valencia lleva;
Con estos principios prueba
Tu siempre augusto valor.
Estas naranjas despide
Con ramos de blanco azahar,
Que déstas ha de alcanzar
El que la puerta le pide.
Muchas, señor, me tiraron;
Las tres que te presenté,
De la rodela quité,
Donde temblando quedaron.
Come, y la gente apercibe;
Que hoy será tuya Valencia,
Pues del sol de tu presencia
Rayos Aragón recibe.
Vayan al muro derechas
Conmigo escuadras y tropas;
Que hoy te humillarán sus copas

L[illegible] [illegible] [illegible] [illegible]chas.

[illegible]

[illegible] [illegible] [illegible],
¡Oh [illegible]so Arellano!
[illegible] que el sustento es vano,
Y que el de tu esfuerzo es más.
[illegible]
¡No quiero comer!

JUAN.

Señor,
El alma tiene valor
Del corporal diferente.
Que comáis es men[illegible].

REY.

¡No lo haré, Dios me es testigo,
Sino es que comáis conmigo!

[illegible]AN.

Señor, entraos á comer;
Que el hidalgo, aunque extranjero,
No es bien que se iguale al Rey.

[illegible]

El gusto del Rey es ley.
Aquí es el Rey caballero,
Aquí es soldado no más;
Vos General, Arellano.

[illegible]

El eco del nombre es llano,
No ha de ser otro jamás.
Yo comeré, gran señor,
Con aquestos caballeros,
Cuyos famosos aceros
Os mostrarán su valor;
Que no es bien que aparte estén
Cuando vos tanto me honráis.

[illegible]

Pues si vos de eso gustáis,
Yo gusto dello también.
¡Con qué discreción obliga (Aparte.)
Sus enemigos á amor!
No he visto mayor valor;
Bien los ablanda y mitiga.
Hacerle este honor quería;
Mas confirme esta amistad,
Que para mi voluntad
Habrá lugar otro día.
Venid conmigo, que quiero
Que á mi comida asistáis,
Y [illegible] una espada os ciñáis
De antiguo y famoso acero,
Que fué de mi padre estima
Más que la mejor ciudad.

[illegible]

[illegible], esos pies me dad!

URREA.

¿Si ha entendido el Rey la enigma?

[illegible]

Que juro en vuestra presencia,
Si hoy es Valencia asaltada,
Poner la cruz de esa espada
Sobre el muro de Valencia.

[illegible]

RUEDA.

Mal me ha sucedido.

PARDO.

Mal;
Pero el hombre es de valor
Y obliga á tenerle amor.

RUEDA.

Cuando la virtud es tal,
La mayor envidia vence.

ANTISTES.

Con fuerza y con humildad
Nos obliga á su amistad.

URREA.

Hoy nuestra amistad comience.

Salga Bolaños, y teniéndole, D.ª Elvira.

BOLAÑOS.

. . . . (1)
Sin Bolaños y con moros,
Rabia me sudan los poros.
¡Desvía!

ELVIRA.

Detén la mano.

RUEDA.

¿Qué es esto?

BOLAÑOS.

Bolaños es,
Que viene á ver quién ha sido
Con Arellano atrevido.
¿Sois moros? Pocos sois tres;
Que yo buscaba trescientos.

URREA.

Cristianos somos, y amigos,
Que, con traje de enemigos,
Engañamos sus intentos.
Sosiégate, que Arellano
Comiendo está con Su Alteza.

BOLAÑOS.

Hace bien, que en su cabeza
Pondrá el laurel valenciano.
Hónrele, que lo merece
Más que cuantos han nacido.

RUEDA.

Vamos, que viene perdido.

URREA.

Poco á su dueño parece.

PARDO.

El otro es todo humildad.

ANTISTES.

Á lo menos, discreción.

Vanse Rueda, Antistes, Urrea y Pardo.

Salga Rosarda, mora, en hábito de moro, con una banderilla blanca en una vara.

ROSARDA.

Si llego á buena ocasión,
Amor, mi intento ayudad.

ELVIRA.

Un morillo viene aquí.

(1) Falta un verso.

BOLAÑOS.

¡Muera!

ELVIRA.

Tente, que es rapaz
Y con bandera de paz.

BOLAÑOS.

Pues ¿hay paz en moros?

ELVIRA.

Sí.

ROSARDA.

¿Sabréisme decir, señores,
Dónde se aloja Arellano,
Aquel navarro cristiano?

ELVIRA.

Mira que éstos son traidores,
Y le debe de buscar
Para hacer algún enredo.

BOLAÑOS.

Pues decir que yo soy puedo,
Y él podrá seguro estar;
Que si fuere desafío,
Bien podré salir por él.

ELVIRA.

Moro, hablando estás con él.
Éste es don Juan, dueño mío.

ROSARDA.

¿Tú eres Juan Ramírez?

BOLAÑOS.

Sí.

ROSARDA.

¿Tú?

BOLAÑOS.

Yo.

ROSARDA.

Mirándote estoy.....

BOLAÑOS.

¿Qué miras?

ROSARDA.

No sé.....

BOLAÑOS.

Yo soy.

ROSARDA.

No.

BOLAÑOS.

Yo mismo.

ROSARDA.

Escucha.

BOLAÑOS.

Di.

ROSARDA.

¿Á los muros de Valencia
Llegaste? ¡Oh, galán Ramírez
De Arellano, cuyo nombre
Los polos del mundo mide!
¿Llegaste por ver los lienzos
Que la antigua ciudad ciñen,
Con las bien labradas puentes,
Que el fresco Turia dividen?
Era ya tu nombre claro
Por cuantos la ciudad viven,
Desde la dama á la esclava,
Desde el soberbio al humilde.
Tanto que, por las mezquitas,
Por las zambras y festines,
No se trataba otra cosa
Entre Albúcares y Alises.
Dióle á una dama gallarda,
Aunque generosa, libre,
Deseo de ver el dueño
De quien tantas cosas dicen.
Y vino deste deseo
Á estado tan loco y triste,
Que, si no se llama amor,
Es pensamiento imposible.
Sucedió que en la campaña
Traer á dos moros viste
Un esclavo de tu tierra,
Á la que tu espada rinde.
Y no siendo viles hombres,
Sino que hay quien los estime,
Al uno en lugar de César,
Y al otro del griego Aquiles,
Sobre quitarles el preso,
Tantas heridas les diste,
Tan gallardo te mostraste,
Tan diestro, tan invencible,
Que fué público en Valencia;
Y el Rey y cuantos le sirven,
Temblaron más que Arellano
Los campos del Turia pise,
Que de cuantos en España
Lanza empuñan, armas visten,
En las barras de Aragón,
En las quinas ó en las lises.
Ya no pudo aquella dama,
Cuyos deseos te dije,
Sufrir más sus alabanzas
Sin verle, hablarle ni oirle.
Tomó vestido de moro,
Y en dos tocas tunecíes
Ató el femenil cabello,
Del sol algún tiempo eclipse.
Y, saliendo de Valencia,
Sus tiernos pasos dirige
Á las tiendas de Aragón,
Hecha un Argos, vuelta un lince.
Su pensamiento es notable,
Y aunque á su sér contradice,
No es mucho error, pues le hace
Por un hombre tan insigne.
Quiere servirle y quererle,
Porque en quererle y servirle
Tiene Rosarda por cierto
Que todo su bien consiste.
Dirále grandes secretos,
Por donde al Rey encamine
Á lugar que halle muy fácil
Esta conquista difícil.
Sólo quiere que le pague
En que también facilite
La muralla del gozarle,
Para que su amor conquiste.

Que con [illegible]
I[illegible], [illegible] y [illegible]
Darle la [illegible] el alma,
Donde tanto amor le imprime.

BOLAÑOS.

Y ¿dónde está, mora noble,
Esa dama?

ROSARDA.

Ven connigo.

BOLAÑOS.

¿Hay traición?

ROSARDA.

Alá es testigo
Que no vengo á trato doble.

BOLAÑOS.

Pues ¿cómo la podré ver?

ROSARDA.

Sólo mirándome á mí.

BOLAÑOS.

¿Que tú eres Rosarda?

ROSARDA.

Sí.

BOLAÑOS.

¿No eres hombre?

ROSARDA.

Soy mujer.

BOLAÑOS.

¿Paje?

ELVIRA.

Señor.....

BOLAÑOS.

¿Qué me dices?

ELVIRA.

Que estoy rabiando de celos.

BOLAÑOS.

¿Esto te causa desvelos,
Cuando es bien que solemnices
La burla que él ha de hacer?

ELVIRA.

¡Ay, no le des ese nombre;
Que pocas veces el hombre
Se resiste á la mujer!
Que si nosotras, teniendo
Tanto honor que aventurar,
Aún no sabemos negar,
¿Qué harán los hombres pudiendo?
¿Cómo la echarás de aquí?

BOLAÑOS.

Señora, si ella ha creído
Que yo soy el que ha querido,
Y está contenta de mí,
[illegible] me la mande[illegible] echar,
Que soy tierno, aunque robusto.

ROSARDA.

¿Que éste es Ramírez?

BOLAÑOS.

Ni es justo
Tan bella ocasión dejar.

ROSARDA.

¡Él, el hombre de valor!
Y [illegible] esto que no me sale
Tal, que al pensamiento iguale,
Que siempre es grande pintor,

Tocan la caja.

Basta ser único agora
En las hazañas que ha hecho
Para sujeto de un pecho,
Que por su opinión le adora.

ELVIRA.

Ahora bien, señal es ésta
De marchar al muro en orden.
¡Plegue á Dios que este desorden
No tenga fin con la fiesta!
Que los principios contentos
Suelen tener fines tristes.

BOLAÑOS.

Qué poco en esto resistes
Tus celosos pensamientos.
Moro noble, agradecido
Estoy á tu voluntad;
El Rey marcha á la ciudad,
Mi ayuda le he prometido;
Ven conmigo, que en la tienda
Agora podrás quedar,
Mientras voy á pelear.

ROSARDA.

Guárdete Alá, dulce prenda,
Y vuélvate vivo á mí.

BOLAÑOS.

¿Qué te parece?

ELVIRA.

Que rabio.

BOLAÑOS.

¿Qué temes?

ELVIRA.

Algún agravio.

BOLAÑOS.

¿Marcha el campo?

ROSARDA.

Mi bien, sí.

BOLAÑOS.

Perdido voy.

ROSARDA.

Mi don Juan,
Si este asalto no hace efeto,
Mostrarte lugar prometo
Por donde entrarla podrán.

BOLAÑOS.

Vamos, Rosarda querida.

ELVIRA.

¡Oh celos, rigor tirano!

ROSARDA.

Yo te llevaré, Arellano,
Donde te quiten la vida.

Vanse.

Salen caja, bandera, soldados, caballeros, Juan Ramírez, y el rey D. Pedro de Aragón.

ARAGÓN.

La ocasión ha llegado, caballeros,

En que vuestros valientes corazones
El valor de Aragón muestren al mundo.
No tengo que deciros honra es vuestra,
Que aunque os parece que la gloria es mía,
Vosotros sois por quien el Rey la tiene;
La de Dios se procura sobre todo,
De quien depende todo el bien humano;
El dilatar su fe mi pecho mueve
Más que otra causa, y luego el dolor grande
De ver que esta ciudad, hermosa y rica,
Esté en poder del africano Moro,
Debiendo ser corona destos reinos,
Como lo espero si ha llegado el día
Que la pongáis en la cabeza mía.

RUEDA.

Como ha de remitirse á nuestras obras
Tan presto la respuesta, Rey invicto,
No es razón ocuparte con palabras
El tiempo que dilata el gran deseo
Que tienes de ceñir de laurel santo
La sienes, tantas veces victorioso.
Acomete seguro, que con vida
No ha de volver aragonés contigo,
Ó que has de entrar los muros de Valencia.

ARAGÓN.

¿Daremos el asalto, Juan Ramírez?

JUAN.

Ya tengo dicho, gran señor, la parte
Por donde habéis de entrar; que de la mía
No suelo decir nada cuando tengo
Tan cerca la ocasión en que mostrarla.
Hoy cenaréis en el famoso alcázar
Del Moro de Valencia, ó esta sangre
Quedará por testigo de mi celo,

Tocan caja.

Haciendo jaspe las almenas blancas.

ARAGÓN.

Pues alto, generosos caballeros.
¡Al arma, al muro!

JUAN.

Aquiles te acompaña.

REY.

¡Aragón, Aragón! ¡Santiago, España!

Dentro un asalto, y salga Rosarda con Bolaños.

BOLAÑOS.

Mucho resiste Valencia.

ROSARDA.

Es el muro fuerte y alto;
Perdida al segundo asalto,
No hará tanta resistencia.

BOLAÑOS.

¿Adónde está ese portillo
Que dices que está más llano?

ROSARDA.

Está detrás, Arellano,
De aquel ya roto castillo.

BOLAÑOS.

Mira que falto al asalto
Y murmurarán de mí,
Que el resistillos ansí
Nace también de que falto.

Ásenle cuatro moros.

¿Qué moros son éstos?

ALÍ.

¡Perro,
Date á prisión!

BOLAÑOS.

¡Oh villanos!

CELINDO.

Ya no hay espada, ni manos;
Querer defenderte es yerro.

BOLAÑOS.

Rosarda.....

ROSARDA.

No hay que mirarme:
Para quitarte á Aragón
Fingí tenerte afición.

BOLAÑOS.

¿Qué mujer pudo engañarme?
Más quiero disimular,
Que vengarme por el filo.

MORO 3.°

Éste en la guerra es estilo,
Siempre al contrario engañar.

MORO 4.°

Sabemos que tú podrías
Dar al Rey nuestra ciudad,
Que de tu felicidad
No está segura dos días,
Y con esta estratagema
Prenderte hemos procurado.

BOLAÑOS.

Aun más habéis negociado:
No hay por qué Valencia tema,
Porque ya de la hermosura
De Rosarda estoy de modo,
Que he de ser moro, y en todo
Tendréis mi ayuda segura.
Palabra os doy, en echando
El Rey de Aragón del muro,
De volverme moro, y juro
De cumplirlo.

ROSARDA.

¿Estás burlando?

BOLAÑOS.

Prometed que me daréis
Á Rosarda en casamiento,
Y sabréis después mi intento
Y lo que he de hacer veréis.

ALÍ.

Jura como caballero,
Juan Ramírez, que nos tratas
Verdad.

BOLAÑOS.

Las manos ingratas
De Rosarda, por quien muero,
Me den muerte si no es cierto

Lo que digo que [illegible],
[illegible]
¿Cierto?
[illegible]
Y [illegible]
De cumplir [illegible]
[illegible]
[illegible] alto: Rosarda es tuya.
[illegible]
[illegible] un vestido de moro
[illegible]
[illegible] suya,
Y subidme en ese muro,
[illegible]le no entrará cristiano
Mientras no quiera Arellano,
[illegible] procuro.

ALÍ.

¡Gran dicha habemos tenido!
Entra en Valencia.

BOLAÑOS.

Guiadme,
Y por el portillo entradme
[illegible] habéis vosotros salido.

FELINDO.

Rosarda, hoy á tu hermosura
Debe esta insigne ciudad
Su rescate y libertad.

ROSARDA.

Y yo al cielo esta ventura.
Vamos, famoso cristiano.

BOLAÑOS.

Yo os haré....

ROSARDA.

¿Qué?

BOLAÑOS.

Resistencia.

ALÍ.

Segura está ya Valencia,
Pues la defiende Arellano.

Vanse.

Sale el Rey, caballeros y Juan Ramírez.

ARAGÓN.

Famosamente nos defiende el muro
Por esta parte el Moro.

JUAN.

No te espantes
Que á la primer defensa esté tan fuerte.
Gente le faltará; que has hecho daño,
Y á la segunda mostrará flaqueza.

RUEDA.

¿Adónde están aquellas valentías
De Juan Ramírez, Pardo?

PARDO.

En la campaña
Será valiente, Conde, con un hombre,
Mas no subiendo un muro.

JUAN.

Éstos murmuran:
¡Ah, caballeros! Hoy el Rey desea
Entrar en la ciudad; si alguno quiere
Arrimar una escala y dar principio,
Seguirémosle todos.

ARAGÓN.

Eso importa.

JUAN.

¿No responde ninguno? ¡Hola, soldados!
Mostrad la escala; el que quisiere, siga.

La escala arriman, y en el muro se ponen los moros, y entre ellos Bolaños, vestido como ellos, aunque con donaire.

BOLAÑOS.

El que llegare aquí, sabrá que tiene
Otro Marte en defensa aqueste muro.

Sube Arellano, y tíranle alcancías á la rodela.

JUAN.

¡Perros, yo soy Ramírez de Arellano!

BOLAÑOS.

Ese nombre esperaba. ¡Afuera, perros!
Haced lugar al hombre más famoso
Que ha nacido en España ni en el mundo.

Da Bolaños á los del muro muchas cuchilladas, y entra en él Juan Ramírez, aunque por los lados otros moros pelean con los cristianos.

JUAN.

¿Quién eres?

BOLAÑOS.

¡Tente! Pues ¿no me conoces?

JUAN.

¿Quién eres?

BOLAÑOS.

¿Á Bolaños desconoces?

JUAN.

¿Por dónde estás aquí, y en este traje?

BOLAÑOS.

Tiempo habrá de decírtelo: publica
Victoria.

JUAN.

Ea, caballeros, yo he cumplido
La palabra que he dado al rey don Pedro:
¿Veis aquí levantada sobre el muro
La cruz de aquesta espada? ¡Arriba, arriba!
¡Aragón, Aragón! ¡Victoria! ¡Viva!

Todos diciendo ¡viva! ¡viva! se entren.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

DE

LOS RAMÍREZ DE ARELLANO

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL

Juan Ramírez.	Bolaños.	Don Pedro, *Rey de Castilla.*
Rey de Aragón.	Doña Elvira.	El Príncipe de Gales.
El Conde de Rueda.	Un montero de Espinosa.	El rey D. Enrique.
Antiste.	Mendo Rodríguez.	Don Gonzalo.
Pardo.	Don Rodrigo.	Celindo, *moro.*
Rosarda.	Carlos, *Rey de Navarra.*	Maestre de Santiago.

Salen el Rey de Aragón, Juan Ramírez y caballeros.

JUAN.

Ya que tienes á Valencia,
Claro, invencible señor,
Bien es que me des licencia,
Porque es forzoso á mi honor
Hacer de tu casa ausencia.
En Navarra prometí
Al Conde de Trastamara,
Que pasando á Francia vi,
Porque desde allá le ampara
Contra el Rey su hermano aquí,
Ayudarle con mi espada;
Y la palabra jurada
Ya sabes tú que es razón
Cumplirla en esta ocasión.

ARAGÓN.

Porque cumplirla te agrada,
Pero no de otra manera;
Pues siendo mi camarero,
Muy justa excusa tuviera
Cualquier noble caballero
Que me amara y me sirviera.
Enrique sólo alborota
Á España con sediciones
Y ambición que el mundo nota,
Pues con bastardos pendones
Los vanos vientos azota.
Créeme, que no será
Rey de Castilla esta vez.

JUAN.

Sí hará; que enojado está
Con su hermano aquel Jüez
Que el castigo y premio da.
Y pues Pedro no se enmienda
Ni quiere acortar la rienda
Á la crueldad y ambición,
Dios dará la posesión
Á quien servirle pretenda.

ARAGÓN.

Pues ¿cómo sale vencido
Siempre que con él pelea?

JUAN.

Darle victoria ha querido,
Porque á tales obras sea
Humilde y agradecido;
Que á veces quiere que estén

Los que lejos dél se ven,
Con gusto y satisfa[illegible]
Y es para más confusión.

ARAGÓN.

¡Habla de los Reyes bien!

JUAN.

Quien sabe hacer bien por ellos,
También sabe bien hablar
[illegible] te hay en ellos,
[illegible]
Como.....

ARAGÓN.

¿Qué me dices dellos?

JUAN.

Que el bueno es la semejanza
Que es á Dios más parecida
En el mundo, pues alcanza
El poder, peso y medida,
Justicia, paz y templanza:
Dadme licencia, señor;
Que Enrique habrá menester
De un Arellano el valor,
Que adonde no es menester,
Cansa el que sirve mejor.

ARAGÓN.

La licencia tú la tienes;
Pues como extranjero vienes,
Y cuando quieres te vas.

JUAN.

Si hay en qué servirte más,
Esos son mis propios bienes.
Y pues que vine extranjero,
Ya vuelvo como he venido;
Á lo menos, decir quiero
Que llevo haberte servido,
Que es el mayor bien que espero.
Pero diré en tu presencia,
Ya que me has dado licencia,
Que te hallé Rey de Aragón,
Y quedas, por mi ocasión,
Rey de Aragón y Valencia.

Vase.

ARAGÓN.

¿Qué os parece?

RUEDA.

Que ha sentido
Que un mundo no le hayas dado
De un hora que te ha servido,
Y que por él has ganado
Lo que por tantos ha sido.
Si nuestra sangre no cuenta
Y se atribuye la gloria,
Tendrémoslo por afrenta.

ARAGÓN.

Dios solo da la victoria
Y los imperios aumenta.
No hay duda que me ha servido
Y que es un gran caballero;
Que haber su ausencia sentido,
Me ha mostrado más severo
Y menos agradecido.
Fuera de esto, ir á servir
Á don Enrique me ofende.

PARDO.

Bien lo puedes impedir.

RUEDA.

Ser Rey de Castilla emprende.

ARAGÓN.

Pienso que emprende morir.
Yo, como la parte sigo
Del rey don Pedro, su hermano,
De quien soy deudo y amigo,
No admito á Enrique tirano,
Y á sus parciales persigo.

PARDO.

Está Castilla quejosa
De Pedro, y pide que reine
Enrique.

ARAGÓN.

Es injusta cosa,
Por más que á la suya aplique.

RUEDA.

Antiste viene.

ARAGÓN.

Bien venido seas;
¿Qué hay de cosas de Castilla? (1)

ANTISTE.

Poniéndose personas de importancia
De por medio en las guerras de Castilla,
Y con su autoridad el Santo Padre,
Quieren que Enrique y Pedro se concierten.
Las personas que nombran, señor invicto,
Es la tuya y de Carlos de Navarra:
Habéisos de juntar en el castillo
De Fos, que divide los tres reinos,
Tú y el Rey de Navarra y don Enrique;
Que don Pedro consiente en el concierto
Que hiciéredes los dos.

ARAGÓN.

Huelgo en extremo
Que se hayan los hermanos concertado,
Y ser tercero desta paz estimo;
Pero ¿cómo vendrá seguro Enrique?

ANTISTE.

Han nombrado, señor, un caballero
Que con armas, valor y sangre ilustre
Asegure el castillo á los tres Reyes,
Y de cuya lealtad todos se fíen,
Porque dicen que es único en España.

ARAGÓN.

¿Qué caballero tan leal es ése,
Que puede asegurar tres Reales vidas?

ANTISTE.

Señor, es Juan Ramírez de Arellano,
Que allá tiene ese nombre y otros muchos
Que le han dado sus obras; pero advierte
Que luego has de partir.

ARAGÓN.

Si él asegura,

---

(1) En estos seis versos debe haber varios errores.

Al castillo habré de ir solo.

RUEDA.

Es forzoso.

ARAGÓN.

Vamos, porque mi amor le signifique
Á Pedro el bravo contra el loco Enrique.

Salen Bolaños y Rosarda.

BOLAÑOS.

Pasa, perrona, adelante;
Que de todos los despojos
Que dió Valencia á mis ojos
En victoria semejante,
Sólo te quise escoger
Por vengar mi pecho airado,
Si no te vale el sagrado
De ser mujer.

ROSARDA.

Soy mujer.

BOLAÑOS.

Pues válgaos el diablo á todas,
Digo, cuantas malas son,
Y á ti, porque esa razón
Tan sin razón acomodas.
Á cuanto queréis hacer,
Aunque nos hagáis astillas,
No hay más de dos lagrimillas
Y decir que sois mujer.
Pienso que Adán os mostró
Este término prolijo,
Cuando convencido dijo
Que la mujer le engañó.
Ya sé yo que mujer eres;
Bien haya aquel que decía
Que la espada se ceñía
Para perros y mujeres.
¿Que te hacía mi inocencia
Para llevarme engañado,
De tu hermosura colgado,
Á las puertas de Valencia?
¿Parécete á ti que es bien,
Por la traición que conciertas,
Que como á perro entre puertas
Muerte á un hidalgo le den?
Pues confiésate á Mahoma,
Que hoy has de morir aquí.

Sale D.ª Elvira.

ROSARDA.

Ten la espada.

ELVIRA.

¿Estás en ti?
Venganza en los hombres toma,
Y no infames el acero
En quien no tiene valor.

ROSARDA.

Carlos, mi vida y mi honor
Sólo de tu mano espero;
Detén la furia á Arellano,
Que me quiere dar la muerte.

[illegible]

Siempre vienes de esta suerte
Á ser ángel de mi mano;
Palabra no he de escucharte,
Yo me voy tras mi señor.

ELVIRA.

Merecieras el rigor
Con que ha querido acabarte,
Por la traición tan cruel
Que á un hombre inocente hacías.

ROSARDA.

Confieso las culpas mías
Y el valor que vive en él;
Envidiosos de su fama
Me obligaron.

ELVIRA.

Vete, pues.

ROSARDA.

Dónde ¿si Valencia es
De quien fué su incendio y llama?
Antes, pues que ya no tengo
Casa, hacienda ni lugar,
Te quería suplicar,
Pues á ser tu esclava vengo,
Me llevases en tu amparo.

ELVIRA.

Duéleme el verte, mujer;
Mas ¿cómo podré poner
Á tus traiciones reparo?

ROSARDA.

Fiándote de mi amor,
Que te le tengo en extremo.

ELVIRA.

Eso es lo mismo, y más temo
Tu amor que tu desamor.
¿Hasme de engañar?

ROSARDA.

El cielo
Me castigue cuando intente
Tu daño.

ELVIRA.

No me consiente
Dejalla un piadoso celo.
Ahora bien, quiero llevarte
Con palabra que has de ser.....

ROSARDA.

Carlos, aunque soy mujer,
La palabra quiero darte
De serte fiel y leal.

ELVIRA.

Pues ven conmigo.

ROSARDA.

Está cierto
Que tu hermosura me ha muerto.

ELVIRA.

¡Bueno á fe! No digas tal.

ROSARDA.

Pues mírate en el espejo
De estos ojos, y verás
Si puede obligar á más.

ELVIRA.

Muda, Rosarda, consejo;
Que quiero yo bien.

ROSARDA.

¿A quién?

ELVIRA.

Acá lo sabrás; camina.

ROSARDA.

¡Ay, hermosura divina,
No me tratéis con desdén!

ELVIRA.

Lo que intentas te pregunto.

ROSARDA.

Gozarte.

ELVIRA.

Gran prisa es esa;
Mas quede en paz la traviesa.

ROSARDA.

¿Por qué?

ELVIRA.

Tenemos un punto.

Salen el rey Carlos de Navarra, D. Pedro de Aragón, el Conde de Rueda y D. Rodrigo.

CARLOS.

Otra vez me dé los brazos,
Señor, Vuestra Majestad.

PEDRO.

Debéis á mi voluntad,
Rey, esos tiernos abrazos.
No pensaba yo que aquí
Nos juntara esta ocasión.

CARLOS.

De Enrique la condición
Nos tiene á todos ansí.

PEDRO.

Quiera Dios que se concierte
Esta paz tan deseada
De España.

CARLOS.

Más concertada
La pudo tener la muerte,
Cuando Enrique fué vencido.

PEDRO.

Notablemente porfía:
Hoy es de la junta el día,
Sabed si el Conde ha venido.

RUEDA.

Gente ha puesto en el castillo
Juan Ramírez de Arellano.

PEDRO.

Hácele seguro y llano;
Pero yo he de hallar portillo,
Si es posible, á su lealtad.

CARLOS.

Yo le tomara á su pecho.

PEDRO.

Algún disgusto os ha hecho.

RODRIGO.

Señor, vuestro honor mirad;
Cuanto más, que no se sabe
Que vuestra sobrina tenga.....

PEDRO.

Ya es hora que Enrique venga,
Y aun hora que Enrique acabe.

Salen Enrique, D. Beltrán y gente.

ENRIQUE.

Sean Vuestras Altezas bien hallados.

PEDRO.

Seáis, Conde, mil veces bien venido.

BELTRÁN.

¿Rey le llaman á Enrique?

PEDRO.

¿Quién?

BELTRÁN.

Castilla.

PEDRO.

Castilla tiene Rey, y aquí se trata
De convenir á Enrique con su hermano,
Porque para ser Rey, ¿de qué ha servido
La junta que se hace en este fuerte?

ENRIQUE.

Don Beltrán, no tratemos desto agora.
Despídase la gente.

CARLOS.

Don Enrique,
Gran Rey ó Conde, en el castillo entremos;
Que allá sabremos qué partido aceptas.

ENRIQUE.

Llamad á Juan Ramírez de Arellano.

BELTRÁN.

Él viene.

ENRIQUE.

¡Oh, caballero generoso!

Sale Juan Ramírez.

JUAN.

¡Oh, Príncipe famoso castellano!

ENRIQUE.

¿Sois vos don Juan, el Príncipe famoso?

PEDRO.

Príncipe le llamó, siendo tirano.

ENRIQUE.

Mi vida está, Ramírez valeroso,
En esas manos hoy.

JUAN.

En ellas fía;
Que soy quien soy, y ya tu vida es mía.

ENRIQUE.

¿Qué gente tienes dentro?

JUAN.

Brava gente:
Más de seiscientos hombres castellanos.

CARLOS.

Caballeros, retírense á la frente
De aquellos valles por sus verdes llanos.

RUEDA.

Todos nos vamos.

ENRIQUE.

¡Capitán valiente,
Mi vida fío en tus hidalgas manos!

JUAN.

Alza el restillo y entren los tres Reyes.

CARLOS.

Serálo á falta de armas y de leyes.

Entren los Reyes en el castillo, y quede Arellano.

JUAN.

¡Alerta, famosa gente;
Todo hombre aliste sus armas!

Sale D.ª Elvira.

ELVIRA.

¿Para quién soldados armas,
Noble capitán valiente?

JUAN.

¡Oh, Elvira del alma mía!
¿Cuándo llegaste?

ELVIRA.

Ahora llego.

JUAN.

Que te detengas te ruego
El término de este día,
Que está don Carlos aquí.

ELVIRA.

¿Mi tío?

JUAN.

Pues ¿no lo sabes?

ELVIRA.

Tú tienes armas y llaves
Deste castillo y de mí.
¿Qué importa cuándo me vea?
Mas no me conocerá.

JUAN.

Bien dices, y en arma está
La gente cuando eso sea.

ELVIRA.

¿Qué bando sigues?

JUAN.

Á Enrique.

ELVIRA.

Pues de Enrique soy.

JUAN.

Castilla
Le ofrece corona y silla,
Puesto que Aragón replique,
Temerosos de tener
Cerca tan grande enemigo.

ELVIRA.

Si Enrique es de gloria amigo,
¿Qué conciertos ha de hacer?

JUAN.

No lo sé. Dios les dé paz;
Y cuando no se la dé,
Mi espada á su lado esté,
Si es de su amparo capaz;
Que he de ponerle en Toledo,
Ó no he de ser Arellano.

ELVIRA.

Gente sale.

JUAN.

Huyes en vano.

ELVIRA.

Segura á tu sombra quedo.

Salen los dos Reyes D. Pedro de Aragón y D. Carlos de Navarra.

PEDRO.

Famoso Arellano, escucha.

JUAN.

¿Qué hay de paz, invictos Reyes?

CARLOS.

Que no aprovechan las leyes
Cuando la ambición es mucha.
Enrique quiere reinar,
Y no hay tratar de concierto,
Y no siendo Pedro muerto,
¿Qué medio se puede dar?

JUAN.

Si quiere reinar Castilla,
Debe de llamarle á él.

PEDRO.

No hay ley que vuelva por él
Para ponerle en la silla.
No sólo puedes, don Juan,
Hacer un servicio á Dios,
Obligarnos á los dos
Y á cuantos pidiendo están
La paz de un reino perdido,
Obligar á Ingalaterra,
Que le ayuda en esta guerra;
Y al Rey don Pedro, ofendido
De la crueldad de su hermano,
Pones en obligación,
Que es pequeño galardón
Darte su reino, Arellano.

CARLOS.

Puedes, y querrás sospecho,
Pues Enrique trata engaño,
Dar remedio á tanto daño,
Procurando tu provecho.
Que un cristiano caballero
No ha de querer, pues no es ley,
Quitar al que es propio Rey,
Y poner al extranjero.
Y aunque tú navarro seas,
Debes mirar que lo soy,
Y que al castellano doy
Lo que quitarle deseas.

JUAN.

Conozco que fuera justo
Que el rey don Pedro reinara,
Cuando España le llamara
Patria de la patria, Augusto.
Pero es diferente el nombre
Con que se queja, y no sé,
Cuando sin nombre se ve,

[illegible] nbre.
[illegible] llama el [illegible],
[illegible].
[illegible]
[illegible] el caballo la silla [illegible].
[illegible]
[illegible] pueblo favorece,
[illegible] parece
[illegible]
[illegible]
[illegible] ayudar al que quiero,
[illegible] que, como caballero,
[illegible] Enrique palabra y mano.

PEDRO.

Don Juan, sin morir Enrique,
[illegible]
[illegible].
No quieras que á ti se aplique.
Sólo pedimos lugar;
Que aquí habrá quien le dé muerte.

JUAN.

Yo hice seguro el fuerte;
Y á Enrique no han de matar
Si se junta el mundo entero.

[illegible]

[illegible]
Con diez villas, si á dar vienes
[illegible] el lugar, que no el modo (2).

JUAN.

Ni el lugar para matalle,
Ni dejar de defende[illegible]
Hasta entre su gente [illegible]

PEDRO.

Déjanos entrar á hablalle.

JUAN.

¡Qued[illegible]

[illegible]

¡Arellano,
La espada para tu Rey!

PEDRO.

Para tu señor, ¿es [illegible]
[illegible] á la espada mano?

CARLOS.

Tú, ¿no has sido mi vasallo?

PEDRO.

Tú, ¿no eres mi Camarero?

JUAN.

¡Reyes, yo soy caballero,
Y juré á Dios de amparallo!
[illegible]e de mis razones;
No he de ser jamás traidor:
Ni á mi Rey ni á mi señor,
Debo obediencia en traiciones.
Carlos fué mi Rey, tú fuiste
Mi señor; ya lo es el Conde:
La misma razón responde.

PEDRO.

Mano á la espada pusiste.

JUAN.

Para defender mi pecho
Y vuestro honor.

CARLOS.

¿Nuestro honor?

JUAN.

Sí; porque un hecho traidor
No le manche sin provecho.
Que mi vida, en cuanto á vida,
También la debo estimar,
Que á quien me la puede dar
Sólo es [illegible] que la pida.
El título, aunque os dé honra,
No puede tener honor,
Pues me queda el de traidor,
Que mi linaje deshonra.
Más quiero, de hacienda falto,
Un título de leal,
Pues no hay corona imperial
Que tenga valor tan alto.
La palabra, á justa ley,
El guardalla corresponde:
Cuando con el Conde, al Conde;
Cuando con el Rey, al Rey.
Que en siéndolo de Castilla,
No le faltará qué darme,
Aunque yo tengo en qué estarme,
Buen solar y buena villa.
Entra, paje, y dile al Conde
Que salga con mis soldados.

ELVIRA.

Voy.

PEDRO.

Á sus hechos honrados
Esta lealtad corresponde.
No tenéis que os enojar.

CARLOS.

¡Oh, famoso caballero!
Si su virtud considero,
Antes tengo que envidiar.
Advierte, don Juan, que Enrique
Te ha de pagar mal después.

JUAN.

Si fuere Rey, serán tres
Á quien esa culpa aplique;
Que tú me pagaste mal
Un gran servicio en Estela,
Cuando el Moro con cautela
Venció tu pendón Real;
Y tú el haberte rendido,
Rey, los muros de Valencia.

PEDRO.

Dejásteme con tu ausencia,
Juan Ramírez, ofendido.
¡Por Enrique me dejaste!

CARLOS.

Tú mataste un caballero;
Y lo que decir no quiero,

---

(1) Falta la rima, quizá por haberse suprimido al[illegible]

(2) [illegible]n el mismo caso que la redondilla ante[illegible]

Contra mi honor intentaste;
De que algún día verás
Que te retan en mi nombre.

JUAN.

¡Si te ha engañado algún hombre!....

CARLOS.

Enrique sale; no más.

Enrique, Bolaños y los soldados que puedan, con ballestas y alabardas, que le traigan en medio.

ENRIQUE.

¿Qué es esto, Juan Ramírez?

JUAN.

Mis verdades,
Y que, á pesar del mundo, te defiendo.

ENRIQUE.

¿Éstas son las propuestas amistades?

PEDRO.

¿De qué te ofendes?

ENRIQUE.

De los dos me ofendo.

CARLOS.

Si así pagas las buenas voluntades
Con que estamos tu vida previniendo
Y excusar estas guerras entre hermanos,
¿Por qué te llaman Rey los castellanos?

ENRIQUE.

Si hubiérades tratado como amigos
De mi hermano, la paz, nunca tuviera
Las armas el concierto por testigo.

BOLAÑOS.

Mirando estoy si mi señor se altera.

ELVIRA.

Bolaños, pocos son los enemigos
Aunque se acerquen.

BOLAÑOS.

Mas que á Dios pluguiera,
Y fueran más que arena tiene el llano,
Adonde están Bolaños y Arellano.....

JUAN.

¡Vente, señor, conmigo! ¡En salvo ponte
Antes que venga multitud de gente
Que cubre el pie de ese vecino monte!

ENRIQUE.

Tuya es mi vida, capitán valiente.

BOLAÑOS.

Aquí llevas, señor, á Rodamonte.

ENRIQUE.

¿Es Bolaños?

BOLAÑOS.

Yo soy; que cuando intente
Seguirte el mundo, comeré á bocados
Canastas de escuadrones de soldados.

Éntrense, y queden los Reyes.

CARLOS.

Corrido quedo.

PEDRO.

Desta injusta ofensa
Tiene culpa Arellano.

Salen D. Rodrigo, el Conde de Rueda y los caballeros, y otros.

RUEDA.

¿Qué es aquesto?
¿Cómo Enrique se va con tal defensa?

[illegible]

Don Juan en salvo, como ves, le ha puesto.

RODRIGO.

¿Declaróle tu intento?

PEDRO.

Pues él piensa
Que va ofendido, y á vengar dispuesto
El no guardalle la palabra dada.
¿Quién duda que ha infamado nuestra espada?

RUEDA.

Retar quiero á Ramírez de Arellano,
Y matarle en el campo sobre el hecho.

PEDRO.

Veamos lo que intenta el castellano.

CARLOS.

Que le busca su ejército sospecho.

PEDRO.

Pues luego que seguro de su mano
En su Castilla tenga Pedro el pecho,
Le haréis, Conde, un valiente desafío.

RUEDA.

¡Entonces tú verás el valor mío!

Éntrense: salgan el rey D. Pedro de Castilla y el Príncipe de Gales, con bastones.

REY.

¡Quitádmele de delante!
¡No le vean más mis ojos!

GALES.

Vuestra Alteza no se espante.

REY.

Todo para darme enojos,
No siendo el mundo bastante.

GALES.

¿Quién puede dárosle á vos,
Que os hizo Príncipe Dios
De un reino como Castilla?

REY.

¿Enrique puesto en mi silla?

GALES.

Era haciendo paz los dos.

REY.

¿Cómo paz? Dice el villano
Que mi hermano ha de matarme,
Y que ha de reinar mi hermano.

GALES.

Nunca han podido espantarme
Falso agüero ó sueño vano.
Y no hay por qué os alborote
Que el que os dijo esa locura
Fuese, señor, sacerdote.

REY.

Dice que el cielo procura
Este vengativo azote;
Dice que le apareció

Santo Domingo, y le habló.

[illegible]

Valiente como G[illegible]
[illegible] á quien hoy dan
Nombre de Rey.

REY.

Antes no.
Porque es el de la Calzada
El que dice que le dijo
Que me ha de matar su espada.

GALES.

Si el santo Rey lo predijo,
La del [illegible] airada.
Aunque también Ezechías,
Porque lloró mereció
Diez años sobre sus días;
Pero ese clérigo habló
Por solas sus fantasías.
Y por dicha le ha enviado
Enrique con este enredo.

REY.

También me dicen que ha entrado
Hasta cerca de Toledo
Con ejército formado.

GALES.

Mueve el tuyo, gran señor,
Y acábese de una vez
Con el daño ó el temor;
Que Dios, que es sumo Jüez,
Dará á Castilla el mejor.
Y pues siempre le has vencido,
Claro está que no es servido
Que reine Enrique.

REY.

Es ansí.
¡Por Dios, que me ha vuelto en mí
Lo que me habéis advertido!
¡Muera Enrique! ¡Marcha, toca!

GALES.

¿Dónde irás hoy?

REY.

¡Á Montiel!
¡Tanto el furor me provoca;
Porque hasta verme con él,
Fuego arrojo por la boca!
Bueno es que el hacer justicia
Llame Castilla crueldad,
Y que digan que es codicia
El dar la muerte á Mohamad.

GALES.

Es la popular malicia:
El vulgo desenfrenado,
Al Rey justo llama airado,
Y cruel al justiciero.

REY.

¡Muera!

GALES.

Eres Rey, y soldado.

REY.

Pase la palabra luego.
Digan todos: ¡Muera Enrique!

TODOS.

¡Muera Enrique!

GALES.

¡Aquiles griego
Va á Troya!

REY.

Haced que publique
Guerra un bando á sangre y fuego.

Salen Enrique, Beltrán, Juan Ramírez, Bolaños, Elvira y soldados.

ENRIQUE.

Llegad esta mesa aquí.
¿No hay tinta, pluma y papel?

BOLAÑOS.

Todo recado subí.

ENRIQUE.

Cada uno escriba en él
Lo que desea de mí;
Haga cuenta que el Rey soy;
Pídame villa ó ciudad,
Que desde aquí se la doy.

BELTRÁN.

¡Alto! Esa mesa llegad.

JUAN.

Suspenso de oirte estoy.

ENRIQUE.

Arellano, firmar quiero
Estas mercedes á todos
Por bueno y dichoso agüero;
Que estos términos y modos
Confirman el bien que espero.
De los que aquí habéis entrado,
Escriba el noble, cual noble,
Como soldado, el soldado;
Que daré á todos al doble
Lo que dejaré firmado.

Escriba D. Beltrán y los demás, cerrando cada uno el papel que escribiere en un doblez ó dos.

BELTRÁN.

Si esto te parece agüero
De reinar, escribir quiero
Lo que te quiero pedir.

JUAN.

Yo también quiero escribir.

GONZALO.

Y es el galardón que espero.

BOLAÑOS.

¡Vive el cielo, doña Elvira,
Que hemos de escribir los dos!

ELVIRA.

¿Yo también?

BOLAÑOS.

¿Eso te admira?
Escribe aquí.

ELVIRA.

¡Plegue á Dios
Que no sea todo mentira!
Con deseo de reinar,
Éste ofrece montes de oro.

BOLAÑOS.
Vuelto el río veo andar;
Tiende la red al tesoro;
Que algo habemos de pescar.
BELTRÁN.
Yo he escrito ya.
GONZALO.
Y yo también.
JUAN.
¿Ese papel queda bien?
ELVIRA.
Si supieses lo que he puesto.....
BOLAÑOS.
¿Yo? Pues.....
ENRIQUE.
Dadme el papel presto.

Arellano dobla el papel y no escribe.

BELTRÁN.
¿Quieres que pluma te den?
ENRIQUE.
Sí, que lo quiero firmar.
BELTRÁN.
Éste es mi papel.
ENRIQUE.
Ya leo.
BELTRÁN.
No sé si le ha de dejar.
ENRIQUE.

Lea.

«Señor, á Soria deseo.»
Á Soria te quiero dar.
GONZALO.
Éste lee.
ENRIQUE.
Que me place.

Lee.

«Dadme á Palencia, señor.»
Yo lo haré, porque esto nace
De la merced y favor
Que el Rey de Castilla os hace.
Muestra; veamos, soldado.
ELVIRA.
Toma, y con rico trofeo
Te vea España coronado.
ENRIQUE.

Lea.

«Á Juan Ramírez deseo.»
¡Hola, el papel ha cerrado!
ELVIRA.
No iba firmado ansí.
ENRIQUE.
Pues ¿puedo yo darte á ti
Á don Juan?
ELVIRA.
Tuyo es don Juan
Mientras es tu capitán;
Tú puedes dármele á mí.
ENRIQUE.
¿Para qué le quieres?
ELVIRA.
Quiero
Sólo este bien.
ENRIQUE.
Él se ríe.
Firmo.
ELVIRA.
Él es el bien que espero.
JUAN.
Ya querrás que el Rey me fíe.
ELVIRA.
Amo y temo.
ENRIQUE.
Y tú el postrero.
BOLAÑOS.
Toma, señor, mi papel,
Porque eres tan liberal
Y Arellano tan fïel,
Que no has de tener caudal
Si le has de pagar á él.
ENRIQUE.
Bien dices; leerle quiero.

Lea.

«Dame Alaejos y Coca.»
Bolaños, ¿qué te provoca?
BOLAÑOS.
¡Bueno, á fe de caballero!
¿Ya no sabes el licor
Que esos lugares benditos
Encierran en sus distritos?
ENRIQUE.
¿Qué es, qué quieres ser?
BOLAÑOS.
Señor
De vasallos y mosquitos.
ENRIQUE.
Muestra, Arellano, el papel,
Que si yo te he de pagar,
El mundo has cifrado en él;
Pero ¿qué puedo firmar
Que no te diera sin él?
Aquí no hay escrito nada.
JUAN.
Al Rey no se ha de pedir,
Señor, cosa señalada,
Y así, no quise escribir
El interés que me agrada.
Si á Dios se pide que dé
Lo que al hombre le conviene,
El que al Rey besare el pie,
Si á pedirle merced viene,
Mire que su imagen fué.
Vos sabéis vuestro poder
Y mis méritos, Rey franco;
Hoy que vos lo queréis ser

[illegible] blanco,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] en blanco,
[illegible] dando la firma an[illegible]
[illegible] el franco,
[illegible]

[illegible]

Quiera Dios que llegue el día
[illegible] cumplir,
[illegible] esto es placer y alegría
[illegible] Yo el Rey» decir.

[illegible]

Castilla es vuestra si es mía.

Sale el Maestre de Santiago.

[illegible]

¿Qué haces, gran señor, desta manera,
Tan luego de Toledo con tu ejército,
Que el rey don Pedro viene en busca tuya?

ENRIQUE.

¿Salió ya de Sevilla el Rey, Maestre?

MAESTRE.

¿Eso respondes de aquel vivo rayo?
Pasó furioso la Morena Sierra,
Y hasta el campo llegó de Calatrava,
Adonde, en un castillo de mi Orden,
Se aloja con su gente.

ENRIQUE.

Referidla.

MAESTRE.

Viene con él el Príncipe de Gales,
Heredero del Rey de Ingalaterra;
De Sevilla, Jerez, Carmona y Écija,
Los concejos, sin otros caballeros.

ENRIQUE.

Y ¿qué serán por todos?

MAESTRE.

Tres mil lanzas,
Sin los moros jinetes que le envía
El granadino Rey.

ENRIQUE.

No es mucho ejército.
¿Quién me acompaña á mí?

BELTRÁN.

La flor de España:
[illegible] los Maestres de las rojas cruces,
Santiago y Calatrava; don Fernando
Pérez de Ayala y el valiente Pedro
[illegible]zález de Mendoza; don Alonso,
[illegible] es agora el mayor Adelantado,
Y de Montemayor tiene apellido;
Don Gonzalo de Córdoba y don Diego
García de Toledo; don Felipe
[illegible] astro; Sancho Sánchez el de Rojas,
Y con Pedro Fernández de Velasco,
[illegible] lariscal de Francia, y los presentes;
[illegible] bastaba Ramírez de Arellano.

JUAN.

Bastaba don Beltrán.

ENRIQUE.

Pues marche el campo
Al de Montiel en busca de don Pedro.

MAESTRE.

Ya te espera el laurel, el cetro y silla.

JUAN.

¡Viva Enrique!

ENRIQUE.

¿Quién es?

JUAN.

Rey de Castilla.

Tóquense las cajas, fínjase la guerra, y salga el Rey D. Pedro huyendo, y el de Gales.

PEDRO.

¡Ah, suerte cruel y esquiva!

GALES.

Señor, guarda tu persona.

PEDRO.

Morir, ¿no es mejor?

GALES.

Perdona;
Que no has de ir.

Dentro:

¡Enrique viva!

PEDRO.

¿No escuchas aquella voz?

Dentro:

¡Viva Enrique!

GALES.

Es maravilla.

Dentro:

¡Enrique, Rey de Castilla!

PEDRO.

¡Oh suerte enemiga, atroz,
Déjame morir primero
Con acero que con voces!

GALES.

Mal la fortuna conoces;
Vive, que mudanza espero.
Éntrate en ese castillo.

PEDRO.

Quiero tomar tu consejo.

Juan Ramírez, con espada y rodela, Enrique y D. Beltrán.

JUAN.

¡Espantoso estrago dejo!

ENRIQUE.

¿Entróse?

BELTRÁN.

Caló el restillo.

ENRIQUE.
¿Por dónde se piensa ir,
Ya de mi gente cercado?
BELTRÁN.
En la torre se ha mostrado:
Algo nos quiere decir.
ENRIQUE.
Aquél, Beltrán, no es mi hermano;
Mendo de Sanabria, sí.

Mendo en lo alto.

MENDO.
Don Beltrán, llégate aquí.
BELTRÁN.
¿Conócesme, castellano?
MENDO.
Pues te llamo, ¿qué lo dudas?
¿Dónde está Enrique?
BELTRÁN.
Recoge
La gente.
MENDO.
Oye, y no te enoje:
Si de propósito mudas
Y sacas al Rey de aquí,
Te ofrece de su tesoro
Doscientas mil doblas de oro
Y estas tierras. Oye.
BELTRÁN.
Di.
MENDO.
Soria, Atienza y Almazán,
Morón, Monteagudo y Deza,
Y el laurel de su cabeza
Pondrá en la tuya, Beltrán.
BELTRÁN.
Hablaré á mi primo.
MENDO.
Parte.
ENRIQUE.
¿Qué es eso?
BELTRÁN.
El Rey me ha ofrecido,
Si de donde está oprimido
Le saco á segura parte,
Oro, tierras, como quien
Tiene por mayor tesoro
La vida.
ENRIQUE.
¿Qué es tierras y oro?
¿No las tengo yo también?
Dile que salga, Beltrán,
Y que lo aceptas.
BELTRÁN.
Yo voy;
Que en tu pensamiento estoy.
ENRIQUE.
Tú, entretanto, capitán,
Recoge toda mi gente.
JUAN.
Voy á servirte.
BELTRÁN.
¡Hola, hidalgo!
MENDO.
¿Habéis reparado en algo?
BELTRÁN.
Dice Oliver, mi pariente,
Que jure el Rey de cumplir
Esto que darme promete.
MENDO.
Jurará una vez y siete.
BELTRÁN.
Pues el Rey puede salir.
MENDO.
Vóyselo á decir.
BELTRÁN.
Camina:
Enrique, hoy has de reinar.
ENRIQUE.
Los brazos te quiero dar.
BELTRÁN.
Tu reino el cielo encamina:
Vete, y en mi tienda espera.
ENRIQUE.
Allí con mi gente aguardo.

Éntrese Enrique, y salga el rey D. Pedro.

PEDRO.
Ya vengo, francés gallardo.
BELTRÁN.
¿Cómo irás?
PEDRO.
Á la ligera.
BELTRÁN.
Pues tomemos dos caballos.
PEDRO.
Fiarme en tus manos quiero.
BELTRÁN.
Ven á mi tienda primero;
Que todos son tus vasallos.

Juan Ramírez y D.ª Elvira, Bolaños y Rosarda.

JUAN.
Siempre has de estar en locuras.
BOLAÑOS.
Pues es mi esclava Rosarda,
¡Vive Dios, si el Moro aguarda!
JUAN.
¿Qué es lo que della procuras?
BOLAÑOS.
Voyla aguardando hasta ver,
Señor, el fin desta guerra,
Para llevarla á mi tierra.
JUAN.
Y allá, ¿qué piensas hacer?
BOLAÑOS.
Quemarla por la traición
Que quiso hacerte, aunque el cielo

[illegible]
[illegible]

[illegible]RDA.

Luego ¿no eres Arellano?

[illegible]

[illegible]acha, Bola[illegible].
[illegible]
[illegible]

[illegible]ARDA.

Dame esas manos, señor.

ELVIRA.

[illegible]

[illegible]

¿Son celitos?

ELVIRA.

Amor es.

JUAN.

¡Grandes voc[illegible]

ELVIRA.

¡Gran rumor!

Muchas voces dentro, y salga el Maestre alborotado.

[illegible]TRE.

Ya hizo fin la contienda
De los dos hermanos bravos;
Ya estará libre Castilla.

JUAN.

¡[illegible] Santiago!
¿Qué ha sucedido, qué es esto,
Que da voces todo el campo?

[illegible]

Salió de Montiel don Pedro,
Pensando ponerse en salvo;
Hallóle Enrique en la tienda
De mosén Beltrán el franco.
Apenas le conocía,
Porque había muchos años
[illegible] los no se habían visto;
Mas siendo Enrique avisado,
Sacó la daga é hirióle,
Cayendo en el suelo entrambos;
Donde dicen que fué Enrique
De don Beltrán ayudado.
Muerto yace el rey don Pedro,
En su sangre revolcado;
[illegible] enemigos que amigos
Tienen su cuerpo cercado;
Unos dicen que le entierren,
Otros que no sea enterrado;
[illegible], en fin, viéndole muerto,
Dice á voce[illegible]
«¡Castilla por don Enrique!»

Dentro:

[illegible] Enrique muchos años!

Salen D. Enrique, D. Beltrán y los demás caballeros.

BELTRÁN.

Cumple lo que has prometido.

ENRIQUE.

Para ti es poco mi estado.

JUAN.

Dadme los pies, Rey famoso.

ENRIQUE.

¡Oh Ramírez de Arellano!
Agora, nobles, que reino,
Quiero de mi reino daros:
Soria y Almazán es tuya,
Y á las que dió mi hermano,
Beltrán, por tantos servicios,
Quiero añadir otras cuatro;
Á Ramírez doy diez villas,
Y mi General le hago
De la mar y de la tierra.

JUAN.

Beso tus Reales manos.

BOLAÑOS.

¿Y á Bolaños no dan nada?
¿Ya no es del mundo Bolaños?

ENRIQUE.

De un lugar te hago señor.

BOLAÑOS.

Ya soy señor de vasallos.

ELVIRA.

Cúmpleme, Rey, tu palabra.

ENRIQUE.

Pues ¿qué palabra te he dado?

ELVIRA.

De darme á don Juan Ramírez.

ENRIQUE.

¿Quién eres?

ELVIRA.

Del Rey navarro
Su sobrina doña Elvira.

ENRIQUE.

¿Su sobrina? ¡Extraño caso!
Dale la mano, Ramírez;
Que yo la daré los brazos.

BOLAÑOS.

Y esta galga, ¿no merece
Que la den siquiera un galgo?

ROSARDA.

Yo me contento contigo.

BOLAÑOS.

Tuyo soy, corta otros tantos.

JUAN.

¡Viva Enrique! decid todos.

BELTRÁN.

¡Viva Enrique, castellanos!
Y aquí, senado, se acaba
Los Ramírez Arellanos.

FIN.

LA PRIMERA INFORMACIÓN

LA PRIMERA INFORMACIÓN

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

PERSONAS

El rey D. Pedro.
Don Enrique.
Don Nuño.
Doña Elvira.
Doña Blanca.
La Reina.
Crispín.
Pascual.
Antonia.
Félix.
Celio.
Fabio.
Alberto.
Lucidoro.
El Capitán de la Guarda.
Un Alcaide.

PRIMERA JORNADA.

Salen el rey D. Pedro de Aragón, D.ª Elvira, dama, y D. Nuño, de la cámara del Rey.

ELVIRA.
Mire Vuestra Majestad.....
REY.
¿Ya de respeto te vales?
ELVIRA.
Que el amor nace de iguales,
Y es mucha desigualdad.
REY.
No tiene amor calidad;
Mas hombre que amar intente,
Si lo que dice no siente.....
ELVIRA.
Luego ¿fúndase en razón?
REY.
Con mentira es elección,
Y con verdad accidente.
Quien elige, ya no amaba
Cuando eligió para amar:
Amor no cesa en buscar;
Quien miró, seguro estaba.
Nació de lo que miraba
Amor, porque vió que había
Causa que amor merecía;
Y así, se funda en razón;
Que amar por sola elección,
Es viciosa fantasía.
Amé, Elvira, porque vi
Lo que á amarte me obligó;
No andaba á buscarte yo,
Que tú me buscaste á mí.
Si desde entonces sentí
Que era amor, disculpa sea
Decir que el alma desea

[illegible]

[illegible]IRA.

[illegible] obligar
[illegible] amor á que le [illegible]
[illegible] desigualdad
[illegible] Majestad no puede
[illegible]

REY.

[illegible]
Al amor la majestad?
[illegible]n reina en la voluntad
[illegible]
[illegible] el cetro tiene.

ELVIRA.

Luego ¿yo reino?

[illegible]

Así es.

[illegible]

[illegible]
El desigual te conviene.

REY.

Es verdad.

ELVIRA.

Pues siendo así,
La misma dificultad
[illegible]
Para no igualarme á ti.

[illegible]

Porque tú reines en mí,
[illegible] dejo el ser.

ELVIRA.

Si te vales
De ser, somos desiguales.

[illegible]

Antes iguales por leyes
De amor, que nos hace Reyes,
Y siendo Reyes, iguales.

[illegible]IRA.

Confusión, señor, sería
Reinar dos, si el reino es mío,
Porque amor y señorío
No requieren compañía.

REY.

La romana Monarquía
Sufre dos.

[illegible]IRA.

Con mil despojos
De guerras, muertes y enojos.

[illegible]

Aquí amor la paz declara:
[illegible]s que en la cara,
Siendo dos, reinan los ojos.

[illegible]

[illegible] escucha queriendo
Á Elvira, y siendo criado
Del Rey, bien desesperado,
Callará su amor muriendo.
[illegible]
[illegible]nar persona tan grave!
Aquí mi esperanza acabe;
[illegible] quiere un rey
Un noble, de amor es ley,
Mas no después que lo sabe.
¿Qué me queréis, pensamientos,
Entre tantos desengaños
Hasta que calle dos años?
Tantas penas y tormentos.
Si no dije mis intentos
Mas que con sólo mirar,
Bien os podéis retirar,
Aunque digan mis pasiones
Que os deben obligaciones
De mirar y de callar.
Al tiempo que estáis pensando
Decirle vuestros enojos,
Veis que un Rey, á vuestros ojos,
Está lo que amáis amando.
Vámonos, pues, retirando,
Si es al principio mejor,
Pudiendo con tanto honor;
Que una bella retirada
Llaman la más acertada
De las victorias de amor.

Sale D. Enrique.

ENRIQUE.

Oiga Vuestra Majestad.

REY.

¿Qué quieres, Enrique?

ENRIQUE.

Advierta
Tu amor, si puede advertir,
Que le ha escuchado la Reina
Mi señora, hablar á Elvira
Detrás de aquella antepuerta,
Y que, oyendo las palabras,
Digo, los acentos dellas,
Que, cuando son amorosas,
De los ojos hacen lengua,
Se fué por la galería
Con tanta furia y tristeza,
Que, arrimada á las ventanas
Y dando golpes en ellas,
Juntó cristal á cristal,
Porque con las manos tiernas
Rompió algunos de los marcos;
Que, en su cordura y prudencia,
Ha sido cosa notable.
Pero ¿qué habrá que no puedan
Celos, pasión que no tiene
De la envidia diferencia,
Y es la envidia?

REY.

No prosigas.

ENRIQUE.

Discretamente me enseñas,
Porque no he sido envidioso,
Y pintarla no supiera.

REY.

Vete, Elvira.

ELVIRA.
Agradecida
Á tu amor y á tu licencia.

Vase Elvira.

REY.
¡Pésame, Enrique, por Dios!
ENRIQUE.
Con justa razón te pesa;
Y puesto que ha sido error,
No quiero decir que yerras;
Que persuadir á quien ama
Es desatinada empresa.
REY.
Si doña Elvira, por diosa,
En otra parte estuviera,
Bien la pudiera yo amar
Sin dar celos á la Reina.
No sé qué tengo de hacer
Cuando ya mi amor sospecha
Que no merece su amor
Estos celos ni esta pena.
NUÑO.
Mal me va de todo en todo:
Enrique priva, el Rey ama
Lo que quiero; si se llama
Dicha el servir de este modo,
¿Qué se tiene por desdicha?
Pero si en todo hay mudanza,
El que no tiene esperanza,
Ése solo tiene dicha.
REY.
Pues ¿qué te parece á ti
Que será medio acertado?
ENRIQUE.
Ó vivir con más cuidado,
Ó echar á Elvira de aquí.
REY.
Á Elvira, ¿con qué ocasión?
ENRIQUE.
Finge que casalla quieres;
Que con celos las mujeres
Admiten satisfacción.
REY.
¿Fuera de Palacio?
ENRIQUE.
Sí.
Como dándole á entender
Que la destierras.
REY.
Ayer
Me dijo la Reina á mí,
Enrique, algunas razones
Con dos sentidos; yo estaba
Seguro que imaginaba
En mis imaginaciones.
Si lo entendiera, no hablara
Á Elvira tan locamente;
Mas ¿dónde quieres que intente,
Si en este engaño repara,
Casarla, y con quién podré,
Que la trate como mía?
Iré á verla el mismo día,
Y si pudiere seré
Su verdadero marido.
ENRIQUE.
Fía á Nuño tu secreto,
Para fingirlo discreto,
Y para verlo sufrido;
Fuera de que ya lo sabe,
Si no me engañan los ojos.
REY.
Nuño.....
NUÑO.
Señor.....
REY.
Los enojos
De la Reina, cuerda y grave,
Me obligan.....
ENRIQUE.
Señor.....
REY.
¿Qué quieres?
ENRIQUE.
Ella viene.
REY.
Pues después
Te diré lo que esto es.

Salen la Reina y D.ª Blanca, dama, hermana de Nuño.

REINA.
¡Perdida estoy!
BLANCA.
Cuerda eres.
REINA.
La primera acción de quien
Tiene celos, Blanca hermosa,
Es negar que está celosa.
BLANCA.
Eso es negar querer bien.
REINA.
Pero yo no soy así,
Pues ya por disculpa doy
Blanca, que celosa estoy.
BLANCA.
Mira que está el Rey aquí.

Reverencias.

REINA.
Dice Blanca, señor mío,
Que estáis aquí.
REY.
Dice bien.
REINA.
Siempre mis ojos os ven,
Nunca de vos me desvío.
Esto es en mí, porque en vos,
¿Cómo puede ser así?

[illegible]
[illegible]
[illegible] ndo amor uno en los dos.
[illegible]
[illegible]
[illegible] igualdad querida.
[illegible]
[illegible] timara en más la vida
Ni el alma, si la tuviera.
[illegible]
[illegible] umo que os engañáis,
[illegible] no deciros que á mí;
Y [illegible] aquí,
[illegible] abéis dónde estáis.
[illegible]
Que vivamos engañados,
Á Blanca engañan cuidados
De mi celoso disgusto.
Es amor todo recelos
De perder el bien, señor.

REY.

[illegible] pero no es bien que amor,
De recelos pase á celos.

[illegible]

Callando la voluntad,
Si puede ser, lo que siente,
Resulta algún accidente,
Y no apura la verdad;
Y si sospechas no son
Dignas de cuidado amando,
Yo quiero morir callando:
No me deis satisfacción.
Perdonad si os ofendí
Sólo con haber hablado;
Que más os quiero olvidado,
Que enojado contra mí.

Vase la Reina.

REY.

Oid, escuchad.

BLANCA.

Señor,
No permitáis que sus ojos
Paguen los tiernos enojos
Que causa un dichoso amor.
Las manos van en su cielo
Deteniendo las estrellas,
Para que no caigan de ellas
Perlas al indigno suelo.

REY.

Blanca, más me pesa á mí
De haberle dado ocasión;
Daréle satisfacción
Por mí, por ella y por ti.

Vase el Rey y Nuño.

[illegible]

Agradezco á mi fortuna,
Blanca, la ocasión de hablarte;
Mil quejas tengo que darte,
Y no te daré ninguna,
Porque si el llegar á verte
Es tanta gloria y ventura,
Fuera ofender tu hermosura
Y agraviar mi mala suerte.
Que te sirvan en la corte,
¿Cómo lo puedo estorbar,
Pues no tengo de intentar
Cosa que á mi vida importe,
Siendo ofensa de tu honor?
Mas suplicarte quisiera,
Porque más cuerdo estuviera
Sin celos mi loco amor,
Que la hermosura templaras
De estos ojos, con que hicieras
Menos mal, y suspendieras,
Mirando sus luces claras;
Que he dado en imaginar
Que bien puede una mujer
Ver sin mirar, porque el ver
No es lo mismo que el mirar.
Ver puedes, Blanca, no más;
Que si miras lo que ves,
No es mucho que causa des
De amar la causa que das.

BLANCA.

Enrique, si son primores
De galán, muy bien están
En hombre que es tan galán,
Pero son falsos amores;
Que cuando sin ocasión
Los favores piden celos,
Parece que dan recelos
De que es tomar á traición.
Mi segura voluntad,
Sólo os ama, sólo os mira;
Miro á todos con mentira,
Míroos á vos con verdad.
Todo lo demás es ver,
Si el mirar diferenciáis.
Finalmente, vos estáis
Celoso de no querer;
Que como estáis sospechoso
De que amor no merecéis,
Porque no me le tenéis,
Con razón andáis celoso.

ENRIQUE.

¿Celoso de no querer?
Confieso no haber oído
Tal pensamiento, y que ha sido
Cosa imposible de ser;
Que el que no quiere no tiene
Celos jamás, pues de amor
Nacen los celos.

BLANCA.

Mejor
Definición le conviene:
Quien ama con poco amor,
Ese, Enrique, viene á ser
Celoso de no querer,

Como sabe que es traidor.
 ¿Paréceos que es esto así?

Sale Crispín, criado de D. Enrique.

CRISPÍN.
El Rey por ti preguntaba.
ENRIQUE.
Pues ¿con quién estaba?
CRISPÍN.
Estaba
Con don Nuño.
ENRIQUE.
Espera aquí,
 Y sabré lo que me quiere.
BLANCA.
Pues Crispín, ¿qué hay por allá?
CRISPÍN.
Todo como suele está:
Gente nace y gente muere.
BLANCA.
 ¿No hay alguna novedad?
CRISPÍN.
¿Qué novedad ha de haber?
¿Presumes tú que ha de ser
Otro mundo la ciudad?
 Decir son necios engaños,
Que el mundo caduca ya,
Porque tan mozo se está
Como agora dos mil años.
 Si alguna cosa se ve,
Pensar es justo consuelo
Que da sus vueltas el cielo,
Y vuelve á ser lo que fué.
 Si agora un siglo se usaban
Sombreros con panza arriba,
Y la daga vengativa
De la pretina colgaban;
 Si de un lanudo jubón
Se formaba un hombre honrado
De cinco meses preñado,
Agora es nueva invención;
 Pero en materia de hacer
Unos altos y otros bajos,
Que por ir corriendo atajos
Acertaron á caer,
 Las justicias envainadas,
Las clemencias mal temidas,
Las verdades oprimidas,
Las mentiras levantadas,
 Desde el principio del mundo,
De hombre en hombre en uso está.
BLANCA.
Necio está tu humor, si da
En nadar mar tan profundo.
 Por parte vulgar te había
Tenido, Crispín.
CRISPÍN.
Sí soy,
Aunque alguna vez me voy
Por alta melancolía.
 Dime tú cuál es el necio
Que su ingenio forma en vano,
Consejo del reino humano,
Sin ver su mismo desprecio.
 Quejóse en la antigüedad
Al gran Júpiter la gente,
De que era el mundo insolente
Y amigo de novedad.
 Él, viendo su bobería
Y que hablaban de regalo,
Porque si el mundo era malo
De ellos propios procedía,
 Envió al suelo la Verdad
Á que hiciese información,
Que vista, vió la ocasión
De su justicia ó piedad.
 Y por no acabar el suelo,
Formó los rayos, que airados,
Cayeron de los sagrados
Montes en que estriba el cielo.
 De suerte que desde allí
Hombre en el mundo no había,
Que no temía y decía:
«¡Ay! Si ha de dar sobre mí?»
BLANCA.
 Verte cuerdo me parece
Que es la mayor novedad
Que hay en el mundo.
CRISPÍN.
Es verdad,
Pero sospecha merece.
 No quieras para las gentes
Más males, si temes pocos,
Que cuando los que son locos
Enseñan á los prudentes.....
 Mas dejando, Blanca hermosa,
Tan vanas filaterías,
¿Cómo te va aquestos días
De tu pasión amorosa?
 Porque Enrique mi señor,
Bien te puedo asegurar
Que no hay más ciencia que amar
En todo el arte de amor.
 Teme á don Nuño, tu hermano,
Que no sé por qué razón
No le tiene inclinación.
BLANCA.
Todo hoy estás necio.
CRISPÍN.
Es llano
 Que hoy ha de ser lo que ayer.
BLANCA.
Si el Rey le mira mejor,
¿Cómo ha de tenerme amor?
CRISPÍN.
¿No te le puede tener?
BLANCA.
 Solamente en quien se emplea
En servir á Dios, Crispín,
Hay amor con ese fin.

[illegible]

Bien di[illegible]
  El [illegible]
[illegible]
[illegible]
Jamás ha teni[illegible]
  [illegible] mir[illegible]n

[illegible]

El Rey y mi hermano [illegible]

[illegible]

Tanto hablar, merced promete.

Salen el Rey y Nuño.

REY.

Haz que todos se retiren.

NUÑO.

  Ya todos, señor, se van.

REY.

Nuño, la Reina sospecha
Que quiero bien; no merece
Tener disgusto la Reina.
Hoy vi llover de sus ojos
Algunas celosas perlas,
Aunque eran blancas, que amor
Mudó su color en ellas.
Por cuanto vale Aragón,
Ni el mundo, no quiero verla
Con disgusto.

NUÑO.

  Efecto digno
Del valor de Vuestra Alteza;
Pero, pues á mí me habla
En secreto, cosa es cierta
Que mi hermana doña Blanca
Es causa de su tristeza.

REY.

Yo lo he fingido en Palacio;
Pero Nuño, no lo creas,
Que doña Elvira es la causa.

NUÑO.

No hay persona que merezca
Tu amor como doña Elvira:
Ciertas fueron mis sospechas.

REY.

He tomado por remedio
Que la lleves á una aldea,
Donde finjas que te casas
Y donde yo pueda verla;
Que si piensa que casado
Estás con ella la Reina,
Claro está que han de cesar
Sus celos y mis ofensas.

NUÑO.

Pues ¿cómo se podrá hacer,
Señor, que el aldea entienda
Que el casamiento se ha hecho?

REY.

[illegible]media
Con decir que se hizo al alba,
[illegible]oda secr[illegible]
Conviene así por la Corte.

NUÑO.

Y ¿cómo estaré con ella
Honestamente después?

REY.

Si los aposentos cierras,
¿Quién sabrá si duermes solo
Ó si con ella te acuestas?
Y por más seguridad,
Haré yo que Blanca sea
La madrina, y las dos juntas
Dormirán noches y fiestas.

NUÑO.

Yo, señor, no puedo hacer
Más que prestar mi paciencia
Á tu gusto.

REY.

  Voy á hacer,
Nuño, que la Reina sepa
Que caso á Elvira contigo,
Para que este gusto tenga;
Tú, en tanto, apresta el camino
Si hacer mi gusto deseas.

Vase.

NUÑO.

  Farol de amor, que siempre resplandece
En el mar de mayor desconfianza;
Alta deidad, dulcísima esperanza,
Bien haya el dulce mar que te merece.
  Mas ¿qué haremos, amor? Traición parece
Injusta al Rey en tanta confianza;
Mas pierdes la ocasión, que ya se alcanza,
Si dejas los cabellos que te ofrece.
  Quien no sabe de amor, quien no ha querido,
Bien sé que culpará mis pensamientos
En la fortuna donde voy perdido.
  Pero agradece tú mi atrevimiento,
Pues por salvarte, amor, doy atrevido
El honor á la mar, la vida al viento.

Vase.

Salen dos villanos, Pascual y Antonia.

ANTONIA.

  ¡Arre allá, pues, noramala,
Y no pecilgues ansí!

PASCUAL.

La crueldad que miro en ti,
Á la de Cerón iguala,
  Aquel que á Roma quemó
Sólo para verla arder.

ANTONIA.

Si Cerón fuera mujer,
Aun pareceréte yo;
  Mas te aseguro, Pascual,
Que si te viese freir,
Palabra no me has de oir
Que á mi señor esté mal.

PASCUAL.

  Alto: pon ese alma injusta

Al corredor de tus ojos,
Si te da mi vida enojos
Y de verme abrasar gustas.
Haz cuenta que Roma soy;
Haz conmigo al cielo fiesta
De lo que nada te cuesta;
Licencia, Antonia, te doy.
Presto vengada estarás;
Mas dime, ¿qué honor ganaste
Si saben que me abrasaste
Por un pecilgo no más?

ANTONIA.

No fuerces la inclinación,
Pascual, á nadie en tu vida;
Inclinación hay vencida
Á fuerza de la razón.

PASCUAL.

Dime tú si en esta aldea,
Si en este monte, si en este
Valle, hay quien conmigo apueste
En cualquiera acción que sea?

ANTONIA.

¿Qué es acción?

PASCUAL.

Debe de ser
Obra de cualquier persona;
Que á nuestro lugar, Antona,
Llegó este vocablo ayer.
Que tanto dan en usalle
En la corte, que ha venido,
Como cansado y corrido,
Á esconderse en nuestro valle.
Llevé á la ciudad carbón,
Y hasta el más pobre azacán
Que gana un poco de pan,
Á echar agua llama acción.
Acción en todos oirás,
Tanto, que ya las mujeres
Han de llamar sus placeres
Con este nombre de hoy más.
Pero con él, ó sin él,
Dime tú, ¿quién me ha igualado,
Ya en salir gallardo al prado,
Ya en los ejercicios de él?
¿Qué mozos hay que me lleguen
Cuando algún toro se lidia?
Hago versos sin envidia,
Y canto sin que me rueguen;
Hice un mayo, que jamás
Se vió tan notable mayo
Desde el nevado Moncayo
Hasta los montes de Pas.
Y cuando estoy á escribir
Tu nombre á tu puerta, Antona,
No obligase tu persona
Sino amar ó permitir,
¿Cómo no tienes respeto
Á que me llamo Pascual?

ANTONIA.

Antes en llamarte cual,
Ni eres noble ni discreto.

PASCUAL.

¿Tú repruebas estas cosas
Haciendo Circe Pascual?

ANTONIA.

Harás tal, que tal por cual,
Son palabras afrentosas.
Finalmente, yo no quiero
Querer por obligación;
Que para mí también son
Las Pascuas terrible agüero.
Siempre en ellas me va mal,
Y ando como gato en ascuas;
Basta tener malas Pascuas
Sin tener tan mal Pascual.

Sale Crispín de camino.

CRISPÍN.

Éstos me dirán la casa.

PASCUAL.

Gente de la corte es ésta.

ANTONIA.

¿Tan de mañana hace fiesta?

PASCUAL.

Por dicha, adelante pasa.

CRISPÍN.

Señores, ¿cuál es aquí
La casa del cura?

PASCUAL.

Aquella
Que esa verde parra en ella
La cubre y la cerca así;
Es dosel de su obispado.

CRISPÍN.

¿Es hombre de buen talento?

PASCUAL.

¿Qué es talento?

CRISPÍN.

Entendimiento.

PASCUAL.

Majadero habéis andado,
Pues que queréis, en efeto,
Cortesano extravagante,
Que juzgue un hombre ignorante
De lo que sabe un discreto.....
Entrad, que allí le hallaréis
Con dos libros y un jardín,
Su contradescanso y fin,
Y lo que sabe, sabréis.
Y sabréis que, por lo menos,
Está contento de ser
Pobre, porque el no tener
No ofende mucho á los buenos.
Mas ¿qué caso de conciencia
Le venís á preguntar?

CRISPÍN.

Viénense, hermano, á casar,
Si bien de allá traen licencia,
Doña Elvira, aquella dama
De la Reina, tan hermosa,
Y don Nuño.

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Allá mucha ostenta[illegible]

[illegible]

[illegible]

CRISPÍN.

Grandeza.
[illegible] de un príncipe.

[illegible]

[illegible]
[illegible]
Aquí entre nuestra pobreza.
Pienso, aunque aquí no me importe,
Si es por allá necesario,
[illegible]
De vocablos de la corte.
Dígame, señor galán,
¿Vienen ya?

CRISPÍN.

En el rüido,
¿No echan de ver que han venido?

[illegible]

Bien dice; en la cruz están.

PASCUAL.

Claro está, si son casados.

ANTONIA.

Digo, en la cruz del lugar.

[illegible]

Al cura es forzoso hablar.
¡Adiós, ojos bien pintados!

PASCUAL.

¿No se fuera sin requiebro?

ANTONIA.

Son cortesanos.

PASCUAL.

Aquí
Me matan celos de ti.

Salen con gran acompañamiento, y vestidos de ca- [illegible] Enrique y Nuño.

[illegible]

Mucho la industria celebro,
Pero quedo sospechosa.

[illegible]

No tenéis que sospechar,
Pues os habéis de casar,
[illegible] es fácil cosa.
¡Pluguiera á Dios verdad fuera;
Tanto, señora, os adoro!

[illegible]

Si al Rey le guardáis decoro,
[illegible] qué habláis de esa manera?
Mirad que os pueden oir
Blanca y Enrique.

[illegible]

[illegible] harán;
Que descuidados están.

ELVIRA.

Pues ¿qué me podéis decir
[illegible] ya imposible no sea
Queriéndome tanto el Rey,
Y siendo tan justa ley
Respetar lo que él desea?

ENRIQUE.

¡Blanca hermosa, gran ventura
Ha sido aquesta ocasión!

BLANCA.

El Rey, con esta invención,
Enrique, evitar procura
Celos de la Reina justos.

ENRIQUE.

Alabo al Rey; y es efeto
Digno de hombre tan discreto.

BLANCA.

No hay más pesados disgustos
Que con la propia mujer,
Si la ocasión es de celos.

ENRIQUE.

Si aquesta noche los cielos
De mi parte quieren ser,
Á lo menos el de amor,
Para prendas de mi fe,
Hasta el alba te daré
Por premio á tanto favor.

BLANCA.

Pienso que con la fingida
Novia, el Rey quiere que esté;
Aunque me declare, haré
Que tanto bien no me impida.
Nuño, mi hermano, estará
Durmiendo lejos de Elvira,
Aunque no sé si la mira.

ENRIQUE.

Queriéndola el Rey, no hará.

CRISPÍN.

El cura de aquesta aldea,
Supuesto que hombre mayor,
Más resuelto que un dotor,
Más dulce que una jalea,
Á la puerta de su casa
Os aguarda muy contento.

ELVIRA.

¡Buen aposento!

CRISPÍN.

Aposento
De quien casa y no se casa:
Libros, pinturas, jardín,
Y su poquito de olor.

ENRIQUE.

¡No pudiera ser mejor!
Mete la ropa, Crispín.

Váyanse entrando, y digan los villanos:

PASCUAL.

¿Qué te parece?

ANTONIA.

A la fe,

Que es la novia como un oro.

PASCUAL.

Más vale que su tesoro
Un zapato de tu pie.
Más valen tus clavellinas
Y el olor de tus tomillos,
Que sus guantes de polvillos,
Sus ámbares y dominas.

ANTONIA.

¡Linda cosa es un manteo
Que cueste de oro un tesoro!

PASCUAL.

Anda, que jamás en oro
Comió mejor el deseo.
Los manteos que encareces,
Como el que acabas de ver,
Antonia, vienen á ser
Como cáscaras de nueces,
Cuyas piernas, aunque es tal
El modo de encarecellas,
Es fuerza, para comellas,
Echar la cascara á mal.

Sale el Rey embozado y Lupercio, secretario.

REY.

Éstos lo sabrán mejor.

LUPERCIO.

Amigos, ¿dónde es la boda?

PASCUAL.

¿No ven ya la casa toda
Llena de fiesta y rumor?

LUPERCIO.

¿Es la del cura?

PASCUAL.

Ella es;
Pero no cura casados,
Que antes los deja quebrados
Para curallos después.

REY.

Ya salen; sin duda están
Casados.

LUPERCIO.

Bien fingirían.

REY.

Tan fácil orden traían.

LUPERCIO.

Famoso novio.

REY.

Galán.

LUPERCIO.

Pues advierta Vuestra Alteza
Que en viéndola se ha de ir,
Para no dar que decir.

REY.

De burlas, me da tristeza.

Salen los músicos, Elvira, Blanca, Enrique, Nuño, y siéntense.

ENRIQUE.

Regocijad, que es razón,
La fiesta.

NUÑO.

Bien se ha fingido.

BLANCA.

El Rey á verte ha venido.

ELVIRA.

El Rey y Lupercio son.

Canten y bailen.

PASCUAL.

Ya, si queréis descansar,
Está todo prevenido.

BLANCA.

Elvira, el Rey ha venido;
Pienso que te quiere hablar.

ELVIRA.

Antes concerté con él
Que no diese que decir;
Porque aun intentar venir
Es ser con mi honor cruel.

BLANCA.

Pues vete, que es hora ya
De recoger.

ELVIRA.

Esto intento;
Que si de mi casamiento
La Reina segura está,
Y falta el Rey, cuanto intenta
Es para más daño mío.

BLANCA.

En su discreción confío.

ENRIQUE.

La huéspeda que aposenta
Á los hombres y animales,
Á dulce sueño convida;
Toda fiesta es desabrida
En desposorios iguales,
Que quien ama, no la tiene
Mayor que en la soledad.

Blanca al Rey:

BLANCA

Mire Vuestra Majestad
Que, aunque de rebozo viene,
Podía ser conocido,
Y que si faltase allá,
La Reina presumirá
Que para engañarla ha sido.

REY.

Blanca, ya me voy; ya veo
Que tiene Elvira razón.
Dile tú que efectos son
De mi abrasado deseo;
Y que si el nombre tuviera
De Nuño en esta ocasión,
Fuera reina de Aragón,
Y yo su marido fuera.

Vase el Rey.

[illegible]

¡Ay, [illegible] a puerta
Te ha de dejar quien te adora!
No fuera verda [illegible]
[illegible]
[illegible]....

[illegible]IRA.

[illegible]

Loco y desleal.

[illegible]

[illegible]

Tú misma me aconsejaras
Esta traición.

ELVIRA.

No lo creas.

[illegible] y [illegible] Nuño

[illegible]ANCA.

Adiós, Enrique.

ENRIQUE.

[illegible]ira (1)
Lo que debes á mi fe:
Aguardándote estaré
Luego que se acueste Elvira.

Vase Blanca.

[illegible]

¿Cómo no te vas de aquí?

ENRIQUE.

¡Ay, Crispín, si las estrellas
Conciertan las voluntades,
Y los amores conciertan,
Esta noche, que han salido
Tantas á ver la comedia
Que en este humilde teatro
El engaño representa,
Den lugar á que mis dichas
Posibles con Blanca sean;
Blanca, que siendo segunda,
Será la dama primera.
El Rey vino de rebozo,
Y representó su cena;
Fuése á la corte forzado
Á desengañar la Reina.
Nuño se finge marido
De Elvira, mas ya la deja,
Porque es figura que impide
Que el amor del Rey se extienda.
Yo, que á doña Blanca adoro,
Soy aquí galán de veras,
Y por ventura esta noche
Quiere el amor que la tenga.
No he de quitarme de aquí
Hasta que de mí se duela;
La noche es de amantes capa.

CRISPÍN.

¿De manera que comienza
La comedia de tu dicha,
Digo, si á tenerla aciertas,
Por donde acaban las otras?

ENRIQUE.

¡Oh, quién agora tuviera
La vara con que Mercurio,
Si no mienten los poetas,
Durmió los cien ojos de Argos,
Para que Nuño durmiera!

CRISPÍN.

Nuño dormirá, cansado
De la burla; no le temas.

ENRIQUE.

¿Qué burla?

CRISPÍN.

Haber sido novio,
Porque si fuera de veras,
Claro está que despertara;
Lo que temo es esta necia
Chusma de villanos.

ENRIQUE.

¡Cómo!

CRISPÍN.

Son como grullas en vela.
Es el animal de Marte
El reloj que nos despierta,
Porque es la campana el pico,
Y las alas son las ruedas.
Si no hubiera vecindad,
Mejor los hombres vivieran,
Sin saber unos de otros
Las ocasiones secretas.
Que hay vecinos atalayas,
Que eternamente pasean
La costa de sus vecinos,
Por ver quién sale, ó quién entra.
¿Quieres saber una cosa
Que no has reparado en ella?

ENRIQUE.

Dila, que gusto de oirte
Porque mi pena entretengas.

CRISPÍN.

Puso dos ojos el cielo
En el rostro; nadie niega
Que, fuera de la hermosura
Que da la correspondencia,
Fué porque, perdiendo el uno,
Al otro se remitiera
La vista, porque en el hombre
Es la mayor excelencia.
Mas viendo que tan vecinos
El uno al otro se vieran,
Y no hubiera entre los dos
Cosa importante secreta,
Con acuerdo soberano,
Con sabiduría inmensa,
Puso la nariz en medio,
Que de muralla sirviera;
Y así verás que los moros
No tienen cosa secreta
Entre los ojos, por ser
La muralla tan pequeña;
Que los de larga nariz,

(1) [illegible]

Y más si hay corcova en ella,
No es posible que sus ojos
El uno al otro se vean.

ENRIQUE.

Paso, que he sentido pasos.

CRISPÍN.

¿Pasos? ¿De quién?

ENRIQUE.

Esta puerta
Nos puede encubrir.

Sale Nuño en jubón, como que se desnudaba.

NUÑO.

Mal puede
Dormir quien ama y tan cerca
Tiene el bien, y tan posible
La hermosura que desea.
Elvira es mujer; ¿qué temo?
Todas, después de la fuerza,
Quieren por lo menos; quiero
Conocer por la experiencia
Si da favor la fortuna
Á quien atrevido intenta
Victoria de empresas grandes.

Vase.

ENRIQUE.

¿Hay insolencia como ésta?
¡Vive Dios, Crispín, que es Nuño,
Como has visto, el que de veras
Quiere ser novio de Elvira!

CRISPÍN.

¿No dices tú que es comedia?
Pues la que engaña al que escucha,
Se suele tener por buena;
Porque si el Rey con Elvira
El desposorio concierta
De burlas con Nuño, entre ellos
Se ha concertado de veras.
Pues él viene á su aposento,
Ten por cierto que con ella
Estaba ya concertado.

ENRIQUE.

Eso no, que ella se queja;
Oye lo que dice.

Dentro.

ELVIRA.

Nuño,
¿Tú intentas maldad como ésta?
Pues aunque seas Tarquino,
Seré española Lucrecia.

ENRIQUE.

¡Oh traidor! Rompe, derriba,
Entra.

CRISPÍN.

Un poco te sosiega;
Que ya sale al alboroto.

Nuño alborotado.

NUÑO.

¿Qué es esto? ¿Quién llega (1)
Tan atrevido á dar golpes
Á este aposento, á esta puerta?

ENRIQUE.

Pues ¡cómo, Nuño! ¿Tú eres
Traidor al Rey? ¿Tú le fuerzas
Á Elvira?

NUÑO.

¿Qué es lo que dices?

ENRIQUE.

Que es infamia en tu nobleza
Esta deslealtad; advierte
Que hay aquí quien la defienda.

NUÑO.

Enrique, yo soy tu amigo,
Y no merezco la ofensa
Que me has hecho en presumir
Que á ser desleal me atreva
Al gusto del Rey; que, en fin,
Ya es gusto, aunque injusto sea.
Hablaban unos villanos
Desta casa; como en ella
Esta noche se han quedado
Los más mozos de esta aldea,
En que la novia dormía
Sola, yo, porque no fuera
Adelante su malicia,
Levantéme á abrir la puerta
Para que oyesen á Elvira,
Que, como escuchas, se queja
Pensando lo que has pensado.

ENRIQUE.

Puesto que excusar pudieras
Este remedio, ya es hecho;
Vete á dormir, y no entiendas
Que esto sabrá el Rey de mí.

NUÑO.

Quien de mi lealtad sospecha
Cosa injusta, no es mi amigo.

ENRIQUE.

Ya te digo que no creas
Que por mí te venga daño.

Vase Nuño.

¡Qué deslealtad! ¡Qué insolencia!
Agradézcalo don Nuño
Á Blanca.

CRISPÍN.

Ya las estrellas
Del Carro tan altas suben,
Que parece que se acercan
Á las puertas donde el alba
Está previniendo perlas.
Reposa, que no es posible
Que puedas hablar con ella.

---

(1) Verso corto.

[illegible]
[illegible]
Puesto [illegible]
[illegible]
Me ha trocado el gusto en pena.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Porque en tales [illegible]
[illegible]
[illegible] flaca, y en mujer
[illegible]
[illegible]
Cuando la coge tan cerca,
[illegible] viene á acabar en paz
[illegible] n guerra.

SEGUNDA JORNADA.

Salen el rey D. Pedro y la Reina

[illegible]
Gran contento he recibido
Del casamiento de Elvira.

REY.
[illegible] n de la mentira
Son los celos.

[illegible]INA.
Si he mentido,
El temor la causa ha sido.
Hijos de amor son mis celos;
De él nacieron mis desvelos.

[illegible]
Yo hablé con más propiedad,
Pues ya corrió la verdad
Á la mentira los velos.
Casóse Elvira, y están
Ella y su esposo en la corte,
Con que es bien que amor reporte
Las penas que celos dan.

[illegible]INA.
Procedéis como galán,
Aunque el marido discreto
Siempre lo ha de ser, á efeto
De aumentar y no perder
El amor de la mujer,
Á la venganza suj[illegible]
[illegible] si bien no corre aquí
En las cosas naturales,
[illegible] pensamientos iguales,
[illegible] mí.

[illegible]
[illegible] entendí
[illegible] celos, casé á Elvira.

REINA.
Que esté en la corte me admira;
¿Por qué no se va á su tierra
Nuño?

REY.
Sin causa destierra
Su inocencia vuestra ira.
Cuando yo tuviera intento
Tan falso contra la fe
Que os debo, pienso que sé
Respetar el casamiento.
No dejéis el pensamiento
Discurrir á los temores;
Que celos aduladores
Lisonjeando al amor,
Le piden, como á señor,
Por los engaños favores.
Son celos en noche obscura
Luz que, desde lejos vista,
Al deseo y á la vista
Dilata el fin que procura;
Son celos en la pintura,
Y edificio en perspectiva,
Que al sentido juzgar priva
Si es verdad ó sombra vana,
Estando la tabla llana,
Y á los ojos fugitiva.

REINA.
Conozco la falsedad
Que puede haber en los celos,
Y que entre sombras y velos
Pierde la luz la verdad;
Mas si vuestra voluntad
No está cautiva, señor,
Bien podéis hacer favor
Á quien os ama y recela,
Pues dicen que es la cautela
Primero efecto de amor.

REY.
¿En qué os puedo yo servir?

REINA.
En dar á Nuño un oficio
Fuera de la corte, indicio
De que no sabéis fingir.

REY.
Pues, ¿eso habéis de decir,
No teniendo yo criado
Más leal ni más privado
De quien me pueda fiar?

REINA.
Esto os vine á suplicar;
Perdonad si os he enojado.

Vase la Reina.

REY.
Blanca, Blanca, escucha un poco.

BLANCA.
Va la Reina mi señora,
Muy triste.

REY.
Y yo quedo agora

Más enamorado y loco.
¿Qué dice Elvira de mí
Después de este fingimiento?

BLANCA.

Que tiene agradecimiento
Al amor que ha visto en ti.

REY.

¿Podrá llegar mi esperanza
Agora á la posesión
De su hermosura?

BLANCA.

En razón
De amor, sé quien sigue alcanza;
Pero temo que su honor
Haga resistencia alguna.

REY.

No ha dado bien la fortuna
Sin pensión de algún rigor.
Soy Rey; quisiera yo ser
Poderoso contra Elvira.

BLANCA.

Rendida Elvira te mira,
Que es, en efecto, mujer.
Conténtate con quien quiera
Tu talle y tu discreción.

REY.

Quien tiene tanta pasión,
Sólo su fin considera.
¿Cómo puede una mujer
Amar y no desear?

BLANCA.

Porque tiene qué mirar,
Y mil cosas que perder.

REY.

Si ella me tuviera amor.....

BLANCA.

Amor te tiene.

REY.

No sé.

BLANCA.

Yo sí.

REY.

Pues yo lo veré.

BLANCA.

Tú mirarás por su honor.

REY.

¿Dormías en el aldea
Con ella?

BLANCA.

Tú lo mandaste.

REY.

¿Hablástele en mí? ¿Trataste
De que todo un Rey desea
Besar la estampa del pie
Que merece indigno el suelo?

BLANCA.

Á costa de mi desvelo,
De tus amores traté
Hasta que el alba salió.

REY.

Toda la noche gozaras
Del alba, si la miraras
Con los desvelos que yo.
No amanece en azul velo,
Más enrojada y hermosa,
Cuando con plantas de rosa
Baja las gradas del cielo,
Que entre azucenas tendría
Tanto clavel carmesí.

BLANCA.

Yo parezco mal aquí
Y entiendo mal de porfía;
Y así, con licencia tuya
Me voy.

REY.

Y yo, Blanca, á ver
Si en resistir y querer
Tiene amor la fuerza suya;
Que llevo resolución,
Si en Elvira no hay mudanza,
De acabar con mi esperanza
Ó intentar la posesión.

Vanse.

Salen Nuño y Elvira.

ELVIRA.

¿Por qué no sales de aquí
Y vas á ver la ciudad?

NUÑO.

Basta, que la antigüedad
Pintó á Tántalo por mí;
Mayor rigor hay en ti,
Más huyes, más cerca estás;
Mayor tormento me das
De enojos los ojos llenos,
Pues de su luz tengo menos
Cuando presumo que más.
¿Qué le hizo mi lealtad
Al rey don Pedro, señora,
Que me dió por pena agora
La gloria de tu amistad?
¡No mereció mi verdad
Pagarme en esta mentira!
Toda Zaragoza admira
Mi casamiento fingido;
Sólo para mí no ha sido
Verdad mi ventura, Elvira.
¿Con qué determinación
Pasas porque el Rey te quiera?
¿Ha de ser esta quimera
Esperanza, ó posesión?
Has de perder tu opinión
Si esto se viene á entender.
¿No sería mejor ser
Mujer de Nuño, y que el día
Que el Rey sepa que eres mía,
Te quedes por mi mujer?

ELVIRA.

Nuño, en accidente igual,
Yo estoy sin gusto también;
Que ni á ti te quiero bien,

Ni al Rey he [illegible] mal.
[illegible]
[illegible] ti.
[illegible]
[illegible] Rey?
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
En que me puedo poner.
Mas no me podrá vencer
[illegible] gusto,
[illegible]
Porque en llegando al honor,
Matara mi propio amor
Antes que darle disgusto.

NUÑO.

Pues ¿tú no ves que el intento
Del Rey, y cuanto ha fingido,
Es contra tu honor?

ELVIRA.

No ha sido
Sino sólo pensamiento.
Tú, en aqueste fingimiento,
[illegible] el poder
Y déjame defender,
Pues no se ofende mi fama;
Que mientras del Rey soy dama,
No puedo ser tu mujer.

Sale Crispín.

CRISPÍN.

Don Enrique mi señor,
Á prevenirte me envía
Que viene el Rey.

NUÑO.

Ya temía
Su amor mi celoso amor.

ELVIRA.

Venga en buen hora Su Alteza.

CRISPÍN.

Alegre está Zaragoza
[illegible] que el Sol en su carroza
Venga á dorar su belleza.

NUÑO.

¡Gran favor!

ELVIRA.

Querráte dar
De la boda el parabién.

[illegible]

Si celos me da también,
No hay parabién de matar.

[illegible] el Rey y Enrique, con acompañamiento.

[illegible]

[illegible] están los desposados.

[illegible]

¡Oh Nuño! ¡Oh Elvira!

NUÑO.

¡Señor,
Tanto favor!

REY.

De mi amor
Son efectos y cuidados.
¿Cómo os va, Nuño? Mas creo
Que ofendo vuestra ventura,
Pues en tan rara hermosura
Hizo vuestro gusto empleo.
Dichoso, Nuño, habéis sido
En merecer tal mujer.

NUÑO.

No pensé jamás tener
La ventura que he tenido.

REY.

Lo mismo digo de vos,
Elvira; que Nuño es hombre
Digno deste nombre.

ELVIRA.

Es nombre
Que vos nos dais á los dos;
Que de otra suerte, señor,
Ninguno la mereciera.

ENRIQUE.

Sálganse todos afuera.

REY.

Di que lo manda mi amor.

ENRIQUE.

Despejen todos la sala.
Envidia Nuño me da.

Muñoz, capitán.

MUÑOZ.

¡Lindas noches pasará!

CRISPÍN.

Si el Rey no lleva alcabala.

REY.

Elvira, mi loco amor
Quiero que entiendas que ha sido
Tu verdadero marido.

ELVIRA.

Guardando el rostro á mi honor,
Puede Vuestra Majestad
Disponer mejor que yo
De cuanto soy.

REY.

Eso no,
Que es tuya la voluntad;
Mas si la puedo vencer,
Entonces diré que es mía.

ELVIRA.

Claro está que no podía
Merecer ser tu mujer;
Pero en caso que pudiera,
Alabara mi ventura.

REY.

Y la tuvieras segura
De mi amor, si libre fuera.
No fué culpa en mí quererte

Casado; mas ya que fué,
De tu remedio seré
Lo que tu valor me advierte.
Muchos habrá que te estimen
Aunque sepan que hayas sido
Mía sin ser tu marido.

ELVIRA.

No permitas que lastimen,
Aun de burlas, gran señor,
Lenguas vulgares mi fama.

REY.

Pues esto, ¿en qué te disfama?

ELVIRA.

¿No tengo honor?

REY.

¿Qué es honor?

ELVIRA.

Esta virtud no tocada,
Que ofrece sólo al marido
La mujer que honesta ha sido
Y ha de vivir bien casada.

REY.

Confieso que justo fuera;
Pero son los accidentes
Del mundo en fáciles gentes,
Elvira, de otra manera.
De todas se ha de creer
Que así las vió su marido.

ELVIRA.

No digo yo cómo ha sido,
Mas cómo debiera ser.

REY.

Enrique.....

ENRIQUE.

Señor.....

REY.

Yo soy
Desdichado.

ENRIQUE.

¿Cómo?

REY.

Advierte
La crueldad con que me tratan.

ENRIQUE.

¿Á ti crueldad?

REY.

¿No lo crees?
Llega; pregúntale á Elvira
Los rigores, los desdenes
Con que responde á mi amor.

ENRIQUE.

Iré á hablarla, pues tú quieres.

NUÑO.

¿Es posible que el Rey trate (Aparte.)
Sus cosas de aquesta suerte
Con Enrique, y no conmigo?
Esto algún misterio tiene.
Los tres están contra mí,
Pues Elvira me aborrece,
Enrique me tiene en poco,
Y el Rey se cansa de verme.
Sin duda que por privar,
Mi traición decirle quiere
Y que quiero bien á Elvira.
¡Qué mal hice en atreverme!
Pero no me ha faltar
Industria con que remedie
Este temor que me mata.

Elvira á Enrique.

ELVIRA.

Enrique, á los dos ofendes
En persuadirte á ti mismo
Que á mí persuadirme puedes.
Pero no puedo creer
Que me dices lo que sientes,
Sino que todo criado,
Por donde puede pretende
La gracia de su señor,
Ó justa, ó injustamente.

ENRIQUE.

Yo soy criado, bien dices;
Y si las primeras leyes
Son obediencia y silencio,
El que calla y obedece,
¿En qué puede errar?

ELVIRA.

No sé:
Más me debes y te debes,
Que á quien sirves.

ENRIQUE.

¿Oyes?

ELVIRA.

Suelta.

ENRIQUE.

Pues ¿es justo que así dejes
Al Rey?

ELVIRA.

Mi rey es mi honor;
Quien quitármele pretende,
Más es tirano que rey.

Vase Elvira.

ENRIQUE.

¿No adviertes en esto?

REY.

¿Fuése?

ENRIQUE.

¿No lo ves?

REY.

Síguela, Enrique;
Dila, Enrique, que no intente
Matarme; que tomaré
Venganza.

ENRIQUE.

Cuanto pudiere
Haré, señor, por servirte.

Vase D. Enrique.

[illegible]

Lo imaginara, no hiciera
[illegible]

Emprendes
[illegible]
Te diré, si me concedes
Licencia.

REY.

[illegible]

NUÑO.

[illegible]

Prosigu[illegible]

NUÑO.

Advierte.
Igualaba la noche temerosa
La máscara que al sol pone su manto
Sobre la cara de la tierra ociosa,
Envuelta en sueño, obscuridad y espanto,
Cuando durmiendo mi fingida esposa,
Que tanto quieres y te cuesta tanto,
Pues fuera con más risa y alegría,
Á estar despierta, á media noche el día;
Siento rüido, no como de aldea,
De domésticos varios alborotos,
[illegible] l villano que la luz desea,
[illegible] uele avisar por techos rotos;
Mas como de algún hombre que pasea
[illegible] los, de su amor remotos,
La amada casa en que su dama vive,
Y con suspiros tímidos la escribe.
[illegible] y abriendo la ventana
Con el mismo silencio, á Enrique veo,
[illegible] a solicitud el paso allana
De la cuadra de Elvira, y su deseo;
[illegible] radura, antigua y aldeana,
[illegible]

REY.

Caso tan feo,
[illegible]

NUÑO.

Quise ver si había
[illegible] dencia en la traición.

REY.

Sí habría.

NUÑO.

[illegible] la espada á tiento, y mal revuelta
La capa tomo, y al salir advierto
[illegible] lerse del traidor resuelta,
Elvira no era parte del concierto;
Y así, presumo que la grana vuelta
En pura nieve de su honor, despierto,
Y [illegible] lmirado escuché razones tales,
Que fueron á su honor y al tuyo iguales.
No suele labrador poner la mano
En frígida culebra, cuando el nido
[illegible] robar del pájaro que en vano
Pide justicia al aire enternecido,
[illegible] de sus cabellos, el tirano
Salió de la ocasión arrepentido,
Dejando por su cara descompuestas,
Las rosas que le daba el sueño honestas.
Opuesto entonces con la blanca espada
Á su pecho traidor, «¿Quién va?», le digo.
«Yo soy, responde; vuelve, que no es nada;
Nuño, yo soy Enrique, soy tu amigo.
Previenen la mañana deseada
Estos villanos, el arado, el trigo,
Los bueyes, las coyundas: ya conoces
Sus silbos, sus cuidados y sus voces.»
Disimulé, juzgando que matalle
Era dejar este suceso en duda,
Y no menos escándalo infamalle,
Pues nada de esto tu secreto ayuda;
Y cuando ya la noche por un valle
Huyó del alba, y ella huyó, desnuda,
De que la viese el sol, templé de Elvira
Por ti, señor, las quejas y la ira.
Agora puedes tú, como tan cuerdo,
Dar el remedio justo y el castigo
Á un hombre desleal.

REY.

El seso pierdo:
¡Qué deslealtad á un Rey, á un noble amigo!
No me parece, Nuño, que me acuerdo
Haber leído, si verdad te di[illegible],
Mayor traición de cuantas en historia
Dejó la antigüedad á la memoria.
Falso Enrique, ¿así se paga al dueño
El levantar á un bárbaro criado?
Indicio fué en Elvira, y no pequeño,
De aborrecerme, Nuño, haber callado.

NUÑO.

Antes lo fué de su inocencia el sueño;
Que si el amor la hubiera desvelado,
Ni Elvira se encerrara ó se durmiera,
Ni, amado Enrique, con la daga abriera.

REY.

Por la Reina me importa, de secreto,
Castigar al traidor, que estará agora
Tratando sus amores con Elvira,
Cuando yo pienso que los míos trata.
Llámale aquí.

NUÑO.

Yo voy; pero ya viene.

Sale Enrique.

ENRIQUE.
Cercada el alma de diamantes tiene.

REY.
¿No se quiere rendir?

ENRIQUE.
Primero creo
Que pedirá consejo un ignorante,
Guardará la palabra un africano,
Tendrá firme vestido el castellano,
Podrá más que interés amor desnudo,
La discreta pobreza tendrá precio,
Y dejará de porfiar un necio,
Que la puedas rendir á lo que quieres.

REY.
Enrique, ya conozco las mujeres;
Yo te prometo no seguir la empresa,
Y ya del tiempo que rendí me pesa.
Yo volveré por mí; no hay de amor muerte
Como la ocupación, ni de amor vida
Como la ociosidad: con fiera guerra
Se atreve á las fronteras de mi tierra
El Moro de Valencia; mientras puedo
Por mi propia persona darle miedo,
Nombraré general que con mi gente
De las fronteras de Aragón se ausente,
¿Quién te parece á ti que nombrar puedo?

ENRIQUE.
En virtuoso fin tu amor ha dado;
Bien haya amor, que la ocasión ha sido,
Y pues que mi consejo me has pedido,
¿Quién como Nuño puede á las fronteras
Llevar tus capitanes y banderas?
En él está mejor el cargo honroso
De general, y aunque fingido esposo,
Es ocasión para que tú en su ausencia
Puedas gozar de Elvira la presencia.

REY.
No pensé que escuchara de tu boca
Tales razones. ¿Fuera mucho, Enrique,
Que te ofrecieras tú, que tú dijeras:
Señor, yo os serviré, y á las fronteras
Llevaré vuestra gente, y por decoro
De vuestro nombre, haré que deje el Moro
La empresa comenzada y los pendones?

ENRIQUE.
Señor, no juzgas bien de mis razones,
Que llevan otro intento del que piensas,
Y no permitas, por desdicha mía,
Que la humildad parezca cobardía.
Si tú me das el cargo, dos mil veces
Pondré la boca en esos pies.

REY.
Camina;
Que nadie como tú merece el cargo.

ENRIQUE.
Pues en tu nombre del bastón me encargo;
Y no pienso volver á Zaragoza,
Por la corona que en tu frente adoro,
Sin los despojos del villano Moro,
Que discurre la margen atrevido
Donde el extremo de tu cetro alcanza.

REY.
Tengo de tu valor tal confianza,
Que ya pongo los pies en sus pendones.

ENRIQUE.
Y en su cabeza los pondrás tan presto,
Que lo que César escribió te escriba:
Yo haré que en vez de la lustrosa nieve,
Helada capa en hombros del Moncayo,
Vistan sangrienta púrpura sus montes,
Y el Ebro desconozca sus cristales,
Trocando sus arenas en corales.

REY.
Nuño.....

NUÑO.
Señor.....

REY.
Di que me voy á Elvira.

NUÑO.
¿No te despides?

REY.
Antes me despide,
Pero no me despido ni la pido
Que salga á verme, pues no verla intento.

NUÑO.
Aciertas en tan justo pensamiento,
Porque un desprecio desigual es cosa
Indigna de sufrir.

REY.
Á Enrique he dado
Cargo de general de las fronteras;
Mas antes que allí ponga mis banderas,
Haré yo que le maten.

NUÑO.
Bien has hecho;
Aunque despacio lo que intentas mira,
Que si le matas, matarás á Elvira.

Vanse el Rey y Nuño.

ENRIQUE.
No me aprovechó decir
Que Nuño fuese á la guerra;
El Rey me envía; no yerra,
Que yo le sabré servir.
Hoy habemos de partir;
Paciencia, amor, si hay paciencia
Para sufrir una ausencia,
Que si el remedio es volver,
No hay cosa como poner
En el partir diligencia.
Blanca, si bien tu belleza
Es codiciada y servida,
Pienso que en esta partida
Igualará mi firmeza.
Mas como naturaleza
Sustentó el amor del ver,
No viendo puedo temer,
Y así mis desdichas creo;
Que es inconstante el deseo

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] altad
[illegible]
[illegible] sufrir,
[illegible]
Y la del favor callar;
Porque quien tan bien se emplea
[illegible] sabe lo que de[illegible]a.
¿[illegible] tiene que desear?

Sale Crispín.

[illegible]
[illegible]
[illegible] [illegible]uena.
[illegible]
¿Dicen que soy General?
[illegible]
Y ruegan á Dios que venzas.
[illegible]
Bienquisto debo de ser.
CRISPÍN.
Tienes partes que con ellas
Has conquistado las almas.
ENRIQUE.
¡Ay, Crispín, qué dicha fuera
Tenerla de Blanca sola,
[illegible] sólo vivo por ella!
CRISPÍN.
Esa, de derecho es tuya;
Que en amarte después vieras
Todas las almas vulgares
Y aun las de más alta esfera,
Sacándolas de la envidia,
Que son almas que desprecian
Y aborrecen la virtud.
ENRIQUE.
Pues ¿qué partes consideras
En mis desdichas, Crispín?
[illegible]
Partes de un señor, que llegan
Á merecer este amor.
Tratar verdad, la primera,
Hacer bien, y no hacer mal,
Honrar á todos, que es esta
[illegible] por donde amor
Más á los príncipes entra.
Si el señor es descortés,
Ya sabes toca en soberbia,
Y la soberbia es incendio
Que hace murmurar las piedras;
Y tan infame, que arroja,
Como los ejemplos muestran,
Á los ángeles del cielo
Y á los hombres de la tierra.
Y así, ¿qué es esto? ¿No escuchas?
¡Ah, señor! ¿Dónde te elevas?
¿No has oído lo que he dicho?
[illegible]
¿Qué has dicho?
CRISPÍN.
¡Gentil respuesta!
ENRIQUE.
Perdona, Crispín, que estaba
Pensando en tan fuerte ausencia
De la hermosura de Blanca.
CRISPÍN.
Aun en aquesto no dejas
De parecer señor.
ENRIQUE.
¿Cómo?
CRISPÍN.
Suelen hablarlos, y mientras,
Están ellos muchas veces
Pensando en cosas diversas.
ENRIQUE.
Ahora bien, Crispín, yo parto
Á las fronteras: quien deja
El alma, no sé si parte;
Si parto, llevaré media.
Voy temeroso, que sirven
Á Blanca cuantos se precian
De nobles en Zaragoza:
Amor es todo sospechas.
Quiero darte oficio de ángel.
CRISPÍN.
¡Por Dios, que no se me acuerda
Que haya habido ángel Crispín!
¿Á qué efecto?
ENRIQUE.
Porque puedas
Ser de la guarda de Blanca.
CRISPÍN.
Soldado decir pudieras;
Que hay soldados de la guarda.
ENRIQUE.
Ésos la guarda profesan
Del cuerpo.
CRISPÍN.
Pues yo, ¿podré
Guardar su alma? No lo creas.
ENRIQUE.
Sí, Crispín, porque después
Que mi Blanca no me vea,
Me vea en ti cada día,
Pues tú á mí me representas.
Partiéndose cierto amante
De su dama, en la frontera
Pared formaba su sombra,
Que era de noche, una vela.
Entonces con un carbón
Tomó los perfiles ella,
Y respetó aquella sombra
Mientras que duró la ausencia.
CRISPÍN.
¿Quieres decir que seré
Tu sombra? Todo es quimera;
Que á la sombra del marido
Hay mujer.....
ENRIQUE.
Detén la lengua.

CRISPÍN.

¿Ves como das honra siempre,
Y como es bien que te quieran?

ENRIQUE.

Voyme, Crispín; esto basta:
Por ángel de Blanca quedas.

CRISPÍN.

Dicha fué ser alma blanca,
Que no lo fuera á ser negra:
¿Habrá cuidado en el mundo
Que á mi cuidado parezca?
Celosa Juno, á un pastor
Dió cien ojos con que fuera
Guarda de una ninfa vaca,
Que Júpiter vió ternera.
Vino Mercurio y tocóle
Con una vara, y apenas
Sintió el oro de la vara,
Pensó que doblones eran,
Cuando durmieron cien ojos,
Que el oro dicen que ciega,
Por lo que es hijo del Sol.
Padres, madres, deudos, deudas,
Maridos, hermanos, primos,
Cuñados, abuelos, lenguas,
Victorioso vuelva Enrique;
Y sí hará, que Blanca es ésta.

Sale Blanca.

Enrique vive en su pecho,
Llorando viene su ausencia.
Desvía del Sol, señora,
Ese lienzo con que das
Sombra al día, pues estás
En lugar de blanca aurora;
Pues ella lágrimas vierte,
Que son alma de las flores,
Deja que aumente colores,
Y el llanto en perlas convierte;
En ellas veo cuán presto
Enrique de ti se parte.

BLANCA.

Pues ellas no fueron parte
Para que el honor, dispuesto
Á la partida, pudiese
Dejarse vencer de amor:
Saldrán flores de dolor,
Pues no es bien que el llanto cese.
Pero no produzca flores
Si ha de ser mi muerte el fruto,
Porque si la ausencia es luto,
No es bien que salgan las flores.
Pasó Enrique junto á mí,
Que con Elvira trataba
De lo que el Rey le mandaba;
Fué á hablarme y á hablarle fuí.
Mas ¿no has visto cuando el cielo
Suspende el agua en cristal
En el invierno? Pues tal
Fué de las lenguas el hielo.
Mas como vieron los ojos
Mudas las voces, tomaron
Su oficio, y llorando hablaron
Para decir sus enojos.
Y como si amando fuera
Deshonor llorar un hombre,
Se fué, dejando á mi nombre
Lo que más lícito era.
Soy mujer, puedo llorar.

CRISPÍN.

¿Sabes que yo quedo aquí?

BLANCA.

Y sabré que siendo así,
Tú me podrás consolar.

CRISPÍN.

El Rey y Nuño. ¿Qué haré?

Salen el Rey y Nuño.

BLANCA.

Esperar.

REY.

Fuése, en efeto.

NUÑO.

Es discreto.

REY.

No es discreto
Quien con su Rey no lo fué.

NUÑO.

Desde el principio del mundo,
En el primer hombre halló
Disculpa amor.

REY.

En mí no,
Cuando en la lealtad la fundo.

NUÑO.

¿No era Dios el mayor Rey,
Y le fué traidor Adán?

REY.

Eso por disculpa dan,
Pero no la dan por ley.

NUÑO.

Pues ¿quieres tú que se aplique
Á Enrique esa deslealtad,
Si nació de voluntad?

REY.

No me digas bien de Enrique.

NUÑO.

Basta, señor, yo lo haré,
Porque, fuera de ser justo,
No quiero darte disgusto.

REY.

Blanca.....

BLANCA.

Señor, no pensé
Que aquí Tu Alteza volviera.

REY.

Vuelve amor como á su centro;
Aquí descanso, aquí dentro
Ha puesto el alma su esfera.
Con la prisa que me fuí,

Con esa misma [illegible].
Fuego en cuerda mi amor fué,
A mi principio volví.

[illegible]

¿[illegible] jado
Con El[illegible]?

[illegible]

C[illegible]s son.

[illegible]

¡[illegible] quién?

[illegible]

[illegible]ner razón,
Más pareciera agraviado;
No estuve más de celoso.

[illegible]

N[illegible].....

NUÑO.

Señor.....

REY.

Este hombre,
Si bien no me acuerdo el nombre,
Me ha tenido sospechoso.
Criado me ha parecido
De don Enrique.

NUÑO.

Es de quien
Se fía.

REY.

Luego ¿también
En esa ausencia ha querido
Dejarle, para saber
Lo que hay de Elvira y de mí?

NUÑO.

Puede ser; mas para mí,
Acaso debió de ser.

REY.

¿Acaso?

NUÑO.

Que te replique
No es justo; mas ¿á qué efeto
Enrique, siendo discreto?

REY.

No digas bien de Enrique.

NUÑO.

Pésame de hablarte en él.

REY.

De aquí á un rato vuelve aquí,
Y hazle matar.

NUÑO.

No entendí
Que así te enojaras dél.

[illegible]

CRISPÍN.

Señora, con poco ó nada
Que entendí, celos, enojos
Del Rey, le he visto en los ojos,
Que tiene el alma turbada
De alguna pasión de celos.

BLANCA.

¿De quién el Rey?

CRISPÍN.

No hay señal
Para los celos igual
Como estos locos desvelos.
Ir y venir por instantes
Adonde vive una dama,
Exceso de amor se llama,
Y esto es celos entre amantes.
Gracia es ver casada á Elvira
Con Nuño sin ser casada.

BLANCA.

Quiere el Rey traer cifrada
Su pena en esta mentira.

Sale Elvira.

ELVIRA.

¡Ah, gran ventura he tenido
Que aún esté Blanca en mi casa!

BLANCA.

¿Cómo vienes de esta suerte?

ELVIRA.

Oye, Blanca, una palabra:
Dime una verdad aprisa.

BLANCA.

¿Verdad y aprisa?

ELVIRA.

¿Tú amas
Á Enrique?

BLANCA.

¡Extraña pregunta!

ELVIRA.

Pues no te parezca extraña.

BLANCA.

Cuando le amara, yo pienso.....

ELVIRA.

No hay aquí cuando le amara,
Sino decir si le quieres.

BLANCA.

El verte, Elvira, turbada,
Me obliga á decir que sí.

ELVIRA.

Pues haz que luego se parta
Persona de quien te fíes,
Porque el Rey matarle manda,
Al capitán Lucidoro,
En el camino de Jaca.

BLANCA.

Á Enrique, ¿por qué?

ELVIRA.

No sé:
Si no eres necia, esto basta;
Porque me lo ha dicho el Rey,
Y no me ha dicho la causa.

Vase.

BLANCA.

¿Oyes esto?

CRISPÍN.
Como Elvira
Vino á hablarte tan turbada,
No ha reparado en que yo
La escuchaba.
BLANCA.
¿Quién pensara
Que hoy quitara el Rey la vida
Á quien ayer tanto amaba?
¡Muerta soy!
CRISPÍN.
¡Blanca, al remedio!
¡Viva Enrique, aunque se vaya
Á Castilla, ó por los montes
Huyendo se pase á Francia!
BLANCA.
Espera, y escribiré.
CRISPÍN.
Cuando va detrás la espada,
No hay carta más efectiva
Que no esperar á la carta.

Vase.

BLANCA.
Bien digo: ¿hay mayor desdicha?
¡Porque habrá sido la causa
Para matarle, la envidia!
¿Qué más causa que su fama?

Sale Nuño y dos criados, Celio y Fabio.

NUÑO.
Yo hablaré con él, diciendo
Que en esa carroza vaya
Conmigo al campo; que quiero,
Por la opinión de sus gracias,
Mientras Enrique está ausente,
Tenerle en mi propia casa.
Llegaréis á la carroza
Luego que del muro salga;
Y dentro de ella los dos,
Le daréis de puñaladas;
Que os lo manda el Rey así.
CELIO.
Aquí, señor, está Blanca.
NUÑO.
¡Doña Blanca!
BLANCA.
¡Nuño, amigo!
NUÑO.
¿Y Elvira?
BLANCA.
Pienso que habla
Con el Rey en el jardín.
NUÑO.
¿Fuése el criado que estaba
Contigo?
BLANCA.
Ya se partió
Á Castilla con dos cartas
Que le dejó don Enrique
Al partirse encomendadas.
NUÑO.
Fabio.....
FABIO.
Señor.....
NUÑO.
Á seguille.
CELIO.
Pues va á Castilla, en la raya
Quedará muerto.
NUÑO.
Advertid.....
FABIO.
Di.
NUÑO.
Que le toméis las cartas.
Blanca, á ver á Elvira voy.
BLANCA.
Si matar á Crispín tratan,
Como se ve en los semblantes
Y en las fingidas palabras,
¡Oh qué bien van á Castilla!
Pues cuando más cerca vayan,
Irá Crispín por lo menos
Por las montañas de Jaca.

Vanse.

Salen en alarde cajas, banderas, soldados, Lucidoro y Alberto, y D. Enrique con el bastón de general.

ENRIQUE.
Haced alto á la orilla de este río,
Ejemplo del valor, aragoneses,
De cuyas fuerzas y ánimo confío.
LUCIDORO.
Palabras tan honrosas y corteses,
¿Qué duro corazón, qué mármol frío
No moverán, Alberto?
ALBERTO.
¡Si supieses
La pena que yo llevo de este engaño,
Presumirías que es mayor mi daño!
LUCIDORO.
¿Piensas tú que no siento que instrumento
Me hiciese el Rey de ejecución tan fiera?
ALBERTO.
Bien sé que lo has sentido.
LUCIDORO.
Mucho siento
Que el noble Enrique por mis manos muera.
ALBERTO.
¿Qué habrá sido del Rey el pensamiento?
¿En qué le habrá ofendido un hombre que era
Ayer todo su gusto y su privanza?
¡Oh, vana siempre en hombres la esperanza!
LUCIDORO.
Maldice Dios á quien la pone, Alberto,
En el hombre jamás, y le aconseja
Que no la tenga en él.

[illegible]

[illegible]

Cuando del cielo y de su autor se aleja.
¡En fin, le has de matar!

[illegible]

Cuando cubierto
De obscuridad el sol su rostro aleja
De nuestro polo, le diré que quiero
[illegible] pero.
Y aquí, á la margen de este río, donde
Mud[illegible],
[illegible] que más la sangre el agua esconde,
[illegible] mis amigos.
[illegible] á la ley de hidalgo corresponde,
[illegible]
[illegible] que lo son del Rey.

ALBERTO.

Hace y deshace.

LUCIDORO.

Yo le obedezco; él mire lo que hace.

[illegible]QUE.

Recójanse, soldados, porque quiero
Marchar antes que el alba el campo escarche;
Que ver mañana el Africano espero,
Sino que huyendo tan aprisa marche.

LUCIDORO.

No habrá salido el cándido lucero,
Cuando al bronce la voz, la mano al parche,
Hagan señal para partir la gent[illegible]

[illegible]

Tú y yo á mil moros, Lucidor valiente.

Vanse todos los soldados.

[illegible]

¡Ay, memorias tristes
De pasados bienes!
¡Bien dicen que os tocan
Los tiempos alegres!
[illegible] al alma
Que de Blanca ausente,
Soledades llora
Y mudanzas teme?
[illegible] me habrá olvidado
Como muchas suelen?
Pero no son unas
Todas las mujeres.
[illegible] de amor,
Á la mar parecen:
[illegible] está en bonanza,
[illegible]gar se puede;
[illegible] ana se enoja,
Y airada revu[illegible]
[illegible]
Estrellas y peces.
[illegible] Blanca
Ya [illegible]
[illegible]n unas
[illegible]
[illegible] alanes llena
[illegible]
Un jardín de flores;
Celos me enloquecen:
Si teme mudanzas
Quien está presente,
¿En qué se confía
Quien ausente muere?
En celos y ausencia,
¿Quién habrá que espere?
Pero no son unas
Todas las mujeres.

Sale Crispín de camino.

CRISPÍN.

Bien haya, amén, el primero
Que inventó freno y espuelas,
Y el que al brioso caballo
Puso la silla primera.
Yo he corrido en un caballo
Que hoy ha hecho verdadera
La fábula del Pegaso
Que celebran los poetas.
Aquí hay gente.

ENRIQUE.

¿Quién va?

CRISPÍN.

Un hombre.

ENRIQUE.

Pues téngase.

CRISPÍN.

¿Que me tenga?
Dame mil veces tus pies.

ENRIQUE.

¿Es Crispín?

CRISPÍN.

Déjame; deja
Besártelos.

ENRIQUE.

¡Crispín mío!
¡Crispín!....

CRISPÍN.

Mucho crispineas.
El Rey sólo te ha enviado
Con su gente á la frontera
Para quitarte la vida;
La ejecución se encomienda
Al capitán Lucidoro:
Blanca, que llorando queda,
Supo de Elvira la historia.

ENRIQUE.

¿Qué me dices, qué me cuentas?
¿El Rey á mí?

CRISPÍN.

El Rey á ti.

ENRIQUE.

¿Sabes la causa?

CRISPÍN.

No sepas
Mas de que manda matarte,
Y Lucidoro lo intenta.

ENRIQUE.
¡Ah, soldados de mi guarda!

Salen los soldados.

FÉLIX.
¿Qué mandas?
ENRIQUE.
Soldado, vuela,
Y á Lucidoro me llama.
CRISPÍN.
¿Estás loco?
ENRIQUE.
Crispín, deja
Á los hombres como yo
Que su persona defiendan.
CRISPÍN.
¿No es mejor pasarte á Francia
Y escribirle tu inocencia
Al Rey?
ENRIQUE.
Ni dejar su gente
Pienso, ni esta honrada empresa.

Entra Lucidoro y los soldados.

FÉLIX.
Aquí viene Lucidoro.
ENRIQUE.
Retiraos todos, y venga
Solo el capitán conmigo.
LUCIDORO.
¡Que buena ocasión es ésta
Para quitarle la vida!

Váyanse todos.

¿Qué mandas?
ENRIQUE.
También nos deja,
Crispín.
CRISPÍN.
¿Yo también?
ENRIQUE.
También.
LUCIDORO.
Huélgome, señor, que pueda
Ofrecerte alguna cosa
En que servirte merezca.
ENRIQUE.
¿Sabes quien soy?
LUCIDORO.
Sí, señor.
ENRIQUE.
¿Sabes mi antigua nobleza,
La lealtad de mis pasados,
Y que en las pasadas guerras
Dieron gloria á esta Corona?
LUCIDORO.
Sí, señor.

ENRIQUE.
Hoy, ¿por qué entiendas
Que pueda matarme el Rey?
LUCIDORO.
No, señor, ni Dios lo quiera.
ENRIQUE.
Y si alguno lo intentase
Por gusto ó por obediencia,
¿Qué juzgas que merecía?
LUCIDORO.
La muerte, que yo le diera
Como tú me lo mandaras.
ENRIQUE.
Saca la espada.
LUCIDORO.
Con ésta

Saca la espada Lucidoro.

Quitaré al traidor la vida,
Que darte la muerte intenta.

Saca la espada Enrique.

ENRIQUE.
Pues prueba, capitán bravo;
El Rey te lo manda, prueba;
Mátame si puedes.
LUCIDORO.
¡Tente,
Tente, señor!
ENRIQUE.
¿Que me tenga?
¿Tú no vienes á matarme?
¿En qué te detienes? Llega,
Haz lo que te manda el Rey.
LUCIDORO.
Oye una palabra, espera:
Es verdad que me mandó
El Rey matarte, mas piensa
Que lágrimas me ha costado,
De que buen testigo sea
Alberto: el cielo es testigo,
Y pues con tanta nobleza,
Pudiendo hacerme matar,
Me has honrado, antes que muera
Toma mi espada, y la tuya
Por este pecho atraviesa.
ENRIQUE.
Torna á levantar la espada,
Lucidoro.
LUCIDORO.
Señor.....
ENRIQUE.
Deja
Cumplimientos, y á la vaina
Tu intento y acero vuelvan.
Vete á descansar, y en esto
Cierra con llave la lengua,
Y tenme á mí por amigo,
Que el Rey sabrá mi inocencia

Y [illegible]

[illegible]

¡[illegible] á Dios que un siglo sea!

[illegible]

¡[illegible], príncipes, que no hay
[illegible]
Templanza en los que subís,
Ni en los que bajáis modestia!
[illegible]
[illegible]
Mas si os engañan envi[illegible],
Dad puertas á la clemencia.

TERCERA JORNADA.

[illegible] el rey, D. Pedro [illegible] Nuño

[illegible]

¿Será ya muerto?

[illegible]

¡Eso duda
Vuestra Alteza?

REY.

Mi deseo.
Mientras no viene correo,
La ejecución pone en duda.

[illegible]

Bien sé yo que el capitán
Tuviera esfuerzo y valor
Para imposible mayor.

REY.

Vivos mis celos están:
Conozco su buena ley,
Pero es valor de los cielos
El matar de un rey los celos,
Que al fin es pasión de un rey.
[illegible] veo que se entristece
Doña Elvira

[illegible]

Pues ¿por qué,
Si no lo sabe?

REY.

Yo sé
Que luego el amor ofrece
Á las almas las verdades;
Y si tiene á Enrique en ella,
¿Cómo no lo sabe della?

[illegible]

Sin razón te persuades
[illegible]e Elvira le quería,
[illegible] aquella deslealtad
Nació de la voluntad
Que Enrique á Elvira tenía.
Y así, cuando ella supiera
Que era muerto, se alegrara.

REY.

En fin, ¿lo será?

NUÑO.

Repara,
Señor, en que nadie fuera
Á matar el General,
Por vil que hubiera nacido,
De quien no fueras servido.
Temo el bien, y pienso el mal.

REY.

Descansad, celos, que ya
Es muerto Enrique, traidor;
Basta que despierte amor,
Que dentro del alma está;
Pero no es bien que esto os pida;
Que amor y celos airados,
Son venenos encontrados
Para conservar la vida.

Sale Crispín, de camino.

CRISPÍN.

No ha sido poco llegar
Primero que otro ninguno.

REY.

¿Es éste Crispín?

NUÑO.

Él es.

REY.

De su semblante no arguyo.
La tristeza del suceso.

CRISPÍN.

Dame, Alejandro segundo,
Esos generosos pies,
Que como los suyos puso
Sobre el mundo, espero ver
Pisando el mundo los tuyos.

REY.

Quiero fingir que no sé
Su muerte.

NUÑO.

¡Discreto punto!

REY.

Y honralle como que viene
Vivo y victorioso, Nuño.

NUÑO.

Acertarás, encubriendo
Que lo mandaste.

REY.

Presumo,
Crispín, la victoria en verte,
Y así, á Enrique, en premio justo,
De Conde de Aranda doy
Titulo.

CRISPÍN.

El cielo compuso
Tu sujeto del heroico
Valor de César Augusto
Y del Macedón valiente.
Con la obligación no cumplo

Si no estampo los dos labios
En el dichoso dibujo
De la estampa de tus pies.
Merécelo, porque supo
Servirte el valiente Enrique.

REY.

¿Venció al Moro?

CRISPÍN.

Y le retrujo
Á las montañas de Jaca,
Deshecho, roto y desnudo
De aquel bárbaro furor
Y del africano orgullo.
Tres mil soldados le ha muerto;
Los cautivos, por ser muchos,
No ha querido que acompañen
En Zaragoza su triunfo,
Y por no causar envidia
Á los que, estando seguros
En las cortes de los reyes
Del acero alarbe ó turco,
Murmuran de los soldados.

REY.

Yo, por lo menos, murmuro,
Nuño, de tu mal consejo.

NUÑO.

¡Vive el cielo, que estoy mudo!

REY.

¿Vino Enrique?

CRISPÍN.

Enrique vino.

REY.

Aunque le viera difunto,
No me diera más temor.

NUÑO.

Yo lo estoy viendo y lo dudo.

Salen soldados y Enrique.

ENRIQUE.

Después de dar la gloria al autor dellas,
En tu nombre, señor, esta victoria
Más alto le pondrá que las estrellas,
Por ser aumento de la fe su gloria.
Dame esos pies, que no gozara en ellas
Como en eternos bronces tu memoria,
Si tuviera el poder como el deseo:
¿Cómo, señor, con tal semblante os veo?

REY.

Bien seas venido.

NUÑO.

Disimula un poco.

CRISPÍN.

Agradece á Su Alteza, que te ha dado
El Condado de Aranda.

ENRIQUE.

Tus pies toco,
Yo victorioso, y tú, señor, airado.

REY.

Nuño, tú fuiste necio y yo fuí loco;
Los dos habemos, como ves, errado:
Tú en darme ese consejo y yo en tomalle.

CRISPÍN.

Háblale, pues.

ENRIQUE.

No acierto, airado, á hablalle.
Dícenme que me ha dado Vuestra Alteza
El Condado de Aranda; sus pies beso
Dos mil veces; mas viendo tal tristeza,
Que estoy confuso y con temor, confieso.
Vencí del Moro la mayor fiereza
Que trujo á tu valor bárbaro exceso,
Y con la furia que pudiera un rayo,
Volví sangre la nieve de Moncayo.
Aquí la dicha, no el valor, celebro,
Por no hacer á mi propio amor lisonja;
Llevó cabezas como peces Ebro,
Y de su sangre fué su arena esponja;
Mas si los ojos por ventura quiebro
Á los que ociosos en Palacio, en lonja,
En juego de pelota, en servir damas,
Cobardes muerden las ajenas famas,
Más quiero yo decir: ni aceptar quiero
Títulos que me dan tales semblantes.
¡Oh, mil veces dichoso el caballero
Que no vió los alfanjes y turbantes,
Y lo que yo os serví con el acero,
Agora escucha con calzados guantes!
Mas yo con mi lealtad estoy contento,
Y con que sabe Nuño que no miento.

Vuelve el Rey las espaldas, y Nuño se va con él.

¡Nuevo recibir á quien
Tan grande servicio ha hecho
Á su Rey!

CRISPÍN.

¡Con qué despecho
Te miró Nuño también!
Estos bravos cortesanos
Piensan que su honor se mengua
Si no quitan con la lengua
Lo que temen con las manos.
Con desprecio han recibido
Tu victoria, ilustre y clara,
Y un turbante los turbara
Del menor moro vencido.
¿Qué tienes? Mas ¿qué pregunto?
Tan justo divertimiento
No ha entrado en tu pensamiento.

ENRIQUE.

El cielo á la tierra junto
Á pura imaginación.
¿Hay tal desdicha?..... ¿Qué es esto?
¿Quién con Su Alteza me ha puesto,
Crispín, en mala opinión?
El Rey me mandó matar;
No surtió efecto; que quiso
Librarme el cielo, y tu aviso
La vida me pudo dar.
Ya que pensé que, viniendo
Victorioso, conociera

Mi lealtad, [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] mí?

[illegible]

Sale D.ª Blanca.

[illegible]

[illegible]
Del mal de mi [illegible]
[illegible] r mi fidelidad,
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible] i dicha accidentes
[illegible] calentura y frío.
El Rey me recibe mal,
[illegible] tan bien. ¡Con qué desvelo
[illegible] consuelo,
[illegible] ara mí celestial!
[illegible] arta que me enviastes,
[illegible] muerte me libró;
[illegible]
[illegible] me resucitastes.
[illegible] que hará de mí.

[illegible] NCA.

[illegible] portar
[illegible]
Para vengarse de ti.
[illegible] que por la espada,
Que es mi sangre, y he creído,
[illegible] que, que la has tenido
[illegible] envainada;
[illegible] desengañado el Rey,
[illegible] limiento
[illegible] ra mi advertimiento,
[illegible] no es contra la ley
[illegible]
[illegible]
[illegible] oso.

[illegible]

Arrojarme quiero
[illegible]
[illegible] mostrado,
Blanca de mi alma y mi vida,
[illegible] cida
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] mí.
[illegible] tú quieres,
[illegible]
[illegible]

Al valor de las mujeres.
Tendré cuidado de ser
Tan cuerdo en el disculpalle,
Que sólo excuse ocupalle
El Rey en guardar mujer.
Que traiciones intentadas
De amor, y por él regidas,
Primero que cometidas,
Dicen que están disculpadas.
Pero mira bien, y advierte
Si ofendo la obligación
De tu amor.

BLANCA.

No hay más razón
De la que tengo en quererte.
Habla al Rey, informa al Rey,
Sepa toda la verdad,
Que mi amor es mi lealtad,
Y mi voluntad mi ley.

ENRIQUE.

Vuelvo otra vez á pedir
Des esos pies á mi boca.

BLANCA.

Parte á hacer lo que te toca;
Que Blanca te ha de servir
Con la sangre y con la vida.

ENRIQUE.

Voy á volver por los dos,
Pues de los dos sabe Dios
Que has sido y serás servida.

Vase Enrique.

BLANCA.

Pues Crispín, ¿ya no hay hablar
En las materias de estado?

CRISPÍN.

De amor, á ningún criado
Se da licencia de entrar.
Pero ya que sola estás,
Dame los puntos del pie,
Y con el sol me pondré,
Señora, en puntos de hoy más.

BLANCA.

¿Cómo vienes?

CRISPÍN.

Como fuí,
En razón de obedecerte:
Llegué, y libré de la muerte
Á don Enrique por ti,
Puesto que aquel capitán,
Luego que tu carta vió,
Al campo desafió,
Hecho valiente y galán.
Pues viendo que se sabía
De Enrique el grande valor,
Se echó á sus pies, de temor
Y de justa cobardía.

BLANCA.

¿Que no le mandó matar?

CRISPÍN.
No, señora; antes le dió
Dineros, y él se pasó
Á Francia.

BLANCA.
He dado lugar
Que hable al Rey, con el temor
Que de su muerte me ha dado.

CRISPÍN.
Está el Rey tan obligado
Á su lealtad y valor,
Que bastará por disculpa,
Pues se pudo rebelar
Con el campo.

BLANCA.
Él sabrá dar
Satisfacción de su culpa;
Que ya se sabe cuál es,
Y el Rey se lo ha dicho á Elvira.

CRISPÍN.
Ellos vienen.

BLANCA.
Mal le mira.
Háblame, Crispín, después.

Vase D.ª Blanca.

Salen el Rey y Enrique

ENRIQUE.
Si de tu rostro, gran señor, no quieres
Que conozca tu pecho, en tus razones
Conoceré que á mi lealtad prefieres
Las ajenas maldades y traiciones;
Rey eres de Aragón, y pues lo eres,
Tus deudos son Cardonas y Aragones:
Hoy á tu sangre escucha.

REY.
Si escuchara,
Si á su disculpa el alma se inclinara.....
Pero yo tengo información bastante.

ENRIQUE.
¿Qué jüez no escuchó con dos oídos?
Uno de cera, otro de diamante,
Hiciera Dios, si fueran permitidos;
Mas como á la verdad es importante,
Y al bien de los culpados afligidos,
En entrambos oídos puso cera,
Para que con igual blandura oyera.
Oye tú, pues, que Dios en tus oídos
Hizo, señor, de cera los porteros.

REY.
Ya sé yo la verdad.

ENRIQUE.
Fueron vencidos,
Bien lo puedo decir, de lisonjeros.

REY.
Yo pienso que los tengo defendidos,
Y me sirvo de honrados caballeros.

ENRIQUE.
¿Qué perderás oyendo la otra parte,
Pues conforme á razón debo informarte?
No seas tú cual suelen ser los jueces,
Que debiendo juzgar por lo probado,
Dicen que es equidad algunas veces,
Juzgar por lo que tienen asentado.
Tú, que nombre de Rey justo mereces,
No juzgues informado y engañado.
Oye las partes, y después de oídas,
Ejecuta las leyes, no las vidas.
Dios bien sabía que Caín había
Muerto á su hermano, y siendo en su presencia,
Le preguntó por él, porque quería
Oir las partes para dar sentencia.
Pues que Dios, siendo Dios, y que sabía
De una la envidia y de otra la inocencia,
Quiso escuchar al reo, no te apartes;
Que Dios es Dios y escucha las dos partes.

REY.
Si dió voces la tierra ensangrentada
De la vida de Abel, bastante fuera
La información para quedar probada,
Si fuera hombre el jüez, la muerte fiera;
Y así, de tu maldad tengo asentada
Por justa ley la información primera,
Y si te he de escuchar, no he de creerte.

ENRIQUE.
No importa, como escuches.

REY.
Pues di.

ENRIQUE.
Advierte
Con quién siempre casarme he pretendido.
La noche que de Elvira, en la villana
Casa, aquel desposorio fué fingido,
Por hablarla salí cuando Diana
Con menos rostro se escondió teñido,
En vez de rayos de oro, pura grana,
En negras nubes, sin pensar que hubiera
Quien me pudiera ver y quien yo viera.
En esto veo que de su aposento
Sale Nuño atrevido, y al de Elvira
Llega, adonde llegó su atrevimiento
Á merecer sus voces y su ira.
Llegué yo entonces, y su mal intento
Disfrazó de vergüenza y de mentira;
Callé yo su maldad, y fué, en efeto,
La vez primera que dañó el secreto.
Esto mismo dirán Blanca y Elvira,
Y aun lo sabe la Reina mi señora.

REY.
¡Qué mal se traza, Enrique, una mentira!

ENRIQUE.
Luego ¿yo miento?

REY.
No; vete en buen hora.

ENRIQUE.
Que te he servido y soy tu sangre, mira.

REY.
Toda nobleza una traición desdora.

ENRIQUE.
Mal haya, amén.....

[illegible]

[illegible] espera.

[illegible]

Mal haya, [illegible] primera.

Vase el Rey y quédase Enrique.

CRISPÍN.

Ya, ¿qué pretendes hacer?

ENRIQUE.

Ya, [illegible] perar
[illegible] aquesto pueda informar.

[illegible]

¡Cuánto se engaña el poder!

[illegible]

¿Qué es esto, Crispín, que tiene
La primera información?

[illegible]

Hechizos de la razón,
Que su discurso detiene.
¿No has visto un pintor que hace
Una historia en un papel,
Que aquella idea el pincel
Con los colores deshace,
Pero por más que le quita,
Siempre se quedan enteras
[illegible] ellas líneas primeras,
Principio que siempre imita?
[illegible] tal es lo que se asienta
Cuando primero se escucha;
Que aunque la razón sea mucha,
Llega tarde y no contenta.

ENRIQUE.

[illegible] traña fortuna mía,
Que sea Nuño el traidor,
Y que pierda yo el honor,
Y aun la vida ser podría!
¿Qué haré?

CRISPÍN.

Si mi parecer
Tomas, pásate á Castilla;
Que cuando airado acuchilla
Á la inocencia el poder,
[illegible] es el huir deshonor,
Antes valor el huir,
Hasta que venga á salir
Con su verdad el honor.

ENRIQUE.

Bien será, porque aguardar
Á que el Rey mande matarme,
Es morir sin disculparme,
Y mi nobleza infamar.
¡Ay, Blanca, cuánto me pesa
De dejarte!

[illegible]

[illegible] dejalla,
Pues que podemos llevalla.

[illegible]

Mayor deslealtad es ésa.
Y podrá el Rey confirmar
Con esa traición la suya;
Mejor es que solo huya,
Y en Castilla procurar,
Con cartas del Rey y mías,
Que averigüe la verdad.
Adiós, famosa ciudad,
Luz de mis primeros días;
Adiós, ejército amigo,
Que no he de quedar con vos;
Adiós, doña Blanca, adiós,
Ni vos habéis de ir conmigo.

CRISPÍN.

Ella irá donde tú fueres.

ENRIQUE.

No más amor.

CRISPÍN.

¿No?

ENRIQUE.

Crispín,
Hoy aquí mi amor da fin.

CRISPÍN.

¿Con grada para mujeres?

ENRIQUE.

Eso no, que no he de amar
Otra mujer en mi vida.

CRISPÍN.

Yo lo oigo.

ENRIQUE.

¡Ay, Blanca querida!
¿Cómo te puedo olvidar?

CRISPÍN.

Aunque agora te acobarda,
Es dejar mujer querida,
Como vela de parida,
Que para otra vez se guarda.

Sale el Capitán de la guarda y criados con armas.

CAPITÁN.

Aquí está Enrique.

ENRIQUE.

¿Qué es esto?

CAPITÁN.

Su Majestad me ha mandado
Prenderos.

ENRIQUE.

Él puede hacerlo,
Vos podéis ejecutarlo:
¿Dijo que os diese la espada?

CAPITÁN.

No, ni es justo desarmaros,
Pues no manda que os la quite
Por agora, aunque está airado.
Los reyes son como leyes,
Que como el jüez que es sabio
Las templa, así los enojos
Del rey el sabio criado.
Esa espada es muy honrada
Y muy leal; no hay vasallo
Del Rey de Aragón que hoy
La quite de vuestro lado;
Con ella, Enrique, venid

Á esta torre de Palacio.

ENRIQUE.

Hónrame el Rey en prisiones,
Honrándole yo en los campos.
¡Qué buen premio á mi victoria!
Pero está mal informado
De quien, como más astuto,
Me ha ganado por la mano;
Pero nunca buen jüez
Negó lugar al descargo;
Que testigos al oído,
Por mayor parte son falsos.
¡Oh, qué peligroso oficio
Juzgar por lo que el criado
Informa, ó el enemigo
Que entra fingiéndose santo!
Algunos hay que lo son,
É informan mal informados,
Que del servicio de Dios
Hacen capa á los engaños.
Vamos, Marqués, que no importa;
Mas decidle al Rey airado,
Que un rico tenía un perro
Leal, valiente y gallardo;
Guardábale sus tesoros,
Y el rico, por más recato,
Atóle á una gran cadena,
Y la misma noche, entrando
Ladrones, cuanto tenía,
De su casa le robaron.
En Aragón entran moros;
Si están los perros atados,
Puede ser..... Ya me entendéis.

CAPITÁN.

Que vos no lo estaréis tanto:
El Rey os ha menester,
Vos no le habéis hecho agravio.

ENRIQUE.

¡Ah, primera información,
Cuántas honras ha costado!

Salen la Reina, Nuño y D.ª Elvira.

REINA.

En fin, qué ¿te hallas mejor,
Nuño, con el nuevo estado?

NUÑO.

Es grande un amor casado
Que asienta en primero amor.

REINA.

Dicen que suele ser menos
Si á los principios fué más:
Y tú, Elvira, ¿cómo estás?
Pero si bienes ajenos
No te han de hacer envidiosa,
Contenta estarás también,
Pues quererte Nuño bien
Te excusa de ser celosa.

ELVIRA.

Nnño, señora, me ha honrado,
Y vivo con su favor,
Contenta de que mi amor
Fuese tan bien empleado.

REINA.

Bien podéis entreteneros
En esas fuentes y flores,
Que los casados amores
Solos son los verdaderos.
Y no te vayas, Elvira,
Sin que te vea.

ELVIRA.

El favor
Que siempre debo á tu amor,
Mi indigna humildad admira.

Vanse los dos.

Salen el Rey y el Capitán de la guarda.

CAPITÁN.

Él queda en la torre preso
Con las guardas que has mandado.

REY.

Cierto estoy de tu cuidado,
É incierto de mi suceso.

REINA.

¿Quién es el preso, señor?

REY.

Enrique, señora mía,
Que si no lo fué, quería
Por lo menos ser traidor.

REINA.

¿Enrique? No lo creáis.

REY.

La gente me rebelaba
Del campo.

REINA.

Si lo intentaba,
¿Cómo victorioso estáis
De los moros de Valencia,
Cuyas banderas ha puesto
Á vuestros pies? Pero en esto
Debe de haber diferencia;
Que serán guerras de amor,
En que Nuño es general
Tan vuestro, que lleva mal
Sufrir de Enrique el valor.
Elvira ha venido aquí,
Dice que á verme; sí hará,
Si os ha visto, y bien podrá
Nuño atrevérseme á mí,
Pues que se atreve á los cielos
Después de su propio honor;
Y advertid que es esto amor,
Porque no os parezcan celos.

Vase la Reina.

REY.

Todo me sucede mal
Por Enrique; yo he tenido
La culpa; sin duda ha sido
Dueño de suceso igual.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] mira.
[illegible]

[illegible]

BLANCA.
[illegible]

[illegible]
[illegible] ley.

[illegible]
[illegible]
¿Puedo hablar á Vuestra Alteza?

REY.
¡[illegible] Blanca!

[illegible]
Guarden los cielos
Tu vida.

REY.
[illegible]

[illegible]
[illegible] quisieron,
[illegible] endo voz de su llanto,
[illegible]

[illegible]
[illegible] ibes tú mi afición,
Y [illegible] hablándome con ellos,
[illegible] crédito á tu lengua.

BLANCA.
Tomaré en tu piedad puerto,
[illegible] agua
[illegible] mis pensamientos.
Yo los he puesto en Enrique,
Como míos siempre honestos;
[illegible] n culpa,
[illegible] quiero,
[illegible] hermano, culpalle,
[illegible] merezco.
[illegible] la noche
[illegible], y al aposento
[illegible]

REY.
[illegible] mal hecho
[illegible] a tu hermano
Y [illegible] he tu amor necio.

[illegible]
[illegible] más
[illegible]
[illegible] ejar,
[illegible] le ofendo.
[illegible] n, di á Su Alteza
[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]

Cuyos clarísimos hechos
Al lado del sol caminan
Por sus mismos paralelos:
Nuño adora á doña Elvira,
Y de su hermosura ciego,
Forzarla intentó la noche
Del fingido casamiento.
Aquí están cuatro villanos
Que estaban recién despiertos
Del reloj de la Pasión,
Nombre que á los gallos dieron,
Poniendo á las duras frentes
De sus bueyes, por los crespos
Remolinos, las coyundas
Que arrastran luciente hierro,
Que oyeron quejar de Nuño
Á Elvira entonces, diciendo:
«Mal caballero, ¿esto haces?»

REY.
¿Quién era el mal caballero?

CRISPÍN.
Nuño, señor.

REY.
Mas ¿Enrique?.....
Ahora bien: á los dos dejo
Sin castigo, porque á Blanca
Tiene amor, y amor es ciego;
Y á Crispín, porque es criado,
Y la obligación al dueño
Le ha hecho testigo falso.

CRISPÍN.
Yo, señor, ¡plega á los cielos
Que si no digo verdad,
Que trate con un discreto
Muy presumido de sí,
Que es quinta esencia de un necio;
Que tope cada mañana
Á quien debiere dineros,
Y que por necesidad
Diga á una vieja requiebros;
Que dé mohatras, dejado
De la mano de los cielos,
Que es lo mismo que tratar
En leña para el infierno;
Que compre á cuarenta escudos
Diamantes por justo precio,
Y que los venda mañana
Á siete reales y medio!
¡Labradores, hola, gente!

Salen cuatro villanos, Ergasio, Fabio, Marcelo, y Fineo.

FABIO.
Aquí estamos

CRISPÍN.
Decid luego
Á Su Alteza lo que vistes.

ERGASIO.
Señor.....

CRISPÍN.
No os turbéis.

FABIO.

Poniendo
Á los bueyes los arados,
Oímos en su aposento
De la novia muchas voces,
Y hemos tenido por cierto
Que las mujeres no propias.....

Vanse.

BLANCA.

En fin, señor, ¿no hay remedio?
Pues oye á Elvira, que viene.

Sale Elvira.

REY.

Dejadme solo.

BLANCA.

No quiero
Cansarte con más testigos,
Sino remitirme al cielo.

Vase.

REY.

Elvira, ya de mi amor
Tienes bastante noticia;
En las cosas de justicia
Habla más cuerdo el valor.
Nuño, á quien tengo obligado,
Fué tu fingido marido
Porque á la Reina he querido
Sosegar este cuidado.
Que no merece mis celos,
Y harto arrepentido estoy
De la pena que le doy
Con tan injustos desvelos.
Yo solicito enmendarme
Y acabar con este amor,
Así porque tu rigor
Está resuelto en matarme,
Como porque no es razón
Dar más á la Reina enojos;
Que no merecen sus ojos
La envidia de tu afición.
Prendí á Enrique, ya lo sabes,
Porque Nuño me informó
Que á tu aposento llegó
Con industrias ó con llaves.
Quiérenme dar á entender
Que es Nuño, y Blanca, atrevida,
Quita á su hermano la vida,
Que no hay más que encarecer.
Dime toda la verdad.

ELVIRA.

La verdad es, gran señor,
Que Nuño me tiene amor
Y no te guarda lealtad.
Enrique á Blanca ha servido
Siempre.

REY.

Pues ¿por qué razón
Nuño hiciera su traición
De Enrique?

ELVIRA.

Habiendo temido
Que Enrique se adelantara.

REY.

¡Que concertados estáis!
Basta, que todos tratáis
Mentir en mi propia cara.
Agora sí que he creído
Que quieres á Enrique bien,
Y si él te forzó, también
Obligación habrá sido.
Vete, Elvira.

ELVIRA.

Señor.....

REY.

Vete.

ELVIRA.

Mira.....

REY.

Vete de aquí (1),

Vase.

¡Qué bien se ha cumplido en mí
Lo que un necio amor promete!
Justo pago de querer
Hacer á un ángel ofensa.

Sale Nuño.

NUÑO.

Engáñase si no piensa
Que es Elvira mi mujer.

REY.

¿Qué es esto, Nuño?

NUÑO.

Señor,
Celos y cosas de Enrique,
Porque la Reina se aplique,
Engañada, á su favor.

REY.

No hará, que ya sé de Elvira
La verdad.

NUÑO.

¿Qué te ha contado?

REY.

Engaños, porque me ha dado
Más recelos y más ira.
Víasele el afición
Por los ojos claramente.

NUÑO.

Este galán y valiente,
Con razón ó sin razón,
Se lleva tras sí los ojos
De la corte.

REY.

Ya no hará,

(1) Verso corto.

Porque muerto [illegible]
Darme Enrique más enojos.

NUÑO.

Mira, señor, que en España
Agora hay tres Pedros reyes,
Cuya crueldad, no á las leyes,
[illegible]
El Pedro de Portugal
Y el de Castilla, han escrito
Su nombre con sangre.

REY.

Imito
Su justicia para el mal
Ó para el bien, y el ejemplo;
Conservan nuestro valor.
El castigo y el temor
Que en los súbditos contemplo.

NUÑO.

El rey ha de ser amado.

REY.

El rey ha de ser temido.

NUÑO.

Temido y amado ha sido
Quien mejor ha gobernado;
Pero temido no más,
No es de legítimos reyes.

REY.

El temor causan las leyes,
Y el rey el amor.

NUÑO.

¿Qué das
Por causa para la muerte
De Enrique?

REY.

Su deslealtad;
Que quien hizo tal maldad,
Para las demás me advierte.

NUÑO.

Pues ¿hase de castigar
Lo que está por cometer?

REY.

[illegible]vienes á obedecer,
Nuño, ó vienes á mandar.
Parte, sin réplica alguna;
Que no es Enrique el primero
Que hasta dar en el a[illegible]
Resbaló de la fortuna.
No hay seguridad ninguna
En el humano poder;
Que si amar y aborrecer
Son puntos que vuelve el dado,
[illegible]le ser desdichado
[illegible]ien era dichoso ayer.
Servir al rey con lealtad
Es el seguro servir;
Que no se puede encubrir
[illegible]ho tiempo la verdad.
[illegible]
Hay ejemplos infinitos,
Con sangre del dueño escritos;
Que la envidia del que manda,
Siempre á sus espaldas anda
Escribiendo sus delitos.
Claros desengaños son
Que en cuanto Dios ha criado,
Como hay principio y estado,
Ha de haber disminución.
El servir con discreción
Es con límite adquirir;
Si en Palacio has de vivir,
Sus puertas has de mirar,
Cuanto grandes para entrar,
Estrechas para salir.

Vase.

NUÑO.

El corazón me ha dejado
Temblando el Rey. ¿Si ha entendido
Mi engaño? Mas habrá sido
Temor de mi mal estado,
Pues que matar me ha mandado
Á Enrique, aunque las razones
Me ponen mil confusiones;
Que en ejecutar sus leyes
Son equívocos los reyes
Cuando sospechan traiciones.
Mas muera Enrique esta vez
Y repárese mi daño,
En tanto que es el engaño
De su inocencia jüez.
¡Oh, gran tabla de ajedrez,
Que con tantas sutilezas
Te acercas á las cabezas!
¡Oh vano estudio, que advierte
Que en la bolsa de la muerte
Baraja el tiempo las piezas!
¡Ah de la torre!

ALCAIDE.

¿Quién es?

NUÑO.

Llamad á Enrique.

ALCAIDE.

Aquí está.

Sale Enrique con Crispín.

ENRIQUE.

Con verte imagino ya
Lo que he de saber después.

NUÑO.

Quiero que perdón me des
De las nuevas de tu muerte.

ENRIQUE.

No temeré de esa suerte
De las dudas el rodeo.

CRISPÍN.

¡Oh! Lo que quiere el deseo,
¡Con qué brevedad lo advierte!

ENRIQUE.

En fin, Nuño, por ti corre
Esta honrada ejecución.
¡Bien haya la información
Que primero te socorre!

¿Ha de ser en esta torre,
Ó hemos de salir de aquí?
¿No hablas?

NUÑO.

¡Estoy sin mí!

Salen el Rey, Blanca y Elvira.

REY.

No me habéis de importunar,
Sino dejarme escuchar,
Que con ese intento abrí.

BLANCA.

¿Qué ha de replicar Enrique,
Señor, á tu voluntad?

ELVIRA.

Dé lugar Tu Majestad
Á que mi amor le suplique.

REY.

¡Nadie á mi gusto replique!

BLANCA.

Ninguno puede morir
Presente el Rey.

REY.

Yo he de oir
Por esta puerta á los dos.

NUÑO.

¡No puedo, por Dios (1),
Más que callar y sentir!

ENRIQUE.

Discreto fuiste en llegar
Á informar al Rey primero:
Yo, con ley de caballero,
Te di la vida en callar.
¡Que tanto puedan ganar
Las primeras opiniones!
Pero escribiste razones
Al entendimiento, que es
Papel blanco en quien después
No caben otros renglones.
Mas pues ya muero, es razón
Confesarme, y sea contigo;
Que á dejar de ser tu amigo
No es parte tan gran traición.
Yo tuve siempre afición
Á Blanca, tu hermana, á quien
Debo la misma: también
Por cuñado te estimaba,
Pues á los dos nos estaba
Este parentesco bien.
Mi hacienda dejarla quiero
Para su dote, que es pobre,
Pues no hay cosa que no sobre
En la muerte, y al fin muero;
Y si como caballero
La quieres traer aquí,
Nos casaremos ansí,
Y gozará de mi hacienda,
Ya que como amada prenda,
Ni yo á ella, ni ella á mí.

(1) Verso corto.

Y de rodillas te pido,
Nuño, que pudiendo ser,
Muerto yo, des á entender
Al Rey que leal he sido,
Pues sabes que le he servido
En guerra y paz con lealtad,
Y que por falsa amistad
Me mata en esta ocasión
La primera información
En figura de verdad.

NUÑO.

¡Levanta, Enrique, del suelo,
Que me enterneces el alma!
¡Caballero noble soy!
¡Tú sabes mi sangre y casa!
Amor de Elvira, que adoro,
Fué de mis desdichas causa,
Y temor que al Rey dijeses
Que la amaba y la forzaba.
Anticipéme á informarle;
Creyóme luego: ¡gran falta
En príncipes y en jüeces,
Y gran virtud cuando guardan
Para la parte un oído!
Pero no temas; que es tanta
Mi pena de verte así,
Y de que pierda mi hermana
Tal marido, y tal amparo
Nuestra casa, que me manda
La ley, de ser caballero,
Hacer una justa hazaña.
Si le digo al Rey aquí
Que amé á Elvira, cosa es clara
Que me ha de mandar matar,
Y la vergüenza me ataja.
Partirme quiero á Castilla:
Tú te casarás con Blanca;
Dios te dará sucesión,
Que dé honor á nuestra casa;
Que yo te dejo mi hacienda,
Aunque pienso que no basta,
En satisfacción de haber
Solicitado tu infamia.
Si Pedro, el Rey de Castilla,
Con su favor y sus cartas
Me negociare el perdón,
Podré volver á la patria.
¡Dame tus brazos, y adiós!

ENRIQUE.

¿Qué dices?

NUÑO.

¡Adiós!

ENRIQUE.

¡Aguarda!

NUÑO.

No hay que aguardar: ¡temo al Rey!

Al irse Nuño, topa con el Rey

REY.

Pues.... Detente, no te vayas.

[illegible]

¡Señor!...

[illegible]

[illegible] Nuño.

[illegible]

[illegible]
[illegible] nor,
[illegible]
[illegible] di en ti;
[illegible]
[illegible] ti, en el mundo
[illegible]
[illegible] as visto cuando se mueve
[illegible]
[illegible] piensan que cae del cielo,
[illegible] el mismo cielo para?
[illegible] mismo me suc[illegible]
Iba huyendo de tu cara,
[illegible] ero donde nací:
Hoy en tu cielo me matas.

[illegible]

[illegible], el estimar á Enrique,
[illegible] n mi desgracia
[illegible] albricias
[illegible] que no esperabas.
[illegible] ra de eso, me has movido
Con ver que le das á Blanca,
[illegible] hacienda le dejas
[illegible] tu casa.
[illegible] bas!
Pedro soy, de mí te ampara:
[illegible] a me escribe
[illegible] ellas cartas;
Yo digo que las recibo,
[illegible] tu patria;
[illegible] vergüenza es destierro,
[illegible] tenido basta.
[illegible]
Y pues vuelves á mi gracia,
Seré liberal [illegible]
De aquello mismo que amas.
Soseguemos á la Reina,
Y pues en lugar estabas
De esposo falso de Elvira,
No se descubra la causa;
Dale la mano; y tú, Enrique,
Á Blanca.

ENRIQUE.

¡Grandeza tanta,
Generoso aragonés,
Te promete eterna fama!

CRISPÍN.

Y Crispín, ¿quédase á obscuras,
Que mató de diez lanzadas
Medio moro y su rocín
En las montañas de Jaca?

REY.

Ya es conde el famoso Enrique
De Ribagorza y de Aranda:
Di que te dé alguna cosa.

CRISPÍN.

¿Acetas esta libranza?

ENRIQUE.

¡Con mil ducados de renta!

CRISPÍN.

Bastan, pues que no me casas;
Que ha sido dicha no haber
En esta historia criada.

ENRIQUE.

La primera información,
Aquí, senado, se acaba;
Si vais informados bien,
Juzgad con piedad mi causa.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA
DE «LA PRIMERA INFORMACIÓN».

(Es de Lope de Vega Carpio, no del Dr. Juan Pérez de Montalbán.) (1).

---

(1) Así se halla esta nota en la edición original.

ÍNDICE

DE LAS

COMEDIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

XXV.



